BACALLAR Y SANNA, VICENTE, MARQUÉS DE SAN FELIPE (1669-1726)

COMENTARIOS DE LA GUERRA DE ESPAÑA E HISTORIA DE SU REY FELIPE V, EL ANIMOSO

ÍNDICE

Comentarios de la guerra de España e Historia de su rey Felipe V, el animoso
Dedicatoria al rey Felipe V

Años 1698 a 1700
Año de 1700
Año de 1701
Año de 1702
Año de 1703
Año de 1704
Año de 1705
Año de 1706
Año de 1707
Año de 1708
Año de 1709
Año de 1710
Año de 1711
Año de 1712
Año de 1713
Año de 1714
Año de 1715
Año de 1716
Año de 1717
Año de 1718
Año de 1719
Año de 1720
Año de 1721
Año de 1722
Año de 1723
Año de 1724
Año de 1725

Memorias políticas y militares para servir de continuación a los «Comentarios» del marqués de San Felipe

Discurso preliminar y recopilación del año 1725

Año de 1726
Año de 1727
Año de 1728
Año de 1729
Año de 1730
Año de 1731
Año de 1732
Año de 1733
Año de 1734
Año de 1735
Año de 1741
Año de 1742

Dedicatoria al rey Felipe V

Señor:

Entregó Dios el mundo a la ambiciosa disputa de los mortales: de ella fue el primer objeto la dominación, pero como ésta es regalía de Dios, se glorían en vano las artes, el valor, los arrojos, el mérito y los decretos del logro de una Corona. Dios la ciñe al que con arcana providencia eligió, para sustituirle en el dominio de la tierra, que, directamente, sólo es de quien la creó. Con heroica, sublime e inimitable virtud despreció Vuestra Majestad su diadema; ciñóla un dignísimo sucesor, cuyo adorable nombre no tiene aliento de repetir el dolor, pero más oculta providencia se la conservaba a Vuestra Majestad en las reales sienes, aun cuando menos lo advertía, y aun cuando huyendo de sus brillanteces se negó Vuestra Majestad a los ojos del mundo, entregado a los divinos ocios de un retiro. El fatal motivo volvió a Vuestra Majestad al mundo, al solio y al gobierno; pero no sacó Vuestra Majestad su corazón del retiro, aprendiendo en él a tratar con acierto el mundo, que admiró otra vez a Vuestra Majestad sabio en el majestuoso Trono; recto en el sublime tribunal, esforzado en la sangrienta campaña, indefenso en las nunca intermitentes fatigas, constante en las triplicadas adversidades, moderado en las bien sudadas dichas y triunfos; sublime, descendiendo voluntariamente del Trono; dócil a la obligación y mayor rey de sí mismo, volviéndole a ocupar repugnante.

Con estas señas específicas de Vuestra Majestad, le restituyo yo también al orbe en estos comentarios de la guerra contra Vuestra Majestad, que pongo a sus reales pies, escritos tan ingenuamente y ser los villanos traidores humos de la lisonja, como obra que se había de presentar a príncipe tan amante de la verdad. Ella es el alma de la historia y la firmísima base en que se funda la noticia llega a ser erudición. Por eso, ni mi obligación ni mi amor a Vuestra Majestad ha contaminado la pluma, que ya que osé escribir, debí conservarla indiferente, y por la infelicidad de los tiempos, compasiva.

No defraudo a las heroicas acciones de amigos o enemigos el lugar elevado que les compete: ensalzando a éstos, sus mismas brillanteces descubren las feas sombras de que se tiñeron los menos amantes de su honra y de su obligación.

En la cadena de los hechos, como no se puede interrumpir, la misma dependencia de los engarces trae a la noticia lo heroico y lo vil. Indígnense contra sí los malos si ven -con horror o con más reflexión- de qué materiales quisieron construir su fama sin crítica alguna ni censura, escribo los hechos; si la pertinacia del propio dictamen los quiere todavía defender como buenos, no me toca impugnar, sino referir: el mundo queda por juez y la posteridad; algunos quedarán problemáticos, y no será poca dicha. Lo malo que no publicó su propio autor, lo callo, y callo mucho; por eso escribo *Comentarios* y no *Historia*, cuyas leyes, para lo exacto de las noticias, son más rigurosas. En guerra de intereses tan varios y complicados de acciones por política o por pasión, con tanta diversidad referidas, mucho ignoraré, aunque lo he procurado indagar con diligencia y aplicación, buscando el fundamento, no sin comunicación de los que hacían mucha figura en este teatro.

Mejores plumas escribirán los heroicos hechos de Vuestra Majestad en las crónicas de. España o en su particular historia; entre tanto verá el Príncipe nuestro señor, en estos *Comentarios*, cuánto tiene que imitar en su glorioso progenitor, que es otra obligación no inferior ni menos difícil a la que trae consigo el reinar. Espero que la vida de ambos ha de dilatar Dios hasta dar nuevos asuntos a la admiración y a la fama.

Años 1698 a 1700

Con la Paz de Riswick descansó un poco la España, y también su rey Carlos II, fatigado de tan repetidos infortunios y de guerra tan infeliz. Para apartar de sí la nota de ambicioso, Luis XIV, gloriosísimo rey de Francia, restituyó a la España cuanto en la última guerra la había ganado: Luxemburg, Contray, otras plazas en Flandes y a Barcelona. Era más vasta su idea, y para correr mejor el espacioso campo de ella, se aligeró de los despojos de sus enemigos.

Al Trono aspiraba de España, no olvidando los derechos de su familia, viendo al Rey sin sucesión y con fama -aunque no muy cierta-, de inhábil a la generación. Este secreto, como era en sí, descubrió al rey de Francia María Luisa de Borbón, primera mujer del Rey; guardóle exactamente y se reservó su intención Luis XIV hasta tiempo más oportuno, porque tenía, con tan dilatada guerra, exasperados los ánimos de los españoles; su felicidad fundó en ellos una aversión indeleble, como en la Europa toda un justo temor de que no se agigantase más su poder, cada día mayor con los prósperos acaecimientos. Manteníase armado, y para no perdonar diligencia recurrió a las artes que aprendió en el largo uso de reinar.

Era a este tiempo presidente de Castilla y favorecido del Rey el conde de Oropesa, y pareciéndole oportuna esta aparente quietud de la Europa, trató de elegir sucesor a la Monarquía, para gloriarse autor de obra tan grande, y asegurar su autoridad y su poder si se debía a su industria la elección. Esto era para el Rey de suma molestia; nada oía con más desagrado que las disputas de los derechos que pretendían tener a la Corona el emperador Leopoldo, el rey de Francia y el hijo del duque de Baviera (éste era el menos aborrecido). No se le escondían los afectos del Rey al conde, y con su permiso, vencido

blandamente el ánimo, fundó una junta de escogidos ministros del Consejo Real de Castilla y Aragón para que consultasen quién de los referidos tenía más acción al Trono.

Oró elegantemente por el delfín de Francia don José Pérez de Soto, hombre ingenuo, recto y gran jurisperito. Probó con energía no tener derecho alguno los austríacos, que reinaban en Germania, en virtud de las Leyes Municipales de España, favorables a las hembras, confirmadas por el testamento del rey don Fernando el Católico y la reina doña Isabel, que llamaban al reino a su hija doña Juana, mujer de Felipe el Hermoso de Austria, de quien nació Carlos V, cuyo bisnieto Felipe IV casó a su hija mayor, la infanta doña María Teresa, con Luis XIV de Francia, de quien nació el delfín Luis de Borbón, investido de los derechos de la madre, legítima heredera de España, muriendo sin sucesión Carlos II su hermano. Expresó cuán injusto era despojar de ellos a la reina doña María Teresa y pasarlos a la infanta doña Margarita, su hermana menor, casada con el emperador Leopoldo; por ella a su nieto José Leopoldo de Baviera, hijo de la archiduquesa María Antonia, nacida de la emperatriz Margarita, siendo de ninguna consideración los testamentos de los austríacos sobre la España, porque no era suya, sino de la reina doña Juana que llamaron la Loca, y reinó después de la reina doña Isabel, su madre, sirviendo esta sucesión de ejemplo a su posteridad. Ni tenía fuerza alguna la cesión a que obligó Felipe IV a su hija la infanta doña María Teresa, cuando casó con el rey de Francia, porque no nacía de ella originariamente el derecho, sino por ella se derivaba a sus descendientes; y si habían de valer estas violentas cesiones, también la hizo la archiduquesa María Antonia, cuando casó con Maximiliano Manuel, elector de Baviera, padre de José Leopoldo.

Este fue el parecer de don José Pérez, seguido de pocos, porque los más votaron por el príncipe de Baviera, o engañados de su propio dictamen o corrompidos de la adulación y del miedo, prevenidos los más del conde de Oropesa.

Pasó al Consejo de Estado la consulta y tuvo la misma felicidad el príncipe bávaro; no asistieron a él el cardenal don Manuel Portocarrero, ni don Sebastián de Toledo, marqués de Mancera, porque penetraron la voluntad del Rey, propensa al bávaro, y ellos se inclinaron al Delfín.

Persuadido el Rey a que hacía justicia, declaró heredero de sus reinos (muriendo sin sucesión) al príncipe José Leopoldo; y durando su menor edad, gobernador de ellos a su padre; y mientras éste pasase a España, al conde de Oropesa, que sólo con el secretario del Despacho Universal, don Antonio de Ubilla, concurrieron al decreto, hecho con el secreto mayor, porque no lo penetrasen la reina María Ana Neobúrgica, ni el almirante de Castilla, don Juan Tomás Enríquez, acérrimos parciales de la Casa de Austria; la Reina, por amor a los hijos de su hermana, y el almirante por adulación a la Reina, de quien era favorecido. Difícil de guardar un secreto al cual precedió tanta disputa, se penetró en la corte y llegó a la noticia del conde de Harrach, embajador de Alemania en España, que participándolo a su amo, encendió la ira del César hasta el inmoderado exceso de meditar la venganza. Fingió ignorarlo el rey de Francia y dejó que corriesen las quejas por los mismos austríacos. Aprobaron la resolución del Rey Católico el rey Guillermo de Inglaterra y los holandeses, y ofrecieron sus armas para que tuviese su ejecución emulando el inmoderado poder de los austríacos.

Permanecían aún los plenipotenciarios en Riswick, hasta perficionar algunos artículos poco importantes y dar tiempo a que se ejecutase los de mayor entidad; y no pudiendo disimular más su enojo el Emperador, después que se apartaron del congreso los españoles propuso la división de la Monarquía de España entre varios príncipes, de ninguno entonces bien escuchada, antes tratada la propuesta con desprecio de los ingleses y holandeses. El rey de Francia respondió que no era tiempo de disputar sobre unos derechos intempestivos, viviendo el Rey, y alentó la discordia entre el Emperador y el duque de Baviera, sin haber menester mucha maña, porque estaba radicada desde la muerte de la archiduquesa María Antonia, mujer del Duque e hija del emperador Leopoldo, a quien con instancia pedía el bávaro reintegración de los gastos hechos por la Casa de Austria en la última guerra de Hungría.

Fenecido el congreso de Riswick, reformaron los príncipes sus tropas, menos el francés, que las dividió por las plazas. Envió a España por embajador al duque de Harcourt, hombre prudente, sagaz y que se explicaba con felicidad. Quejóse blandamente con el conde de Oropesa de la injusticia hecha al Delfín, declarando sucesor al príncipe de Baviera; la respuesta fue grave y no prolija: Que lo había hecho el Rey con dictamen de

Firme en su esperanza Luis XIV, mandó a su embajador que cultivase la amistad que tenía con el cardenal Portocarrero, el marqués de Mancera y el inquisidor general Rocaberti y el padre Froilán Díaz, confesor del Rey; no tanto porque sabía eran sus parciales, cuanto por enemigos del conde de Oropesa, de cuya caída, si acontecía, como es ordinario a los más favorecidos, esperaba mejor fortuna. Esto mismo deseaba la Reina, el almirante y el embajador austríaco, fiando vencer al Rey a revocar el decreto de la sucesión, si faltase Oropesa.

A este tiempo se esparció una voz, alentada más de la malicia que de la verdad, que estaba el Rey hechizado para asentir sin réplica al ajeno dictamen, dando por autores de un execrable hecho a la Reina, al almirante y al conde de Oropesa; dio asenso a esta falsedad Froilán Díaz, o por odio que a los más allegados al Rey tenía o maravillado de su demasiada docilidad, de su flaqueza de ánimo e inconstancia (alguna vez con injusticia) y verle padecer congojas y deliquios con indicante de más alto origen que de causas naturales, y así determinó usar de los remedios que prescribe la Iglesia y de los acostumbrados exorcismos. Aprobaron este dictamen el cardenal Portocarrero y Rocaberti, no sin la siniestra intención de que publicase el mal el remedio y se avigorase el odio del pueblo contra los que el Rey favorecía. Llevaba esto muy mal la Reina y los que gobernaban; pero no se atrevían a embarazarlo por no parecer se resistían al que se juzgaba remedio de las dolencias del Rey y acreditar con su repugnancia la falsa voz que trascendió hasta conseguir el crédito de no pocos, que nunca lo son en el vulgo los que le dan a lo peor.

El Rey, sin alientos a la réplica, permitió los conjuros, con los cuales excitó la aprensión una profunda melancolía, horrorizado de los fuertes y expresivos términos con que hablan los exorcistas; creyéndose poseído del maligno espíritu. Este quebranto le consumía más y le redujo a tan deplorable estado que la que empezó en sus vasallos compasión, degeneró en desprecio, anublada la majestad. No comprobada de señal alguna la sospecha de Froilán Díaz, desistió del intento, pero no bastó a que se aquietasen Portocarrero y Rocaberti, fiando a nuevas diligencias sacar a luz la verdad, porque de ella

esperaban la ruina de sus émulos. Supieron que había una vejada en Cangas, villa de Asturias, y dispusieron que mandase Froilán al exorcista preguntase al demonio esta duda y la verdadera causa de la dolencia del Rey y de su remiso ánimo. Obedeció, malogrando la imprudente diligencia; respiró mil falsedades y mayores dudas el padre de la mentira; dijo que estaba hechizado el Rey, calló los autores, después nombró muchos, y porque quiso hacer mal a tantos, le hizo a ninguno. Esto se acriminó como delito después a Froilán, que le ocasionó muchos trabajos; porque la Reina, irritada de persecución tan inicua, hizo que el Rey le despidiese, y se le dio por confesor al padre fray Nicolás Torres Palmota, de la misma Orden de Predicadores, amigo del almirante.

No se había olvidado don Manuel Arias, fraile de San Juan, de la presidencia de Castilla, que en gobierno ocupó algún tiempo; y uniéndose con el cardenal Portocarrero y don Francisco Ronquillo, que había sido corregidor de Madrid con popular aplauso, determinan perder al conde de Oropesa y al almirante, que los miraban como embarazo a su exaltación. Ronquillo no descuidó de esparcir por el vulgo lo que podía irritarle; fingía compasión de sus males, alguna vez lagrimaba, favorecía a su designio la casual esterilidad de aquel año, por la cual se aumentaron los precios de la harina y el aceite; clamaba el pueblo, y todo se atribuía a que permitió el conde de Oropesa extraer trigo a Portugal, y que había la condesa su mujer mandado comprar por negocio todo el aceite de Andalucía para que fuese árbitra del precio la avaricia de una mano. Estas quejas traían encadenadas otras de no menor entidad: Que estaba desterrada la justicia, haciendo venales los empleos. Que tenían engañado al Rey y que sólo reinaba la tiranía hasta introducir el hambre, la pobreza y la miseria, y que se habían desterrado los más celantes ministros y padres de la patria para no oponerse a la barbaridad con que se trataban los súbditos.

Sin recato decía y murmuraba todo esto el pueblo. Aconteció que, maltratada en la Plaza Mayor de Madrid por un alguacil una verdulera, prorrumpió en baldones contra el corregidor don Francisco de Vargas, que se hallaba presente. Volvió éste las espaldas con prudencia, disimulando lo que oía; siguióle la plebe, y lo más ínfimo de ella, con oprobios y maldiciones; trajo la curiosidad o el rumor más gente, y en desconcertadas voces creció la multitud y la insolencia hasta formarse un tumulto alentado del crecido número y del ejemplo. Para fundar su razón pedían *Pan*, y al parecer, defendidos con decir *Viva el Rey*, pedían la muerte del conde de Oropesa. El ciego ímpetu con que procedían los llevó a la plaza del real palacio. Amedrentóse el Rey, encerróse en lo más retirado de él la Reina, tomaron las armas las guardias y ocuparon las puertas; no era la intención del pueblo violarlas; piden que se asome el Rey a un balcón; y aunque estaba ceñido de toda la nobleza, que luego concurrió a Palacio, parecióle darles aquella satisfacción. Dejóse ver; repetía el pueblo: *Pan*, y respondió el conde de Benavente, sumiller de Corps, que buscasen al conde de Orospesa, a cuyo cargo corría.

Entendió el enfurecido pueblo que con esto no sólo se le permitía, pero se le ordenaba el delito. Pasan con ímpetu feroz a la casa del conde, aplican fuego a las puertas, claman por su muerte y hirieron su nombre con las más graves injurias. Defendían la casa los criados y algunos familiares, que previendo este desorden habían acudido a ella; defendiendo la entrada, mataron algunos del pueblo, que se enardeció más con el estrago. Huyó el conde, con su mujer e hijos, por el tejado más vecino.

Súpolo el Rey, y para aplacar el furor de la plebe permitió que pudiese entrar a buscarle. No hallando al dueño se cebaron en las alhajas; reinó más la ira que la codicia, porque no fue saqueo, sino destrozo. Oyóse en el tumulto clamar contra la Reina y su confesor, el padre Gabriel Chiusa, de la Orden reformada de capuchinos, de nación alemán; más cruelmente contra el almirante; hubiéranlos querido víctimas de su furor, pero como nadie gobernaba la confusa multitud, ignoraban cómo ejecutar los delirios de la rabia.

Entróse por el tumulto a caballo, con un Cristo en las manos, para sosegarle, don Francisco Ronquillo, al cual nuevamente, por instancia del amotinado pueblo, había nombrado el Rey corregidor de Madrid. Ni con esto se aplacaron, ni con haber sacado el Señor Sacramentado los religiosos que asisten al convento de las monjas de Santo Domingo el Real (puesto en la misma plaza de la casa de Oropesa), hasta que salió con arte del palacio una voz, que acometerían a los sediciosos doscientos caballos que el Rey tenía junto a la corte. Este miedo, y las sombras de la noche, deshicieron el tumulto, y lentamente se retiró a sus casas el pueblo.

Al siguiente día suplicó el Consejo Real de Castilla al Rey, permitiese acudir a él su presidente el conde de Oropesa, siendo lo contrario injurioso a la autoridad real, no sin el peligro que viéndose contemplada tomase más cuerpo la insolencia del pueblo. El Rey, más medroso que político, desterró al conde y al almirante; fue autor de este decreto el cardenal Portocarrero, exagerando al Rey riesgos que estaban lejos de lo posible; pero fue fácil rendirle a cualquier resolución, porque estaba consternado, y aun fuerzas naturales le faltaban a la réplica. No perdió un ápice de la oportunidad que le ofrecía la fortuna el cardenal; dispuso dar la presidencia de Castilla otra vez en gobierno a don Manuel Arias, y se confirmó corregidor a Ronquillo. Ya era otro enteramente el semblante de las cosas, otros los que ascendieron al favor y al mando, ya vencida la Reina, porque del tumulto quedó despavorida.

En este estado de cosas murió tempranamente en Bruselas José Leopoldo, bávaro, el que, como dijimos, se había nombrado heredero a la Corona. Divulgóse el falso rumor que le habían envenenado los alemanes. Esto acrecentó el odio del duque de Baviera contra los austríacos: cobró nuevas esperanzas el francés, alentadas de que eran sus parciales los que actualmente mandaban. El Rey volvió a les molestas dudas y necesidad de elegir sucesor. Nada le costó más afanes, porque sobre ser tan grave el negocio era su ánimo naturalmente irresoluto. Creían los que no tenían perfecto conocimiento del Rey que luchaba con sus pasiones, y no las tenía vehementes; amaba poco a los austríacos, ni aborrecía con gran odio a los Borbones; pero le fue siempre molesta su felicidad.

Sin noticia del Rey, formó en su casa una junta el cardenal Portocarrero; fueron llamados el marqués de Mancera; don Pedro Velasco, marqués del Fresno; don Federico de Toledo, marqués de Villafranea, y don Francisco de Benavides, conde de San Esteban del Puerto, magnates de España y del Consejo de Estado. Trajéronse a disputa los derechos del Delfín y de los austríacos, y adhirieron todos a aquél como hiciese la renuncia en su segundo hijo Felipe de Borbón, duque de Anjou. De este mismo dictamen fue don Manuel Arias. Discurrían que esto convenía a la Monarquía, que había menester un restaurador, y de familia alguna le podían elegir mejor que de la de Luis XIV, príncipe potentísimo, feliz y sin igual en su siglo. Conjúranse a defender esta razón, apoyada de las legales que explicó con elegancia don José Pérez. Lo contrario defendían la Reina,

don Rodrigo Manrique de Lara, conde de Frigiliana, y don Baltasar de Mendoza, entonces inquisidor general, que estaban por los austríacos, pero no tenían poder. El almirante, desde su destierro, mantenía con cartas en este dictamen a la Reina. Oropesa se mostraba indiferente; hacíale fuerza la razón de los Borbones, pero la contrastaba su voluntad, propensa a los austríacos. El conde de San Esteban tomó a su cargo tentar el ánimo de la Reina para traerla a su opinión, aunque la mantenía con cuantas artes le era posible el embajador cesáreo, conde de Ausberg.

El cardenal Portocarrero tuvo osadía de representar al Rey la indispensable necesidad de volver a elegir heredero. Oyóle con desagrado, porque su confesor, Nicolás Torres, le mantenía inclinado a los austríacos, y le presentó unos papeles que a favor de sus derechos escribieron don Sebastián de Cortes y don Pedro Guerrero, consejeros de Castilla, hombres sabios, pero lisonjeros. El duque de Harcourt, embajador de Francia, no perdonando diligencia, introdujo con la Reina a la duquesa su mujer, que blandamente la propuso las bodas del Delfín, muriendo el Rey. Creyeron algunos que no lo escuchase la Reina con desagrado, pero a respuesta fue grave y digna de la majestad. Esto mismo dispuso Harcourt que inspirase a la Reina don Nicolás Pignatelli, duque de Monteleón, su caballerizo mayor y muy favorecido. La Reina siempre se mostró indiferente, aunque con ocultas persuasiones conservaba al Rey averso a la Casa de Francia, y para fomentarlo mejor y echar de la corte a Harcourt, reveló el secreto de haberla propuesto de su orden las bodas del Delfín faltando el Rey, que gravemente herido, de tan intempestiva propuesta y de ver meditaban mucho en su muerte los franceses, mandó a su embajador en París, marqués de Calteldosríus, que llevase con la más viva expresión al Rey estas quejas contra su ministro, al cual apartó de Madrid y del ministerio Luis XIV, por complacer al Rey, y le sucedió con carácter de enviado el señor de Blecourt.

Antes de partir de España el embajador, esparció en idioma castellano un papel sedicioso, que con demasiada energía explicaba el infeliz estado del reino y los derechos a él de los Borbones. Trajo a la memoria las pasadas desgracias de los que le gobernaron., y no perdonó ni al sagrado de la Reina. Poco indulgente la política de muchos, hacían al Rey de todo noticioso, cuyo quebrantado ánimo y debilidad daba señas de poca vida. Esto obligó al Consejo de Estado a representar los inconvenientes de no elegir, sucesor.

El Rey, o por tomar más tiempo o por satisfacerse más, consultó la duda con el sumo pontífice Inocencio XI: pasaron los derechos por mano del duque de Uceda, embajador en Roma. Esto escribía el Rey al Pontífice: Que, va casi sin esperanzas de sucesión, era necesario elegir heredero a los reinos de España, que recaían por derecho en una Casa extranjera, aunque la oscuridad de las leves habían hecho dudosa la razón, siendo ella el único objeto de su cuidado, y que para encontrarla había hecho particulares rogativas a Dios. Que sólo deseaba el acierto, esperándole de su sagrado oráculo, después que confiriese el negocio con los cardenales y teólogos que juzgase más sinceros y de más profunda doctrina y reconociese los papeles y documentos que enviaba, que eran los testamentos de sus predecesores, desde Ferdinando el V y la reina doña Isabel, hasta Felipe IV; las leyes de la España, hechas en Cortes generales, y las que se establecieron contra las infantas Ana Mauricia y María Teresa, casadas con los Borbones; los capítulos matrimoniales, pactos y cesiones, y la serie de los austríacos, desde Felipe el Hermoso, para que, examinados con la más exacta atención estos instrumentos, se formase recto

juicio y dictamen. Que no estaba el Rey poseído de amor ni de odio, y que aguardaba el decreto del Sumo Pontífice, para que diese norma al suyo.

Recibidos por Inocencio estos despachos con el mayor secreto (pues aún ignoraba su contenido el embajador), formó una junta de tres cardenales, Francisco Albano, Bandino Paciantici y Fabricio Spada; propuso la cuestión del derecho y la heroica carta del Rey, desnuda de afectos; viéronse los papeles varias veces, y después de cuarenta días, uniformes votaron por el Delfín, sin tener consideración alguna a la cesión de la infanta doña María Teresa, su madre, porque ésta no podía rescindir los estatutos patrios ni derogar la fuerza de la ley, autorizada con tantos ejemplares. Otras muchas razones dieron, que omitimos, y las extendió en una bien explicada y docta respuesta al Pontífice, que la guardó el Rey en su archivo secreto, sin haberla leído otro que el cardenal Portocarrero.

Para asegurarse más, mandó que diese su parecer el Consejo Real de Castilla, donde, por pluralidad de votos, se juzgó a favor del Delfín, sin haberle hecho al Rey fuerza un papel que escribió don Juan de Santa María, obispo de Lérida, a favor de los austríacos. Con gran secreto pidió también su parecer a don Fernando de Moncada, duque de Montalto, a don Juan Pacheco, duque de Escalona y a don José de Solís, conde de Montellano, separadamente, sin saber uno de otro, porque tenía hecho de ellos gran concepto, y todos declararon a favor de la Casa de Francia. Esto mismo dijeron al Rey varios jurisperitos que en las universidades mandó consultar. Por fin se llevó el negocio al Consejo de Estado, que, aunque era materia meramente legal, quería el Rey satisfacerse de que no fuese contra la razón de Estado el decreto, porque el padre Torres era de opinión que la conveniencia pública era superior a la ley, y que por ella podía el Rey, como supremo legislador, derogar la que fuese perniciosa al Estado. Componíase entonces el Consejo del cardenal Portocarrero, marqueses de Mancera, Fresno y Villafranca; de los condes de Frigiliana y San Esteban; de don Juan Claros Pérez de Guzmán, duque de Medinasidonia; don Antonio de Velasco, conde de Fuensalida, y don Cristóbal Portocarrero, conde de Montijo. Fue muy reñida la cuestión, y dieron su voto por escrito el cardenal, el conde de San Esteban, el marqués del Fresno y el de Mancera, casi de un tenor; la sustancia era: «Que necesitaba el reino de no vulgar reparo, destruido de tan perseverante rigor de la fortuna y amenazando ruina; que tenía peligro la dilación de elegir heredero, porque si en este estado faltase el Rey, cada príncipe tomaría un jirón del solio; ardería la Monarquía en guerras civiles, con la natural aversión de aragoneses, catalanes y valencianos a Castilla, y que caería la majestuosa pompa de tan esclarecido trono, víctima de la tiranía y de la ambición. Que no bastaba elegir sucesor, si no fuese tal que pudiese sostener la ruinosa máquina de tan vasto Imperio y que tuviese derecho a él, para que no provocase la sinrazón a la desgracia, y destituido de derecho, el poder se equivocase con tiranía; que entre tanta confusión de males sólo un remedio había preparado la Providencia, que era la Casa de Borbón, potentísima, feliz y que tenía legítimo derecho a la sucesión. De otra manera, se destruiría la Monarquía, y sujetados sus reinos con la fuerza, sería provincia de la Francia la España. Que luego se debía elegir por heredero de ella al duque de Anjou, para que en tiempo alguno recayesen en una sola mano ambos cetros, y con el nuevo Rey renaciese la eclipsada gloria de los españoles, no sólo quitándose un enemigo tan perjudicial, pero buscando un protector tan poderoso.»

Siguieron este sentir el marqués de Villafranca, el duque de Medinasidonia y el conde de Montijo. El de Fuensalida habló oscuro y dijo que era intempestivo nombrar sucesor estando ocupado el trono: que se previniesen ejércitos y armadas para defenderse de la violencia, en caso de cualquier decreto del Rey, o de verse precisados a él los reinos, para que sin temor y con libertad lo pudiesen ejecutar. Este parecer extendió con palabras más ásperas y expresivas el conde de Frigiliana. Confirmó que se armasen los reinos para que tuviesen libertad de elegir Rey en caso que no lo hiciese el que todavía ocupaba el solio; y añadió que, ni los derechos de los austríacos ni de los Borbones eran tan claros que no estuviesen embarazados de muchas dudas y litigios; que no se debía olvidar el congreso de Caspe, en que los jueces diputados dieron rey a Aragón; que era iniquidad e insolencia obligar al Rey al decreto, acaso de industria, difiriéndole para dejar a los reinos la libertad de elegir; que lo que declararían en Castilla no lo aprobarían los reinos de Aragón, eternos émulos de la grandeza de aquélla, con lo que sería infalible la guerra civil.

Despreciaron este dictamen los demás, y se confirmaron en el suyo. Conmovido Frigiliana, levantándose dijo: *Hoy destruisteis la Monarquía*.

De todo, según su serie, se dio cuenta al Rey, sepultó en el silencio su intención, y no se resolvió, por natural flaqueza, embarazado en lo mismo que quería determinar. Tenía vencido el entendimiento, pero le faltaba el valor para rendir las repugnancias de la voluntad; padecía los ímpetus de las persuasiones incesantes de la Reina y de don Antonio de Ubilla, secretario del Despacho Universal, que le apartaba de la última resolución, lisonjeándole que ningún mortal achaque le amenazaba la muerte. Con esto ganaban tiempo, y le sugirieron que mandase a don Luis de la Cerda, duque de Medinaceli, virrey de Nápoles; que admitiese y diese cuarteles en aquel reino a las tropas que enviaría el emperador Leopoldo; pero Medinaceli, jamás, con varios pretextos, dio cumplimiento a esta orden. Envióse a Mantua, desde Milán, al cuestor don Isidro Casada, para persuadir al duque Carlos Gonzaga admitiese presidio alemán. Dispusieron también que Sancho Scolemberg, enviado de ingleses y holandeses en España, ofreciese al Rey las armadas de Inglaterra y Holanda para que libremente, y según su dictamen, diese sucesor a su Monarquía.

Nada de esto ignoraba el rey de Francia, bien sí la respuesta del Pontífice, porque no la reveló el cardenal Portocarrero y en Roma guardaron con gran cuidado el secreto, para no tener quejoso al Emperador. No fiándolo todo a las armas, Luis XIV usó de su acostumbrada sagacidad, y sin comunicar lo verdadero de su intención más que al Delfín, al mariscal de Villarroy y al marqués de Torcy, secretario del Despacho Universal, dispuso la división de la Monarquía de España, para quitar a la Europa el miedo que deseaba poner a los españoles, amenazando con el golpe más cruel lo soberbio y altanero de aquellos ánimos. Excita la ambición de muchos príncipes, haciéndose servir de la codicia de los mismos que repugnaban a su oculto designio. Tomólos por instrumento, y con arte insigne -aunque no nueva- para conservar entero el cuerpo le mandaba dividir. No confiando que entrarían en el tratado los austríacos, convocó a los ingleses, a la república de Holanda y al rey de Portugal, y llamados con otro pretexto sus plenipotenciarios otra vez a Riswick, tuvo aceptación la propuesta.

Como árbitros del mundo, le dividen a su gusto; faltábales para eso autoridad y derecho, pero se le daban a la fuerza. Conviniéronse en que, muerto el Rey Católico, la mayor

parte de la América y de sus puertos se diese a Guillermo de Nassau, rey de Inglaterra; lo demás de las Indias, a los holandeses, porque de la Flandes española se les había de señalar a su arbitrio una barrera; dábanse Nápoles y Sicilia al rey Jacobo Estuardo; Galicia y Extremadura, al de Portugal; Castilla, Andalucía, Valencia, Aragón, Asturias, Vizcaya, Cerdeña, Mallorca, Ibiza, Canarias, Orán y Ceuta al archiduque Carlos de Austria, segundo hijo del emperador Leopoldo. Los presidios de Toscana, Orbitelo y Plumbin, a sus dueños; el ducado de Milán y el Final al duque de Lorena; sus Estados, con la de Cataluña y lo que quedaba de Flandes y Navarra, al rey de Francia. Todo esto bajo la condición, si nombraba el rey de España heredero a la Corona, a alguno de los austríacos, o no nombraba heredero.

No hicieron mención alguna del duque de Anjou, los franceses, con arte; los demás, no persuadidos a que podía llamarle a su trono Carlos II. En este congreso hizo el rey de Francia pompa de su moderación y amor a la quietud pública, porque la prefería a los derechos de su hijo el Delfín. Con esto alucinó a los príncipes y a la Europa. Fórmase la liga para el cumplimiento del tratado, y permitióse al rey de Francia que se mantuviese armado como el más próximo a invadir la España a su tiempo; creían con esto los príncipes dejarle el peso de la guerra, y se engañaron. Luego envió tropas a la Navarra baja, mandadas por el duque de Harcourt; otras al Rosellón y Cerdaña, las más a los confines de Italia, con el mariscal de Catinat, y dio cuarteles de invierno a las restantes en la raya de Flandes y la Alsacia. Muchos siglos ha que no había tenido príncipe alguno tantas tropas, porque con las que quedaron en las plazas llegaban a trescientos mil hombres veteranos, gente ejercitada y triunfante. Previno en Tolón una gruesa armada el almirante Luis de Borbón, conde de Tolosa, hijo natural del Rey; otra se prevenía en Brest, y las galeras en Marsella.

Este formidable poder era el terror del mundo; para justificarse, mandó formar un manifiesto dando las razones de esta división de la Monarquía de España, olvidando sus derechos, para dar una eterna paz a la Europa. Mandó que su ministro en Madrid lo significase así al Rey, diciéndole *moriría con esto en paz, sin cuidado de elegir heredero, porque importaba al bien público deshacer lo vasto de esta Monarquía, a que tantos aspiraban, y que unida a cualquier príncipe resultaban mil inconvenientes, no dándole a la Europa equilibrio*. Lo mismo mandó insinuar al Pontífice y a las repúblicas y príncipes de Italia y al gran Sultán, que ofreció armarse contra los austríacos e invadir la Hungría por que no llegasen a ocupar el trono de España. Esta resolución fue grata al sueco, dano y moscovita, y a los electores del Imperio, y más al duque de Baviera, por el odio natural que tenía a los austríacos.

Ninguna fatal noticia hirió más vivamente el ánimo de Carlos II ni le consternó más; entonces mostró que era capaz de afectos, y se le acrecentó la aversión que a los franceses tenía. De esto tomaron ocasión los que adherían a los austríacos, para avivar en el Rey las llamas del odio; los que a los Borbones, para exaltar el riesgo y el temor, si no se nombraba heredero al duque de Anjou. Estas disputas trascendían alguna vez con inmoderación a las antecámaras de Palacio, donde enfervorizados los ánimos, pasaba más allá de lo justo la porfía, porque los más de los grandes y criados del Rey estaban por los austríacos; y así, ordenó no se tratase, ni por conversación, de la sucesión de los reinos ni se propusiese la duda en los tribunales.

Esta ira del Rey inflamó las esperanzas del César; mandó que le cortejase más su embajador, y se previno cuanto le fue posible a buscar amigos y aliados para el caso. Tenía treguas, con Mustafá II, emperador de Constantinopla, y dispensó con los electores algunas gracias con más despótica política que jurisdicción; tentó cuantas artes le fueron posibles para traerlos a sí; adhirieron secretamente muchos, nunca el bávaro, ni su hermano José Clemente, elector y arzobispo de Colonia, ni príncipe alguno de Italia, a los cuales nada era más grato que esta división, porque los príncipes chicos aborrecen la inmoderada grandeza de los que Dios hizo nacer mayores.

Esto acaeció hasta el año de mil seiscientos noventa y nueve del nacimiento de Cristo.

Año de 1700

Ponían los mayores esfuerzos para perfeccionar su intento, y daban la más estudiada eficacia a sus palabras los magnates que en España adherían a los austríacos, pero tenían mayor autoridad en el Gobierno los contrarios. El Rey no sabía determinarse; inspiraban aquéllos que se armase el reino, y se envió al marqués de Leganés a Andalucía para que hiciese levas y abasteciese de víveres y municiones las plazas. Lo propio se ordenó al príncipe de Vaudemont, gobernador de Milán. Esto tenía con expectación al mundo: era la España el asunto de todas las conversaciones en la Europa; todos sabían que estaba el Rey más vecino a la muerte que a la determinación de nombrar heredero.

Estas dudas e incertidumbre de su intención trascendieron hasta Roma, donde, por la muerte de Inocencio XI, estaban en cónclave los cardenales, nunca más divididos en encontrados pareceres y desunidas las facciones, siendo esta que parece discordia, instrumento de la soberana Providencia, que se vale de las mismas repugnancias de la libre voluntad del hombre para ejecutar su altísimo decreto, uniendo distantes extremos a un fin que no entiende nuestra ignorancia. Habíanse por siglos unido los cardenales españoles y alemanes, pero ya aflojaban este nudo y producía recelos la quebrada salud del Rey y lo vario del dictamen en sus vasallos.

En estas dudas, que tenían embarazada gran parte de la Europa, enfermó el Rey mortalmente; acometiéronle vivísimos dolores que excitaron una disentería, dando evidentes señas de lo maligno del humor el desconcertado pulso. Se apresuraba más la muerte que la resolución de hacer testamento, y este que deseaban ambos partidos; era más poderoso y de mayor opinión con el Rey el que adhería a los Borbones. Con nunca intermitente vigilancia le ceñían, pretextando cuidado y amor, el cardenal Portocarrero, el duque de Medinasidonia, el marqués de Mancera y don Manuel Arias, atentos a que no se hiciese violencia y sacasen sugestivamente algunas palabras que pareciesen decreto, y no tenían la mayor confianza en el secretario del Despacho Universal don Antonio de Ubilla. Oían claramente que el confesor Nicolás Torres y el inquisidor general Mendoza le traían siempre a la memoria su Casa y sus parientes, inducidos de la Reina, que, no embarazada del dolor, proseguía en su idea y en su empeño.

Todo lo miraba el Rey y lo entendía; tenía de sus vasallos entero conocimiento; no ignoraba sus dictámenes, y la lid de las encontradas pasiones que alguna vez prorrumpían

en mal refrenada disputa, porque con la decadencia del Rey cobró mayores bríos la osadía de los vasallos; declinó la autoridad de la Reina, a quien ofreció el conde de San Esteban del Puerto que si desistía de su solicitud y dejaba en entera libertad al Rey, sería bien atendida en sus intereses, y que los tomaba a su cargo.

Por que no estuviese todo lo moral en manos del confesor, mandó el cardenal venir otros religiosos, los más doctos y ejemplares, para ayudar al Rey a enfervorizar sus afectos y disponerse a morir con resignación y con todos los sacramentos que la divina clemencia ha instituido para facilitar con la gracia la justificación del pecador. A vuelta de esta loable caridad, estaba el recelo que obligase el confesor al Rey a alguna resolución, conforme al dictamen que muchas veces le había dado. Vinieron luego los llamados, y con la mayor blandura desengañaron al Rey de poder vivir; porque la reverencia o la lisonja de los médicos no le quitaba la esperanza, por no avivar la aprensión: vulgar infelicidad de los príncipes, a quienes acompaña hasta el sepulcro la adulación y el engaño.

Esto sirvió de que el Rey escuchase más atento, para que, viendo le faltaba el tiempo, se aplicase a ejecutar cuanto era indisputable a un monarca y a un católico. Propusiéronle los riesgos a que exponía sus reinos dejándolos sin sucesor, y que de nada haría con Dios tanto mérito como de evitar, con su último testamento y libre declaración de su voluntad, los daños que amenazaba una guerra civil inevitable, dejando confuso el Trono; que eran de Dios los reinos, a quien se habían con resignación de restituir, haciendo justicia, porque ella esencialmente residía en Dios, que esperaba ya a su tribunal supremo a quien llamaban en el mundo Rey, Padre y Juez, términos que significaban la más estrecha obligación, y no concedidos sin ella, la cual hasta el postrer aliento permanecía; que el Rey debía prescribir y disponer la forma y método del gobierno en que habían de quedar sus vasallos; el Juez, después de ponderadas las razones y examinadas las leyes, hacer justicia, dando a cada uno lo que le pertenece; el Padre, mirar con amor y interesarse en el útil y conveniencia de los que le había adoptado Dios por hijos, precaviendo sus daños cuanto a la humana comprensión le es permitido, que aunque se excluye de nuestra ignorancia lo venidero, rige con lo presente cuanto puede lo futuro la providencia del hombre; que el inmortal espíritu que nos anima, criado de Dios a su imagen y semejanza, sólo con las heroicas virtudes se ennoblece y se ilustra, no con vanos apellidos y abalorios; porque al alma no le eran ni parientes los austríacos ni enemigos los Borbones, siendo ésas terrenas impresiones que con la muerte se desvanecen; que en sí era el negocio de la mayor entidad, pero que ya estaba ventilado y definido, y por eso quedaban por fiadores de la justicia los que habían dado su dictamen, al que se debía, adhiriendo al mayor número, conformar el Rey, porque era más segura opinión la más común; que la más noble porción del hombre era la que debía deliberar, sin que se escuchasen bastardas voces de naturales afectos, que engañan con el halago, cuyo fomento quedaba en el sepulcro resuelto en cenizas; pero el autor del decreto, que era la razón que residía en el alma, había de dar estrechísima cuenta de él.

Esto excitó la atención del Rey, cuyo corazón pío y religioso luego se desprendió de lo caduco. Mandó llamar al secretario del Despacho Universal, y apartando los circunstantes, menos al cardenal Portocarrero y don Manuel Arias, hizo su testamento, confiriendo antes a don Antonio de Ubilla la autoridad de notario, para que no faltase

circunstancia alguna legal. Nombró por heredero y legítimo sucesor de sus reinos a Felipe de Borbón, duque de Anjou, segundo hijo del delfín de Francia, aprobando y prefiriendo a todos el derecho de su abuela la reina María Teresa de Austria. Derogó cualquier ley en contrario y mandó a sus súbditos admitir por rey el que elegía. Explicó la mente de sus mayores de excluir la Casa de Francia por que no se uniesen en una mano ambos cetros, y confirmó esta circunstancia como condición precisa. Nombró gobernadores, mientras llegase su heredero, a la Reina, al cardenal Portocarrero, al presidente de Castilla, don Manuel Arias; al de Aragón, duque de Montalto; al de Italia, marqués de Villafranca; al de Flandes, conde de Monterrey; a don Baltasar de Mendoza, inquisidor general; por el cuerpo de los grandes la nobleza, a don Pedro Pimentel, conde de Benavente, y por el Consejo de Estado (después de un codicilo), al conde de Frigiliana. No se dio a la Reina más autoridad que de un voto, y a la pluralidad de ellos se reservó el decreto.

Ordenó se alzase el destierro al almirante, al conde de Oropesa, al duque de Montalto, conde de Monterrey y conde de Baños; esto se obedeció luego, pero el cardenal excluyó a Oropesa; no tenía entonces autoridad para eso, mas nadie se atrevió a replicarle. Señaló por alimentos a la Reina cien mil doblones, y que pudiese vivir en la ciudad de España que quisiese, con el gobierno de ella. Esto fue lo principal del testamento, que leído en alta voz por Ubilla, le ratificó y lo firmó el Rey. Cerróse con siete sellos y por de fuera firmaron otros tantos testigos.

Este es el decreto y última disposición que tanto agitó el corazón de los príncipes, cuyas dudas hicieron tan vigilante la ambición. Este el que, enderezándose a la pública quietud, movió guerras tan sangrientas y envolvió en mil tragedias la Europa. Esto ejecutó el Rey libremente, no sin repugnancias de la voluntad, vencida de la razón; no le era de la mayor satisfacción, pero le pareció lo más justo, y rendido al dictamen de los que tenía por sabios e ingenuos, al amor de sus vasallos, a quienes creyendo dar una perpetua paz dejó una guerra cruel (tanto yerra el hombre en sus juicios, tan poca luz tiene de lo venidero, que las medidas más ajustadas a la prudencia falsean). Después de esto, se le rasaron los ojos en lágrimas, y dijo: *Dios es quien da los reinos, porque son suyos*. No pudieron, de ternura, contener el llanto los circunstantes; congojóse más el Rey; encargó mucho la vigilancia y rectitud al presidente de Castilla, y a todos la pureza de la religión y la paz. Porque no parase el curso de los negocios, dio con otro decreto, al otro día, suprema potestad de gobernar al cardenal, mientras durase la enfermedad, y se le entregaron con los reales sellos: nunca otro vasallo consiguió tanto.

Esto llevaron a mal los magnates de la contraria facción, y mucho más la Reina, a la cual quería incluir en la autoridad de ese interino Gobierno Portocarrero; pero el Rey no quiso, porque ya desprendido de lo terreno, prevalecía contra el disimulo la sinceridad: miserable condición del hombre, que guarda sólo a los últimos períodos de la vida la verdad, desembozando el ánimo que por tan largo espacio vistió la máscara del disimulo y del engaño.

Ya nada somos, repitió con amargura el Rey. Estas eran luchas del amor propio; pero ya desengañado, pidió los sacramentos, que recibió con la mayor edificación de los que admiraban, en los extremos de la vida, constante un ánimo tan remiso y débil. Agraváronse los accidentes, y en primero de noviembre, dos horas después de mediodía, expiró.

Vióse en aquella hora con general reparo brillar la estrena de Venus opuesta al sol; los menos entendidos en la astronomía lo admiraron como portento; y aún no fenecida la lisonja al todavía tibio cadáver, sacaba favorables conjeturas para la eterna felicidad del difunto Rey. Hallóse acaso en aquel instante perigeo el lucero y cuanto es posible distante del sol, que mirándole en recto le hizo brillar más; por eso parecía, y porque estaba declinado y con menos actividad el sol. De la muerte y testamento del Rey avisó luego con expreso el cardenal al rey de Francia, y otro correo le despachó su ministro el señor de Blecourt.

Antes de llevar el real cadáver con la acostumbrada pompa al panteón de El Escorial, en presencia de los grandes de España y de los presidentes de los Consejos, mandó el cardenal abrir y leer el testamento; publicóse por heredero al duque de Anjou: aplaudieron todos y se conformaron a la voluntad del Rey. Algunos fingían; otros, embarazados del actual dolor, confundían dos causas en un efecto, porque los más allegados y familiares del Rey deseaban príncipe austríaco, o criados con esta aprensión, o conservando a la Francia un odio más heredado que justo. Envióse copia del testamento al marqués de Casteldosríus para que le presentase al nuevo Rey, a quien, y a su abuelo Luis XIV, escribieron los gobernadores. Firmó la Reina estas cartas, cuyos ejemplares, esparcidos con arte de los franceses por la Europa, parecieron poco conformes a la delicadeza del ánimo pundonoroso de los españoles, porque era demasiado expresivo el ruego, explicando ser posible que dejase de admitir la Casa de Borbón otro trono más vasto del que poseía, y para que esto no sucediese se hicieron rogativas en Madrid, con alguna más que desaprobación de los extranjeros, porque esto era haber creído que la división de los reinos que hizo en Riswick el rey de Francia fuese sincera y con ánimo ejecutivo.

Poco después se determinaron a enviar al Rey, en nombre de los reinos, uno que prestase allá la obediencia; dejóse la elección a la Reina, y la hizo en don José Fernández de Velasco, condestable de Castilla, hombre ingenuo, sincero e incapaz de poner en el Rey siniestra impresión contra alguno. El conde de San Esteban pretendía este encargo para el marqués de Villena; ofreciólo la Reina; después, inducida del conde de Frigiliana, mudó de dictamen, de que ofendido San Esteban, hizo dejación de la mayordomía mayor de la Reina, la cual, retirada de este que la pareció desaire, pasó sus quejas al Rey con más viveza que felicidad, porque protegido el conde del cardenal Portocarrero, tuvo la Reina respuesta poco agradable y de ninguna satisfacción. Desde entonces empezó la civil discordia entre los gobernadores, y declinó tanto la autoridad de la Reina, que se veían claros preludios de las consecuencias fatales de su desgracia.

El rey de Francia, para justificarse con los príncipes de la última confederación y dar satisfacción a sus vasallos, mandó que el Parlamento y Consejo de Estado deliberasen si debía admitir para su nieto la Corona. Los que sabían las artes que a este fin había usado y los ejércitos que tenía prevenidos en los confines de España, conocieron que era afectada la duda, y aunque eran de opinión que le convenía más a la Francia la división de aquellos reinos que el empeño de sostener en ellos a un príncipe de la real estirpe, se adhirieron a la voluntad del Rey y respondieron, casi uniformes, que debía admitirla sin temer la nota de haber faltado al pacto de la división, porque en ésta sólo se estuvo de acuerdo en el caso que hubiese Carlos II nombrado heredero a un príncipe austríaco o

muriese sin nombrarle. Que el presente caso no estaba prevenido ni hecho mención de él, y que así, sería tiranía cuitar de su familia un reino que con las más obsequiosas expresiones le aclamaba.

Reconocióse rey de España después de esta consulta el duque de Anjou; prestóle obediencia el embajador, marqués de Casteldosríus, y le besaron la mano los españoles que allí se hallaban; diose a las cartas de los gobernadores la más urbana y obligada respuesta; otra carta escribió de su mano al cardenal Portocarrero el rey de Francia, con cláusulas que le manifestaban agradecido, y ofrecían el real patrocinio en cualquier ocurrencia y, lo que era más grato al cardenal, que se gobernaría siempre su nieto por su dictamen. Aclamóse con la mayor pompa en Madrid y en toda España al nuevo Rey, a quien reconocieron luego el duque de Saboya y demás príncipes de Italia, las repúblicas de Venecia, Génova, los Cantones, esguízaros, Luca y Ragusa y -lo que no se esperaba- la Holanda. También el nuevo pontífice Clemente XI (antes cardenal Albano). Lo propio ejecutaron los reyes de Suecia, Polonia, Dinamarca, Prusia, Portugal y el rey de Inglaterra Guillelmo de Nassau. De los príncipes del Imperio, sólo los electores de Baviera y Colonia, el duque de Lorena y el de Brunswick.

Este no esperado accidente hirió en extremo el ánimo del emperador Leopoldo y de toda su familia. Divulgóse en Viena que había sido violentado el Rey a este testamento con las artes del cardenal Portocarrero; algunos decían que era supuesto y fingido; otros, que no estaba el Rey en sí cuando le hizo. Todo era respirar por la herida y cargar de injuriosos epítetos el nombre del rey de Francia. No habían quedado menos irritados el rey de Inglaterra y los holandeses, pero no podían, desde luego, mostrarlo, porque estaban desarmados y había Luis XIV retirado sus tropas a los confines de España y dado cuarteles junto al Rhin y la Holanda.

Escribióles una carta artificiosa, dando las razones de esta inexcusable determinación, y que era el medio más ajustado a la quietud de la Europa, porque no se movería jamás la España a empuñar armas sino en caso de defensa, y que, de no ejecutarlo así, sería la Francia su enemigo mayor y la que procuraría contenerla en sus límites y en estrecha alianza con sus antiguos amigos. Que con esta condición había dado a su nieto a los españoles, al cual procuraría defender con todas sus fuerzas contra cualquiera que intentase turbar la quietud de su trono. Que le hubiera sido más útil a su reino la división de los de España, pero que ya una vez ésta resuelta a llamar Rey para toda la Monarquía, no era fácil dividirla. Que las leyes de España y el testamento del último Rey austríaco prohibían, con repetidas precauciones, el poderse en algún tiempo unir las dos Coronas, y que en esa inteligencia en que estaban de acuerdo todos los de su real familia había cedido el Delfín, y su primogénito el duque de Borgoña, sus derechos a la Corona de España al duque de Anjou, y éste los suyos por la de Francia. Que el testamento le había hecho Carlos II, obligado de las leyes y de la incontestable razón de los Borbones, donde si hubiera tenido arbitrio un príncipe austríaco, no hubiera excluido a su Casa de tan preciosa herencia. Que con dolor permitía saliese un ramo de su real estirpe a ilustrar otro solio, pero que no había podido faltar a la justicia negando a la España su legítimo dueño; y, en fin, que tenía las armas en las manos contra su nieto, si intentase novedad, y por él, si le disputasen su derecho.

Una carta del mismo tenor escribió al rey de Portugal. Respondieron muy tarde los holandeses, y mucho más el rey de Inglaterra; la respuesta fue casi la misma, porque la hicieron de acuerdo, pero explicaba más su ira con amagos de amenaza el inglés, y se confesaba burlado. Viéronse algunos papeles de incierto autor, que se rozaban con sátira, al rey del Francia, tratándole de falaz, violador de la palabra y juramento (estas despreciables armas les quedaban a los infelices y a los mordaces).

De estas apariencias nadie dudaba se había de encender nueva guerra, y más cuando retiró de Madrid y París el Emperador sus embajadores, y pidió al duque de Baviera, gobernador de Flandes, que se la entregase, el que respondió no podía faltar al prestado homenaje al rey de España, por cuya orden la entregó al marqués de Bedmar y se retiró a sus Estados. Esto enconó más al César contra el Duque, y se avigoraron las pasadas discordias.

Estas fueron las primeras disposiciones de la guerra, que, aunque más lenta no menos cruel, estaba ya encendida en Madrid, porque el cardenal Portocarrero, o para acreditar más su celo con el Rey o para establecer firme su autoridad, ensangrentó contra muchos la pluma; fueron los primeros objetos de su furor la Reina viuda, el almirante de Castilla, el conde de Oropesa y el inquisidor general, don Baltasar de Mendoza; sus nombres manchó con impiedad, descubrióles los defectos del ánimo, o los fingía, para apartarlos de la voluntad del Rey, imponiéndoles nota, aún más que de desafectos, de sediciosos, y que eran las cabezas del partido austríaco. Esto exaltó con tales términos, que llegó el Rey a recelar de una guerra civil, y adhirió al dictamen del cardenal de confirmar el destierro de Oropesa e imponerle a Mendoza, y que luego se retirase a su obispado de Segovia.

También escribió a la Reina eligiese la ciudad en que, según disposición de Carlos II, debía vivir. La carta contenía reverentes expresiones y persuadía el retiro para que con la nueva Majestad no se anublase la suya, y viviese más sosegada fuera de los embarazos de la corte. Cogió a la Reina de improviso esta novedad; turbóse mucho con ella y dilataba resolverse, porque ya había dejado el palacio real y vivía en casa del duque de Monteleón, su mayordomo mayor; pero no pudiendo sufrir más los desaires que el cardenal la hacía, se pasó a Toledo. Así trata a los mortales la fortuna, sin que exceptúe de sus mudanzas el grado más sublime.

Al almirante se le quitó el empleo de caballerizo mayor que tenía en tiempo del difunto Rey, y para el nuevo nombró el cardenal en su lugar al duque de Medinasidonia, y mayordomo mayor al marqués de Villafranca. Reformó todos los gentiles hombres de cámara con ejercicio; volvió a nombrar algunos y añadió otros, o adheridos a su persona, o no aún, por su juventud, peritos de los engaños y astucias de los palacios. Estos fueron: don Félix de Córdova, duque de Sesa; don Francisco Girón, duque de Osuna; don Baltasar de Zúñiga, marqués de Valero; don Martín de Guzmán, marqués de Quintana; don Antonio Martín de Toledo, duque de Huéscar; don Agustín de Velasco, primogénito del marqués del Fresno, y confirmó sumiller al conde de Benavente. De toda la real familia redujo los criados y oficiales a un número casi indecente; todo lo ejecutaba para acreditarse celante y estrechar, cuanto era posible, al rey a que tratase con pocos. Este duro sistema del cardenal no se ejecutó sin consentimiento y parecer de don Manuel Arias, cuyo genio, no menos áspero, estaba propenso a lo severo. No faltó quien creyese

que con arte dio al cardenal ese dictamen para hacerle odioso; que, aunque eran en apariencia amigos, la ambición del mando sobre cualquier afecto prevalece.

Esta agigantada autoridad del cardenal y su aspereza llenó de descontento la corte; a éstos los llamaba austríacos, sin reparar que el amor propio no se puede acomodar al daño y a la injuria. Estas noticias, que las alcanzaban exactamente en Viena, los alentaba a la guerra, porque ya el mismo rigor del Gobierno descubría cuáles eran sus parciales y fundaban su esperanza más en la disensión civil que en la violencia de las armas.

Así lo expuso al Parlamento, que mandó juntar a este efecto, el rey de Inglaterra. Después de haber ponderado el ultraje de su real nombre, padecido en la falta de fe del rey de Francia, cuya ambición -dijo- no se contenía en los términos de la Europa, mostró los perjuicios que resultaban al comercio, y que serían los franceses dueños del de Indias, del mar Mediterráneo, el Adriático y Jonio, y se aprovecharían con nuevas fábricas de las lanas de España. Que le amenazaba inevitable riesgo a la Holanda la unión de estas Monarquías, no habiendo olvidado la España sus derechos; que menos estaba segura la Gran Bretaña y su religión, amparado Jacobo Estuardo de dos poderosísimos príncipes, y que así, antes que la dilación los excluyese de la oportunidad del remedio, era preciso aplicarle.

Este fuego de la oración del Rey no encendió los ánimos de todos, como pretendía, porque el mariscal de Talar, embajador de Francia nuevamente en Londres, esforzaba las razones de su amo con delicadez y cautela, por no enojar más al Rey, al cual no pudo aplacar y había ya determinado armarse, porque verdaderamente entró en la aprensión que, unidas estas dos Coronas y no embarazadas o distraídas en otra guerra, podían restituir al trono al rey Jacobo, y en todo trance quería la seguridad de su Casa, y por eso cuidaba tanto de los holandeses, temiendo que ya más poderosa la España suscitase sus antiguos derechos; por todo esto los persuadía se previniesen a la guerra y dispusiesen sacar de sus Estados, sin estrépito, al conde de Brior, ministro de Francia.

Eran superfluas las persuasiones del rey Guillelmo, porque ya habían concebido bastante temor los holandeses para no descuidar, y les acordaba siempre su riesgo el Emperador por medio de sus ministros, no descuidando al mismo tiempo de encender el ánimo de los príncipes de Alemania, y propuso la guerra en la Dieta de Ratisbona. Expuso allí los riesgos que era justo precaver por las vecinas agigantadas fuerzas del francés, que ya, no ocupado en la guerra contra España, convertiría sus armas al Rhin. Que se debía formar una liga y que entrarían en ella los ingleses, holandeses y el rey de Portugal, ofendidos del engaño, y los príncipes de Italia, temerosos de perder su libertad. Que todavía no se había olvidado la España del blando gobierno de los austríacos, y que tenían muchos parciales en ella atentos a la oportunidad y ocasión de declararse. Que nada embarazaban los movimientos de Polonia, pues aunque contra el rey Federico había tomado las armas Carlos, rey de Suecia, le defendía el moscovita. Que el otomano observaría religiosamente su tregua, mal reparado de las pasadas desgracias, y que, en fin, era causa común el peligro de cualquiera en el cuerpo del Imperio.

Estas razones, a quienes daba mayor fuerza la autoridad del César y los particulares fines, movieron el ánimo del prusiano, hannoveriano y neobúrgico a ofrecerle tropas auxiliares; pero no entrar en liga, porque no pudieron los austríacos conseguir que ésta se declarase

guerra de círculos, no teniendo el Imperio interés con la España, no habiendo movido las armas el rey de Francia ni intimado la guerra; con todo, perseveraba el Emperador en solicitar los príncipes y mantener en España sus parciales, valiéndose del dictamen de don Francisco Molés, napolitano, duque de Pareti, que había sido embajador de Carlos II en Viena; y aunque reconoció al rey Felipe por cartas y se le mandó se restituyese a España, como ya tenía intención de servir a los austríacos con el motivo de la oposición que le hacían sus acreedores, se quedaba en aquella corte, y para salir de ella pidió tan exorbitante suma de dinero, que se conociera era estudiado pretexto para lo que después ejecutó.

Esto no dejó de ser perjudicial a la quietud de España, porque mantenía el duque algunas correspondencias en ella, no habiendo aún declarado su determinación, y con esto tenía noticias de cuanto pasaba por cartas del almirante y otros, que, lamentándose del presente gobierno del cardenal Portocarrero, se explicaban descontentas, y todo avivaba la esperanza de los austríacos, que pasaban estas noticias a las cortes de Inglaterra y Holanda para alentarlos a la liga.

Aunque el reino de Nápoles había dado la obediencia al Rey, le negó la acostumbrada investidura el Pontífice, por contemplación al Emperador. Instaban por ella el duque de Uceda, embajador de España, y el cardenal Jasson, que lo era de Francia; pero confirmaba en su resistencia al Pontífice el cardenal Vicento Grimani, veneciano, acérrimo parcial de los austríacos, hombre resuelto y atrevido, que tenía la confianza del Emperador y el patrocinio; esto le hacía más osado para que no hiciese representación sin amenaza.

No era necesaria la investidura para la posesión del reino; pero lo era para que aprobase el Pontífice los derechos del Rey con aquel acto jurídico (formalidades que alguna vez importan para el vulgo), pues aunque habían jurado al nuevo Príncipe todos los reinos que componen la Monarquía de España, no faltaba en los pueblos quien disputase sobre la legitimidad de los derechos a la Corona, y como habían tenido seis reyes austríacos, de quienes en el largo curso de más de dos siglos habían recibido innumerables honores y mercedes, permanecía en muchos el amor a la familia, y esto hacía disputar, aun a los ignorantes, lo que no entendían. Los más cuerdos disimulaban; en fin, nació un problema pernicioso a la quietud de los reinos, porque los que no penetraban la fuerza del prestado juramento de fidelidad y obediencia y la indispensable obligación en que los constituía su propia honra, llevaban mal el dominio de un Príncipe francés, cuya nación era, por gloriosa, aborrecida. Ni se descuidaban los austríacos de sembrar estas reflexiones en el vulgo, porque no había reino donde no tuviesen sus secretas inteligencias.

En este estado de cosas partió el Rey para España, acompañado hasta Burdeos de sus hermanos el duque de Borgoña y el de Berry, y de gran número de magnates de aquel reino; pero nadie pasó la raya de Francia, porque mandó prudentísimamente Luis XIV que ningún vasallo suyo entrase en España, menos el duque de Harcourt, que volvía a ella por embajador. Con esto explicaba entregar enteramente el Rey al dictamen de los españoles, y que ni los celos de su favor o el mando turbasen la pública quietud. Aquí expiró el año y el siglo. De la narración de estos hechos componemos el principio de este tomo: lo demás dividimos en cada un año de los siguientes, conforme al tiempo en que

las casas acaecieron, para la claridad del que quisiese escribir la Historia y valerse de estos COMENTARIOS.

Año de 1701

Con poca intermisión en las jornadas, aun en la más rígida estación del año, entró el Rey en sus dominios. Cesó luego, en cuanto a la formalidad, el gobierno del cardenal Portocarrero, pero no su autoridad ni sus influjos, y aunque no fue declarado primer ministro, gobernaba absolutamente como tal, porque el Rey, instruido de su abuelo, seguía su dictamen, hasta que la edad y la experiencia le diesen mayor luz.

Hallábase en Barcelona por virrey de Cataluña el príncipe Jorge de Armestad. Era alemán y algo pariente de la Reina y de la Emperatriz; por eso se desconfiaba de él, y aunque hizo los mayores esfuerzos para que se le confirmase, en el gobierno no pudo conseguirlo, y se le nombró por sucesor a don Luis Portocarrero, conde de Palma, hermano del cardenal, hombre áspero, tardo y fácil a la ira, no a propósito para suceder al príncipe, cuya afabilidad, blandura y liberalidad se concilió los ánimos de los catalanes más de lo que era conveniente al Rey. Hallábase bien en Barcelona, porque tenía empleada la voluntad en una dama y le dolía con extremo apartarse de ella; por eso, despechado de la repulsa, viendo lo mandaban salir de España, dejó tramada una conjura y tuvo el encargo de adelantarla esta mujer, que, herida sensiblemente de la ausencia del príncipe, lo ejecutó con la más exacta diligencia y con la facilidad que ofrecía el genio de aquellos naturales inclinados a la rebelión. Empezó el perverso designio entre pocos, los más allegados al príncipe; después contaminó el error tanta muchedumbre, que quedaron pocos leales.

Antes de partir escribió a la Reina y al almirante; aquélla respondió por mano del secretario del Despacho Universal, Ubilla, con solas expresiones de urbanidad. Nadie vio la respuesta del almirante -dúdase si la hubo-, pero sea fingida o verdadera, cierto es que la mostró después en Viena el príncipe, y ya que hacía ostentación de ella no dejaría de ajustarse a su intención.

Cuando para embarcarse en la nave se puso en la lancha en el muelle de Barcelona, dijo en alta voz *que volvería con nuevo rey a ella*. Todo esto alentaban los alevosos ánimos, que mal hallados con la quietud, solicitaban su ruina.

* * *

Había ya el Rey pasado los Pirineos y concurrían a verle de muy distantes parajes los pueblos. La aclamación y el aplauso fue imponderable; llenóles la vista y el corazón un Príncipe mozo, de agradable aspecto y robusto, acostumbrados a ver un Rey siempre enfermo, macilento y melancólico. Ayudaba al popular regocijo la reflexión de la gloriosísima Casa de Francia, y muchos, sin más fin que distraídos de su propio alborozo,

le acompañaron hasta Madrid, donde entró el día dieciocho de febrero por la puerta de Alcalá, con tanto concurso de pueblo y nobleza que fue trágica para muchos la celebridad, porque, estrechados en la confusión, murieron algunos. Esto tuvieron o ponderaron como mal agüero los desafectos, que no faltaban entre los primeros hombres; asomóseles a algunos por el rostro el ánimo y el temor, recelando no sería este Príncipe tan culpablemente benigno como el pasado, y que tenía riesgos de ser abatido el inveterado orgullo de los nobles. No podían luego amarle y le temían: el amor a los reyes es justo y es obligación; pero no se engendra verdadero sino con el trato, con los beneficios y por las virtudes del príncipe.

Aunque el Rey tenía bastantes para ser amado, parece que procuraba lo contrario, con su aspereza, el cardenal Portocarrero, y se debía reflexionar sobre el temor con tal arte que quedase respeto y no degenerase en aversión; pero despreciando esto el cardenal, que no sabía ser político, exasperó los ánimos de muchos hasta enajenarlos enteramente del Rey. Al amor sigue el miedo; pero si se radica éste sin aquél, se hace odio.

Apartó al Rey de todos, para que nadie se insinuase en su ánimo, y con cuidado estrechó el Palacio a pocos, y aun con ellos le mantenía siempre difidente, trayendo por pretexto que se habían apoderado tanto de Carlos II, que llegó a ser más esclavo que Rey. En medio de tan celosos ardides, para mantener única su autoridad erró el modo, porque introdujo al gobierno a los franceses, con tanto perjuicio suyo, que después le echaron de él, como veremos. Hizo que el Rey formase un secreto Consejo de Gabinete y que entrase en él el duque de Harcourt, que se resistió hasta tener orden de su amo, ni lo permitió el rey de Francia hasta que interpuso segunda vez sus ruegos el cardenal.

En esta Junta en que presidía y despachaba el Rey, no entraban más que el cardenal, el presidente de Castilla Arias, y el embajador de Francia, a cuyo voto se tenía la mayor consideración, porque se veían disposiciones para la guerra, y se conocía el cardenal incapaz de manejar solo tan gran negocio. Desde entonces tomaron tanta mano sobre los de España los ministros franceses, que dieron más celos a los príncipes, viendo estrechar la unión a un grado que todo se ponía al arbitrio de Luis XIV, de cuyas vastas ideas recelaban su ruina los vecinos reinos.

El mayor temor le concibieron los holandeses, habiéndose ordenado al marqués de Bedmar, gobernador de Flandes, obedeciese en todo al rey de Francia, y salió una falsa voz esparcida con arte de los austríacos, que esto era porque se trataba en España de recobrar la Holanda con tropas auxiliares francesas, y al fin de esta guerra dar a la Corona de Francia la Navarra Alta y la Cataluña; pero esta orden sólo tuvo origen en la adulación del cardenal, que aplicaba cuantos medios le sugería su ambición para conservarse en el mando, y le parecía que sólo el rey de Francia le podía sostener. Por eso invigilaba tanto, con nunca visto rigor, contra los que imaginó eran parciales austríacos, y ponía en el número de ellos a los que veía tristes, quejosos, apartados de la corte o que dejaban algún empleo; estos los notaba ya por traidores, y llegó a tanta la infelicidad de aquel tiempo, que nadie se atrevía a suspirar o nombrar a Carlos II.

Esta opinión y tiranía del cardenal, ayudada con la rigidez de don Manuel Arias, dio al archiduque Carlos de Austria más parciales que esperaba; y ya perdidos algunos por el injusto concepto, meditaban su seguridad con un delito, adhiriendo secretamente a los

intereses de los enemigos y disponiendo llegase su nombre a Viena. Este número de los desafectos crecía cada día, aunque los más cuerdos y los hombres más cautelosos lo disimulaban; pero no había quien no llevase mal que tuviesen tanta mano en el gobierno los franceses, y más que ellos estaban aborrecidos el cardenal y Arias, visibles instrumentos de las que se padecieron desgracias, porque aumentó su rigidez al contrario partido, confirmó a los diferentes y entibió aún a los que habían sido más parciales del Rey. Algo había en que se debía invigilar, pero con menor severidad y sin tanta inquisición, porque algunos males de la república se curan mejor con el afectado descuido y fingiendo ignorarlos: perseguidos algunos vicios del ánimo con demasiado rigor, se hacen pertinaces; nunca se deben claramente permitir, pero no todos se pueden remediar; causaría infalible muerte el que pretendiese evacuar del cuerpo humano todos los malos humores.

Habíase determinado en tiempo del gobierno del conde Oropesa reformar parte de la muchedumbre de oficiales de la Contaduría y Secretarías, y aun de ministros en los Tribunales y Consejos; pero como muchos no tenían otra forma de vivir y aquel era su oficio, se tuvo consideración a su pobreza, y así, no se ejecutó; poco compasivo el ánimo del cardenal, lo puso por obra, y creyó, con ahorrar doscientos mil pesos al Real Erario, remediar la Monarquía. Esto acrecentó de género las quejas y los lamentos, que mudó semblante con la infelicidad de tantos la corte.

Era verdaderamente crecido y superfluo el número de consejeros; pero nada había más fácil de remediar, fiándolo al tiempo, pues con no proveer las plazas que vacasen en diez años, no habría supernumerarios y se reducirían al prefinido número, sin afligir y constituir en extrema pobreza tantas familias cuando se dejaban en pie los abusos más perniciosos a la Real Hacienda, no sólo en el modo de arrendar los derechos reales, sino en el rigor y número de comisarios para la exacción de los tributos, que doblaban el coste a los lugares y comunidades, cargando gastos y dietas sin tasa y al arbitrio de los que tenían anticipado el dinero por las rentas, porque en la estrechez de la Monarquía era preciso valerse de ellos, tomando el dinero a daño.

Esta intempestiva providencia, corta para remediar tanto abuso y demasía, porque empobrecía tantas casas, le concitó un odio mortal; parte de él, inculpablemente, resultaba contra el Rey y contra los franceses, porque a ellos atribuía el cardenal todas las resoluciones, por disculparse. El Rey difería a su dictamen, ya por la precisa inexperiencia, ya porque no sabía de quién fiarse, porque el cardenal a pocos dejó entera la opinión.

Mostró el Rey, desde luego, un entendimiento claro, comprensivo y serio; un ánimo sosegado, capaz de secreto y silencio y nada contaminado de los naturales vicios de la juventud; antes religioso, modesto, y amante con admiración de la castidad: eran sus delicias el juego del mallo, la raqueta o el volante, más la caza y alguna vez los libros, porque poseía una erudición no vulgar en los príncipes y le habían en Francia educado con la vigilancia mayor. Estas virtudes del Rey no las vició jamás el poder ni la soberanía, antes las hizo más robustas y echaron raíces con la experiencia y los trabajos.

Estos desórdenes del rudo genio del cardenal y claros perjuicios de su conducta llegaron a oídos del rey de Francia por cartas de su embajador, y aunque comprendía cuán poco

ajustado a la razón era aquel método, se holgaba que fuese español el instrumento de abatir la vanidad de algunos principales magnates, acostumbrados a ser los ídolos del reino y despóticos en él, sin tener a la justicia y a la Majestad aquel respeto que es toda la armonía del gobierno; y así jamás desaprobó al cardenal su rigidez ni otra operación alguna, porque los ministros franceses, fiados en el invencible poder de su Rey, creían allanarlo todo, no se amedrentaban con las amenazas de la guerra y hallaban su interés en él desorden de la España, porque, mal regulada, la tenían más dependiente, estudiando más su política dejarla desarmada y sin militar experiencia, porque no le compitiese el poder, pues conocían que, bien regida, esta Monarquía no tiene igual.

Aún mayores perjuicios se podían esperar si no se hubieran desunido Portocarrero y Arias, porque éste era más acepto a los franceses, y ya el cardenal, por su incapacidad despreciado, concibió sospechas no mal fundadas, que pretendían disminuir su autoridad, a lo cual concurría con ambición de adelantar la suya don Francisco Ronquillo, que contra ambos se insinuó en la gracia del duque de Harcourt, cuyo dictamen prevalecía en todo. La Reina tocó el desengaño de las bodas del Delfín, por advertencia del padre Chiusa, que descubrió ser enredo de los franceses y del duque de Monteleón, de los cuales hablaba con alguna irreverencia. Este fue el motivo de desterrar el Rey a Chiusa de los reinos de España, y viendo el duque ya perdido el favor de la Reina y declinada su autoridad, hizo dejación del empleo de su caballerizo mayor; pero más fue por contemplación a los franceses, de quienes estaba recíprocamente aborrecida, y aunque no los amaba mucho el duque, los temía.

A este tiempo llegó un holandés, como para sus dependencias, a Cádiz, porque no estaba prohibido aún el comercio. Éste le enviaron para avisar a los negociantes de su nación que residían en España a que retirasen sus efectos, investigar el estado del Rey, sus fuerzas, tropas y preparativos de guerra; informarse de las fortificaciones y plazas y del sistema de aquellos pueblos, su genio y el número por mayor de los parciales austríacos y de su calidad; porque exaltaba la fama el general descontento más allá de la verdad. Cumplió éste con su encargo, y para hacerlo mejor pasó hasta la corte, donde le dio en su casa hospedaje el ministro holandés Sancho de Scolemberg. Allí tomó más exactas noticias y verdaderas, y examinó que todo dependía de la aversión, no al Rey, sino al Gobierno. Trató familiarmente con el almirante que, con la mayor cautela, con palabras equívocas, propaló su ánimo como hablando acaso de cosas actuales con el extranjero, y por conversación, alabando la Andalucía, dijo ser la llave del reino y por donde, si aquélla se rindiese, se subvertiría el Trono; no calló el descuido y desaliño de las plazas, y no ser de la moderna militar arquitectura, y presentó al holandés un mapa de la España, exactamente delineado, explicándole la topografía del lugar con todas las circunstancias que pudieron hacerle capaz de lo que pretendía inquirir.

El holandés regaló al almirante con un reloj de repetición, y le dijo: *Acordaos de mí cuando suene la campana*. Esto pasó, entendiéndose ambos y ambos reservándose; así se tramó una tácita conjura, comprendiendo el forastero explorador que se debía atacar la Andalucía y que no sería el almirante el postrero a declararse por los austríacos; así lo refirió a su vuelta al Gobierno de la Holanda y se participó al rey Guillelmo con menos secreto del que era menester, porque lo penetraron los franceses y empezaron a desconfiar más del almirante, a cuya noticia llegó las que se tuvieron sobre esto en París.

Para dar alientos a los príncipes de su facción, ordenó el Emperador al príncipe Eugenio de Saboya hiciese por todos sus Estados hereditarios reclutas, y acuarteló sus tropas lejos del Rhin, como descuidando la Germania, porque los príncipes de ellas avivasen el temor y el cuidado, publicando las enviaría a Italia. Volvió a enviar ministros extraordinarios a las cortes de Inglaterra y Holanda, ponderando el riesgo de la Europa con la unión de dos poderosísimas Coronas, y que entraría en Liga con cualesquiera condiciones, como se quitase el cetro de España de manos de quien le poseía, y porque ya no era la cuestión sobre la legitimidad de los derechos, sino sobre salvar la Europa de los peligros que la amenazaban, en lo que debían todos interesarse. Que la misma vastidad y riqueza de la Monarquía de España daba esperanzas más que probables de compensar los gastos de la guerra, y que no había príncipe en la Europa que no adhiriera a ella, huyendo la servidumbre que intentaban ponerla los franceses, y que así había determinado el César empezar las hostilidades, porque era indecoroso hallarse oprimida su injusticia en brazos de la inacción y del ocio; y si experimentaba adversa la fortuna, tendría por blasón sacrificarse generosamente por el bien público, y ellos, el sonrojo de no asistir al que tenía dictámenes tan heroicos, enderezados a la seguridad común.

Esto decían los ministros del César en las cortes del Norte; y por las de Italia, el conde Castel-Barco, empezando por Venecia, donde se hallaba el ministro del rey de Francia, persuadiendo con eficacia al Gobierno, no permitiesen bajar tropas alemanas a Italia, porque sólo su seguridad era toda la idea del Rey, y que hiciesen sus príncipes una liga, para prohibir viniesen tropas extranjeras a turbar su quietud. Que en tal caso tampoco bajarían las suyas, ni francés alguno pasaría la raya ni los términos de los montes, como un ejército formado a expensas de los príncipes de Italia defendiese de todos el país, y que contribuiría el rey de España a estos gastos por lo que le pudiera tocar, como rey de Nápoles y duque de Milán. Que eligiesen un capitán general de común acuerdo para este ejército, que se llamaría de la Neutralidad de Italia, cuyo sólo objeto sería defenderla. Que cotejasen estas razones con las del Emperador y viesen cuáles eran más ajustadas a pública utilidad: si apartar la guerra de Italia y prohibirla a todos, o permitir los estragos de ella en sus propios Estados. Que aunque se quisiesen conservar indiferentes, padecerían los daños sólo con entrar en Italia dos opuestos numerosos ejércitos, cuya militar licencia no se contendría en los límites de la razón y suscitaría las del Imperio Leopoldo, si por suerte quedaba en Italia superior. Que el rey de Francia tenía a los términos de Italia prevenidos ya treinta mil hombres Para ampararla, si los quisiesen, o para defender los Estados del rey de España si bajasen sus enemigos, en cuyo caso era preciso ocupar los lugares y plazas más convenientes a hacer con ventaja la guerra. Esto decía a los venecianos el ministro de Francia; a los romanos, el cardenal de Jasson; a los genoveses y demás príncipes de Italia, el señor de Iberville.

Otras eran las razones del cardenal Grimani y conde de Castel-Barco; decían tener ya los Borbones hecha entre sí la división de la Italia, por la cual podían después aspirar a la universal Monarquía y a vengarse de las repulsas y agravios muchas veces en la Italia padecidos, donde mostraba la experiencia que no florecían los lirios; pero que ahora, con los derechos, armas y Estados de los españoles, tenían otro fundamento sus esperanzas, las cuales sólo las podía hacer vanas el César, si los mismos italianos le ayudasen a propulsar la violencia que les amenazaba infalible, antes que se hallasen con la cadena de irremediable servidumbre. Que, aunque emprendiera la guerra Leopoldo, debían

considerar a cuántas partes era preciso distraer sus armas, embarazada en sangrientas disputas la Alemania sobre el Trono de Polonia, a donde las armas auxiliares de Moscovia y Suecia hacían más peligrosa la guerra que lo fuera entre sólo Federico y Estanislao, nuevo pretendiente de la Corona. Que el Rhin y la Mosela estaban ocupados de enemigos, habiendo cargado hacia esos parajes sus fuerzas el francés, y con todo, como olvidado el César de sus Estados hereditarios bajaba ya con treinta mil hombres a defender la Italia, porque no fuese víctima infeliz de la ambición de los Borbones, si no es que ella voluntariamente quería ser esclava. Que eran bien distintas las ideas y método de los franceses y de los austríacos, habiendo mostrado la experiencia con cuánta benignidad éstos han tratado la Italia y sus príncipes, dejándolos pacíficamente gozar de sus feudos y privilegios concedidos por los emperadores, bajo cuya protección viven tantos siglos las repúblicas a quienes faltara propio poder para defenderse, si la autoridad del César no fuese fiadora de su libertad; y que así, para mantenerla, debían tomar con los austríacos las armas, contra el que se declara ya común enemigo.

Esto proferían los ministros y parciales austríacos, y esparcieron algunos papeles injuriosos a la Francia, que nada movieron el ánimo de los italianos, resueltos a quedarse neutrales y dejar a cada uno la libertad de la guerra, porque no podían embarazar, sin grave dispendio e incierto éxito, que bajasen franceses y alemanes, ni formar ejército propio superior al de dos príncipes tan poderosos, con que resolvieron aguardar el decreto de la fortuna, sin provocar la adversa con estudiadas diligencias; ni era fácil unir tantos príncipes y repúblicas de tan distintos intereses. Conociendo esto, resolvieron empezar los austríacos solos la guerra, por si algún fausto acaecimiento ponía en crédito sus armas y los granjeaba la felicidad amigos. La Italia fue el primer teatro de ella. Baja el conde Guido Staremberg con treinta mil hombres a los confines del Tirol; con diez mil franceses más, el mariscal de Tessé a Fenestellas. No se movieron los esguízaros, y renovaron su liga con los venecianos, que, viendo cerca la llama, presidiaron a Verona.

Antes de empezar las hostilidades, volvió a enviar el Emperador a las cortes de Italia al cardenal Lamberg, y el rey de Francia al mismo ministro; y aunque aplicaron, cada uno por su parte, para traer a la Liga los venecianos y genoveses, las mayores diligencias, todas fueron vanas. La oculta propensión de los italianos eran al César; pero pesaba igualmente en su balanza el temor a los franceses. No aborrecían a los españoles, cuyo blando imperio experimentaban por siglos; pero verlos unidos con los franceses les hacía participar del odio casi común. Temían igualmente al César como a Luis XIV, si alguno quedase superior en Italia, y así, a nadie querían unir sus fuerzas por no hacerle más poderoso y perder el patrocinio del otro, que los dejaría gemir bajo el tirano yugo del vencedor. Ni para la prontitud de la resolución tenían estas repúblicas tropas veteranas; ni ellas pueden con precipitación hacer un decreto que depende de tantos y tan varios dictámenes en un Gobierno aristocrático.

Los genoveses miraban más lejos de sus Estados la guerra que los venecianos; por eso afectaron ocio aquéllos; éstos, cuidado. Juntaron algunas tropas y hicieron general a Alejandro Molino, fortificando a Lañano; ya veían ser pocas las fuerzas para resistir la violencia, pero buscaban el aplauso de advertidos, ya que no podían tener la felicidad de respetados. El mariscal de Tessé, encaminándose a los confines del Tirol, fortificó y presidió a Chusa; no podía ser mejor la conducta si hubiera perseverado en ella; pero

pareciéndole se alejaba mucho de poder recibir socorros y que empleaba en este presidio mucha gente, le desamparó contra el dictamen de los más experimentados.

El duque de Saboya no movía sus armas; sólo trataba de reclutar y tener sus regimientos completos, porque estaba adelantado el tratado del matrimonio de su segunda hija, María Luisa Gabriela, con el Rey Católico, esto lo promovió en París María Adelaide, su primera hija, duquesa de Borgoña, persuadiendo al rey de Francia con promesa de traer a una confederación a su padre. Se envió formalmente a Turín por embajador extraordinario al marqués de Almonacid, para pedir esta princesa por esposa del Rey; y, celebrados los capítulos matrimoniales, se proclamó reina de España y se hizo el tratado de la alianza, que era la dote principal.

Ofreció el Duque dar quince mil veteranos al sueldo del Rey Cristianísimo para que sirviesen en Italia solamente, cuyo ejército mandaría el Duque, y que sólo obraría defensivamente, sin insultar Estados de otro príncipe; y que sin consentimiento de los tres que concurrían a esa liga, España, Francia y Saboya, no se pudiera jamás hacer la paz. Esto alentó a que entrase también en confederación con España y Francia el rey don Pedro de Portugal; formáronse en Lisboa los capítulos con el ministro francés. Ofreció don Pedro prohibir sus puertos a cualquier enemigo de la España, y que sólo en defensa de su Estado habían de servir sus tropas, unidas con las de España, que el Rey Católico enviaría. Ofreció el francés una escuadra de navíos para guardar las costas, y se les amplió a los portugueses el comercio de las Indias desde el Río Janeiro a Buenos Aires, cediendo la España la colonia del Sacramento y sus adyacencias. Confirmóse en todos sus artículos la paz hecha entre España y Portugal en tiempo de la reina doña María Ana de Austria, en la menor edad de Carlos II, y quedó acordado que sólo de común consentimiento se trataría la paz con cualquiera que moviese guerra.

Estas dos ligas, que parece confirmaban el Trono de España y aseguraban su quietud, fueron su ruina, porque sobre haber sido poco duraderas, burlaron con gran perjuicio la confianza, descuidóse del continente de España y de sus fronteras: todas las fuerzas echó a la Italia el francés, donde tenía ya sesenta mil hombres, antes que pisasen los alemanes los límites de ella, sin que se atendiese a fortificar y presidiar las plazas marítimas de Andalucía, Valencia y Cataluña, que eran las llaves del reino; el cual, como si no se disputase de él, yacía sepultado en el ocio. Ruinosos los muros de sus fortalezas, aún tenía Barcelona abiertas las brechas que hizo el duque de Vandoma, y desde Rosas hasta Cádiz no había alcázar ni castillo, no sólo presidiado, pero ni montada su artillería. La misma negligencia se admiraba en los puertos de Vizcaya y Galicia; no tenían los almacenes sus provisiones: faltaban fundidores de armas, y las que había eran de ningún uso. Vacíos los arsenales y astilleros, se había olvidado el arte de construir naves, y no tenía el Rey más que las destinadas al comercio de Indias y algunos galeones; seis galeras consumidas del tiempo y del ocio se ancoraban en Cartagena.

Estas eran las fuerzas de España; éstos los preparativos de una guerra infalible con evidencias de pertinaz y sangrienta. Ni los reinos que del continente dividía el mar estaban con más vigilancia tratados, no tenía todo el reino de Nápoles seis cabales compañías de soldados, y ésos, ignorantes de la guerra y arte militar o de ella olvidados con la quietud de tantos siglos. A Sicilia guarnecían quinientos hombres, doscientos a Cerdeña, aún menos a Mallorca, pocos a Canarias y ninguno a las Indias. Las milicias

urbanas creían poder suplir en la ocasión, sin tener más disciplina militar que estar sus nombres por fuerza asentados en un libro y obligar a los labradores y a las rústicas guardias del ganado a tener un arcabuz. Ocho mil hombres había en Flandes, seis mil en Milán, y si se contasen todos los que estaban al sueldo de esta vasta Monarquía, no pasaban de veinte mil. Las fuerzas marítimas de los reinos extranjeros eran trece galeras, y seis daba en asiento en Génova Juan Andrea Doria Carreto, duque de Tursis, y otra, Esteban de Doria. Así dejaron este reino los austríacos y así le dejaban ahora los que gobernaban en España, si no hubiera sido erudición la desgracia.

Nada embarazado el francés de este desaliño, tomó el empeño de sostener el desarmado cuerpo del reino, cuya misma vastidad y grandeza hacía casi imposible la defensa, y para mostrar que no le arredraban las amenazas de los enemigos, mandó que, de repente y a un mismo tiempo, entrasen tropas francesas en las plazas de la Flandes española que presidiaban por antigua convención los holandeses, que, echados sin hostilidad ni daño, se quedó guarnición francesa en ellas, y porque esto se ejecutase sin rumor y con seguridad, ordenó el mariscal de Buflers que con un buen número de tropas se acercase a Lila.

Ejecutóse todo con quietud y felicidad, pero no sin gran queja de los holandeses, que la hizo mayor haber ese mismo tiempo el gobernador de Güeldres hecho represalia de unas barcas que por el río Mosa pasaban cargadas de municiones de guerra, por lo que conocían que la estaba esperando, no desprevenido, el rey de Francia; y aunque expusieron sus quejas, no era con tanta sumisión que no ponderasen la violada fe, y explicasen se verían precisados a unirse con el Emperador. Habíanse ya resuelto a esto por el tratado que estaba perficionando el rey Guillelmo; pero, para adormecer un tanto la ira de Luis XIV (porque no estaban todavía prevenidos), propusieron condiciones de ajuste, y que no entrarían en alguna confederación si se les daba por barrera a Venloo y San Donato, y casi otras veinte plazas, en las cuales se incluían Raremunda, Stebambert, Luxemburg, Namur, Charle Rey y Mons, para que estuviese seguro el paso desde Mastrich. O si no quería el rey de España darles estas plazas, que diese su Flandes española y el ducado de Milán al archiduque Carlos.

Esto fue con desprecio oído del rey de Francia, y la respuesta fue injuriosa y soberbia; dijo que si querían ser neutrales, restituiría las guarniciones holandesas a las plazas de que las había echado; y les añadiría, para que las presidiesen, las que, vecinas a sus Estados, ganaría de los enemigos, y doblaría en la Mosa y Mosela las tropas para su seguridad.

Nada de esto escucharon los holandeses, y, obstinados en la resolución de la guerra, apresuraban las prevenciones. El francés acercó tropas a Güeldres; esto avivó a la Holanda el cuidado, y clamó a la Inglaterra por socorros, representando con repetidos ministros el peligro; pero el mayor agente de ellos era el mismo rey Guillelmo, que propuso con energía al Parlamento el riesgo de los holandeses, y que por la antigua convención se les debía enviar tropas auxiliares; consiguió esto y se determinó pasasen diez mil hombres con la mayor brevedad, aunque no asintieron a que formalmente declarase la guerra.

El Rey, para buscar otro aliado que añadiese eficacia a sus instancias, propuso elegir sucesor a la Corona, después de la muerte de Ana Stuarda, princesa de Dinamarca, llamada al solio en falta de Guillelmo. Esto movió grandes disputas; los que adherían ocultamente al rey Jacobo dijeron no había necesidad de apresurarse a elegir otro heredero, porque esto debía diferirse al reinado de Ana, que no estaba todavía incapaz de tener hijos; los parciales del Rey consintieron con su dictamen, ponderando los riesgos a que se exponía la quietud del reino si muriese Ana sin nombrar heredero, y que siempre era útil tener este protector, más el decreto de que reinase la línea protestante, y así, por mayor número de votos, después de Ana, fue elegida sucesora al Trono de la Gran Bretaña Sofía Lunebúrgica, viuda del elector de Hannover Ernesto Augusto, nacida de Federico Palatino y de Isabel, hermana de Carlos I de Inglaterra, ampliada la elección a sus sucesores. Había otros príncipes que le podían competir el derecho a la Corona, y aún le tenían mejor; pero se tuvo consideración a la religión protestante, que Sofía profesaba, y adelantó sus razones el César, porque le pareció interesar al duque de Hannover en esta guerra y ligarle con este nuevo beneficio, sin que a Leopoldo le hiciese fuerza no ser católico, ni poner en peor estado la infelicidad del rey Jacobo, porque en los príncipes -es menester proferirlo con dolor- prevalece muchas veces la razón de Estado al celo de la religión.

Aunque Guillelmo estaba tan inclinado a mover esta guerra por sus particulares intereses, por dar satisfacción al Parlamento, que no quería entrar en ella, respondió al mariscal de Talard, que le pedía positiva respuesta de las proposiciones que para el ajuste había hecho su amo el Rey Cristianísimo, *que no romperían los ingleses la paz, si se les daba a Ostende, Dunquerque y Neoport y se satisfacían los derechos que el Emperador tenía a la España*.

Aunque esto era abiertamente negarse a ser amigo de la Francia, contuvo Luis XIV las armas, porque esperaba la resulta de los movimientos de Escocia, que daban por nula la elección de Sofía, por no haber intervenido en ella, y por los de Alemania, donde el sueco, favoreciendo a Estanislao, trajo a sí al rey de Dinamarca, para que no socorriese a Federico de Sajonia, expulso casi del reino y procurando restablecerse. El César, indiferente, por no entrar en guerra tan dispendiosa y que tanto le distraía de la que empezaba en Italia, sólo persuadía la paz; cuando la Francia, por ocultos emisarios, alentaba al sueco con socorros de dinero a la guerra, y no descuidaba que los rebeldes de Hungría pusiesen en nueva aprensión al Emperador, después que huyó de la prisión del Neustard el príncipe Ragotzi, que con barbaridad indigna había intentado dar veneno a toda la Casa de Austria. Juntó éste algunas tropas, y las aumentaba el concurso de calvinistas franceses, que tomaban partido en ellas; socorría con dinero la Francia, pero no podían ser grandes los progresos de Ragotzi, porque el Turco no quiso adherir a sus ideas, y las guarniciones de las plazas de Hungría bastaban a contener los sediciosos.

No embarazado de estas dificultades el Emperador, ordenó bajase a mandar el ejército de Italia el príncipe Eugenio de Saboya, uniendo las tropas que había juntado Comerci; Guido Staremberg emprendió con las suyas el primero vencer lo arduo de los montes y los pasos que guardaban con más gente que vigilancia los franceses, que ya tenían doce mil hombres más de tropas del duque de Saboya y ocupaban la llanura que pertenece a Cremona.

Estaba en Ripalta el mariscal de Tessé bien fortificado; el príncipe de Vaudemont en los collados, entre el lago de Garda y el Adda, con un grueso destacamento; el mariscal de Catinat más adelante, teniendo el lago a las espaldas, y a Chiusa enfrente, y cerrados los pasos desde el Tirol al Atesis, con doce mil infantes.

Si quería evitar un peligroso e infeliz combate Staremberg, pocas sendas le quedaban, y esas ásperas, montuosas y embarazadas de peñascos, por las cuales nadie creía se atrevería a emprender la marcha; pero burlando o la confianza o el descuido de los franceses, condujo con el silencio de la noche y gran cantidad de gastadores sus tropas a Rovereto, lugar ya de Italia en el Estado veneciano; ésta fue en esta guerra su primer hazaña, y no la menos importante, porque luego el príncipe Eugenio, echando un puente en el Tártaro, a vista de Catinat, plantó su ejército en los campos de Ferrara. Lo escabroso del lugar y la desigualdad de los montes impidieron antes la batalla, y no pudo después la caballería francesa embarazar este hecho, porque ya había ocupado las orillas del río el Príncipe, y era tan cenagoso, lleno de turbales y pantanos el terreno que dividía ambos ejércitos, que cómodamente y sin apresurarse pudo pasar el suyo el alemán, no sin hacer alguna burla de los franceses, como dijeron los desertores.

Quisieron después pasar el Adda, pero Catinat, que estaba con sus tropas en Verona, asentando artillería a la otra parte del río, lo impedía; esto embarazaba las ideas del príncipe Eugenio, y recurrió a la maña. Dispuso que se quejasen los venecianos del largo tiempo, que estaban los franceses en Verona, y adhirió a esta queja el Pontífice, por sugestión de Grimani, diciendo se habían arruinado casas y heredades de muchos eclesiásticos, y que podía Catinat elegir otro campo para sus tropas. Despreciando los franceses el inferior número del enemigo ejército, se apartaron de Verona.

El vicelegado de Ferrara, parcial de los austríacos, dispuso dejasen los pescadores sus barcos a la orilla del río que poseían los alemanes como acaso, los cuales, valiéndose de ellos, pasaron en una noche su gente. Quejóse el rey de Francia al Pontífice, y diósele por disculpa la que el vicelegado había dado, de haber sido una mera inadvertencia y casualidad que durmiesen los pescadores aquella noche a la otra parte del río.

Sin perder tiempo, vigilantísimo Eugenio, echó un puente en Castel-Bando al Atesis, y dejándole guarnecido se encaminó al Po, cuya contraria orilla la halló ocupada de los franceses, que la guardaban con muchas tropas y artillería. Estaba el río tan crecido, que no era fácil de noche vadearle, ni había bastantes barcas para pasar un ejército observado del enemigo; y así, ambos marchaban por su ribera midiendo el paso los franceses al de los alemanes, cuya vanguardia guiaba, con un destacamento de caballería, el general Palfi, hacia Carpi, donde había fortificado un campo con tropas españolas Felipe Spínola, marqués de los Balbases, pero con menos vigilancia en las centinelas y gran guardia de lo que era justo; porque la noche del día 10 de julio, antes del alba, le acometió tan de improviso y con tan feroz ímpetu el príncipe Eugenio, que muertas las centinelas puso en confusión el campo, donde los más dormían a sueño suelto; como la resistencia fue poca, lo fue la batalla; vencidos los españoles, apenas acertaban a huir. Entró las líneas el vencedor y pasó a cuchillo a cuantos embarazados de la oscuridad y de la confusión no se rendían, prontamente prisioneros. Muchos hombres de distinción huyeron medio vestidos hasta Mantua, y otros hasta Milán.

La acción, aunque no de gran consecuencia, engrandeció a los alemanes, porque era la primera después de haber pasado con tanta dificultad los montes y el Mincio; todo acreditaba su fama y ponía en crédito las armas austríacas, que era lo que pretendía el Emperador para traer a la liga muchos príncipes y poner más aprensión al francés para que, cargando tropas a Italia, no pudiese hacer la guerra en el Rhin, porque los tudescos no la querían en casa propia.

Estos malos sucesos se atribuían entre sí, con no pequeña disensión, los generales Catinat, Tessé y Vaudemont; cada uno quería echar de sí la culpa, que cargaba al otro, y trascendió tanto la discordia, que ya se introducía en los ánimos la pertinacia y desaprobación de todo lo que no era el propio dictamen; porque estos tres generales, independientes uno de otro, ni al duque de Saboya obedecían, de lo que nació otra desunión con Catinat, que no quería estar subordinado al Duque. Dio éste sus quejas en París, diciendo se le faltaba a las condiciones de la alianza, porque no se le había entregado el mando de las tropas de Italia, y daba eso por pretexto de su inacción y estar como indiferente mirando la guerra; todo era arte, porque no quería que acertasen los franceses, y como los veía más poderosos amaba su error, deseando el equilibrio y que nadie quedase en Italia dueño absoluto de ella. Por eso alentaba la discordia y no aconsejaba lo que se debía ejecutar, aun sabiendo más que todos: obraba como príncipe, no como amigo: esto censuraban los que no entendían la necesidad que tiene un príncipe de no fiar de nadie su seguridad y que en ellos la razón de Estado prevalece a todo.

Esta política del Duque no se escondía de la penetración de Catinat, y daba cuenta de ella con reflexiones muy justas al Rey Cristianísimo; pero estaba en aquella corte siempre vigilante por su padre la duquesa de Borgoña, a la cual adhería Tessé, y por eso se mostraba más obsequioso al Duque, que pretendía apartar a Catinat del ejército, porque era quien más le entendía; y aunque era un general de los de mayor experiencia y valor que tenía Francia, el Rey, por satisfacer y contemplar al Duque, con muy honroso pretexto le sacó de Italia y sucedió en su lugar el mariscal de Villarroy, hombre alentado y celoso, pero infeliz. Los alemanes, para adelantarse, pasando el Mincio ocuparon a Cofredo y Castillón, plantando su campo a los confines del Estado de Milán, y le fortificaron tanto que, intentando los franceses romper sus líneas, no lo pudieron conseguir y desistieron del intento.

Pasó a Caneto el príncipe Eugenio, lugar veinte millas distante de Mantua y Cremona, para distraer con dos cuidados la atención de los franceses, y fortalecidas las riberas del Atesis, bloqueó a Mantua cuanto bastaba a no poderla entrar socorros ni provisiones. Tenía la ciudad guarnición francesa, porque don Isidro Casada (valiéndose del marqués Berreti Landi, favorecido del Duque) pudo conseguirlo. Estaba dentro el mariscal de Tessé con doce mil hombres; no era fácil con esta guarnición emprender el sitio de una plaza, la más fuerte de Italia por su situación y otras circunstancias que la hacían inexpugnable. Retiráronse por eso los alemanes, sin dejar el bloqueo, a Briselli y Mirándula, y dieron cuarteles de invierno a las tropas en los Estados de Parma y Módena. El príncipe Eugenio puso sus reales en Luzzara. También se retiraron a cuarteles los franceses; Vaudemont, con parte de las tropas, a Milán; otras se dividieron por el Estado; y Villarroy, con ocho mil hombres, se quedó en Cremona. Así se concluyó en Italia la campaña.

* * *

Como la oficina de la guerra es la corte, no faltaba en ella otra lid, si no sangrienta, a lo menos perniciosa. Volveremos a Madrid, donde el cardenal Portocarrero, más obruido de la dificultad de los negocios y cansado de los franceses, inspiró al Rey se llamasen otros ministros al Consejo secreto del Gabinete, y entraron en él, a más del presidente de Castilla y el embajador de Francia, el duque de Montalto, presidente de Aragón, y el marqués de Mancera, del de Italia. El peso de la guerra y la disposición se dejó enteramente en manos de los franceses, que pedían más sumas de dinero que podía suministrar el Real Erario; pretendían que se impusiesen nuevos tributos, pero repugnó el cardenal, diciendo tenía bastantes rentas el Rey si las administrasen bien, y para que se les diese una forma más pronta de cobrarlas y de inquirir en los abusos, pidió de la Francia un intendente general de ellas, y se le nombró a Juan Orry, hombre práctico, inteligente en administración de caudales, de buena razón, pero impetuoso e impaciente.

Esto no se llevó bien en España; disimulábase el dolor, y con la nueva planta que quería dar el francés se enajenaban más cada día los ánimos. Esto hizo discurrir a los magnates y padres de la patria que sería conveniente juntar Cortes generales en Castilla, con las cuales se daría asiento, de común consentimiento, a muchas cosas, y confirmarían el homenaje al Rey los pueblos. Autor de este dictamen fue el marqués de Villena, hombre por su sangre de los más ilustres, ingenuo, erudito y sincero; decía importaba corregir muchos abusos y establecer nuevas leyes conformes a la necesidad de los tiempos, y que promulgadas éstas de acuerdo con los pueblos, no sólo tendrían inviolable ejecución, pero se podía prometer al Rey mayores tributos y con mejor método cobrados, porque nadie ignoraba las estrecheces del Real Erario para una guerra que se preveía infalible dentro y fuera de España; que era razón observase el Rey los fueros, y que esto lo creerían los súbditos cuando con nuevo juramento los autorizase, sin añadir otros, porque en Castilla, aunque había pocos, no se tenía ambición de ellos, como en los reinos de la Corona de Aragón, y que así podía el Rey, sin peligro, juntar las ciudades a Congreso, que sin duda confirmaría los ánimos en la fidelidad, amor y obediencia a su Príncipe.

Esta proposición, examinada en el Consejo del Gabinete, se envió sin resolver al rey de Francia, que no quiso dar su dictamen con el motivo de que no podía entender las cosas peculiares de la España sino quien hubiese nacido en ella, y que debía el Rey conformarse en esto con el Consejo de Estado y el parecer de los ministros del Real de Castilla.

Vista y discurrida menudamente en ambos Consejos la materia, no tuvo aceptación; pocos siguieron el dictamen de Villena; los más dijeron que no convenía remover en tiempo tan turbulento los ánimos, y exponer los pueblos a que entendiesen lo que pueden cuando se juntan, pareciéndoles entonces estar como en un paréntesis el poder del Príncipe, el cual se venera mejor menos tratado y de lejos, sin dar ocasión a disputar sobre privilegios o fueros, ni pedir otros que enflaquecen con la exención no sólo la real autoridad, pero aun la justicia, porque se abre como una feria para la ambición y codicia

de mercedes, las más veces desproporcionadas al mérito y perjudiciales, exaltando los más insolentes y que inspiran en los pueblos inobediencia y tenacidad de sus leyes, aun perdiendo el respeto de la Majestad. Que el segundo juramento, no ligaría más que el primero, ya prestado cuando se proclamó al Rey; que si le hacía más solemne sobre la observancia de las leyes, creerían poder poner después en disputa cualquier decreto si le interpretaban o le entendían contrario a sus patrios estatutos, y se daba fomento a las quejas, las cuales serían aun antes de acabar el Congreso infalibles, porque no se podrían llenar las vastas medidas de la ambición, y en vez de buscar obligados sería crear descontentos. Que de su propia voluntad jamás contribuirían los pueblos con más dinero, antes pretenderían aliviarlos de tributos, que impuestos por tiempo, nunca llegó el de quitarlos.

Este parecer fue más del agrado del Rey y de sus íntimos consejeros, y se hizo un decreto que no convenía por ahora juntar Cortes. Algunos magnates y ciudades quedaron disgustados de esto, por que ya se habían publicado posibles, y creían que negarlas era opresión; y así, se dijo se habían sólo diferido, porque debía salir el Rey de la corte hasta Cataluña para encontrar a la Reina, como lo ejecutó en el mes de septiembre. Muchos fueron de opinión que no saliese el Rey tan lejos, ni de los términos de Castilla; pero el cardenal Portocarrero se lo persuadió vivamente, para quedarse mandando en la corte, y el embajador de Francia, conde de Marsin, para tener más autoridad, teniendo al Rey solo en la jornada. Burló esta ambición el cardenal, y le dio al Rey por consejeros al duque de Medinasidonia y al conde de San Esteban del Puerto; de ambos y de Marsin se componía el Consejo del Gabinete del Rey, y Portocarrero se quedó en la corte con tan amplio poder como le había dado Carlos II en tiempo de su última enfermedad.

Esto hirió sumamente a los tribunales y a la nobleza, porque volvían a depender del duro y despiadado genio del cardenal, que comunicando sólo con don Manuel Arias y en su casa con un tal Urraca, criado suyo, no era fácil conferirle una audiencia, y si de paso la daba, no se podía aguardar más respuesta que oscuros e imperceptibles acentos, ni había a quién acudir, porque todo el peso del gobierno cargaba sobre dos solos hombres austeros y que huían la humana sociedad. Añadióse a esto que el cardenal, por adulación, molestaba al rey de Francia, consultando aun cosas de la menor importancia, y esto dilataba tanto los expedientes, que llamaba a la impaciencia: pero la fidelidad de los castellanos y su amor al Rey lo toleraba todo.

Habíase ya desposado en Turín el día 11 de septiembre la Reina con el príncipe de Cariñán, su tío, que tenía los poderes del Rey, y luego partió para Niza, donde se había de embarcar en las galeras del duque de Tursis; debía encontrar allí a la camarera mayor, María Ana de la Tremolla, viuda del príncipe Ursini, que estaba en Roma, mujer de esclarecido linaje, prudente y capaz de entender y manejar cualquier negocio, muy secreta y cauta. Costó no pocas disputas esta elección, que, cometida primero al rey de Francia, se excusó de ella. Era su parecer que fuese castellana la camarera, como lo había sido siempre; pero lo repugnó tenazmente el cardenal Portocarrero, diciendo sería volver a poner el palacio en el desorden en que le tenía Carlos II por el despótico dominio de las mujeres; y que si una española de la primera nobleza adquiría la grande autoridad que lleva consigo este empleo, siendo los Reyes tan jóvenes, les introduciría en la gracia y favor a sus parientes y allegados. Querría entrar en todas las dependencias y mandar con

sola su recomendación en los tribunales, porque procuraría participase su casa y sus parientes de la favorable oportunidad, gozando de los primeros honores y empleos, quizá con injusticia y con riesgo. Que no habría secreto, porque la camarera sabría las resoluciones y sería árbitra de la repartición de las gracias; que una extranjera sin allegados, ni inclusiones de sangre, aun cuando más ambiciosa, no tendría que mirar más que por sí, y no teniendo casa ni facción en la corte, no tendría tanta osadía cuanta la sugerirían los suyos a una española puesta en lugar tan sublime, como era regir y gobernar una Reina niña, a la cual doctrinaría con las artes y máximas que quisiese, propicias a la vanidad y codicia de los magnates, de los cuales había pocos de quien fiar, y por consecuencia, de las señoras de su esfera, como era preciso que fuese la camarera, y que así, para obviar tantos inconvenientes, sería lo más acertado que eligiese el Rey Cristianísimo una francesa, buscándola proporcionada a tan alto empleo.

Este injusto dictamen del cardenal, nacido de los celos de la autoridad, hería a toda la nación y al cuerpo de la primera nobleza, donde las más de las mujeres están dotadas de singulares prendas, de sólida y cristiana virtud, modestia y prudencia; por eso lo tuvo muy secreto el cardenal, y siempre atribuyó a los franceses esta elección, a la cual no dejó de concurrir don Manuel Arias con el mismo temor de que se introdujesen los españoles en la gracia del Rey, y se hicieron este agravio a sí mismos; siendo cierto que para este empleo, en que era preciso criar una tierna princesa con la etiqueta y seriedad española, ninguna era más a propósito que la que lo fuese, y más habiendo tantas dignísimas en que elegir.

La princesa Ursini, que estaba con suma aceptación y autoridad en la corte de Roma, ya maestra en las artes de ella, no quería probar nueva fortuna, y se excusó de esta honra, hasta que la estrechó a aceptar una orden del Rey Cristianísimo, dada con términos tan obligantes que se resolvió partir a encontrar a la Reina y desde Niza la sirvió de camarera mayor. Salieron al mismo tiempo de Madrid las damas de Palacio para encontrarla; fue elegido gobernador de su Casa Real, con honores de mayordomo mayor, el conde de Montellano, que venía de ser virrey de Cerdeña, hombre ya de crecida edad, maduro, sabio, cristiano y político, pero sin los enredos y lisonjas que confunden los palacios. Éste eligió de su propia voluntad el cardenal, porque le miraba ajeno de ambición y que no le querría competir en la autoridad, que era todo su cuidado y recelo.

Llevó el conde toda la familia de la Reina hasta Figueras, lugar de Cataluña, donde también llegaron los Reyes, cada uno por su camino; el Rey vino de Barcelona, y la Reina pasó por tierra de Francia, dejando las galeras porque la molestaba mucho el mar. Luego que encontró a la familia española se despidió la que la Reina trajo de Turín, y no la quedó ni una camarista conocida, sólo la camarera mayor. Sintió esto mucho la Reina, pero cedió al gusto del Rey, que lo ordenó así, sugiriéndolo los españoles, que no olvidaban las confusiones que suscitaron la Cantina, camarista de la reina María Luisa de Borbón, y la Berliz, que lo fue de María Ana de Neoburg.

El Rey entregó todo el desocupado corazón a la Reina, en quien no faltaban calidades para prenderle. Tenía sólo catorce años, era de agradable aspecto y de gracia singular, benigna, afable y atractiva: esto le dio la naturaleza; después el arte la enseñó a conciliarse la benevolencia de los súbditos y a confirmarse siempre en el amor del Rey, que nunca declinó de las primeras impresiones.

Después de tres días pasaron a Barcelona los Reyes; las exteriores aclamaciones fueron grandes; más sinceras en la plebe más humilde, que aún no estaba contaminada de la infidelidad. Pidió el principado de Cataluña Cortes, y las concedió el Rey, cuando se habían negado a Castilla, cuyos pueblos no son tan arrogantes e insolentes. Para sosegarlos fueron de este dictamen los consejeros que el Rey tenía consigo y el embajador Marsin.

Con tantas gracias y mercedes como se concedieron se ensoberbeció más el aleve genio de los catalanes; la misma benignidad del Rey dejó mal puesta su autoridad, porque blasonaban de ser temidos, y pidieron tantas cosas, aun superiores a su esperanza, para que la repulsa diese motivo a la queja, y algún pretexto a la traición que meditaban. Deseaban más ocasión a la ira que al agradecimiento: por eso no reconocían los mismos beneficios y mercedes que suplicaban, ya prevenidos de ingratitud; todo lo perdió y lo malogró el Rey, pues los más favorecidos fueron los primeros desleales.

No se estableció en estas Cortes ley alguna provechosa al bien público y al modo del Gobierno; todo fue confirmar privilegios y añadir otros que alentaban a la insolencia, porque los catalanes creen que todo va bien gobernado gozando ellos de muchos fueros. Ofrecieron un regular donativo, no muy largo, y volvieron a jurar fidelidad y obediencia con menos intención de observarla que lo habían hecho la primera vez. Escribíanlo todo con delincuentes reflexiones al príncipe de Armestad a Viena, por medio de los genoveses, y se mostraban las cartas en las antecámaras del Emperador, que envió copia de ellas al conde de Bratislavia, su ministro en Londres, para que las viese el rey Guillelmo y tomase más alientos la liga, que aún repugnaba el Parlamento, al cual ponderó nuevamente el Rey la injuria que le acababa de hacer el Cristianísimo, con haber reconocido por Rey a Jacobo III, hijo de Jacobo II, rey de Inglaterra. Este había muerto en San Germán a los 16 de septiembre, con tanta edificación y fama de santidad, que mostró cómo podía ser dichoso un infeliz, haciendo de las desventuras sacrificio para convertirlas en bienaventuranza eterna. Así discurrimos piadosamente de un Príncipe que enseñó con el ejemplo cuánto se debe anteponer a todo la religión.

El mismo tratamiento y reverencia conservó en Francia su hijo. Los adheridos al rey Guillelmo ponderaban esto como infracción de la Paz de Riswick, donde había ofrecido Luis XIV reconocer por legítima sucesora a la Corona de Inglaterra la línea protestante de sus príncipes, y que no se debía tratar como rey a quien no había empuñado el cetro, tolerándose en su padre porque lo había sido; pero ya expulso y establecida por ley la línea heredera, decían que no le quedaba derecho ni acción a su hijo, y que por eso se debía reputar como agravio la resolución del Cristianísimo. Los que ocultamente favorecían a los Estuardo, alegaban ser insustanciales estos reconocimientos, y que nada importaba a la Inglaterra ser Jacobo II o III el reconocido; que no debía el rey de Francia ser juez contra el mismo a quien había dado refugio en sus reinos, porque sería borrar con inútil circunspección lo benigno y lo magnífico. Que los títulos de que usan los príncipes no inducen posesión, ni derecho, porque en sus dictados ponen lo que no poseen, apropiándose la vanidad de una aprehensión y de un título vano.

El rey Guillelmo, que todo lo abrazaba por nuevo pretexto a su resolución, declaró formalmente a Francia y España la guerra; ofreciéronle socorros el duque Jorge de Hannover y la princesa Ana de Dinamarca, ésta con expresiones más vehementes, porque

dijo que vendería para esta guerra hasta sus anillos, y sortijas. Tanto los empeñó el temor de que el poder de la Francia intentase restituir al Trono a Jacobo. Ordenáronse en Inglaterra levas y se armó una escuadra de navíos que se entregaron al almirante Roock. Luego se hizo la liga con el César; entraron en ella el rey Guillelmo, los holandeses y el duque de Hannover y el de Neoburg, y para dar las más convenientes disposiciones a la guerra pasó Guillelmo a Holanda, donde ya habían llegado los diez mil ingleses auxiliares, y dejadas sus instrucciones, volvió a Londres. Partió Roock con cuarenta y seis naves hacia las costas de Francia, con más pompa que utilidad. Otra escuadra se envió a las Indias con el vicealmirante Bembo, que tuvo la misma suerte; nada hicieron más que dejarse ver y gastar en vana ostentación muchos tesoros, porque ya el Rey había conseguido del Parlamento los subsidios.

Esto atemorizó los reinos de España, y mucho más los separados del continente, donde tenían los austríacos sus ocultos emisarios y parciales; pues el largo dominio de su familia había dejado impresión en los más de los nobles, porque de ella reconocían las mercedes y privilegios que gozaban; y así, sólo el apellido de Austria hacía otra más cruel guerra al rey Felipe.

El primer reino en quien prendió fuego la rebelión fue Nápoles. Concibióse ésta en Roma; fueron los autores el cardenal Grimani y don César Ávalos, marqués de Pescara. Entró el barón de Sasinet oculto en el reino, y a pocos días perficionó su tratado con el príncipe de Laricha, el duque de Telesia don Carlos de Sangro; don Tiberio y don Malicia Carrafa, don José Capecia y el príncipe de Marcia, que acababa de llegar de España. En esta conjura entraron otros de más oscuro nombre, y con palabras equívocas no desalentó don Andrés de Ávalos, príncipe de Montesarcho, hombre de grande autoridad y séquito en la plebe. Ganados con dinero Nicolás Prisco, maestro de esgrima del duque de Medinaceli, virrey del reino, y su cochero, ofrecieron hacer lo que se les ordenase. Quedaron todos de acuerdo que la noche del día 27 de septiembre darían muerte al virrey en Fuentemedina, volviendo en coche del paseo, porque todos los días pasaba por aquel paraje; que la misma noche entraría con seiscientos hombres armados el príncipe de Caserta, y que ocuparían a Castelnovo, donde ya tenían conjurada parte de la guarnición y al jefe de la armería, los cuales, para abrir las puertas, esperaban por señas unos silbos.

Esta era la disposición, creyendo que, proclamado el archiduque Carlos, ocupados los puestos más principales de la ciudad por la caballería de Caserta, y un castillo, muerto el duque de Medina y permitido a la plebe el saqueo de las casas que quisiesen, un delito confirmaría otro y se sostendría por propio interés la rebelión, a la cual alentaba Sasinet con los ofrecimientos del príncipe Eugenio de socorrerlos con tropas en caso de sublevación, y que pasarían otras por el Trieste con las galeras de Raguza. Antes determinaron los conjurados que se diese principio a la obra y se matase al virrey la noche del día de San Jenaro, en que sale en público; está toda la ciudad iluminada y hay mayor concurso de plebe, porque querían interviniese más gente para tener más secuaces; pero lo embarazó don Malicia Carrafa diciendo sería hacer funesta la celebridad de aquel día, tal vez con indignación del pueblo, que le tiene consagrado a un santo protector de la ciudad, cuya venganza era justo temer, y así se aplazó para el que ya dijimos; pero antes que llegase, un letrado, llamado Nícodemo, pariente de uno de los que entraban en la conjura, la penetró y declaró con todas sus circunstancias al duque de Medina, y aunque

esto era ya a más de dos horas de noche, sin perder instante de tiempo mandó prender a su cochero y al maestro de armas Prisco y ponerlos a cuestión de tormento, donde, sin mucha dilación, confesaron el propio delito y el ajeno; porque declararon los cómplices que sabían, pues había otros de alta esfera que sólo se confiaron a Sasinet, y ofrecieron que seguirían, mas no empezarían la rebelión.

Mandó el virrey prender los que de pronto pudo hallar, gente no de la mayor importancia; mudó al instante la guarnición de Castelnovo, la puso en arresto introduciendo otra; ordenó estuviesen sobre las armas los castillos y cuerpos de guardia, y dobló el del palacio real. Llamó a los ministros y oficiales de guerra y los magnates en quienes tenía más confianza o ejercían algún empleo; divulgada esta novedad, acudieron otros y casi todos al palacio; nadie parecía desleal; muchos de los que acudieron, secretamente lo eran y uno de ellos el príncipe de Montesarcho, que hacía de la necesidad virtud.

Consultó el duque con los ministros y sus más allegados qué se debía de pronto ejecutar. Determinaron, lo primero, poner en salvo su persona, porque en cualquier tumulto no se expusiese la ciudad a tan gran crimen, y que permaneciendo aquella, como no faltaba la imagen del Soberano, andaría menos licenciosa la insolencia y que se mantendría la cabeza de facción del Rey, con que desmayarían infaliblemente los sediciosos. Juzgaron estaría más seguro en Castelnovo, y por el camino secreto que hay desde el palacio pasó el duque con la nobleza; acudió también a ofrecer la suya, y la pública fidelidad, el electo del pueblo. Dijo que ignoraba la verdadera causa de este rumor, pero que, sin duda, sería delito concebido entre particulares, no contaminada la universidad.

Viéndose descubiertos los sediciosos, se juntaron para su propia defensa, y creyendo la harían mayor empezando el tumulto, proclamaron en alta voz por varias partes de la ciudad al archiduque Carlos; llamábanle Sexto, guardando la relación de la serie de los reinos napolitanos; fueron a Castelnovo, hicieron la seña concertada con sus silbos, porque ignoraban que se había mudado la guarnición. Las centinelas de las garitas de los baluartes respondieron con el fusil; este ruido indujo más confusión, porque todos ignoraban qué fundamento tenía esta conjura y los verdaderos autores parecían muchos, porque, convirtiendo la desesperación en delirio, los sediciosos esparcían más vivamente el aclamado nombre del archiduque Carlos, por si el ejemplo traía los ánimos de los que imaginaban más tardos, por temor más que por fidelidad al Rey.

Abrieron las cárceles, sacaron los presos; los que creían no podían deteriorar de condición por la gravedad de sus delitos, abrazaron también éste; otros se refugiaron a los templos. El barón Sasinet, en los claustros de San Lorenzo erigió una bandera con las armas austríacas, y, sentado ante una mesa con muchos doblones esparcidos por ella, hacía gente y daba de entrada lo que pedían; pocos dieron su verdadero nombre, porque no quedase escrito; tomaron algunos partido para ganar de pronto aquel dinero; muchos de estos desertaron luego y se fueron a sus casas, pero siempre quedó el cuerpo de los sediciosos bastante a turbar la quietud de toda la ciudad, lo que duró la noche, y recogiendo cuanta gente podían, acometieron el palacio de la Vicaría, rompieron archivos y destrozaron papeles, fijando uno en las puertas que pretendía probar el derecho de los austríacos al reino.

El duque de Medina y los que con él estaban nada de esto sabían a punto fijo; sólo el rumor les daba aprensión y las que por todas partes oían desordenadas voces, que no mostraban hecho alguno particular ni haber ocupado ni asaltado alguno de los castillos; y disputándose en lo que se debía ejecutar, fue de parecer don Antonio Judice, príncipe de Chelemar, que nada se emprendiese en las sombras de la noche, porque se ignoraba quiénes eran los conjurados y desconfiaba aún de muchos que tenía presentes; ponderó que cumplían los hombres mejor con su obligación de día, estimulados de su honra, y que no había peligro en la dilación, porque faltaba poco para amanecer, y entre tanto se diesen las órdenes necesarias y se previniese todo para que al rayar del día se acometiese a los sediciosos. Este prudentísimo dictamen aprobó el duque, y ordenó que con las compañías que allí estaban y la nobleza se ejecutase, y dio a todos por jefe a don Rustaino Cantelmo, duque de Populi, general de la artillería, hombre de conocido valor y experiencia, maduro y de sólida honra y fidelidad: todo lo comprobó el éxito. Salieron al amanecer a buscar a los rebeldes, y con poca dificultad deshicieron la unión de la desordenada muchedumbre; murieron pocos, porque la acción fue breve.

La nobleza dio manifiesto ejemplo de su fidelidad, y trajo mucha parte del pueblo; que tomó las armas por el Rey. Desvanecióse con la acertada conducta del duque de Populi aquella borrasca, que daba más aprensión de lejos, y con la oscuridad de la noche plantó la artillería contra la torre de Santa Clara y los claustros de San Lorenzo, donde se habían refugiado los principales rebeldes, que no se atrevieron a defender; algunos huyeron por secretas puertas al campo, otros se metieron en las cuevas y escondrijos de las casas, y así, a poca ruina que empezaron a hacer, batidas las paredes se apoderaron de todos los soldados y se volvió a proclamar al rey Felipe. Mandáronse buscar y seguir las principales cabezas de tan depravado intento, y se alcanzaron en la fuga el barón Sasinet y el príncipe de Laricha, que se enviaron poco después a la Bastilla de Francia; también fue preso don Carlos de Sangro, y a pocos días degollado. Fueron en busca de don José Capecia el duque de Samo y el príncipe de la Valle, y le hallaron escondido en una gruta de Monte Virgen, donde, después de haberse resistido cuanto pudo, se dio muerte a sí mismo; llevaron su cabeza a la ciudad, y se colocó pendiente de una escarpia de hierro para público espectáculo.

Los Carrafas y otros huyeron más felizmente; mandáronse ahorcar los que en el primer encuentro pudieron cogerse y se perdonó a la multitud. Declaráronse traidores al marqués de Pescara y al príncipe de Caserta, y se confiscaron sus bienes; a este último también le castigó con destierro el Pontífice, como a su súbdito, porque tiene feudos en los Estados Pontificios, y reprendió agriamente al cardenal Grimani de tan detestable designio, impropio de lo sagrado de la púrpura.

Este éxito tuvo entonces tan mal concebida y precipitada sublevación, que, aunque la deseaban muchos, la emprendieron pocos nobles, y no de la mayor autoridad y conducta. Quedó ahogada en cenizas la llama; apagada, no, porque el príncipe de Montesarcho y otros conservaron hasta mejor oportunidad su depravada intención, no por odio al Rey y a los españoles, sino cansados del tirano, injusto y despótico gobierno del duque de Medina, cuya intolerable soberbia y vanidad trataba a todos con aspereza y desprecio.

Habíase traído de Roma el duque, y tenía en su casa, con nombre de camarera de su mujer, a Ángela Georgina, que le había costado muchos empeños y disputas conseguirla;

era mujer de baja esfera: había sido cantarina de la reina Cristina de Suecia, y debía a la Naturaleza algunas buenas calidades, que las hizo instrumento de su deshonestidad. Ésta, fiada en el favor del duque, cuya voluntad poseía absoluta, tenía tanta parte en el gobierno, que era el único y más proporcionado medio para las gracias y provisiones, y aun de justicia, la cual, esclavo de sus afectos, ultrajó el duque muchas veces, y cuanto dinero adquiría -tratando sin celo ni atención al real Erario- todo servía para enriquecer a esta mujer, cuya soberbia se propasó hasta querer igualarse a las señoras de primera esfera, que las hay muchas y de esclarecida sangre en el reino de Nápoles.

No desayudaba a hacer odioso al duque otra hermana de la Georgina, que también tenía en casa, llamada Bárbara, no menos soberbia y arrogante que ella. Estos y otros desórdenes le concitaron un odio común, y se dio cuenta al Rey del peligro que amenazaba a aquel reino. Pretextando celo, corrieron los primeros avisos por manos del cardenal Francisco Judice y del duque de Uceda, embajador en Roma, que cada uno de ellos pretendía el virreinato de Nápoles, y para que fuesen más eficaces sus representaciones, hicieron que escribiese contra el duque al Rey Cristianísimo su ministro el cardenal Jasson. No dejaron algunos magnates napolitanos de quejarse al Rey, y tanto cúmulo de quejas consiguieron que fuese llamado a la corte el duque de Medina, y aunque se le dio la presidencia de Indias, enajenó del Rey desde entonces el ánimo tan pertinazmente, que se precipitó a la desgracia que después veremos.

Los napolitanos fueron tan advertidos y atentos a su utilidad, que aunque se valieron del duque de Uceda para echar al de Medina, al mismo tiempo suplicaron al Rey no se les diese por sucesor, por su aspereza y precipitación, notándole otros defectos que le quitaron este gobierno, y se dio al duque de Escalona, virrey de Sicilia, a donde pasó en ínterin el cardenal Judice. En este hecho también perdió el Rey al duque de Uceda. Los que más íntimamente le trataban, conocían adhería ya interiormente a los austríacos, aunque había escrito un papel muy difuso contra ellos, con cláusulas poco reverentes para príncipes tan grandes, probando los derechos del rey Felipe; pero, como los ambiciosos y que tienen superficial la lealtad sólo sirven a sí mismos y a sus particulares intereses, viendo burladas las esperanzas de ser virrey de Nápoles, concibió aversión al Rey, reservada con tanto cuidado que aun los pocos que lo sospechaban no lo creían, porque, fiándose al tiempo y a la casualidad de los sucesos, difirió su maligna intención cuanto le fue permitido, como también veremos en su lugar.

En los últimos períodos de este año se vio un cometa; era su figura una faja ancha y resplandeciente, cuya parte extrema miraba al ocaso; la cabeza, tendida hacia la parte oriental, se sumergía tanto en el contrario horizonte, que ni el más exquisito telescopio pudo averiguar su magnitud. Dijeron algunos que era imagen periódica, porque cada sesenta años aparecía, de lo cual habiéndonos querido certificar en las observaciones de astronomía, lo hallamos falso. Si alguna vez los cometas predicen infortunios y calamidades, ninguno más que éste, a quien siguieron tan crueles y sangrientas guerras, tantas desolaciones de provincias, traiciones, motines y delitos los más enormes.

Año de 1702

Aún permanecían las Cortes de Cataluña, donde la provincia había conseguido del Rey más de lo que podía esperar. Aún mayores cosas pretendía para buscar pretextos a la queja. Aguardaban a un tiempo las mercedes del Rey y las promesas del archiduque Carlos. Creáronse marqueses y condes, armáronse caballeros en más número del que era justo; propasó al mérito la liberalidad del Rey, por si podía hacer sólida la dudosa fe de aquellos vasallos. A 14 de enero juró el Rey sus Leyes, Fueros y Privilegios; también la provincia juró de guardar fidelidad y obediencia, no con intención de cumplirlo. Los de ánimo natural infiel, con facilidad se absuelven del juramento, porque no le creen acto de religión, sino política ceremonia que pueden violar cuando se les antoja.

El almirante de Castilla, que ya abrigaba perniciosos dictámenes a la pública quietud, los ocultaba con el disimulo mayor, escribía al duque de Pareti a Viena con el mayor artificio, cubriendo de celo las cláusulas con que informaba de lo que los austríacos querían saber. Quejábase ser casi todos los nobles de Cataluña enemigos del Rey, aun habiendo éste excedido en la clemencia y la liberalidad, por su genio benigno y por error de sus consejeros, que, como medrosos de los catalanes, los habían querido ganar con beneficios y los perdían. Que él hubiera sido de contrario dictamen, hubiera bien fortificado la provincia y puesto en ella cuatro mil caballos. Que había mucho que temer aún de los castellanos, ofendidos de habérseles negado las Cortes, concedidas a Barcelona; por eso era preciso gran cuidado con la Andalucía, desarmada y sin gente, de cuyas costas era capitán general el marqués de Leganés, poco afecto a los franceses; los cuales, con arte y no sin altos designios de quedar siempre superiores, dejaban la España como la habían hallado, sin tropas ni fortificadas las plazas, y con todo eso habían determinado que pasase a Italia el Rey y dejase el reino indefenso y en el mayor riesgo que podía padecer.

Tenía estrechez el almirante con el duque desde que éste fue en Milán gran canciller y aquél gobernador, y se conservó siempre esta amistad. Estas cartas mostró primero en Viena el duque de Moles, y se enviaron copiadas a Inglaterra y Holanda para que les sirviesen de luz y aliento a la confederación que en fin se concordó en Londres entre la Casa de Austria, el rey Guillelmo y la república de Holanda. Adhirieron a ella el duque de Hannover, el Palatino, y Urico de Braswick. Ofrecieron tropas auxiliares el sajón, los círculos de Franconia y Suevia y muchos príncipes de Alemania; pero pagándoselas o vendiendo los regimientos enteros, como es allá costumbre, o tomando por ellos una determinada suma cada año.

El duque de Baviera, con veinte mil hombres, estaba acantonado en las cercanías del Danubio con las tropas de su hermano José Clemente, elector de Colonia; mostraban ser neutrales y defender sólo su libertad, pero en secreto adherían a la Casa de Francia, con cuyo dinero se hicieron las primeras levas, pero no se declaraba todavía el bávaro, hasta poder emplear bien sus armas en daño del Emperador.

Los electores de Maguncia y Tréveris también afectaban neutralidad, y secretamente favorecían la causa del César, porque aseguraron darle sus tropas en caso de necesidad. Este era el dictamen de los más de los príncipes de Alemania, que siempre dependen del que ciñe la imperial corona.

Los pactos de la gran Liga fueron éstos: *Que se haría la guerra a la Monarquía de España hasta echar de su Trono a Felipe de Borbón, teniendo como en depósito los reinos o provincias que ganarían los príncipes de la misma confederación, quedando en poder del Emperador lo que se conquistaría en el Rhin y la Italia; lo que el Flandes y Francia, en el de los holandeses, y que todos los puertos de mar ocuparían los ingleses, aun en Indias, prohibiendo a toda nación el comercio de ellas mientras no se hiciese la paz, y permitiéndole limitado, aún a la Holanda; que en las armadas navales había de gastar por dos tercios la Inglaterra, por una la Holanda, y que en los ejércitos de tierra pagarían la tercera parte los ingleses. Que todos los gastos de la guerra, en cualquier éxito, los pagaría al fin de ella la Casa de Austria, y que se nombraría de acuerdo rey a la España, parte o toda conquistada*.

Aún no habían declarado por rey a Carlos, archiduque de Austria, pero todos sabían no podía ser otro, pues por eso se hacía la guerra, no queriendo empeñarse en el reconocimiento y cargarse de estos gastos más hasta ver los primeros pasos de la fortuna después de empezadas las hostilidades. Así, a costa ajena, emprendió la Casa de Austria la mayor guerra que se ha visto en muchos siglos, no tanto fiada en las armas cuanto en la afición de los pueblos a su familia.

Gravemente opreso de una caída de caballo el rey Guillelmo, y agravándose una inveterada tisis, murió en Londres en 29 de marzo; príncipe esclarecido, valeroso, sagaz, disimulado y secreto; pero tirano, porque sin derecho alguno ocupó el Trono de Inglaterra después de la muerte de su mujer. No se le conocía amor a religión alguna; todas las sujetaba a la razón de Estado: por eso no conocía para el fin medio malo, porque todos los aprobaba su falsa y ciega política. No le agitaban tanto el ánimo los vicios como la ambición de reinar y de la mundana gloria. Era áspero y lo ejecutaba todo con blandura (¡tanto había enseñado a sus pasiones que se rindiesen a su política!). Estimaba tanto la fama póstuma, que, aun muriendo, dio instrucciones, de cómo se había de proseguir la guerra; o era querer dilatar el imperio más allá de la vida.

A 4 de mayo se proclamó en Londres Reina la princesa Ana Stuardo, hija de Jacobo II, mujer del príncipe Jorge de Dinamarca, el cual ni desde el tálamo de la Reina pudo subir al trono, porque le trataban en Londres como persona privada; nunca príncipe padecía mayor desdoro, porque no tenía menor acción por su mujer que la que dio el rey Guillelmo de Nasao, porque María y Ana eran hermanas. Así saben distinguirse entre los mortales los hombres de alto espíritu y de profundo consejo.

No se entibiaron por eso en Inglaterra las militares prevenciones, porque la Reina las emprendía con mayor tesón, afectándole aún, porque creían que la debilidad de su sexo podía padecer alguna inconstancia. Confirmó en el imperio de las armas al duque de Malbrugh, cuya mujer, grata mucho antes a la Reina, no dejaba descaecer el favor. Renovó los pactos de la Liga; y reconoció por rey de España a Carlos, archiduque de Austria, que llamaron tercero de este nombre. Lo propio hicieron los holandeses y demás príncipes de la Liga, pero se renovaron las condiciones. En la Monarquía se reservaron para sí los ingleses a Menorca, con Puerto Mahón, Gibraltar y Ceuta, y casi la tercera parte de las Indias; y la otra tercera parte, con una barrera a su arbitrio en Flandes, se ofreció a los holandeses; al Emperador, el Estado de Milán, pero incorporado en los

Estados hereditarios como feudo imperial; lo demás de la Monarquía española y lo que quedaba de la América se dejaba al rey Carlos.

Esta era una quimérica división. Los mismos que la establecían entendieron que no podía tener efecto, porque era casi imposible echar de toda la Monarquía al rey Felipe, sin deprimir y sujetar antes a la Francia, que había tomado el empeño de defenderle. Ni aun sola España es conquistable, defendiéndola sus moradores; y no ignoraban que tenía en los pueblos de los reinos de Castilla asentado su partido el Rey; pero les pareció preciso a los coligados despedazar siquiera con la pluma este solio y mudarle dueño, para manifestar lo firme del empeño y de la intención.

En la Italia era donde se enardecía la guerra. Viendo el príncipe Eugenio la imposibilidad de tomar a Mantua, aplicó el ánimo a Cremona, donde estaba el mariscal de Villarroy. Un sacerdote de la ciudad, cuya baja fortuna le hizo discurrir en arbitrios indecentes a su estado, descubrió a los alemanes que un viejo conducto de agua, ya ciego y de ningún uso, se extendía desde el campo hasta su casa, que estaba junto a la muralla, y que por él era fácil entrar, sin advertirlo, la gente que quisiesen. No se despreció la propuesta y, alentándole más con promesas que con dinero, le ordenaron limpiase el conducto y que en el remate de él, por donde debían entrar, hincase un palo que serviría de seña para abrir de noche la tierra. Ejecutólo puntualmente, y se introdujeron por el conducto a la ciudad, de noche, seiscientos hombres escogidos, que, abriendo la puerta más vecina y matando las centinelas, dieron paso a seis mil hombres que conducían el príncipe Eugenio y el de Comerci, apoderándose de la muralla; pero como no había guía para saber ocupar los baluartes y era oscura la noche, hubo un poco de dilación perniciosa. Resolviéronse a atacar el primer bastión que encontrasen, y la misma resistencia de las centinelas avisó de la novedad a la plaza; acudieron los más vigilantes del primer cuerpo de guardia, y se empezó un combate que, aunque breve (porque luego fueron pasados a cuchillo), puso en armas toda la guarnición, que acudió a sus puestos. Llenóse de confusión la ciudad, y medio vestido salió de su casa, desarmado, el mariscal de Villarroy, creyendo ser disensión entre los ciudadanos y las tropas. Empezóse la más dura, difícil y sangrienta acción; porque, por todas partes divididos los enemigos, y por todo el presidio, ni aquéllos sabían por dónde andaban, ni éstos adónde debían acudir. Esto fue causa de grandes yerros, porque se herían entre sí los de una misma facción. A la densa oscuridad de la noche añadía horror la nube de la pólvora disparada, y sin orden militar alguno, ni formar línea, sabían los hombres mejor buscar la muerte que pelear. El duque de Villarroy dio en mano de los enemigos; conociéronle a la voz y le hicieron prisionero; amenazáronle con la muerte si llamaba gente a socorrerle, y una manga de soldados, sacándole por la puerta que ocupaban los alemanes, le llevaron a su campo. Don Diego de la Concha, gobernador de la plaza, hizo retirar muchos pasos a los enemigos; pero, cargado de la muchedumbre de ellos, murió gloriosamente; hallaron al otro día su cadáver, que aún conservaba en la mano derecha la espada, y se le contaron tantas heridas que parecía imposible haberlas podido recibir todas vivo.

El teniente del Rey, que quedó con el mando del presidio cuando aún dudosa la luz le mostraba los enemigos, mandó juntar toda su gente en la plaza que hay entre el castillo y la ciudad, y viendo no estaban perdidos los baluartes que caen a ella, los guarneció con más gente y formó en batalla la que le quedaba; así, ya puesto en orden, acometió a los

enemigos, desordenados y fatigados del trabajo y vigilia, gran parte heridos, y en paraje que no sabían retirarse hasta que la luz iluminó a todos. No por eso cesó lo cruel y lo sangriento, porque, protegidos los alemanes de las casas y calles que habían cortado, mantenían con tesón la batalla. Acudió la nobleza toda, y los más distinguidos en el pueblo, a dar socorro a las armas del Rey, y se vio por todas partes el príncipe Eugenio cercado de enemigos; pero siempre tenía la comunicación con la puerta que ocupó al entrar, hacia donde se retiraban lentamente, porque hubiera sido la fuga su total ruina. En esta retirada adquirió más gloria que en el atrevimiento de venir. Hubiera podido salir antes, pero daba tiempo a que llegase Carlos de Lorena, a quien había ordenado acudiese con otro cuerpo de seis mil hombres después que amaneciese.

Había de pasar el de Lorena un puente, donde habían los franceses al cabo de él hecho de tierra y fagina un castillo, que le tenían guarnecido; y mientras el príncipe de Lorena perdió el tiempo en ganarle, el señor de Prasin rompió el puente y fortificó los vados. Esto imposibilitó el paso al príncipe Carlos, y el socorro a los alemanes, que estaban peleando todavía en Cremona, hasta que viendo el príncipe Eugenio que ya se ponía el sol, sacó de la plaza su gente, seguida en vano del enemigo. Tuvieron en esta acción los alemanes más atrevimiento que fortuna; los presidiarios no poca gloria, inferiores en número y cogidos de improviso.

Picado el mariscal de Tessé de la intentada sorpresa de Cremona,. acometió de repente a los reales enemigos, puestos en Puente Molino, y aunque no deshizo las trincheras enteramente, no se retiró sin haber hecho en los alemanes grande estrago. Luego convirtió las armas contra el general Trausmandorf, que estaba acampado entre Mantua y Castillón, y se resistió con brío, mas fue vencido. Siguieron los franceses hasta el puente de Languel a los fugitivos, que le habían, por equivocación -mal entendida la orden- cortado los alemanes; así, no pudiendo escapar, quedaban al arbitrio del vencedor prisioneros o muertos. Los más atrevidos, que quisieron pasar el río, hallaban otro género de muerte en la precipitosa violencia de las aguas. El día fue glorioso para Tessé; mostró valor y conducta, y quedó levemente herido: también a su hijo le aconteció esta gloria, siendo uno de los que se distinguieron en la acción en la que se señalaron heroicamente el señor de Bretorner y el de Jurhambren.

Fenecidas las Cortes de Cataluña, les pareció a los franceses debía el rey Felipe pasar a ver los Estados de Italia. No eran de este dictamen los más de los consejeros españoles; pero adhirieron al de los franceses el duque de Medina-Sidonia, el conde de San Esteban del Puerto y el secretario del Despacho Universal, don Antonio de Ubilla, que habían de pasar con el Rey, y se determinó el viaje.

Dejóse por gobernadora a la Reina con un Consejo privado de Gabinete, que se componía del cardenal Portocarrero y de los presidentes de los Consejos, don Manuel Arias, los duques de Medinaceli y Montalto y el marqués de Villafranca. Servía en la ausencia del conde de San Esteban la mayordomía mayor de la Reina el conde de Montellano, a quien se dio la presidencia de Ordenes, y la plaza de caballerizo mayor de la Reina al marqués de Almonacid; estos dos últimos le servían también de consejeros en el viaje a Madrid. Ordenó el Rey que al pasar la Reina por Zaragoza abriese el solio de las Cortes, permitidas al reino de Aragón sin más causa que por haberse permitido a Cataluña, y aunque podían servir de doctrina los inconvenientes que de éstas resultaron, fue preciso

confirmarse en el error, o por no confesarle, o por quitar este motivo de queja a los aragoneses.

Llegó a Zaragoza la Reina, convocó los brazos, o los que llamaban estamentos del reino, y quiso llamar al duque de Montalto, presidente del Supremo de Aragón, para presidir en Cortes. Opúsose el reino, alegando el fuero de que no podía presidir en ellas sino persona leal o príncipe de la real sangre. Mientras se disputaba esta duda, presidiendo la Reina en el solio, confirmó en 26 de abril las Leyes o Privilegios del reino, y éste, anticipadamente, ofreció un donativo; hubo menester arte para conseguirle, en que trabajaron no poco Montellano y Almonacid, y más que todos el marqués de Camarasa, actual virrey de aquel reino. Ofreciéronse tantas dificultades por lo innumerable de los fueros, que no atreviéndose ni a romperlos ni a observarlos la Reina, prorrogó las Cortes; era la intención o no fenecerlas o que lo hiciese el Rey a la vuelta de Italia. Dejándolas en este estado, se encaminó a Madrid, donde fue recibida con singular aplauso y alegría del pueblo.

El Rey, embarcado en el navío *San Felipe*, que era el principal de la escuadra, que gobernaba el conde de Etré, salió de Barcelona el primer día de mayo, y con próspero viento llegó brevemente a Nápoles. Después, a 29 del mismo mes, hizo la entrada pública, acompañado de tres cardenales: Francisco de Médicis, Jaime Cantelmo y Todos Santos Jason; veinte obispos, la ciudad y los tribunales en forma, con toda la nobleza.

De este viaje del Rey a Italia escribió un libro su secretario del Despacho Universal, don Antonio de Ubilla, marqués de Ribas, con exactísima relación de todo, y así sería superfluo repetirlo. El Pontífice envió por legado al cardenal Carlos Barberini, pero no la investidura del reino de Nápoles por contemplación a los austríacos. Paso de Roma el duque de Uceda, y con el duque de Escalona, virrey del reino, fueron admitidos alguna vez al Consejo secreto, que se componía del duque de Medina Sidonia y el conde de San Esteban.

Nada se hizo ni singular ni provechoso en aquel reino. Minoróse el derecho de la harina para agradar al pueblo, y lo que para éste fue de poco o ningún alivió, era perjudicial a los que tenían censos sobre esta gabela. Las mercedes que a algunos se hicieron dejaron envidiosos a los demás, y aunque no se tenía por leal al príncipe de Montesarcho, para confiarle y divertir de su maligna intención, fue creado grande de España. Dejó esto sumamente irritado a don Mariano Caracciolo, príncipe de Avelino, que no lo había podido conseguir y creía merecerlo más, por haber servido con singularidad su casa en la primera rebelión de aquel reino; con todo eso siguió al Rey a Milán e hizo aquella campaña, aspirando a lo que jamás pudo lograr, y así concibió aversión a los intereses del Rey, no poco perniciosa, como veremos en su lugar.

A este tiempo se conjuraron contra la vida del Rey los príncipes de Petaña y Trebísacia y cierto Budiani, secretario del residente de Venecia; se creyó fuese autor de esta trama al cardenal Grimani; los más bien informados no la creyeron perfecta conjura, sino ofrecéseles que esto se podía ejecutar fácilmente: viendo al Rey con pocas guardias, y éstas dispuestas con negligencia en el palacio, hablaron muchas veces en ello; Budiani lo confió al conde Pepuli, bolonés; éste le reveló al Rey, que sin turbarse, nada conmovido de noticia tan relevante, encargó la averiguación del negocio al duque de Escalona,

después que el Rey hubiese partido; dobláronse las guardias y, disponiendo con más vigilancia las centinelas en las puertas del palacio, no se hizo demostración alguna.

A su tiempo empezó a instruir el proceso el virrey; prendió bajo otro pretexto los reos, y apretado en la cárcel Budiani, dijo que había tenido esta conversación por modo de decir con Trebisacia, no con ánimo de ejecutarlo ni concebida como conjura, sino propuesto como posible, al ver el descuido con que se guardaba el Rey, y que censurando esta negligencia lo había dicho al conde Pepuli como en risa, que no se había llamado para disposición de esto ni a consejo a persona alguna ni tratado con nadie; de Petaña no constó ni haber concurrido a esta conversación; Trebisacia, que también se mandó prender, con ánimo más firme lo negó todo; dijo que había hablado muchas veces con Budiani y Pepuli de varias cosas, y aun del Rey, pero como eran conversaciones vanas y accidentales, no se acordaba de ellas; reconviniéronle con lo que había dicho Budiani; persistió en negar, y nunca se pudo instruir el proceso con bastantes pruebas que podamos llamarla conjura; pero lo que bastó a echar de los dominios del Rey a Budiani y a enviar a un presidio de África a Trebisacia. Muchos creyeron que esta idea tenía profundas raíces y no pocos cómplices, y prevenida su ejecución para el día que se había de embarcar el Rey, nombraban a muchos, lo que aseguran, lo que sospechan; por eso se escondió entre tantas invenciones la verdad. Hemos tenido en las manos el resumen del proceso y no consta más de lo referido.

* * *

El Rey, después de haber estado un mes en Nápoles, se embarcó para el Final, de donde pasó a Milán y luego al campo; mandaba las tropas, por estar prisionero el mariscal de Villarroy, Luis de Borbón, duque de Vandoma, que había determinado quitar el bloqueo a Mantua. Tenía el príncipe Eugenio fortificada una línea desde Ustiano a Burgo Fuerte, roto con varios fosos el campo, y abiertos los canales del agua para que no pudiese en todo aquel terreno pelear la caballería, y más habiendo fortificado a Ustiano con atención. Por eso fue éste el primer objeto de los franceses, y aunque habían levantado trincheras en las riberas del río los alemanes, las batió el duque con veinte piezas de cañón; después la forzó con espada en mano, y echando dos puentes se resistió Ustiano muy poco.

Pasó el príncipe Eugenio a Burgo Fuerte, y dejando todo el campo a los franceses, tomando éstos a Caneto, Castel-Gofredo y Goyto, se quitó el bloqueo de Mantua. Dejando a las espaldas el río Mincio, en el cual erigió tres puentes, plantó el príncipe Eugenio sus reales entre el Po y Burgo Fuerte, para que le pudiesen llegar víveres y provisiones de guerra. Juntáronse todas las tropas francesas y españolas para que tuviese numeroso ejército el Rey, y pasando a él, le encontró el duque de Saboya. Los cumplimientos fueron pocos, porque los españoles y parte de los franceses contuvieron al Rey en una etiqueta poco grata al Duque, por lo que no quedaron más unidos los ánimos.

En el Consejo de Guerra se dudó si se había de sitiar a Brixello o a Guastala; contra ésta se determinó el sitio, y luego se hizo en el Po un nuevo puente. El pabellón real se puso

en la llanura de Casal. A 19 de junio, pasando 500 alemanes el Oglio y el Atesis intentaron arruinar el nuevo puente: defendíale el teniente general Albergoti, y aunque fue improvisada la invasión, peleó con tanto valor el regimiento de don Guillén de Moncada, marqués de Aytona, y otros españoles, que fueron con gran pérdida rechazados los enemigos. En esta acción se singularizó con su compañía don Jerónimo de Solís y Gante, nieto del conde de Montellano.

Tenía el príncipe Eugenio 30.000 hombres; no se le puede negar la gloria de resistir con ellos a 80.000 españoles y franceses, aunque divididos en varias partes y plazas, como lo podía la necesidad; nadie creía que pudiese subsistir en Italia, pero fue tal su pericia militar y constancia de ánimo, que hizo fácil lo que parecía imposible.

El príncipe de Vaudemont era el que más vecino a los enemigos se había acampado, observando al general Visconti, que con cuatro regimientos de caballería alemana, habiendo vadeado el Tasonio, estaba en Santa Vitoria; pero con tal descuido, que más que a guardar el puesto, atentos los alemanes al juego y a la gula, dieron oportunidad al duque de Vandoma a que enviando con grande secreto 2.000 hombres, acometiese a los enemigos, que fueron fácilmente deshechos y vencidos, porque los cogieron no sólo desordenados, pero paciendo libres por aquel prado los caballos; juntáronse los que pudieron para resistir al ímpetu de don Cristóbal de Moscoso, conde de las Torres; don Mercurio Pacheco, conde de San Esteban de Gormaz; del conde de Marsin, marqués de Crechi; el señor de Boncourt y Rabel, que fueron los que primero cargaron sobre los enemigos. Visconti peleó valerosamente, pero ya herido, y mal ordenados los suyos, huyó con felicidad.

Esta dicha aconteció a pocos, porque estaba tan crecido el Tasonio, que no se pudo en todas partes vadear y en ninguna sin peligro. Dos mil hombres perdieron en esta ocasión los alemanes; esto ocasionó la negligencia. Porque no se le disminuyese el ejército, sacó el príncipe Eugenio las guarniciones que en algunas plazas tenía, y se acampó en Luzzara, bien fortificado y ceñido de una difícil trinchera. El teniente general Albergoti ocupó a Reggio, que halló sin presidio, por arte del duque de Módena, para que no padeciese la ciudad los estragos de la resistencia. También dejó a Módena y se retiró a Boloña, a ejemplo del duque de la Mirándula, que había entregado sus Estados a los franceses. Así jugaba con los príncipes de Italia la fortuna.

El príncipe de Vaudemont tomó a Vasconcello, que le facilitaba unirse con el ejército del Rey, que mandaba el duque de Vandoma; esto puso en gran cuidado al príncipe Eugenio, y antes que se juntasen los dos ejércitos de los franceses, determinó atacar al del Rey, bien que era por la mitad inferior en la caballería, recelando también que ocupasen los, franceses a Luzzara, donde tenía sus almacenes, y todo el repuesto de víveres y municiones. Por esto era la intención del Rey sitiarla, dando si fuese menester la batalla porque los alemanes estaban acampados en su llanura y a un tiro de cañón de los muros.

Unió la suerte los dictámenes de ambos ejércitos para venir a las manos, porque el Rey determinó atacar las trincheras del príncipe y éste al ejército del Rey. Fiábanse los franceses en el mayor número de tropas; los alemanes, en que los habían de coger de improviso; y así, en el silencio de la noche, cada uno, ignorando la resolución de su contrario, partió a buscarle. Distaban los ejércitos cuatro leguas; y como de acuerdo, en el

término de la noche dimidiaron la distancia, marchando con igual solicitud, y creían encontrar al enemigo desprevenido, mas con una gran diferencia: que marchaban los alemanes ordenados y los franceses sin orden, juzgando estarían los enemigos en su trincheras. Iban en dos columnas de muy corta Iban en dos columnas de muy corta frente; precedía a la manguardia la mitad de la caballería y la otra mitad cerraba el ejército, porque el sitio no permitía que cubriesen los lados, no tanto por lo rudo del terreno cuanto por lo desaliñado del bosque, poco frondoso y cortado, para sacar leña.

Los que batían por una y otra parte el campo, se encontraron, estando aún dudosa la luz de la mañana; de ellos empezó la lid; acudió la caballería, los alemanes cargaron sobre la derecha de los franceses, que, desordenados, hubieran quedado vencidos si no los socorriese toda la caballería de la manguardia. Con esto se retiraron unos y otros al cuerpo del ejército, porque no bien explicada la luz, la sombra del bosque prohibía descubrir todo el campo, y cada uno ignoraba en qué forma y por dónde marchaba el enemigo, y no había orden de los generales de empezar la batalla; esto fue al amanecer del día 15 de agosto.

Con este accidente aceleró los pasos el príncipe Eugenio; no hizo novedad el duque de Vandoma, ni aun ordenó las tropas; estaba desayunándose muy despacio, y le hubieran cogido los enemigos descompuesto, si en alta voz el marqués de Crechi no le avisase del riesgo; entonces mandó poner el ejército en batalla. Estaba ya alto el sol, y habiendo suspendido un poco la marcha los alemanes, por no entrar en la acción fatigados, era ya más de mediodía cuando empezó la acción, habiendo sido los primeros movimientos del príncipe Eugenio con tal ímpetu, que se desordenaron las primeras filas de los franceses, no pudiendo ser socorridas de la caballería, porque con arte, el príncipe -que no la tenía numerosa- dio la batalla en el lugar más escabroso y por varias partes cortado. Esto impedía que jugasen las bayonetas, y tuviesen gran frente las primeras filas, con que toda la obra estaba cometida a la fusilería, ni podían hacer grande efecto los cañones de campaña, porque no había lados en que extenderse, y por la izquierda de los franceses corría el Po, dejando un poco a las espaldas de Luzzara.

El Rey inflamó con su presencia los ánimos, tan adelantado a las filas y bajo del tiro, que no bastando ruegos, casi con violencia le detuvieron los suyos. Enardecidos ambos ejércitos, bajaron, para estrecharse más, una pequeña declinación que hacía el campo; adelantóse el centro de los alemanes, guiados del príncipe Eugenio y de Comerci, contra el de los franceses, con tanto ímpetu que padecieron mucho éstos; y como ni unos ni otros podían volver atrás por lo alto del terreno, se estrecharon tanto que sólo servían las bayonetas. Murieron gloriosamente, alentando los suyos, el príncipe de Comerci, de los alemanes, y el marqués de Crechi, de los franceses, a los cuales socorrió con mayor número de infantería y con su persona el duque de Vandoma,.tanto que estaban opresos de la muchedumbre los alemanes. Entonces hubo menester el príncipe Eugenio todo su arte militar y su valor; porque estrechando cuanto pudo las primeras filas, mandó que los últimos, sin volver la cara ni dejar de pelear, volviesen a subir aquella poca ladera que habían bajado, y que se uniesen a los escuadrones que estaban a la derecha ociosos, hasta formar del cuerno derecho y del centro un solo cuerpo, y dejando solos dos batallones que impedían cómodamente la subida a los franceses, tomando un poco dio de improviso

casi con todas las tropas contra la izquierda de sus contrarios, que estaba muy separada del centro porque había en medio una grande cortadura.

Hasta que los socorrió el duque de Vandoma padecieron mucho los franceses, y no se derramó allí poca sangre; pero dividiendo éstos en dos caras el centro con poco giro, llegaron a socorrer a los suyos, que habían retrocedido muchos pasos; la caballería les fue de grande alivio, aunque no podía toda pelear; y tanto esforzó su valor el duque de Vandoma, que no sólo recobraron los franceses el terreno que habían perdido, pero pusieron en grande aprieto a los alemanes, hiriéndolos por el flanco, porque los franceses que peleaban en el centro habían ya vencido aquella pequeña ladera, y explicando en la llanura más las filas, peleaba más gente.

Los alemanes estuvieron obligados a hacer dos frentes; con todo, perdieron casi todo el campo por el centro y la derecha; sólo les quedaba en él intacta la izquierda, que no había podido pelear con la derecha de los enemigos por lo desigual y difícil del terreno y del interpuesto bosque. Heroicamente pelearon ambos ejércitos, cuya ira duró más que el día, ni las primeras sombras impidieron la batalla, y para que no cesase ésta con ventaja de los franceses, se esforzó a mantener el campo el príncipe Eugenio, y por más de una hora de noche se quedó formado, aún después que las tinieblas impidieron el combate. Todos permanecieron aquella noche en el campo sobre las armas; por eso quedó indecisa la victoria, celebrada a un mismo tiempo de ambas partes; como suya la participó el Rey Católico con el duque de Béjar a la Reina; lo propio hicieron, con oficiales de distinción, a sus cortes el príncipe Eugenio y el duque de Vandoma; estos correos se despacharon la noche misma. Al otro día se hallaron ambos ejércitos en orden de batalla; pero habían los alemanes mudado la artillería, puesta en lugar que incomodaba mucho a los franceses, y como nadie quedó enteramente dueño del campo, hubo una pequeña tregua para enterrar a los muertos.

El Rey, viendo que no daban otra batalla los alemanes, volvió las armas contra Luzzara, que la ganó luego, porque sin otra acción general no la podían socorrer los enemigos, aunque veían perder en esta plaza sus almacenes. Por esto se aplicaron la victoria los españoles y franceses, porque la consecuencia de ella fue tomar a Luzzara; que había sido la primera intención del Rey, ni con la batalla lo había podido impedir el príncipe Eugenio. Éste decía haberla ganado, porque perseveró cuatro días en el campo batiendo con su artillería al ejército enemigo, y que había peleado con inferior número de tropas, oponiendo treinta a cincuenta mil. Quedáronse los alemanes en las riberas del Po, y el Rey, para ceñirlos con sus tropas, mandó hacer una línea desde Guastala a Módena; mas fue en vano, porque también se había fortificado el príncipe Eugenio con otra desde la Mirándula al Ferrarés, para poder invernar sobre el Pánaro; y no se retiraba, no sólo por no estar adelantada la estación, sino porque había tenido en Mantua inteligencia, y pretendía sorprenderla; esto se desvaneció, porque el que meditaba ser traidor a los franceses, revelando al Rey el secreto, lo fue después a los alemanes.

Por atrevimiento insigne se debe referir el del caballero Davia, boloñés, que servía al Emperador. Con cuatrocientos caballos, vestidos él y los soldados con el vestido uniforme a uno de los regimientos de caballería de Francia, pasó por las espaldas del campo de Vandoma, y desde el Parmesano marchó hasta Pavía, tomó contribuciones de

la ciudad, las que con gran prisa pudo, y algunas más sacó de los cartujos, usando del rigor por lo que inspiraba la fama de sus riquezas.

Adelantóse hasta Milán, y al abrir las puertas ocupó una; saqueó las casas más vecinas, y rompiendo el depósito de un dinero que procedía de una gabela, no dejó un maravedí, y porque le embarazaba el vellón, lo fue derramando por las calles a los muchachos haciéndolos aclamar al Emperador. Hasta entonces le habían creído francés, y cuando advirtió que se comenzaba a juntar contra él parte del pueblo, salió de la ciudad, y tomando el camino del Bergamasco, aunque con algún giro, se restituyó a su campo. Esto sintieron mucho los franceses, que con su indignación hicieron más célebre la temeridad.

* * *

Menos segura estaba la España de lo que el Rey la creía; desarmado el reino, descontentos del ministerio los vasallos y discorde el Palacio, porque el conde de Montellano, con el favor de la Reina y de la princesa Ursini, adelantaba su poder opuesto a las ásperas máximas del cardenal Portocarrero, queriendo suavizar los ánimos para apagar tantas quejas e introducir el amor al Rey. De este blando dictamen eran la Reina y la princesa, pero el cardenal, apoyando a los franceses, mantenía su antigua autoridad, y había hecho venir de Francia a Juan Orry, para intendente general del Real Erario, al cual se permitió tanta autoridad que declinó la del Consejo de Hacienda; porque sin contemplación alguna, pretendía Orry enmendar los inveterados abusos y usurpaciones de las rentas reales. Esta era una dilatada providencia y el negocio más delicado, porque los usurpadores de las alcabalas eran hombres de la mayor autoridad en el reino.

Había Ferdinando el Católico mandado a sus sucesores deslindar este punto, pero la flojedad de los austríacos nunca tuvo valor de descontentar a tantos, ni aplicarse al útil de la Monarquía. Quiso hacerlo Felipe II, que era hombre áspero y sin compasión, pero sus teóricas embarazaban la práctica de lo más conveniente. También descuidó de esto la contemplación de los ministros de Hacienda, o el miedo, porque los magnates y los que llamamos grandes habían llegado en tiempo de los austríacos a una autoridad increíble y depresión de la demás nobleza, que no había pedido llegar a aquel grado o por estar lejos del príncipe, o por no haber logrado los casuales accidentes que alguna vez engrandecen las casas.

Juan Orry todo lo emprendió sin humanos respetos, y llegó a una despótica autoridad, que eclipsaba la de todos, y aun el cardenal se empezaba ya a doler de su arrogancia y, competido de Montellano, regía los negocios de Estado. El almirante, cuyas artes eran las más propias para el Palacio, se empezaba ya a introducir con la Reina y la princesa, ayudado de Montellano, que era su amigo; esto dio los celos más fuertes al cardenal, porque ya sabía que aquél era su irreconciliable contrario, y para apartarle de la corte inspiró en el Rey se debía enviar por sucesor del marqués de Casteldosríus a la embajada de Francia, porque a aquél, después de haberle hecho grande de España, se le había dado el virreinato del Perú.

Esto 1o compuso con reflexiones políticas, y que se debía apartar el almirante de España, y enviarle adonde no pudiese hacer mal alguno. Asintió el Rey a este dictamen, y queriendo saber el gusto de su abuelo, vino en ello el Rey Cristianísimo, cuyo

magnánimo corazón y modo el más obligante, creía atraer así un hombre que no ignoraba había sido del partido austríaco. Con esto se nombró por embajador al almirante. Nada le hirió más; creyóse ultrajado, comparándole con el antecesor, que aunque era de la familia Semanat, muy ilustre en Cataluña, le parecía que no igualaba a su alta esfera. Cierto es que hombres tan grandes como el almirante ha muchos años que no habían ido a esta Embajada como ministros ordinarios, pero ya ahora eran diversas las circunstancias, siendo una misma Casa de Borbón la que regía ambos cetros. No sólo agitaba al almirante su vanidad, sino su temor, porque receló que bajo de algún pretexto mandase el Rey echar mano de él y sepultarle en la Bastilla; parecíale indecoroso explicar tanto miedo, y para engañar al Rey admitió el empleo fijando al tiempo su remedio y a las que no ignoraba próximas disposiciones de guerra, las cuaba noticias había adquirido por Diego de Mendoza, embajador de Portugal en España, y para dar más dilación, pidió plazo a su partida con pretexto de tomar dinero y facultad real para empeñar por muchos años sus Estados, sin que nadie pudiese penetrar cuán lejos estaba de obedecer.

No había pocos magnates en España tan adversos como el almirante al presente Gobierno; pero no estaban tan observados ni perseguidos del cardenal Portocarrero, ni tenían contra sí mismos la fama de tan grande autoridad, que fue la que perdió al almirante, no sólo porque le temían los que gobernaban, sino porque aun para alentar a sus coligados le decantaban su parcial los austríacos, que enviaron a Londres una nota de los grandes de España que adherían a su partido, y por cabeza de ellos estaba el almirante.

Esta memoria se esparcía con arte, la cual era falsa, porque ninguno hasta entonces había dado señas de infidelidad, y todas eran presunciones y conjeturas de Diego de Mendoza, porque oía tantas quejas contra el Gobierno y las escribía a Portugal, donde tomaban estas noticias el príncipe de Armestad, que hacía veces de ministro cesáreo en Lisboa, y el canciller Montuvin, que lo era allí de Inglaterra, los cuales habían reducido el ánimo del rey don Pedro a la neutralidad, y trabajaban por incluirle en la Liga, no solamente porque necesitaban de aquel puerto para sus designios, sino también porque les parecía que aquella era la puerta más fácil para la España, que era la principal idea de la guerra.

Confirmóse en Inglaterra por general de las tropas Malebourg, nuevamente creado duque. A Peterbourg se envió a las Indias con una buena escuadra, y se nombró para pasar a España con una considerable armada al duque de Ormont; juntáronse naves de mercaderes que pasaban el archipiélago, y algunos corsarios y se hizo el número de 150 velas, no porque fuese necesario tanto armamento contra las costas de España, desprevenidas y sin nave alguna, sino porque importaba a la pompa y a poner terror a los reinos. Aunque el mando de las tropas de desembarco le tenía Ormont, pasó el príncipe Jorge de Armestad a embarcarse en esta armada, porque de consentimiento de los aliados se le había cometido la disposición de la guerra, ya porque le creían práctico en España, y ya porque había fomentado en ella algunas inteligencias.

Esta poderosa armada pareció en los mares de Andalucía a tiempo que mandaba sus costas, como capitán general, don Francisco del Castillo, marqués de Villadarias, y todas sus tropas eran 150 hombres veteranos y 30 caballos; los que presidiaban a Cádiz no llegaban a 300; no había almacenes, ni armas para dar a las milicias urbanas, ni más disposición de guerra que pudiera haber en la paz. Esto conmovió mucho a la España,

turbó la corte, pero no el ánimo de la Reina, la cual, aunque estaba el Rey ausente, ayudada del dictamen de la princesa de los Ursinos y del conde de Montellano, convocó a los ministros del Gabinete, y habló con tanta eficacia y modo el más obligante, que no hubo quien no expusiese sus haberes y su vida en defensa del reino.

No omitió esta aparente demostración de fidelidad el almirante, a quien, por medio de la princesa, rogó la Reina fuese a defender la Andalucía con entera y absoluta autoridad de vicario general Negóse a esto, no porque no lo deseaba para estar al pie de la obra, ver de qué parte pendía la fortuna y adherir a la más propicia; pero quería ser rogado, para que no se le imputase jamás por traición cualquier siniestro acaecimiento, sino por desgracia. Daba por excusa no querer ir a perder su honra sin tropas, ni disposición alguna de defensa. La Reina la admitió poco satisfecha, y determinó que el mismo Villadarias se encargase de la defensa; entonces rogó el almirante para que le enviaran, y se valió del conde de Montellano; pero éste, no queriendo hacerse cargo de elección tan arriesgada, porque ya desconfiaba de él, mantuvo a la Reina en la resolución tomada.

El cardenal Portocarrero, don Manuel Arias y otros, hicieron un voluntario donativo para los gastos precisos de aquella guerra. La ciudad de Sevilla y la nobleza toda de Andalucía hicieron los mayores esfuerzos a la defensa; introdujéronse víveres en Cádiz con la posible prontitud, armáronse las milicias, la mayor parte con armas propias, y se experimentó en los pueblos la fidelidad mayor y eficaz deseo de defender la Corona.

A 24 de agosto dio fondo fuera de la bahía de Cádiz la armada de los coligados; no tenían seguridad alguna las naves, pero se extendieron por la costa. Algunas echaron una áncora, otras bordeaban lentamente. El primero que saltó entierra fue el príncipe Armestad, diciendo con arrogancia: *Juré entrar por Cataluña a Madrid; ahora pasaré por Madrid a Cataluña*. Esparció luego con los mismos paisanos (engañándolos simplemente) varias cartas al marqués de Villadarias y a don Félix Vallaró, que mandaba la caballería, con quien había tenido amistad en Cataluña; el duque de Ormont también escribió a don Escipión Brancacio, gobernador de Cádiz. El tenor de estas cartas era solicitarlos a una infamia, entretejiendo con amenaza las promesas, y exaltando el poder incontrastable de la liga.

Esto hizo ningún efecto en la fidelidad de los jefes; antes se dieron por ofendidos de imaginarlos capaces de una ruindad. Vallaró entregó su carta a Villadarias; ésta, la suya y la del gobernador de Cádiz, se enviaron a la Reina.

En Rota desembarcaron 500 ingleses; luego la rindió su gobernador vilmente, y tomó el partido de los enemigos; diole el título de marqués el príncipe de Armestad en nombre del Emperador; este ciego y acelerado premio era querer atraer a los demás. Otro regimiento desembarcó en el Puerto de Santa María, ciudad no fortificada y donde cometieron los más enormes sacrilegios, juntando la rabia de enemigos a la de herejes, porque no se libraron de su furor los templos y las sagradas imágenes.

Era la principal idea ganar a Cádiz; esto lo intentaron acercándose de Rota a Matagorda, una de las fortificaciones exteriores más importantes; creyéronlo fácil y acometieron en vano seiscientos hombres; con esto juzgaban que expugnando este castillo (que está en el continente fuera de la isla) se quitaban un grande impedimento para entrar en el Puerto.

Levantaron trinchera y le batieron, pero no podían proseguir los aproches por el fuego del mismo castillo y del fuerte del Puntal,. que está en el ángulo de la isla de León, tan insinuado en el mar que guarda el puerto y muchas millas del mar afuera.

Más oposición hicieron las galeras de España y Francia, mandadas por el conde de Hernán Núñez, que estaban dentro del puerto, y herían directamente las trincheras, fáciles de arruinar, porque estaban fundadas en arena. Bajaron hasta dos mil ingleses a defenderlas, pero fue más para repararlas, porque los castillos que levantaron en la proa las galeras deshacían de día todos los trabajos de la noche.

No se atrevieron los enemigos a penetrar la tierra, porque el marqués de Villadarias, aunque tenía tan poca gente, levantando polvoreda de día y haciendo varios y distantes fuegos por la noche, fingía acampamento de un ejército y acercaba partidas de caballería, mezclando la veterana con la del país, para contener en la orilla a los enemigos, nunca informados de lo que pasaba en tierra, porque sobre no haber logrado desertor alguno, se mantenían tan fieles los naturales que huían de los ingleses; y si alguna vez podían hablar con algún paisano, éste, con arte y amor al Rey, exageraba los preparativos de defensa, imposibilitando ser bien admitidos en parte alguna de la España. En una de estas acciones murió don Félix Vallaró, casi desesperado, arrojándose al mayor peligro, porque le había dicho Villadarias que allá estaba su amigo Armestad.

Conocer tan constantes a los españoles puso en aprensión a los ingleses, y ver que tropas, favorecidas de la sombra de la noche, atacaban con imponderable valor las trincheras, que no pudiéndolas reparar a la luz por el cañón de los defensores, determinaron dejar la empresa y se retiraron con tanta precipitación hacia Rota, que seguidos de las milicias del país, padecieron no poco estrago. Quiso la retaguardia oponerse, y fue vencida; con esto, tumultuariamente volviendo las espaldas y echando las armas sólo buscaban lanchas en que acogerse a los navíos. Llegó a la orilla una multitud de ellas, pero no bastantes a recibir los que con pánico temor se arrojaban al mar desesperados; muchas se fueron a pique, cargadas de más gente que podían llevar, sin orden ni obediencia; era la confusión el mayor peligro. Seiscientos ingleses quedaron muertos, sin los que se anegaron. Recobróse Rota, y dejaron en tierra al gobernador, que, preso después por el marqués de Villadarias, le mandó ahorcar. Con esta noticia desampararon a Santa María, después de saqueada con barbaridad.

Viendo cuán difícil era mantenerse en tierra, determinaron las naves forzar la cadena del puerto, formada de encadenadas vigas y maderos, y echados a pique, inmediatos a ella, por de fuera dos grandes navíos viejos, llenos de piedras, que de tal manera embarazaban la garganta del puerto, que era imposible romperla, como lo experimentaron, aunque a velas llenas, con viento en popa, dos navíos que se dejaron ir impetuosamente contra la cadena, porque sobre resistirse la fuerte conjetura de ésta los cañonazos de las fortificaciones exteriores y de la ciudad, desarbolaban las naves. Por dos veces intentaron esta violencia y le maltrataron tanto los navíos, que no les costó poco trabajo repararlos para poder navegar.

Desesperado el duque de Ormont de poder salir con la empresa, juntando antes Consejo de Guerra y Marina, determinó desistir de ella, contra el dictamen del príncipe de Armestad, con quien hubo una pesada disputa, no sin palabras que provocaban al duelo.

Argüíale el comandante inglés de su nimia credulidad y de haber informado falsamente a los príncipes de la Liga sobre el gran número de parciales que tenía en España el archiduque; pues en todo este tiempo no sólo no pareció uno, pero conocían con evidencia cuán de veras se tomaba la defensa. El príncipe de Armestad decía que las obras grandes no se hacían en pocas horas; que se debía desembarcar toda la gente, y marchando por tierra al puente de Suazo, tomado éste, apoderarse de la isla de León y en ella levantar trinchera contra la ciudad; que podía sitiarse perfectamente y rendirla aún por hambre, porque no estaba abastecida. Que se debían desde tierra batir las galeras y echarlas a pique, y poner mejores baterías contra Matagorda, para ser dueños del puerto y, en fin, ir tomando a Sevilla y las ciudades de Andalucía, con la seguridad que otra tanta gente como había en los navíos no tenía de soldados toda la España. Que para declararse los parciales, era menester ostentar más fuerzas de las que hasta ahora se habían manifestado, porque nadie quería buscar cierto su peligro.

El duque de Ormont hizo junta particular de pilotos y capitanes de navíos, preguntando si podía en aquellos mares estar la armada sin puerto y sin peligro el tiempo que era menester para ganar la tierra y las fortalezas que impedían poderla poner en seguro. Respondieron que aquélla era la costa más brava y tempestuosa de España, donde el océano bajaba impetuoso al Mediterráneo, enderezándose al Estrecho. Que no se podían fiar sólo en las áncoras las naves, y más si corriese furioso el poniente; y así, que era cierto el riesgo, sí grande la dilación. Que entrar en el puerto forzando la cadena era imposible sin rendir antes a Matagorda y el Puntal y que aun después de eso padecería mucho la armada por los baluartes de la ciudad.

De este mismo dictamen fueron los más de los holandeses; algunos hablaban con sinceridad, otros por adulación a Ormont, el cual, fundado en estos pareceres, levantó el áncora el último día de agosto, y partió, dirigiendo la proa al cabo de San Vicente. Dio sus quejas y sus protestas el príncipe de Armestad, y escribió agriamente contra el jefe inglés a Londres y Viena; casi le notaba de traidor y de inteligencia con el francés. Ni Ormont descuidó de sí, porque dio razón de su conducta y la infelicidad del éxito era un género de aprobación, y cargó a Armestad de embustero y crédulo; porque no se habían hallado los parciales austríacos, que decantaban, ni adherido español alguno a su partido más que el gobernador de Rota por necesidad y fragilidad de ánimo, después de ser prisionero; que se habían declarado toda la Andalucía y las Castillas por su Soberano, y que en término de pocos días se había juntado muchedumbre de gente armada, que aunque imperita, la práctica del país la hacía formidable, y que en defensa de su propia tierra cada uno sabía ser soldado; por eso no había querido aventurar las. tropas, internándolas en el país, ni era fácil tomar a Cádiz con ocho mil hombres, resuelto su gobernador a defenderla hasta el extremo; que sin eso no podían entrar las naves en el puerto, y que, en fin, la expedición se fundaba en las que suponía inteligencias Armestad, tan al contrario experimentadas, que el almirante de Castilla había sido el primero a ofrecer sus haberes a la Reina para defender la Andalucía, y que así, no le había parecido proseguir una guerra donde los alemanes hacían inútilmente gastar a sus alíados.

Estas razones de Ormont prevalecieron a las de Armestad entre los ingleses y holandeses, pero no en Viena, donde entró alguna desconfianza que no querían aquéllos hacer la guerra de veras.

Desengañado el almirante de Castilla de que se perdiese entonces la Andalucía, como esperaba, pertinaz en su error, y rendido al temor de su desgracia, resolvió buscar otro expediente contra ella, haciéndose más infeliz con el remedio; porque determinó, engañando al Rey, tomar refugio en Portugal. De nadie fió esta resolución más que de Diego de Mendoza, embajador de aquella Corona, y para ejecutarlo mejor fingió la jornada para Francia. Llevóse por camaradas a don Pascual Enríquez, hijo de su hermano, el marqués de Alcañiz; al conde de la Corzana, a quien envió a llamar desde Asturias, y a dos jesuitas, el padre Casneri y el padre Álvaro Cienfuegos; juntó gran cantidad de dinero y joyas, despidióse de la Reina y de la corte y partió como para Francia, dejando las letras credenciales y las instrucciones y un correo que le alcanzase con ellas, porque había menester de esta circunstancia su ficción.

El secreto fue toda la felicidad de su idea, porque a nadie lo descubrió. A tres jornadas llegó el correo que con estos papeles esperaba; nadie supo lo que traía, y así pudo fingir ira y enojo, diciendo a los suyos que había recibido una nueva orden, ni la propaló hasta que, llegando a paraje en que se dividen los caminos para Portugal y Francia, dijo que le había la Reina mandado pasar antes a Lisboa para asegurar en la amistad a aquel Rey, y así, a grandes jornadas, llegó a Zamora, y engañando con este pretexto al gobernador, entró en los términos del reino de Portugal. Entonces, juntando sus camaradas, quitó el velo a su bien observado disimulo, y dio las causas para haber buscado refugio.

Dijo que no faltaba al Rey, pero que se retiraba de sus reinos hasta que, mejor informado de lo que lo estaba de sus enemigos, conociese su inocencia. Que la embajada de Francia se la habían dado meditando su ruina y su opresión, siendo autores de este engaño el cardenal Portocarrero, don Manuel Arias y sus allegados. Que era lícito al vasallo mostrar desde el asilo la pureza de su intención y sus quejas, siendo éstas de la mayor entidad por lo que habían ultrajado su persona y dado crédito a las invenciones y falsedades de sus enemigos, notándole de constante parcialidad a los austríacos, la cual ellos decantaban, para adelantar su partido con el ejemplo, habiendo publicado el príncipe de Armestad que la expedición contra Cádiz se había fundado, más que en las armas, en la amistad que con él tenía, y en su inteligencia: que nada de esto ignoraba el Rey, avivada su desconfianza por las artes de sus émulos, y que así no se podía fiar de un Príncipe irritado, pareciéndole cosa extraña e impropia que fuese sincera la confianza de hacerle su ministro en Francia, entre tantos recelos que de él tenía la corte, pues se le había quitado el empleo de caballerizo mayor, apartado de todo manejo y tratado con desprecio; que ésta, más que declinación de fortuna, eran claros preliminares de una desgracia que no tenía remedio si se trataba con descuido. Que la ley natural quería, desde la seguridad del refugio, volviendo por sí y por su honor, manifestar al mundo y al Rey sus razones. Que se había llevado aquellos amigos para consuelo de sus trabajos y consejeros en sus dudas.

De otra manera habló a sus criados, y con menos razones les dio libertad o para proseguir con él el viaje hasta Lisboa o para volverse a España. Ni todo esto pudo proferir sin asomársele lágrimas a los ojos; habíasele rendido el corazón el golpe de la desgracia, y se quejaba con una tristeza de semblante tan irregular, que tiñó de sus afectos a los que le escucharon. Alentóle el padre Álvaro y ofreció seguirle en cualquier fortuna; los demás callaron y, menos algunos criados, todos le siguieron hasta Lisboa, donde se le señaló una casa de campo del duque de Cadaval. El rey don Pedro le recibió con benignidad; el

almirante habló poco y no muy desembarazado; dijo que buscaba en la generosidad de aquel Príncipe su refugio, huyendo de la cruel calumnia de sus émulos, hasta que su Soberano estuviese bien informado, a quien no pensaba faltar, sino manifestarle su inocencia.

El embajador de España, marqués de Capicciolatro, le publicaba rebelde y le trataba como tal, y persuadió secretamente a su sobrino, don Pascual Enríquez, que se volviese a España, como lo ejecutó huyendo de su tío, contra quien, llegando a Madrid, depuso cuanto en forma judicial se le preguntó por el juez diputado a formar el proceso contra el almirante. La Reina le recibió con agrado y tuvo una carta muy agradecida de su padre, el marqués de Alcañizas, que vivía en Ríoseco. El almirante sacó un manifiesto que propiamente era una sátira contra el Gobierno, pero siempre protestó observar la debida fidelidad al Rey, cuya benignidad imploraba. Restituyó el dinero que se le dio de ayuda de costa para el viaje; engañándose a sí mismo con el fabuloso cuidado de su honra, queríala restaurar cuando la perdía, y, esclavo de sus afectos y de su soberbia, se dejó llevar de una vanidad que degeneró en abatimiento, porque luego trató con los ministros de los príncipes, enemigos del Rey Católico, y nombraba al archiduque Carlos de Austria con estilo que sólo era rebeldía, porque dos reyes de España no podía reconocer. Concluida la causa, le declaró el Rey por rebelde, aunque no lo pregonó, y le mandó confiscar los bienes.

Este primer rebelde, como por su alta esfera en Castilla ocasionó en todos tanto reparo, sirvió a muchos de pésimo ejemplo, y a no pocos ignorantes que después faltaron al Rey, de irracional disputa, como si el más alto grado de nobleza tuviese autoridad de hacer lícita una infamia, antes a proporción de sus quilates debe cuidar más de su obligación. Esto puso en mayor desconfianza al Rey, porque las casas de primera magnitud en Castilla todas tenían inclusión con la del almirante; ninguno tenía más allegados y dependientes por su autoridad, su riqueza y artificiosa afabilidad, no sin agudeza de ingenio, travieso y de feliz explicación.

Mientras la armada inglesa y holandesa, doblado el cabo de San Vicente, navegaba con proa incierta esperando la flota que venía de la América (porque ya había tenido noticia que no podía distar mucho de los mares de España y era su regular puerto Cádiz), había ya aquélla llegado a Galicia y, advertida por sus navichuelos de avisos, enviados a reconocer los mares, que estaba la armada enemiga esperándolos, tomaron el puerto de Vigo el día 22 de septiembre, aun repugnándolo el virrey de Galicia, príncipe de Brabanzón, por lo poco seguro de aquel paraje.

Una nave aportó en Sanlúcar, cinco en Santander, tres de las cuales pertenecían a los franceses, que con veintitrés naves de guerra bajo el mando del señor de Ciaterno, escoltaban las españolas mandadas por don Manuel de Velasco. Extendiéronse por la ría hasta Redondela, y le servían de antemural las naves francesas, dadas fondo en forma de defender la boca del puerto, en el cual se construyó una cadena de fuertes leños y hecha como una estacada; fortificaron la garganta del puerto cuanto fue posible. Éste le guardaban dos antiguas torres, llamadas Rade y Corbeiro, pero consumidas de los siglos, que a pocos cañonazos podían resistir.

Presidiáronse de gente de la flota y se mandaron venir las milicias urbanas para coronar la ribera, y llenar, si no de soldados, de gente, los baluartes y muros de la ciudad. Había la fortuna hasta entonces explicádose propicia, y ya en España y en el puerto cuanto de Indias se traía, en pocos días se podía todo poner en tierra; pero una intempestiva y fatal cuestión convirtió en desgracia la dicha.

Pretendió el comercio de Cádiz que nadie se podía desembarcar en Galicia; que eran aquéllos sus privilegios, y que se debían conservar seguras en el puerto, cargadas, las naves, hasta que se fuesen los enemigos. Sobre esto no fue tan breve como pedía la necesidad 1a expedición del negocio en el Consejo de Indias, ya por la natural lentitud y madurez española, ya porque eran varios los pareceres; por fin, sin determinar absolutamente la duda, se envió a don Juan de Larrea para que sacase luego de las naves el oro y la plata; ni esto se ejecutó antes de cumplido ya un mes que habían llegado al puerto. No se dio prisa a sacar las mercaderías, cuando, éstas excedían a la plata en valor. Ya había la armada enemiga alcanzado la noticia que estaba en Vigo la flota, y a 22 de octubre, con viento favorable, llegó a aquella costa: desembarcó cuatro mil hombres, y plantando baterías contra las torres del puerto, las ocupó con poco trabajo, desamparadas de los que las presidiaban, siendo imposible defenderlas ni ser su fábrica capaz de resistir la batería. Como era favorable el viento, dos naves a un tiempo, a velas llenas, armadas de los acostumbrados picos la proa, rompieron con facilidad la cadena. Entraron al puerto las que seguían, despreciando los cañonazos de los baluartes de la ciudad, que, no sin fruto, incesantemente disparaban.

Disputaron la entrada con valor diez naves de guerra francesas -las demás se habían vuelto, a sus puertos- y se trabó una batalla cruel, con tanto tesón de una y otra parte, que, mezclados los leños, casi era inútil el cañón. Peleábase con fuegos de inhumano artificio, ollas, camisas y bolas de betún ardiente. Deseaban los franceses venir al borde, porque estaban más bien guarnecidos de gente de guerra; pero los ingleses toda la lid acometieron al fuego, y siendo en número superiores, no podían diez naves defenderse de tanta multitud de leños enemigos, que suplían siempre los maltratados. Los de la flota procuraron internarse más en la ría por si podían tener socorro de tierra y echar a ella los fardos de las mercaderías; pero los ingleses habían ocupado la orilla, y a fusilazos embarazaban a los españoles sus faenas, permaneciendo a pecho descubierto contra la artillería de estas naves, que se defendían valerosamente.

Las que estaban más protegidas de los baluartes de la ciudad y más vecinas a ella, desembarcaron tumultuariamente algunas mercaderías con poco logro, parque mal guardadas en la confusión, el mismo paisano llamado a defenderlas, las robaba. No se puede describir día más cruel, ni más lastimoso, por el innumerable género de muertes que padecieron aquellos infelices, ceñidos de inevitables peligros en espacio tan estrecho. Los que siguieron las naves de la flota hasta lo más bajo de la ría, vencidos ya los franceses que hacían frente, pretendían apagar el incendio por la ambición de la presa, porque don Manuel de Velasco, a quien no desamparó el valor, sino la fortuna, mandó quemarlas; esto mismo hicieron los franceses, echándose al mar la gente que salvarse pudo. Los enemigos ya no cuidaban sino de apagar las llamas, aunque veían que la mayor parte de las mercaderías se habían echado al mar. Muchos perecieron buscando en el centro del fuego las riquezas; éstos y los que murieron en la batalla fueron ochocientos

ingleses y holandeses; quinientos quedaron heridos, y una nave de tres puentes, inglesa, incendiada, pero tomaron trece naves de españoles y franceses, entre ellas siete de guerra y seis de mercaderías, aunque muy maltratadas y medio quemadas algunas; las demás las echaron a pique o las entregaron a la llama en el ardor del combate. Murieron en él dos mil españoles y franceses, y pocos dejaron de estar heridos.

Valerosamente se portaron los jefes de la armada inglesa y holandesa; Ormont Halemundo y Colemberg fueron vistos por su mano pelear en el más estrecho riesgo. No menos esforzados, aunque menos felices, fueron el señor de Ciaterno y Velasco. Se gloriaron aquéllos que el valor de lo apresado subía a la suma de cuatro millones de pesos; más de ocho es cierto que perdió el comercio de Cádiz, donde quedaban ocultamente incluidos los mismos enemigos; y así, no era todo ajeno lo que tomaron y echaron a perder. El Rey perdió más que todos, no sólo en no quedarle navío para Indias y en lo que había de percibir de las aduanas si se introducían todas las mercaderías, sino porque fue preciso después valerse de navíos franceses para el comercio de la América, que fue la ruina de sus intereses y de los de sus vasallos.

Al otro día de la sangrienta batalla hicieron bajar al mar los enemigos gran número de buzos con poco efecto, porque la artillería de la ciudad lo impedía, y volviendo a embarcar su gente, llenando de flámulas y gallardetes los árboles, cantaban con flautas y pífanos la victoria. Así dirigieron la proa a sus puertos, dejando llena de tristeza y horror aquella tierra; luego bucearon los españoles, y se recobró lo que aún no había corrompido el agua. De esta desgracia nacieron infinitos pleitos en toda la Europa, porque toda estaba interesada.

Al Rey Católico le alcanzó en Génova esta noticia, donde estaba magníficamente hospedado de aquella República en el burgo de San Pedro de Arenas. Con esto apresuró su viaje para España, embarcándose en las galeras de Francia: era su intención ir a Barcelona, pero furioso el mar y contrario el viento, le obligó a desembarcar en Antibo. Siendo la estación tan poco a propósito para navegar, era perder mucho tiempo esperar a que se mudase en favorable, y así emprendió el viaje por tierra, y en breves días llegó a Barcelona. Luego, con particular decreto, cesó el gobierno de la Reina, aunque a largas jornadas se encaminaba el Rey a Madrid, adonde no pudo llegar antes que feneciese el año de 1702.

Año de 1703

No negaba el Rey claramente concluir las Cortes de Aragón, pero lo difería, que era un modo no injurioso de negarlo. De esto se dolía el reino, y no de que había merecido menos que Cataluña; estas quejas, nunca satisfechas, se entregaron más al disimulo que al olvido.

El Rey entró en Madrid el día 27 de enero, recibido del pueblo con el acostumbrado aplauso y alegría. Lo interior de la corte y la parte de ella más principal ardía en odios y artificios que inspiraban la ambición; vino con el Rey el cardenal de Etré, embajador de Francia, con ideas de mayor autoridad que podía tener defendiendo la suya el cardenal

Portocarrero, y don Manuel Arias; ni era poca la que tenía el conde de Montellano con el favor de la Reina y de la princesa Ursini, que ya comenzaba a explicar su poder, ingiriéndose en los negocios más graves y usando las artes posibles para conservar amante del Rey a la Reina, a la cual enteramente poseía.

Montellano disentía en un todo de las máximas austeras de Portocarrero y Arias, y aunque sólo era presidente de Ordenes -pues había ya vuelto el mayordomo mayor de la Reina, conde de San Esteban-le quedaron a Montellano los honores y la entrada en el cuarto de la Reina; con esto se alimentaba el favor, y disponía la princesa que el Rey, separadamente, le consultase las más graves materias.

El cardenal de Etré, por necesidad que se tenía de la Francia más que por genio del Rey, resolvía lo más principal, y dispuso que nada despachase en su casa Portocarrero, y que llevase todo al Consejo del Gabinete. Esto le empezó a conmover, y más cuando vio que no era su voto atendido; hablaba mal ya de los franceses, y que no debían usurpar el mando a los es pañoles, sin advertir que era su adulación quien los había introducido al gobierno, y que declinaba su autoridad por donde pensó ensalzarla. Etré, sin atender a estos respetos, obraba impetuosamente y pretendió le visitase en su casa el presidente de Castilla. El Rey se inclinaba a esto, porque le parecía que, siendo cardenal, forastero y embajador, no perjudicaba a las preeminencias de aquel empleo. Don Miguel Arias mostró gran firmeza en sostenerlas, exponiendo al Rey sus razones y suplicándole que si en esto se hallaba mal servido, le exonerase del cargo. El Rey nunca quiso interponer su decreto, y Etré se quejó de esta que le parecía demasiada circunspección del presidente, al rey de Francia, que juzgando la cosa de poco momento para tanto empeño, le ordenó no tratase más de eso y dejase las etiquetas y formalidades de los tribunales como las hallaba.

Esto espinó los ánimos, y aunque la princesa no era amiga de Portocarrero ni de Arias, se conjuró con ellos contra Etré, con quien había tenido una disputa, porque pretendía libre la entrada en el cuarto de la Reina. La princesa, como camarera mayor, guardando las leyes de la etiqueta del palacio español lo prohibía, lo que alteró mucho el ánimo del cardenal, porque se había lisonjeado venía no sólo a hacer la primera, pero la única figura en la corte; por eso, aunque era francés le era también molesta la grande autoridad que Juan Orry tenía sobre la Hacienda Real. Este, aunque, como dijimos, era impetuoso y pertinaz en su dictamen, puso en buena forma el Real Erario y le reintegró en muchas rentas que le tenían usurpadas, ejecutando sobre las alcabalas lo que no se habían atrevido a hacer muchos reyes, aunque lo ordenase en su testamento Fernando el Católico; porque el descuido de los ministros de Hacienda o el poder de los que las habían usurpado, dejó inveterar el abuso. Desde que se concedieron a los reyes por toda Castilla la Vieja en las Cortes de Burgos y se ampliaron para ambas Castillas en las de Alcalá al rey don Alonso el Onceno, vendieron muchas alcabalas los reyes, empeñaron otras por tiempo limitado, algunas dieron por remuneración de servicios y por equivalente de pretensiones contra la Corona, otros las poseían sin más derecho que un abuso envejecido por siglos, con la buena fe que sólo esto les daba acción para mantenerlas. Juan Orry, aplicando antes al Real Erario todas las alcabalas, mandó que cada uno trajese los instrumentos justificativos de su posesión, formó una Junta en que se examinaban las razones del Rey y de las partes y se administró exactamente justicia,

restituyéndolas a cuantos tenían legítimo derecho, y quedándose el Rey con las que claramente le habían usurpado.

* * *

El rey de Portugal, después de haber firmado la liga que dijimos, escribió al Emperador y a los ingleses que aquélla sólo se reducía a defensiva de sus Estados y a no permitir paso para la España, que era una mera neutralidad que no impedía la buena inteligencia ni el comercio. Con esta ocasión envió el Emperador por su embajador extraordinario a Portugal al conde de Vesteink, y supo introducirse tanto en la gracia del Rey, que tuvo forma de proponerle no sólo que dejase la neutralidad, pero que entrase, en la Gran Liga ofensivamente, pues siendo la guerra que por la Extremadura se hiciese la que más vivamente hería el corazón de España, reconocerían los aliados este beneficio como de su mano, dejándole dueño de Extremadura y de Galicia, que serían las primeras conquistas, y de Buenos Aires en Indias. Que nada gastaría en la guerra aunque levantase veinte mil hombres, porque lo pagarían los alíados, de que le resultaba el beneficio de que entrase tanto dinero en el reino y ejercitase en el arte militar sus gentes. Estos ofrecimientos confirmaban los ingleses y holandeses. No se acababa de determinar el Rey, aunque el embajador austríaco le había ganado el ánimo, y el dictamen de su confesor. El almirante de Castilla, que, con el conde de la Corzana había abrazado claramente el partido austríaco, facilitaba la conquista de España como cosa infalible y de ningún trabajo, no sólo por lo desarmado de ella, sino por el gran partido que tenía la Casa de Austria en la primera nobleza y los pueblos. Ni dejaba de esparcir las mismas reflexiones el padre Álvaro Cienfuegos, hombre de sublime ingenio y de natural eficacia en las palabras. No faltaban en Portugal otros que persuadían al Rey lo contrario; pero importó mucho para determinarle lo que de Madrid escribió su embajador Diego de Mendoza, hombre adverso a los españoles, poco amigo de la quietud y embebido de especies vastas y de ideas superiores al poder de su Soberano.

El primer paso que el Rey dio a impulsos de los que querían la guerra, fue leer las cartas de Mendoza en una junta particular que hizo, a la cual admitió a los embajadores de Alemania, Inglaterra y Holanda como para ser oídos, y éstos consiguieron que interviniese también el almirante. El tenor de las cartas era éste: que estaban las cosas de España en el estado más infeliz, sin fuerzas para sostener la guerra; sin armas ni tropas, ultrajada la nobleza e igualmente descontenta como los pueblos; dividido en bandos el Palacio y los que gobernaban; aborrecidos los franceses, adverso ya a ellos el cardenal Portocarrero, desconfiado el Rey de los magnates, quejosa la Andalucía de haberse el Rey en Vigo apoderado de sus caudales, sin puntual examen de si eran de sus enemigos o de sus vasallos, despreciando la consulta del duque de Medinaceli, presidente de Indias, que, irritado de esto, había dejado el empleo. Que estaba el reino de Aragón quejoso por haberle negado las Cortes que se concedieron a Cataluña, donde se contaban pocos leales, y que si se daba tiempo a que la España se armase, padecería Portugal, desprevenido, las primeras opresiones. Que toleraban mal los príncipes un neutral, y que ya rota la alianza con España, se había cargado de otro riesgo, porque era preciso haberla religiosamente

observado o declarársele enemigo. Que el dominio del mar lo tenían los ingleses y holandeses, y que de ellos no podía defender el francés al Brasil y las Indias Orientales, ni aun a Lisboa si la invadiesen, porque, sobre no tener el francés tantos fuerzas marítimas, sostenía sólo la guerra en Italia, en el Rhin y en Flandes. Que estaban empeñados los aliados en perficionar la obra, y que no, tardaría en declararse por ellos el duque de Saboya, quejoso y atento a su utilidad. Que caería infaliblemente el Trono de España si se le internase la guerra por Extremadura, y que no podía esperar Portugal, de confirmarse poderosas estas dos Coronas, sino un eterno temor: que cuando cayese el Trono de España no podía dejarle de tocar algún deshecho fragmento de máquina tan vasta, pues no había otro medio de dilatar los Imperios que con la ruina de los confinantes, y que estando tan ceñido el de Portugal, no se debía perder la oportunidad de extenderse por la Galicia y Extremadura, porque no la hallaría semejante.

Esto persuadía en sus bien compuestas cartas Mendoza, cuyo dictamen tuvo muchos secuaces, porque habían los aliados con dinero corrompido a muchos, y los alemanes, al descuido, se dejaban entender que casarían al archiduque Carlos con la infanta de Portugal.

De contrario parecer era el duque de Cadaval, príncipe de la real sangre, serio y prudente. Dijo que no tenía fuerzas el reino para emprender una guerra sin necesidad, que constaba sólo de seis provincias destacadas, por accidente, de la España, con solas tres plazas fronteras; que si éstas se perdiesen o arruinasen y se devastase con hostilidades la tierra, sería irreparable el daño. Que para la propia defensa se debía aventurar todo, pero no por intereses ajenos, con soñadas utilidades que dependían de la fortuna; que fuese Borbón o austríaco, uno sería siempre el rey de España, las mismas sus máximas contra Portugal, a quien no daría parte de sus reinos, y más aquellos que le servían de antemural. Que había más que temer de los austríacos si volviesen a ocupar el solio, porque de su dominio se había apartado el que siendo duque de Berganza se coronó Rey, y aunque aquella fue ofensa hecha a la Majestad, que siempre es la misma, estaba demás el acordarse que se hizo a la propia familia. Que no se debía aventurar la posesión cierta y la quietud por ideados aumentos y promesas que no quiere cumplir la soberbia del vencedor, ni puede la infelicidad del vencido. Que eran las ligas de muchos príncipes necesariamente poco duraderas y fementidas, y que siempre quedaba peor el menos poderoso; siendo cierto que la vastidad de los reinos de España no se podía ganar toda en muchos años a fuerza de guerra, sosteniendo el empeño la Francia, cuyo poder, por su situación, por sus naturales fuerzas y admirable armonía con que la gobernaba el actual Rey, era igual al de los aliados, sin contar el invencible que adquiría la España, bien regida y ejercitada en la guerra, que la haría cruel contra Portugal el envejecido odio de los castellanos, y más sin razón provocados, porque no la había alguna para romper la paz hecha con la reina María Ana de Austria, en nombre de su hijo Carlos II. Que las maliciosas insinuaciones de casar al archiduque Carlos con la infanta de Portugal eran artes de corte, para dar otro color más al engaño, porque esta princesa tenía solos ocho años, y muchos más el archiduque, que si era un gran príncipe por su real linaje, no se le conocía más Estados que los que le podía dar la fortuna, y que no era razón entrar en el reino de Portugal a aventurarse en la ajena, y que si no le socorrían con muchas tropas, no podría hacer la guerra, y con ellas exponía su libertad a una necesaria servidumbre, y la pureza de la religión católica a que la contaminasen en los pueblos tantos herejes.

Este dictamen no tuvo aceptación en el Rey, y, más poseído del temor que de la ambición, adhirió a la Liga contra España y se firmaron en Londres los capítulos. Ofrecieron los ingleses el dinero que fuese menester para el ejército que había de militar en Extremadura, dándole por jefe a un general portugués, al que se habían de agregar ocho mil ingleses, y, si fuese menester, hasta doce mil. Los austríacos nada dieron más que esperanzas; prometieron dar parte de la Extremadura y de Galicia después de haber conquistado toda la España. De las que precedieron disposiciones a esta liga, y las que penetró en el ánimo del rey don Pedro, ya había dado cuenta al Rey Católico el marqués don Domingo Capicciolatro, su embajador en Portugal; pero les pareció a los españoles no darse por entendidos hasta que se publicasen los capítulos de la alianza, bien que ya había sacado de Madrid el rey de Portugal a su embajador, y el suyo de Lisboa el rey de España, mientras se hacían reclutas y bajaban tropas francesas.

A pocos días se publicó formalmente la guerra por una y otra parte, y por ambas se fortificaron cuanto era posible y presidiaron las fronteras. Enviáronse a la Extremadura tropas con el príncipe de Esterclaes; bajaron de Francia doce mil hombres con el duque de Berwick, hijo natural del rey Jacobo II de Inglaterra, hombre de valor, prudente y experimentado, a quien se dio el mando de este ejército. También se hacían levas en Portugal, y se nombró por general de la caballería al almirante de Castilla; agregósele el conde de la Corzana con el mismo grado que tenía en España; éstos fueron en esta guerra los primeros españoles que tomaron las armas contra su Rey, y los llamaban en su propio ejército los primeros rebeldes.

A este tiempo, justamente atemorizado el Pontífice de los grandes terremotos que sucedieron en sus Estados y en el reino de Nápoles, con desolación de pueblos enteros y ruina de muchos y magníficos edificios, parecióle aplacaría en parte la ira de Dios si exhortase a los príncipes a la paz, y así envió varios nuncios extraordinarios a las cortes más principales, sin fruto alguno. Fue a España el arzobispo de Damasco, Antonio Félix Zondadari, que después se quedó por nuncio ordinario. Fuéle fácil persuadir al Rey a la quietud; pero como la España y la Francia sólo se defendían de sus enemigos, era arduo, persuadir a aquéllos, obstinados en su empeño, y prosiguió la guerra más vigorosa. Para adelantar la de Italia, fortificó Guido Staremberg a Ostiglia, ante cuyos muros plantó los reales, adelantándose con un destacamento a Ostiglia a cubrir a Mirándula el príncipe de Lorena. Habían los alemanes hecho diques a las aguas del Po, junto a quien invadió el francés; dejóle empeñar en el sitio el príncipe Eugenio hasta abrir trinchera, plantar batería y hacer brecha, y cuando estaba para dar el asalto el duque de Vandoma, soltaron tan oportunamente los alemanes las aguas e inundaron el campo de los enemigos con tal ímpetu, que se llevaron las trincheras, las tiendas y todos los instrumentos y preparativos para el sitio.

Huyeron los franceses precipitadamente, mas los seguía el agua; padeció mucho la infantería. Los que ensalzaron el ardid del príncipe Eugenio censuraban el error de los franceses en haber atacado a la ciudad por la ribera más inferior y pantanosa del Po, cuyas aguas dominaban al campo, cuando, si antes hubiesen tomado a Mirándula, no podía mantenerse en Ostiglia el Príncipe, ni tenía más retiro que al Estado veneciano, y empezaría de nuevo la guerra. Este fue el parecer del príncipe de Vaudemont, pero le despreció Vandoma. El teniente general Albergoti asaltó el destacamento del príncipe de

Lorena con tanta infelicidad, que fueron los franceses vencidos; hubiera sido mayor el estrago si don Mercurio Pacheco, conde de San Esteban de Gormaz, hombre de no vulgar valor, no hubiera resistido con su regimiento de caballería española el ímpetu de los vencedores. Alternaban la fortuna las dichas con las desgracias, porque a este mismo tiempo tomó el general Torralba, español, a Briscello.

Aunque hacía la guerra en Italia el francés, tenía más altas ideas, pero dependían de la suerte del duque de Baviera. Había secretamente determinado bajar contra el Tirol, y en caso de ganarle, tenía orden el duque de Vandoma de juntar a los bávaros gran parte de sus tropas, empresa que, si la prosperaba la fortuna, estaban expuestos a gran riesgo los Estados hereditarios de la Casa de Austria, y corrían los franceses sin dificultad desde el Rhin hasta el talón de la bota de Italia (que esta es su figura, que remata en Nápoles). Luego que penetró tan vastas ideas el duque de Saboya y tan perniciosas a su seguridad, determinó secretamente apartarse de la liga de España y Francia y adherir a los austríacos, si se ponía en ejecución, porque le pareció más heroico disfrutar su desgracia que dejarla llegar.

Los franceses llevaban esto con gran secreto; pero las mismas operaciones del bávaro daban a entender, porque no se podía con otro fin empeñar en la conquista de un país difícil, estéril, pobre y afecto a su Soberano. Contra él tenía prevenidos dos ejércitos el Emperador: uno conducía el conde de Sckilich, para infestar la Baviera, y constaba de veinte mil hombres; catorce mil introdujo al Palatinado el conde de Stirum; los prusianos sitiaron a Rhenoberga. Ni aun estando ceñido de enemigos se amedrentó el duque de Baviera; en cuatro días ganó a Neoburg, intentó llevar a su partido al círculo de Franconia, o que se quedase neutral, pero ya los había ganado el César. Rindióse Rhenoberga por hambre a tiempo que el mariscal de Villars había pasado el Rhin, aun observado del príncipe Luis de Baden, que retrocedió con su ejército después de haber presidiado el fuerte de Kell con cuatro mil hombres. Quedó con un destacamento el general Sibrach, pero fue vencido de los franceses y seguido hasta un vecino bosque en que se refugió. No dejó de quitarle mucha gente la espada del vencedor, y la deserción más.

Apartados estos dos cuerpos de tropas enemigas, puso Villars en contribución cuanta parte de la Germanía alcanzaban las suyas, y puso sitio a Kell, batida desde el día 5 de marzo con ochenta cañones y sesenta morteros; era su gobernador el conde de Usberg; hizo lo que debía, pero al fin cedió a la fuerza y ganaron los franceses la plaza en pocos días. El príncipe de Hesse Casel sitiaba a Trabrach; socórrela el mariscal de Tallard y levanta el sitio. Creyendo ocupados a los alemanes, cubría con una línea la Baviera el Duque; pero la forzó Sckilich y penetró en la provincia, haciendo hostilidades tan bárbaras que excedían los estilos de la guerra, porque era la que hacía con mayor animosidad el Emperador, cuyas tropas sitiaron a Riden, que rindieron con facilidad. Con esto hubieron de incendiar gran parte de la Baviera hasta el río Inn, donde plantó su campo Sckilich a los 30 de marzo. El duque de Baviera determinó seguirle, y emprendió la marcha en una noche sumamente fría y cubierta de niebla, y marchando hasta el alba vio una partida de caballos ligeros de los enemigos que batían la campaña; deshízolos luego, matando la mayor parte; los que escaparon dieron a Sckilich noticia que venía con sus tropas el Duque, y no esperando a que llegase, se retiró con las suyas a Pasavia,

dejando, para asegurar la marcha, ocho mil sajones que disputasen al Duque la suya, dispuestos en las sendas más angostas; llegando a ellos los bávaros, se trabó una sangrienta disputa; fueron los sajones vencidos; quedaron prisioneros trescientos, y muertos cuatro mil; mil bávaros, y entre ellos el conde Leopoldo del Arco. No pareciéndole a Sckilich estaba seguro en Pasavia, la desamparó. No estaban de buen semblante las cosas de los coligados, porque oprimían la Germania con duros tributos bávaros y franceses, y por el alto Rhin entró con un ejército Luis de Borbón, duque de Borgoña, pretendiendo juntarse al del mariscal de Tallard. Los confederados tenían tres ejércitos, y el mayor le mandaba el duque de Malbruch, inglés, que marchaba hacia Mastrich; otro, el general Overcherchez, hacia el Palatinado Alto; otro, el general Cohoorn, holandés, que iba contra Bona.

Mandó el Rey Cristianísimo a Villars que por la Selva Negra juntase sus tropas con el bávaro, porque ya expugnados Kell y Keutringenno, era dueño de las riberas del Danubio. El bávaro, después de haber hecho no pocas hostilidades en el Palatinado Inferior, determinó acometer a Stirum. Guardaba el río Wilso con un fuerte destacamento el barón de Aspech, y mientras el duque de Baviera marchaba al puente, mandó que le acometiese el general Vechel, para que, embarazados los austríacos pudiese el Duque ponerse sobre Amberga. Favoreció la suerte esta idea, porque mientras peleaba Stirum -que fue poco después vencido y se retiró a Franconia- convirtió sus armas el bávaro contra Amberga y la rindió. Marchaba por caminos difíciles, ásperos y no conocidos Villars, y aunque le envió el duque de Baviera guías, siempre era ardua la empresa, porque no había podido romper las líneas de Stolfen, y para asegurar su retaguardia de las tropas de Luis de Baden, dispuso que plantase su campo en Offemburgo el mariscal de Tallard, para observarle. Entró primero en el bosque con la manguardia, compuesta de diez mil franceses, el señor de Blanvil; con poca separación llevaban la mayor parte de las tropas, y el centro de ellas, los tenientes generales Legal y Lahé; con diez piezas de cañón les precedía parte de la caballería, y parte marchaba entre el centro y la retaguardia, en que estaba Villars; treinta y cuatro mil hombres componían este ejército. Para embarazarle los pasos, el príncipe de Fustemberg ocupó algunos collados y eminencias, pero eran sus fuerzas pocas y nada intentó. El general Noremberg puso tres mil alemanes con alguna artillería en una pequeña llanura, a la cual habían de venir precisamente por una senda estrecha los franceses; disputóseles el paso, con muerte de algunos, pero quedaron vencedores, y, puestos en huida los enemigos, prosiguieron su marcha y tomaron a Vilinghen; vencido el monte, descansó algunas horas el ejército, y se envió antes al señor de Usón con alguna caballería a encontrar a los bávaros, porque el general Mafei estaba con cuatro mil de ellos en Fredingue, donde, con recíproco aplauso, se juntaron las tropas. Fue celebrada la conducta y disciplina militar de Villars y la obediencia de los franceses, sin deserción alguna, por caminos ásperos y bosques, siempre con las armas prevenidas.

Esto dio aprensión a los confederados: juntáronse Sckilich y Stirum. Enviaron los holandeses más tropas al príncipe de Baden, porque, sobre haberse juntado el duque de Borgoña con el mariscal de Tallard, temían las vastas ideas del duque de Baviera, con esta unión de los franceses más poderoso. Era justo el recelo, porque se hallaba en el corazón de la Germania un ejército de sesenta mil hombres, mandados por dos jefes, los más esforzados y peritos en el arte militar, como eran el duque de Baviera y el de Villars;

pero esto mismo que tanto consternaba a los enemigos, fue la ruina del duque de Baviera, ya por sus desproporcionadas ideas y ya porque no duró la concordia y buena armonía entre los dos ejércitos.

Obedecía de mala gana Villars al Duque, y la soberanía de éste llevaba mal la poca docilidad de los franceses a sus órdenes. En fin, pasaron tan adelante los disgustos, que después de tantos gastos hechos para aquella unión, malogro de tiempo y peligros padecidos, fue preciso separarse. Determinó el bávaro con sus tropas invadir al Tirol, y juntándose por el Trentino, como ya dijimos, con el duque de Vandoma, despojar a los austríacos de sus Estados. Para guardar los suyos, dejó al mariscal de Villars y partió a la empresa; con poco trabajo y oposición entró en Tirol y ejecutó las mismas bárbaras hostilidades que las tropas austríacas en la Baviera y Palatinado; saqueó, quemó y asoló muchos lugares, de forma que más parecía venganza que guerra. La plaza de Kulflen se le opuso; rindióla, y se retiró la guarnición al castillo; esto le hacía perder tiempo, pero un accidente le fue favorable: prendióse acaso fuego en la ciudad; corría viento, y llevó las llamas al castillo, que también ardió, porque se cebaron no sólo en los maderos de la estacada, pero en otros que había de reserva; creció el incendio hasta llegar a los almacenes de víveres y municiones. Ocupada la guarnición en apagarle, se descuidó por breve tiempo en la defensa, porque no podía acudir a todo. Los bávaros, logrando esta oportunidad, aplicaron las escalas al muro, por donde lo permitía el fuego; distraído el presidio en dos tan grandes cuidados que por dos partes le amenazaban, quiso defenderse de uno y otro, pero no pudo, porque apenas venció el de las llamas cuando ya estaban sobre el muro los enemigos, y, aunque a costa de alguna sangre, ganaron el castillo.

Con esto obedeció todo el Tirol y su capital, Inspruck, de donde con algunas tropas salió el conde Solario y retiró a las montañas para juntar gente, que lo hizo sin dificultad, por ser toda la provincia fidelísima a los austríacos. El conde de Heister, que gobernaba la Carintia, también tomó las armas con las milicias que pudo juntar, y de modo observaban al ejército de los bávaros, que no poseían más tierra que la que pisaban, pues sólo mientras duraba la violencia obedecían los pueblos, de los cuales no era, fácil sacar contribuciones, ya por la suma pobreza del país, ya porque dejaban antes quemar sus haberes que contribuir al ejército enemigo, ni aun con víveres, porque los que no podían defender los quemaban para que no sirviesen a sus contrarios. Esto atajó los progresos del duque, pues una sola provincia le ocupaba un ejército.

Luego que llegó a la noticia del duque de Vandoma que se hallaba en el Tirol el de Baviera, juntó el Consejo de Guerra para el modo con que había de unirle parte de sus tropas, y dejando el mando de las que quedaban en Lombardía al príncipe de Vaudemont, sin participarlo al duque de Saboya, antes cautelándose de él, emprendió la jornada con quince mil hombres escogidos. Llevaban la manguardia por ambas partes del lago de Garda los señores de Prasin y Besons. Por el camino de Gargamo arriba conducía otras tropas Medavi, y hacia el Adda iban las restantes con el duque. En Monvaldo se les opuso el general Vaubon con tres mil alemanes, que puso en una pequeña llanura en la senda de un monte asperísimo y embarazado de peñas, donde un intrincado bosque imposibilitaba el formarse. No pudiendo abrir trincheras los alemanes por lo peñascoso del terreno, levantaron una pared de grandes piedras y, formando un vallado, contenían en él toda la

gente, puestas algunas piezas de cañón contra la senda por donde habían de venir los franceses, y aun ésta la embarazaron con troncos y peñas.

De esta dificultad advertido el duque de Vandoma, y no siendo fácil penetrar por el ordinario sendero del bosque, porque venía a rematar la garganta de él en el campo de los enemigos, determinó subir un monte asperísimo que los dominaba, y desde allí marchar, evitando la pequeña llanura, hasta paraje en que pudiese bajar a ella formado; y apeándose el primero del caballo el duque, emprendió subir la cuesta; el ejemplo enfervorizó a los demás, y fue, tanto el ardor con que los soldados ejecutaron aquella obra, que llevaron en hombros, hasta las cimas del monte, las piezas de cañón de campaña y las cureñas, no siendo posible que mulos ni bueyes de la mayor fuerza las pudiesen subir por un collado tan difícil y precipitoso. En fin, vencida con gran trabajo esta dificultad, ya puestas las tropas y los bagajes en la eminencia del monte, dominaban el campo enemigo, el cual empezaron a batir con artillería, y bajando ordenados cuanto permitía la selva, no aguardaron los alemanes a venir a batalla, y dejando la artillería y tiendas se salvaron por el opuesto bosque. Esto facilitó a los franceses poder llegar hasta el Trentino y avisar de su marcha al duque de Baviera, que alcanzó esta noticia el día 28 de julio. Bajó luego a Brijo, pero los franceses no pudieron proseguir regulares las marchas, porque se entretuvieron en el sitio de Trento, que con dos mil hombres defendía el conde Solario. Estaban ya abriendo trinchera, y faltaban pocas leguas al bávaro, para llegar a juntarse con los franceses.

En este estado de cosas, traidora la fortuna cuando, más se les fingía propicia, los obligó a cada uno a retroceder por su camino; el bávaro, porque tuvo aviso de haberse con su ausencia sublevado todo el Tirol, y el francés, porque la tuvo con un expreso despachado por el príncipe de Vaudemont: de haberse declarado por los austríacos el duque de Saboya, y firmado los capítulos de la nueva confederación en Roma, en casa del embajador cesáreo, ajustados antes en Turín con el conde de Ausberg, consejero áulico de Leopoldo, que había venido oculto a este efecto, según avisaban los embajadores de España y Francia que en aquella corte residían. Con esta tan importante novedad bajó corriendo la posta el duque de Vandoma, con pocos oficiales, hasta llegar a su ejército de Lombarda, y dejó encargadas a dos tenientes generales las tropas, para que volviesen por sus regulares marchas. Este éxito tuvo tan trabajosa empresa, y tan irregular idea dio ocasión al duque de Saboya a mudar de sistema, mas no se habían aún declarado, porque esperaba cobrar primero el dinero que le ofrecieron dar los ingleses, y retirar cuatro mil hombres que tenía entre las tropas francesas. Para esto ordenó que, ya cerrada la noche, se apoderasen los suyos, matando los centinelas, del puente de San Benito, y chocasen con los que estaban a la otra parte del río, que hallarían, sobre ser inferiores en número, desprevenidos; y que pasando a cuchillo a los que fuese menester para abrirse paso, en la marcha de la propia noche se pusiesen en sus Estados.

Esto no pudo tener efecto, porque el día que precedía a la misma noche en que se había de ejecutar, sitiando a los cuerpos de los piamonteses el duque de Vandoma, los desarmó y detuvo prisioneros. Ya con esto, habiéndose descubierto el de Saboya, arrestó en sus casas a los embajadores de España y Francia, que tenía en su corte; por el Rey Católico lo era don Antonio de Arbiso, marqués de Villamayor, cuya prisión duró hasta que se dio libertad en España a un ministro del Duque que también estuvo retenido. Lo mismo se

ejecutó con Francia, donde esforzaba la duquesa de Borgoña las razones de su padre, que ya las había publicado en un manifiesto, diciendo no habían guardado los franceses lo capitulado en su alianza, no sólo en haberle negado el mando de las tropas de Italia, pero en haber acometido a los Estados austríacos, por donde juntándose con el duque de Baviera, querían cortando por medio la Europa, correr desde el Danubio al Po, estando el Emperador distraído, en tantas guerras que era fácil desposeerle de las provincias que, dando paso a la Italia, le tejen una cadena. Que estas vastas ideas eran contra la seguridad pública, y que teniendo actualmente. el Rey Cristianísimo en pie trescientos mil hombres, ochenta mil el Rey Católico y treinta mil el bávaro, eran capaces de aspirar a la depresión de muchos príncipes, y de la Casa de Austria, que era la que daba justo equilibrio a las potencias de Europa, hallándose la Germania embarazada en la guerra de Polonia, y armado y vencedor un príncipe tan guerrero como Carlos, rey de Suecia, enemigo de la Germania y del César.

Que si en esta ocasión le moviese guerra, atacado por Inn de los bávaros; por el Tibisco de los rebeldes húngaros; por el Danubio del mariscal de Villars; por el Rhin del duque de Borgoña, y sosteniéndola en Italia contra sesenta mil franceses, estaba en manifiesto peligro, no ignorando el estrecho en que le ponían estos empeños Acmet, emperador de Constantinopla, príncipe de elevado espíritu y por esto sustituido a su hermano Mustafá, hombre remiso y amante del ocio. Que el propio interés podía adherirse a la parte más débil para sustentar la declinante fortuna, eligiendo mejor morir armado que dejarse oprimir inadvertido. Que no había violado la confederación, sino que la había, acabado de romper violada: que no hacía guerra el padre contra sus hijos, sino un príncipe contra otro. Que estaba obligado a aventurarlo todo por la quietud de sus pueblos encomendados de Dios, los cuales anteponía a sí mismo, a su Casa y posteridad, a la cual, si con siniestros sucesos perseguía la fortuna y la extinguía, siempre eran de Dios los pueblos y cuidaría de ellos. Que dejaría las armas siempre que ajustadas las cosas con peso y balanza igual, no hubiese probablemente de qué temer ni ambición de qué recelar.

Estas razones del duque de Saboya eran las mismas de todos los príncipes de Italia; pero no tenían fuerzas para explicarlas con las armas. No dejaron con todo eso de tener sus censores, pareciéndoles monstruoso empuñar armas contra los intereses de sus hijas, y tratar confederación secreta con un enemigo de sus aliados; pero los desapasionados conocían que los príncipes no están obligados a las estrechas leyes de las personas privadas, y que su único interés es la razón de Estado.

Los artículos de la nueva alianza en que se adhería el duque de Saboya a la que tenían hecha los ingleses y holandeses y el rey de Portugal con el Emperador, fueron muchos, y éstos los principales:

Que entraba en esta liga por seis años si antes, de común acuerdo, no se establecía la paz. Que se le daría luego cien mil doblones para los gastos de la guerra, y que Pagarían de sus tropas piamontesas doce mil hombres los ingleses. Que conquistado el ducado de Milán se le daría la plaza de Alejandría, la Lomelina, el Vigevenasco y la Valsesia, y que se declararían inmediatos a la línea austríaca sus derechos a la Corona de España. Secretamente hicieron esperar al Duque que darían por esposa del príncipe de Piamonte a la archiduquesa María Josefa, hija de José, rey de romanos. El Duque ofreció reconocer

por rey de España al archiduque Carlos y tener en pie veinte mil hombres, de los cuales pagaría los ocho.

Esto alteró mucho el estado de las cosas de Italia: cobraron bríos los tiroleses y se levantaron contra el duque de Baviera, que aunque acudió a remediar el daño, no pudo. Asoló y destruyó la provincia, aplicó llama, hierro y las más horrendas barbaridades; pero no pudo rendirla, porque los amotinados, dejando las poblaciones y retirados a los bosques, bajaban a hacer sus correrías y mantenían en el dominio del Emperador cuanto no ocupaba con sus tropas el bávaro, a quien no era conveniente emplear un ejército en poca tierra inconquistable y dejar perder la suya, que la destruía el príncipe de Baden porque los franceses no podían atender a tanto, ardiendo en guerra el Rhin y el Danubio.

Luis de Baden intentó tomar a Ulma y marchaba a ella; pero penetrado el designio por el teniente general Legal, con los socorros de gente que le envió Villars acometió a los alemanes y los deshizo. No podía el puente del Danubio recibir cuantos se entregaron a la huida, y se ahogaron muchos; siguió Legal a los vencidos, hasta Munderkinguen; el ardor cegó algunos franceses, y se entraron, en la ciudad, donde quedaron prisioneros. En esta batalla murió un príncipe de la Casa de Hannover, y otros mil quinientos alemanes; los franceses perdieron al general Heroné y quinientos soldados. Para adelantarse más, sorprendió el mariscal de Villars a Ocstet. El duque de Borgoña sitió a Brisac, encargando el sitio al conde de Marsin; por donde corre más alto el Rhin puso las baterías con cien piezas de cañón y cuarenta morteros; empezaron a batir a 23 de agosto, y después de veintidós días se rindió la ciudad. El Emperador hizo cargo al gobernador de ella, conde del Arco, a Marsil, jefe de las tropas, por haberse muy presto entregado; formó el proceso el príncipe de Baden, y fueron degradados.

El duque de Borgoña volvió a París, y quedó el mando de las tropas al mariscal de Tallard en el Rhin; al marqués de Villars en el Danubio; y en Flandes al duque de Villarroy, a quien habían dado libertad los enemigos. El general Cohorn tomó a Bona; también se hizo cargo a su gobernador, marqués Daligre, pero se excusó con felicidad, diciendo que, ya desesperado de socorro, no había querido quedarse prisionera la guarnición, la cual, en fuerza de las capitulaciones, quedó libre. Intentó el mismo general holandés sitiar a Bruselas, y tomó los puestos; pero lo impedía el marqués de Bedmar, que estaba con sus tropas en Deuren, y le había juntado su gente el príncipe de Esterclaes; pero como no bastaba, pidió socorro al mariscal de Buflers, que vino luego. Dudóse si se había de dar la batalla, porque dividía ambos ejércitos una laguna cenagosa que impedía a la caballería, y había mucha entre españoles y franceses. Parecióles que los aguardaba el holandés resuelto a batalla; y sin reparar inconvenientes, la dieron.

Los españoles, que estaban a la derecha, deshicieron la izquierda del enemigo, que se volvió a rehacer, y duró la acción hasta que los separó la noche; pero mostró el día cuánto habían los holandeses retrocedido, y que perdieron el campo, donde hallaron los españoles muchas banderas y carros, sobre tener quinientos prisioneros; la pérdida de la gente fue igual, y entre todos murieron, seis mil.

Al marqués de Bedmar, por esta acción, le dio el Rey Cristianísimo el cordón azul del Orden del Espíritu Santo. Después, pasando el río junto a Amberes, ocupó a Bruth a vista del ejército inglés, Cohorn tornó la ciudad de Huy con facilidad, y con algún más trabajo

el castillo, cuyo gobernador era el señor de Milón. Envanecido en esta victoria, quiso tomar a Limburgh sin sitiarle; envió cuatro mil hombres a forzar una puerta con una máquina militar parecida al antiguo ariete; consiguiólo, y se abrió paso a la ciudad; pero los paisanos y el presidio, guiados del señor de Reynach, hicieron frente, hasta que, saliendo por otra puerta una partida de ellos, cogieron en medio a los enemigos, que no tuvieron poca fortuna en poder escapar los más. Avisó el escarmiento a Cohorn, y plantó el sitio, en sus formas; abrió trincheras, batió los muros y se rindió prisionera de guerra la guarnición; así ocuparon los holandeses a Limburgh.

No era sola la tierra la que infestaban las armas coligadas: llenóse de escuadras el mar, y la mayor mandaba el almirante Roock, que constaba de cuarenta naves de guerra y diez de transporte; ésta cruzaba el Océano; otra, de treinta navíos, bajó al Mediterráneo. Pasó un vicealmirante a sondear los puertos del Adriático que tiene la Casa de Austria, y no los halló capaces para armada, porque los senos de aquel mar eran angostos y humildes; esto daba incomodidad para invernar, porque faltándoles, puerto amigo, era preciso buscar un neutral, y no le hallaban a propósito sino en Liorna o la Especia, en el mar Ligústico, lo que llevaban mal el Gran Duque y los genoveses, pareciéndoles era sujeción y causa de ruidos y empeños tener por tantos meses en casa gente tan desordenada y licenciosa como la que sirve en el mar, y más los ingleses, cuya arrogancia se iba haciendo intolerable.

La escuadra del Océano se presentó en las costas de Francia, por si los calvinistas ocultos de la Rochela hacían algún movimiento; no dejaban de hacer alguna trama y conspiración entre ellos; pero lo descubrió el Gobierno en tiempo, y se desvaneció el nublado. Este armamento quedó en aquella campaña inútil, porque no tenía nada en qué ejercitar su poder. Una borrasca obligó a Roock a retirarse al Támesis; logrando la oportunidad tres navíos franceses salieron de Dunkerque a encontrar en las costas de Escocia a los que venían de la pesca, del mar Báltico, y les favoreció la suerte; encontraron doscientas barcas cargadas de arenques y ballenas, escoltadas de cuatro naves de guerra mal armadas, que, acometidas por los oficiales, llegando al aborde, apresaron tres de ellas y una echaron a pique; pero fue infructuosa la victoria, porque los que traían la pesca, quemando sus barcas, se salvaron en tierra.

Restaurada de los daños padecidos, salió otra vez de Inglaterra la armada y se entregó al almirante Schiovel con algunos navíos más. Partió el día 12 de julio y pasó al Mediterráneo, para atemorizar a los reinos de él; navegó a vista de Almería y Cartagena, y su gobernador, don Carlos de San Egidio, coronó luego los muros con las milicias urbanas; juntó sus súbditos don Luis de Belluga, obispo de Cartagena y Murcia, y se armó la ribera, porque hacían los enemigos además de intentar el desembarco, que después ejecutaron en Altea sin suerte, pues no pudiéndose internar porque los paisanos se armaron, les faltaba aún agua y víveres, que venían escasamente de los navíos, no siendo fácil acercarse a la playa las lanchas con la continuación que era menester, ya por lo borrascoso del golfo de León, que allí empieza, y ya porque las eminencias del terreno las ocuparon gente del país, y alcanzaba la bala del fusil al desembarcadero.

Viendo esta imposibilidad el inglés, y que la caballería infestaba a los que habían desembarcado, los retiró, y dirigió a Italia la proa. No dejaron sus reinos de fortalecer sus marinas, como lo hizo en Sicilia el cardenal Judice, en Cerdeña don Ginés de Castro, conde de Lemos, y en Nápoles el marqués de Villena, con tanto mayor cuidado cuanto

era allí más inminente el riesgo, porque no se había del todo olvidado la primer conjura. Estaban todavía enconados y teñidos de infamia los parientes más estrechos de los que padecieron suplicio, y avivaban la llama, desde Roma el cardenal Grimani, y el marqués de Pescara desde Viena.

Habíase vuelto de Madrid a Nápoles el duque de Monteleón despechado, y lo estaba también, porque no le había hecho el Rey grande, el príncipe de Avelino; éstos tenían continuas conventículas con el príncipe e Montesarcho, a quien hicieron más ingrato y desleal las últimas mercedes del Rey, concedidas por si podía ganarle. El marqués de Villena, aunque gratísimo a la plebe por su integridad y rectitud, no estaba bien visto de la nobleza por su natural sequedad y distracción; quejábanse que no daba audiencias, y que se entretenía más con los libros que en los negocios. Con esto se apartaban más cada día los ánimos de los intereses del Rey, lo que no ignoraba el Emperador; pero aun con tan buenas disposiciones, no podía emprender la conquista, porque estaba cruelmente encendida la guerra en Milán, y tenía el reino algunas tropas francesas. Esta fue la razón por que no se movieron los mal intencionados, ni aun a vista de la poderosa armada del almirante Schiovel, el cual, por no quedarle diligencia que hacer, viendo en tantas partes frustradas sus esperanzas, pasó a la costa de la Provenza y Lenguadoc, donde ya habían tomado las armas los sediciosos hugonotes, alentados con el dinero de Inglaterra.

Concibióse esta conjura en las Sevennas entre los calvinistas, que a pesar de la severidad del Rey Cristianísimo, estaban ocultos, y otros habían venido a la deshilada de Inglaterra y Holanda. Creció el número y llegaron las hostilidades hasta Montpeller, donde no les faltaban secretos parciales. Ocuparon el puente de Lunel y le fue preciso al duque de Rocloite, gobernador de Lenguadoc, juntar tropas, que no hacían gran progreso porque los sediciosos, llegaban a seis mil, y después que corrían la campaña saqueando y quemando los lugares, y ejecutando las más exquisitas crueldades con los católicos; se retiraban a los montes. Hacían una guerra desordenada, porque vivía cada uno a su arbitrio, sin obediencia.

Mandó el Rey al conde de Montrevel juntase más tropas y acometiese a los sediciosos; éstos, aunque inexpertos, tenían la ventaja de ser gente endurecida al trabajo,. y rústica; por eso, con entero conocimiento de aquellas selvas hacían más difícil a los veteranos la guerra, que parecía más ir a caza de fieras que combatir con hombres. Los rebeldes, advertidos de su daño, que era monstruo un cuerpo sin cabeza, tomaron por fuerza al conde Rolando y le dieron él mando de sus tropas, que ya más bien ordenadas, hacían frente a las del Rey; las cuales, ignorando este modo de hacer la guerra entre bosques y peñascos, sin poder formarse, hicieron venir del Rosellón a los que llaman carabineros de campaña, hombres acostumbrados a vivir siempre en ella, y que entienden aquel modo de pelear, guarecidos de un tronco o de un risco.

Nada se les escondía a los sublevados porque tenían por todas partes ocultos amigos a los cuales unía el interés de su religión, y así trataron de fortificar los montes, cegando las veredas y caminos, y separándolos con hondones por donde era más angosta la senda; entretejían entre sus propias ramas troncos sobre los cuales desgajaban las más vecinas peñas y así formaban como una trinchera que hacía insuperable la eminencia de los montes. A pesar, de estas diligencias, las tropas del Rey los atacaron, pero en sitio tan resbaladizo y en cuesta tan empinada, que no podían fijar el pie los granaderos; por eso

duró tanto el primer combate, porque convirtiendo la desesperación en valor, los calvinistas hacían valiente defensa, ni los desamparaban sus mujeres e hijas; éstas les cargaban sus arcabuces y daban municiones, les ataban las heridas y exhortaban a aplicar todo el esfuerzo. También ellas desprendían grandes peñascos por los derrumbaderos y se propasaba al sexo la intrepidez; murieron algunas; así se inflamaron más los ánimos y se hizo más crespa y viva la acción.

Desengañadas las tropas del Rey de poder vencer la cumbre, se alojaron en los valles, tomando los pasos, como bloqueando al enemigo. Éste, aunque por ásperos collados, tenía comunicación con las Sevennas, y de Oranges y Merendol les venían socorros, pero pocos y tardos por lo remoto del paraje, la falta de bagajes y lo arduo de los caminos. No podían subsistir sin bajar al valle, y así fue preciso separarse en partidas. Ocuparon a Merendol, lugar del condado de Aviñón, puesto en una eminencia que domina los campos de la Provenza; mas ya por todas partes había tropas del Rey que embarazaban las correrías. Con esto entraron en conocimiento los ingleses que era poca diversión la de aquella guerra y que no había que fiar en ella, porque habiendo publicado el Rey un indulto general con condición que saliese de sus reinos el que no quería ser católico romano, desertaron muchos y pidieron sus pasaportes para Holanda.

El vicealmirante Halemound, holandés, instó se retirase a sus puertos la armada; y aunque lo resistía Schiovel, estuvo precisado, a hacerlo.

A los doce de septiembre se reconoció solemnemente en Viena por rey de España al archiduque Carlos de Austria, por la corte y los ministros extranjeros, menos el de Suecia y el nuncio del Pontífice. Expusieron con esto los coligados un ídolo a los españoles, no olvidados de los austríacos, y les ofrecían un protector abriendo como feria a la ambición; explicaban más el tesón de su empeño, y daban que temer a los indiferentes, para que se determinasen. Cedieron los derechos a la España el Emperador y su primogénito José, rey de romanos. Diósele al nuevo Rey por ayo al príncipe Antonio de Leichtestein, hombre severo y fuerte, de tardo ingenio y de no muy viva comprensión; por consejero se le dio al duque de Pareti; y luego partió la nueva corte para Limbourgh, de donde pasó a Holanda y fue recibido por demostraciones proporcionadas a la Majestad; era interés de ellos exaltarla para que todos se persuadiesen a que había de ser rey de España; diósele una escuadra para pasar a Inglaterra; hízose a 1a vela, pero una horrenda borrasca le redujo al puerto. Partió otra vez el día 6 de diciembre con la misma desgracia, porque otra tempestad más furiosa y permanente separó las naves y buscó cada uno refugio donde lo permitían los vientos; las de más fuerza volvieron con el rey Carlos a Holanda; algunas no pararon hasta Noruega; otras, a Francia e Inglaterra, habiéndose sumergido sólo una. Como no partió este príncipe de Holanda hasta el año venidero, lo referiremos en su lugar.

* * *

Expugnando ya Hagembach, sitiaron los franceses a Landao; fingiendo acometer a las líneas de Stolfen, el mariscal do Tallard torció de repente hacia la plaza, a la cual había mandado embistiese el conde de Marsin, pasando por el puente de Kell el Rhin. Para divertir a los franceses, fortificaron unas líneas a Spubarch los palatinos; pero las forzó luego el señor de Courthobon, francés, haciendo prisioneros algunos alemanes. A los 17

de octubre se perficionaron las trincheras y se batió primero la media luna, que era fortificación exterior de la puerta que llaman de Francia; diose el asalto, y después de bien reñida disputa, se alojaron los franceses en ella. Supieron por cartas interceptadas que había llegado a Spira el príncipe de Hesse Casel con un ejército. para socorrer la plaza, al gobernador de la cual, el conde de Prisia, escribía alentándole a la defensa. Luego, dejando encargado el sitio al teniente general Lauban, partió el marqués de Tallard con veinte y ocho batallones y cincuenta y cuatro escuadrones a encontrar al enemigo, y porque era éste superior, despachó orden al señor de Pracontal, que estaba destacado, que acudiese con la mayor brevedad con toda su caballería; ejecutólo tan puntualmente, marchando a rienda suelta, que llegó a tiempo que ya estaba Tallard formando su ejército para la batalla cuando vio venir al enemigo, que dio tiempo a que le aguardasen en buen paraje; y ya juntos los franceses, por no haber salido los alemanes de Spira hasta celebrar el día del nombre del Emperador, que era el de San Leopoldo, con gran ímpetu y valor de una y otra parte se empezó la batalla. Pracontal acometió a la caballería holandesa, y después de bien sangriento contraste la puso en huida, pero con felicidad tan desgraciada, que penetrado de dos balas de fusil cayó muerto.

Los alemanes pelearon más a pie firme, y se admiró la destreza y valor con que combatió en el centro el regimiento de Hesse Casel, que hacía frente. Los franceses, alentados con los principios del vencimiento, cargaron, sin dejar cuerpo de reserva, con todas sus fuerzas contra la infantería enemiga, en la cual gloriosamente, alentando a los suyos, murieron dos príncipes de la Casa de Nasau y de Hesse Casel. Había extendido su línea el alemán, haciéndola en los extremos corva, para herir por el flanco la caballería francesa, porque por su derecha no la tenía, habiendo sido deshechos los holandeses. La acción se enardecía cada instante más, y quedaba indecisa; pero habiendo vuelto de perseguir a los que huyeron gran parte de la caballería francesa, ésta cargó sobre la siniestra de los enemigos; y aunque mudó figura a la orden de sus tropas el alemán, como no estaba cubierto de caballería pudo la de los franceses penetrar sus líneas y turbarlas. Así ganaron éstos fácilmente la batalla; retiróse vencido el príncipe de Hesse Casel, dejó el campo y tres mil prisioneros y cuatro mil muertos; tanto costó a los franceses la victoria, y se contaron entre ellos los generales Lavardin y Calven.

Esta es la función de Spira, que produjo la precisa rendición de Landao, con las mismas capitulaciones que habían dado vencedores, bajo esta plaza, los alemanes. Luego ocuparon los franceses a Hamburgo y Spira; el duque de Baviera, a Ratisbona, y para mayor seguridad quitó las armas a los ciudadanos y plebe. Juntáronsele más tropas al mariscal de Villars, y plantó el campo en Donavert, donde era más fácil echar al Danubio un puente, porque era la intención de los bávaros y franceses acometer al conde de Stirum, aunque estaba bien atrincherado. Puestos de acuerdo el duque de Baviera y el mariscal de Villars, dieron orden al teniente general Usón que acometiese por la frente, mientras ellos, con un algún giro, llegaban por los lados, para que a un mismo tiempo se pudiese forzar todo el atrincheramiento de los alemanes. Más presuroso Usón de lo que era menester, acometió solo, porque no habiendo aún llegado el Duque y el mariscal, el conde Stirum repulsó a Usón, salió de su trinchera y le hizo retirar hasta el vecino bosque. Ni aun vencidos dejaron enteramente la batalla los franceses, ni volvieron jamás la espalda. Para acabarlos de deshacer, sacó Stirum toda su gente de las líneas, y cuando en los últimos batallones, peleando gloriosamente, se estaba con el favor de la selva

defendiendo Usón, asaltaron por las espaldas el bávaro, y por un lado Villars, a los alemanes; cobró con esto bríos Usón, estrechó su línea y avigoró por la frente la batalla; vuelven a ella los primeros franceses que se habían separado en el bosque; formó Stirum un triángulo, pero mal protegido de su caballería (porque ya la había puesto en fuga Villars), era casi imposible defenderse, aunque había formado una bien apretada línea de bayonetas, contra el ímpetu de la caballería francesa, que padecía tanto que obligó a Villars a echarle muchos batallones de infantería con las mismas armas.

Hizo gloriosa la desgracia de Stirum, porque ceñido por todas partes de superior número, gobernó aquella acción con tanta intrepidez y presencia de ánimo, que formando de sus tropas un ángulo contra la de Usón, y una corta línea contra Baviera; sólo para defenderse acometió a Usón con tal ímpetu, que, pasando por medio de sus tropas, se metió en el bosque, donde, aunque le siguieron los vencedores, no fue tanto el estrago como hubiera sido fuera de él, pero le hizo más grande la deserción de los alemanes con las sombras de la selva y de la noche; perdieron en esta acción diez mil hombres, todo el bagaje y preparativos militares; las reliquias del ejército se retiraron a Northlinguen; murieron tres mil franceses y mil bávaros y hubo gran número de oficiales heridos.

Viendo esta disminución de tropas el príncipe de Baden se retiró a Ausburg, hasta que fortificó con gran cuidado unas líneas en Augusta. Atacólas Villars dos veces y fue rechazado; la tercera lo hizo con mayor esfuerzo, pero con la misma infelicidad, porque le repulsó Luis de Baden, con gran pérdida de franceses -tanto les costó el desengaño-; así desistieron del intento, mostró su valor y su conducta el príncipe, y Villars padeció la censura de que, fiado en las pasadas victorias, emprendiese un imposible. Los alemanes, para vengarse del duque de Baviera, ocupan a Rothemberga, cabeza del alto Palatinado; exceden a la ponderación los incendios y estragos que en esta provincia ejecutaron. Quiso el Duque atacar otra vez con Villars los Estados hereditarios de los austríacos; rehusólo éste, si no se daba orden especial de la corte. Creció la discordia hasta obligar al rey de Francia a retirar a Villars y enviar en su lugar al conde de Marsin, no bien visto de los soldados porque les daba menos libertad, y porque había en el ejército dejado Villars muchos parciales y gran opinión de su valor.

El duque de Baviera con los franceses, no sin algún trabajo, ganó a Kempton y obligó al conde de Heister que levantase el sitio de Kustrim; con esto volvía el Tirol a estar sujeto a las hostilidades, que las padeció increíbles. Así corría el Danubio el bávaro, y aunque la rabia y tesón con que hacía la guerra parece no permitía a los alemanes dar cuarteles de invierno a las tropas, el señor de Goor, general de los holandeses, no quiso estar más en campaña y obligó al príncipe de Baden a retirarse. Con esta oportunidad tomó el bávaro a Ausburg, pero perdió al mismo tiempo a Amberga. Procuró avivar la rebelión de Hungría, porque se había adherido a Ragotzi el conde Caroli, y aunque los sajones habían ofrecido al Emperador socorros contra los sublevados, iban tan mal las cosas del rey Federico en Polonia, que ya estaba fuera de ella proclamado rey Estanislao, por las artes y fuerzas del sueco, que trajo a sí el marqués de Brandeburg, reconociéndole por rey de Prusia, para que no socorriese a Federico, y aún le ofreció socorros contra los holandeses si había de disputar con las armas la herencia del rey Guillelmo, que litigaba el prusiano con el príncipe de Nasau, a quien secretamente favorecían los holandeses, jueces de la causa, por estar estos Estados en sus dominios.

Había ocupado el prusiano por fuerza parte de aquellos feudos, y prosiguiera la guerra si no se hubiera interpuesto el Emperador, por no distraer las armas de los holandeses en otro empeño que el suyo; por esto procuró apartar al prusiano del sueco, para que socorriendo aquél al sajón, se encendiese en Polonia la guerra y no se estableciese en el trono Estanislao, grande amigo y criatura del rey de Suecia, que tenía aversión natural a la Alemania, y le quería el Emperador entretener en la guerra de Polonia con los sajones y moscovitas.

Menores progresos se esperaban a favor de españoles y franceses en Italia, habiendo mudado partido el duque de Saboya, a quien quería unir sus tropas Guido Staremberg, aunque era obra tan ardua. Haciendo correrías por el Monferrato el duque de Vandoma tenía intención de ocupar a Asta. Pocas tropas le quedaban al de Saboya, pues no pasaban de ocho mil hombres, y había de presidiar a Vercelli. Intentó hacer una confederación con los esguízaros, pero en vano. Tuvo orden el general Visconti de unirse al Duque; ejecutólo con tanto atrevimiento como felicidad, ocupando las gargantas de los montes, porque tenía su campo no lejos de Asta; cierto es que se descuidaron españoles y franceses, y aunque después le atacaron la retaguardia el conde de Aguilar, el de las Torres, el de Sartirana, esto era como una escaramuza, porque ya el bosque favorecía la marcha y llegó con muy poca pérdida de gente al campo del Duque el alemán; sin dificultad ocuparon a Asta los franceses. Estas fueron las primeras hostilidades contra las Estados del Piamonte.

Tessé puso en contribución la Saboya; el conde de Sales, saboyano, se retiró a Tarantasia con pocas tropas; con esto se rindió todo el condado de Morienna. Con arte el duque de Saboya dejó expuesto a Chambery, para poner cuidado a los esguízaros si acaso el temor los podía traer a su confederación, pero nada les movió, ni el proyecto que se les hizo de agregar a la república la Saboya, reservándose el Duque sólo las rentas. Aquellas gentes, acostumbradas a guardar los montes que les sirven de barrera y plazas, no quisieron embarazarse en la llanura ni tomar partido, porque les importaba estar bien con todos y gozar de su libertad. Los franceses, contra el dictamen de Vaudemont, tomaron cuarteles de invierno. Todo lo que baña la Sechia se encargó al mariscal de Besons: Asta, al gran prior Felipe de Vandoma: Milán, al príncipe de Vaudemont; la Saboya, al conde Temé, y el duque de Vandoma se retiró a Monferrato. La mayor parte de las tropas se acuartelaron en Mantua y confines de San Benito; otras, en el Modenés, y pareciendo después no eran precisas en Asta las tropas de Besons, se juntaron a Tessé. Así se dividió, con tantas distancias, el ejército de los franceses; a nadie le quedó poder para una acción repentina que acaecer podía. El duque de Saboya se mantuvo en campaña y sacó las guarniciones de las plazas; acampóse en Alva, para estar más pronto a encontrar a Staremberg, que había determinado desde la Sechia entrar por el Monferrato al Piamonte, como no haciendo caso de los franceses. Era el mes de diciembre, y en una noche, la más cruel y tempestuosa, con exacto silencio pasó el río con doce mil hombres junto a Concordia; apresurando la marcha vadeó el Crostolo y otros riachuelos que, aunque de oscuro nombre, los habían las continuas lluvias engrosado.

Estaban acuartelados en lo estrecho de los montes los franceses, sin centinelas ni guardias, entregados al juego, al ocio y a la gula. No había piquetes, ni en la caballería disposición para una pronta ocurrencia, y cuando advirtieron que habían vencido la

montaña los enemigos, tomaron las armas, alcanzaron la retaguardia y acometieron con muy poco fruto, porque sobre ser áspero e incapaz de batalla el sitio, había Guido Staremberg interpuesto entre la infantería algunos caballos que embarazaban la prontitud de las armas, y él mismo gobernaba el último escuadrón; así llegó a Stradella, donde luego, fortificado, no le podían desalojar más los franceses. Esta marcha fue para los alemanes de tanta gloria como para sus enemigos de vergüenza. Es tan apretada de montes y angosta la senda que hay de Alejandría a Pavía, que la podían defender pocas tropas, bien dispuestas y vigilantes; y porque no perficionó su obra Staremberg en este año, lo diremos en su lugar, siguiendo el método que hemos prefinido para la claridad de los hechos, y volveremos a referir cuánta censura tuvo en esto el duque de Vandoma, pues si embarazaba como podía la unión de piamonteses y alemanes, hubieran sin duda echado de sus dominios al duque de Saboya, a quien tantos montes, lagos y ríos separaban de Staremberg.

* * *

Fatal este siglo para la Cataluña, lo predecía con portentos el cielo. En un día sereno del mes de septiembre se vio de repente sobre Barcelona un globo de fuego, cuyo centro tenía color de sangre, ceñido de una nube poco clara, y ésta de otro giro tenebroso y denso, que causaba horror. Así permaneció por espacio de una hora el fatal meteoro, adverso al sol. Lentamente, después, se extendió la negra nube por toda la región, como obruyéndola: el centro en que ardía la llama procuró consumir la más próxima materia con demostrable voracidad. Luego se oyeron ruidos y estruendos formidables, que no eran como de truenos, sino como tiros de cañón y fusilería alternados, a modo de los que se oyen en una batalla, porque si algún rato cesaba el ruido, después crecía; ya se oían como tambores, ya como armas disparadas combatiendo entre sí las nubes; ni por una hora se aquietó el cielo, y aunque no se vio fuego como rayo, se veían centellas y oían unos chasquidos como si echasen hojas de laurel sobre las brasas, hasta que, consumida la materia y desvanecido el fuego, se extendió la nube, menos densa, por toda la Cataluña. Permaneció por más de dos horas esta sombra, que desapareció, elevándose el vapor a la suprema región del aire, con lo cual quedó nublado el día y quitó el horror de esta sombra la de la noche.

Este presagio dio la naturaleza, y aunque todos son vulgares fenómenos, amenaza Dios con ellos, pues no mudando ley a las cosas naturales, les dio tal orden y con disposiciones de tales tiempos, que sirva al presente lo que ya estuvo arreglado desde el principio. Así habla Dios en la naturaleza para que le oigamos los mortales. Esto dio asunto a varias interpretaciones, según lo vario de los afectos. El vulgo, más fácilmente por su ignorancia supersticioso, lo tuvo a fatal agüero. Díjose en Madrid que no sólo significaba la guerra de Cataluña, pero aun la del Palacio Real, donde en discordia civil no había dos de un mismo dictamen, queriendo cada uno adelantar su autoridad con abatir la ajena, y, lo que era más maravilloso, ver al cardenal de Etré conjurado con la princesa Ursini contra su tío, el cardenal de Etré, para sucederle en el empleo; pero el mismo carácter le mantenía, y aplicó sus artes para apartar del gobierno al cardenal Portocarrero y a don Manuel

Arias, al cual ya le había hecho quitar la presidencia de Castilla; esto lo consiguió con facilidad, porque vino en ello la Princesa Ursini para darla al conde de Montellano, y su presidencia de Órdenes al duque de Veraguas, que se había con humildes y casi indecentes obsequios introducido en su gracia; ésta solicitaban casi todos, siendo la ambición del hombre como el cocodrilo, que mientras vive crece.

Año de 1704

No lo cruel de la estación rigurosa del invierno retardaba los pases del conde de Staremberg para el Piamonte; fingiendo por las altas riberas del Mincio que iba al Tirol, pasó el Crostolo y otros ríos de menor renombre, y en fin a Stradella; y advertido del ajeno error, embarazaba las sendas que dejaba atrás, ya cortándolas, ya cargando en ellas troncos y peñascos; siguieron la retaguardia los francés y en el mismo monte se trabó una sangrienta disputa, en la que Guido de Stairemberg, peleando con el consejo y con la mano, defendía la rústica trinchera de los troncos, poniéndose sobre ellos con intrepidez heroica, y aunque los franceses aplicaban donde podían fuego, lo grueso y verde de la materia, frescamente cortada, no favorecía su intento; así tuvieron tiempo de cumplir sus marchas los enemigos, a los cuales embarazó el camino más breve el torrente Orbia, que con advenedizas aguas se había hinchado; y por esto les fue preciso pasarle cerca de Alejandría, donde, dilatado en la llanura, abre vado; pasó todo el ejército, y fortificó la ribera Staremberg cuanto permitía la prisa; dejó en ella para guardarla y disputar el paso a los franceses al conde Solario con mil infantes y quinientos caballos, y lo ejecutó con tal brío, que aunque murió en la acción, entretuvo tanto a los enemigos en ella, que tuvieron los suyos tiempo de vencer el monte, por donde llegaron libres a Stradella, cuyas aguas pasó por el camino más breve al Piamonte, fortificando antes a Ostiglia. Esta es la gloriosa marcha de los alemanes, de inmortal honra para Guido Staremberg, como indecorosa, a los franceses y españoles. A quién, verdaderamente, se deba atribuir esta culpa, está oscuro: cierto que dio convenientes órdenes el duque de Vandoma; pero ni éstas fueron exactamente ejecutadas, ni podían serlo, porque con tanta distracción de tropas, estaba al cuidado de pocos tan gran negocio; no hay duda que la confianza perdió a los franceses, cuya arrogancia tiene por costumbre despreciarlo todo.

No tuvo el duque de Saboya más feliz día, porque se hallaba sin tropas y habiendo fortificado a Verrua, Vercelli y Villanueva, no le quedaban más que diez mil hombres, aun habiéndose añadido los que, con pésimo ejemplo, estando sobre su palabra prisioneros, huyeron; algunos cogió en el puerto de Génova el duque de Tursis, y los puso en las galeras; pero habiéndose quejado la República, los mandó el Rey Cristianísimo restituir. Aún estaban los franceses divididos. En Saboya estaba Tessé, y en Asta, el gran prior de Vandoma. El duque de Saboya entró a hacer hostilidades en los valles del Delfinado; no hizo tanto mal como quería, porque los propios paisanos, en número superior al destacamento de piamonteses, defendían sus confines. Carlos de Lorena intentó con poca felicidad echar los franceses de los términos de Asta; hubo algunas escaramuzas; todo se redujo a guerra de caballería, sin empeñar las tropas.

Quedó el general Waubon, alemán, para inquietar a los franceses; acometióles el marqués de Estrada, y le ahuyentó tanto, que dejando los alemanes a Concordia pasaron a

Mirándula, no sin pérdida de los que cerraban la retarguardia. No quiso dar cuarteles de invierno a sus tropas el duque de Saboya, porque había concebido algunas esperanzas que le abrirían camino a la Francia los movimientos de los calvinistas. Pero ya éstos estaban sin fuerzas; había muerto a muchos, en un congreso de su religión, el coronel Grandval, felizmente sorprendidos, y el mariscal de Villars, enviado a este efecto de París, había persuadido a no pocos el retiro a sus casas, con un perdón general que el Rey mandó publicar, que tuvo el efecto que se deseaba; pero siempre los más obstinados se retiraron a las selvas, obligando a ser su jefe al conde Rolando; y como era el mando servidumbre, le ejercía con poca aplicación: ni se les continuaban los socorros que habían ofrecido los ingleses y holandeses, ocupados en más altas ideas y en prevenir una formidable armada contra España, cuyos reinos llenaban de sugestiones y emisarios los austríacos, y no les faltaban en la corte parciales y en el mismo Real Palacio; tanto había contaminado el error de que puede el vasallo juzgar de los derechos del príncipe, después de haberle prestado juramento. El conde de Montellano tenía en gobierno la presidencia de Castilla y la mayor autoridad en el Palacio; habíanle creado duque y grande de segunda clase, y aunque era más ingenuo y severo que lo que han menester a veces los palacios, como tenía el Rey tanto amor a la justicia, le eran gratos sus dictámenes. Hízole del Consejo de su Gabinete, donde quedó también el conde de Monterrey, que había entrado cuando presidente de Flandes, aunque m suprimió este Consejo por dictamen de los franceses para que tuviese en los Países Bajos absoluto imperio el rey de Francia. Esto lo llevaban mal los españoles; lo censuraban los descontentos con perjudiciales reflexiones, y cada día eran más en número, a medida de cuanto crecía la autoridad de los franceses, porque el cardenal de Etré más era ministro de España que embajador de Francia; los más prudentes disimulaban, y aconteció entonces la infeliz era de que cuantos no obtenían del Rey lo que pretendían, enajenaban el ánimo del Gobierno y adherían a los austríacos.

Menos dueño de sí que otros muchos, don Fernando Meneses de Silva, conde de Cifuentes, había excedido en este error, y esparcía por la Andalucía -en Granada, principalmente- proposiciones sediciosas, pintando injustamente horrorosa la imagen del Rey; atribuíale defectos que le faltaban, para engendrar odio en los vasallos; exageraba la tiranía de los franceses y su ambición; la clemencia de los austríacos, lo incontrastable del poder de los enemigos, y lloraba con fingida compasión la depresión de la España.

Era el conde por su naturaleza elegante y feliz en exprimir los conceptos, y como lo ilustre de su sangre llamaba a la atención y al obsequio, trajo a su dictamen no pocos, engañados de la hermosura de las voces, sin advertir que eran no sólo sofísticas, pero envenenadas del afecto; no formó conjura, pero dispuso los ánimos para la ocasión. Lo mismo hizo en los pueblos de la Mancha; lo que premeditaba se ignoraba, porque tenía autoridad para una sublevación que diese cuidado, y pocos nobles le oían con aprobación; era conocido su genio turbulento, inquieto y amigo de novedades, más que por ambición por novedad de dilatar el nombre, porque llevaba muy mal no ser del número de los grandes, siendo su familia más ilustre que algunos que lo eran. Estos desórdenes de su voluntad y de su proceder llegaron a oídos del presidente de Castilla, y se envió a don Luis Curiel, que era del Consejo Real, a formar el proceso y averiguar estos delitos con el mayor secreto, porque el conde, aunque había vuelto a Madrid, no estaba descuidado. Don Luis, cuya integridad, prudencia y entendimiento se llevó la confianza del presidente

satisfizo con perfección a ella, y cumpliendo exactamente con su encargo, probó las culpas del conde, que, bien examinadas, mandó Montellano prenderle.

Diose esta comisión a don Miguel Pastor, hombre valeroso y resuelto, con orden que después le entregase a una cuadrilla de alguaciles, que, con don Andrés Pinto de Lara, alcalde de Corte, esperarían a lo lejos. Así lo ejecutó Pastor, aunque con alguna resistencia del conde, y le entregó a don Andrés Pinto para que le llevase a la cárcel de Corte. Éste, o por afición al conde, o por malicia, rehusó llevarle, con pretexto de que no sucediese algún ruido en el pueblo, y consultó al presidente lo que había de ejecutar; depositóle en una pieza baja del portal más inmediato, guardado de alguaciles, que apartados por el conde con motivo que fingió preciso porque ya les parecía que estaba seguro, mayormente no habiendo otra puerta, tuvo tiempo el conde para arrancar un hierro de una reja que daba a otra calle y, escapándose por ella, los dejó burlados a todos. No lo advirtieron sus guardas hasta que llegó la orden del duque de Montellano para que le llevasen a la cárcel, adonde irían treinta caballos a recibirle y llevarle a la de Segovia. Aún queda la duda de si hubo en don Andrés Pinto malicia o inadvertencia; sin examinar bien su infidelidad o su descuido, usó el Rey de una benignidad que le fue después perjudicial, porque sólo le quitó el empleo. El conde anduvo errante por la España, no sin protectores de la primera esfera. En el reino de Aragón y Valencia halló más fácil refugio, porque encontró menor amor al Rey; después se pasó al partido enemigo y reconoció por rey al archiduque Carlos.

No dejó de dar aprensión a la corte ver que contaminaba el desafecto a la principal nobleza, y se excitó más el rigor con menos felicidad que se esperaba, porque no estaban los ministros de acuerdo, y la discordia de los ánimos embarazaba muchas veces la justicia. También creció la desunión en el Palacio, tanto que por arte de la princesa Ursini fue llamado a París el cardenal de Etré; su sobrino, el abad, unido con la princesa, ayudó a echarle para quedarse con el empleo de embajador -no guarda la ambición fueros a la propia sangre-; luego se hizo adverso a la princesa, porque no ignoraba que el cardenal, su tío, en París instaba con el rey de Francia que le sacasen de España: esto era difícil, gozando el favor de la Reina; pero lo supo el cardenal disponer de tal forma, que el Rey Cristianísimo se resolvió a mandar a la princesa que saliese, usando del dominio que tenía en su vasalla. Replicó en vano la Reina, e hizo tantas demostraciones de sentimiento, que excedían la proporción de su altísimo grado.

Las razones que movieron a Ludovico XIV para esta gran resolución no son todas públicas: al Rey Católico no le dio otras sino que convenía así a la quietud de ambas Monarquías. Cierto es que el cardenal de Etré dio a su amo relevantes motivos, y no era el menor haberle asegurado ser adversa a los franceses la princesa, por ambición del mando, y que para tenerle absoluto procuraba la desunión de los dos reinos, o, por lo menos, que no tuviesen parte en el Gobierno los franceses. Esto ayudó a persuadir con varias cartas el abad de Etré, que, interceptadas por disposición de la princesa, le pusieron en desgracia del Rey Católico y pidió que le quitasen. Así lo ejecutó el Cristianísimo, y en poco tiempo, impelidos unos de otros, salieron de España el cardenal, el abad y la princesa.

A 4 de enero volvió la tercera vez Carlos de Austria a embarcarse, y con favorable viento llegó a Inglaterra, y fue allí reconocido y tratado como rey, sirviendo los aliados a su

propia vanidad. Después de ocho días partió con una grande armada, que mandaba el general Roock; levantóse otra borrasca y se dividieron las naves por el rumbo que permitía lo furioso de los vientos; perdiéronse algunas, volvió a Inglaterra, y después de reparado de un fuerte mareo que había padecido, volvió, y emprendió otra vez su viaje.

A 6 de marzo llegó a Lisboa, no sin algún infortunio, porque al tomar el puerto se sumergieron dos naves sin que se salvase un hombre; halló de luto la corte por la muerte de la infanta Teresa, hija del Rey, con lo cual se quitaron las esperanzas del ideado casamiento. Desembarcaron ocho mil ingleses, buenas tropas y lucidas. El nuevo Rey fue reconocido como tal, y fue luego a besarle la mano el almirante de Castilla; díjose que se puso pálido, turbado y sin acertar a hablar: presentóle unos prisioneros vizcaínos para que recibiese aquel obsequio de los que le ofrecía como vasallos; el miedo obligó a aquéllos a besarle la mano, pero un niño de diez años que había entre ellos lo rehusó, diciendo que aquél no era el Rey, y que no besaba la mano, aunque le matasen, más que al que estaba en Madrid, que era su legítimo Soberano. Esto dispuso la Providencia para argüir al almirante, buscando un chico instrumento para confundir a los hombres que se tenían por grandes. A pocos días se hizo Consejo de Estado y Guerra y concurrieron los Reyes, los dos jefes de las armas, el príncipe de Armestad y Leichtestein, el almirante y Diego de Mendoza, secretario del Despacho Universal; reconocieron sus fuerzas inferiores a las del rey Felipe, y así se determinó estar sobre la defensiva y guarnecer las fronteras.

* * *

El ejército de españoles y franceses, mandado por el duque de Berwick, constaba de dieciocho mil infantes y ocho mi caballos, todos veteranos. Salió el Rey a campaña seguido de gran número de nobles de primera jerarquía. Salvatierra fue la primera empresa; tomó los puestos el conde de Aguilar, vino el Rey a reconocer la plaza bajo del tiro del cañón, pero los ruegos de los suyos le apartaron. Tenía de presidio seiscientos hombres, y era su gobernador Diego de Fonseca, que, llamado a la rendición antes de abrir trinchera, viendo no la podía defender, se entregó con toda la guarnición prisionero de guerra. Lo propio hizo Segura. Idaña se defendió con más brío, y forzó una de sus puertas, rompiéndola con hachuelas, don José de Salazar; y en pequeña distancia se formó una sangrienta disputa que la vencieron con valor los españoles, entre los cuales se distinguió gloriosamente don Antonio López Gallardo. Rendida la ciudad, no se retiraron al castillo seis compañías de irlandeses que en ella había, y quedaron prisioneros. También se entregó a los españoles Rosmarin.

Mientras el príncipe de Esterclaes devastaba la provincia de Alentejo, pasó el marqués de Villadarias el río Anna, y de esta forma se puso en contribución gran parte de Portugal. Determinó el Rey sitiar a Castel-Blanco, y envió a reconocer los puestos al señor de Thoy y al de Jofreville, que sin más diligencia que dejarse ver, ahuyentaron la caballería portuguesa, que estaba en los confines de la ciudad. Abriéronse las trincheras, despreciando una horrible lluvia de aquellos días. El Rey las visitó muchas veces, y algunas, despreciando la pompa y magnificencia, comió en pie y le sirvió un timbal de mesa, más pomposa que la más espléndida y adornada; pudo ser vanidad el desprecio de sí mismo, pero siempre es ejemplo que no deben olvidar los príncipes y que deben tomar como reprensión los cabos militares, que tanto tiempo y superfluidades gastan componiendo sus mesas en la campaña.

Mandaba Thoy el sitio; abrió brecha junto a una puerta y entró por ella; hiciéronle camino los granaderos, y hasta la plaza de la ciudad no hubo resistencia. Allí hallaron formadas tres compañías con un coronel holandés; defendieron con valor el sitio; pero, cediendo al mayor número, se retiraron al castillo; pasó a él la guerra más sangrienta que hasta entonces, y al fin se rindieron a discreción. Pasaron las tropas españolas a buscar a los generales Faggel y Adlon a un vecino bosque, donde se habían juntado con los portugueses, los auxiliares. A la entrada de la selva habían levantado un atrincheramiento de troncos y peñas los portugueses, donde pusieron seis mil hombres; separáronse Faggel y Adlon, dividiendo las restantes tropas para defender el bosque por todas partes. El coronel Puisegur, francés, acometió al primero y le ahuyentó sin jugar armas; el señor de Thoy marchó contra el segundo; duró poco la acción, pero fue sangrienta, y, ya vencidos los ingleses, rindieron las armas, y huyó Adlon.

Había entrado por otro lado de la selva el duque de Berwick con el resto del ejército, y no pudiendo resistir los enemigos, dejaron la provincia al arbitrio del vencedor; saqueóla con tiranía, y usó las mayores hostilidades don Bonifacio Manrique. El cuerpo de los franceses se alejó a la opuesta ribera del Tajo y, construido un puente de barcas, plantó el Rey sus reales en Nica; así quedaba tributaria toda la Provincia de Alentejo, menos Puerto Alegre, ciudad bien fortificada y guarnecida. Formóse el sitio y se puso una batería en un montichuelo que dominaba la ciudad, para batir el principal baluarte de ella; a pocos días cayó la media luna de la derecha, desamparándola los presidiarios, pero hicieron más adentro un atrincheramiento y una estacada que la forzó y deshizo con valor el príncipe de Esterclaes. Clama el pueblo e implora la clemencia del Rey por medio del obispo del lugar; consíguela, y se mandó no hacer hostilidad contra los paisanos, que, ya rendidos, prestaron la obediencia, y se hicieron mil y quinientos soldados prisioneros. El marqués de Villadarias sorprendió a San Alejo.

Estos arrebatados progresos pusieron en aprensión a la corte de Lisboa, y mandaron que se juntasen las tropas del general Faggel con las del marqués de las Minas, gobernador de Almeida, y que escribiesen a Monte Santo; así lo ejecutaron, y se dejaron ver otra vez en la campaña, formados en batalla, queriéndola dar al señor de Jofreville, cuyo cuerpo era el más vecino. Éste tuvo a menos valer rehusarla, aunque inferior en fuerzas, y con imprudente consejo formó su gente, poniendo en la primera línea cuatro escuadrones de caballería francesa; en el centro, la infantería española, mandada por don Francisco Ronquillo, dejando parte de ella para la retaguardia con algunos caballos por los lados. El primer acometimiento fue del general Faggel contra la frente de la caballería francesa, que a los primeros encuentros derrotó; al ver esto, sin pelear, se entregó a la fuga la infantería española; no paró hasta Salvatierra, con tal desorden que caían unos sobre otros.

Vuelve a recobrarse Jofreville y a ordenar los pocos que le quedaban; atacóle el marqués de las Minas y le deshizo; mayor hubiera sido la victoria de los portugueses si hubieran seguido a los que huían. Para reparar lo indecoroso de este hecho, envió el Rey al duque de Berwick con buenas tropas; otras llevaba el conde de Aguilar, con orden de buscar al enemigo, que ya se había retirado a la selva de Penamacor, sin querer tentar otra vez la fortuna, bastándoles guardar la provincia; porque después, si no con muchas tropas, no marchaban por ella los españoles.

Desamparados los términos de Castilla, los ocuparon los portugueses que presidiaban a Castel-David y Marvan; así tenían el ejército del Rey sin comunicación con su país, de que nació carecer de las necesarias asistencias y provisiones, de género que faltaba el pan. Envióse por esto al ingeniero Elizagar para reconocer la plaza de Castel-David, pero le pusieron en fuga los enemigos, hasta que el marqués de Aytona, con más tropas, le aseguró y mandó abrir la trinchera. Plantóse una batería de nueve cañones, mal situados sobre ser pocos; no hacían efecto alguno, hasta que mostró la experiencia el error. En una pequeña altura se pusieron doce cañones, más de campaña que de batir, y aunque se dirigían bien, eran de chico calibre para hacer brecha; con más felicidad disparaba la plaza y arruinaba las trincheras.

Dejaron los españoles de disparar, hasta que por orden del marqués de Villadarias se dispusiesen mejor las baterías, que ya con mejor arte plantadas, hacían la debida impresión en los muros. Clamaban los sitiados, pero resistían los ingleses que estaban de presidio, hasta que el miedo de los paisanos paró en tumulto y en disensión. El presidio convirtió contra ellos las armas; refiriéronlo los desertores a Villadarias, y aunque no estaba perfecta la brecha, mandó dar el asalto por no perder aquella oportunidad. Correspondió al atrevimiento la fortuna, porque, ayudados de la gente de adentro los sitiadores, aun repugnándolo los soldados, montaron la brecha y ganaron la ciudad. Retiráronse al castillo los ingleses; apretaron sin dilación los españoles, y se rindieron. Dióseles libertad para volver a la patria con la condición de no tomar armas en un año. El marqués de Lede tomó a Marbam, y así quedó abastecido de víveres el ejército. Era ya ardiente la estación y malsanos aquellos campos por sus estanques y pequeños ríos, y así se retiró el Rey a Madrid el primer día de junio, y las tropas a cuarteles de verano, porque en estos parajes no se puede proseguir la campaña hasta el otoño. Así, inútilmente, sin haber tomado plaza alguna importante, se gastó tanto dinero y perdió no poca gente; y lo que es más, la oportunidad de alguna gran empresa, estando casi sin tropas los portugueses.

Más cruel era la guerra en Alemania. Había tomado a Pasavia el duque de Baviera (se dijo que con alguna inteligencia); era su gobernador el señor de Groenfelt, y el cardenal de Lamberg, arzobispo; y éstos, discordes, atribuíanse recíprocamente la pérdida de la plaza., que abría el camino a las Austrias, porque sólo estaba en medio Lintz, fortaleza de poco momento. La Austria inferior estaba inquietada de los rebeldes y algo de la Stiria; habían los fríos helado el Danubio y se podía pasar por muchas partes de él a pie enjuto. De esto nació un justo temor en Viena, y si no les hubiese faltado a los rebeldes forma de tener provisiones, hubieran saqueado la provincia, porque el príncipe Ragotzi había ocupado a Scuthea, isla del Danubio, y por ambas orillas corría libremente, devastando los confines. El conde de Marsin, desde Ulma, amenazaba la Franconia -fuerte diversión, para que, por todas partes ceñida el Austria, temiese su ruina-. Se dudó en Viena si había de salir de ella el Emperador, y se resolvió exponerse al riesgo, por no consternar los confederados, siendo el dejar la corte la más ruidosa operación, sólo dispensada a la última necesidad.

Con el pretexto de ajustar las contribuciones, volvió el cardenal Lamberg a hablar con el duque de Baviera, a quien propuso, en nombre del Emperador, los más ventajosos partidos; pero todo fue en vano. La misma infelicidad tuvo el príncipe Eugenio con

Ragotzi, pertinaz en su rebelión y más insolente después que tomó a Edimburgo y Vesprin, de que padecían no poco peligro Tocay, Casovia y Comorta, camino llano para Viena, donde se fortificaron los arrabales y se presidiaron con mil y quinientos soldados escogidos. También ocupó el bávaro a Arzol por un tumulto de los soldados; hízose cargo al gobernador y se le cortó la cabeza. Todo su cuidado ponían los alemanes en guardar las líneas de Stolfen y la Selva Negra, porque no penetrasen en la Suevia los franceses, contra los cuales el general Tungen había levantado como un muro de troncos y, entretejiendo ramas, cegó las sendas con peñascos y piedras y sobre ellas echó gran cantidad de madera cortada y escabrosamente dispuesto. La material disposición no era mala, pero faltaba gente, y por esto, o por creer seguras estas líneas, no parece aplicó todo el necesario cuidado para guardarlas.

Aprovechado de esta floja disposición el bávaro, fingió por el Danubio acometer a Norlinga o Nuremberga, para que, acudiendo allá los enemigos, pudiesen los franceses entrar en la Selva, como lo ejecutaron; pero aún no descubrió el mariscal de Tallard el designio de juntar sus tropas con el bávaro. Los alemanes se vieron obligados a hacer unas líneas, desde Maguncia a Francfort, y el duque de Malburgh pasó con todas las tropas a Conflans. Tallard, para que no se le penetrase la idea, envió tropas al Alto Palatinado, a Donavert y Witemberga, y cuando le pareció oportuno emprendió su marcha; y porque no se le opusiese la guarnición de Friburg, compuesto como para batalla, pareció delante de sus muros el señor de Cortubón: así pasaron los franceses seguros el valle de San Pedro, sólo cuando importaba menos bien guardado, porque el general Tungen estudiaba cubrir con sus tropas a Philipsburg y a la Suevia, y para que no se opusiese a Tallard, acercó el bávaro las suyas a Donaschinchen.

Los alemanes se contuvieron en Necharo; por el Danubio se les juntó el inglés con poderoso ejército y soberbio tren; había, sobre infinitos bagajes, dos mil carros y gran suma de dinero, pocas veces en Alemania visto. Este gran aparato dio cuidado al mariscal de Tallard y retrocedió desde la Selva Negra a cubrir a Strasburg con vano y errado dictamen, porque ya cuidaba de esta plaza el mariscal de Villarroy, y había introducido gente y víveres. Así estuvieron ociosas tantas tropas francesas, hasta que asegurando a Suevia, pasó a Witemberga el duque de Malburgh.

Los holandeses marcharon hacia la Mosa, y previnieron los alemanes en el Rhin gran número de barcos chatos. Tantos generales concurrieron en el ejército coligado, que se organizó perniciosa disensión: estaban el príncipe Eugenio, el de Nasau, el de Hesse Casel y el duque de Malburgh; las tropas auxiliares no obedecían más que a sus jefes; éstos a nadie, con que se perdía el orden militar.

En Viena se dio el expediente de hacer generalísimo de estas tropas a José de Austria, rey de Romanos; comprometiéronse en esto, y venían las primeras órdenes de Viena dirigidas al príncipe Eugenio; así creció su autoridad, porque se le dio la de explicar sin despacho la voluntad del Rey; con esto lo mandaba todo, pero nunca a Malburgh, que se declaró no estar subordinado más que a su Reina; pero era tanto el empeño de hacer la guerra, que siempre estuvo de acuerdo con el príncipe Eugenio, a quien, si no obedecía, respetaba por su sangre y por su militar pericia.

Parecióle al bávaro conveniente, pasando el Danubio, acamparse en Nortlingen; ocupó los collados de Donavert, fortificó sus alturas y con más cuidado la de Scolemberg. Contra ésta determinó Malburgh mover las tropas. Asintió Eugenio, y a las primeras horas de la noche se empezó a marchar. La manguardia se componía de doce escuadrones ingleses que, formados, hicieron la primera línea con la infantería alemana, cuya caballería ocupó los lados. La frente era más extendida que la de los defensores, que se contuvieron en sus líneas, y en la parte más expuesta estaban el conde del Arco, bávaro, y el general Lico, francés, con buenas tropas y bien asentada la artillería, cargada a cartucho. Despreciando ésta, al amanecer empezó a subir la cuesta el inglés, y acometió a las trincheras; perdió mucha gente en la subida, y ya puesto en lugar igual, aplicó los gastadores, que, protegidos de los granaderos para arrancar la empalizada, se trabó una sangrienta batalla; fueron al primer asalto rechazados los ingleses; dieron el segundo con mayor ímpetu: estaban para ser segunda vez repulsados, pero el príncipe Luis de Baden acudió con la infantería alemana y holandesa y los puso en el centro de la línea que acometía y la extendió, empleando todo el ejército por toda la longitud de las trincheras enemigas, de género que las ceñía; con esto peleaban todos, y fue preciso que los defensores se distrajesen por todo el espacio fortificado, y eran menores en número de los que asaltaban; con todo, suplía el valor, y sustentaban la pelea, hasta que, rota una parte de la línea por donde estaba el príncipe de Baden, entró, aunque herido, en el cerco de los enemigos; era estrecha la entrada, y perecieron muchos príncipes: el de Baraith, Goort y Venchein. Quedaron heridos el de Witemberg, el de Frisia y el cardenal Stirum.

Los bávaros se formaron en batalla hacia donde quedaba rota la línea; pero, estando ésta cada momento más arruinada, pudo entrar cómodamente formado el ejército enemigo por dos partes. Ya no podían resistir los bávaros: fueron vencidos, pero, con orden, retiraron las reliquias del ejército a Donavert, dejando en el campo muertos ocho mil hombres y mil prisioneros. Los vencedores perdieron doce mil catorce tenientes generales y treinta y cuatro mariscales de campo, brigadieres y coroneles. Brilló con admiración el valor de Malburgh; no quedó menos glorioso el príncipe de Baden, aunque pelearon sesenta mil contra veinte. Más tropas tenía el duque de Baviera, que no pudieron pelear. Culpáronle que aguardase encerrado y no fuera de sus trincheras; daba muchas disculpas, y la mayor era tener menos gente; cierto es que si Tallard no se apartara inútilmente del Duque, no hubieran los coligados logrado esta ocasión.

En odio del elector de Colonia demolieron a Rimberga los holandeses; acudió aquél al César; la respuesta no fue de Emperador, sino de príncipe austríaco que tenía aversión a toda la Casa de Baviera. Todos atentos al Rhin los franceses, descuidaron de la Flandes. Doce mil holandeses, fingiendo irse a unir con Malburgh, asaltaron las líneas de Medorp, y Nasseingen: devastaban la Flandes española, hasta que los echó de ella el marqués de Bedmar. Perseveró la rabia, y determinaron bombardear a Namur; pidió Bedmar socorros al mariscal de Villars, que le envió siete mil hombres con el marqués Daligre. Estaban los holandeses ya a la vista de Namur, y puestos los morteros hacían no poco efecto las bombas, con ninguna utilidad de la Holanda; duró por tres días la hostilidad; llegó el marqués de Bedmar y se apartaron, pasando por la Mosa las tropas; pero padeció la retaguardia, porque los españoles siguieron con el mayor tesón a los enemigos.

Resuelta ya la expedición contra Barcelona en Portugal, partió la armada sin el rey Carlos. Mandaba las armas el príncipe Jorge de Armestad. A los 14 de mayo dio vista Gibraltar. Convidaba con el fastoso poder a la entrega, y permaneció en su fidelidad la provincia. Pasó el Estrecho y puso en cuidado el conde de Tolosa, gran almirante de Francia, que con cuarenta naves estaba en Cádiz observando a los enemigos, que tenían cinco mil hombres de desembarco. Mandó al señor de Coetlongon que de Marsella y Tolón sacase las galeras y navíos que pudiese y pasase a Barcelona, no rehusando la batalla si fuese menester.

El conde partió luego de Cádiz y añadió al tiempo de pasar seis navíos de guerra, que estaban en Alicante; costeó la España y no encontró a los enemigos; dirigió a Mallorca la proa, y sus navichuelos de aviso le dieron noticia de que venía la armada de Roock bordeando entre el África y Mallorca, aguardando, al parecer, viento favorable para dejarse caer contra los franceses. Juntó el conde de Tolosa Consejo de Guerra, y se determinó en él retirarse a Tolón por la inferioridad de las fuerzas.

Libremente los ingleses dieron vista a Barcelona. Esperaba Armestad rendirla con sólo su presencia, pero no estaba maduro el negocio ni bien estrechada la conjura, porque había el príncipe ofrecido que vendría con veinte mil hombres y el mismo Carlos austríaco a desembarcar en aquella ribera. Eran ya los últimos días de mayo cuando se presentó la armada, y al virrey de Cataluña, don Francisco de Velasco, le faltaba un todo para la defensa, y, lo que es más, la fidelidad del país. Avivaba la llama de la sedición el veguer de la ciudad con gran cautela, y se tenían las juntas en casa de un carnicero. Salieron emisarios a conmover los pueblos, entonces con poco efecto, aunque corrieron hasta la plana de Vich y los confines de Aragón y Valencia.

Algunos ofrecieron adherir a la rebelión, pero no empezarla, por no correr riesgo, porque las fuerzas con que Armestad venía eran menores que sus promesas, y así, nadie osó ser autor de ten arriesgada obra. Por la ribera del poniente desembarcaron cuatro mil ingleses con algunos morteros, pero no cañones: así se hacía lenta y de ninguna esperanza la guerra, porque toda la fundaban en la deslealtad del país, y éste aguardaba mayores hostilidades, que no pudiese la plaza resistir. Ayudábase con cartas secretas y esparcidos papelones Armestad; pero no hacían fuerza, y permaneció traidoramente fiel la provincia; por lo menos lo parecía, porque todos ofrecieron al virrey no excusar peligro ni gasto a la defensa. El veguer pidió se le diese a guardar una puerta, con la siniestra intención de aprovecharse del éxito y seguir el más afortunado.

No ignoraba don Francisco de Velasco esta traición, pero fingía ignorarla, porque mandaba la necesidad no explicar difidencia cuando no se podía castigar la osadía. Algunos, más insolentes, buscaban ocasión al tumulto; todo era dilación. Conoció el almirante Roock que aquella guerra era preciso hacerla con las armas, no con papeles y falibles inteligencias Desistió de la empresa e hizo vela no sin redargüir la ligereza o credulidad del príncipe de Armestad, a quien agitaban tres furias: el amor, la soberbia y el odio.

Don Francisco de Velasco, ensoberbecido con la victoria, despreció el interno mal de que la provincia adolecía, y no haciendo caso de los desleales, dejó tomar cuerpo a la traición, que pudo, después de irse la armada, reprimirla con el castigo de los autores, los cuales

cobraron más brío con la flojedad de Velasco, con la noticia de una conjura que había en Cádiz, que ellos la creyeron mayor, pero estaba concebida entre gente muy baja y no poderosa, y aunque fue allá el vicealmirante Jorge Binghs para alentarla, porque habían los conjurados ofrecido abrir y entregar una puerta después que ocupasen el baluarte de San Sebastián.

A la hora de ejecutarlo faltó valor y gente, porque eran pocos los que a esta ruindad consentían. Los ingleses, desengañados de que no servían inteligencias ni promesas, convirtieron contra Gibraltar las armas, no ignorando cuán desprevenida estaba la plaza, donde sólo había ochenta hombres de presidio, con su gobernador, don Diego de Salinas, y guardaban las riberas, treinta caballos. Púsose en cordón la armada y empezó el bombardeo con cuatro balandras. Consternáronse los paisanos con la novedad del estrago; desembarcaron al mimo tiempo cuatro mil hombres, que marcharon en derechura a la ciudad, la cual podía hacer poca defensa, sin artilleros ni municiones; la necesidad obligó al gobernador a capitular, saliendo libre la guarnición y cualquiera que no quisiese estar bajo el yugo de otro dueño.

Fijando en la muralla el real estandarte imperial, proclamó al rey Carlos el príncipe de Armestad; resistiéronlo los ingleses; plantaron el suyo, y aclamaron a la reina Ana, en cuyo nombre se confirmó la posesión y se quedó presidio inglés. Esta fue la primera piedra que cayó de la española Monarquía; chica, pero no de poca consecuencia. Quisieron los ingleses, para dominar el Estrecho, tomar a Ceuta, donde estaba por gobernador el marqués de Gironella, catalán, hombre de probada fidelidad y valor. Presentáronse a la plaza, la que querían rendir con persuasiones, despreciadas con grande honra. Era su obispo don Vidal María, sujeto ejemplar y amantísimo del Rey Católico, que ofreció cuanto poseía para la defensa, y exhortaba a ella. Estaba la plaza con su largo sitio de treinta años que le tenía puesto el rey de Marruecos, y así podían estas dos guerras justamente dar aprensión a otro que al fuerte corazón del gobernador, que atendía a todo: se defendía de los moros y se prevenía contra los ingleses, que, desesperanzados de vencer, se hicieron a la vela hacia el Mediterráneo, y como en él tenían algunas naves, tomaron el rumbo de la África, para unirse todos contra el conde de Tolosa, que no ignoraban había salido de Tolón con una poderosa armada, la cual a los 25 de agosto, había llegado a Málaga y tenía orden de sacar del Mediterráneo a los enemigos, dando o recibiendo la batalla si fuese menester. No la rehusaban los ingleses; antes buscaban la ocasión.

Por una y otra parte se despacharon las naves para descubrir los mares, y partió el conde de Tolosa de Málaga con poco viento, que casi era calma. La misma padecían los contrarios, y a todos los llevaba la corriente, que en el Estrecho es opuesta, porque la que baja del Océano al Mediterráneo va hacia el África, y la que del Mediterráneo el Océano, hacia la costa de España. Por esto es tan peligroso aquel paraje, por las opuestas corrientes. La que guiaba al África conducía a los ingleses; a los franceses, la que a España, no sin algún riesgo, porque tenían menos que navegar.

Así estuvieron dos días, hasta que un poco de viento de una y otra tierra puso a vista las armadas. Observaron una nubecita que precedía al sol, señal de Levante, y esto alentó a los ingleses, porque tendrían el barlovento; por esto forcejearon a buscar el origen del viento, para dejarse caer con ímpetu a la batalla; favoreciólos la corriente y aguardaron

con poca vela a que refrescase, mientras los franceses aún estaban en calma, porque no llegaba hasta ellos el poco Levante que corría. Refrescó al ponerse el sol, y tuvo algún trabajo el conde de Tolosa para mantenerse en aquellas aguas toda la noche; buscó el mar abierto, dando las espaldas a la España, porque no pareciese que huía, pero, bordeando, se halló sobrelas aguas de Málaga a tiempo que corría recio el Levante, y habiendo ya amanecido, le avisaron que la armada enemiga venía tendidas velas y formada en batalla.

Mandaba el almirante Roock ciento y diez y ocho naves de varia magnitud, y ocho balandras que puso a los lados de la primera línea. En medio estaba la real de los ingleses, teniendo a la derecha al almirante Alemundo, holandés. La segunda línea solamente constaba de cuarenta navíos, y los demás estaban en la primera. Sin dilación puso en batalla a los suyos el conde de Tolosa; eran ciento ocho. De pocos constaba su segunda línea, porque había en ella cuarenta galeras de España y Francia que tenían orden de sacar de la batalla los navíos que estuviesen mal tratados y traer con el remolco otros hacia la línea. Porque el viento no le diese directamente por proa, torció a la derecha el francés sus naves. Retardaba el combate la mareta contraria al viento, y mientras se forcejeaba a vencerla, se prevenían mejor para él. Estaban a tiro, y antes se oían resonar las trompetas y timbales que se jugó el cañón. Al fin, casi a un mismo tiempo, dieron los almirantes la señal de acometer sacando la espada, y se empezaron ferozmente a cañonear.

Primero padecieron mucho los franceses, porque el viento contrario los agitaba más y no hería con tanta certidumbre su cañón, cuando los ingleses disparaban más firmes, menos conmovidos del viento en popa, y veían mejor, porque el humo cargaba sobre la armada francesa, la cual, estrechando la línea, deseaba llegar al abordo, porque sabía que tenía más gente de guerra. El inglés, que de esto huía, alargó su línea y sólo peleaba con el cañón; y porque los cuernos de ella se iban por la fuerza del viento a la segunda de los franceses, mandó estrecharlos y unirlos cuanto pudo al semicírculo, que era mucho mayor que el del conde de Tolosa. Impaciente éste, se dejó caer con ímpetu sobre la comandante holandesa, pero le faltó el viento, y sólo la abrasó a cañonazos. Había padecido mucho el ala derecha de los franceses, y con haber las galeras sacado las naves maltratadas y conducido otras a la línea, se fortaleció. Los ingleses hicieron lo propio de su segunda línea, y dieron más vigor a su izquierda, de género que, alargándolas un poco, casi todas peleaban, porque las que más habían padecido no podían retroceder. El viento, que daba en cara a los franceses, impedía incluir en su corva línea a los enemigos; y así, trabajaban en vano. En la segunda cayeron algunas bombas de las balandras inglesas con poco efecto, y no podían acertar a caer en ellas todas las que se dispararon, por la movilidad de las aguas. No echó menos la muerte este estrago, porque sobraban peligros para ser horroroso y fatal el día. Tiñóse el mar, y manchadas las naves de la vertida sangre, hizo la fortuna escarnio de los mortales. Veíanse afeados los rostros, o ciegos, o desmembrados, y hechos pedazos los míseros combatientes; y todo era horror, y hasta el aire, cubierto de una espesa nube de humo, casi prohibía la batalla. Trabajaron mucho los pilotos en mantener la línea, y mucho más los ingleses, porque el mismo favor del viento los echaba sobre la de los enemigos; y como era esto lo que el conde de Tolosa deseaba para llegar a las armas blancas, se mantenía a la capa, y los ingleses resumieron el velamen, porque se enfureció el mar, reforzándose borrascoso el viento, de género que ambas armadas iban

perdiendo el orden. El inglés retiró el centro de la línea y juntó las alas, que aún no habían peleado bien y amainaron las velas, porque temían dar en tierra.

El francés, no pudiendo resistir la fuerza del viento, temiendo lo mismo, torció el clavo y navegó a orza. Esto, y la noche, puso fin a la batalla, aunque cuanto duró la remisa luz no cesó la artillería. Así, quedó indecisa la victoria. Los franceses perdieron mil y quinientos hombres, y aunque no les echaron a pique nave alguna, quedaron todas tan maltratadas, que si no hubieran tenido pronto el puerto de Málaga, perecerían muchas. Dos perdieron los ingleses; los holandeses, una, y de ambas naciones murieron ochocientos hombres, aunque hubo muchos heridos y naves destrozadas, y ya inútiles no pocas. Como iba entrando la noche, cesaba el Levante y se levantaron vientos de Mediodía, que a tres horas de noche cobraron fuerza. Bordeando los ingleses con grande arte, se hallaron al amanecer en las mismas aguas en que aconteció la acción. Esto no lo pudieron ejecutar los franceses, porque estaban más cerca de la tierra y les fue preciso tomar el bordo más alto. Roock compuso por la mañana sus naves otra vez en batalla, y no hallando a los franceses, victoreó el triunfo.

No estaban aquéllos lejos, porque los que hacían la descubierta en lo alto de los árboles los vieron como ocho millas distantes, forcejeando para buscar al enemigo. Todo lo impidió el viento, que obligó a los ingleses echarse a la costa de África, y de allí, más violento, juntando consejo de guerra, se vieron precisados a pasar el Estrecho y dejar el Mediterráneo, abrigándose de Gibraltar y Lisboa. Por esto se atribuyeron a sí la victoria los franceses, pues sólo era su intento el echarlos al Océano. Muchas cuestiones se levantaron sobre esta indecisa victoria, y ni aun habiendo leído lo que se escribió sobre esto nos atrevemos a definirlo.

En Hamburgo se decidió la cuestión a favor de los franceses, porque no habían éstos tomado cuerpo cuando dejaron el Mediterráneo sus enemigos, los cuales dicen que no dejaron el campo de batalla, y que faltó de él antes el conde de Tolosa. Ni aun el dictamen de los de Hamburgo ha quitado al mundo la duda. Ambos almirantes manifestaron imponderable valor, como también los demás jefes y comandantes de las galeras. Mandaba las de Francia el marqués de Roy, y las de España el conde de Fuencalada, a quien se agregaron las del duque de Tursis, mandadas por sí mismo.

Esta es la célebre batalla naval de Málaga, que duró trece horas continuas del día 24 de agosto. Muchos no aprobaron haberla el Rey Cristianísimo permitido, porque no sacaba fruto alguno de ganarla, pudiendo luego reparar el daño sus enemigos, ricos de naves, y era la ruina de la marina de Francia si la perdía; pues sólo con haberla maltratado no salió más armada de Tolón, y las naves que quedaron estaban en su rada arrimadas, y raras después han servido, dejando libre el dominio del mar a sus contrarios. Y era tan infalible este éxito, que lo mismo hubiera sido aun abiertamente venciendo.

Rendido en Italia por los franceses Brixello, convirtieron sus armas contra Robero. Al bajar por el Po las barcas con tropas, le desampararon los alemanes y se fueron a Ostiglia. Importábales a los franceses el tomar aun a ésta para estrechar a Mirándula. Intentaron por el Mincio invadir a Sarrabal, y con sola esta noticia desamparó sus estados el duque de Mirándula. En vano intentaron, los alemanes expugnar a Castro Fuerte, y en vano el duque de Saboya recobrar a Chambery. El de Vandoma marchó contra Vercelli y pasó

con tres puentes el Po. Quisieron impedirle la marcha los alemanes, y se vieron obligados a retirar, con alguna pérdida de gente en la retaguardia, donde fue preso el señor de Waubon. Quedaba descubierta Villanueva; desamparóla el duque de Saboya, y pasó hasta Crescentino, fortificado por naturaleza y arte, a cuyas espaldas crece el río Doria, no despreciable alguna vez. Por donde se va a Verrua, la hace medio giro una laguna pantanosa y sin vado alguno, sino solamente el puente.

A un mismo tiempo emprendieron muchos sitios los franceses; el de Vercelli, Sarrabal y Sussa, después de haber tomado el duque de la Fullada a Brunet. Quisieron socorrer a Sussa tres mil saboyanos, que rechazados, aceleró la rendición de la plaza, de que hizo el duque de Saboya un fuerte cargo al gobernador. Importaba esta severidad para avisar al señor de Hay, gobernador de Vercelli, lo que había de ejecutar. Estaba la plaza embestida desde 31 de mayo con diez y seis mil hombres y cien cañones. Quince días se tardaron a plantar las baterías y ayudó mucho a promoverlas el ocultarlas el bosque de San Francisco. Otras se pusieron contra la que llaman Puerta de Turín, a cargo de los españoles, mandados por el conde de las Torres. Estaba bien fortificada y abastecida la plaza, y aunque se resistió cuanto fue posible, no pudiendo ser socorrida se rindió, quedando prisionera la guarnición. Dudaron los franceses si habían de demolerla, y al fin lo ejecutaron sólo en los baluartes, dejando las murallas.

Viendo desesperada la defensa de Sarrabal, los alemanes quemaron sus fortificaciones, y pasando el Tártaro, y por Castrobaldo el Atesis, marcharon al Trentino. El duque de Saboya hizo fuertes atrincheramientos en Crescentino; tenía prevenida la retirada a Verona, y como le venían por el Po las provisiones, fortificó la contraria ribera del Doria. Los franceses determinaron sitiar a Imbrea, porque no viniesen socorros por los esguízaros; esto obligó a retirarse a los valles de los Alpes los saboyanos. Devastaba la tierra el duque de la Fullada con más libertad, después que deshizo un cuerpo de cuatro mil piamonteses en el monte de San Bernardo. Con esto le fue fácil tomar a Augusta y cerrar las puertas de la Francia. Rindióse Imbrea, y alentó esta victoria a los franceses para emprender el sitio de Verrua, y pusieron en tanto cuidado al duque de Saboya, que llamó con vivas instancias a los alemanes que estaban en Trento. No había más trivial camino para que éstos pasasen que los montes de Verona; pero estaban tan cubiertos de nieve que eran intratables, y así se vieron precisados a pasar por unos valles pantanosos y sin vereda.

El duque de Vandoma vino a reconocer las fortificaciones de Verrua. El de Saboya había hecho una comunicación a Crescentino, de un puente que levantó en el Po y fortaleció con diez mil hombres para socorrerla. Esta plaza está situada entre ásperos montichuelos, cubiertos de un rudo bosque: éstos los había fortificado todos con atrincheramientos comunicables, porque importaba vencer lo arduo de tantos collados para plantar formalmente el sitio. El primero y el más fuerte era el de Gerbiniano, no tan fortificado con arte militar cuanto con la presencia del mismo Duque, y aunque estaba adelantado el mes de octubre y era lluvioso el otoño, atacaron los franceses las trincheras; donde, peleando con su propia mano, hizo el duque de Saboya maravillas y rechazó al primer asalto a los enemigos. Mandó dar el segundo el de Vandoma, añadiendo tropas; y se adelantó tanto, que arrancaba con sus manos las estacas, pero fue también rechazado, y

no tuvo la tercera mejor suerte; con tanto valor, a vista de su príncipe, peleaban los piamonteses.

Retiróse el duque de Vandoma y recurrió a la industria. Había una eminencia por un lado de estas trincheras que las dominaba; ésta ocuparon los franceses sin que lo advirtiesen los enemigos, y subiendo con la mayor celeridad la artillería, la plantaron contra las trincheras, que ya en descubierto las desampararon los piamonteses y se retiraron a Crescentino. Entonces convirtió contra Verrua toda su fuerza el francés, y batía con felicidad el fuerte, llamado por su figura Cola de Golondrina, que hacía gran fuego; abrióse brecha en él, y aunque no perfecta para el asalto, le mandó dar el duque de Vandoma. Pocas veces se ha visto acción más viva ni más sangrienta en una brecha, porque con el mayor valor los sitiados defendían la ruda y angosta entrada, dependiendo de ella el perderse la principal fortificación de la plaza. Empeñados los franceses a fuerza de gente, perdiendo regimientos enteros, después de bien reñida disputa vencieron, y pudieron estrechar el sitio levantando nuevas trincheras; pero no podía ser perfecto el cordón, porque estaba abierta la puerta del socorro a las espaldas de la plaza y las guardaba el duque de Saboya por el puente que había hecho a Crescentino, el cual era menester cortar para poder ser perfecto el círculo.

Las continuas lluvias retardaban los trabajos, llenándose los fosos de agua; caían las trincheras, pero tenaz el duque de Vandoma, las mandaba reparar: disputaban la inclemencia del tiempo y su constancia. Plantó baterías contra el puente para separar al duque de Saboya; la impresión que hacía la artillería reparaban de noche los piamonteses, y así trabajaban ambos ejércitos de forma increíble. Prevalecía la fuerza de la batería, porque no podían reedificar tanto en una noche, muchas veces tempestuosa, y siempre oscura. Sin perder el puente de vista, con repetidos ángulos ya estaban los a aproches más vecinos al muro; dieron el asalto al camino cubierto, y después de una larga resistencia le ocuparon los franceses. Con esto se acercaron las baterías, y la misma noche entró el duque de Saboya en la plaza con tres mil infantes y dos mil caballos con intención de hacer una surtida. Era la noche oscura y tenebrosa, cubierta de niebla, y la más fría que es imaginable, porque estaba finalizando el mes de diciembre: yertos se hallaron muchos en las trincheras, porque embarazaba el hielo el movimiento, y por eso en ella había más quietud que vigilancia. El duque de Vandoma y los oficiales generales estaban en la cama; este pésimo ejemplo persuadió a muchos al descanso. A tres horas de noche salió el duque de Saboya con el mayor ímpetu contra las trincheras, que, mal guardadas o bien acometidas, las deshizo; pasó a cuchillo a los que las defendían y clavó la artillería, mandando deshacer las cureñas. Todo esto logró antes que despertasen los que dormían en sus pabellones; al fin tomó las armas el ejército. Medio vestido y desnuda la cabeza, salió el duque de Vandoma con espada en mano; llevaba las guardias buscando el origen o lugar de esta acción y se encontró en ella; empieza de nuevo más sangrienta, cuanto más por parte de los franceses desordenada, porque peleaban a ciegas, y el Duque con sus piamonteses, conservaba el orden y alentaba con el heroico ejemplo al valor; y viendo que ya cargaban todas las tropas enemigas, estrechando el orden de las suyas, procuraba retirar los infantes oponiendo la caballería, después de haber hecho una de ha salidas más gloriosas que puede a príncipe alguno acontecer; peleó con la dirección y con la mano, no excusó trabajo ni peligro, antes pródigo de sí mismo buscó los más evidentes, y hecho en

los enemigos no pequeño estrago, se retiró con sólo la pérdida de trescientos hombres habiendo muerto tres mil franceses.

No se le puede negar al duque de Vandoma el valor con que se metió en lo más ardiente de la pelea inflamando a los suyos, ignorando el paraje en que estaba y cuántos peligros le ceñían. La luz de la mañana mostró la padecida ruina, con gran trabajo reparada. Despreciando estos accidentes de la fortuna, los franceses prosiguieron el sitio, y aunque se les disputaba cada palmo de tierra con valor, ocuparon el foso. En este estado cesaron las baterías un poco por falta de piezas, clavadas muchas, desfogonadas otras y algunas desmontadas, de género que fue preciso mandarlas traer de Casal.

Los alemanes intentaron socorrer al duque de Saboya; oponíanse los franceses guardando el Adda, el Oglio, el Mincio y el Atesis. El general Lenaghen, alemán, estaba en el Bresciano aguardando oportunidad y recibiendo las provisiones por el lago de Garda, disputadas con continuas escaramuzas. Los franceses ocuparon a Desensano para que, introduciendo en el lago barcas, no viniesen víveres a los enemigos. Callaron los venecianos, y aunque internamente adherían a los austríacos, mejor querían a Desensano en poder de los franceses, no tan licenciosos como los alemanes, porque, necesitaban menos. Estas empresas dejamos imperfectas por guardar la serie de los hechos, pues en este estado de las cosas de Italia feneció el año. No faltaba en alguna expedición la acostumbrada censura; creyeron los prácticos de la guerra que si los franceses aplicaban todas las fuerzas contra el puente quitándole las esperanzas de socorro antes de sitiar a Verrua, la hubieran con más facilidad rendido.

La victoria del duque de Malburgh en las líneas de Scolemberg puso en gran cuidado al duque de Baviera, y no desesperando ser socorrido de los franceses, hizo nuevas líneas en Ausburg. El conde de Marsin estaba acampado en el río Lechen, y en los términos de la Alsacia el marqués Coigny, ambos franceses. El señor de Courtobon aseguraba el camino al mariscal de Tallard por la Selva Negra, donde le encontró el general Froimbosart para guiarle por los campos de la Suevia. El mariscal de Villarroy ocupaba el valle de San Pedro; así distraídos en varias partes los franceses, en ninguna tenían grandes fuerzas, hasta que de orden del Rey Cristianísimo se juntaron con el duque de Baviera en 27 de julio Tallard y Marsin. También se unieron las tropas de los coligados mandadas por el príncipe Eugenio y el duque de Malburgh. La estéril tierra no podía alimentar tanta gente, y así era preciso venir a batalla, deseada de ambas partes e inflamados los ánimos de tan gran número.

Los franceses y bávaros eran inferiores en él a sus enemigos; pero lo ignoraban, porque en las revistas, el engaño de los comisarios, coroneles y subalternos daba a los generales a entender mayores fuerzas de las que tenían. Fiado en ellas el duque de Baviera pasó el Danubio con errado dictamen. Acampóse en Ocsted, entre una laguna y unos montecitos cubiertos de selva muy espesa. A 13 de agosto supo que venían los enemigos, y ordenó sus tropas; ocupó el centro de la primer línea y formó otra segunda igualmente extendida, en que puso algunos oficiales generales a las espaldas para que nadie retrocediese. No distaba mucho el centro de las alas, y como en los espacios había puesto separada alguna caballería para socorrer a ambas partes, casi era continua la línea que tocaba la selva y la laguna. En aquélla quiso poner seis mil hombres de reserva emboscados para cualquier accidente que sucediese a la siniestra, gobernada por el conde de Marsin, porque veía

venir a los enemigos en forma de batalla, muy reforzada la derecha, que regía el príncipe Eugenio. Esto hicieron porque recelaron que en el bosque se ocultasen tropas; mas no lo quisieron ejecutar los franceses, por no privarse de tantos regimientos y para que peleasen todos.

La izquierda de los coligados estaba a cargo del duque de Malburgh, que marchaba inmediatamente a la laguna. Tenían el centro del ejército los holandeses y las tropas auxiliares de Alemania con innumerables príncipes que habían venido a hallarse en aquella acción. La derecha del duque de Baviera la gobernaba el mariscal de Tallard; era ya cerca de mediodía cuando empezaron a cañonearse, porque para no fatigar los soldados venían muy despacio los coligados, y como estaban más bien situadas las piezas del ejército del duque de Baviera y había elegido el campo, todo lo que duró jugar sólo el cañón padeció mucho la infantería alemana, porque por cuatro horas no se estrechó la batalla.

El príncipe Eugenio acometió el primero a Marsin. El encuentro fue feroz, mas bien sostenido de los franceses, porque la primera línea de los alemanes volvió las espaldas. Con gran brío, el príncipe Eugenio sostuvo la segunda, y fortificada con los que sólo hasta ella retrocedieron, volvió a pelear, mientras algunos cabos recogían los que habían huido.

En este desorden perdieron los alemanes algunas banderas y estandartes. Renovóse más dura la guerra, y los franceses que hasta la segunda línea se habían adelantado, se contuvieron, porque para reparar el desaire combatían con nunca visto ardor los alemanes; pero como los franceses habían visto la sombra de la victoria, tanto se esforzaron para que no se les huyese, que otra vez ahuyentaron a sus enemigos y los hicieron retroceder hasta donde tenían una batería de cañones, que la ocupó Marsin. Eugenio, viendo que se le deshacía la derecha, retrocedió formado, dando media vuelta y las espaldas a su centro, hasta que se unió al extremo de él porque de allí esperaba socorro y no en vano, pues se destacaron quince mil hombres que atacaron por un lado a Marsin, que también dando vuelta a la derecha hizo frente, y aunque con número desigual, sustentó fuertemente la violencia enemiga, y viendo que padecía mucho, le socorrió la segunda línea del mismo cuerno. Con esto sustentaba bien la acción; pero como eran más en número los alemanes, pretendía recoger sus tropas y unirlas a su centro. Viendo esto el de los coligados, se adelantó impetuoso contra el duque de Baviera para cortar a Mersin y dejarle atrás. Logrando Eugenio la oportunidad, le cargó con el último esfuerzo y le deshizo, aunque no tan del todo al principio que no procurase juntar el residuo de sus tropas con las de Baviera. Esto se lo prohibió con segundo asalto Eugenio, adelantando la caballería, de género que toda el ala siniestra de los franceses fue derrotada y puesta en huida, y no pudo el bávaro socorrerla, porque peleaban no sólo con todo el centro de los enemigos, sino también con la ala derecha victoriosa y regida por tan gran general como el príncipe Eugenio, que prohibiendo seguir a los que huían, quiso proseguir la victoria y se arrojó con tanto ímpetu contra el duque, que aunque éste hizo de su ejército dos frentes y combatía por su mano con admirable esfuerzo, le iban los alemanes derrotando, porque le faltaba la caballería de ambas alas, habiendo sido vencida y deshecha la derecha, que regía el mariscal de Tallard, contra quien peleó con arte y valor Malbruch; pues por aquella laguna, que pareció a los franceses invadible, pasó un

destacamento de ingleses y atacó por un lado a Tallard. Éste no los vio hasta que los tuvo encima, por su cortedad de vista, y así, por dos partes ferozmente acometido, aunque dio grandes pruebas de su valor cuanto permitía, declarada contraria la suerte, fue preso queriendo volver a ordenar las primeras filas.

Con esto acabó de dar la última derrota a sus contrarios el inglés, y cargó también contra el bávaro, que aún sustentaba la ardua y difícil batalla, y flaqueó más después que todo el ejército enemigo convirtió contra él las armas; había llamado para su socorro a la segunda línea, y mientras pretendía formar un triángulo, pusieron en tierra las armas diecinueve batallones franceses, con sólo el vil ejemplo de un coronel que lo hizo, y pidiendo cuartel se entregaron prisioneros. Ni aun con esto le faltó el ánimo al bávaro, Porque ordenó con tanta regla la retirada, que si los franceses que abatieron las armas persistieran en pelear, se hubiera reintegrado la batalla, porque ya había vuelto a ella Marsin con todas las tropas que pudo recoger; más, ya triunfantes los alemanes e ingleses, se esforzaron con tal brío a perficionar la victoria, que volvió la espalda todo el ejército enemigo, al cual, por espacio de un día, siguieron los vencedores. Prohibió la noche mayor estrago, y el duque de Baviera y el de Marsin se retiraron a Ulma con las reliquias del ejército. De los que huían, dos mil perecieron en el Danubio; doce mil franceses y bávaros quedaron muertos, y fue igual el número de los prisioneros. ¡Infeliz día para el bávaro! ¡Indecoroso para los franceses! ¡Fatal y pernicioso para los españoles! El triunfo y la gloria se reservó a los vencedores, donde los cabos militares dieron evidente prueba de su conducta y valor: perdieron ocho mil hombres. Esta es la célebre batalla de Ocsted, origen de tantas pérdidas. Voluntariamente, y no forzado, la dio el bávaro, llevado de su destino, porque teniendo interpuesto el Danubio, podía vencer a los enemigos sin batalla, pues no podían subsistir en país tan estéril.

Esta es la primer desgracia que vio Luis XIV, después de medio siglo de continuadas glorias. Importó ser vencido para que creyesen los franceses que lo podían ser. El Rey llevó este golpe con maravillosa igualdad de ánimo; mandó reclutar su ejército y degradar de los militares honores y nobleza a los oficiales que ignominiosamente habían depuesto las armas en el ardor de la acción. Estos fueron: dos mariscales de campo, catorce brigadieres, veinte y tres coroneles, cuarenta tenientes y otros infinitos subalternos y capitanes, con decreto tan riguroso que los inhabilitó en adelante. También formó proceso contra los comisarios e inspectores, porque pagaba el Rey setenta mil hombres y no constaba de sesenta mil el ejército, ni habían hecho las reclutas según las órdenes dadas y la instrucción.

Por la Selva Negra bajaron a Strasburg el duque de Baviera y Marsin, dejando a Ausburg llena de víveres y municiones. Las tropas del César tomaron a Meminga, Lavinga y Braunavia, y poco después a Ulma; y antes que se reparasen del daño los franceses, determinaron sitiar a Landau, donde estaba por gobernador el señor de Lauban. Diose el cargo de sitio al príncipe de Baden con las tropas auxiliases de los príncipes del Rhin. El inglés invigilaba contra los franceses que estaban en Offemburg, para que no entrasen socorros en la plaza, pero burló la diligencia de los centinelas y de los que guardaban los puestos el señor de Monfort, que con una bien armada partida de caballos forzó la trinchera y socorrió con víveres y municiones la plaza, aunque al volver seguido de un regimiento de caballería, peleando en la retaguardia, dejó la vida.

Añadiéronsele las tropas del general Tungen a las de Baden, y vino a ennoblecer otra vez el sitio José, rey de Romanos. Desde 18 de septiembre jugaban tres baterías, y había hecho muchas surtidas el gobernador; pero fue más feliz la de la última noche del mismo mes, en la cual clavó dieciocho piezas y mató gran número de los sitiadores. Entraron a las trincheras los holandeses y prusianos; diose un asalto a la media luna del bastión de Melac, y fue sangrienta la disputa, pero al fin se alojó en ella el conde de Eck; después de dos horas le echaron los sitiados, y queriéndose resistir, quedó prisionero. Al otro día volvieron a recuperar lo perdido los alemanes; pero en el mismo día, con una salida de la plaza, los desalojaron. Impaciente el príncipe Eugenio de la inconstancia de la fortuna, vino con tres mil hombres a dar el asalto, y antes de pisar el fatal sitio perdió ochocientos, y los restantes que quedaban le ocuparon. Los franceses estaban fortificados a la otra parte del foso, al cual defendían con tanto valor y estrago de los enemigos, que ya no podían obligar los cabos con ofrecimientos, amenazas y castigos a que diesen los alemanes el asalto.

Con jactancia encargó esto a cinco mil de los suyos Malburgh, y fue feroz la contienda, hasta que, distraída el agua del foso, le llenaron de sarmientos y fajinas. Vencieron los ingleses a mucha costa, y plantaron una batería contra la puerta con gran felicidad. Ya a propósito la brecha, dieron el asalto y por tres veces fueron rechazados; pero a la cuarta ganaron el ángulo y se alojaron; allí, valerosamente peleando, murió el príncipe Próspero Fustemberg. Desalentaron mucho los defensores cuando, estando sobre el muro el gobernador, le quitó la vista el ardor de una bala de cañón que le pasó muy cercana, quemándole las niñas de los ojos; pero ni aun estando ciego apresuró la rendición, hasta que se ejecutase cuanto cabía en la defensa. Después admitió las capitulaciones que dieron los franceses vencedores, cuando tomaron la pieza al conde de Frisia.

A 26 de noviembre entró el Rey de Romanos en la ciudad, tan variamente agitada de la suerte. Los alemanes e ingleses se retiraron a cuarteles. Devastaba la Baviera el general Herbevil, y aunque se quería vengar en Ratisbona el señor de Bexe1, bávaro, lo impedían los alemanes, y había ya ganado a Traerbach el príncipe de Hesse Casel. Estaba todavía en Mónaco, capital de Baviera, Teresa Cunegunda Sobieski, mujer del Duque, y no pudiendo defenderla, ni queriendo el Emperador que sacase sus hijos, se los entregó con el Estado y se pasó a Venecia. Precedieron algunos pactos, pero ninguno se cumplió, porque se saquearon muchas casas de Mónaco y se pusieron en una torre los hijos del Duque, no tratados, como era justo, a la celsitud de su sangre. El Duque y su hermano, el elector de Colonia, se pasaron a Flandes, y se dio a aquél el gobierno de estas provincias con despachos del Rey Católico.

* * *

Poco apretaba con su sitio a Gibraltar el marqués de Villadarias, porque venían frecuentes socorros por mar. Un imperito ingeniero plantó junto al molino las baterías a 21 de octubre, sin efecto alguno, y se recibía gran daño del cañón de la plaza. Para abrazar con los aproches el bastión del mar se extendieron casi hasta el agua, aunque impedía los trabajos un navío de los sitiados que disparaba morteros cargados a piedra. Contra él se armaron algunas lanchas; le asaltó una noche oscura el señor de Gabaret, y le apresó, porque habiéndose prendido fuego en unos barriles de pólvora que estaban en la plaza de armas, la confusión embarazó la defensa.

Ni aun con todo esto estaban firmes las trincheras sobre la arena, porque a poco impulso las derribaba el cañón de la plaza, y así se trabajó en vano, con pérdida de tiempo y de dinero. No ha habido sitio donde mayores errores se hayan cometido; éstos mostraron dónde se habían de poner las baterías; por fin se dirigieron contra el baluarte que mira al Oriente, y contra la puerta; entonces verdaderamente empezó el sitio, pero tarde, porque antes de hacer una brecha y dar el asalto, llegó a 9 de noviembre el almirante Lake, inglés, con veintidós naves, tropas, víveres y municiones. Luego quemó tres de las suyas el jefe de escuadra Point, francés, y una, con viento en popa, trepando por los enemigos, se salvó.

Como en cordón plantó sus naves contra las trincheras Lake, pero el cañón de la tierra le apartaba. Batían los sitiadores el castillo situado en una eminencia, y aunque la brecha no era capaz de asalto, mandó Villadarias darle; marchara él era uno de los primeros peligros, porque habían hecho tantas cortaduras los defensores, que era menester ir por giros y descubiertos. Al primer acontecimiento, cansados de la subida y en terreno no igual, fueron rechazados los españoles; al segundo, desistieron de la empresa, bajando con modo de fuga por el precipicio. Con las mismas dificultades e infelicidad se asaltó el bastión de San Pablo. Intentaron los ingleses con lanchas desembarcar, y lo prohibió con valor don Luis de Solís, socorrido del marqués de Paterna. También intentaron prohibir los socorros que venían de Andalucía en pequeñas barcas, pero fue en vano, porque las defendió con brío don José de Armendáriz, y hubo una pequeña batalla en la orilla del mar. Llegaron a este tiempo de Inglaterra otras dieciocho naves; dábales el África los víveres, pero ya empezando a ser rígida la estación y no siendo aquel puerto capaz de tantas, las de primera magnitud se volvieron a sus puertos: quedaron pocas, y ninguna de línea. Las continuas lluvias embarazaban el sitio; caían las trincheras, y como las más eran de arena, humedecida ésta, cedía por sí, y la separaban los vientos; los españoles determinaron acantonar el ejército y cesar de la hostilidad, fortificando el terreno delante de la plaza; fue poco el descanso para el soldado, porque lo riguroso del tiempo hacía incómodo el cuartel, y así perecieron infinitos y se deshizo aquel ejército sin guerra, y la que hubo fue inútil.

Después de templada la ardiente estación y retirado -como dijimos- el Rey Católico a la corte, salieron a campaña los reyes don Pedro de Portugal y Carlos de Austria, pero no con ejército proporcionado a sus personas. Estaba en él el almirante de Castilla, que había levantado a su costa un regimiento de caballería de extranjeros, y algunos del país, gente nueva e inexperta; dioles la librea como la de los reyes de Castilla, pero todo era lisonja y engañarse a sí mismo; sabía que con aquel ejército no se podía hacer progreso alguno, y se acomodaba al tiempo, mal satisfecho del corto favor con que le distinguía el rey Carlos y de no tener en su Consejo la autoridad que esperaba. El duque de Berwick guardaba a Extremadura con quince mil hombres de buenas tropas, y antes de hacer operación alguna los enemigos. se volvió el rey don Pedro a Lisboa, por el poco respetoso modo de disputar que tenía el general inglés Scolemberg, que fue llamado a Londres, y le sustituyó Galloway, un religionario francés que servía a Inglaterra.

Envió la Reina nuevas tropas a Portugal, y con esto volvió a campaña el Rey, que por Almeida marchaba a Castilla. Opúsosele en el río Agueda el duque de Berwick, y se fortificó en él; hubo algunas acciones entre la caballería, siempre a favor de los

españoles. Los ingleses y alemanes querían dar la batalla; los portugueses no venían en esto, y lo repugnaba absolutamente el Rey. En esta contrariedad de opiniones pasó el tiempo más oportuno, porque Berwick estaba precisado a recibirla y pelear con quince mil hombres contra cuarenta mil. Esta desunión fue perjudicial a los intereses de los coligados, que pudieron entrar libremente en Castilla y turbarla mucho, pero el rey don Pedro dio luego cuarteles de invierno a sus tropas. Esto llevó muy mal el rey Carlos, y lo disimulaba, porque los portugueses estaban verdaderamente cansados de tener en su país tropas extranjeras que pretendían mandar más que el dueño de él, y no dejaban de recelar algún peligro.

Ya retirados los enemigos pasó a Madrid el duque de Berwick, y no fue tan bien recibido como creía. Mandaba absolutamente el duque de Montellano, que había echado ya a su diócesis al arzobispo de Sevilla don Manuel Arias, pidiendo el Rey secretamente al Pontífice que no le diese más breve para residir fuera de ella. Viendo fenecida su autoridad, se fue voluntariamente a Toledo el cardenal Portocarrero.

Tenía Montellano orden de la Reina para hacer cuanto fuese posible a fin de que volviese de París la princesa Ursini; pero le faltaban al duque medios para dejar contenta la Reina, pues ni tenía en Francia amigos, ni Luis XIV estaba dispuesto a esto, habiéndose resistido a muchas cartas en que la Reina lo pedía. Tampoco quería Montellano interiormente que la princesa volviese, porque estaba mal vista de los españoles y gobernaba despóticamente, fiada en la gracia de los Reyes. Esto lo conocía la Reina, y lo disimulaba. Los émulos del duque le trataban de ingrato, pues debía su exaltación al favor de la Reina, que le había solicitado la princesa; pero como era hombre de dictamen constante y severo, y creía no convenía a la España la vuelta de la princesa, todo lo sacrificaba a esta política en que juzgaba servir mejor al Rey, que en esto estaba indiferente, y sólo por dar gusto a la Reina permitía se hiciesen las diligencias más eficaces. Estas tomó a su cargo el duque de Veraguas, para ganar la gracia de la Reina y tener por firme y segura protección a la princesa, si lograba su intento.

Todavía cuidaba del Real Erario Juan Orry, y queriendo formar las guardias del Rey de otra manera, suprimió la de la cuchilla, que era entonces la principal y la llamaban de Borgoña, fundada por Carlos V. Era sola una compañía, de la cual era capitán don Francisco de Castelví, marqués de Laconi, caballero de Cerdeña; y aunque este era empleo de la nobleza de Borgoña, dispensó, Carlos II en el marqués el no ser de aquella nación, porque se le había introducido con particularidad en su gracia. Como le quitaban tan grande honra, le hicieron grande de tercera clase. Como esto era de mucho lustre para la nobleza de Cerdeña, se dio por ofendido de no ser promovido a igual grado don Artal de Alagón, marqués de Villazor, hombre de ilustre y esclarecida familia y el más antiguo título entonces en aquel reino; era también de las más nobles y respetadas la de Castelví, y había pasado entre ellos la competencia a perjudicial discordia, que suscitó antiguos bandos, alguna vez sangrientos, y aunque la principal nobleza no entró en ellos, hacía poderoso el partido de los marqueses de Laconi el gran número de parientes y estar dividida en otras casas la misma familia.

Con haberse ido el marqués de Laconi a Madrid, cesó enteramente la discordia, pero siempre quedó entre las dos casas interna emulación, y habiéndose adelantado la de Castelví a la grandeza, quedó la otra herida de una mortal envidia, avivada de don José

Meneses de Silva, hermano del conde de Cifuentes, que había casado con doña Manuela de Alagón, hija única del marqués de Villazor, y heredera de sus Estados después que el rey Felipe con un decreto quitó la duda de si en ellos sucedían hembras, porque pretendía el fiscal ser feudo riguroso, no ampliado; y aunque no se cedió por sentencia, permitió el Rey que pudiese pasar los Estados a su hija el marqués, y que en caso de su muerte, sin quitarle la posesión litigase el fiscal. Esto consintió don José de Silva (llamado por su mujer conde de Montesanto) por interposición del Cristianísimo, informado de los que favorecían a don José, que la casa de Villazor podía con su autoridad sola defender el reino de Cerdeña de los enemigos, y así, por tener grata esta familia, se le hizo merced tan relevante.

Hemos narrado esto difusamente para mostrar el origen de la pérdida de Cerdeña; porque ni con los beneficios obligada la casa de Villazor, viéndose al parecer pospuesta a la de Laconi, enajenó de los intereses del Rey el ánimo, y tomando don José de Silva el ejemplar de su hermano (aunque no tan abiertamente) y herido de la desgracia que asimismo se ocasionó el conde de Cifuentes, escondía (pero con grande arte) en su corazón el veneno que, explicado a su tiempo, perdió aquel reino; no porque, solo, fuese capaz para ello; pero halló disposición en los ánimos de muchos en quienes aún vivía escondido el amor a la Casa de Austria.

Juan Orry formó al Rey nuevas guardias de su persona, y las más principales de cuatro compañas de a caballo de a doscientos hombres cada una, nobles y veteranos, dos de españoles, una de walones y otra de italianos. A las primeras se las dio por capitanes a don Félix de Córdova, duque de Sesa, y a don Cinés de Castro, conde de Lemos; de walonas se nombró por capitán al príncipe de Sterclaes, y de italianos, al duque de Populi. También se formaron dos regimientos de guardias de infantería, uno de españoles y otro de walones, de tres mil hombres cada uno. Del de españoles se nombró por coronel al marqués de Aytona, y del de walonas, a Carlos, Florencio Acroi, duque de Havré. Quedó asimismo la guardia de los alabarderos de Palacio con su capitán el marqués de Quintana.

También esto, que parece ajeno de los Comentarios, lo hemos dicho para inteligencia de muchas circunstancias que en ellos veremos; y con esto feneció el año.

Año de 1705

Tenían igual progreso el siglo, la guerra y las desgracias. Estas eran consecuencias de aquélla, que se hizo ya necesaria, en los vencidos para redimir su opresión, en los vencedores para perficionar el asunto; y a todos lisonjeaba la esperanza que fomenta lo vario de la suerte, porque se gloriaban los franceses en Italia vencedores, aunque en Germania vencidos. La Francia, cansada de la guerra, deseaba una paz infame y perniciosa; nunca admitió este bajo dictamen el Rey Cristianísimo, ni el Delfín; todas eran sugestiones del duque de Borgoña, no queriendo -como decía- aventurar lo propio para salvar lo ajeno.

Tenía muchos secuaces esta opinión, o por lisonja o por amor a la patria. La señora de Maintenon, que no tenía poca parte en el gobierno y había sido en su juventud dama del Rey, no se atrevía a proponerle cosa tan opuesta a su gloria y al gusto del Delfín; pero le había ganado de género la voluntad la duquesa de Borgoña, que alguna vez propuso al Rey, si no desistir del empeño, buscar forma para no proseguirle con aire.

La soberbia de los coligados era tal, con los prósperos sucesos de Ocsted y Landau, que no daban oídos a razonable ajuste. Nada de esto ignoraba el Rey Católico, por lo cual se vio precisado a contemplar más a la Francia y a mostrar entera dependencia de la voluntad de su abuelo. Esta era una justa y necesaria política del Rey, que mal entendida de los españoles, se disgustaban cada día más y crecía el odio contra los franceses. Algunos, menos contenidos, hablaban con desacato; de esto crecía en el Rey la desconfianza, porque crecía el número de los que con razón se debían tratar con difidencia. El duque de Agramont, embajador de Francia en Madrid, llevaba muy mal el moderado ánimo del Rey, y como era de genio ardiente y violento, quería se usase de un rigor que no era oportuno, y por esto, o por la ingenuidad del dictamen, no reparaba en notar de desafectos aún a los principales ministros, y se desunió mucho de Montellano, de cuya sinceridad nunca dudó el Rey. Adhirió a Agramont el marqués de Ribas, secretario del Despacho Universal, porque desconfiando el Rey de muchos creciese su autoridad; y así sembraba algunas discordias perjudiciales al gobierno y al bien público, que conocidas por el Rey, le exoneró del empleo y se le dio una plaza supernumeraria en el Consejo de Indias.

Eligióse por secretario, con dictamen de Montellano, a don Pedro Fernández del Campo, marqués de Mejorada, hombre de gran comprensión, ingenuo, entero y con el largo uso de los negocios de la Secretaría del Real Patronato, muy práctico y de pronto expediente, aunque el natural no el más dulce. Después, viendo que tanta mole de negocios era insoportable cargo para uno, se eligió para los de Guerra y Hacienda, por secretario del Despacho, a don José Grimaldo, hombre de gran benignidad y rectitud y de un singular amor al Rey. No tuvo en estas elecciones parte Agramont, lo que llevó muy mal, porque quería ensalzar sobre todos su autoridad, y por eso repugnaba tenazmente la vuelta de la princesa Ursini, contra el gusto de la Reina, que había encargado al duque de Alba, embajador en París, que aplicase para esto los más vivos oficios.

No deseaba mucho esto el duque, por no descontentar a los españoles; pero era preciso obedecer entonces con poco efecto, porque sostenía en su dictamen al Rey Cristianísimo el duque de Agramont, que, ya reconciliado con Montellano, estuvieron ambos de acuerdo en instar a la Reina que nombrase camarera, que no lo había querido hacer hasta entonces, no desengañada de que volviese la princesa. Al fin, vencido primero el Rey, se obligó a la Reina a admitir por camarera a la duquesa viuda de Béjar, mujer -sobre ser de la más alta esfera- llena de virtudes y que hacía una vida retirada y ejemplar, por lo cual no quería admitir el empleo; mandóselo el Rey, y persuadida de sus parientes, se rindió con poco gusto; porque amaba más la tranquilidad de su casa, a la cual volvió muy presto, habiendo usado de tantas artes en París la princesa, ayudada de las instancias de la Reina, que pudo lograr el favor de la señora de Maintenon, la cual obligó al rey Luis a que la permitiese volver a España, lo que ejecutó luego y fue recibida de los Reyes con demostraciones nunca vistas de Soberano a súbdito.

Reintegróse en su oficio, y se aumentó su autoridad y su poder hasta donde no podía ser mayor. Entonces empezó a disponer a su modo otra vez el Palacio, y echar de él a los que no la habían sido favorables. El primero fue Agramont, que no la costó mucho trabajo, porque no era del genio del Rey, y le sucedió en la Embajada de Francia el señor de Amelot, marqués de Gournay, varón prudente y sagaz; era uno de los parlamentarios en París y nada ignorante; pero como entraba de golpe al manejo de un reino que no conocía, pareció al principio poco a propósito a lo que le destinaba la princesa, que era poner en él toda la autoridad que tenían los ministros españoles, pues había dado en París esta palabra para sincerarse de que quería apartar del gobierno a los franceses.

El duque de Montellano, que vio declinado su poder y ya adversa la princesa, hizo dejación de la Presidencia de Castilla, y no la admitió el Rey. Instó el duque, y la princesa dispuso viniese el Rey en exonerarle; pero quedó del Consejo secreto del Gabinete. Diose el gobierno de la presidencia a don Francisco Ronquillo, conde de Gramedo, por dictamen de los franceses, que querían uno que les tuviese respeto, y que conociese su no esperada elevación. Era Ronquillo un hombre de singular fidelidad y amor al Rey, tanto que se propasaba su celo, y por eso adquirió fama de demasiado rígido, y el temerle perdió a muchos, pero era hombre justo y de gran verdad. Ni a los franceses les salió cuenta de que los obedeciese, porque no era capaz de contemplaciones ni de grandes obsequios, poco lisonjero y cerrado, y por eso padecía notas de rusticidad su genio austero.

Viendo tan encendida la guerra, se aplicó todo a ella Amelot. Aunque permanecía el sitio de Gibraltar cada día más arduo, porque habiendo los ingleses renovado la amistad con Muley Ismael, rey en Marruecos, de allí traían los víveres y le ofrecieron socorro para que avigorase el sitio de Ceuta. Habían extendido sus trincheras los españoles hasta la altura del castillo de Gibraltar, que es toda la seguridad de la plaza; dieron un asalto y ocuparon el foso, pero luego fueron rechazados. Llegó al sitio el mariscal de Tessé con nuevas tropas y el jefe de escuadra Pointi con dieciocho naves de guerra, a las cuales se añadieron las españolas destinadas al comercio de Indias. Defendía la plaza el príncipe de Armestad, que para distraer a los españoles dispuso con los reyes de Túnez y Argel el sitio de Orán, luego ejecutado, porque no quisieron los africanos perder tan grande oportunidad. Una gran borrasca echó las naves francesas a las costas africanas; esta misma trajo con celeridad a los ingleses que del Támesis partieron al socorro de Gibraltar, los cuales venían en cuarenta y ocho naves, y acaso encontraron con las del señor Pointi, que volvían de África, que fue obligado a pelear con tan inferior número, y así fue vencido y muchas de sus naves sumergidas, tres apresadas y otras tuvieron la fortuna de escapar y entraron en Tolón, Málaga y Cádiz, pero tan maltratadas que no pudieron volver a servir más. Los ingleses, explicando con pífanos y salvas la victoria, entraron en el puerto de Gibraltar y socorrieron la ciudad con cinco mil hombres.

Con esto levantaron el sitio los españoles, dejando un castillejo en la montaña opuesta, presidiado de dos compañías. Este ejército, que estaba destinado a las fronteras de Portugal, se perdió inútilmente en este sitio, y así determinaron los portugueses venir a recobrar lo perdido. Mandaba el ejército de Extremadura el marqués de Bay, flamenco, con quince mil hombres. Bajó el general Faggel a Yelves donde plantó su campo; otros seis mil hombres mandaba el marqués de las Minas, que los puso entro Almeida y

Penamacor; con poco trabajo recobraron a Salvatierra, aunque bien pudo hacer más su gobernador. No les sucedió así en Valencia, porque la defendió don Alonso Maradiaga, marqués de Villafuerte, casi fuera de los límites de lo regular. Sufrió cinco asaltos en la brecha, y se defendió después con cortaduras hasta que la necesidad le obligó, ya herido, a rendir la guarnición prisionera de guerra. Enviábanla ésta a Lisboa con la escolta de ciento y treinta caballos, y dejando los españoles, aunque desnudos y desarmados, descuidar a los soldados, los ataron y oprimieron repentinamente, les quitaron los caballos y huyeron.

Pasaron los portugueses a Alburquerque, y en siete días la rindieron; y después se acamparon contra Badajoz, ocupando la ribera del Ana; pero estaban los españoles a la otra parte del río disputándoles el paso. Hacia el Tajo estaba el marqués de Bayo, observando al de las Minas. Juntaron Consejo de Guerra los portugueses e ingleses sobre la expedición que se debía ejecutar: los ingleses fueron de dictamen de atacar a Ayamonte, para devastar la Andalucía; pero como era preciso pasar por los Algarbes y estaba el camino áspero, escabroso y poco cultivado, no se conformaron los portugueses. Pasó la cuestión a que la decidiese el rey don Pedro; no fue tan pronta como era preciso la respuesta, porque los portugueses no deseaban aventurada la guerra, sino segura. De esto nació alguna discordia entre el rey Carlos y el portugués; pero, al fin, se determinó no ir a Ayamonte, y tuvieron por instrucción los portugueses de conservar las tropas, sin exponerlas a grave acción, porque ellas eran toda la seguridad del reino y no temía el Rey tanto a los enemigos como a sus coligados. No dejó Faggel de penetrarlo y creció la mala satisfacción recíprocamente.

Estaba don Pedro con accidentes tales que hacían desconfiar de su salud, aunque no se le conocía determinada enfermedad, sino un tedio de sí mismo, una profundísima melancolía, inquietud y silencio; cansado, o con algún desorden el discurso, no estaba la cabeza hábil para el gobierno, de que nació querer los magnates entregarle a otro; pero esta era ardua y difícil empresa por la variedad de opiniones: algunos se inclinaban a que por la poca edad del príncipe del Brasil fuese gobernadora, con un Consejo de ministros, la reina Catalina, viuda de Carlos de Inglaterra, hermana del rey don Pedro. A otras, y al duque de Cadaval, parecía impropio excluir al príncipe, y estas disputas, que no llegaron a estar determinadas, fueron de grande impedimento a la guerra, y se les dio tiempo a los españoles para juntar más tropas, presidiar y abastecer a Badajoz, Alcántara y Ciudad Rodrigo; pero habiendo entrado la estación ardiente del sol, que prohíbe en aquel clima proseguir la campaña, se dio cuarteles de verano a las tropas de una y otra parte.

No era así remisa la guerra en Italia. No pudiendo el general Lenagen, tudesco, pasar los collados de Brescia, por haberlos hecho intratables las nieves, tomó el camino del bosque. No padecían poco los dominios de Venecia, porque guardaban los valles los franceses, y como éstos ocupaban a Palazolo, tenían el río Oglio bajo de sus armas. Los alemanes podían libremente ir por el Vicentino o el camino de Trento; pero querían socorrer al duque de Saboya por si se podía librar a Verrua. Llegó de Viena Guido Staremberg, y se acercó más a Verona; con esto fortificó mejor el Oglio el gran prior de Vandoma; llamó a las tropas del campo de la Mirándula, aumentó el presidio de Robero y Ostiglia y, quitando cuanto le fue posible del Po, puso sus tropas en Castillón Strideriense; todo era imposibilitar socorros a Verrua.

Entró en nuevos cuidados el duque de Saboya, porque el de la Fullada, habiendo pasado el Varo, sitiaba a Villafranca que, con poca dificultad, la rindió; quedaban los castillos bien presidiados, y antes de atacarlos cerró los pasos de los montes de Génova, donde corre más suave el Tanaro. El duque de Saboya, temiendo atacasen a , quiso socorrerla, pero llegó tarde, porque los franceses habían ocupado las riberas del Torvia y se les había rendido Montalván, y poco después, los castillos de Villafranca; luego pasaron al bloqueo de , presidiada de mil soldados; no pareció oportuno poner el sitio antes que se rindiese Verrua, que tenía ya las brechas abiertas. Difería el duque de Vandoma dar el asalto hasta que cayese Crescentino, contra el cual movió sus tropas. Desconfiando de poderle defender el duque de Saboya, se pasó a Chiva. Esto dio lugar a estrechar todo el Piamonte, porque extendieron los franceses sus tropas desde el Doria al Po. Padecía Verrua otra guerra en la falta de víveres, y no tenía poca ocupación el presidio en resistir los clamores del pueblo, que instaba la rendición, porque empezaba el hambre y no se admitía en el campo de los franceses a los que huyendo de ella salían.

En este estado de cosas, habiendo antes prevenido minas en los baluartes, mandó el Duque que, haciendo la acostumbrada seña, se entregasen a los franceses, y que en entrando se diese fuego a las minas. Fingióse desertor un teniente lorenés, y expuso al duque de Vandoma con tal energía el miserable extremo a que estaba la ciudad reducida, que le persuadió a no despreciar sus clamores, porque luego harían llamada. La mima fuerza y eficacia de las palabras -o traidor a sí mismo en su rostro el traidor- puso en sospechas al duque: mandóle dar tormento, y confesando la verdad, se libraron los franceses del riesgo que les amenazaba el engaño, prosiguieron la línea desde el Doria a los vecinos collados, intimaron la rendición y, ya no pudiendo resistir más, se entregó la ciudad con mil quinientos prisioneros.

No le quedaba al duque de Saboya más que Turín. Los franceses plantaron sus reales en Mantua. El príncipe Eugenio, que nuevamente había llegado de Viena, los puso en Verona; era su designio pasar con quince mil hombres el Mincio, y para divertir a los franceses atacó a los que estaban en Calcinato el general de Vibra. Los señores de Mursey y Sampater fueron a encontrar al príncipe Eugenio al paso del río; había plantado éste en la opuesta orilla algunos cañones de campaña y, a pecho descubierto, resistieron los franceses su estrago por cinco horas, no sin daño de los alemanes, a quienes hería la bala de fusil, porque era angosta la distancia. Desistió Eugenio de la empresa, y el general Vibra no logró ventaja alguna en la suya. Determinó Eugenio, juntando las tropas del general Lenagen, que pasase la caballería por la montaña, y la infantería en barcos por el lago de Garda, y aunque le guardaban los franceses y echaron a pique tres de ellos, pasaron los alemanes y plantaron su ejército a la vista del duque de Vandoma. No les pareció a ambos generales dar la batalla: a los franceses, porque habían determinado el sitio de Turín, y a los alemanes, porque sólo querían juntarse con el duque de Saboya, que hacía para esto vivas instancias, temiendo el sitio, pues ya el de Vandoma había elegido los puestos.

El duque de la Fullada, después que tomó la ciudad de , como le faltaba lo más difícil, que era el castillo, hizo tregua con él para pasar con todas las tropas contra Turín, porque el Rey Cristianísimo le había destinado por jefe de esta empresa. Era éste un desdoro para el duque de Vandoma, pero lo consiguió con el favor del señor de Xamillar, su suegro,

que era ministro de la Guerra. Diose por ofendido Vandoma, y rogó al Rey le admitiese la dejación del mando de las tropas, y mientras no se le respondía, no aplicó el necesario cuidado a las disposiciones de la guerra como era preciso, y pudo el príncipe Eugenio fortificarse, tirando una línea desde Gavarron a Salon; había algunas escaramuzas de caballería con varia suerte; cuatro mil palatinos bajaron a aumentar las tropas del príncipe. El duque de Saboya fortificó a Chiva, puso sus tropas en los collados de Turín para estar pronto al socorro, echó un puente al Po, pero le arruinaron luego los franceses; quisieron en vano al mismo tiempo sorprender a Chiva, porque estaba bien prevenida; fueron a ocupar ambas orillas del Po, y lo resistió el duque de Saboya, que bajó con diez mil hombres y hacía no pequeño estrago en los franceses, embarazados en vadear el río. Con todo, fueron tan constantes, que le pasaron; guiaba la manguardia el príncipe Delbuf, que murió gloriosamente peleando. Con esto se retiró a Moncalier el Duque y le fortificó, derribando una suntuosa casa de campo que tenía para su diversión.

Aún persistían con poca felicidad los franceses contra Chiva; había el príncipe Eugenio ofrecido socorrerla; parecía difícil, pero más lo fiaba de su ardid que de sus fuerzas. A 21 de junio movió su ejército una noche, no del todo oscura, porque, aunque embarazada de nubes, daba la luna alguna luz. Eran sus tropas veinte mil infantes y doce mil caballos; conducía sesenta piezas de cañón, y para ocultar su designio se entretuvo más allá de Mella; luego subió al lago de Isla y ocupó el puente inopinadamente; torciendo por la derecha, bajó a Urago, y sabiendo que se guardaba con negligencia Calceo, con apresuradas marchas llegó al Oglio por las angostas y escabrosas sendas, mal guardadas del descuido del gran prior de Vandoma. Esta negligencia entró a la parte de la fortuna de Eugenio, que no debía esperarla, porque pocos cañones, puestos en lo estrecho del sendero, le hubieran embarazado, y más en un lugar incapaz de formarse las tropas. Acriminó esto a su hermano el duque de Vandoma que, no perdonando a su propia sangre, lo avisó al Rey. La ingenuidad y justicia del duque salvó al hermano.

Los alemanes ocuparon a Pozol y Calceo y luego a Palaceto, a quien desamparó don Fernando de Torralva; pero, sorprendido en la marcha, quedó prisionero. Así estaba expuesto todo el Cremonés: con mayor cuidado guardó el Atesis el gran prior, escarmentado de la pasada negligencia. Estos accidentes apartaron de Chiva al duque de Vandoma, en perjuicio del bloqueo que estaba formando a Turín el de la Fullada, y había ya ocupado los collados vecinos a la ciudad y a Castaneto, divirtiendo las aguas con gran trabajo del ejército, el cual aumentó con las tropas que llamó de Sussa, a cargo del conde de Estain. Renovóse la hostilidad contra Chiva, y pasando el Oreo los franceses, después de tres horas de batalla que les costó el vencer una pequeña eminencia: porque el duque de Saboya disputaba el menor palmo de tierra y estaba con la caballería en Setimio, lo que embarazaba mucho el forraje, y era preciso hacerle con continuas escaramuzas y encuentros de caballería, hasta que el teniente general Albergoti le ocupó, venciendo antes un destacamento de piamonteses.

Vandoma mandó echar un puente al Oreo, y tanto se estrechó Chiva, que se rindió; con esto tenían los franceses tributaria la provincia casi hasta las puertas de Turín. Mirábalo el duque de Saboya desde un montichuelo donde hay un convento de San Francisco; faltaba mucho por formar el sitio, y se prevenía lo necesario. El duque de Vandoma, para recoger sus tropas, pasó a Pavía y a Lodi; era preciso oponerse al príncipe Eugenio, que

estaba en Romanengo fortificado, y había elegido un campo lleno de fosos y cortaduras. Para dar quietud al Cremonés pasó más adelante Vandoma; echó dos puentes al Oglio, y con continuos asaltos de caballería tenía siempre en armas a los enemigos, nada seguros por la izquierda, después que el gran prior ocupó a Matcaria, Caneto y Ustiano, donde hubiera podido encerrar cuatro mil alemanes si hubiera apresurado la marcha. Faltábanle tropas al duque de la Fullada para el sitio de Turín, y no lejos del Oglio los alemanes, podía recelarse el socorro, aunque los franceses guardaban las orillas, porque los había engañado Eugenio muchas veces.

Al duque de Vandoma, para estar más pronto a todo, le pareció poner sus tropas en Casán y ocupar los collados. Con esto resolvió el príncipe Eugenio atacar al gran prior de Vandoma; súpolo el duque por los desertores, y con toda la caballería fue a socorrer a su hermano; dejó en Casán el teniente general Seneterre, y mandó a don Francisco Colmenero y al señor de Luxemburgo que le siguiesen con gran parte de la infantería, por si se podían hallar en la batalla. Todo sucedió a medida del deseo, porque se unieron las tropas antes de ella, y estando ya a la vista de Eugenio se vio precisado a darla.

Era el día 17 de agosto, y en lo más ardiente del sol se ordenaron los ejércitos. Eugenio, que regía la derecha, cargó la izquierda de los franceses, mandada por don Francisco Colmenero, que, aun herido, sustentó con valor la pelea. Llamó más gente el príncipe, y a Colmenero le socorrió Albergoti, pero ni con esto pudo resistir el nuevo ímpetu de los alemanes, y fue la siniestra de los franceses deshecha; siguieron los vencedores hasta el puente y ocuparon unas rústicas casas, de donde a su salvo herían el centro de los franceses. Recogió con gran celeridad los huidos Alhergoti, y volvió a empezar nueva batalla, no favorable a los suyos, mientras conservaban las casas los alemanes. Para echarlos de ellas envió un gran destacamento Vandoma, y lo consiguió.

Ya todos en campo abierto, cobraron brío los franceses y volvieron al campo en que se combatía, retrocediendo Eugenio hasta el lugar donde había empezado a acometer; así, por la derecha de los alemanes alternaba la fortuna; la de los franceses la gobernaban los señores de Praslin y Fran-Sremond, impacientes de no poder pelear por lo escabroso del sitio. Duraba aún la sangrienta disputa con la izquierda de los franceses, y sin desistir de ella el príncipe Eugenio, movió el centro de sus tropas contra Vandoma; flaquearon las primeras filas y retrocedieron un poco los franceses; acercó la segunda línea el duque, y se exasperó la acción con tanta necesidad, que ya se peleaba sólo con bayonetas. El duque recibió una herida; ésta le encendió más, y tanto esforzó sus alientos, que retrocedió Eugenio a su lugar. Estrechábanle los franceses con gran denuedo y resolución, y para alentar a los suyos llamó a muchos por su propio nombre, y uniendo más las líneas, pasó con ellos hasta las primeras filas; también recibió una herida, porque trató el valor con desprecio, y tanto se adelantó peleando por su propia mano, que llegó hasta la mitad del campo, valerosamente sostenido de los franceses, sin que de él retrocediese un paso.

La noche pacificó la ira; nadie tocó a retirada, pero ambos generales la mandaron con voz baja. De los alemanes murieron el príncipe José de Lorena, el de Witemberg y el general Lenagen. De los franceses, ningún oficial general; pero fue igual la pérdida: quedaron en el campo doce mil hombres, y más prisioneros quedaron de los franceses. Por nadie quedó el campo ni la victoria; los franceses se gloriaban de haber dejado pasar el Oglio a

los enemigos; éstos, de no haber embarazado el sitio de Turín. Por eso, se determinaron con más vigor los franceses, y acercaron a él todo el ejército. Saliéronse de su corte la madre, mujer e hija del duque de Saboya. Temió mucho la Italia este sitio, porque si rendían a Turín los franceses, la imaginaban esclava. Sus príncipes, estudiando cada uno su seguridad, favorecían por eso cuanto era posible a los alemanes.

No se le ocultaba esto a Luis XIV, y temiendo una liga de Italia contra él, o vencido de los ruegos de su nieta la duquesa de Borgoña, hija del Duque, envió por la posta al señor de Dreuscen, mandando se suspendiese el sitio de Turín. De esto se dolió altamente el duque Vandoma: representó se perdía la mayor oportunidad; propuso infalible el rendimiento de la plaza, y que con ella nunca saldrían de Italia los franceses, facilitándoseles cualquier empresa; pero la señora de Maintenon y Xamillat, contemplando a la duquesa de Borgoña, hicieron persistir al Rey en el decreto, del que resultó, como veremos, perder el Rey Católico los Estados de Italia. Vandoma propuso no servir más en ella, y que se perdiese en ajenas manos, porque ya veía que, difiriendo el sitio a otra campaña, se daba tiempo a los enemigos de aumentar su ejército, y conocía cuántas inteligencias tenía en París el duque de Saboya, y que no se hacía la guerra con el dictamen del entendimiento, sino de la voluntad.

Enviáronse a cuarteles de invierno las tropas, y algunas a Nissa y Sussa, porque había hecho el duque de Saboya esparcir un falso rumor, que se prevenía una armada en Londres a favor de los calvinistas de Francia. El gobernador de Asta la desamparó, porque dio engañado esta orden el secretario del duque de la Fullada; luego la ocupó el de Saboya. El príncipe Eugenio se fue a Crema, y el duque de Vandoma a Pizzigiton.

No se podía proseguir operación militar alguna por las continuas lluvias, rara vez vistas con tanto exceso, que pareció se sumergía la Italia. Salieron de madre el Po, Adda y Atesis, y mucho más el Ticino; perecieron muchas familias, llevadas de la violencia del agua las casas; se vio en este río, arrebatado en su propia cuna, un niño con un perro que con él dormía, y navegó así por dos días hasta que un hombre del campo le sacó. Lo irregular de las lluvias no retardó al duque de Berwick el sitio del castillo de Nissa; impedíale el paso el Varo, entumecido, y mandó reparar los puentes que se habían llevado las aguas; trajéronse por mar, de Lenguadoc y Provenza, los víveres y municiones, y se levantó trinchera. El señor de Carail defendía el castillo con dos mil presidiarios, hombre valeroso y experimentado. Había minado toda la fortaleza y hecho cuanto cabía en el arte para dilatar la defensa; y como feneció el año antes de cumplirse esta expedición, lo diremos en su lugar.

No ardía en menores llamas la Alemania y Flandes. Los bávaros, mal hallados con el nuevo dominio, llamaron al propio dueño; transpiróse el secreto, y padecieron más dura servidumbre; demuélense las fortificaciones, y ni a la principal de Mónaco se perdonó. Los franceses hacían sus almacenes en Theonvi1le y Metz; habíase reclutado con diligencia, y vino a mandar el ejército el mariscal de Villars, que había sido creado nuevamente duque y par de Francia. El señor de Almen, ministro holandés, corrió las cortes de Germania para inflamarlas a la guerra; no era menester esto, porque el Rey de Romanos lo hacía con mayor eficacia. Los coligados hicieron su junta de guerra en Tréveris, y la fortificaron para que fuese más libre la navegación a la Mosela. Edificaron un castillo en el monte, y se hicieron diques para soltar las aguas cuando fuese preciso. El

general Doplh, holandés, llegó con sus tropas a la Mosela; aquí se juntaron las de los príncipes de Alemania. Viéndose inferior en fuerzas Villars, dispuso que el mariscal de Villarroy inflamase la guerra en Holanda para distraer a los aliados, y estudiando su seguridad, echó del puente de la Brilla a los palatinos, sorprendiéndolos.

El señor de Rossel, francés, devastaba la tierra del ducado de Dupont, y obligó a sus moradores a retirarse a Landau y Maguncia; también ocupó a Hemberg y Saarbourgh. Las tropas de Suevia y Franconia se acercaron a Philisburg, que eran veintitrés mil hombres, a los cuales se juntó el príncipe de Baden con treinta mil.

Aún no se había determinado en Viena expedición alguna; embarazábalo la quebrada salud del emperador Leopoldo, que ya daba señales del último peligro, y por eso a 23 de abril, prevenido con los sacramentos de la Iglesia, al siguiente día hizo su testamento, en que después de José, su primogénito, -si muriese sin descendencia varonil-, nombró por heredero de todos los países hereditarios a su segundo hijo, Carlos. Dio las razones porqué incluía en ellos los reinos de Hungría y Bohemia, explicando que ésta fue ganada por armas, vencido en la batalla de Praga Ferdinando, y aquélla conquistada con grandes expensas, sacándola del poder de los turcos, y que no había dado decreto alguno en que se les restituyese la antigua libertad o derecho de elección. Diole su hidropesía lugar a todas estas justas disposiciones, y a los 5 de mayo murió, de edad de sesenta y cinco años.

Este fue uno de los más esclarecidos y afortunados príncipes de su siglo. Era su aspecto majestuoso; la cara larga y morena, poco pobladas las sienes y el labio inferior un poco grueso y levantado; la estatura, mediana y bien formada; era blando, prudente, recto y religioso, aunque alguna vez dejó de parecerlo; porque las políticas de los reyes tienen tan oculto fin que hacen dudar de la verdad. Fue siempre casto, verídico, sobrio y taciturno. Montaba bien a caballo y entendía la música, a la cual y a la caza, estaba inclinado. No era liberal ni magnífico, ni propenso a la guerra. Tenía tanta experiencia de los negocios, que podía gobernar bien si quisiera; pero el temor de errar le embarazaba, y así, obedecía siempre a ajeno dictamen. Ninguno fue más abierto transgresor de las leves del Imperio; creó reyes, electores y príncipes a su arbitrio, y se hizo respetar más que muchos de sus predecesores. Conquistó la mayor parte de Hungría y coronó dos hijos. De éstos, el primogénito, José, rey de Romanos, fue elegido por Emperador, pero antes ya había tomado las riendas del Imperio, porque su inmoderado deseo al Trono no le dejó esperar las acostumbradas ceremonias. Reconocióle toda la Europa, menos los reyes de España y Francia, los electores de Baviera y Colonia, que aunque hicieron sus protestas, no fueron atendidas ni ellos admitidos al congreso de Ratisbona, como pretendían; tratáronse como rebeldes al Imperio y creyeron los demás electores ser en bastante número para hacer válida la elección. Con el nuevo Emperador declinó la autoridad de todos sus áulicos y dependientes, y mucho más la de su madre. Su mujer Amelia nunca la tuvo, y con la misma se quedaron el príncipe Eugenio, el de Baden y Guillermo de Staremberg. Teníalos por necesarios, y no le pesaba poco; creció el cuidado de la guerra, y ya no hablaban tan alto los eclesiásticos y los príncipes de Italia. Mandó luego hacer reclutas y pidió nuevos donativos, y presidió a Ratisbona contra los fueros de ella; daba la violencia al derecho.

Para no estar ociosas las armas, se acercó con diecisiete mil ingleses a la Mosela el duque de Malburgh. En Mastrich mandaba el ejército de los holandeses el general Overkerker. Determinóse en el Consejo de Guerra sitiar a Theonville y Kell; encargóse la empresa a Luis de Baden y a los ingleses, y por eso pasó por Cusambrik las aguas sarrenses Malburgh, con más de cien mil hombres, y puso su campo a la vista de los franceses, teniendo por la derecha la Mosela y por la siniestra a Carnoldo. Estaba atrincherado en Sirchen el mariscal de Villars; ocupaba la caballería la llanura, y la infantería las eminencias del terreno. Sólo por la frente podía atacar el inglés, si quería la batalla, pero ninguno la buscó. Por eso estuvo ocioso Overkerker en la Mosa, porque ésta entonces dependía de la Mosela. Logró de esta oportunidad Villarroy y mandó al conde de Gazen pusiese sitio a Huy, y se acampó en Viñamonte esperando el éxito; juntamente se abrieron las trincheras contra la ciudad y el castillo; mandábanlas los señores Bruzols y Artanian, varones esforzados, y a un tiempo batían a los baluartes de Picuat y San José. Rindióse la ciudad, y poco después el castillo, aunque bien defendido, y quedó prisionera la guarnición. Con esto se abrió a los franceses todo el país de Lieja, y entrando en aprensión los holandeses, trajeron de la Mosela más tropas.

El duque de Malburgh quiso juntar a las suyas las del general Tungen y del príncipe de Baden, para dar la batalla a Villars, pero no fue obedecido, porque Baden la creyó intempestiva. Tungen no podía moverse, porque le observaba el conde de Marsin; mucho se enfureció de esto el inglés, y en el silencio de la noche retiró sus tropas. Informó de esto el día a Villars, y picó la retaguardia de los enemigos, no sin alguna felicidad, y la caballería tomó algún bagaje. Para quitar a Villars toda aprensión, Villarroy fingió el sitio de Lieja y puso sus reales a vista de la plaza. Precisó esto a Malburgh a bajar a la Mosa, adonde también concurrió Villars. Los ingleses se acamparon en Mastrich, y los alemanes y prusianos en las líneas de Lautemburg; los westfalienses y palatinos en Tréveris, y los franceses en Theonville. Así estaban los ejércitos cuando el duque de Baviera tomó a Lieja; pero no habiendo podido rendir el castillo, desvaneció el sitio.

Más fuertes estaban en la Mosela los franceses; de repente se movieron Villars y Marsin; éste ocupó a Werseo y Seltz; aquél rompió las líneas de Tréveris y ocupó la ciudad; juntóse a Marsin para asaltar las líneas de Landau, pero fue en vano, porque se juntaron al general Tungen los prusianos, suevos y franconios, con que hizo un ejército igual al de los franceses. No pudo estorbar esto que rompiesen las líneas de Wisemburgh, deshechos cuatro regimientos de caballería; pasaron a Lautemburgh y se presentaron a los enemigos. Cinco días estuvo Villars formado en batalla, y no la quisieron los alemanes, atentos a guardar a Landau. Hacía el francés dilatadas correrías hasta el Rhin. Tomaron a Homberga con ochocientos prisioneros, pero luego pararon sus progresos, porque se destacó del ejército de Villars gran parte de tropas para Italia, y así le fue preciso estar sobre la defensiva y reparar las líneas de Haguenau.

Entendió la infausta continuación de las cosas Luis de Baden; entró en nuevas ideas, y se acercó a Maguncia. Otra vez volvió la Mosa a arder. Sitiaron los holandeses a Huy, y a vista del duque de Baviera la rindieron; fortificóse éste no lejos de Namur, y dio ocasión al inglés para que le asaltase. La noche del día 10 de julio movió sus tropas contra el bávaro, y aunque ya había amanecido, tuvo el favor de que hacía una niebla muy espesa, y de esta forma pudo llegar hasta las líneas sin ser visto. Dio el salto por una sola parte;

acudió el bávaro, a la defensa, y sin rumor de tambores hizo el inglés un destacamento contra la parte que le pareció más descuidada; rompióla, y por lo más llano entraron los holandeses, a los cuales siguió todo el ejército. Diose otra batalla, pero estaban desordenados los franceses; los más esforzados concurrieron a sustentarla, y entre ellos don Pedro de Zúñiga, hermano del duque de Béjar, y el señor de Grandin, con sus regimientos, pelearon valerosamente; y habiendo entrado los ingleses a perficionar con la bayoneta la victoria, no mostraron poco valor los que retrocedieron con orden, y era tal, que volvieron a reintegrar la pelea, pero cargados de la muchedumbre fueron vencidos. Quedó no poca gente en el campo, y muchos prisioneros franceses; díjose haber sido causa de la victoria de Malburgh el haber el bávaro extendido la línea hasta la eminencia de Bajeo, cuya extremidad estaba guardada de solos cincuenta hombres, y que hubiera podido aguardar la batalla en campo abierto, ya que era igual en fuerzas a los enemigos. La fama, entonces poco propicia a los franceses, divulgó que estaban vistiéndose cuando los atacó el inglés, y que la mayor parte de ellos estaban en la cama, otros al espejo acomodándose los bucles de la cabellera, y no pocos en chancletas.

De tan continuadas victorias tomaron gran brío los aliados. Nada les parecía difícil, y ya nada seguro a los franceses. El bávaro adelantó sus tropas al río Dile, para cubrir al Brabante y Antuerpia. El inglés, que deseaba ocupar a Lovaina, determinó pasar el río; defendióle el bávaro, y se retiró a Malburgh con algún desorden, porque habían ya pasado muchos sobre un puente que hizo de excavados troncos; y como era angosta la senda, fue la retirada precipitosa, y cayeron al agua muchos. Las tropas del señor de La Mota se juntaron con el bávaro. El general Spaar mandaba un gran destacamento de ingleses y holandeses que se hizo contra Sas de Gante; ocupó el canal, y se infestaba todo el país de Brujas; acudió el duque de Baviera y se apartó Spaar con poco fruto. Juntas de una parte y otra todas las fuerzas, se pusieron a la vista los ejércitos en Overefil a 28 de agosto; estaba el bávaro formado en una eminencia ventajosa; pesaron los ingleses el Dile, por donde corría menos furioso, para dar la batalla; rehusáronla los holandeses, y dieron a sus tropas cuarteles de invierno bajo el mando de Overkerker, después de haberse perdido de una y otra parte algunos castillejos de poca consideración. Esta fue en este año la campaña de Flandes.

El mariscal de Villars, aun con pocas tropas, invigilaba contra el príncipe de Baden; con militar estratagema extendió por las riberas del Rhin su gente y la fingió más numerosa. Sacó los presidios de la Alsacia, y determinó el no dar ni rehusar la batalla, y para explicarlo al enemigo, ostentó formadas sus tropas muchas veces. Luis de Baden tenía la misma idea y ocupaba las cumbres y los collados, porque el valle estaba cortado de intratables lagunas y pantanos. Deliberó sitiar a Hagenao y lo encargó al general Tungen. Villars condujo su ejército al campo de Strasburgh y se fortificó. El alemán erigió un puente entre Druskeim y Ofendorf para gozar de la feraz isla de Dandalia, más allá del Rhin.

El príncipe de Frisia expugnó a Druskeim. Tungen bloqueaba sólo a Hagenao para rendirla sin sangre, sabiendo que estaba la plaza mal proveída; pero viendo que se resistía, empezó a batirla; ofreció indecorosos pactos a su gobernador, el señor de Perio, que no quiso admitir, y sacando con el favor de la noche los cañones con sus cureñas de

los baluartes, dejando para guardar la brecha al coronel Harlin con pocos, salió con todo el presidio por la puerta del Saverne con grande orden y silencio.

Era sumamente oscura la noche, y dispuso por manguardia toda la artillería: seguíanse las tropas, y detrás todo el bagaje, para que sirviese de impedimento al enemigo si lo advirtiese; encontró con la gran guardia de los sitiadores, compuesta de cincuenta hombres: quisieron hacer oposición, pero fueron rechazados. Al amanecer vio Tungen lo que ocultó la sombra; mandó seguir los que se retiraban, pero ya era tarde, porque habían pasado el Soria y no era fácil vadear precipitosamente sus aguas. Rindióse Hagenao; mayores ideas concibió el príncipe de Baden, pero se hizo de sus tropas un gran destacamento para Italia, porque clamaba por el duque de Saboya el príncipe Eugenio. Los Estados de Baviera volvieron otra vez a armarse, y salieron a campaña quince mil hombres, ocupando de repente a Biburgh, Strambingh y Braunavia; rindieron por escalada a Burgauso, y hubieran hecho mayores progresos si se les hubieran unido los bohemios, solicitados a la rebelión, que rehusaron.

El César, sin dilación, envió tropas bajo el Palatino y el príncipe de Witemberg. El general Wentzio recobró a Burgauso; resistíanse los sublevados, y fueron precisas algunas capitulaciones para aquietarse.

Pasó el duque de Malburgh a Londres. y recibió no pequeños aplausos de vencedor; confirmábase cada día en la gracia de la Reina, y se le dieron diez mil libras esterlinas de pensión. Esto le cargó de envidia; no faltaba a sus enemigos materia en que censurarle, y porque no podían en la conducta y el valor, le notaban de avaro y poco legal en la administración de los grandes caudales que de Inglaterra se le remitieron y de las contribuciones de las provincias enemigas, que decían haberse aplicado para sí; pero con la celebridad de los triunfos y de la adquirida gloria estaban los ingleses ciegos. Gastábanse sumas inmensas de dinero; contribuían cantidades nunca vistas los pueblos: bajaban las acciones de los bancos, y se disminuía el comercio; todo servía para inflamarse más en el empeño y en nuevos gastos. Nombráronse siete almirantes para las escuadras que se prevenían, y como faltaban marineros, se trajeron con grandes expensas de Dinamarca. Diose una escuadra al almirante Skiovel, para que corriese las costas de Francia; añadiéronsele después las naves destinadas al almirante Roock, porque éste había hecho dejación de su empleo; entonces se mandó al almirante Binghs que con su escuadra invigilase sobre los puertos de Francia, otra se envió a la América, y se mandó a Skiovel pasase con la suya a Lisboa, donde entró faustosamente con ciento y treinta velas, incluidas las de transporte, porque llevaba doce mil hombres de desembarco mandados por el conde de Peterbourgh. Dieron vista a Portugal, donde luego se juntó Consejo de Guerra en que asistieron, a más de los jefes de ella y los ministros del rey de Portugal, el príncipe Jorge de Armestad, el almirante de Castilla, el conde de la Corzana; estuvieron también presentes los reyes de Portugal y Carlos de Austria, el príncipe del Brasil y la reina viuda Catalina, con el príncipe Antonio Leichtestein. Suscitóse la duda de cuál había de ser la expedición, y los pareceres fueron varios.

Galloway dijo se debía atacar a Lenguadoc, donde armados los calvinistas esperaban este socorro prometido de la Reina. Que había muchas inteligencias en Mompeller, Nimes, las Cevennas y todo el principado de Oranges. Que pasaban los rebeldes de diez mil, mandados por Rabanel y Catinacio, varones de valor, autoridad y celo por su religión;

que estaba ya concertado, luego que esta armada pareciese, sorprender a Mompeller, Nimes, Agde, Pont de Lunel y Pesenás, y hacer correrías; desde el puente de Sanct-Spiritus a Narbona, infestar toda la Lenguadoc, el Bedarnés, las provincias de Fox y Bigorra hasta la Aquitania, porque aún en Burdeos y Bayona no les faltaba religionarios, y teniendo amiga toda la tierra del principado de Oranges a Merendol, y los pueblos de la montaña, era preciso que cayese Aviñón. Que se daba la mano esta conjura con la de la Rochela y Normandía, y que tenían los judíos orden de Holanda de suministrar el dinero. Que de todo estaba entendido el duque de Saboya para atacar al mismo tiempo el Delfinado. Que éste era el único medio de soyugar la parte de la Francia que baña el Mediterráneo, donde había pocas plazas y desprevenidas; que todas las tropas estaban en el Rhin, en Flandes y en Italia, y que se vería precisado el Rey Cristianísimo, teniendo en el centro del reino la guerra, no sólo a sacar a su nieto de España, pero a otras indecorosas condiciones que repugnaba, y a dejar en sus reinos libertad de conciencia, que era lo propio que eterna semilla de inquietud. Que no se podía mantener la España sola, y que enflaquecida o abatida la Francia, se lograba el intento. De este parecer fueron todos los ingleses y holandeses, y la reina Catalina, con algunos ministros de Portugal.

El príncipe de Armestad dijo se debía ir contra Barcelona, donde esperaban al nuevo Rey con ansia. Que estaba formada la conjura de la mayor parte de los nobles y ciudadanos, sostenidos de las casas de Centellas y Pinos, esclarecidas y autorizadas en aquel principado. Que ya actualmente estaba la plana de Vich sublevada, y que sólo ésta ofrecía ocho mil hombres. Que eran los catalanes gente feroz y pertinaz en la rebelión, que la tenían como por costumbre. Que el virrey de Cataluña era don Francisco de Velasco, hombre de poca autoridad y aborrecido, que había podido deprimir pocos sublevados por falta de tropas y de conducta. Que no era Barcelona plaza fuerte, y que el deseo de mudar dominio se había extendido a los reinos de Aragón y Valencia, cuya rebelión tenía ofrecido el conde de Cifuentes si con un proporcionado ejército viniese el rey Carlos. Que hasta los religiosos y todos los eclesiásticos estaban por la Casa de Austria, menos los jesuitas, y que en toda la nobleza había una señal de conocerse entre sí los austríacos, que eran cintas de color amarillo, y que sabían habían llegado a tal extremo los confesores, que muchos no absolvían a los que no detestaban en su corazón la dominación de los Borbones. Que rendida Cataluña, era fácil el camino a todas partes, pues no había en ella más plazas que Tortosa hacia Valencia, y Girona hacia la Francia; porque Rosas era marítima y puesta a un lado, Tarragona no era plaza regular ni estaba presidiada; que el reino de Aragón estaba abierto todo, porque Lérida era un antiguo castillo mal formado y de ninguna resistencia, por lo cual estaba también expuesto el reino de Valencia, cuya única fortaleza era el castillo de Alicante en la orilla del mar. Que había junto a Felipe de Borbón muchos traidores, que no lo parecían de la primera orden de la nobleza, cuyos nombres había dado al Emperador, y que él salía por fiador sobre su cabeza del feliz éxito de la empresa, sin que se hiciese reparo sobre la infelicidad de la primera expedición del general Roock, porque no había gente de desembarco ni estaba el Rey, como se les había ofrecido. Que la expedición contra la Francia era una guerra prolija, dudosa y de inciertas consecuencias, aun venciendo; que el objeto era España, y que se debía ir directamente contra ella. De este parecer fue el rey Carlos y todos los alemanes, porque sabían que ésta era la mente del César.

A ambos se opuso el almirante de Castilla, queriendo probar que el golpe mortal para la España era atacar la Andalucía, porque nunca obedecería Castilla a rey que entrase por Aragón, porque ésta era la cabeza de la Monarquía, y rendidas las Castillas obedecerían forzosamente los demás reinos, y aun la Cataluña, y con más facilidad, ya que estaba inclinada a los austríacos; que sería pertinaz en el amor al rey Felipe Castilla, si presumían los reinos de Aragón darle la ley, y que entrar por la Cataluña no era más que introducir la guerra civil, con la ruina del Imperio que se iba a conquistar; que las promesas del conde de Cifuentes no tenían fundamento, y poco se podía prometer de lo que había sembrado entre gente ínfima; que era hombre de sangre ilustre, mas no de los de la mayor autoridad, ni grande, y que su vanidad le hacía esperar imposibles. Que no se debía fiar el Rey de los catalanes, gente voluble y traidora, y tan amante de sí misma, que si les importase mudarían luego partido, porque sólo contemplaban el rostro de la fortuna, y no podrían ejecutar cuanto quisiesen, porque tenían contigua la Francia, que enviaría socorros frecuentes y oportunos para cerrar la Cataluña entre dos fuegos; que no era fácil con doce mil hombres tomar tantas plazas, ni eran de servicio los del país, que sólo saben pelear como ladrones, enteramente ignorantes de la disciplina militar; que para rendir este cuerpo de la Monarquía se debía dar el golpe a la cabeza, que era Castilla, y que la mejor puerta para ella era la Andalucía, porque estaba en Cádiz y Sevilla el emporio de la América, la cual obedecería al dueño de ellas, y que se le quitaba de golpe a España sin gasto alguno ni guerra las Indias y el manantial de cuanto oro y plata se gastaba hoy en el mundo; que plantaría en Sevilla su corte el Rey, lugar acomodado para el comercio de ingleses y holandeses, y que, perdida la Andalucía, no tendría el rey Felipe ni dinero ni caballos para formar sus ejércitos; que también podían entrar los portugueses a ella por los Algarbes, y si este camino les parecía escabroso, avigorar la guerra por Extremadura, que era una fuerte diversión y también atacaba el corazón del reino; y que al fin, que si el Rey llegaba a Madrid por el Betis, el Duero y el Tajo afirmaría su Trono; pero si venía por el Segre y el Ebro, no podría permanecer en él.

Este voto fue de la aprobación del rey de Portugal y de los más de sus consejeros, y se hubiera inclinado a él el rey Carlos si no sostuviera la opinión del príncipe de Armestad y el de Leichtestein. En este congreso nada se determinó; después de haber desembarcado el general Skiovel, hubo otra junta, y se resolvió ir a Barcelona, no dejando la guerra de Extremadura. Para dar en ella algunas disposiciones, se envió a Estremoz al almirante de Castilla, que, apesarado y con tedio de sí mismo, porque no le salían favorables sus ideas, tuvo un grande accidente apoplético con pérdida de los sentidos; volvió a ellos a fuerza de cauterios; recibió los sacramentos e hizo testamento. Dejó por heredero al rey, Carlos, después de cumplidos no pocos legados y obras pías, y por curadores testamentarios al padre Casneri y Cienfuegos. Al otro día le repitió el accidente a la misma hora en que le había acometido, y expiró. El rey de Portugal hizo magníficamente depositar su cadáver a propias expensas, fuera del panteón de los Reyes, en la iglesia de Belén, hasta que se fabricase el sepulcro que había ordenado en su testamento. Se dijo que lo había sentido poco el rey Carlos, a quien le era pesado un hombre de tanta magnitud que con nada se podía contentar.

Descubierta la conjura de los calvinistas en Francia, y entregados al suplicio los autores con otros trescientos secuaces, no tenía ya más lugar la opinión de Galloway, ni aun la del almirante, porque había el Rey Católico presidiado y abastecido bien a Cádiz y las

costas de Andalucía, y se había descubierto en Granada la conjura que tramaba un indigno y relajado religioso de la Orden de los Mínimos de San Francisco de Paula, llamado Francisco Sánchez, hombre inicuo cuya sutileza de ingenio le servía sólo para cometer los más horrendos delitos.

Ya sin contradicción el parecer del príncipe de Armestad, aprobado por el César y sus confederados, se hizo a la vela la grande armada de ingleses y holandeses con el rey Carlos, que dejó por su ministro en Lisboa, con carácter de enviado, al padre Álvaro Cienfuegos; a 11 de julio dio vista a Cádiz, y para fingir alguna idea, empezaron las naves a sondear las aguas de la isla de León. Embarazólo la artillería de la plaza, y por la noche se volvieron a partir, enderezando la proa a Gibraltar. El tiempo les hizo dar fondo en cabo Espartel; permanecieron allí cinco días, y algunos después se entretuvieron en Gibraltar, pasaron el Estrecho y a 9 de agosto se dejaron ver en las aguas de Alicante; pusiéronse a la capa mientras volvía la respuesta de unas cartas que envió con una lancha el príncipe de Armestad al gobernador del castillo y al magistrado. La respuesta fue honrada y conforme al ya prestado juramento. Pasaron a Denia, y desembarcó disfrazado en humilde traje -no impropio de su nacimiento- un tal Basset, valenciano, que había muchos años servía en Alemania viviendo aún Carlos II. Éste, perito en la lengua y en el país, concitó la rebelión a unos hombres de grande autoridad de los pueblos, valientes por su persona y arrojados; tenían poco que perder, y así nada aventuraron en la sublevación. Estos eran Gil Cabezas, Vicente Ramos y Pedro Dávila. No les faltaban emisarios en el pueblo, que ofrecían entera abolición de tributos. Tumultuóse la plebe y se rindió la ciudad, no tenía el castillo provisiones, y con sólo amenazas y promesas hizo lo propio. Aclamóse al rey Carlos, y mandaba por él Basset, con un despacho de virrey y gobernador de las armas, en todo el reino de Barcelona. No se descuidó de turbar los confines, y creció el número de los sediciosos más de lo que se debía temer, porque concurrieron de todo el reino facinerosos y forajidos, y los que por falta de bienes querían tentar nueva fortuna.

Basset quitó las gabelas y todo género de tributos, de esto se regocijó mucho la provincia: contribuía con todo lo necesario de la guerra, pagaba mucho más, pero no lo advertía porque lo hacía voluntariamente, aborreciendo el nombre de tributo, o porque se vistió de un nuevo afecto y empeño a la voluntad (así nos engañan nuestras pasiones cuando, no bien examinadas, las permitimos que empiecen). Con estas noticias se le enviaron a Basset dos mil ingleses, que se hubieran internado en el reino si no lo embarazase don Luis de Zúñiga, a quien se juntó con un destacamento de guardias de caballería don José de Salazar. En Oliva se juntaron veinte compañías de infantería y ocho de caballería. Envióse al duque de Gandía, autorizado magnate en aquel reino, para mantener en fidelidad los pueblos; era virrey el marqués de Villagarcía, hombre ilustre, bueno, maduro y político. Había sido enviado en Génova y embajador en Venecia, y así, no era su profesión la guerra. Esforzaba cuanto podía su elocuencia para mantener leales aquellos nobles, que gran parte de ellos vacilaba, y por eso era menester armas y no palabras.

A 22 de agosto dio fondo en las costas de Barcelona, a vista de la ciudad, la armada inglesa. Empezó a cañonear la ribera, y se retiró la poca caballería que la guardaba. Hicieron su desembarco las tropas, y aunque prevenía para la defensa don Francisco de

Velasco, no tenía lo necesario para esto. La ciudad fingió más miedo del que padecía, y todo era traición. Los principales conjurados fueron: el conde de Centellas, don José y don Miguel Pinos, los Clarianas, don Antonio de Bujadós, conde de Zaballá; don Francisco Amat, don Pedro Samenat, don Juan Antonio de la Paz, Berardo José Sebastida, y otros muchos. Mostráronse fieles al Rey los Marimones, Cortadas, Ons, Copons, Taberners, el marqués de Rupit, el conde Bornonville, don Jerónimo Rocaberti, don Francisco de Agulló, el marqués de Argensola, la Casa de Gironella, don Pedro Desbarch, Llar, Cartellas y otros; pero eran más en número los contrarios.

Acaso estaban en Barcelona el duque de Populi con su compañía de guardias italianas, que había traído de Nápoles, el marqués de Risbourgh y el de Aytona, hombres de incontrastable fidelidad y valor. Éstos asistían a Velasco, pero faltaban tropas, y las que había, en parte adhirieron a la conjura. La gente que desembarcó obedecía al conde de Petesbourg, pero la disposición de la guerra estaba a cargo del príncipe de Armestad, que cada instante despachaba cartas y manifiestos a la ciudad y su comarca. Esperaban se sublevase la provincia, y así iba lento el sitio y no formal, dilatándose las hostilidades veinte y cinco días.

Callaban con doble engaño los nobles que adherían al rey Carlos, pero adelantaban cuanto les era posible su partido. Dispusieron que seis mil rebeldes y forajidos llegasen hasta las puertas de Barcelona y aclamasen al rey Carlos. Esta era una turba de los hombres más perversos y malvados de todo el principado, que buscaban en la rebelión el perdón de sus delitos. Enarbolaron estandarte austríaco, y ciñeron la ciudad lo que bastaba a que no la entrasen víveres del circunvecino villaje, y a que probasen los moradores alguna penuria, exagerada de los traidores para conmover al pueblo. Pidió Velasco dinero al magistrado de la ciudad, y descaradamente se le negó; estaba ya todo corrompido, y algunos ciudadanos y nobles salieron a sublevar la provincia con felicidad, pues ya todo el país abierto estaba por el nuevo Rey. Algunas ciudades muradas esperaron de mala gana a que se presentasen tropas enemigas, que no las tenían por tales, porque luego las abrían las puertas.

A 29 de agosto desembarcó el rey Carlos, avisando de esta novedad al reino con duplicada salva de artillería. Tratóse luego como Rey Católico, y con estas ceremonias recibió y dio pública audiencia a los embajadores de las Coronas que consigo traía. El duque de Moles, por el César; el conde de Methobin, por la reina británica, y el conde de Azumar, por el rey de Portugal. Plantóse el real pabellón y se abrió como una feria a la ambición y a la codicia, porque luego se dieron premios y honores.

Los paisanos corrían desde el Hospitaleto al puerto. El conde de Cifuentes se internó más, y sublevando los confines del principado de Cataluña y esparciendo papeles en lengua española y catalana no sólo sediciosos, pero insolentes. Con la mayor brevedad se erigieron de tierra y fajina dos castillejos contra las salidas de la plaza y de Monjuí. Batíanse ya los muros, y se empezó el bombardeo por mar y tierra; poco fuego hacía la ciudad, por falta de artilleros, porque los del país, o huyeron, o se escondían, o disparaban sin bala. Aún desleal, quería la ciudad conservar la imagen de fiel. Fue el pueblo a pedir armas al virrey, aunque ya sabían que no las había; ofrecen defenderse, y todo era nueva traición. Los nobles más desafectos fueron a ofrecerle su persona y sus haberes, no sólo porque se corrían los más advertidos de quedar borrón de la Historia, como porque no

viendo todavía sitio formal, aún dudaban de la felicidad de la empresa. Nada ignoraba el virrey, pero no lo podía remediar; faltábanle fuerzas para defenderse de los extranjeros y deprimir la insolencia de los naturales. Todo el mando se reducía a ruego, y aunque con los pocos de quienes se podía fiar no descuidaba de su obligación, todo era vano. Por horas sabían los enemigos lo que pasaba en la plaza, no sólo porque se hacía gala de la deserción, sino porque tenían dentro tantos parciales, que por hacerse mérito iban a porfía a dar las noticias.

Quinientos caballos y mil infantes ingleses fueron contra Figueras, donde había setenta soldados, y ni una embajada fue menester para rendirla. Con sola ella lo hizo Girona, donde había tres compañías que habían tomado ya partido antes de entregar las llaves. El gobernador de Rosas despreció amenazas y promesas, descubrió en su primer origen una conjura que se iba formando y mantuvo la ciudad por el rey Felipe. Ya todo el principado en armas, se enfureció contra sí mismo; hallaron la mayor oportunidad los facinerosos y malvados, y llenaron la tierra de sacrilegios, violencias, adulterios, robos y homicidios, y si acaso encontraban algún parcial de los Borbones le trataban con piedad si le daban luego la muerte.

Pasó la licencia a un furor que lo atropellaba todo. Los mismos católicos violaban los templos, buscaban a los que tenían fama de ricos y, a fuerza de tormentos, querían exprimir aún más de lo que los infelices poseían. Atado a un leño, el padre miraba violar a su hija, y el marido, el forzado adulterio de su mujer. Dudárase de la verdad si la escribiéramos como es en sí. No puede la ingeniosa malicia inventar atrocidades y crímenes que no cometiesen los catalanes contra sí mismos. Los ingleses profanaron los templos y las sacras aras, haciéndolas teatro de la torpeza. Servían las imágenes para el escarnio, juzgando con lo insensible la impiedad. Dios vivo en el sacramento de la Eucaristía se dejó pisar de sacrílegas plantas, y aún más ignominiosamente le trataron muchos herejes, que tiene la pluma horror para escribirlo. Hacíase de los templos pública casa de lascivia, lecho de los altares y alguna vez caballeriza; al fin, más rabiosa que regular aquella guerra, enfurecida la tierra contra sí misma, tuvo todos los ensanches la malicia.

Muchos sacerdotes y religiosos, cuyas órdenes y nombres callamos por veneración al santo instituto, dejando los sagrados hábitos de él, se vistieron de bandoleros, ciñeron armas y no dejaron atrocidad, sacrilegio y torpeza que no cometiesen: muchos ayudaban a los herejes a sus execrandas violencias; era el pretexto la causa pública y el amor al rey Carlos, y hacían servir el nombre de un príncipe piísimo y religioso a sus iniquidades. Hízose una injuriosa expedición contra Lérida, y se presentaron a la ciudad trescientos infantes del país, que eran sus armas antiguas y denegridas espadas y mal prevenidas escopetas, palos y lanzas; con poca diferencia armados, venían otros ciento y cincuenta a caballo en mulos y borricos, con alabarda. Este fue el formidable ejército que sitió a Lérida, y con la amenaza de que les destruirían sus huertas y jardines. Prevenido ya de algunos emisarios el pueblo, tumultuoso, pidió al magistrado que abriese las puertas; opúsose con fidelidad constante el obispo don Francisco de Solís, religioso de la Merced, hombre bueno, sabio y que entendía lo que era de su obligación. Convocó el clero y se ofreció a la defensa; mas ya sordo o corrompido de promesas el pueblo, aclamó al rey Carlos, abrió las puertas y convirtió las armas contra los que le parecieron desleales. Uno

de ellos, que fue don Antonio Cabderilo, viéndose perseguido de la muchedumbre, se escondió en una cueva; huyó el obispo a pie, con sólo su breviario y dos criados, y se retiró a Fraga. El gobernador de la ciudad, con veinte y cuatro hombres que tenía de presidio, se acogió al castillo, y luego desertaron todos. Quedóse con seis enfermos, y éstos, sin noticias del gobernador, abrieron las puertas. Así se perdió Lérida; casi de la misma manera, Tortosa y todo lo restante de Cataluña, pareciendo aquel espíritu de sedición un fuego que prendía en los áridos campos de las mieses; tan dispuestos estaban a la rebelión aquellos ánimos.

Ya tenía Barcelona la brecha abierta, y habían hecho las bombas algún estrago en los edificios. El virrey dio permiso para que saliesen las mujeres, viejos, niños y enfermos; de las señoras salieron muchas, y de los demás, sólo los que fueron al rey Carlos. El príncipe de Armestad determinó atacar primero a Monjuí; a 14 de septiembre, por un desertor, supo el nombre del santo que había aquella noche dado el gobernador del castillo y, fiado en las sombras, condujo un buen número de tropas a sus muros. Disfrazado en granadero dio engañosamente el nombre del santo y aclamó al rey Felipe para que se le abriese el rastrillo. Había ya llegados al foso, y sin orden alguna, aclamaron imprudentemente sus soldados al rey Carlos. Conocieron los españoles el engaño y se pusieron en defensa; una bala de artillería hirió al príncipe en un muslo; apartáronle en hombros de los suyos, para retirarle a su tienda, y estando, al parecer, fuera de tiro, le pusieron en tierra para que un cirujano le tomase la sangre, que la vertía en gran abundancia, y atase la herida. Estando en esto, un casco de bomba que reventó no muy lejos, hirió otra vez al príncipe en un hombro y le mató.

El ruido informó a don Francisco de Velasco del hecho: hizo una salida, y rechazó a los enemigos. Peterbourgh, antes de saber la muerte de Armestad, viendo la infelicidad de la primera empresa y queriendo perder al príncipe, por envidia de la dirección que se le había encargado, repugnando trabajar para construir ajena gloria, mandó embarcar todas las provisiones, armas y pertrechos y que se volviese al navío el rey Carlos para atribuir la desgracia al príncipe, no habiendo sido jamás de su aprobación la empresa de Barcelona.

Mientras estaban alistando la que se había de llevar a la orilla del mar y recogiendo los equipajes, supo la muerte del príncipe y mudó de dictamen, porque, como vela que todo el peso del negocio se reservaba a su conducta y se le atribuía la gloria, no teniendo ya quien se la compitiese, se aplicó con más vigor y tenacidad a la expugnación de la plaza. Mandó que nada se embarcase, y se prosiguieron los ataques. Al otro día batió los muros con más fuerza, y el castillo de Monjuí. Una bomba dio en el almacén de la pólvora de Barcelona, cayó la muralla y mató algunos soldados; luego, sin perder tiempo, dio el asalto el inglés, y se alojó, aunque en estrecho lindar; llenóse de lamentos y confusión la ciudad, exaltados de la traición.

Adelantan los aproches los sitiadores, y también batían la muralla los cañones de las naves. Clama el pueblo pidiendo la rendición, y al mismo tiempo huyen los más de los soldados, y se fueron o al ejército inglés o a los rebeldes. Pocos leales acompañaban a Velasco, que, juntando Consejo de Guerra, hizo llamada. A 9 de octubre se capituló con 49 artículos. Estuvieron de acuerdo el virrey y los militares, a quienes les quedaron todos los honores en la salida por la brecha, bala en boca y tambor batiente, seis piezas de

artillería, veinte mulos cargados y sesenta carros, quince de ellos cubiertos; sus armas y caballos, a la caballería, y que con sus bienes pudiesen salir los nobles y ciudadanos que quisiesen seguir el partido del rey Felipe. La ciudad no quiso entrar en estos pactos, y dijo se entregaba a la clemencia del rey Carlos; estaba más segura con la que ya habían tratado los traidores que con lo que la podían procurar los leales.

Determinóse para el día 14 el salir el virrey y los demás. Divulgóse maliciosamente que se llevaría los que tenía presos en las cárceles. Con sola esta noticia se tumultuó el pueblo; tocó al arma con una campana que le convoca; abrió las cárceles, sacó los presos y, ya embriagados en la ira, buscan los parciales del rey Felipe, saquean sus casas y las aplican fuego; algunos padecieron la muerte; otros, mil escarnios en las públicas plazas. Buscan al virrey para matarle, el cual estaba encerrado en el castillo, y creció el tumulto porque entró a saquear la ciudad el ejército de los rebeldes con setecientos desertores. Pedíase a voces la muerte de Velasco, y asaltan el castillo una turba de albañiles, rompen las primeras puertas y le aplican fuego; tanto ruido llamó al general inglés, que entró para apaciguar el tumulto. Esto salvó a Velasco, sacándole por una puerta falsa al mar y a una de las naves inglesas. Opúsose Peterbourgh al desorden de los sublevados, y se llevó a su tienda a los hombres de más distinción que seguían el partido del Rey Católico. Estos fueron el duque de Populi con su familia, el marqués de Aytona, el de Risbourgh, el conde de la Rosa, don Manuel de Toledo y toda la compañía de guardias que vino de Nápoles, de los cuales no desertó uno; todos eran nobles, y los más, de las casas más ilustres de aquel reino.

Dio pasaporte el inglés a cuantos quisieron ir a Madrid, que fueron las casas de Gironella, de Rupit, de Argensola, de la Floresta, de Ons, de Llar, de Darnio, Cortada, Marimón, Grimaos, Taberners, don Juan de Josa y don Agustín Copons, que ostentaron la más gloriosa y constante fidelidad. Otros muchos siguieron el ejemplo, que fuera prolijo referirlo; y aunque no se hace aquí mención de ellos, no se les quita cosa de su gloria. También salieron muchos eclesiásticos, inquisidores y ministros, algunos jesuitas y religiosos de San Benito. Desde su real pabellón confirmó los privilegios del principado y de la ciudad el rey Carlos y dio por nulos los decretos y mercedes del rey Felipe. Creó grandes al conde de Cifuentes, al de Centellas, Zaballá y Pinos; hizo algunos marqueses y condes, y nombró por gobernador de Cataluña a don Pedro Samenat. Muchos, ambiciosos del premio, fingieron servicios que no habían hecho; la codicia no les dejaba ver que se imponían la nota de traidores. Algunos perseveraban fieles, y no pudieron mostrarlo, o por amor a sus bienes o por remisión de ánimo.

Tratóse con desprecio el retrato del rey Felipe; quemó la ciudad los privilegios que le había concedido, pero no dejó de guardar copias, por lo que podía suceder después -que los desleales todo lo juzgaban voluble, como su fe-. Rebosaba alegría la ciudad cuando entró el nuevo Rey; parecieron efigies y estatuas injuriosas a los franceses, y la humilde plebe y mujercillas cantaban insolentes canciones en oprobrio del Rey que habían tenido. La ciudad violaba sus privilegios en lo que contribuía, y además de dar todo lo necesario para la guerra, fundó rentas para la Casa Real y se encargó de insoportables no conocidas expensas; permitióse a los luteranos y calvinistas cátedra pública, porque también obedecía el rey Carlos a la necesidad.

La ciudad de Tarragona también, a ejemplo de su capital, quería sacudir el yugo; presidiábala con su regimiento don Pedro Vico, caballero sardo; hízose un destacamento inglés, y apenas fueron vistos de la plaza, cuando se tumultuó el pueblo, abrió las puertas y se rindió prisionera la guarnición. Partió el almirante Skiovel para sus puertos, dejando diez mil ingleses en Barcelona de tropas arregladas, y de las del país entraron hasta nueve mil hombres, que, aunque escogidos, más servían para la confusión que para la defensa; fortificáronse los confines y se envió a Lérida con un regimiento de caballería alemana al príncipe Enrique de Armestad, hermano del difunto Jorge. Peterbourgh pasó a Girona, y después de fortificada y hecho un nuevo baluarte (al cual puso por nombre *La reina Ana*) se dejó competente guarnición.

Volvió a tentar en vano la fe del gobernador de Rosas; faltábale lo necesario para el sitio, y así se volvió a Barcelona. Las partidas de los rebeldes corrían los confines del reino de Aragón, y aún se internaban con el conde de Cifuentes; dio la obediencia Caspe y Alcañizas y vaciló el reino. Para confirmarle fiel, hizo los mayores esfuerzos el arzobispo de Zaragoza, don Antonio Ibáñez, y la mayor parte del orden de los nobles; levantóse gente a cargo de don Martín de Espinosa, gobernador de Jaca, e hicieron a su costa por el Rey muchas levas el conde de Peralada y el de Atarés, los marqueses de Campo Real, Villasegura y el de Liert, con don Juan Pérez de Muros, hombres nobilísimos y facultosos. Con errado dictamen se llamó del reino de Valencia para defender a Aragón a don José de Salazar, con las guardias de a caballo, porque era el que se oponía a Basset, formóse en Aragón un cuerpo de doce mil hombres, mandados por el príncipe de Esterclaes: Salazar se adelantó a Fraga, y mucho más el conde de San Esteban de Gormaz, porque pasó hasta Lérida cuando ya estaba fortificada, de manera que era menester sitio formal, y entonces no había prevenciones para ello. Por Híjar quería penetrar en Cataluña Esterclaes, para dar la batalla a los ingleses si ellos quisiesen; pero no tenían tal intención.

Recobró sin dificultad a Alcañizas, desarmó al pueblo y casi cogió allí al conde de Cifuentes, que salió en una litera. En Calandra se habían fortificado algunos rebeldes; tomáronla los españoles y ahorcaron cincuenta de ellos; desde entonces por un decenio, empezó a manar sangre de catalanes la provincia. Toda la tierra que está entre los ríos Cinca y Segura obedecía al rey Carlos, a quien también se rindió Ribagorza y los valles de los Pirineos; pero no se pudo adelantar a Jaca porque los bearneses presidiaron su castillo. Escarmentados quedaron los rebeldes de atacar a Maella, y murieron muchos. El conde de San Esteban de Gormaz y el de Guaro aseguraron a Belgida y Atienza con la tierra circunvecina.

Después de la ausencia de don José Salazar creció la rebelión de Valencia. Perdióse Oliva por arte del coronel don José Nebot, que, con todo su regimiento, en el ardor de una acción, se pasó a las tropas austríacas, llevándole engañado. Algunos capitanes, amantes de su honra, detestaron tan vil hecho y quedaron prisioneros; los más tomaron partido, y pocos supieron su depravada intención. También dio la obediencia Gandía, y ya vacilaba la metrópoli del reino, donde la mayor parte de la nobleza estaba por el rey Carlos. Era el autor de la sedición el conde de Cardona, hombre en aquella ciudad nobilísimo y de grande autoridad. El arzobispo de Valencia defendía la parte del Rey, y con esfuerzo persuadía a la fidelidad; sus súbditos le escuchaban poco, y los más estaban

contaminados, esperando cada uno, con el nuevo Gobierno, nueva fortuna o adelantar la que poseía; algunos nobles sacaron la cara por el rey Felipe; los condes de Palma, de Belgida, el de Escallén, el de Albayda, el de Parsén, el del Real de Cerbellón y Carlet, los marqueses de Suma Cárcel, Villanueva y Almenara, con otras muchas familias de nobles: los Ferreres, Valterras, Milanos y otros, que por no ser prolijo, omitimos. El pueblo meditaba la rendición; conmovióse cuando llegó Basset llamado del conde de Cardona. Salióse de la ciudad el virrey, marqués de Villagarcía. Furioso el pueblo abrió las puertas y aclamó al rey Carlos. Entró Basset con quinientos infantes y trescientos de a caballo, y don José Nebot con mucho número de rebeldes. Poco ejército rindió a Valencia, pero no se podía resistir. Basset explicó su carácter de virrey; sustituyóle luego en el conde de Cardona, y después le confirmó el rey Carlos.

Diose libertad para que saliese cualquiera que quisiese. Hízolo el arzobispo, con el inquisidor don Diego Muñoz y muchos nobles: Escribán, Castelví, Armengol, don Luis Mercader, los marqueses de Busián y Castellat, a más de los ya nombrados. De los ministros, el regente García de Soto y otros once. También quedaron aquí por parte de los leales, que no tuvieron valor de probar la adversidad de la fortuna. Todo le era fácil a Basset: creó en marquesa a su madre el rey Carlos; era una vieja desconocida, que aún vivía en la miserable suerte con que nació. Dióla el título y villa de Cruella, con sus pesqueras (también tiene monstruos la fortuna). Mejor título la daban algunos predicadores desatinados que, señalando con el dedo desde los púlpitos, le aplicaban, blasfemos, las palabras de Marcela a la Virgen: *Beatus venter*, etc., tratándola como a restauradora de su patria en su hijo Basset. ¡A tanto había llegado la ceguedad y locura de aquella plebe! Con haberse rendido Játiva, cayó todo el reino de Valencia, menos Alicante y Peñíscola, y aún se extendió la sublevación a los pueblos de la Mancha. Envióse al conde de las Torres, con alguna caballería, a que entrase por Requena en Valencia. Vinieron tropas de Aragón por Monroy, que ocuparon los españoles, y quedó prisionero su gobernador, Blas Ferrer, cabo de rebeldes. No le ahorcaron porque tenía despacho del rey Carlos y era empezar una guerra sin cuartel.

El lugar de Monroy, después de saqueado, se quemó enteramente, porque no hubo morador que no se confirmase en su perfidia. El conde de las Torres puso su campo en Moncada; era su intención rendir el lugar de San Mateo; pero, penetrado por los sublevados, le quisieron presidiar con ochocientos hombres del país y doscientos ingleses, llamados para este efecto. Ya puestos en marcha, les hizo una emboscada don Antonio de Amézaga en lo eminente de la selva, y en los pasos más estrechos puso el regimiento de Navarra. Después de haber entrado todos, en el bosque, ocuparon los españoles la senda, y se acometió a los enemigos desprevenidos; trabóse la acción en un lugar angosto, y por todas partes ceñidos los sublevados, fueron deshechos, los más pasados a cuchillo, y pocos pudieron escapar. Como las tropas del rey Felipe no eran muchas, si se atendía a Aragón crecía la sublevación de Valencia, y si a ésta, la de Aragón, porque todos los tres reinos deseaban sacudir el yugo de los Borbones. Antonio Grau, cabo de rebeldes, entrando por Ribagorza ocupó a Benavarte; era hombre valiente y atrevido; hubiera tomado a Belgida si no la socorriesen los condes de San Esteban de Gormaz y de Guaro; con todo, rindió a Monzón, atacó a Fraga, retiróse la guarnición al castillo, pidió éste capitulaciones y las negó Grau, perseverando en el sitio, hasta que un soldado español, gloriosamente atrevido, hizo con pocos una salida, y de propósito fue a

agarrar por la corbata a uno de los principales rebeldes, con tanta felicidad que se le llevó al castillo. Esto hizo condescender a los sitiadores a capitular, dejando ir libre la guarnición.

Hubieran hecho los sublevados mayores progresos a no haber enviado tropas francesas el conde de Monrevel, gobernador de Aquitania. Con esto se contuvieron los catalanes en el Cinca y Segre y volvió al dominio del Rey Católico Fraga.

* * *

No descansaba la provincia de Extremadura, porque se habían hecho grandes reclutas en Portugal. A principios de octubre determinaron los portugueses sitiar a Badajoz, y pasando el Anna tomaron los puestos y fortificaron una línea desde el camino que va a Talavera hasta San Gabriel y San Roque. Eran los jefes de las tropas el marqués de las Minas y Galloway; el gobernador de la plaza, el conde de la Puebla. Cinco leguas distante estaba el mariscal de Tessé con pocas tropas, aunque en buen paraje. Había sacado de Badajoz los regimientos de San Vicente y Córdoba, con que enflaqueció el presidio y él no pudo formar ejército. Era Badajoz una fortificación antigua, mal formada y de poca fuerza sus baluartes; por eso conoció Tessé que era menester más gente, y se la volvió cuando los señores de Geofrevil y Barois se le unieron con las tropas sacadas de Cádiz. Entonces se acercó a Talaveruela y plantó de forma su campo, que, aunque los sitiadores habían hecho brecha a propósito para el asalto, no le dieron, de miedo de Tessé, el cual, con el favor de una noche oscura y lluviosa, pasó el Anna y se acercó a Evora, pequeño río que se le junta y lame las murallas de Badajoz. La luz mostró a los portugueses a Tessé puesto en batalla. También estaban ordenados los sitiadores, pero les impedía llegar al río la artillería de la plaza; y porque no le pudiese pasar Tessé, pusieron en la opuesta orilla una batería, la cual no impidió que por un vado poco distante le pasasen los franceses y se formasen bajo de un tiro de cañón, para dar allí la batalla, si los portugueses la quisiesen.

Una bala de artillería quitó un brazo a Galloway; no por eso aflojó el cuidado y la aplicación; toda la había menester, porque no podía mantener el sitio ni irse, ni dar la batalla. En todo había gran riesgo; pero mandó la necesidad elegir uno. Pusiéronse los portugueses en orden de batalla, y como para ella sacaron los cañones de las trincheras, recogieron sus bagajes y así se mantuvieron dos días. La noche del segundo, con gran silencio, empezaron su marcha para retirarse; lo hicieron con orden, y pusieron toda la caballería en la retaguardia. Así marcharon hasta ocupar un sitio ventajoso, y se mantuvieron formados, deseando la batalla si los españoles la diesen. Por la mañana los mandó seguir Tessé, pero ya era tarde; algunos preparativos de guerra se dejaron en el campo. Así se levantó el sitio de Badajoz; dijeron los peritos que podían los portugueses dar el asalto antes que llegase Tessé, a quien debían disputar el paso del río no rehusando la batalla, porque eran superiores en fuerzas. Tessé y el conde de la Puebla quedaron gloriosos.

* * *

También tenía la corte su guerra, pues habiendo mandado el Rey Católico dar al príncipe de Esterclaes, como capitán de la guardia, un asiento en la capilla real, adelantado al banco de los grandes e inmediato a su persona, esta novedad los hirió sensiblemente, por lo que hicieron una súplica al Rey en que manifestaban su agravio, y algunos declararon no entrarían en la capilla. El Rey dejó sobre esto libertad; pero el duque de Montellano insinuó que encontrarían más con el agrado del Rey los que asistiesen. Los más resistieron a esto, inflamando los ánimos el duque de Medinaceli. Dejaron sus empleos de capitanes de las guardias el duque de Sessa y el conde de Lemos, para manifestar la ofensa que a los grandes se hacía. Algunos cedieron luego al gusto del Rey; otros, con el tiempo, y otros, nunca. Esta disensión, aunque pequeña, la exaltaban los enemigos, y verdaderamente quedó enconado el cuerpo de los grandes, quejándose también que se había conducido prisionero a Francia, sin manifiesto crimen, al marqués de Leganés, sólo porque en una familiar conversación había dicho *que era cosa fuerte sacar la espada contra la Casa de Austria, a quien tantos beneficios debía la suya*. El Rey tenía otros motivos, pero nunca los declaró, y obraba con severidad e intrepidez.

Movióse también otra cuestión que irritó mucho a los españoles. Propuso Amelot en el Consejo del Gabinete que, sacando el actual presidio, se guarneciese de franceses. San Sebastián, Santander y Sanlúcar, toda la costa de Guipúzcoa y Vizcaya. Eran consejeros de Gabinete a esta sazón los duques de Montalto, Medina Sidonia y Montellano, el marqués de Mancera, los condes de Monterrey y de Frigiliana. Callaron al principio todos, sorprendidos de la novedad. Montellano habló el primero, oponiéndose a Amelot, y expuso al Rey los inconvenientes de *cuánto era esto indecoroso a la Majestad y de ofensa para los vasallos, notados de inútiles o traidores, pues desconfiaba el Rey*. Menos Frigiliana, que habló oscuro, los demás adhirieron a Montellano, y el Rey a Amelot.

Así lo mandaba la infeliz constitución de los tiempos. Los franceses desconfiaban de todos los españoles, y el Rey, no; pero habiéndose puesto todo en manos de la Francia, no tenía arbitrio a muchas cosas que quisiera, ni habiendo quedado Amelot superior en la disputa, templó su ira. Hubo una alteración poco decorosa para ser oída del Rey; el ardor de la disputa, llevada con ímpetu del ministro francés, hizo que los españoles hablasen más claro, aunque con modestia; pero a Amelot le ofendían las verdades; fiaba toda la conservación de la Monarquía a la Francia, y hablaba con desprecio de la nación española. Esto sufrió más el marqués de Mancera, pero nada le quedó que decir.

El Rey, para dar satisfacción a la Francia, le mandó no asistiese más al Consejo del Gabinete. Voluntariamente hicieron dejación de él el conde de Monterrey y el duque de Montalto. A este último se le quitó la presidencia de Aragón y se dio al conde de Frigiliana; y fueron nombrados para el Gabinete el duque de Veraguas y don Francisco Ronquillo. Quería también Amelot echar al duque de Montellano, pero lo resistió el Rey, y perdonó a la ingenuidad del dictamen y a su bondad. Gozaba siempre del favor de la Reina, aunque menos declarado, porque lo contradecía la princesa Ursini, irreconciliable

enemiga del duque, la cual, para mantenerse con la Francia, avigoraba la persecución a los españoles; y porque había muchos malos, trataba con igual aspereza a los buenos, y sólo se lo parecían sus amigos, que eran raros y, los más, lisonjeros.

La mayor infelicidad que entonces padeció la España fue que, aun teniendo un Rey santo, justísimo y amigo de la verdad, ésta no se podía proferir, porque ofendía a los franceses. Vendían caro el auxilio que daban, y cuanto más interés mostraron por la España, queriéndola dominar, confirmaban a los ingleses y holandeses en el duro sistema de la guerra, que no hubiera sido tan pertinaz, o no la hubiera habido, si se hubiese conservado la España independiente.

Año de 1706

Contra los príncipes pareció formada la constelación de este año. Nunca en el teatro del orbe hizo tan varios papeles la fortuna; se mostraba favorable a quien tenía prevenido adversidades; rígida, a quien aguardaba favores. Todo es erudición de la Providencia para que aprendan los hombres a usar bien de la esperanza y del temor, para que, ni aquélla exalte, ni éste humille más de lo justo el ánimo.

Daba mucho que pensar a la España la rebelión de Cataluña y Valencia. No estaba el aula del rey Felipe tan tranquila y entre sí conforme como era menester para una aplicación tan seria y que tenía su mayor peligro en la dilación. Asaltaban al Rey cuidados no sólo grandes, pero aun del más difícil expediente; ni podía enteramente fiarse de sus vasallos, ni debía abiertamente desconfiar. Los traidores traían máscara de leales, y por eso no se conocían; más perjudiciales eran en lo oculto que en lo manifiesto. El amor y la obediencia de los vasallos era el fundamento del Trono. Estaba la dificultad en conocer los buenos, pues muchos de los que no querían ser traidores eran desafectos, y esto les hacía servir sin aplicación ni celo.

No se ha visto reino en más fatal constitución: esta era su guerra. Por eso le fue preciso al Rey ponerse todo en manos de la Francia y subordinarse. Con este motivo no tenían autoridad los ministros españoles, y estaban los más afectos desabridos, quejosos y sin hacerse cargo del gobierno. Éste le tenía todo Amelot, y se había tomado más mano de la que le quería dar la princesa Ursini, y los celos de la autoridad la inquietaban no poco; pero disimulaba, porque temía a la corte de Francia. En ella tenía también otra guerra el rey Felipe, porque no toda estaba a su favor. Mantenían heroicamente el empeño el Rey Cristianísimo y el Delfín, y aunque parece que esto bastaba, tenía su facción el duque de Borgoña.

Envió el Rey Católico a las tropas de Aragón al mariscal de Tessé. Nombróse por virrey de Valencia al duque de Arcos, en aquella poca parte que quedaba de aquel reino. Las tropas que en él había las mandaba el conde de las Torres, que estaba ocupado en Moncada, de donde salían las partidas contra los lugares rebeldes, talando las campañas y quemando las poblaciones; todo era destruir la España, pero era tal la enfermedad, que había menester hierro y llama. El conde administraba este encargo con rigor; dijeron algunos que con crueldad; comoquiera, no sin justicia. En Carbonera juntó sus tropas; dio

señas de someterse al Rey Villarreal; después, adhiriendo a la sugestión de los rebeldes que tenía dentro, perseveraba en su infidelidad; ofréceles el perdón el conde si se rindiesen, y lo desprecian. Acerca las tropas a la muralla, que, rabiosas, sin orden alguna abrieron con hachuelas una puerta; trabóse sangrienta disputa y se tiñó de sangre el fatal y estrecho sitio; entran los españoles, usando con impiedad de la victoria; no dieron cuartel, y no perdonaba la enfurecida bayoneta edad ni sexo. Al mismo tiempo quemaron otra puerta las guardias del Rey; defendíanla un buen número de rebeldes, y ya la acción podía ser dudosa si el conde de las Torres no asaltase a la ciudad con todas sus fuerzas. Vino forzado en ello, porque les pareció a las tropas indecoroso que se resistiese un lugar mal fortificado y que le costase sujetarle tantas vidas. Esto encendió los ánimos, y con la embriaguez de ira le entregaron a las llamas y pasaron sus moradores a cuchillo. Los ingleses se retiraron al castillo. y después quedaron prisioneros, pero ya habían muerto ciento cincuenta, con el general Virtenfeld; también murió Rosmo, cabeza de los rebeldes. Sólo quedaron los templos ilesos, y costó gran trabajo a los oficiales reservar lo sagrado de la desenfrenada ira de las tropas.

Escarmentados de la ajena tragedia, se entregaron Morviedro y Nules. Voluntariamente se quemó Cuarto, una chica aldea, que despreció el perdón ofrecido por don Antonio del Valle. Habíanse ya salido gran parte de los moradores, viejos, mujeres y niños, pero los rebeldes que quedaron se compusieron con las propias manos la hoguera. ¡Tanto pudo la desesperación! El conde de las Torres se acercó a Valencia; tentó en vano su rendición con amenazas y promesas. Basset envió dos mil ingleses contra Alicante, y muchas milicias del país; pero fue tan prontamente socorrida la ciudad por los obispos de Murcia y Orihuela, de los marqueses del Bosque y de Rafal, que huyeron los ingleses, no sin pérdida, porque viéndolos estrechados hizo una salida el gobernador del castillo y les mató mucha gente.

No estaba Barcelona tan feliz como se había figurado: padecía robos, violencias, adulterios; todo crimen era lícito a la desenfrenada licencia de los soldados, y no podía el rey Carlos remediarlo, aun siendo un príncipe rectísimo, porque las tropas obedecían a Peterbourgh, y éste a nadie.

Los negocios políticos estaban a cargo del duque Moles, y los caseros, al del príncipe Antonio de Leichtestein. Todos estaban desunidos, y la ciudad poco gustosa de que nada se atendía a sus privilegios y de que se hacían tantas insolencias y escándalos, porque el que se alojaba en una casa no sólo se llevaba los bienes, sino también las hijas de ella, y mudaba posada. Prohibían muchas veces al marido entrar en su casa; otras, al padre y parientes, para hacer de ella un público lugar de lascivia. Robaban por las calles las doncellas, y las tenían encerradas hasta que se hartase el desenfrenado apetito, y dándolas después libertad, traían otras. Nadie osaba proferir la menor queja, porque luego le tachaban de desafecto, y se tenía por enemigo del rey Carlos el que repugnaba su ofensa o su deshonra, el que censuraba tanto desorden y el que, celoso de la verdadera religión, impedía los progresos de la que pretendían introducir los herejes. Por eso no fueron aceptos a aquel Gobierno los jesuitas, cuyo celo ardiente por la religión católica romana hacía los mayores esfuerzos para conservarla ilesa, porque había cátedra pública de la errada doctrina de Lutero y Calvino, y la plebe simplemente informada, niños y mujeres distinguiendo mal el error, bebían, engañados, el veneno.

Aun estando expuesto el Señor Sacramentado entraban los herejes con desprecio en los templos, y encasquetado el sombrero. Este miserable estado de cosas hacía infelices a los que se creían afortunados: ciegos en su empeño, nada veían los catalanes. Tomaron las armas cuantos eran hábiles para ellas; las ciudades, y hasta las pequeñas aldeas, con firmeza de ánimo, cada uno había hecho propio empeño de sostener a los austríacos, menos Cerbera, que siempre conservó amor al rey Felipe, aunque oprimida, y por eso tratada con inhumanidad. Renovóse la conjura de Rosas, que, aunque era su gobernador fiel, corría peligro, porque la traición se difundió entre los más; descubrióse, y acudiendo con prontitud el duque de Noailles, capitán general de Francia en aquellos confines, se desvaneció todo.

Del Rosellón y Cerdania bajaron tropas al ejército que en Aragón mandaba Tessé. Con mucha sangre de una y otra parte tomaron los españoles a Mirabet y ahorcaron a su gobernador, porque alargó la defensa hasta ser barbaridad y fuera de las leyes de la milicia. Corría la caballería española por la derecha del Ebro hasta Tortosa. El duque de Noailles entró por los Pirineos con otras tropas, ocupó toda la tierra de Ampurias e hizo tributaria la provincia hasta el río Ter; esto distrajo mucho las tropas austríacas. El principado hizo coroneles de dos nuevos regimientos que formó a sus expensas a don Miguel Pinos y a don Jaime Cerdells. Reclutaron gente inexperta y que aborrecía la disciplina. Habían las tropas austríacas de guardar muchas plazas y las fronteras, y estaba el ejército veterano muy consumido; mas los vicios de la guerra acababan con los ingleses, y por eso se determinó en el Consejo del Rey Católico sitiar a Barcelona. Con este designio habían ya llegado a Aragón diez mil franceses, y había puesto el Rey Cristianísimo en Colibre grandiosos preparativos para un sitio, que los pasaría en su armada el conde de Tolosa, el cual, con treinta naves de guerra y seis balandras, tenía orden de pasar a Barcelona, cargando en la Francia también gran cantidad de víveres, porque no podía el rey Felipe traerlos con seguridad, estando los caminos llenos de rebeldes, ni los había en Aragón con abundancia. Mandó el Rey pasar las tropas de Valencia, dejando al conde de las Torres solo con dos mil hombres.

* * *

A los 23 de febrero salió el rey Felipe para el campo de Tessé, seguido de un gran número de magnates. Los de Aragón le encontraron con el conde de San Esteban de Gormaz, virrey de aquel reino. El mariscal de Tessé le encontró en Caspe. Estaban las tropas extendidas por las orillas del Ebro, al cual se le echó dos puentes, y después pasó el Rey con todo el ejército a Fraga. Publicó un indulto general, sin excepción de personas, pero en vano. Movióse la duda de si se había antes de sitiar a Lérida, Monzón y Tortosa, para dejar guardadas las espaldas, si no se podía tomar Barcelona: éste fue el parecer de Tessé. Los demás oficiales generales que tenían voto en el Consejo de Guerra fueron de contrario dictamen, principalmente los españoles, a los cuales les parecía imposible que se dejase de rendir Barcelona, porque sabían la poca guarnición que tenía la plaza, y no imaginaron que podía tan presto ser socorrida. Por esto decían que toda la felicidad de la

empresa consistía en la brevedad, y que así no se debía perder tiempo, porque si cayese Barcelona todo lo demás era llano. Prevaleció este parecer.

El Rey se adelantó a Igualada. Constaba el ejército de dieciocho mil hombres veteranos. El marqués de Gironella, de Argansola, don Agustín Copons y don Juan Fosa andaban por la provincia exhortando a que se rindiesen a la clemencia del Rey y no perdiesen tan favorable ocasión para el indulto. Nada, con toda su diligencia, adelantaron; crecía más cada día el odio a la persona del Rey y a los castellanos, y sacrificaban sus vidas gustosos. Quemaron los paisanos todo el forraje y cuanto comestible podía servir al ejército; retiraron a las montañas sus ganados, y hasta las aguas envenenaron cuanto fue posible. Los niños y las mujeres se abrigaron de las selvas, y cuantos podían manejar armas se juntaron con el conde de Cifuentes, que iba vestido en traje montaraz. Como iba marchando el ejército del Rey, cerraba los pasos Armestad con la guarnición de Lérida. Oponíanse a los primeros escuadrones de la manguardia los rebeldes; pero, atacados por el caballero de Asfelt, desampararon el camino, y pudo el Rey adelantarse a Llobregat. Diose al conde de Tolosa la señal en que se estaba de acuerdo, cuando explicaría en cordón sus naves, y así lo hizo adelantando las balandras. Juntáronse las tropas del duque de Noailles y del teniente general Legal a las Rey, y todas las gobernaba Tessé.

Se determinó abrir la trinchera desde Orta a la orilla del mar. Esto fue a los primeros días de abril, que no se pudo madrugar más. El real pabellón se plantó en Sarriá; ocupóse Santa Matrona y los Capuchinos y todos los casinos que están entre Monjuí y la ciudad. Mostró el éxito el error de atacar antes a Monjuí, y los que tanta prisa tenían de asaltar a Barcelona perdieron el tiempo en una inútil conquista. Al castillo de Monjuí le presidiaban quinientos Ingleses y doscientos catalanes; asaltáronle sin trinchera los españoles, y fueron rechazados. Tomóse a 4 de abril un castillo junto al río, para poder traer de las naves los víveres al ejército. Bajó el conde de Tolosa a saludar al Rey, y se le ordenó empezase el bombardeo, a tiempo que ya por Santa Matrona se batía la muralla; mandaba la trinchera el marqués de Aytona, con el teniente general Firmacón, francés. La ciudad se puso en defensa valerosamente, pero casi se tumultuó el pueblo, porque corrió voz que, a instancia de Peterbourgh y el príncipe de Leictestein, se quería salir de la plaza el rey Carlos, el cual mostró una imponderable constancia. Decían a voces los catalanes que había de morir con ellos, ya que era causa de su ruina, porque habían determinado defender la ciudad hasta el extremo, sin admitir pacto alguno, y no había en toda ella quien sintiese lo contrario, aun hasta las mujeres.

Los religiosos y sacerdotes, tomaron las armas, y, atadas con una cinta sus barbas, los capuchinos no eran los menos eficaces. Hicieron juntamente de la plaza y de Monjuí una vigorosa salida; fue la acción viva y ardiente, pero se defendieron con igual valor las trincheras, distinguiéndose mucho los señores de Legal, Fromboisart: y Bourdet. Después de dos días se dilataron los aproches, e hizo otra salida la plaza a mediodía; aplicó fuego a las trincheras, que no favoreció poco el viento, pero los sitiadores le apagaron con presteza. A los 23 de abril se perficionó la línea de circunvalación, y la visitó muchas veces el Rey a distancia de tiro de fusil. El ingeniero Lapara plantó mal una batería en la que llaman Lengua de Serpiente; reprendióle el Rey, y queriendo enmendar el error, se acercó tanto al fuego de la plaza, que le quitó un cañonazo la vida. Mejor puestas ya las baterías, cayó el opuesto castillo y el ángulo del baluarte de San Felipe y gran parte del de

San Ignacio. Asaltaron los sitiadores con felicidad el camino encubierto y se alojaron en él, porque los ingleses no le defendieron cuanto podían.

Ya a propósito la brecha, dio el asalto a Monjuí el marqués de Aytona, por la tarde, con gran valor, y pasó a cuchillo a los primeros defensores de la otra parte del foso. Estábalo mirando el rey Felipe, y no dejaba de dar alientos su presencia. Perdidas las fortificaciones exteriores, defendía el último recinto valerosamente el general Dunnegal, inglés, gobernador del castillo, y se encontró cara a cara con el marqués de Aytona; enardecióse la pelea, y una bala de fusil mató a Dunnegal. Esto acabó de desalentar a los sitiados, y se rindió el castillo con trescientos prisioneros. Este era el más fuerte y el nuevo; quedaba otro, que llamaban el viejo, que se resistió después cuatro días. Pidieron treguas los ingleses para buscar el cadáver de Dunnegal, que concedidas, le hallaron e hicieron honrosas exequias a su modo. Con veintiséis barquillos intentó socorrer a Barcelona el conde de Cifuentes, a quien puso en huida don José de los Ríos. Perdido Monjuí, entró en mayor aprensión Barcelona.

A 25 de abril, en una noche oscura, determinó el rey Carlos, con parecer de Leictestein y Peterbourgh, salirse de Barcelona. Consentíanlo las tropas extranjeras, por no obligarlas a la defensa, que ya la juzgaron desesperada porque tenía la muralla tres brechas abiertas y todas capaces de asalto. Penetrado esto por la plebe, tumultuaron y sitiaron el palacio, y aun la persona del Rey. Las guardias tomaron las armas para que ejecutase su partida, alentándola Peterbourgh. Magnánimamente desistió el rey Carlos, y dijo estaba dispuesto a morir o ser prisionero, y dio su real palabra de no salir de la plaza.

Con esto se avigoró más la defensa, aunque se perdiesen las vidas en ella. Hicieron una salida y fingieron otras con el favor de la noche. Salió una voz en el campo, que habían atacado los catalanes el pabellón del rey Felipe. Acudieron todos a él, y, aun cargado de viruelas, el duque de Noailles. El Rey, constante, aún no sabida la verdad y sólo avisado del rumor, esperaba el éxito. Toca el ejército al arma, y sólo estaba la guerra en la aprensión, que duró hasta que las guardias que estaban de trinchera avisaron no haber novedad. Al otro día se advirtió que diez mil catalanes ceñían el campo del Rey, y parte de ellos se pusieron a San Cucufato, bajo el conde de Cifuentes; en San Jerónimo Bromense otros, mandados por Morrás; los demás, a San Jerónimo Murtraense, con don Miguel Pinos, y el príncipe de Armestad se adelantó hasta la gran guardia de los españoles. Nada faltaba para el asalto general sino la resolución de Tessé, que mandaba las armas.

Estaba el Rey impaciente de la dilación, y se quejaban de ella los españoles. Juntóse Consejo de Guerra, y fue el sentir de Tessé el retirar al Rey a Perpiñán, porque si no se rendía la plaza, no llegando las tropas ni aún al número de quince mil hombres, y estando los pasos cerrados por todo, sin plaza alguna, ni palmo de tierra seguro, corría la persona real gran peligro; porque no se sabía si la gente que quedaría, dados los necesarios asaltos, era bastante para contener la furia de una provincia rebelde, viéndose sitiados los sitiadores; y que, aún dado caso de que la ciudad se ganase, no quería encerrar en ella al Rey, porque sin duda la bloquearía la provincia, cerrando por todas partes los pasos, para que no entrasen víveres; y no se podían éstos esperar por mar, porque el donde de Tolosa era preciso que se retirase a sus puertos luego que pareciese la armada inglesa, de cuyo arribo a las costas de España avisaban los gobernadores de los lugares marítimos, y que

era fácil hubiese ya pasado el Estrecho, y que así, se debía apartar al Rey del riesgo y dar después el asalto.

Al Rey no le era grato este dictamen, no sólo porque le parecía indecoroso, sino también por los estímulos de su propio valor. Los jefes y ministros españoles decían que se había de vencer cuando se presentaba la oportunidad, y fiar lo venidero a la suerte; que la ciudad no tenía presidio para defenderse, y rendida ésta, quedaría sin duda muerto o prisionero el rey Carlos, y de cualquiera de estos dos accidentes nacería la paz y la entera consternación de los aliados. Que los rebeldes de afuera no podían sitiar la plaza, por ser gente imperita y sin preparativos para tan gran empresa, y no podía traer gente de desembarco para ella la armada enemiga. Y que estos reparos actuales debían considerarse antes o despreciarse ahora.

Mientras embarazaban al Rey tan contrarios pareceres, estaba el almirante Lake haciendo los mayores esfuerzos para llegar con su armada a Barcelona, donde ya cayó enteramente la esperanza. Habían muerto, infinitos de los veteranos, faltaban víveres y municiones y, lo que era más pernicioso, que estaba la ciudad entre sí dividida, y de muchos aborrecido el nombre del rey Carlos, como el principal origen de tantos males. Por dictamen del duque de Medina-Sidonia, el conde de Frigiliana -adhiriendo todos los jefes de guerra españoles- impaciente el rey Felipe, mandó que se diesen aquella noche las disposiciones para dar al amanecer el asalto general, y mientras se estaban dividiendo a sus puestos las tropas, un navío de aviso le dio al conde de Tolosa noticia -y éste al rey y al mariscal Tessé- de que ya la armada enemiga había pasado los mares de Valencia. La francesa puso luego los víveres de las tropas en tierra, y se hizo a la vela hacia Tolón aquella misma noche, que era la del día 6 de mayo; luego mudaron las cosas de semblante y se difundió esta noticia por todo el campo, por lo que se determinó suspender el asalto hasta saber qué tropas venían en la armada inglesa, porque sólo con esta noticia habían cobrado brío los sitiados.

Después de dos días dio fondo en Barcelona el almirante Lake, y se divulgó que traía diez mil hombres de desembarco y dos mil caballos. Esto era falso, pero aunque siempre ilícita, nunca fue más provechosa la mentira, porque entró una entera consternación en el ejército del Rey. Ni un solo veterano traía el inglés. Vestida como las tropas desembarcaba la marinería, y volviendo a la mar por la noche los que habían bajado repetían los desembarcos, fingiendo el número y la calidad de la gente. No ignoraba esto el Rey por los desertores, pero ya no estaban las tropas hábiles para combatir con denuedo, creyendo ser mayores en número los defensores, y que los atacarían en el ardor del asalto los catalanes, que con Cifuentes y los referidos cabos estaban bloqueando el ejército. Por estas razones se determinó levantar el sitio.

La noche del día 11 de mayo, antes de la media noche, se puso el ejército en marcha, que fue admiración de cuantos le veían. Guiaba el caballero de Asfelt la manguardia, y la retaguardia Tessé, no con mucha orden, porque eran angostas las sendas y embarazadas de rebeldes. Al amanecer salieron los de la plaza con algazara y júbilo igual a la angustia que padecieron, y hallaron en el campo, sobre grandes preparativos para un sitio de víveres y armas, ochenta cañones de batir y sesenta morteros, grandes montones de balas y de barriles de pólvora, que todo lo había descargado el conde de Tolosa, creyendo que no por la venida de la armada se dejaría de proseguir hasta su remate el sitio.

Los catalanes seguían con poca ventaja la retaguardia. Mayor daño se padecía de los que estaban como apostados en los collados de las sendas por donde había de pasar el Rey y las tropas. En aquel día aconteció un eclipse de sol, pocas veces visto tan tenebroso, pues por tres horas se vieron las estrellas. Era tanta la oscuridad, que no podían marchar las tropas, ni sabían a qué paraje recogerse. Se hizo más prolijo este accidente porque, interpuesta perigea la luna al sol -que estaba apogeo-, tardó tres horas en desembarazarse de lo que le impedía iluminar la tierra, enteramente en aquel hemisferio oscura, porque sucedió en el novilunio de la conjunción del sol y la luna, en el signo que llamamos Dragón. Algunas veces se paró el caballo del Rey, como asombrado, porque ni aún los irracionales dejaban de estarlo; pero el valor del Rey y su constancia de ánimo prevaleció a todo.

Los que lisonjeaban al rey Carlos sacaban de esto los más tristes vaticinios contra el rey Felipe. Ni los españoles creían lo contrario, porque empezaban a experimentar el efecto. Al fin, con gran trabajo y no sin peligro, pasó el Rey los Pirineos y llegó a Perpiñán, de donde, acompañado de pocos, a grandes jornadas pasó a España. Los más seguían con lentitud, y las tropas con sus regulares marchas; las de Francia se quedaron en su país, muy disminuidas porque fue grande la deserción. El mariscal de Tessé persuadía al Rey que con la ocasión de estar en Francia fuese a París a ver a su abuelo; era su intención llevarle adonde las persuasiones del Rey Cristianísimo le hiciesen consentir en el nuevo proyecto de paz que habían los aliados propuesto.

Este era dar al rey Felipe los reinos que la España poseía en Italia y las islas de Sicilia y Cerdeña, y a Carlos la España con la América, dejando indeterminado si darían al duque de Baviera la Flandes, y al Emperador sus Estados. No era esta división grata al Rey Cristianísimo ni al Delfín; mas por lisonjear Tessé al duque de Borgoña, quería conducir al Rey a paraje en que corriese peligro de convencido; pero éste, siempre constante, respondía *que no había de ver más a París, resuelto a morir en España*.

Esta fue la infeliz expedición contra Barcelona, en que los franceses, en las acciones militares, mostraron gran valor. El mariscal de Tessé no fue tan eficaz como pedía la ocasión, porque contemplando al duque de Borgoña -que quería a toda costa hacer la paz-, le pareció que, dejando aquella espina de la rebelión de Cataluña, no pudiendo haber dos reyes en España -porque ambos se juzgaban con legítima acción para el todo-, vendría el rey Felipe en las condiciones que se le proponían, cansado de la prolijidad de la guerra o de la desgracia. No ignoraba este traidor sistema el Rey Católico; pero lo disimulaba su modestia, por no encender la disensión que había entre su abuelo y su hermano.

El rey Carlos usó con gran moderación de ánimo de esta victoria, y con su acostumbrada piedad dio públicamente gracias a Dios de ella. Cierto es que pareció milagrosa, porque no pudo llegar a mayor extremo la angustia y la aflicción en que aquel príncipe se vio constituido, siendo sus defensores sus enemigos. No faltó quien meditase, por salvar la ciudad, entregarle al rey Felipe; y como esto era impracticable, invigilaban tanto en que no se escapase, que, bajo pretexto de guardarle, le sitiaban el palacio con tanta vigilancia cuanta ponían en las brechas. Cierto es que hubiera vencido el rey Felipe si diera el asalto porque no había defensores, ni la armada los traía; pero después del arribo de ésta, como tenían los catalanes libre el mar y las naves por refugio, habían determinado, en caso de ser vencidos, entregar a las llamas la ciudad y meterse en los navíos. No era enteramente

posible conseguir esta idea, pero hizo la desesperación el decreto de que no cayese alguno vivo en manos del vencedor. A este extremo dejó Dios llegar al rey Carlos, para que fuese manifiesta la Providencia de salvarle.

* * *

Nada embarazado de las lluvias y de la cruel estación del año, el duque de Berwick rindió el castillo de Nissa, y le demolió de orden del Rey Cristianísimo, contra el parecer del mariscal de Catinat, diciendo se debía dejar por antemural de la Francia. Estaban en mala constitución las cosas del duque de Saboya, porque después de haber padecido los alemanes una derrota en Monteclaro, y haber ocupado el duque de Vandoma a Calcinato, estaban casi fuera de Italia. Para que no volviesen a internarse en ella, guardaba los pasos de los montes el señor de Medavi, Albergoti el Adda y otras tropas francesas el Mincio, por donde declina el lago de Garda, y porque no pudiesen los alemanes ir a Verona, puso su campo junto a Mantua el duque de Vandoma, fortificados los pasos de Rovigo y Villabuena, y así tenían cerrada la Italia los españoles y franceses. El príncipe Eugenio, habiendo intentado por el Ferrarés pasar el Adda, no pudo, porque lo repugnó Albergoti, ni tampoco penetrar el Bresciano, porque tenía contrario el país, escarmentado de los pasados desórdenes; y así, le fue preciso, por el lago de Garda, pasar al Trentino a recoger sus tropas.

Mientras adelantaba las trincheras contra Turín el duque de la Fullada, guardaba los pasos el de Vandoma; pero fue al mismo tiempo llamado a París, y le sustituyó en el mando de las armas Luis Borbón, duque de Orleáns, príncipe valeroso, joven y de perspicaz ingenio. La duquesa de Borgoña dispuso esto con arte, porque el de Vandoma estaba empeñado en echar de sus Estados al duque de Saboya, y esperaba que, siendo el duque de Orleáns hermano de su madre, trataría con más piedad al Piamonte. La Fullada se alojó entre el Isara y el Doria, a los Capuchinos, dilatada su siniestra al bosque, que le había cortado el duque de Saboya, porque la artillería de la plaza viese los sitiadores. A Turín la defendía el conde Ulrico Daun; alemán, hombre esforzado y de experiencia. Los franceses, desde el bosque a San Lucinato, tiraron una línea para defenderse de las salidas de la plaza, sobre la cual invigilaba mucho su soberano. La mujer y toda su familia pasaron a Génova, donde fue recibida con galantería y obsequio; no quiso alojamiento en el recinto de la ciudad, y le tomó en una casa de campo de San Bartolomé de los Armenios. Los genoveses, no por amor al Duque, sino mirando a su seguridad, deseaban asistirle, pero no podían, y aunque halló algún dinero prestado, fue de particulares, y sobre joyas.

A los 20 de mayo pasaron el Doria los franceses, ocuparon el camino de Moncalier y batían a un tiempo el castillo y la ciudad con ochenta cañones y sesenta morteros El conde Daun lo defendía valerosamente; hizo vigorosas salidas, arruinando los trabajos; pero, constantes los sitiadores, proseguían el empeño. Ganaron tres medias lunas del castillo, y entre ellas y el último recinto habían hecho una gran cortadura los sitiados,

sembrada de unos palos tan bien escondidos como agudos, y la brecha la repararon con unos maderos fortísimamente entretejidos.

En Saluzzo hubo una acción de caballería entre el duque de Saboya y los franceses; vencieron éstos. Buscó aquél refugio en los montes de Lucerna y acampóse en el valle de Angroña, con poca gente. Mandó el duque de la Fullada ocupar el castillo de Ceba; quísole socorrer el conde Parelo, pero quedó prisionero del conde de Sartirana, que se le opuso con un destacamento de españoles. Bajaron de Alemania nuevas tropas al ejército del príncipe Eugenio, que determinó socorrer a Turín, sin que esto pudieran creerlo los franceses. A 16 de junio pasó el Atesis por Petrolassso, y de allí fue a Polesin de Rovigo, donde se fortificó. No imaginaron los franceses que había por allí camino al Piamonte, porque la interpuesta tierra es sumamente pantanosa y las aguas que bajaban del río Tártaro no sólo forman invadeables lagunas, sino que está allí el canal Blanco, y así, descuidaron de aquel paraje.

Por veinte y cuatro millas en contorno, los alemanes, sin oposición, parte nadando y parte sobre unas vigas que echaban en las angostas separaciones, pasaron las aguas y ocuparon las orillas del Mincio. El duque de Orleáns se acercó a Correggio, pero los alemanes hicieron en una noche de verano una marcha tan larga, que igual no la cuentan las historias, y es casi increíble, porque ya no se les podía impedir que fuesen contra Reggio, que rindieron en cinco días de sitio, sin que pudiesen los franceses socorrerla; con eso tenían libre el camino por el Crostolo. Para asegurar a Milán, el duque de Orleáns, habiendo fortificado a Guastala y Plasencia, se retiró al Cremonés.

Descansó tres días Eugenio y se encaminó al Piamonte; lo propio hizo el duque de Orleáns. Pudo éste adelantarse por más breve camino y cerrar el paso a los alemanes, porque el día 25 de agosto había llegado a Valenza y pasado las tropas Vaudemont por un puente que echó al Po. Quedaban atrás los alemanes, y estaba el general Medavi, francés, situado entre el Mincio, y el Oglio, aunque después, con errado dictamen, descuidando del Mincio, se pudo juntar con el príncipe Eugenio el de Hesse Casel.

Estaba muy adelantado el sitio de Turín, con brechas abiertas y ocupado el foso de una fortificación de la ciudad. En una mina se encontraron a los enemigos, y hubo en ella cruel disputa. Diose el asalto al camino encubierto de la ciudadela en una noche muy oscura, que obligó a los sitiados a encender teas; alojáronse después de larga y sangrienta acción los franceses, y levantaron su tejadillo de maderos y vigas contra el fuego, granadas y peñascos que se echaban del muro. Preveníase bajar al foso, y entre tanto, pasando el Po, se pusieron ocho batallones franceses en los Capuchinos, y otros ocho en el camino que va a Lucerna, para que no volviese el Duque. Después de hechas tantas cosas, todo estaba por hacer, y nada se hizo. No puede haber para los franceses suceso más indecoroso; sería increíble, a no ser historia de nuestros tiempos, en que no tenemos que dudar.

Estaba el duque de Orleáns, adelantado al príncipe Eugenio, que por Asta había pasado el Tártaro, ya por solas treinta millas distante de Turín. El duque de Saboya, con un gran rodeo, se juntó a Eugenio con seis mil infantes, y dos mil caballos. Juntóse también con el duque de la Fullada el de Orleáns. Formó Consejo de Guerra, y era la duda si habían de esperar dentro o fuera de las trincheras al enemigo, dejando en ellas contra la plaza lo que

bastase a defenderlas, pues en este caso podía sacar a la batalla el de Orleáns cincuenta mil franceses; ésta fue su opinión, y darla en campaña abierta.

Lo contrario sintió el conde de Marsin, no pareciéndole posible que treinta mil alemanes rompiesen unas líneas que guardaban sesenta mil hombres De este dictamen fue el duque de la Fullada, para que no deshiciesen las trincheras los sitiados y fuese preciso empezar de nuevo el sitio. La mayor parte de los votos le siguieron, y se conformó a él el duque de Orleáns. Venía muy despacio Eugenio, para no cansar la infantería. Luego que pareció, extendieron los franceses veinte mil hombres por la línea; diez mil pusieron entre el Isara y el Doria; otros tantos entre el Doria y él Po, con Albergoti, los cuales quedaron inútiles, porque fingió el duque de Saboya atacar el puente, y el del Doria ya estaba de antemano cortado. A 7 de septiembre, en dos columnas, marchó en persona a la línea, llevando la manguardia. Regía Eugenio el centro. Diose el asalto con poca frente por dos partes, y fueron dos veces rechazados los alemanes.

Apeóse el duque de Saboya de su caballo; pasó a la primera fila, diciendo a los suyos: *Este es el día de vencer o morir; en vuestras manos está la libertad de Italia*. Y dio con tal ímpetu y valor el tercer asalto, que admiró a los más esforzados. Salió1e al encuentro el duque de Orleáns, y se enardeció la mano de ambos con tanta viveza, que no podía ser más sangrienta la acción. Eugenio pasó también luego a las primeras filas, y con él los oficiales de mayor nombre, y con esto se exaltó la ira y el valor por ambas partes. Eugenio peleaba estrechando la línea contra los franceses, extendidos por toda ella, y el duque de Saboya tuvo tanto ardimiento, que llegó con su mano a arrancar las estacas, y lo consiguió, aunque con gran pérdida de gente. Traían materiales prevenidos para llenar el foso, y se ejecutó con increíble celeridad.

Peleando con glorioso denuedo fueron a un tiempo heridos, los duques de Saboya y Orleáns; para socorrer a éste acudió, poniéndosele delante, el conde de Marsin; a favor de aquél llegó Eugenio, y cada instante era más tremenda la batalla; ni heridos la dejaron los referidos príncipes, y la vertida sangre ayudó al ardor. Rompe la fortificada línea Eugenio; defendía el paso intrépidamente Marsin, que cayó mortalmente herido; fue preso, y luego expiró. Sustentaba el empeño el duque de Orleáns; pónese en su lugar, vuélvenle a herir, y por fuerza le retiraron los suyos. Entró la Fullada, y mantuvo por gran rato, dudosa la acción, que duró cinco horas, con igual pérdida indecisa, hasta que, ya más ancha la entrada, pudo la caballería alemana ceñir a la infantería enemiga, en quien hizo un gran destrozo. Huyen vencidos los franceses y sepáranse las tropas sin orden. Glorioso defensor de Turín, Ulrico Daun sale con su gente siguiendo a los que huían; prohíbelo Eugenio, para distraer la suya, y ocupaba las trincheras gozando de un preciso botín, porque abundaba el campo de los franceses de todo. Entra en su plaza gozoso el duque de Saboya, y sacándose una sortija de gran precio, la dio a Daun. Los franceses se retiraron a Cariñán, y sus bagajes a Pinarol. De éstos murieron doce mil, y quedaron seis mil prisioneros. Mientras se peleaba, pasó el coronel Pablo Diach, con dos mil franceses, vilmente, a los alemanes. De éstos quedaron ocho mil muertos y mil heridos.

Más decisiva que pedía la acción fue la victoria; quedó a los franceses un entero ejército, que con los que estaban en varios destacamentos quedaron con los españoles más de setenta mil hombres, y todas las plaza de Milán y la de Mantua. No tenía más consecuencia esta victoria que no perderse por entonces Turín; pero los franceses, o

maliciosamente inspirados de muchos que seguían el sistema del duque de Borgoña, o consternados vilmente, tomaron el camino de la Francia, y persuadiéndose a esto los unos a los otros, sin parar, echadas las armas, se enderezaron al Delfinado. No tenían ni jefes que los guiasen, ni víveres; no se ha visto ejército más descarriado. Seguían los oficiales por necesidad y por genio de dejar la Italia muchos; ni los detuvo haber a esta misma sazón deshecho Medavi a Hesse Casel, en una acción que hubo entre dos gruesos destacamentos.

No quisieron, claramente, conservar la Italia, creyendo les era esta guerra de insoportables expensas, y que tenía el Rey Cristianísimo no poco que hacer en atender a su reino, y más habiendo Malbourgh en Brabante logrado una completa victoria. Los pocos españoles se retiraron a las plazas,. y los franceses, con el duque de Orleáns, a Francia. Aprobólo todo Luis XIV, que ya estaba persuadido a que la guerra de Italia le destruía, y así, en una sola acción, muy remota de tantas consecuencias, la ganaron los alemanes, como veremos, porque no quedó ejército para defenderla, ni el Rey Católico podía enviar tropas, deshechas ya las que sirvieron al sitio de Barcelona, y sin tener bastantes para la defensa del continente.

Sin perder tiempo pasaron los alemanes a Milán; rindióse luego la ciudad, y quedó el castillo, adonde se retiraron los que no querían estar bajo de la dominación tudesca. Estaba bien presidiado con cuatro mil hombres, y no le faltaban armas ni víveres. Disponíase al sitio Eugenio; pero, conociendo su dificultad, hizo con él treguas, y que se rendiría si en seis meses no estaba socorrido; prohibiósele la comunicación con la ciudad, pero se le permitió el que entrasen víveres y dinero. Rindióse con poco trabajo Lodi, y pasaron los alemanes a Tortona; nada se resistió la ciudad, pero mucho el castillo, aunque el duque de Saboya fue contra él, porque fue rechazado en un asalto, en el cual murió el gobernador don Francisco Ramírez.

Era contraria la estación del tiempo a adelantar las hostilidades, y así se pudo defender más de tres meses. Al fin se rindió, e hizo lo propio Asta y Novara; ésta, por tumulto del pueblo, inflamado de su obispo Visconti, logrando la ocasión de estar ausente, por orden del príncipe Vaudemont, su gobernador don Francisco Pio de Moura, príncipe de San Gregorio; y aunque hacía sus veces el marqués Corio, no fue traidor, pero no defendió la plaza. También cayó Pavía, y quedó preso su gobernador el conde de Sartirana, porque Luis Belcredi levantó el pueblo y a todos los frailes y sacerdotes, que hicieron la entrega de la ciudad. Fuese a Mantua Vaudemont, que estaba en Pizzigiton, la cual dejó encargada a su gobernador Rubin, que llamando luego a los enemigos y haciéndola sitiar, la entregó; buscaba con aquella ficción el honor, que despreciaba.

De la misma suerte defendió don Francisco Colmenero a Alejandría; era pública voz que tenía antiguo trato secreto con el duque de Saboya, y que solicitó muchas veces al prelado de aquel lugar para que adhiriese a los austríacos. Estos papeles de Colmenero al obispo se leían públicamente en las antecámaras de París, adonde les envió aquel prelado. Era tan fuerte la plaza, que sin declarada traición no la podía Colmenero rendir, y así, no faltó quien dijo que, fiándose de uno de los guardas del almacén de la pólvora, lo mandó poner fuego; con él voló un convento de monjas que había vecino, de las cuales quedaron catorce muertas, y estropeadas muchas; luego llamó a capitulación, como si aquello le sirviese a la posteridad de excusa.

No hemos entrado a la exacta averiguación de todo lo que de Colmenero se decía, por no ser necesario para estos COMENTARIOS poner en claro su corazón. Los hechos posteriores arguyen contra él, porque aunque quedó prisionero cuando entregó la plaza, luego tomó partido y recibió no pocos premios, y entre ellos el gobierno del castillo de Milán, que después de tres meses se entregó de orden del Rey Católico a los alemanes y se evacuó enteramente el Estado, y, lo que es más, por orden de Luis XIV, Mantua, sin necesidad -y plaza ajena-. En ella estaba Vaudemont con diez mil franceses; llególe de improviso esta noticia al duque de Mantua, que estaba retirado en Venecia, y ni las rentas de su Estado le quedaron, castigando el Emperador el haber admitido presidio francés; pero poco después murió. Parecerá increíble a la posteridad que un Estado que costó tanto dinero y sangre a la España, con posesión de la cual adquiría tantas ventajas la Casa de Austria, se haya dado como regalo, y con él toda la Italia, al arbitrio del vencedor.

Esta fue una impensada tumultuaria resolución de los franceses, sin que a ella concurriesen los españoles; antes rogaron les diesen sólo sus tropas, que ellos defenderían el Estado; pero el duque de Orleáns, aborreciendo la tierra en que había sido vencido, la quiso entregar al enemigo, para imposibilitar a los franceses que pudiesen volver a ella. Al duque de Saboya se le dio, en el Estado de Milán, la Alejandría y la Lomelina, y los valles de la Valsesia; menos era de lo que le ofrecieron, porque pretendió el Vigevenasco. Desde el lindar de su última desgracia, salió no sólo con más gloria, pero aún más poderoso -estas no conocidas vueltas tiene la fortuna-; luego resucitaron contra la Italia los antiguos derechos del Imperio, y se echaron contribuciones a arbitrio del Emperador; entonces conoció su error. No disputamos las razones del César, pero éstas las avigoran el poder y las armas que ya se extendían vencedoras.

Parecióle al duque de Malburgh conveniente pasar la guerra a la Mosela, pero los holandeses, que deseaban tener el Brabante, lo rehusaron y se acamparon en la Mosa. El mariscal de Villarroy, que mandaba en vez del de Bouflers, no se descuidaba de Lovaina y de Namur, y estaba con sus tropas en Firlemond, pasando el río Dile. Juntáronse las tropas de los aliados; tenía deseo de otra batalla el general inglés, y para ceñir a los franceses, y que estuviesen obligados a darla, tomó los pasos y sitios más aventajados. Saliendo de Gosencourt Villarroy, le acometió Malburgh de repente. Trabóse una sangrienta batalla en Ramilli. Por una hora peleó con gran valor la infantería francesa, rechazando a los enemigos; y para resistirlos mejor, juntando a la primera línea el centro, peleaban unidos, teniendo a la derecha la caballería, contra la cual se dejó caer Malburgh con tanto ímpetu, que la deshizo, y sin seguir a los franceses que huían, dio con espada en mano contra el centro, del cual formó Villarroy dos frentes, peleando con esfuerzo y arte; extendió una línea corva, para encerrar la caballería enemiga; flaqueó entonces la frente de su infantería; retrocedieron muchos, y se empezaban a desordenar, hasta que, exhortados, reintegran la batalla, ya tan estrechada que estaban ociosos los fusiles. Se disputó mucho la victoria, pero habiendo perdido toda su caballería los franceses, quedaron vencidos enteramente, y a su arbitrio el vencedor degolló los más tardos en huir, y murieron cinco mil, quedaron prisioneros mil y perdieron cincuenta piezas de cañón y todo el tren de guerra y bagajes. Mayor pérdida se experimentó en la deserción, y es cierto que en todo les faltó a los franceses cuarenta mil hombres.

De esta victoria de Malburgh se siguió la pérdida de Lovaina, Bruselas, Meclivia. Gante, Her, Brujas, Dendermunda y Amberes, con todo el Brabante, y poco después ganaron a Ostende. Estas desgracias se le referían al Rey Cristianísimo muy poco a poco, porque en edad tan adelantada no le hiciese mella la desventura; no se las pintaban como eran en sí, y todo por boca de Maintenon, mujer del mayor artificio y maña que conoció el siglo. En Londres se fabricaron unas medallas con la efigie de la reina Ana y del rey Luis vencido, con esta inscripción: *Una mujer mortal triunfa de un inmortal varón*.

Mejor le fue en el Rhin al mariscal de Villars, habiendo hecho levantar el sitio de Castel Luis, precediendo una acción en que quedó victorioso. Tomó después a Seltz y Belheim, por manos del señor de Bipont, a Druskein, y por las del conde de Broglio a Hagenau. Esta fue la seguridad de la Alsacia, porque desde el Rhin a Philisbourgh descansaba el país. Corrían los franceses libremente hasta Maguncia, y no dejaba de estar en peligro Landau, porque el conde de Broglio había ocupado a Hocsted; pero la desgracia de Ramilli llamó a los franceses a Flandes, y quedó Villars sin fuerzas. Añadiéronse al príncipe de Baden, enviándole gente de la Mosa; con esto quiso llamar a una batalla a Villars, que se había retirado a Spira y atrincherado en Lautembourgh. No pudiendo Luis de Baden conseguir su intento, determinó pasar el río por Castel Luis, pero habían los franceses consumido los forrajes de aquella tierra hasta Landau. Enfermó gravemente Luis de Baden, y le sucedió en el mando de las armas el general Tungen, que pasó con catorce mil hombres el Rhin; y mientras que Villars se prevenía en Viusemburgh a la batalla, porque había fingido el alemán quererla dar, éste se desvió y fue a introducir socorro a Landau, que carecía de víveres y municiones, y aún le faltaba el justo presidio, porque recelaban que se la llevasen los franceses desprevenida. Con esto volvió a pasar el río el general Tungen, y puso en cuarteles de invierno a las tropas; lo propio hicieron luego los franceses.

* * *

Con el infeliz suceso que tuvieron en Barcelona las armas del Rey Católico cobraron más brío los españoles del partido del rey Carlos, y mientras aquél volvió a Castilla por Navarra, éste se adelantó a Aragón, que le obedeció sin violencia alguna. Era su mayor ejército su apellido y su felicidad; pocos nobles de Aragón dejaron sus casas. Rindióse Zaragoza, y los pocos presidiarios, con el gobernador, se retiraron al castillo, y como no era fortaleza regular se rindieron; los más de los soldados tomaron partido, pero no el gobernador.

Ya en la Península de España poseía tres reinos Carlos: Cataluña, Aragón y Valencia. Una sola chica plaza le quedó en cada uno de ellos al rey Felipe: en Cataluña, Rosas; en Valencia, Peñíscola, y en Aragón, Jaca, porque la socorrieron los franceses. A Peñíscola la defendió con tenacidad y valor su gobernador don Sancho de Chavarría, ceñido de enemigos, y aún lo eran los que no lo parecían, porque en aquel corto pueblo no faltaban austríacos parciales, solicitados de Peterbourgh y del conde de Cifuentes, después que los ingleses tomaron el castillo de Alicante. Estos tres reinos, estrechamente unidos y

pertinaces, ponían en peligro a Castilla, que por la Extremadura también le tenía evidente, porque se había formado un ejército en Portugal de treinta mil hombres, mandados por el marqués de las Minas, y aunque las reclutas se habían hecho de gente inexperta y estudiantes, había doce mil veteranos ingleses y holandeses, mandados por Galloway.

Tenía esta gente dos jefes, de que resultó algún perjuicio; pusieron su campo entre Alcántara y Badajoz. No estaba lejos el del duque de Berwick, pero muy inferior en número, habiendo encerrado en Alcántara cinco mil hombres escogidos para su defensa. Esto lo hizo contra el dictamen de los españoles, y principalmente del conde de Aguilar, que lo repugnó fuertemente, porque era infalible perder aquellos regimientos en una plaza mal fortificada y sin defensa. Luego la atacaron los enemigos, más por hacer prisionera aquella gente que por tomar la ciudad, la cual con poca hostilidad rindieron, quedando prisionera la guardia, que se envió luego a Lisboa. Estas tropas hicieron mucha falta, porque no quedándole a Berwick bastante infantería para oponerse a los portugueses, dividida la poca que tenía en las plazas, se retiró con sólo la caballería hacia tierra de Madrid.

Quedó el marqués del Bay con poca gente hacia Badajoz; hizo cuanto pudo, e hizo mucho, pero no podía defender los términos de Castilla, por donde entró faustosamente y sin oposición alguna el ejército enemigo, talando, destruyendo e imponiendo contribuciones. Manteníanse las provincias leales, y más viéndose ultrajadas de los portugueses, que tienen con los castellanos eterna emulación; y así no tenían los enemigos más tierra que la que pisaban, y cuanto más se adelantaban hacia Castilla estaban ceñidos de la misma tierra, que los aborrecía.

Después que tomaron a Ciudad Rodrigo, se adelantaron a Salamanca, ciudad de España célebre por ser el emporio de las ciencias e insigne en la fidelidad a su Rey. Como no está fortificada, cedió a la fuerza; entraron los enemigos y se entretuvieron poco, porque conocieron en los semblantes la aversión. Apenas la desampararon cuando volvieron a aclamar al Rey, y formaron compañas a su costa para defenderse y cerrar los pasos de Portugal, que se hizo con tan exacta diligencia que no pudo aquel Rey tener noticia positiva de su ejército, porque no pasaban cartas, interceptando los correos aunque tomasen camino extraviado. Esto se debió a la fidelidad del país, que excede a toda ponderación; y también tomaron una partida de dinero que enviaba el rey de Portugal a su ejército.

De estas correrías cuidaba el marqués del Bay, y de Badajoz el de Risburg, con buen presidio, despreciando las amenazas y promesas de los enemigos, cuyo ejército seguía a Berwick, que, con continuadas escaramuzas en la retaguardia, le retardaba las marchas, hasta que el marqués de las Minas, a 22 de junio, ocupó con ocho mil hombres al Espinar. Entonces le fue preciso a Berwick retroceder, y desamparando a Castilla la Vieja, se encaminó a Guadarrama, por donde llegó a Madrid, para retirar al Rey hacia Navarra, tierra más remota del peligro y confín de la Francia. Esto turbó mucho a la corte.

Aún no había el Rey descansado de la infelicidad padecida en Barcelona y de la pesada jornada, cuando le amenaza mayor riesgo. Ciérranse los tribunales, habiendo determinado el Rey dejar la corte, porque ya bajaba por el monte el ejército enemigo, que luego ocupó las llanuras y se acampó junto a la Virgen de Genestal. Juntóse consejo de guerra y de

Estado; fueron de dictamen muchos de que pasase el Rey a Andalucía. El embajador Amelot, que quería retirarle hacia la Francia, persuadía que fuese a Pamplona. El Rey eligió ir al campo de Berwick, que estaba en Sopetrán con cinco mil infantes y tres mil caballos. Hízose un decreto de que pasase la Reina a Burgos con todos los tribunales, y les dio libertad a cuantos no tenían empleo para que se quedasen donde les fuese conveniente. Este accidente descubrió los corazones de los magnates: los verdaderamente afectos al Rey, ni un instante de duda tuvieron de seguirle, o al campo o adonde fuese la Reina; los que pretendían parecer leales y eran desafectos estaban en mayores dificultades embarazados; pocos se quedaron en Madrid; algunos, no muy lejos; otros tomaron el camino hacia el campo del Rey lentamente; los más aguardaban ver descubierta la cara a la fortuna; todos deseaban conservar su honra y, sin menoscabo de ella, muchos deseaban mudar príncipe, más cansados ya de los franceses y de la princesa Ursini que del Rey. El temor contuvo a muchos, y esto los preservó de declararse por los austríacos.

Los ministros del Gabinete, todos fueron con el Rey Medina Sidonia, Montellano, Frigiliana y Ronquillo, que era presidente de Castilla. No faltaron los jefes de las guardias de la persona real, que eran el duque de Populi y el de Osuna, el conde de Aguilar, el príncipe de Sterclaes y el marqués de Aytona, que lo era de las guardias de infantería. El conde de Benavente, sumiller, y los gentileshombres de Cámara, el marqués de Quintana, el de Jamaica, el conde de San Esteban de Gormaz, el de Baños y don Alonso Manrique; fue también el mayordomo mayor, condestable de Castilla, y los mayordomos de semana. Sin tener empleo alguno, estuvo siempre con el Rey el marqués de Laconi. Nadie de su real familia dejó a la Reina. Era mayordomo mayor el conde de San Esteban del Puerto, y caballerizo el marqués de Almonacid; pasaron a Burgos todos los presidentes de los Consejos, y algunos principales magnates de crecida edad que no podían seguir al Rey, como el marqués de Mancera, el del Fresno, el duque de Jovenazo y el de Montalto. También estaba el de Veraguas y los más de los consejeros de Castilla, Indias, Italia, Aragón, Órdenes y Cruzada, que fuera prolijo nombrarlos.

Apenas salió el Rey de Madrid para Sopetrán, cuando los grandes internamente desafectos al Rey escribieron al marqués de las Minas que se apoderase de la corte, porque prestando ésta la obediencia, seguiría su ejemplo el reino entero, y que habiendo tenido noticia que partía de Zaragoza para Madrid con doce mil hombres el rey Carlos, no podía Felipe subsistir en España, estando unidas estas tropas. Estas cartas, que no eran pocas, el marqués de las Minas las entregó después al rey Carlos para su disculpa, y no se guardó mucho secreto en reservar los nombres, antes se sacó una nota de ellos y se envió a todas las cortes de los aliados. Hemos tenido en nuestras manos una copia, y pudiéramos dejar aquí escritos sus nombres; pero nos ha parecido no descubrir lo que ha ocultado la fortuna, y así sólo daremos noticia de los hechos publicados a la luz del mundo, de lo que no puede resultar queja, porque es preciso juntar en estos COMENTARIOS materiales verídicos para la Historia, y si de lástima y atención a varones principales callamos ocultas infamias, perdónesenos el no disimular las públicas, ya que no las tuvieron por tales los que las ejecutaron.

El marqués de las Minas, alentado con estas persuasiones, aunque por regla de guerra debía seguir al Rey hasta echarle a lo menos de Castilla -éste era el dictamen de

Galloway-, envió al marqués de Villaverde con dos mil caballos a Madrid, donde entró el día 25 de junio, y se le prestó la obediencia de muy mala gana, cediendo a la fuerza, porque aquel pueblo era amantísimo del Rey. Era corregidor el marqués de Fuempelayo, y lo ejecutó todo con prudencia y con fidelidad, tanto más gloriosa cuanto se dejaba conocer en un acto que era reconocer otro amo; pero era preciso conservar la corte, y esta era la orden y la mente del Rey Católico. Después de dos días entró el marqués de las Minas con Galloway en Madrid, nada aclamado; antes conoció en los semblantes de todos una profunda tristeza y repugnancia. Puso sus reales en El Pardo, extendiendo las tropas por Manzanares, la derecha desde la huerta del Cerero a la quinta de los padres jerónimos, y la siniestra al Pardo. Así lo dispuso el conde de la Corzana, que venía con los portugueses y había orden del rey Carlos de que se gobernase por su dictamen en cosas de guerra el marqués de las Minas. Erigiéronse luego los tribunales, nombró consejeros y mandó asistir a los que se habían quedado en Madrid; pero fuera de la corte no se obedecían las órdenes, ni hacía caso de ellas el más pobre lugarejo, sino forzado de tropas.

Pocos grandes halló en quienes mandar; muchos se fueron a sus Estados. El duque de Medinaceli tomó el camino de Burgos, pero a muy chicas jornadas. El conde de la Corzana decía que esperaba al rey Carlos, y que por eso no se apresuraba; ignoramos su intención; cierto es que tomó asiento pocas leguas lejos de Burgos y que fue a ver dos veces a la Reina. Otros magnates se dividieron por Castilla la Nueva, en parte que los enemigos la habían dejado; y los mismos que habían escrito al marqués de las Minas no se atrevieron a verle en la corte. De esto se quejaba, con gran razón, y el despecho le hacía revelar el secreto.

Creyeron los portugueses, adulados de muchos españoles, que la corte era todo el reino, y esperando tener noticias del rey Carlos, sin hacer operación alguna, como pudieran en la paz trataron la guerra; ni se abrían el camino para encontrarle ni seguían al rey Felipe, que con muy pocas tropas -y éstas desertando cada día- estaba en Sopetrán. Un destacamento del ejército de los enemigos le hubiera podido echar de Castilla; pero lo reservaban, como cosa de ninguna dificultad, para cuando se juntasen las tropas del rey Carlos, mandadas por Peterbourgh, el cual aún estaba en Zaragoza sin tener noticia alguna de lo que en Madrid pasaba, porque la caballería del rey Felipe, habiendo ocupado y fortificado el puente de Viveros, extendidas las partidas con toda vigilancia al confín, que era camino para Aragón, no dejaba pasar persona alguna ni correo.

En este ocio del ejército de los portugueses en la corte, fue fácil introducirse los vicios, y se entregaron a la embriaguez, a la gula y a la lascivia las tropas; esto consumió mucho el ejército, y juntamente no dejaban los del pueblo de matar algunos soldados que de noche entraban en Madrid, sin más ocasión que la que les daba la oportunidad y lo que inspiraba el odio. Así se perdió la de seguir al Rey, el cual esperaba los ofrecidos socorros de la Francia. Sus parciales divulgaron en la corte la voz que había muerto en Aragón el rey Carlos, y esto lo decían con tales circunstancias, que nombraban el lugar, la iglesia en que se había sepultado y los accidentes de su enfermedad, y hubo un clérigo que le dijo al Rey que le había visto sepultar.

Todo esto era arte para que el marqués de las Minas no saliese de Madrid y diese tiempo al Rey para formar su ejército. No fue en vano el artificio, porque el marqués, lleno de

dudas, no sabía salir de Madrid, no del todo ajeno de sus delicias; porque, de propósito, las mujeres públicas tomaron el empeño de entretener y acabar, si pudiesen, con este ejército; y así, iban en cuadrillas por la noche hasta las tiendas e introducían un desorden que llamó al último peligro a infinitos, porque en los hospitales había más de seis mil enfermos, la mayor parte de los cuales murieron. De este inicuo y pésimo ardid usaba la lealtad y amor al Rey aun en las públicas rameras, y se aderezaban con olores y afeites las más enfermas para contaminar a los que aborrecían, vistiendo traje de amor el odio: no se leerá tan impía lealtad en historia alguna.

Al contrario, los parciales del rey Carlos divulgaron que se había ido el Rey a Francia y había dejado a Burgos la Reina. Fingieron una carta del duque de Híjar, virrey de Galicia, escrita al de Jovenazo, en que le decía se estaba perdiendo aquel reino, por haberle ocupado dieciséis mil portugueses, y que habían entrado otras tropas enemigas con Juan Hurtado de Mendoza en la Andalucía.

En este tiempo se perdió Cartagena, y porque el principal motor fue don Luis Manuel Fernández de Córdova, conde de Santa Cruz, es preciso referir cómo se pasó a los enemigos. Hallábase sitiado y con gran estrechez Orán de los moros, y se mandó a don Luis Manuel, cuatralbo de las galeras de España, que con dos de ellas saliese de Cartagena y llevase socorro a aquella plaza y la ordinaria conducta de cincuenta y siete mil pesos. Estaba ya corrompido de varias promesas por los emisarios de los austríacos y así, en vez de llevar dichas galeras a Orán, fingiendo en lugar nuevo de esperar el tiempo, llamó a la armada inglesa, que estaba en Altea, y sublevándose la chusma y todos los oficiales, que ya estaban de acuerdo, se aclamó al rey Carlos. Quiso resistir tan infame conjura el capitán de la capitana don Francisco Grimáu, y fue preso; lo propio se hizo con don Manuel de Fermosella, capitán de la otra galera, y con el veedor don Manuel de Grimáu, hijo, de don Francisco; y es la cosa singular que sólo estos tres oficiales se mantuviesen en la debida fidelidad entre tantos partícipes de la traición, y que un secreto comunicado a una muchedumbre de gente ruin y facinerosa se guardase tan exactamente, porque las chusmas no lo ignoraban y se les había ofrecido libertad; a don Luis Manuel, el generalato de las galeras, y a todos los oficiales, darles ascenso a su grado.

Las dos galeras se condujeron a Barcelona, y nada de lo ofrecido se cumplió, ni se hizo de don Luis Manuel gran caso por lo feo de la acción; y en tiempo que con grave perjuicio de los cristianos corría tanto peligro Orín, plaza ganada por el arzobispo Cisneros casi de milagro, y que asegura de invasión de africanos la España, faltóle este socorro que se le enviaba con las galeras, y se rindió, padeciendo la Cristiandad el daño de tener aquel gran puerto los moros, y poder armar naves de mayor magnitud que las que usaban, por falta de puertos. Un hermano de don Luis Manuel, arcediano de Córdoba, detestando tan indigna y abominable acción, se fue a buscar el libro en que la parroquia asienta los baptizados, y arrancó la hoja en que estaba notado serlo su hermano, diciendo con honrado furor: *No quede en los hombres memoria de tan vil hombre*. Éste, pues, persuadió a los ingleses ir a Cartagena, donde ya tenía dispuesta la conjura, y aunque decían no les servía plaza tan remota, les facilitó tanto el que no costaría trabajo, que se resolvieron a esta empresa, lograda con felicidad, porque los pocos franceses que había capitularon luego.

Entre tantas artificiosas mentiras, esta verdad se divulgó en Madrid y aun en el campo del Rey, con lo cual creyeron muchos que estaba la España perdida y la Andalucía, y así prosiguió la deserción; y más habiéndose publicado que el Rey, por dar gusto a su abuelo, se iba a Francia, y que tenía orden de promover esta resolución Amelot, el cuál verdaderamente lo persuadía al Rey; pero siempre le oyó con desprecio, y aseguró no saldría de la España.

Viendo los franceses que no le podían convencer a dejarla, le persuadían a lo menos que se fuese a Navarra. Los ministros españoles que le asistían repugnaban el que el Rey dejase las Castillas, porque sin duda se perderían, y sería la consecuencia perder Andalucía, y con ella a las Indias; que se consternarían los pueblos y los más afectos, porque daba muestras de eso la continua deserción, y que debía el Rey hacer a los soldados un público razonamiento en que los asegurase no saldría de España. Así lo ejecutó, y juntando las tropas se quejó se imaginase de su real magnanimidad tal resolución, y que sobre su real palabra les aseguraba morir con el último escuadrón de caballería que le quedase.

No dijo esto el Rey sin rasársele los ojos en lágrimas, tan eficaces, que trascendió la ternura a los circunstantes y le acompañaron con ellas, asegurándole que pondrían todos sus vidas en defensa de su persona y reino, y que no habría más deserción. Así lo cumplieron, cobrando aquellos pocos españoles tanto brío, que osaban resistir a muchos. Ésta, que pareció corta diligencia, le afirmó la corona en la cabeza, y más habiendo llegado de Francia quince mil hombres escogidos, con los cuales pudo el duque de Berwick poner su campo entre Jadraque y Sopetrán.

A 23 de julio se creyó en Madrid -por voz falsamente esparcida- que entrase en la corte aquella tarde el rey Carlos. Sus parciales se previnieron a recibirle; otros salieron a encontrarle, y cuantos llegaron al puente de Viveros quedaron prisioneros de la caballería del rey Felipe, que aún estaba allí, fortificados los pasos; condujéronlos a varias cárceles, y fue uno de los que se prendieron el conde de Lemos, que iba con una carroza con su mujer, doña Catalina de Silva, hermana del duque del Infantado, a la cual permitieron que acompañase a su marido al castillo de Pamplona. También fue preso el patriarca Benavides, y llevado a Francia con fray Benito Salas, obispo de Barcelona. Poco después se cogió también a don Baltasar de Mendoza, obispo de Segovia, que venía disfrazado a la corte para obsequiar al rey Carlos. Eran éstos verdaderamente desafectos, pero más incautos que desleales, porque iban a prestar la obediencia a quien ya en Madrid habían tácitamente jurado cuando la prestó con pública aclamación la villa; no se les halló haber cometido otro delito.

Ya le había llegado al rey Carlos la noticia de estar en Madrid el ejército portugués, y con ella partió para la corte, mandando sus tropas Peterbourgh. Impaciente el marqués de las Minas de ocio tan pernicioso, dejando dos solos escuadrones de caballería en la corte a cargo del conde de las Amayuelas, declarado parcial austríaco, salió de ella con su ejército hacia Alcalá, y de allí pasó a Guadalajara, tomando después las marchas por la izquierda para encontrar con el rey Carlos.

Enfrente, ocupadas las alturas de Hita, puso sus tropas Berwick, fortificado bien el terreno y extendida la derecha al monte de Jadraque, y la izquierda a Alcalá, con la

intención de dejar atrás cortado a Madrid. El portugués dejó los bagajes en Guadalajara y se encaminó a Sopetrán el día 28 de julio, con el designio de asegurar el camino al rey Carlos para que no diese con las tropas del Rey Católico, que ya eran superiores a las que venían de Aragón. El Rey, dejando a Hita, determinó defender el río de Guadalajara, sin dejar las alturas de Jadraque, de las cuales con facilidad cansaba con escaramuzas a los enemigos, que ya habían retrocedido hasta Yunqueras, entrando en la villa de Jadraque y entregándola a las llamas.

Llególe al marqués una carta del rey Carlos, escrita en Daroca, en que le daba noticia que venía por Molina Peterbourgh con la manguardia, y había llegado ya a Pastrana; allí esperó cuatro horas el rey Carlos a que viniese a prestarle la obediencia el duque del Infantado; pero éste no parecía ni lo había jamás resuelto. El conde de la Corzana lo había escrito imaginándolo por cierto, porque había tomado el partido austríaco el conde de Gálvez, hermano del duque, y creía vendría toda la familia. El conde de Gálvez se vengó en sí mismo del enojo que concibió por no haber obtenido del Rey Católico el empleo que deseaba, y hallándose sin él le parecía podría, sin nota, seguir el contrario partida. Este engaño padecieron muchos nobles, que fuera largo el nombrarlos, y sólo hacemos mención de los más principales. El duque del Infantado, aun sabiendo la resolución de su hermano y desaprobándola, huyó siempre de encontrar con el rey Carlos y se internó más en los lugares a donde no podía pasar este Príncipe; fuese a Mondéjar, y también de allí se apartó.

De este lugar sacaron las tropas austríacas a dos hijos del marqués de Mondéjar, dejándole por viejo y lleno de achaques, ni hubiera éste ido, sino arrastrando, porque era hombre de la mayor y más sólida bondad, serio y uno de los caballeros más entendidos de España. Sus hijos luego tomaron gustosos el partido contrario y se fueron con el ejército; poco después murió el padre. El rey Carlos sintió mucho haber en vano esperado al duque del Infantado, el cual no se libró de hacerle unos cargos bastantes a mandarle poner el Rey Católico después en la torre de Segovia; el mayor fue haber escrito al presidente Ronquillo en su defensa una carta libre y poco respetuosa, que se leyó en el Consejo del Gabinete del Rey, con lo cual encendió el ánimo de aquel ministro, a cuyo cargo corrían todas las causas de difidencia, y se le hizo proceso al duque en sus formas, imputándole que en Madrid había hablado en el convento de Copacabana con el marqués de las Minas y el conde de la Corzana sugiriendo medios como promover la guerra, y que después había tenido conferencias secretas con Peterbourgh. Nada de esto se pudo probar, antes lo contrario, y con los mismos cargos se manifestaba más la inocencia del duque.

Extendidas las tropas del Rey Católico entre Guadalajara y Alcalá, ya puesta a las espaldas Madrid, sin poder ser socorrida de los portugueses, envió el Rey al marqués de Mejorada con quinientos caballos a cargo de don Antonio del Valle, para recobrarla. Excede a toda ponderación el júbilo de aquel pueblo al ver las tropas del Rey; pudiéramos escribir muchas circunstancias, a no parecer increíbles. Eran tantos los excesos de alegría, que parecía haber enloquecido la plebe. Con doscientos hombres del partido austríaco se encerró en el Real Palacio el conde de las Amayuelas; no podía defenderle, aunque se resistió algunas horas; al fin se entregaron todos a discreción, y se envió preso a Francia al conde, hombre ilustre y alentado y de apreciables calidades;

engañóse, como muchos, en creer no podía dejar de ser rey de España Carlos de Austria; y, alimentando quejas de poco atendido en el presente Gobierno, buscaba mayor fortuna.

No aún restituidos la Reina y los tribunales a Madrid, empezó a inquirir don Francisco Ronquillo contra los parciales austríacos. Desterró a cuantos nobles de distinción habían hablado con el marqués de las Minas, quitó los empleos a los ministros que se habían quedado con algún pretexto en la corte y asistieron al tribunal que el marqués había formado; de este castigo se libró don Pedro Colón de Larreátegui, consejero de la Cámara de Castilla, o por patrocinio del duque de Veraguas (que era algo pariente suyo), o era verdadera la voz de que se había quedado en la corte de orden del Rey, para informar de cuanto pasaba,

También se desterraron los que acompañaron el estandarte austríaco el día de la aclamación de la corte, porque la adversidad de la fortuna, bien disfrazada, propuso a los míseros españoles un problema que no podían entender; los menos fuertes temieron peligrar con el Rey; los avaros, perder sus haberes; los ambiciosos, llegar tarde a los premios; los quejosos, desahogar su ira; los abatidos, buscar más alta fortuna. De éstos se compuso el partido del rey Carlos; muchos, con mayor realce desleales, aun acompañando a los Reyes escribieron a los ministros del austríaco príncipe. También a éstos perdona la pluma, porque pudiéramos nombrar algunos, mal guardado su nombre en los que hacían gala de tener muchos parciales, y por eso los publicaban.

El teniente general Legal, francés, recobró a Alcalá a tiempo que ya había llegado a Guadalajara el rey Carlos, y como el marqués de las Minas había pasado más adelante por otro camino, retrocedió el ejército austríaco por si podía juntarse con el portugués. De Guadalajara mandó sacar el rey Carlos al conde de Oropesa y a su yerno, el conde de Haro, con sus familias. Poca violencia hubieron menester, porque lo deseaban, aunque conociendo la gravedad del hecho el conde de Oropesa lloró al resolverse, porque lo hizo a impulsos de la mujer, hermana del duque de Uceda, que conservaba eterno odio contra los franceses, y decía que con esto se libraba de su tiranía. El conde de Haro, hijo del condestable de Castilla, no tuvo valor de quitar su mujer a los padres ni dejarla. Era muy mozo, y se dejó llevar de aquellas caricias o persuasiones que, faltándoles contraste, vencieron.

Verdaderamente, el cardenal Portocarrero perdió al conde de Oropesa, acusándole de mortal aversión contra la nación francesa, y permitió la justísima providencia de Dios que no sólo adoleciese el cardenal de este achaque y que estuviese el Rey desconfiado de él, pero pasó a tantos excesos su mal domada ira y queja desde que le apartaron del Gobierno, que decía públicamente que eran los franceses tiranos y ingrato el Rey. Con esto enajenó su ánimo de género que adhirió al partido austríaco, y esto lo manifestó en una oscura y dudosa respuesta que dio a la ciudad y Chancillería de Granada, consultándole sobre el modo de defender aquel reino, y en una carta artificiosa y llena de ofrecimientos que escribió al duque de Medinaceli, al cual, como juzgaba desafecto, se le ofrecía pronto a seguir su dictamen y cualquier cosa que en esta ocasión determinase; y para que no hubiese duda en su mudanza, cuando de orden del marqués de las Minas fue a ocupar a Toledo el conde de la Atalaya, general de la caballería portuguesa, el día que la ciudad prestó el juramento y homenaje al rey Carlos nada le quedó que hacer al cardenal para manifestar su alegría; iluminó su casa, entonó en la iglesia catedral el

himno con que ordinariamente damos a Dios gracias, dispuso esta función con la mayor celebridad y dio un espléndido banquete a los oficiales de guerra, brindando a la salud del rey de España, Carlos III (así le llamaban sus parciales, y se veía impreso en la moneda que se fabricaba en Cataluña); bendijo su estandarte con las públicas ceremonias de la Iglesia, y esto lo ejecutaba con tal modo que fue admiración de los propios enemigos, porque este era el mismo que tantos oprobios había dicho de los alemanes, tan poco respetuoso había sido en sus palabras con los austríacos y el que tantas diligencias había hecho para poner el cetro en manos de los Borbones. Este era aquél que por menores causas había perdido a tantos, que acriminaba un suspiro o un gesto y hacía delito del silencio y de las palabras.

Reconcilióse entonces con la desgraciada Reina viuda de Carlos II, que también estaba en Toledo, como dijimos, que, incauta, creyendo las persuasiones del cardenal, o arrastrada de su afecto al hijo de su hermana, la Emperatriz viuda, parece que adhirió el partido austríaco con demostraciones que evitaría el menos advertido. Dejó los hábitos viudales el día de la aclamación y se vistió de gala, mandando a toda su familia que así lo hiciese; adornó de fiesta el palacio, escribió a su sobrino, el rey Carlos, y le regaló con algunas joyas de alto precio. Habíale ofrecido el conde de la Atalaya que quedaría por gobernadora del reino mientras le disputase en campaña Carlos. Nada se le escondió al rey Felipe, y cuando se retiraron sus enemigos de Castilla envió al duque de Osuna con doscientas guardias de a caballo para que, entregándola antes un despacho del Rey, acompañase a esta princesa hasta Bayona. Las voces o términos de la real carta eran los más atentos y reverentes, porque la suplicaba el Rey que, dejando las turbulencias de la guerra que tanto agitaba a la España, pasase a gozar de mayor quietud en la Francia, en donde estaría igualmente asistida como en Toledo. Este imperio, embozado en ruego y en obsequio, la afligió infinito, y subordinada a la disposición del duque de Osuna, pasó con su familia a Bayona.

Quiso dejar la mayordomía mayor de su Real Casa el conde de Alba de Liste, para mostrar al Rey su fidelidad y cuán ajeno había estado de adherir a los dictámenes de la Reina, antes avisó por menor cuanto pasaba. El Rey, satisfecho del proceder del conde, mandó que la prosiguiese a servir y no se hiciese cargo alguno a los de su familia, que hicieron alguna demostración de regocijo para complacerla. Estuvo poco satisfecha la Reina del modo con que la condujo el duque de Osuna, porque la obligó a unas jornadas incómodas; así jugaba este año con los soberanos la fortuna. Al cardenal Portocarrero le perdonó el Rey sus excesos por su edad y los servicios que había recibido; de miedo hizo últimamente otro, dando una cantidad de dinero para reparar el daño que habían ocasionado en Toledo los enemigos, que no fue poco.

* * *

El marqués de las Minas, después de haber desamparado la tierra de Guadalajara, quiso por Aranjuez penetrar en lo interno de Castilla, por si podía volver a Extremadura; pero como era preciso pasar la Mancha y el marqués de Santa Cruz había armado aquellos

pueblos, no le fue fácil ejecutar su designio, seguido de las tropas del Rey Católico; y así, marchó por Loranca, protegido de la ribera del Tajo, poblada de árboles y huertos; aquí el rey Felipe quiso dar la batalla, que tanto deseaban los españoles: juntóse Consejo de Guerra, y no fue de ese dictamen Berwick, ni los más de los franceses. El marqués de las Minas pasó a Chiloeches y Morata, y aunque el pabellón real del Rey Católico estaba en Torrejón, le seguían los franceses y picaban la retaguardia; pasó el Rey su campo a Ciempozuelos, para defender las riberas del Jarama y obligar a los enemigos, a bajar a las llanuras del Tajo, en que podía mejor la caballería española mostrar su brío, porque la de los portugueses, sobre ser de mala calidad, estaba cansada con incesantes escaramuzas, porque don Juan de Cereceda no los dejaba reposar un momento.

Sin saber fijamente adónde se encaminaba, movía el paso incierto el portugués, explicando su rabia en el fuego que aplicaba a los lugares y en el saqueo hasta de los templos. El rey Carlos, a quien habían dado esperanzas de socorro los valencianos, se entretenía en los términos de Castilla, y como vio el marqués de las Minas que era imposible volver a Extremadura, determinó juntarse con el ejército de Peterbourgh y correr la misma fortuna, o retirarse a Valencia; y aunque sabía que no era este el gusto del rey de Portugal, no tenía otro remedio para conservar las tropas que le quedaban, bien disminuidas y enfermas. Luego que se juntaron estos ejércitos, se dispuso sobre lo que se había de ejecutar. El marqués de las Minas quería aplicar todo el esfuerzo para volver a Madrid y penetrar con el rey Carlos hasta Extremadura, para tomar otro ejército que tenía el portugués prevenido de hasta 15.000 hombres de reclutas -hechas con el dinero de ingleses y holandeses-, y volver a empezar más dura guerra. Galloway disentía de este dictamen, cansado de Portugal, y exponiendo la imposibilidad de volver a penetrar las Castillas con un ejército de franceses y españoles, ya bien ordenado, al parecer victorioso, pues sacaba de Castilla a los enemigos sin haberlos dejado fijar el pie, con pérdida de tanta gente. De este parecer fue Peterbourgh, que deseaba retirar a Valencia al rey Carlos, y habían llegado tres mil valencianos a Cuenca para asegurar los pasos. Este voto fue el que se siguió, contra el dictamen del conde de la Corzana y el de Gálvez, y así se encaminaron por la Mancha y llegaron al lugar en que estaba el duque de Nájera; con ninguna repugnancia suya le mandaron seguir al rey Carlos, aunque dejó a su mujer y a su hija. Así parece que satisfizo a la queja que en el principio de este tomo apuntamos.

A grandes jornadas marchaba hacia Valencia el rey Carlos, y cuando entró en ella fue recibido con el mayor aplauso y regocijo. Todo lo que le aborrecían las Castillas, le amaban los reinos de la Corona de Aragón; luego se adhirió a su partido el conde de Elda, y su hermano, el marqués de Noguera. Llegó la manguardia del ejército que gobernaba Peterbourgh; salióle a recibir, como a su restaurador, el inmenso gentío de aquella ciudad. El alboroto fierético de la plebe tuvo disculpa en el desatinado del estado eclesiástico y religioso; de éste salieron todos (excepto los jesuitas) y los franciscos, observantes y capuchinos de comunidad, y casi escuadronados, llevando la derecha los observantes, llegando a la presencia del general inglés cada uno de los guardianes le saludó con la ceremonia militar de jugar al espontón que llevaban sobre los hombros los dos; sonrióse Peterbourgh y volviéndose a los circunstantes les dijo: *No estamos mal aquí, donde nos sale ya a recibir la Iglesia militante*.

Había dejado Peterbourgh a Galloway la retaguardia, seguida incesantemente de un gran destacamento de franceses mandados por el señor de Legal, que se portó en esta campaña con la mayor vigilancia, e importó no poco para ella el haberlos cogido a los enemigos los víveres y hacerlos retirar a San Torcuato; él recobró unos hornillos de cobre de Carlos V, que perdió don Juan de Austria cuando fue en Yelves vencido de los portugueses, disponiendo la fortuna que viniesen a dejarlos en España.

A 15 de septiembre había ya pasado el Júcar todo el ejército portugués y dejado enteramente a Castilla. Entonces puso su campo en San Clemente el mariscal de Berwick. El rey Felipe, desde Villatobas, por Ocaña, pasó a Aranjuez, y de allí a la corte, donde fue recibido con imponderables demostraciones de júbilo. Importó este examen de la fidelidad de Castilla para desengañar a los enemigos de que no se podía conquistar, según lo escribió Peterbourgh a Londres, con la expresión de que no la dominaría el rey Carlos aunque tomase este empeño la Europa toda; pidió licencia para retirarse a su casa, y se la concedió la Reina, por influjo de Malbourgh.

No podrán borrar los siglos, ni la real estirpe de los Borbones que reinan en España olvidar la fidelidad de los castellanos, que, desarmados y sin ejército que los sostuviese, repugnaron de género otra dominación, que confirmaron al Rey, en el Trono, pues si se hubieran declarado por los austríacos, como lo hicieron los reinos de Aragón, se subvertiría, sin duda, el Imperio.

El portugués se acampó en Buñol y el francés en Albacete. Como poseían los alemanes a Cartagena, quisieron sitiar a Murcia. No fue perfecto el cordón, pero era más que bloqueo, y se hubiera rendido a no estar con la mayor prontitud o corrida por su obispo, don Luis de Belluga, que, no embarazado de sus sacras ínsulas y sus años, montó a caballo y, juntando gente, no se desdeñó, por el celo de la religión y seguridad de los feligreses, de manejar las armas. También el obispo de Calahorra defendió gloriosamente los confines de Navarra de las correrías de los aragoneses.

Quisieron otra vez los portugueses que estaban en los confines ocupar a Salamanca; pero se defendió resueltamente y con empeño la ciudad. No era ya la estación a propósito para la guerra, pero no se dio en toda España cuarteles de invierno a las tropas. Las de Berwick quedaron acantonadas. El rey Carlos, a instancia de los catalanes, volvió a Barcelona; la reina de España, a Madrid; con todos los tribunales; así renovó el pueblo su alegría y regocijo. El Rey Católico privó de sus empleos a los gentileshombres de Cámara que no le habían seguido. Estos fueron: el duque de Béjar, los condes de Fuensalida y Peñaranda, también se quitó la chancillería de Indias al marqués del Carpio. No se volvieron a admitir las damas de la Reina porque no la siguieron, aunque se excusaban con haberlas la Reina dejado, y que después no estaba el paso libre para Burgos. Esta razón no ablandó el ánimo de la Reina, manteniéndola en este decreto la princesa Ursini, que no era propicia a las damas, quizá porque no la hacían tantos rendimientos cuantos anhelaba; y así contuvo el Palacio en que sólo camaristas sirviesen a la Reina, que estaban más subordinadas a la camarera, porque no eran de la alta esfera de las damas, sin las cuales no hay duda le faltaba al Palacio aquel antiguo esplendor y pompa, porque brilla más cualquier príncipe cuando se hace servir de los de más alta jerarquía. Don José de Armendáriz, aplicando con valor y silencio de noche las escalas a Alcántara, la sorprendió, rompiendo con celeridad la puerta. En Valencia recobró el

obispo de Murcia a Orihuela, y partió con el coronel Mahoni a recobrar a Cartagena, que después de cinco días de batida con el cañón, se rindió a discreción.

* * *

No tenía aún noticia de su ejército el rey de Portugal; y esto aumentó tanto sus accidentes y melancolía, que a los 8 de diciembre murió. Príncipe más feliz que prometían los principios de su fortuna, fundada en la ruina de su hermano, el rey don Alonso, de cuyas manos arrancó el cetro y la mujer; y aunque los primeros años gobernó con severidad, después fue amantísimo de sus vasallos, hizo justicia y la promovía mucho. Era hombre fuerte y de buena comprensión, tenaz y exacto en lo que ordenaba; nadie con él tuvo tanto valimiento que soltase las riendas del gobierno, porque lo veía todo.

Sucedió en el reino su hijo primogénito don Juan, príncipe del Brasil, a quien luego los aliados propusieron para esposa a la archiduquesa María Ana de Austria, hermana del Emperador, para estrechar con este vínculo la amistad. Pero los portugueses, siempre hacían de mala gana la guerra, porque veían claramente cuán poco provechosa les era, y que no salían las ideas de los que la persuadieron, porque el marqués de las Minas escribió la incontrastable fidelidad de los castellanos y dio noticia de cómo era casi imposible que ni un individuo de su ejército volviese a la patria, ya porque estaba arruinado, ya porque los pasos los tenían los castellanos cogidos y los guardaban con la mayor vigilancia. Estas cartas llegaron por mar y consternaron no poco aquella corte, que sin operación alguna perdía unas tropas recogidas con gran trabajo; porque no es Portugal, por lo corto del país, lugar de grandes reclutas, ni la gente es inclinada en este siglo a la guerra.

Galloway, que no estaba muy de acuerdo con el marqués de las Minas, escribió al ministro británico que residía en Lisboa, casi un diario de lo sucedido en España, dándole cuenta por menor para que la diese a aquel Rey y enviase otras cartas adjuntas a la Reina, en que cargaba al general portugués el mal éxito de aquella campaña, por haberse entretenido tanto en Madrid y dado cuarenta días al Rey Católico para que le viniesen socorros de Francia, cuando antes podía echarle de las Castillas e ir a sitiar a Pamplona, enteramente desprevenida, con lo cual, no pudiéndose mantener la Rioja y la provincia de Álava, se veía la Reina precisada a pasar a Francia y el Rey a retirarse a los Pirineos, adonde le seguirían pocos.

A esta negligencia del portugués añadía Galloway que pudo deshacer las tropas del duque de Berwick, dándole la batalla antes de ponerse entre Guadalajara y Alcalá, y aun después, porque tenía superior número de gente, y la del Rey no pasaba de veinte mil hombres, con no poca penuria de víveres y dinero. Todo esto lo confirmaron en Londres las cartas de Peterbourgh, el cual añadía la gran discordia de aquel ejército y los varios pareceres en los consejos de Guerra, queriendo el rey Carlos que entrasen en ellos los españoles que seguían su partido, aunque inexpertos en la milicia. El conde de Oropesa, el de Cifuentes, el de Gálvez, el de la Corzana, los hijos del marqués de Mondéjar y el duque de Nájera entraron en una Junta de Guerra, de lo cual, irritado Peterbourgh, retiró las tropas a Valencia. No faltó quien de esto se acriminase en Inglaterra por cartas del rey Carlos, que estaba inclinado, después de la unión de los ejércitos, a dar la batalla a Berwick, y aunque de esta opinión fue el marqués de las Minas y lo aconsejaban los

españoles, no fue posible vencer al general inglés, que desesperó de rendir las Castillas, y no tenía alemanes prevenidos, ni copia de víveres; y pasó a tanto la ira contra Peterbourgh, que se le imputaba casi secreta inteligencia con el francés; lo cual, exactamente inquirido, hemos hallado ser falso.

Ni le faltó a Berwick su crisis, por no haber dado en las riberas del Tajo la batalla al marqués de las Minas, como quería el rey Felipe y sus ministros; porque marchaban con tal desorden y sin provisiones los portugueses, que se podía probablemente esperar la victoria, y pasaron los ríos hasta el Júcar en partidas y no formados. Esto acrecentó a los españoles el odio contra los franceses, acusando la negligencia de Berwick y mostrando al Rey que en cuantas ocasiones llegaron a las manos con los enemigos de esta campaña, habían quedado vencedores, porque el coronel don Juan de la Paz, con solos quinientos caballos, había atacado tres veces la caballería enemiga y la había puesto en huida, haciendo trescientos prisioneros. Que sólo don Juan de Cereceda había hecho detener y mudar marcha al ejército con sus correrías, cogiendo en Tarancón todo el bagaje de Peterbourgh; que lo propio había hecho don Francisco Caballero, venciendo con pocos a muchos, y que así, ya experimentado el valor de las tropas, se debía aventurar la batalla, que sería, sin duda, decisiva. Daba no pocas razones en su defensa Berwick, que se vieron en una carta escrita al Rey Cristianísimo, diciendo no había querido aventurar aquel pequeño ejército, único prestigio de la España toda.

Antes de concluir el año, recobró el teniente general Gabriel Hesio a Cuenca, haciendo dos mil prisioneros. También se tomó a Elche con otros mil, los más ingleses. Así feneció, sin descargar sus iras, el nublado que amenazaba a la España, combatida este año de tantas desgracias, no sólo en su continente, sino también en Italia, Flandes y en las vecinas islas; y como está la más inmediata a Cataluña la de Mallorca, pocos navíos que se pusieron a vista de la ciudad de Palma en cordón, hicieron tumultuar al pueblo.

Había fomentado mucho tiempo antes esta conjura en Palma, capital del reino, don Juan Antonio Bojadors, conde de Saballá, catalán, pero hombre de grande autoridad en Mallorca por el ilustre y antiguo mayorazgo de la Casa Paz, que posee en aquella isla. Valióse para esto de don Francisco Sola, juez más antiguo en aquella Real Audiencia, y del doctor Pablo Balbona, administrador de la Hacienda. Tomaron este partido don Nicolás Truyols, marqués de la Torre, y casi toda la familia; la de Escallar, Bordils, Net, Berard, Dameto y Zaforteza. A estos siguieron hombres de menor representación; y a uno de ellos, llamado Salvador Truyols, se le eligió por caudillo del tumulto popular que se prevenía.

Casi toda la nobleza nueva era de partido austríaco, y no pasaban de veinte y cinco los caballeros que seguían el partido del rey Felipe. Contaminó la conjura a los eclesiásticos, relajados por la mayor parte desde que murió el arzobispo don Pedro de Alagón, hombre de la más severa y rígida disciplina eclesiástica, lleno de virtudes y defensor acérrimo de su jurisdicción; y aunque le sucedió en la prelacía fray Francisco Antonio de la Portilla, religioso observante, hombre ejemplar y de la mayor fidelidad al Rey, no tenía tanta autoridad como su antecesor, y así, los eclesiásticos libremente se mancharon de la traición, que trascendió los regulares, principalmente a los capuchinos.

No ignoraba el virrey, conde de Cerbellón, esta trama; y, ayudado de don Marcos Antonio Cotoner, cabeza del magistrado de la ciudad, hombre ilustre, celoso y leal, procuraba con buen modo, porque no tenía tropas, apagar esta oculta sedición; pero los ocultos emisarios de Cataluña y del reino de Valencia la mantenían viva, porque sabían que había de venir la armada enemiga, mandada por el general Lake, contra aquel reino.

Al fin apareció en ella el día 24 de septiembre, acordonada fuera del tiro del cañón de Palma; todas eran cuarenta naves de varia magnitud. Venía en ella el conde de Saballá, nombrado por virrey y plenipotenciario del rey Carlos. Envió una faluca con cartas al virrey y al magistrado. La respuesta fue heroica, envióse con ella a don Jerónimo Pablo de Puidorfila y don Miguel Cotoner, ambos del partido del rey Felipe. Indignóse el general inglés y mucho más el conde de Saballá, con quien por la noche fue a hablar secretamente don Tomás Zaforteza, uno de los conjurados. El día 26, en que parecía estaba todo con quietud, salió a reconocer la ciudad con algunos caballeros el virrey; oíanse confusas voces que aclamaban ambos príncipes. Juntáronse ochocientos hombres, toda gente de mar; aclamaron al rey Carlos y ocuparon la puerta de afuera que entra al muelle. El virrey se retiró a un fortín y después al palacio. Don Marcos Antonio Cotoner quiso, con don Mateo Gual y dos hijos de don Antonio de Sureda, atacar los sublevados. Era su intento matar a Salvador Truyols, caudillo de los rebeldes, pero no pudo lograr esta fortuna, aunque don Dionisio Rugerio le disparó dos carabinazos. Quiso también de un baluarte hacer fuego contra los sediciosos; pero por traición de los artilleros halló deshechas las cureñas. A este tiempo llegó don Gabriel de Verga con treinta caballos; era hombre alentado, de la primer distinción en la nobleza, y amante de su honra; entróse al tumulto con arrojo, disparó contra uno de los sublevados su pistola, y éste le respondió con un fusilazo que le quitó la vida. Con este delito creció el tumulto, agregóse más gente y aún entraba de fuera de la ciudad, que ya estaba casi toda perdida, porque se habían formado tres cuerpos: uno de marineros, otro de ciudadanos, y el tercero, de eclesiásticos.

Viéndose ya el virrey ceñido de enemigos -aunque lo contradijo don Marcos Cotoner a los principios-, envió a la armada al conde de Montenegro, al marqués de Belpuch, don Juan Sureda y don Salvador Sureda, para pedir capitulación. Acordóseles fácilmente, entregándose la plaza y todo el reino con la fortaleza de San Carlos. El día 27 se publicaron las capitulaciones, que eran breves, con casi universal júbilo de aquel pueblo; consistían éstas en la observancia de los privilegios, y a cada uno libertad de poder salir de aquel reino. Tomó posesión de él, por el rey Carlos, el conde de Saballá. Luego salió don Marcos Antonio Cotoner con los setenta franceses que estaban en la fortaleza de San Carlos, y don Jerónimo Pablo Puidorfila, los cuales fueron conducidos a Rosas. Después salió el virrey el día 6 de octubre con su familia, don Miguel Bordils, gobernador de San Carlos; don Miguel Cotoner, don Antonio Puidorfila, don Dionisio Rugerio, regente de la Audiencia, y don José Leysa, ministro. de ella, que desembarcaron en Almería. El obispo, por afecto al rey Felipe, fue llamado a Barcelona, donde murió. También desterraron nueve principales caballeros, porque la rabia de los rebeldes pasaba a persecución.

Con facilidad tomó el conde de Saballá a Menorca, pero no pudo por entonces rendir el castillo de San Felipe, que defiende a Puerto Mahón. Así se rindieron las islas, y con sólo una carta del nuevo virrey la de Ibiza, adyacente a las que llaman Baleares y la Formentera. En esta forma se iban perdiendo los reinos de la Corona de Aragón, sin que

le costase al rey Carlos más trabajo que quererlos, porque sobre estar los más indefensos, era contagio el error y la infidelidad

Más gloriosa página ocupan en la Historia las islas Canarias, donde a 5 de noviembre apareció con trece naves: de guerra el almirante Genings, dirigiendo la proa al cabo de Santa Cruz sin estandarte, para que no se previniesen a la defensa sus paisanos, que sólo con la duda de que fuesen enemigos tomaron todas las armas y coronaron la ribera. Ya vecinas al puerto las naves, pusieron bandera de Francia, y poco después de Suecia; y cuando era ya preciso cañonear a los baluartes porque hacían mucho fuego, explicaron bandera inglesa. Era esto en la isla de Tenerife, que en ausencia de don Agustín de Robles gobernaba don José de Ayala, a quien escribió una carta muy cortesana el almirante inglés; pero estaban los últimos períodos llenos de amenazas si no se rendía la isla al rey Carlos.

La respuesta fue breve y honrada, diciendo que se defenderían, guardando al rey Felipe fidelidad mientras durase la vida. Lo demás lo explicó el cañón de la plaza, que apartó a los enemigos del tiro, y, desengañados, se hicieron a la vela el día 7 de mismo mes hacia sus puertos.

Año de 1707

Con el ducado de Milán se entregó también a los austríacos el marquesado del Final, no porque hicieron gran fuerza en esto los alemanes, sino porque no se podía ya defender. Mudóse enteramente el teatro de Italia, y cuando creyeron sus principales haber roto una cadena, se ponían otra. Ya reflexionaba sobre sí mismo el duque de Saboya, menos atendido de los alemanes y poco satisfecho por no haberle cumplido cuanto le ofrecieron. Tenía ya acabada casi su guerra, los franceses poseían la Saboya y el condado de Nissa, no podía recobrarlos por las armas, porque después de la demolición de algunas fortificaciones, todo quedaba abierto y a arbitrio de los franceses. Estaban acantonadas sus tropas en la Raya, pero era en vano, porque los franceses no querían de la Saboya más que consumirla a contribuciones y desfrutarla.

Se había retirado a París, después de haber perdido el ducado de Milán, el duque de Orleáns, y para restaurarle su opinión fue elegido al mando de las tropas de España; bajaban otras de la Francia para confirmar aquella parte del reino que ya claramente se veía no querer otro príncipe; pero tuvo orden el duque de Berwick de no dejar el ejército hasta que llegase el de Orleáns. Sobre el apartar a aquél se discurrió variamente en la corte, y se atribuía a no ser bien visto de la princesa Ursini, cuya áspera conducta contra los españoles desaprobaba el duque, porque había entrado en el conocimiento de que sin ellos no se podía el reino mantener, y habló con ingenuidad al Rey en esto, no sin la aceptación de todos los afectos al Rey, y aún se creyó estimulado de don Francisco Ronquillo, que cuan severo era contra los que le parecían desleales, patrocinaba a los finos y celosos del bien del reino y de la persona del Rey. A ella verdaderamente se dirigieron los obsequios y las finezas, pero no se puede negar que sostuvo mucho el ánimo de los castellanos la natural vanidad de no ser conquistados de aragoneses y catalanes y ultrajados de los portugueses, a los cuales despreciaban y aborrecían. Estas

razones daba la princesa Ursini a Amelot y a algunos italianos, para que nada se les agradeciese a los castellanos, con lo cual creció la discordia con no poco perjuicio, y así padecía el Palacio alguna confusión.

No estaba muy unida la del rey Carlos en Barcelona después que se fue Peterbourgh, porque el mando de las tropas quedó al marqués de las Minas y a Galloway, entre sí enemigos y hombres de menor autoridad, que necesitaban aquellas tropas, compuestas de tantas y tan varias naciones, que reconocían distintos jefes.

A los catalanes no los dejaban tomar tanta mano el príncipe Antonio de Leichtestein y el duque de Pareti, pero el más introducido en la gracia del rey Carlos era el conde Stella, napolitano, que no desayudaba a que lo pasase el Rey divertido. No son a la Historia necesarios el referir los rumores que esparcía la fama, quizás falsos, aunque en Barcelona pasaban por verdaderos, no sin descrédito de alguna familia. Estas voces alentaban a los castellanos que seguían a este Príncipe, de envidia de que no se hacía de ellos tanto caso como imaginaba su vanidad; y no fue alguno admitido al Consejo secreto más que el conde de Oropesa, por instancias del rey de Portugal, su pariente, que aún le daba de su real erario asistencias. Esto tenía en alguna veneración al conde, al cual no desayudaban las artes de su mujer; pero a los demás españoles los tenía abatidos el príncipe de Leichtestein, y el Emperador había escrito a su hermano que no se fiase de los castellanos, y más cuando supo que el conde de Oropesa se excusó de asistir a muchas juntas, diciendo estaba muy viejo y cansado y que votaba de mala gana contra Castilla.

A los catalanes los sostenía don Ramón Vilana Perlas, uno de los secretarios de aquel Universal Despacho, porque Leichtestein a todos procuraba apartar del ánimo del Rey y que sólo a los alemanes adhiriese, y pedía para el gasto del Palacio a la ciudad sumas inmensas, no sin queja de los catalanes, con tan civil expresión que decían se gastaba demasiado en músicos, porque el rey Carlos tenía algunos para su diversión, llevándole su genio a la música, en la cual estaba bastantemente instruido. Todo lo que era deprimir a los catalanes lo hacía Leichtestein con animosidad, y decía públicamente no se debía fiar de gente enemiga de quien la domina, e inclinada a la rebelión, estando esta última concebida no en el amor a los austríacos, sino en el temor a los franceses.

* * *

Cuando, llegó a Londres Peterbourgh proponía tan difícil la conquista de la España, que hubiera la Reina suspendido los socorros para continuar en ella la guerra, a no ser de contrario dictamen Malbourgh, que gozaba únicamente del favor y había crecido su crédito y autoridad con tantas victorias al ápice de la mayor felicidad. Éste hacía ver a la Reina cuánto la importaba estar armada y tener aliados, no sólo por la sublevación sucedida aquel año en Escocia, sino porque no ignoraban los parciales de la Reina cuánto trabajaban en Francia los escoceses y los jacobitas para que tornase el Rey Cristianísimo la empresa de restituir al Trono al rey Jacobo, y así le era preciso a la Reina estrechar la amistad con el César, que era el alma de la guerra y la alentaba con el mayor esfuerzo; que, como no tenía descendencia varonil, buscaba para su hermano un reino, porque con eso quedaban los Estados hereditarios para su hija, la archiduquesa María Josefa. Para asegurar más en la alianza al rey de Portugal, dispuso que la reina de Inglaterra le ofreciese por esposa a su hermana, la archiduquesa María Ana, y el rey Carlos, en dote, la

Extremadura, y juntamente dos puertos en Galicia, después de conquistada la España. Como el rey don Juan no tenía más que dieciocho años, le asistían al gobierno el duque de Cadaval, los marqueses de Algrete y Mariana y el conde de Viana, que no todos aprobaban este casamiento, porque le ganaba la archiduquesa al Rey seis años, el dote les parecía quimérico y la nueva alianza de sumo empeño, porque estaban cansados de la guerra los portugueses y quejosos de que les habían quitado todas las tropas veteranas y no reemplazadas las que habían entrado con el marqués de las Minas y Galloway en Castilla, por lo cual quedaban indefensos los confines; y aunque habían juntado otro ejército, era de gente inexperta. El almirante Skiovel templó estas quejas, ofreciendo traer luego otras tropas.

Habíanse perdido, como dijimos, en el precedente año las islas de Mallorca y Menorca; pero quedaba el castillo de San Felipe, que defiende a Puerto Mahón, donde, habiendo entrado con seis naves de guerra el conde de Villars, francés, y desembarcando armada la marinería y la guarnición de los navíos, recobró la isla de Menorca, porque, sobre haber pocos presidiarios ingleses, los hombres más principales de ella, que eran los Martoreles y Esquellas, eran parciales del Rey Católico, cuyo nombre se volvió a clamar en aquella isla inútilmente, porque, habiéndola desamparado los franceses, siendo toda llana y abierta como un arrabal de Mallorca, perseverando ésta en el dominio del rey Carlos, le fue fácil al conde de Escallar, con pocos navíos ingleses, volverla a recobrar.

Corría estos mares la armada de los aliados, y se dejó ver en Sicilia por si tomaba cuerpo una conjura que no ignoraban estaba tramada de algunos ciudadanos y otros hombres principales en la plebe. No se le ocultó al marqués de los Balbases, virrey de aquel reino, y haciendo algunos prisioneros, se desvaneció por entonces la malignidad de la intención. No era tampoco buena la de algunos españoles domiciliados en aquel reino, de un tercio antiguo, que llevaba a mal que viniesen a presidiarlas los franceses, y que a ellos los sacasen de Palermo a otros lugares de menor importancia. No estaba el reino de Cerdeña libre de este contagio, aunque muy oculto, porque los desafectos, que eran los parciales de la casa del marqués de Villazor, andaban con la mayor cautela, y se avigoró más su intención cuando vieron que había otros de su dictamen; porque gobernando aquel reino el marqués de Valero, se vieron prender a don José Zatrillas, marqués de Villa Clara, que estaba en sus Estados, y a don Salvador Lochi, juez de la Real Audiencia, y en un ganjil francés embarcarlos sin dilación alguna a la Francia. Después se prendió a un médico, que era del magistrado de la ciudad, aguardando sólo a que dejase la Chia. Estos eran verdaderamente inocentes y parecieron culpados; el caso pasó de esta manera:

Hallábase en Zaragoza un fraile mercedario llamado Trincas, cuando se tuvo allá noticia de que había aclamado Madrid al rey Carlos; y creyendo que ya estaba toda la España perdida, valiéndose de unos poderes que traía de los referidos sujetos, dio por ellos memoria al rey Carlos, los cuales los envió al marqués de las Minas, para que en el Consejo de Aragón que había formado se viesen, y los recibió, aunque tarde, don Juan Jerónimo Ricarte, secretario en aquel Consejo, por lo tocante a los negocios de Cerdeña. Privado éste de su empleo, porque despachó con el marqués de las Minas, y reconociendo sus papeles don Pascual de la Sala, a quien se confirió, se hallaron estos memoriales en que el marqués de Villa Clara pedía el gobierno de los cabos de Caller y Gallura, que poseía don Vicente Bacallar y Sanna; don Salvador Lochi, una plaza de regente

provincial en el Consejo de Aragón, y los del magistrado pedían confirmación para otro año. Esta acción de dar los memoriales, que era acto de reconocimiento en personas que vivían en Cerdeña, era, sin duda, delito; pero sólo le cometió el fraile movido de la amistad que tenía con ellos y creyendo la entera ruina del rey Felipe.

Esto hirió mucha parte de aquella nobleza, incluida en la familia de los Zatrillas, una de las más ilustres de aquel reino, y enajenó el ánimo de don Salvadar Zatrillas, hermano del marqués, y del conde de Villa Salto, su hijo, yerno de don Antonio Genovés, marqués de La Guardia, con lo cual se acrecentaba el partido de los descontentos, que sólo aguardaban la ocasión, para manifestarlo.

También dio el referido Trincas al rey Carlos una memoria de los nobles afectos a su partido y de los parciales del rey Felipe, que se cogió en los mismos escritos de Ricarte, y la envió el Rey al marqués de Valero para que informase de ellos. Esta memoria hemos tenido en nuestras manos, y no debemos propalar lo que a su arbitrio escribió el fraile, porque poniendo muchos de sus amigos en el partido del rey Carlos, creía hacerles beneficio, mas no dijo en todo mentira.

El blando y piadoso ánimo del marqués de Valero, o no quiso hacer mal a muchos por solas sospechas, o se le escondió la verdad, y pudiendo entonces sacar del reino a los que le perdieron, les dejó en quietud o despreció su poco poder, como decía, no teniendo aún guarnición aquellas plazas para oponerse a las insolencias del pueblo. Nada de esto ignoraban los parciales austríacos en Cerdeña, y ya los agitaba un nuevo temor que hacía discurrir medios a su seguridad. Tenían sus protectores en la corte, que, mal informados, extendían su favor fuera de lo justo; pero perdieron este asilo, porque el Rey Católico suprimió el Consejo de Aragón y agregó la Cerdeña al de Italia, en que era presidente el marqués de Mancera, casi sólo de nombre, porque faltando el ducado de Milán era menor su autoridad.

Estaba próximo a la rebelión el reino de Nápoles, que despreciaba igualmente al Consejo Supremo y al virrey, marqués de Villena, trabajando incesantemente el cardenal Grimani en la conjura, que tuvo éxito más feliz que la primera, porque la apoyaron las armas. La guerra de España alentaba a los conjurados, que, o no creían que el rey Felipe había vuelto a la corte, o lo callaban, aunque estaba cansado de publicarlo el virrey y de exaltar las fuerzas del ejército de Berwick. Éste estaba acampado muy dentro de Valencia, haciendo irreparables correrías, ya igual a los enemigos, porque estaba el ejército del marqués de las Minas y Galloway sumamente disminuido y discorde. Entre los confines de Aragón y Navarra, donde era virrey el príncipe de Esterclaes, había una continua guerra de pequeñas partidas, y desde Egea infestaban a Bárdena los aragoneses; por eso, determinó el virrey que el marqués de Salutzo sitiase aquélla, donde había de presidio seiscientos hombres. Púsolo en ejecución; plantó baterías y morteros; aunque no muy perfecta la brecha, dio a un tiempo cuatro asaltos por distintas partes, conduciendo las partidas los coroneles vizconde del Puerto, don Francisco Mencos, don Agustín Sola y el señor de Clarfuntan, francés.

Resistiéronse los sitiados valerosamente por espacio de dos horas, pero al fin fueron vencidos. Se distinguieron en esta acción los cuatro nombrados coroneles, don Félix Marimón y el marqués de Santa Clara. El marqués de Salutzo, que era hombre de ánimo

feroz e implacable, mandó pasar a cuchillo a los moradores, exceptuando niños y mujeres, y a algunos pocos que se retrajeron a los templos, no del todo libres de la desenfrenada furia de los soldados, a quienes se permitió el saqueo; y después se mandó quemar enteramente la ciudad. Así sólo de la infeliz Egea quedaron tristes vestigios en la memoria. Con esto descansó Navarra.

El mariscal de campo conde de Ayanz, partió de Sangüesa contra un lugar que llaman *Un Castillo*; desamparándole sus moradores, le entregó a las llamas, y lo propio hizo de Luesia. Los moradores de los circunvecinos pueblos se retiraron a la montaña, y desde allí bajaron contra Verdum, que, socorrido por don Félix Marimón, puso en fuga a los aragoneses. Ni aun con esto escarmentaron, porque un gran número de ellos se interpuso entre Jaca y su castillo, a quien socorrió el marqués de Salutzo, pero el poder llegar a tiempo se debió al valor y atrevimiento del vizconde del Puerto, porque habiendo hallado las tropas alto el río Javerre, y defendida la contraria ribera de los rebeldes, fue el primero que entró en él, llegándole el agua a más de la cintura; siguieron el heroico ejemplo los coroneles Mencos y Durbán, y se retiraron los rebeldes a un vecino bosque; allí los atacó el marqués de Santa Clara y los obligó a huir, habiendo antes muerto a muchos y hecho prisioneros no pocos. Logró Salutzo felizmente su expedición, y dejó bien abastecida a Jaca.

* * *

Todo el cuidado del ejército del rey Felipe era Valencia, en cuyo reino estaban acampados los enemigos, fatigados con correrías continuas de la caballería del Rey, principalmente de las partidas que conducía don Juan de Cereceda, que con ochenta caballos, ayudado del valor y del ardid, venció muchas veces a quinientos. Con reclutas continuas de la Francia y de la España se aumentaba el ejército de Berwick, que estaba aguardando al duque de Orleáns, el cual, a 10 de abril, llegó a Madrid y fue recibido de los Reyes con el mayor agasajo, aunque al duque le quedaba el sinsabor de que algunos de los grandes de España que descienden de la sangre real de Castilla y Aragón, rehusaron el verle, por no darle tratamiento de Alteza; esto lo disimuló el Rey con gran prudencia, pero no dejó de desagradarle la que creía más soberbia que razón, y más queriendo tener contento al duque de Orleáns, porque tenía las armas de España en su mano. Estaban ya no lejos de Valencia los ejércitos a la vista, observando cada uno los movimientos de su enemigo. En Yecla y Caudete estaba el marqués de las Minas, y en Montealegre y Chinchilla, Berwick, no queriendo éste dar la batalla hasta que el duque de Orleáns llegase; pero, con todo eso, le fue preciso moverse de Chinchilla y juntar en Montealegre sus tropas.

A los 19 de abril, mientras los portugueses pasaban de Yecla a Villena, tomaron su castillo, y después le desampararon y se acamparon en Caudete; los franceses y españoles, en el campo de Almansa dejándola atrás por la derecha, casi formados en batalla, porque veían que los pasos de los enemigos se enderezaban a ella; al fin, el día 25 del mismo mes marchó formado contra los españoles el marqués de las Minas. Rehusaba

cuanto podía Berwick venir a las manos, o por esperar al duque de Orleáns, o por no aventurar en una acción la Corona, porque en toda España no había más ejército, y sólo en Extremadura estaban algunos regimientos; pero ya no daba lugar a más reflexiones el marqués de las Minas, que bajaba por un modesto collado a la llanura y tenía puesta su artillería en paraje que con poco avance estaban bajo del tiro los franceses, que luego plantaron la suya.

Empezáronse a cañonear los ejércitos, con poco daño de una y otra parte, porque aún estaban las líneas estrechadas y marchaban unidos los portugueses e ingleses que regía Galloway en la siniestra, donde cargó la mayor fuerza, porque la derecha de los españoles la daba el duque de Populi con las guardias del Rey de a caballo. La infantería de esta ala estaba a cargo de un teniente general francés y de don Antonio del Valle. En el centro estaba el duque de Berwick, asistido de don Miguel Pinos, y en la izquierda el señor de Lavare, francés, y don Carlos de San Egidio, contra el conde de la Atalaya, porque el centro del ejército austríaco le tenían el marqués de las Minas y el conde de Donna, holandés.

Estaban los españoles firmes sin empezar el combate, al cual dieron principio, impacientes, los ingleses por el centro, cubiertos de su caballería, que cargó contra Berwick; luego movió su ala el duque de Populi contra Galloway, con tanto ímpetu que desbarató la primera línea de los enemigos, pero sosteniendo ferozmente la segunda, no sólo hizo parar al duque de Populi, sino que precipitadamente le obligó a retroceder hasta la segunda, línea, que regía el caballero de Asfelt, el cual la había con arte ordenado con tantos espacios y vacíos, para que si la primer línea volvía atrás, no le desordenase la suya; y viendo que venía huyendo, dijo a los suyos que era arte, para acometerlos desordenados después, y que no se moviesen hasta que hiciese con un lienzo la señal. A esta prudente disposición favoreció la fortuna, porque siguiendo a la primer línea del duque de Populi desordenadamente los enemigos, y confusas las dos suyas, encontraron con las de Asfelt, que los esperaba a pie firme y había puesto el regimiento de Humena en paraje que recibió a los enemigos con tal horrible fuego, que no sólo los embargó al ardimiento, pero se confundieron de manera que cargando sobre ellos toda la segunda y la primera, que había vuelto a reparar a espaldas de la de Asfelt el duque de Populi, venció a Galloway y deshizo enteramente la izquierda de su ejército, con muerte de muchos, seguidos de la fuga y despedazados en la batalla; porque los guardias, para borrar la primera acción, se arrojaron nuevamente, espada en mano, con el mayor ímpetu, aunque ya no hallaron resistencia, porque fueron en vano las persuasiones de los cabos ingleses para detener los suyos.

Viendo Galloway que era imposible volver a formar la izquierda, juntó los infantes que pudo a espaldas del centro, y los introdujo en las filas con alguna caballería que había quedado de oficiales y de gente más amante de su honor que los que habían precipitadamente huido. Esto avigoró las tropas del centro, que peleaban valerosamente contra Berwick, y protegidos de su derecha le habían hecho retroceder casi hasta Almansa, cediendo los franceses y españoles al brío de sus contrarios. No dejaron el combate ni volvieron la espalda, pero rompió el marqués de las Minas la primera y segunda línea y pasó adelante con más que probables esperanzas de victoria, porque era inútil la que los españoles habían tenido por la derecha, cuando estaba su centro dividido

en dos cuerpos, donde los oficiales mandaron formar dos caras para coger en medio a los enemigos. Este fue el acertado orden que dio Berwick, corriendo valerosamente el campo, que no sólo reparó el daño, pero le dio la victoria; porque acometiendo por las espaldas del centro de los enemigos con dos regimientos de caballería de don José de Amézaga, los sorprendió del género que fue menester valor para pelear con orden. Entonces estrecharon las dos partes del centro, divididas, y cogieron en medio a los que se habían internado tanto que no podían escapar.

Los ingleses y alemanes sostuvieron la acción con imponderable, brío. Alentaba a sus portugueses el marqués de las Minas; pero en vano, porque habían descaecido los ánimos y, ceñidos en círculo de sus enemigos, rindieron las vidas. Escaparon pocos, y entre ellos, herido, Galloway, y algunos oficiales. El marqués de las Minas se pasó a la derecha y la fortificó con cuanta más gente pudo. Estaba ya la victoria por los españoles en el centro y la derecha; pero no estaba el ejército enteramente vencido, porque el conde de Donna, que no se había adelantado tanto, retiró a las alturas de Caudete trece regimientos, y aún no había peleado la derecha; pero fue con tanto denuedo acometida de la izquierda de los españoles, que se trabó un rigoroso combate y murió tanta gente de ambas primeras líneas que fue preciso ser socorridas de las segundas.

Dos veces se separaron las tropas volviendo cada cual a su lugar: pero, avergonzadas las del rey Felipe de no entrar a la parte de la gloria, acometieron de género que, después de bien sangrienta disputa, huyó, herido, el marqués de las Minas, y fue el residuo del ejército y todo el ala derecha vencida.

Halláronse difuntos, todavía formados, algunos regimientos portugueses, y muy pocos de los de esta nación pudieron contar la desgracia. Tuvieron los franceses y españoles una completa victoria, y decisiva, porque si la hubieran perdido era probable la subversión del Trono.

Esta es la célebre batalla de Almansa, a la cual dio eterna memoria el Rey con una columna que mandó erigir, y entallar en mármol su inscripción. No será menos eterna la gloria que adquirió el duque de Berwick, parte de la cual tocó a los que se distinguieron, y fueron el duque de Populi, el de Sarno, el señor de Davaré, don Carlos de San Egidio, don Miguel Pons, don Antonio del Valle, don Juan Caraciolo, don Lelio Carrafa, el marqués de Santelmo y Piasneli, quedando muchos de éstos heridos. Sostuvo valerosamente el lugar de don Diego Dávila don Jerónimo de Solís y Gante, después de muerto aquél. También murieron en el ardor del combate el señor de Palastrón, y Silery, franceses; no quedaron los valones inferiores, y entre ellos el señor de Bocoy, el duque de Havré y Potelberg; este último, con un batallón de infantería, resistió en la derecha a la furia de dos de los ingleses y los deshizo, que contribuyó infinito al triunfo de este ala.

Mucho más que todos los franceses hizo Asfelt, que al otro día trajo prisioneros con el conde de Donna trece batallones que sitió en las alturas Caudete, cinco de ingleses, otros tantos de holandeses, y tres de Portugal. Quedó en el campo rico botín a los vencedores, donde se hallaron, sobre infinitas armas y provisiones de guerra, veinte piezas de cañón, trescientos carros cargados de municiones y ciento y doce banderas. Se rindieron prisioneros cinco tenientes generales, siete brigadieres, veinte y cinco coroneles, treinta tenientes capitanes, y subalternos, ochocientos; soldados prisioneros, doce mil, sin los

que murieron en el campo, que fueron seis mil. Estos diez y ocho mil hombres perdió el rey Carlos, y fue tanta la deserción, que en la revista que el marqués de las Minas y Galloway mandaron pasar en Tortosa, adonde se retiraron, no llegaban a cinco mil, y éstos, los más de caballería, porque los infantes no pasaban de ochocientos. Dos mil y quinientos españoles murieron, los más de las guardias del Rey, que hicieron maravillas, y más de mil quedaron heridos. Esta tan cumplida victoria abrió al vencedor toda la tierra no fortificada, menos Alcoy y Játiva, fiados en la eminente situación y en estar ceñidos de una aunque simple muralla, y tener presidio de veteranos. En Játiva estaba el marqués de las Minas, que para entretener el curso de la victoria inflamó aquellos ánimos y se retiró a Tortosa.

Luego se despachó esta feliz noticia al Rey Católico con don Pedro Ronquillo. Al otro día llegó a Madrid el conde de Pinto con cien estandartes, los cuales envió luego el Rey a su capilla de Nuestra Señora de Atocha; allí se veían las armas de muchos príncipes: la Inglaterra, la Holanda, Brandembourg, el Palatino, Portugal, Luneburg y muchos príncipes del Imperio. Tantas naciones concurrieron contra la España, y lo que era más lastimoso, la España misma, sirviendo al Rey Católico de trofeo las banderas de Cataluña, Aragón y Valencia.

Faltóle al ejército vencedor víveres, y por eso no se pudo seguir antes que respirase y volviese en sí el enemigo. Prevenía ya su rendición Tortosa; pero se confirmó en el dominio del rey Carlos, porque Galloway metió en ella las reliquias del ejército. No le quedaba ya que mandar al marqués de las Minas mas que la poca caballería que había quedado, que pasó después a Barcelona, porque este suceso consternó sumamente aquella ciudad, no sin asomos de sedición, y casi sin tumulto se apagó luego con arte y ficciones, esforzándose los nobles a sosegar la plebe.

Llegó al ejército el duque de Orleáns, disgustado de una victoria en que no intervino, y empleó un ejército vencedor de treinta mil hombres en rendir a Alcoy y Játiva, para quitar a Berwick, si no la gloria, la ruidosa fama de la utilidad del triunfo. Con todo eso, no permitió se fuese del ejército, por el conocimiento que tenía de la España y porque cualquiera acción se la atribuiría ya al duque de Orleáns la fama. Dividióse el ejército en dos cuerpos; Berwick, sólo con presentarse, rindió a Requena y quedó prisionero su gobernador, don José Iñigo de Abarca. Asfelt marchó contra Játiva; casi todo el reino de Valencia estaba sin tropas austríacas, menos una poca de caballería que hacía en Carlet algunas correrías, y porque no se perdiese la infantería toda en Tortosa, dejando allí el solo presidio, la pasaron a Denia, Alicante y Barcelona.

A 7 de mayo se dejó ver en Valencia el ejército del Rey Católico; huyó a Tortosa el conde de la Corzana, y no quedó hombre de armas en su defensa. Imploró la clemencia del Rey la ciudad y el pueblo, aunque más eran sus lágrimas de rabia que de dolor. A 8 del mismo mes entregaron las llaves al duque de Orleáns, de quien consiguieron cuanto pedían, y no se saqueó la ciudad; sí sólo se envió a don Antonio del Valle con un destacamento para admitir el nuevo homenaje. El pueblo, o ambicioso o para dar señas de su arrepentimiento, quiso acometer a las casas de los autores de la rebelión; pero ya había escapado a Barcelona el conde de Cardona con otros nobles tan acérrimamente parciales al rey Carlos, que antes de salir aplicaron fuego a las casas de los afectos al rey Felipe, porque querían destruir y aniquilar la patria que ya no habían de volver a ver.

Echando los españoles un puente al Júcar, fue contra Alcira el duque de Berwick, y el de Orleáns se retiró a la corte, donde fue recibido con el mayor aplauso; se entretuvo poco, y pasó luego a mandar las armas en la raya de Aragón, cuyo reino amenazaba desde Fraga. En el de Valencia todo se redujo a la obediencia del Rey, menos Alcira, Játiva y Alcoy. Comunicábanse por el puente del Júcar las tropas de Berwick con las del caballero de Asfelt, que sitiaba a Játiva, que estaba presidiada de ingleses. Hacía la empresa difícil el estar sus moradores pertinaces aún, después de alojados los franceses en la brecha del muro y haber tomado los baluartes de los lados. Daba la rabia valor a los de adentro, y, obstinados, se dejaron dar el asalto sin escuchar proposiciones de perdón, porque clamaban absolutamente que sólo querían morir. Enfurecido el soldado, y vencida la brecha, no dio cuartel ni a niños ni a mujeres, aunque a éstas las exceptuó la piedad de Asfelt. No se puede describir más lastimoso teatro; buscaban la muerte los vencidos y rogaban los matasen; ellos y los vencedores aplicaban fuego a las casas; aquéllos por desesperación cruel, y éstos por ira; exhortábanse recíprocamente a morir, creyéndose más felices acabando que sirviendo al Rey que aborrecían.

No se pudo discernir quién con mayor tesón aplicaba fuego, si los propios moradores o los soldados; no se perdonó ni aun a los templos; pocos sacerdotes escaparon; mujeres, pocas, y hombres, ninguno. Nada quedó de Játiva, ni aun el nombre, porque en su reparación el Rey mandó llamarla San Felipe; ochocientos ingleses quedaron prisioneros.

Poco menor estrago padecieron Alcoy y Alcira; tiene horror la pluma en escribir de tanta sangre derramada. Rindióla la fuerza, y no se les daba cuartel a los vencidos, porque Asfelt lisonjeaba con la sangre su genio duro y cruel. Desarmó a Valencia y a todo el reino; prohibiéronsele con tanto rigor las armas, que un solo cuchillo llevó centenares de hombres al suplicio. No puede haber hombre más exacto en hacerse obedecer; aun con haber sido tan grande el delito, ya el rigor de Asfelt padecía excesos, porque había puesto su delicia en derramar humana sangre.

Así era feo escarnio de la suerte el reino fértil y hermoso de Valencia, que no guardaban los vencedores para el Rey; sí sólo le destinaron para mísero despojo de su codicia, porque igualmente franceses y españoles cometieron tantas tiranías, robos, extorsiones e injusticias, que pudiéramos formar un libro entero de las vejaciones que Valencia padeció, sin tener noticia alguna de ellas el Rey, porque a los vencidos no se les permitía ni el alivio de la queja. De compasión callamos los nombres de los que injustamente defraudaron sus riquezas a aquel reino, y no nos atrevemos a decir la suma de dinero que se sacó de él, por no aventurar nuestro crédito. Nada sirvió para el Rey; mancharon sus manos los que las habían gloriosamente ilustrado con la espada.

* * *

El duque de Orleáns, llamando hacia sí todas las tropas, corría libremente el Ebro; había vencido algunos rebeldes que en cortas partidas le infestaban, y los rechazó, hasta que se presentó con el ejército ante Zaragoza; rindióse la ciudad y casi toda la tierra abierta;

aquello se ejecutó con más quietud y menor estrago, pero no se podía evitar la licencia del soldado vencedor, siempre insolente. Los rebeldes se retiraron a los montes, y se limpió de ellos también el confín de Navarra.

Estos hechos llegaban a Italia confundidos de la ficción de los parciales austríacos, y muy cercenadas las victorias; porque, empezada ya a gustar la dulzura de sus dominios, para adelantar en ella sus derechos, el César determinó atacar el reino de Nápoles; pidió paso al Pontífice para veinte mil hombres, y como era el número tan superior a los que se podían oponer, no era menester pedirle y así lo creyeron los jefes del ejército; ;porque cuando el cardenal Grimani lo estaba exponiendo al Papa, ya las tropas estaban en el Ferrarés, mandadas por. el conde Daun, que eran sólo nueve mil hombres; pero no tenían resistencia, y había el Emperador mandado que, sin aguardar licencia, prosiguiesen la marcha.

Turbóse, al parecer, la corte romana, y mucho más el Pontífice, porque veía que, introducidos en Nápoles los alemanes, era preciso contemplarlos o experimentar sus extorsiones. Juntó una congregación, y aunque algunos fueron de parecer de resistirse, la mayor parte del Sacro Colegio adhería a los austríacos o por necesidad o por amor. Estaba encargado en aquella corte de los negocios de Francia el cardenal de la Tremoglia; pero ni él ni el duque de Uceda, embajador de España, tenían alguna autoridad, y muy pocos parciales desde que se perdió Milán, porque ya sabían era la puerta de Italia. No veían con gusto, sino con temor, a los alemanes; pero éstos no cuidaban de ser amados, sino de ser obedecidos, y así se encaminaban ya a los Estados de Roma, desde donde avisaron su próximo peligro a Nápoles.

Era a este tiempo virrey el marqués de Villena, que no ignoraba el designio de los enemigos; pero se prometía de los napolitanos más de lo que debiera. Juntó los que llaman sergios, que son colegios de nobles, y a la ciudad; llamó al electo del pueblo, Lucas Puoti; todos prometieron fidelidad y constancia, aunque sólo en las palabras; ofrecieron cien mil ducados si perdonaba el real fisco la tercera parte de sus rentas. No consintió el virrey, pero era imposible de otra manera hallar dinero, porque ya nadie fiaba de las asignaciones de la Real Caja en las rentas ordinarias, con el regular logro de seis u ocho por ciento, porque veían que se iba a perder el reino, al cual turbaba ya en los confines de Roma una cuadrilla de hombres facinerosos que tenía por jefe a Julio César de Santis, al cual, por sus delitos, había el marqués de Villena desterrado, y se había introducido hasta Valdepiedra: bien que defendía los términos del reino don Francisco de Resta, bajo la mano del duque de Atri, vicario general de Apruzo, que pasó con un regimiento de caballería y trescientos infantes a Celán y Avezano, porque el número de los bandoleros crecía cada día, agregándose cuantos temían las satisfacciones de la justicia.

El virrey, que meditó muy tarde la defensa, la quería ahora apresurar con resoluciones que tomaba precipitadamente, pero no todas eran adecuadas al caso ni iguales al peligro, porque le faltaban tropas, que son la más segura defensa de un reino indiferente, y casi lo más contaminado de las sugestiones de los parciales austríacos, que eran muchos, y de la primer nobleza, no descuidándose el cardenal Grimani de abrir con ofrecimientos los tesoros de las manos del Emperador y del rey Carlos. Creó Villena oficiales generales, mariscales y brigadieres, con el poder que para esto tenía del Rey; envió a la Pulla al

marqués de la Roca, y dio el mando de todas las armas al duque de Bisacia; éstos, con el conde de San Esteban de Gormaz, fueron a fortificar a Gaeta, y se mandó al duque de Atri que recogiese las tropas de su cargo y guardase atentamente los confines. El marqués de la Roca pasó a Sora y después se encaminó al mismo paraje el príncipe de Castillón, general de caballería, y el mismo Bisacia.

Hízose Consejo de guerra, y para cualquier operación faltaban tropas. Hubo varios pareceres, y el más aprobado fue cortar el puente de Cypri, y con peñas y árboles embarazar los caminos después de forrajear y consumir los víveres de los confines, para dificultar el paso a los enemigos; pero nada se ejecutó, conociendo los jefes la disgustada obediencia de las pocas tropas que ya habían interiormente tomado el contrario partido, engañados con promesas, y sólo esperaban la ocasión de declararse. Envióse al duque de Sora y otros varones a sus Estados para prevenir las milicias urbanas, y se volvió Bisacia a Nápoles, dejando la custodia de los confines al marqués de la Roca, a quien ofreció el virrey grandes socorros que olvidó después. No pudo enviarlos, atento sólo a fortificar a Gaeta, la cual destinaba para refugio, con mayores demostraciones que convenía en un accidente: que el temor del virrey acrecentaba el de los demás; pero no podía defender todo el reino, y así lo hacía de una plaza que por su situación y fortaleza era más hábil para defenderse, y conocía ya la intención de los napolitanos, de quienes era preciso guardarse más que de los propios enemigos.

A los 26 de junio entró en el reino de Nápoles el ejército austríaco, mandado por Ulrico Daun, que constaba de nueve mil hombres, como dijimos, porque sólo eran cinco regimientos de caballería y cinco de infantería, no completos. Desamparó el marqués de la Roca los confines, con parecer de los coroneles Caraciolo, Rozo y Carofolo; retiróse a lo interior de la provincia, y ninguna se quería defender, por no exponerse a los estragos de la guerra. Los enemigos ocuparon a Sora y San Germán. Retiróse con la caballería el príncipe de Castillón, porque sólo tenía ochocientos caballos, y ya la tierra enemiga.

Esta noticia consternó, al parecer, a Nápoles, y todo era afectación. Persuadieron al virrey los mismos ocultos austríacos que sólo atendiese a defender la capital y sus castillos, aunque el torreón del Carmen, que gobernaba don Pedro Niela, estaba indefenso porque sus pertrechos se habían pasado a Gaeta. Parecieron a esta sazón cuatro naves holandesas, que hacían navegación incierta; no dispararon los baluartes, aunque estaban casi a tiro, porque no quiso el virrey dar este fomento más al rumor que ya empezaba en la plebe, disfrazado en miedo. Mandó Villena que el conde de la Roca presidiase a Capua; allí se encaminó Castillón, pero no había víveres para veinte días. Venía con el ejército, destinado para virrey, Jorge Adam, conde de Martinitz, y se le juró obediencia en San Germán, aclamando al rey Carlos, de quien traía los despachos. Adelantóse, con su regimiento el coronel Waubon para asegurar la marcha a las tropas, que aún no habían gastado un grano de pólvora. Llegó a Fiano el primer día de junio, y por los desertores supo el infeliz estado de la plaza de Capua y la propensión de sus moradores a mudar de dominio. Había sacado de ella, con orden de Villena, don Rodrigo Correa la guarnición española; con que no había modo de cómo defenderla, aunque clamaba su gobernador, marqués de Feria, y había el conde de la Roca consultado desampararle; y mientras ésta se disponía a ir a Nápoles, pareciéndole a Waubon la ocasión oportuna, con solo un destacamento de caballería se presentó a la plaza y ocupó el puente.

Corrió a defender la puerta el marqués de la Roca y los demás oficiales con dos compañas de infantería, que a fusilazos apartaban a los alemanes, concurriendo con su artillería el castillo; pero habiendo pasado aquéllos el río Vulturn por donde es más bajo, se alojaron a la sombra de una arboleda que los defendía mejor del cañón, la cual mandó entonces cortar el gobernador; pero no había gente que lo ejecutase. Ocupó Waubon el río, y parecía guerra de burlas, porque ni él tenía fuerzas para rendir la ciudad, ni el gobernador para defenderla, y más cuando ya el pueblo empezaba a clamar por la rendición, y había traído a su dictamen muchos soldados; pero los sosegó el buen modo del marqués de la Roca, ofreciendo que en su caso capitularía muy útilmente a la ciudad. Viendo Waubon la imposibilidad de la empresa, se restituyó a Tiano para tomar artillería, y avisó que se le enviase infantería, porque sabía que venía a socorrerla el príncipe de Castillón, el cual llegó con seiscientos caballos, tan a tiempo, que ya se estaba perdiendo la ciudad, por haber tomado el pueblo las armas contra la poca guarnición que guardaba las puertas, y habían sucedido ya algunas muertes. Sosegóse el tumulto con haber entrado un destacamento de caballería a cargo del mariscal de campo don Francisco Belvalet; pero no desistía, con todo eso, la ciudad de aclamar por la rendición; y precediendo antes Consejo de guerra, viendo no podía defenderse, la desampararon las tropas españolas, con el marques de la Roca, habiendo antes introducido socorros en el castillo, donde se encerraron voluntariamente muchos oficiales y los nombrados coroneles que acompañaban a La Roca.

Luego la ciudad aceleró los obsequios y llamó a las tropas de Daun. Mandó éste que volviese Waubon, y a pocos días Regaron también Daun y Martinitz, y plantaron contra el castillo una batería de piezas de cañón de campana que nada amedrentaron al marqués de Feria,. y con los suyos hacía no poco daño a los que ocupaban el puente; pero faltándole lo necesario para le defensa, hizo muy honradas capitulaciones, y salió con todos los honores militares la guarnición, aunque ofreció no tomar en seis meses las armas. Luego se rindió Caserta, y casi todo el país abierto hasta Nápoles.

Mayor guerra tenía con el pueblo el marqués de Villena: quiso privar de su empleo a Lucas Puoti; repugnólo la plebe y no se ejecutó el decreto, porque ya veía el virrey que todos deseaban la dominación austríaca y no querían defenderse. Por eso negaron los socorros de dinero que les había pedido, y se oían vanos e inciertos rumores que obligaron a que la condesa de Egmont y la de San Esteban de Gormaz, nuera del virrey, pasasen, con otras señoras, en las galeras del duque de Tursis, a Gaeta. Salió con muchos nobles a caballo por la ciudad el marqués de Villena para sosegar estos ruidos, que ni eran sedición ni dejaban de serlo, atizando el fuego los ocultos traidores, y no carecían de ellos las tropas. Abasteció los castillos y encomendó el de San Telmo a don Rodrigo Correa, quitando de él a don Diego de Buides; Castel Novo, a don Manuel de Borda, privando a don Antonio Cruz; pero le dejó en el mismo castillo, con errada opinión de que serviría a Borda de freno, cuando estaba Cruz herido de una injuria. A Castel del Ovo le gobernaba don Antonio Carreras. Estos tuvieron orden del virrey, dada por el duque de Bisacia en 3 de julio, para que, en caso de ser sitiados, disparasen contra la ciudad, porque con eso ella tendría cuidado de los castillos. Pareció un edicto en nombre del Emperador, impreso en Roma de orden de Grimani, en que probaba los derechos austríacos a aquel reino. y no tener algunos el rey Felipe; estaba concebido con cláusulas

insolentes y poco atentas a la nación francesa; vióse fijado en la catedral y en el Real Palacio, y después en varias esquinas.

Hallándose en este estado, escribieron al conde de Martinitz, ofreciéndose al servicio del rey Carlos, los príncipes de Monte Sarcho, Abelino y Cariati, y el duque de Monteleón. Otros muchos nobles hicieron lo propio; pero los autores de la rebelión y conjura fueron aquéllos, sin la cual no se hubieran atrevido nueve mil hombres a querer conquistar un reino. La ciudad nombró por su síndico al duque de Monteleón, sin noticia de Villena. Las palabras de los que esto ejecutaban no conformaban con la intención; decían que era sólo poner al cuidado de los nobles la ciudad, y que ésta se estaría indiferente a que la defendiesen las armas del Rey. El duque no quiso admitir el empleo sin el consentimiento de Villena, que no le quiso dar, ni las causas que para negarle tenía, de lo que se ofendieron; pero no podía explicar el marqués cuánto justificaba su resolución, porque todo era trama del mismo duque, que se disponía para ser rebelde y quería parecer leal.

Los alemanes, después de tomada Capua, se encaminaron a Nápoles. Corría la provincia el duque de Telesia, que venía con las tropas alemanas, y estaba desde la primera conjura en Viena; éste dispuso que Aversa llamase la caballería del enemigo para sorprender la del Rey, y anticipadamente este pueblo juró fidelidad y obediencia al rey Carlos. Viendo ya el marqués de Villena que era imposible la defensa, suspendió de su oficio a todos los ministros reales y los mandó salir de la ciudad para que no estuviesen obligados a despachar en sus tribunales. Ordenó que las galeras del duque de Tursis sacasen del arsenal cuantos pertrechos pudiesen, y se previno para irse a Gaeta.

Estaba ya insolente la plebe, y para contenerla se encargó la plaza del Mercado al príncipe de Monte Sarcho, porque ya habían tomado las armas más de veinte mil hombres y querían quemar el palacio del virrey por una falsa voz esparcida con artificio, de que tenía preso al electo del pueblo y a los cuatro diputados de los sergios, que ofrecían al virrey, para defenderse, cuarenta y cuatro mil ducados, porque hasta el extremo querían parecer constantes. Volvióse a mandar al duque de Monteleón que gobernase la vicaría, porque no se podía sufrir ya la insolencia del pueblo sin tener temor al castigo; mas todo fue en vano, porque habiendo llegado ya los alemanes a Aversa, estaba perdido Nápoles.

El marqués de Villena envió al príncipe de Castillón con la poca caballería que le quedaba -porque iban cada hora desertando- para que se juntase con el duque de Atri. La ciudad pidió permiso al virrey para prestar la obediencia al rey Carlos, ya que no había tomado las providencias para defenderla, y expuso la urgentísima necesidad, desesperando ya del remedio. Con el secretario Branconio escribió al conde Daun excusándose de la retardada rendición, porque tenían los españoles los castillos. Esta carta se firmó en 6 de julio por mano de los sergios y de la ciudad. En el mismo día firmó otra carta el marqués de Villena que entregó su secretario, don Juan de Torres, dirigida a la ciudad, en que decía veía ya ser imposible el salir a resistir al enemigo por falta de tropas y no haber querido el reino hacer las reclutas que desde el mes de abril se tenía mandado; que no había otro remedio, para conservar el reino, sino defender los castillos y a Gaeta, desde donde esperaba volver con tropas que restituyesen al justo dominio del Rey aquella ciudad, cuyo pueblo estaba más de lo justo consternado, porque se podía defender muy bien de nueve mil hombres no cabales, sin víveres ni artillería; que

esperaba daría la ciudad lo necesario a los castillos para mantenerse, por no aventurar su ruina, porque había mandado asolasen la ciudad si ésta no les suministraba víveres.

El mismo día se embarcó el virrey en las galeras de duque de Tursis, y se pasó a Gaeta, cuando ya en Aversa habían jurado los diputados de Nápoles fidelidad al nuevo Rey, y en su nombre confirmó los privilegios de la nobleza y ciudad el conde de Martinitz, al cual fue a recibir la mayor parte de los nobles, gloriándose los jefes del ejército austríaco de que sin armas, con sólo el terror del nombre, habían rendido un reino tan vasto y tan poderoso.

Con el marqués de Villena se fueron a Gaeta, a más de los oficiales españoles y tropas que embarcó el duque de Bisacia, el príncipe de Chelamar y don Horacio Copula, general de la artillería. Estos solamente fueron los que de la nobleza napolitana que se hallaban en la ciudad de Nápoles, siguieron el partido del Rey, abandonando sus casas, con heroico ejemplo de fidelidad. Los ministros aragoneses se quedaron todos en Nápoles, menos don José Celaya. De los castellanos, ninguno; y se pasaron a Gaeta don Alonso Pérez de Araciel, presidente del Consejo de Santa Clara; don Gregorio Mercado, regente del Collateral; don Pedro Mesones, don Ambrosio Bernal, don Miguel Lesada, don Luis Alarcón, don José Bustamante, don Gonzalo Machado, don Bartolomé Sierra, el marqués de San Egidio, don Jerónimo Pardo, y después don Francisco Milán. De los ministros napolitanos sólo uno, que fue don Francisco Cernicala.

La mañana del día 7 de julio salió de Aversa para Nápoles el conde de Martinitz, a quien precedía con seiscientos caballos el coronel Paté, y a paso más lento seguía el ejército, cuya manguardia llevaba con dos mil caballos el general Carrafa. Iba en el centro el conde Daun con Waubon, y cerraba con la retaguardia el general Wecel. Marcharon por los lados ocho piezas de cañón, y aunque el ejército era poco más de ocho mil hombres, porque habían dejado quinientos en Capua y habían muerto en su sitio algunos, eran más de veinte mil los alemanes que entraron en Nápoles, contando niños y mujeres, porque es costumbre de aquellas tropas marchar con ellas. El pueblo salió algunas millas a recibirlos, con imponderable júbilo y aclamación; despoblóse la comarca a ver esta entrada, mostrando en su inmoderado gozo el desafecto que tenían al Rey Católico. Antes de entrar en la ciudad ocupó el centro y la mano derecha Martinitz, como virrey, no sin alguna emulación del conde Daun, que paró en enemistad.

Renovó el pueblo su alegría, y las mujeres tejían coronas de flores a los soldados y les ofrecían al tiempo de pasar frutas y dulces con grandes vasos de vino, no despreciados. Apeóse Martinitz en la catedral para venerar las reliquias de San Jenaro, aunque más era por lisonjear al pueblo que por devoción, porque la tiene particular a este Santo aquella ciudad y todo el reino. Teníasele al virrey prevenido su hospedaje en casa del príncipe de San Severo, a donde pasó desde la iglesia. Los que fueron en la primer conjura rebeldes y estaban fuera del reino, volvieron a él, y excitaban a la plebe a incesantes aclamaciones. Estos eran el duque de Telesia, el marqués de Rofrano y el príncipe de Chusan; seguía innumerable pueblo, y llegando a la plaza de los Jesuitas, donde había una hermosa estatua del Rey a caballo, que estaba puesta desde el año de 1702, la acometió la plebe por influjo de Telesia, y aun siendo de bronce, la hicieron, con mazos y martillos, pedazos; con sacrílega insolencia herían con las espadas la cara, y no pudiendo deshacer la imagen, la mancharon con tinta. Estaba ya la cabeza dividida de lo restante del cuerpo,

y uno del pueblo, o atento o ambicioso del metal, la robó a la ira, que la ejercitó el pueblo por largó rato, hasta que lo prohibió el magistrado, fingiendo dolor del suceso, y mandó recoger los pedazos. Luego se aplicó la plebe a saquear las casas de los mercaderes franceses, no con gran logro, porque habían reservado lo más precioso.

Así expiró el día 7 de julio, observando los históricos que en este mismo día, en el año de 1495, habían sido los franceses que ocupaban el reino, poseído de Carlos VIII, expulsos de Nápoles por Ferdinando II de Aragón, y que en el propio día había sido la rebelión de Tomás Ángelo, el año de 1657, reparándose también que para templar lo infausto de la constelación del día, muchos siglos antes se había consagrado la iglesia en que están las reliquias de San Jenaro.

El conde Daun luego bloqueó los castillos, pero no levantó trinchera, y mandó a la ciudad que no se le permitiesen víveres. El de San Telmo apartaba los sitiadores, porque don Rodrigo Correa cumplía con su obligación, y preguntó al gobernador de Castel Novo si era tiempo de ejecutar la orden del marqués de Villena, para disparar contra la ciudad. Don Manuel de Borda envió a comunicar con el cardenal y el magistrado al barón Darmen y a don Cristóbal Ibarra para que se quitase el bloqueo, porque si no, era preciso seguir la orden. Esto enfureció mucho al virrey y a Daun. Después se ajustó que al otro volviesen, y cesaron las hostilidades; pero aplicaron los alemanes más fuerte batería, solicitando a Borda con promesas más eficaces que las amenazas que el día 9 hizo Daun a la guarnición de los castillos, enviando al barón Heilde. Correa las despreció; Carreras dijo que haría lo que Borda; y éste ya no escuchaba con desagrado los partidos que le ofrecían, aunque pidió tiempo para hacer una consulta al marqués de Villena, que ya sabía no se lo habían de permitir. Juntó Consejo de guerra y todos fueron de parecer de capitular. Así se ejecutó, dentro del término que había Daun concedido. Salió la guarnición con todos los honores militares; de los pactos no cumplieron ninguno los alemanes, ni Borda quería que los cumpliesen, porque poco después tomó el partido austríaco y las armas contra su Soberano.

Envió con don Francisco Manca las capitulaciones al marqués de Villena, que se enfureció en vano, porque Borda ya despreciaba sus iras. De los oficiales, solamente quedaron prisioneros, por constantes en el partido del rey Felipe, don Domingo Loy, sardo; don Francisco Rosillo y don Juan de Jarara, castellanos. Carreras entregó, después de dos días, a Castel del Ovo; quedó prisionero de guerra, y aunque sobre su palabra, no salió de Nápoles.

Volvió a amenazar a Correa el general alemán; pero persistía en la defensa de San Telmo, y aunque era muy viejo, le asistía su yerno, don Pedro Niela, hombre de valor y de honra; por eso convirtió contra el castillo de Baya las armas Daun. Envió contra él al general Vetzel. Era su gobernador don José Pariente; defendióse éste cuatro días, y como intimó el alemán la rendición con vena de no dar cuartel si se difería, juntó Consejo de guerra y determinó rendir el castillo, quedando prisionera la guarnición y el gobernador, que mantuvo siempre la debida fidelidad al Rey Católico.

San Telmo se defendía con tesón; pero ya, habiendo los alemanes ocupado a Santa Lucía y el bosque San Martín, no podía ser socorrido el castillo. Llamó el gobernador a Consejo, donde, si no es él y don Pedro Niela, todos fueron de dictamen de rendirle;

porque ya estaba la guarnición impaciente y deseaba tomar partido. Más receloso de ella don Rodrigo Correa que de los enemigos, se rindió, quedando prisionera la guarnición; todos tomaron partido, menos don Pedro Niela y cinco capitanes: Pratz, Landecio, Ayala, Aldaneo y Lezcano. El gobernador mostró heroico ejemplo de fidelidad; padeció mucho, pero al fin murió en una batalla en servicio del rey Felipe, como veremos.

Con esto estaba enteramente la ciudad de Nápoles a la obediencia del rey Carlos, a quien se despachó con la noticia al marqués de Rofrano, a darla al Emperador fue el coronel Daun. Por engaño del príncipe Avelino, vicario general por el rey Felipe en algunas provincias de aquel reino, fue sitiado de los propios paisanos en Caba el príncipe de Castillón; allí se rindió prisionero a persuasiones del obispo, que le dio a conocer su peligro; los más de los que le seguían tomaron partido; algunos oficiales se mantuvieron en el del Rey Católico, con el heroico ejemplo de su jefe. El duque de Atri se fue a Pescara, que la gobernaba don Esteban Billet, hombre fuerte y de conocida fidelidad.

En estos mismos días se cubrió Nápoles de ceniza y de tan espesas sombras, que se atemorizaron los alemanes, y duró tanto, que el día último de julia, en que se hizo la solemne aclamación, fue uno de los más horrendos. Vomitó ríos de betún el Vesubio y se oyeron formidables estruendos por más de cien millas en contorno. Caían del cielo piedras, elevadas de la violencia del fuego, y después llovió agua de color de sangre. Desde el año de 31 del pasado siglo no se había visto más sañudo ni más horrible el monte. Sacáronse las reliquias de San Jenaro, y venerándolas se desmayó Martinitz, aturdido de aquella que para él era la más formidable novedad; pidió que le sacasen de Nápoles; confortóle el arzobispo diciendo eran solos efectos del monte, que respiraba. Esto tomaron muchos por infausto agüero y como ademán de castigo, tanto que no dejó de entristecer a los propios autores de toda la traición; pero mucho más a don Manuel de Borda, don Antonio Cruz y don Cristóbal Ibarra, que tomaron partido en aquel día.

Pasó el general Walis a sitiar a Pescara que, con Gaeta, era sólo lo que de aquel reino faltaba a rendirse enteramente, porque todos los demás gobernadores del reino entregaron con una carta sus plazas. Acudió Julio César de Santis y otros napolitanos con ciento y sesenta paisanos a cerrar los pasos contra Pescara; creían ganarla sin levantar trinchera, pero el cañón de la plaza los desengañó, con perdida de los más atrevidos. Hicieron después un puente de barcas, y pasado el río empezaron a trabajar en la línea. Estaba el día 27 de agosto adelantada, y desde un pequeño collado se batía con ocho piezas; juntó Consejo el duque de Atri, e hizo la plaza llamada; formó las capitulaciones, y mientras se consultaron con Daun hubo tregua. Éste no quiso permitir los honores militares de la guarnición ni el duque de Atri rendirse sin ellos, y así se renovaron las hostilidades.

Erigieron los alemanes dos fuertes de tierra y fajina que quitaban casi a la plaza la comunicación con el mar, porque los sitiadores guardaban lo extremo del río, aunque los sitiados habían erigido una pequeña fortaleza en la isla de Canicio, que defendía la orilla del agua y los socorros que pudieran llegar si hubiera habido quien los hubiera enviado. Hizo una salida don Esteban Billet en que mostró valor y experiencia. Irritado de esto Walis, acometió a la isla pla noche con ochenta barcos para ganar la torre, y, aunque con trabajo, lo logró. Entonces desmayaron los sitiados; pidieron que se les escuchase y se capituló como el duque de Atri quiso, saliendo la guarnición armada y con bala en boca. El gobernador, don Esteban Billet, se embarcó en Putzal; pero ningún oficial de su

regimiento tomó partido, avergonzándose muchos de los que le habían tomado, de ver la honra de don Esteban. Al duque de Atri se le permitió ir a Ascoli a buscar su mujer e hijos, y con toda su familia se pasó a Roma, donde murió después, siempre firme en el juramento prestado al rey de España.

Ya no quedaba más que Gaeta, donde estaba el marqués de Villena con mil y quinientos hombres, y para dar mayor explanada a los baluartes, arruinó algunas casas y la iglesia y convento de capuchinos. Daun, con su ejército, se acercó a Tesa; mandaba en excavados troncos pasar el río, para quitar el forraje a los españoles. Después pasó a Scabiolo, y tomó a Mola, que aún la ocupaban aquéllos. El cardenal Grimani envió de socorro a Daun un regimiento nuevamente formado, cuyo coronel era don Nicolás Caracciolo; gente toda napolitana e inexperta, pero algo servía. Ya se meditaba sitiar en sus formas a Gaeta, y así echaron los alemanes un puente a Garrillano, donde tenían antes una nave del corsario José Fumo, porque lo copioso del río sufre que le entren del mar los barcos, aunque no largo trecho. Esto no era bastante a prohibir el mar a los sitiados, pues desde Liorna, en cuatro galeras, hizo el marqués de Villena traer cantidad de trigo y todo género de víveres de Sicilia. El día 30 de agosto se empezó a levantar trinchera; pero como era terreno arenoso, la artillería de la plaza la destruía fácilmente, y así desde lejos se traía tierra, y con grande trabajo se formó la línea y se plantó artillería.

Concedió el conde Daun, a 3 de septiembre, una pequeña tregua para que saliesen de Gaeta con las galeras de Sicilia la condesa de Egmont, mujer del duque de Bisacia, y la de San Esteban de Gormaz, con otras señoras españolas. Desampararon también el puerto las galeras del duque de Tursis, a cuyo cargo se entregaron las de Nápoles, de las cuales era gobernador don Carlos Grillo, genovés, que lo repugnó mucho, y dio por escrito su dictamen, que por lo que se podía ofrecer, debían quedarse en aquel puerto; venció el del duque, y todas se retiraron al de Génova. Ambos siguieron heroicamente el partido del rey Felipe, aunque el duque tenía todos sus Estados en Nápoles, y don Carlos, sus alimentos en los de su hermano, el duque de Mondragón. Después se hizo general de las galeras de Nápoles al duque de Tursis, y gobernador de las de Sicilia a don Carlos Grillo.

Se batía a Gaeta con treinta y seis piezas de cañón, y a 22 de septiembre ya estaba la brecha a propósito para el asalto, aunque ruda y no llana; fue a reconocerla Daun, y arrancó de ella con gran valor un palo, porque en todo lo abierto habían formado los sitiados una estacada, y se pusieron los que llaman caballos de Frisia por donde era más peligrosa la brecha, y tenía ya tres la muralla. La línea no se había extendido hacia la ciudad, ni hecho los aproches, ni se habían quitado los fuegos de los lados, y así parecía imposible que el sitiador quisiese dar el asalto con tanto riesgo, según las militares reglas.

Estos discursos no eran irracionales; pero no por eso se debía descuidar tanto la guarnición, porque el general alemán, informado por los desertores de la negligencia de los españoles, determinó dar intempestivamente el asalto, que no le hubieran ejecutado a saber que estaban con vigilancia. Era gobernador de la plaza don José Caro, hombre de edad muy crecida y no a propósito para tan incesante trabajo y custodia, valiéndose los enemigos de todas las oportunidades que ofrecía la fortuna; el último día de septiembre dieron un general asalto a poco más de mediodía, cuando estaban en la mesa todos los oficiales generales de la plaza, y el marqués de Villena. Acometieron también a un tiempo a las puertas de tierra y de mar; la brecha sólo la guardaban catorce hombres, y así

fue fácil, al primer ímpetu, montarla; acudió más gente, pero como en la plaza no se esperaba esta novedad, hubo una confusión y desorden tan raro, que, de nadie defendidas, ocuparon los enemigos las puertas y lo alto de la brecha.

Mandóse a los valones acudir a la puerta del mar, cuando estaban destinados a guardar la brecha. Todos los jefes negaron haber dado esta orden; pero, en fin, se dio, y llena de turbación la ciudad, se defendía mal de los que ya se adelantaban a tomar los baluartes Opusieron al príncipe de Chelamar y el de Bisacia la gente que se podía juntar; pero ya los enemigos, adelantados a una plaza en que se formaron, hacían prisioneros a cuantos se les resistían, porque estaba ya todo el ejército dentro.

Prendióse a Chelamar y a Bisacia; y queriendo el gobernador don José Caro defender la entrada de la puerta de tierra, ofendido en la vista por la violencia de la pólvora, que tomó fuego en un barril, le prendieron con otros quinientos.

Salió a caballo para socorrer esta puerta el marqués de Villena con los soldados que le quedaban, y se trabó sangrienta disputa; pero le fue preciso retirarse al castillo; aunque disparó por dos horas, al cabo de ellas pidió capitulación, y no se le concedió; quedó prisionero de guerra con los militares que dentro estaban, y se le hizo tan crudo y bárbaro tratamiento, que no sólo excedía las reglas de la milicia, pero se mostraba en el conde Daun una rabia indigna de su valor y de su grado. La misma se ejecutó con el príncipe de Chelamar, y de Castillón y Bisacia, los cuales fueron conducidos todos a Nápoles, donde la vil plebe hizo mofa del marqués de Villena, dándole epítetos que pudieran mover cualquier ánimo menos constante.

Con Gaeta, donde ejecutaron los alemanes los más exquisitos rigores, se acabó de perder todo el reino, habiendo descuidado de él los ministros españoles, y Amelot, principalmente, que era el voto más esencial en el Consejo del Gabinete del Rey Católico. Echaban muchos la culpa al marqués de Villena porque sacó siete mil franceses que había antes en los presidios del reino. El desembarazarse de esta gente no dejó de ser demasiada confianza; pero fue por dar satisfacción a los napolitanos, que creían se apoderaban del reino los franceses por habérsele cedido el Rey a su abuelo. Esta voz la esparcieron los desafectos, y tomó tanto cuerpo, que ya era preciso hacer caso de ella, mas no por eso quitar al reino su defensa, porque después, cuando el marqués de Villena envió a don Tiberio Carrafa para impetrar socorros de la Francia, no los pudo conseguir, ni era ya más a tiempo, ni tampoco quiso socorrerle el virrey de Sicilia, marqués de Bedmar, aunque había sido solicitado para ello, porque temió desguarnecer aquella isla y que se perdiesen ambos reinos si no se podía defender el de Nápoles. Algunos culparon también a Villena por haber entregado a Castel Novo y Castel de Ovo a personas conocidamente desafectas, que los rindieron vilmente y tan presto. El infeliz éxito, aunque muestra los errores, acarrea culpas, porque no favoreció a las disposiciones la fortuna.

En la corte del Rey Católico no hizo la impresión que debiera la pérdida del reino de Nápoles, porque aún era reciente el júbilo de la importantísima victoria de Almansa, y de que los portugueses de las tropas que mandaba el conde de San Juan habían sido valerosamente rechazados por el conde de Montenegro, y les salió costosa la nueva empresa contra Salamanca, cuyas milicias urbanas, ayudadas de los regimientos de Santiago, Chaves y Pabón, no sólo se defendieron, pero siguieron a los enemigos e

hicieron no poco estrago en ellos. No pudo tampoco el conde de San Juan perseverar en el sitio de Alcañizas, porque el coronel Palominos, reforzado con el regimiento de Santiago, le hizo levantar, y se retiraron los portugueses a Ciudad Rodrigo, cuyo presidio molestaba algo la vecina tierra de Castilla; pero el conde de Montenegro los hizo retirar a la ciudad, y se puso dos veces en forma de batalla, por si querían los enemigos darla, y como las cosas del continente de España iban mejor de lo que se esperaba, pareció de menor importancia el perder en la Italia un reino.

* * *

Regocijó mucho a la corte y a la España toda del partido del rey Felipe, el haber la reina María Luisa dado a luz un príncipe a 25 de agosto, dos horas antes del mediodía, al cual se le puso en el bautismo el nombre de *Luis Fernando*, ya por renovar la memoria de dos tan grandes reyes, como también porque nació en el día de San Luis, rey de Francia. Diósele el título de Príncipe de Asturias, que es el que pertenece a los primogénitos de los Reyes Católicos. Cuando estaba la Reina con los últimos dolores de parto, fueron llamados el cardenal Portocarrero, el nuncio apostólico Zondadari, los ministros extranjeros y los presidentes de los Consejos, según costumbre, para que fuesen en la posible y más decente forma testigos del verdadero parto de la Reina, pues publicaban los enemigos que era fingido el preñado, para asegurar con la sucesión el amor y fidelidad de los pueblos.

Vino a tiempo, sin duda, este príncipe nacido en Castilla; porque ya los españoles veían confirmada la Corona en príncipe español, y se empeñaron más en sostener el imperio en el rey Felipe, porque las razones del nuevo príncipe de Asturias eran incontrastables y en cualquiera cosa tendría la España un eterno enemigo, si perdía el rey Felipe la Corona. Estas reflexiones dieron grande aprensión a los de la Liga, y aun a la Casa de Austria.

Hiciéronse grandes fiestas en todos los dominios del Rey Católico, y se dio libertad a los presos y desterrados. Entre los primeros, al duque del Infantado y al conde de Lemus, y entre los segundos, al conde de Palma, Puñonrostro y Monterrey. A Palma y Puñonrostro se les acriminó haber tratado con los enemigos cuando estaban en Madrid, y al conde de Monterrey, que pidió salvas guardias para sí y para la villa de Alcobendas al marqués de las Minas. A otros muchos títulos se alzó el destierro, como no entrasen en la corte, lo cual tampoco se permitió por entonces al Infantado. El nacimiento de este príncipe se celebró mucho en París, y aunque declarado enemigo, se participó al duque de Saboya; y como nueve meses antes había nacido en Francia el duque de Bretaña, de la otra hija, María Adelasia, duquesa de Borgoña, se veía el de Saboya a un tiempo abuelo de los dos legítimos herederos de los mayores tronos del mundo.

* * *

Ni el ver con esto confirmada la sucesión de España en la Casa del rey Felipe entibió al duque de Saboya el ardor de la guerra, porque estaba empeñado en la empresa de Tolón, y en quitarle al Cristianísimo no sólo una plaza tan fuerte y un arsenal tan precioso y abastecido, sino que también era la llave de sus reinos, pues desde allí a París no hay una plaza, y perdido Tolón no se podía defender toda la costa marítima que baña el Mediterráneo hasta el Rosellón, y pudiera en este caso el Emperador, como ya poseía el Estado de Milán, socorrer a su hermano por tierra, sin necesitar de flotas inglesas, y así, por no depender de ellas ni de los holandeses, la Casa de Austria deseaba mucho la felicidad de esta empresa, sobre la cual habían los ingleses fundado grandes ideas, ayudadas de los ofrecimientos que hicieron los calvinistas de Francia, de bajar por el Ródano a vigorar el sitio y ocupar aquella tierra que podía suministrar víveres a la plaza, que carecía de ellos, aunque tenía sobradas municiones de guerra.

La empresa era difícil, no sólo por lo fuerte de sus bastiones, sino porque antes de entrar en el puerto era preciso pasar por radas angostas, torcidas y defendidas de varios fortines y castillos, que era casi imposible penetrarlas. Estaban dentro todas las naves del Rey y las del comercio, que eran numerosas, y si fueran presa de enemigos ninguna victoriales sería más útil, no sólo por el saqueo de Marsella, sino aún por la extinción del comercio, y harían los ingleses solos todo el de Levante. Estos mismos discursos hacían los franceses, y así no descuidaron de su defensa.

Vino la armada inglesa y holandesa a este efecto al Mediterráneo; tuvieron orden de sus jefes de obedecer al príncipe Eugenio y al duque de Saboya, y con sesenta mil hombres se encaminaban a la Francia por la Provenza. Los montes del Estrel, que allanó el Cristianísimo para poder bajar artillería contra el duque de Saboya, ahora le servían a éste contra la misma Francia, porque dejando atrás a Antibo, tomó el camino por la derecha y volvió después a bajar a la orilla del mar, para tener siempre a la vista la armada, que traía las provisiones de guerra y boca, y el cañón de batir, y navegaba por aquellas costas con cuanta arte era posible para suministrar al ejército lo necesario. Pero como desde el mar Ligústico a Tolón no hay puerto capaz de esta armada, corrió algunos peligros de separarse. Muchos días estuvo el duque de Saboya sin saber de ella, porque debiendo las naves huir del cabo de San Torpé y de las islas de Hieres, habían entrado más hacia lo alto del mar, y el golfo de Frixus los había rechazado dos veces. Por eso marchaba lentamente el Duque, por no hallarse ante Tolón sin provisiones, pues ahora las daba la provincia por donde ejecutaba sus marchas.

Esta dilación, que a muchos les pareció artificiosa y era precisa, salvó a Tolón, porque tuvo tiempo de prevenirse para la defensa e introducir víveres y numeroso presidio, y acampar las tropas en paraje que no pudo hacer jamás el Duque la perfecta línea de circunvalación, quitando la comunicación con Marsella, que fue por donde le vinieron los socorros y se embarazó poner las baterías contra lo menos fuerte de la ciudad. Nunca creyeron los franceses que sería contra Tolón el designio, hasta que vieron tropas en la Provenza, porque les parecía imposible que se internasen por cuarenta leguas en la Francia, dejando atrás asperísimos montes y sendas muy estrechas; pero se fió el duque de Saboya en que no podían juntar en este paraje los franceses tropas iguales a su ejército. Así, marchó por Canna, despreciando los cañonazos del castillo de Santa Margarita. Guiaba él la manguardia, y quedó en la retaguardia el príncipe Eugenio, que

marchaba separado por lo alto de la Provenza, para ponerla toda en contribución. El Rey Cristianísimo, nada turbado con esta noticia, mandó guardar el Ródano, poniendo a trechos caballería desde el puente de Sancti-Spiritu hasta Arlés, porque no pasasen los hugonotes ni se pudiesen juntar. Por eso se quitaron las barcas del río de Aviñón, y se prohibió el paso del puente de Lunel, si no se mostraba pasaporte del duque Rocloire o del conde de Griñán, gobernadores de Lenguadoc y Provenza. Se guardaron los pasos del monte que está entre Tolón y Marsella, para que no pasasen más adelante los enemigos, a los cuales, con buenas aunque no muchas tropas, porque sólo constaban de ocho mil hombres, fue a encontrar el teniente general Medavi, por la parte que venía el príncipe Eugenio; porque en Tolón se había ya fortificado no lejos de la plaza el mariscal de Tessé, con quince mil hombres.

De todo el reino acudió la nobleza a la defensa de lugar tan importante, y determinaron bajar los duques de Borgoña y de Berry. Ofrecieron sus caudales los hombres más ricos del Delfinado, Provenza y Lenguadoc; y las provincias enviaban víveres tan en abundancia, que les sobraron a las tropas y a la plaza -tanta aprensión les dio este sitio-. Hiciéronse luego dos fortificaciones exteriores de tierra y fajina, con la chusma de las galeras, y se sacaron de los navíos las piezas mayores para asentarlas en los muros y en la parte que dominan las dos radas del puerto; y las demás naves, menos cuatro, se echaron a pique, dando a los leños barreno, porque siempre se podían extraer del mar, y éstas servían para embarazar el puerto.

Tres mil piezas de cañón defendían la ciudad y el puerto, y había municiones para tres años de sitio, y de éstas sobraban tantas, que se retiraron a lo interior del reino. Se echaron varias cadenas a lo más angosto de la entrada, y se pusieron en ella dos naves con cien piezas de cañón cada una, y diecinueve galeras que levantaron sus castilletes en la proa, y otras dos naves enderezaban sus tiros a la tierra. Seis mil hombres veteranos era el presidio, y dos mil gastadores; los artilleros eran más de tres mil y seiscientos. Sacó el gobernador de la plaza, que era el señor de San Pater, a los viejos, mujeres y niños, y aun a las milicias urbanas que habían entrado mientras llegaban las tropas arregladas. Todo esto se ejecutó en quince días, y sólo el gran poder de la Francia podía hacer estos preparativos en tan breve tiempo y entre tanta confusión.

A 24 de julio embistió a la plaza el Duque las alturas más vecinas, y se fortificó, temiendo que bajasen más tropas de todo el reino; sólo se quedó con mil caballos, porque habían quemado los franceses los forrajes y no se podía mantener la caballería. Bajaban de la armada los víveres al ejército con gran trabajo, porque impedía las más veces la mareta que se acercasen las lanchas, y estaban arriesgadas las naves, bordeando algunas, y otras dadas fondo en lugar poco seguro. Estaba abierta la puerta por donde se sale a Marsella, porque no pudo el ejército enemigo, sin venir a una batalla con Tessé y Medavi, ocupar aquel terreno. Preveníanse contra la ciudad morteros, no siendo fácil abrir trinchera, repugnándolo más de mil piezas de cañón que disparaban a un tiempo contra los que intentaban levantar tierra. A 29 del referido mes determinó el Duque ocupar el castillo de Santa Catalina en que había mil y quinientos franceses. La fortaleza era chica e irregular, aunque habían hecho para mayor defensa los franceses una línea hasta el montezuelo de Santa Elena, hacia el Occidente.

Al amanecer acometió a esta línea, y aunque al primer asalto fue valerosa la defensa, ocuparon el collado de Santa Elena los alemanes. Fueron socorridos de dos regimientos los franceses, que huían por la cuesta, y se renovó la pelea con más vigor por una y otra parte. Movióse el ejército para socorrer a los suyos, y después de cuatro horas se rindió el castillo. Por una línea de comunicación que habían hecho desde la altura de Santa Ana a su campo los franceses, se retiraron los vencidos, y quedó el Duque dueño del monte de Santa Elena y del castillo de Santa Catalina. En esta acción estuvo mortalmente herido el príncipe de Hesse Casel. Luego se plantaron en la eminencia baterías contra la ciudad, y, ya cubiertos, se adelantaban los enemigos por si podían, con el favor de la noche, levantar trinchera. El suelo cubierto de peñas no permitía abrir la tierra. El último día de julio, al anochecer, acometió el Duque a la puerta que llaman de las Viñas, que tiene una simple cortina y sin retirada. Pero, prevenido este caso, había puesto el gobernador de la plaza cuarenta piezas sobre la puerta que llaman de Morillón, que miraba a la otra, y de género batía a los enemigos que con gran número de hachuelas intentaban romper la puerta, que no pudiendo resistir la furia de la bala menuda, se arrodillaron, porque el terreno los cubría un poco, pero no tanto que no quedase expuesta la cabeza. Y así les fue preciso, después de haber perdido ochocientos hombres, retirarse pecho por tierra y desistir de la empresa,

Había el Duque acercado el ejército dos millas más a la plaza, extendido por la derecha a la Valleta, y por la siniestra al monte de Santa Catalina. El príncipe Eugenio estaba seis millas más adentro, guardando los pasos por donde podía sitiar la retaguardia del ejército de Medavi, que con el suyo estaba en San Máximo, para que no contribuyese víveres la provincia. Para guardar a Aix y Marsella, puso su campo en Gemenoso el mariscal de Tessé, detrás de Aubaño. Batían los sitiadores las naves del puerto, que les embarazaban mucho, con trece cañones; a la ciudad, con veinte, y al fuerte de San Luis, con quince, y como el castillo de Santa Ana batía al de Santa Catalina, le desampararon. Pero era tanto el fuego que hacía la plaza, que a cada momento se desmontaban los opuestos cañones, y no acertaban tiro los artilleros, poseídos del miedo, porque murió gran número de ellos; ni era fácil levantar trinchera, porque la artillería de la ciudad parecía fusilería en la presteza y forma con que disparaba, y habían muerto en Tolón muy pocos artilleros, porque la batería levantada contra la ciudad hacía poco efecto por estar lejos, y aunque desmontó algunas piezas, no hizo impresión alguna en el muro. La que disparaba a las naves, hasta entonces fue vana e inútil. La que a la fortaleza de San Luis, hacía más efecto, pero no podía abrir brecha; y como guarda el puerto, no podían sin expugnarla entrar naves enemigas, y aun después era menester ganar muchos castillos que la adornan.

Por esta razón estaba allí indecorosamente ociosa tan formidable armada, que ni aun el castillo de Santa Margarita pudo tomar, pues aunque lo intentaron, no cedió ni a la fuerza ni a las amenazas del duque de Saboya el gobernador. Una a una habían de entrar las naves en el puerto, y antes que penetrasen la segunda rada era preciso sufrir más de quinientos cañonazos, porque todo el collado estaba lleno de artillería, y estas alturas no se podían tomar sin rendir antes la ciudad. Esto obligó a la resolución de arruinar el fuerte de San Luis, lo cual iban consiguiendo, porque había ya caído la opuesta cortina. Era su gobernador el señor de Dilón; levantó en la brecha un trincherón que se podía bien defender, e hizo una línea de comunicación a la plaza para retirar el presidio, en caso que

toda la fortaleza cayese. En todo esto se pasó la mitad del mes de agosto, y a los quince días determinó el mariscal de Tessé echar a los enemigos del monte de Santa Catalina, rompiendo sus trincheras, que estaban guardadas por seis mil hombres. Ya bien alto el sol, destacó en tres partidas ocho mil hombres; guiaba él la primera; la segunda y tercera, el conde de Villars y el señor de Dilón. Acometieron por tres distintas partes a un tiempo, con armas blancas; padecieron mucho los franceses a la primera descarga de los enemigos, pero, hecha ésta, se arrojaron a las trincheras con tal ímpetu, que se trabó con las bayonetas y alfanjes una de las más sangrientas disputas de la presente guerra. Resistían mal los alemanes tres distintos acometimientos, y se empezaron a desordenar. Vinieron a alentarlos los príncipes de Witemberg y Sajonia-Gotha, que murieron allí gloriosamente.

Socorría a los suyos fácilmente el ejército francés, pero no lo podía hacer el duque de Saboya, porque habían de pasar bajo del cañón de la plaza las tropas, y ésta disparaba incesantemente. Después de muchas horas vencieron los franceses y se hicieron dueños del monte y de la artillería enemiga, no atreviéndose el duque de Saboya a salir de sus atrincheramientos, porque era preciso dar una batalla bajo del cañón. Sin perder tiempo fortificaron los franceses el recobrado castillo, y ya no padecía más la ciudad porque de parte alguna la podía el Duque batir. De género estaban soberbios con tan heroica defensa los franceses, que por mayor desprecio de los enemigos dormían sobre la muralla los soldados, y no se cerraba, ni aun por la noche, la puerta de Marsella.

Toda la ira convirtieron los sitiadores contra la fortaleza de San Luis, y las naves llamadas *San Felipe* y el *Tonante*, que casi quemadas las echaron a pique; ya arruinado, acometieron al fuerte de San Luis, y aunque fueron al principio rechazados, después le ganaron. Retiráronse a la plaza los franceses, y nada poseyeron los alemanes, porque estaba destruido; pero faltando estos cañones, pudo la armada inglesa acercarse más a la orilla y bombear con más facilidad a la plaza, que padeció la ruina de trescientas casas. Intentó dos veces, con viento en popa, entrar en las radas; pero fue en vano, porque los baluartes, a la primera descarga, desarbolaban las naves. A esto se añadía no haber podido el Duque abrir trincheras, y haberse aumentado el ejército de Tessé hasta el número de cuarenta mil hombres; las tropas de Medavi, hasta el número de quince mil, con paisanos bien armados que trajo el barón de Myon, hombre rico y afectísimo a su príncipe, y faltar los más días víveres en el ejército de los alemanes, porque no siempre estaba el mar tan quieto que permitiese desembarcarlos

Faltábanle ya al duque de Saboya doce mil hombres, porque no sólo en guerra abierta, pero traidoramente, los mataban los paisanos si salían de la línea. Supo el Duque que el gobernador de Antibo había roto los nuevos puentes del Varo, y que Medavi cogía los pasos para encerrar el ejército, porque no pudiese escapar de Francia sin venir a una batalla, que la deseaba Tessé. Todas estas complicadas razones, que cada una de ellas era de gran consideración, determinaron al Duque y al príncipe Eugenio a levantar el sitio el día 21 de agosto, después de haber juntado Consejo de guerra. Fingiendo porfiar en abrir trinchera, se tomó con gran silencio, al favor de las sombras, la marcha. Regía la manguardia el príncipe Eugenio, que partió antes, porque el Duque, el día 22, hizo ademán de querer dar la batalla, y por la noche movió lo restante del ejército por el mismo camino que había venido.

Creyeron muchos que quieren acreditarse de ingeniosos, pensando siempre lo peor, que no quiso el Duque tomar a Tolón por no deprimir demasiado a Francia y exaltar a los austríacos, perdiéndose el equilibrio. Esto lo probaban con haber los franceses dejado salir libre el ejército de los aliados, pudiendo cerrar tan estrechamente los pasos de las montañas y principalmente la que llaman del Estrel, que le costase una batalla cada marcha; pero lo cierto es que no pudo el Duque tomar la plaza, ni imaginó jamás que la armada inglesa pudiera entrar en el puerto, aun a costa de perder algunas naves, ni se creyó tan vigorosa defensa en una plaza muy poco fuerte por tierra, y mal abastecida.

No pudo Tessé embarazar la retirada, la cual no la supo hasta la mañana del día 23, y cuando quiso seguir la retaguardia halló ocupados los pasos, porque marchaban los alemanes con tal orden, que sólo hacían alto donde se podían fortificar y defender, siendo esto fácil en aquel terreno por lo muy montuoso; y en el último regimiento de todo el ejército, marchaba el Duque, que regló la retirada con la mayor prudencia, siéndole más gloriosa de lo que esperaba, aunque salió tan desairado de la empresa.

Creyeron los más expertos fuese mal premeditada, y haberse el Duque lisonjeado mucho de que no le quedaba poder a la Francia, sorprendida, para resistir a su ejército. Fió también algo de los hugonotes; pero ellos nada podían, y sólo los regimientos bien apostados los tuvieron a raya. Los que querían anublar la gloria de esta defensa al mariscal de Tessé, ponderaban que podía embarazar al Duque el no salirse de Francia, y muchos añadían que esto lo hizo por complacer a la duquesa de Borgoña, de quien era caballerizo mayor. Esta fue la malograda expedición de Tolón, que si se hubiera perdido, hubiera enteramente consternado la Francia.

Era contra la España toda esta guerra, menos feroz que la que en la misma España se hacía. Había tomado el duque de Osuna a Moura en Portugal, e impuesto a ochocientos prisioneros la ley de que no tomasen en seis meses las armas. Se había vanamente empleado mucho tiempo en el bloqueo de Olivenza, que había ya puesto el marqués del Bay, y aun ganado el puente; puso en contribución la provincia, pero por falta de almacenes no se pudo hacer el sitio, y se convirtieron las armas contra Ciudad Rodrigo, porque era más fácil en los términos de Castilla tener los víveres necesarios, que se mandaron conducir de la tierra circunvecina, y los cañones de Badajoz, Zamora y Salamanca. Formáronse regimientos de milicias urbanas, a los cuáles se pasó muestra el día 15 de septiembre en Peral; embistióse la plaza el día 20, y don José de Armendáriz se acampó contra Almeida, para evitar fuese por ella socorrida, como en efecto tomó una conducta de víveres. A los 22 se ocuparon los conventos de Santo Domingo, San Francisco y Santa Clara, y a 24 el de la Santísima Trinidad, distante ochenta pasos del camino tan cubierto, y se plantó una batería de doce cañones. No habían podido los sitiados retirar a Almeida la caballería, y les servía de embarazo. Intentó socorrer la plaza el presidio de San Félix; pero se opusieron los sitiadores, a los cuales socorrió con cantidad de víveres Castilla, y el día 30 llegó el conde de Aguilar al campo.

A 4 de octubre se dio el asalto general, y se disputó muy sangrientamente la entrada; vencieron al fin los españoles, y recobraron a Ciudad Rodrigo. Sirvieron en esta expedición de aventureros muchos de la primera nobleza de Salamanca, y entre ellos estaban don José Enríquez, conde de Ablitas. Luego pasó el marqués del Bay a socorrer a Moura, que las tropas inglesas y portuguesas intentaban sitiar en vano. Cesó así la guerra

en Extremadura, y se convirtió en correrías, porque de una y otra parte entraban, con daño de los pueblos, a robar ganados y devastar la tierra.

Acciones de mayor relieve se hacían en los reinos de Aragón y Valencia, ya sujetos al rey Felipe, menos Denia y Alicante. Quitáronseles los fueros y privilegios concedidos por los reyes de Aragón; desarmáronse los pueblos, y gobernaba los de Valencia con tanta severidad el caballero de Asfelt, que parecía le faltaban árboles para ahorcar a cuantos míseros transgredían sus edictos; todos se trataban como rebeldes, y como se publicaron en los dos reinos las pragmáticas de Castilla, y que una fuese la ley en toda la Monarquía, llevaban esto más duramente que morir los naturales de aquel país, acostumbrados a sus fueros, que por grandes los criaron insolentes. Ventilóse en el Consejo del Gabinete del Rey Católico la cuestión de si convenía quitar con decreto estos privilegios y fueros, o, viniendo la ocasión, no observarlos, por no exasperar con esta real deliberación los ánimos de los catalanes, que se sacrificarían mil veces por sus fueros. De esta última opinión fueron el duque de Medinasidonia, el de Montellano y el conde de Frigiliana; pero prevaleció la contraria, seguida de Amelot, don Francisco Ronquillo, el duque de Veraguas y el de San Juan, y se formó y publicó el decreto con términos que quitaban toda esperanza al perdón. Esto tuvieron muchos políticos por intempestivo y perjudicial al rey Felipe, porque añadía el temor otra razón a la pertinacia.

Marchó contra Denia el caballero de Asfelt; sitióla cuanto permitía el no ser dueño del mar, por donde le venían al castillo y a la ciudad los socorros de Barcelona; abrió con cuatro cañones una chica brecha; dio tres asaltos, y fue rechazado siempre con pérdida considerable; con mayor ignominia huyó, dejando en el campo todos los preparativos y el cañón, porque le iban a sitiar en su línea las tropas enemigas.

Determinado por el duque de Orleáns el sitio de Lérida, volvió de Francia el duque de Berwick para asistirle, y porque con mayor cuidado se aplicase a su servicio, le creó el Rey Católico duque de Liria y grande de España, en premio de la victoria de Almansa. Para este sitio se hicieron los almacenes en Fraga. Era gobernador de Lérida el príncipe Enrique de Armestad, y la habían añadido algunas fortificaciones; tenía dos mil presidiarios con bastantes municiones de guerra y boca, y aunque el pueblo no era mucho, tomó las armas con la misma obstinación que los demás catalanes. El último día de agosto marchó en tres columnas el ejército del rey Felipe, guardadas de la caballería. Ocupó el puente de Baleguer, pasó hacia Belcaire e Ivars, y llegando al collado de Feiros acampó poco distante de las tropas del rey Carlos; no faltó mucho para dar una batalla, si advertidos de los que batían la campaña los alemanes, no hubieran retrocedido.

Por la derecha marchó el duque de Orleáns para encontrarlos en Cervera, pero tomaron el camino de Ciudadilla y no fue posible seguirlos, por lo escabroso del país y lo angosto de las sendas. Desengañados de no poder venir a la batalla, ocuparon el campo de Lérida los franceses y españoles. Para distraerlos bajó Galloway hasta Tárragas, pero como era tan inferior en número, no le dio aprensión al duque de Orleáns, y formó su línea de circunvalación, cuyo extremo por la derecha miraba al convento de San Francisco, y por la izquierda al río Segre, donde se echó un puente hacia Balaguer y otro de no vulgar artificio junto a Lérida; era de madera, y estaba de tal forma compuesto, que en pocos momentos se podía deshacer. A 29 de septiembre se empezó a abrir trinchera bajo el mando del señor Legal. A 3 de octubre se perficionaron las paralelas, mandando el señor

de Davaré; distaban ya sólo cuarenta pasos del muro. La noche del día 6 hizo la guarnición de la plaza una vigorosa salida contra la izquierda hacia el río; corrió la voz de que habían ganado los sitiados el puente y que le estaban quemando. Acudió allá la mayor fuerza de las tropas, que casi descuidaban de la verdadera parte, donde acometieron los catalanes; pero todo se defendió igualmente, y quedaron las trincheras. Prosiguióse a batir el muro, que era una simple cortina sin foso, y la noche del día 12 se dio el asalto. Defendiéronse con fortísimo denuedo los sitiados, mas cedieron a lo superior del número y fueron vencidos; alojáronse en la brecha los españoles; después de una hora fueron acometidos del presidio, pero mantuvieron el puesto, se acabaron de fortificar y pusieron batería contra lo interior de la plaza, la cual desampararon aquella misma noche los moradores, dejando, sólo niños, viejos y mujeres.

El presidio se retiró al castillo, desde donde el príncipe de Armestad imploró compasión para la ciudad y para aquella mísera gente, a toda la cual, menos a las monjas, se obligó a entrar en el castillo, porque consumiesen más presto los víveres. A las iglesias y monasterios se les dio salvas guardias, y se pusieron baterías contra el castillo; al principio se prohibió el saqueo, pero habiendo hecho la guarnición algunas salidas, como traidoramente, por los ángulos de las calles de que tenían práctica, y muerto muchos españoles y franceses, se mandó saquear la ciudad. Divulgóse que venía Galloway y esto daba más aliento a los sitiados. El duque de Orleáns envió toda la caballería a guardar el río, y prosiguió a batir el castillo. Aplicóse el minador al baluarte de San Andrés, y el día 25 se le dio fuego a la mina; cayó el bastión, y volaron los que le guardaban; alojáronse en sus ruinas los franceses. Estaba ya más estrecho el castillo, y había caído la principal torre; pero, con todo, se defendía gloriosamente el príncipe, y hacía frecuentes salidas, levantando siempre dentro de la empalizada fortines de tierra y fajina, y haciendo cortaduras.

El día 29 se puso otra batería junto a la puerta de Santa Elena; toda la esperanza de los sitiados estaba en lo lluvioso de la estación, que deshacía frecuentemente las trincheras, pero había el duque determinado a toda costa concluir la obra, y se daba cuanta prisa era posible, porque se había ya movido Galloway por ver si podía pasar con barcas el Segre, habiéndose puesto, entre el Cinca y Noguera, gran cantidad de catalanes, que llaman miqueletes. Avisada de su peligro con continuos cohetes voladores el castillo, pero no bastaba esto para entenderlo Galloway, porque las tropas que había adelantado para asegurar la marcha, habían sido ahuyentadas por Cereceda, que las acometió de improviso, y estaba en una de las partidas inglesas el mismo Galloway, que había venido a reconocer el campo del duque, por si podía con repentino asalto romperle; pero viendo que era esto imposible, aplicó su cuidado a guardar a Tortosa.

El día 7 de noviembre se resolvió hacer otra mina por la derecha del castillo, porque las baterías hacían poco efecto contra el último recinto de él, y tan alto que las piezas no estaban en su justa proporción y se caían de las cureñas, aunque estaban afianzadas con unas cuñas y elevadas todo lo posible. No se podían plantar para batir perfectamente en brecha, por lo desigual y escabroso del terreno; y así, toda la obra estaba fiada al minador, que felizmente se iba adelantando. El día 10 se prendió fuego en el castillo a unos barriles de pólvora, por negligencia, y cayó una cortina del muro del principal baluarte, y con ella muchas piezas de cañón. Arrimó gente el duque por si daba

oportunidad al asalto este accidente, pero aún era preciso allanar más la ruina. Entonces fue herido de un fusilazo en una mano el conde de Pinto, hermano del duque de Osuna. El día 21, estando ya perfecta la mina, se mostró la mecha encendida a los sitiados, y se determinó al anochecer prenderla fuego y que se siguiese luego el asalto.

Habíase ya puesto el sol, y a instancias de los suyos mandó hacer llamada el príncipe Enrique, y pidió capitulación, la cual le negó el duque de Orleáns si no se entregaba juntamente con éste el castillo de la Guarda, que estaba situado en una eminencia distante de Lérida una milla, y había menester nuevo sitio. Tardó algunas horas a resolverse el príncipe; pero al fin vino en ello, porque entre otras cosas le faltaba el agua, que la sacaban los soldados de un pozo muy profundo. Dejóse salir libre la guarnición de Barcelona, con todos los honores militares, y se ganó enteramente a Lérida, lo cual puso en no poca consternación a Cataluña.

* * *

En el Rhin y la Mosa no hubo acción remarcable. Alternaba la dicha en algunos pequeños encuentros en Flandes entre el ejército del duque de Malburgh y el del duque de Vandoma, que se mantuvo gloriosamente sobre la defensiva, después que se destacó de sus tropas alguna parte para socorrer a Tolón. Todo el arte fue el modo de acampar. Solicitábale a una batalla el inglés; retiróse aquél a Cambray, y éste, dejando a Nivella, se fue a Soignes.

Más sutil guerra hizo en Alemania el mariscal de Villars; aprovechándose de los grandes destacamentos que mandó hacer el Emperador para la Italia y la Francia. Rompió las líneas de Stolfen, y se internó tanto, que puso en contribución la Suevia, la Franconia, el Ducado de Virtemberg, el principado de Baden Durlach, el de Armestad, el Palatinado inferior, Francfort y hasta Maguncia. De estas contribuciones sacó grandes sumas de dinero, que costearon la campaña, y hubiera pasado adelante si no se le opusiesen el vicario general del Imperio, duque de Hannover, los prusianos y luneburgenses.

Año de 1708

Después de destrozada y dividida en varias gentes la Monarquía de España, aún la faltaba en el Mediterráneo y la Italia que perder; éstas eran las dos islas de Sicilia y Cerdeña.

Gobernaba la primera el marqués de los Balbases, aunque las armas corrían por cuenta de don Francisco Pío de Moura, príncipe de San Gregorio, su yerno. No dejó de haber en

ella alguna conjura, que fue apagada a tiempo con el suplicio de cuatro capitanes españoles. Era la trama entre gente baja y de ninguna autoridad, y la descubrieron fácilmente los ministros de Roma, porque eran las inteligencias con los que allí tenían los austríacos; vínose al castigo sin recelo, y se aquietó el reino, bien que, por la sedición pasada del pueblo de Palermo contra los franceses, pasó a Mecina su residencia el marqués de los Balbases.

No dejaba de padecer su oculto incendio Cerdeña, donde era a este tiempo virrey don Pedro de Portugal y Colón, marqués de Jamaica, hombre sumamente avisado, ingenioso, astuto e inteligente, inclinado al negocio y a atesorar riquezas. No había muchos meses que había sucedido al marqués de Valero, y comprendió luego, no sólo los genios de los sardos, sino también sus particulares inclinaciones. Esto decimos contra los que creen haya sido engañado del marqués de Villazor y del conde de Monte Santo, de los cuales entendió el desafecto, pero no podía más, ni juzgó podía sacar la cara contra ellos sin tropas, que no las había en el reino, y por eso las pidió reiteradamente de la Francia y de España; pero Amelot despreció no el riesgo, sino el reino, porque decía importaba muy poco a la Monarquía, y que servía más de gasto que de útil, si se había de presidiar. Esto lo contradecían en el Consejo del Gabinete del Rey Católico los ministros españoles, pero como no había más tropas que enviar si no las daba la Francia, era árbitro de esta resolución Amelot, y ofreció a Jamaica admitiría el Rey sus disculpas cuando por falta de tropas perdiese aquel reino, porque, previendo el peligro a que estaba expuesto, protestaba no poderle sin ellas defender. Parecióle que con sus mañas y artes le conservaría a lo menos el tiempo de su gobierno, y así procuró atraer a sí al conde de Monte Santo y confiarle. Pero a éste, en el arte de fingir y disimular, no le excedía Jamaica, y se mantenía en ambos partidos, con tal artificio, que correspondió la suerte al deseo. Había muchas veces entregado al marqués de Valero, y aun a Jamaica, cartas que su hermano, el conde de Cifuentes, le escribía, solicitándole a la conjura; pero no las mostraba todas, y reservó las más importantes. Sacrificó algunos emisarios, protegió a otros, y así era tenido en París y Madrid por leal, en Barcelona, por austríaco; sabía cuáles eran de su partido, y no se fiaba de ellos hasta la ocasión, porque a muchos adheridos a su casa los tenía por seguros; guardábase mucho de los que conocía afectos al rey Felipe, y aunque en ellos había hombres de mucha autoridad, la minoraba con Jamaica, a quien quería persuadir que la de su casa era la mayor, y la que sólo podía defender el reino, que ya veía se había de perder, porque lo más de la nobleza era indiferente, y no había tropas que contuviesen el temor de los pueblos al primer amago de guerra, no acostumbrados por espacio de cuatrocientos años a ella.

Había hecho un proyecto para ganar la Cerdeña el conde de Cifuentes, exponiendo las utilidades que de esto resultarían por su situación, su fertilidad y puertos. Fue aprobado en Viena y Barcelona, y no desaprobado en Londres, como no se diesen tropas de desembarco ni tuviese larga demora la armada. Mientras ésta venía del Mediterráneo, mandó el rey Carlos a Cifuentes cultivase en aquel reino las inteligencias, porque se gloriaba de tener muchas, y que no le faltaría su hermano, el conde de Monte Santo.

Adonde echó la primera centella fue a la Gallura; envió algunos frailes sardos por emisarios, que se hallaban en Barcelona, y les entregó varias cartas. Después pasaron con cincuenta hombres a Córcega don Gaspar de Mojica y otro, Borrás Calaritano. Estos

echaron las primeras raíces de la rebelión en Tempio, villa capital de la Gallura, la más fuerte provincia de todo el reino, y de gente armigera, parte del marquesado de Orani, que posee el duque de Híjar. Algunos caballeros y hombres principales de aquel lugar se hicieron autores de la rebelión, y se quedó de acuerdo en aclamar en aquella provincia al rey Carlos el día 20 de enero. Después de sorprendida la torre de Longonsardo y ocupado Castillo Aragonés, que ofrecía entregarle un hombre llamado Lucas Manconi, al cual la falta de medios le hacía discurrir en estos desvaríos.

Por uno de los mismos conjurados, que fue don Esteban Serafino, supo el marqués de Jamaica todo el negocio, y envió, para apagar este pequeño fuego, al conde de Monte Santo, que no lo ignoraba, porque Lucas Manconi le envió con su hijo unas cartas del conde de Cifuentes, que no las mostró a Jamaica, con otras de mayor importancia. Fue el conde a la Gallura con despacho de alternos del virrey, y no dejó de causar admiración el que se fiase este grave negocio a un hombre claramente desafecto al Rey Católico; pero Jamaica entendió ganarle haciendo confianza de él, y lo erró, porque hecho dueño de la materia el conde, detuvo en el reino a los rebeldes, los hizo presentar judicialmente ante el virrey, con palabra de no ser molestados, y se les dio por arresto la ciudad de Caller. Los que no quisieron fiarse del conde, huyeron a Barcelona, y se vengó en ellos asolándoles las casas y confiscando sus bienes, más en pena de no someterse que del delito. Con esto dio apariencias de castigarlos, y se sosegó la Gallura, sobresanada la llaga, porque, conservados los rebeldes, defirieron para mejor ocasión el ponerse en campaña, y cuando lo juzgaron a propósito volvieron, huyendo de Caller, aunque estaban sobre su palabra.

Entonces, de orden del Rey se envió por vicario general del virrey a la Gallura al gobernador de los cabos de Caller, don Vicente Bacallar, que, trayendo. a su devoción la provincia, obligó a los rebeldes a retirarse a Córcega, y los que quedaron no podían ser de consecuencia alguna ni daban cuidado. Toda esta rebelión no bastaba a perder el reino, porque para eso era preciso rendir a Caller, y aunque a estos rebeldes no les faltaban protectores en muchas ciudades, la capital daba la ley, y ésta dista de la Gallura cincuenta leguas; ni podían atreverse a ella los gallureses, por ser los más gente pobre y de ninguna autoridad en aquel reino.

Formando don Vicente Bacallar el proceso contra los reos, descubrió los fondos de la rebelión de Tempio, y halló sus raíces en Caller, y por eso escribió al virrey que importaba mucho sacar luego del reino y enviar a Francia al marqués de Villazor, al conde de Monte Santo, a don Antonio Genovés, marqués de la Guardia; a don Miguel de Cerbellón, marqués de Conquistas, y a don Gaspar Carnicer, maestre racional del Real Patrimonio, porque no hallase la armada enemiga los parciales, en que fiaba, que aunque quedaban otros, eran de menor autoridad y se amedrentarían. Que don Vicente, al mismo tiempo cogidos de repente y a la misma hora, sacaría en los barcos más prontos algunos caballeros le Sasser, Alguer, Castillo Aragonés y Tempio, y que así purgado el reino de los parciales austríacos, estaba seguro, si no traía la armada mucha gente de desembarco. Al marqués de Jamaica le faltó brío para ejecutar esto o le pareció se perdería el reino más presto, y así se descuidó del todo, y viendo que no se le enviaban de España tropas, determinó entregar a Caller a la primera vista que diesen los enemigos, y capitular su libertad.

Estas reflexiones le hicieron adherir más al conde de Monte Santo, y escribió al Rey a su favor, que le hizo Grande de España a su suegro, el marqués de Villazor, que era lo que tanto deseaba; ni esta honra le hizo agradecido, ni por ella recordó el conde, porque la misma le ofreció el rey Carlos si con su autoridad promovía sus intereses, entregándose aquel reino.

En este estado, pareció en sus costas, a 9 de agosto, la armada enemiga, mandada por el almirante Lake. Traía cuarenta naves de guerra y dos balandras; pero sin más gente de desembarco que un regimiento que llamaban de Clariana, nuevamente formado en Barcelona. Venía destinado por virrey el conde de Cifuentes, y tenía Lake orden de tentar la rendición de Caller sólo desde el mar, sin permitir más desembarco que del referido regimiento; y que si no salían verdaderos los ofrecimientos del conde de Cifuentes, bombease la ciudad por todas partes y se restituyese a Barcelona, enviando con un navío presos al Final a Cifuentes, a don Francisco Pez y a don Juan Valentín, autores de la meditada rebelión en la Gallura, que venían con él. Éstos ofrecieron que bajarían sus parciales con dos mil hombres de armas a facilitar el desembarco de las tropas en Caller, y así lo avisó al gobernador de los cabos de Caller el virrey, cuando le dio noticia de haber parecido la armada. Éste, luego dispuso su gente de forma que no sólo los rebeldes de la montaña no podían salir de la provincia, pero ni aun de un monte que llaman Limbara, adonde se habían refugiado, y aseguró a Jamaica que no serían de consecuencia alguna para Caller, añadiendo que, aunque esta ciudad se perdiese, se pasase el virrey con los nobles que le quisieran seguir a Sasser, que, sin duda, se mantendría el reino, porque había enviado al Castillo Aragonés un hombre de su satisfacción, llamado don José Deo, y sobre Alguer vigilaba don Miguel Ruiz, hombre leal, enemigo del gobernador don Alonso Bernardo de Céspedes, a quien disponía prender, porque no ignoraba su intención.

A 12 de agosto se vio la armada en la bahía de Caller, entre los promontorios de Carbonara y Pula, que forcejeaba para acercarse al puerto, aun con viento contrario; llenóse de confusión la ciudad, y nadie meditó la defensa. Era comisario general de la artillería el conde de Mariani, milanés. Iba éste a cumplir con su obligación. y buscando en los baluartes los artilleros, no halló ninguno, porque como éstos dependían del maestro de la Casa de la Moneda, que era don Gaspar Carnicer, y los más tenían oficio en ella, estaban ya prevenidos de cómo se habían de contener en la ocasión; a otros los tenía corrompidos el marqués de la Guardia y el de Monte Santo, por medio de algunos allegados a su casa; y así se vieron despoblados los baluartes, aun cuando ya las naves enemigas estaban bajo el tiro de cañón.

Esto consternó más al virrey, y descubrió claramente la conjura. Acudieron a su palacio los nobles de más autoridad, y entre ellos el marqués de Villazor, el conde de Monte Santo, el marqués de la Guardia, don Domingo Branchifort, conde de San Antonio, siciliano, y otros muchos, que más le iban a persuadir la rendición de la plaza, viendo imposible la defensa, que a asistirle a ella; a la cual se ofrecieron prontos y con sincero ánimo don Félix Masones, conde de Montalvo, y su primogénito, don José; don Dalmáu Sanjust, conde de San Lorenzo, y sus hijos don Francisco Manca, conde de San Jorge, y don Félix Nin, conde del Castillo. Éste, más vigoroso que otro alguno, estrechaba al virrey a que mandase lo que se había de ejecutar; pero, no siendo Jamaica hombre de

guerra, se embarazó en las órdenes, y ya no le obedecían los pocos soldados de cuatro compañías de infantería que había en Caller.

Dos capitanes, que fueron don Andrés Alberto, español, y don Antonio Pereyra, portugués, adhirieron secretamente a los conjurados, y alentaban el tumulto, para que se abriesen las puertas, ayudados del sargento mayor de la plaza, don Antonio Díaz, portugués. Diose orden para que viniese la caballería del país, y la revocó el conde de Monte Santo, que era general de ella, y a éste obedecieron, porque va veían que prevalecía su autoridad y su deseo.

El almirante inglés envió una lancha con cartas para el virrey y magistrado de la ciudad; su contexto era breve e injurioso a la Francia. Pedía con amenazas la rendición de Caller, cuyos privilegios concedidos hasta el tiempo del rey Carlos II confirmaría Carlos III. El magistrado envió su carta a Jamaica, diciendo se confirmaría con su dictamen, ofreciéndose a la defensa; pero ya aquél consultaba el modo de la rendición con el conde de Monte Santo, el arzobispo de Caller, don Bernardo Cariñena, y el conde de San Antonio. No había sido declarado austríaco el arzobispo; pero no se había descuidado en dar a entender a los austríacos su genial afecto al rey Carlos. Era su ánimo verdaderamente indiferente, y sólo aspiraba a que le dejasen gozar de su mitra quieto, y así vivía con todos. El virrey sólo pretendía que le dejasen ir con su equipaje libre a España, y lo demás que miraba a la utilidad de la ciudad, dijo que pertenecía al magistrado, y añadió que se debía dar libertad a cualquiera que se quisiese salir del reino. Así lo significó en voz al conde de Monte Santo, al cual le dio autoridad para que tratase con los enemigos y sacase estas condiciones. No se descuidó éste, y para vender caro el servicio al rey Carlos no expuso al almirante inglés tan llano el ajuste, porque Jamaica había tomado un día de plazo para responder, y Monte Santo callaba los poderes que tenía éste para capitular, y porque pareciese más difícil aconsejó que, sin aguardar respuesta del virrey, se bombease aquella noche la plaza.

Otros dijeron que este dictamen de él había salido de una junta que se tuvo en casa del arzobispo, donde asistió don Francisco Esgrechio, cabeza del magistrado; don Gaspar Carnicer y el conde de San Antonio; expediente tomado para no quedar tan desairada la ciudad, rindiéndose sin hostilidad alguna. Dieron éstos el modo de desembarco en la falda de San Elías, y ofrecieron que los del arrabal que llaman de la Marina abrirían la puerta que llaman de Villanueva, para que la ocupasen luego las nuevas tropas, con lo cual se imposibilitaba a Caller la defensa de la ciudad. Ésta sólo pedía confirmación de sus privilegios y libertad por seis meses a los que se quisiesen salir del reino, sujetándose a la confiscación de sus bienes si pasaban a los dominios del rey Felipe.

Esto se envió a decir al almirante Lake con don Jerónimo Sanjust, que fue luego a bordo de la nave comandante, y el elegido por su íntima adhesión a la casa de Villazor; con el cual, sin el riesgo de ser descubierto, envió a decir el conde de Monte Santo a su hermano, el de Cifuentes, lo que entonces se le ofrecía, porque era tal su arte que hasta en los extremos quería parecer leal.

Creía el pueblo que estaba ya ajustada la rendición y dormía seguro, cuando despertó, despavorido, a cuatro horas de la noche, al ruido y estruendo de algunas granadas reales que mandó disparar Lake. Turbóse, confusa, la ciudad, que no estaba acostumbrada a

semejantes riesgos, y por la puerta que llaman del Buen Camino salió en tropel, abandonando sus casas la nobleza. Todos dejaron al virrey, menos don José Masones y el conde del Castillo, aún habiéndose retirado aquél, fuera del recinto, al que llaman baluarte del Viento. Desembarcó el regimiento de Clariana en el lugar prefinido; abrióse la puerta de Villanueva, y otros sediciosos abrieron la del muelle y entregaron el fortín que le guarda.

Sucedió esto antes que amaneciese el día 13 de agosto. No había aún capitulado el virrey en forma, y ya tenía perdida la ciudad y el castillo, porque los soldados que guardaban las puertas del último recinto las abrieron, y dio su palabra Lake de que se cumpliría lo ofrecido, aunque no se habían hecho capitulaciones. Después arrestaron a Jamaica en su propio palacio, porque corrió voz de que salía por el camino de Artizó a encontrarse con el gobernador de Caller, como se lo persuadía eficazmente el conde del Castillo, entregándole las cartas del dicho gobernador. Parecióle a Jamaica que no se podía mantener en parte alguna sin tropas, y se entregó a Lake, que, con un navío de guerra, le envió a Alicante. Lo propio hizo de los que salieron, que fueron pocos, y sólo se reducían al conde del Castillo, don José Masones y dos capitanes de infantería. De los ministros togados, solamente salió don Antonio de Navas, español; los demás (aunque muchos de mala gana) ejercieron sus empleos bajo la orden del conde de Cifuentes, que juró luego el de virrey, y se explicaron, con los premios, los más desleales al rey Felipe, porque luego le hizo Grande al marqués de Villazor; al marqués de la Guardia le eligió por gobernador de los cabos de Caller y Gallura; se confirmó por procurador real al de las Conquistas; a don Gaspar Carnicer se le dio la plaza de consejero de Aragón, y se crearon títulos a don Francisco Pez y a don Juan Valentín. Despachó Cifuentes cartas circulares a todo el reino, y se le rindió sin resistencia. Entregó la plaza de Alguer su gobernador, don Alonso Bernardo, y porque se resistían don Miguel y don Antonio Ruiz, fueron presos y se enviaron cargados de cadenas a Caller.

Se sublevó Castillo Aragonés, y fue obligado a salir de la plaza el que había puesto en ella el gobernador don Vicente Bacallar, que habiendo tenido esta noticia y que estaba ya todo el reino a la obediencia del rey Carlos, excepto la tierra que pisaba, se salió de la Gallura y, embarcándose secretamente en Puerto Torres, se pasó a Bonifacio y luego a Madrid, donde fue creado marqués de San Felipe, en premio de su fidelidad. Por la misma razón fue también honrado con el empleo de gentilhombre de Cámara el conde del Castillo; a don José Masones se le confirió el título de marqués de Isla Rosa. Tan fácilmente y sin hostilidad alguna se perdió el reino de Cerdeña, con dos cartas del almirante Lake, que solamente con cerrar las puertas de Caller estaba defendido; pero como no había tropas, pudo el pueblo asentir a las sugestiones de los que, para particulares fines, a estímulos de su ambición, desean mudar dominio.

Pasó después la armada, dejando en Caller el regimiento de Clariana, a las costas de Sicilia, por si vencía con la misma facilidad. Tocó aprisa el desengaño, del que resultó no poca gloria al marqués de los Balbases y al príncipe de San Gregorio. Tomó Lake el rumbo de España, y de paso intentó ganar a Menorca y el castillo de San Felipe, que guardaba a Puerto Mahón, uno de los más espaciosos y seguros del Mediterráneo; era su gobernador don Diego Dávila, que sucedió a don Jerónimo de Nueros, de quien injustamente desconfiaron don Francisco Ronquillo y el marqués de Gourmay, Amelot, y

fue llamado a la corte. Había de presidio quinientos franceses y doscientos españoles; no traía gente de desembarco la armada, pero se armaron dos mil marineros y bajaron por tierra a la isla, ocuparon la Ciudadela y pasaron al castillo; fingieron de abrir trinchera, y mandando desembarcar cuanta gente era posible, hasta los timoneros, creyó el temor de los que dentro estaban que los sitiaba un ejército, y sin más hostilidad que su aprensión, instaron al gobernador los franceses, que hiciese llamada. Asintió torpemente Dávila; entregó el castillo y pasó la guarnición a Cartagena; el coronel francés fue degradado, y reformado el regimiento. Dávila fue preso y acusado de haberse sin razón rendido; conoció su error, y, desesperado, arrojándose por un balcón de la torre en que estaba, se hizo pedazos, vengando en sí mismo su culpa.

Los ingleses, ni por reiteradas instancias del rey Carlos, dejaron esta pequeña isla y su puerto, necesario para su comercio del Mediterráneo y de Levante. El Emperador pasó la queja a Londres; pero no fue escuchado, porque se fundaba la respuesta en los mismos pactos de la liga, que los puertos quedarían en secuestro a los ingleses, que ya empeñados en no soltar a Mahón, no contestaron más sobre la demanda, y así se vieron en dos pequeñas islas dos dueños, importándole no poco a la reina Ana dar algunas señas de utilidad a su reino, cansado de insoportables gastos, que, por superiores a las rentas, se impuso nuevo tributo sobre las mercaderías de Indias y los campos de labranza. Con esto, pudo el Parlamento conceder para la guerra de Cataluña y Portugal el subsidio de un millón y ciento y cincuenta mil libras esterlinas; poco menos se daban a los príncipes de Alemania, y quinientas mil al duque de Saboya, sin las expensas continuas de dentro del reino, para armamento de mar y tierra, que igualaban a las sobredichas sumas, tomadas a daño de las compañas y bancos de los tratantes. Este esfuerzo era preciso por no desistir del empeño y restaurar el ejército de Cataluña, que estaba desde la batalla de Almansa destruido.

De ella se hizo cargo en Londres a Galloway, y aunque se excusaba con la orden del marqués de las Minas, que era el general y a quien había dado el rey Carlos el mando del ejército, no pudo por entonces ajustar bien con la Reina sus dependencias, aunque no cayó de la gracia. Fue nombrado para sustituirle Diego de Stanop, a quien se le dio también el carácter de enviado de la Reina al rey Carlos. Levantáronse para Cataluña cuatro regimientos en Escocia, y se tomaron del Palatinado siete mil hombres; otros cinco mil de los príncipes de Germanía, y algunos italianos. Los del contrario partido a la corte llevaban mal estos gastos, cuando estaba la Inglaterra amenazada de invasión, porque el rey Jacobo III -llamado el Caballero de San Jorge o, como los ingleses decían, el Pretendiente- había pasado a Dunquerque, donde, bajo el mando del jefe de escuadra, el señor de Forubin, se prevenían veintiséis naves de línea y otras diez fragatas, con muchos fusiles, pertrechos y municiones, y siete mil hombres veteranos, cuyo comandante era el señor de Gazé. Era la idea hacer en Escocia un desembarco, a donde llamaban con instancia al rey Jacobo, y para esto habían venido a París dos de los primeros magnates de aquel reino.

Antes que en Inglaterra, penetraron esta expedición en Holanda, y para socorrer a sus aliados previnieron naves y pusieron tropas en Malbourgh, porque se divulgó la voz de que quería el francés atacar la Zelandria, y temían ser engañados con la verdad.

La Reina, toda aplicada a su seguridad, mandó que no saliesen tropas del reino; envió muchos regimientos a Escocia, y puso en ella tantos ingleses que le pareció estar segura. Ordenó al almirante Jorge Binghs que invigilase con una escuadra de veinte y cinco naves sobre las costas de Dunquerque, y dispuso tantos navichuelos de aviso en el canal, que no pasaba día sin noticia. Todas las naves se previnieron en los puertos, y se trabajaba de noche con teas encendidas; se aplicó al fin el cuidado a proporción del peligro, que se creía grande, porque Jacobo tenía parciales aun en Inglaterra, y los escoceses estaban de acuerdo con la Irlanda. Cuando el Rey estaba para embarcarse en Dunquerque, enfermó de viruelas; no era la calentura muy ardiente, y quería partir con ellas; pero se lo prohibió el rey de Francia. Instó otra vez, dando por razón que se prevenían cada día más los ingleses, y que ya se había visto en las costas de Francia el almirante Binghs; al fin partió el día 17 de marzo, sin embarazarlo la armada enemiga, que se había retirado con arte al puerto de Brilla, y luego se puso a la vela para seguir a Fourbin, que le precedía el solo término de quince horas. Tomó el rumbo de la Escocia, no ignorando era contra ella la expedición, porque ya se decía que milord Abelli había ofrecido a Jacobo diez mil hombres de armas.

Mudósele el viento a la armada francesa junto a Escocia, que no dejó acercar las naves, cuando ya Binghs le había tenido en el canal favorable, y había dejado por un lado los franceses, a los cuales no quiso atacar hasta que tomase bien el barlovento; el tiempo era favorable a Fourbin para ir a Irlanda, como lo instaba Jacobo; pero lo contradecía la orden del Rey Cristianísimo, porque en las instrucciones sólo le mandaba ir a Escocia, y, no pudiendo lograr este desembarco, volver a Francia la persona del Rey, porque con sólo ella hacía guerra a los ingleses, teniéndolos en continuos movimientos con innumerables gastos. Tenía Fourbin viento en popa para volver a Dunquerque, y así dio al aire todas las velas; lo propio hizo Binghs siguiéndole, y alcanzó algunas naves de la retaguardia a tiro de cañón; pero la noche separó una y otra armada, y la de Francia tomó sus puertos, restituyendo al Rey a su antiguo hospedaje, tan dolorido, que le vieron llorosos los ojos muchas veces. Esta malograda expedición avigoró el ánimo de la reina Ana para la guerra, y aunque dentro de su reino no la faltaban cuidados, los más desafectos se mostraron más leales, viendo no había podido el Rey desembarcar, y con el castigo de pocos, se sometieron los escoceses que se habían retirado a las montañas.

* * *

Desde 19 de abril del año pasado había conducido de Wolfembutel a Bamberga el conde de Poar a la princesa Isabela Cristina de Brunswick, destinada para esposa del rey Carlos, donde, en manos del arzobispo de Maguncia, abjurada la secta protestante, abrazó la religión católica romana. Pasó a Viena y fue hospedada en casa del Emperador, hasta que, bien educada en el sagrado rito, pudiese ir a Barcelona, a donde habían dudado enviarla por los felices progresos de las armas del rey Felipe, y no exponerla a las contingencias de la guerra.

El rey Carlos, impaciente y enamorado con razón de su esposa, por ser una de las más célebres hermosuras de su tiempo, aunque sólo había visto su retrato, envió por ella con las mayores instancias. Habíase determinado que partiese el día 9 de marzo; pero, como también había de pasar a Lisboa la archiduquesa María Ana de Austria, hermana del Emperador y mujer ya del rey de Portugal, querían enviarlas juntas; pero se reparó luego que los príncipes italianos no tendrían dificultad en tratar a la archiduquesa como reina, pero sí a la mujer de Carlos, porque éste no estaba reconocido por rey en Italia, sino solamente por el duque de Saboya, y para embarcarse era preciso pasar por los Estados de Venecia y Génova, y así, para evitar este desaire a la princesa Isabel, se mudó de idea.

El día 23 de abril se desposó por poderes del rey Carlos con el Emperador; fue el ministro el cardenal de Sajozeith, que le dio a la nueva Reina el sacramento de la confirmación, y el día 26 del mismo mes partió para el Tirol, servida de Lotario Carlos, obispo de Osnabruck; el día 15 de mayo llegó a Trento; pasó a Brescia incógnita, porque, no habiendo los venecianos querido tratarla como reina, rehusó todo obsequio; por Milán pasó a San Pedro de Arenas, arrabal de Génova, y tampoco fue tratada como deseaba, ni admitió las galeras de la República que la ofrecieron; el día 13 de julio partió en la armada inglesa que mandaba el almirante Lake, y a 2 de agosto llegó a Barcelona, adonde fue recibida con las mayores demostraciones de júbilo por el Rey su esposo, nuevamente enamorado de su belleza y de las altas calidades de modestia, prudencia y virtudes morales que la servían de adorno, habiendo tan de veras abrazado la piedad de la religión católica, que parecía había sido educada desde su infancia en ella.

* * *

No pudiendo ya sufrir más el largo sitio de la plaza de Orán y faltándole víveres y municiones, se rindió a los africanos; pero la lejanía hizo despreciar esta pérdida, aunque era mayor de lo que los franceses ponderaban en la corte del rey Felipe, donde vivía de asiento la discordia, y ayudaba a que echase ésta raíces el duque de Orleáns, declarado enemigo de la princesa Ursini, a la cual quería de nuevo echar del palacio; pero como no la podía apartar de la Reina, eran inútiles sus esfuerzos, aunque se habían conjurado con los de contrario partido a la princesa, que no eran pocos. Su madre, la Palatina, lo solicitaba en París por medio de la señora de Maitenon y del Delfín, que, cansado de oír tantas quejas de los españoles, asentía al dictamen del duque.

El rey de Francia no se resolvió a enviarla a llamar por no disgustar a la Reina, dando crédito a las cartas de Amelot, favorables a la princesa, con quien se había estrechamente coligado para resistir al poder del duque de Orleáns, que, con tener las armas en las manos, era casi demasiado, y pretendía reglarlo todo a su arbitrio, aunque el Rey no le dejaba tratar más que en cosas de guerra. Ésta la quería hacer a su modo el duque, y lo procuraba Amelot, de quien, y de la princesa, dependían las asistencias para el ejército, sin las cuales todas las ideas eran inútiles. Esta discordia hubiera acabado con la España si no la hubiese preservado una oculta providencia, porque parece que tiraban todos a su ruina.

Había traído a sí el duque muchos magnates españoles, como eran el duque de Montalto y el de Montellano, el marqués de Mancera y otros, adversos a la princesa. No querían éstos más que el bien del Rey; pero el duque le posponía a sus particulares fines, como los más de los mortales, que se sirven a sí mismos gloriándose de que sirven al Rey. Esta es una infelicidad de los más de los príncipes, con no pequeña injuria de los vasallos.

El reino de Valencia le gobernaba el caballero de Asfelt. Habíase vuelto a Francia el duque de Berwick, que había sido llamado para el ejército del Delfinado, y quedó árbitro de la guerra el de Orleáns, que había procurado apartasen a Berwick porque le daba alguna sujeción su dictamen y su presencia. No lejos de Fraga, en Torrente, se juntó el ejército, y parte de él se destacó, con el conde de Stain, hacia Castillón de Farfaña, para juntarse con el duque de Noailles, que tenía intención de poner su campo en Urgel. El señor de Mombasar ocupó las montañas, y los regimientos de Asturias y Pamplona, a Benaberre, por ser dueños del puente y del valle de Benseque. Para mandar su ejército había el rey Carlos llamado al conde Guido Staremberg, porque era sólo entonces Stanop el jefe de las tropas de Cataluña, habiendo muerto el conde de Noyelles, no sin alguna sospecha de veneno, teniéndola el rey Carlos de que estaba el conde corrompido del oro de los franceses.

Los alemanes cortaron la llanura a Tarragona con una bien fortificada línea; y aunque estaba tan adelantado el tiempo, y ya en campaña las tropas del rey Felipe desde 10 de mayo, no parecía el ejército austríaco, aun habiéndose divulgado la voz de que el duque de Orleáns pensaba sitiar a Tortosa y, echando un puente en Flix, pasar el Ebro; pero se lo impidió lo poco firme del terreno, por lo más pantanoso, y se hizo un puente de barcas en Mora; pusiéronse doce batallones de la otra parte del río, y se mandó venir a Asfelt de Valencia con sus tropas y el destacamento del conde de Arenes. A 27 de mayo llegó a Barcelona Staremberg, y se acampó en Montblanc; el duque de Orleáns se adelantó a Cinestar, y el de Noailles al Ter. No pudo ocupar el puente, porque le defendía el príncipe Enrique de Armestad. No trajo la armada de Lake gente de desembarco, porque la había menester la reina Ana para guardar su casa; y así, sólo tenía el rey Carlos diez mil hombres, estando por la frente acometido de los españoles, y por un lado, de los franceses hacia Girona.

De Cinestar se destacó a don Francisco Caetano con ochocientos caballos y dos mil infantes para ocupar a Falset, que le presidiaban novecientos alemanes con quinientos caballos. Salieron éstos del castillo para oponerse; trabóse una pequeña batalla, y luego huyó sin jugar armas la caballería austríaca. La infantería peleó valerosamente una hora, pero al fin fue de los españoles vencida; la mayor parte quedó prisionera, y ocuparon los vencedores a Falset. En esta acción se distinguieron don Miguel Sello, el conde de Glimes, Cereceda, los marqueses de Lambert y Sandricurt. Se envió a reconocer a Tortosa a don José Vallejo, que lo ejecutó puntualmente, y volvió con gran cantidad de ganados que quitó a los enemigos. La mayor dificultad que tenía Tortosa era llegar a ella, por lo angosto de los pasos, donde no tenía refugio el vencido. Habíase de subir artillería por collados asperísimos, municiones y víveres para tiempo indeterminado, porque estaba bien fortificada la plaza y prevenida a sufrir el sitio desde la batalla de Almansa.

Diez mil catalanes guardaban los pasos, gente a propósito para esto, acostumbrada a las selvas y a andar descalzos o con alpargatas por los riscos. Estas dificultades no

amedrentaron al duque de Orleáns, aunque el ejército desaprobaba la empresa. El 10 de junio marchó la mayor parte de las tropas hacia Bitem con el señor de Davaré; otra, con el señor de Giofreville, más allá de Tortosa, pasando el Ebro, para que quedase bloqueada. Un destacamento, como formando con Giofreville una paralela (dejando el río a la derecha), se acercó a la plaza y echó un puente. Opusiéronse los catalanes a estas marchas, pero fue en vano, porque ni sabían disputar los pazos ni se formaban; daban, en pequeñas divididas partidas, una descarga y huían; cien granaderos hacían volver la espalda a un millar de ellos. El duque de Orleáns siguió con lo restante de la gente, y a 12 de junio ya tenía el ejército extendida la derecha al camino que va a Tarragona; la izquierda se dilató hasta el puente, y por donde la ciudad está como defendida del bosque, se alojaron sin dificultad los españoles, cuya caballería corría hasta el mar, por quitar a la plaza los socorros que querían introducir diez naves inglesas.

Staremberg estaba con su ejército en la llanura de Tarragona; había en él gran número de catalanes, que los llamaban carabineros de campaña, y sólo servían de consumir víveres. Los franceses ocuparon el convento de capuchinos de Tortosa, y tomaron los alemanes que los enemigos tenían de reserva. Asfelt envió artillería por el Ebro en barcas, y para comunicarse con sus tropas mandó erigir el duque de Orleáns otro puente, que a 20 de junio ya estaba concluido. La noche de este día se abrió la trinchera, y tiróse una paralela que abrazaba el convento de carmelitas; y para que no lo impidiese la plaza, se fingió un asalto. Aunque el cañón enemigo jugaba con felicidad, perficionaron los franceses sus obras; plantóse la artillería en dos órdenes, y en una los morteros; después se quisieron aumentar, y costó mucha sangre; entonces murió el coronel Moncanao, francés, hombre del mayor brío. Una bomba quemó el convento de carmelitas, donde estaba la mayor fuerza de la plaza. Tres horas duró el fuego, y consumió el edificio. La misma noche hicieron los sitiados una salida en dos partidas por ambos extremos de la trinchera; fue la acción viva y sangrienta; llegaron las baterías y las defendió valerosamente el regimiento de Barois, el de guardias, el de Rosellón Viejo y Milán. Quedaron prisioneros algunos del regimiento de la Reina Ana, y muertos muchos; la pérdida de los sitiadores fue igual. En uno de estos días, acabando de decir una blasfemia un soldado español que jugaba con otros, una bomba le quitó la cabeza, con escarmiento de los demás.

Mandando la trinchera el duque de Havré con el mariscal de campo, duque de Sarno y el brigadier Lambert, hicieron de la plaza otra salida la noche del día 30; duró poco el combate, pero fue cruel; nada de los trabajos deshicieron los sitiados, y se retiraron con pérdida. Esta noche movió su campo Staremberg de Valo a Reus, para dar alguna aprensión a los sitiadores; pero éstos no la tuvieron y prosiguió el sitio, aunque con gran trabajo y dilación, por lo duro del terreno, lleno de peñas, mucho más frecuentes cuanto más cerca de la plaza.

Era preciso traer de lejos la tierra, y así costaba mucha sangre los aproches, y mucha más los ramos que se formaban contra el camino encubierto. La noche del día 1 de junio fue tanto el estrago, que ya no querían los soldados trabajar, y lo hicieron heroicamente los oficiales, tomando la zapa. Cayeron muchos, pero se perficionó en aquella noche la obra, que la visitó muchas veces intrépidamente el duque de Orleáns, repugnándolo los ruegos de los suyos. Todo el trabajo era infructuoso, porque faltaban cañones de batir, que por agua se traían desde Miravet, y por eso se destacó con seiscientos hombres al señor de

Giofreville para asegurar los caminos que infestaban los catalanes, y para echarlos del Hospitalet se envió a Cereceda, que socorrió a tiempo a don Francisco Areciaga, el cual, con sólo treinta hombres, mantuvo un puedo atacado de cuatrocientos sesenta catalanes, y nunca vencido.

Ya se batía en brecha contra el baluarte de la derecha, los fuegos de los lados y la cortina; pero más terror ponía en los habitadores el estrago de las bombas. La noche del día 6 de julio avisaron con cohetes de su riesgo a los suyos; éste puso en mayor esperanza a los sitiadores. Como estaban las trincheras guarnecidas de palos y fajinas, se prendió fácilmente fuego a una parte, volando del fogón de un cañón la llama, de suerte adelantada en lo árido de la materia, que estando lejos de la agua corrió riesgo de llevarse el fuego las trincheras, si el regimiento de Normandía, despreciando el propio peligro, no le hubiera atajado con pérdida de mucha gente.

El día 9 de julio se dio el asalto al camino encubierto; fue atroz la disputa por los fuegos artificiales de pez y betún que se desplomaban, ardientes, de los muros; de donde echaban también cantidad de piedras y granadas; nada les embarazaba a los españoles, y se llegó a las bayonetas. Gobernó esta acción don Antonio de Villarroel con grande arte y valentía, que lució más en lo obstinado de la defensa, quedando bien ensangrentada la arena. Viendo que por una hora no se adelantaban los suyos, asistió el mismo, duque de Orleáns con heroica intrepidez y añadió gente; venció, al fin, y se acogió en el deseado paraje; pero no muy seguramente, porque no lo permitía el fuego de los sitiados, que luego asaltaron a los sitiadores, y se renovó más feroz la disputa; pero sin dejar de pelear, se alojaron y se retiraron los defensores.

Tuvieron en la plaza Consejo de guerra, y el día 10 hicieron llamada; se formaron las capitulaciones, y al fin de ellas no quiso venir en lo acordado el duque si no se le entregaba juntamente el castillo de Arés y la torre de San Juan, que está junto al mar.

Vino en lo primero el gobernador de la plaza, pero sobre la torre no tenía jurisdicción; diéronsele honrosas capitulaciones, y se entregó Tortosa, con la cual se tenía más en freno a los rebeldes del reino de Valencia, que se habían unido a los catalanes. Mordió la fama al gobernador por poco defendida, pues podía aún mantenerla una semana, que bastaba para que el duque levantase el sitio, porque no tenía víveres ni municiones para dos días más, por maliciosa traición a su persona, que le hacían la princesa Ursini y Amelot, para que perdiese el crédito y le sacase el Rey Cristianísimo de España -tan monstruosas como esto son las cortes, donde el primer ídolo es el propio interés-. No concurrió la prudencia a hacer feliz esta empresa, porque en ella el duque atropelló mil dificultades, no sin riesgo; toda la gloria se debía a la fortuna y al valor. Los que juzgaban por el éxito, engrandecían el duque; sus émulos le notaron de temerario e inconsiderado; al fin, la gloria de vencer no se la debernos quitar.

* * *

Importaba al duque de Saboya mantener viva la guerra, y así determinó atacar al Delfinado por Granoble. Opúsosele el marqués de Villars, cuando el Duque estaba acampado en el valle de Moriana y había hecho un destacamento, adelantando seis mil hombres con el general Scolemberg, a quien ordenó que por el collado de Robe bajase al valle de Oluges. Todo se ejecutó felizmente, asegurando los caminos los barbetas, que tenía muy a su devoción el Duque. Los franceses, fortificando a Exilles y Fenestellas, ocuparon a Sezana y el monte de Ginebra; mandaba estas tropas el señor de Muret.

No se le escondió a Villars que quería el Duque sorprender a Briançon, pues con ese cerraba los pasos para el Piamonte y los abría al Delfinado, y así mandó al señor de Artañán que ocupase el collado de Briançon y, fortificando lo angosto de las sendas, imposibilitase al Duque su designio; con esto también aseguraban a Muret. El Duque se acercó a Sezana; acometióle Villars, vencióle y fue obligado a retirarse; no fue grande la pérdida, pero le desbarató sus ideas. Entonces convirtió el Duque las armas contra Exilles y Fenestellas; la primera plaza la ganó con poco trabajo, pero con mayor la segunda, porque tenía mil presidiarios; defendiéronse cuanto fue posible, pero al fin quedaron prisioneros. Lo demás de la campaña, que no fue dilatada por lo frío del paraje, se pasó en acciones de poca entidad, porque lo escabroso del terreno no permitía venir muchas veces a las manos.

Esta guerra confirmaba en su servidumbre a la Italia, donde ya explicaban los alemanes lo áspero de su genio. Gemían sus príncipes y sus repúblicas, pero en vano, porque estaban por todas partes ceñidos de tropas y a ellos les faltaban, no teniendo valor ni aun para la queja (tanto los asombraba el poder de los austríacos).

El Pontífice pensó alguna vez sacudir el yugo que a sus Estados amenazaba, pero no halló aprobación en los cardenales, porque los más eran de la facción del Imperio, y los neutrales no amaban la inquietud de la guerra. Don Horacio Albani, hermano del Pontífice, dividió sus hijos en ambas facciones de Francia y Alemania para afianzar la seguridad de su Casa, que la estaba construyendo sin mucho ruido, y atesorando riquezas. El cardenal Grimani y el embajador cesáreo, marqués de Prié, llenaban la corte romana de amenazas. Los herejes inflamaban esta guerra contra el Pontífice, más por odio particular que por interés, porque ni los ingleses, holandeses y protestantes de Germanía le tenían en que el Emperador ajase y destruyese la Italia. Pidió paso a sus tropas de Nápoles para el Milanés; acordósele con nunca observadas condiciones, porque había el virrey de Nápoles, conde de Daun (que sucedió a Martinitz) ordenado oprimir de intento a los vasallos del Papa, y a imitación de lo que hizo el príncipe Eugenio en Milán, había confiscado los bienes y la renta de los beneficios eclesiásticos de los que estaban ausentes, prohibiendo para Roma toda extracción de dinero, ni aun por bulas, y para buscar pretextos se quejaba de que había presidiado el Pontífice a San Ciprián, frontera de Nápoles, con cuatrocientos hombres, y erigido dos fortines. Envió Daun quinientos caballos, que pasaron después a Ferrara. Con este apoyo suscitó sus antiguos derechos el duque de Módena y todas eran trazas para amedrentar a los romanos.

Vióse en muchos lugares de Italia y en Roma un manifiesto que con arte hicieron los alemanes; daba las razones por que se debía despojar al Pontífice de la prerrogativa de que fuesen feudos de la Iglesia las dos Sicilias. Que no debía el rey de Nápoles pagar el sólito reconocimiento o tributo, y que se le debían quitar los Estados de Aviñán y

Benevento como usurpados de Clemente VI y Pío II; que no tenía valor ninguno la transacción entre Carlos V y Clemente VII sobre la elección de los obispos, que pertenecía enteramente al Rey. Que se había de extinguir la alternativa entre ellos y la Curia romana, a quien no tocaba dar beneficio alguno en los dominios reales, sí sólo a los prelados, sin que pudiese aquélla imponer pensiones ni tomar el Papa dinero por bulas. Que se había de suprimir el tribunal de la Nunciatura en Nápoles y el que tiene a su cargo las Obras Pías y las mandas para la fábrica de la iglesia de San Pedro, reservando a los obispos el administrarlas.

Todo esto no se había decretado en Barcelona ni en Nápoles, pero lo amenazaban los tudescos, y dispusieron que en la Dieta de Ratisbona se declarase no tener la Iglesia acción alguna a los Estados de Aviñón y Benevento, y que se adjudicase Mantua al Emperador sin oír la parte, porque aún vivía el Duque, que murió muy poco después en Padua.

Como los alemanes daban muestras de quererse acuartelar en el Ferrarés, mandó el Pontífice juntar sus tropas y llamó a sus súbditos que servían en los ejércitos de otros príncipes. Obedecieron pocos, porque cualquiera desea servir a un príncipe grande. Levantáronse en Aviñón dos regimientos, que pasaron con las galeras pontificias; fortificóse a Ferrara, y todo era un aparato inútil de guerra, de que hacían burla los alemanes, porque no podía el Pontífice juntar tropas que los resistiesen. Pasó el príncipe Eugenio de Saboya a Viena, y fue llamado a Milán el conde Daun, a quien sucedió en el virreinato de Nápoles el cardenal Vicente Grimani, hombre áspero, turbulento y poco atento al Sumo Pontífice, como debía por muchos títulos serlo; partió sin despedirse, y esto le dio aprensión, porque parecía declarar la guerra.

La hacía el Emperador a la Iglesia, pero no la confesaba. Todo lo aplicaban los alemanes a la necesidad de asegurarse en Italia, y al desorden de los soldados, mal reprimidos de industria o adversos a la Santa Sede, porque había en los regimientos de los príncipes de Alemania gran cantidad de herejes, y muchos cuerpos de tropas lo eran enteramente; las de Sajonia y Hesse Casel, Hannover y de los círculos de Suevia y Franconia.

El Papa nombró por general de sus tropas al conde Marsilli; fortificó las fronteras de Nápoles y juntó quince mil hombres. Los alemanes propusieron ajuste, como se decidiese en Ratisbona la duda de si eran Parma y Ferrara feudos imperiales. El emperador escribió a todos los cardenales del Sacro Colegio, menos a los de la contraria facción, justificando que debía declarar la guerra al Pontífice si no desistía de tener por feudos a Ferrara y Parma; empezó sus razones ocupando a Comachio, para apretar más a Ferrara. Esto era ya despojar de sus Estados a la Iglesia, con el pretexto de un pretendido alto dominio que sobre Comachio tiene el César, alegando que nada, sin la Junta de los Príncipes del Imperio y su consentimiento, pudo dar a la Iglesia Carlomagno de los Estados imperiales, porque los derechos a lo alienado no se perdían ni con la benigna tolerancia de tantos siglos. Todo era infundirle más terror al Pontífice, a quien mantenían algo las persuasivas del cardenal de la Tremoglie por la Francia, y el duque de Uceda por la España: ofreciéronle quince mil hombres si hacía con ambos reyes Liga ofensiva y defensiva; ya sabía que no se los habían de dar, pero le sostenían con esperanzas para hacer alguna distracción a las armas austríacas. No entendió luego esta política el Pontífice, y creyó

poder tener un ejército de treinta mil hombres si se le daban los que le prometían, y esperaba traer a la Liga algunos príncipes de Italia.

Para confiarle mejor, envió el Rey Cristianísimo a Roma por embajador extraordinario al mariscal de Tessé; por España pasó, sin carácter, el marqués de Monteleón, que era enviado del rey Felipe en Génova, para que ayudase al duque de Uceda, cuya quebrada salud no era capaz de grande aplicación, ni la tuvo asidua a los negocios de España después que se perdió el reino de Nápoles, y él la esperanza de poder lograr aquel virreinato, al que aspiró siempre. De sujetos que le trataban íntimamente sabemos que desde entonces enajenó su ánimo del Rey Católico y adhirió secretamente a los austríacos, pero con tal cautela que lo penetraban pocos, porque le veían ministro del Rey y con no vulgar aplauso en la corte, donde enteramente se ignoraba la perversa intención del duque.

A las juntas que por las dos Coronas se hacían en Roma asistían el referido duque, el mariscal de Tessé, el cardenal, de la Tremoglie, el decano de la Sacra Rota don José Molines, y el marqués de Monteleón; pero el Papa había menester tropas y no discursos ni consejos. Moderaban su ánimo su hermano y sobrinos, a quienes no convenía la guerra, porque se gastaba el dinero, y aunque se sacó del tesoro de Sant-Angel, mucho de lo suyo gastaba el Papa, y aplicaba a la causa pública algunos arbitrios que producían dinero. Determinó sitiar a Comachio, pero vio la imposibilidad, habiéndose fortificado aún más de lo preciso los alemanes, que sorprendieron a Ostellato para internarse mejor en los Estados pontificios, donde ejecutaban los herejes tan horrendas y sacrílegas insolencias, que osaron matar a un sacerdote estando celebrando el sacrificio de la misa, y en las heridas le metieron por desprecio las hostias consagradas que estaban en el copón, por ver, decían, si Dios, que en ellas estaba, le volvía la vida. El Emperador despreciaba estas quejas, y respondía que esto no era guerra, y que la había prohibido contra el Pontífice; que era insolente militar licencia de los soldados, que mandaría castigar, pero que podía restituir a Comachio por no dejar indecisas las razones del duque de Módena, a cuya familia lo había dado Federico III.

Diciendo esto se adelantaban las armas, porque también tomó a Bondeho y detuvo prisionera la guarnición, y con todo eso aseguraban sus ministros en Roma que no era guerra, bien que luego tomó también a Stellata y se acampó junto a Ferrara el conde Daun; retiráronse las tropas pontificias. Con esto estaba Ferrara bloqueada, y devastada cruelmente toda la tierra de Boloña. Tomó cuarteles en los Estados pontificios el alemán, corriendo la caballería hasta Imola y Faenza. Consternóse Roma; cerráronse de ella tres puertas, y se introdujo presidio.

Los franceses y españoles no le daban al Papa nada más que palabras, cuando los alemanes, ya más vecinos, obligaron a Marsilli a retirarse a Pésaro.

Defendía con treinta mil hombres el río Mosa el príncipe Eugenio; con setenta mil marchaba el duque de Malburgh contra el de Borgoña y Vandoma. Éste se le dio a aquél por consejero, pero el sistema del duque de Borgoña era conservar el ejército, y nunca exponerle a una batalla, porque no tenía otro la Francia. De aquí nacieron algunas disensiones, siendo de contrario dictamen Luis de Vandoma, cuyo genio ardiente y desembarazado tocaba en lo temerario, alentado de que constaba el ejército de los

franceses de ochenta mil veteranos. El inglés se adelantó a Lovaina, y tenía como por antemural el río Ischia. Ambos ejércitos querían ocupar su fértil llanura, pero madrugó más el inglés, se alojó en ella y se fortificó, echando también dos puentes al Dile. Con cuatro mil hombres sorprendió a Gante el duque de Borgoña. Retiróse el presidio al castillo que llaman de Sas de Gante, pero al fin se rindió después, por falta de víveres. Igualmente feliz, el mariscal de la Mota tomó a Brujas.

Avisado de esto Malburgh, se movió a vigilar sobre Meninga. Entraron los aliados en aprensión del poder del ejército francés, y se llamó al príncipe Eugenio, que vino con toda la caballería, pero la situación del ejército de los aliados no podía embarazar sus progresos al duque de Borgoña si pasaba la Esquelda, y aún corría peligro Malburgh de ser vencido, obligado en aquel paraje a una batalla. Por esto partió de improviso el día 9 de julio, y pasando por Ath el Dender, acercándose a Odenarda, y sorprendiendo las centinelas avanzadas del francés, y la gran guardia, echó dos puentes a la Esquelda y luego empezaron a pasar sus tropas.

Había el duque de Borgoña, ignorante de esto, enviado por Graven al general de Virón con treinta escuadrones, para que pagase el Rey, mientras con lo restante del ejército seguía el duque; pero llegó a tiempo que había casi pasado la vanguardia de los enemigos. Informado el francés de esto, mandó atacarlos, pero no podía Virón hacer más que cansarlos con escaramuzas. Los ingleses y alemanes las sostenían mientras pasaba la infantería. El duque de Borgoña marchó a rienda suelta a socorrer a Virón; la infantería no pudo apresurar tanto sus pasos, pero acudieron los oficiales con el duque de Vandoma y el de Betri; el terreno estaba cortado de canales, y tan angosto que no se podía dar batalla explicando en la debida forma las tropas, y así, era tan estrecha la pelea que ni en la boca del fusil servía la bayoneta, ni la tomaban los soldados con la mano. Los franceses padecían mayor estrago, porque como entonces toda su fuerza estaba en la caballería, y ésta no podía combatir, tenían gran ventaja los ingleses, además de que estaban los franceses sobre una margen de arena muy alta y ruda, que les impedía los necesarios movimientos. Por momentos estaban a la acción nuevas tropas alemanas, y aunque llegó ya la manguardia de los franceses, defendían sus enemigos la orilla del río con más felicidad, por estar más bien situados y porque no podía extenderse en línea el francés por lo estrecho del paraje.

Llegó la noche y cesó la batalla; en el mismo lugar en que peleaba se quedó Malburgh. El francés se retiró al confín de la selva, a distancia de tiro de fusil, pero vencido, porque no pudo echar a los enemigos de las orillas del río y porque perdió doble gente. Los alemanes perdieron dos mil hombres. Antes que amaneciese el día 12 le llegó todo su ejército al duque de Borgoña; y luego, al favor de la sombra, pasando en Gante los ríos, se acampó detrás del gran Canal, extendida la derecha a Brujas y la izquierda a Gante; y porque no faltase la comunicación entre Brujas y Neoport, sorprendió a Plasental, pequeño castillo situado al extremo del canal de Brujas, donde empieza el de Neoport. Así se comunicaban también Gante y Dunquerque. Temió ser sorprendido, del señor de la Mota el gobernador de Ostende, y llenó de agua la ciudad. Mucho celebraron haber pasado el río los aliados, permaneciendo un ingrato rumor contra la fama del duque de Borgoña, que lo había permitido. De este hecho dio cuenta por extenso al Rey Cristianísimo el duque de Vandoma, y del descuido tan pernicioso a sus intereses, porque

muchos días antes había sido Vandoma de dictamen de pasar la Esquelda y atacar a los enemigos. Algunos creyeron en el duque de Borgoña siniestra intención y afectado descuido, no queriendo vencer por obligar a la paz a su abuelo; pero esto es difícil de averiguar.

El duque de Berwick sacó veinte y cinco mil hombres del Rhin y los juntó al ejército del de Borgoña. El día 14 pasó Malburgh el río Lisa y ocupó las alturas de Varentón y Comines, y con esto puso en contribución el país de Artois y casi hasta Arrás; su campo tenía a Meminga la siniestra, y la derecha de Rousellar; a los que a él pasaban desde Odenarda incomodaba mucho la guarnición de Tournay, a la cual añadió gente el duque de Berwick. Lo propio hizo con Ipré y se pasó a Lilla. Ocuparon las líneas de Comines los alemanes e ingleses, que estaban ya desamparadas del francés.

Por una y otra parte se encendían las hostilidades contra la Flandes, fatigada de agravios y contribuciones. Juntóse con Malburgh el príncipe Eugenio, y pasaron a Bruselas ciento y diez piezas de artillería por el canal de Brujas; aún estaba oculto el designio, pero corría voz de que se intentaría el sitio de Lilla, donde se encerró el mariscal de Bouflers. Con sus marchas también amenazaba a Mons Malburgh, y por eso puso Berwick su campo entre esta plaza y Nivelli. A 5 de agosto se juntó al grande ejército el conde de Tilly; trájose de Bruselas gran cantidad de víveres, y ya no había duda de que se enderezaba todo contra Lilla. Para guardar las plazas que dejaban los ingleses atrás, se mandó al príncipe hereditario de Hesse Casel que con un cuerpo de tropas se acampase en Bruselas.

A 14 de agosto se presentó a vista de Lilla el príncipe Eugenio, que era quien mandaba el sitio, y no pudo sin gran sangre ocupar los puestos, porque el mariscal de Bouflers le disputaba cualquier palmo de tierra, y perdió antes de tomarlos mil trescientos hombres; doce mil tenía la plaza de guarnición, y mil y quinientos caballos. Nada le faltaba para una larga y vigorosa defensa, sino víveres. Malburgh observaba el ejército del duque de Borgoña, que estaba en Maldeguén, a quien se juntó Berwick con cuarenta mil hombres sacados de las plazas más vecinas al mar. El día 14 atacaron los sitiadores el castillo de Cantelech, situado en la alta ribera del río Dola, sin el cual no podían formar la línea, pero fueron rechazados. Intentaron cortar un dique que había formado Bouflers, para inundar el campo enemigo a su tiempo si se extendía a la parte inferior de la ciudad; la noche del día 16 envió la gente necesaria para esta obra, pero habiendo sido avisado de las centinelas Bouflers, hizo una emboscada de cinco mil hombres que, acometiendo de improviso a los que vinieron, mataron de ellos dos mil, y los demás se retiraron.

Estas primeras desgracias endurecieron más el ánimo de Eugenio, y prosiguió el sitio. A los 20 de agosto ya tenía formada la línea de circunvalación, abierta trinchera y plantadas las baterías. A 5 de septiembre, el duque de Borgoña envió el bagaje a Tournay y Valencenas; y Condé, desembarazando el ejército, marchó a Marchea, que es una altura que tiene sujeta la parte inferior del río, cuyo puente ocupaban los ingleses, y habiendo sido acometidos le perdieron. Esto hacía el francés por si podía traer a una batalla al duque de Malburgh, que no pensaba en esto y había fortificado bien su campo adelantando un gran trincherón en Templemato y Entier, y tenía ocupadas ambas orillas del río; este trincherón y puestos fortificados ganaron los franceses, y plantaron baterías contra el campo enemigo; pero no se podían acercar a él, porque Malburgh, para asegurar

a los sitiadores, se había fortificado con fosos y empalizadas, extendida la derecha hacia Seclin, detrás de un lago tan cenagoso, que era imposible pasarle; otro eligió por antimural de la izquierda en Fretin, junto a Marque, y estaban de género dispuestos los reales, que era temeridad atacarlos, y así, se cansaba en vano el francés provocándole a una batalla.

Atento sólo a su sitio el príncipe Eugenio, la noche del día 1 de septiembre atacó el foso de la puerta de la Magdalena, y fue tres veces rechazado con gran pérdida, pero a la cuarta ocupó dos ángulos sobresalientes, y antes que se pudiesen los vencedores alojar, prendió fuego Bouflers a tres minas que allí había hecho y volaron los alemanes y holandeses al aire. Salió luego de la plaza un regimiento de granaderos, y echó de aquel lugar a los que quedaron. Esta función fue tan sangrienta y costosa, que ya se quejaban los holandeses de haber emprendido sitio tan difícil y prolijo. El príncipe Eugenio se obstinaba más en su empeño, y no le hacían fuerza estas representaciones, ni la pérdida de la gente. Pidió más regimientos al duque de Malburgh, para formar los aproches, porque por los desertores había sabido que los sitiados habían levantado una trinchera que abrazaba los baluartes de la Magdalena y San Andrés; tenía alguna dificultad traer víveres al ejército de los aliados, y más después que el duque de Borgoña se acampó en las alturas de Odenarda y con varias partidas embarazaba los caminos, enviando a este efecto un gran destacamento que se pusiese entre Ath y Odenarda. Con el marqués de Seneterra pasó otro a Nall; pero el mayor le gobernaba el conde de la Mota, de Brujas y Ostende, porque rotos los canales se prohibía a los holandeses enviar armas y víveres a Bruselas, y no podían volver las barcas que ya habían pasado.

Ambicioso de gloria, o estimulado de la dificultad, Eugenio, la noche del día 19, dio el asalto al camino encubierto con ocho mil hombres, que fueron no pocas veces rechazados del valor de los defensores, y se retiraron, dejando muertos dos mil. La noche del día 21 volvió al mismo asalto con quince mil soldados escogidos que envió Malburgh, y no tuvo entonces mejor suerte, porque habían cobrado tanto horror los sitiadores, que ya no obedecían a los oficiales -tan vivo y tan tremendo, era el fuego de la plaza, y con tanta vigilancia y esfuerzo la defendía su gobernador.

Mandó el príncipe dar beberaje a las tropas en mayor porción que la acostumbrada, para que el ardor del vino hiciese despreciar el peligro. Con esto, mandó se diese un general asalto a las fortificaciones exteriores, y principalmente a una tijera bien construida, que estaba junto a la puerta de la Magdalena; no acometieron al camino encubierto, que estaba a una y otra parte contra las fortificaciones exteriores; la tijera no la tenía; y como sobre ella estaba un bastión que la dominaba, y otros a los lados, era ardua y difícil la empresa, aunque las brechas estaban a propósito para ser asaltadas, porque se batía con cien cañones. Tres veces echó fuera del muro la guarnición a sus enemigos, nuevamente rebeldes al precepto, y amedrentados de tanto estrago.

Viendo esto el príncipe Eugenio, se encaminó él primero con una compañía de granaderos al mayor peligro, para dar el cuarto asalto, que fue tan impetuoso que no cabe la ponderación en la pluma, pues al ejemplo del príncipe, todos los oficiales ocuparon la primer fila. Disputóse acérrimamente, y ocuparon los sitiadores el ángulo externo que sobresalía de en medio de la tijera; fue el príncipe levemente herido de un fusilazo en la frente, sobre la ceja izquierda, y murieron allí más de dos mil hombres, la mayor parte

oficiales atrevidos y esforzados. Ni aún con haber ganado este poco sitio estaban libres del peligro, porque la cortina del muro, que estaba un poco detrás de la tijera, y los dos bastiones de los lados, disparaban incesantemente.

El día 22, con no menor sangre, se alojaron los sitiadores en el labio exterior del foso, y procuraban llenarle de fajinas. El príncipe se retiró a sus tiendas para curarse, porque el aire le encrudecía la herida y acudía humor, y así les faltó a los sitiadores un gran jefe. Padecía hambre el ejército, y ya casi no podía venir más que de Inglaterra socorro, porque el conde de la Mota cerraba los pasos aunque no con gran vigilancia, y así se encargó al de Albemarle el que introdujese ochocientos carros de víveres en el campo del duque de Malburgh, lo que ejecutó con tanta destreza y felicidad, que pasando por caminos extraviados y venciendo siempre las partidas avanzadas de los franceses con continuadas escaramuzas, llegó a su campo, que ya no tenía pan de munición; era preciso levantar el sitio y aun recibir la batalla, o darla al duque de Borgoña, que la deseaba. Aquí se culpó mucho el descuido del conde de la Mota. Con igual valor introdujo a la plaza socorro, rompiendo un cuartel de la línea por la noche el caballero de Luxembourg, que con el idioma alemán engañó a las guardias avanzadas; no pudo entrar toda la pólvora, porque a uno de los sacos de piel en que venía se prendió fuego y se descubrió ser enemigos.

Tomaron los sitiadores las armas; la parte que había pasado las trincheras entró en Lilla, y la que quedó fuera se retiró a Doay. Hizo el caballero de Luxembourg con la gente nuevamente introducida una salida contra las trincheras, de las cuales no pudo arruinar alguna, porque los sitiadores vigilaban en ellas y habían ocupado algunos caminos encubiertos de las exteriores fortificaciones; después, con gran dispendio de sangre, las ganaron todas y adelantaron sus baterías al cuerpo de la plaza, hallándose presente ya el príncipe Eugenio, por estar mejorado de su herida.

El día 26 de octubre batieron con sesenta piezas de cañón, y después construyeron otra batería de cuarenta. Ya tenía el sitio sesenta días, y les faltaba a los sitiados los víveres. Estaba abierta en su justa longitud la brecha, y llenado el foso. Todo había costado gran sangre, sin haber el mariscal de Bouflers omitido circunstancia para la defensa, ejecutando cuanto pide el arte y el valor militar. A instancias del pueblo, pidió el 22 capitulación, y ofreció entregar la ciudad, reservándose el castillo. Consintió en esto el príncipe Eugenio, y nada negó de cuanto se le había pedido, diciendo *no era razón negar cosa a defensor tan esclarecido*. Los artículos fueron setenta y cuatro, y el primero de ellos fue que se conservaría en la ciudad la religión católica.

Retiró Bouflers al castillo seis mil hombres de infantería que le quedaron, y las necesarias municiones. Empezaba nueva guerra, porque el castillo es uno de los mejores de Flandes, ceñido de dos muros y de dos fosos, y guardado de los más bien extendidos baluartes. La caballería pasó a Doay con todos los honores militares. El día 29 se empezó a abrir la trinchera, no con tanta celeridad, porque estaban cansados los sitiadores y faltaba pólvora y balas; mayor penuria había de pan, y así se envió al príncipe de Hesse Casel para que de cualquier forma enviase trigo del país de Artois, porque el que estaba en Ostende, traído de Inglaterra, no le dejaban pasar los franceses, ya mas avisados del escarmiento, y se había extendido el ejército del duque de Borgoña como bloqueando la Esquelda, para que no pudiese subsistir el de los enemigos. Puesto en este extremo Malburgh, era preciso

o pasar el río o perecer. Toda la esencia de este hecho consistía en guardarle bien, con lo cual eran casi vanos todos los pasados triunfos de los aliados.

Vino desde París el señor de Chiamillar, ministro de la Guerra, al ejército del duque de Borgoña, y el duque de Baviera pasó a Mons. Juntóse Consejo de guerra, y asistieron a él los duques de Borgoña, Berry, Vandoma, Berwick, el señor de Chiamillar y el conde de Bergueick, ministro del Rey Católico en Flandes. Dividiéronse los dictámenes; al del duque de Borgoña se opuso Vandoma, con libertad más que de vasallo, llevado de su celo y su experiencia, porque las disposiciones no eran las más propias para guardar el río, en que consistía toda la gloria de la campaña y toda la utilidad.

Los más de la junta lo entendían como Vandoma; pero la necesidad o la lisonja imponía silencio, viendo claro el sistema del duque de Borgoña de querer con desgracias obligar a su abuelo a la paz. No lo ignoraban los enemigos, y aunque estrechados en un ángulo de tierra, en que sin batalla habían de perecer con sólo prohibírseles la opuesta orilla del río, no dejaron el sitio del castillo de Lilla. El duque de Baviera no creyó tan contraria política a sus propios intereses en un nieto del Rey Cristianísimo, heredero de la Corona. Sabía el infeliz estado del ejército enemigo, y que ya no les dejaba sacar de la Artesia lo que querían el señor de Cheladet, francés. Los señores de Langueron y Fourbin prohibían los canales por donde desde Ostende pasaban algunos víveres; también estaba roto el que hay desde Neoport a Plasental; y desde éste a Brujas. Ocupaban los franceses los puentes de Slippen y Leffigen, y aunque el duque de Malburgh había enviado al conde de Cadogan con siete mil hombres a ocupar el gran canal que hay desde Ipré a Neoport, el cual, habiendo echado a los franceses del puente, corría hasta Loo, sacando con violencia cuantos víveres era posible, pero luego el duque de Vandoma, rompiendo el canal, inundó las campañas de Neoport y hacía el agua irreparable guerra.

Por todas estas razones entró el duque de Baviera en Brabante con diez mil hombres, o para llamar allá los enemigos, o para tomar a Bruselas; y como aquéllos no querían ni podían salir de su campo, empeñados en Lilla, y sólo por la Esquelda debían romper, para socorrer el hambre, se presentó el duque a vista de Bruselas el día 23 de noviembre. Tenía la plaza dos mil y quinientos holandeses, y no fiaba el bávaro su felicidad tanto a las armas cuanto el amor de aquel pueblo al Rey Católico.

El día 26 batió la cortina del muro que está entre las puertas de Lovaina y Namur; por la noche ocupó el camino encubierto y la parte del foso que no tiene agua, como también una media luna que sobresalía. En este estado cargó sobre el ejército enemigo la dura necesidad de pasar la Esquelda por no perecer de hambre; propúsolo así en una carta que escribió desde Lilla a Malburgh el príncipe Eugenio, aun haciéndose cargo de todas las dificultades, y que serían indubitablemente vencidos; pero que era más glorioso morir con las armas en las manos que de hambre en las trincheras. Que, dejaría muchos batallones para guardar las que se habían erigido contra el castillo, y que él seguiría los pasos de Malburgh para estar presente a los riesgos. No tenía el general inglés otro partido que tomar, y así, extendiendo su ejército en varias partidas a la orilla del río, y echando de noche un puente a Berhem y Laure (puestos mal guardados de los franceses), intentó con gran temor pasarle, y por eso fueron pocos los que llevaban la manguardia, recelando alguna emboscada; pero viendo que nadie se oponía, y que el ejército francés

fingía ignorarlo o lo ignoraba, pasó todo el suyo Malburgh a vista de ochenta mil enemigos.

Esta advertida negligencia del duque de Borgoña no la creerán los que estos COMENTARIOS leyeren; y por respeto a tanto príncipe, no ponemos aquí la carta que el duque de Vandoma, transportado de ira y rabia de ver descaecer no sólo la gloria, pero los intereses de la Francia, escribió al Rey Cristianísimo, culpando al duque, y con un desertor envió copias de esta carta al de Malburgh y al príncipe Eugenio, quitando de sí el borrón, por que se reía de las expresiones de sus émulos. El de Borgoña se quejó de la insolencia de Vandoma en tan libres escritos y palabras. Conoció el Rey Cristianísimo la intención de su nieto, pero lo disimuló, siempre sostenido el duque de la señora de Maitenon, ganada por las artes de la duquesa su mujer. Vandoma fue llamado a la corte, y sólo el Delfín estaba de su parte, que como amaba tanto a su hijo el rey Felipe y conocía cuán en su perjuicio era lo que obraba el duque de Borgoña, aun siendo éste su primogénito, abominaba su dictamen.

Se vieron muchas sátiras en París injuriosas al duque, y se dio garrote a un clérigo que esparcía una en el Loure. Sacando el inglés las tropas que tenía en el país de Artois y Frunembanch, aumentó su ejército; tomó de Meminga muchas piezas de cañón y, dejando a Rodelauro, puso el campo a la otra parte de la Esquelda; luego dejó el sitio de Bruselas el bávaro, y se restituyó a Mons. El príncipe Eugenio echó a los franceses, que estaban en los collados de Odenarda. El duque de Borgoña pasó a Doay, y mandó que marchase allá el ejército, adonde se retiraron todos los franceses, y el conde de la Mota, muy glorioso. Con esto estaban todos los caminos y canales abiertos, para traer víveres al campo de los aliados.

Viendo esto el mariscal de Bouflers, y que ya había perdido el camino encubierto y el foso, y tenía la brecha abierta, capituló la rendición de la ciudad de Lilla y salió con todos los honores militares. Costó este sitio más de treinta mil hombres a los aliados y cuatro millones de libras a los holandeses, que tomaron posesión de la ciudad, quedándole sólo el nombre al rey Carlos.

* * *

Esta infausta guerra de Flandes ponía siempre en más infeliz estado a la España, porque le escaseaba la Francia los socorros, atenta solamente a su seguridad. Con todo eso, se mantenían los franceses que con el duque de Orleáns estaban, y se proseguía con calor la guerra contra la Cataluña y Valencia. Gobernaba este reino Asfelt, como ya dijimos, y no le había perdonado a la fortuna el desaire recibido en Denia, y para restaurar lo que allí perdió de su opinión, determinó sitiarla. Pidió tropas para este efecto al duque de Orleáns, que las envió en 4 de octubre con don Francisco Caetano; a las que quedaban se les permitió cuarteles de invierno.

A los primeros días del mes de noviembre dio vista a la plaza con quince mil hombres Asfelt; no gastó mucho tiempo en abrir trinchera ni plantar baterías, porque no disparaban

los baluartes, hasta que se empezó a batir en brecha. El día 12, por la tarde, se dio un asalto general a las fortificaciones exteriores, y en dos horas las ganaron los franceses, aunque se resistió cuanto pudo la guarnición, que constaba de mil y quinientos alemanes e ingleses; rindióse la ciudad y se retiraron al castillo; pero habiendo don Pedro Ronquillo ocupado el convento de San Francisco, pocos días antes fortificado de los enemigos, se les prohibió a los sitiados el mar. Reconociendo los ataques, fue Asfelt levemente herido, pero prosiguió con su empresa, aunque los fríos de aquel invierno eran horribles. Perfectos ya los aproches, a los 17 pidió el castillo capitulación, y no se le concedió a la guarnición más que el ser prisionera de guerra, y al pueblo ninguna condición. Esta noticia llevó al rey Felipe don Jerónimo Solís y Gante, de quien dio tan honrados informes Asfelt, que fue elegido brigadier. Alentado con esta victoria, intentó el sitio de Alicante, y sin perder tiempo envió al mariscal de campo don Pedro Ronquillo para que tomase los puestos, lo que así ejecutó el primer día del mes de diciembre. Siguió todo el ejército el día 3, y en el 7 se empezó a abrir trinchera.

La plaza hacía gran fuego, y había levantado y fortalecido un trincherón que incomodaba mucho a los sitiadores. Asaltaron éstos el arrabal murado, y le ganaron. Desde allí se batía el trincherón que cubría el otro arrabal; pero le desampararon los ingleses; en él se alojó luego Ronquillo con todos los granaderos, y se aplicó el mirador al muro sin riesgo, porque estaba lejos el baluarte, que era una simple cortina. Los nobles y hombres principales de la ciudad se salieron y se embarcaron para Mallorca; la plebe instó la rendición al gobernador, don Juan Ricarte, y se capituló, entregando la ciudad. Los presidarios se retiraron al castillo, y hubo tregua de cuatro días; se dejaron salir los soldados de caballería sin caballos y no se le permitió al pueblo capitulación alguna. Era toda la dificultad prohibirles a los sitiados el mar, porque venían veinte naves inglesas a socorrerlos. Por eso se construyeron en la orilla de él dos líneas y se pusieron dos baterías contra el castillo y contra el mar, haciendo más fuerte la de contravalación, porque se temía algún desembarco. Está el castillo puesto en una gran eminencia, y aunque con ramos oblicuos subía la línea a plantar el cañón a tiro, ni ésta podía pasar por donde era necesario, por los peñascos del monte, ni se podía dar asalto a un muro elevado, al cual por largo espacio era preciso subir descubiertos, y fijar el pie en un derrumbadero; por esto determinó Asfelt minar el castillo. Esta obra parecía imposible, porque se había de penetrar un monte cuyas entrañas eran de peña viva y de mármol basto; pero tan duro, que apenas se dejaba labrar. Se había de llevar la mina a estado que, reventando el monte, cayese el muro; había de ser tan larga y ancha que hiciese efecto, y para esto era menester cantidad de pólvora, que no tenían pronta los sitiadores.

Ni aun si cayesen algunos lienzos de muralla en lugar tan escabroso era cierto el poder dar el asalto, porque la ruina lo impediría, y así, no eran muchos de este dictamen; sólo sí de bloquear el castillo y rendirle por hambre; pero firme en su opinión Asfelt, bien fortalecido antes el lugar en que había de empezar la mina, y vueltas todas las baterías contra el mar, dio principio a la obra cuando ya fenecía el año, y así, escribiremos su éxito en el que se sigue.

Conociendo Guido, Staremberg cuán mala guerra podía hacer habiendo perdido todo el reino de Valencia y Aragón, y adelantados los españoles a Tortosa, intentó sorprenderla. Sacó de su ejército a todos los granaderos el primer día del mes de diciembre, y con cinco

mil hombres y una gran partida de Catalanes, pagó a Tortosa; antes de amanecer el día 4 ocupó una cercana ermita y puso artillería por donde declina el Ebro; ocupó algunas fortificaciones que no tenían aún perficionado el recinto en la puerta de San Juan, y el rumor avisó a la guarnición del peligro en que se hallaba; acudieron luego a la puerta, que pretendían con hachuelas abrir los alemanes, y con efecto la hicieron pedazos; pero no pudieron pisar el lindar, porque dos horas le defendieron con brío los del regimiento de Blaysoisa, francés. Otros asaltaron por la puerta que llaman de Temple, la cual defendió gloriosamente el regimiento de Murcia, con no pequeño estrago de los enemigos.

Con mayor felicidad, los que acometieron por la puerta que llaman del Remolino ocuparon el arrabal y una gran cortadura que le separa de la ciudad; acudió allí luego con lo más del presidio su gobernador, don Adrián Betancourt, y se arrojó sobre los enemigos con tal ímpetu, que a los primeros encuentros quedó muerto, y hubieran flaqueado los defensores si la luz del día no les diese más aliento, porque era tan intrincada aquella acción, que se recibían las más de las heridas de los propios amigos, y no podía, por ser aún de noche, jugar la artillería de la plaza.

Los alemanes ocuparon las casas del arrabal y se previnieron para batir la opuesta cortina, aunque un baluarte hacía tanto fuego que no los dejaba trabajar; pero ocuparon el convento de San Juan y se fortificaron para proseguir los ataques. No les dejó tomar pie el teniente de rey señor de Longcamp, y los atacó con tanta resolución con los granaderos el marqués de Ordoño, que después de una sangrienta disputa, quedaron prisioneros los que ocupaban el arrabal. Se distinguieron en esta acción Longcamp, Ordoño, don Francisco Quirós, don Diego Amarillo, don Pedro Sánchez, don José Felvio, que hicieron retirar a los enemigos al convento de San Juan, donde ya se peleaba lejos de la ciudad.

Contra la torre de las campanas de la iglesia apuntó la artillería don Andrés Patiño, y las piedras que caían maltrataban tanto a los que se querían mantener en las trincheras, que para no quedar obruidos de la mole que se desplomaba, fue preciso desamparalas; pero se peleó hasta la noche, y al favor de las sombras retiró su gente Staremberg, y con la que quedó se restituyó a Barcelona, disgustado de la infeliz expedición que, con su acostumbrada sutileza de ingenio, creyó lograr.

Nada de remarcable hubo este año en Extremadura. Mandaba en ella en jefe el marqués del Bay, que el día 7 de mayo se acampó de la otra parte del campo de Evora. Los portugueses se acamparon en Olivenza. Los españoles eran doce mil infantes y seis mil caballos; con mil y quinientos de ellos se envió a don Antonio de Leyva a hacer varias correrías, que no las olvidaban los enemigos. Toda la guerra de la primer campaña se redujo a afligir los pueblos, a robar ganados y a cansar en vano las tropas, que a 9 de julio se retiraron a cuarteles. La segunda campana empezó por octubre. El portugués se acampó en el Almendral, y los españoles se adelantaron a Villagoina, y, después de saqueada, don José de Armendáriz tomó a Barbacena, en que había cien soldados; no se dejó presidio, y se asoló a Villaquina y la Atalaya, y nada más hicieron las tropas del rey Felipe; las del rey don Juan pasaron hasta Jerez, de donde las echó don Luis de Solís.

Volvió a entrar con mil caballos en los Estados de Portugal don Pedro Serrano; devastó los campos de Moura y pasó, saqueando, hasta Serpa. Don Diego González trajo gran cantidad de ganado. Acudieron en gran número los portugueses, y echaron a los

españoles, que hicieron barbaridades en la tierra enemiga, no perdonando ni aun a los sagrados. Incendios, violencias, estupros y robos eran todas hazañas de una y otra parte, y al fin, se vieron obligados los jefes a convenir en que los labradores y pastores gozasen de una general salvaguardia en ambos reinos, y que no hubiese hostilidad sino solamente entre las tropas; pero, como los cabos militares deseaban aprovecharse, duró poco este ajuste, y se empleaba tan bajamente el valor.

* * *

A los fines del año murió en Londres el príncipe Jorge de Dinamarca, marido de la reina Ana de Inglaterra; pero no rey, como dijimos, porque hizo siempre una vida privada, con más amor a los banquetes que a la campaña. Importábale a Malburgh y a todo su partido que no tuviese parte en el gobierno, porque le iba bien con la Reina, a la cual imposibilitaban segundas bodas, ya porque su edad era incapaz de sucesión, y ya por no admitir en Londres príncipe de más alto espíritu, que se valiese de los derechos de la Reina para mandar; ni ésta quería entrar en nuevo sistema de vida, satisfecha de las adoraciones del solio, en el cual no mandaba, sí sólo servía a Malburgh y a los de su facción. También hacía 1a Reina alguna reflexión sobre su hermano, el rey Jacobo, siendo cierto que le deseaba por sucesor de la Corona, aunque en la apariencia adhería a la Casa de Hannover. Era el príncipe Jorge grande almirante de Inglaterra, y aunque sólo tenía del empleo el nombre y el sueldo, no faltaban ambiciosos a la pretensión; confirióse al conde Pembrock con la misma autoridad y con menos emolumentos; rehusó admitirlo, si no se daban a la Marina las asignaciones acostumbradas y se quitaba la subordinación al Consejo de Estado, reservándola sólo al Parlamento. Llevó esto la Reina muy mal, pero vino en ello porque nunca tuvo el Parlamento mayor autoridad que en su reinado. El conde quitó a muchos los empleos, por inhábiles, y eligió otros, aunque con disgusto de los presbiterianos, porque era de contraria facción.

Amenazaban éstos alguna inquietud, y por eso pretendió el Gobierno unir los rígidos y los moderados, aunque esto era difícil. La Cámara Baja favorecía a los primeros, la Alta a los segundos, y quedó en pie la discordia. Ni quieren los nobles extinguirla, porque de conservarse contrarios partidos crece su autoridad y tiene oposición al del Rey, pues si no hubiese más que uno, y éste con beneficios le pudiese vencer el reinante, se haría despótico, y perdería la Inglaterra enteramente la libertad. A esto aspiraba Malburgh, no creyendo que le podía faltar el favor de la Reina, con el cual adelantaba la guerra cuanto le importaba a su ambición.

Todo esto era contra el rey Felipe; y por eso nos hemos dilatado algo en esta narración, que podía parecer fuera de nuestro asunto.

Año de 1709

No tenían los mortales memoria de tal exceso de frío como el de este año; heláronse muchos ríos tan vecinos al mar, que formaba margen el hielo; secáronse por lo intenso de él los árboles. Toda la Francia y la costa del mar Ligústico padeció este daño; no corría líquida el agua, ni la que se traía en las manos para beber; endurecíanse las carnes, y los pescados en muchas partes, que era preciso cortarlos con hachuela. Morían las centinelas en las garitas, y no hallaba casi reparo la humana industria contra tan irregular inclemencia. Como había expirado con la misma destemplanza el pasado año, no hicieron progreso los sembrados y se introdujo el hambre en los países más fríos, principalmente en la Francia, donde se formaron, de orden del Rey, varias compañas para traer trigo de Levante, que por lo suave del clima padeció menos.

No pocos infortunios agitaban el magnánimo corazón de Luis XIV, nunca rendido, pero cansado de las instancias de sus vasallos, de que no se podía mantener más la guerra. Alentaba estas voces el duque de Borgoña con gran número de nuevos parciales, porque, efectivamente, creían los más de los franceses que caminaban a su ruina. El señor de Chiamillar, ministro de la Guerra, seguía la opinión del duque; tanta falta de dinero dieron a entender al Rey, que se vio obligado a enviar a la Casa de la Moneda las hermosísimas estatuas de plata que adornaban sus palacios, y se publicó un decreto que, reservada la necesaria, todo vasallo redujese en dinero la suya. Obedecieron los primeros los príncipes de la real sangre, el conde de Tolosa y los más allegados al Rey.

No faltaba en la Francia dinero, y nunca había habido más, porque tantos años tenía como libre el comercio de las Indias, que no lograban otras naciones; pero no estaba el Real Erario en buena fe ni crédito alguno, porque los billetes de moneda que se daban en aquella Tesorería no se pagaban a sus destinados plazos, y habían quebrado muchos bancos que por negocio acumularon una inmensa suma de ellos. Estas infelicidades, ponderadas con vivísimos colores por la señora de Maitenon, inclinaron el ánimo del Cristianísimo a querer oír unos tratados de paz que, por medio del conde de Bergueick, querían proponer los holandeses. Ofrecieron con arte razonables proposiciones de palabra, para que se diese casi por vencida la Francia, queriendo entrar en ajustes, que, propuestos por los vencedores, no podían dejar de ser indecorosos a los vencidos. Con gran maña hizo entender esto a Bergueick el pensionario Heinsio, porque, siendo ministro del Rey Católico, creyesen todos que venía la paz como rogada de ambas Coronas, a las cuales abatían más quitándolas el crédito, y con esto desmayaban los súbditos en la defensa, principalmente los castellanos, que eran los que la Liga tenía y los que imaginaba invencibles. No desesperaban los coligados de traer a indecorosos partidos al Rey de Francia, porque sabían cuánto deseaban sus reinos la paz y cuánto secretamente la promovía el duque de Borgoña con la señora de Maitenon y Chiamillar, cuyas artes políticas tenían inquieta y dividida el aula. No le importaba sacrificar a su hermano como descansase, la Francia, y aún pretendía que se le declarase enemiga, para obligar el Rey Católico a dejar la España y contentarse con los Estados de Italia y las Islas. Para cualquier resolución que debiese tomar el Cristianísimo, importaba tener al rey de España sujeto y aparar de él los más celosos e ingenuos ministros; y así, tuvo Amelot nuevas instrucciones de dejar sólo en el Gabinete del Rey los que no repugnasen a su dictamen. De lo propio quedó encargada la Princesa Ursini, e inspiraba en la Reina dictámenes enteramente contrarios a los del Rey, porque éste había determinado no dejar la España y defenderla hasta el último aliento, ni escuchar proposiciones de paz que le mudasen a

otro trono, aunque se le declarase enemigo el abuelo. Y así nadie se atrevía a proponerle al rey Felipe expedientes adversos a su genio; pero los franceses lo gobernaban de forma que se hallase obligado a dejar por fuerza lo que voluntariamente no quería. Los españoles de mayor inteligencia nada ignoraban; veían la política traición del Ministerio francés, sabían la repugnancia del Rey; pero éste no creía que los franceses usasen de más armas contra él que las de la persuasión, y no de un sistema cruel de desear fuese vencido y desentronizado. Este era todo el engaño y el gran laberinto que ocultaba la corte, entendido de pocos, porque Amelot, que lo gobernaba en España todo, afectaba el mayor celo y tenía a los más celosos en la nota de desafectos al Rey y de poco respetuosos en el hablar, porque desaprobaban el método del Gobierno.

Para quedarse más libre, suprimió el Consejo del Gabinete, en que estaban los duques de Medinasidonia, Veraguas, San Juan, Montellano, el marqués de Bedmar, el conde de Frigiliana y don Francisco Ronquillo; pero sólo fue para sacar de él al duque de Montellano y al de San Juan, ministro de la Guerra, porque luego volvió el Rey a formar el mismo Consejo de los mismos que estaban antes, exceptuando a los dos, al duque de San Juan porque quería ser Amelot el árbitro de la guerra, y al de Montellano porque se oponía a todo lo que juzgaba no convenía al Rey, bien informado del designio de la corte de Francia.

De esta novedad se alteró la corte, trascendiendo al reino el temor de que convirtiese contra él las armas la Francia, por lo que se renovaron los antiguos odios entre las dos naciones, con tanto ardor, que deseaban las tropas españolas el haber de combatir con los franceses. Públicamente se censuraba en la corte su conducta, y era el asunto de todas las conversaciones. Como a la casa del duque de Montellano, hombre venado en todas letras y de llanísimo trato, acudían muchos a una conversación más literaria que política, no dejaba la frecuencia de tantos de discurrir sobre las presentes ocurrencias, pocos con disimulo, los más con libertad, y todo se venía a reducir a culpar a Amelot y a la princesa Ursini, a la cual hería con impiedad un agente del duque de Uceda llamado don Antonio de Silva, que fue por este motivo desterrado de la corte, y así lo expresaba el decreto.

No hablaban con más moderación el duque de Montellano, el conde de Frigiliana y el duque de Montalto. Amelot los reprendió de orden del Rey; Frigiliana respondió con sumisión y ofreció la enmienda; pero los otros dos, con orgullo, aunque con el mayor respeto al Rey, dijeron *que era celo y amor el censurar lo pernicioso al bien de la Monarquía; bien que podía ser propia utilidad, porque estaban embarcados en la propia nave del Rey, la cual se iba a pique, y la procuraban hundir los que la habían de defender*.

Esta ingenuidad no desagradó al Rey; pero sí a Amelot y a la princesa, que, a estímulos de su odio, quería que se desterrase de la corte a Montellano; pero lo impidió la Reina, que le conservó siempre su especial protección. Los magnates españoles, que imaginaban que cargaría sobre la nación española todo el peso de defender al Rey, abiertamente pedían que se apartasen del Gobierno los franceses. El duque de Medinaceli se atrevió a decirlo al Rey, ofreciéndole la paz con los ingleses y holandeses si convirtiese las armas contra Francia, exponiéndole que ésta lo haría para hacer la suya. El Rey oyó esto con desagrado y horror, y dijo *no creía le desamparase su abuelo, y que en todo caso nunca tomaría las armas contra la Francia y contra quien después de Dios le había colocado*

en aquel trono. Habíale escrito su padre el Delfín que eran vanas las voces de la paz, y que nunca creyese que le habían de faltar los socorros de la Francia. Lo propio le escribió su abuelo, aunque con más oscuridad. Esto le quitaba al Rey parte del temor; pero siempre con el recelo de las instancias del duque de Borgoña.

Proseguía el sitio del castillo de Alicante, con la misma constancia en los sitiados y sitiadores; le había dejado a cargo de don Pedro Ronquillo el caballero de Asfelt, que se tiró a Valencia para proveer desde allí lo necesario. Se proseguía la mina, y sin haber todavía extendido los ramos, tenía ochenta palmos la primera entrada de ella, y era menester una cantidad inmensa de pólvora; toda la esperanza fundaban los sitiados en el socorro de las naves inglesas. El día 14 de enero cañonearon cinco de ellas la parte de las trincheras que declinaba al mar; pero éstas respondían con sus baterías, y casi echaron a pique un navío, con lo cual desistieron de la empresa.

No pudo estar perfecta la mina hasta el día 14 de febrero. Llegó al campo Asfelt, y el día 28 se cargó y avisó a la plaza de su peligro; bajaron dos oficiales a reconocerla, y como se había en dos días cargado, creyeron no lo estaba sino en la boca, y que era ardid para que se rindiesen. Ni discurrieron podía tener fuerza la pólvora dividida en tantos ramos para echar el castillo, porque el monte llevaría todo el estrago. Y así, respondió su gobernador que podían, cuando quisiesen, aplicar el fuego; y antes de amanecer el día 29 se ejecutó. Voló gran parte del monte, tembló la vecina tierra y el castillo, y de él cayó el baluarte opuesto a la ciudad, la casa del gobernador y el segundo recinto que mira al Poniente; pereció la parte de la guarnición que en estos parajes se hallaba, y entre ellos el gobernador, Ricardo Siburch, inglés; cinco capitanes, tres tenientes y el ingeniero mayor.

Ni con eso se rindió el presidio que había quedado, aunque le faltaban víveres y al violento reventar de la mina se le abrieron las cisternas. Las ruinas no dejaban asaltar la brecha, y aunque ya confusa mole todo el castillo, se le plantaron nuevas baterías de cañones y morteros. Con glorioso tesón, los presidarios despreciaban las iras de Asfelt, y dilataron tanto la defensa, que el día 15 de abril vino a socorrerlos la armada inglesa y holandesa, con gente de desembarco mandada por Diego Stanop; pero no se atrevió a hacerle, porque los españoles se formaron en la orilla del mar. Batíanse recíprocamente las trincheras y los navíos, pero sin fruto alguno. No quiso la armada dejar en riesgo a los presidiarios, y así Stanop capituló la rendición del castillo, saliendo la guarnición libre y con todos los honores militares, gloriosa, aunque le perdía. Costábale años al Rey Católico la recuperación de lo que perdió en un día. Esta ventaja tenía el rey Carlos, que le costó poca o ninguna guerra lo que poseía, y el pertinaz empeño de los que se lo entregaron se lo defendía con obstinación hasta el extremo.

* * *

En la iglesia de San Jerónimo, el día 7 de abril, se juró fidelidad y reconoció por legítimo sucesor de la Monarquía de España a Luis de Borbón, príncipe de Asturias, juntándose como en Cortes los reinos de Castilla y de la Corona de Aragón, precediendo aquélla;

también estaba allí el Cuerpo de la nobleza. Había alguna dificultad en el ceremonial, porque jamás se habían juntado en un Congreso los reinos de Castilla y Aragón, y aunque esta última Corona fue antes establecida y erigidos en reino sus Estados, cuando los poseía don García Jiménez, y a este mismo tiempo Castilla ni era condado, por la magnitud y opulencia de ésta, con la agregación de tantos reinos y su inmutable fidelidad, la hacían más digna, y así se antepuso a Aragón, y los diputados de Zaragoza se sentaron después de los de Burgos, porque los de Toledo tenían asiento en otra parte, no estando la antigua cuestión decidida; siguió Valencia, y las demás ciudades sortearon sus asientos.

El fiscal regio pidió luego se diese al príncipe de Asturias la absoluta posesión de sus Estados, con entera soberanía e independencia, como los había dado el rey don Juan el Primero al príncipe don Enrique cuando el año de 1388 se casó éste con Catalina, hija del rey de Inglaterra, que fue el primer príncipe de Asturias, el cual, siendo después Rey, mandó a su hijo don Juan el Segundo hiciese lo propio con su primogénito, Enrique IV. Pidió también se reintegrase en lo usurpado el príncipe don Luis, con el ejemplo de que siendo príncipe de Asturias Enrique IV había despojado de sus usurpados bienes a Pedro y Suero de Quiñones, jurando en Ávila no desistir de lo determinado. Esta súplica del fiscal se remitió al Consejo Real de Castilla, que con ingenua libertad consultó al Rey *no convenía darle al primogénito más que el nudo nombre de PRÍNCIPE DE ASTURIAS, porque de tener otro soberano incluido en los reinos, podrían nacer muchos y no pocas veces vistos inconvenientes, aun con el propio ejemplo de Enrique IV contra su padre, don Juan el Segundo. Que en cuanto a inquirir sobre lo usurpado, era muy justo, y que todo se debía agregar a la Corona, dándole al PRÍNCIPE los alimentos proporcionados a su edad y a su celsitud*.

Conformóse el Rey con este parecer, siguiendo el ejemplo de Fernando el Católico y de los cuatro reyes austríacos, desde Carlos V a Felipe IV. No faltaban cortesanos y magnates que querían dos soberanos en un propio palacio; pero se vio claro que era fundar eterna discordia.

Mal satisfechos recíprocamente uno de otro, el Rey Católico y el duque de Orleáns, fue éste llamado a París. Sus parciales negaban esta circunstancia, y que espontáneamente había dejado el mando de las tropas. Las españolas las mandaba el conde de Aguilar, y las francesas, el mariscal de Bessons. Nunca se vio ejército más discorde; la desunión empezaba desde los jefes al último soldado, con tales demostraciones, que cobraron no poco aliento los enemigos. Lo que se encargaba a los franceses, lo echaban a perder los españoles; lo que a éstos, lo desbarataban aquéllos, no por emulación de gloria, sino por odio; y estaban pertinaces las tropas españolas en querer que se fuesen los franceses, y que solas defenderían el reino.

A 12 de abril, el conde de Estain sorprendió a Benasque, pero quedaba el castillo, y le faltaban al francés víveres y municiones, con pocos cañones de campaña le batía inútilmente; abrió una mina, y aunque la hubiese perficionado, faltaba pólvora. Los catalanes ceñían a los sitiadores, y éstos al castillo, que estaba no poco arriesgado, y en un sitio áspero y estéril. Había ya salido con veinte y tres mil hombres a campaña Guido Staremberg, y así Bessons mandó retirar a Estain, que lo hizo con bizarría y no sin riesgo, porque los catalanes le tenían cerrados los pasos, y sólo con las armas en las manos se pudo ejecutar la marcha.

Era de gente escogida la infantería del rey Carlos, pero no a propósito la caballería, porque los caballos forasteros se hacen luego en España bulzos, y fue preciso tomarlos de Cerdeña. Envió el conde de Cifuentes ochocientos, que no servían más que para dragones, porque el caballo sardo tarda a sujetarse a la disciplina militar, y no resiste inmóvil al freno. Juntáronse las tropas del conde de Aguilar y de Bessons, y se llamó a las de Asfelt, que estaban en Valencia, y aun a los franceses del ejército de Extremadura, donde quedaron bajo el mando del marqués de Bay dieciséis mil españoles; poca gente, pero veterana. Ésta se acampó en Évora a 19 de abril, y los portugueses, en Yelves; eran veinte mil, y de ellos los ocho mil ingleses. La caballería la mandaba el conde de San Juan, y el marqués de la Frontera, todo el ejército, cuya fuerza estaba sólo en los infantes, porque las tropas enviadas últimamente de Inglaterra eran las más escogidas. Para buscar a los españoles, como decían, determinó el marqués pasar el río Caya, y se acampó en una llanura. Los españoles, que deseaban la batalla, se acercaron a la atalaya del Rey, no lejos del río, adelantándose la caballería, porque venían a más lento paso los infantes, hasta ver cuál era la intención de los portugueses, que andaban extendidos, por la ribera, habiendo echado nueve puentes para que, con repentino asalto, pudiesen acometer. Nada ignoraba el marqués de Bay, y para traer a una batalla a los enemigos mandó forrajear los sembrados de Campomayor. Huyeron los portugueses que los guardaban, y se dio tiempo para que se adelantase a la atalaya el marqués de Aytona. Poco después siguió con todas las tropas el de Bay; pasó sus puentes el portugués, y se formó en la misma orilla del río el día 7 de mayo, poco antes de mediodía.

Hicieron lo propio los españoles: gobernaba la derecha el marqués de Aytona y el de Queylús; el conde de Fienes y don Baltasar de Moscoso, la izquierda. Para herir de lado a la derecha de sus enemigos, extendió mucho la izquierda el portugués, mandada por el conde de San Juan, a quien sostenía Galloway en segunda línea con tres regimientos ingleses. El marqués de la Frontera ocupaba el centro, aguardando la batalla, porque no veía línea alguna de infantes españoles, los cuales estaban lejos de la caballería y de las piezas de cañón que precedían; no había centro, y toda la fuerza del ejército estaba en dos alas muy separadas. No podían los portugueses pelear, si empezaban ellos, más que con la caballería española, más diestra y experimentada, a la cual habían cobrado horror, porque en todas las escaramuzas quedaban vencidos.

Impaciente el marqués de Bay de que pretendiesen los enemigos con su izquierda quererle encerrar, aunque tenía su infantería lejos, mandó que atacase la caballería, y lo hizo con tanto brío el marqués de Aytona, que a los primeros encuentros huyó la caballería portuguesa, que procuró reparar en la segunda línea el conde de San Juan; pero el ímpetu de la primera le desordenó. Con todo, hizo otra vez frente, ayudado de Galloway. Se combatió poco, y quedó prisionero el conde de San Juan; siguió a los vencidos el marqués de Aytona hasta Campomayor. Murieron mil y setecientos, y trajo mil y trescientos prisioneros, con poca pérdida de los españoles. En una casa de campo pretendió hacerse fuerte Galloway con tres regimientos ingleses; él huyó, y éstos quedaron prisioneros, porque, poniendo pie en tierra los dragones y aun los oficiales de la caballería, perficionaron la obra de su ala derecha. Con menos trabajo vencieron en el ala izquierda el conde de Fienes y el Moscoso, porque luego que acometieron huyó la primera línea de los enemigos, y antes que ésta ya había huido la segunda. Procuró el

marqués de la Frontera ordenarlos y recogerlos, pero fue en vano; sólo a la velocidad de huir fiaron su seguridad.

El centro de los portugueses, ya despojado de caballería antes que pudiese llegar la infantería española, que estaba tan lejos, retrocedió velozmente, y dejando el campo con todos sus pertrechos militares y cañones, pasó la Caya tan desordenado, que ni se acordó de romper los puentes.

Esta es la batalla del campo de la Gudiña, y la infructuosa victoria de los españoles, porque el marqués de Bay no tuvo espera en acometer, y lo hizo estando tan lejos la infantería, que ni vio la acción ni llegó en muchas horas. Pudo la caballería vencedora asaltar al centro y trabar una dura disputa mientras llegaban los infantes. Pudo, ya dueño del campo, romper los puentes y entretener a los portugueses para que no pasasen el río; pero ni los esfuerzos que hicieron el marqués de Aytona y el conde de Fienes fueron bastantes para detener a los españoles, que seguían con tanta rabia a los vencidos, que despreciaron el precepto o se fingieron sordos a él.

Esta felicidad tuvo, aun perdiendo la batalla, el rey de Portugal, que si se hubiera dado con más prudencia, hubiera perdido enteramente su ejército, y no le quedaban a sus plazas bastantes guarniciones.

El día 2 de julio, habiendo dado a luz la reina Luisa Gabriela de España otro infante, a quien en el bautismo se le puso el nombre de Felipe, dio aprensión al tiempo del parto, porque era en ocho meses y no se podía averiguar si había tocado de la nona luna. Todo el peligro se convirtió contra el recién nacido, que sólo vivió seis días. Al abrirle para embalsamarle, le hallaron desordenadas las entrañas y fuera del pericardio el corazón. Diósele la acostumbrada sepultura en el panteón de los infantes.

* * *

Después de la rendición de Lilla y la retirada del duque de Baviera de Bruselas, dejando en la plaza nuevamente rendida al príncipe de Nasao, pasó el príncipe Eugenio a Gramont, y Malburgh a Odenarda. Ni los horrendos fríos de este año hicieron que se diese cuarteles de invierno a los soldados. Confirieron los holandeses en sitiar a Gante, y aun no ignorando eso, después de pasar muestra a su ejército, que constaba de noventa mil hombres, se retiró a París el duque de Borgoña. El rey de Francia mandó fortificar y presidiar a Ipré, Neoport, Furnes, Dunquerque, Santomer, Arras, Betunas y Cambray, Valencienas, Tornay y Condé. Mucho les faltaba que vencer a los enemigos antes que penetrasen el corazón de la Francia, porque decía el príncipe Eugenio *que fiaba visitar su patria*. Esta era París, de donde, no bien satisfecho del Rey Cristianísimo, pasó a servir al Emperador.

Era gobernador de Gante el barón Capri por el rey Felipe, y se encargó el sitio a Malburgh, que le atacó por cinco partes: por la alta y baja ribera de la Esquelda, por el Lis y por los canales. Antes de expirar el pasado año, ya estaban abiertas las trincheras y

tirada una paralela contra el camino encubierto entre la Lis y la Esquelda. La principal batería estaba a cargo del duque de Witemberg, y la línea entre una y otra ribera de la Esquelda, al del mariscal de campo Evansé, guardada de ingleses. Contra ésta hizo una vigorosa surtida el barón de Capri; pasó a cuchillo dos regimientos ingleses e hizo prisioneros a Evansé y al coronel Griveo. En el mismo día quiso hacer otra, pero fue con mucha pérdida rechazado.

Los sitiadores rindieron el castillo que llaman Rojo que está sobre el canal de Sas, de Gante, y esto quitó al barón de Capri la esperanza de resistirse, y pidió capitulación el día 4 de enero; obtúvola con todos los honores militares, y entraron los holandeses en la plaza; también ocuparon a Brujas y Plasental, dejadas del presidio francés; con eso se dio cuarteles de invierno en la Mosa a los alemanes.

El príncipe Eugenio y Malburgh, llenos de glorias y triunfos, pasaron a La Haya, más para estorbar la paz que para promoverla, porque no sólo les importaba proseguir la guerra, sino que les inspiraba su soberbia nuevas victorias, más remotas de lo que los lisonjeaba su esperanza. Ninguno de los aliados quería la paz, con la ambición de nuevos progresos. El Rey Cristianísimo tampoco la quería, ni asintió jamás interiormente a ella; pero para engañar a los enemigos y librarse de las continuas persuasiones de muchos de sus áulicos, fingía quererla. Este secreto a nadie le reveló sino a su hijo el Delfín y al Rey Católico, previniéndoles que venían todas las apariencias de paz y de desamparar la España, pero que proseguiría la guerra.

Después que, también engañado el conde de Bergueick, aseguró a los holandeses que quería el Rey Cristianísimo la paz, permitieron éstos que el presidente Rouler, francés, fuese al Haya a tratarla. Pidió preliminares, y se los dieron los holandeses tan soberbios e impracticables, que pareciéndole a Rouler aun indecoroso el leerlos y ponerlos en noticia de su amo, pidió otro ministro, y se le envió al marqués de Torsy, secretario del Despacho Universal del Rey. Vio éste preliminares tan altaneros y fuera de la razón, que conoció que no querían los holandeses la paz, y así lo escribió a su corte. Querían éstos una paz particular, ventajosa a sus intereses y hecha traidoramente; y no atreviéndose a explicar, por miedo de los ingleses, dieron unas proposiciones que ya sabían no había de admitirlas la Francia.

El Rey, con la siniestra intención que hemos dicho, dio libertad a sus ministros de firmar los preliminares, reservándose a ratificarlos en término de un mes. Esto no lo creían y lo veían los aliados; pero estaban tan ciegos de su fortuna, que al fin se persuadieron a que la trataba sinceramente el Rey Cristianísimo, cansado de tantas pérdidas y ya agotados los tesoros de la Francia. Antonio Heinsio, gran pensionario, estaba enteramente subordinado al Emperador y a la reina Ana, y así todo se formó a gusto de las cortes de Viena y Londres. Para que se conozca la soberbia inmoderada de ánimo de los aliados, pondremos un resumen de los artículos preliminares, que fueron cuarenta:

I. Que no se dejaría precaución, medio ni disposición alguna para hacer eterna e inmutable la paz.

II. Que había de ser sobre los presentes preliminares, y no sobre otros, sin añadir ni quitar.

III. Había de reconocer el rey de Francia a Carlos de Austria por Rey Católico y dueño de todos los reinos de la Monarquía española, en virtud del testamento del rey Felipe IV, exceptuando lo que estaba ofrecido a los portugueses, holandeses y duque de Saboya, observando perpetuamente la Francia, en cuanto a la sucesión, todas las cláusulas del dicho testamento.

IV. Había de entregar por sus manos el Rey Cristianísimo la Sicilia al rey Carlos, y que dentro de setenta días, que habían de empezar a contarse desde primero de julio, había de salir de España Felipe de Borbón, duque de Anjou, con su mujer e hijos y los que le quisiesen seguir; y pasando este plazo, que había de tomar las armas el rey de Francia, junto con los aliados, para obligarle a dejar la España.

V. Había de llamar sus tropas la Francia de cualquier parte de los dominios de España en que estuviesen, dando palabra real de no socorrer a su nieto con armas ni con dinero.

VI. Habían de ceder los Borbones para siempre los derechos a la Monarquía española, reconociendo por legítimos herederos a los austríacos y su Casa, proclamando ahora a Carlos III como verdadero sucesor de Carlos II.

VII. Se habían de abstener del comercio de las Indias los franceses.

VIII. Se había de entregar al Emperador a Strasburg y Keli.

IX. Que por el artículo de la paz de Riswick se había de entregar también al César a Brisac.

X. Que había de pasar la Alsacia el Cristianísimo, no violados los privilegios del Imperio, restituyendo las plazas al estado en que estaban antes de la irrupción de los franceses, menos Landau, que se había de entregar al Emperador.

XI. En virtud de la paz de Westfalia se habían de demoler las fortificaciones del Rhin, desde Balesia a Philipsburg, Huningen, Nuevo Brisac y Castel-Luis.

XII. Se había de dar al príncipe de Hesse Casel a Rinsfelt.

XIII. Se había de reservar a la paz general la ejecución del tratado de Westfalia, en virtud del artículo IV de la paz de Riswick.

XIV. Había de reconocer el rey de Francia por reina de Inglaterra a Ana Stuarda.

XV. Había de reconocer por sucesores a la Gran Bretaña a los que había declarado el Parlamento, y la primera de ellos a Sofía Hannoveriana.

XVI. Se había de restituir a los ingleses en las Indias a Terranova, y a los franceses cuanto allí se les había quitado.

XVII. Se había de demoler a Dunquerque y cegar su puerto en espacio de cuatro meses; y en el de dos, concluirse la mitad de la obra.

XVIII. Se había de sacar de la Francia al príncipe de Gales, Jacobo, y no se le habían de dar auxilios contra la Inglaterra.

XIX. Sobre el comercio se habían de establecer las leyes de la paz.

XX. No había de oponerse el Cristianísimo a los aumentos de la Corona de Portugal, como se convino con ella.

XXI. Había de reconocer la Francia por rey de Prusia al marqués de Brandemburg, a quien se debían entregar el principado de Neuphastel y el condado de Valenguein.

XXII. Se darían a los holandeses Turnes, Frabrach, Heno, Meminga, Ipré, Warneton, Comines, Worvich y Pomperenfen con sus confines, reservando a los franceses a Casel, Lilla, Tornay, Condé, Maubergh, menos Duay, señalando a los holandeses de la Flandes española la barrera, como se lee en los pactos de la Grande Alianza y en el artículo duodécimo de la paz de Munster; y más se les concedería la Güeldria superior.

XXIII. Se restituiría a la Monarquía de España cuanto en Flandes han usurpado los franceses.

XXIV. No se sacaría de las plazas la artillería, cuando se entreguen.

XXV. En el comercio, las aduanas se debían computar como se estableció en la paz de Riswick.

XXVI. Había de reconocer la Francia nuevo elector del Imperio al duque de Hannover.

XXVII. Se le habían de restituir sus Estados al duque de Saboya.

XXVIII. Se daría al duque de Saboya a Exeles, Fenestellas, Chaumont, el valle de Pragellen y lo que está de parte más allá del monte de Ginebra, por barrera.

XXIX. Se definirían en el Congreso las razones del duque de Baviera y elector de Colonia, quedando al Palatino el Alto Palatinado y el condado de Chamensi, confirmando a Donavert los privilegios imperiales, y pudiendo el César presidiar a Huit, Bona y Lieja.

XXX. El cuidado de observar estos preliminares sería en todos recíproco.

XXXI. No se romperían las treguas por proposición alguna de los aliados, y sólo se había de discurrir.

XXXII. El César y sus cuatro círculos confederados, como también los prusianos, portugueses y saboyanos, podrán proponer lo que quisieren en el Congreso.

XXXIII. En dos meses se ha de establecer la paz general.

XXXIV. Habría tregua general, dándose ejecución a estos artículos.

XXXV. El rey de Francia, luego que confirmase estos artículos, entregaría a Namur, Charleroy y Mons a 15 de junio; a Luxemburg, Condé, Tornay y Maulberg, antes de mediado de julio; a Neoport, Fuernes, Quesno e Iprés, antes de dos meses; demolería a Dunquerque y empezaría a cegar el puerto.

XXXVI. Ofrecerá al Cristianísimo observar religiosamente lo ofrecido.

XXXVII. Cedida al rey Carlos toda la España, se entenderá la tregua hasta la paz general.

XXXVIII. No se contará gasto alguno en evacuar las plazas.

XXXIX. Se confirmarán los preliminares antes del día 15 de junio, y el Emperador antes del día 30.

XL. Será el Congreso en El Haya, y empezará a 15 de junio.

Estos soberbios y arrogantes preliminares, firmados en 28 de mayo, por parte del César, del príncipe Eugenio y Felipe Luis, conde de Sincerdorf; por la reina Ana, el duque de Malburgh y Fousenden; y por los holandeses De Werderen, el barón de Renden, Heinsio, el señor de Lier Gorlinga, Stersum, Vichers Buis, Ovardendisen, presentó al rey de Francia por su mano el marqués de Torsy; y aunque concibió la mayor ira el Rey, como le importaba disimular y tomar tiempo, dijo *que no los firmaría como estaban, y que explicasen el capítulo IV, sobre tomar armas contra su nieto, el Rey Católico, lo que jamás haría; sí que le desampararía y sacaría de España las tropas. Que quitasen el dicho artículo y que se disputaría sobre los demás*.

Esta respuesta se leyó en Holanda, y replicaron que si la Francia descansaba de la guerra dejándola a los aliados, volvería a ella con más tesón y que socorrería secretamente al nieto reformando tropas que fuesen a servirle.

Enteramente discordes los ánimos, se rompió este tratado, y como la soberbia de los holandeses se había hecho en la Europa odiosa, publicaron éstos las razones que tenían para haber formado aquellos preliminares, y el Rey Cristianísimo de no admitirlos. En secreto trataban todavía algunos holandeses con el conde de Bergueick, y ofrecieron la Sicilia y la Cerdeña al rey Felipe, para que no volviese a una vida privada. Esto fue mal oído de Luis XIV, y aun los franceses que adherían al duque de Borgoña llevaban mal tan injustos preliminares, que irritaron más al Rey y al Delfín, y juraron proseguir la guerra hasta el extremo.

No ignoraba esto el Rey Católico, y viendo que su abuelo convenía en desampararle, desconfió enteramente de la Francia y de Amelot, temiendo que con sus dictámenes perdiese la España, y así adhirió el Rey más a los consejos de los españoles, y determinó sacar todos los franceses de sus dominios, asistiendo a esto la Reina y la camarera, que para empezar a reconciliarse con los españoles hacía grandes agasajos al duque de Medinaceli, y le quiso hacer del Consejo del Gabinete del Rey, lo que rehusó si no salía de España Amelot. La camarera, que temía caer con los franceses, tomó abiertamente el partido de los españoles, atenta a su seguridad.

Los pueblos, ayudados de las sugestiones de los parciales austríacos, flaqueaban ya en la constancia de defender al Rey, viendo que no le querían dejar parte de la Corona y que le desampararía la Francia, juzgando por imposible que sola la España se pudiese defender de tan poderosos enemigos. Por esto, y por acallar las insolencias de muchos, le fue preciso al rey Felipe nombrar por sus plenipotenciarios al duque de Alba y al conde de Bergueick, aun sabiendo que no serían en el Congreso de La Haya admitidos, pues tampoco el rey Carlos los tenía.

Con esta demostración respiraron los españoles, menos informados, viendo que se trataba al Rey como tal entre los aliados. Más alientos les dio el saber habían ya vuelto a París el marqués de Torsy y el presidente Rouler.

* * *

El tratado de la desvanecida paz inflamó los ánimos, y se determinó entre los aliados el sitio de Tornay, del cual se encargó Malburgh. El delfín de Francia, porque no fuese a Flandes su hijo el duque de Borgoña, a acabarla de perder, se la reservó a sí, y se publicó que con el mariscal de Harcourt iría el duque al Rhin por mantener su decoro; con esto, el Delfín cedió el mando del ejército de Flandes al mariscal de Villars, hombre de honra y ardimiento, y contrario a las máximas del duque de Borgoña, que ya entendía la constancia de su abuelo y del padre, y no podía poner en ejecución sus ideas. No pensó el Rey enviarle a la Alsacia, sino dejar correr la voz, porque permanecían en París ingratos rumores contra ella, fomentados del duque de Vandoma. El ejército de Villars se componía de cien mil hombres; tuvo orden de no venir sino forzado o en favorable oportunidad a batalla, porque había determinado el Cristianísimo ir poco a poco perdiendo la Flandes, y consumir a gastos los enemigos, aguardando el beneficio del tiempo, si abría favorable resquicio a una decente paz.

Bajo la mano de los generales Fagel, Scolembourg y Lothum, abrió las trincheras Malburgh a 8 de julio contra Tornay; era gobernador de la plaza el marqués de Survill, y por la puerta de Lilla hizo una valiente salida, costosa a los sitiadores. El día 12 se empezó a batir. Como el mariscal de Villars había sorprendido a Warneron, guarnecieron los aliados mejor a Comines y Puente Rojo. Pidió Villars permiso al Rey para socorrer a Tornay, mas no se le concedió. A los 21 hizo otra surtida el gobernador; penetró la línea, deshizo las trincheras y quedaron muertos muchos. El general Witers, inglés, que las defendía, quedó mortalmente herido.

No hacían gran efecto las baterías, por no estar bien puestas, habiendo faltado el ingeniero mayor, Roque, a quien una bala de cañón de la plaza quitó ambos muslos. Hicieron los sitiadores una mina contra las obras exteriores; pero tan mal dispuesta, que retrocedió el fuego al dispararla y levantó parte de las trincheras, volando treinta cañones y muchos sacos de municiones; con todo eso, dieron asalto al camino encubierto y le ocuparon; fueron rechazados, pero con nuevo acometimiento vencieron, y entraron después por la puerta que llaman de Maruya. Estaba ésta libre de los mayores baluartes, pero uno que hería por un lado los echó de aquel paraje; levantaron los sitiados un trincherón a la puerta que llaman de Valencienas, y aun no osaban los enemigos asaltar el foso, porque estaba todo minado, y no lo ignoraban.

Dieron el tercer asalto por la puerta de Siete Fuentes, y al segundo acometimiento ocuparon el foso, alojados con gran trabajo en un ángulo, porque el gobernador disputaba con denuedo y arte cualquier palmo de tierra. No sabía que le estaba prohibido a Villars socorrerle, y así daba tiempo a que lo pudiese hacer con todo eso, el ejército francés hacía

inciertas marchas, para cansar más a los contrarios. Destacó al marqués de Nangis y tomó la abadía de Hasnon, donde se habían fortificado trescientos ingleses que pasó a cuchillo; pero murió el sobrino del general Albergoti, que hizo costosa la empresa, por ser joven de altas esperanzas. Acercóse después a Condé, y entrando en aprensión el príncipe Eugenio, se movió con sus tropas para socorrer a Malburgh.

El día 26 asaltaron los ingleses al camino encubierto y vencieron; ya alojados, acometieron a las fortificaciones exteriores inmediatas a la muralla y las ganaron. Ya libres de todos los baluartes, descansaron todo el día, y al anochecer atacaron la obra coronada. Aquí se disputó sangrientamente el fatal lindar, y aunque ya le habían ocupado, se echaron con tal furia sobre los enemigos los franceses, que ya estaban casi desalojados, si con presteza y brío no los socorriese el duque de Argille, inglés, con una manga de soldados que estaban de reserva. Luego, reintegrados los sitiadores, bajaron al foso cuando ya tenía tres brechas la muralla, que era el último recinto de la plaza.

Los ciudadanos rogaban al gobernador la rendición, que se pactó a 24 con todos los honores militares, y los mismos artículos en que se convino en Lilla. Quedaba que ganar el castillo, a donde se retiró parte del presidio, y sin dilación se plantaron contra él las baterías. Era su gobernador el señor de Megrin, y tenía tres mil y quinientos presidiarios. Este sitio empezó a los primeros días del mes de agosto; hizo una salida el gobernador Survill, y deshizo las labores; pero fueron muy presto reparadas. Después de varias y sangrientas disputas, ocuparon los ingleses el primer labio del foso, e intimaron a la plaza la rendición con modo el más arrogante, y de no dar cuartel si no aceptaban los artículos que proponían.

Pidieron los sitiados tiempo para consultarlos al Rey, que los despreció, ordenando que le defendiesen hasta el último extremo, aunque pereciese toda la guarnición obedeciéronle puntualmente y se hizo una heroica defensa con muchas y bien ordenadas salidas; pero la constancia y valor de los sitiadores lo vencía todo. Hicieron los sitiados una mina debajo del alojamiento de sus enemigos, que la ignoraron hasta que la llama los avisó del peligro; volaron gran multitud de cuerpos de míseros ingleses por el aire, y se llenó de horror todo aquel sitio, de género que pidió Malburgh una tregua para enterrar los cadáveres, y se le concedió por cuatro horas. Tenían felicidad en hacer las minas los del castillo, porque volaron muchas, con ruina de los sitiadores, de género que las trincheras que mandaba el general Lothum retrocedieron cuarenta pasos; pero ni aun todo esto bastaba, si no hubiese determinado Malburgh el contraminar, de que resultó el haber tenido los minadores varios encuentros en las entrañas de la tierra, como si las quisiese la ira de los hombres penetrar. No querían los granaderos alemanes entrar a proteger la mina, si el oro de Inglaterra no lo allanase; en fin, en toda la guerra no habían encontrado los aliados sitio más arduo, y aunque miraba distante la victoria Malburgh, determinó no desistir de la empresa.

Envió más gente el príncipe Eugenio, y vino a ver el sitio o consultar qué se debía hacer, habiendo el mariscal de Villars fortificado las líneas de la Scarpa; se determinó que el príncipe Eugenio pusiese su ejército en Orquies, levantando trinchera para que no pudiesen los franceses dar la batalla hasta que se ganase la ciudadela.

Faltábales a los sitiados víveres, por engaño de Chiamillar, aun cuando creía el Rey que les sobrarían, y por eso se vio el gobernador obligado a pedir capitulación el día 30 de agosto. No quería dar el inglés libertad al presidio, y se volvió a las hostilidades; pero ya se daba por onzas el pan al soldado, que deseaba ser vencido para huir el hambre. Dio el sitiador el asalto al camino encubierto; fue dos veces rechazado, pero venció a la tercera. El día 3 de septiembre pidió capitulación Surville, y salió con la guarnición prisionera de guerra, aún más presto de lo que el Rey quisiera, porque sólo iba ganando tiempo.

Con nuevo designio, los aliados pasaron la Esquelda; el modo de las marchas significaba querer sitiar a Mons o Charleroy. El mariscal de Villars se acampó en Montplaquet, y porque estaban en mejor paraje y ya a la vista los alemanes, escogió por antemural un bosque, donde formó la infantería, y levantó un trincherón de maderos junto a un natural foso que partía el bosque; puso a los lados la caballería, y el día 10 de octubre dispuso los cañones con mayor felicidad que los de sus enemigos, que hacían poco efecto contra el bosque. Desde este día estaban los ejércitos sobre las armas Regía el príncipe Eugenio el centro; la derecha, el duque de Malburgh, y el príncipe de Nasao, la izquierda. Toda la caballería estaba a cargo del príncipe Hesse Casel, pero en la retaguardia, porque Eugenio había determinado empezar la batalla con los infantes. Los franceses separaron mucho las dos alas: la derecha la mandaba el mariscal de Bouflers, en la selva que llaman de Sansart, y la siniestra, Villars de Biaugies; pero acudía también al centro. Puso en la izquierda la mayor fuerza, porque vio que con Malburgh estaban los ingleses, prusianos y irlandeses, con la infantería más escogida.

No por eso dejaban Villars y Eugenio de correr todo el campo, y había éste formado un cuerpo de reserva de los presidios, que mandó sacar de las plazas. Veinte mil hombres más tenían los aliados, porque los franceses sólo eran noventa mil. Todo el día 10 jugó el cañón, aunque no con mucho estrago, y se prohibieron por una y otra parte las escaramuzas, para que no se diese intempestivamente la batalla. A ella quiso concurrir el rey Jacobo de Inglaterra, y aunque algo aquejado de unas leves calenturas, se presentó a Villars de aventurero, con el título de caballero de Son Jorge, para ostentar su valor a vista de los ingleses. Estaban tan cerca las centinelas y las guardias avanzadas, que se hablaban, no sin jocosidad y arrogancia.

Estando ya para ponerse el sol el día 11, con los cañones hizo la señal de la batalla el príncipe Eugenio. Luego se dejó caer sobre el ala derecha de los franceses el príncipe de Nasao, con la infantería y gran número de granaderos; recibióle con esfuerzo Bouflers, y le rechazó del bosque muchas veces, porque tenía la ventaja de la caballería, y los aliados habían de romper la trinchera de los troncos con los infantes, obra de gran valor y del más glorioso atrevimiento. Se combatió con bizarría por ambas partes; no se peleaba con menos en la que mandaba Malburgh y defendía Villars, a quien acometieron por los lados; a la derecha, el general Scolembourg, y por la izquierda, Lothum, por donde no había caballería, porque toda la de su ala la tenía Villars a su mano derecha, que era la que cerraba el bosque. Scolembourg formó estrechas filas, las cuales sólo usaban de la bayoneta, con arte pocas veces visto, porque no podía hacer impresión la caballería, que mandó Villars pasase a socorrerle.

Aquí, a los primeros asaltos perdieron los alemanes gran gente, y de la más esforzada. Se defendía el francés con denuedo, partidas en dos frentes sus tropas; y aunque peleaban

ambos centros, era preciso, para romper la trinchera, vencer el ala derecha de Bouflers, porque ésta también, acercándose al centro, le defendía; al cual gobernaban el rey de Inglaterra y el señor de Artañán. Ni aún por la parte a él más vecina dejaba Villars de cuidarle, porque ya habían los enemigos que impugnaban su mano derecha retrocedido, y aún estaba deshecha la primera línea de Scolembourg, la cual procuraba reparar con la segunda el príncipe Eugenio, y sustentaba la batalla vigorosamente, no pudiendo adelantarse porque toda la mayor fuerza la tenía consigo Malburgh contra Bouflers, sin que en dos horas pudiese ganar terreno. Para proseguir a deshacer la derecha de los enemigos, sacó Villars del centro veinte mil hombres, y se enardeció la batalla porque Eugenio, más estrechamente formado, resistía el ímpetu de los franceses, y de género estaba ya inclinada la derecha de los aliados, que Villars tomó muchas banderas y estandartes. Entonces acudió a ella Malburgh y el príncipe de Tilly.

Viendo el príncipe de Hesse Casel que casi toda la guerra se había pasado a un lado, atacó con toda su escogida caballería la frente del centro de los franceses, donde estaban sustentando la pelea con el mayor valor el mariscal de Bouflers y el rey Jacobo. Añadiósele a Hesse Casel el conde Westfrisia con nuevas tropas, y rompiendo las primeras dificultades de la frente del centro, deshaciendo la trinchera y arruinándola, principalmente a la siniestra del centro, sobre donde cargó lo restante de la caballería enemiga, que aún no había peleado. Acudió allá el señor de Artañán, que hizo maravillas, y le mataron sucesivamente tres caballos que montaba, pero las balas del fusil sólo le pasaron el vestido. Pasó Eugenio con prontitud al centro, porque por la izquierda ya habían los alemanes roto la entrada de la selva, y retrocedido la primer línea de los franceses.

También acudió allí Villars, dando con muchos batallones vuelta por la derecha, y con esto hería a la caballería enemiga por un lado, y la puso en confusión, pero no pudo vencerla, y para hacerlo se internó tanto, que fue herido de un pistoletazo en una rodilla, que con el ardor del combate lo despreció, esforzándose para que no se reparase la primer línea de los enemigos, ni se rompiese la segunda de su centro, y acudiendo a todas partes iba derramando copiosa sangre. El príncipe Eugenio fue herido también en una mejilla levemente, y prosiguió a sostener a Hesse Casel y Nasao, que todo el tiempo del combate estuvieron valerosamente peleando. Tanta sangre vertió por su herida Villars, que cayó desmayado y le creyeron difunto. Esta voz se esparció en ambos campos, aunque los que le retiraron aseguraban que vivía.

Esto desalentó a los franceses, y se esforzó Malburgh a reparar la primera línea de los alemanes, que había flaqueado; y tanto trabajó, que la volvió a ordenar y arrojarla sobre la izquierda enemiga, adonde corrió Bouflers cuando creyó que había muerto Villars, porque por esta parte aún había vislumbres de esperanza de vencer, aunque ya todo el trincherón estaba abierto y se peleaba en el llano más allá de la selva, porque habían hecho retroceder los alemanes a los franceses y podía jugar mejor aquella caballería que con ferocidad iba destrozando a la infantería enemiga; pero ésta sufría el estrago sin desordenarse, buscando a su caballería para que la protegiese. Para reparar la ruina, asaltó tres veces a los contrarios con escogidas tropas Bouflers, y otras tantas fue rechazado. Ayudábale con imponderable arrojo el rey Jacobo, y quedó herido en un brazo.

Las guardias del Rey Cristianísimo hicieron prodigios sustentando la ya perdida batalla, para que no volviesen los franceses la espalda, ya que iban perdiendo el campo; pero quedaron, estos regimientos de guardias destruidos, y sobraron pocos al furor de la guerra, cada instante más encendida, pues aunque habían perdido los franceses mucho terreno, todo el ejército peleaba, hasta que el príncipe Eugenio trajo a la batalla los treinta mil hombres que tenía de reserva, los cuales entraron de refresco contra los que ya había siete horas que estaban peleando, y no tenían jefe, aunque servía de tal el mariscal de Bouflers.

Con todo el reciente ímpetu de los que nuevamente entraron, aún sostenían la acción los franceses con más brío, cuando ya estaban vencidos, retrocediendo sin volver la espalda. Viendo esto Bouflers, tocó a retirada sin que dejasen de combatir estrechando las líneas, no sólo para que se evitase la ruina, si se volvía la espalda, sino también para hacer gloriosa cuanto era posible la desgracia. Todo el ejército de los enemigos cargaba victorioso para deshacer al de los franceses; pero no pudieron conseguir más que sacarlos del campo, porque el rey de Inglaterra, Bouflers, Artañán y Albergoti, con los demás oficiales, ceñían el ejército que retrocedía y le mantenían ordenado, para prohibir la fuga; y se reparó que, al retirarse, cerraban el último escuadrón el rey de Inglaterra y Bouflers.

Ya fuera del marcado campo los franceses, viendo el príncipe Eugenio que se desordenaban los suyos, queriéndolos seguir, siendo imposible deshacerlos, mandó hacer alto a su ejército para gozar plenamente de la victoria sin nuevos riesgos. No tomó más prisioneros que los mortalmente heridos, que a casi todos libró de la prisión la muerte; ganó el campo el tren de artillería, algunos carros de municiones y nueve banderas. Le costó la victoria mucha más gente de la que perdieron los vencidos, porque la trinchera del bosque no se ganó sin gran dispendio de sangre.

Algunos regimientos alemanes, que no oyeron la voz del príncipe Eugenio, o para distinguirse más, siguieron a los franceses hasta la llanura de Babayen, pero con solas voces y algazara, porque no se atrevieron a atacarlos. Bouflers retiró la caballería a Valencienas, y la infantería a Kesnoy.

Esta es la célebre y sangrienta batalla de Malparaquet, en que tan gloriosos quedaron el príncipe Eugenio y el duque de Malburgh. No lo quedó menos Villars, que cuando volvió del desmayo preguntó si se había acabado de ganar la batalla; y al saber se había perdido, dijo: *Yo medio ganada la dejé*. Quedaron muertos en el campo más de treinta y tres mil hombres entre una y otra parte, y se retiraron más de quince mil heridos.

Luego se acampó el mariscal de Bouflers en Keurán, para observar a los enemigos que por fruto de su victoria intentaban sitiar a Mons. Enfermó de unas calenturas, y le sucedió en el mando del ejército Artañán, que era nuevamente creado mariscal de Francia en premio del valor y arte con que se había portado en la precedente batalla. El Rey Cristianísimo mandó añadir al ejército las guarniciones de Iprés, Dunquerque y las plazas vecinas al mar, que fueron veinte y cinco batallones. Añadieron al presidio de Mons dos mil hombres. Era su gobernador el marqués de Ceba Grimaldo, y hallábanse también en la plaza el barón Malknegr y el conde de Bergueick, ministro de Hacienda del Rey Católico.

El día 24 de octubre fue embestida de los enemigos, que estaban acampados en el molino del bosque. Mandaban el sitio los generales Pletendorff, Ranzau y Donna, y gobernaba la caballería Scolembourg. La noche del día 25 se abrió trinchera contra la puerta de Battamont, y desde allí se tiró una paralela de quinientos y ochenta pasos y una línea de comunicación a la villa de Hyon. También se levantó otra trinchera en Havré, y el ingeniero Boufey meditó una paralela igual al declive del muro.

El día 26 hizo la plaza una salida, destruyó el regimiento de Hily y los trabajos hechos. Socorrió con presteza el príncipe Albregth, e hizo retirar a los franceses después de una no breve disputa, en la cual quedó herido el conde de Cadogan. Prosiguió la trinchera contra Havré, y a la izquierda dio una paralela de ciento y cincuenta pasos; perficionada ya la comunicación, plantóse la artillería en el collado contra una media luna y una retirada que tenía detrás. La noche del día 28 se tiró una línea en la trinchera de Berramont, desde la primera paralela, detrás de la calzada, a la cruz; se puso con gran trabajo la artillería a espaldas de la paralela, porque el terreno era peña. La noche del día 29 se construyó otra de cuatrocientos y cincuenta pasos, desde la cruz a la calzada hacia la declividad del labio del foso de la media luna; allí se plantaron ocho morteros, y cuarenta cañones de dieciocho se pusieron sobre el monte, y otros contra los molinos de San Pedro. Habían inundado la campaña los sitiados, y no podían sin gran trabajo divertir el agua los sitiadores, porque también era lluvioso todo el otoño, pero todo lo vencía la constancia y el empeño.

Asaltaron el ángulo que salía del foso de un hornabeque y se alojaron; aquí padecieron mucho los holandeses a quienes tocó la acción, por los grandes fuegos de la plaza, hasta que se cubrieron. Luego dieron el asalto al camino encubierto de Havré y fueron los franceses vencidos, aunque después de bien disputado el paraje. La propia suerte tuvieron en el foso de Bertamont; la más sangrienta acción fue al otro camino encubierto de Havré, que les costó mucho a los holandeses y fueron dos veces rechazados. Para el asalto de Bertamont vinieron el duque de Malburgh y el príncipe de Nasao; su presencia inflamó los ánimos, y se alojaron a la izquierda del baluarte de la media luna. Después era menester ocupar el otro labio del foso que habían los enemigos minado, y así fue preciso quitar antes la comunicación de los baluartes y batir la cortina. Ya abierta la brecha, hizo la plaza llamada; diose honradas capitulaciones, y salió la guarnición libre. Así cayó Mons, siempre más próspera la fortuna de los coligados.

Inquiriendo el desorden de la suya el Rey Cristianísimo, a persuasiones del Delfín halló el engaño en que le tenía enredado Chiamillar, porque decía estaban abastecidas las plazas y no daba exacta cuenta de los caudales, porque quedaba deudor de ocho millones de libras tornesas. Era grave el cargo. Dijo la señora de Maitenon que ella le había tomado, y podía tanto en el ánimo del Rey, que se exoneró de este cargo Chiamillar, pero con privación del empleo y destierro de la corte. La reverencia al padre imponía silencio al Delfín y a los pueblos, irritados contra este ministro.

* * *

Nunca la fortuna movió tan diversas guerras contra príncipe alguno como las que suscitó contra el rey Felipe, porque toda la desunión del aula de París y de Madrid era guerra que no podían en ella quedar vencedoras las armas, porque su ira o lentitud se concibe en la

corte y se ejecuta en la campaña, adonde trasciende todo el desorden de los palacios. Esto se experimentaba en Flandes, y no menos en Cataluña, donde la desunión de las tropas del conde de Aguilar y del mariscal de Bessons, hacía una guerra no por el Rey Católico, sino contra él.

Tenía Bessons orden de mantenerse sobre la defensiva, y por eso no podían los españoles hacer progreso alguno, porque dividido en dos jefes el ejército no había obediencia. Aprovechado de la ocasión Staremberg, y mal alojado si no pasaba el Segre, se acampó con veinte y ocho mil hombres entre Balaguer y Pons, pero invigilando los españoles sobre el río, volvió atrás esperando oportunidad. En Ribagorza pretendían los catalanes hacer alguna división, para lo cual enviaron seis regimientos veteranos que inquietasen la provincia con correrías. Don Miguel Pons, oficial de gran valor y arrojo, los atacó y deshizo en el puente de Montañán; hizo prisioneros doce oficiales y cuarenta soldados, tomó muchas banderas y escarmentó a los rebeldes paisanos, con muerte de muchos.

El día 7 de agosto mandó Staremberg acercar al Segre ocho mil hombres; pusiéronse en mayor vigilancia los españoles, y por si intentaba sorprender a Lérida, la fortificaron de nuevo y presidiaron; alguna voz corría de secreta inteligencia en esta plaza con los alemanes, pero después diremos cómo se desvaneció.

El día 8 se acampó a la orilla del río todo el ejército austríaco, con la derecha a Palau y la izquierda a Miral-Campo; después mudó los reales, y extendido en cuatro columnas, llegaba la izquierda a la ermita de Grinian, y la derecha a Villanueva. Todo era marchar incierto para engañar a los enemigos; no tenía su intención contra Lérida, pero la fingía. Movieron sus tropas el conde de Aguilar y Bessons y sólo el río separaba ambos ejércitos. Tenían los españoles la derecha a Lérida y la izquierda a Menarge. Los alemanes fingían buscar la llanura para llamar a lo inferior del río a los enemigos. No se engañó el conde Aguilar, y fue de dictamen de que todo el ejército estuviese a la vista de Balaguer; Bessons entendía lo contrario, y que se debía ocupar la llanura por si daba la batalla el ejército austríaco, para que pudiese la caballería española combatir.

No creía el conde que, aunque pasasen el río, los alemanes querrían batalla, y que si bajaban a la llanura los españoles les faltaría después tiempo para socorrer a Balaguer, pasando de repente el río los enemigos, que no era fácil estando el ejército bien acampado. Noticioso de esta discordia Staremberg, y mal guardado el río por los caballos españoles juzgando que buscaría lugar de dar batalla el alemán, por la noche pasó con la caballería el Segre junto a Balaguer, y echando dos puentes de barcas que tenía prevenido, seguía sin dilación la infantería. La luz de la mañana mostró su descuido a los españoles; avisó el conde de Aguilar a Bessons para que fuesen a atacar a los enemigos, y lo rehusó éste. Los españoles, con voces provocativas, querían obligar a los franceses a dar la batalla, sin duda al más oportuno tiempo, porque aún estaba pasando el río el alemán. Obstinóse Bessons, y no se quisieron los franceses mover. Acabó de pasar el río Staremberg y tomó a Balaguer con seiscientos prisioneros, y ya en mejor paraje se formó en batalla. Sabía no la podían los españoles dar con la desunión de los franceses; pero como si él los atacaba se defenderían, no se atrevió a esto; bastábale para gloria haber provocado a los enemigos y ganádoles mejor sitio.

Creció la discordia en el campo español; separáronse los pabellones de los franceses, y reinaba tanto la enemistad, que a traición se mataban recíprocamente los soldados. Entonces tuvo Staremberg más fortuna que atrevimiento, porque si atacara en esta desunión a los enemigos, lograra infalible la victoria.

Con un extraordinario aviso luego el conde de Aguilar al Rey Católico, diciendo que si no unía este ejército con su presencia, estaba perdido. Con la mayor celeridad pasó en posta el rey Felipe al campo el día 2 de septiembre, con la poca comitiva que le pudo seguir. Alegráronse las tropas españolas, e informado el Rey de los cargos que se hacían a Bessons, le habló en secreto. El positivo descargo que dio, se ignora; es probable le mostrase la orden de su amo de no dar batalla precisa si defendía el río. Quejóse el Rey a su abuelo; llevó las quejas con algún calor el Delfín. Calló el Rey Cristianísimo, con quien se excusó Bessons de no haber emprendido acción alguna desconfiando de los españoles, porque en el ardor de ella, en vez de disparar a los enemigos, matarían a los franceses. El Cristianísimo llamó a Bessons y todas sus tropas. El Rey Católico no debió quedar mal satisfecho de este oficial, porque antes de partir le dio el Toisón de Oro; ni con los franceses ni sin ellos podía subsistir en el campo.

Estaba el Rey Cristianísimo altamente indignado con los españoles por el odio que tenían a sus vasallos, y persistía en querer sacar todas sus tropas de España. Con grandes ruegos consiguió el Delfín que dejase por entonces doce mil hombres al sueldo del Rey Católico, que mandó con el mayor rigor se hiciesen levas por toda España. Introdujo una aparente concordia entre las dos naciones, y se acampó junto a Noguera, desde Alguaire al puente de Alfarás. No era bueno el campo ni estaba seguro el Rey, si no hubiese hecho tantos destacamentos Staremberg; porque envió gente a Cervera y a Ribagorza contra el coronel Caylus, y mucha más contra el duque de Noailles, que infestaba la provincia de Ampurias, y había aumentado sus tropas con los franceses del cargo del conde de Stain, que estaban en Aragón. Dos mil caballos alemanes se habían, con poca vigilancia, acampado no lejos de Girona, entre Palau y Santa Eugenia. Atacólos Noailles, y con facilidad los deshizo; y si no hubieran tenido pronto el refugio de Girona, hubiera sido mayor la ruina, pero murieron muchos, perdieron el bagaje y pertrechos y quedó herido y prisionero el general Frakemberg.

El día 24 de septiembre pasó el Rey el Segre por el puente de Lérida, buscando a los enemigos, que estaban bien fortificados en Balaguer. Importó aquello para restaurar la opinión del ejército, pues aún después que faltaban tantos franceses, sólo podían estar sobre la defensiva los alemanes. Viendo que no los podía obligar a una batalla, intentó quitarles los víveres y se acampó entre Fontanella y Palau, corriendo el campo don José Vallejo, y hacia Agramont, Creceda. Acercóse más a los enemigos hasta Villanueva, pero no se atrevieron a salir de las trincheras, ni el Rey las podía forzar porque eran impenetrables; por eso restituyó su campo a Lérida, y el día 2 de octubre volvió a la corte llevándose consigo al conde de Aguilar, por dar satisfacción a los franceses que servían bajo su mando, disgustados porque sólo estaban sepultados en el disimulo los odios no apagados.

El mando de estas tropas se dio al príncipe de Esterclaes, flamenco, que conformaba más con los franceses y amaba a los españoles. Éste, pasando otra vez el Segre, se acampó en Alguaire, sin que hubiese de una ni otra parte acción alguna remarcable.

El mismo día que el rey Felipe salió de la corte para el campo, la dejó el embajador Amelot y se fue a Francia; parecióle estar expuesto a algún desaire si quedaba sin el Rey; salió rico, no porque hubiese abiertamente usurpado de las rentas reales, ni de los españoles, sino por la gran negociación que se le permitía hacer en las Indias, sacando de la generosidad del Rey permisiones perjudiciales a aquel comercio. También salieron con él otros franceses, instrumentos de este negocio, y sólo quedaron los de menor importancia, y alguno en el Palacio, protegidos de la princesa Ursini.

No la pesaba a ésta la ausencia de Amelot, porque crecía su autoridad; y por conciliarse a los españoles hizo que eligiese el Rey por único ministro de todos los negocios extranjeros al duque de Medinaceli; este era, en virtud del decreto, su particular encargo; pero nada se hacía sin él, porque no sólo entraba también en el Consejo del Gabinete, sino que despachaba solo algunas veces con el Rey, el cual no se fiaba enteramente del duque y lo más secreto se reservaba a la Reina, a la princesa y al marqués de Grimaldo, a quien siempre el Rey tuvo particular inclinación. El duque de Medina afectaba amor y celo; el Rey confianza, y nada de esto había, porque el duque tenía ajeno el ánimo de los intereses del Rey, y aunque para satisfacer su vanidad se hizo de rogar para admitir el empleo, le admitió de buena gana, porque con esto agigantaba su autoridad, hacía cada día nuevos parciales y tenía más poder sobre el reino.

Todo lo entendía el Rey, pero habiéndole desamparado los franceses, era preciso valerse de los españoles; y para engañar al cuerpo de los grandes, se eligió uno de los más autorizados. Creyeron los enemigos que poner el gobierno en manos del duque había sido arte para perderle. Esto era impropio de la benignidad del Rey, cuyo sincero ánimo y cuya intrepidez no buscaría tantos rodeos si tenía que castigar. La princesa era más capaz de armarle este lazo; pero era aventurar mucho buscando un delito incierto a tiempo que combatían al Rey las mayores dificultades, porque le faltaban los socorros de Francia, y en esto mostraba tener el Rey Cristianísimo intención de la paz, con la cual se cargaba toda la fuerza de los enemigos contra la España, y no la podía defender el Rey solo. Ostentaba sus rigores a este tiempo la fortuna, afligiendo al Rey con nuevos cuidados, pues entraba por necesidad en nuevos disgustos y empeños con la corte de Roma.

Imposibilitado el Pontífice de resistir al Emperador, y perdiendo cada día algo de sus Estados, dio oídos el día 9 de febrero a las proposiciones de ajuste que envió la corte de Viena; éstas eran: que había de reformar sus tropas el Pontífice, quedándose con las que tenía antes de las nuevas levas; había de reconocer por Rey Católico y de toda la Monarquía española al rey Carlos de Austria; se le había de dar la investidura de Nápoles; se había de señalar cuarteles a quince mil alemanes en los Estados pontificios, que, para no padecer vejación, se habían de pagar cien mil escudos romanos; se había de restituir al Pontífice lo que se le había tomado, si tenía claro derecho a ello; había el fiscal regio de volver sus rentas a los eclesiásticos ausentes; en privada y amigable conferencia se había de decidir sobre Comachio; habían de proteger perpetuamente el Emperador y el rey Carlos, contra cualquier príncipe, a la Sede Apostólica.

Estos pocos ventajosos artículos vio el Papa con precisa tolerancia, y se eligió al cardenal Fabricio Pauluci para que confiriese sobre ellos con el embajador cesáreo, marqués de Prié; y lo que más embarazaba era reconocer a Carlos de Austria por Rey Católico, cuando ya estaba Felipe de Borbón reconocido y tenía muchas bulas pontificias que le

trataban como tal, siendo este título indivisible; y a esto se seguía reconocerle al rey Carlos por dueño de cuanto poseía el rey, Felipe, lo que repugnaba a la razón y a la justicia, no porque esto fue decidir, sino porque en los reinos en que Felipe dominaba no se le podían negar las bulas de los propuestos beneficios y mitras, y era notoria contrariedad reconocer dos reyes de España; en lo que se aventuraba también que ésta entregase al Pontífice la obediencia, protestando de todas sus resoluciones.

Esto ponderaba Pauluci al marqués de Prié con más bien limadas razones, y ofrecía reconocer a Carlos por Rey en abstracto, pero no con el título de Rey Católico. Los alemanes, que conocían la poca constancia del Papa en materias políticas, el temor de los romanos y sus tenues fuerzas, instaban que si luego no se hacía este reconocimiento, tenía orden el conde Daun para ir a Roma con veinte mil hombres. Nada aprovechaban las representaciones de Tessé y del duque de Uceda por la España, porque eran sólo papeles y palabras, y los alemanes mostraban la bayoneta. Los ministros del Papa daban a los españoles por excusa que estaba violentado, y por eso era nula la recognición, la cual nada le quitaba al rey Felipe, ni se le negaría el título, ya una vez dado, y las bulas en sus dominios; que no era éste el primer Pontífice que había reconocido dos reyes de Nápoles, y que era preciso ceder a la fuerza, y en secreto decían que a la tiranía, porque no debía el Pontífice exponer el Estado eclesiástico en un punto político aéreo y una cuestión sólo de nombre; que eran los españoles y su rey muy católicos para quitar por eso la obediencia a la Santa Sede, y que si tal sucediese no sería culpa de un Papa oprimido y obligado.

Apretaban por la respuesta los ministros austríacos, y la dio el Pontífice en esta forma: *Que había de reconocer genéricamente por rey a Carlos de Austria, y que se le formaría una Junta de quince cardenales para deliberar el título. Había de retener el Papa cinco mil hombres de armas, se había de dar una contribución para diez mil hombres que había de tomar cuarteles de la otra parte del Po, fuera de los Estados pontificios. Se había de hacer una Congregación que definiría sobre los Estados que son feudos de la Iglesia, Comachio, Parma, Ferrara, Plasencia y otros Estados de príncipes romanos que se pretenden feudos imperiales, y que hasta que se definiese presidiarían a Comachio los alemanes. Que había de proponer Carlos de Austria para los beneficios eclesiásticos a los sujetos dignos de los dominios que poseía, y había de anular el César los decretos hechos sobre Parma y Plasencia*.

Estas proposiciones las despreció el marqués de Prié. Lo propio sucedió en Viena. Para determinar el título del Rey, nombró el Pontífice a los cardenales Achiajoli, Carpegna, Galeazo Marascoti, Espada, Pasiantici, S. Cesáreo, Grabieli, Ferrari, Domingo Paraciani, Caprara, Carlos Agustín Fabroni, Benito Panfilio, Fulvio Astrali, Bichi y José Renato, imperial. Estos quince eran hombres sabios y prudentes, tenidos por neutrales; no se debía desconfiar de ellos, pero tampoco debía el César sujetarse a su arbitrio. Protestó el rey Felipe de nulidad de cualquier decreto que hiciesen, y presentó las protestas don José Molines, decano de la Santa Rota por España, al decano del Sacro Colegio, al vicecanciller cardenal Otabono y al cardenal Camarlengo. Hallábase el Pontífice muy embarazado, y tuvo orden el arzobispo de Damasco, nuncio de España, de ablandar el ánimo del Rey exponiendo sus razones, que todas se reducían a estar violentado y serle imposible redimirse de la vejación, sin condescender en gran parte con lo que pedían los alemanes. El Rey Católico conocía la opresión, pero había de hacer justicia a su propia

dignidad, y sin faltar a la debida veneración a la Santa Sede, tomar aquellas satisfacciones que tuviesen los teólogos por lícitas.

El Emperador estaba impaciente de las dudas del Pontífice, y mandó estrecharle con amenazas, que las proferían el conde Daun y el marqués de Prié, aun superfluas al temor del Pontífice, que rendido a él, aun cuando fingía con los ministros de España y Francia indecisión, se convino secretamente con el César, allanándose a las primeras disposiciones que le vinieron de Viena; sólo en la recognición del rey Carlos se moderó, porque le reconoció por Rey Católico en aquella parte de los dominios de España que poseía, sin perjuicio del título ya adquirido y de la posesión de los reinos que gozaba el rey Felipe.

Esta convención se hizo tan secreta, que hay quien diga que estaba ya concordada cuando se mandaron hacer en Roma rogativas para que Dios iluminase al mayor acierto. Tuvieron esta noticia los ministros españoles y franceses; y el mariscal de Tessé escribió al Pontífice dos papeles ajenos de la veneración debida a la Cabeza de la Iglesia. Por no dejar a la posteridad el pésimo ejemplo de hablar con tan irreverente libertad al Vicario de Cristo, no ponemos copia de ellos, pues siendo inseparable la altísima dignidad de Pontífice Sumo, del varón, aunque éste puede en lo político errar, no se debe violar el respeto a representación tan alta. Estos papeles sólo tuvieron aprobación entre los herejes o los poco católicos. La piedad del Rey Cristianísimo y del rey Felipe no los aprobó. El Pontífice toleró la injuria con cristiana paciencia, e hizo pública la concordia, extendida en los mismos capítulos que había propuesto el César, que tuvo compasión de no ejecutar algunos, porque no tomaron cuartel en el Estado eclesiástico tanto número de tropas ni la contribución fue tan grande.

El Rey Católico no deliberó nada antes de oír al Consejo de Estado, a los consejeros del Gabinete y a algunos ministros del Consejo Real de Castilla; y para asegurar más su conciencia, mandó que el padre Rubinet, de la Compañía de Jesús, su confesor, juntase los teólogos más acreditados, y que diesen su dictamen sobre si podía desterrar de los reinos de España al nuncio y prohibir su tribunal.

En esta última circunstancia batía toda la dificultad, porque considerándole como embajador del Pontífice ya se le había insinuado que no usase del Ministerio ni entrase en Palacio, y por dictamen del duque de Veraguas se había quitado de la capilla real el asiento destinado a los nuncios. Los teólogos, entre los cuales estaba el padre Blanco, dominicano, y el padre Ramírez, jesuita, hombres muy sabios y ejemplares, respondieron que podía el Rey quitar al Tribunal de la Nunciatura, erigido a instancia de los reyes predecesores, por comodidad de los súbditos, administrando los negocios, como antes, por el ordinario, sin que esto fuese faltar a la debida obediencia a la Santa Sede. De esta misma opinión fue el obispo de Lérida, Solís. En virtud de esto, mandó el Rey que saliese de sus dominios al nuncio, arzobispo de Damasco, con todos los ministros de la Nunciatura, prohibiendo este Tribunal, y se dieron letras circulares a todos los obispos de España, para que usasen de la misma jurisdicción que tenían antes de estar establecido.

Contra la persona del nuncio no explicó el Rey nada, y para honrarle mandó que le acompañasen hasta la raya de España cincuenta caballos y don Gaspar de Girón, su mayordomo de semana, y fuese alojado a expensas del real erario hasta que saliese de

ella. Era digno de toda esta distinción el arzobispo Zondadari, por su sangre y su virtud, y como muchos le habían teñido de la nota de desafecto, quiso el Rey, dándose por satisfecho de este ministro, explicar que no había dado crédito a estas voces, emanadas del duque de Uceda sin fundamento, y alentadas en Madrid por don Francisco Ronquillo y el duque de Veraguas, poco amigos del nuncio. Éste pasó su Tribunal a Aviñón, pretendiendo ejercer desde allí la nunciatura de España, pero fue en vano, porque por real decreto estaba prohibido acudir a ella. Quitósele el comercio con Roma, mandando no admitir más breves pontificios que los que el Rey pidiese, que se habían de conceder sin estipendio.

Se ordenó salir de aquella corte al duque de Uceda y al marqués de Monteleón; voluntariamente hizo el cardenal Francisco Judice por mostrar el afecto y la parcialidad por el Rey, y pasó a Génova, adonde se restituyó Monteleón y llegó poco después Uceda, que había sido creado plenipotenciario en Italia, padeciendo el Rey equivocación en el crédito de su fidelidad, porque el duque no la tenía. Ya lo había insinuado el Pontífice al Rey Católico, pero no fue creído. Cierto es que tenía inteligencia con los alemanes, pero lo ejecutaba con tanta reserva que tenía en España la más plausible y mejor opinión de leal. No tenía el rey Felipe en Italia más que la isla de Sicilia y los presidios de Toscana, Longón y Puerto de Hércules, y así parecía superfluo el plenipotenciario, del cual hacían alguna burla los alemanes, pero pareció alentar a los reinos de Italia con este nombramiento, que insinuaba no haberlos olvidado el rey Felipe, porque no estaban contentos bajo el yugo de los alemanes los mismos que los habían llamado, importunando al rey Felipe por su recuperación muchos magnates napolitanos, milaneses y sardos.

Por estos últimos instaban continuamente en la corte el conde del castillo, el de Montalvo y el marqués de San Felipe, que dieron un proyecto de cómo se podía recobrar el reino; fue aprobado en Madrid, y París, y ofreció el Rey Cristianísimo, si se proseguía la guerra, algunos navíos y dos mil hombres. Para mantenerle en este propósito y que se ejecutase, se envió a Francia al marqués de San Felipe, y a Córcega al conde del Castillo, porque estando más vecino a Cerdeña pudiese cultivar aquellas inteligencias. También desde Génova cultivaban las de Milán el marqués de Monteleón, y las de Nápoles el duque de Uceda, más para saber lo íntimo del secreto que para adelantar el servicio del Rey Católico. Conociéndole muchos napolitanos, no se fiaban del duque, y mantenían su correspondencia con don Juan Molines, que había quedado con su empleo de auditor de la Rota en Roma, y era hombre seguro, eficaz y del más constante afecto al Rey de España. Entró éste en nuevos empeños, porque ya reconocido Carlos de Austria por Rey Católico en Roma, envió por su embajador al príncipe de Avelino, napolitano, cuyos primeros pasos fueron pretender la casa que para sus embajadores tiene en Roma el Rey de España, que la defendió, pasándose a ella con gente armada don José Molines, y para sostener el empeño se le enviaron de Longón doscientos oficiales.

* * *

No cesaba en París el duque de Orleáns de procurar descomponer con aquella corte a la princesa Ursini, porque esperaba volver a España si salía de aquella. Deseaba ardentísimamente el imperio de aquellas tropas, y mucho más después que había vuelto a París Amelot, dando por pretexto que sólo él era capaz de unir las dos naciones, por tener en España tantos parciales de la primera nobleza y de los más distinguidos oficiales en las tropas. No se le ocultaba esto a la princesa, que tenía el favor de la señora de Maitenon y conservaba secreta inteligencia con Amelot. Esta era otra guerra en que padecían ambas cortes, pues nada cansa más a los reyes que instarles con sofísticas razones lo que es de su desagrado, porque, como los más quieren hacer siempre lo mejor, temen ser de su propia voluntad engañados.

La princesa, para defenderse de esta persecución, inquiría mucho sobre los pasos y operaciones de los que imaginaba más adheridos al duque de Orleáns en España, que no eran muchos, pero su aprensión abultaba el número; creía que había dejado espías en la corte y en el ejército, y no se engañaba. Solicitaba con cuidado ocasiones para malquistarle más con el Rey, y, sobre todo, le daban cuidado un secretario y un ayudante real, que había dejado el duque en Lérida, llamados Flot y Reno, franceses, para lo cual mandó al gobernador de la plaza, conde de Luviñe, que vigilase en ellos. Esta prevención, o la natural advertencia del gobernador, que era hombre fidelísimo y puntual, hizo reparar que aquellos dos franceses salían frecuentemente de noche de la plaza y les puso espías para que los siguiesen; averiguó que iban al campo enemigo y al pabellón de Diego Stanop, general inglés; avisó de esta novedad a la princesa, y el Rey no quiso se prendiesen por entonces, sino que se estuviese a la mira, para que no pudiesen salir de España; pero queriéndolo éstos ejecutar, fueron presos y tomados sus papeles. Uno se cogió en el viaje, que se encaminaba a Bayona; lleváronlos al castillo de Pamplona, y en sus escrituras se hallaron muchas cartas en cifra que les escribía el duque de Orleáns, y otras respuestas de Stanop. De las cifras se halló la llave, y se pudo poner en claro que el duque, viendo como inefable y necesaria la paz del Cristianísimo con los aliados, y que desampararía al rey Felipe para obligarle a dejar el Trono, había ofrecido a los ingleses el entregarles las plazas de Lérida y Tortosa y el castillo de Pamplona; y como suponía que había de tener el mando de las tropas de España, prometía perder con arte tan enteramente una batalla, que no le quedasen al Rey tropas con que subsistir, de género que se vería obligado a restituirse a Francia, y que él se levantaría con las que quedasen, salvando los regimientos y jefes que tenía a su devoción; y que ocupando la parte más principal de España, la entregaría a los ingleses, que, ayudados de las tropas austríacas, la poseerían toda; pero que al duque se le daría el reino de Valencia y Navarra, con Murcia y Cartagena, reconociéndole por rey, para que él cediese a la Casa de Austria los derechos que tenía a la Corona de España, después de la línea del rey Felipe, advirtiendo que este tratado no quería tenerle con otro, sino con los ingleses.

Esta era la idea del duque, admitida de los ingleses con engaño, porque no le cumplirían la palabra ni convenía a su sistema dejar en la España un rey de la Casa de Borbón, el cual, que se llamase Felipe o Luis, era cuestión de nombre. Tenía entablado este tratado antes de salir de España, y para que creyesen fácil lo que ofrecía, dio una nota de sus parciales; puso en ella no sólo muchos cabos militares sino aún a los primeros magnates. Esta memoria no se halló en los papeles que se cogieron; pero el contexto de las respuestas de Stanop la suponía. Como fue obligado a salir de España, continuó este

negocio por manos de Flot y Renó. Un clérigo catalán que iba y volvía a Lérida al campo enemigo y traía las cartas fue también preso.

Cuando los ingleses vieron salir de España al duque, desconfiaron de que pudiese cumplir lo ofrecido, porque mandaba las tropas el conde de Aguilar, hombre fidelísimo, de la más ilustre sangre española, e incapaz de tal infamia. Después las mandaba Sterclaes, sujeto de semejantes circunstancias, y así se enfrió Stanop en este negocio; viendo lo cual, y discurriendo la causa, quería el duque volver a España a mandar sus tropas y ejecutar su designio. Los presos en el castillo de Pamplona lo confesaron todo de plano; pero que estaban engañados, porque el duque les decía era de orden y consentimiento del Rey Cristianísimo, de quien eran vasallos. No confesaron en la materia cómplices, porque no los había menester el duque, que no se había fiado de español alguno; y aunque fueron presos, por la gran adhesión que tenían a él, don Bonifacio Manrique, don Antonio Villarroel y él marqués de Fuentehermosa, fueron luego puestos en libertad, conociendo su inocencia y que de nada de esto eran sabidores.

De todo lo referido dio aviso individual a su abuelo el rey Felipe. Tuvo Luis XIV la pesadumbre mayor; avigoraba su ira el Delfín, y se determinó la última sangrienta resolución contra el duque; pero no la dejaron ejecutar los ruegos de la Maitenon, de la duquesa madre y aun de su mujer, hija natural del Rey, que, mal avenido con su propia benignidad, no podía esconder su sentimiento: era preciso un ejemplar castigo o un alto disimulo, porque el duque se excusaba diciendo que este tratado era sólo en el caso de hacer paz con los aliados el Cristianísimo, y de resolver y consentir que saliese el rey Felipe de España, porque no quería el duque renunciar a sus derechos si no le daban alguna porción de los reinos, a los cuales tenía acción por abuela Ana Mauricia, hermana de Felipe IV, heredera indubitable, si no lo fuese María Teresa, y que en esta forma estaba declarada en las Cortes de España la sucesión, por la cual no era delito conservar de aquellos reinos la parte que pudiese, si no se mantenía en el Trono el Rey, pronto siempre a restituírlos cuando volviese a él.

Estas razones, aunque sofísticas, era preciso pasarlas por buenas y admitir la disculpa, ya que no se había de castigar el delito. Aún queda la duda de si favoreció al duque de Orleáns el de Borgoña; no faltó quien lo afirmase; pero, al fin, sepultó un político silencio el negocio, y el rey de Francia explicó al rey de España su determinación y estar necesitado a ejecutar una benignidad casi injusta. Por su natural clemencia y por dar gusto a su abuelo, a todo se acomodó el rey Felipe, y dio libertad a los dos franceses que tenía presos en Pamplona. Hay quien diga que nada de este tratado sabían en Barcelona y Viene, pero esto no es probable; cierto es que se calló siempre el haberse querido valer de este medio.

* * *

Ya divulgada la voz de paz, y no concluida, temieron los holandeses que no la hiciesen particular con el rey de Francia los ingleses, porque tomaba cuerpo la facción contraria a

Malburgh, aunque éste siempre prevalecía. Valíanse los torys contra la wig de un hombre de mucha elocuencia, llamado el doctor Enrique Sciacheverel, que abiertamente disputaba sobre los derechos al reino, y no dejaba de dar cuidado. Recelaban también en Holanda los precisos movimientos de la Germania, habiendo llamado sus tropas muchos príncipes después que vencido en la batalla de Pultova por los moscovitas el rey Carlos de Suecia, se había retirado a Andrinópoli, y aprovechándose de la ocasión, se coligaron contra su reino el rey de Prusia, el de Dinamarca y Polonia. Llamóse esta Liga *de los tres Federicos*, y aunque todas las iras se dirigían contra Suecia, tenía el rey Carlos Estados en Alemania, que eran los ducados de Bremen y Werden, que se estaban ya poniendo en defensa, y su círculo los protegía.

No estaba enteramente extinguida en Polonia la facción del rey Estanislao, y así dudaban en Holanda que muchos príncipes alemanes retirasen los regimientos que habían dado al sueldo del Emperador y de los ingleses, con lo cual se enflaquecían sus fuerzas, teniendo siempre la Francia un poderoso ejército en pie. Esto los obligó a usar de sus acostumbradas artes y a insinuar al Cristianísimo que volviese a entrar en tratados de paz, que se moderarían mucho los propuestos artículos y que cuando hallasen ventaja la harían particular. Para esto era menester engañar a los ingleses y confiarlos; no estaban éstos muy asegurados de los holandeses, y así, por descubrir su intención y estrecharlos, ambas partes creyeron las convenía una nueva particular Liga entre Inglaterra y Holanda, que se firmó el día 29 de octubre, extendida en 21 artículos. Los principales eran sostener la sucesión de Inglaterra en la línea protestante, y elegir una barrera formidable en Flandes los holandeses. No fue difícil el ajuste, porque no daba cosa de lo suyo la Inglaterra, y la sucesión de la Casa de Hannover la importaba también a la Holanda. Se hicieron recíprocos pactos de no tratar paz uno sin otro, y ambos tiraban a engañarse, porque la Holanda estaba cansada de la guerra y quería la paz. También la deseaban en Londres los émulos de Malburgh, para quitarle la autoridad y el poder; pero como la repugnaba el César, porque le faltaba mucho que vencer a su hermano para ser rey de España, donde sólo tenía un pequeño pedazo de la Cataluña, no explicaban sus deseos los aliados, antes se recataban uno de otro.

No había sucedido cosa de gran entidad en el Rhin, porque de uno y otro ejército se habían hecho numerosos destacamentos para Flandes. Mandaba el de los aliados el duque de Hannover, y el de los franceses, el de Harcourt, que echando tres puentes al Rhin pasó nueve millas de Kell para forrajear los campos de aquellas provincias, sin que pudiesen los alemanes embarazarlo. Para penetrar éstos en la Alsacia Alta y ponerla en contribución, destacó el duque de Hannover al general Mercy con ocho mil hombres, que, pasando de improviso los Estados de los esguízaros, diese el giro con la mayor celeridad a la Alsacia.

Marchó la noche del 21 de agosto con dilatadas y continuas jornadas, entrando por Baseen; y, pasando por San Jacobo y Gundendigen, llegó a la Alsacia, se adelantó a Neoburg y se juntó con el general Latour; luego echó un puente al Rhin, y se empezó a fortificar, con lo cual ponía en peligro a Heninguen y sus confines, porque ya tenía casi bloqueada la ciudad.

Era embajador de la Francia en los esguízaros el conde Luch, y habiendo alcanzado a tiempo esta noticia, la participó con extraordinario al duque de Harcourt, que sin dilación

destacó al conde del Burgo con diez mil hombres, para cortar el paso a los enemigos, que se estaban moviendo hacia Romeskeim para buscar mejor sitio, pues no se habían podido aún fortificar ni perficionar la trinchera. A la primer vista, casi cogidos sobre la marcha, los atacó con la mayor resolución el francés, formado en batalla; dispusiéronse con prontitud para ella los alemanes, y sostuvo el primer encuentro con gran valor el general Breveren, que mandaba la izquierda, y tanto se esforzó, que deshizo tres escuadrones de franceses; pero al repararse éstos, se adelantó demasiado a buscar al conde del Burgo, que venía a salirle al encuentro, y perdió la vida gloriosamente.

Regía la derecha de sus tropas Mercy; pero ya con la muerte de Breveren, vencida su izquierda, cargaron los mejores regimientos de los franceses a pelear en su siniestra, y se trabó cruentísima guerra. Matáronle a Mercy el caballo que montaba, y al caer le cogió debajo y tuvo gran peligro. Este rato que dejó de pelear le faltó a aquella ala un jefe tan esforzado y vigoroso, que pudieron los franceses deshacerla enteramente, y como los vencedores del ala izquierda advirtieron cortar el puente, les faltó a los vencidos este refugio. Mercy se salvó pasando el río a nado; quedaron de los alemanes más de mil muertos, doble número de prisioneros, y padecieron gran deserción, aunque el general Witerskein retiró las reliquias a Fribourgh; los que siguieron a Mercy se recogieron con él a Rehinselum.

Puso la tierra enemiga en contribución el francés y aunque esta victoria fue pequeña, por el corto número de los que pelearon, importó mucho, porque, ocupada la Alsacia Alta de los alemanes, se hubieran podido adelantar hasta dar la mano al duque de Saboya, para que atacase el Delfinado, poner en contribución a León y en peligro la Borgoña. Dio el rey de Francia la queja a los esguízaros, y respondieron haber sido sin su noticia; lo propio respondió a ellos el César, y se debió todo a la vigilancia del ministro, que residía en Helvecia, y al valor del conde del Burgo.

Sintió mucho este accidente el duque de Saboya, porque no podía en los Alpes hacer progreso alguno. Había el duque de Berwick fortificado bien a Brianzon, el castillo de Barran y el río Varo. El duque Daun intentó tres veces pasar por los montes contra el Delfinado, pero fue en vano. Estaba el conde de Broglio, francés, acampado en los collados de Brianzon, con bien fortificada trinchera, contra la cual partió improvisadamente Daun; pero saliendo de ella a encontrarle el conde de Broglio, le derrotó y rechazó hasta los vecinos valles, con pérdida de mil y quinientos hombres; no se atrevieron después los alemanes a poner su campo al otro lado de Montmillan ni penetrar en la Moriena, y para que no los encerrasen los franceses, pusieron un gran destacamento en Conflans. Quiso el general Chebinder, alemán, pasar el puente de Vachet, junto a Brianzon; pero le defendió con tanto esfuerzo el señor de Dillón, que desistió del intento, dejando ochocientos hombres. Estos progresos, que negaba al duque de Saboya la fortuna, desalentaron a los calvinistas de Lenguadoc, porque el duque de Lecloire abatió con gran rigor el orgullo de las Cevenas, de donde ya volvían a formar sediciosas cuadrillas los herejes. Con esto se pudieron enviar más tropas el duque de Noailles, que devastaba la Cataluña que alinda con el Rosellón, y tenía en continuo movimiento a aquellos rebeldes, que, nunca retirados a cuarteles, ni aun en el rigor del invierno, corrían por todos los lugares que se habían restituido al dominio del rey Felipe.

En Portugal, nada digno de la Historia hizo el marqués del Bay después de la batalla de la Gudiña, pues aunque bloqueó a Olivenza, nunca la pudo sitiar, porque cortó el puente, y esto mismo sirvió a los portugueses de defensa. Vino de Gurumena el marqués de la Frontera y levantó tres atrincheramientos junto al río, que impidió a los españoles acercarse, y fueron precisados, instando ya el tiempo de dar cuarteles, a retirarse a ellos.

En este año, a 14 de septiembre, murió en Toledo su arzobispo, el cardenal Portocarrero. Propuso el Rey a don Antonio Ibáñez, arzobispo de Zaragoza; pero no quiso dar las bulas el Pontífice, disgustado de cuanto en España se ejecutó contra el nuncio Zondadari. Con lo que damos fin al año y primero tomo de estos COMENTARIOS.

Año de 1710

La ociosidad de las armas y el artificio de los holandeses, volvió a entablar los tratados de paz con el Rey Cristianísimo, que, prosiguiendo en su político sistema de alucinar a los enemigos, dio nuevos oídos a ella. Fue Getrudemberg el lugar destinado para el Congreso, y se nombraron plenipotenciarios: la Francia nombró al mariscal de Uxelles y al abad Melchor de Polignac; la Holanda, a Guillermo Puis y a Bruno Wanderdusen; la Inglaterra, al duque de Malburgh y a milord Fouveskenden; el Emperador, al príncipe Eugenio y al conde de Sincendorf; y también envió el suyo el duque de Saboya.

No estaba maduro el negocio, y así era intempestiva la paz, y nadie de los que asistían al Congreso la deseaba, pues aunque los Estados de Holanda estaban enfadados de la guerra y verdaderamente apetecían el descanso y no correr más peligro, los ministros del Congreso, teniendo a su favor al gran pensionario Heinsio, en todo contemplaban el príncipe Eugenio y a Malburgh, que querían, por sus particulares ventajas, la guerra. Este era el dictamen del César, viendo no saldría sin ella, y con gran trabajo de España el rey Felipe, más fortificado en el Trono después que tenía sucesión, y le importaba al César buscar para su hermano un reino, porque quedase parte de los Estados hereditarios a sus hijas. A la reina Ana la tenían persuadida los de la facción de Malburgh que descaecería de su autoridad, y quizás del Trono, si no se mantenía armada, porque se aumentaba cada día el partido de la Iglesia anglicana; y aunque por la libertad de sus escritos y sermones estaba preso el doctor Enrique Sciacheverel, no se atrevía el Gobierno a castigarle por el gran número de protectores que defendían la antigua religión de la patria, profesada desde que apostataron de la verdadera. Por estas razones, también la Reina asentía a la guerra.

De este dictamen era, aunque reservado en los ardides de su política y de su prudencia, el duque de Saboya, que ni quería ver tan poderosos a los austríacos, ni sacar de España al rey Felipe, aunque le hiciesen rey de Italia en los reinos que había poseído, porque también él deseaba un título de rey en ella, y sólo podía extenderse en la Lombardía y en el Estado de Milán, del cual no era fácil ganar más terreno si se le daban al rey Felipe con Nápoles, Sicilia y Cerdeña, que era el último ofrecimiento que meditaban hacer los holandeses, porque las dos islas ya las habían ofrecido, siendo despreciado este partido por el rey de Francia, el cual, viendo a los holandeses ansiosos de la paz, muy encendidas las dos facciones en Inglaterra y constantes en el amor al Rey los castellanos, había corroborado sus esperanzas de que Liga de tantos dictámenes podría durar poco,

embarazados sus intereses en los mismos progresos; y así, fiaba al tiempo sus ideas. El Delfín las confirmaba con nunca intermitentes instancias, y declaró la inmutable voluntad hacia el Rey, su hijo, a sus plenipotenciarios; y aún el duque de Borgoña aprobaba el no hacer la paz sin que fuese rey de Italia su hermano; con esto le parecía que quedaba airoso el empeño, y que desmembrada de tantos reinos la España, y poseída de un austríaco, la deprimiría a su arbitrio. Este era un sistema errado y fundado en falta de experiencia y noticia de la España, más para temida cuando estuviese desembarazada de la Flandes y de Milán. Esta paz, que todos la trataban con mala fe, contenía tantos artificios para no explicar un príncipe a otro su intención, que necesitaba de otro volumen, y no es propio de COMENTARIOS extendernos a escribir las artes con que procuraban engañarse; y así, no se firmó armisticio porque nunca fueron mayores los preparativos de guerra.

Bajó, en el rigor del invierno, con una escuadra al Mediterráneo el almirante Norris; salió con otra, costeando la Francia, el vicealmirante Dusleyo, y otros navíos costeaban contra los corsarios franceses que salían de Dunquerque. Las guardias de la Reina se enviaron a Flandes; y a mandar las tropas de Portugal, al general Skanon, inglés, porque Galloway padecía una constante gota en los pies, estaba aborrecido de los portugueses y no con grande aceptación en Londres, después que había sido desgraciado y tres veces en España vencido. Para embajador de Inglaterra pasó a Lisboa milord Prothmor, y para solicitar la armada naval pasó a Holanda el señor de Mithel. Hacía grandes levas el Rey Católico, y no menores la Francia.

Todo esto decían que era para hacer la paz, porque el señor de Pethecum, ministro de Holstein Gotorp, había llevado a Holanda nuevos proyectos por la Francia, semejantes a los que los holandeses habían propuesto. El Rey Cristianísimo decía que quería para el rey Felipe reinos equivalentes a la España, que había de dejar; ofreciólos la Holanda, pero no venían en ello los ingleses ni los alemanes; éstos, porque querían la Italia, y aquéllos, porque se habían declarado por la parte de los austríacos, que les habían ofrecido a Puerto Mahón y otros en la América, y había de pasar a Barcelona el señor de Gragiz, para concluir con el rey Carlos este tratado.

Los plenipotenciarios de Francia, viendo que no podían los holandeses cumplir lo prometido al Rey Cristianísimo, se despidieron el día 14 de mayo. Los holandeses los entretuvieron algunos días, por si podían vencer al príncipe Eugenio y a Malburgh, que eran árbitros de sus cortes; pero como éstos querían la guerra, permanecieron constantes con el pretexto de que no tenían otra instrucción de sus soberanos, y que dar la Italia era desmembrar de dos reinos la Monarquía de España y hacerla perder el equilibrio a la Europa, dejando más poderosa a la Francia. Pethecum trabajaba en unir estos dictámenes y voluntades, pero no pudo; y Uxelles y Polignac se volvieron a París, dejando antes escrita una carta muy picante a los Estados generales y haciendo cargo a los príncipes de la Liga de ser los instrumentos de la ruina de Europa. Los holandeses respondieron con no menor arrogancia, y pareció ya a todo el mundo enteramente roto el tratado; pero con gran secreto habían los holandeses ajustado otro, por medio de Pethecum, Torsy y Bergueick, con la Francia, que ofrecía cuanto la Holanda apeteciese, aunque fuese toda la Flandes española y darles el comercio de Indias, como se apartasen de la Liga y volviesen a reconocer al rey Felipe. No se extendieron los artículos, pero quedó concordado que

harían solos la paz con gran secreto, después de disuelto el Congreso, y que retirarían temprano sus tropas a cuarteles de invierno. La Francia ofreció en rehenes cuatro plazas.

Como en este ajuste daba tanto de lo suyo el Rey Católico, fue preciso que el de Francia se lo comunicase, y pasó el señor de Iberville a Madrid a este efecto. El rey Felipe había puesto todos los negocios extranjeros en manos del duque de Medinaceli, y aunque veía que el alma de este negocio era el secreto, porque si lo penetraban los aliados antes de ejecutado, era infalible el turbarle, lo fió el Rey al duque, el cual tenía permiso para tratar con los enemigos por si podía ajustar una paz particular; no tenía para esto conocimiento en las cortes de Viena y Londres, pero se valía del marqués Ranucini, ministro del gran duque de Toscana, que estaba en Holanda y pasaba a Londres cuando se ofrecía algún negocio, porque para ambas cortes tenía credenciales. Era este Ranucini hombre avisado y muy capaz, y tenía estrechez con el duque desde que fue enviado de su amo en Madrid; su genio era austríaco; creía que en la manifiesta decadencia de la línea de los Médicis, pararía la Toscana en manos del Emperador; y así, cultivaba con grandes obsequios aquella corte, llevándole su altivez de espíritu a querer ser vasallo de un príncipe grande, porque la nobleza florentina llevaba muy mal el yugo de los Médicis. Con este hombre contaba el duque de Medinaceli correspondencia pública y secreta, no sin noticia del rey Felipe, a quien persuadía que todo se enderezaba a su utilidad. Juzgar de la intención es difícil; cierto es que por medio del dicho Ranucini descubrió el duque el secreto a los ingleses y nada les ocultó de lo que trataba la Holanda con el Cristianísimo, o para turbar esta paz, o para sacar más ventajosas condiciones de los ingleses. Aunque haya sido la intención la más sana, el delito de descubrir sin permiso del Rey tan gran negociado, no se le puede disculpar. Corrió voz que también por medio del nuncio Zondadari, aunque estaba en Aviñón, había prevenido esto al Papa; pero es improbable ni que se fiase el duque de quien no era su estrecho amigo, ni a sus ideas importaba descubrirlo al Pontífice, de quien no podía esperar ni que turbase el tratado, manifestándole (porque sería contra la caridad paternal) ni que le mejorase a favor del Rey Católico; y así, fuese mala o buena su intención, este paso era inútil.

No lo fue el que dio con los ingleses, porque éstos se quejaron agriamente de la Holanda, y acompañó sus quejas no con más moderación el Emperador; pero, como le habían menester y temían se destacase de la Liga, admitieron su satisfacción; y más que, no habiendo capítulos firmados, no pudieron de lleno probar el hecho, porque todo estaba en la fe dada a las palabras de Pethecum, Torsy y Bergueick, hombres de inmutable fidelidad y secreto.

A Malburgh le convenía fingirse desengañado, y aseguraba en Londres que era todo enredo de la Francia y la España para sembrar discordia entre los aliados, y que nunca habían pensado apartarse de la Liga, no porque Malburgh lo creyese así, sino porque recelaba que en Londres sus émulos inspirasen a la Reina que se anticipase a una paz particular, porque si los holandeses la habían ideado, la ejecutarían. El amar tanto la guerra Malburgh y Eugenio de Saboya reunió los ánimos, y se mantuvo la Liga, aunque el mariscal de Tallard, prisionero en Londres, hacía los mayores esfuerzos para que aquellos ministros hiciesen su paz con la Francia.

El Rey Cristianísimo descubrió este doble trato del duque de Medina interceptando unas cartas que pasaban a Holanda de Madrid, y puesto todo en noticia del rey Felipe, mandó

éste prender al duque en su propio Real Palacio, enviándole a la secretaría del marqués de Grimaldo, que estaba de todo advertido, donde le prendió don Juan Idiáquez, conde de Salazar, sargento mayor de las Guardias, y entregándole a don Patricio Laules, que le esperaba en el parque del Palacio con cincuenta caballos, fue llevado al alcázar de Segovia sin criado alguno, hasta que consiguió el duque de Osuna se permitiese uno de los suyos. Reconociéronse sus papeles y se prendieron a sus secretarios.

El Rey mandó entregar a una Junta de cinco consejeros reales de Castilla, formada para este efecto, los instrumentos y escrituras que probaban su cargo, para que formalmente se le hiciese el proceso, y como se les había encargado el secreto, se ignoraba su culpa y cada uno la discurría a su modo, de género que en todas las cortes variaron las noticias, habiendo hecho no poco ruido en ellas la prisión de hombre de tanta magnitud en España, y casi primer ministro; pero la verdad la sabían muy pocos.

A este tiempo, que era por el mes de abril o por sospecha de viruelas o por arte, estaba fuera del Palacio, en otra casa, la princesa Ursini. Creyeron muchos que quería dar a entender no haber tenido parte en esta resolución del Rey, por no acabarse de malquistar con los españoles; pero como gozaba tan íntimamente de la privanza, no es conceptible lo haya ignorado y dejado de aprobar al Rey su decreto, aunque superfluamente, porque la intrepidez del Rey para ésta y las más arriesgadas resoluciones era la mayor, sin asomo de miedo, habiendo ya los grandes en España descaecido de aquella alta e incontrastable autoridad que gozaban.

Estos rumores de que ya alguno de los aliados pensaba en la paz, inflamó más en el ánimo de los austríacos e ingleses la guerra, y no soltaba sus bien fundadas esperanzas la Francia, cuyas tropas mandaba en Flandes, mientras llegaba el mariscal de Villars, el señor de Artañán, que fortificó una línea para asegurar a Mauberg, sin descuidar de Montané y Sant Amant. Los holandeses, picados con la Francia de que se les hubiese descubierto el intento y haber perdido tan favorable oportunidad para adelantar sus intereses, hicieron los mayores preparativos en Harlebech, y el general Cadogan fortificó más a Lilla, Tornay y Mons, y pasó después a Bruselas. Destacáronse de Gante, Brujas y Lilla ocho hombres por compañía, dejando correr la voz de que era para atacar las líneas de Baseen; pero era para asegurar los caminos por donde pasaban los víveres y municiones a Lilla. Los franceses añadieron a su ejército las guarniciones de Dunquerque, Santomer y Verges. De los almacenes de Luxemburg sacaron víveres para la plaza que baña el río Sambra; se forrajeó en giro a Namur y visitó Artañán los cuarteles desde esta ciudad a Cambray. Las tropas de la Mosa las juntaron los holandeses en Soyñies, y las de Flandes, en Tornay.

Llegó al ejército el mariscal de Villars, no sin visibles señas de la pasada herida en la rodilla, y recelando que los enemigos sitiasen a Duay, puso en ella a Albergoti con diez mil hombres. También entró el mariscal de campo marqués de Dreus; soltaron las aguas para inundar la campaña y aislaron la plaza. Sólo les faltaba a los aliados que llegase el príncipe Eugenio, cuya presencia y fama era otro ejército: tan glorioso le hicieron su valor y su fortuna. Luego que vino al campo, se determinó el sitio de Duay, y se acamparon las tropas entre Tornay y Lilla. Las de Francia se dividieron en tres partidas, a poca distancia, en Basees, Duay y Mauberg; eran inferiores al ejército de los aliados, los cuales sin dificultad alguna expugnaron el castillo de Mortañé, puesto entre Tornay y

Sant Amant; pero luego le recobró el señor de Luxemburg. Enviáronse a las plazas jefes, escogidos; a Her fue el marqués de Listenois, y a San Omer, el señor de Geebriad; de otras plazas cuidaba el conde de Villars. Destruyeron los franceses las líneas de Lilla y luego se acampó el príncipe Eugenio. Volvió a tomar el conde de Cadogan a Mortañé; era preciso, porque servía de embarazo. Visitaron los franceses una barca que pasaba de Amberes, y tomaron la vajilla de plata del príncipe Eugenio. Recibió con desprecio el aviso, diciendo que estimaba más el hierro, y que hallaría plata en Duay, a la cual se presentó su ejército cuando expiraba el mes de abril; no le embarazaron las aguas, porque las mandó distraer. Las tropas que mandaba Artañán se retiraron luego hacia Cambray. Tiró sus líneas de circunvalación Eugenio, echó puentes al río Scarpa y por ambas partes de él plantó baterías.

Los alemanes se acamparon en Vitri: Malburgh, con los ingleses, en Guelesin, y Tilly, con los holandeses, en Deci. Después se acercaron los ingleses a la plaza sólo a distancia de seis millas, y el príncipe Eugenio se puso en el frente de la Scarpa; el francés, en Cambray, Betun y Arrás. Empezóse a abrir trinchera la noche del día 4 de mayo, entre las puertas llamadas Esquerchinea y Ocrense; terminaba la línea en un ángulo hacia el camino de Betunes, derribada de dos trincheras; la derecha regía el príncipe de Anhalt y la siniestra el de Nasau.

Plantó su campo Eugenio entre Lentz y Vitry, fácil de inundar; esperaba a los franceses por frente, si acaso intentasen socorrer la plaza de donde se hacían varías salidas: la más fuerte fue la noche del día 7, en que se destruyeron las labores de la línea de comunicación presidiada de ingleses y suizos, bajo la mano de los coroneles Schimit y Sultón, defensores esclarecidos, pero infelices, porque perecieron con sus regimientos. Socorrió la trinchera el general Machartneyo, y se encendió combate cruel, hasta que, acudiendo más tropas, hicieron retirar a los franceses. Con la misma felicidad hizo otras dos salidas Albergoti las noches de los días 10 y 13. Una bomba de la plaza prendió fuego a una porción de pólvora de los enemigos, y volaron cuarenta artilleros y un ingeniero.

Habían ya perdido mucha gente los sitiadores sin plantar baterías. A 15 de mayo se disparaban sesenta cañones con poco fruto, porque del recinto de la plaza salían dos baluartes que impedían los aproches y guardaban su camino encubierto dos ángulos; era preciso alojarse en él los alemanes para adelantar las baterías contra los baluartes que defendían la opuesta cortina, a la cual deseaban acercar las trincheras. Impedíalo el primer foso, y por estar lleno de agua, distrájola Eugenio con incomodidad de su campo, hasta que se hicieron más anchos los canales, porque la que estaba encerrada en la ciudad volvía a llenar el foso. Atacóle el príncipe Eugenio y ocupó el exterior labio de él con derramamiento de mucha sangre. Una salida de los sitiados destruyó una trinchera que se levantaba contra otra puerta, y fueron en ella vencidos de tal forma alemanes y holandeses, que, a no haber acudido personalmente el príncipe Eugenio y el de Tilly, hubieran padecido mucho mayor estrago.

Para dar alguna esperanza de socorro a la plaza, el mariscal de Villars pasó muestra de su gente, y se acampó entre Censé y la Esquelda; acompañábanle el rey Jacobo de Inglaterra y el duque de Berwick, con los más escogidos cabos militares. Sacó las guarniciones de Guisa, Landresy, San Quintín y Porsena, porque el príncipe Eugenio tenía cien mil

hombres y aún no habían llegado los regimientos prusianos, palatinos y de Hesse Casel, a los cuales daban gran prisa los ingleses, porque estaban a su sueldo; y a la ribera de la Scarpa había dispuesto su ejército como en batalla Eugenio, señalando el centro al príncipe de Tilly, la izquierda al duque de Malburgh, y reservándose él la derecha; pero los franceses tenían orden de mantenerse sobre la defensiva y sacrificaban a Duay, cuyo presidio había echado dos veces del término del foso a los alemanes, que, constantes en su empeño, se alojaron mejor; pero no pudieron ocupar el ángulo siniestro, aunque el príncipe de Anhalt llevó tres veces una escogida brigada al asalto, y desistió, al fin, porque, sobre haber perdido ochocientos hombres, sacó una no leve herida.

Para que acudiesen al campo más tropas y pudiese Albergoti hacer alguna gran salida, se acercó el mariscal de Villars al príncipe Eugenio. Aprobó la fortuna la idea, porque, dejadas con poca gente las trincheras, salió toda la guarnición de la plaza contra ellas, y se asaltaron con tanto ímpetu, que perdió el sitiador cuanto había adquirido, y se arruinaron enteramente los trabajos, con mucha copia de sangre de una y otra parte. Se apartaron del muro los alemanes, que habían vuelto ya a estar sujetos al tiro de cañón, que los incomodaba mucho en aquel desorden, que duró hasta que el príncipe Eugenio, habiendo mandado fortalecer bien la Scarpa y hecha la línea de contravalación, aplicó toda la gente el sitio, siendo ya imposible que pudiese Villars dar la batalla, aunque distaba sólo tres millas, porque había sangrado el alemán el río en varias partes y hecho inaccesibles cortaduras.

Volvióse a empezar el sitio de Duay, después de haber perdido en él cuatro mil hombres, porque el día 2 de junio había acabado de destruir los trabajos Albergoti, mientras se empleaban en fortificarse contra Villars los alemanes. Mudó aquél su campo a Ponte Vendín, para cortar la comunicación entre Duay y Lilla, porque de ésta venían los víveres. Quiso atacar a dos pequeñas fortalezas, con lo que incomodaría por un lado a los enemigos; pero marcharon a embarazado el duque de Malburgh y Tilly, porque aquellos castigos defendían el depósito de las aguas Para que no se pudiesen encaminar al campo de Duay. Estaba ya reparada, la trinchera de la derecha, y apenas fue levantada la de la izquierda, cuando la echaron a tierra los franceses con una vigorosa salida que hicieron el día 8 de junio, en el cual, rabiosos los sitiadores, asaltaron los ángulos del labio exterior del foso con tal ferocidad, que los ocuparon después de bien disputados; plantaron su batería y, adelantándose, ya el día 13 batían a la media luna y al baluarte.

Con suerte desigual hizo la plaza algunas minas, porque los holandeses las contraminaron con grande acierto, no obstante, se dispararon dos, en que tuvieron daño los sitiadores, y quedó herido de un casco de granada el príncipe de Holsteimbech, porque al mismo tiempo Albergoti hizo una salida para aprovecharse de la confusión. En la empresa del, camino encubierto se derramó mucha sangre; fueron dos veces rechazados los alemanes, y no hubieran ganado al tercer asalto los dos ángulos si no inflamase con su presencia la acción el príncipe Eugenio, que se había metido, en el mayor peligro, y le hacía formidable el fuego de la artillería de la plaza, nunca más bien dispuesta y que con tanto acierto disparase. Estaban ya a propósito para ser asaltadas las brechas de la media luna y el baluarte, y quería juntamente ejecutarlo el príncipe Eugenio, aunque no ignoraba estar el terreno minado. Vigilaba en este fatal terreno Albergoti, defensor ilustre de la plaza, que con la mano y el ejemplo persuadía al desprecio de la vida.

La noche del día 20 se dio el asalto, y cerraban las brigadas el príncipe Eugenio y Malburgh. Se peleó con tanto valor por una y otra parte, que estuvo mucho tiempo indecisa la fortuna; los primeros que montaron la brecha fueron precipitados; reintegraron otros el combate, y los rechazaron. Pasaron a la primera fila Eugenio y Malburgh, resueltos ya a no desistir del empeño; avivóse la acción y se la ladeó la fortuna a los sitiadores, que ocuparon el deseado paraje y se alojaron de forma que ya se batía a los baluartes que guardaban la última cortina del muro, y aún a ésta; después de tres días, cayó de ella cuanto era menester para el asalto; pero a los 22 de junio pidió la plaza capitulación, a tiempo que no quedaría presa la guarnición, según reglas militares, porque así lo había el Rey Cristianísimo mandado, por no perder tan bizarras tropas.

Concedióle el príncipe Eugenio a Albergoti cuanto pidió, honrándole mucho con expresiones bien merecidas de su valor. De más alto precio fueron las del Rey, que dijo en público *que aprendiesen los franceses de; un italiano a defender plazas*, porque Albergoti era toscano. Heroicamente defendida, cedió Duay al valor e industria y constancia del príncipe Engenio, que en el mismo paraje dio algún descanso a sus tropas.

Esta victoria inflamó el ánimo, para otra para otra empresa, y se destinaron las iras de la guerra contra la plaza de Betunes, embestida a 15 de julio. Mandaban el sitio los generales Scolembourg. y Faggel; éste divertía las aguas, y aquél atendía a levantar las trincheras de la derecha; la defensa fue regular y hubo frecuentes salidas en que perecieron las guardias palatinas y brandemburgenses; pero llegando a justo término, se rindió. Luego se emprendió el sitio de Her, y aunque duró gloriosamente sesenta días la defensa, la ganaron los aliados con pérdida de doce mil hombres. Veinte y cinco mil les costaron las tres rendidas plazas, con lo que se disminuyó mucho el ejército; pero creció a lo sumo la fama y la gloria, porque quedaban en todos los empeños airosos. La estación no permitió en Flandes más progresos.

* * *

Determinada la empresa, de la recuperación de Cerdeña, se dio, como se dijo, la disposición al duque de Uceda, y se mandó pasar a Génova al marqués de San Felipe y al conde del Castillo para que, aseguradas en aquel reino las inteligencias, obrasen de acuerdo con el duque, a quien se envió el dinero necesario para víveres y municiones para tres mil hombres. No estaba aún a este tiempo preso el duque de Medina; y como era su ministerio corresponderse con él, Uceda alentaba aparentemente esta resolución, pero entre ellos había secreta correspondencia en cifra. Nadie veía estas cartas sino el secretario don José de Villalobos, en quien tenía el duque de Uceda la mayor confianza; pero alguno de su Secretaría transpiraron lo que no nos atrevemos a escribir, porque no nos consta con la certidumbre que es menester, ni hemos visto papel; pero es indubitable que caminaban ambos duques de acuerdo, y Uceda no a favor del Rey a quien servías, porque dilató la empresa de Cerdeña, burlando las instancias de los sardos, hasta que estaba ya pronta para partir del vado la armada enemiga, que embarcaba siete mil hombres para Barcelona.

Tenía el duque secreta correspondencia con el gobernador de Milán, conde Daun, y con su hermana la condesa de Oropesa, en Barcelona, a la cual reveló los designios de recuperar aquel reino; y los preparativos para él los hacía trabajar en Génova tan públicamente que nadie ignoraba su destino. Aunque parte de esto escribió a la corte el marqués de San Felipe, que penetró luego al duque, no fue por entonces creído, y aun, viendo que ya se había pasado el tiempo de hacer desembarco en Cerdeña, donde a los primeros días del mes de junio entran las nocivas mutaciones del aire, era preciso sacrificarse al gusto del Rey. Para destruir esta empresa no perdonó Uceda diligencia; mas habiendo llegado ya a Génova el marqués de Laconi, destinado por virrey a aquel reino, el conde de Montalvo, don Antonio Manca, marqués de Fuentecilla, don Francisco Delitala y otros caballeros sardos, tomó el pretexto de que no estaba en Longón la gente necesaria para embarcarse y le fue preciso al marqués de San Felipe y al conde del Castillo levantar a sus costas un regimiento que llamaron de Bacallar; porque el duque, con permiso del Rey, le dio por coronel a don Manuel Bacallar, hijo del marqués de San Felipe, que estaba preso, aunque niño, y en el ínterin gobernaba el regimiento don Domingo Loy.

Mandaba a este tiempo en aquel reino el conde de Fuentes, aragonés, sucesor del conde de Cifuentes, hombre bueno, aunque flojo; faltaban los cabos de la facción austríaca, marqués de Villazor, conde de Montesanto, y don Gaspar Carnicer, que estaban en Barcelona, y quedaban otros en Caller y Gallura, pero no poderosos para defender el reino, del cual estaban también ausentes muchos de la facción del rey Felipe, no sólo los que se fueron en el año 1708, sino otros que desterró el conde de Cifuentes, don Antiogo Nin, don Francisco Quesada, oidor de aquella Real Audiencia; los Ruizes y algunos de la familia. de los Masones, de la cual desterró hasta una dama a Nápoles, y otros caballeros de Gallura; los más de éstos habían huido a España para evitar la persecución. Quedaban, afectos al rey Felipe, los condes de San Lorenzo, de San Jorge, el viejo conde de Montalvo, con muchos de su familia de Masones. En Sasset, don Pedro Amat, barón de Sorso; don Domingo Vico, marqués de Solemnis; don Miguel Olives, barón de la Planargia, y otros caballeros; pero ni los ausentes ni los presentes podían, por la tenuidad de sus haberes, mantener gente en la campaña.

Había quien podía juntar alguna voluntaria, pero no sería de servicio, porque acabados los víveres que de sus casas sacasen era preciso volver a ellas. Por esta razón, todo lo habían de hacer las tropas que enviase el Rey Católico, sin fiar en inteligencias, como lo significaron al Rey muchas veces el marqués de San Felipe y el conde del Castillo, que estaban encargados de cultivarlas; y ni ellos ni los sardos que podían ir eran necesarios si desembarcaban bastantes regimientos para el sitio de Caller; y como éstos no los podía dar el Rey, estando embarazado en guerra de mayor importancia, se determinó que entrasen con cuatrocientos hombres por Terranova, lugar afecto al rey Felipe, el conde de Montalvo, el del Castillo, don Francisco Litala, los Ruizes, los Serafines y los del Sardo; doscientos con don José Deo por la marina de Castillo Aragonés, y los restantes, hasta dos mil y quinientos, con el marqués de Laconi, el de San Felipe, el de Fuentecilla y otros caballeros destinados para la expedición, habían de desembarcar en Puerto Torres, con lo cual, ocupando la parte superior del reino, caerían con sólo el bloqueo las plazas de Castillo Aragonés y Alguer; y para Caller había ofrecido el Rey nuevas tropas, porque las que ahora iban bajo el mando del teniente general don José de Armendáriz no bastaban.

Nombró el Rey en caso de poner pie en el reino por general de la caballería miliciana al conde del Castillo, y dio el duque de Uceda grado de mariscal de campo al de Montalvo. La gente iba en naves y barcas de transporte, convoyadas de las galeras del duque de Tursis y de las de Sicilia, que mandaba como gobernador don Carlos Grillo, aunque tenía despacho de general de ellas el marqués de Laconi, por pretexto para salir de la corte. Despachar estas galeras y naves dependía del duque de Uceda, y no lo hizo antes que partiesen del Final al socorro de Cerdeña seiscientos hombres y doscientos de Barcelona, con el coronel Naboth, y que estuviese casi a la vela la armada enemiga para que siguiese el rumbo de las galeras y prohibiese la empresa. Así lo tenía ajustado secretamente con los enemigos, tratando en Génova con gran secreto y cautela con el marqués Ariberti, ministro del rey Carlos en aquella República, y con el señor de Xatuin, enviado de Inglaterra, a los cuales iba a ver muchas noches saliendo de su casa disfrazado en una silla de manos, y otras en un jardín de San Pedro de Arenas, donde tenía una casa de campo.

Al fin partieron estas galeras del puerto de Génova a 15 de mayo. No estaban en Longón y Liorna los pertrechos prevenidos, y se interpuso una perjudicial dilación con engaño. De Longón se partió a 2 de junio; después de cinco días se llegó a Bonifacio, puerto de Córcega, el más inmediato a la Cerdeña, porque sólo hay tres leguas de canal. Hiciéronse los destacamentos para Terranova y playa de Castillo Aragonés, como estaba proyectado. Ejecutó felizmente el desembarco en Terranova el conde del Castillo, alojándose en San Simplicio. Don José Deo volvió atrás por el mal tiempo, el cual en muchos días no dejó partir las galeras para Puerto-Torres, y aunque se hicieron tres divisiones, fue preciso volver a Bonifacio.

En este intermedio llegó la armada enemiga, mandada por el almirante Norris, y dando vista a Terranova desembarcó con lanchas mil hombres, que atacando a los españoles acampados en San Simplicio, se llevó prisioneros a Barcelona todos los cuatrocientos hombres y a sus jefes.

Partió el inglés (precediendo capitulación, que se hizo con el conde del Castillo, aunque en Campaña y no atrincherado) en busca de las galeras y barcos de transporte que habían salido ya de Bonifacio para la Asinara; pero éstas supieron por un oficial que se envió a Terranova a saber lo que allí se ejecutaba, que habían hecho prisioneros los alemanes a los españoles y sardos, y que buscaban las galeras. Hubo Consejo de guerra, y algunos, con el marqués de San Felipe, fueron de opinión de volver a Bonifacio y aguardar que se fuese la armada inglesa, porque como llevaba socorro de gente a Barcelona no podía entretenerse; otros, con el duque de Tursis, fueron de dictamen de volver a Génova, esforzando el remo, porque estaba el mar en calma y no podían seguir los ingleses. Se dejaron las tropas y víveres en el puerto de Azayo, a cargo del vizconde del Puerto, que salvó en tierra la gente; pero los ingleses, sin respeto a la neutralidad de Génova, tomaron, bajo del cañón de Azayo, las barcas que allí se habían refugiado. Las galeras, con la pericia en la náutica del duque de Tursis, y las pocas tropas y sardos que en ellas estaban, se restituyeron a Génova el día 23 de julio, y así se desvaneció la empresa, no con acierto concebida, y precipitada de los mismos sardos que la deseaban feliz, porque iba para ella poca gente y no fue fielmente ejecutada por la traición del duque de Uceda.

El dictamen de los que querían se entretuviese fortificado en el puerto de Bonifacio el duque de Tursis con sus galeras, miraba no tanto a la empresa de Cerdeña cuanto a entretener en aquellos mares inútilmente la armada inglesa, que estaba destinada -después de dejar las tropas en Barcelona- para hacer un desembarco en Lenguadoc y alentar la sedición de aquellos hugonotes que se habían con esta esperanza vuelto a conmover y salir armados de los montes de las Sevennas. Los ingleses, arrimados a la costa de Francia, desembarcaron por la noche hasta dos mil cerca de Agde, adonde acudió luego el duque de Recloire, y se puso en defensa la provincia, ocupando los pasos de las llanuras y el puente de Lunel, porque no pudiesen los sediciosos juntarse. Luego acometió a los enemigos con cuatro mil hombres, la mayor parte de caballería; hubo poca resistencia, porque al ver los ingleses que no tenían socorro en sus conjurados, se volvieron a embarcar con precipitación. Los rebeldes aguardaban a declararse y a salir de sus cuevas cuando se encendiese la guerra en las entrañas del reino, porque los ingleses les habían ofrecido diez mil hombres; pero viendo no ser más que dos mil, callaron hasta mejor ocasión. Con esto, la armada se apartó de aquellas costas y tomó el rumbo de poniente para no perder de vista las de España; pero como en ella toda la guerra se había trasladado al centro, hacían los aliados en tan gran armamento naval inútilmente inmensos gastos.

* * *

Crecía cada día el empeño en las dos cortes de Madrid y Barcelona, y se disputó si habían de salir a campaña sus Reyes. A ambos les pareció importante su presencia, y se resolvieron a esto. El rey Felipe, aunque su genio belicoso le llevaba a la campaña, tuvo algunos reparos por la mental guerra civil de su Palacio, donde sólo dominaba la princesa Ursini, y fuera de ella don Francisco Ronquillo, gobernador del Consejo Real de Castilla, cuya autoridad crecía con la emulación y había extendido más allá de su oficio porque el Rey había puesto en él la mayor confianza, que le fue dañosa, no porque Ronquillo no fuese el más fiel y aplicado al servicio de su soberano, sino porque ofreció para esta campaña las asistencias que no pudo ni supo cumplir. Tomó sobre sí la provisión de víveres y municiones para el ejército, y de forma expuso al Rey que nada faltaría, que se resolvió a mandar sus tropas, dándolas, por capitanes generales, al príncipe de Sterclaes y al marqués de Villadarias.

Salió el Rey de Madrid el día 3 de mayo, dejando por gobernadora a la Reina, con el Consejo del Gabinete, que se componía del duque de Veraguas, marqués de Bedmar, conde de Frigiliana y don Francisco Ronquillo; pero como no podía la Reina determinar por sí, y estaba el Rey lejos, todo el Consejo era la princesa Ursini, a cuyos dictámenes nadie se oponía, si no quería ver su ruina.

En Lérida estaban las tropas, donde juntó el Rey Consejo de guerra; se determinó pasar el Segre y se acampó en Terms; Se presentaron las tropas a Balaguer y no se pudieron acercar a su llanura hasta que se distrajeron las aguas. A la otra parte de ella estaba el rey Carlos con su ejército, regido por el conde Guido Staremberg. Dividió a los enemigos el Segre, y para venir a una batalla era preciso echar nuevo puente u ocupar el de Balaguer, aunque todo era difícil. Acercáronse los españoles a tiro de cañón; sufrían el de los enemigos sin resistencia, porque en el campo del Rey no había baterías ni trincheras; los hombres, visiblemente opuestos al peligro, formaban la línea. ¡Bárbaro examen de su

valor! Reía la inútil pérdida el alemán. Salió de madre el Segre, por las continuas lluvias, y obligó a retirarse a Lérida por su puente. Estos fueron malos preliminares a la campaña, porque en un tentativo inútil se perdieron más de quinientos hombres. Sterclaes no fue de esta opinión, sino de plantar los reales en Ribagorza, a espaldas de Balaguer, en país fértil y paraje en que se podía prohibir a los enemigos los víveres y con esto obligarlos a una batalla antes que llegasen los socorros que esperaba el rey Carlos, pues no habían parecido todas las tropas que conducía la armada de los aliados.

El día 21 de mayo puso el rey Felipe su campo en Almenara, junto Algaire. Destacó a don Antonio de Amézaga con bastantes tropas para el socorro de Arens, que le tenían sitiado los alemanes, aunque no muy en forma, con que pudieron ser fácilmente apartados de la empresa. El rey Carlos ocupó las orillas del Segre, mirando a Balaguer por la derecha, y por la izquierda a Terms. Con esto mudaron de campo los españoles a Corbins, extendida la derecha al camino de Lérida: echaron al Segre dos puentes de barcas bien guarnecidas. Los alemanes se acercaron a la raíz del monte hacia Agramont, pasando un pequeño río que llaman Sió. Con su destacamento, Amézaga tomó a Statilla y su castillo, que estaba mal defendido; hizo trescientos y cuarenta prisioneros, y dejó seis compañías de guarnición.

Estaban los alemanes atrincherados, y pasando el Segre se les presentaron los españoles en batalla, bajo el tiro de cañón, el día 10 de junio; más cerca se pusieron el día 13, pero la rehusaron, porque eran inferiores en número. Esto le bastó por gloria al rey Felipe, pero le costó alguna gente, porque el cañón de las trincheras enemigas jugaba con felicidad.

Desengañados los españoles, se acamparon entre Suar y Barbéns. Los alemanes pasaron por Balaguer el Segre; después guardaba sus orillas con mil y quinientos caballos el conde de Loviñi, gobernador de Lérida. Divulgóse el día 15 de junio que había pasado la Noguera el rey Carlos; movióse el ejército español para encontrarle, pero fue en vano, porque sólo había mandado echar a la Noguera un puente en Alfarras, para tener más campaña en que forrajear. Como había el conde Mahoni ocupado a Cervera, y el conde de Montemar los estrechos de Tora, escaseaban de víveres los alemanes; y aunque ocuparon la opuesta orilla de la Noguera, acampados entre Almenara y Portella, los tenía como bloqueados el rey Felipe, y padecían hambre; pasó ésta luego al ejército español por la incomodidad del sitio, y aquí se empezó a enflaquecer el ejército, introducidas no pocas enfermedades, por lo malsano del aire, en lugar pantanoso y ocupado de nieblas, cubierto al norte. Al rey Carlos le llegaron por caminos extraviados algunos víveres, pero las partidas del rey Felipe se los tomaban, corriendo la campaña hasta nueve leguas de Barcelona; y como estaban las tropas tan lejos de sus almacenes, permanecía el hambre.

Parece increíble que dos Reyes se aventurasen a estar en paraje donde eran las armas superfluas, para que pereciesen las tropas; y esto sin necesidad, porque aunque se obstinasen los españoles en padecer para encerrar a los enemigos, hallándose éstos más vecinos a su corte, y estando en provincia amiga, recibieron algunos socorros, con los cuales, haciendo rostro a la desgracia, la ocasionaron mayor al rey Felipe, que destruía en el campo de Ivars su ejército y persistía en él, creyendo quitar enteramente los víveres al enemigo; porque el conde Mahoni había echado al agua los que halló en Calaf, y el conde

Montemar deshizo un gran convoy en Manresa, desjarretando los bagajes que traían provisiones a Balaguer.

Estando ya ambos ejércitos casi inhábiles para grande operación, se consumían a guerra lenta; ni podía salir de sus trincheras el rey Carlos, ni forzarlas el rey Felipe. En este tiempo llegó a Tarragona la armada inglesa con seis mil alemanes veteranos, socorro el más oportuno, y que puso a los españoles en aprensión, porque ocupaban los enemigos a Ribagorza y emprendieron el sitio del castillo de Arenas, con lo cual, viendo que perecía el ejército, le movió el rey Felipe el día 26 de julio hacia Lérida, precisado, y sin alguna providencia de víveres.

Había mandado venir el rey Carlos las tropas de Rosellón y Tarragona, y el día 27 salió de sus trincheras para encontrar con los enemigos; pasó el Segre por Balaguer, y la Noguera por Alferrás. El mismo día por la mañana había el rey Felipe destacado a don Octavio de Médicis, duque de Sarno, para guardar los pasos de la Noguera; llegó tarde, o por negligente o por mal obedecido; no lo sospechó esto el Rey, y movió su ejército; a mediodía vio el de los enemigos, que no sólo había pasado sin dificultad la Noguera antes que llegase el duque de Sarno, sino que ocupaba ya las alturas de Almenara, ordenado en batalla cuanto permitía lo escabroso del sitio, que aunque no era selva, estaba desigual el terreno donde aguardaba a los españoles, que venían desordenados, no por impericia de los jefes, sino porque Sterclaes y Villadarias padecían la desgracia de ser mal atendidos de los oficiales generales subalternos, que era uno de los desórdenes del ejército español, y no poca parte de su desgracia. Aguardaban como en emboscada, detrás de una natural cortadura del collado, los alemanes, formada la primera línea de infantería y puesta toda la caballería a sus lados; no había segunda línea, porque el centro estaba poco distante, donde Staremberg unió la mayor fuerza de la infantería; y a la retaguardia estaba con dos batallones y sus guardias el rey Carlos en una altura, no lejos del camino por donde había venido.

Los españoles habían puesto toda su caballería en la manguardia, adonde pasó el rey Felipe. La necesidad de marchar prohibía el orden; pero, acometidos de los alemanes, se puso la caballería en batalla cuanto le fue posible, y se empezó con sola la caballería el combate, poco antes de ponerse el sol. Fue el primer ímpetu feroz, y rechazada la caballería alemana, la cual, huyendo, puso su ejército en tanta aprensión, no sin desorden, que avisado el rey Carlos se retiró luego a Balaguer. Los españoles no pudieron seguir a los que huían, porque lo impidió la infantería enemiga, sostenida del valor de Staremberg y Diego de Stanop. Mantúvose la acción cuanto fue posible, porque la primera línea de la infantería española socorrió a la caballería que se iba desordenando por seguir a los contrarios. Uníalos con gran trabajo el duque de Sarno, que murió gloriosamente combatiendo, porque los regimientos ingleses cerraron la izquierda de los españoles y los herían por el lado, que le desordenaron enteramente, cuando al mismo tiempo Stanop, echándose sobre la segunda línea, la derrotó, con lo cual a rienda suelta huyeron los españoles a Lérida, no siendo posible volverse a ordenar ni con los esfuerzos de los jefes, porque estaba por aquella ruda campaña toda confusa y desordenada la infantería, y ya había anochecido.

Los alemanes, que vencieron la izquierda, acometieron a la derecha; y porque allí estaba la mayor fuerza de las tropas, duró sangriento el combate, en que murieron, por la parte

del rey Felipe, los coroneles marqueses de Gironella, y don Juan de Figueroa. Gravemente herido, fue preso el general Próspero Werbon. De la parte del rey Carlos, murieron un teniente general inglés y el conde de Nasao, y ochocientos hombres entre ambos ejércitos. Era ciega la pelea, y tan confusa que se herían los de un mismo regimiento; con todo eso, echó más tropas contra los españoles Staremberg, y los derrotó; la derecha huyó a Lérida y lo propio hizo confusamente todo el ejército.

No fue de los primeros que se retiraron el rey Felipe; antes, sí, de los últimos, desamparado en aquella confusión de su ejército; pero no de sus guardias y real familia, ni de los generales. Como le buscaban, por el campo con ansia los enemigos y le hizo espaldas el marqués de Villadarias y los acometió con la gente que tumultuariamente pudo juntar, con no se contuvieron, y con haber tocado retirada Staremberg, que no quiso fiar el ejército a las sombras de la noche, aunque no muy oscura, hizo alto en el propio campo, lo que le culparon sus émulos, porque si perseguía sin intermisión a los españoles, acababa con el ejército enemigo y corría peligro el rey Felipe.

Esta es la acción de Almenara, que no fue batalla en forma, porque no peleó toda la fuerza de ambos ejércitos en campaña abierta, ni duró dos horas; pero fue una acción sangrienta ventajosa, porque el mayor número de los heridos que hubo fue el de los españoles, de los cuales, los coroneles de más valor estuvieron cuatro horas firmes en el término del campo con sus regimientos y algunos mariscales de campo y brigadieres; éstos marcharon sin fuga y muy despacio, no sólo por el honor propio, sino por la seguridad de las tropas. Llegaron a Lérida casi de día, gloriosos en la desgracia; no los nombramos por no desairar a los demás, porque hubo muchos aún de los llegados al Rey que llegaron mucho antes que él a Lérida, y alguno no tuvo sonrojo de ponerse en su presencia.

El Rey parece que no tuvo satisfacción de las disposiciones de Villadarias y Sterclaes, y envió con la mayor prisa a llamar al marqués de Bay, que, mandaba el ejército de Extremadura, ocioso después que el mariscal de campo don Juan Antonio Montenegro, sorprendió por escalada a Miranda del Duero, donde subió el primero don Antonio del Castillo, y se distinguió el coronel don Enrique Sotelo y su teniente. Pasó a mandar Extremadura el marqués de Risburg, virrey de Galicia, y el marqués de Bay, por la posta, al ejército de Cataluña, que el rey Felipe había mandado acampar entre Lérida y Alcaraz, con entera falta de provisiones, habiendo sido vanas las promesas de los que las tenían a su cargo, y por eso se mudó el campo.

El rey Carlos se acercó a Monzón y tomó el puente, y como los españoles se iban retirando hacia país más fértil y seguían los alemanes, les obligó a aquéllos la necesidad y el hambre a pasar el día 13 de agosto en Cinca; estaba el ejército cansado, consternado y no con poca aprensión los cabos. Puso el rey Felipe su campo en Torrente; y el mismo día pasó el Cinca el rey Carlos por el puente del Monzón. Con desprecio miraba Staremberg esta guerra; seguía los pasos de los enemigos, cuyas debilitadas fuerzas no ignoraba, y no quería dar batalla sino echar a los españoles a Castilla y apoderarse de los reinos de Aragón y Valencia, no creyendo verles jamás las caras, sino perseguirlos por las espaldas; así, con mucha arrogancia, lo escribió en 14 de agosto al emperador José.

El día 15, estando los españoles acampados en Peñalba, mandó Staremberg que veinte y ocho escuadrones atacasen la retaguardia, la cual cerraba cuatro regimientos de los más esforzados, que eran el de Orliens y Rosellón Viejo, el de Asturias y Pozoblanco, a los cuales socorrieron luego las guardias valonas y otras voluntariamente, impacientes de la arrogancia de los alemanes, a quienes recibieron con la muerte y prisión de muchos; hiciéronlos retirar hasta su campo, dejando siete estandartes y algunos timbales. Siguiéronlos más de una milla que dimidiaba la distancia de ambos ejércitos. Púsose en batalla el del rey Felipe y aguardó formado todo el día, pero no la quiso dar Staremberg, reservándolo para mejor ocasión, aunque muchos, en los reales del rey Carlos, estaban de opinión de no diferirla, porque también estaban cansados los alemanes y con pocas provisiones, y se enderezaba el rey Felipe a Zaragoza, donde la abundancia de víveres restituiría a sus tropas los alientos. Nada de esto convenció a Staremberg, siempre constante en su resolución, porque el campo de Peñalba no le tenía por conforme a su deseo, pues en él podía pelear abiertamente la caballería española, de la cual había formado gran concepto, diciéndole al rey Carlos que si peleaban contra ella en paraje donde no lo pudiese hacer la infantería alemana, serían siempre vencidos.

El día 18 puso el Rey su campo entre el Gállego y el Ebro, junto a Zaragoza, y aunque se reparó el ejército con abundantes comestibles, era tal la aprensión que le poseía, que estaban para cualquier función inhábiles, creyendo por sólo pánico terror ser vencidos si se daba la batalla, como decían tenía orden el marqués de Bay; y éste la daba a entender con voces tan misteriosas que los parciales de la Casa de Austria en el propio ejército del rey Felipe, las interpretaban siniestramente, y esparcían ser destinada víctima aquel ejército a la política del rey de Francia, para que, vencido, diese honoroso pretexto al rey Felipe para salir de España. El vulgo de las tropas creía ser sacrificado; y los oficiales que concurrían al Consejo de guerra lo creyeron también, viendo que, contra el parecer todos, mandó el marqués de Bay ponerse en batalla, cuando ya por Pina había dejado pasar a los enemigos el Ebro, con afectado descuido, para que fuese infalible la acción. Parecía la quería infausta, porque no sólo había dejado pasar con quietud el río a los enemigos el día 19, sino que, habiéndole también pasado por los puentes de Zaragoza los españoles, prohibió toda escaramuza y no mover armas hasta que vio compuestas las tropas del enemigo.

Este hecho, que es cierto, parecerá a la posteridad apócrifo. Nada hay más difícil de creer, que desease el marqués de Bay ser vencido, y todas las disposiciones que daba lo persuadían, a las tropas, las cuales, vencidas antes de la batalla, de su propia aprensión, no estaban capaces de ella. Estuvieron sobre las armas toda la noche que precedía al día 20, y muchos oficiales que tenían crédito de valientes, con varios pretextos se retiraron a Zaragoza. Lo que era terror en los españoles, era esperanza en los alemanes, a los cuales exhortaba con la infalibilidad de la victoria Staremberg, no ignorando lo que en el ejército enemigo pasaba, no sólo por los desertores, sino también por las espías que en él tenía el rey Carlos. Esta noche la pasó componiendo su ejército el alemán, cuya izquierda puso a cargo del conde de la Atalaya, con las tropas holandesas, y la caballería catalana, donde imaginó estaría el mayor riesgo, porque a la derecha de los españoles, que la regía el general Mahoni y Amézaga, estaba la mayor fuerza del ejército; y lo que parecía confianza, era querer evitar a los alemanes el peligro, y como sabía la costumbre de los españoles, que, venciendo en un ala consumen el tiempo en perseguir a los que huyen y

no vuelven a la batalla, creyó divertir a los más fuertes sacrificando a los catalanes y portugueses. Su derecha la regía, con los ingleses y palatinos, el general Diego Stanop, contra don José de Armendáriz, que gobernaba la izquierda de los españoles. Ocupaban los centros el marqués de Bay y Staremberg.

Al amanecer visitó el rey Felipe las líneas y se puso en una eminencia del mismo campo, de donde podía ver la batalla. El rey Carlos se detuvo en la orilla del Ebro. Empezáronse a cañonear los ejércitos, y marchaban lentamente; diecinueve mil hombres tenía el Rey Católico y seis mil más el austríaco; el campo era desigual y cortado, levantado a trechos, y por eso le llaman Monte Torrero, más difícil para la infantería, porque está como sembrado de piedra movediza; tiene en medio un gran barranco, que llaman el de la Muerte desde que se dio allí una derrota a los moros. Prohibió Staremberg a los alemanes que no le pasasen, principalmente a los infantes, porque si los rechazaban no podrían ni pelear ni huir, siendo difícil el formarse con una cortadura tan profunda. Los primeros cañonazos los dispararon los alemanes. Adelantándose a reconocer el terreno Carlos Joseph Acroy, duque de Havré, murió de uno de ellos, habiéndole pasado una bala los muslos.

Padecían mucho por la artillería enemiga los españoles, y mandó el marqués de Bay acometer; ejecutólo primero la derecha, que venció sin dificultad a la izquierda de los enemigos, y ni vencidos ni vencedores volvieron más al campo. Vengó el desdoro Diego Stanop, porque al mismo tiempo deshizo la izquierda de los españoles. Sin perseguirlos se paró en el campo para acometer por un lado al centro enemigo; pero no le halló formado, pues ya en pocos momentos había obtenido el rey Carlos la victoria, porque habiendo la primer línea del centro de los españoles pasado el barranco, estaban al extremo de él los alemanes sin moverse, muy extendida la línea para abrazar la contraria. Dispararon éstos cuando aún no habían vencido el extremo del barranco los contrarios, porque entendieron mal la orden. La misma tierra defendió a los españoles, los cuales, ya a la otra parte del barranco, dieron su descarga casi sobre el peso de los enemigos, que los recibieron con las bayonetas. Luego que dispararon, volvieron los españoles la espalda y se echaron al barranco. Los alemanes, que en los extremos de la línea aún tenían cargados los fusiles, dispararon con tanta felicidad que no erraron el tiro, porque estaban empleados sus enemigos en subir la opuesta parte de la cortadura.

La primera línea de los españoles, que precipitadamente huía, turbó a la segunda, y huyeron ambas sin que lo pudiesen resistir los ruegos y amenazas de los oficiales. Seguía la caballería alemana, victoriosa, despedazando a su arbitrio a los que bajaban confusos por el campo. Trabajó mucho el marqués de Bay en unir algunas partidas, ayudado del brigadier don Jerónimo de Solís, que no iba lejos. Rehiciéronse los regimientos de guardia y se volvieron a formar. También unió su regimiento de Sicilia don Pedro Vico, que recibió dos graves heridas. En algunos ribazos se unían los más esforzados para resistir el ímpetu del vencedor, pero en vano; todo lo corrió la espada enemiga, que gozó de una perfecta victoria, sin que le costase sangre. Poca vertieron los vencidos, porque no llegaron a cuatrocientos los muertos. Los prisioneros fueron cuatro mil soldados y seiscientos oficiales; perdióse el cañón, gran número de banderas y estandartes.

Esta es la batalla, de Zaragoza, indecorosa a los vencidos no por serlo, sino por no haber peleado. El rey Felipe, al ver perdida la batalla, partió para la corte y entró por Agreda a

Castilla; luego se rindió al vencedor Zaragoza y todo el reino de Aragón. El rey Carlos, que esperaba el éxito de la batalla en la cartuja, corrió riesgo de ser preso de aquellos españoles del ala derecha, que vencieron la izquierda de los portugueses. Estaba con cincuenta caballos, y le persuadían los suyos que se retirase más adentro; pero constante en el riesgo, no quiso, y se volvió a las orillas del Ebro. Fue a encontrarle Staremberg y le dijo *que le había ganado la batalla y la Monarquía*, porque tenía por decisiva la acción. Creyeron, los alemanes que no de miedo, sino de industria, se habían dejado ganar los españoles, para dar el reino a los austríacos. Esta voz la alentaba el que no era probable una batalla intempestiva sin más profunda intención. El rey Felipe vino forzado en ella.

Los poco afectos decían que había sido a persuasiones de la Reina y de la princesa Ursini, de acuerdo con el Rey Cristianísimo, para poderse hacer la paz, vencido ya el ánimo del rey Felipe a contentarse de salir de la España y tomarlos reinos que en la Italia le daban. Lo contrario de esto nos consta. No había en el ejército víveres ni dinero; desertaban a centenares los soldados, tanto, que de la acción de Almenara a la de Zaragoza se habían pasado al rey Carlos más dedos mil, con lo cual se iba perdiendo el ejército, y ya que era infalible la ruina, era mejor probar la suerte. Estas razones obligaron al Rey a consentir en la batalla; traíalas estudiadas desde Madrid el marqués de Bay; dicen que con siniestra intención le influyó la princesa, pero esto no nos atrevemos a asegurarlo. La Reina es cierto que nunca se apartaba del dictamen de su esposo, y no pensó jamás el magnánimo corazón del Rey Cristianísimo comprar la paz a tanto precio, poniendo en evidente riesgo y desaire a su nieto. Ni quieren dar materiales los reyes a los triunfos del enemigo para que quede en la posteridad más glorioso, pues los príncipes grandes no sólo deben disputar la tierra, sino también la gloria.

Aunque la, tierra abierta de Aragón cedió a la fuerza del vencedor, quedaron por el rey Felipe las plazas que tenía en Cataluña y Valencia; no aflojaron sus gobernadores en el cuidado de guardarlas y hacerse respetar del confín, y más cuando las tropas enemigas estaban todas en Zaragoza, donde se aclamó nuevamente al rey Carlos, después de rendido por capitulación el castillo de la Inquisición, adonde se refugiaron el gobernador de la ciudad con algunos oficiales y heridos que quedaron prisioneros.

Sin tener noticia de dónde estaba el rey Felipe, hicieron un gran Consejo de guerra los alemanes. Era la duda si tomando cuarteles en los límites de Castilla se debía enteramente sujetar el reino de Valencia, recobrando a Alicante y Denia, y sacando de las plazas de Cataluña a los españoles, o si se había de ir a conquistar, el reino de Navarra, empezando por Pamplona, o a la corte, para dominar las Castillas.

Los que creyeron decisiva esta victoria y que ya estaba subvertido el Trono, fueron de este último dictamen. Decían no haber ya fuerzas en España para disputar el reino a los austríacos, estando ya vencidas, separadas, muertas o prisioneras las tropas que había en ella. Que las pocas que mandaba el marqués de Risbourg en Portugal no bastaban para oponerse a los portugueses, que luego con estos avisos romperían los términos de Castilla. Que el rey Felipe había tomado el camino de Navarra, evidente señal de refugiarse a la Francia por Vizcaya, asintiendo al sistema del Rey Cristianísimo de que le darían algo en la Italia si dejaba las Españas. Estar ya consternados los ánimos, pobres, abatidos y cansados de la infelicidad del príncipe los pueblos; disgustada la nobleza, opresa con ultrajes, prisiones y destierros; alguna parte de ella, firmemente parcial de los

austríacos, y otra, ya bajo de sus banderas. Que saliendo de la prisión el duque de Medinaceli, no hay duda que conmovería parte de las Castillas y que desde Madrid, reinando el vencedor se podrían enviar tropas para sacar de donde estuviese el actual dominante, ya sin auxilio de franceses, por lo que nuevamente el rey de Francia ofrecía, resumiendo los tratados de Gertrudemberg, y sin caudales de dinero no podría mantenerse en parte alguna de la España, donde no le quedaba más plaza que Cádiz, no siendo probable se encerrase en ella sin armada. Que no se debía dejar respirar las Castillas ni Andalucía, porque no hiciesen esfuerzos para componer otro ejército, que no lo harían si veían en la corte al nuevo Rey fortalecido de vencedoras tropas, que sólo con él nombre triunfarían de cualquier pequeña dificultad que se les ofreciese; y rendidas las Castillas, no hay duda harían lo propio Valencia y Navarra, y sólo con el bloqueo de las plazas que quedaban en Cataluña, de cuya poca guarnición no había que temer nada, aunque se dejasen atrás.

De esta opinión fueron el general de Stanop, con todos los cabos ingleses; el conde de la Atalaya, con los de Portugal, y los españoles, que seguían las banderas del rey Carlos, principalmente el duque de Nájera, los condes de Gálvez, Cifuentes, la Corzana y Eril. Estos, por ambición y rabia contra los castellanos, y los ingleses, por acabar con este guerra o desengañarse. Y añadió Stanop *que estas instrucciones tenía de Londres, porque ya no se podían tolerar los gastos de la guerra de España, a la cual era menester rendir o desamparar*.

Staremberg, con los alemanes, eran de contraria opinión, y afirmaban se debía ocupar antes la Navarra y tomar el castillo de Pamplona con las demás plazas de la Vizcaya, y por la provincia de Álava y Rioja entrar en Castilla hasta Salamanca, llamando las tropas de Portugal, con las cuales se había de atacar la Galicia, y juntamente pasar a Andalucía y sitiar formalmente a Cádiz, haciendo entrar tierra dentro el presidio del Gibraltar. Que tomado lo más fuerte, importaba poco que el rey Felipe se conservase en la nueva Castilla, porque ni podía juntar tropas ni las podría enviar el Rey Cristianísimo, estando ocupados estos pasos; el cual no quería sacar a su nieto de España, aunque así lo daba a entender, para engañar a los de la Liga y tomar tiempo, porque veía que en guerra de tantos auxiliares, alguno se había de apartar precisamente; que la guerra se hacía con tropas y no con la propia voluntad de los parciales, cuando se había conocido claramente que los magnates de España, que tanto blasonaban de poderosos, no podían poner en campaña cien hombres, y que sí se había de esperar en ellos, no tenía pocos de su partido el rey Felipe, y quizá los más cuerdos.

Que no se querrían cargar de nota alguna mientras estuviese en España el Rey que habían jurado, porque también estaban obligados a defender el príncipe de Asturias, que era español, y querían más que a otro alguno. Que si dejaban libres las Andalucías y Extremadura, no podrían pasar los portugueses y se restauraría luego el rey Felipe, porque su caballería estaba toda en pie, y que de la infantería sólo le faltaban cinco mil hombres, que cada día volvían a buscar sus banderas. Que había en el año de seis mostrado la experiencia el error de ir a Madrid, el cual no era más que un lugar abierto, porque la corte la hacía la persona del príncipe, y ahora la más magnífica era una tienda de campaña si resolvía el rey Carlos seguir el ejército, porque era el mejor expediente quedarse en Zaragoza con alguna gente y plantar allí sus tribunales, hacer nuevas levas y

atacar por la Cataluña a Valencia con tropas superiores a las que mandaba don Antonio del Valle, al cual sería fácil echar, porque era todo el reino parcial de los austríacos, y ahora más enemigo de los Borbones. Que las conquistas se debían hacer con inmediación y no a saltos, y que se debía ahora empezar la guerra más seriamente para mantener la conseguida victoria, que era, sin duda, decisiva usando bien de ella, e inútil si se creía, sin más diligencia, decisiva. De esta opinión de los alemanes era el rey Carlos; pero no la podía seguir, porque dijo resueltamente Stanop *que no tomaría con sus tropas otro camino que el de Madrid. Que la reina Ana había ofrecido a los austríacos entregarles el Trono, y que ellos se le habían de conservar. Que eso estaba cumplido poniendo al Rey en la corte, y que lo demás lo pensasen los alemanes y españoles, porque la Inglaterra no había de llevar enteramente carga tan pesada que la estaba empobreciendo.*

Prevaleció el parecer de los ingleses, aun repugnando Carlos, que escribió a su mujer *que aquéllos tendrían la gloria si el éxito era bueno, pero el daño, si malo*.

Por los confines de Navarra marchó el ejército vencedor y tomó los lugares abiertos que estaban en el camino. Obedecían involuntarios los navarros constantes en su fidelidad. Fue en esto insigne la ciudad de Tudela, aunque ocupada de algún presidio alemán. Era virrey de Navarra don Fernando de Moncada, duque de San Juan, hombre de incontrastable fidelidad, el cual, viendo desprevenido el castillo de Pamplona, pidió gente a la Francia, y el mariscal de Monrebel le envió, de orden del Cristianísimo, seiscientos hombres, y se abasteció de víveres y municiones el castillo, de género que en treinta y seis días estaba ya capaz de una dilatada defensa. Había recogido el marqués de Bay las reliquias del vencido ejército con gran cuidado y puéstolas en Soria, a cargo del teniente general don Manuel Sello. Siete mil hombres era toda la suma de estas tropas, pero había en otras partes algunas partidas de caballería que se estaban uniendo, y los oficiales se retiraban a Soria y Pamplona esperando la orden del Rey. Huían cada día los prisioneros que estaban en Aragón, y ya en la última revista se hallaron en Soria nueve mil hombres, mantenidos a expensas de la provincia.

Admirará la posteridad el amor, la constancia y la fe de los reinos de Castilla que, a porfía, no cansados, sino estimulados de la desgracia de su príncipe, ofrecían sus bienes, sus haciendas y sus vidas para reparar el daño; mantenían a sus expensas las tropas, hacían levas de gente, y, aplicados a lo que llaman *causa común*, a nadie amedrentó el infortunio, antes fortificó la fidelidad con excesos tales, que no se daría crédito a estos COMENTARIOS si escribiésemos lo particular de cada pueblo y cada individuo.

El rey Felipe con decreto de 7 de septiembre, mandó pasar la real familia y tribunales a Valladolid, permitiendo a los que no podían seguirle el quedarse en la corte, como no ejerciesen su oficio los que se hallaban ministros. El día entes había convocado a la nobleza, y dejado libertad de seguirle o no, con expresiones de la mayor confianza en su fidelidad. Creyeron muchos que esta fue arte para experimentar los más leales y afectos, porque parecían equívocas las palabras, no muy gratas a los magnates, que no las querían tan oscuras, sino más determinadas, y así pidió explicación de ellas el conde de Lemos, y adhirió el marqués del Carpio, escarmentados de lo que les sucedió el año sexto de este siglo (como ya hemos visto), y dijeron estar prontos a lo que el Rey deliberadamente ordenase. También esta era otra astucia para preservarse con preceptos de la ira de ambos príncipes; pero el Rey, con palabras aún más equívocas, dejó la duda en pie, o para

experiencia de espontánea fineza de seguirle, o por no aventurar el no ser obedecido, porque en tanta declinación de su poder receló declinase la autoridad y la obediencia.

Manteníanle en perplejidad cuantos querían (sin que fuese a costa de su honor) prestar obsequios el rey Carlos, pero la quitaron con abierta resolución y propalaron su ánimo de no dejar al Rey los duques de Montalto, de Montellano, de Medinasidonia y el conde de Frigiliana. Luego asintieron casi todos a tan heroica resolución; el Rey mandó conducir a Francia, al castillo de Burdeos, al duque de Medinaceli, y partió con su familia (aunque el príncipe de Asturias con calentura) para Valladolid el día 9 de septiembre.

Siguiéronle los magnates y nobles de más distinción, y después otros muchos, sólo por no ver el dominio de los austríacos; otros, por necesidad de seguir los tribunales; tanto, que salieron de la corte treinta mil personas. No se creyera, si no se hubiera mandado tomar razón de los que entraron en Valladolid y otros parajes, de orden del presidente de Castilla, don Francisco Ronquillo, que también partió puntualmente con su Consejo, y los que componían el del Gabinete, y se quedaron en Madrid, despachados por particulares intereses, el conde de Palma, el marqués de la Laguna y el duque de Híjar con intención de pasarse al partido austríaco, como después lo ejecutaron. Muchas de las señoras se fueron a Toledo, y otras a sus Estados. Quiso salir el marqués de Mancera, pero el Rey le mandó lo contrario, porque tenía más de cien años y era hombre de inalterable fe; luego se retiró al convento de San Francisco. También por su vejez y achaques (consintiéndolo el Rey) se quedó en Madrid el marqués del Fresno.

Estaba en su destierro el duque del Infantado y pidió al Rey licencia para seguirle, que la obtuvo con palabras sumamente benignas, y así lo ejecutó. Llegó el Rey a Valladolid, y el duque de Medinasidonia echó la especie que debían los magnates propalar al rey de Francia su constante fidelidad, explicar la necesidad de que con la mayor prontitud enviase socorros, porque, como sabía en cuán mala opinión habían puesto a la nobleza española con el Cristianísimo sus ministros, recelaron que dando por desesperado el remedio, descuidase de él, y más cuando no estaban los tratados de paz enteramente desvanecidos, porque ya consentía la Inglaterra en formarlo al rey Felipe un trono en Italia. Fue aprobado de todos, menos del duque de Osuna, el dictamen del de Medinasidonia, no porque a aquél le aventajase nadie en el amor al rey Felipe, sino porque le pareció indecoroso a la nación clamar por extranjeros socorros, ya una vez desamparada de los franceses la España, en la cual creía haber fuerzas para reparar el daño si se aplicaban las necesarias diligencias y caminaban todos de buena fe. Esta delicadeza pareció intempestiva, y no fue atendido su dictamen.

Formó la carta para Luis XIV el conde de Frigiliana, hombre de elegante pluma y de feliz explicación; concibióla con los términos más obligantes y expresivos, sin abatir la nación española, antes sí ensalzando su fidelidad y no disminuyendo su poder; pero el mal era tan grave y perentorio, que se necesitaba de los auxilios de la Francia por no depender del beneficio del tiempo. Firmaron la carta los duques del infantado, de Populi, de Atri, de Medinasidonia, de Montellano, de Arcos, de Abrantes, de Baños, de Veraguas, de Atrisco, de Sesa, de Jovenazo y de Béjar; los marqueses de Priego, de Astorga, de Aytona, de Bedmar, de Villafranca, de Montealegre, de Almonacid y del Carpio; los condes de Lemos, de Peñaranda, de Benavente, de San Esteban del Puerto, de Oñate, de Frigiliana, de Baños y el condestable de Castilla. También hubiera firmado el marqués de

Camarasa; pero estaba enfermo. Estos eran los que se hallaban ya en Valladolid, y los mismos escribieron al duque de Alba, embajador en Francia, otra carta para que entregase aquélla al Rey Cristianísimo, e hiciese los mayores esfuerzos por socorros, mientras sin dilación alguna se formaba en España nuevamente un ejército.

El rey Luis, cuanto tuvo amargura del suceso, mostró complacencia de esta carta, que leyó muchas veces, y, exagerada del Delfín, se resolvió a enviar luego a España catorce mil hombres por la Navarra baja o la Vizcaya, y si no los había menester en Castilla el rey Felipe, que con ellos y otras tropas del Rosellón, sitiaría a Girona el duque de Noailles, para hacer una gran diversión a los enemigos.

Pidió el Rey con carta aparte a su abuelo le enviase al duque de Vandoma para mandar su ejército; luego pasó con el de Noailles a Valladolid. Tenían orden de mirar de cerca el estado de las cosas; ver si aquella carta que firmaron treinta grandes era sólo cumplimiento o realidad, y si había fuerzas, para que el socorro que se meditaba enviar no fuese inútil; porque, ufanos de la victoria los enemigos, no sólo la engrandecían, sino que también publicaban sin remedio el mal, y añadían algunas falsedades probables para consternar el ánimo del Rey Cristianísimo y apartarle del empeño. Relaciones vimos públicas y secretas sacadas de las cortes de los aliados donde estaban con tal arte entretejidas las verdades con los embustes, que nadie creía en la Europa que podía restablecerse el rey Felipe.

Apenas marchando hacia Madrid, dejó los términos de Aragón el rey Carlos, cuando los españoles que presidiaban a Lérida, Tortosa, Monzón y Mequinenza, ocuparon los caminos de género que no se tenía en Cataluña noticia alguna del Rey y de su ejército, lo que afligía no poco aquella corte, porque también los españoles, para consternar la provincia, divulgaban mil falsedades que eran fácilmente creídas de los que ignoraban la aversión de los pueblos de Castilla al rey Carlos; los cuales, consiguientes en lo que habían obrado cinco años antes, dejaban las poblaciones, gastaban las aguas, quemaban los forrajes y víveres, aun los que necesitaban para su alimento.

Dudóse en el ejército del rey Carlos sobre la marcha, si se destacarían a lo menos dos mil hombres contra el reino de Valencia para darse la mano con los que habían de partir de Barcelona, y no quiso Staremberg desmembrar el ejército, ya que todo había de pasar a Castilla, y así, el conde de Saballá, que estaba destinado por virrey de Valencia, partió de Barcelona a esta empresa con ocho naves, mil catalanes de desembarco de un nuevo regimiento y todos los valencianos que estaban en aquella corte a esta empresa. Habíala fomentado la condesa de Oropesa (bien que ya había muerto el conde, su marido), escribiendo a algunos valencianos de aquella nobleza, y dijo falsamente que entraba en la conjura don Antonio del Valle, gobernador de las armas de aquel reino, el cual, no ignorando que venían a atacarle y que alguna interna conmoción había en los ánimos, juntó al magistrado y nobleza y oró con eficacia y fortuna por el rey Felipe, al cual dijo mantendría el reino hasta verter con sus tropas la última gota de sangre. Que nada pedía sino la quietud, pues sólo con sus armas haría frente a los enemigos. Que en caso de ser vencido, podrían ellos deliberar de sí, acordándose siempre de cuantos males y desgracias les había ocasionado la guerra y la indignación justa del poder de las armas del Rey Católico. Que aun habiendo otra vez salido de la corte, nada habían sacado sino el

escarmiento sus enemigos. Que creyesen a la experiencia y no a las falsas sugestiones de los rebeldes de su propia patria, para labrar, de sus ruinas su fortuna.

Todos ofrecieron fidelidad al rey Felipe, y la nobleza, sus vidas y haciendas. Llegó con la referida escuadra el conde der Saballá a la playa de Valencia; hizo el primer desembarco de trescientos hombres, y acudió a las marinas con dos mil caballos. Don Antonio del Valle vio al amanecer a los que pisaban orgullosos la arena, acometiólos y los puso en vergonzosa huida. Volviéronse tumultuariamente a embarcar; fiaban más en las ocultas inteligencias que en las armas; calló la tierra toda y se aseguraron por el Rey los pueblos. Don Antonio mostró su fidelidad y lo falso del esparcido rumor, para que el miedo de él le hiciese prevaricar. Los jefes de aquella mal ideada expedición volvieron con la gente a Barcelona, desairados. La reina Isabel se quejó de la condesa de Oropesa y de haber sido engañada.

No daba paso que no fuese infeliz el rey Carlos en Castilla, porque era menester para la obediencia usar del mayor rigor, que degeneró en ira, y en tal desorden que ejecutaban los alemanes e ingleses las más exquisitas crueldades contra los castellanos. Los herejes extendían su furor a los templos e imágenes, haciendo de ellas escarnio, y servirles torpemente a su lascivia. Bebían en los sagrados cálices, y, derramando los Santos Óleos, ungían con ellos los caballos y pisaban las hostias consagradas. Se halló en un lugar llamado Tartanedo un lienzo echado en un rincón de una casa, en que habían los herejes que en ella se alojaban envuelto unas partículas consagradas que bañaron el lienzo en sangre, en forma de seis partículas perfectamente impresas, el cual muchas veces lavado las conserva; le hemos visto, y reverentemente besado con nuestros labios. Después le vieron infinitos de los que con el rey Felipe volvieron a Castilla, y el duque de Montellano le hizo once veces lavar en su presencia sin que pudiesen quitar la impresión viva de aquella divina sangre, y juraron los testigos presentes al desenvolver el lienzo cuando le hallaron que la vieron por él correr a trechos.

No llegaban a los oídos del rey Carlos estos desórdenes, que no los permitiría su piedad y religión. Servíase de tropas auxiliares y era preciso contemplarlas, sin averiguar, exactamente, sus operaciones, porque se aventuraba el respeto. Mal recibido de todos los lugares por donde pasaba, llegó a vista de Madrid el ejército el día 27 de septiembre. Era corregidor don Antonio Sanguineto, elegido por el Cuerpo de la villa en esta ocasión, con aprobación del rey Felipe, porque se había pasado a Valladolid el conde de la Jarosa, que ocupaba este empleo. Había el rey Carlos recibido el homenaje de la villa desde que llegó el ejército a Alcalá de Henares, porque se evitase toda hostilidad. Así lo había dejado ordenado el rey Felipe, que estaba vivo en el corazón de los de la corte de Madrid, que admiró Stanop (que entró primero) la general tristeza del pueblo, pues estaban cerradas las más de las casas, tiendas y oficinas; pocos niños aclamaban al austríaco príncipe, y no lo hacían sin recibir dinero del general inglés que, vuelto a los reales, vaticinó tristemente. Estaba entonces el rey Carlos en Villaverde, y después pasó a la quinta del conde de Aguilar, donde aguardaba los obsequios de los magnates, que sólo acudieron el duque de Híjar, el conde de Palma y el marqués de Laguna, que, como dijimos, se quedaron en la corte. También le prestó obediencia el arzobispo de Valencia, el conde de Cardona y otros nobles de menor esfera.

Luego desesperó el rey Carlos de serlo de Castilla sin la fuerza, y así lo significó a Staremberg, diciéndole que usase del rigor, porque estaban rodeados de desafectos. Luego se conoció el error de Stanop en querer venir a la corte, porque, aunque estaba a vista de ella acantonado todo el ejército, cerraban con partidas de caballería los pasos, y por el monte de Guadarrama para Madrid, por todas partes don Feliciano Bracamonte y don José Vallejo, hombres del mayor valor, pericia y fidelidad, los cuales tenían contra el ejército enemigo tantas espías cuantos moradores había en los vecinos lugarejos.

Formóse en el campo un Consejo de Gabinete en que fueron admitidos el arzobispo de Valencia y el duque de Híjar. Siempre discordaban Stanop y el príncipe Antonio de Leichtestein, a quien adhería Staremberg; pero prevaleció el dictamen del secretario del Despacho Universal, don Ramón Vilana Perlas, que gozaba enteramente del favor del rey Carlos, de quien interceptó don José Vallejo una carta que escribía a la Reina, su mujer, quejándose de los dictámenes del general inglés, que le había traído a experimentar el desafecto de los castellanos, pues era cada día mayor, y que, sólo tres hombres de distinción habían pasado a su partido, pero pobres y de corta autoridad. Que muchas mujeres de los grandes que estaban con el príncipe Eugenio le habían prestado obediencia, algunas veces en público y otras en secreto, para estar en ambos partidos, siendo ya claro que el suyo sólo se podía adelantar a fuerza de armas

También se interceptaron, cartas de la reina Isabel al rey Carlos, en que se quejaba de la frustrada expedición de Valencia, y que ocupaban los caminos los españoles. Estas cartas, que trajo don Jerónimo de Solís a Valladolid, mandó el rey Felipe leer en público en sus antecámaras, y expresó el agradecimiento que debía tener a los castellanos.

Mandó el rey Carlos abrir las cárceles, y salió de ellas don Bonifacio Manrique, que luego siguió las banderas austríacas, y el que era en la prisión inocente fue en la libertad reo. Pasáronse al mismo partido don Antonio de Villarroel, teniente general, después de haber recibido ayuda de costa del rey Felipe para seguirle; don Luis de Córdova, hermano del marqués de Priego; don Jaime Meneses de Silva, hermano del conde de Cifuentes; el marqués de Valparaíso y el de Valdetorres, los más sin otro motivo que amar la novedad. A éstos los llamaba públicamente Staremberg cristianos nuevos; Stanop, traidores; Antonio de Leichtestein, hombres sin ley; don Ramón Vilana Perlas, desesperados, y el rey Carlos, miserables.

Estos epítetos ganaron los que ya creyendo subvertido el trono del rey Felipe le adelantaron al obsequio de su enemigo, de quien no lograron aprecio; otros nobles y títulos que estaban descontentos de su fortuna, se pasaron también. Grandes de España, ninguno más que el conde de Palma. El duque de Híjar no lo era sino por su mujer; el marqués de la Laguna aún no lo era, porque vivía su madre, la condesa de Paredes, que también reconoció al nuevo Rey. Ni aun con ser llamados de un edicto parecieron otros; estaba éste concebido con términos de la mayor clemencia: ofrecía general perdón, bienes, prerrogativas y honores a los que en el término de un mes reconociesen por Rey de las Españas a Carlos III.

Mandó salir de los monasterios a las mujeres de grandes, que a ellos se habían retirado, y que pasasen a Toledo, adonde se había prestado el acostumbrado juramento, y le ocupaban un regimiento de infantería con el conde de la Atalaya. Muchas señoras no

obedecieron y se quedaron en los conventos, y una de ellas fue la duquesa de Medinaceli. El duque Vandoma, como capitán general de las tropas, se quejó a Staremberg de esta usada severidad con mujeres de tan alta esfera, y respondió *que era para mayor seguridad de sus personas, y que se dejarían en libertad cuando la tuviesen los maridos*. Con esto daba a entender lo que no creía: de que seguían al rey Felipe violentos, y aunque en parte no era vana la sospecha, estaban violentados de su propio honor los que no inflamados del afecto.

Habían los tribunales del rey Felipe pasado con la Reina a la ciudad de Vitoria, y no halló el rey Carlos en la corte ministros para formar los suyos, y así creó por presidente de la Sala Criminal de Alcaldes a don Francisco Álvarez Guerreros. Nombró ministros y sólo dio despachos en ínterin, por no quitar a los ausentes la esperanza de volver a sus empleos; quitó el de corregidor a don Antonio Sanguineto y puso al marqués de Palomares, y esto acabó con la providencia para los víveres y con la quietud del pueblo, porque la prudencia y ajustada dirección de Sanguineto contenía en orden al vulgo, ya inclinado al tumulto por falta de pan, pues no permitían las partidas de caballería de Vallejo y Bracamonte que se introdujesen en Madrid, ni los aldeanos querían traerlos, por si el hambre ocasionaba una rebelión y llegaban a las armas. Esta malicia oportuna, aunque ajena de caridad, fue de suma importancia, porque no se podía mantener un ejército de veintiocho mil hombres y tan gran cantidad de bagajes en un lugar que ya padecía entera falta de todo, y de quien violentamente se sacaba el preciso alimento, por no haber otro remedio de subsistir las tropas; y aunque enviase el rey Carlos partidas de caballería por los vecinos lugares a buscar víveres, les hacía tantas emboscadas don José Vallejo, con exacta noticia de la tierra y el favor de los paisanos, que nada lograban los alemanes, siempre vencidos o ahuyentados.

Determinó el rey Carlos hacer su pública entrada en la villa, y visitando antes el santuario de Nuestra Señora de Atocha, subió por la propia calle, acompañado de dos mil caballos que le precedían de sus guardias y su familia; ni aún la curiosidad movió al pueblo y, retirado a sus casas, rebosaban melancolía las plazas. Oíanse voces de niños que, atraídos con dineros, aclamaban al nuevo Rey; y alguna vez se oía aclamar a Felipe V. Esto hirió altamente el ánimo del príncipe austríaco, y al llegar a la puerta que llaman de Guadalajara, sin proseguir hasta el Real Palacio, como era costumbre, declinó por la derecha, y por la calle de Alcalá y su puerta volvió a salir de Madrid, diciendo que era una corte sin gente.

Desterró a muchos que le parecía promovían el afecto a su enemigo; mandó que entregase las armas el pueblo, pero no fue obedecido; más fácilmente logró que entregasen los caballos, porque los necesitaba el ejército para reclutar los que habían perecido por falta de forraje. No dejaba de reconocer cuán difícil era mantenerse en aquella corte, y mientras embarazaba la variedad de dictámenes las operaciones del ejército, prosiguió en formar tribunales y proveer los principales empleos. Dio la presidencia de Castilla al conde de Palma, y éste se excusó de ella sirviéndola en ínterin el marqués de Castrillo; la presidencia de Hacienda, a don Atanasio Esterepa, obispo de Nicopoli, y se dio plaza en este Consejo a los condes de Clavijo y de Belmonte; mandó presidir en el Tribunal de Cuentas al marqués de Canillejas; en el Consejo de Indias, a don Pedro Gamarra, donde se nombraron por consejeros al marqués de Laguna y a don

Ramón Portocarrero. No se dio esta presidencia porque la tenía en propiedad el duque de Uceda, de quien había recibido el rey Carlos ocultamente no pocos servicios. Nombróse por virrey de Aragón al duque de Híjar.

Viendo ya abierto el camino a las mercedes, prestaron obediencia al rey Carlos los marqueses de Corpa y de las Minas, los condes de Siruela y Hernán-Núñez; cargó gran golpe de memoriales, tanto, que dijo el rey *que había hallado quien le pedía, pero no quien le sirviese*. El decreto le dio en voz el secretario, diciendo *que Carlos III, hasta entonces, no era más que general de sus tropas; que se despacharían en el Trono las pretensiones*. Deseábase mucho traer al obsequio al marqués de Mancera, que estaba retirado en el convento de San Francisco, como dijimos; fuéselo a persuadir don Luis de Hijar; pero, constante el marqués, respondió *que no tenía más que una fe y un rey, viviendo el cual no podía jurar otro; que estaba ya vecino al sepulcro, porque pasaba de cien años, y que no quería poner este borrón en su nombre*.

No sacó otra respuesta el general Stanop, que fue después a verle; admiró su firmeza, y no le pareció al rey Carlos usar del rigor con un hombre medio difunto. Lo propio ejecutó con el marqués del Fresno, que no quiso reconocerle. Estos mismos ejemplos tomaron muchos que, retirados en sus casas dentro de Madrid, nunca prestaron obediencia.

Iba desmembrando el ejército la disolución de los soldados, la gula, la embriaguez y la lujuria. Llenáronse los hospitales, y a pocos aconteció la suerte de salir de ellos, porque los cirujanos les envenenaban las llagas con mortal odio, y los que podía la gente del pueblo matar alevosamente, lo contaba en triunfo. Disminuíase la caballería por instantes, vencida en partidas de las de Vallejo y Bracamonte, el cual tomó muchos equipajes que se restituían a Aragón, y envió al rey Felipe la plata y el dinero que se halló en ellos (¡rara y maravillosa moderación en un soldado!). Don José Vallejo se atrevió a tomar algunos carros de víveres de las puertas de Madrid. Deshizo ochocientos caballos que con el barón de Vecel pasaban a Zaragoza. Sorprendió en Ocaña a un regimiento de portugueses y en las alturas de Alcalá burló la arrogancia del general Stanop, que con dos mil caballos le buscaba. Llegó su osadía a querer coger al rey Carlos en El Pardo, adonde había salido a caza, y lo hubiera logrado si no estuviera avisado el Rey de uno de los guardias del bosque, que temió ser todos pasados a cuchillo si esto sucedía. Al fin logró don José Vallejo hacer molesto su nombre a los enemigos y tener inquieto y sin víveres el ejército. No grandes, pero oportunas hazañas, que le dieron no pequeña gloria.

Toda la disposición de Staremberg era aguardar a que entrasen por la Extremadura los portugueses, para irles al encuentro, y unidos los ejércitos atacar en cualquier paraje las tropas que estaba volviendo a juntar el rey Felipe, de las cuales se nombró por general al duque de Vandoma. Se crearon por capitanes generales al duque de Populi, al conde de Aguilar, al marqués de Toy, al de Aytona y al conde de las Torres, y se mandó venir al marqués de Valdecañas, que ya lo era. Herido de alguna envidia de no serlo también el duque de Osuna, se retiró con la Reina a Vitoria, y se alojó en un pequeño lugarejo con su hermano el conde de Pinto, no sin la censura de que reparase en estas delicadezas a tiempo que el Rey estaba en la más ardua y fatal coyuntura, y que tenía en evidente peligro su Corona.

No creerán los venideros siglos tantas dificultades allanadas insensiblemente en cincuenta días, y que se los hayan los enemigos dado de tiempo al rey Felipe para restaurar su ejército que ya se componía de veinte y dos mil hombres. Esta gente se juntó a expensas de los reinos de Castilla y Andalucía; se armó y vistió con el cuidado del conde de Aguilar y la actividad de don Baltasar Patiño, marqués de Castelar, hombres ambos de la mayor eficacia en los negocios y de incomparable inteligencia en la mecánica de la guerra, en la cual excedía a los más experimentados el conde, sin quitarles su militar pericia y valor. Ninguno en esta ocasión sirvió más al Rey Católico, facilitando al parecer imposibles; porque de un ejército vencido, derramado y abatido; de un erario exacto y sin fondos; de un reino vacilante, y solo voluntariamente y por su fidelidad sumiso, formó un ejército que, como veremos, restableció el trono a la Casa de los Borbones que reinaba en España.

Todos los lauros de la victoria perdió en los ocios de Madrid Staremberg. Parecía que tenía aquella corte narcóticos o beleños para adormecer los ánimos, pues no escarmentados del error del marqués de las Minas y Galloway, el año de 1706, que dieron cuarenta días de tiempo al rey Felipe para reunir sus tropas y que bajasen de la Francia socorros, ahora le dio mayor dilación Staremberg esperando que los portugueses entrasen por Extremadura, lo que solicitaban incesantemente sin fruto, porque el rey Felipe, dejando a Valladolid, puso su ejército en Almaraz, ocupó el puente y dispuso sus tropas, de género que no podía a un tiempo ser atacado de ambos ejércitos, y se hallaba con fuerzas no sólo de resistir a uno, sino también con probabilidad de vencerle. Esta disposición y acampamento salvó a la España, porque no podían ya por parte alguna pasar a Tajo los portugueses, y aunque estaba poco distante el puente que llaman del Arzobispo y el de Alcántara, todos estaban fortificados y bien guarnecidos, y guardaba otros pasos el marqués de Bay con la mayor vigilancia. Ni por Galicia podían hacer alguna distracción, porque vigilaba en sus límites con buen número de gente el marqués de Risbourg.

Quisieron los portugueses, desesperados, entrar en Castilla, atacar por la Andalucía, y tomaron a Jerez de la Frontera con poco trabajo; pero luego retrocedieron para observar el ejército enemigo, por si había forma de juntarse con los alemanes, lo que hubieran conseguido si luego que se perdió la batalla de Zaragoza hubieran ocupado la Extremadura, porque eran inferiores las tropas que allí tenía el rey Felipe. Esta culpa cargaban sobre los portugueses los ministros austríacos, pero el rey don Juan de Portugal no quiso aventurar otra vez su ejército, no olvidado de que por semejante osadía había perdido, bajo del mando del marqués de las Minas, todas las tropas de su padre, y así se contuvo hasta que pudiese, sin riesgo, juntarse a los alemanes.

Esto no pudo lograr, porque pasó la oportunidad, de lo que dependió toda la fortuna del rey Felipe. Dieron por disculpa que no tenían prevenidos víveres para marcha tan incierta y dilatada en país tan enemigo. Esta misma dio Staremberg para entretenerse en Madrid y esperar noticia de lo que habían determinado los portugueses. Estos avisos no podían pasar porque las tropas españolas ocupaban hacia Extremadura los pasos, y en Castilla sitiaban al ejército del rey Carlos las partidas de caballería del rey Felipe, como dijimos.

Cuando partieron los tribunales a Vitoria con la reina María Luisa y el príncipe de Asturias, la siguieron muchos magnates, cuya salud o medios no permitían seguir al Rey,

al cual sirvieron sin oficio alguno en toda la campaña los duques del Infantado, de Montellano, de Béjar, los condes de Lemos y de Peñaranda, los consejeros del Gabinete y todos los oficiales de las guardias y de la familia real. Otros nobles de la primera y segunda esfera se quedaron en Valladolid, porque embarazaría en campaña tanta gente inútil para la guerra. Quedaba dispuesto que el duque de Noailles sitiase a Girona para diversión del ejército enemigo, y que tomada ésta se internase más en la Cataluña para cogerle de espaldas, y así se entretenía el rey Felipe en el puente de Almaraz, hasta que supiese que el duque de Noailles había ya embestido a la plaza, como lo hizo a los últimos del mes de diciembre.

Nunca estuvo más confuso ni apesarado Staremberg, porque la falta de noticias le tenía en una dañosa indecisión. Ya no era tiempo de ir a sitiar a Pamplona, porque la guarnecían los franceses con el marqués de Dupont, no podía penetrar en Castilla por falta de víveres, no ignorando cuán bien acampado y en lugar ventajoso estaba el ejército del rey Felipe, y creía que el moverse de Almaraz era por esperar que lo hiciese el alemán y observar sus pasos, ni era tiempo de empresa alguna estando ya adelantado el otoño y cansado el ejército de los vicios que engendró el ocio, disminuido y sin bríos, porque conocían claramente estar en tierra enemiga, que cada día daba muestras más evidentes de su constante fidelidad al rey Felipe. Para decidir tantas dudas juntó el rey Carlos Consejo de guerra. Todos fueron de parecer que se retirase del ejército su persona y se restituyese a Cataluña, porque eran inciertas las operaciones, dependiendo de las del enemigo. Respondió con magnanimidad el Rey *que no había juntado el Consejo para deliberar de su seguridad, sino de lo que debían las tropas ejecutar*.

Los ingleses y portugueses querían fortificar a Toledo, plantar allí la corte y acantonar el ejército poniendo en contribución la provincia. Bel-Castel, general holandés, y algunos alemanes, querían poner la corte en Zaragoza y retirar a Aragón las tropas. Staremberg era de parecer de retirar a Barcelona al Rey y tomar cuarteles en la raya de Castilla, en la parte más internada con Aragón, y esperar la resolución del enemigo. En tanta variedad de dictámenes no se atrevió el rey Carlos a seguir alguno, y estando embarazado en estas dudas, un desertor español, a quien ofreció la reina Isabel grandes premios si entregaba a su marido una carta, la puso fielmente en manos del rey Carlos, en la cual avisaba la reina que había llegado a Perpiñán con 15.000 hombres el duque de Noailles, y que aunque se esparcía la voz de que sitiaba a Girona, era lo más cierto que bajaba a Cataluña a ocupar los pasos por donde podía volver a Barcelona el Rey, para prohibirle esta retirada cuando moviese sus tropas el enemigo, y que así resolviese a tiempo lo que debía ejecutar para asegurar su persona, porque después no le tendría si quince mil franceses unidos a las guarniciones españolas ocupaban la Cataluña. Esta carta sólo la dio el Rey a ver al príncipe Antonio de Leichtestein, a Guido Staremberg y a don Ramón Vilana Perlas, y se resolvió que se moviese el ejército con el Rey bajo el pretexto de fundar la corte en Toledo, y que secretamente partiese con ochocientos caballos a Barcelona. Pareció dar a saber esta resolución a Stanop y Bel-Castel, y la aprobaron.

Publicóse un decreto el día 8 de noviembre mandando que pasasen los tribunales a Toledo. Esto consternó a cuantos habían seguido el partido austríaco, de lo que se arrepentían muchos; pero, ya empeñados, era preciso buscar la seguridad en el riesgo. Antes de dejar a Madrid se disputó si se había de saquear. Los españoles, catalanes,

alemanes y portugueses eran de esta opinión; resistiéronlo los ingleses y los cabos holandeses, el señor de Bel-Castel, de Sant Amant; sobre todos, Stanop, diciendo que no se podía ejecutar sin gran pérdida de soldados y sin la entera ruina de la fortuna del rey Carlos, que quería parecer tirano antes que Rey, que con esto se perdería un gran lugar y un reino, porque sería mayor y eterno el odio de los castellanos. De este parecer fue Staremberg y dijo el rey Carlos: *Ya que no la podemos asolar, dejémosla*.

Partió el ejército al amanecer el día 9; ya libre la corte de los enemigos, aclamó nuevamente al rey Felipe, restituyó el corregimiento de la villa a don Antonio Sanguineto, e hizo tales demostraciones de júbilo, que oyó el rey Carlos, que marchaba en el centro del ejército, el festivo rumor de las campanas. Todos marcharon a las vecindades de Toledo; nadie entró más que Staremberg, y se aumentó la guarnición hasta seis mil hombres bajo la mano de Odoardo Hamilton, a quien había dado el rey Carlos el gobierno, y cuando todos creían que se encaminaba al mismo paraje, a grandes jornadas, acompañado de dos mil caballos, tomó el camino de Zaragoza, donde se entretuvo poco, porque luego pasó a Barcelona. Siguiéronle los nobles que le habían prestado obediencia, y a más de los ya referidos, el marqués de Almarza y el conde del Sacro Imperio, quedáronse en Madrid los marqueses de Hernán-Núñez y de la Mina, y para que no faltasen en este siglo nunca oídas monstruosidades, siguieron al rey Carlos la duquesa de Arcos y la marquesa del Carpio, aunque estaban sus maridos con el rey Felipe; la primera, reconociendo el error, se quedó en un monasterio de Zaragoza.

También se pasó a Barcelona la condesa de Paredes, madre del marqués de la Laguna, siendo ella la que obligó a su hijo a tomar aquel partido. En Barcelona hubo general tristeza de ver que volvía el Rey, porque se ignoraba enteramente el estado del ejército; y como las noticias las fingía alguna vez el temor o el afecto, se oían cosas tan repugnantes, que se ignoraba la verdad. Argüían pocos progresos las tropas, no fiando el Rey su seguridad a ellas. Otros creían infalible la ruina del rey Felipe, arguyendo de que la reina María Luisa quería pasar a Francia con el príncipe de Asturias, por tomar las aguas de Bañeras, en el condado de Bigorra. Esto era cierto, porque la Reina, aprensiva de unos tumores como postemas frías, que tenía en la garganta, estaba persuadida de que le aprovecharían aquellas aguas. Esto llevaban muy mal los de su corte y los Tribunales que con ella estaban en Vitoria, porque, sin duda, parecía no buscar físico remedio al mal, sino refugio a la desgracia, y asegurar en Francia al príncipe de Asturias, lo que consternaba enteramente a los afectos al Rey Católico, y turbaba sus medidas. La princesa Ursini estaba en esto indiferente por no parecer que se oponía a la salud de la Reina, pero el Rey no quiso permitirlo, y se resignó la Reina a la voluntad, con tanto gusto que pareció propio dictamen. Con esto se desvaneció la jornada.

No perdonó diligencia Staremberg para dar a entender al duque de Vandoma que quería tomar cuarteles en tierra de Toledo, fortificando ésta. Y con efecto levantó una gran trinchera y puso en el alcázar cantidad de víveres; pero conoció claramente el general francés que todo era estratagema y que no tenía almacenes para pasar el invierno, ni de allí podía tener más intención que irse a juntar con los portugueses, si dejaba el ejército español el puente de Almaraz, y así aunque había algunos de poca experiencia en las tropas del rey Felipe que eran de dictamen de ir a atacar en Toledo a los enemigos, no se apartó Vandoma de su sistema, cuya opinión seguían los cabos más experimentados,

porque conocían claramente que estaba necesitado el ejército alemán de volver atrás y tomar cuarteles donde pudiese, y para que no lo ejecutasen en Castilla ni Aragón, había resuelto el rey Felipe seguir a los enemigos y disputarles la quietud del invierno, porque sus tropas veteranas estaban ya tres meses descansando y las reclutas se habían hecho con felicidad y se iban haciendo más cada día.

Cansado Staremberg de la paciencia de Vandoma y de que no podía engañarle, determinó partir para la raya de Aragón y acantonar en ella sus tropas. Quiso el conde de la Atalaya quemar la ciudad, pero no lo permitió Hamilton ni consintió Staremberg; habían puesto en el alcázar muchos víveres y no pudiendo tumultuariamente sacarlos, para que no se aprovechasen los enemigos le quemaron, con tanta rabia y furor del pueblo contra los incendiarios, que hubiera sucedido un tumulto si no se hubieran formado las tropas en cuadrada figura en la plaza de Zocodover, para tener en freno al pueblo. Saquearon muchas casas y templos, y quisieron quemar el de San Agustín: aplicaron seis barriles de pólvora para arruinarle y los que pusieron la mecha a la mina quedaron abrasados, porque, permaneciendo ileso el edificio, retrocedió el fuego.

El día 29 de noviembre dejó a Toledo el ejército; cerráronse luego las puertas y aclamaron al rey Felipe; dio aquella ciudad muestras de su heroica fidelidad; desde los muros burlaban con silbidos y oprobrios a los soldados, pero Staremberg, atento a su marcha, no hizo caso de estos leves accidentes de la suerte. Con él se fueron algunos nobles, y entre ellos el marqués de Tejares, que antes entregó su casa a las llamas, como quien no esperaba volverla a ver. Las señoras que habían ido a Toledo volvieron a Madrid. Quedóse en un convento la mujer del conde de Palma, desaprobando lo que había ejecutado su marido; creyeron muchos que lo afectaba, pero estaba precisada a esto por no salir de España.

La manguardia la llevaban los portugueses y palatinos, el centro los alemanes y holandeses, la retaguardia los ingleses, y la caballería catalana guardaba los lados del centro. Eran los principales jefes el señor de Franckemberg, palatino, y el conde de la Atalaya, portugués; el marqués de Bel-Castel y Stanop. Todos obedecían a Staremberg o ninguno; estaban entre sí desunidos, y así no marchaban juntas las tropas, sino precediendo una gran distancia del centro a la retaguardia, y, cada nación hacía su tropa aparte, de género que no se observaba orden militar en la marcha; se destacaban los soldados a robar a los vecinos lugares o campos de ganado; muchos no volvían y quedaban por víctimas del odio de los paisanos, que se armaron para defenderse.

Tuvo luego el rey Felipe, por las partidas avanzadas casi hasta Toledo, noticia de la marcha de los enemigos, y ordenó la suya con tanta celeridad que pudiese alcanzarlos a la distancia de ejecutar lo que tenía ideado. Luego que dejaron los confines las tropas españolas, pusieron en cuarteles de invierno las suyas los portugueses; o creyeron acabada la campaña, o no se quisieron aventurar más, porque el rey Felipe, habiendo dejado en las fronteras muy poca gente, tenía ya un ejército de veinticinco mil hombres, los dieciocho mil veteranos deseosos de lavar la nota de la perdida batalla en Zaragoza; y así, marchaban con tanta velocidad y alegría como si tuviesen segura la victoria sin que lo embarazase la rígida estación del invierno. A confirmar en su fidelidad a Toledo entró con seiscientos caballos don Pedro Ronquillo; luego volvió a partir a buscar al rey Felipe, que tenía puestos sus reales en Talavera de la Reina, a donde llegaron los diputados de

Madrid con una suma de dinero gratuitamente contribuida para los gastos de la guerra. Había ya entrado en la corte desde el día 30 de noviembre don Feliciano Bracamonte, y experimentado en ella las más altas señas de júbilo en el pueblo, que se propasó al mayor exceso cuando el día 3 de diciembre entró por la puerta de Atocha en coche el rey Felipe, que, después de haber visitado la capilla de la Santísima Virgen, se encaminó al Real Palacio. Era tanta la multitud del pueblo que salió a verle, bendecirle y aclamarle, que no podía el coche penetrar y ganar camino, en el cual, no siendo la distancia más que media legua, se gastaron muchas horas; estaban adornadas con el más exquisito gusto las calles y las fuentes; siguiéronse por la noche fuegos artificiales y luminarias, y se introdujo tan universal alegría que vaticinaba los más prósperos sucesos.

El ejército, sin hacer alto, pasó a Guadalajara, mandado por el marqués de Valdecañas, porque el duque de Vandoma estaba con el Rey, que el día 6 de diciembre volvió a las tropas que proseguían sus marchas. Seguía inmediatamente a los enemigos por las espaldas Bracamonte, y por un lado Vallejo, no en vano, porque picaban siempre la retaguardia, y cualquier soldado enemigo que se descarriaba o entretenía les caía en las manos. La tarde del día 6, cuidadoso de que le seguían con tanto tesón, Diego Stanop, no teniendo exacta noticia del lugar, le pareció poner sus tropas inglesas dentro de Brihuega, y pasar de día el Tajo. Estaba el lugar situado en una pequeña altura, cuyo recinto era un simple muro, de antiguo ladrillo, y tenía dentro una torre por retirada, pero desarmada y para ningún uso. Estaba distante tres leguas el centro de su ejército y sólo pensaba Stanop pasar en Brihuega más segura aquella noche. Luego que las partidas avanzadas del Rey vieron que se enderezaban los primeros estandartes del inglés a aquel lugar, dieron aviso al duque de Vandoma, el cual, con la mayor celeridad, destacó al marqués de Valdecañas con toda la caballería y granaderos hacia Torija, por si podía cortar a los ingleses el camino y separarlos de Staremberg. El largo espacio de las noches de diciembre y el ardiente celo del marqués, hicieron que llegase antes de la aurora al Tajo, ocupase sus puentes y fortificase el vado más vecino a Brihuega, en la cual estaban ya cerrados los ingleses, que por la mañana del día 7, queriendo salir con una partida de caballería a reconocer el sitio, no sólo le hallaron crecido con las continuas aguas, sino también ocupado de los españoles.

Hubo alguna escaramuza y se retiraron los ingleses al lugar, donde, viendo que no podían salir, se fortificaron con trincherones y cortaduras todo cuanto permitía la prisa y la falta de instrumentos; faltábales también artillería, municiones y víveres, con que no podía ser larga la defensa, pero creían ser socorridos de todo su ejército avisando a las tropas del centro, de donde un regimiento marchaba separado y dimidiendo la distancia del camino, para dar a Staremberg noticias de Stanop, y a éste de aquél; pero esta partida se había apartado del camino para robar, y había sido hecha prisionera por Bracamonte; y así, le era muy difícil al inglés avisar de su peligro al general alemán.

Antes del día había partido el rey Felipe con el ejército, encaminándose al mismo lugar a larga marcha, que la aceleró cuando tuvo noticia de que ya Valdecañas tenía bloqueada toda la retaguardia a los enemigos. El día 8 llegó el Rey con su manguardia a las doce, y luego se plantaron cañones, aunque de campaña, para batir el muro. Hacía mucha impresión la bala, pero no abría buena brecha, porque no podía batir la raíz del recinto, impidiéndolo lo elevado del terreno, y no estaban bien asentadas las cureñas para

ponerlas a tiro; pero era tanto el ardor de los españoles, cuyo ejército ya el día 9 por la mañana había llegado todo, que quería asaltar la brecha estando aún ruda y sin aplanar, bien que venían cansados de una continuada marcha desde Guadalajara que dista diecinueve millas. El mayor fuego se enderezó contra la puerta de San Felipe, hacer ésta pedazos fue fácil, pero no el muro, que siendo de tierra encrostada no resistía a la bala, se abría en agujeros pero no caía con tanta brevedad cuanta habían menester los españoles para el asalto, porque recelaban volviese atrás el ejército enemigo.

Para alcanzar estos avisos se adelantó Bracamonte, el cual por la tarde dio noticia de que ya venía con todo su ejército Staremberg, porque había Stanop despachado seis hombres los más esforzados, que pasando a nado el río la noche del día 7, dio cuenta de su peligro, advirtiendo que si no estaba en todo el día 9 socorrido, era infalible la ruina de aquella parte del ejército, que traería infaustas consecuencias para el todo; pero como ya estaban tan adelantados los alemanes, no les alcanzó esta noticia en paraje que podían por todo el día 9 dar la batalla a los españoles.

Ignorando estas circunstancias el duque de Vandoma, mandó al conde de Aguilar que con toda la caballería pasase el río, embarazase el ejército enemigo, oponiéndosele para que recelase entrar en el puente o en el vado vecino a Brihuega, la cual mandó el Rey atacar por la tarde, aunque no era la brecha, según regla militar, todavía capaz de ser asaltada. Ejecutóse por dos distintas partes, y el verdadero asalto fue por la puerta de San Felipe, a cargo del marqués de Toy, de don Pedro de Zúñiga y de Carlos Florencio, conde de Merodi. Otro fingía el conde de las Torres por otra brecha, y otra partida de soldados sitiaba el muro para que nadie escapase, a cuyo efecto estaban mil caballos en las vecinas alturas y tomando el camino para el río.

La acción fue de las más sangrientas de esta guerra, porque sobre ser ruda y alta la brecha, era preciso bajar mucho para poseer el terreno llano del lugar; y con defensores tan fuertes y experimentados, era arduísima la empresa. Iba costando mucha sangre, porque los ingleses, aunque no tenían artillería, habían puesto tantos embarazos en la brecha con piedras y leños, que no era pelea regular, sino muy extravagante; pero todo lo vencía el valor de los españoles, que nunca fueron rechazados, aunque murieron infinitos. Gobernaba dentro los suyos el general Carpentier, inglés, con tanto brio que se vio muchas veces luchando con los que pretendían penetrar por todas las dificultades, guiados del marqués de Toy, que al subir del muro y apoderarse de la puerta de San Felipe, recibió en el pie una herida; otra no menos gloriosa tuvo el marqués de Torremayor, coronel del regimiento de Segovia.

Impaciente el conde de San Esteban de Gormaz de estar ocioso con las guardias que estaban con la persona del Rey, fue voluntariamente al asalto, donde adquirió no pequeña gloria ayudando con su mano a los soldados a que montasen la brecha, y aunque cargaba sobre él una tempestad de balas, perficionó la obra hasta que ya todos los regimientos entrasen por la brecha y por la puerta con gran intrepidez, despreciando tanta variedad de peligros. Aquí brilló mucho el valor de don Pedro de Zúñiga y el conde de Merodi, que guiaban los soldados a lo interior del lugar, tan difícil como su entrada, porque había hecho Stanop muchos hondones, cortaduras y empalizadas que encadenó con vigas, y las disputaba peleando con la mayor fortaleza por su propia mano, y aplicando fuego a los maderos para esto prevenidos, para que la llama y el humo embarazase a los que

avanzaban sin jamás retroceder, que ni con este ardid desmayaron, porque trepando unos con hachuelas y otros con sus bayonetas por el fuego, hacían retirar a los defensores. Cayó aquí siete veces herido el marqués de Rupelmond que, retirado al campo, murió al otro día. También fue gravemente herido en un brazo el duque de Prato Ameno, siciliano.

Sin decidirse esta disputa anocheció, y la hicieron las sombras más cruel, porque con la noticia más exacta del paraje se defendían mejor los ingleses, hasta que se plantó el cañón dentro de la ciudad y se apartaban con la bala menuda los defensores, retirados ya a la plaza del castillo, siempre seguidos de los españoles, a los cuales guiaban con maravillosa intrepidez los capitanes de las Reales guardias don Gonzalo Quintana y don Bartolomé Urbina, que, penetrados de varias heridas, cayeron gloriosamente. Los regimientos de guardias hicieron allí maravillas, y el de Écija y los granaderos, pero no quedaron muchos; finalmente, hasta más de dos horas de noche se dilató la sangrienta lid, y pidió capitulación Stanop, más arrogante que justa, porque quería salir libre con sus soldados.

El duque de Vandoma se escandalizó mucho y dijo que se admiraba de que se pidiese esto a un ejército que mandaba el Rey Católico, que había menester de aquellos prisioneros, no del lugar, y que si no se rendían en una hora no daría cuartel. Antes de ella se capituló, y quedaron todos prisioneros de guerra. El Rey, por benignidad, concedió a los oficiales los equipajes, entregando los papeles y restituyendo lo que fuese de las iglesias; de estas alhajas se hallaron muchas, y hubo un gran botín; salieron prisioneros cuatro mil ochocientos ingleses, con los generales Stanop, Hil y Carpentier. Este fue herido en la cara; quedaron muertos quinientos, doble número de los españoles, y casi otros tantos heridos. Al punto se enviaron los prisioneros con varias escoltas, y por distintos lugares se despacharon a lo interior de Castilla, con orden de que toda aquella noche y al otro día los hicieron marchar sin hacer alto. Estos fueron los que tantos robos y sacrilegios cometieron en Toledo, ciudad que tiene a Santa Leocadia por protectora, que se vengó de ellos en el mismo día 9 de diciembre en que se celebraba su fiesta. De esta reflexión se reirán los herejes. El hecho es cierto; la Providencia no tiene acasos, ni la divina justicia olvidos.

Stanop dijo que se había rendido por falta de municiones; lo cierto es que no se hallaron. Algún inglés poco afecto a su comandante, esparció que las había mandado echar en un pozo para poderse valer de esta excusa; pero no le disculparon los peritos en el arte militar de haberse encerrado en un lugar tan poco fuerte y que marchase tan distante del centro de su ejército, sabiendo le seguía el de los enemigos.

En este error o negligencia también incurrió Staremberg, bien que todo era efecto de la soberbia y confianza en el propio valor, no persuadiéndose que se atreverían los españoles a seguir tan inmediatos. El general alemán y el inglés se atribuían recíprocamente la culpa. De esto se hizo gran sentimiento en Londres, y se resolvió no enviar más tropas a España; y en vez de ellas contribuir con dinero si se proseguía la guerra. A Stanop se le permitió despachar luego un correo a su corte; a él le importaba prevenir disculpas que llegaron antes que las acusaciones de los austríacos, y al rey Felipe le importaba divulgar apriesa la noticia por si mudaban de semblante las cosas. Luego se dio aviso a París, y no lo celebró poco el Rey Cristianísimo, quien con la mayor

diligencia dio esta noticia al mariscal de Tallard, que estaba todavía prisionero en Londres.

Amaneció más alegre para los españoles el día 10 de diciembre, porque ya se repetían avisos de que venía Staremberg al socorro, y creían ser vencedores si se daba la batalla, faltándole a los enemigos tan gran número de la más escogida infantería. Oíanse cañonazos que mandaba Staremberg disparar para dar aviso a Stanop, por si aún no estaba rendido. Luego puso el duque de Vandoma su ejército en batalla sobre una pequeña eminencia en los campos de Villaviciosa; no era el paraje muy llano, antes sí pedrajoso y con algunas pequeñas cortaduras y paredes rústicas de cabañas antiguas o apriscos de pastores. Guareciéronse de ellos; fue el dictamen del conde de las Torres, de poner la infantería, porque cuando viniese con furia el enemigo hallase un insuperable embarazo. Vandoma no quiso más que poner patentes y en abierto las tropas, y escogió cuanto era posible la parte del campo más a propósito para la caballería. El ala derecha dio al marqués de Valdecañas; la siniestra, al conde de Aguilar, y el centro al de las Torres, mientras él, corriendo por todo, daba las necesarias disposiciones. Puso dos líneas de artillería, y en un vecino montichuelo estaba con solas sus guardias de a caballo el rey Felipe, bajo del cañón del enemigo, que a mediodía se dejó ver compuesto en batalla, bajando por el opuesto collado, al pie del cual hizo alto, porque vio un ejército que no esperaba, y se le figuró mayor el estar de industria extendidas con gran intervalo las líneas, de lo que arguyó no estar empleado destacamento alguno contra Brihuega, y que ya estaban rendidos los ingleses, porque no se veían en ella señas de guerra ni se oían tiros. Esto le puso en cuidado, y juntando su Consejo, determinaron no dar la batalla, sino esperar a que la noche protegiese con sus sombras la retirada a Aragón. Con todo eso, puso sus cañones a tiro, y dos morteros, por no dar indicio de su resolución; éstos hacían grande daño, y no dejó el Rey de correr igual riesgo, como los demás; pero ni los ruegos ni súplica de los suyos pudieron hacerle alejar.

El duque de Vandoma, al ver que los enemigos dejaban finalizar el día, arguyó su designio y dio señal de acometer. Hízolo primero por la derecha el marqués de Valdecañas, contra la siniestra de los enemigos, que gobernaba el general Franckemberg con sus palatinos, la caballería portuguesa y catalana. El centro le regía, con ocho mil escogidos infantes, don Antonio de Villarroel, y el señor de Bel-Castel con la infantería alemana y holandesa. La derecha, el mismo Staremberg, pero muy pegada al centro; la formó entretejida en caballería, con muchas, aunque pequeñas líneas, haciendo frente la caballería más escogida, porque también guardaba las baterías, puestas con tanta felicidad que incomodaban mucho a los españoles, y las protegían dos regimientos de infantería. Toda la caballería de los enemigos eran cinco mil hombres; pero los infantes eran diecisiete mil. El Rey Católico traía nueve mil caballos (que de éstos se habían destacado con Bracamonte y Vallejo dos mil), y los infantes eran sólo diez mil, porque desde el puente de Almaraz al día de esta batalla faltaban muchos.

Acometió con tanto ímpetu el marqués de Valdecañas, que no pudiéndole resistirla primera línea de la izquierda enemiga, padeció una entera derrota; cayó sobre la segunda, y aunque los jefes se esforzaron para ponerla en orden, ya se habían dividido en pelotones las líneas, rotas ambas del brío de la caballería española; Franckemberg aplicó los mayores esfuerzos para reglar los suyos, pero ya estaban bien lejos los palatinos, y sólo

resistían un poco los portugueses y catalanes. Destacó Staremberg del centro algunos regimientos para socorrerlos; pero cortados y asaltados por los españoles, fueron deshechos de forma que no se pudieron jamás unir al centro, aunque con él hizo Villarroel dos movimientos para acercárseles, pero ya no fueron a tiempo, porque estaban enteramente derrotados con todo el cuerno izquierdo del ejército alemán.

Los vencedores persiguieron más de lo justo a los vencidos; hacían falta en el campo, y se esforzaba en vano Valdecañas para que volviesen a él, y por si los podía juntar para acometer al centro, los seguía y se apartó muy distante, con gran perjuicio, porque en el centro estaba todo el peso y el mayor ardor de la guerra, y peleaba con tanto valor el de los enemigos, siempre sostenido de la caballería, que tenía a su derecha, que rompió, adelantando algunos pasos, la primera línea del centro de los españoles, de los cuales la mitad volvieron la espalda. Estos fueron los regimientos nuevos, porque algunos de los veteranos y las guardias se apartaron por un lado a la derecha, mientras trabajaba el conde de las Torres en volver a juntar los que habían huido.

El duque de Vandoma volvió a guiar a la pelea los que habían quedado, y con ellos atacó, dando un breve giro al centro de los enemigos por un lado; hízole frente Bel-Castel y se trabó una cruel disputa, porque estaban los valones y guardias españolas del rey Felipe corridos, de parecer vencidos; y lo estuvieron en aquella parte, porque Villarroel, del que era punto de la primer línea del centro, sacó un ángulo e hizo dos frentes, con las cuales rechazó a los españoles, que por ambas le habían vuelto a acometer, porque instaba con gran vigor el conde de Aguilar que no podía pelear contra el centro. Tan unidos los tenía Staremberg, que rechazó al conde con toda su primer línea y caballería, y le echó, si no de todo el campo, de la mitad de él. Con esto, dejando un poco atrás su centro el general alemán, le defendía mejor, y apartó enteramente a los españoles, pero no proseguía a ganar terreno, esperando que anocheciese y que con quedarse en aquel paraje decantase, la victoria.

No habían las guardias del Rey vuelto jamás la espalda con algunos regimientos, pero habían retrocedido hasta la mitad del campo donde el duque de Vandoma se esforzaba a volver a formar la primera línea del centro; ayudábale el marqués de Toy, y fue otra vez herido y prisionero; pero luego, sobre su palabra, se le dejó en libertad. El conde de las Torres y otros españoles que no eran soldados, sino ministros, persuadían a formar nuevamente la segunda línea, y lo consiguieron en gran parte; viendo que las guardias habían restablecido la primera contra el centro, pero con los pocos pasos y movimientos que el de los enemigos había dado, estaban más molestados de la artillería los que habían de acometerle. Contra ella, viendo esto, volvió sus armas con la mayor intrepidez el teniente general don José de Armendáriz, bajo cuya mano el coronel don Juan de Velasco perfeccionó la obra y ganó la artillería a los enemigos, porque Armendáriz se retiró mortalmente herido, y había en este mismo paraje muerto don Pedro Ronquillo.

Ya sin este embarazo los españoles, volvieron a la batalla con brío. Mezclóse entre los valones con una de sus banderas el marqués de Moya, hijo del marqués de Villena, que no habiendo podido volver a unir su regimiento, tomó una bandera de uno de sus tenientes y se unió a los que combatían. Tampoco faltó a la acción el conde de San Esteban de Gormaz, cuyo valor no descaeció en toda la sangrienta función, que ya se había encendido más feroz, de género que se vieron obligados los alemanes a formar de

todas sus tropas una figura de puerco espín, y en el cabo de una línea peleaba con tanto esfuerzo Villarroel, que si se hubiera podido quitar la nota de desertor, hubiera quedado glorioso. Regía el punto céntrico de la figura Staremberg, y queriéndola sustentar murió pasado de muchas heridas Bel-Castel. Todos los oficiales españoles, aunque faltaban sus regimientos, mantenían la batalla, porque no pudiendo volver a ordenarlos no quisieron dejar de asistir a ella. Murió entre ellos, animándolos, el mariscal de campo don Rodrigo Correa.

Tanta fue el arte y fortaleza de Staremberg, que rechazó otra vez a los españoles, y se hizo aparte de ellos casi a tiro de fusil, aunque había perdido mucha gente. No creyendo el duque de Vandoma que volverían a la batalla los que se habían apartado, la juzgó por perdida, o por lo menos indecisa la victoria; y como ya estaba anocheciendo, suplicó al Rey que se retirase a Torija, lo que no quiso ejecutar, y más viendo que el conde de Aguilar, teniendo ya reparados los suyos, volvió a acometer la derecha de los enemigos con su caballería, la que procuraba resistir el conde de la Atalaya. Esto desconcertó las medidas de Staremberg, porque le obligó a mudar figura y hacer frente a los españoles, que, corridos del pasado desorden, peleaban con la mayor fortaleza, y los resistían con brío la caballería alemana y parte de la portuguesa, aunque ya estaban cansados de lo vario y prolijo de la acción.

Era todo el cuidado de Staremberg que no perdiese el centro el socorro de la caballería, pues por ella no había, podido aún ser vencido, con tantos asaltos como dieron los españoles; pero prevaleciendo ya en la izquierda la fortuna del conde de Aguilar, rompió la primera y segunda línea de la derecha del enemigo, de cuya derrota salvó Staremberg mil caballos que puso como por muro de su centro, que estaba aún firme, hasta que volviendo el marqués de Valdecañas de haber deshecho toda la izquierda enemiga, acudiendo por otra parte don Feliciano Bracamonte, que estaba destacado con mil y doscientos caballos, y a rienda suelta, habiendo sido avisado de los tiros de cañón, procuró hallarse en la batalla; atacaron el centro por distintas partes, y aún por tres después que llegaron también don José de Amézaga y el conde Mahoni. El general alemán sacrificó primero dos mil caballos que le hacían frente; después armó un cuadrángulo que dio tres descargas contra la caballería española, que ciegamente empeñada en vencer aquel centro y sacar del campo a Staremberg, se echaba sobre las bayonetas enemigas; quedó herido en la cara Amézaga. Había formado Bracamonte una corta línea de nueve hombres, ,más la estrechó Valdecañas, porque formó una de seis, pero repetidas por todas las caras del cuadrángulo que combatía contra sola la caballería, porque la infantería española se había apartado ya del combate y sólo permanecían en él el conde de San Esteban de Gormaz, el marqués de Moya, los jefes y oficiales del ejército, con trece soldados; y aunque las guardias del Rey no estaban lejos, las sombras de la noche prohibían entrar en el combate, tan sumamente intrincado, que sólo el valor y la pericia de Guido Staremberg podía conservar el orden, y retirarse, siempre combatiendo, ayudado del conde de la Atalaya, y más que de todos, de don Antonio Villarroel.

El primero que tuvo la gloria de acometer con su caballería el centro fue Bracamonte, y por eso no quería dejar de ser el último en perseguir al enemigo, a quien puso verdaderamente en confusión Valdecañas, porque traía mayor número de caballos y

oficiales. Al fin, ya había más de media hora que reinaban las sombras de la noche y aún duraba la batalla, de la cual y del campo se salió formado el alemán con sus mil infantes que le quedaron, y se retiró a un vecino bosque, donde no podía ofenderle la caballería enemiga, a quien se debió enteramente la victoria. Quedó Valdecañas por dueño del campo, de la artillería y bagajes.

El rey Felipe aún estaba en el mismo paraje aguardando el éxito, que ignoraba todavía, hasta que fue avisado de la victoria y pasó al centro del campo de batalla, donde durmió aquella noche cercado de heridos y cadáveres, porque se mandó estuviese el ejército sobre las armas sin entrar al saqueo. Lo propio hizo Staremberg, que juntó luego Consejo de guerra, y aunque todos los oficiales (menos Villarroel) fueron de opinión de hacer llamada y capitular, no quiso, diciendo que a oscuras nada se determinaba, y que la luz mostraría lo que se debía ejecutar; que, ciertamente, había vencido a la infantería española, y que no se podía juntar tan de mañana que no tuviese tiempo de hacer su marcha y tomar el camino de Aragón, donde estaba seguro. También juntó Consejo el rey Felipe, y fue de parecer el conde de Aguilar de despachar luego la caballería para tomar los pasos de Aragón y ver si se podía bloquear al enemigo, que era infalible su rendición, porque no le quedaba mucha gente. Los más de los españoles adherían a este dictamen, y el duque de Vandoma dijo que no había más ejército que caballería; que ignoraba cuán lejos estaba el enemigo y con cuánta gente; que éste estaba para volverle a dar alientos a emprender otra acción si veía al Rey sin ejército numeroso por la mañana, y que en este caso era preciso retroceder, y no sería haber ganado la batalla; que ahora estaba segura la victoria, y que el día sería mejor consejero para ver el estado y paraje de los enemigos. Este dictamen siguió el Rey, y sólo destacó, aunque poco adelantado, con dos mil caballos a Bracamonte, para que se acercase cuanto era posible a los contrarios, cubriendo por de fuera el campo en que estaba el Rey, a quien sirvió esta noche de tienda su coche.

Esta es la célebre no esperada batalla de Villaviciosa, ganada con un tercio menos de gente, arrebatados los laureles de las sienes de un ejército vencedor, que cuatro meses antes creía haber conquistado la España. Dentro de la misma Castilla dejaron las naciones coligadas cuanto pillaje y saqueo habían hecho de los mismos pueblos y de los profanados templos, porque don José de Vallejo, que estaba adelantado a las encrucijadas de los caminos con una partida de caballería, cogió los bagajes de todo el ejército (Vandoma restituyó el suyo a Staremberg) y tres mil prisioneros, sin los que le hicieron en el campo y en las cercanías de él, donde quedaron muertos cuatro mil del ejército del rey Carlos y seis mil prisioneros, y se tomaron veinte piezas de cañón, dos morteros, seis timbales y treinta y siete banderas; en fin, de un ejército de más de treinta mil, quedaron seis mil.

Viendo Staremberg la mañana del día 11 que sólo estaban los dos mil caballos de Bracamonte formados, y en paraje donde no podían ofender su infantería, amparado del mismo bosque tomó el camino de Aragón, marchando formado hasta que subió a la montaña, y a grandes jornadas llegó a Zaragoza, de donde, sin detenerse, pasó a Barcelona y divulgó que había ganado la batalla; así lo escribió a la corte de Viena; pero que, como había perdido tanta gente, no se había podido mantener en campaña.

Conocieron las cortes coligadas del propio hecho contrario, que aunque para engañar al pueblo celebraron la victoria, sacaron de esto más irrisión que aplauso. Con estas reiteradas funestas noticias, los ingleses se confirmaron en la deliberación de no enviar más tropas a España. En la Francia hubo de esto particular júbilo, y mucho mayor le tuvieron los españoles, pues solos y sin tropas auxiliares restablecieron al Rey en el trono, y adquirió el duque de Vandoma la gloria de ser llamado Reparador del Reino. Toda la disposición del acampamento y marchas, efectivamente, fue suya, ejecutada por los españoles con denuedo y fortaleza, y aunque no se debió la victoria a la infantería, no pudo la veterana pelear, porque la desampararon los nuevos regimientos. El rey Felipe dijo *había debido la victoria al marqués de Valdecañas*, porque fue quien con su ala derecha atacó y sacó a los enemigos del campo.

No se portaron con menos valor en aquel último lance el conde de Aguilar, el de San Esteban de Gormaz y el marqués de Moya su hermano, don Feliciano Bracamonte, don José de Amézaga, Mahoni y todos los oficiales del cuerpo del ejército, que dejando sus compañías y regimientos, sirvieron de soldados y formaron la última línea contra el centro. No brilló menos la vigilancia e infatigable aplicación de don José Vallejo. Murieron de los españoles tres mil, y más de mil quedaron gravemente heridos, a los cuales mandó el Rey curar con la mayor atención. Después, a regulares marchas, pasó con su ejército a Zaragoza, vencedor donde había quedado vencido.

Algunos creyeron que había usado flojamente de la victoria, y que si se hubiese seguido el dictamen del conde de Aguilar de adelantarse toda la caballería a cerrar los pasos a Staremberg, no se hubiera retirado hombre alguno a Barcelona. De esto se disculpó con bien modesta carta el duque de Vandoma con su Soberano, dando por razón que no quedaba ejército a quien fiar la persona del Rey si destacaba la caballería y granaderos, y que ésta sola no bastaba para vencer a Staremberg, que estaba ya abrigado del bosque y cubierto el camino de las montañas; y como en un día salió de los términos de Castilla, todo era país amigo, circunstancia que hizo gloriosa la retirada de Staremberg. Nunca tuvo general alguno de ejército más presencia de ánimo en acción tan sangrienta, varia y trágica. Decían sus propios enemigos que sólo él podía haber sacado formada aquella gente que salió vencida del campo, pero no deshecha, y si hubiera tenido tan fuerte caballería como infantes, hubiera obtenido la victoria; dos veces vio de ella la imagen, tres rechazó la infantería española; pero desamparado de sus alas y cargado de ocho mil caballos resueltos a morir o vencer, cedió a la fortuna del rey Felipe y al valor de sus tropas.

Año de 1711

La pasada victoria en los campos de Villaviciosa, cuanto avigoró el ánimo de los españoles consternó el de los aliados. Ya no daba oídos a la paz el rey de Francia; mudado el semblante de las cosas, no se atrevían a proponerla los holandeses. Los ingleses la meditaban particular, a instancia del mariscal de Tallard. El rey Felipe dio cuarteles a sus tropas, pero se aplicó todo a aumentar el número de ellas y a reparar la pérdida de los más esforzados, que habían muerto el año precedente, vencidos y vencedores.

No podía dar esta ociosidad a las pocas que le quedaban el rey Carlos, porque despreciando los rigores del invierno proseguía en el sitio de Girona el duque de Noailles. Era gobernador de la plaza el conde de Tatembach, hombre esforzado y que no perdonaba diligencia; hizo algunas salidas con felicidad, aunque no tenía más que dos mil hombres; pero, como el ejército de los franceses se componía sólo de diecinueve mil, toda pequeña pérdida era grande, porque sobre ser Girona plaza fuerte, la habían los ingleses añadido algunas fortificaciones exteriores.

El mayor enemigo que los franceses tenían era lo rígido del tiempo. Veinte días estuvieron los soldados en las trincheras, que estaban llenas de agua. Algunos cabos de no vulgar experiencia en el ejército, eran de opinión de levantar el sitio y permanecer en el bloqueo hasta la primavera. El duque de Noailles, que estaba constante en su empeño, determinó perfeccionar la obra antes que pudiese ser la plaza socorrida. Esto solicitaba con la mayor viveza Barcelona. Habíase introducido a la deshilada alguna gente, antes que se perficionase la línea de circunvalación, y levantó el Principado a propias expensas dos regimientos, que no pudieron entrar en Girona porque ya tenían ocupados los pasos los franceses. Aplicaron el minador al baluarte de la Virgen y al muro de Santa Lucía, que volaron con felicidad la mañana del día 23 de enero, no sólo por haber perecido parte de los defensores, sino porque dio ocasión para el asalto.

Dos veces fueron rechazados los franceses; acudió la tercera el mismo duque de Noailles, y de tal manera inflamó los ánimos con la vista y el ejemplo, que rechazó a los enemigos hasta la interior cortadura en las ruinas del muro, porque los que defendían el baluarte quedaron prisioneros.

Alojáronse los sitiadores, y jugando sólo el cañón, cuando se prevenía el día 25 otro asalto, hizo la plaza llamada. Ofreció el gobernador entregar la ciudad si se le dejaban las fortificaciones exteriores. No vino en ello el duque de Noailles y prosiguió la guerra. Luego volvió a hacer señal la plaza; capitulóse que si no estaba en seis días socorrida, se entregaría con las fortificaciones del Condestable, la Reina Ana, el Calvario y los Capuchinos, saliendo la guarnición libre, con todos los honores militares.

No pudo el rey Carlos socorrerla, y se cumplieron estas capitulaciones el día 1 de febrero. Entró en la ciudad el duque de Noailles vencedor; para que recordasen los catalanes, publicó luego un perdón general y restitución de bienes, en nombre del rey Felipe; despreciáronle y no le creyeron, ni podían valerse de él teniendo en Barcelona al rey Carlos. Deseaban muchos sacarle, porque públicamente los llamaba rebeldes Antonio de Leichtestein; sin rey, los llamaba Staremberg, y todo era oprobrio. Este general pidió licencia al Emperador para retirarse, porque no vio forma de tener ejército, y ya los españoles se habían adelantado más allá de Balaguer y Calaf, donde tenía su campo el marqués de Valdecañas. Habían los franceses tomado la plana de Vich, Benasque y el valle de Arán, con que sólo le quedaba al rey Carlos Barcelona y Tarragona.

Esto hacía pensar en nuevo sistema a los aliados, y más viendo embarazado con los rebeldes de Hungría al Emperador, pertinaces a los ruegos y a las proposiciones de ajuste. Era cabeza de ellos el príncipe Ragotzi, ayudado de los condes de Berceli y Carolio, y mucho más del conde Seterasi, gobernador de Casovia, a quien intentó corromper con oro

el cardenal Soafeitz, pero le sostenía el rey de Suecia retirado al Imperio otomano, no sin influjo secreto del Sultán.

Formaba cuerpo esta conjura; pero Carolio, cansado de los trabajos, dio oídos el ajuste y obligó a Ragotzi a tratar de él. Convínose en quince días de tregua; pero propuso artículos tan insolentes, que mandó el Emperador que se retirase a Viena el conde de Locheren, que trataba el negocio. Este fue arte para no descubrir el secreto ajuste que Carolio meditaba. Ragotzi volvió a las armas, no sin socorros de la Puerta otomana, suministrados (decían) por el rey de Suecia, por no violar la tregua de Carlovitz.

Hacía grandes preparativos de guerra el otomano, y aunque publicaba que eran contra el moscovita, tenía en aprensión a la corte de Viena, hasta que le envió una solemne embajada el turco, porque temió que se coligase con el Emperador el moscovita, que para este efecto había enviado a Viena al señor de Urbich. Con esto respiró el César; contúvose neutral, y se aplicó a socorrer a su hermano en Barcelona, porque los ingleses y holandeses, aunque le habían asegurado de su constancia en la confederación, declararon que no podían enviar más gente a España, y que sólo mantendrían la guerra en Flandes.

No podía el Emperador enviar prontamente más tropas a Barcelona que las que tenía en Italia. A ésta la exprimía de género que no estaba seguro del dominio, porque en Nápoles, Milán y Cerdeña tenía entonces más parciales el rey Felipe que cuando la poseía. Era virrey de Nápoles el conde Carlos Borromeo, y vivía con grande recelo desde que se hizo un proceso contra el duque de Matalón, por afecto a los españoles. Los mismos que le absolvieron por inocente, le creían culpado; no hizo verdaderamente cosa que mereciese castigo, si no se imponía pena a los deseos. Por esta secreta conmoción de ánimo no se pudo destacar gente de Nápoles. De Milán no la dejaba sacar el duque de Saboya, quejoso del Emperador porque no se le había dado del ducado de Milán cuanto le habían ofrecido; y su ministro en Viena, el conde de Melarede, instaba por el Vigevenasco.

El Emperador le prometía esperanza, porque quería inducir al Duque a que atacase el Delfinado; con esto se distraía el poder de los franceses, que hacían grandes preparativos en la Alsacia. Temió el duque de Witemberg fuesen el primer objeto de furor sus Estados, y amenazó a los austríacos con la neutralidad si no enviaban más tropas al Rhin. Había también el César de juntar el ejército de la neutralidad de Germania, porque la Liga de los tres Federicos contra el reino de Suecia, y el empeño del moscovita, no trajesen la guerra a Germania y sacasen estos príncipes las tropas que habían dado a los coligados. El arte y el poder del César lo componía todo. Era despótico de Germania, pero no podía sacar dinero; éste le contribuía por dura necesidad la Italia; por eso vendió en bajo precio el ducado de Mirándula al duque de Módena, contra la sentencia dada en Ratisbona, que privaba a la casa Pico sólo del usufructo de su Estado.

La Francia, a quien salieron vanas todas las ideas de turbar la Germania, hizo entender los mayores esfuerzos de guerra, porque deseaba la paz. Mantenía cinco ejércitos: uno en Alsacia, mandado por el duque de Harcourt; otro en la Mosa, por el duque de Baviera; otro en la Esquelda, por el de Villars; otro en la Saboya, por el de Berwick, y otro en el Rosellón, por el de Noailles, sin las tropas que tenía en la Guyenna y en Pamplona; también mandó armar en Brest y Tolón varias escuadras; esto, verdaderamente, era rumor

con que quería despertar a los ingleses y holandeses para que hiciesen grandes gastos en armadas navales, porque la Francia no tenía intención de sacar un navío. Ordenó trabajar un nuevo equipaje para el rey Jacobo, con aparatos de embarcarse para inquietar más a la Inglaterra, que desde las últimas victorias de España estaba vacilando en la confederación e iba descaeciendo el partido de los wigs, desde que la Reina privó del oficio de camarera mayor a la duquesa de Malburgh, y se le dio a la de Somerset.

De esta general confusión de las cortes enemigas no se supo aprovechar bien la España, por la civil discordia del aula. Habían vuelto a Madrid los tribunales, que estaban en Vitoria, y la Reina pasó a Zaragoza, donde la princesa Ursini, queriéndose introducir aún en las disposiciones de la guerra, lo confundía todo, porque no le era grato el dictamen de quien no le prestaba ciega adoración. Después de haber tomado a Girona, bajó el duque de Noailles a ver al rey Felipe y a reglar las disposiciones de la campaña; no convenía su dictamen con el del duque de Vandoma, y esto retardaba las resoluciones y el haber gravemente enfermado la Reina, no sin sospecha de etiquez. En esta ocasión divulgaron los émulos del conde de Aguilar que había hablado con poca reverencia y amor hacia su persona, lo que le hizo caer de la gracia, como después veremos.

Vuelto a Madrid don Francisco Ronquillo, desterró a cuantos allí se habían quedado y besado la mano al rey Carlos. Sacó de los reinos que el Rey Católico poseía a las mujeres de los que habían seguido al austríaco príncipe, y entre ellas a la condesa de Palma. El Consejo Real consultó al Rey el perdonar a los plebeyos y hombres de baja esfera que habían seguido el contrario partido, estando aquel príncipe en Madrid; ésta, sobre ser clemencia, era justicia, porque habiendo prestado obediencia el magistrado que representa el cuerpo de la ciudad o villa, son lícitos los obsequios y aun precisos a cualquier particular.

Pretendía el rey Felipe que bajase el ejército del duque de Noailles a juntarse con el suyo; pero descompuso todas las medidas la muerte de Luis de Borbón, delfín de Francia, su padre, sucedida en 14 de abril, de enfermedad de viruelas, que en vez de manifestarse con saludable expulsión, retrocedieron al centro.

El Rey Cristianísimo llevó esta fatalidad con la más heroica constancia, y escribió al rey Felipe una carta como consolatoria, y que no le haría falta su padre para mirar por sus intereses. No tuvieron tiempo las cortes enemigas de fundar nuevas esperanzas por este accidente, porque dos días después murió en Viena, de la misma enfermedad y con los propios síntomas, el emperador José, de edad de treinta y tres años. Esto varió enteramente el sistema del mundo, porque faltaba el alma de la guerra; y aunque le quedaba en el rey Carlos a la Casa de Austria sucesor, si lo había de ser también de la imperial diadema no podía ser rey de España, porque sobre ser difícil acudir a todo, no querían los ingleses y holandeses acumular tantos reinos. Sus intereses de religión no podían hacer los posibles esfuerzos para que fuese elegido por Emperador, porque habían casi expelido los herejes que pretendían en esta elección la alternativa; pero como era contra las leyes del Imperio y los electores católicos estaban por el rey Carlos, no querían mover en Alemania una guerra más sangrienta y civil, y así abrazaron los de la Liga la idea de elevar al solio imperial al rey Carlos, que, por testamento de sus mayores y del emperador José, quedaba dueño de los Estados hereditarios.

En la apariencia favorecía el rey de Francia al duque de Baviera, y añadió tropas al ejército de la Alsacia para proteger sus derechos y los del arzobispo de Colonia, a los cuales el Colegio de los Electores había excluido; y así, no sólo no habían sido convocados para el Congreso que como chanciller del Imperio publicó el elector de Maguncia, sino que permanecía la sentencia dada contra ambos electores, a los cuales no querían ahora admitir por no turbar la tranquilidad de la elección, pues todos estaban concordes en que recayese la corona en el rey Carlos. No deseaba otra cosa el rey de Francia y el de España, porque éste era el camino más fácil para la paz, y como quiera que saliese de España este príncipe, la recobraba sin dificultad toda el rey Felipe, y quitaba a sus rebeldes la esperanza de mantenerse en aquel dominio. No aborrecían este pretexto para salir del empeño los ingleses y holandeses, y así, todos concurrieron a volver a entronizar la Casa de Austria.

La emperatriz Leonora, madre del rey Carlos, deseaba ardientemente sacarle de España para que gozase un trono más tranquilo, y aunque se había enviado con la noticia de la muerte del Emperador, a Barcelona el conde de Rofrano, volvió la Emperatriz a enviar al conde de Molano, su caballerizo mayor, para persuadir al rey que pasase luego a Alemania, porque así lo pedían más relevantes intereses que los que tenía en España, y querían los electores verle en Viena, porque recelaban dilatada su ausencia, y con ella nunca perfecta quietud, pues aunque sin contradicción le habían ya reconocido los reinos de Bohemia y Hungría, y estaban ya desalentados los rebeldes después que por arte del conde Paphi se sometió a la clemencia del César el conde de Carolio, hacía grandes esfuerzos Ragotzi para que el Sultán se valiese de este interregno y atizaba el fuego el rey de Suecia desde Bender, por si en la confusión podía adelantar la pretensión del duque de Baviera, de cuya Casa era descendiente.

Sentía mucho el rey Carlos dejar a Barcelona, porque veía claramente que no sería con esto rey de España, cuyo trono deseaba tanto. No tenía tropas para mantenerse en Cataluña, y eran tales las quejas de los catalanes de que los desamparase, que padecía su agradecimiento en ellas, y ofrecían sus ministros cosas que jamás podían cumplir. Ya decían que quedaría el principado de Cataluña agregado a los Estados hereditarios de la Casa de Austria, y ya que se interpondría fuertemente cuando fuese elegido por Emperador, para que los coligados obligasen al rey Felipe a dejarle república; y siendo esto tan impracticable, había catalanes que lo creían, aun viendo al ejército del rey Felipe ya dueño de todo el país, desde Cervera a Aragón, de toda la Ribagorza y de las mejores plazas, excepto Tarragona. Faltábanle muchas disposiciones, víveres y medios para emprender el sitio de Barcelona. No les pareció a los españoles tiempo oportuno, porque precisamente se había de ir a Alemania el rey Carlos, y ésta era la mejor ocasión.

Tenía en su ejército el rey Felipe doce mil franceses ociosos, porque el duque de Vandoma ni tenía que hacer en Cataluña ni los quería distraer contra Portugal, y con todo eso los dejaba allí el Rey Cristianísimo, porque no creyese el Católico que la muerte del Delfín ocasionaba esta tibieza; más le hubiera aprovechado tenerlos en la Alsacia o Flandes, porque los enemigos, aun después de la muerte del emperador José, proseguían con los mayores esfuerzos por no perder lo gastado y perficionar su idea.

Estaba el mariscal de Villars acampado en Flandes, desde Oisión a Arrás, y los aliados, entre la Esquelda y Scarpa, habían echado varios puentes al río Crinchón, no porque corre

furioso, sino porque tiene obscuros y llenos de arena los vados; también hicieron otros entre Biaoch y Arrás, por lo cenagoso y pantanoso del terreno. Los franceses, con las sombras de la noche, quisieron atacar la derecha de los enemigos, que ocupaban a Magni; pero no lograron más que derrotar la gran guardia y matar las centinelas. Después sorprendieron el castillo de Harlech, cortaron los diques del río Lis y cegaron el canal; esto embarazaba el transporte de víveres al ejército enemigo; pero acudió el príncipe de Holsteimberg e hizo apartar a los franceses hasta Reuselario.

La falta de forrajes obligó a los holandeses a pasar la Scarpa y acercarse a Lentz; los franceses, a Arrás, entre Vilers y Brulain; en vano intentaron sorprender a Vimi; acampáronse en Arleux e inquietaban a Duay, hasta que las partidas que corrían aquella campaña fueron rechazadas del príncipe de Hesse Casel, destacado con siete mil hombres. Por eso pusieron los aliados al general Hompesch, con diez batallones y doce escuadrones, entre Duay y Ferin. Este cuerpo de tropas fue improvisadamente atacado del conde de Gasión, francés, con treinta escuadrones, y enteramente deshecho. Pocos se salvaron en Duay, porque para no ser socorrido de lo restante del ejército acometió a un mismo tiempo por la noche el conde de Broglio a la derecha de los enemigos, mató a las centinelas y acudió allá la fuerza de las tropas, mientras Gasión derrotó a Hompesch.

El ejército de los aliados en Flandes estaba sólo a cargo del duque de Malburgh, porque había partido para el Rhin el príncipe Eugenio, y se había anegado el príncipe Nasao en Mordeich, pasando a La Haya, por la contienda vertida entre él y el rey de Prusia por la herencia del rey Guillelmo. No gustaban los holandeses del arrojo de Malburgh, porque ya veían que hacían en vano la guerra, y que el sacar de la España al rey Felipe se había hecho un moral imposible; inspiraban remisos los alientos y no querían aventurarse a una batalla. Puso su campo el inglés en Betunes, y el francés, en Hesdin; fortificaron los ingleses el mismo paraje en que Hompesch fue vencido; pero el señor de Montesquiu atacó la línea y la rompió, con muerte de seiscientos holandeses. Salió a socorrerlos Hompesch desde Duay y no pudo llegar, porque se lo embarazó el conde Cogny, que hacía espaldas a Montesquiu, ni tampoco llegó a tiempo el general Faggel, destacado de Malburgh, porque ya estaban los suyos dos veces en un mismo campo vencidos; creyendo hallar desprevenido a Villars, puso Malburgh en Betunes los bagajes, y en una noche, dejando a Corte, marchó dos leguas, pasó la Esquelda con ocho puentes, entre Cambray y Bouchain, para darle la batalla, pero hallándose al amanecer formado, mudó de intento y retrocedió. Villars picó la retaguardia, volvió ésta la cara, y como quería pelear retrocediendo, fue derrotada; murieron de ella mil; igual número de prisioneros, sin los que se anegaron en el río. Enfurecido Malburgh con estos malos sucesos, aunque no de gran consecuencia, tomó de repente los puestos para el sitio de Bouchain. A 22 de agosto se abrió la trinchera, y nada hubo de particular en este sitio. Cumplió con su obligación el gobernador y el presidio, pero ganó la plaza el inglés; con esto se acabó en Flandes la campaña, y por el mes de septiembre se dieron cuarteles de invierno por una y otra parte a las tropas.

Tampoco hubo en el Rhin cosa remarcable. No quería empeñarse por el bávaro a todo el dispendio el francés en la elección de Emperador, pues los más de los electores confirmaban la sentencia dada en Ratisbona. Habíanse juntado en Francfort los diputados de los electores, y aunque estaban a favor del duque de Baviera y de su hermano el rey de

Prusia y el duque de Sajonia para admitirlos al Congreso, votaron en contra el Palatino, el duque de Hannover, el rey de Bohemia, Carlos de Austria, y los electores eclesiásticos, el Maguntino y el Treveriense; y así proseguían las sesiones y se llamaba con insistencia al rey Carlos, quien, con repugnancia grande, salió de Barcelona, embarcado en la armada inglesa que mandaba el almirante Norris, a 27 de septiembre.

Mucho sintieron los catalanes esta ausencia, aunque les dulzó lo amargo con nuevos privilegios en que los prefería a Castilla. Todo era engañarse el rey Carlos a sí mismo, engañar a los catalanes, que para procuradores o agentes de la provincia enviaron con el Rey al conde de Saballá y a Pinós, porque les haba hecho grandes ofrecimientos de nunca olvidarlos, y les dejaba para mayor consuelo a la reina Isabel, que quedó por gobernadora de Cataluña y de los reinos de Italia. El mismo día 12 de octubre, que en Francfort fue elegido el rey Carlos por Emperador, llegó a las costas de Génova, dio fondo en Vado y no quiso entrar en la ciudad o en el arrabal de San Pedro de Arenas hasta que los genoveses le reconociesen por rey de España. Esto era arduo y monstruoso, porque ya la había dejado y en ella no poseía más que una pequeña parte de Cataluña; pero, para deprimir más a los príncipes de Italia, los obligó a esto.

Dos días estuvo en Vado, mientras lo resolvía aquí en el Consejo de los Doscientos tan grave punto, que quedó indeciso por entonces. Pero el marqués de Monteleón, ministro del Rey Católico, hacía los mayores esfuerzos para que no fuese reconocido como tal el rey Carlos, que, picado de esta repugnancia, sin admirar el obsequio de seis galeras que a Vado le envió la República para que con comodidad desembarcase en San Pedro de Arenas, no admitió el prevenido hospedaje. Luego que desembarcó, pasó corriendo la posta a Milán sin detenerse en los Estados de la República, la cual, obligada de las amenazas, envió allá sus diputados para el reconocimiento. Lo propio hicieron la República de Venecia, el duque de Toscana y el duque de Parma, que todavía se mantenían en el primer reconocimiento hecho al rey Felipe.

El duque de Uceda, que aún estaba en Génova, resistiendo el precepto del Rey Católico de que pasase a España, fue con su hijo don Melchor Pacheco a prestar la obediencia al rey Carlos en Vido, y le entregó los papeles secretos que tenía de su oficio, de todo el tiempo que había servido al rey Felipe; reveló las inteligencias que se tenían en Nápoles y Cerdeña, y vengándose en sí mismo puso este borrón a su nombre. Daba para esto insubstanciales pretextos, y los principales eran haber muerto en París prisionero el marqués de Leganés, y en el castillo de Pamplona el duque de Medinaceli, y que si iba a España le sucedería lo propio. Todas eran redarguciones de su conciencia, pero lo cierto es que habían muerto aquellos dos prisioneros sin definirse su causa, por política y benignidad del rey Felipe, que sólo sacó la depresión de estos dos magnates, sin confiscación de bienes, porque a Medinaceli le heredó el marqués de Priego, su sobrino, y al de Leganés, el conde de Altamira.

Indignado el rey Felipe del nuevo reconocimiento de los príncipes de Italia al Emperador, como rey de España mandó salir de su corte al marqués José Casale, enviado de Parma; al barón Nerón de Nero, de Toscana; y a los secretarios de Venecia y Génova, que a este tiempo no tenían allí ministro con carácter, y de ésta llamó a la corte al marqués de Monteleón y su enviado extraordinario, y con particular decreto prohibió el comercio activo y pasivo de sus reinos con los Estados de la República de Génova.

Los dos enviados del Gran Duque y Parma se entretuvieron en Madrid, aunque sin carácter, con licencia del Rey, y más tiempo se detuvo el de Toscana. Ocioso había estado en la raya de los Alpes el ejército francés. No pudo el Emperador mover las armas del duque de Saboya para atacar el Delfinado, porque no ignoraba las favorables disposiciones que había en Inglaterra para la paz. El abad Gautier y el mariscal de Tallard la instaban incesantemente; y al fin, dio orden para ella la reina Ana, y se cometió el Tratado en Londres a los duques de Hamilton y Buckingam; a los condes de Bullimbrock, Peterbourgh y Stafort. En París, al marqués de Torsy, al mariscal de Uxe1es, al abad Poliñac, al señor de Maren y al señor de Voisin; y por las cosas del comercio nombraron a los señores de Brior y Menager.

Este tratado le fomentaron los émulos de Malburgh para quitarle la autoridad que le daban las armas. Se tuvo por cierto que no pudiendo mantenerse de otra forma sino con la guerra, dio noticia de este Tratado al Emperador, a los príncipes de Alemania y a los holandeses; y aún decían sus enemigos que había ofrecido el ejército al duque de Hannover para que turbase esta paz y echase del trono a la Reina; el cual no quiso dar oídos a tan alto crimen, porque aventuraba la sucesión.

No estaban los wigs ya en Inglaterra tan poderosos, porque los torys se habían levantado con el favor de la Reina y ocupaban los primeros empleos, y tantos votos tenían ya en el Parlamento que vencieron la proposición de que se debía hacer la paz, y se dio entera autoridad a la Reina para tratarla. Estaba ya ésta adelantada secretamente, y firmados con la Francia los preliminares. Sin duda, si con noticia de la España, que era la que más perdía en este Tratado. El Rey Católico había dado a su abuelo amplios poderes para hacerla, porque no se podía resistir a la eficaz voluntad de la Francia y de la Inglaterra, que la querían siempre con la suposición de que le había de quedar el continente de España y las Indias.

A este tiempo pasó el conde de Bergueick a Madrid, y aunque se creyó que era por negocios de esta paz, fue para arreglar el Real Erario y las provisiones para el ejército. Era a este tiempo presidente de Hacienda don Juan del Río, marqués del Campoflorido, y llevando mal la subordinación de Bergueick hizo dejación del empleo. Hallóse éste embarazado porque sembraban los españoles de dificultades los negocios que por su mano corrían; y no habiendo medios para salir a campaña el ejército, porque los banqueros se retiraron de los asientos, todo el arbitrio que dio fue imponer un doblón por cabeza a toda la España. Este tributo, que parecía ligero, era gravísimo, porque a más de las rentas ordinarias que se pagaban al Rey, no todos podían pagar un doblón con la prontitud que Bergueick le quería. Al fin, asignando esta nueva contribución, se tuvo dinero y provisiones para empezar la campaña, y mientras no pasó al ejército el duque de Vandoma, mandaba las tropas el marqués de Valdecañas, que estaba acampado entre Tarragona y Cervera. Staremberg puso el campo entre Igualada, Toux y Santa Coloma, atrincherado por que tenía poca gente. El Principado no asistía con tanto dinero como antes, ni tenían los alemanes tanta tierra, y así estaba el ejército corto de medios y en terreno seco, que fue preciso sacar pozos para beber.

En el ejército del rey Felipe, que mandaba el duque de Vandoma, no se caminaba con la mayor uniformidad, porque el marqués de Valdecañas y el conde de Aguilar llevaban mal las precipitadas resoluciones del general francés. Hízose Consejo de guerra sobre la

primera expedición, y fue de parecer el conde de Aguilar con los cabos españoles el sitiar a Cardona, y entre ella y el ejército enemigo interponer las tropas del Rey. No disentía de este dictamen Valdecañas, pero lo profería con modestia, o porque tenía el genio más blando que el conde de Aguilar o porque no ignoraba que era de contrario parecer el duque de Vandoma, que había determinado ocupar a Prats del Rey, lugar inútil, y murado de ladrillo crudo. Esta disputa, sostenida con tesón por el conde, ofendió al duque, que si no profirió palabras injuriosas, el modo significaba desprecio; de esto quedó picado Aguilar, y se fundó una discordia perjudicial a los intereses del Rey, inflamada de hombres chismosos, y entre ellos de un clérigo parmesano, llamado Julio Alberoni, muy insinuado en la gracia del duque, a quien servía como de capellán, desde cuando aquél mandó las armas en Lombardía, introducido por práctico de la lengua francesa, y había ido algunas veces a hablar al duque en nombre del obispo del Burgo de San Dionine, para aliviar las contribuciones del país. Con alguna libertad en el hablar, y tener la conversación festiva, dio en el genio del duque, a quien enteramente en muchas cosas mandaba. Esta como digresión nos ha parecido necesaria para dar noticia de este hombre, que construyendo su fortuna de acasos, aunque nacido en los bajos pañales de ser hijo de un hortelano, hizo no poca figura en el teatro de España.

A 16 de septiembre partió el duque de Vandoma para Prats del Rey. Los alemanes pusieron en las sendas más estrechas alguna caballería escogida, para embarazar la marcha. Vencieron los españoles esta corta dificultad. Staremberg se retiró a Prats del Rey; algunas tropas dejó fuera del muro, en la misma orilla del río; otras puso adentro del recinto, y lo restante del ejército detrás de la villa, en un sitio áspero a quien hacía más escabroso la multitud de peñascos, el cual insensiblemente se levantaba a rematar en un montichuelo inculto, que tenía a la derecha una poca de llanura embarazada de fosos y collados, donde no podía pelear la caballería, y por eso le escogió Staremberg, porque no tenía mucha. Los españoles extendieron el ala izquierda del ejército más allá de la villa, como en semicírculo; batían al muro y a las tropas que estaban fuera de él, que desampararon la llanura que poseían por el ala izquierda y el río.

Staremberg tomó la altura del monte, y tenía a su disposición una de las puertas de la villa, por donde le entraban socorros mientras hubo gente. Luego la desampararon, sacando sus bienes los moradores, y quedó el lugar convertido en un montón de polvo y ceniza, riéndose Staremberg de que empleasen los españoles sangre, tiempo y dinero en una empresa inútil, a la cual fue precio volver las espaldas; pero el duque de Vandoma, que obraba ya sin consejo alguno, usando de un pernicioso despotismo y no pudiendo obligar a Staremberg a una batalla, atrincherado en aquel monte con solos doce mil hombres, resolvió tarde el sitio de Cardona.

No eran ya de esta opinión Valdecañas y Aguilar; y este último, más impaciente de ver cosas fuera de toda regla de guerra, pidió al Rey licencia para dejar el campo; no se le respondió, y poco poderoso contra sí mismo volvió a escribir en tono de picado, e hizo dejación de los empleos que tenía. Era capitán de una de las compañías de guardias de a caballo, y el más antiguo director general de la infantería, y chanciller del Consejo de Órdenes. De todos los empleos le admitió el Rey luego la dejación, y se proveyeron en otros. Llegó a la corte, y aunque le permitieron los Reyes el favor de dejarse obsequiar, se

le insinuó que saliese de Madrid. Así, se inutilizó a los fines de esta guerra un general de los más hábiles y experimentados.

Sintió el Rey verse obligado a perderle, pero hizo justicia para que ningún vasallo presuma ser a su soberano necesario. Conocía el Rey algunas tropelías de Vandoma, pero no quería disgustarle. Había enviado éste ingenieros franceses y oficiales a reconocer la plaza y el sitio, y con militar arrogancia le pintaron llana la expedición; fuese esto ignorancia o adularle.

A 15 de noviembre partió a Cardona el conde de Muret con buenas tropas; fueron todos los franceses y algunos regimientos españoles. Sobre ser un lugar áspero, tiene la ciudad un castillo puesto en una gran eminencia; la guarnición era escogida y bastante, e inquietaban a los sitiadores tres mil caballos catalanes que obligó a hacer línea de contravalación. Después de abierta la brecha, se dio el asalto a la ciudad; gobernaba la derecha el conde de Suderson; la izquierda, el de Melun, y el marqués de Arpayon el centro; fue sangrienta la disputa; vencieron los sitiadores, pero nada ganaron con la ciudad, porque lo difícil era el castillo, a donde se retiró la guarnición, y contra quien no eran fáciles las baterías por lo empinado del sitio, y las que se pusieron estuvieron erradas porque batían lo más fuerte, contra el parecer del marqués de Valdecañas.

El día 30 de noviembre se le dio un asalto antes de amanecer; alojáronse en la misma brecha los franceses, pero ya abierto el día, fueron atacados por la guarnición y echados del lugar que poseían. Había ya pasado a empeño el sitio, y el conde de Muret mandó minar el castillo con poco o ningún efecto, porque no podía llegar en lo rigoroso del invierno a abrir el monte, de género que cayesen las fortificaciones más necesarias. Staremberg fue al socorro de la plaza, donde quiso introducir mil hombres. Atacó tres veces uno de los cuarteles de los sitiadores, y quedó rechazado. Mostraron el mayor brío los franceses, obstinados no sólo en defenderse de los alemanes, sino también en tomar el castillo; brilló entre todos el valor del conde de Melun. En el último asalto del puente de Corminas, viendo que persistía Staremberg, echando más gente, destacó mil hombres por las alturas, para encerrar a los enemigos; desistieron entonces de la empresa los alemanes, pero se quedaron a vista de la plaza. Viendo Staremberg que dos veces no había podido introducir socorro, tentó otra vez atacar la línea. Acudió a ella todo el ejército de los sitiadores, pero ya era tarde, porque la habían roto los alemanes después de una sangrienta disputa con la gente que aquel paraje guardaba. Murió allí valerosamente peleando el conde de Melun; habiendo perdido mucha gente, gran parte del bagaje y la artillería, se retiró el conde de Muret.

Así libró Guido Staremberg a Cardona, aplicando tanto esfuerzo para despicarse de la vana sorpresa que había intentado de Tortosa, contra quien envió al general Vesel, y en una noche oscura atacó una torre que está junto al baluarte de San Juan. El rumor avisó a las centinelas, y tomó las armas el presidio. Acudió medio vestido el gobernador, conde de Glimes; subvertiéronse las escalas, pero los alemanes, cortando la puerta del reducto del baluarte de San Juan, ocuparon la vecina media luna, que no tenía guarnición. Todo esto era fuera de la plaza, y por eso los enemigos intentaron tomar las fortificaciones que median entre él y el río. Esto lo embarazó el baluarte de enfrente, cargado a bala menuda. Amaneció, y con arietes quisieron los alemanes romper las puertas de San Juan y la que llaman Templense; pero lo prohibía el fuego de la plaza.

Difícilmente se podía estar en el muro por la fusilería enemiga; pero, cumpliendo con su obligación, asistía donde ardía más el fuego de la guerra el conde de Glimes, que sacó muchas veces el pecho fuera de la muralla. No ostentaron menor valor el ingeniero Tanuil y don Eugenio Zabalza, coronel del regimiento de Pamplona, con los demás regimientos, el de Sevilla, Murcia, Palencia. Desesperados los alemanes de salir con el intento, volvieron precipitadamente la espalda, y como estaba poco distante de la ciudad el coronel don Francisco Bustamante, avisado de la artillería, llegó con su gente a la plaza, a tiempo que pudo perseguir a los enemigos, castigando la arrogancia de una empresa muy difícil, fiada al descuido que creían en los españoles.

Con tal precipitación se retiró Vesel, que se olvidó de haber dejado en la media luna y reducto de San Juan cuatrocientos hombres que quedaron prisioneros. Se creyó haber avisado el Rey a la plaza este designio, revelado por un traidor al príncipe a quien servía.

Ya veían los catalanes que declinaba su fortuna, y así estaba poco obedecida la Emperatriz en Barcelona. Este desorden le aumentaba el penetrarse ya los preliminares de la paz, ajustados entre la Francia y la Inglaterra. Era la suma de ellos: Que se darían al Emperador Nápoles, Milán y Cerdeña; a los holandeses, la alta Güeldria y una barrera conveniente en Flandes; a los ingleses la plaza de Gibraltar y la isla de Menorca, con Puerto Mahón; y al rey Felipe el continente de España, con Mallorca, Indias y Canarias. Sicilia y Flandes quedaron en suspensión; de aquélla se reservaron disponer los ingleses, porque meditaban darla al duque de Saboya para que restituyese la parte que tenía del ducado de Milán. La Flandes la había cedido el Rey Católico al duque de Baviera, menos el condado de la provincia de Luxemburg, que le había dado en soberanía a la princesa Ursini, queriendo después de esto que en su corte se le diese el título de Alteza; pero como lo había mandado con expreso decreto se negaron muchos magnates a este obsequio.

Tenía grandes contradicciones la reina Ana para la paz en el Parlamento, entonces compuesto la mayor parte de wigs. Se quejaban agriamente los ministros de los príncipes; el conde de Gallasch, que lo era del Emperador, hablaba con tanta insolencia que fue echado de Inglaterra. Vino el señor de Buis por los holandeses: tuvo más modestia, pero no menor desgracia en su comisión, porque la Reina, empeñada en la paz, estaba poseída de la facción de los torys, y nombró por plenipotenciarios al obispo de Bristol, el conde de Stafort y a Brior; la Francia, al abad de Poliñac, al mariscal Uxelles y a Menager. Habiendo consentido en ella el rey Felipe, nombró también los suyos al duque de Osuna, al conde de Bergueick y el marqués de Monteleón. Esto consternó a los holandeses y alemanes; aquéllos, porque recibían la ley, cuando presumían darla, y éstos, porque se habían de contentar con Nápoles y Milán, habiendo hecho tantos años guerra por toda la Monarquía de España.

Había escrito desde Milán una carta bien resentida el Emperador, y se declaró que bajo de aquellos preliminares nunca vendría en la paz. Esto no fue de embarazo para que la Reina, de acuerdo con el Rey Cristianísimo, prosiguiesen su tratado, y se propusieron a los holandeses cuatro lugares para el Congreso: Nimega, Lieja, Aquisgrán y Utrech; este último fue elegido. No se había en los preliminares nombrado al rey de Portugal, y aunque éste había ganado a Miranda de Duero, por mal defendida de su gobernador, trató secretamente su paz con el rey Felipe. Estaba el tratado en buena disposición, pero le

turbaron los ingleses con palabra que al rey de Portugal dieron de incluirlo con la suya, que no estaba lejos; por eso en Extremadura hubo sólo hostilidades de saqueos recíprocamente, pero no guerra.

Mandaba el conde de Mascareñas el ejército del rey don Juan, y el marqués de Bay el del rey Felipe; avistáronse, compuestos en batalla, en las orillas del río Caya; pero tenía orden el general Mascareñas de rehusarla cuanto fuese posible, porque ya estaban los portugueses cansados de la guerra. No habían sacado de ella fruto alguno, sino malogro de dinero; y conocían que cuando querían los ingleses hacer la paz, despreciaban los intereses del rey don Juan. Estaba por el Emperador la reina de Portugal, su hermana y el padre Álvaro Cienfuegos, su ministro en Lisboa, persuadiendo la continuación de la guerra; pero el duque de Cadaval, adverso a ella, que era el autor de la paz, mantuvo al Rey en su resolución.

No persuadido aun el César de que le desamparasen sus aliados, aplicaba los medios posibles para turbar la paz, y dispuso que el duque de Hannover enviase a Londres al barón de Botmar para este efecto. Hizo por escrito una representación a la reina Ana el día 9 de diciembre, que entregó al señor de San Juan, secretario del Despacho. Su contenido era la mala fe con que solían obrar los franceses, y que nada habían de cumplir de lo que ofrecían. Ponderaba que no se les observaría el pacto del comercio de las Indias, porque reinando los Borbones en ellas y en España, sería la negociación de los franceses.

La Reina dio noticia de todo al Parlamento; volvióse a dividir en pareceres, y aún se llegó a dudar si tenía autoridad la Reina para hacer la paz sin consentimiento de las dos Cámara, alta y baja. El conde de Notingan era el más acérrimo defensor de la guerra, y tuvo algunos opositores. Por ciento sesenta y seis votos fue reprobada del Parlamento la paz; pocos la quedaron a la Reina, porque todo él no constaba más que de doscientos treinta y dos, pero creó duques y condes cuanto fue menester para tener la inclusiva; y como no se le podía disputar que era peculiar de los reyes de Inglaterra la guerra y la paz, se mantuvo firme la Reina, y proseguía el tratado sin alteración, habiéndose hecho a Malburgh fuertes amenazas de que se le pediría cuenta de turbarla. Ya conocía él haber decaído de la gracia, y que prevalecían los torys en el palacio; y así, cediendo a la inconstancia de la suerte, manifestó la mayor humildad y resignación, y más cuando veía que le quería pedir el Parlamento cuenta del dinero que había pasado por su mano en esta guerra; porque decían sus émulos que se había aprovechado más de lo justo. Ya con el nombre solo de la paz paró el giro de su fortuna y de su gloria, a que le habían levantado las armas.

Año de 1712

Ya encarada contra Malburgh la fortuna, le quitó la Reina con un decreto todos sus empleos, expresando en él que le habían sido gratos sus servicios. Así le dejaba la honra, que no podía quitarle; pero contra ella se conjuraron Salomón y Mongomerio Preston, que le acusaron de haber usurpado al Erario público grandes sumas de dinero. La Cámara le pidió cuentas; dio las que se habían formado en El Haya. No había más pruebas que su

dicho, las firmas de Walpoli y Dal Ripeo, y de su secretario Cordonel, pero como a éstos se les acumulaba el mismo delito, no tenía más a su favor Malburgh que el ejemplo de otros generales, que no habían formado las cuentas de otra manera.

El Emperador y el duque de Hannover se interesaron por él, y no prosiguió el reato ni se le abonó lo gastado. Como no se había todavía firmado suspensión de armas, se nombró general de ellas en Inglaterra al duque de Ormont, a quien también se hizo coronel de las guardias. El mando de la artillería se dio al conde de Ribera; ambos eran enemigos de Malburgh.

A estas mutaciones se siguieron muchas para asegurar los designios de la Reina, a quien no pudieron disuadir de la paz las altas promesas del príncipe Eugenio, que pasó a este efecto a Inglaterra: ofreció grandes ejércitos en Francia y España, pagados a costa del Emperador, y ventajosos partidos al comercio de los ingleses, si se le daban las Indias con el continente de España, aunque cediese la Italia al rey Felipe; y porque no les hiciese fuerza tanto cúmulo de reinos, proponía el ejemplo de Carlos V. La Reina le hizo grandes honores aparentes, pero muy breve respuesta: que acudiese a los ministros. Éstos contestaron poco, y dijeron estar hecha la paz sobre unos preliminares inalterables. Que a Inglaterra le había costado su dinero la guerra, con la ruina del comercio y sola la adquisición de dos plazas que servían más a la pompa que al útil. Que pagase el Emperador todas las expensas de la guerra, desde el año de dos, y que la proseguirían. Esto era proponer un imposible; y así, desengañado el príncipe Eugenio, volvió a Viena y mostró al Emperador la necesidad que tenía de enviar plenipotenciarios a Utrech, porque si no, dispondrían en el Congreso de Sicilia y Flandes, y que no tendrían remedio.

Con esto se resolvió a enviar a los condes de Sincendorf y de Consbruck, no porque a nada consintiesen, sino por repugnarlo todo con protestas que no tenían más fuerzas que la que le podían dar las armas. Con esta instrucción partieron al destinado lugar donde ya estaban los plenipotenciarios de Inglaterra y Francia; por el prusiano, el conde de Dencof; por el moscovita, el señor de Urbich; por el rey de Portugal, el conde de Taroca; por el duque de Saboya, el de Maffei; por los venecianos, el caballero Ronsini. También enviaron el suyo el gran duque de Toscana, el de Parma, Módena y los esguízaros, el Pontífice, el duque de Lorena, de Hannover, de Neoburg y Luneburg; los príncipes de Hesse Casel y Armestad, y el rey de Polonia y el reino. Los plenipotenciarios de España estaban todavía en París, porque los alemanes y holandeses no querían admitirlos. No sacaba por eso la cara Inglaterra, pero la sacó la Francia, y dijeron sus plenipotenciarios que ella con la Inglaterra los harían admitir con las armas, que si ya no eran variables los preliminares estaba en ellos otra vez reconocido Felipe de Borbón por rey de España.

Ventilóse sobre la Sicilia, y ya se veían inclinados los ingleses a darla al duque de Saboya, ganados de las artes de éste los ministros. No lo podía resistir la Francia, porque había ofrecido dejar la Sicilia en manos de los ingleses; a todo se oponían los alemanes, y más a que el duque de Baviera poseyese la Flandes; también lo repugnaban altamente los holandeses, porque no querían por vecino a un príncipe chico, que no los podía defender ni de la Francia ni del Emperador. Los ingleses, que en este tiempo dieron la ley a la Europa, estaban firmes, no sólo en que se había de restituir sus Estados y dignidades al duque de Baviera, pero que por los daños padecidos se le había de dar el reino de Cerdeña, si quería el Emperador quedarse con la Flandes. También le propusieron que si

quería la Sicilia diese el ducado de Milán al duque de Saboya; de la libertad de Italia nadie hizo caso, ni que restituyesen a sus príncipes los Estados que el Emperador poseía: Mantua, Mirándula, Comachio y Savioneta. En este estado de cosas se les ofreció a los austríacos oportunidades de discurrir a la paz, porque iban faltando en Francia los herederos y estaba más vecino a la sucesión de aquella Corona el rey Felipe.

Había muerto a 12 de febrero María Adelaida, mujer del nuevo Delfín (antes llamada duquesa de Borgoña), de enfermedad de viruelas. Pasaron éstas a su marido, y murió cinco días después. Dejaron dos hijos, que eran el duque de Bretaña y el duque de Anjou. A pocos días murió el de Bretaña, y sólo quedó sucesor inmediato de la Corona de Francia un niño de dos años y enfermo.

En defecto de éste, la Ley Sálica llamaba al rey Felipe, segundo nieto de Ludovico XIV, pero por la renuncia hecha cuando entró al Trono era el inmediato el duque de Berry, su hermano. Los peligros de esta sucesión exaltaban los austríacos a sus aliados, dando a ver la probabilidad de unirse las dos Coronas, y que por esto no debía darse la de España a un príncipe de la Casa de Borbón. Alguna impresión hicieron en Londres estas reflexiones que también las ponderaban los wigs; pero los torys, empeñados en la paz, dijeron que bastaba que hiciese otra vez la renuncia el rey Felipe, porque no faltaban príncipes Borbones en Francia para suceder a la Corona. Los austríacos replicaban que la Ley Sálica favorecía a la Casa de España, y que ésta tenía ya dos sucesores; porque a 6 de junio había dado a luz en Madrid la Reina un nuevo infante, que en el sacro bautismo le pusieron por nombre Felipe. Asistieron, como es costumbre, al parto de la Reina los presidentes de los tribunales, y se halló a este tiempo el cardenal Francisco Judice, que había pasado a España con el empleo de inquisidor general. Muchos creyeron sería primer ministro, pero no le dejaba adelantar tanto la princesa Ursini.

* * *

Este año se retardó en Cataluña la campaña, por haber muerto en el reino de Valencia Luis de Borbón, duque de Vandoma, que mandaba las armas. La causa de su apoplejía atribuyeron muchos a una inmoderada cena, cebándose en un gran pescado. Sucedió en el imperio de las armas el marqués de Valdecañas; todavía la guerra era perseguir rebeldes, y éstos hacer varias correrías y ejecutar las más exquisitas crueldades. Las tropas del Rey se acamparon en Cervera, bajo la mano del conde de Herseles. Intentó sorprenderla el general Franckemburg; penetrólo el comandante, y para esperar a los enemigos en las sendas más angostas, destacó a don Luis de Obes, que atacándolos felizmente los derrotó; la misma felicidad tuvo don Miguel Pons en la fuente de Suert. Libró al marqués de Villahermosa del peligro que le amenazaba, sitiado de los enemigos. Puso en contribución el condado de Pallars, y en la Puebla derrotó un buen número de catalanes. Mandó el marqués de Valdecañas abrir camino para la artillería desde Tortosa a Mequinenza. Esto puso en aprensión a los alemanes, y fortificaron a Tarragona; iba juntando sus tropas Staremberg, y fue preciso a los españoles dejar a Cervera.

El rey Felipe, dando licencia a Valdecañas de retirarse a la corte, dio el mando de su ejército al príncipe de Sterclaes, que uniendo las tropas se acampó en Balaguer. El día 20 de octubre pasó el Segre y se acercó a Agramont, muy vecino a los enemigos. Esto dio cuidado a Staremberg, porque ya le faltaban las tropas inglesas que de orden de la reina

Ana había conducido el duque de Arguile a Mahón. También había hecho un gran destacamento contra Girona, con que le fue preciso al general alemán escoger un lugar fuerte y atrincherarse para no venir a batalla; con eso iba la guerra lenta, porque tampoco el Rey Católico quería fiar a las armas lo que estaba encomendado a la negociación, ni hacía sangrienta la guerra el duque de Saboya, porque puestos todos sus negocios en manos de los ingleses, no prestaba los antiguos obsequios a la corte de Viena, ni querían engrandecer en la Italia al Emperador, porque no había sido su idea que poseyese los reinos de ella el que gozaba del trono imperial, pero había dado tales giros la fortuna, que ya podía libremente el Emperador oprimir la Italia sin que nadie pudiese embarazarlo; y para poner nuevos grillos a la Toscana, mandó pasar al general Zumiunghen, de Siena, tropas a Orbitelo, que era lo propio que amenazar a Puerto Hércules y las fortalezas que le guardaban.

Para entregarlas había solicitado a su gobernador el duque de Uceda, pero en vano; y así, fueron precisas las armas que por el mes de abril movió Zumiunghen contra aquellas plazas. Envióle de Nápoles el conde Borromeo gran cantidad de víveres y una escuadra compuesta de corsarios ingleses y holandeses, y algunas naves napolitanas. Esto bastó para encerrar aquella ensenada y bloquear el puerto; tanto, que no pudo socorrer aquellas fortificaciones como lo pretendía don Esteban Villars, gobernador de Longón, y desde Roma don José Molines, ni pudieron entrar las galeras del duque de Tursis, que a este efecto habían partido de Génova sin orden alguna, más que movido de su propia voluntad para componerse con el Rey Católico, porque ya tenía noticia que quería despedir de su servicio estas galeras, habiendo contra ellas hecho una fuerte representación el cardenal Judice, que ya entraba en el gobierno de la Monarquía, y había sido admitido al Consejo del Gabinete del Rey Católico.

No podía subsistir la escuadra enemiga en Puerto Hércules, si no se rendía la fortificación de Monte-Felipe, que bien defendidos, cumpliendo la guarnición con su honra, ya teniendo la brecha abierta capituló, saliendo libre la guarnición. Como de esta fortaleza se podía batir la que guardaba a Puerto Hércules, corrió la misma fortuna y la ocupó el alemán, pasando la guarnición de ambas a Marsella. Hubiera proseguido la empresa de los presidios de Toscana Zumiunghen, y corría gran riesgo Longón; pero los franceses hicieron una grande invasión en Saboya y temiendo del Piamonte o fingiendo temer, llamó a los alemanes su Duque. El general Zumiunghen pasó a Milán, y a encontrar al duque de Berwick fue el conde Daun, que mal acompañado en el collado de Brunet, le derrotaron los franceses.

Sólo en el corazón del Emperador estaba viva la guerra, y para inflamarla pasó a Flandes el príncipe Eugenio. Aunque no en la apariencia, algo se habían entibiado los holandeses; los ingleses más, mandados por el duque de Ormont, sucesor de Malburgh. Mandó el ejército francés el duque de Villars, a quien se había dado mayor libertad de obrar y poner terror a la Holanda para que correspondiesen los efectos a las promesas que el Cristianísimo había hecho en Londres, correspondidas con haber mandado a Ormont la Reina hiciese sólo la guerra defensiva, sin asistir a empresa alguna. Por esto no había querido consentir en el sitio de Kesno, determinado por el príncipe Eugenio, que ni con este embarazo desistió de su idea, y a los 13 de junio embistió la plaza con veinte mil hombres bajo la mano del general Faggel. El gobierno de la plaza dio pruebas de su

fidelidad y valor. Hizo una vigorosa salida por la puerta de Valensenas; al fin, dilató la defensa hasta que pudo capitular la libertad de la guarnición.

Ni esto apartó de su propósito a los ingleses: pasó a París el conde de Brullimbrock, secretario del Despacho de la reina Ana, para firmar los concordados artículos, y como se había de empezar por la suspensión de armas, no firmó ésta hasta que el Cristianísimo entregase a Dunkerque en rehenes. Envióse a Utrech firmada la tregua, en virtud de la cual el duque de Ormont apartó sus tropas del ejército y las condujo a Brujas y Gante. También llamó a los prusianos, hannoverianos, sajones y palatinos que tenía a su sueldo la Inglaterra, y aunque se habían tomado con este pacto de retirarse a cualquiera insinuación de la Reina, no obedecieron, porque previniendo este caso, había conseguido de sus soberanos, el Emperador, que quedasen al sueldo de los holandeses. Quejóse mucho la Inglaterra; respondieron los príncipes del Imperio con palabras muy suaves, dando la culpa a sus generales, pero el haberse quedado al servicio de Holanda mostraba clara la ficción.

El príncipe Eugenio, para dar a conocer al mundo que podía el Emperador mantener la guerra y él vencer sin los ingleses, meditaba otra empresa, aunque veía no podía ser grande, porque le faltaban treinta mil infantes, ingleses escogidos. Tenía poderoso ejército el francés, y no quería aventurarse más la Holanda. Con todo eso, como tenía ochenta mil hombres de buenas tropas, pasó el príncipe Eugenio la Esquelda, las acampó en Haspre, con intención de sitiar a Landresy; poco después tomó los puestos el príncipe de Anhalt. No es esta plaza de las de mayor nombre, pero tomándola los alemanes tenían descubierta la provincia de Picardía.

A esta empresa se dio esta disposición: veinte mil hombres estaban contra la plaza, y con corta distancia se unía a ellos la izquierda de todo el ejército, que extendía su derecha por la orilla de la Esquelda hacia Venain, donde estaba el conde Albemarle con un grueso destacamento y fuertemente atrincherado, para que con seguridad pasasen al campo los víveres. El Rey Cristianísimo, aprovechando la ocasión de la ausencia de los ingleses, mandó a Villars socorriese a Landresy, por si podía haber una acción general, porque constaba su ejército de más de cien mil hombres; éstos pasaron la Esquelda el día 18 de julio y se acamparon en Sella; allanaron los caminos para la Sambra, construyeron algunos puentes y extendieron la derecha a Macenquien. Viendo esto, recogió la suya Eugenio a menor distancia, uniendo sus tropas, y levantó una trinchera delante la izquierda, la cual guardaba el general Faggel.

El día 23, ya por la tarde, destacó Villars al conde de Coigny, con orden que pasando la Sambra se adelantase a Cartini por Lein. Corre allí un riachuelo que bajo Landresy se junta a la Sambra; y le dio por instrucción que al amanecer se presentase a los enemigos, trabando algunas escaramuzas, y después lentamente, se retirasen por Guisa. Todo era estratagema del francés, para turbar y distraer el cuidado de los enemigos, porque su intención era contra Denain; por esto la misma tarde destacó al conde de Brollo a la ribera del Sella y fortificó los vados para que no pudiesen los alemanes saber las opiniones del contrario ejército. Mandó luego al marqués de Viepont que echase en Neville algunos puentes a la Esquelda, entre Bruchen y Denain. A Viepont sostenía Albergoti con buen número de tropas, y a éste todo el ejército.

No tenía el príncipe Eugenio noticia de estas disposiciones ni grande aprensión, porque estaba bien fortificada su línea, y aun Denain, y más allá el puente de Previo, que mira la Escarpa por una y otra parte de Marchiena. El conde de Brollo tomó entre Neville y Denain una gran cantidad de carros de víveres, guardados de dos regimientos, a los cuales atacó y deshizo. Salió a socorrerlos parte de la gente que estaba en Denain, pero temiendo que fuesen los franceses en gran número, retrocedieron a sus trincheras, donde había ocho mil hombres, a los cuales protegían buen número de cañones cargados de bala menuda. Pasaba ya la Esquelda con el ímpetu de tropas que llevaba el conde de Brollo, y, asegurado el Vado, movió toda su infantería Villars, en ocho columnas, contra Denain: abrían el camino los granaderos. No iba muy distante la segunda línea, cerrado por todo de la caballería. Gobernaba la diestra el duque de Villars; el marqués de Montawich la siniestra. Asistían los generales Albergoti, Viepont, Dreux, Brindelais, los mariscales de campo conde de Montemar, príncipe de Isinghien, y los marqueses de Muchí y Nangí, y el conde de Villars.

Con este orden se atacó a Denain, que defendía valerosamente Albemarle. Sufrieron la artillería los franceses hasta pasar el foso; después aplicaron las valerosas manos a la estacada. Allí fue sangrientísima la disputa, favorable a los franceses, porque rompieron la trinchera y, ya todos sobre el llano, estuvieron obligados los alemanes a retirarse al muro o a la que llaman la Abadía; todos fueron vencidos, y los que sobraron al rigor de la espada, quedaron prisioneros; ni a los que quisieron huir les dio feliz acogida la Esquelda; ni podían ir al puente de Prouro, porque mientras duraba la batalla le habían ocupado Nangis y Albergoti con fuertes tropas, porque no socorriese a Denain por allí el príncipe Eugenio, como lo intentó con gran brío. Pero ya tenían ocupado el puente los franceses, a los cuales echaron de él dos veces los alemanes; pero después, haciendo los franceses mayor esfuerzo, se afirmaron en él, con gran pérdida de gente de una y otra parte. Los tablones y leños del puente, cediendo en parte al peso de tanta muchedumbre, y no pudiéndola sostener, cayó al agua gran número de alemanes, entre ellos el conde de Dona, holandés.

Había querido con todo el ejército el príncipe Eugenio, por el sonrojo de rechazado, volver al empeño; opusiéronse a esta temeridad los holandeses; y más, que ya no era tiempo, porque los franceses habían ocupado a Denain y hecho prisioneros al conde Albemarle, a Cornelio Nassao, al príncipe de Anhalt de Holothein, y otros oficiales de gran fama. Los franceses perdieron al señor de Meusechoisel y de Torbil, quedaron heridos el conde de Tessé y el de Guasach. Costóles la empresa mil hombres; diez mil a los aliados. Hallaron los vencedores en Denain gran cantidad de víveres y municiones; todos pelearon con braveza y empeño; aun muchos oficiales que servían en la caballería pusieron pie en tierra, el general Rozel, el conde de San Mauricio, los mariscales de campo Vaillier, Lillí y Carlos de Lorena. Luego tomó Albergoti a Mortañez, Sant Amant, con novecientos hombres y cuarenta barcas cargadas de víveres. Otro destacamento, hacia el puente de Rach, tomó prisionero al conde de Espare.

Glorioso Villars, no sólo por la importancia de la acción, mas también por el arte con que había engañado al príncipe Eugenio aprovechándose de la consternación de los enemigos, envió al conde de Broglio a sorprender a Marchiena, donde estaban los almacenes de los holandeses para toda la campaña, guardados de cinco mil hombres. Siguió con la

artillería el conde de Monteschin; en un día se abrió la brecha, capitularon su prisión los presidiarios, entregaron enteros los almacenes y cien barcas cargadas de municiones. Allí perdieron los holandeses mucho caudal; de esto resultó faltarle víveres al ejército del príncipe Eugenio, que el primer día de agosto levantó el sitio a Landresy; faltaba el pan de munición, y no pudiendo los holandeses con presteza suplir el abastecer las tropas, se les dio licencia que robasen.

Este desorden no sólo afligió a los míseros pueblos, sino que enflaqueció el ejército, porque se echaron menos infinitos desertores. El Rey Cristianísimo, por no perder tan buena ocasión, mandó sitiar a Duay, aumentando el ejército con el presidio que pudo sacar de las plazas. Nada sintió más el príncipe Eugenio, porque después de haber hecho tantas proezas en esta guerra, a los últimos períodos de ella se le marchitaron los laureles, y daba a conocer la Francia lo invencible de su poder, que sola y contra tantos y tan poderosos príncipes a su ruina coligados, después de tantas pérdidas de ejércitos y plazas y doce años de la guerra más cruel, la acababa venciendo; porque el príncipe Eugenio, aunque sacó de las plazas las guarniciones y aumentó el número de su ejército, no pudo embarazar que el duque de Villars pusiese el sitio a Duay, pues aunque se acampó entre Tournay y Lilla y se presentó en batalla, cierto es que no se lo consintieron los holandeses; porque si la perdían en vísperas de la paz, había tiempo en aquella campaña de poner las cosas en estado que ya no la quisiese con ellos el Cristianísimo.

A 17 de agosto se empezó a batir la plaza; el primer día de septiembre tomaron los franceses el fuerte de Escarpa. Los presidiarios se retiraron a la ciudad. A 8 de septiembre, el marqués de Viepont y el príncipe de Winghien atacaron las fortificaciones exteriores. La defensa fue heroica, pero infeliz; derramando mucha sangre las ocuparon los franceses; con más comodidad convirtieron todo el fuego contra el cuerpo de la plaza, y cuando llegó a estado que ya lo piden las leyes de la guerra, capituló la rendición su gobernador Honspesch, y quedó prisionera la guarnición.

Las capitulaciones se hicieron con Albergoti, porque había marchado Villars con todo el ejército y pasado por Denia la Esquelda, para embarazar al príncipe Eugenio, que iba a encontrarse con el general Cogny, que de orden del Cristianísimo partió a sitiar a Kesno con quince mil hombres, ya bien acampados entre Mons y Kesno. Villars puso su ejército junto a Valencienas, antes que el príncipe Eugenio pudiese embarazar este otro sitio, altamente sentido de que en dos meses saliese con tantas empresas el francés; y lo que más exaltaba la gloria de éste era que a un mismo tiempo mandó Villars sitiar a Bouschen.

A 20 de septiembre se empezó a batir Kesno con setenta piezas y treinta morteros; excedía al objeto la ira. Había en la plaza tres mil hombres, y todos los preparativos que se habían retirado de Landresy. La defensa se dilató más de lo justo; por eso no se le acordó capitulación alguna al presidio, y se rindió a discreción. A 1.º de octubre empezó las hostilidades contra Bouchen el marqués Daligre. Aún aquí se dilató la defensa más de lo que era razón; al fin se rindió la plaza, con mil hombres que la presidiaban, también a discreción. Esta es la última cláusula de la guerra de Flandes, porque se retiraron a cuarteles de invierno. Aquí concluyó felizmente la suya el Cristianísimo, disponiendo las negociaciones y las armas de suerte que ya le rogaban los enemigos con la paz.

Aún estaba resistente al ajuste el Emperador, no ignorando que ya se habían convenido con particulares artículos la España y la Inglaterra. Pasó a Madrid milord Legsinton para arreglar las cosas del comercio y que otra vez en Cortes generales renunciase sus derechos el rey Felipe a la corona de Francia. Convocáronse los procuradores de las ciudades, prelados y nobleza de los reinos de España, y a 5 de octubre hizo el Rey otra solemne renuncia, donde sirvieron de testigos los consejeros de Estado, los presidentes de los Consejos con el decano de ellos, los jefes de la Casa Real y de las guardias; imprimióse el acto, se publicó con pregón, y se firmaron cuatro meses de tregua entre la Inglaterra y la España.

Por contemplar a los ingleses más que por dar gusto a los alemanes, dilataba la paz Portugal. Esta razón movió el ánimo del rey Felipe a mandar que el marqués del Bay sitiase a Campo Mayor; pero fue mal obedecido o fue infeliz en la expedición el marqués. A 4 de octubre tiró su línea, no de circunvalación, sino en semicírculo, contra lo más fuerte de la plaza, y mandó a la caballería bajo la mano de don Baltasar de Moscoso, marqués de Navamorcuende, que pusiese el círculo disponiendo las partidas de los caballos, de género que no pudiesen entrar socorros a la plaza. Invigilaba por ella el general de Mascareñas, y recogiendo las tropas que se habían destacado contra Carvajal, más noticioso del lugar que los españoles, o negligentes éstos, que es lo más cierto, introdujo mil hombres de socorro a Campo Mayor.

Batíase en brecha; pero asentada con error la artillería, la abrió en paraje que era preciso asaltarla con escalas, ni era tan ancha que se pudiesen aplicar muchas, pero como las continuas lluvias en aquel paraje no sólo incomodaban a los sitiadores, sino retardaba el conducir víveres, porque habían pasado los españoles dos ríos, era preciso levantar el sitio o dar el asalto. Contra el parecer de los más, le mandó dar el marqués del Bay, y aunque hicieron los españoles los mayores esfuerzos repitiendo los acometimientos, muchas veces fueron del valor de los portugueses rechazados. Allí recibió dos heridas el coronel don Antonio Lanzós, conde de Taboada, que dio con todo su regimiento grandes pruebas de su brío. También brilló mucho el teniente general don Pedro de Zúñiga, porque conducidos los españoles a una empresa imposible, en aquella forma dispuesta, perecerían lastimosamente los más alentados. Conociendo el error y no habiendo ya tiempo de enmendarle, levantó el sitio el marqués del Bay.

* * *

Siete meses había que tenía bloqueado a Girona el general Vesel, para rendirla por hambre. Había echado de la provincia de Ampurias al conde de Fienes, inferior en fuerzas, que se vio precisado a retirarse a San Pedro Pescador, y después de haber abastecido a Rosas con los víveres que pudo, pasó su gente a Rosellón.

Era gobernador de Girona el marqués de Brancas, francés, hombre prudente y esforzado; tenía de guarnición diez regimientos y doscientos caballos. Había recogido las provisiones que le fue posible, y aún bloqueado hacía algunas correrías. Había puesto

ochenta franceses en Medina, pero, atacados de los alemanes, quedaron prisioneros. Con más tropas volvió a entrar por el collado de Vangulsio a la tierra de Ampurias el conde de Fienes. Sólo el río Muga le separaba de los alemanes, acampados en Pedralta. El marqués de Brancas recobró a Medina e hizo prisioneros trescientos alemanes. Vesel ocupó a Vangulsio y estrechó tanto a Girona que ya se padecía en la ciudad hambre cada día mayor, de género que se comía carne de caballo. El conde de Fienes quiso por el collado de San Miguel introducir víveres a la plaza en una noche oscura. Lo consiguió en parte; la mayor fue presa de los enemigos, que lo advirtieron a tiempo. En los monasterios no se comía más que pan bañado en agua; muchos religiosos, mal sufridos, dejaron la ciudad. Los jesuitas nunca asistieron con mayor caridad a los enfermos y afligidos, que eran en gran número, con tanta diversidad de males. Allí se conoció la constancia y juicio del gobernador; enviaba los más fuertes soldados a recoger comestibles, que en poca cantidad costaba mucha sangre. Estos los distribuía con justicia; ni en su casa había otra cosa que pan y vino. Para que expirase la plaza en sus manos vino Guido Staremberg con esperanzas del triunfo. Dio nuevas disposiciones a estrechar el sitio; creció el hambre en la plaza y la constancia del gobernador, alentada de los avisos que había, recibido del príncipe de Sterclaes y el duque de Berwick, de que luego estaría socorrido.

La noche del día 15 de diciembre, favorecidos de la oscuridad, asaltaron setecientos alemanes el fuerte de los Capuchinos, fingiendo otros asaltos para distraer los defensores, que nada embarazados echaron tantos fuegos artificiales del muro, que ardiendo las escalas o los que osados querían subir por ellas, desistió del intento Vesel. Por tres noches repitió la empresa con la misma infelicidad. Acreditó su brío y vigilancia el gobernador, marqués de Brancas, no menos los señores de Grecingin y Tabraga, que corrían toda la muralla.

Los ciudadanos se mantuvieron leales, exhortados de su prelado don Miguel Juan Taberner, hombre fidelísimo al Rey Católico. Moría el año, pero no la ira de los enemigos. Había llegado ya a Perpiñán el duque de Berwick con buenas tropas al socorro de la plaza; y para divertir los alemanes, sacó de los cuarteles parte de la suya el príncipe de Sterclaes, y se encaminó a Tortosa; mandó que con cuatro mil hombres marchase a Cervera el marqués de Ceba-Grimaldo; con esto, solicitado de mayores cuidados Staremberg, volvió a Barcelona; el general Vesel quedó en el bloqueo, y feneció el año.

Año de 1713

El primer día de enero llegó un soldado disfrazado a Girona, enviado del duque de Berwick, para dar noticia que ya se había adelantado con las tropas hasta Armendáriz y que, pasando el río Ter, daría aviso con la artillería. Esto alivió algo al afligido pueblo, que, más de siete meses bloqueado, padecía con gran constancia los males que trae el hambre. Se comían carnes inmundas de caballo, jumento, perro, gato y ratón, y valían no poco dinero.

Las continuas lluvias y vientos no dejaban oír los cañonazos con que avisaba el paso del Ter el duque de Berwick, y así estaba en la última consternación la plaza. Cuatro desertores del campo enemigo avisaron de su arribo a las vecindades de Girona; más lo

aseguró el que el día 3 de enero ya traían los villanos de la comarca víveres a vender a la ciudad, que respiró de su opresión. Al otro día entró el conde de Fienes con cuatro mil hombres, que al pasar el Ter los franceses retiró sus tropas Vesel. Dos días después llegó el duque de Berwick; mudó la guarnición para que descansase. Con don Tiberio Carrafa se dio esta alegre noticia al Rey Católico, que le creó teniente general y envió el Toisón de Oro al marqués de Brancas, esclarecido defensor de la plaza tan importante. Esto consternó mucho a los catalanes, a favor de los cuales se publicó un nuevo indulto. Estaban sordos a las voces de la clemencia, porque los tenía Dios prevenido el castigo de la rebelión.

No era natural tanta pertinacia; conjurados al propio daño cuando veían que por falta de tropas había desamparado a Cervera, y que nuevamente había retirado las suyas el rey de Portugal por cuatro meses, y dado paso a las tropas portuguesas por sus reinos hasta Extremadura. Mediaron en este ajuste los ingleses; mas la Francia, que había hecho su particular paz con el rey don Juan, prorrogó el término de la suspensión de armas entre España e Inglaterra, y en 13 de marzo se vio el Emperador obligado a firmar en Utrech el tratado de la evacuación de Cataluña, Mallorca e Ibiza, y de la neutralidad de Italia, porque no podía firmar sus paces con los aliados el Rey Católico sin que se le entregasen los reinos que había de poseer.

Pasaron los plenipotenciarios españoles al Congreso, allanadas las dificultades; la mayor era concordar al Emperador con el rey de España; ninguno de los dos querían la paz, y así hallaron los aliados un modo como sin ella se suspendiese la guerra, porque sacadas de Cataluña y Mallorca las tropas alemanas, no había dónde proseguirla, y más declarada neutral la Italia, no adjudicados al Emperador los reinos que en ella poseía, y quitada la libertad al rey Felipe de invadirlos, embarazada toda hostilidad, y aunque no se abrió para las dos naciones claramente el comercio, era atentado obrar una contra otra, como se cumpliese en buena fe las condiciones de este tratado, siendo la primera no sólo sacar sus tropas el Emperador de Cataluña y Mallorca, pero no dar directa ni indirectamente asistencia a los rebeldes del rey Felipe.

Garantes de este tratado fueron la Inglaterra y la Francia, hasta que se concluyese la paz entre las potencias congregadas en Utrech para ella, no contando al Emperador, porque ya se había declarado no la quería con la España, haciéndosele muy cuesta arriba ceder los derechos a esta Monarquía. Lo propio sentía el Rey Católico, que no había echado de sí las esperanzas de recobrar a Milán, olvidado de Flandes, porque si no se daban sus provincias al duque de Baviera, era preciso darlas al Emperador porque éste restituyese al duque sus Estados, con el Alto Palatinado y la dignidad electoral, en lo que insistía tenazmente la Francia, y así en Utrech no se resolvía sobre Flandes, como cosa que quedaría a la Casa de Austria; pero ésta repugnaba se diese la Cerdeña al duque de Baviera, como querían los ingleses y franceses, y como dependía del Emperador reintegrar en sus Estados al duque, se dejó esta circunstancia en abierto, porque los alemanes querían tratar sólo con la Francia de esta dependencia. Habiendo de sacar las tropas de Barcelona, mandó antes el Emperador que saliese de ella la Emperatriz su mujer, como lo ejecutó a 19 de marzo en la armada inglesa, llevándose consigo la mayor parte de las tropas en las mismas naves.

No es ponderable la rabia que de esto concibieron los catalanes. Estaban ya desengañados que no los socorrerían los príncipes de la Liga; que era un delito pensar quedarse República, que precisamente los había de desamparar el Emperador, y se obstinaron tanto queriendo huir del dominio del rey Felipe, que por medio del ministro que el Emperador tenía en Constantinopla pidieron auxilio al otomano. Las condiciones con que le imploraban no hemos podido saber a punto fijo. El conde de Saballá y Pinos, que estaban en Viena, procuradores de Cataluña, manejaron infelizmente este negocio, porque no quiso entrar en él el Sultán, ya pareciéndole ardua empresa, ya por no romper con la Francia. Creyeron muchos que le ofrecían los catalanes al turco el dominio del principado de Cataluña, conservándole sólo su religión y sus fueros; otros, mejor informados, aseguraban que sólo pedían su auxilio y amistad, para quedarse República bajo el patrocinio de la Casa Otomana. Comoquiera, es bien negro renglón para los catalanes en la Historia tan ciega pertinacia, cuando todavía ofrecía general indulto el Rey Católico. Los soldados alemanes, con arte despedidos del Emperador, se quedaron al servicio de Barcelona, que se prevenía a la defensa haciendo levas con doble estipendio, para resistir a las armas del rey Felipe, mandadas en Cataluña por el duque de Populi, bajo cuya mano servían los tenientes generales marqués de Ceba-Grimaldo, barón de Capri, y don José de Armendáriz, los mariscales de campo don Feliciano Bracamonte, don Gabriel Cano, don Marcos de Araciel, el conde de Montemar, el caballero de Lede y don Francisco Ribadeo.

Partieron de Madrid algunos catalanes de los que habían seguido el partido del rey Felipe, que se correspondían secretamente con los leales que en Barcelona habían quedado, bien que pocos. Aun estaba en ella Guido Staremberg; juntó sus tropas ofreciendo defenderlos, pero era para unir sus fuerzas y evacuar la Cataluña, según la orden que de Viena había recibido, sin que lo pudiese resistir la provincia, mientras volvía la armada inglesa de dejar a la Emperatriz en San Pedro de Arenas, suntuoso arrabal de Génova. Esta vez se dejó servir de aquella República, porque la trataron como Emperatriz y reina de España. Se le previno hospedaje magnífico a expensas públicas, y tomó el camino de Milán para Viena.

Con la Emperatriz se salieron de Cataluña todos los rebeldes de distinción que había en ella, porque en aquel poco ángulo de tierra se habían juntado cuantos había habido en España. Ordenó el Emperador que no pasasen a Viena, con que se derramaron infelizmente por la Italia; la mayor parte se quedó en Milán y Génova, no todos bien asistidos, pues aunque no el Emperador, estaban los alemanes cansados de los españoles.

A 15 de mayo volvió la armada inglesa, mandada por el almirante Geninos, a sacar las tropas. Staremberg dio a ver la orden del Emperador a la Diputación de Cataluña y al magistrado de la ciudad; los clamores y quejas pasaron a insolencia. Staremberg sacó de los baluartes sus tropas y las acampó fuera de la ciudad; él se quedó solo en ella, mientras juntados en Cervera comisarios españoles y alemanes, deliberaban el modo de la evacuación, que, aunque materialmente se ejecutó, se quejaba el Rey Católico que había sido con mala fe, porque al sacar las tropas alemanas no se habían introducido las suyas. Esto, verdaderamente, era difícil, aun al poder del Emperador, si no entregaba los catalanes a cuchillo, porque tenía Barcelona seis mil hombres de tropas propias, gente aguerrida y veterana, y en pocos meses habían pasado a su sueldo cuatro mil desertores alemanes.

No ignoraba esto el Emperador, y tácitamente consentía en ello, por si el tiempo abría camino a turbar la paz, durante la guerra de Cataluña; bien que ya sabía estaba hecha entre España e Inglaterra, adonde pasó el marqués de Monteleón para ajustar los intereses del comercio.

Esta paz se estableció en Utrech a 13 de julio; firmáronla el duque de Osuna y el marqués de Monteleón por la España; Juan, obispo de Brístol, y el conde de Stafort, por la Inglaterra. Extendiéronse veinte y seis artículos; después se ajustó otro tratado de comercio. Todo se reducía a nuevos reconocimientos recíprocos del rey Felipe y la reina Ana, y apartarse ésta de auxiliar las razones de la Casa de Austria contra el rey Felipe. El comercio se confirmó como en tiempo de Carlos II, y se dio a los ingleses el asiento de los negros para Indias, cuyo comercio se prohibió a los franceses y a toda nación. Ofreció el rey Felipe no dar auxilio al rey Jacobo, pretendiente de la Corona de Inglaterra, y reconocer la sucesión como estaba ordenada en el Parlamento.

Sería impropio de COMENTARIOS extender los artículos de esta paz, que ya corren impresos en volúmenes aparte.

* * *

A los primeros días de julio embarcó Staremberg con las tropas que cupieron en las naves inglesas; sobraron tres mil hombres, que quedaron en Hostelrich, a los cuales se juntó la guarnición de Tarragona, que en 14 de julio entregaron los alemanes al marqués de Lede. Esta plaza se evacuó con buena fe, pero se faltó en conducir bien las tropas, porque casi todas desertaron y tomaron partido en Barcelona. Afectaban pesadumbre los oficiales; pero ya sabían daban con esto gusto al Emperador, a quien de algo le servía ver empeñado al Rey Católico en esta guerra, porque no emplease las tropas en Italia.

Pareciéndole a Barcelona que no tenía el duque de Populi ejército ni preparativos para sitio tan difícil, se conjuraron sus moradores a la defensa; embarazaban las discordias de la corte los aciertos en la guerra, porque cuidaban de la Hacienda Real el conde de Bergueick y Juan Orry, ambos altivos, despóticos y que llevaban mal la subordinación. Eran aceptos al Rey, pero como estaban entre sí discordes, faltaba aquella armonía que ha menester el Gobierno, y más cuando lo más reservado de él se fiaba sólo a la princesa Ursini, que con la nueva soberanía conseguida del Rey en un Estado de Flandes, había tenido ocasión de conciliarse más enemigos, que lo eran cuantos le negaban el tratamiento de Alteza. Este fue el escollo en que primero tropezó don Francisco Ronquillo, conde de Gramedo, cuya autoridad había minorado mucho, y se pensaba cómo quitarle la presidencia de Castilla, y aunque éste se había unido con Berwick y el marqués de Bedmar, ministro de la Guerra, todos podían menos que la princesa, sostenida en la mayor exaltación por el favor de la Reina.

En este tiempo murió el condestable de Castilla, mayordomo mayor del Rey. Este es en el Palacio el empleo de mayor autoridad; habíase conservado desde la muerte del marqués de Villafranca en la persona del condestable, porque era de genio apacible, contemplativo

e ingenuo. Estudiaba mucho la princesa darle sucesor que tuviese las mismas máximas, porque quería apartar del Rey no sólo a los ambiciosos, pero también a los más experimentados en las malicias de Palacio. El Rey, que quería siempre lo mejor, buscaba hombre digno de tan alto oficio, y eligió al marqués de Villena, a cuyo mérito no le faltaba circunstancia, y había sido de la aprobación de la princesa, porque el genio retirado y estudioso del marqués esperaba no le haría embarazo. Había poco tiempo que era llegado de su prisión, y tenía con el Rey tanto concepto de hombre ajustado, sabio y ejemplar, que, aunque no era sacerdote, quiso proponerle para arzobispo de Toledo; el marqués repugnó, juzgándose, con loable humildad, indigno de pasar al estado eclesiástico.

Aún estaban juntos los reinos en el Congreso que mandó el Rey tener por la ya referida renuncia, y con esta ocasión, como tenía ya dos hijos y a la Reina en cinta, se le ofreció por mayor quietud de sus vasallos, amando su posteridad, derogar la ley de que entrasen a la sucesión de la Corona hembras, aunque tuviesen mejor grado, proponiendo los varones de línea transversal, descendientes del Rey, queriendo heredase antes el hermano del príncipe de Asturias que su hija, si le faltaban al príncipe varones. Esto parecía duro a muchos, más satisfechos de lo inveterado de la costumbre que de lo justo; y más, cuando se había de derogar una ley que era fundamental, por donde había entrado la Casa de Borbón a la sucesión de los reinos.

Los más sabios y políticos aprobaron el dictamen, por no exponer los pueblos a admitir rey extranjero, habiendo príncipes de la sangre real en España que directamente descendiesen de Felipe V. La Reina, por amor a sus hijos, estaba empeñada en hacer esta nueva ley, y como no la admitieron los reinos, ni sería válida sin su consentimiento si no la aprobaba el Consejo de Estado, se encargó la Reina de manejar este negocio, y lo ejecutó con sumo acierto, no sin arte, porque sabiendo cuánto prevalecía en el Consejo de Estado el voto del duque de Montalto, se valió de él, afectando confianza para que promoviese.

Este dictamen dio a la Reina el duque de Montellano, y también estaba prevenido el cardenal Judice, que tenía voto en el Consejo de Estado, compuesto a este tiempo de los duques de Montalto, de Arcos, de Medinasidonia, de Montellano, de Jovenazo; de los marqueses de Bedmar, Almonacid y Canales; de los condes de Monterrey, Frigiliana y San Esteban del Puerto, y del cardenal Judice; juntáronse de orden del Rey, ya dispuestos los ánimos por varios medios, y se votó sobre un establecimiento de sucesión que formó don Luis Curiel, consejero real de Castilla. Fueron los votos uniformes, según la mente del Rey, que consultándolo también con el Consejo Real, hubo tanta variedad de pareceres, los más equívocos y oscuros, que al fin nada concluían; mas presto era aquella consulta un seminario de pleitos y guerras civiles, porque ni don Francisco Ronquillo ni gran parte de los consejeros sentían bien el mudar la forma de la sucesión, sino dejar la que habían establecido los antiguos reyes don Fernando el Católico con la reina doña Isabel, su mujer, que unieron en su hija doña Juana las Coronas de Castilla y Aragón.

Indignado el rey Felipe de la oscuridad del voto o de la oposición de los consejeros de Castilla, con parecer de los de Estado mandó se quemase el original de la consulta del Consejo Real, porque en tiempo alguno no se hallase principio de duda y fomento a una guerra, y que cada consejero diese su voto por escrito aparte, enviándole sellado al Rey.

Ejecutóse en esta forma, y con consentimiento de todas las ciudades en Cortes, del Cuerpo de la nobleza y eclesiásticos, se estableció la sucesión de la Monarquía, excluyendo la hembra aún más próxima al reinante si hubiese varones descendientes del rey Felipe en línea directa o transversal, no interrumpida la varonil, pero con circunstancia y condición que fuese este príncipe nacido y criado en España, porque de otra manera entraría al Trono el príncipe español inmediato, y, en defecto de príncipes españoles, la hembra más próxima al último rey. Se estableció también pertenecía la Corona a la Casa del duque de Saboya, extinta la del rey Felipe, varones y hembras. A esta constitución y autos se les dio fuerza de ley, firmada y publicada con la solemnidad mayor.

* * *

Estrechaba el duque de Saboya a los ingleses para que obligasen al rey de España a entregar la Sicilia, y aunque esto lo llevaban muy mal los españoles, como ya lo había ofrecido el rey de Francia a la reina de Inglaterra, fue preciso acordarlo. Había pasado a Londres el duque de Aumont, embajador de Francia, con gran pompa, para dar la última mano a los negocios, porque en Utrech sólo se ejecutaba lo ajustado en las cortes.

Dando un banquete el ministro de Francia a los de Londres, se prendió fuego en la casa de aquél y se consumieron alhajas muy preciosas. Divulgóse que la facción wig, rabiosa de la paz, lo había ejecutado. Esto no se pudo averiguar ni con las mayores diligencias que la Reina mandó hacer. Cierto es que gran parte de los magnates de Inglaterra disentían de ella, pero manejaban este negocio Carlos de Mordant, conde de Peterbourgh, Jaime Buter, duque de Ormont, y Enrique de San Juan, vizconde de Bullimbrock; estos eran los principales. Entraban en las consultas el duque de Schebesburis, el de Hamilton y conde de Oxfort; no estaba a este tiempo en Londres Juan Cruzil, duque de Malburgh, porque, viéndose en desgracia, había pasado con su mujer a Alemania a unos baños. Así quedó el campo por sus enemigos, y formaron los artículos de la paz como quisieron.

Procuraba el marqués de Monteleón quedarse por la princesa Ursini la soberanía que el Rey Católico la había dado en Flandes del ducado de Linburg, según despacho dado en Corella a 28 de septiembre del año de 11, y ofreció la reina Ana proteger y garantir esta donación, la cual repugnaban constantemente los holandeses, porque el Emperador no quiso venir en ello, que era a quien se destinaba la Flandes. Esforzaba mucho esto el duque de Osuna, por adulación a la princesa; menos el marqués de Monteleón, porque conocía la imposibilidad del hecho y que estaban muy unidos con los alemanes los holandeses, de género que aún no habían hecho su paz particular con la España, con quien, y con el duque de Baviera, no la quería el César, aunque sí con sola la Francia.

Divulgóse un manifiesto en que daba el Emperador las razones de su repugnancia a la paz, y que había sido tratado con traición de sus propios aliados. En suma, era una sátira contra el actual ministro; éste, y las amenazas de la Francia, hicieron que los holandeses ajustasen su paz con el Rey Cristianísimo, que convirtió contra el Rhin sus armas, ya

desocupadas de otra guerra, y mandó que las guarniciones de las fronteras hiciesen las posibles hostilidades para traer a la paz al Emperador. Con este mismo fin admitió en París al príncipe Ragotzi, con nombre de conde de Sajarense, asistido con gruesas sumas de dinero, continuando el magnánimo corazón de aquel Rey a dar magníficos socorros a los príncipes refugiados a sus dominios. El inglés, el bávaro, el coloniense y ahora el húngaro, era para dar fuertes celos al Emperador, que veía deshecha su Liga porque también el duque de Saboya había hecho su paz con la Francia. Para perficionarla fue a París el conde Costa, piamontés, y fue fácil el ajuste, restituyendo el Cristianísimo la Saboya, Niza y Villafranca al Duque.

Confirmábase en su dictamen el César, a pesar de las persuasiones de los ingleses, con quienes se había declarado el francés, que por si en todo el mes de mayo no venía en la paz el Emperador, no estaría obligada a cumplir la reina Ana todo lo que a favor de la Casa de Austria había ofrecido. El príncipe Eugenio mantenía constante la corte de Viena, aunque también el prusiano había entrado en la paz con el Cristianísimo, que para hacer más viva la guerra en el Rhin, juntó allí diez mil hombres y les dio por jefe al duque de Villars, a quien asistían los tenientes generales Daligre, Coigny, Brollo y Albergoti; en la Mosela se quedó el mariscal de Bessons. A estas fuerzas se oponía el príncipe Eugenio con las suyas; pero no pudo evitar que, acampado Villars en Espira, teniendo en las espaldas a Landao y a Philisburg enfrente, pusiesen en contribución la provincia. Más cuidado le daba al príncipe Eugenio ver que estas disposiciones eran contra Landao, y que no podía embarazar el sitio por tener distraídas sus tropas en presidiar la dicha plaza, a Philisburg, Eidelburg, Maguncia, la Selva Negra y el viejo Brisac y Kel.

Había ya pasado el César el tiempo que señaló el Cristianísimo para la paz, y así, en 22 de junio, llamando Villars con sus tropas al mariscal de Bessons, le mandó embestir a Landao, de quien era gobernador el príncipe Alejandro de Witemberg. Tenía diez mil infantes de guarnición y mil caballos. Villars ocupó los castillos que guardaban el puente de Philisburg y Manthein. Eugenio aún no tenía junto su ejército, porque tardaban las tropas de Hannover, Witemberg y Branderburg, pues aunque este último había hecho su paz, como dijimos, con la Francia, permitía al sueldo del Emperador parte de sus tropas. El señor de Milon devastaba el Palatinado después que ganó el castillo de Keiser Laurer, con setecientos prisioneros.

Mientras el conde de Bourgh levantaba las primeras trincheras contra Landao, envió Villars la caballería a saquear la tierra de Maguncia. El príncipe Eugenio sólo podía dar socorro con palabras. Esperando el mes de junio, hizo una fuerte salida la guarnición de Landao; opusiéronse valerosamente los regimientos de Navarra y Angeroen. El choque fue sangriento, y perdieron los franceses mucha gente, y al marqués de Viron. Cuando tuvo el príncipe Eugenio sesenta mil hombres, extendió sus reales de Manthein a Philisburg; dejó encomendado al general Baubon con diez mil hombres, la Selva Negra.

A 23 de julio saltaron los franceses el primer ángulo que guardaba el camino encubierto de una media luna. Costó mucha sangre la disputa, mas los sitiadores (entre los cuales fue gravemente herido el príncipe Talstond) vencieron éstos y convirtieron sus armas contra la media luna; no fue menos cruel el combate, pero igualmente feliz. A esa misma hora, una bomba enemiga hizo arder el gran hospital de la plaza; devoraron las llamas el

edificio y setecientos enfermos. Este horrible accidente llenó de tristeza la ciudad, pero no desmayó su gobernador. Los sitiados soltaron las aguas del foso de la derecha, que habían abierto los franceses. Esto los hizo trabajar mucho; al fin, con gran fatiga, la distrajeron. La última noche de julio dieron los sitiadores tres asaltos contra dos medias lunas que quedaban y el baluarte de Melach, donde fue más reñida la disputa, porque concurrió aquí toda la fuerza de una y otra parte.

Hizo más horrible la acción haber en el ardor de ella aplicado llama a sus minas los sitiados. Volaron muchos franceses; los que quedaron, y otros que se añadieron, sostuvieron el empeño con facilidad, pues no sólo rechazaron al defensor, pero se alojaron tan fuertemente, que aunque después de tres días dieron fuego los alemanes a otras minas que en aquel paraje tenían hechas, no los pudieron desalojar, aun con haber hecho al mismo tiempo una fuerte salida. Los aproches amenazaban ya la puerta que llaman de Francia, levantaron dos baterías contra las fortificaciones exteriores y, ya arruinadas estas, se batía el cuerpo de la plaza. Cuando estuvieron a propósito las brechas, se previnieron con dieciséis mil hombres dos asaltos; hubiéralos recibido el príncipe de Witemberg, a no clamar los ciudadanos por la rendición, pues ya no era posible la defensa y lo había sido el socorro. Pidió capitulación a los últimos de agosto; celebráronse los pactos y quedó la guarnición prisionera. Este es el quinto sitio de Landao en un decenio; cuantas veces sitiada, tantas perdida. Mereció esta Plaza el mayor cuidado de una y otra parte, y que dos veces la sitiase en persona el emperador José, y al fin volvió al poder de los franceses.

De la felicidad de esta empresa se alentó Villars para otras. Por Castel-Luis pasó el Rhin; puso su campo en Lautemberg, pero le embarazaban los progresos la peste que este año se encendió en la Germania. Con no admitir desertores se preservó de ella. Mandó el marqués Daligre ocupar las angostas sendas de Offemburg; al mariscal de Bessons, guardar las líneas de Lautemberg y atacar las que por antemural de Triburg guardaba el general Baubon con quince mil infantes y treinta escuadrones de caballería. Su mayor defensa era lo áspero y rudo del sitio, lleno de peñascos y cortaduras. Ni esto arredró a los franceses; acometieron en tres partidas mandadas por los condes de Bourgh y Destrades, y del caballero de Asfelt, varones fuertes y resueltos.

Empezaron la obra los granaderos; sucedíase continua llama y la muerte, y fue tan feroz el ímpetu de los que asaltaban, que no pudo resistir la trinchera. Rompieron la línea los franceses, con no poco dispendio de sangre, y vencieron. Volvieron la espalda los alemanes; persiguiólos Villars hasta Olegroben y Vilinghen, los cuales ocupó luego; por sesenta millas allá del Rhin puso en contribución la tierra, exhausta con tanta guerra, y así suplió la crueldad lo que no pudo satisfacer la avaricia. Era ya fácil sitiar a Frisburg; esta comisión se dio al conde de Burgh, que en 30 de septiembre se presentó a la Plaza; el cañón se trajo de Brisac. Para divertir al enemigo, quiso entrar por la compañía el príncipe Eugenio; los mismos paisanos la defendieron, guardando el río. Decían los supersticiosos que la fortuna le había vuelto las espaldas; esto prueba que no la hay.

Quería la Providencia, para abatir la vanidad de los alemanes, que faltándoles sus coligados, fuesen vencidos. No podía sólo el Emperador resistir a la Francia, y así hacían varias correrías por Alemania sus tropas; contribuyó mucho la Suevia, y el coronel Ratzi oprimió con tiranía las pobladas orillas del Danubio. De Mubierg movió su ejército

Eugenio, y porque no fuese dueño de las llanuras, fortificó unas líneas el francés desde Roscof al Rhin; el río que le ciñe era de impedimento a circunvalar a Frisburg. Los sitiados llenaban el foso de los franceses de agua; era nunca intermitente el trabajo de distraerla, porque había desde un baluarte un acueducto por donde los de la ciudad llegaban hasta el foso del enemigo. Se aceleró por esto Villars a atacar aquel bastión, y aunque tenía la brecha abierta, antes era preciso ganar la media luna que por un lado la defendía. Mandóse atacarla a los regimientos de Berry y Tallard, que al primer acometimiento vencieron, haciendo prisioneros los defensores, y se alojaron.

Como ya tenía brecha abierta el baluarte que guarda el puente, se prevenía el asalto; pero le embarazó haber hecho la plaza llamada. Se capituló retirarse a la ciudadela la guarnición, dejando en la ciudad dos mil quinientos enfermos, la cual entregaron luego, y que pagarían, por no saquearla, un millón de libras; que las familias de los que se retirasen a la ciudadela irían con sus maridos. Después insinuó Villars que si levantaba contra ella trinchera, que no darían capitulación. Pidió el gobernador cinco días de tregua, y se le concedieron, para consultarlo con el príncipe Eugenio, que estaba en Rotuelo. La respuesta fue dudosa, y se alargó la tregua para que volviese a escribir. Asintió Eugenio a la rendición, y salió en 16 de noviembre libre la guarnición.

La caída de Friburg abría el camino a la Selva Negra, al Palatinado y la Baviera, si hubiera querido el rey de Francia volver a sus Estados al Duque, protegido de sus armas; pero aún no lo había resuelto, porque ya estaba más blanda la corte de Viena, cansada de los clamores de los afligidos pueblos y el del Palatino, que iba perdiendo sus Estados, daba oídos a la paz; pero no quiso el César enviar otra vez sus plenipotenciarios a Utrech; la quería hacer en lugar aparte, oídos antes los círculos y príncipes del Imperio en Ratisbona, donde luego se juntaron, pero propusieron condiciones tan altivas y desproporcionadas (para lisonjear la arrogancia de la corte), que las despreció el francés y mandó renovar las hostilidades con mayor rigor, aunque lo embarazaba lo crudo de la estación.

Deseaba la Francia la paz, pero quería ser rogada. Propuso el Emperador que se viniese a Congreso particular en Rastad, y lo admitió el Cristianísimo. La primera condición que se insinuó fue que no se había de hablar de la España ni de su príncipe, con quien el Emperador había de hacer la paz o la guerra, como quisiese. Vino a bien Luis XIV, porque veía que, ya apartados de la Liga la Inglaterra y la Holanda, poco mal podía hacer el Emperador al rey de España, antes ésta deseaba la dejasen sola en guerra con la Casa de Austria; y así, ofreció el francés no asistir a su nieto, como al Emperador no asistiese otro. Juntáronse el príncipe Eugenio y Villars; aquél tenía más dilatada la plenipotencia, porque al ardor de Villars no fiaba tanto su Soberano la paz como la guerra, y cansado de ésta -ya viejo, y con continuos temblores- quería Luis XIV dejar quieto el reino, porque tenía un heredero de tres años, y mal ajustados los principales puntos de la Monarquía con el desorden de la guerra. Veía también, caía la Regencia en el duque de Orleáns, primer príncipe de la sangre, y conociendo lo turbulento del genio, no le quería dar ocasión a estar muy armado ni a tener arbitrio a nuevos sistemas.

* * *

En España se llevaba muy mal haber dado la Sicilia al duque de Saboya, después de haber cooperado tanto a la ruina de la Monarquía; y el pueblo fue por esto perdiendo el afecto de la Reina, por imaginar que había inclinado el ánimo de Rey a favor de su padre. Esto creían los menos informados, porque ni la Reina ni la princesa concurrieron a engrandecer al Duque; sí sólo los ministros ingleses, ganados con oro, como publicaba la fama, y ya empeñados en apartar del Emperador al duque de Saboya para obligarle a la paz. Es cierto que la rehusaban los españoles con condiciones tan duras, perdiendo la Sicilia y no recobrando de los ingleses a Mahón y Gibraltar; y no quiso firmar el papel de la renuncia el marqués de Bedmar, ni dar su voto; pero estaba el Rey Católico obligado, porque ya lo había el Cristianísimo ofrecido.

No ignoraba la Reina, estas quejas de sus súbditos; pero estaba en estado que nada la afligía sino la gravedad de su mal, que, se iba declarando etiquez, aunque en medio de tan graves accidentes dio a luz, a 23 de septiembre, un nuevo infante, a quien se le dio por nombre Fernando, tan sano y robusto como si saliera de unas entrañas de ningún mal infectas. No parió con gran trabajo, pero quedó mucho más débil y con calentura continua, no periódica, que hacía desesperanzar de su salud a los médicos más lisonjeros.

Al pésimo ejemplo de Barcelona se resistió Cardona a su Soberano, aun desamparada de los alemanes; lo propio quería hacer Manresa. Don José Armendáriz la ocupó y aplicó al Fisco regio los bienes de los rebeldes que sobraron a la llama. Holgábanse del estrago los catalanes; buscaban la muerte antes que restituirse al debido vasallaje -ellos le llamaban esclavitud-. No se pueden referir en corto volumen los lastimosos efectos de su obstinación. El estado eclesiástico era el mayor fomento de ella; a muchos se les inspiraba el tiempo de una usurpada libertad, que no distaba mucho de apostasía, y así hacían los mayores esfuerzos a conservarla, engañando los ignorantes pueblos.

Las tropas del Rey ocuparon Solsona, Mataró y Ostalric. El conde de Fienes, la provincia de Ampurias. Estaba Barcelona bloqueada, cuyo gobierno tenía Villarroel, teniente de mariscales de las tropas del Emperador, que corresponde al de teniente general, y debiendo éste haber seguido la evacuación, tenían fundamento los que creían se había quedado de orden del César a ser cabo de aquellos rebeldes, que habían hecho su confederación con Mallorca, que, aún evacuada, se mantenía pertinaz. La gobernaba el marqués de Rafal, catalán. Alguna parte de la nobleza, reflexionando en su daño, quería someterse al Rey; lo resistía la plebe, hasta ver la fortuna de Barcelona, que había enviado a Viena al marqués de Montenegro para pedir otra vez socorro. Perezoso el desengaño, los mantenía en una esperanza tan mal fundada como mostró el éxito.

El César les escribió claro no podía ya socorrerlos. Muchos creían que sería distinta la pluma que la mano, pues aunque en público era menester escribir de esta manera, sospechaban que en secreto tenían orden de dar socorro Nápoles y Cerdeña; cierto es que de ambos reinos se enviaron víveres, y de Nápoles, cañones; esto era faltar a lo ofrecido, pero respondía la corte de Viena que lo compraban con su dinero. Estos socorros les entraban furtivamente en dichos barcos con el favor de la noche, cuando podían librarse de las galeras de España, mandadas por don José de los Ríos, que para estrechar más a Barcelona corría aquellas costas. Dalmao y Nabot, dos hombres de valor y osadía, juntaron hasta tres mil catalanes que mantenían sublevada la provincia; donde no había tropas del Rey ejecutaban mil crueldades que fuera prolijo escribirlas. El presidio de

Lérida y Balaguer salió contra Nabot; también le buscaba don Tiberio Carrafa y el conde de Fienes. Alcanzóle don Feliciano Bracamonte en un angosto camino, junto a Terrafa; atacóle y le derrotó; hízole prisioneros muchos catalanes, que luego entregó a la horca y al incendio.

Los rebeldes que sobraron, pasaron a la plana de Vich; ni allí hicieron sosiego, porque las tropas del Rey los perseguían; habíanse muchas retirado a Castel, ciudad que la ganó con gran valor y prontitud Bracamonte. Estaba Manresa a la devoción del Rey, y así la mantenía Jaime Lisac, hombre leal; contra ella vino Nabot. Resistentes los paisanos, empezóse una chica pero sangrienta batalla; llegó a tiempo con sus tropas Bracamonte. Nabot huyó, y dejó muchos de los suyos, que se pasaron luego a cuchillo. Dalmao no había tenido mejor fortuna en sus empresas: ambos jefes dejaron sus cuadrillas, y por mar se retiraron a Barcelona la noche del día 4 de octubre; mal recibidos del pueblo, no faltó mucho a que los despedazasen.

Sin cabo, ni disposición alguna, los rebeldes del principado quisieron, asaltando un cuartel de los del ejército, entrar en Barcelona; fue infeliz la idea; los más dejaron allí la vida. Deshiciéronse aquellas tropas de hombres facinerosos; muchos imploraron la clemencia del Rey; fueron admitidos. Otros, mudando de traje, se entraron en las ciudades; algunos se escondieron en las cuevas de los montes; otros pasaron los Pirineos y se refugiaron en la Francia. El duque de Populi estudió sosegar la tierra para aplicarse todo a Barcelona, donde habían hecho sus moradores tantos trincherones y cortaduras que era preciso ganarla palmo a palmo. Abrieron en las casas troneras; levantaron en las encrucijadas de las calles paredes para que aún después de ganado el muro costase trabajo penetrarlas.

Esto inspiraba la desesperación y la rabia, sin reparar que la misma resistencia de la ciudad era su ruina, y querían perderla ya que defenderla no podían. Las tropas del Rey ocuparon a Santa Matrona, no sin sangre, porque la tenían fortificada los catalanes; allí se levantaron las primeras trincheras; era esto en el rigor del invierno. Salió de madre el río Llobregat; separó las tropas. No perdieron esta oportunidad los catalanes, e hicieron una salida fuerte y numerosa. Se peleó de una y otra parte con gran valor; los sitiadores, despreciando las aguas, se juntaron; rechazaron, con mucha pérdida, a la ciudad los rebeldes. Así expiró el año.

Año de 1714

Grave y peligroso fue el sobreparto de la reina de España. Ya interiormente corrompidas las entrañas, la reducía a los extremos de la vida; pero se lo ocultaba la lisonja de los palacios: más la princesa Ursini, por no afligirla, cuyo imperio se extendía hasta las palabras que habían los médicos de proferir. Era la Reina pía, de la vida más ajustada y llena de virtudes; con todo eso, no era justo callarle el desengaño de la vida mortal para que aplicase el ánimo a la eterna; nadie se atrevía a quitarle la esperanza. El Rey, uniendo su amor y su piedad, halló el medio término que tomase los Sacramentos como por devoción, en un día de fiesta solemne, y ejecutó lo mismo para quitar a la Reina la aprensión; pero ya, sucediéndose unos a otros los mortales accidentes, comprendió su

peligro, y recibiendo muchas veces los Sacramentos de la confesión y de la Eucaristía, con visible resignación murió en 14 de febrero, de edad de veinte y cinco años y pocos meses.

El Rey, herido del justo dolor, dejó luego el Palacio, y no queriendo renovar especies en ninguna Casa Real, mandó desocupar la que el marqués de Priego, como duque de Medinaceli, poseía en la calle del Prado. Embalsamado el cadáver de la Reina, se hallaron los livianos horadados, y de los pequeños agujeros que hizo lo corrosivo del humor, se sacaron unas piedrecitas. Diose, con la acostumbrada pompa, sepultura en El Escorial, en el panteón de los reyes, donde tienen su lugar las reinas que han dejado sucesión.

Embarazado el Rey del dolor, para no atender a los negocios dio entera autoridad al cardenal Judice para disponer la pompa funeral y que despachase las dependencias que tenían peligro en la dilación, saliendo las órdenes por el secretario del Despacho Universal, marqués de Grimaldo, en nombre del Rey, que le dio este poder por palabra y sin decreto.

El cardenal usó con la mayor moderación de esta confianza; sólo despachó lo más preciso, y el Rey, después de tres días, volvió al Despacho, a persuasiones de la princesa Ursini, cuya autoridad no expiró con la Reina, porque continuó en favorecerla el Rey y valerse de su consejo. Era el mayor fundamento de su poder el amor que la Reina la había tenido; conservábase en el Palacio como aya del príncipe y los infantes, y por no aventurar los oídos del Rey a alguna siniestra impresión de tantos émulos que en la corte tenía, lo ciñó de sus más allegados y amigos, y que siguiesen al Rey hasta en la caza, con pretexto de aliviarle su tristeza.

Era Juan Orry el hombre de la mayor confianza de la princesa, que, atenta a su seguridad, llena de mayores sospechas, inspiró en el Rey consintiese en mudar el método del Gobierno, según Orry le había ideado. Embarazaba a todos los que querían tener mano en el Gobierno la grande autoridad del que regía la presidencia de Castilla; y así, quitando su empleo, con honrado papel del Rey, a don Francisco Ronquillo, se crearon cinco presidentes, uno en cada sala del Consejo Real; aun en el Consejo del Gobierno del Rey se deputaron consejeros a cada línea de negocios, y se añadieron el marqués de Jamaica, ya duque de Veraguas, y el príncipe de Chelamar. Los negocios estaban divididos en cuatro clases: Iglesia, Justicia, Estado y Guerra. Sólo Juan Orry y el conde de Bergueick entraban en todos; pero aquél era el árbitro de la nueva planta.

Habíasele introducido y logrado su entera aprobación don Melchor Macanaz, hombre apenas conocido en la corte, y sólo había sido juez de confiscados en Aragón y Valencia, no sin queja de infinitos, y más de los eclesiásticos, por su rígida y pesada mano. Este influía en Orry nuevos y nunca vistos dictámenes, los más contrarios a la inmunidad eclesiástica; pero tan bien escondido el veneno, que lograba la gracia y la aprobación del padre Robinet, confesor del Rey. Por estos medios subió a ser fiscal del Consejo de Castilla con más autoridad que otro alguno. Diéronse cuatro presidentes al Consejo de Hacienda, tres al de Indias, otros tantos al de Órdenes; añadióse gran número de consejeros que esperaban poderlo ser.

Quitáronse los días feriados, y había juntas de tribunales aun por la tarde, Y sólo se vacaba de los negocios los días calendos, llamados vulgarmente de precepto.

Esta turba de consejeros, división de negocios, continuación de juntas, que parece contribuía a la brevedad de la expedición, la embarazaba. Sería prolijo referir cuántas novedades introdujo Macanaz con general desconsuelo, no sin risa de los hombres más serios. La Secretaría del Despacho Universal de Estado y Justicia se quitó al marqués de Mejorada, creándole consejero de Estado, y se dio a don Manuel Vadillo. Conservaba siempre la suya de Guerra e Indias el marqués de Grimaldo, hombre bien visto del Rey y de su mayor confianza, que también lograba con su buen modo el patrocinio de la princesa.

No acababa con el sitio de Barcelona el duque de Populi, por falta de gente y preparativos, ni quería agriar más los ánimos con nuevas contribuciones, por si podía reconocerse Barcelona, admitiendo el perdón que el Rey ofrecía; pero no atento a estas políticas Juan Orry, gravó cuanto le fue posible con nunca vistos impuestos el Principado, que todo estaba a la obediencia del Rey, menos Cardona. Heridos estaban de duras contribuciones los catalanes; vuelven a las armas, y, sublevada la provincia, no tenía el duque de Populi gente para el sitio, habiendo de destacar tantos partidos; porque en defensa de sus bienes, nunca con mayor fuerza se confirmó en la rebelión Cataluña, aunque caían sobre los míseros sublevados la llama, el cuchillo y el suplicio.

Esta nueva e inútil guerra embarazó mucho y costó no poca sangre; con esto tomaba tiempo Barcelona, previniéndose mejor a la defensa. Hizo nueva confederación con despacho del Emperador el marqués de Rubí, con clara infracción del tratado de Utrech. Se enviaron a Nápoles nuevas levas, y cada día se endurecían más aquellos ánimos, no faltando los continuos socorros de los reinos que en Italia poseía el César.

El rey Felipe, para quitarles esta esperanza, mandó pasar ocho naves de la flota de Indias; a éstas se añadieron tres naves que mandaba el marqués Esteban Mari, genovés. Otros doce navíos de menor porte, con las galeras del cargo de don José de los Ríos, no podían siempre estar a vista de Barcelona, por lo inquieto de aquella playa, y se abrigaban del seno de Tarragona.

También tenía Barcelona sus chicos navíos, y tres de guerra para convoyar los víveres que suministraba Italia, principalmente Génova, que se había hecho el refugio de los rebeldes; y así en alguna noche oscura no dejaban de entrar falucas y barcos chatos, que llaman laudes, cargados de comestibles. También recibía los suyos el ejército del Rey por mar, porque tenían los sublevados ocupados los pasos y vivían del latrocinio, sin perdonar a pasajeros algunos, hechos públicos salteadores de caminos. Quisieron ocupar a Manresa, pero la defendió el conde de Montemar; el marqués de Toy, a Solsona y Berga, porque lo intentaban los rebeldes; y aunque tuvieron alguna derrota en San Esteban, renacían de esta hidra cada día nuevas cabezas. Juntóse mayor número de ellos bajo la mano del señor de Poal de género que estaba tan ocupada la infantería del Rey, que era imposible adelantar el sitio.

Por eso acudió el Rey a su abuelo pidiéndole tropas y aun naves. Esto último no pudo ser en la cantidad que el Rey lo quería, y sólo vino el señor de Ducás, con el título de

almirante del mar de España, y trajo tres naves de guerra al sueldo del Rey. Esto sintieron mucho los españoles, porque mandaba con esto a todos los jefes de Marina.

Determinó el Cristianísimo enviar quince mil hombres con el marqués de Berwick. El Rey agradeció el socorro, pero como estaba mal con él la princesa Ursini, pidió se le enviase al mariscal de Tessé, en lo que no quiso venir a bien el rey de Francia. Viendo la princesa podía venir Berwick a la corte, como sabía era su grande amigo don Francisco Ronquillo, le desterró de ella con decreto del Rey. Diose por pretexto que hablaba con insolencia del Gobierno, y que se había unido con el marqués de Brancas, entonces enviado de la Francia en España, el cual llevaba muy mal el método de aquel Gobierno y que por negligencias de él o poca armonía se metía en nuevos gastos y empeños la Francia, y aún estaba a pique de concluirse la paz de Utrech entre los holandeses y la España, porque como aquéllos no querían ser garantes del Estado que en Flandes había dado el rey Felipe en soberanía a la princesa Ursini, ésta mantenía el ánimo del Rey a no hacer la paz hasta que viniese a esta condición.

Sentía mucho estas dilaciones el Cristianísimo, porque la tenía ajustada y le embarazaba sus ideas y poder aplicarse todo a hacer buena paz con el Emperador, y quiso saber con fundamento de qué dependía la resistencia del Rey su nieto, y si era propio movimiento o influjo de la ambición de la princesa. Con esta ocasión soltó la pluma Brancas y dijo a su amo cuanto en el Gobierno de España pasaba, con tan negra tinta, que aseguró destruían el reino la princesa y Juan Orry, cada uno por su camino. Que aquélla se había apoderado de la voluntad del Rey. Que era árbitra del Gobierno, con máximas tan perjudiciales a la Francia como siempre, y aun perniciosas a los intereses de España, la cual sacrificaba por no perder en el Luxemburgués este Estado que le había concedido el Rey. Que ya prevenía tropiezos el acierto del duque de Berwick, que, como bajaba contra su voluntad, perdería sin duda en el sitio de Barcelona la gente y la honra de las armas de Francia, porque no hallaría los preparativos necesarios, ni Orry los suministraría sin la voluntad de la princesa, tirana de la España y perjudicial a la Francia; que ambos eran vasallos de Su Majestad Cristianísima, que la podía remediar con una orden de que se restituyesen a Francia, pues de otra manera no se haría la paz con los holandeses, ni se tomaría a Barcelona. Resumen de esta carta del marqués de Brancas hemos tenido en nuestras manos que no se desdeñó de mostrarla a algún confidente suyo en la corte, enemigo de la princesa, que no los tenía muchos.

Con estas noticias, Luis XIV insinuó a su nieto no quería enviar más tropas, y mandó contramarchar las ya destinadas al mando del duque de Berwick contra Barcelona, añadiendo que haría su paz con los holandeses y el Emperador, y dejaría a España en guerra con estos dos enemigos, volviéndole del todo las espaldas, porque no quería, por un particular interés de la princesa, dilatar la quietud de sus reinos y empeñarlos en nuevos gastos. Esta carta no la hemos visto, pero la refería Brancas en Madrid como comunicada del Rey su amo. El rey Felipe escribió a su abuelo desengañándole de tan siniestras impresiones, y explicó ser sólo autor de la resistencia de la paz de los holandeses por su propio decoro y ver que no tenía efecto la merced hecha a la princesa, de la cual se confesaba bien servido, y que contra su voluntad la había tenido en España después de la muerte de la Reina; también la princesa, por medio de la señora de Maitenon, se procuró sincerar con el rey de Francia, pero nada bastó, porque las tropas no

se enviaban y cobraba fuerza la rebelión de Barcelona, cada día más prevenida a una vigorosa defensa.

El Rey, sabiendo era el marqués de Brancas quien fomentaba la discordia, pidió le sacasen de España, y éste añadía materiales a la ira del Cristianísimo, diciendo que la princesa interceptaba sus cartas y abría los despachos de la corte de Versalles. Esta mala inteligencia tomaba cuerpo, y así, para apagar tan perniciosa centella, envió el Rey por la posta a París al cardenal Judice, instruido de razones que pudieran convencer el ánimo del Cristianísimo, sumamente indulgente su nieto.

Los que todo lo aplicaban a lo malo, dijeron haberse la princesa valido del cardenal para sacarle de Madrid por celos de su autoridad, viendo que eran aceptos al Rey sus dictámenes Había la princesa ensangrentado la pluma contra Brancas, y viendo éste que podía el cardenal hacer alguna impresión en el rey de Francia, pidió licencia para ir a París, y la consiguió. Se dio tanta prisa en el viaje, que llegó antes que el cardenal, el cual llevó consigo a su sobrino, el príncipe de Chelamar, hombre maduro y prudente, capaz del más arduo negocio. En Madrid se ignoraba la incumbencia del cardenal, que salió con tanta prisa, aún el día de Viernes Santo, en que los catalanes están aplicados en rememorar solemnemente la Pasión de Cristo, y así sospechaban fuese de suma importancia; pero Brancas, de París escribió a sus amigos había ido el cardenal para componer en la corte de París a la princesa, lo cual era injurioso e indecente a la púrpura. Pero verdaderamente fue a quitar al Cristianísimo algunas siniestras impresiones, y que volviese a mandar bajas en las tropas contra Barcelona, porque ya en la contramarcha habían pasado los Pirineos, y esto dio grandes alientos a la rebelión, y el haber divulgado los holandeses que si no hacía el Rey la paz con ellos socorrerían a los sublevados y que lo propio haría el rey de Portugal, picado de saber que el Católico había dado orden a sus plenipotenciarios en Utrech no aceptasen la paz con los portugueses, con quienes estimaba mejor estar en guerra. Esto puso en cuidado al rey don Juan, creyendo que la España, desocupada, convertiría las armas contra sus dominios, y así recurrió a sus aliados, que le ofrecieron no le dejarían en guerra.

Aunque el marqués de Brancas llenó los oídos de su Soberano de grandes incentivos a la ira y dio noticia que para templarle venía armado de sofísticas justificaciones el cardenal Judice, fue éste recibido del Cristianísimo, con las mayores demostraciones de honra y aprecio cual ningún otro ministro extranjero jamás había conseguido, y fue tan feliz en su cargo, no desdeñando el patrocinio de la señora de Maitenon, que el Cristianísimo volvió a enviar con el duque de Berwick las tropas a Cataluña. Para sincerar a la princesa Ursini, era el mayor atolladero el dilatar la paz con los holandeses, porque esto se creía efecto de su ambicioso influjo; pero la ofreció el cardenal, que también quiso justificar a Juan Orry para que fuese en general aprobada la conducta del Rey.

Esto el Cristianísimo lo miraba como cosa de poca entidad, porque Orry era enteramente subordinado y dependiente de los ministros de España. Brancas no volvió a España, porque se había puesto en desgracia del rey Felipe y no era a propósito para este ministerio. Los políticos creyeron hubiera hecho el cardenal mejor su negocio si hubiese echado a la princesa de España, que con la mano del Cristianísimo estaba en la suya; pero quiso usar de la mayor lealtad, aunque no le fue muy agradecida la princesa, porque temió que, elevado el cardenal al favor del rey de Francia, no se alzase con el del rey

Felipe, a quien había escrito su abuelo grandes encomios del cardenal, y que sería acertado en todo valerse de su consejo.

Esto tenía en sobresalto a la princesa, y le entretenía en París. Se confirmaba más en su absoluto poder cada día, y no pudiéndose subordinar a él el conde Bergueick, pidió licencia para volverse a Flandes y explicó con gran libertad la causa. Estaba el Rey tan acostumbrado a oír quejas contra la princesa, que ya no le hacían mella; creíalo todo impostura y efecto de rabiosa envidia y ambición.

En virtud del tratado de la cesión de Sicilia, firmado en Utrech, mandó el rey Felipe al marqués de los Balbases, que la gobernaba, evacuar aquel reino. Las condiciones fueron reservarse el Rey los bienes confiscados, con tribunal independiente en Palermo; que gozarían de sus antiguos privilegios los sicilianos; se mantendrían en sus empleos los provistos por el Rey; que tendría perpetua alianza con la España el que lo fuese de la Sicilia; que volvería ésta a los Reyes Católicos, extinta la línea varonil de la Casa de Saboya. Y se añadió la condición, que no cumplidas todas las que se habían impuesto, fuese la cesión de ningún valor, y devoluto el reino a la España.

El nuevo rey Víctor Amadeo, pasó con su mujer y el segundo hijo a Sicilia, con tres naves inglesas; no le reconocía Rey, ni el César ni los príncipes y repúblicas de Italia; antes unos y otros veían con disgusto crecer el poder del duque de Saboya, príncipe de altas ideas y mal contenido en los límites que prescribió la fortuna a su dominio. Los sicilianos, aunque tratados con humanidad y agrado, llevaban mal el nuevo amo, que para empeñar la nobleza en su obsequio y obediencia, formó para su guarda una compañía de nobles sicilianos, de la cual hizo capitán al marqués de Villafranca. Se informó por menor de las cosas principales del reino y de sus rentas, y dejando por virrey al conde Mafei y bien presidiadas las plazas, volvió al Piamonte.

También se entregaron las galeras del reino, de que era general el príncipe de Campo Florido, siciliano, que no queriendo dejar el servicio de España, se pasó a ella con toda su familia, no queriendo como algún otro hacer a dos palos.

* * *

En este año murió en París Carlos de Borbón, duque de Berry, y en Londres la reina Ana, a quien sucedió Jorge, duque de Hannover, consintiéndolo ambos partidos, aunque los que adherían secretamente al rey Jacobo, que estaba retirado en Lorena, divulgaban era la intención de la Reina dejarle heredero, pero que obruida de una grave apoplejía no había podido articular acento alguno. Esto desengañó al infeliz Rey, frustrándosele las esperanzas que tenía en el rey de Francia, porque no le pareció a éste entrar en nuevos empeños, habiéndose todos convenido a la exaltación del rey Jorge y queriendo gozasen los pueblos de la Francia de la quietud que les prometía la paz ya establecida en Rastad con el Emperador, en la cual fue reconocido Rey Católico; porque aunque no tenía los reinos, se contentaba el César con la vanidad del título, que no le pareció al Cristianísimo escasearle, siendo insustancial, ya que poseía los reinos de España su nieto, y ofreció no

darle ayuda contra el César para que no hiciese éste la guerra sin aliados. Ni aquélla podía ser más que idea respecto a los alemanes, porque la distancia embarazaba las armas.

Con la elevación al trono del rey Jorge, renacía el poder de los wigs, que habían sido adversos a la paz, y recelando que la turbasen mandó el Rey Católico a su plenipotenciario el duque de Osuna que reconociese en su nombre al rey Jorge cuando pasase por los estados de Holanda a embarcarse, y envió a Londres al marqués de Monteleón con la paz establecida entre la Francia y el César; tomó éste enteramente posesión de la Flandes, porque habían sido reintegrados en sus Estados y dignidades Maximiliano Manuel, duque de Baviera, y José Clemente, elector de Colonia.

El César no quiso reservar el Estado señalado a la princesa Ursini, ni había cómo obligarle a esto; y así, los holandeses no podían ofrecerse garantes sobre lo que no subsistía. Quitado este embarazo, se firmó entre el Rey Católico y los Estados Generales de los Países Bajos la paz en 26 de junio. Poco se añadió a las antiguas convenciones, más que el capítulo 31, en que ofrecía el rey Felipe que ninguna nación comerciaría en las Indias, excepto la española, sin perjuicio a los que tenían el asiento de negros. En el capítulo 37 se dejó asentado no se unirían en unas mismas sienes la corona de España y Francia. Hubo un artículo separado en que se dejaba entera la acción a los herederos del príncipe de Orange, que había sido rey de Inglaterra, para pedir al Rey Católico lo devengado de las rentas anuales ofrecidas por el rey Carlos II al príncipe de Orange en el año de 1687.

* * *

El nuevo dominio de Inglaterra, que daba al Rey no pocos recelos, aunque el rey Jorge había significado mantendría religiosamente la paz, y el estar desembarazado de la guerra, hizo se aplicase con el mayor vigor el sitio de Barcelona a la cual bombeaba incesantemente el duque de Populi; los rebeldes de la provincia corrían la campaña, más los nuestros contra ellos. Habían salido en varios destacamentos el conde de Fienes, don Feliciano Bracamonte, el marqués de Caylus, don Diego González y don Jerónimo de Solís y Gante; éste los había derrotado en Alcober, Bracamonte en la plana de Vich, don José Vallejo en la Conca, hecho prisionero un cabo de ellos, llamado Marogas.

A 15 de mayo se levantó trinchera contra la ciudad; batía la artillería al convento de los capuchinos, bien fortificado, y hacía no poco fuego el baluarte de San Pedro; tomóse el convento, y en él cuatrocientos catalanes. Con esto se adelantó la trinchera a la muralla; parte del pueblo se salió a la orilla del mar, y se puso entre la ciudad y Monjuí para salvarse de las bombas. Las naves del Rey, que corrían a la ribera, los obligaron con la artillería a retirarse dentro de los muros. A treinta de mayo se puso una batería contra el convento de Jesús, que también estaba fortificado, y contra el bastión de la puerta que llaman del Ángel. En este estado llegó el duque de Berwick con veinte mil franceses. Retiróse a la corte el duque de Populi, bien recibido del Rey, que le honró con el Toisón

de Oro. Las cosas estaban en estado que no pudo el duque de Berwick adelantar mucho, y a 13 de julio hicieron los sitiados una salida por dos partes; los de la puerta del Mar asaltaron las trincheras por un lado; los otros por la frente.

Todos eran cuatro mil infantes y trescientos caballos. Querían destruir una nueva paralela que se había levantado, y se trabó sangriento combate. Empezaba ya a romper la línea, pero acudió el mismo Berwick con más gente, y fueron rechazados con igual pérdida de una y otra parte. Sesenta piezas batían el baluarte que mira al Oriente, que tenía ya la brecha abierta. Con la azada se adelantó el foso de la última paralela, para que abrazase aquellos ángulos de los baluartes de Santa Clara y Puerta Nueva, y se puso otra batería contra el mismo camino encubierto. A 30 de agosto se dio el asalto; tan vigorosamente se defendían los sitiados sobre ésta, que era la piedra fundamental de su seguridad, que fue una de las acciones más vivas que hubo en esta guerra. Al fin le ocuparon los españoles y franceses.

Aquí demostró no vulgar esfuerzo don José Delitala, sardo, teniente de granaderos, que acometiendo el primero con los suyos adelantó mucho el asalto, y muriendo en él su capitán, sostuvo el lugar toda la noche, ceñido de peligros. En premio de su valor se le dio luego aquella compaña. Por donde amenazaba el asalto, minaron el terreno los sitiados; dio esta noticia un desertor, y le contraminaron los españoles. Acometieron al baluarte de Santa Clara, donde fue bien dura la disputa; alojáronse los franceses no muy bien, porque fueron rechazados con pérdida de mil hombres. El duque de Berwick mandó minar este baluarte; aplicóse fuego a la mina; volaron lo de él y la puerta Nueva.

Dispusiéronse tres asaltos; antes avisó a la ciudad el duque de Berwick, compadecido de la ruina que les amenazaba. Estaban endurecidos los ánimos, y lo avigoraban con sus persuasiones los eclesiásticos y frailes. Los cabos de rebeldes, Dalmao y Villarroel, determinaron morir por la libertad de la patria; decían, aunque tenían tantos brechas abiertas, que era inevitable su desgracia, sitiados por mar y por tierra. Hasta las mujeres tomaron las armas para defender sus propias casas; aún después de una respuesta insolente, no precipitosa, sino lenta, la ira del duque de Berwick difería el asalto por compasión aun de los suyos, porque había de costar gran sangre.

Al fin, al amanecer del día 11 de septiembre se dio general. Cincuenta compañías de granaderos empezaron la tremenda obra; por tres partes seguían cuarenta batallones y seiscientos dragones desmontados; los franceses asaltaron al bastión de Levante, que estaba enfrente; los españoles, por los lados de Santa Clara y Puerta Nueva. La defensa fue más obstinada y feroz. Tenían armadas las brechas de artillería, cargadas de bala menuda, que hizo gran estrago. No fueron rechazados los que asaltaron, pero morían en el fatal lindar, sin vencer, hasta que, entrando siempre gente fresca, aflojó precisamente la fuerza de los sitiados, menores en número. Todos a un tiempo montaron la brecha, españoles y franceses; el valor con que lo ejecutaron no cabe en la ponderación. Más padecieron los franceses, porque atacaron lo más difícil; plantaron el estandarte del rey Felipe sus tropas en el baluarte de Santa Clara y Puerta Nueva; ya estaban los franceses dentro de la ciudad, pero entonces empezaba la guerra, porque habían hecho tantas retiradas los sitiados, que cada palmo de tierra costaba muchas vidas.

La mayor dificultad era desencadenar las vigas y llenar los fosos, porque no tenían prontos los materiales, y de las tropas de las casas se impedía el trabajo. Todo se vencía a fuerza de sacrificada gente, que con el ardor de la pelea ya no daba cuartel, ni le pedían los catalanes, sufriendo intrépidamente la muerte.

Fueron éstos rechazados hasta la plaza Mayor; creían los sitiadores haber vencido, y empezaron a saquear desordenados. Aprovecháronse de esta ocasión los rebeldes, y los acometieron con tal fuerza, que los hicieron retirar hasta la brecha. Los hubieran echado de ella si los oficiales no hubieran resistido. Empezóse otra vez el combate, más sangriento, porque estaban unos y otros rabiosos. Los españoles, que por los lados poseían gran parte de la ciudad, viendo, habían retrocedido los franceses, también ellos se retiraron a la brecha; todos empezaban nueva acción.

Cargados los catalanes de esforzada muchedumbre de tropas, iban perdiendo terreno. Los españoles cogieron la artillería que tenían plantada en ha esquinas de las calles, y la dirigieron contra ellos. Esto los desalentó mucho, y ver que el duque de Berwick, que a todo estaba presente, mandó poner en la gran brecha artillería. Desordenáronse los defensores, pero mantenían la guerra; parecióles a los españoles que la acabarían felizmente, tomando el baluarte de San Pedro, que incesantemente disparaba, y a pecho descubierto le acometieron. Ninguno de los jefes dio esta orden, pero ya empeñados y encendidos, con la gran cantidad de gente que perdían, determinaron perficionar la obra a espada en mano; al fin, a costa de mucha sangre vencieron. Ocupado el baluarte, convirtieron las piezas contra los rebeldes; otros los acababan, divididos en partidas.

Villarroel y el cabo de los Conselleres de la ciudad juntaron los suyos y acometieron a los franceses, que se iban adelantando ordenados; ambos quedaron gravemente heridos. Entonces desmayaron los defensores, pero en todas las partes de la ciudad se mantuvo la guerra por doce continuas horas, porque todo el pueblo peleaba.

No se ha visto en este siglo semejante sitio, más obstinado y cruel. Las mujeres se retiraron a los conventos. Vencida la plebe, la tenían los vencedores arrinconada; no se defendían ya ni pedían cuartel: morían a manos del furor de los franceses. Prohibió este rigor Berwick, porque algunos hombres principales, que se habían retirado a la casa del magistrado de la ciudad, pusieron bandera blanca. El duque mandó suspender las armas manteniendo en el lugar las tropas, y admitió el coloquio.

En este tiempo salió una voz (se ignora de quién) que decía en tono imperioso: *Mata y quema*. Soltó el ímpetu de su ira el ejército, y manaron las calles sangre, hasta que con indignación lo atajó el duque. Anocheció en esto, y cubrió la ciudad de mayor horror; porque, aun durando la pequeña tregua, de las troneras de las casas disparaban sin ser vistos los catalanes. Los que fueron a hablar a Berwick, sobre la misma brecha, mostraron la insolencia mayor, porque pidieron perdón general y restitución de privilegios. El duque moderó con una falsa risa su ira, y dijo que si no se entregaban antes del amanecer los pasaría a todos a cuchillo. Esta respuesta inflamó los ánimos, y se volvió a la guerra, más perniciosa para los vencedores, porque de todas las casas llovían llamas, y había prohibido el duque aplicarlas a los edificios: en ellos se habían los rebeldes encerrado.

No parecía pueblo, pero todos disparaban, aunque con objeto incierto, no siempre en vano. La noche fue de las más horribles que se pueden ponderar, ni es fácil describir tan diferentes modos con que se ejercitaba el furor y la rabia. Mandó el duque sacar de la ciudad los muertos y retirar los heridos; y a las tropas, que estuviesen en orden hasta la aurora y que se previniesen los incendiarios. Amaneció, y aunque la perfidia de los rebeldes irritaba la compasión, nunca la tuvo mayor hombre alguno, ni más paciencia que Berwick. Dio seis horas más de tiempo; fenecidas, mandó quemar, prohibiendo el saqueo; la llama avisó de su último peligro a los rebeldes. Pusieron otra vez bandera blanca; mandóse suspender el incendio; vinieron los diputados de la ciudad a entregarla al Rey, sin pacto alguno. El duque ofreció sólo las vidas si le entregaban a Monjuí y a Cardona; ejecutóse luego.

Dio orden el magistrado a los dos gobernadores de rendir las dos fortalezas; a ocupar la de Cardona fue el conde de Montemar, y así, en una misma hora, se rindieron Barcelona, Cardona y Monjuí. Hasta aquí no había ofrecido más que las vidas Berwick; ahora ofreció las haciendas si luego disponían se entregase Mallorca. Esto no estaba en las manos de los de Barcelona, a la cual se la quitaron sus privilegios y se la pusieron regidores, como en Castilla, arreglando a estas leyes todo el gobierno.

En esto paró la soberbia pertinaz de los catalanes, su infidelidad y traición. El Rey mandó quemar sus estandartes, envió veinte de los principales cabos a varias prisiones de España; entre ellos Villarroel, el general Armengol, el marqués del Peral y el hermano del coronel Nabot, porque no había capitulado el duque de Berwick la libertad, sino la vida.

Cuatro mil hombres costó este asalto, con dos mil heridos; tantos murieron de los rebeldes. No faltó quien aconsejase al Rey asolar la ciudad y plantar en medio una columna. No había rigor que no mereciese ciudad que había sido el origen de tantos males y que había quitado a la Monarquía tantos reinos. El Rey se excedió en clemencia, y la conservó, pero abatida. El gobierno de Barcelona se dio al marqués de Lede, y capitán general del principado se quedó el príncipe de Sterclaes. Berwick pasó a la corte, y fue recibido con el mayor aplauso y estimación del Rey. Diose el Toisón de Oro a su hijo primogénito, conde de Timout. Así descansó por breve tiempo la España.

* * *

La robusta salud del Rey y la pureza de su conciencia le precisaban a nuevas bodas. Participó esta resolución a su abuelo el Cristianísimo, enviando a París al príncipe de Chalay a este efecto; se discurrió a proponer al Rey, para que eligiese, a la infanta doña Francisca, hermana del rey don Juan de Portugal; a una de las hijas del duque de Baviera; a la princesa Isabel Farnesio, hija del duque Odoardo (ya difunto); o, si quisiera una de la sangre real de Francia, se le propuso la hija del príncipe de Condé. El Rey se inclinó a la parmesana, a lo que cooperó mucho la princesa Ursini, contra las instancias del conde Albert, enviado a este tiempo del duque de Baviera en Madrid, que proponía grandes ventajas al Rey de casarse con la hija de su Soberano.

A este tiempo hacía en aquella corte los negocios del duque de Parma el abad Julio Alberoni, de quien hemos dado alguna noticia; éste, después de la muerte del duque de Vandoma, que le había sacado sobre el arzobispado de Valencia una pensión de 4.000 ducados, se retiró a Madrid a ser huésped del marqués de Casali, enviado que fue de Parma, a tiempo que éste estaba para salir de la corte; que habiéndolo ejecutado, dejó a cargo de Alberoni los negocios de su amo. El duque Francisco Farnés tenía entonces poco a que atender, porque en Italia casi se habían concluido las dependencias de la corte, y con la de Parma no se tenían intereses, hasta que se ofreció la ocasión de haber de elegir el Rey esposa.

Alberoni, cuya fortuna no había sido igual en el Palacio, no estaba a este tiempo mal con la princesa, y tuvo oportunidad de exponer las utilidades que hallaba el Rey en este casamiento, porque no teniendo hijos su tío, era heredera del Estado de Parma y Plasencia, y tenía los derechos inmediatos a la Toscana, que aunque estaba el príncipe Antonio Farnés, hermano del Duque, no se había querido aún en edad tan adelantada casar, y engordaba, con disposiciones de no poder tener sucesión; que era éste el único medio de volver a poner el pie en Italia el Rey Católico, y que al fin no había otra princesa heredera en Europa digna del tálamo del Rey.

No desagradaban a la princesa Ursini estas razones; la que más la hacía fuerza era creer que mantendría con esta nueva reina la misma autoridad, no sólo publicándose autora del hecho, mas aún porque sacando una princesa del modestísimo retiro de las cortes de Italia, le pareció fácil de acomodarla a la seria gravedad de la etiqueta española; con esto la tendría retirada, y siendo su camarera mayor, a quien toca instruirla, creyó adquiriría el mismo dominio en su voluntad. La viveza de las francesas no la pareció a propósito para ser sujetada, y con la portuguesa temió que la vecindad del país trajese a la corte favores de la reina, que la embarazasen su autoridad. Sin descubrirse a Alberoni, ni hacerle participe de la resolución, adhirió a la Farnesia, y trajo su dictamen al Rey informando de las altas calidades de esta princesa, educada en un palacio ejemplar, serio y el más bien arreglado, y doctrinado de la duquesa Dorotea Sofía de Neoburg, princesa de sublimes virtudes, pía y religiosa.

También le hicieron fuerza al Rey los derechos al ducado de Parma y Toscana, porque en aquél no había más varón que el príncipe Antonio, que no gustaba de casarse, y el Gran duque no tenía más hijos que el príncipe don Juan Gastón, imposibilitado de tenerlos. Participó a su abuelo la elección, y le fue aprobada. Los castellanos hubieran querido fuese la infanta de Portugal, por lo bien que han probado en España las reinas portuguesas.

Diose al cardenal Aquaviva el encargo de tratar este matrimonio, que se concluyó el 16 de septiembre, y habiéndose enviado poderes del Rey al duque de Parma, se celebraron magníficamente en Parma las bodas, y se saludó reina de España la princesa Isabel. Mandóse prevenir la escuadra de galeras del duque de Tursis, y se enviaron navíos a cargo del jefe de escuadra don Andrés Pes. Se nombró mayordomo mayor de la Reina al marqués de Santa Cruz, y a su real familia se mandó fuese a encontrarla a Alicante. El duque de Medinaceli fue el nombrado para llevar la joya a la Reina.

Todo lo dispuso la princesa Ursini, que siempre recelándose de no perder un punto de su alta autoridad, se quiso congratular con la reina viuda María Ana de Neoburg, que estaba en Bayona, tía de la nueva Reina, y dispuso se le diese libertad para volver a España, lo que rehusó la reina María Ana por entonces, hasta componer (como dijo) muchas cosas que debían preceder. Estudiando en su seguridad la princesa Ursini, procuró apartar de París al cardenal Judice, porque como éste se había introducido demasiado con el Rey Cristianísimo, temió por allá su caída, y propuso al Rey razones que le obligaron a mandarle volver a la corte; pero se atravesaron accidentes tales, que esto no pudo ser tan presto, con no poco perjuicio de la princesa.

Algunos meses antes, don Melchor Macanaz, fiscal de Castilla, presentó al Consejo Real una súplica contra la inmunidad eclesiástica, expresando sus abusos, y cuánto se había en el Derecho Canónico adelantado. Concibió este papel Macanaz en términos temerarios, poco ajustados a la doctrina de los Santos Padres, a la inmunidad de la Iglesia, y que sonaban a herejía. Había bebido esta doctrina de algunos autores franceses y quería introducir en España el método de la iglesia galicana y una directa inobediencia al Concilio Tridentino; no porque dejaban de ser justas algunas cosas que pedía, pero el modo era irreverente a la Iglesia, y no con palabras dignas de un ministro católico. En muchas cosas tenía la súplica exceso, y todo respiraba adversión a la Santa Iglesia.

Este papel esparcido, hizo dudar a muchos en la religión de Macanaz. Los más serios juzgaron que era un católico lisonjero y ambicioso, y que protegido de Juan Orry y del padre Robinet, creyó por allí hacer su fortuna. Orry no entendió lo que aprobaba, pero nunca hemos creído -aunque Macanaz lo dijese- que lo aprobase el padre Robinet, confesor del Rey, porque repugnaría a su estado religioso, y los jesuitas comúnmente son hombres sabios, defensores de la Iglesia y acérrimos antagonistas de la herejía.

Al Consejo Real le causó horror este papel. Muchos disimularon de miedo; otros, con más modestia, según el genio, dijeron que la materia era grave y que se pasase el papel al Rey, que le dio a examinar al padre Robinet con las propuestas más expresivas; que nada quería quitarle a la Iglesia de la inmunidad que le daban los sagrados cánones, y que se descargaba de este negocio sobre el cual no quería más que lo justo.

Macanaz, en una audiencia secreta, quiso quitarle al Rey el temor. Dijo había declinado la autoridad real con el abuso de los eclesiásticos, cuya inmunidad les daba ocasión al delito, al robo y al escándalo, porque estaba extendida más de lo justo. Que se habían hecho los templos refugio de facinerosos, y adelantado el asilo aún fuera de los sagrados a las casas contiguas, a las bodegas y plazas. Que usurpaban las rentas reales los monasterios, los frailes y clérigos con la superflua adquisición de bienes de los seglares, eximiéndolos de tributos. Que tenía la Iglesia más súbditos en los reinos que el Rey, y los que añadía innumerables la nunciatura, cuyo tribunal había extendido su autoridad a intolerable despotismo. Que la ambición de muchos ministros de acomodar sus parientes con beneficios eclesiásticos, había tolerado estos abusos, y que la mayor causa de ellos había sido el pasado fiscal, don Luis Curiel, cuya negligencia era falta de celo y amor al Rey, o una adhesión inconsiderable a lo eclesiástico: había dejado fundar una posesión injusta, sin noticia ni consentimiento del Rey. Que mayores cosas habían pedido y presentado los antiguos ministros, doctos y celantes. Que no había en aquel papel cláusula alguna que no estuviese apoyada de los canonistas más clásicos y tenidos en el

mundo por sabios. Que él daría la vida por la fe católica, pero que esto no embarazaba su oficio, que era ser procurador del Rey, y de cuanto le pertenecía, que tocaba juzgarlo al Consejo.

Al Rey no le hizo fuerza Macanaz, pero sí muchos ejemplares que para moderar los abusos le había éste representado. Verdaderamente los había, y quería el Rey remediarlos con inocencia y pureza de ánimo. El padre Robinet no aprobó muchas proposiciones, y de las demás dijo que, puestas en otra forma, no serían tan escandalosas. Mandó el Rey que sobre ello diese cada uno de los consejeros de Castilla su voto por escrito; con esto fue preciso darles copia del papel, que llegó a manos del inquisidor general, cardenal Judice, antes que éste fuese a París. Entregósele uno de los mismos consejeros, o por amistad o por escrúpulo; el cardenal le dio al Tribunal de la Suprema; éste a los calificadores, como es estilo; pasaron algunos meses -porque la Santa Inquisición obra con esta madurez-, y después de bien ventilado el negocio, estando el cardenal en París, le envió el Tribunal a firmar un edicto que era contra el dicho papel, sin expresar autor. Mandóle fijar en todos los lugares públicos y puertas de las parroquias; condenábase el escrito como temerario, escandaloso, turbador de la potestad pontificia, no conforme a la verdadera doctrina de la Iglesia, erróneo y herético.

En este mismo papelón se condenaron los autores legales franceses Barclayo y Talon; éste vivía, y era uno de los ministros del Parlamento de Francia. No se nombraba a Macanaz por respetos al Rey, pero era infalible que si el Rey no le impedía con la plenitud de su potestad, o reservaba, la Inquisición pasaría a prenderle.

De esto tuvo un justo temor y dio grandes quejas al Rey, que alentadas de Juan Orry y la princesa, le hicieron indignar contra los inquisidores, creyendo poco respetoso a la Majestad un edicto contra su ministro, sin que se le hubiese prevenido. El objeto más principal de la ira era el cardenal Judice, porque le había firmado en París, donde no podía tener, ausente, jurisdicción para un acto del tribunal del Santo Oficio de España, el cual mandó el Rey que no procediese adelante en esta materia, no esparciese por los reinos el edicto, y que le revocase. Esto último dijeron que no podían ejecutar, y que sobre lo demás se debía intimar esta orden al Inquisidor general. Inspiraban en el Rey muchos, de no muy sana doctrina, que suspendiese la Inquisición; que habían sido nulos todos aquellos actos precipitados o irreverentes; porque mandó hacer una junta de los teólogos más sabios y ejemplares para que, vistos todos los autos, dijesen al Rey cuanto era la potestad regia en este caso, la del Tribunal y la del Inquisidor general.

Mientras esto se discurría, votaron los consejeros de Castilla en la materia; los más decían una misma cosa, y que el papel de Macanaz necesitaba de gran corrección por la temeridad de sus proposiciones, contra el cual procedió justamente la Inquisición. El voto más libre, claro y sin contemplación fue el de don Luis Curiel; dijo mucho más que los otros contra el papel del fiscal; que aunque era verdad que había muchos abusos, debía suplicar al Papa los enmendase, pero que en la regia potestad no había jurisdicción para el remedio, si se había de estar a los cánones y el Concilio Tridentino.

Este voto le expresó con demasiada viveza don Luis, más quizá de lo que debía un ministro, encarado directamente contra Macanaz y tenido en el concepto del Rey por poco defensor de la jurisdicción real; por eso fue, por un decreto, privado de la toga y de

los honores de ella, y desterrado a Segura de la Sierra. También fue desterrado de la corte un religioso dominico, porque era del mismo parecer de don Luis y le había dado a uno de los consejeros, preguntado.

Los pueblos de España, que son tan religiosos, profesan la mayor veneración a la Iglesia; creían que ésta se atropellaba, y hubo alguna interna inquietud, no sin fomento de los adversos al Rey, cuyo puro y sincero corazón podía ser engañado, pero no inducido a un evidente error contra los Sagrados Cánones, porque su primer cuidado era el acierto. Obraba según el voto de muchos que tenia por sabios, porque no faltaban ministros parciales de Macanaz y que contemplaban a Juan Orry. La junta de los teólogos desengañó al Rey de la impresión de muchas cosas, y principalmente que pudiese mandar arrancar los cedulones de las puertas de las iglesias; dijo que a esto no se extendía la potestad real, que la tenía el Tribunal de la Inquisición contra cualquier ministro en semejantes casos de fe y de la religión, porque nadie está exento.

Que se había obrado bien contra aquel papel lleno de mil errores y temerario. Que era válido el edicto, porque estaba firmado de Cuatro inquisidores de la Suprema, pero no por la firma del cardenal Judice, inquisidor general, que fuera de los reinos de España no tenía jurisdicción en ella, y que hubiera podido el cardenal, sin faltar al secreto, participárselo sólo al Rey, porque se trataba de causa contra un ministro, el cual tenía difícil remedio si no se retractaba ante el Tribunal de la Inquisición, borrando las proposiciones condenadas, porque de otra manera persistiría el reato contra él, y que si Su Majestad impedía el castigo faltaba a los cánones y a los fundamentales estatutos de la Inquisición aprobados por sus antecesores; que si no lo estorbaba, estaba el Tribunal precisado a obrar contra el que suponía reo.

El Rey se aquietó con esta consulta, ni mandó otra cosa a la Inquisición, ni dejó por entonces de proteger a Macanaz, y así convirtió toda su indignación contra el cardenal Judice, con aquel moderamen de ánimo que era preciso para escucharle. Había éste partido de París y se mandó al príncipe Pío le fuese a encontrar a Bayona a intimarle la orden de Rey que no entrase en los reinos de España y diese al Rey satisfacción con mandar quitar aquellos cedulones, por la desatención de haberlos firmado sin participárselo, de haber violado la jurisdicción de la España queriendo mandar en ella ausente; haber condenado un autor francés que estaba en actual ministerio del Rey Cristianísimo, que era lo propio que condenar la doctrina de que el Rey de Francia se servía, cometiendo el atentado de haber hecho esto en la propia casa real de Marly, sin noticia de ambos reyes, siendo contra ellos indirectamente, porque era contra sus ministros.

Diose esta comisión al príncipe Pío, porque era amigo del cardenal, y deseaba el Rey componerlo. La princesa Ursini, a quien la grande autoridad del cardenal daba celos, olvidada de lo que había hecho por ella en París, quería que se volviese a Roma sin entrar en España. Esto era lo que deseaban Orry y Macanaz, pero el Rey, naturalmente benigno, y que quería lo más justo, no quiso darle esta orden, sino buscar temperamento a lo arduo del negocio.

El cardenal se disculpaba era operación del Tribunal, que obraba según sus constituciones, inviolablemente observadas sin humanos respetos; que aquel dictamen

había sido de los calificadores, después de ponderado el negocio con la mayor seriedad, y caminando en él con pies de plomo. Que de esto había resultado un decreto, el cual daba fuerza y autoridad el Tribunal, sin que se pudiese negar a firmarle el Inquisidor general, cuando era con plenos votos, sin faltar a su obligación, porque la potestad residía en el Tribunal según bulas pontificias, y que la firma del Inquisidor general era formalidad, que no es necesaria cuando no le hay, pero que habiéndole lo era, como cabeza de aquel Cuerpo; el cual juzgó conservaba la misma autoridad aún fuera de los reinos de España, porque ésta dependía de las bulas concedidas a las personas, y no revocadas éstas, la autoridad era indeleble. Que en ésta creyó hacer la lisonja y servicio a un Rey tan católico por hacerle entrar en el conocimiento de los errores que le influían muchos malos ministros; que no podía faltar a la veneración del Rey, al amor de su real persona y al mayor celo de sus intereses un individuo de una familia toda sacrificada a su servicio; que los autores franceses condenados en el mismo edicto, lo estaban también en Roma; que la pureza de la doctrina no se podía conservar atada a humanos intereses. Que los reyes no se valían de toda la de sus ministros, y que así no estaban aquéllos heridos en el respeto cuando era la temeridad y error de éstos reprobada por la Iglesia. Que no estaba en su mano quitar los cedulones, porque por sí solo no podía más que todo el Tribunal, el cual no se debía retractar de una cosa que con tanta madurez y lentitud había determinado. Que haría dejación de su empleo si el Rey gustaba, y que el nuevo Inquisidor general los quitase. Que era el mejor medio tildar sus proposiciones Macanaz, y dar representación más moderada y digna de un católico.

Esta fue la respuesta del cardenal, y lo mismo escribió al Rey con cartas entregadas a su sobrino el príncipe Chelamar, que, aunque recibido con benignidad, le pareció al Rey se saldría mejor del empeño haciendo que el cardenal dejase el empleo, el cual lo ejecutó luego; pero no admitió la dejación el Pontífice, porque habían llegado estas noticias y competencias de jurisdicción a la corte de Roma, y temió cobraría fuerza la representación de Macanaz si se daba al Tribunal de la Inquisición un jefe menos constante y se dejaba tomar pie a la potestad real contra el Santo Oficio, porque el Rey había nombrado, con consejo de muchos, dos inquisidores para el de la Suprema; uno, el padre Robinet; otro, un religioso dominico, hermano de Macanaz. Robinet no admitió el empleo; el otro no fue admitido del Tribunal, porque replicó éste que no tenía autoridad de nombrar inquisidores más que el Pontífice y el Inquisidor general, que esto fue lo acordado con Ferdinando el Católico; y así establecidas aquellas leyes, que se desharía luego el Tribunal si se violaban, y que el Rey lo podía extinguir, pero no alterar.

Con esto llegaron las cosas al más alto punto de confusión, porque el Pontífice no quería otro Inquisidor general, y el Rey había dado permiso al cardenal para hacer su defensa. Dios, cuya providencia es infinita, previno un insensible remedio con la venida de la nueva Reina. Había dispuesto el Rey que ésta pasase a Génova sin tocar los Estados que poseía el Emperador, y que embarcada en la escuadra de navíos que mandaba don Andrés de Pes, pasase a España. Para esto fue preciso que la Reina pasase por la áspera montaña de Cien Cruces, donde linda el Estado del duque de Parma con el de Génova.

El día 26 de septiembre llegó la Reina a Sestri, lugar de la ribera de Levante, en el Genovesado. El día 30 se embarcó en la galera capitana de la escuadra del duque de Tursis, servida también de la escuadra de galeras de la República, que llevaba los seis

caballeros enviados para cumplimentarla. Venía con la Reina el cardenal Aquaviva y los marqueses de Scoti y Maldachini; la playa es abierta y desahogada, y como el día no era apacible y había mareta gruesa, molestó mucho a la Reina el mar, aún en la corta distancia de treinta millas que navegó hasta desembarcar en Génova.

En San Pedro de Arenas se la previno magnífico hospedaje a expensas públicas, en la casa de Carlos Lomelino; había el Rey mandado al marqués de los Balbases la fuese sirviendo de mayordomo mayor hasta España, y aunque la Reina ignoraba el gusto del Rey en que fuese por mar y habían venido dos expresos de Madrid al cardenal Aquaviva, para que se ejecutase así, era tanto lo que en él padecía, que se resolvió hacer el viaje por tierra; asistida de la Princesa de Pomblin como camarera mayor, y de la familia que trajo de Parma hasta la raya de España, y como no podía pasar en el Modenés sin tocar un poco por el Estado de Milán y llegar a Turín, hizo el viaje por las montañas del Genovesado en silla de manos, y partió de San Pedro de Arenas el día 10 de octubre.

El Rey Cristianísimo, en el tránsito de sus reinos, la mandó prestar los obsequios debidos a la Majestad, y para darle gracias envió la Reina a París a don Carlos Grillo, que la servía en el viaje, aunque había venido de España jefe de escuadra en la que mandaba don Andrés de Pes. También venía en ella otro jefe de escuadra, que era el marqués Esteban Mari, genovés. Estos grados creó nuevamente el Rey sin alterar la antigüedad del servicio.

Como ya la Reina venía por tierra, se mandó retroceder la real familia, que la esperaba en Alicante; el Rey salió hasta Guadalajara; la princesa Ursini se adelantó a encontrarla a Jadraque; más adelante pasó el abad Julio Alberoni, que ya había explicado el carácter de enviado de Parma desde que se ejecutó la boda, y había sido honrado de su Soberano con el título de conde.

La reina viuda María Ana pasó desde Bayona a San Juan de Pie de Puerto para ver a la reina Isabel, su sobrina. Dos días duró la conferencia; mucho influjo tenía en ella el cardenal Judice, aunque ausente, porque por no descubrirse autor de lo que tramaba, no quiso salir de Bayona, y porque ignoraba cómo sería recibido de la Reina estando en desgracia del Rey. Había tenido en Bayona oportunidad de frecuentes audiencias con la Reina viuda, a cuyo favor se introdujo fácilmente, porque eran ambos enemigos de la princesa Ursini; deseaban sacarla de España porque esperaban mejor fortuna en su ausencia. Armó de tan eficaces razones a la reina María Ana para que la inspirase a su sobrina, que tuvieron el éxito que deseaban, pues no sólo logró el poner a la reina Isabel mal con la princesa, pero poner en su gracia al cardenal.

Es muy oscuro lo que quedó acordado en San Juan de Pie de Puerto entre las dos Reinas; cierto es que la reinante salió instruida y noticiosa de la inmoderada autoridad de la princesa, de su ambición al mandar y del rígido sistema de apartar de los oídos de los Reyes cuantos no eran sus parciales y amigos. En Pamplona, donde la encontró Alberoni, acabó de confirmarse en el dictamen, que era ya insufrible en el Palacio la princesa, porque aquél, con la libertad de ministro de su tío, tuvo ocasión de dar a entender a la Reina sería la princesa su inquietud; con esto no descuidaba de sí mismo, porque le pareció que faltando aquélla tendría más entrada en el cuarto de la Reina y crecería su autoridad.

No dejó de favorecer Alberoni al cardenal Judice, de quien siempre había sido amigo, aunque después que le vio en desgracia del Rey hubo quien dijo que le volvió las espaldas para contemplar a la princesa. Estas son las continuas traiciones y laberinto de la corte, de donde desterrada la amistad y la gratitud, nadie estudia que para sí mismo, aun con ajeno perjuicio.

Preocupada de estas impresiones la Reina, llegó a Jadraque; encontró con la princesa, que después de las primeras palabras de obsequio la quiso advertir que llegaba tarde en noche tan fría, y que no estaba prendida a la moda. Escandalizada la Reina del modo o de la temprana licencia de advertir, mandó en voz airada al jefe de las guardias del Rey, que la servía, que se la apartasen de delante y que, puesta en un coche, la sacasen luego y condujesen fuera de los reinos de España, dándola el epíteto de loca. Valor hubo menester la princesa para resistir este golpe; más la Reina para mandarlo, sin haber visto aún la cara del Rey. Fue luego obedecida la orden sin dejar que amaneciese, y en la noche más fría de aquel año, cuyo invierno fue rigurosísimo, sacaron en su propio coche por caminos incómodos a la princesa, entrando en él el jefe de los soldados, para que saliese como prisionera la que había venido servida como camarera mayor y aya del príncipe y los infantes de España.

Ninguna acción en este siglo causó mayor admiración. Cómo esto lo llevase el Rey es oscuro; hay quien diga que estaba en ello de acuerdo; no conviene entraren esta cuestión, por no manosear mucho las sacras cortinas que ocultan a la Majestad; dejaremos misterioso este hecho, y en pie la duda si fue con noticia del Rey, y si la Reina traía hecha la ira y tomó el pretexto, o si fuese movida de las palabras de la princesa. No faltó quien asegurase había sido disposición del rey de Francia por influjos del cardenal Judice; otros, que no lo ignoraba el duque de Parma. Nuestro dictamen es que se formó el rayo en San Juan de Pie de Puerto.

La Reina avisó luego de este hecho al Rey; después envió al abad Alberoni, y prosiguió sus jornadas hasta Guadalajara, donde fue recibida de su esposo con las mayores demostraciones de fineza. Debió el Rey aprobar lo ejecutado, pues luego ordenó que prosiguiese la princesa hasta salir de España, y que se entregasen sus alhajas, papeles y lo que había dejado en Madrid, a su caballerizo.

Año de 1715

La corte del Rey Católico estaba llena de júbilo con la entrada de la Reina, y más con la salida de la princesa Ursini, que puso a la Reina en el concepto mayor de los españoles, habiéndola visto ejecutar con tanto desembarazo aún en los preliminares del Trono una acción que tan difícil parecía.

La opinión que se tenía de la Reina correspondía a sus bellas calidades de viveza de espíritu, comprensión y genio político, y lo que es más, de una habilidad extraña para hacerse amar del Rey, que hacía por la nueva esposa extraordinarias finezas; por lo cual se adelantó más el creer que había consentido el Rey en sacar de sus reinos a la princesa.

Vino embajador de la Francia a Madrid el duque de Sant Agnan para cumplimentar al Rey de las nuevas bodas, y se quedó ministro extraordinario.

Como la Reina era extraña en la corte, y se había vuelto de la raya de España toda la familia que trajo de Italia (menos la princesa de Pomblin, que pocos meses después se volvió a Roma), comunicaba necesariamente más con el abad Alberoni, a quien la fortuna deparó la oportunidad de adelantarse al más superior grado que podía desear.

Fortificóse con la gracia de la Reina y se insinuó en la del Rey; suspiraba en aquélla dictámenes con que poder traer a sí la voluntad de su esposo, en lo cual no hubo descuido; acompañábale siempre en la caza, donde disparaba con acierto; no dejaba con esto de satisfacer su genio, y encontraba con el del Rey.

El más arduo negocio que estaba pendiente era el de la Inquisición; trabajaba mucho el príncipe de Chelamar con Alberoni para imponer al Rey por medio de la Reina en las razones del cardenal Judice, a quien ya había ofrecido la Reina su protección, recomendado en San Juan de Pie de Puerto por la Reina viuda, como dijimos. Faltábales a Juan Orry y a don Melchor Macanaz el grande apoyo de la princesa, que llenaba siempre los oídos del Rey de impresiones contrarias a los que la podían impedir su autoridad, y así, ausente ésta, quedó todo el campo para la Reina, y con los papeles que su ministro Chelamar por medio de Alberoni, compuestos por hombres muy sabios y virtuosos, hizo entrar al Rey en el conocimiento de que estaba engañado de la ambición de Macanaz y de la impetuosa ignorancia de Orry. Estos ya no tenían más familiar comunicación con el Rey, después que llegó la Reina, y así faltaba director para sostener el tomado empeño contra la Inquisición, por la cual se había declarado. El Pontífice no quería admitir la dejación del cardenal Judice.

Había Orry separado los negocios de la Secretaría del Despacho Universal, apartando cuanto era posible al marqués de Grimaldo del Rey, porque no le había dejado más que los negocios de Estado y Ministros Extranjeros; los de Indias y Marina dio a don Bernardo Tinagero; los de Guerra, a don Miguel Fernández Durán, y los de Justicia y Eclesiásticos tenía don Manuel Vadillo.

Habiendo decaído Orry de su autoridad, la habían perdido sus hechuras, y el marqués de Grimaldo, que nunca perdió la íntima gracia del Rey, le comunicaba ya más y se había introducido en la Reina, que le nombró su secretario; Grimaldo, cuyo genio dulce y apacible inclinaba a sosegar el ánimo del Rey y no embarazarle en inútiles empeños, influía en componer el de la Inquisición; inspiraba en el marqués estos dictámenes un hermano suyo, el abad don Francisco Grimaldo, muy amigo del príncipe Chelamar; concurría también a ellos Alberoni, para hacer a la Reina autora de una cosa muy grata a los españoles, y todo el precedente ruido le apagó el Rey con permitir volviese a la corte y a ejercer su empleo de Inquisidor general el cardenal Judice. Con esto desmayó el contrario partido.

Hizo el cardenal al Rey evidente cuánto estaba mal informado, y cuánto erróneo, temerario y escandaloso era el papel de Macanaz; descubrió que por adulación a la princesa le ocultaban la verdad cuantos la contemplaban, y que, como ésta quería mantener a Orry, muchos consejeros, poseídos del miedo, habían votado menos claro que

don Luis Curiel, que era el fundamento de la conservación de la Monarquía y la religión católica, y que ésta la conservaba pura en España la nunca intermitente vigilancia del Tribunal y los inquisidores, no crueles ni rigurosos como los pintaban los franceses, sino los más justos y considerados, como era preciso que fuesen jueces que trataban materia tan grave y tan delicada. Que precedía mucho examen y voto de los calificadores más sabios para el mínimo decreto. Que no se habían de posponer todos al dictamen de Macanaz, hombre nuevo en los Tribunales, poco jurisperito, y envanecido del grado a que le había llevado la atropellada resolución de Orry; que los autores que citaba no hablaban en estos términos irreverentes y mal consonantes a la fe y a los dogmas, y que los autores franceses hablaban, fundados en los privilegios de la Iglesia galicana, sobre la inmunidad eclesiástica y potestad pontificia, porque no se había en Francia admitido el Concilio de Trento, del cual eran los Reyes Católicos protectores. Que el padre Robinet, viendo inclinado al Rey a Orry y Macanaz, no había querido exponerle la conducta arrojada de los dos, aunque la conocía. Que los abusos que habían introducido muchos eclesiásticos eran dignos de reparo, pero que se podían remediar de acuerdo con el Pontífice, sin sacar papelones heréticos presentados a un Rey que tiene por blasón el sublime título de Católico.

Estas razones convencieron el pío ánimo del rey Felipe, y en 10 de febrero hizo un decreto, el más demostrativo de la piedad de su ánimo, en el cual mandaba a todos los Tribunales representarle claramente los perjuicios que del pasado Gobierno había sufrido la religión y el Estado, porque pudo, mal informado, haber resuelto algo contrario al sistema que tenía hecho del bien de sus reinos y pureza de la religión.

Este decreto, en que parece se acusaba el Rey a sí mismo, fue mal visto de los que creen que es heroísmo la pertinacia; túvose por inmediato dictamen del cardenal Judice, y sus émulos se lo atribuían a arrogancia y blasonar del triunfo. Como quiera, él perfeccionó la obra, porque el Rey mandó a Juan Orry saliese de la España, dándole pocas horas de término para dejar la corte. Don Melchor Macanaz huyó a Francia y se retiró a Pau, ciudad capital del principado de Bearne; don Luis Curiel volvió a la corte, reintegrado a su plaza y honores; dióse al Consejo Real de Castilla el antiguo método de gobierno, quitando tanta superfluidad de presidentes. Lo propio se hizo con los demás Tribunales, y al fin mudaron todas las cosas de semblante y se introdujo en España una no esperada tranquilidad, que, aunque efímera, dejó respirar algún tiempo.

El padre Robinet, viendo tan mudado el teatro, siendo de genio entero y no acostumbrado a contemplar a otro que al Rey, le insinuó que el padre Guillelmo Daubanton sería más acepto a los españoles, como antes lo había sido, y pidió licencia para retirarse a Francia. Vino en uno y otro el Rey, y mandó luego venir de Roma para su confesor al padre Daubanton, sujeto de singulares prendas en el saber y en la amabilidad, aunque algunos del nuevo Ministerio no gustaron mucho de la elección por la grande autoridad que había tenido siempre su dictamen para con la Majestad, por haber sido su maestro y confesor desde niño.

Al cardenal Judice se le hizo ministro de Estado y de los Negocios Extranjeros; no era éste un ministerio absoluto, pero habían de tratar con él todos los ministros forasteros y tenía la incumbencia de representar sólo al Rey lo que en esta línea se ofrecía, después de oír al Consejo de Estado. A su sobrino, el príncipe de Chelamar, se nombró caballerizo

mayor de la Reina; ésta fue hechura enteramente de Alberoni, que cada día se adelantaba más en el favor; y por que no se introdujese con la Reina algún hombre de elevado espíritu que entendiese mucho el laberinto de la corte, cooperó a que se le diese por confesor a don Domingo Guerra hombre retirado, nada ambicioso, y sacerdote muy ejemplar, aunque a todos pareció persona de muy moderadas prendas para tan alto empleo.

* * *

A 6 de febrero firmaron en Utrech la paz con la España y Portugal seis plenipotenciarios; por el rey Felipe, el duque de Osuna, y por el rey de Portugal, don Juan Gómez de Silva, conde de Trauca, y don Luis de Acuña. Los capítulos fueron veinticinco. En el sexto se dio al Rey Católico el territorio y colonia del Sacramento, situada sobre el borde septentrional del Río de la Plata; en el otro capítulo siguiente se reservó un año y medio para ofrecer a Portugal un equivalente por dicha colonia. Restituyeron los españoles a Noudar y la isla Verdejo, en América; los portugueses, a la Puebla y Alburquerque, en Extremadura.

Querían los mallorquines imitar en la pertinacia a Barcelona; no se pudo, inmediatamente a la rendición de ésta, atacar a la ciudad de Palma, capital de Mallorca, porque la escuadra de navíos del rey Felipe había pasado, como dijimos, a Génova a conducir la Reina. Con esto tuvo tiempo el marqués de Rubí, virrey de aquel reino, de llamar algunas tropas al sueldo de la ciudad y abastecer sus almacenes. Perdióse el tiempo en negociados inútiles, y aunque los ingleses, a instancias del rey de Francia, hacían apariencias de amenazar a los mallorquines, pero no llegaba este caso, porque las tropas que tenían en Mahón eran pocas, y el nuevo rey de Inglaterra, como era alemán, contemplaba más al Emperador, no ignorando que éste sostenía el ánimo de los mallorquines y mandaba fuesen de Nápoles y Cerdeña socorridos. El Rey Cristianísimo, que penetraba la intención de la corte de Viena, por no empeñarse en otra guerra envió al conde de Lue su embajador a aquella corte, para que con arte dejase caer la proposición que haría cualquier fineza por la Casa de Austria Luis XIV, si ésta quería hacer la paz con el rey Felipe, cediendo sus derechos a la España.

Había la Puerta Otomana intimado la guerra a los venecianos y atacado la Morea sin dar motivo alguno. El armamento era considerable; mas porque hallaba a los venecianos desprevenidos para dar ocupación a la izquierda de los genízaros, había movido las armas el Sultán, rompiendo la paz de Carlowitz, y despreciando las amenazas del ministro austríaco, que estaba en Constantinopla, y aunque el Diván daba por pretexto a la guerra que los venecianos socorrían secretamente a los sublevados de Montenegro, se sabía que buscaba aquella guerra para su seguridad el reinante otomano, porque estaban las tropas cansadas del ocio y censurado el Sultán de hombre inútil.

Veía el Emperador que había de recaer en sus armas el empeño, porque ni los venecianos podían resistir solos al turco, ni estaban seguros los Estados hereditarios de Dalmacia y

Hungría quedando aquél victorioso; con todo, no se declaró luego a favor de los venecianos, porque tenía otras ideas sobre la Italia, y no quería empeñarse en una guerra tan difícil como era sostener a los venecianos, que no tenían medios ni tropas.

Nada de esto se escondía a la alta penetración del rey de Francia, y creyendo coger al Emperador necesitado, le ofreció su auxilio contra el turco si hacía la paz con España. El Emperador no abrazó este partido, pareciéndole harían una fingida guerra los franceses, porque no ignoraba que el ministro de Francia en Constantinopla había ofrecido al Sultán ser neutral en ella y aun ver de buena gana oprimir a los venecianos, con quienes estaba mal el Cristianísimo, por lo que habían obrado contra la Casa del cardenal Pedro Otobono, porque éste había tomado la protección de Francia.

Viendo el Rey Católico que ya eran precisas las armas porque todas estas negociaciones y el perdón general ofrecido a los mallorquines habían sido inútiles, determinó enviar diez mil hombres contra Palma. El Cristianísimo permitió que fuese el caballero Asfelt con tropas francesas; aguardaron los mallorquines el desembarco, pero no la guerra, y a 15 de junio capituló el marqués de Rubí salir libre la guarnición, y concediendo vidas y haciendas a los naturales, entregó el reino. Luego dio el Rey perdón general, y no fueron tratados con el rigor que los catalanes, porque recordaron más en tiempo. Con esto quedaba enteramente la España en paz, pues aunque no la había con el Emperador, tampoco había guerra.

De Madrid salieron ministros para las cortes extranjeras. A París fue embajador el príncipe Chelamar; a los holandeses, don Luis de Miraval, oidor del Consejo Real de Castilla; a Turín volvió don Antonio de Albizu, marqués de Villamayor, después que pasó a Génova.

Ya se había el Rey Católico pacificado con esta República por el arte y buen modo de Francisco María Grimaldo, enviado a Madrid a este efecto, a quien sirvió mucho la protección del cardenal Judice, cuya familia es originaria de Génova. Había el rey Felipe sentido que esta República comprase al Final del Emperador, y que hubiese demolido sus fortificaciones; pero era preciso disimularlo todo, porque tenía necesidad para sus ideas de ministro de Génova y de la neutralidad de aquel puerto en la Italia, la que más ocupaba la memoria y voluntad del Emperador y el rey de España. Éste no había olvidado los derechos a Nápoles y a Milán, y aquél no podía llevar que el duque de Saboya fuese rey de Sicilia, e instaba al rey de Inglaterra le asistiese para tomarla.

El nuevo ministro de Londres era adverso al que estableció la paz, pero no se atrevía a romperla, porque no había del todo opreso a sus contrarios y se habían declarado los holandeses que les era necesaria la quietud, ni era de su cuenta el volverse a empeñar por la Casa de Austria, con quien aún no habían podido concluir el señalar la barrera de las plazas en Flandes. Los sicilianos estaban disgustados del nuevo dominio y suspirando siempre por el de España, y con las disputas que se habían suscitado entre el rey de Sicilia y el Pontífice sobre el Tribunal que llaman de la Monarquía, estaba aquel reino inquieto, entredicho, y los eclesiásticos, perseguidos.

* * *

Apenas dio entera quietud a sus vasallos Luis XIV de Francia cuando cayó sobre aquel reino la infelicidad mayor, porque a 30 de septiembre murió el Rey, príncipe el más glorioso que han conocido los siglos; ni su memoria y su fama es inferior a la de los pasados héroes, ni nació príncipe alguno con tantas circunstancias y calidades para serlo. La religión, las letras y las armas florecían en el más alto grado en su tiempo; ninguno de sus antecesores coronó de mayores laureles el sepulcro ni elevó a mayor honra ni respeto a la nación. Y después de haber trabajado tanto para prosperar su reino, le dejó en riesgo de perderse, porque dejó por heredero un niño de cinco años, su bisnieto, último hijo del duque de Borgoña, a quien se aclamó rey, con nombre de Luis XV. La regencia tocó al duque de Orleáns, como primer príncipe de la sangre; confirmósela el Parlamento de París, con dominio absoluto, y aunque se formó un Consejo de Regencia, quedó todo el gobierno al arbitrio del duque, más que como regente, como rey.

En España no se llevó esta independiente autoridad dada al duque de Orleáns muy bien, porque no se creía muy afecto a ella el duque, que, aunque se había reconciliado con el rey Felipe antes que muriese Luis XIV, siempre quedaban recíprocamente enajenados los ánimos de las pasadas desconfianzas que fomentó la princesa Ursini. El abad Alberoni, que ya, con el favor de la Reina; entraba en parte del secreto del Gobierno, no dejaba de influir en el Rey Católico reflexiones de la injusticia que en Francia se le había hecho, no habiéndole nombrado a la regencia como primer príncipe de la sangre y el más inmediato, según las disposiciones de la ley Sálica, sin que embarazase el poseer otro trono, porque le favorecían los ejemplares de Enrico V, rey de Inglaterra, tutor de Carlos VI de Francia, y de Balduino, conde de Flandes, que lo fue de Felipe I.

No era fácil de explicar con las armas este resentimiento, no tanto porque ya estaba bien sentada la autoridad del duque de Orleáns, cuanto porque se opondrían los príncipes de la pasada Liga, no consintiendo a que una misma mano gobernase ambos reinos, que era una indirecta revocación a la renunciación que había hecho el Rey Católico a la Francia; porque si, por primer príncipe de ella, le tocaba la regencia, era consecuente a la sucesión en caso de la muerte del Rey, que era difícil quitársela poseyendo ambos reinos.

Este gran peso de dificultades, y la religiosidad de su palabra, contuvo al rey Felipe; pero queriendo vender Alberoni este servicio al duque de Orleáns, publicó su intención, que ya la había penetrado el duque de Sant Agnan, y estos fueron los primeros fundamentos de la enemistad que contrajo el Regente contra Alberoni, tan perjudiciales a la España. No le disuadía al Rey ideas de Italia, y le iba buscando enemigos. Oponíase a muchos intempestivos proyectos el cardenal Judice, celoso de que se tomaba mucha mano en el gobierno político Alberoni, que ya estudiaba cómo apartar al cardenal. Habíale nombrado el Rey a éste ayo del príncipe de Asturias, ya sacado del poder de doña María Antonia Salcedo, marquesa de Montehermoso, que le había criado con grande atención y amor e introducido en el tierno corazón del príncipe particular afecto a los españoles. Esto en tiempo de la princesa Ursini era delito, pero tenía la marquesa tal arte, que se pudo mantener en el empleo y perficionar su sistema, porque el príncipe, de nadie que no fuese

español se dejaba servir con gusto, y nada sino las cosas y modas de España merecían su aprobación. Esto se admiraba en edad incapaz de reflexiones, y se atribuía a la educación.

El cardenal Judice no varió del sistema, que le pareció justo; pero Alberoni, que quería sacarle del Palacio, ponía a la Reina en aprensión que inspiraba el cardenal en el príncipe una enajenación de ánimo hacia ella. Como vivía con estos recelos, no se le introdujo jamás en la gracia el cardenal, que no tenía poca dificultad en quitarle esta impresión que ya había penetrado, y en hablar sinceramente al Rey contra muchas ideas de Alberoni, porque éste, para lisonjear a la Reina y asegurarla, como decía, la sucesión de Toscana y Parma, quería mover la guerra de Italia; pero estaba discurriendo por dónde.

El Emperador, a quien nunca le habían faltado buenas y secretas espías en Madrid, tenía estas noticias puntuales, y le embarazaban declararse contra el turco, temiendo que, ocupado en esta guerra, enviase a Italia sus armas el Rey Católico. Los venecianos iban perdiendo la Morea, porque se habían rendido Corón, Modón y Nápoles de Romania, y corría peligro el Adriático. Veíase la Casa de Austria precisada a embarazar los progresos del otomano, e instándola por socorro los venecianos, no se atrevió a ofrecerle si antes no hacían ellos con la Casa de Austria una liga ofensiva y defensiva para defenderle los Estados de Italia en caso de ser atacados; y que se hiciesen nuevamente garantes de su neutralidad dando doce navíos y ocho mil hombres cuando el Emperador los necesitase a este efecto. Estaban los venecianos necesitados a admitir cualquier condición de la corte de Viena, porque últimamente habían perdido la isla de Tine, y así venían en la liga con condición que ésta durase mientras la guerra del turco, porque el Emperador la quería absoluta, en que no convinieron.

Aun después de ajustado este tratado, no movía la Casa de Austria sus armas; tenía sobre ojo los derechos de la reina de España a la Toscana y Parma; sintió por esto mucho este casamiento, y sabiendo que el Gran Duque había hecho su testamento, en que llamaba a la sucesión de sus Estados a su hija Ana Luisa, mujer del Palatino del Rhin, faltando la línea de varones, ignorando la familia que a la heredera sustituía, recelando fuese la Casa de Parma heredera de la Toscana, por Margarita de Médicis, hija de Cosme, que casó con Eduardo I, duque de Parma; y así, dándose por quejoso con el Gran Duque que hiciese estas disposiciones sin su noticia, insinuó que era de su aprobación le sucediese la hija; mas que era preciso admitir en los presidios de su dominio guarnición palatina, con jefe nombrado por el Emperador. Para que esto pareciese menor violencia, dispuso la corte de Viena que lo instase así el Palatino.

El negocio se encargó al conde Carlos Borromeo, vicario imperial de Italia, y con sus credenciales envió éste al barón Bonifacio Visconti; pero como los despachos no venían a gusto del Gran Duque, porque no le trataban en ellos de Alteza Real, no dio respuesta categórica a los puntos que se le propusieron, y todo paró en pedir contribuciones, que entonces no las quiso dar el Gran Duque, porque ya veía que el Emperador, con la idea de hacer la guerra al turco en Hungría, llamaba las tropas de Milán y aún de Nápoles, aunque lo repugnaba el conde Daun, virrey en este reino, lleno de malcontentos y amigos de novedades, donde no se había querido dar naturaleza a los españoles que habían seguido el partido austríaco. Todo esto significa cuán malcontentos estaban con la dominación alemana. No lo dejaba de conocer la corte de Viena, y así tenía tantos celos de los españoles.

Había pasado a servir al Rey Católico de caballerizo mayor el duque de la Mirándula, despojado de sus Estados, y como recelaba de alguna liga en Italia con la España, mandó hacer nuevas levas en Lombardía para suplir los regimientos que había sacado, porque no se fiaba del duque de Saboya. Pasaban estos recelos aún a dudar de la Francia, porque ésta había hecho un asiento de su escuadra con el duque de Tursis, despedido del servicio de España. El contrato le hizo Ludovico XIV; confirmóle el regente, duque de Orleáns, pero sin intención de cumplirle, porque nunca se pagó en los prefijados términos el dinero, ni la Francia se valía de estas galeras, con que insensiblemente se hizo nulo el contrato; después quiso la Francia comprar algunas de ellas, dejando la escuadra en Génova con jefes franceses, y para eso envió al señor de la Patería, pero no tuvo efecto este designio. El ministro de España, que residía en Génova, aplicó secretamente cuantos medios pudo para turbarle, porque veía de mala gana que otro príncipe gozase en Génova las prerrogativas que había gozado el suyo, y esta escuadra daba siempre celos a la España si llegase el tiempo de no serle la Francia amiga; al fin, todo se deshizo, porque compraron los genoveses las galeras.

Como el duque de Orleáns fingía grande amistad con el Rey Católico, todos los pasos de la Francia eran sospechosos al Emperador, estrechado a mover guerra al turco y a conservar la Italia, a la cual, para hacerse temer, trataba como si fuese soberano de ella, con despótico imperio. Unía a las amenazas movimientos de tropas, y porque en Génova prendieron un catalán que tenía patente de capitán, dada en Barcelona cuando el Emperador la poseía, con pretexto que el senador Rolando de Ferrari, mostrándole, había dicho que en Génova sólo mandaba el Senado, hizo entrar hasta Novi, lugar de la República, seis mil hombres, señalando la diaria contribución; hizo suspender de su empleo al senador, y dar libertad al capitán y otros catalanes, que estaban presos por un atentado que hicieron contra los alguaciles que guardaban las cárceles del que llaman Palaceto. Estas operaciones, que eran todas contra la neutralidad de Italia, las acumulaba el Rey Católico con razones a sus designios, porque no podía juntamente mover la guerra en Italia sin suponer la infracción de la neutralidad, violada por el Emperador.

Año de 1716

Echaba más profundas raíces la autoridad de la reina de España con el alumbramiento de un infante el día 20 de enero: púsosele por nombre Carlos; fueron padrinos el duque de Parma y la Reina viuda, que estaba en Bayona; por aquél sirvió su ministro Alberoni; por ésta, la condesa viuda de Altamira, camarera mayor de la Reina, porque no quiso la viuda pasar a Madrid, aunque se lo permitía el Rey. No hizo su sobrina gran fuerza por esto, ni Alberoni quería que hubiese otro a quien escuchar (aunque no había de vivir la Reina viuda en la corte, sino en una ciudad de España), pero no quiso aventurar otra vez su respeto al arbitrio de los ministros, y se quedó en Bayona.

Este nuevo infante de España, que nacía en los derechos de la Reina, puso en alguna advertencia al Emperador, porque ya los españoles le miraban como heredero de los Estados de Toscana y Parma, y se podía dar el caso -aunque a este último infante le precedían tres príncipes- de volver a tener Estados en Italia el Rey Católico, o administrarlos, aun sin esperar tanta fatalidad. Esto la hizo discurrir a la corte de Viena

con más aplicación en procurar por interpuesta persona que se casase el príncipe Antonio de Parma, cuyo genio adverso al matrimonio miraba con indiferencia la extinción de la familia.

De esta tibieza culpaba al Duque su hermano, y se la acriminaba el Emperador como delito. No había recibido en su corte ministro de Parma después del casamiento de su sobrina con el Rey Católico, y creía que su mujer, madre de la Reina, le mantenía en el dictamen de no aclarar el casamiento del príncipe Antonio, para que heredase los Estados su hija. Esta era sola presunción natural, porque era difícil saber lo que pasaba en una corte tan cerrada como la de Parma, y en un príncipe tan misterioso y reservado; como quiera, no mostraba el Duque la mayor aplicación al casamiento de su hermano, y más después que había logrado del Pontífice una bula en que permitía disponer de los Estados a favor de las hembras, en falta de línea de varones, usando del alto dominio, por ser estos Estados feudo de la Iglesia (aunque lo niegue el Emperador con el fundamento de haber sido en un tiempo unidos al ducado de Milán).

Parecíale a la Reina que colocar a su hijo en las dos soberanías de Toscana y Parma se debía esperar más de la negociación y del arte que de la razón de la sangre, y que el ministro más a propósito para manejar esto era el abad Alberoni. De aquí nació permitirle mayor autoridad e introducción en los negocios, y el abad, nada desaliñado, se aprovechó de la oportunidad, esperando a la Reina de sus mayores ventajas en la Italia. Entró el Rey en este sistema y permitió que tratase este negocio Alberoni a su arbitrio, y como con él estaban encadenadas muchas dependencias, se hizo insensiblemente dueño de todas. Conocía que el Papa podía ser embarazo a esto, y trató ganarle la voluntad sin explicarle el fin, porque en esto de secreto y disimulado pocos hombres habrá habido más exactos.

Había nuevamente llegado de París, después de tantas repugnancias, el nuncio del Papa, Aldrobandi, arzobispo de Neocesárea, con el cual le estrechó Alberoni con más facilidad, porque el nuncio no era amigo del cardenal Judice, ni Alberoni lo era ya. No estaban ajustadas las controversias de la corte de España con la Dataría de Roma, ni deslindados muchos puntos de jurisdicción, y de esta favorable coyuntura se valió Alberoni para ofrecer al Papa conveniente ajuste, si entraba propicio en las dependencias del Rey Católico.

Más grande oportunidad de ganar al Pontífice se le ofreció instando éste por socorros para la guerra contra el turco, que ya, ganada toda la Morea, tiraba más altas las líneas. Había hecho un gran armamento naval de sesenta navíos, sin la armada sutil de treinta galeras. Era comandante de estas armas Gujano Copia, un turco feroz, aunque no muy experimentado. Concurrieron con sus naves armadas los africanos de Argel y Túnez, y habiendo armado todos sus bastimentos los dulcinotes, estaba infestado el mar Jonio, el Egeo y el Adriático. Había hecho un gran acampamento el turco en Gianina, tomado ya el castillo de Parge, que le facilitaban los transportes contra Corfú, cuyo sitio meditaba.

Había salido con su armada el general Pisani, muy inferior en número, aunque más bien armadas las naves. Cubrían éstas a Corfú, y en el cabo del Zante se vieron ambas armadas; pudo haber batalla; ninguno de los dos la quería; el turco, porque su designio sólo era emplear las naves y galeras en pasar tropas a Corfú; el veneciano, porque tenía instrucción de su República de no darla hasta que viniesen las armas auxiliares, por las

cuales clamaba el Pontífice, e instaba en las cortes de España y Portugal con gran calor. Él envió sus galeras y cuatro navíos armados bajo el mando del comendador Ferrer. También envió las suyas el gran duque de Toscana, y dos la República de Génova. Los duques de Parma y Módena asistieron con infantería; de aquél se valió el Pontífice para que la corte de España se determinase al socorro, al ejemplo del rey de Portugal, que había enviado siete naves de guerra con el conde de Ríogrande. Alberoni dispuso que enviase el rey Felipe las galeras de España a cargo del jefe de escuadra don Baltasar de Guevara, y seis navíos de guerra mandados por el marqués Esteban Mari.

No faltó en el Consejo de Estado quien sintiese mal de esta resolución del Rey, porque era indirectamente favorecer al Emperador, que ya con el príncipe Eugenio había enviado treinta mil hombres a Hungría, después que en 13 de mayo firmaron con él la Liga ofensiva y defensiva los venecianos; y el día 5 de agosto ganó el príncipe Eugenio una batalla a los turcos en Petervaradin, victoria que le abrió el camino al sitio de Temesvar, que, rendida ya, facilitaba otras conquistas, y más, distraídas con tanta armada de los cristianos las fuerzas del turco en Corfú. Esta era mucha sutileza y política, y entonces le importó al abad Alberoni parecer muy celante de la Cristiandad, y condescendió con los ruegos del Pontífice, que ponderó mucho lo que estaba aventurado el mar Adriático si Corfú se rendía.

Estaba no muy bien abastecida la plaza, aunque la defendía contra tres mil hombres el general Scolemberg, alemán, que llamaron a su servicio los venecianos; sufría ya el sitio, desde el mes de julio; faltaba agua y municiones; treinta mil turcos la combatían, y más estrechamente después que tomaron los fuertes de Montes Abrahan y el Salvador; cubrían el sitio las naves del Sultán. No se atrevían los venecianos a acometerlas porque aún no habían llegado los auxiliares de España y Portugal; éstas del conde de Ríogrande no llegaron a tiempo, y las de España, guiadas con el mayor cuidado del marqués Esteban Mari, tuvieron la felicidad de juntarse a la armada veneciana el día 28 de agosto; eran más en número de las que el Rey había dado, porque el comandante se llevaba consigo cuantas encontraba en el viaje, para abultar el poder y poner mayor terror a los turcos. Dios fue propicio a la idea, porque luego que la armada otomana vio entrar esta escuadra de España, avisando al comandante del sitio de que por necesidad le desamparaba, con las sombras de la noche hizo vela, y aunque el viento no era favorable, pasó no muy lejos de la armada de los cristianos y tomó la costa de África.

La misma noche se levantó el sitio y empezaron a embarcar los sitiadores en la armada sutil, y ya el día 29 estaba desembarazado el campo. Dejaron la artillería, muchos víveres y pertrechos; la gente que no llegó a tiempo a embarcarse quedó prisionera, porque hizo una bien ordenada salida el gobernador, glorioso con haber defendido plaza tan importante.

El Rey Católico quedó gustoso del accidente con fausto, porque su natural piedad le inclinaba siempre a proteger la religión católica y todo lo que es piedad. El Papa quedó agradecido, y muy bien puesto en su gracia el abad Alberoni, a quien puso en el ánimo el nuncio Aldrobandi el deseo del capelo. No lo oyó Alberoni con desagrado, e hizo el mismo nuncio lo significase a la Reina, que abrazó luego empeño. El Papa oyó esto primero con desprecio cuando se lo insinuó, como novedad penetrada, su nuncio, quien le callaba haber sido el autor de esta desproporcionada pretensión.

Como no estaban ajustadas las dependencias con la corte de Roma, no estaba corriente la nunciatura, ni había explicado del todo su carácter Aldrobandi, y como él también aspiraba al capelo, y era el medio más inmediato ser admitido nuncio, estaba precisado a contemplar y aún lisonjear a Alberoni; por eso le propuso y le facilitó la púrpura de cardenal, que es el último objeto de los eclesiásticos.

No la soñaba Alberoni tan presto, aunque su elevado espíritu le llevaba a cosas grandes; todas sus líneas tiraba a alzarse con la privanza del Rey; ayudábale la Reina, pero le embarazaba dentro del Palacio el cardenal Judice. Por eso dispuso Alberoni sacarlo de él, quitándole el empleo de ayo del príncipe; esto era arduo, porque no podía hallar en el cardenal culpa que esto mereciese; pero como no le era propicia la Reina, avivándole siempre Alberoni la aprensión que el cardenal criaba al príncipe no sólo desafectado a la Reina, pero aún enajenado el ánimo y con poco amor al Rey, se resolvió a quitarle al cardenal su empleo de ayo, como lo hizo con un decreto muy honroso, porque decía el Rey le quitaba tanta ocupación para atender a la de Inquisidor general; esto expresaba el papel que le escribió el marqués de Grimaldo.

Nombróse ayo del príncipe al duque de Populi; el cardenal se volvió a su casa, y luego hizo dejación del cargo de Inquisidor general; admitióla el Rey, y ya sin dificultad también el Pontífice, porque había escrito Aldrobandi que ya no podía servir en aquella corte el cardenal Judice, habiendo el Rey tomado a mal que se mostrase resentido de la resolución de sacarle de Palacio, como si estuviesen los reyes precisados a valerse siempre de un mismo sujeto.

Inquisidor general se nombró a don José Molines, decano de la Sacra Rota; había tenido éste los negocios de España a su cargo desde la salida del duque de Uceda, como dijimos, y en algunas controversias y disputas que después con el Papa se tuvieron, mostrando Molines más ardor que creía el Pontífice era justo, había algunas veces pasado a perderle el respeto. Todo se le sufrió y aprobó en España, hasta que ya Alberoni, inflamado del deseo del capelo, le importaba dar gusto en todo a la corte de Roma, y porque con mano armada defendió la inmunidad de la plaza de España don José Molines, y en ella se había dado de palos y aún herido a unos alguaciles, el Rey, por dar satisfacción a las quejas del Pontífice, bien llevadas de Aldrobandi, y no menos ponderadas de Alberoni, quitó a Molines la atendencia de los negocios reales y la dio al cardenal Francisco Aquaviva, o porque se creía hombre de mayor representación por su sangre y por la púrpura, o porque trataría con más dureza y política los negocios con el Pontífice. Desde entonces también tomó parte en los intereses del abad Alberoni el cardenal Aquaviva, necesitado a contemplarle; y por eso enajenó enteramente su ánimo del cardenal Judice.

De repente y sin que lo supiese el Pontífice, salió de España para Roma el nuncio Aldrobandi; dio por pretexto que se lo ordenaba el Rey; no era falso, pero todo fue disposición de Alberoni para tratar a boca con el Papa los medios más oportunos a componer las diferencias de la Dataría y Jurisdicción, y explicar que, sin alteración de los tolerados abusos, era el medio mejor el capelo para Alberoni, porque habiéndose ya empeñado el Rey en esto por dar gusto a la Reina, no podía desistir sin desaire.

La corte de Roma quedó sorprendida del atrevimiento y mal ejemplo que daba Aldrobandi de salir de una corte un ministro sin licencia del Soberano que le había

enviado, y sin violencia del príncipe cerca de quien servía; porque ni el rey Felipe se la había hecho, ni confesado habérselo mandado. El Papa estuvo resuelto a no dejar entrar en Roma a Aldrobandi, pero viendo que esto era romper del todo con la corte de España, porque tenía su patrocinio, se dejó persuadir de los interesados en la Dataría, y le escuchó, hecho enteramente el nuncio procurador de Alberoni con el pretexto que era lo que a la quietud del Pontífice convenía.

El Emperador, ya victorioso del turco, no se descuidaba de la Italia, haciéndose cada día más temer en ella y usando de una jurisdicción que renovaba los antiguos derechos del Imperio, y violaba directamente el tratado de la neutralidad, y había tomado a su arbitrio contribuciones de Génova, metido en su Estado tropas a discreción, y pretendiendo entrar la sal de Cerdeña por San Pedro de Arenas a Lombardía, había determinado hacer en este arrabal almacenes. Envió la República a Clemente Doria a Viena, y se redimió esta vejación con dinero.

Aún no habían salido las tropas de los términos de Novi, y por si podía lograr esta oportunidad el marqués de San Felipe, ministro de España, insinuó al Gobierno asistiría su Rey con tropas, si querían resistirse a las del Emperador; ponderó cuán ignominiosa era esta servidumbre. Ya la conocían los genoveses, pero no se atrevían a remediarlo por no aventurarse; no fiaban mucho de los socorros de España, por estar lejos, y aunque había algunas republiquitas de espíritu ardiente, le templaba la flema de las otras, que es lo que sucede en un congreso de muchos individuos. Por esto emprenden pocas veces cosas grandes las repúblicas, porque difícilmente se conforman a un dictamen tantas cabezas, y así, determinaron los genoveses obedecer antes que ver la cara al menor riesgo, porque veían se había hecho la corte de Viena árbitro en Italia.

En unas diferencias entre el duque de Masa y la república de Luca, había dado el Consejo Áulico la sentencia, usando de alto dominio; esto miraban los príncipes de Italia con dolor y miedo, y más el gran duque de Toscana y el duque de Parma, perseguidos del Emperador.

Por creer los parciales de España a éste, le amenazaban con que habían de presidiar a Plasencia los alemanes, consulta que hizo por escrito el ministerio español de Viena y el duque de Uceda. Para invigilar sobre el Gran Duque envió el Emperador a Florencia, al conde Sajago, caballero veronés, hombre astuto y de genio turbulento; todos eran grillos que iba tejiendo el Emperador a la Italia, siempre receloso de ella, porque no ignoraba las ideas del Rey Católico ni el descontento de sus príncipes. No se atrevía a inquietar al rey de Sicilia, no sólo por ser más poderoso que los demás príncipes de Italia, sino porque estaba procurando que le cediese la Sicilia, dándole un equivalente en dinero y algo más en el ducado de Milán; no le había reconocido rey de ella, y sentía sobre el corazón verla desmembrar del reino de Nápoles.

Para asegurarse más, hizo en el mes de mayo una liga ofensiva y defensiva con el rey de Inglaterra, que vino en ella de buena gana, porque recelaba perder los Estados de Bremen y Werden en Alemania, que había comprado de los enemigos del rey de Suecia; y porque no pareciese era contra el Rey Católico, hizo que el ministro de Inglaterra, que residía en Madrid, llamado el señor Bubb, diese noticia de esta alianza. Ya lo sabía el Rey Católico por sus ministros, y todo lo que el Emperador obraba en Italia, con lo cual le fue fácil al

conde hacer entrar a Alberoni en el sistema, que se perdería la esperanza de volver a poner el pie en ella si dejaba al Emperador perficionar sus designios.

Año de 1717

Preveníase el Rey Católico a dar mayores socorros a los venecianos, a instancias del Pontífice, que había vuelto a enviar a Madrid al arzobispo de Neocesárea, Aldrobandi, y fue admitido explicando el carácter de nuncio, porque trajo favorables noticias a la pretensión del capelo para el abad Alberoni, que era todo lo que se pretendía en Roma; y por eso no había cuidado el ministro de España de ajustar con la corte romana parte de aquellos abusos que pretendían quitar en la Dataría y otros puntos de jurisdicción, porque ya Alberoni no servía más que a sí mismo después que estuvo tocado de la ambición del capelo.

Ofrecía tropas al Pontífice para guardar sus marinas, que creyó se admitirían, porque de un desembarco que hicieron en el reino de Nápoles, en la provincia de Pechi, los corsarios dulcinotes, empezó a temer Roma. Tomaron un castillejo, hicieron cuarenta cautivos y se ausentaron los turcos; pero dejaron tan consternadas las riberas del Adriático, que se creyó perdido, porque la fama del nuevo armamento era grande y se habían en Dardaneli espalmado sesenta naves gruesas, sin infinitas zaicas de transporte, y temían se volviese a emprender el sitio de Corfú. Alberoni se valía de estos temores del Pontífice para hacerse necesario, y como se habían concedido al Rey Católico unos breves para donativos de eclesiásticos no sólo en los reinos que posee en la Europa, pero aún en las Indias, por este beneficio persuadía al Rey se debían hacer los mayores esfuerzos contra los otomanos, y verdaderamente entonces era fija su intención de enviar una poderosa armada a Levante.

Había siempre impuesto al Rey que era preciso mover la guerra de Italia, pero después, esperando el capelo, no quería distraer las armas por no enojar al Pontífice. En el ínterin se iba apoderando más de la voluntad del Rey. Sacó de la secretaría del Despacho Universal a don Manuel Vadillo, y puso a don José Rodrigo, fiscal que era del Consejo Real de Castilla. Quitó también la presidencia de Hacienda al obispo de Cádiz, que se retiró a su Iglesia. Puso los mayores esfuerzos en apartar del Rey al marqués de Grimaldo, pero no pudo; y aunque tenía la misma intención contra don Miguel Fernández Durán, no hallaba sujetos a propósito para la secretaría del Despacho, y así se sirvió de los que estaban, reservando en sí lo más principal de los negocios con un secreto el mayor que se ha visto en España.

Llegó a este tiempo noticia que quería el rey de Sicilia cederla al Emperador por un equivalente en el Estado de Milán; y como todavía no había salido en Roma el capelo que Alberoni esperaba, hasta engañar al Papa templaba los designios de la guerra, dejando perder la mayor oportunidad, ya que la tenía ideada porque se había resuelto en Viena proseguir la guerra contra el turco, contra los votos de todo el ministerio español y aún de muchos príncipes del Imperio; tanto, que en casa del conde Guido Staremberg, encendidos en esta porfía sacaron las espadas el conde de Scomborvice, canciller del Imperio, y el de Ulcindisgratz, presidente del Consejo Áulico; fue el motivo de decir éste

debía ser guerra de Círculos la de Hungría, porque perdida ésta, estaba ya Alemania descubierta.

El príncipe Eugenio, venciendo todas las dificultades, había obtenido permiso de sitiar a Belgrado, porque habían distraído los turcos gran partida de su ejército con el Orreschier, hermano del gran visir, hacia Epiro y Albania. Esto descubría no sólo nuevo designio contra Corfú, pero aún encender la guerra en Dalmacia.

Alberoni, esperando el capelo, mandaba proseguir el armamento, y ni socorría a los venecianos ni invadía en Italia los Estados poseídos por el Emperador. Había ya salido la escuadra portuguesa, y unídose al general Pisani con las naves maltesas, mandadas por el bailío Vella Fontana. Habíase adelantado con veinte y seis naves venecianas más de lo que debía el general Fangini hacia Dardaneli; salieron treinta y seis otomanas, y en las aguas de Tenedo hubo una batalla por tres continuos días; separábalos la noche, y volvían a ella al amanecer, hasta que, muerto Fangini y maltratadas las venecianas, se retiraron a Zante. Esto empeñaba a la guerra en el mar Jonio, e hizo empeñar al príncipe Eugenio en el sitio de Belgrado, que se rindió en 19 de agosto, después de haber ganado una batalla los alemanes a los turcos, rompiéndoles sus líneas; en ella se portaron con gran valor y se distinguieron mucho los regimientos españoles e italianos, y mostró su brío el infante don Manuel de Portugal.

Tanto tiempo dejaba perder Alberoni, sin que se supiese a qué estaba destinado su armamento, y porque no se le descubriese la intención y no cansase con consultas el Consejo de Estado los oídos del Rey, ni estuviesen informados de lo que pasaba en el mundo sus ministros, mandó a los que servían en las cortes extranjeras que nada participasen al Rey por vía de Estado, sino directamente por los secretarios de Universal Despacho, que llaman vía reservada.

Pasaba a España don José Molines a ejercer su empleo de Inquisidor general, aunque en edad decrépita y tullido; no se atrevió a hacer viaje por mar, y con pasaporte del Pontífice y una oscura palabra del cardenal Wolfango Anníbal de Scotembach, que hacía los negocios del Emperador en Roma, dada al cardenal Fabricio Paoluci, secretario de Estado, tomó el camino de tierra, y siendo preciso para entrar en Francia -no queriendo pasar las montañas del Genovesado- tocar en el Estado de Milán, fue allí, de orden del gobernador, arrestado y puesto en el castillo con su familia, y enviados a Viena sus papeles, porque como había pasado por Plasencia, creyeron los ministros alemanes que hubiese tratado con el duque de Parma negocios de grande importancia, y de todo estaban recelosos con el rumor del armamento de España, en cuyos, puertos que baña el Mediterráneo, se detenían cuantas embarcaciones venían para que sirviesen al transporte.

Esta prisión de Molines fue a los últimos de mayo, y a los 29, que alcanzó esta noticia el marqués de San Felipe, la dio con extraordinario al Rey Católico, y ponderó como agravio hecho a la Majestad arrestar al Inquisidor de España, que con la buena fe de un pasaporte y una palabra, pasaba por los Estados del Emperador; que ésta era nueva infracción de la neutralidad de Italia, que tenía fuerza de tregua; y al fin, con más dilatadas reflexiones, inflamó cuanto pudo el ánimo de su soberano a que tomase satisfacción del Emperador. Creyó con esto el marqués acabar de determinar el ánimo del Rey a mover la guerra de Italia; pero nada hubiera bastado si Alberoni no hubiera

prevenido de antemano el ánimo del Rey para ella. En unos resúmenes de manifiesto sacados por dicho Alberoni, o cartas escritas a Roma, como después veremos, no queriendo cargarse de ser autor de la guerra, dice que esta carta del ministro de Génova movió mucho el ánimo del Rey; que se la envió a consultar, y que fue él de contrario dictamen; y carga al duque de Populi como el primero que dio su parecer para la guerra.

Estaba el Rey a este tiempo con la salud muy quebrantada, que podía dar cuidado, y los médicos le persuadieron a apartarse de los negocios de la mayor aplicación, y con este motivo los había absolutamente dejado en manos de Alberoni, no con decreto de hacerle primer ministro, pero con permisiones de serlo, y así, esta carta de Génova no tuvo necesidad de que el Rey se la enviase a consultar, porque todos los despachos pasaban por su mano.

Estaba ya a este tiempo en Madrid, como dijimos, Aldrobandi, que instaba por los socorros contra el turco, y como aún no se había resuelto a dar el capelo a Alberoni, éste escondía su intención de todos, aunque ya la tenía hecha de mover la guerra, y dispuso que el Rey pidiese parecer al duque de Populi, pero en forma que conociese claramente el duque que ya estaba el Rey determinado. Se le envió la carta misma del marqués de San Felipe, que la había menester Alberoni para nuevo pretexto, y viendo el duque, que era sumamente avisado y gran cortesano, que el espíritu de la carta era mover la guerra, votó por ella, y dijo se debía emprender la recuperación de Nápoles o Cerdeña; no mentó a Milán, porque sabía no era ese el dictamen de Alberoni, que quería indirectamente asegurar los Estados de Parma, pero no acercarle tanto el fuego; no por amor que tenía al Duque, a quien contemplaba poco, sino por obsequio a la Reina, para fingir mejor y no fiarse de viviente alguno.

Escribió al duque de Populi quejándose de haber sido de dictamen de mover la guerra no estando la España para eso ni pudiendo el Rey faltar a la palabra de socorrer a los venecianos; esto lo hizo para que llegase a oídos de Aldrobandi que persistía Alberoni en lo ofrecido a Su Santidad. El duque de Populi, que por entonces no entendió a Alberoni, escribió al Rey otro papel más considerado; expuso las dificultades de cualquier empresa por lo exhausto del Real Erario, y casi se retractó de lo dicho. Hizo Alberoni que el Rey le replicase como ofendido de su contemplación a Alberoni, y aun dispuso que él mismo reprendiese, por boca de su confesor, el padre Daubanton, de que se oponía a la ingenuidad de los dictámenes y que estorbaba la guerra. Todos estos artificios usaba para engañar al Pontífice y cubrirse en cualquier caso, dando siempre por autor a la mera voluntad del Rey, a la cual nadie se podía resistir; tanto es esto, que en un libro en octavo que salió después, de la vida de dicho Alberoni, escrita de un grande amigo suyo, para el cual él mismo dio los papeles y materiales, confiesa el autor, cuando narra el orden de las cosas y la noticia que a Madrid llegó del arresto de don José Molines, que Alberoni encendió el ánimo del Rey preparado con más altas reflexiones para la guerra que iba premeditando, hasta que la ejecutó con las secretas disposiciones que nadie entendía.

Al fin, el Papa, en el Consistorio de 12 de julio, se resolvió a crear cardenal a Julio Alberoni, precisado a ello no sólo de las instancias del rey Felipe, llevadas con el mayor ardor del cardenal Aquaviva, y escritas con no menos solicitud del nuncio; pero aún, como dijimos, por los servicios hechos a la Iglesia en el socorro dado a los venecianos el

año pasado de 1716, el que había ofrecido y el ajuste de las controversias entre las cortes de Roma y España.

El cardenal Judice, que asistió a este Consistorio, o arrebatado de su odio o movido de su conciencia, como dijo, no asintió a esta elección, y como explicó que esto le inspiraba su conciencia, hacía una breve, pero horrible sátira a Alberoni, que ya con su púrpura, desenfrenó lo despótico y violento. Era su genio impetuoso, y con el favor de los Reyes se hizo a toda España insufrible, porque sobre ser hombre de primera impresión, tenaz y muy sobre sí, no toleró España gobierno más rígido, aunque tampoco más al pro del común del reino, desde que subió el rey Felipe al Trono, a cuya noticia no llegaban muchas violencias, porque nadie se atrevía a hablar de Alberoni, ni dejaba acercar a los oídos del Rey más que los que quería, y eso dictándoles las palabras y retirando todas las consultas de los tribunales.

No se le ocultaron al cardenal Alberoni las palabras que en el Consistorio profirió el cardenal Judice, y mostrando luego su venganza, hizo que el Rey ordenase al cardenal Aquaviva que en su nombre mandase a Judice bajar de la puerta de su casa las armas de España, y juntamente se ordenó a todos los vasallos de la Corona no tratasen al cardenal, que, replicando a esta orden, escribió al Rey con la más humilde veneración, e interpuso al duque de Orleáns para que se revocase este decreto. Alberoni hizo persistir al Rey en él, y repitió la orden con más viveza, y pasaron con Aquaviva y Judice algunos sinsabores en los papeles y recados. Al fin, éste obedeció y bajó las armas del Rey Católico; pero, desde luego, trató de ser admitido a la gracia del Emperador por medio del cardenal Scotembach y otros del ministerio español de Viena.

Estaba a este tiempo en Madrid consejero de Estado el duque de Jovenazo y servía al rey Felipe de embajador a éste tiempo en París su sobrino el príncipe de Chelamar, en quienes no se halló la menor mudanza de ánimo hacia el amor y la fidelidad del Rey; pero es infalible que Alberoni cobró odio para la familia, pero no se atrevió a sacar de París a Chelamar, porque era difícil llenar aquel hueco con hombre de iguales medidas, y se corría con el Rey de extender tanto su venganza; y arrancada de las manos del Pontífice la apetecida púrpura, soltó las riendas a sus ideas, encaminadas todas a adquirirse gloria; bien es verdad que no ganó poca en su tiempo la nación española, ni poco crédito las armas del Rey, y aunque no ignoraba la necesidad que de socorros tenían los venecianos, no se acordó de cumplir la palabra y se aplicó todo al armamento, que ya con prevención de naves de transporte era claro no servía contra el turco, porque no había de enviar tropas.

Hizo pasar con plena autoridad sobre todos a don José Patiño, intendente general de Marina, a Barcelona; y éste, con su actividad y prontitud, en pocos días después tenía en orden aún la gran nave que se fabricó en San Filiú, y las seis nuevas que se hicieron en Vizcaya. Este armamento, que ya se conocía no ser contra el otomano, puso en cuidado a muchos príncipes; más al Emperador, que se quejó con la Francia y el Regente. Éste aseguró no tener parte en él ni saber su destino, porque todavía, aun mandando labrar pesebres para la caballería, decía el cardenal Alberoni que era contra el turco; fijo es que nadie más que los Reyes, el duque de Populi y el padre Daubanton sabían su destino, y aún le recataba cuanto podía de los secretarios del Despacho Universal, que muchas

órdenes daba escritas de su mano, y para perficionar el armamento no era menester explicar la intención.

Resolvió atacar a Cerdeña, y como de lo que allí pasaba daba frecuentes noticias el ministro que residía en Génova, se valía de ellas sin encargarle las continuase, y ya estaba informado que había pasado nuevamente por virrey a aquel reino el marqués de Rubí, que se había sacado de él el regimiento de Borbón para Nápoles, porque el armamento de los españoles hacía poner en defensa a los que temían ser invadidos; así, había mandado el Emperador a sus ministros de Italia, e instruido al gobernador de Milán, que en todo caso retirase las tropas a Mantua si veía poderoso desembarco en Génova contra Lombardía, porque estaban persuadidos en la corte de Viena que el duque de Parma entraba a la parte de este secreto y que era casi autor de la guerra; pero podemos asegurar lo contrario.

* * *

Al duque de Orleáns le sosegó los recelos de ver que se prevenían naves; pero eso mismo los dio a Inglaterra, en la cual, aunque se había aparentemente aquietado la rebelión de Escocia y, vencidas las armas del rey Jacobo en una batalla que ganó el duque de Argille, había sido aquél obligado a retirarse a los Estados del Pontífice, andaban algunos de sus parciales por el mundo, solicitando las potencias que creían poder ser adversas al rey Jorge; éstos eran el duque de Ormont, el de Pert, milord Marexal y su hermano, y el conde de Maar. Como la Inglaterra funda su seguridad en lo opuesto de los partidos, no faltaba esta discordia, y una conjura contra el Rey y su hijo el príncipe de Gales, fomentada por el enviado del rey Carlos de Suecia, conde de Gilemberg, que fue de orden de la corte preso y reconocidos sus papeles.

A su hermano le hizo arrestar en Holanda el rey Jorge, y también al conde de Goartz, que en ella hacía, sin carácter, los negocios de Suecia. De ésta se hallaron más los autores que los cómplices, y como no podía obrar absoluto, no quiso entrar en el individual examen el Rey, pero todo le hacía sombra, pues aunque había conseguido sacar de Francia al pretendiente de la Corona, sus parciales solicitaban al rey de Suecia y al zar de Moscovia para convertir las armas contra Inglaterra, valiéndose de la liga del Norte, por si podían otra vez sublevar la Escocia. Había sido bien admitido y tratado de los príncipes de Italia el rey Jacobo cuando pasó a Pesaro, y dudaban los ingleses que fuese Roma la oficina de su inquietud; y como juzgaban aquella corte muy unida con la España, su armamento les daba alguna aprensión.

No dejaba de inquirir adónde se encaminaban estas armadas el rey de Sicilia, por el abad de Mari, su ministro, que residía en Madrid, porque no ignoraba el descontento de los sicilianos y creía podía el Papa, con quien estaba muy mal, fomentar esta invasión. Recelaba también que concurriesen secretamente con dinero, porque éstos habían descubierto una conjura en el Final, donde su gobernador, Juan Francisco Gropallo, con la prisión de un fraile y aprehensión de sus papeles, descubrió indicios que los finalinos se querían entregar al rey de Sicilia. Esta intención del Duque creían los genoveses que se daba la mano con la que había tenido siempre contra Saona, y enviar a su castillo la más gente, y más presidiarios al Final. No ignoraba, por el enviado de Inglaterra, Enrique de Abenant, que residía en Génova, que el rey de Sicilia había pedido a la reina Ana le ayudase a tomar a Saona, y así estaban muy advertidos. El rey de Sicilia, con un papel

que presentó al Gobierno su ministro que residía en Génova, el abad Angroña, se sinceró de esta mal fundada voz que se había esparcido; pero sabía que en España se la había dado crédito, y así, en tanto secreto que el cardenal Alberoni observaba, no carecía de algún cuidado, y mandó al conde Mafei, virrey de Sicilia, que estuviese prevenido.

* * *

Mandó el Rey Católico pasase a Barcelona el marqués de Lede, para comandante general de las tropas de esta expedición, y las naves se pusieron a cargo del jefe de escuadra, marqués Esteban Mari. Alberoni, luego que recibió la noticia del capelo, hizo partir esta armada; constaba de doce naves de guerra y cien de las de transporte; las tropas eran ocho mil infantes y seiscientos caballos; iban los tenientes generales don José Armendáriz y el señor de Graferon; los mariscales de campo conde de Montemar, marqués de San Vicente, y el caballero de Lede. Habíanse embarcado cincuenta cañones de batir, doce de campaña, gran cantidad de pertrechos, víveres y municiones para tres meses.

Esta secreta expedición, sólo con despacho de 9 de Julio la fió el cardenal al marqués de San Felipe, encargándole mucho el secreto y ordenándole en nombre del Rey pasase a Cerdeña cuando se le enviase un navío, para cooperar a su rendición; porque creyó que el marqués, como natural de aquella isla, con entero conocimiento de ella y de sus moradores, facilitaría su recuperación. Diole el Rey plena autoridad, menos en las armas; le envió copia de las instrucciones que se habían dado al marqués de Lede, en que se le ordenaba se valiese en todo del dictamen de San Felipe.

Después de haber partido esta armada de Barcelona, en despacho de 9 de marzo dio el marqués de Grimaldo a todos los ministros que servían en las cortes extranjeras las razones porque continuaba el Rey la guerra contra la Casa de Austria, aunque embarazada ésta en la del turco.

Mostró todas las infracciones que el Emperador había hecho de las neutralidades de Italia, la mala fe con que había evacuado a Cataluña, el socorro que había dado a Barcelona y a Mallorca, haciendo durar la rebelión dos años más, con dispendio de la España; haber hecho tantas invasiones en la Italia, y que aún después de haber enviado una escuadra contra los turcos, que indirectamente contribuía a la seguridad y victoria de los austríacos, se había hecho en Milán el atentado de prender pasajero al inquisidor general de España, que iba fiado en un pasaporte pontificio y palabra del ministro austríaco; y que habiéndolo sido muchos años de España en Roma don José Molines, se le habían tomado los papeles faltando a la fe pública y rompiendo claramente el armisticio que tenía embebido la neutralidad. Que ya violada ésta, quedaba el Rey Católico en libertad de proseguir la guerra, porque con el Emperador no se había hecho la paz.

Esto era una especie de manifiesto, que se esparció por la Europa, porque los ministros dieron muchas copias de este despacho, que, según los negocios y los afectos, tuvo su aprobación y censura. El Emperador se quejó fuertemente en Roma, con términos de pedir una satisfacción extraordinaria; quería que el Papa quitase a Alberoni el capelo y derogase las bulas concedidas al Rey Católico para subsidio y donativo de los

eclesiásticos, ya que se empleaban estos caudales en guerra contra católicos, siendo la intención de la Santa Sede concederle contra infieles.

El Pontífice se halló sumamente embarazado, profirió palabras gravísimas contra el cardenal Alberoni, indignóse mucho y confesó haber sido engañado; pero ni podía ejecutar lo que el Emperador quería, ni hallaba otro medio de satisfacer. Envióle copia de un breve muy resentido, que escribía al Rey Católico, a cuyas manos nunca llegó, o porque en la realidad no le enviase el Pontífice, o porque no se atreviese a presentarle el nuncio Aldrobandi, porque conocía el ímpetu violento de Alberoni, que después de haber logrado el capelo, ya no contemplaba más la corte de Roma, aunque con el nuncio conservaba, a su modo, una aparente amistad.

Esta carta del Pontífice se divulgó por el mundo en varias copias; una de ellas no dejó de llegar a las manos del Rey, que escribió a sus ministros de las cortes extranjeras estuviesen en la inteligencia que este breve no le había recibido, ni se podía el Pontífice atrever a escribirle, porque, como le esparcían los romanos para satisfacer la corte de Viena, tenía algunas cláusulas licenciosas. El Emperador mandó luego se enviasen de Milán y Nápoles tropas a Cerdeña, que las pedía con instancia el marqués de Rubí, y se resolvió a enviar seiscientos hombres de Milán, para lo cual se pidió paso a la República de Génova, porque se habían de embarcar en San Pedro de Arenas, y cuatrocientos de Nápoles.

La armada española partió en dos escuadras; toda la mandaba Esteban Mari, y con él partió la primera, tomando el rumbo a derechura por el golfo de León a Puerto Eseus; la segunda partió a cargo del jefe de escuadra don Baltasar de Guevara, y, enderezando la proa por la costa de Francia a la Córcega, llegó antes a Cerdeña y se encaró en Pusa, uno de los promontorios que forman la bahía de Caller; la primera escuadra llegó veinte días después, porque la dieron calmas en las aguas de Mallorca, y fue preciso entrar dos veces en Palma para hacer agua, por la caballería. La escuadra que llegó antes no pudo empezar las hostilidades, porque estaba subordinada, y así se dio tiempo a que el marqués de Rubí se previniese a la defensa, porque, cuando parecieron los primeros navíos, ni una pieza de artillería tenía bien montada. No había en el castillo víveres, y si cuando llegó Guevara hubiese toda la escuadra dado fondo y hecho su desembarco, era preciso rendirse luego Caller, porque no había forma de defenderlo.

Al fin, el día 20 de agosto llegaron todas las naves; iban también las galeras de España a cargo del jefe de escuadra don Francisco Grimáu, que protegió el día 22 el desembarco, ejecutado con poca oposición aparente en la playa de San Andrés, donde hay un río caudaloso que hacía al caso, porque en todo aquel terreno hasta Caller, que dista dos leguas, no hay más que pozos de agua muy mala, y los habían gastado los alemanes. Era ardiente la estación; el lugar, intemperoso y malsano, y las mutaciones de Cerdeña, las más ejecutivas y dilatadas, que, naturalmente, duran hasta diciembre, porque, como nacen de los vapores nocivos que levantan tantos pantanos, estanques y lagunas que tienen la isla cubierta con altísimos montes al norte, hasta que se purifique con nieve y grandes lluvias, el aire persevera malsano.

Por esto creían los de Caller tener en él otra defensa, y que morirían sin otra guerra las tropas del Rey. Tenía la ciudad seiscientos hombres de guarnición, mandada por el

teniente coronel don Jaime Carreras; alguna parte de la nobleza se había salido de ella; los más parciales de la Casa de Austria se aplicaron a la defensa; hicieron entrar milicias urbanas, parte de las cuales mantenía don Antonio Genovés, marqués de la Guardia, gobernador de los cabos de Caller, hombre rico y declarado parcial del Emperador, como dijimos en el año de ocho. Había también una compañía de catalanes y valencianos, y hasta unos doscientos caballos.

Las tropas del rey Felipe marcharon a formar la línea, y se acamparon a la falda del monte Urpino, entre la iglesia de la Virgen de Lluch y la de los mercenarios. No podían levantar trincheras por falta de fajinas; éstas venían por mar de las tierras de Pula, porque el país no había prestado todavía la obediencia al marqués de Lede más que una legua de tierra en contorno, que es adonde podían llegar sus partidas, porque los caminos de internarse los ocupaban las milicias del país, mezclados con algunos veteranos por cabos, y el camino principal le cubría el castillo de San Miguel de la Condesa, que habían los sardos fortificado, y dista media milla de la ciudad. Eran pocas las tropas españolas para formar línea de circunvalación, ni la artillería dejaba acercar las naves al puerto; pero como la bahía es segura, por quince millas de distancia se ancoraron en ella, y mientras se desembarcaba la artillería y morteros, la gente de mar puso una batería de cañones contra el fortín de Darcena, ocupado ya por los españoles el convento de Buen Aire y el de la Trinidad, porque se habían de abrir los ataques a espaldas del convento de Jesús, hasta la iglesia de San Lucifero, adelantándolos a batir el baluarte de Monserrat, el cual llaman el Espolón, y el de la Seca, donde se había de abrir la brecha, no teniendo la plaza otro ataque, por su situación, que la hace fuerte, porque está fundada sobre una peña escarpada y muy alta, continuada por todo el recinto del castillo, para el cual es menester tomar antes un arrabal que tiene fortificado, que llaman la Marina; los otros, llamados Estampache y Villanueva, están abiertos y separados de la plaza, que hacia poniente tiene un foso considerable, contra el cual no se puede abrir trinchera ni adelantar aproches, ya por lo inaccesible de la roca, ya por el terreno cubierto de peñascos.

El recinto de este castillo y arrabal es muy dilatado, y así no se le pudo poner sitio formal, porque era preciso atacarle por lo más fuerte, porque sólo allí lo permitía el terreno. La plaza es irregular, y así, caminaban a oscuras los ingenieros. Esto hacía perder tiempo, y la noche del día 13 de septiembre se abrió la trinchera, mandada por el teniente general Armendáriz y el mariscal de campo, caballero de Lede. Esta misma noche llegó el marqués de San Felipe en el mismo navío que se le envió, mandado por don Cayetano Pujadas; no usó de la autoridad que tenía del Rey, por no dar ocasión a la emulación de los sardos; sólo asistía en cosas fuera de guerra con su dictamen al marqués de Lede. Escribió luego varias cartas por todo el reino, y en pocos días todo el país abierto rindió la obediencia al Rey, y las ciudades, menos las que son plazas cerradas: Caller, Alguer y Castillo Aragonés. La nobleza, que estaba fuera de ella personalmente, por cartas prestó al marqués de Lede la obediencia. En Sacer, capital de la parte occidental del reino, intentaron prender al gobernador, marqués Benites, los parciales del rey Felipe don Domingo Vico, marqués de Solemnis; don Pedro Amat, barón de Sorso; don Juan Guío, barón de Osi; don Antonio Miguel Olibes, marqués de Montenegro, y otros, que fiándose para el hecho de uno que no les guardó fe, fueron descubiertos; algunos huyeron, otros fueron presos y enviados a la torre del Espolón de Alguer. Con algunos no se atrevió Benites, y quedó en confusión la ciudad.

El marqués de Montenegro, se puso en campaña con mucha gente del país, y se declaró por el rey Felipe, sirviendo con aplicación y vigilancia. Para adelantar la sedición se enviaron las galeras a Puerto Torre; el día 16 llegaron con el marqués de Montealegre otros trescientos caballos y un regimiento de infantería. Con esto se adelantó el bloqueo de Caller hasta un lugar que llaman el Más y la Escafa; para que no viniesen víveres por Uta y Asemine a la ciudad en barquillos por el estanque, iba continuamente don José Patiño enviando víveres de Barcelona con el mayor cuidado, y abundaba de ellos el campo, porque con haberse salido de la plaza el virrey, marqués de Rubí, retirándose a la de Alguer, se consternó aquella comarca.

El día 18 se tuvo noticia en el campo y se mandó al coronel de dragones conde de Pezuela, seguirle; alcanzóle en un lugar que llaman Siamana; pero, protegido de algunos del país, se escapó, y quedó prisionero don Pedro Branchifort, conde de San Antonio, general de las galeras de Cerdeña, y muchos soldados de caballería; quedó el mando de la plaza a don Jaime Carreras. Batíase ésta con cuarenta cañones y veinte morteros, y teniendo ya la brecha abierta la marina, sin esperar asalto la desampararon los alemanes. También tenían las brechas abiertas el bastión de la Seca y el Español, aunque no capaces de ser montadas, ni con ganarlas se estaba dentro del recinto de la plaza, donde se habían retirado los presidiarios, guarneciendo los baluartes que llaman de Santa Catalina, de Palacio y del Viento.

Hicieron una cortadura después de la primera cortina del castillo, desde la torre que llaman del Elefante a la del León, en la plaza del Bath; aún tenían que hacer mucho los sitiadores, pero la tarde del día 30, estando de trinchera el marqués de San Vicente, hizo la plaza Ramada. El día 1 de octubre se capituló de salir desarmada la guarnición, que se le había de dar barcos para llevarla hasta Génova; el día 2 se ocupó la puerta de San Pancracio; al otro día entraron las armas del rey Felipe, y se quedó en Caller el marqués de San Vicente, porque Armendáriz estaba malo, y de presidio, los regimientos de Bustamante y Basilicata, con cien dragones.

El día 6 se destacó al conde de Montemar con mil granaderos para tomar los puestos contra Alguer; después de tres días partió el resto del ejército con el marqués de Lede; quedó mandando la provincia de Caller Armendáriz. Esta marcha de un cabo a otro del reino era peligrosa por las mutaciones; se había de pasar por los lugares malsanos, distando Alguer de Caller más de cuarenta leguas. Conducir estas tropas y que tuviesen en la marcha víveres, se encargó al marqués de San Felipe, como práctico del país, y para huir de las lagunas de Oristán, que son las más dañosas, se tomó el camino por Fuerte y Aguilara, y de allí, por Itire, a Alguer, donde se llegó el 20 de octubre.

Habían el día 11 hecho desembarco cuatrocientos cuarenta y seis alemanes del regimiento de Walis en Terranova, que enviaron de Nápoles, convoyándolos las galeras de aquel reino, de quien era general el conde de Foncalada, el cual, habiéndolos dejado en tierra, luego se hizo a la vela, porque sabía estaban en aquellos mares muchas naves y fragatas españolas. Era el lugar en que desembarcaron muy afecto al rey Felipe, por lo cual, en la malograda expedición del año de 1710 había padecido mucho, y se habían ahorcado muchos. Esta playa, aunque no es de la jurisdicción de Gallura, la gobernaba entonces, de orden del marqués de San Felipe, don Juan Bautista Sardo de Tempio. Había éste tomado las armas por el Rey y puesto a su devoción la Gallura, e invigilaba en las marinas más

cercanas a Tempio, donde se hallaron sesenta hombres cuando desembarcaron los alemanes.

Fingieron los sardos serles amigos, y para engañarlos mejor, con dirección de un sacerdote que allí se hallaba, aclamaron en alta voz al Emperador; con esto se fiaron de ellos y mostraron las instrucciones que tenían de socorrer la plaza de Alguer o mantener la Gallura en armas contra los españoles, bajo la mano de don Francisco Pez, marqués de Villamarín, o de don Juan Valentín, conde de San Martín, autores de la primera rebelión, como referirnos aquel año. Estos y los demás cabos que entonces referimos de la edición de Gallura, se habían retirado luego que se rindió Caller a Bonifacio, y no tenía gente en campaña. Toda la provincia de la Gallura estaba por el rey Felipe; y así, aquellos sesenta sardos engañando a los alemanes los guiaron por los estrechos de los montes, y puestos en una canal muy angosta, que no tenía por los lados salida, convirtieron las armas contra ellos; no estaban los alemanes desarmados; pero, sorprendidos de aquella novedad y encerrados en las entrañas de un monte no conocido, capitularon con el clérigo su rendición, hasta que, avisado, llegó don Juan Bautista Sardo y formó sus capitulaciones, ofreciéndoles su libertad para volverse a Nápoles. Éstas no las observó el marqués de Lede, porque fueron dadas de quien no tenía autoridad para ello, y así se condujeron prisioneros de guerra a Sacer.

Con esta novedad desmayó mucho el presidio de Alguer, aunque de los seiscientos hombres que enviaron de Milán en las noches del día 10 y el 12, con unos falucones prevenidos y en una galeota, les había entrado el socorro de ciento y ochenta hombres del regimiento de Hamilton. No pudieron entrar todos los que de Italia vinieron, porque los navíos españoles, que bordeaban en las aguas de Puerto Conde, lo embarazaban. Quedaron las saetías y naves que los condujeron, en los puertos de Córcega más vecinos a Cerdeña; y con falucas también, introdujeron en Castillo Aragonés ciento cuarenta hombres del mismo regimiento.

Esto fue antes que al puerto de Alguer llegasen las galeras de España; después no pudo entrar más socorro, y se volvió la gente a Génova; ni con la que había recibido tenía bastante presidio Alguer, de donde la noche del día 21 de octubre también se salió el marqués de Rubí y se pasó a Castillo Aragonés en una galeota; de allí se fue a Córcega, desamparando el reino, porque no le podía defender. La plaza quedó a cargo de su gobernador, don Alonso Bernardo de Céspedes. Esta es una obra coronada, regular, pero chica; tiene foso, mas no entrada encubierta; no se le pudo atacar más que por una parte, porque a más de la mitad de la ciudad ciñe el mar.

El día 25 de octubre le intimó la rendición el marqués de Lede; la respuesta fue pedir tres días de tiempo; se le dieron seis horas; en este tiempo envió el gobernador al sargento mayor de la plaza para capitular. En el mismo día se hizo un destacamento de ochocientos granaderos, a cargo del marqués de San Vicente, para bloquear a Castillo Aragonés. Concedióse a la guarnición de Alguer salir con armas; pero dejarlas antes de embarcarse, porque también se capituló conducirlos a Génova. El día 29 se entregó la plaza.

Con esta noticia capituló en 30 de octubre Castillo Aragonés, y se le concedió lo mismo. Este es un castillo grandísimo, ceñido de baluartes, puesto en una eminencia, que no se le

puede abrir brecha, toda la subida es peña viva, y no se puede tomar sino por hambre o por falta de agua, porque tiene muy pocas cisternas y la fuente de que bebe el pueblo está fuera del recinto y se pueden apoderar de ella los sitiadores.

Con esta rendición de Castillo Aragones, recobró en dos meses y pocos días el reino el Rey Católico; dio indulto general y licencia para que saliese cualquiera aun del país. Ejecutáronlo cuantos en el año de ocho habían sido declarados parciales de la Casa de Austria, y algunos otros, por veleidad o porque habían sido beneficiados del Emperador. Se extrañó del reino al arzobispo de Sacer, don Bernardo Fúster, porque no había querido cantar en su catedral el acostumbrado himno en acción de gracias; echóle el Rey las temporalidades, embargó las rentas, y el arzobispo se pasó a Bonifacio; este era un canónigo valenciano, muy parcial de los austríacos; le había el Emperador propuesto a esta mitra. También se salió voluntariamente don Antonio Sellent, obispo auxiliar de Caller.

El marqués de Lede dejó en el reino tres mil hombres de presidio, y por gobernador general a don José Armendáriz. Perdió el Rey en esta expedición seiscientos hombres, más de las mutaciones del aire que del fuego de la guerra, porque sólo la hubo en Caller por espacio de quince días; con lo restante de las tropas, volvió el marqués de San Felipe a su ministerio de Génova; los navíos y galeras de España se restituyeron a sus puertos. Los de transporte no se despidieron, porque tenía el cardenal Alberoni meditada otra empresa, aunque corrían las voces, como ciertas de que hacía el Emperador la paz con el turco, porque, armados los españoles, recelaba perder la Italia, donde ejercía su despótico imperio.

Había enviado a ella plenipotenciario al conde Orcolam, que tenía una liga con sus príncipes, pero no tuvo efecto, y sólo logró sacarles contribuciones, no solo con el pretexto de la guerra de Hungría, pero para defender la Italia, que suponía amenazada, por el Adriático del turco, y por los españoles del Mediterráneo. Éstos le daban más cuidado, porque ya sabía que le pedían los turcos la paz; le ofrecían el condado de Temesvar, como quedase por ellos la Morea y se demoliese Belgrado, dejando en libertad a los príncipes de Transilvania, Valachia y Moldavia, que tomasen el patrocinio de la Puerta Otomana o del Emperador. Al ministro español le parecían razonables estas proposiciones; pero las juzgaba el príncipe Eugenio indecentes y no dignas de proponer al vencedor.

Toda esta disputa de los ministros de Viena nacía de la aprensión de perder la Italia, y aunque el ministro veneciano aseguraba en Viena que su República contribuiría con las naves y tropas ofrecidas en la nueva Liga para defenderla, no les bastaba esto, como recelaban tanto de sus príncipes, y más del gran duque de Toscana y el de Parma. Dispusieron poner tropas alemanas en la Lunegiana y ducado de Masa. Con esto se ponían entre Toscana, Parma y Génova, y les parecía formar otra cadena, y aún ofrecieron al duque de Masa, que se hallaba en Viena, el feudo de Mirrebalt, en Alemania, si daba sus Estados de Italia al Emperador.

Estaba el Duque mal con sus vasallos por una sublevación poco antes sucedida, y daba oídos a dejarlos, pero vendiéndolos. Esto no tuvo efecto, porque los alemanes raras veces hacen contrato de dar dinero, sino de tomarle. Desahogaban su ira con el Papa; sacaron al

nuncio de Nápoles, y el Tribunal que llaman de las Obras Pías, para la fábrica de San Pedro. Enviaron tropas a Benevento, con pretexto que no se escapasen los que de Nápoles se destinaban a las prisiones por difidencia del Gobierno. Cierto es que el cardenal Alberoni había enviado emisarios a aquel reino, y que algunos napolitanos se correspondían con los ministros del Rey Católico, porque la intención de Alberoni era, si se desembarazaba a prisa de Cerdeña, pasar estas tropas a Nápoles, con otras que meditaba enviar; pero el cardenal no las sacó de España para Cerdeña hasta tener el capelo, en que perdió mucho tiempo, y también tardó en el viaje más de lo que se pensaba la escuadra del marqués Esteban Mari, de lo que se le quería hacer cargo; pero se halló haber sido sin su culpa, y alegó que no era dueño de los mares ni los vientos.

En este año perdió el Emperador su hijo primogénito, que llamaban en Viena príncipe de Asturias, y parió la Emperatriz a la archiduquesa María Teresa en 13 de mayo. La Reina de España parió a 21 de marzo otro infante, a quien se le dio por nombre Francisco, pero vivió sólo treinta y seis días.

Año de 1718

Con un leve golpe, siguiendo el dictamen de Alberoni, despertó el Rey Católico al enemigo, porque la recuperación de Cerdeña no traía las consecuencias que eran precisas al haber nuevamente desenvainado la espada, aun abultadas en la ponderación del cardenal para confirmar al Rey en la opinión de la guerra. Nada perdió el Emperador con Cerdeña; nada ganó el vencedor. Lo desarmado de aquel reino, el desengaño de los nobles y el descontento de los pueblos facilitó su rendición. Las tropas no tuvieron en qué mostrar su brío, pero la felicidad del éxito estimuló al cardenal a seguir, como decía, el favorable viento de la fortuna.

No admitía consejo alguno; inútil la prudencia de los españoles, y la experiencia de los ministros se despreciaba con escándalo; con vanidad de saber más que todos, escuchaba a pocos Alberoni, o no escuchaba; superior aún a su esperanza su dicha, admitió aquella perniciosa vanidad de dilatar su nombre, aun con más eficacia, porque le concebía oscuro. Estos creían eran los más firmes materiales para la mundana gloria, y para adelantar la de la nación española.

El Rey perseveraba enfermo; este cuidado ocupaba todo a la Reina, y se prometió la Monarquía víctima del hombre más violento -como los émulos de Alberoni decían-, cuyas desproporcionadas ideas tomaban un empeño que no podían sostener, para el cual prevenía un grande armamento. Disponíanse naves de guerra, comprábanse otras sin intermisión, mandaba reclutar toda España, en Génova y en Liorna; fundíase gran número de piezas en Pamplona, de que había mucha falta en España, y desde la misma ciudad se conducían de continuo millares de bombas y balas a Cataluña; trabajábanse gran cantidad de vestuarios para tropas, labrábanse armas, municiones y se tenían al sueldo número considerable de navíos extranjeros para transporte, con queja de las naciones, que les impedía el comercio.

El único ministro de quien Alberoni se valía era don José Patiño; no le podía hallar más a propósito ni más expedito, porque para mantener su autoridad lo facilitaba todo y lo conseguía, aunque decían sus émulos que no despreciaba medio alguno para el fin, y que en él la palabra no tenía aquella firmeza que ha menester la de un ministro, porque es sustituido en vez del Rey, cuyas palabras deben ser inviolables.

Nunca se vieron en España preparativos tan grandes; ni Fernando, el Católico, que tantas expediciones ultramarinas hizo, ni Carlos V, ni Felipe II, que hicieron muchas, han formado una más adornada de circunstancias y de preparativos. La nota de ellos iba en varias copias por la Europa, asombrada de que pudiese un reino cansado de tan prolija y tan varia guerra ser capaz de gastos tan inmensos. Verdaderamente Alberoni dio a ver las fuerzas de la Monarquía española cuando sea bien administrado el Erario, siendo indubitable que gastos tan excesivos en tan breve tiempo, ningún Rey Católico ha podido hacerlos, y esto, no habiendo echado nuevas contribuciones al reino. Esta obstinación de su poder la debía el Rey a la dirección del cardenal, que le hubiera sido útil si más prudente; porque creyó poder asistir a todo el mundo, o padeció el engaño de creer que no se le opondrían los príncipes que no estaban directamente interesados en esta guerra, para sostener la cual no perdonó diligencia.

Como se persuadía la proseguiría el Emperador con el turco, envió al príncipe Ragotzi, que residía en Andrinópoli, al coronel don Santiago Boisiniene para ofrecer a aquel príncipe bastantes socorros de dinero si, como él había ofrecido, le daba el Gran Sultán un cuerpo de treinta mil hombres para entrar por la Transilvania. Creía con esto no sólo hacer una gran diversión al Emperador, pero alentar al Sultán para que no hiciese la paz, cuyo tratado adelantaban los ministros de Inglaterra y Holanda que estaban en Constantinopla; pero ya, como consternados los turcos la deseaban, ni podía Ragotzi cumplir lo ofrecido, ni el coronel Boisiniene hacía en Andrinópoli más que escandalizar al mundo, porque decían los émulos de Alberoni y el Emperador que había enviado la España un ministro a la Puerta Otomana para una secreta coligación, ofreciendo sostener la guerra contra el Emperador en Italia, como el turco lo hiciese en Hungría, y pagar las tropas que se diesen a Ragotzi, para que, renovando la rebelión, atacase a los Estados austríacos; que este tratado había tenido su principio en París con el príncipe de Chelamar, embajador del Rey Católico, cuando Ragotzi estuvo en aquella corte, con quien había tenido varias conferencias en el convento de los camandulenses, y que aún se proseguía este tratado con un agente de Ragotzi y un tesorero suyo, habiéndose enviado por Marsella armas y dinero. Todo esto ponderó por escrito el Pontífice al conde de Gallasch, embajador austríaco en Roma, y esparció copias no sólo por el Sacro Colegio, pero aún por la Europa.

El príncipe de Chelamar se excusó de esta impostura con una carta muy bien escrita al cardenal Aquaviva, negó el hecho y aseguró no haber hablado a Ragotzi más que muy de paso en las antecámaras del Rey Cristianísimo, y en la casa donde se celebraba una academia; no conocer los sujetos que le citaban, ni haber tenido de su soberano tal encargo.

Al fin, se esforzó disuadir al mundo, y quedó dudosa la materia; cierto es que el coronel Boisiniene no tenía más comisión ni credenciales que para el príncipe Ragotzi, que es católico romano, y podía el rey de España, estando en guerra con la Casa de Austria,

ayudar a aquél a recobrar sus Estados sin entrar en si era justo o no la confiscación, ni la piedad del rey Felipe, quien, aunque lo quisiese Alberoni, nunca hubiera firmado despacho de tener comunicación o procurar alianza con el turco, porque es ley fundamental de los Reyes Católicos nunca hacer la paz con los mahometanos, y esta guerra permanece, desde el rey don Pelayo, por más de siete siglos, sin hacer jamás ni treguas con ellos, como cada día las hacen el Emperador y otros príncipes católicos.

No faltaban teólogos ni ministros que defendían era lo propio coligarse con los turcos que con los herejes; que con estos era ya usual la liga de España y otros príncipes católicos, y que no debía hacer mayor horror el otomano, pues todos eran igualmente enemigos de la Iglesia, que había llamado a aquél alguna vez, contra la violencia de los emperadores. El rey Felipe nunca quiso dar oídos a esta teología, cuya doctrina no nos toca examinar; cierto es que es más escandalosa la amistad con el mahometano que con el hereje, porque éste es cristiano, y como no disiente en todo, es más fácil su reconciliación con la Romana Iglesia. También es cierto que el coronel Santiago Boisiniene, de orden del Rey Católico, se vio, antes de pasar a Ragotzi, con Clemente XI, que siempre juzgó quedaría desautorizada la potestad pontificia y violados muchos privilegios eclesiásticos si dominaba enteramente en Italia el imperio impetuoso y despótico de los alemanes.

En Roma se daba crédito a cuanto se oía contra el cardenal Alberoni, porque desde la empresa de Cerdeña le cargaba el Pontífice epítetos injuriosos a su honor. Con todo eso, por no acabar de romper la amistad con el Rey Católico, le dio las bulas del obispado de Málaga, a que el Rey le había propuesto, y un breve, que se pudiese hacer consagrar de cualquier obispo, sin asistencia de otros; pero habiendo luego, por muerte del cardenal don Manuel Arias, vacado el arzobispado de Sevilla, fue Alberoni propuesto por el Rey. El Pontífice negó estas bulas, aun después de admitida la dejación de Málaga; celebró los consistorios después de esto, sin procurar canonizar a Alberoni; y viendo los ministros del Rey de España que perjudicaba a su derecho, porque debía admitir el Papa a cualquiera propuesto por el Rey, como no tuviese las nulidades o defectos que prescriben los cánones, hizo don Juan de Herrera -auditor de Rota español- una protesta al Papa en 11 de febrero, por sustitución del cardenal Aquaviva, alegando estar vulnerados con esta repugnancia de dar las bulas, los derechos del Rey Católico y sus prerrogativas, concedidas y confirmadas por tantos Sumos Pontífices. Que era claro atentado no expedir bulas a proposiciones del Rey en los primeros consistorios, y que así le quedaba acción no sólo a hacerse mantener sus derechos, pero a usar de aquellos medios que permiten los cánones para resistir a la violencia.,

El Papa se excusaba con que también aquéllos, y muchas bulas pontificias, prohibían en tan pocos días pasar de un obispado a otro, y que no había necesidad de dispensarlo. No debemos entrar en las razones del Pontífice, pero creyó el mundo que en esto había parte de contemplación al Emperador, porque era Alberoni el blanco de sus iras y se deseaba su abatimiento.

El rey Felipe se dio de esto por ofendido; mandó saliesen todos sus súbditos de Roma; que no se tuviese más comercio con aquella corte, y que no se tomasen bulas de Dataría; y sacó al nuncio Aldrobandi de sus reinos, no porque tuviese de él queja particular, sino porque era consecuente el haberse manifestado mal satisfecho del Pontífice, el cual no estaba bien con su nuncio porque se creía engañado de sus persuasiones y promesas por

haber dado el capelo a Alberoni, de que tanto se arrepentía; y así no le permitió entrar en Roma, y se retiró a su casa en Bolonia.

Éstas, que llamaba Alberoni venganzas del Pontífice, o temores, los despreciaba con inmodestia y se gloriaba su vanidad de ser objeto de la ira de los príncipes y de hacer figura en el teatro del mundo; mantenía con tesón las ideas de la guerra, aunque había asegurado falsamente a Inglaterra y a Francia que el rey de España se contendría en la sola recuperación de Cerdeña; no le daba crédito la Inglaterra, recelosa de tan gran armamento, y así, envió a Madrid al coronel Stanop, para que, viéndose con el señor Bubb, embajador británico en aquella corte, no sólo indagasen a qué se enderezaban tantas prevenciones de guerra, pero aún tenían facultad de proponer un ajuste entre aquella corte y la del Emperador, no sólo porque veía el rey Jorge armados otros príncipes, sino porque, en virtud de la alianza del año pasado, le pedía el César socorros.

Las mismas diligencias hacía la Francia; no estaba fuera de sospechas el Regente, porque como veía que el Parlamento y los magnates del reino llevaban mal lo despótico de su regencia, y en la Bretaña habían sucedido algunos rumores, recelaba fuesen fomentados de Alberoni, y así envió a Madrid al marqués de Noncre para que, de acuerdo con Stanop, propusiesen la paz con el Emperador.

Esforzábanse estos ministros cuanto era imposible, mas ya Alberoni se había endurecido en el empeño; daba con altanería las respuestas, y conocían no quería desistir de la guerra. No se descuidaba el ministro del rey de Sicilia, abad del Maro, con quien hablaba Alberoni más oscuro. Aún afectando confianza, tenía hecha la intención: contra la Sicilia, y al mismo tiempo propuso una liga a su Rey; de él no dejaba también de desconfiar el Emperador, y para ponerle mal con él y que de necesidad adhiriese al de España, queriéndole hacer instrumento que él mismo entregase aquel reino, le propuso con el mayor artificio la liga, con estas condiciones:

Que España atacaría al reino de Nápoles, pondría una escuadra de navíos en el Mediterráneo y daría doce mil infantes y tres mil caballos para que, uniéndolos a sus tropas, invadiese el rey de Sicilia al ducado de Milán, cuyos derechos le cedería la España.

Que mantendría la guerra hasta que todo el estado se rindiese, y que para los gastos de ella daría el Rey Católico un millón de reales de a ocho, como el rey de Sicilia pusiese luego aquel reino en depósito en manos del rey Felipe, cuya propiedad le quedaría cuando todo el Estado de Milán estuviese conquistado.

Estas proposiciones las hizo Alberoni al abad del Maro; las mandó repetir por el marqués de Villamayor, ministro de España en Turín, y las dejó con astucia transpirar para que, viéndole tratar liga con España, se hiciese sospechoso al Emperador, a los reyes de Inglaterra y Francia y aun a los príncipes de Italia, porque nada deseaban menos que ver crecer al duque de Saboya con el Estado de Milán, y más los genoveses, que le tuvieran más íntimamente vecino y no se podrían ya defender de él, perseverando los recelos de que deseaba Saona y el Final.

El rey de Sicilia, cuya perspicacia de entendimiento era la más feliz, acompañada de una singular astucia, conoció los fondos de la intención del cardenal, y aunque le era más útil Milán que Sicilia, vio que tiraban a engañarle empeñándole en una guerra que no podía mantener, bien que le cumpliesen la palabra, porque no extendiéndose su poder a poner en campaña más que quince mil hombres, ni con los otros quince mil que la España ofrecía podía resistir el poder del Emperador, desembarazado de la guerra del turco, porque se había ya elegido a Pasarovitz para lugar del Congreso con el otomano, y envió la Inglaterra al señor de Suton para mediador de esta tregua, que se trataba de veinticuatro años. Habían también enviado a Venecia al procurador Runcini para su plenipotenciario, y elegido el Emperador los suyos, que eran el conde Slich y el general Virmont, con que ya veía el rey de Sicilia que era infalible esta tregua, como al fin quedó concordada, y el Emperador desembarazado para cualquier guerra.

Esto, y el ver que también se trataba una alianza entre el César, la Inglaterra y la Francia, contra los designios de España, hizo que respondiese a Alberoni en esta forma:

Que el rey de España luego daría un millón de pesos, y cada mes dos mil doblones para los gastos de la guerra, y los quince mil, efectivos.

Que atacarían los españoles al reino de Nápoles, donde la mitad del presidio de las plazas que conquistase había de ser de piamonteses.

Que lo propio se haría en las que conquistaría en el Estado de Milán, a donde, después de rendido el reino de Nápoles, debían pasar veinte mil hombres.

Ya el cardenal conoció que esto era desconfiar de él y no querer la alianza; y pareciéndole más fácil pasar a las demás ideas, conquistar la Sicilia antes que el mismo Duque la cediese al Emperador o le ayudase a conquistarla. El rey Felipe se mantuvo en el sistema de atacarla, más con tanto secreto, que nadie le pudo penetrar; bien que el abad del Maro, por conjeturas, siempre escribía a su amo cuidase mucho de la Sicilia, porque éste era el objeto de Alberoni. El duque de Saboya ya veía que no la podía, defender porque sólo tenía en ella siete mil hombres; pero mandó el conde de Mafei que fortificase de nuevo las plazas, y juzgó conveniente correr el riesgo antes que entregarla de su propia voluntad al Emperador, ni admitir sus tropas, porque para este último paso siempre había tiempo, y pensó venderla a buen precio, para lo cual envió al marqués de Santo Tomás a Viena, y por confirmar más al Emperador, pidió para mujer del príncipe del Piamonte, su hijo, una de las archiduquesas hijas del Emperador José; no determinó cuál de las dos, porque sabía que la primera se trataba de casar, por medio del Padre Juan Bautista Salerno, jesuita, con Federico Augusto, príncipe electoral de Sajonia, que, instruido del mismo Salerno, había ya abrazado la religión católica y abjurado la herejía que desde Lutero había seguido esta Casa, y por este servicio hecho a la Iglesia, fue premiado después este jesuita con la púrpura.

* * *

Nada ignoraba Alberoni, y para fortificar su sistema, sabiendo que se trataba en Londres una liga contra sus designios, procuró alentar la guerra del Norte para embarazar al Emperador; envióse secretamente un oficial a Mosavia, y que éste mismo tratase (aunque después envió otro) con el rey de Suecia, ofreciendo socorros de dinero si hacía una guerra que fuese de distracción a las armas de la Casa de Austria. Trabó correspondencia con el conde Vilio, agente del rey de Polonia en Venecia, que ofrecía la amistad de su amo, y al fin no dejó pieza sin tocar para poner la Europa en guerra, empeñando en ella al César.

Estas diligencias todas fueron inútiles, porque el Czar no tenía motivo para traer sus amas a Alemania, y estaba en guerra con la Suecia, cuyo Rey, aunque tenía que recuperar en el Imperio de los Estados de Bremen y Verden, esto era difícil, ya poseídos del rey de Inglaterra, y así había convertido sus armas contra el de Dinamarca, cuya guerra no hacía eco a la que la España había menester; con que estas negociaciones del Norte le fueron inútiles, porque no le faltaban al Emperador artes y poder para apartar de sí el cuidado de esta guerra: trataba con blandura y amistad a los que la podían mover. Conciliióse el ánimo del Czar, mandando pasar preso a Nápoles a su hijo primogénito el príncipe Alejo, que del rigor de su padre huía, aunque era su cuñado, que había tenido por mujer a una hermana de la Emperatriz. Esto le fue muy grato al Czar, porque le facilitó el haber a sus manos a su hijo, que poco después murió en una prisión, no sin graves sospechas de haber sido a violencias de un veneno.

De quien más cultivaba la amistad el Emperador era del rey de Inglaterra, como quien sólo podía frustrar los designios de la España, que ya habiendo formado una competente escuadra, sólo otra de Inglaterra se le podía oponer, y con efecto mandó ya prevenir el Rey británico una de veinte y seis navíos, exponiendo al Parlamento la necesidad que de ella había, porque permaneciendo oscura la intención del Rey Católico, recelaba fuese en auxilio del pretendiente de aquella Corona, con acuerdo del Pontífice, que tenía en sus Estados refugiado a Jacobo, a quien reconocía por rey de la Gran Bretaña, y que había dispuesto su casamiento con la princesa Clementina Sobieski.

Había ya el rey Jacobo, con poderes dados al duque de Ormont, contraído este matrimonio, y bajaba con su madre y hermana esta princesa a encontrar con su marido, que había salido de Pesaro a este efecto. Sentía mucho este casamiento el rey Jorge, porque era interés de su Casa se extinguiese la de Stuard, y se quejó mucho con el Emperador que hubiese consentido a este tratado y permitido saliese de sus Estados la princesa.

No parecía propio del Emperador embarazar estas bodas, y más siendo Clementina su parienta, ni era decente a un príncipe católico impedir un sacramento de la Iglesia, del cual podía resultar la propagación y conservación de una familia real tan antigua y esclarecida como la de Stuard; pero todo lo venció la razón de Estado y el temor que se tenía a las armas de España, y como todavía se hallaba esta princesa en sus Estados, mandó seguirla, y alcanzada en Inspruck, ordenó arrestarla y ponerla en un convento, para que no se consumase este matrimonio; esto dio escándalo a los católicos, pero no admiración, porque ya puestos los intereses de la Casa de Austria en manos del rey de Inglaterra, era preciso obedecerle.

Todo esto era contra la España; más lo era la Liga que en Londres se trataba entre el César, la Inglaterra y la Francia. Había pasado a aquella corte el barón de Penterider, por el César, y por el Cristianísimo, el abad de Dubois, primer secretario de Estado, hombre íntimo del Regente, y que había padecido en tiempo de Luis XIV grandes persecuciones y trabajos. Tratábase todo con Diego Stanop, secretario de Estado, y el más favorecido del Rey, y estos tres ministros, que tenían en su mano la voluntad de sus amos, gloriándose de legisladores del mundo dieron la ley a la Europa; dividieron los reinos a su modo, estudiando, como decían, el equilibrio de las potencias. Quedaron de acuerdo en los artículos Stanop y el abad Dubois, pero no los mostraron a Penterider porque antes querían volver a intentar que admitiese el Rey Católico proposiciones de paz y establecerla general.

El Emperador protestó que no consentía a ella si no le mostraban los artículos, y así, se le enviaron con tanto secreto que pudiese el inglés y el francés negar que en Viena se habían visto, escritos en forma que parecían favorables a la España. Ordenaron los propusiesen al rey Felipe los cuatro ministros que por la Inglaterra y Francia estaban en Madrid, con los cuales tuvo varias conferencias el cardenal Alberoni.

La suma de los capítulos era ésta:

Que para sosegar las controversias repugnantes a la paz de Baden y a la neutralidad de Italia, restituiría el Rey Católico la Cerdeña al Emperador.

Que ratificaría la renuncia al reino de Francia por los Borbones de España y la de España por los de Francia.

Que reconocería el Emperador por rey de las Españas e Indias al rey Felipe y sus descendientes, renunciando los derechos a esta Corona.

Que el Rey Católico haría el mismo reconocimiento y renuncia a favor del Emperador en los Estados de Italia que poseía, y el Final, que había vendido a los genoveses, y aún cedería el derecho de reversión que se había reservado en la Sicilia cuando la entregó al duque de Saboya.

Que consentiría y reconocería el Emperador por sucesores de los Estados de Toscana y Parma al primogénito de la reina de España, Isabel Farnés, extinta la línea varonil de los príncipes que los poseían; pero que habían de quedar éstos feudos imperiales, y Liorna, como ahora, puerto franco, y que llegando el caso de la sucesión de un infante de España, se le entregaría la plaza de Puerto Longón.

Que serían incompatibles estos Estados con la Monarquía de España, y que se les pondría, desde luego, un presidio de seis mil suizos, y mientras que éstos venían, de ingleses.

Que consentiría a la disposición que se había de hacer del reino de Sicilia aun contra el tratado y la cesión de Utrech a favor del duque de Saboya, y que el derecho de reversión se pasaría al reino de Cerdeña, destinada, en vez de la Sicilia, a este príncipe.

Que se haría un tratado particular entre el Emperador y el Rey Católico, concediendo indulto general a todos los que hubiesen adherido a uno u otro partido, con restitución de sus bienes, títulos y dignidades.

Este proyecto fue mal recibido de Alberoni, y ponderado como indecoroso al Rey, porque parece que le obligaban por fuerza a admitirle con una superioridad y arrogancia como quien daba la ley, y sin estar antes consultado en la corte de España. Esta circunstancia le hacía gran fuerza al rey Felipe, y aunque parece que a la Reina se la facilitaba la sucesión de Toscana y Parma, era con el acíbar de quedar feudos imperiales, en que se conocía que las potencias mediadoras tiraban a engrandecer al Emperador.

No pareció entonces esta condición digna de llevarse, ni se podía admitir sin consultarlo con el Gran Duque y el duque de Parma, que la repugnaron fuertemente. Este último envió a Alberoni los papeles en que se demuestra claramente ser Parma y Plasencia feudo de la Iglesia, y extendidas las razones contra el Imperio, que pretendía lo contrario. El Gran Duque expresó con más viveza su resentimiento, no sólo porque la plena libertad que goza la Toscana es emanada de la que tenía su República, cuanto por la dura condición de sufrir presidio forastero y ver excluida de la sucesión a su hija, la viuda Palatina, que se había restituido a Florencia, y a quien tenía particular afecto.

Era verdaderamente su ánimo llamar un infante de España a la sucesión, tomándole como heredero de María de Médicis, mujer de Enrique IV, o como hijo de la reina Isabel Farnés, que tenía más inmediato el derecho. Había manejado con arte y felicidad este negocio en Florencia el padre fray Ascanio, de la Orden de Predicadores, que hacía los negocios del Rey Católico, hombre sagaz, sabio y aplicado. No dejaba de encontrar sus dificultades en la voluntad de algunos ministros afectos al Imperio, pero el Gran Duque estaba siempre por la Casa de España, y le había el Rey Católico ofrecido que el modo y las circunstancias se dejarían a su arbitrio.

Estas condiciones, y las de creer que el rey Felipe padecía ultraje en admitir los propuestos artículos, los hizo despreciar, y dio el cardenal a los ministros extranjeros una respuesta seca y poco obligante. Con esto se confirmaron en su alianza los tres referidos potentados, y a toda prisa se acabó de armar la escuadra que a cargo del almirante Binghs había de pasar al Mediterráneo. Quejóse en Londres de este armamento el marqués de Monteleón, ministro del Rey Católico, y le fue respondido que aquella escuadra estaba destinada a mantener la neutralidad de Italia, empleándola contra quien quisiese turbarla.

Esta noticia no la ignoró Alberoni; dio Monteleón cuenta exactamente y expresó que no se lisonjease el Rey Católico con que estas eran sólo amenazas, porque los intereses del rey Jorge podían patrocinar los del Emperador. Esta es la más fuerte crítica contra la conducta de Alberoni, porque si creía que eran sólo insinuaciones las de la Inglaterra y la Francia, padeció la desgracia de mal instruido en los intereses de los príncipes, y no conoció el formal estado del mundo, si creía hablaban de veras, e imaginar poder sola la España resistir a tres poderosos príncipes era inconsideración, porque debía conocer las fuerzas marítimas con que tomaba el empeño, inferiores a las de Inglaterra, ni las tropas que podía enviar el Rey Católico a cualquier empresa podían recibir aumento, ocupado por los ingleses el mar e inundada de alemanes la tierra, porque tenía el Emperador en

Alemania ochenta mil hombres ociosos, y era el árbitro de la Italia, a cuyos príncipes hacía contribuir grandes sumas de dinero con sola una carta del gobernador de Milán.

Estaba bien prevenido el conde Daun, y fortificadas las plazas del reino de Nápoles, donde prevenía un campo volante con las tropas que por el Trieste había recibido. Había también pasado el marqués de Lita, gobernador de Tortona, con dos mil hombres a la Luneguiana, presidiando a la U-la y Lavenza, y concurría también el duque de Módena a cerrar los pasos por donde podían penetrar los españoles a la Lombardía si hacían desembarco en el puerto de la Especia, de lo que había mandado prevenir a los genoveses el Emperador.

Éstos respondieron que no tenían fuerzas para oponerse a príncipe tan poderoso como el Rey Católico, y que ofrecían la más sincera neutralidad. También bajaban tropas al ducado de Milán, destacadas de la Hungría; se aumentaron los presidios y se abastecieron de víveres las plazas. El cardenal se reía de todas estas precauciones, porque creyó sorprender la Sicilia y, llevado del ardor de su empeño, se lisonjeó que, como aquel reino no era parte de los Estados del Emperador, no le defenderían los aliados.

Este modo de discurrir era el más arrojado, porque ya había visto en las presentadas proposiciones de paz que se destinaba la Sicilia al Emperador, y así era preciso defenderla, y con esta ocasión dominarla, pues aunque se había altamente quejado en Londres y en París de esta nueva disposición contra el tratado de Utrech el rey de Sicilia, se le respondió que esto importaba al equilibrio de la Europa. Quísose entonces unir con la España por redimir esta vejación, pero esto lo propuso con tanta oscuridad y reserva, que no tuvo el cardenal tiempo de ajustar el tratado con un príncipe tan difícil como Víctor Amadeo, y más que ya tenía hecho el ánimo contra la Sicilia, y creía que, ocupada ésta, mudarían de viso las cosas, y modificarían el proyecto los aliados, porque conocerían la dificultad de emprender una guerra contra una isla presidiada de treinta mil españoles, y se figuraba que la conquistaría en ha meses, como a Cerdeña, porque deseaban los sicilianos sacudir el yugo del actual dominante y admitir el de los españoles, que le habían experimentado suave por más de tres siglos.

No los gobernaba el nuevo príncipe con tiranía, pero como, en lo económico era tan exacto, no se distraían las rentas reales con la profusión que en tiempo de los Reyes Católicos, y había en todo una regla que, aunque justa, era odiosa a los vasallos, porque la relajación humana no quería príncipe advertido, sino negligente, y a esto llamaban benignidad.

Todos los reyes Católicos lo habían sido en Sicilia, porque la vastidad del Imperio español hacía menos aplicado el cuidado a cada reino en particular, y más a los que el mar separaba; el mismo cúmulo de reinos hacía floja y remisa la dominación española; el descuido la hacía parecer liberal. Es en sí verdaderamente generosa y poco interesada; pero es inaplicada también, y de sus descuidos se constituían los logros de los súbditos distantes, no habiéndose sabido servir de Italia y Flandes más que para destruirse y despoblarse, lo que se cree sucede también con Indias. Por esto no era tan bien visto en Sicilia el duque de Saboya, porque atendía más y gobernaba con formalidad mayor, haciendo observar sus decretos con una severidad que parecía tiranía, y era justicia.

Comoquiera, los sicilianos es cierto que estaban siempre convidando a los españoles; pero no conoció los tiempos ni la situación de aquella isla el cardenal Alberoni, porque tenía muchas plazas fuertes que tomar y estaba a este tiempo el Emperador desembarazado y dueño de Nápoles, por donde, por la corta distancia del faro, podía desde Rijoles socorrer con barquillos y falucas las plazas, pues todas las más fuertes son marítimas, y una que por un mes se resistiese, daba tiempo a poner en forma la oposición e introducir la guerra, la cual no podía el Rey Católico mantener sin armada superior a cuantas podían tener los aliados.

Estas eran evidencias que no quiso advertir el cardenal, porque no admitía su ambición de gloria consejo, ni comunicaba con viviente alguno sus ideas, creyendo que el secreto era el alma del negocio, y no fiando de nadie para iluminarle en lo que entendía. En estos errores suelen caer los genios sumamente reservados y que se glorían de incomprensibles, no porque no sea el secreto el fundamento de las grandes resoluciones, pero es menester elegir ministros a quienes fiarlas, porque por lo mismo que son grandes, traen consigo tan difíciles circunstancias, que no las puede entender uno solo, y más empresas monárquicas, que de tan distintos oficios dependen.

* * *

Después de ideado, amó tanto su propio empeño el cardenal, que no supo desistir de él; y fiando, como decía, gran parte de la obra a la fortuna, mandó que, juntándose en Barcelona tropas y naves que en toda España había prevenido, entregando dos pliegos sellados a los comandantes, hizo partir esta armada el día 18 de junio, mandada por el jefe de escuadra don Antonio Castañeta, buen piloto, pero poco experimentado en la guerra; mas tocábale el mando por su antigüedad. A éste iban subalternos los jefes de escuadra don Fernando Chacón, marqués Esteban Mari, y don Baltasar de Guevara. Constaba la armada de veinte y dos navíos de línea, tres navíos mercantiles, armados en guerra; cuatro galeras, a cargo del jefe de escuadra don Francisco Grimáu, en que también iba otro jefe de escuadra, don Pedro Montemayor; una galeota mallorquina y trescientos cuarenta bastimentos de transporte con dos balandras. Éstos llevaban de tropas treinta y seis batallones completos, cuatro regimientos de dragones y seis de caballería, que componían treinta mil hombres, mandados por don Juan Francisco de Vete, marqués de Lede; gente veterana y escogida, y tropas cuales Monarca alguno no tenía mejores, disciplinadas, con dieciocho años continuos de guerra, que se habían hallado en todas las funciones de las que hemos escrito.

Había en estos ocho batallones de guardias españolas y valonas gente esforzada, que cada soldado podía ser oficial. También se embarcaron cien piezas de cañón de batir, cuarenta morteros, una cantidad inmensa de pólvora y municiones, con mil quinientos mulos para el tren de la artillería; seiscientos artilleros, y hasta mil quinientos que en la artillería servían; una compañía de sesenta minadores y cincuenta ingenieros subordinados a don Próspero Berboon, ingeniero mayor, hombre en esta facultad de los más insignes de su siglo; pertrechos de guerra innumerables y cuantos instrumentos son precisos para ella.

Nunca se ha visto armada más bien abastecida; no faltaba la menudencia más despreciable, y ya escarmentados de lo que en Cerdeña había sucedido, traían ciento cincuenta y cinco mil fajinas y quinientos mil piquetes para trincheras; se pusieron víveres para todo este armamento para cuatro meses.

Todo se debió al cuidado de don José Patiño, que aunque no tenía más despacho que de intendente general de Tierra y Marina, le había conferido tan plena autoridad el cardenal con cartas misivas, que la tenía sobre toda la expedición y las operaciones que se habían de hacer en ella, y era árbitro del dinero y caudales destinados para esta empresa, y tenían instrucciones Castañeta y Lede de nada hacer sin su dictamen, y aun en caso de discordia, seguir el de Patiño y, en fin, de obedecer cuantas órdenes en nombre del Rey diese.

Esto era haberle fiado el todo, y aunque era don José Patiño hombre capaz, celante, inteligente y desinteresado, era uno y no lo podía ejecutar todo, ni entenderlo, y como el cardenal era de genio despótico, y creía que él solo podía gobernar la Monarquía, transfirió su autoridad en uno, y creyó que lo podía todo hacer y comprender. Este era desorden, porque los demás no se hacían cargo de sus propios oficios, creyendo estaban al de Patiño. A los jefes se entregaron pliegos; se habían de abrir en determinados lugares; el primero se abrió en Cerdeña, en la bahía de Caller; allí se tomaron otras tropas que se incluyen en el referido número, y se embarcó el teniente general don José Armendáriz.

Partió todo el armamento a 28 de junio de Caller, y el día 30 dio vista a Sicilia, llevando la proa a San Vito, donde se había destinado el desembarco. Un temporal la sotaventó, sin desunirla. El primero día de julio hizo punta a la Parte de Monelo, pero no pareció a propósito aquella playa, aunque está dos millas de Palermo, y continuó el viaje hasta dar fondo en el cabo Salento, cuatro leguas distante de la capital de aquella isla; la misma tarde se desembarcó la mayor parte de la infantería y se acampó en las alturas de San Elías, donde hubo escasez de agua. Al otro día se feneció el desembarco de todas las tropas, y se abrió el otro pliego y se declaró capitán general de aquel ejército y virrey de Sicilia al marqués de Lede; el día 3 se marchó cuatro millas, y se acampó en la torre del Agua de Corsarios; aquí vinieron muchos caballeros de Palermo, y los diputados de la ciudad, a ofrecerla al Rey Católico, pidiendo sólo manutención de sus privilegios.

El conde Mafei, que allí gobernaba, dejó luego esta capital, y dejando alguna guarnición en el castillo, se retiró con mil quinientos hombres a Siracusa. Gran parte de la nobleza fue a encontrar el marqués de Lede al campo de Mala Espina, desde donde marcharon cuatro compañías de granaderos de guardias españolas, y ocuparon la Puerta Nueva de la ciudad y el Palacio; estos mismos, después, se acercaron a Castelamar, presidiada de cuatrocientos sesenta infantes piamonteses, y por la parte de la marina le bloquearon también dos compañas de granaderos del regimiento de Saboya y Guadalajara; otra compañía de guardias españolas ocuparon el fuerte del Muelle y la Linterna. Se intimó la rendición a Castelamar; respondió con honra su gobernador, caballero Marelli. Se tomó un navío nuevo de sesenta y cuatro piezas que había en el muelle de Palermo, a cuya bahía pasó la armada española.

Los piamonteses trabajaban una pequeña media luna entre el fuerte de la Flecha y San Pedro; los españoles pusieron por eso doscientos hombres en las casas inmediatas, y

adelantaron otros a un ribazo, para hacer fuego sobre los trabajadores. En este día 5 se declararon tenientes generales al caballero de Lede, a don Juan Chacoli, a don Antonio Pinatelo, marqués de San Vicente, al conde de Montemar y a don Feliciano Bracamonte; y al otro día, mariscales de campo al señor Dupui, al conde de Sueveghen, al marqués de Rebés y al conde de Roidovilles; después, al señor de Vaucop.

La noche del día 7 y 8 se trabajó en una pequeña paralela para cubrir la batería dirigida al franco y cara del baluarte de San Pedro que mira a la ciudad, pues, ocupada ésta, no se necesitaba de quitar el fuego opuesto para tomar la brecha. Se destacó don Lucas Espínola con el marqués de Villadarias, con los regimientos de dragones de Batavia y Frisa y quinientos infantes en derechura a Mecina, y en los dos cuerpos siguió después toda la caballería y dragones, y a la testa de cada una iban un teniente general y un mariscal de campo.

La infantería se envió por mar, destinando el lugar del desembarco entre la torre del Faro y Melazo; alguna quedó en Palermo contra el castillo, y el día 13, después de seis horas de batería, se rindió a discreción. Esto llevó muy mal el rey de Sicilia, y se formó proceso al gobernador; pero no era fortificación que tenía resistencia. Quedó un campo volante de tres mil hombres a cargo del conde de Montemar, a quien también se le dio orden de bloquear a Trápana; bajaron luego las milicias del país a unirse con las tropas españolas, y aquéllas se enfurecieron tanto con los piamonteses, que en Cantanieta mataron los paisanos cuarenta de ellos.

La ciudad de Catania se apoderó de su castillo, aclamando al rey Felipe, e hizo prisionera la poca guarnición que en él había: las de Tápana y Termini hacían algunas salidas, pero las contuvo el conde de Montemar metiendo su campo volante en el valle de Mazara. Mecina erala más difícil empresa; tenía de presidio dos mil quinientos piamonteses, y al dar vista a la ciudad la armada española, se conmovió el pueblo de género contra ellos, que, abandonando los baluartes, se retiraron a la ciudadela, guarneciendo los castillos de las cumbres del monte y del Salvador. Sin dilación del país cubierto, obedeció al Rey Católico. Las galeras de aquel reino, mandadas por cabos saboyardos, se refugiaron a Malta.

Para empezar las operaciones por la parte de Palermo se movieron, como se ha dicho, a cargo del conde de Montemar, contra Termini; llegaron el día 26, y por mar desembarcaron las municiones en la playa de San Cosme y San Damián, guarneciendo a la ermita con una compañía de granaderos del regimiento de Valladolid; luego se empezaron los trabajos para la trinchera y componer una batería de morteros, y a 31 de junio se perficionó la paralela. Desde el llano de Santa Ana se batía la plaza baja del baluarte de los Balbases y parte de la cara del de Villarroel; con esto hizo llamada la noche del día 4 de agosto el castillo, y se rindió a discreción, quedando prisioneros trescientos hombres.

Don José Vallejo y el marqués de Villa Alegre partieron a bloquear a Siracusa, de donde salieron dos navíos ingleses fletados del conde Mafei, con cuatrocientos hombres, para Augusta, los cuales, sacando cuatro compañías de infantería que de esta ciudad quedaban, dieron fuego a las minas que tenían hechas para volar el castillo, que no hicieron mucho efecto. Desamparada la ciudad, la ocuparon los españoles, y repararon el castillo.

Habíanse de las galeras de aquel reino escapado todos los sicilianos que en ellas servían, y sólo quedaba mal abastecida la chusma de algunos oficiales piamonteses. Para guarnecerlas envió Mafei doscientos hombres a Malta, para donde partió también con su escuadra don Baltasar de Guevara, para pedirlas al gran maestre de San Juan o sacarlas con violencia de aquel puerto, si era posible.

Esto último no era fácil intentarlo, porque las protegía el cañón de la plaza; el gran maestre Perellós se excusó a entregarlas, diciendo no era juez de las diferencias de los príncipes, y que no podía negar refugio a quien le buscaba en su puerto. Que, como era neutral, dejaba a las galeras en su plena libertad, pero si perseveraban en él hasta la decisión de la guerra de Sicilia, las entregaría al dueño de ella. Esta respuesta tomó muy mal el rey Felipe, y se prohibió a la isla de Malta el comercio con Sicilia, negándola los granos que acostumbraba dejar extraer, mas después que las abrigó de la escuadra inglesa, que llegó, como veremos, dejó el gran maestre salir las galeras, que se fueron a Nápoles, y de allí a Villafranca de Niza, no habiéndolas querido entregar a otro que a don Miguel Regio.

Este destacamento de navíos que ordenaron el marqués de Lede y don José Patiño, empezó a enflaquecer las fuerzas de la armada; las restantes naves entraron en el puerto de Mecina, donde hallaron dos navíos del rey de Sicilia, que no tuvieron tiempo de escapar, pero no podían los españoles valerse de ellos, porque los defendía la ciudadela y el fuerte del Salvador. Bien recibidas de los mecineses, llegaron todas las tropas españolas, y luego se dio principio al sitio de la ciudadela; pero, como embarazaban los ataques los castillos de la montaña Matagrifón, Gonzaga y Castalazo, se atacaron antes éstos, y en pocos días se rindieron a discreción. En el primero había doscientos hombres.

En este estado dieron aviso los ministros de Italia a los jefes españoles que ya navegaba las aguas del Mediterráneo la armada inglesa, mandada por el almirante Jorge Binghs. Había salido esta escuadra desde 14 de junio de sus puertos; constaba de veinte navíos de guerra, todos de línea; el mayor, que era el navío *Brafieur*, tenia noventa piezas; había dos de ochenta y de setenta y siete; los demás eran de sesenta, y el menor, que era el *Rochester*, tenía cincuenta cañones. El *Guastlant* y *Grifin* eran de fuego; *Blasilik* y *Blast*, de bombas.

No eran grandes estas fuerzas; pero les pareció a los ingleses que bastaban, porque ya habían enviado de antemano un oficial de marina a Cádiz y otro a Barcelona, con pretexto de negociantes, para que se informasen por menor del armamento marino del Rey Católico; y así, estaban los ingleses tan rectamente informados, que sabían el nombre y el número de piezas de cada navío y de su tripulación.

Cuando la armada inglesa llegó a las alturas de Alicante, despachó Binghs a Madrid un oficial suyo, que le servía de secretario, con cartas para el coronel Stanop, en que le decía hallarse con su escuadra en el Mediterráneo, y que tenía instrucciones de su Soberano para tomar las medidas, más proporcionadas al ajuste entre el Rey Católico y el Emperador, y en caso de reservarlo y persistir aquél en turbar la neutralidad de Italia y los Estados de éste, que tenía orden de embarazarlo con las fuerzas de aquella armada. Stanop lo participó al cardenal Alberoni, que indujo al Rey a permitir se le diese en su

nombre una respuesta la más sobre sí y orgullosa, porque le respondió a Stanop que podía ejecutar el almirante Binghs las órdenes de su amo como le pareciese.

Esta sequedad no dejó de picar al inglés, y tomó el rumbo de las costas de Nápoles, ya hecho el ánimo a ejercer toda hostilidad. A este tiempo pasó de Londres a París el secretario Diego Stanop, para dar la última mano al tratado de la Triple Alianza, que se firmó en Londres a 2 de agosto.

Tenía por apéndice el que entre sí hicieron el Emperador, el rey Jorge y el Cristianísimo, del modo como oponerse a la España, y quedó concordado que pondría las tropas el Emperador, la armada naval la Inglaterra, y la Francia concurriría con un equivalente considerable en dinero. Envióse al conde Cadogan al Haya para disponer que los Estados Generales de las Provincias Unidas entrasen en esta Liga. Hizo este ministro los mayores esfuerzos para persuadirlos, y los mismos hacía por lo contrario el marqués de Berreti Landi, embajador del Rey Católico. El inglés proponía la antigua amistad de las dos naciones, la unión de sus intereses de religión y Estado, la gloria de entrar a la parte de dar a la Europa equilibrio, y la infracción de la neutralidad por parte de los españoles, y sobre todo el ejemplar de la Francia, en que la Casa de Borbón, contra sí misma, posponía los derechos de la sangre a la pública utilidad y quietud.

El marqués Berreti Landi, por lo contrario, ponderaba la ambición de la Casa de Austria y cuánto les importaba a los holandeses no engrandecerla, porque aspiraba a la depresión de sus vecinos, como se dejaba conocer en que aún no había dado cumplimiento al ajuste de la barrera. Mostró que los coligados ni formaban ni querían equilibrio, porque con darle al Emperador la Sicilia le acrecentaban el poder y le rendían esclava a la Italia, con lo cual serían sus armas tan formidables, que no hallarían resistencia. Que la neutralidad había sido violada por el Emperador, como había muchas veces explicado, abusando de la paciencia del Rey Católico, hasta que llegaron los agravios a punto tan insufrible que era desdoro de la Majestad tolerarlos. Que no era la Inglaterra la que obraba, sino un rey alemán, por los propios intereses de la Casa de Hannover y para mantener lo usurpado al rey de Suecia. Que tampoco era la Francia, ni el Rey, que sólo tenía ocho años, el que movía las armas contra Felipe de Borbón, Rey Católico, sino el duque de Orleáns, despótico en la Regencia, o por odio a su sobrino, o porque buscaba en el Emperador y el rey Jorge protectores a más altas ideas. Que el rey de España nada invadiría que no hubiese sido suyo, y ya que en este último tratado, queriendo tiranizar la Europa los que se llamaban legisladores, rompían el de Utrech, adjudicando al Emperador la Sicilia, que la España no estaba obligada a mantenerle, sino a defender aquel reino, porque se había despojado de él para darle a un príncipe que no le embarazaba, pero no para exaltara su enemigo.

Los holandeses no querían volver a tomar las armas y destruir su comercio por la Casa de Austria, que tan mal los había pagado; mantenían ardientes quejas con el Emperador, y conocían con evidencia que la Inglaterra y la Francia volvían a una guerra voluntaria por privado interés de las dominantes, no de sus súbditos; y resolvieron hablar con ambos ministros oscuramente.

La respuesta dada a Cadogan fue que no podían entrar en confederación alguna con el Emperador antes de rematar el negocio de la barrera y dar la última mano al tratado de

Ambers. Al marqués Berreti dijeron asegurase al Rey Católico de su constante amistad, y que le suplicaban componer amigablemente las diferencias con el Emperador. Cadogan concibió esperanzas de esta respuesta, creyéndola sencilla; dio noticia de ella a su corte y a la del Emperador, y pasó a Ambers a hablar al marqués de Prie, gobernador de Flandes, que partió a este efecto de Bruselas.

Tratóse de la composición de la barrera, que con palabras la facilitaron los alemanes; pero obraban de mala fe, mal entendida de los ingleses, que dieron por sentado el ajuste y, en su consecuencia, que la Holanda adhería a la alianza. Diego Stanop, que estaba en París, padeció también este engaño, y creyendo que tanto poder unido pondría miedo al Rey Católico, pidió un pasaporte para ir a Madrid no, queriendo partir sin él, porque ya sabía las órdenes que su amo había dado al almirante Binghs, y recelaba que le detuviesen en Madrid si llegaba la noticia de alguna hostilidad.

* * *

El cardenal Alberoni entendió la desconfianza, pero dio el pasaporte por no negar tan visiblemente los oídos a un razonable ajuste. Estaba entonces el Rey Católico en El Escorial, donde fue Stanop recibido; tuvo algunas conferencias con Alberoni, al cual sorprendió la noticia de que habían entrado en alianza los holandeses, aunque el marqués Berreti había escrito lo contrario. Todo el tiempo que estuvo averiguándolo dio esperanza de ajuste; pero después, conociendo el engaño, picado de la hostilidad de la armada inglesa, que después referiremos, esperanzado de recobrar la Sicilia por los progresos que iban haciendo las tropas, y animado de que no le faltarían caudales, porque acababan de llegar de Indias los galeones muy interesados, y traían doce millones de pesos, se obstinó en el dictamen de la guerra y determinó romper las conferencias con Stanop; pidióle éste la última resolución, y fue la respuesta *que sólo podía el Rey Católico convenir en la paz, quedando por la España Sicilia y Cerdeña, y que el Emperador satisfaciese al duque de Saboya con un equivalente, como también los daños ocasionados a los príncipes de Italia, de donde retiraría las tropas que excediesen a un cierto número, y que no se hablaría de la sucesión de Toscana y Parma, ni de infeudar estos Estados del Imperio*.

Distribuyó estas condiciones en ocho artículos, y en el último pidió se retirase la armada inglesa a sus puertos. Stanop, que a los primeros días de su arribo había concebido esperanzas de ajuste y las había dado a las cortes de los aliados, quedó abrasado de esta respuesta, y en nombre de los príncipes de la Liga dejó un papel al cardenal en que decía que si el Rey Católico no admitía el tratado en el término de tres meses, suministrarían los aliados del Emperador los socorros en él ofrecidos; y que si contra ellos sus vasallos o negociantes intentaban hostilidad o mandaba hacerla, que le harían luego la guerra y dispondrían en otro príncipe la sucesión de Toscana y Parma; y que suspendería el Emperador las armas en estos tres meses, si hacía lo propio la España.

Estas proposiciones encendieron también el ánimo del cardenal, y se aplicó más a la guerra. Para justificarla, se dio de todo cuenta a los holandeses por medio del ministro español, en una carta con grande artificio escrita, y entre otras cosas decía:

Que la Inglaterra y la Francia habían sido la causa de la guerra de Sicilia, porque habían dado el aviso secreto de que se trataba de cederla el duque de Saboya al Emperador. Esta

proposición ya no llegaba a tiempo, porque no era fácil sembrar cizaña entre los aliados, tan firmes en su empeño que aún admitían en alianza al duque de Saboya. Había este príncipe quedado consternado de la invasión contra Sicilia, que nunca creyó, y se echó todo en manos del Emperador, el cual ofreció defender la Sicilia, pero quedarse con ella. Pedía el Duque un equivalente en el Estado de Milán, y a eso tiraban las quejas que daban sus ministros en Londres y en París. Fue la respuesta que si dejaba sus tropas auxiliares con las del Emperador, se le daría la Cerdeña.

Esto era de sumo desagrado al Duque, porque siempre había inmensa diferencia de reino a reino. Le achicaban el poder con obligarle a mantener el que le daban; no quería hacer la cesión de la Sicilia, esperando el éxito de las cosas, y sin esto no le querían admitir en la alianza. Los coligados no querían tampoco sacar sus tropas de las plazas, entregándolas a los españoles, porque no esperaban recompensa, y era ponerse de la parte más flaca. Nunca ha padecido mayor vejación su alto entendimiento, que por muchas vueltas que daba recurriendo a sus naturales mañas, halló las puertas cerradas y vio que era preciso cooperar con sus propios enemigos a su ruina, por no padecerla mayor.

De ellos procedía el daño de perder la Sicilia, porque nunca la hubiera invadido el Rey Católico si no viera que la destinaban los aliados al Emperador, pues aunque los españoles tuvieron idea de recobrarla, era en cambio del ducado de Milán, que querían conquistar para el Duque; por eso le convidaron a una liga particular, como dijimos. Revolcándose entre espinas Víctor Amadeo, y sabiendo que el Emperador había dado orden al virrey de Nápoles de defender a Sicilia, mandó a sus gobernadores en Mecina, Siracusa, Melazo y Trápana, admitiesen como auxiliares a las tropas alemanas; pero que mantuviesen el gobierno de las plazas. Detuvo prisionero en su propia casa al marqués de Villamayor, ministro de España, hasta que se diese libertad al conde de Lascaris, que lo era del Duque en Madrid.

Aplicando el mayor cuidado, dio fondo en Nápoles la armada inglesa. En los agasajos y obsequios que hizo el conde Daun al almirante Binghs, explicaba la necesidad de su auxilio. Luego le pidió escoltase gente a Rijoles; no se llegó a ello, y pasaron tres mil hombres; y como el día 7 llegó la orden de su amo de atacar a la armada española, hizo vela hacia el faro de Mecina. Despachó un oficial al marqués de Lede, pidiéndole dos meses de tregua y expresando venía para componer tan peligrosa disputa. El marqués respondió no poder condescender a la suspensión de armas, porque no tenía orden ni instrucción para ello.

Ya sabía el inglés que no lo había de conseguir, porque traía, desde la respuesta que le dio la corte, el desengaño; pero quiso dar esta otra aparente justificación al mundo, y enviar un explorador para saber dónde y cómo estaban ancoradas las naves españolas, cuyos destacamentos en no ignoraba, porque desde Siracusa daba el general Wessel, que estaba en Rijoles, todas las noticias del conde Mafei. La mañana del día 9 de agosto descubrió la torre del Faro a los ingleses, con la proa dirigida a su entrada, y al amanecer dio fondo a vista de dicha torre del Faro en el cabo de las Mirtelas.

Las naves españolas estaban dadas fondo en el estrecho, y recelando de la intención de los ingleses como eran ya pocas, porque faltaba, como se ha dicho, la escuadra de Guevara, parecióles conveniente -todo de orden de Patiño- salir de lo angosto hacia el

cabo de Spartivento, para unirse a las que faltaban, porque habían de volver por allí, y en el ínterin descubrir más la intención del inglés, porque creía el marqués de Lede que volvería aquel mismo oficial declarando absolutamente el ánimo de Binghs, que no entendió estar obligado a eso, y en el beneficio de la noche procuró penetrar el Faro en el alcance de los españoles. El día 10, por la mañana, pasó el estrecho, saludándole las naves de transporte que allí estaban dadas fondo. Algunas cargadas de víveres para la armada, se llevó consigo el comandante inglés.

Aún le creían amigo, porque habiéndose el marqués de Lede quejado con el referido oficial enviado del almirante Binghs que hubiese escoltado tropas del Emperador, respondió que esto no era acto de hostilidad, sino de protección a quien se amparaba en la bandera del Rey británico. No se puede negar algún género de engaño en el inglés y alguna cándida credulidad en los españoles, porque asegurados que venía aquella escuadra a embarazar la guerra, no se pasearía inútilmente por estos mares; y más que los ingleses abrazaban con gusto esta ocasión de destruir la armada española, porque no quieren ver por mar muy armado al Rey Católico, no sólo por los perpetuos celos del comercio, pero aún por no perder la alta actual prerrogativa de ser dueños de ambos mares.

Dos fragatas ligeras de los españoles avisaron a su jefe que venía en su seguimiento el inglés con solas las gavias (éste fue otro disimulo); y una corbeta suya avisó a éste que ya no estaban lejos los españoles, que no viendo hacer fuerza de velas del inglés, se atravesaron mantenidos a la capa, como quien sabía de cierto que no eran aquéllos enemigos, hasta que, viéndoles venir a proa directa, tomaron el rumbo hacia el cabo de Spartivento sin cargar de velas, por no mostrar desconfianza ni temor.

En la simplicidad de esta conducta consistió todo el daño, porque don Antonio de Gastañeta esperó a la capa a los enemigos superiores en fuerzas, y perdió tres días, en los cuales podía haberse retirado a Malta o dado la vuelta a Cerdeña, porque ni el inglés desampararía aquellos mares ni, perdida la oportunidad, era fácil irle siguiendo. Dio por disculpa que así lo había mandado Patiño, y que guardaba sus órdenes. Éste decía que le había mandado salir del estrecho para salvarse, que no tenía forma de avisarle, ni aun noticia que enviar, y que una vez fuera del Faro tocaba a la prudencia de Gastañeta gobernarse.

No entramos en la cuestión si debía la armada española retirarse a sus puertos, luego ejecutado el desembarco; porque este fue error del cardenal Alberoni no mandarlo, fiado quizá en que la armada del Rey Católico podía resistir a la inglesa lisonjeado del número, sin advertir que, verdaderamente, no había en aquellas más que ocho navíos de guerra; los demás eran viejos, y mercantiles, armados con más piezas de cañón que la construcción de la nave sufría.

Ni aunque la calidad de las naves y el número fuese igual a los de los ingleses se debía aventurar una acción, porque éstos no tienen otro oficio y aventajan en el mar, en pericia y destreza, en gran parte a los españoles en este siglo. Retiráronse a Spartivento los españoles; les faltó el viento antes que a los ingleses, que llevaban su derrota en el nordeste, por cuya circunstancia, o por la variedad de las corrientes, o por maniobras, amanecieron el día 11 mezclados e interpolados los navíos de ambas escuadras.

El español mandó remolcar los suyos de línea acercándolos, a *San Felipe del Real*, que era el comandante; las galeras de España, aunque en calma, pudieron hacer hostilidad; no la quisieron empezar, y fueron tomando la costa. Refrescó un poco el tiempo, y hallándose la escuadra del marqués de Mari, que formaba la retaguardia, muy separada del cuerpo de Gastañeta y muy a la tierra con los navíos de su división, solicitó salir de la ensenada y juntarse al comandante, pero no pudo.

Los ingleses continuaban su rumbo con disimulo, haciendo fuerza de velas para dejar atrás cortados los navíos de Mari y ganarlos el viento, que lo consiguieron, porque estaban más a la mar. Logrando de esta buena disposición seis navíos ingleses, volvieron la proa contra Mari, que aún tenía sus navíos separados, y como estaba aterrado, tomó el partido de echarse a la costa de Abola, donde pasaron sus navíos, combatiendo con siete navíos ingleses de línea todo el tiempo que permitió la situación de haber puesto la proa a tierra, y no pudiendo resistir más a fuerza tan superior, procuró salvar los equipajes poniéndolos en la arena y abarrancando las naves, de las cuales algunas se quemaron por sí mismas, y otras pudieron sacar los ingleses después de varadas.

El marqués de Mari saltó a tierra con muchos ofíciales; lo restante de la escuadra inglesa fue a atacar el cuerpo principal de la española, compuesta de los navíos nombrados *San Felipe el Real*, el *Príncipe de Asturias*, *San Fernando*, *San Carlos*, *Santa Isabel*, *San Pedro* y las fragatas *Santa Rosa*, la *Perla*, la *Juno* y el *Volante*, que unidas tenían la proa a Cabo Passaro. Tumultuariamente quisieron poner la línea, pero no pudieron. Cinco navíos de los ingleses atacaron a los de los españoles que quedaban más atrás; y como estos iban uno a uno, los fueron tomando los ingleses, no sin la resistencia de que era capaz tan desigual combate. Con el resto de las naves se adelantó Binghs, a las dos de la tarde, y cargó contra la comandante de España, con siete navíos y un burlote de fuego.

Dos naves de línea combatían las primeras. Sufrió dos descargas *San Felipe*, sin disparar, hasta que los dos ingleses le dieron el costado. Entonces respondió con sus andanas, de forma que, antes que pasasen de ellas, habían recibido los ingleses dos descargas, y a fuerza de velas se adelantaron a repararse del daño. La comandanta inglesa continuó su curso, arrimándose con su almiranta, que mandaba el contraalmirante Delabal, y otros dos navíos de línea, por la popa de *San Felipe*, que sufrió las descargas sin poder emplear un tiro; volvieron las dos naos primeras que le atacaron con los bordos, rendidas a ceñir sus costados, y le dieron sus cargas correspondiendo a ellas, y se retiraron un poco por ambas aletas de San Felipe, acribillándole con descargas de metralla, balas de fierro y plomo chicas, de suerte que no le dejaron aparejo pendiente, ni de labor o obenque, ni de brandal, que no cayese la mayor parte sobre la cubierta, ni vela entera. Dos navíos ingleses se le acercaron más por la parte de estribor para abordarle, pero no lo hicieron, porque todavía daba, aunque maltratado, *San Felipe* sus arribadas y orzadas, con una de las cuales hizo perder el curso del abordo a un burlote que le arrimaron para incendiarle, que con su bauprés le desbarató todo el guardapolvo del corredor alto y parte del espejo de la popa.

Habiéndole muerto ya a Gastañeta doscientos hombres, con todo daba sus descargas, y recibió otra vez el burlote protegido de las naves de Binghs, cuya amura tapó con la aleta de la parte de estribor de *San Felipe*, y le dio una descarga a tiempo que hallándose don Antonio Gastañeta al pie de la mesana, le alcanzó una bala que le atravesó la pierna de

parte a parte y quedó clavada en el tobillo de la derecha. Continuaba con todo a resistirse en el mismo lugar; y dividiendo una bala de cañón por medio de la barriga a un hombre, le dieron unos pedazos del cuerpo en el pecho y cara a Gastañeta, de género que cayó por esta violencia y por la sangre que de las heridas vertía. Entonces le retiraron a curarle con el capitán don Pedro Dexpois, herido de un astillazo en las espaldas; cortó una bala la driza de la bandera al tiempo de arriarla, y se rindió la comandante española.

Tres navíos de línea habían atacado al Príncipe de Asturias, que mandaba don Fernando Chacón, que se resistió valerosamente hasta que, desbaratado el buque y obras fuera del agua, muerta la mayor parte de la guarnición, rotos todos los palos mayores, vergas, gavia y mesana, todo el velamen del aparejo y desbaratada toda la ovecanduria y la jarcia, herido de un astillazo en la cara, se rindió. Lo mismo hizo la fragata *Santa Rosa*, que mandaba don Antonio González, después de haber peleado tres horas contra cinco navíos; igual tiempo combatió don Antonio Escudero, que mandaba el *Volante*, contra tres ingleses, y aunque tenía su buque seis balazos a la lengua del agua, por donde recibió tanta que empezaba a hundirse, los oficiales y marineros arriaron la bandera y se rindieron sin quererlo consentir el capitán.

Tantas horas peleó también *Juno*, quedando enteramente fracasada y muerta la mayor parte del equipaje. Como iban atacándolos sucesivamente los ingleses, una después de otra tres naves atacaron a la *Perla*, que mandaba don Gabriel de Aldrete; defendíase valerosamente, y con el favor que le dio don Baltasar de Guevara, que volvía de Malta, por el barlovento de los demás navíos de España y el *Sudo*: éste pudo escapar a don Gabriel a dicha isla; la fragata la *Sorpresa*, que mandaba don Miguel de Sada, aunque era de la división de la escuadra de Mari, como estaba más avanzada la atacaron los enemigos y, después de casi deshecha, la rindieron. Lo propio sucedió al amanecer del día 12 a la nave *Santa Isabel*, que mandaba don Andrés Regio, atacada de cuatro navíos ingleses.

Los navíos españoles más adelantados se pudieron retirar a Malta y Cerdeña. A tiempo que estaba combatiendo con los ingleses *San Felipe*, llegó de Malta, como se ha dicho, don Baltasar de Guevara con dos navíos de línea, y poniendo la popa a él pudo atravesarse entre los dos navíos que daban a *San Felipe* los costados, y hacer fuego a uno y a otro, hasta que viendo que arrió la bandera el *San Felipe*, dirigió la proa sobre el navío del almirante Binghs, que le seguía por popa, y, dándole el costado le hizo fuego.

Ejecutó lo mismo la nave *San Juan*, que seguía en las mismas aguas a la de Guevara, y se retiraron ambas con el beneficio de la noche hacia poniente; por donde, con su abrigo, escaparon las naos *San Luis* y *San Juan*, después de haber combatido la almiranta inglesa. Las galeras de España que mandaba Grimau, como no podían defender las naves se retiraron a Palermo; de los navíos de Mari sacaron los ingleses el *Real* y las fragatas *San Isidro* y *El Águila*; se quemaron la *Esperanza*, un burlote y dos balandras; los que se salvaron fueron los referidos *San Luis*, *San Juan*, *San Fernando*, el *Puercoespín*, la *Tolosa*; *San Juan el Chico*, la *Flecha* y una galeota a bombas.

Para repararse los ingleses de los daños padecidos, se entretuvieron cuatro días cincuenta millas a la mar; después entraron furiosos, con los navíos rendidos, en Siracusa los días 16 y 17 de agosto.

Esta es la derrota de la armada española, voluntariamente padecida en el golfo de Ariaich, canal de Malta, donde sufrió un combate sin línea ni disposición militar, atacando los ingleses a las naves españolas a su arbitrio, porque estaban divididas. No fue batalla, sino un desarreglado combate que redunda en mayor desdoro de la conducta de los españoles, aunque mostraron imponderable valor, más que los ingleses, que nunca quisieron abordar por más que lo procuraron los españoles. El comandante inglés dio libertad a los oficiales prisioneros, y envió uno de los suyos al marqués de Lede, excusando aquella acción como cosa accidental, y no movido de ellos sino de los españoles, que tiraron el primer cañonazo; cierto es que la escuadra de Mari disparó los primeros cuando vio que se le echaron encima para abordarle.

El marqués de Monteleón, ministro de España en Londres, se quejó altamente de esta operación y escribió al señor Gratz, secretario de Estado, un papel sumamente resentido de hostilidad tan impensada, no habiendo atacado los Estados del Emperador el Rey Católico, a quien tantos actos de amistad debían los, ingleses y su comercio; y como esto era ya haber de hecho movido con simulación a su soberano la guerra, no podía usar más de su empleo hasta recibir órdenes de su corte, posteriores a esta noticia. La respuesta, que también se le dio por escrito, fue después de tres semanas, porque esperaba una relación exacta del hecho, aunque ya habían tenido noticia de él, y de la que llamaban victoria, por un expreso de Nápoles.

En este intermedio llegó la carta del general Binghs, escrita con soberbia, en el propio desprecio que hacía de su gloria; el estilo era sucinto, como refiriendo cosa de menor entidad, y dijo que había visto fuera del Faro, tomando el borde largo, la flota española, compuesta de veinte y seis naves de guerra, entre grandes y pequeñas; dos burlotes, cuatro galeotas de bombas y siete galeras. Que destacó a los navíos *Kent*, *Soberbio*, *Grafton* y *Leofort* para alcanzar a los españoles. Que el día 11, viéndose estos acercar a los ingleses, algunos navíos con las galeras tomaron la costa, y que destacó al capitán Walton entre el navío *Cantorver*, para seguirlos, y que, ya a tiro, un navío español hizo una descarga contra el *Argile*, mandado del capitán Norbury, que con el resto de su armada siguió al comandante español. Que a aquellos cuatro navíos que seguían a los que se iban retirando, les dio orden de no tirar contra los españoles sino en caso en que ellos prosiguiesen en hacer fuego; y que, viendo que proseguían en hacerle, el *Kent* había atacado a *San Carlos*, el *Leofort* a *Santa Rosa*, el *Grafton* al *Príncipe de Asturias*, que le dejó después que sobrevinieron *Breda* y el capitán, y que todos rindieron a los navíos españoles, contra quienes peleaban.

Que después *Kent* y el *Soberbio* atacaron a *San Felipe* con otros dos navíos; mantuvieron una especie de combate, siempre huyendo, hasta las tres de la tarde, en que el *Kent* se acercó a la popa de *San Felipe* y le dio una gran descarga, pero habiendo sotaventado el *Soberbio*, le atacó a sobreviento, para abordarle; mas habiendo *San Felipe* dado un golpe de timón, huyó el bordo, y que al fin el *Soberbio* le obligó a rendirse.

Que un contraalmirante español había hecho su descarga contra el *Blarfleur*, pero que luego tomó el viento, y que se fue con otro navío de sesenta piezas. Que el almirante les había seguido hasta la noche, pero que habiendo tenido poco viento se escaparon, y que él volvió a la flota. Que la nave *Esek* tomó a la *Juno* y el *Montaipu* y *Ruperto* a la *Anna-Volante*. Que el vicealmirante Coronavail siguió al *Grafton* para sostenerle, pero corría

poco viento y se acercaba la noche; por esto pudieron escapar los españoles, a quienes perseguían. Que el contraalmirante Delabal y el *Kene Real* habían seguido dos navíos, bajo viento, y que uno de ellos fue rendido, como lo hizo Walton al que montaba el contraalmirante marqués de Mari. Que este marqués se salvó con su planta y sus mejores efectos, y los demás navíos que con él estaban los habían los ingleses apresado, quemado o echado a fondo.

Que de las veintiuna naves de su armada inglesa no se había perdido alguna; sólo había sido *Grafton* un poco maltratado. Al fin, que los españoles habían perdido veintitrés naves, una galeota, un burlote y otro bastimento con cinco mil trescientos noventa hombres de equipaje, setecientas veintiocho piezas de cañón, y que de todo su grande armamento sólo les quedaban a los españoles quince naves y las galeras, y que se habían llevado las presas a Puerto Mahón, habiendo quedado Su Majestad Británica dueño del mar.

Esta relación no es muy distinta de la que los españoles daban; es arrogante, como lo fue la respuesta del secretario Gratz a Monteleón; dijo que la acción del almirante Binghs no debía parecer extraña, porque ya le había prevenido el conde Stanop al Rey Católico que si no se contenía en las hostilidades, se lo impedirían los de la Liga, y que el atacar la Sicilia era romper la neutralidad de Italia y obrar contra el proyecto de los aliados presentado a Su Majestad Católica, a quien se le había dado de tiempo tres meses para admitirle, con prevención que si en ellos no se abstenía de la guerra, que la impedirían los aliados.

A este papel dio otra respuesta Monteleón, y unió copia de una carta de Alberoni que le escribió, en que se explicaba contra el almirante con términos ofensivos, porque sobre llamarla acción indigna y hecha con mala fe, decía haber recibido del conde Daun gruesas sumas de dinero. Que no se debía defender neutralidad ya cuatro años rota por los austríacos. Que los sucesos de la guerra y los accidentes eran varios, y que toda humana felicidad estaba expuesta a ellos; y que así, creía que el Rey británico, con su prudencia y moderación, no aprobaría lo hecho por el almirante Binghs.

No dio otra respuesta la corte de Londres, aunque el cardenal Alberoni, habiéndole enviado a Monteleón la que dio en 15 de septiembre el secretario Gratz, escribió otra carta con términos injuriosos y violentos, como era su genio, y mandó al marqués de Monteleón saliese de Londres; el cual, poco después, pasó al Haya; con el marqués Berreti mostró a los Estados Generales las razones del Rey Católico, y dio copia de las referidas cartas. El rey de España sacó de sus dominios a los cónsules ingleses, e hizo represalia de todos los efectos de aquella nación; mandó se armasen corsarios, a los cuales perdonó la parte que tocaba al Real Erario de las presas, para alentar a los armadores; lo propio hicieron los ingleses, el Emperador y el rey de Sicilia, con que se llenaron los mares de piratas, con daño del comercio de todos y ningún útil de los soberanos.

No desalentó este infausto suceso a las tropas españolas, que estaban sobre Mecina, donde se habían retirado a abrir trinchera contra la ciudadela, por tener dispuestas las tropas al desembarco que los ingleses podían hacer, pero se bombardeaba la ciudad y el castillo del Salvador; después se aplicaron los sitiadores a construir las baterías, que a 10

de septiembre ya disparaban. En 11 se abrió otra trinchera de diez cañones, detrás de la iglesia de Santa Cruz, contra el revellín. Por la puerta del Socorro, que da al mar, recibían los sitiados tropas alemanas, cuantos el marqués Andorno, piamontés, pedía; enviaba a Rijoles los heridos, y mudaba con gente fresca los cansados; por eso pudo en el revellín levantar luego una trinchera de fajinas, por poder jugar el fusil contra los trabajadores españoles que formaban la paralela, que por esta razón, para perficionarla, costó mucha sangre. El gobernador sacó de la ciudadela todos los sicilianos, entre los cuales el coronel Guisani, algunos caballeros panormitanos y algunos mecineses; dos capitanes y dos tenientes los envió a Calabria.

La noche del día 12 se concluyó la paralela; en el 18 se dio asalto al camino cubierto; no fue grande la defensa, y le ocuparon los españoles, donde fortificados, tiraron una línea por la otra parte de la ciudadela que mira al mar grueso, por plantar una batería a la parte del jardín, que es la menos fuerte, y ver si se podía impedir la comunicación en las barcas de Calabria. Contra estos trabajadores se acercaron cuatro naves inglesas haciendo fuego. Sostuvieron el puesto los españoles y pasó con la caballería el marqués de Lede; contra las naves dispararon las baterías del puerto Salvo, de Puerta Perpetusa, del llano de las Carretas y del bastión de don Blascos, y se apartaron los ingleses.

La noche del 20 hizo la plaza una salida; más vigorosa fue la del 22, en que quinientos alemanes se acercaron primero con silencio a las trincheras; traían prevención de cera, pez y azufre, a los cuales sostenía un regimiento. No lograron más que una sangrienta acción, que fue dilatada y favorable a los españoles, porque la mayor parte de los que salieron quedaron en el campo.

Al otro día, en que estaba de trinchera don Juan Caracholi, rompió el alba con muy concertada música de oboes, cornetas y trompetillas; esta era arrogancia española, porque a estos instrumentos siguieron sesenta cañones que batían en brecha la ciudad. Hubo una hora de tregua que éste pidió para enterrar los difuntos. A los 27 ya estaba el revellín arruinado, y habiéndose alojado en el foso los españoles, rompieron los sitiadores el segundo puente, y se acogieron a la primera retirada para batir, la cual era precisa antes de ser dueños los sitiadores del revellín, que se atacó por mar sobre puentes llanos, fundados en cubas vacías y vigas. Esto era sumamente arriesgado, porque estaban en descubierto, expuestos a todas las piezas de la ciudadela y del Salvador.

La acción más sangrienta fue la del 29, porque a la media noche resolvieron los españoles atacar cuatro trincheras que habían hecho los sitiados, una tras de otra, a espaldas, de la ciudadela, por la parte del mar, para evitar no ser cogidos en medio en el asalto general, estar flanqueados de las contraguardias por seguridad de su comunicación y del modo de retirarse, como también para ocupar una batería de seis piezas de cañón que habían hecho los piamonteses, porque no adelantasen los españoles los aproches hacia aquel mar y no penetrasen al llano de San Rainero y quitasen enteramente la comodidad de acercarse barcos de Calabria, de donde todas las noches recibían los sitiados socorros de gente y víveres por manos del general Wessel, que, como dijimos, estaba en Rijoles, y emanada del conde Daun, había dado una orden a los 1.500 alemanes que dentro estaban con el general Valais, que no rindiese la plaza aunque quisiesen los piamonteses.

Seiscientos granaderos salieron a defender esta batería. Los españoles, para cogerlos en medio, con falucas desembarcaron por la otra parte de ella; la acción fue viva y prolija, porque unos y otros iban suministrando gente fresca a la pelea; pero como los tudescos y piamonteses estaban cogidos en medio de los españoles, padecieron mucho y no podían apenas retirarse. Al mismo tiempo atacaron a los trincherones, no todos bien defendidos, porque había muchos a que atender. Después pasaron tan adelante los españoles, que llegaron hasta la torre de la Linterna, que está en el llano de San Rainero, entre la ciudadela y el Salvador.

Habíanse ya ocupado los atrincheramientos, y mandó el marqués de Lede retirar los que tanto se habían adelantado, porque estaban entre dos fuegos. No se consiguió esto fácilmente, porque iban persiguiendo a los que se retiraban con tan ciego valor, que cinco granaderos españoles, siguiendo a los enemigos, se metieron dentro de las puertas de la ciudadela; creyó ésta que seguían tropas, y estaba ya la guarnición para hacer llamada, pero viendo que no eran más de cinco hombres, cerrando la puerta los detuvieron prisioneros, a los cuales, en premio a su valor, dio luego libertad el marqués Andorno.

En esta ocasión perdieron los españoles 300 hombres y algunos oficiales; muchos más murieron de los enemigos, de los cuales quedaron cuarenta prisioneros, con un mariscal de campo, un teniente coronel, cuatro capitanes y otros subalternos, los más alemanes. Al otro día se dio una suspensión de armas de tres horas para enterrar los difuntos, y en el espacio de ellas salió de la ciudadela el marqués de Entraives Tierines para tratar de la rendición, que al 30 de septiembre se ejecutó, precediendo las capitulaciones que salió libre la guarnición que era de 3.500 hombres, con sus armas, por la puerta de los Griegos, con bandera desplegada y tambor batiente, para embarcarse a Rijoles. Se entregó también el castillo del Salvador y las dos naves que en el puerto estaban; se permitió al conde Ricio, y a otros que no eran militares, salir de la ciudadela para Calabria, y se restituyeron los prisioneros de parte a parte.

Esta victoria persuadió enteramente a los sicilianos que quedarían los españoles dueños de aquel reino, que era lo que tan ardientemente deseaban. Se celebró esta noticia con extraordinario júbilo en la corte del Rey Católico, porque parecía compensaba en parte la pérdida de la armada naval, y hacía inútil la victoria de los ingleses para el fin del cardenal Alberoni, que con esto se fortificó en su sistema y acaloró cuanto pudo la guerra enviando gruesas sumas de dinero cual nunca se ha visto salir de España en poder de los ministros de Italia, para socorro y subsistencia del ejército de Sicilia, adonde desde Roma, Génova y Liorna se enviaban continuamente municiones y reclutas; pues aunque dominaban el mar los ingleses y guardaban aquellas costas, no podían en una isla embarazar el arribo de una o dos embarcaciones, que guardando una collada en tiempo favorable, se metían en un puerto.

Sin perder tiempo el marqués de Lede, dos días después de la rendición de la ciudadela de Mecina, destacó para Melazo el regimiento de Castilla y las brigadas de Milán y de Borgoña, con alguna caballería, y dejando gobernador en Mecina al teniente general don Lucas Spínola con dos mil hombres de guarnición, siguió con el resto de las tropas. Había entrado ya en Melazo refuerzo de alemanes hasta tres mil, que ocupaban la ciudad baja; el castillo y la parte de la ciudad murada la tenían los saboyardos.

Estaba ya de antemano bloqueada de los españoles, pero en la noche del 13 y 14 de octubre desembarcaron con el general Carrafa hasta ocho mil alemanes, porque aunque de la parte de Levante había una batería española que lo podía impedir, pero no por poniente, porque Melazo hace una lengua de tierra de doce millas que forma su promontorio, aunque es muy angosta, con que tenían comodidad los alemanes para desembarcar, porque la ciudad baja está bañada de dos aguas por Poniente y Levante. Así formaron un campo de ocho mil hombres en aquella poca tierra, dando la derecha al mar y la siniestra a la plaza, dejando en el centro de la línea el convento de San Pipino, a la cual defendía con gran atrincheramiento de tierra y fajina, de donde se podía batir el campo español, cuya línea abrazaba la plaza por una y otra parte del mar.

Había el marqués de Lede con los oficiales generales de un regimiento de caballería llegado la noche del día 14 al campo con la infantería irlandesa, dejando orden le siguiesen las guardias walonas más presto que lo restante del ejército. Al otro día, que era 15 de octubre, antes del amanecer, se formaron los alemanes en batalla delante de su trinchera. Eran once batallones, con uno de piamonteses y mil caballos; éstos los mandaba el general conde de Veterani, y a todos el general Carrafa. Hicieron acercar contra la siniestra de los españoles las galeras de Nápoles, y por la derecha algunos navíos ingleses, para molestarlos con su artillería, y más abajo, dos millas lejos, había algunas embarcaciones y falucas fingiendo un desembarco. Al alba atacaron los alemanes los puestos avanzados, que estaban defendidos de varios piquetes de regimientos españoles, los cuales se defendieron cuanto fue posible; pero cargados de fuerza superior, quedaron todos muertos o prisioneros, y entre ellos el mariscal de campo barón Zuevegen.

Con este buen principio atacaron la siniestra de la línea y el centro, que ocupaban los regimientos de Castilla, Milán, Guadalajara, Aragón y Utrech; la defensa fue vigorosa, pero fue mayor el acometimiento de los alemanes, porque venciendo con continuos asaltos la resistencia, hicieron retirar a los españoles y ocuparon el terreno. Dos veces le recobraron; la tercera le volvieron a perder, y penetró la caballería alemana hasta el acampamento, con ánimo de atacar por las espaldas de la derecha la infantería española, mientras la alemana atacó el flanco. Pero la caballería no pudo perficionar su designio, porque el regimiento de Milán se le atravesó, y dando una descarga entera, oponiendo después las bayonetas, embarazó a la caballería.

A este tiempo la infantería alemana, después de haber forzado la siniestra, atacó el centro de la línea creyendo haber vencido, a tiempo que las guardias españolas, dejando su campamento de la siniestra, marchaban en cuerpo de batalla a ocupar los puestos avanzados. Al principio fueron rechazados, y puestos en huida sus piquetes; pero avanzaron después con la brigada irlandesa para entretener el ímpetu de los alemanes, descargando la fusilería por el flanco de sus batallones, y dejándolos siempre a la derecha para poder atacar los costados por el centro. Dados ya los pasos convenientes de esta marcha, los españoles se echaron con vigor, convirtiendo las armas, dando media vuelta, porque ya tenían cortados a los enemigos, a quienes con el mayor brío atacaron los regimientos de caballería Farnés, que mandaba el duque de Atri, el de Salamanca, los dragones de Batavia y Lusitania, aunque el terreno estaba plantado de viña.

Dieron tres gruesas descargas los alemanes, que hicieron gran daño en esta caballería, más arrojada con la vertida sangre de muchos oficiales y entre ellos el duque de Atri, que quedó herido en un brazo. Al fin, por todas partes ceñidos, los que se habían creído vencedores se empezaron a desordenar, de género que huyeron hacia la plaza tan descompuestos, que con el alfanje y bayoneta les hacían huir sin resistencia, matando, los españoles que siguieron hasta las puertas de la ciudad. Defendían los dos batallones alemanes los puestos, avanzados, que habían ocupado al principio, pero atacados por las guardias españolas los desampararon y se retiraron con tanto desorden a sus trincheras, que avanzándose las guardias a tiempo que los primeros vencidos se retiraban a la ciudad, hicieron tanto fuego sobre ellos, que muchos se vieron obligados a echarse al mar por la izquierda de la línea española, el cual miserable refugio buscaron los que no estaban más a tiempo de entrar en la plaza.

Los más se anegaron o fueron en el agua heridos, porque los españoles acudieron a la orilla sufriendo el fuego de la galeras; la caballería alemana, que, como dijimos, no pudo penetrar las espaldas de la línea, quedó cortada, y así padecía gran daño, por todas partes ceñida de enemigos, al quererse retirar.

Este fuerte combate duró tres horas; los españoles acabaron antes la munición que traían, y concluyeron la acción con la bayoneta. Perdieron los alemanes tres mil infantes, y de trescientos caballos de los saboyardos que salieron, ni uno volvió a la plaza. Quedaron mil prisioneros, entre ellos el conde Veterani, con cincuenta y ocho oficiales; perdieron dos banderas y muchos estandartes.

De los españoles murieron mil cincuenta hombres, y ciento cincuenta quedaron al principio prisioneros. Hallóse en el mayor fuego de guerra el marqués de Lede, a cuyo lado hirieron gravemente en el costado a su hermano el caballero de Lede. Se portaron con gran valor don José de Armendáriz y el conde de Glimes; los mariscales de campo don Jerónimo de Solis, el conde de Roydeville, el señor de Rebes, los coroneles don Francisco de Éboli, don Francisco Miguel Coello, don Manuel de Sada, don José Almazán, que quedó mortalmente herido, con su teniente coronel y sargento mayor, y aun el coronel don Francisco Doetiguen, que también recibió una herida mortal; don Lucas Patiño, el coronel del regimiento de Ibernia, que como más antiguo mandaba la brigada irlandesa, que con su teniente coronel y tres capitanes quedaron heridos; el duque de Atri, que sacó, como se ha dicho, una herida en un brazo.

De los alemanes quedaron en el campo español heridos mortalmente los capitanes Laudreti, Hevi y Berri, de los regimientos de Salazo, Toldo y Walte; y prisioneros, el general conde Veterani, como se ha dicho; los capitanes Bracil, Fitegeral, Gramont, Kulkel, de los regimientos de Tiste, Staremberg, Lorena y Vessel, y el sargento mayor Varol, con diez tenientes.

Esta victoria, poco esperada de la arrogancia alemana, añadió brío y puso en gran crédito a los españoles, porque era la primera acción en Sicilia clara y en campaña. Quejóse mucho con el general Carrafa de esta pérdida el conde Daun; fue la respuesta que no eran aquellos mismos españoles, los que él había vencido en Gaeta. Luego que acabó la acción llegaron al campo las guardias walonas, la brigada de Saboya y otros cuerpos de infantería, caballería y dragones; que si hubiesen dos horas antes llegado, se perderían

ocho mil alemanes, que combatieron contra seis mil españoles, que eran los que estaban en el bloqueo de la plaza, y los cuerpos que primero se destacaron de Mecina, a los cuales se añadieron los que trajo consigo, como se ha referido, el marqués de Lede.

Acabó de llegar el ejército español delante de sus trincheras, y fortificó las suyas el alemán enviando más gente, que por tierra pasaba a Calabria, destacada de Hungría. Poco satisfecho Daun del general Carrafa, le sacó de Melazo y envió al general Zumiunghen, porque la guerra de Sicilia la había puesto el Emperador a cargo del virrey de Nápoles, de donde llegaban continuos socorros de víveres y dinero.

Tanta gente cargó en aquella tierra, que no pudiendo subsistir la caballería, se volvió a Nápoles, y como ya entraba el invierno padecían muchas borrascas las embarcaciones destinadas a Melazo, y aún tardaban, de lo que se podían temer llegar las provisiones, lo que puso al ejército alemán en suma consternación y falta de lo necesario; pero se habían tan fuertemente atrincherado, que desconfió el marqués de Lede de poder atacar en sus formas la plaza antes de romper las trincheras enemigas, cuya empresa le persuadían muchos de los oficiales generales, y llegó a tanto la variedad de dictámenes, que ya le acusaban de flojo e irresoluto.

Como creció el número de alemanes de Melazo de diez y seis mil infantes y dos mil caballos, hicieron los españoles línea de contravalación en la que el ingeniero mayor, teniente general Verboon, consumió sumas inmensas de dinero, cuya falta alguna vez se hacía sentir en el ejército, porque todo había de pasar por letras de Italia y no había bancos que sufriesen estas remesas, por lo cual se aventuraron gruesos caudales en falucas y barcos desarmados.

Manteníase bloqueada de la caballería española Siracusa, donde estuvo el conde Mafei, hasta que llegase el barón S. Remi, a quien envió el rey de Sicilia para mantener las plazas a orden suya, hasta que viese si podía en Viena y Londres sacar algo más que el reino de Cerdeña por equivalente de Sicilia; pero viendo que aún le podía faltar lo que le ofrecían, si no adhería luego a la Triple Alianza, vino forzado en ella y admitió a Cerdeña, rey de la cual fue reconocido en Viena a 5 de noviembre, y cedió la Sicilia, de la cual hizo virrey el Emperador al duque de Monteleón; más para satisfacerse con este acto positivo de dominio que porque pudiese tener tan pronto efecto, no poseyendo en ella más que tres plazas marítimas, cuando toda la isla estaba por los españoles, que habían agregado a su caballería la más escogida de la de país, y se servían de ella para guardar muchos pasos y ayudar al bloqueo de Siracusa y Trapana, y aún a correr las marinas, desde Melazo a Mecina, donde don Lucas Espínola las hizo reparar luego las brechas y las puso en estado de defensa.

Aunque hizo celebrar mucho en Madrid el cardenal Alberoni la feliz y ventajosa acción de Melazo, por las disposiciones de aquellas trincheras y varios avisos conoció que la guerra de Sicilia iba larga, y que era obra de muchos años, porque el Emperador reforzaba cada día su ejército y el del Rey Católico se disminuía; por eso ordenó al marqués de Lede conservar mucho aquellas tropas y no entrar en acción general voluntariamente, sino en caso preciso, de asaltar las trincheras de Melazo si parecía conveniente. El duque de Orleáns, que ya había hecho el sistema de estrechar la amistad con Inglaterra y el Emperador, no sólo contribuía con caudales, pero prohibió a los

franceses el servicio de España, tanto por mar como por tierra, llamando a todos con un edicto, y previno almacenes en los fines de Navarra y Cataluña, arrimando algunas tropas con manifiesta deliberación de atacar los reinos de España.

Muchos creían, y aún los mismos franceses, que esto era una engañosa apariencia, para satisfacer a sus aliados, pero ya obraba el duque de veras y con animosidad contra el rey Felipe, dando a entender al Consejo de la Regencia y a los príncipes de la sangre, que esto era por su propio bien y porque tuviese los Estados de Parma y Toscana, como en el tratado de la Cuádruple Alianza se le ofrecían. La verdad era estar picado de que el cardenal Alberoni le quería sublevar los pueblos y quitarle la regencia, y aún al Rey de su poder, y ponerle, como decía el cardenal, en seguro, desconfiando del duque. No faltaban en Francia hombres de todas esferas que así lo entendían, y por medio del príncipe de Chelamar trataba una conjura contra el duque, no contra el Rey ni el reino. Los sujetos que entraban en ella no nos consta con evidencia, porque este secreto sólo le tenía Alberoni y Chelamar.

Hallábase en París don Vicente Portocarrero, hermano del conde de Montijo, que pasaba a Madrid, y de él se valió Chelamar, como persona de la mayor confianza, para poner unos pliegos en manos de Alberoni. La seguridad de la ocasión y lo prolijo de su escritura hizo que Chelamar no la velase con la cifra. Alguna espía en la propia secretaría del embajador o los recelos del duque, que eran los más vigilantes, hicieron creer que llevaba consigo Portocarrero papeles de importancia, y en Poitiers, asaltado de una manga de soldados en una posada, dentro de su propia cama, fue despojado de todos sus papeles y de los pliegos que el embajador le había entregado, al cual, aunque le dieron esperanzas de restituírselos y el señor Blane, uno de los secretarios de Estado, le llamó para eso, le condujo después con gente armada a la casa de su habitación, le arrestó en ella con guardias de vista y buscando todos los retretes encargó y selló todos los papeles de oficio y los que dejaron el duque de Alba y el marqués de Casteldosríus.

En una representación por escrito de 10 de diciembre, se quejó con el Rey Cristianísimo altamente el príncipe de Chelamar, de que se había con él dos veces violado el derecho de las gentes en la intercepción de sus Cartas y en el arresto de su persona y secretario, con el embargo de los papeles. Ponderó la ofensa como injusta y extraña, y confesó enviaba al Rey su amo algunos proyectos de personas afectas al Rey Cristianísimo y al reino, y sin poner en ejecución su contenido, sino dando esta noticia al Rey Católico.

El mismo duque de Orleáns, contra quien todo esto se ponderaba, era el que recibía esta representación y deliberaba sobre ella, por la niñez del Rey; y así hizo poco efecto. Sus papeles quedaron embargados; los privilegios que Portocarrero llevaba, nunca se restituyeron, y en 12 de diciembre se le dio orden que al otro día saliese cuarenta leguas de la corte, hasta que llegase la del Soberano. Así lo ejecutó, y se quedó en Blois. Como el Regente había participado a todos los ministros extranjeros esta resolución, diciendo era el príncipe de Chelamar motor y principal instrumento de una conjura contra el Rey y el reino, aquél escribió también a los mismos no había hecho más que participar a su amo un proyecto de hombres celantes y apasionados del Rey, para librar el reino del despótico y tirano dominio del Regente; éste hizo imprimir dos cartas del embajador dirigidas a Alberoni en el pliego que interceptó a don Vicente Portocarrero, en que se leían cláusulas que manifestaban la conjura, aunque no declarando a punto fijo el objeto de ella, porque

le decía que si era menester dar fuego a la mina y llegar a los hierros era preciso anticiparse antes que tomasen más cuerpo los abusos y el poder. Citaban las cartas otras ya escritas sobre el mismo asunto, y notadas con unas letras o números, las memorias que incluían, las cuales no imprimió ni sacó a luz el Regente.

Es constante que esta conjura o designio no era contra el Rey ni el Estado; sólo se enderezaba a juntar Cortes generales y a minorar la autoridad del duque de Orleáns o quitársela enteramente. Había ya descubierto esta intención el Rey Católico en una carta que desde 3 de septiembre escribió al Rey su sobrino y la mandó entregar por su embajador en París, en que se quejaba de la alianza de Francia con su mayor enemigo, que era el Emperador, y que algunos, prevaliéndose de su menor edad, querían con violencia aumentar sus propios intereses; daba a conocer los perjuicios de esta guerra, que la Francia movía contra un príncipe de la propia Casa Real, y en fin, aunque no nombraba al Regente, todas las flechas se enderezaban a este blanco.

Otra, casi del mismo tenor, escribió a todos los Parlamentos de la Francia en 4 de septiembre, e hizo imprimir un manifiesto a 6 del mismo mes, dirigido a los Estados Generales de aquel reino, de los cuales se declaraba protector, y ponía patentes las razones de minorar la autoridad del duque y los riesgos que ésta amenazaba. Después se imprimió en España una instancia o súplica de los Estados Generales de Francia, como implorando la protección y la fuerza del rey Felipe para librarlos, como decía, de un violento despotismo del Regente. A 9 de noviembre hizo el mismo Rey una declaración muy resentida de la guerra que se le movía, y muy llena de amor y compasión por la nación francesa; por lo cual, aunque se le hiciesen hostilidades, permitía todavía el comercio y ser tratados los franceses como españoles, dándoles un año de tiempo para retirar sus efectos a los que quisiesen salirse de sus reinos con libertad de quedar en ellos sin ser molestados.

Después hizo otra declaración en 25 de diciembre, en que firmaba no creía que los franceses, por pretexto alguno, tomasen contra su persona y reino las armas, después de haber derramado los tesoros de su sangre y caudales para socorrerle y mantenerle en el trono.

Todos estos violentos pasos e inconsideradas escrituras que disponía y mandaba publicar Alberoni, no tuvieron más efecto que irritar más al Regente, perseverar en su sistema y determinar la guerra contra la España; y tanta fuerza o libertad dio a su ira, que mandó prender a muchos de los que creía o le constaba eran parciales del Rey Católico, y autores de la ideada sublevación de los pueblos contra su persona, porque no ignoraba no ser contra el Rey; pero este nombre le servía para honestar sus resoluciones. Prendió al duque de Humena, hijo natural del rey Luis XIV, y a su mujer y a otros. Con muchos no se atrevió, porque era conciliarse enemiga toda la Francia.

Nunca creyó la España, ni el mundo, ni sus propios enemigos, que tendría antes de la paz general aliada contra sí la Francia, que era la que llevó todo el empeño de mantener al rey Felipe en el trono, y tanto por eso había padecido; y así, se renovaron los odios contra los franceses, aunque el cardenal Alberoni se lisonjeaba que nadie tomaría las armas contra el rey Felipe, y que al verle se pasarían a su partido. Por eso tuvo idea de hacer entrar al Rey armado en la Cataluña de Francia, quedándose en la raya como llamando a los

franceses; pero tenía bien pagadas y contentas las tropas el duque Regente, y esparcía que quería el cardenal mandar ambas monarquías, y venir a Francia tutor de su rey Luis XV en nombre del rey Felipe, a quien creía pertenecerle la regencia, como primer príncipe de la sangre.

Estas reflexiones inspiraban también en sus aliados, para que temiesen más a la España, que con el pretexto de la tutela quería unir ambos reinos; lo que Alberoni pensaba no lo podemos saber, porque un hombre tan reservado no expondría manifiesta su idea, pero es constante que aspiraba por medio de la intentada sublevación a hacer elegir curador del rey de Francia al de España.

* * *

En este año parió la Reina Católica en 13 de marzo una infanta, a quien se la dio por nombre María Ana. El Rey padeció recelos de principios de hidropesía, no sin una profunda tristeza, y su aprensión la daba a los vasallos. Se resolvió por eso a hacer testamento; si voluntariamente o inducido de Alberoni, es secreto muy oscuro; cierto es, que dejaba curadora a la Reina, con sólo el consejo y dictamen del cardenal Alberoni, mientras duraba la menor edad del príncipe de Asturias. Los españoles padecieron el desconsuelo mayor, no sólo porque ya concibieron el grave peligro en la salud del Rey, pero por ver que, en cualquier funesto accidente, no se libraban del violento gobierno del cardenal.

Hubo en Madrid, con el mayor secreto, algunas secretas conferencias entre los primeros magnates; y Dios, con mejorar la salud del Rey, libró la España de la intestina inquietud que la amenazaba. Cuanto era de su parte la fomentaba el duque de Sant-Agnan, embajador de Francia. El marqués de Nancre, ya mucho tiempo había sido llamado a París; aunque Saint-Agnan se había desaparecido, dilataba el salir de la corte, hasta que Alberoni, mal satisfecho de lo que aquél censuraba su conducta, le hizo dar orden saliese luego de España.

La noche del día 10 de diciembre murió en las trincheras que había levantado contra Federico Alá, en Noruega, Carlos XII, rey de Suecia, herido de una bala de sacre que disparaban del castillo, mientras de éste con fuegos artificiales querían descubrir los aproches suadeses. Esta improvisa muerte desconcertó en parte las medidas del cardenal Alberoni. Ofrecíale éste socorro si movía el sueco la guerra en Alemania, como la tenía ideada al principio de la otra campaña. En efecto, se hallaron en los papeles del barón Ghertz, su primer ministro (que fue después degollado en Estocolmo) un tratado ajustado con el señor de Osternan, plenipotenciario del Czar, donde quedaron de acuerdo que éste pasaría con un ejército de 80.000 hombres contra Polonia, para volver a entronizar al rey Estanislao, y que bajaría a Alemania con un ejército de cuarenta mil el sueco, sustentando este empeño contra cualquier príncipe que quisiese oponérsele; y que acabada esta empresa, le ayudaría el Czar contra el duque de Hannover a recobrar los Estados de Bremen y Verden, y mantener las armas contra la Inglaterra si ésta usaba de su poder.

Alberoni tenía ofrecido al sueco socorros, como dijimos, y no había perdido las esperanzas que en caso de ver el otomano que se mezclaba el Emperador en esta guerra, moverla él, para recobrar lo perdido en Hungría, porque Ragotzi no estaba

desesperanzado de obtener de la Puerta Otomana volver a mover las armas, aún en tan reciente paz. Todas estas ideas se le desvanecieron al cardenal, pero no su firmeza de ánimo.

La Emperatriz en 13 de mayo dio a luz a la archiduquesa María Teresa, mal compensada con una hembra la pérdida del hijo que el pasado año había parido, lo que puso en suma tristeza y aprensión la corte, porque ver al Emperador, después de tantos años casado, sin sucesión varonil, suscitaba algunos disgustos en los príncipes del Imperio, perjudiciales a la autoridad y quietud del Emperador, que nada aflojando de sus magníficas ideas, proseguía en tejer a la Italia los grillos, alojando sus tropas en los Estados de los príncipes de ella y fatigando el dominio de la Iglesia con tránsitos continuos de soldados para Nápoles, arrepentido de las que había hecho pasar por mar, que le costaba mucho y perdió en una borrasca algunas.

Eran inútiles los lamentos del Pontífice, porque los oficiales alemanes daban la mayor libertad a su gente pareciéndoles ser prerrogativa de la mucha autoridad la licencia y el desacato. No se atrevía el Gobierno de Roma ni a quejarse, por no dar mayor ocasión a la insolencia que adelantaban los mismos cardenales parciales del Emperador, para manifestársele obsequiosos, y no eran pocos. Uno más tuvo este año de su partido, porque el cardenal Francisco Judice, a quien el Rey Católico había hecho bajar sus armas, puso las del Emperador y se declaró de su partido, sacando un manifiesto en que pretendía justificarse, y daba, entre otras razones, que siendo el reino de Nápoles, de donde era natural, del Emperador, y habiéndole despedido de su servicio el Rey Católico y embargado sin motivo las rentas del arzobispado de Monreal que tenía en Sicilia, estaba en su libertad, y que debía seguir el partido de los napolitanos. Esto lo juzgó el mundo variamente, como todas las demás cosas en que entra, usurpándole el oficio de juez, el afecto, el genio y la pasión.

Año de 1719

Crecía cada día la mala satisfacción entre las dos cortes de España y Francia. Mantenía esta desunión el cardenal Alberoni, que se consideraba muy en desgracia del duque de Orleáns y lo vendía al Rey Católico por servicio; había hecho ya vanidad de la ostentación, de género que obligó, habiendo ya declarado la Inglaterra a España la guerra, a que la declarase formalmente la Francia en 9 de enero, y el día antes se había publicado en París un manifiesto en que se daban las razones de mover las armas contra el Rey Católico; decía que aunque los soberanos no están obligados a dar cuenta más que a Dios de sus operaciones, pero que cuando importa a su gloria o la tranquilidad pública, es bien informar al mundo de su justicia. Que había tomado esta empresa por el propio bien de la España, que no conocía sus actuales intereses, y era preciso mantenerla sin imputar esta infracción de tratados a la religiosidad del rey Felipe, sino al considerado empeño de sus ministros.

Que esto era manejar los intereses de la España, que tanto a la Francia la costaban que se vio ésta en términos de volver a llamar a París al rey Felipe si no hubiese tenido la Providencia ocultos remedios; bien que en la paz de Utrech, tratando de los intereses del

Emperador y la España, no se hiciesen más que ajustes provisionales y no decisivos, porque el Emperador no había concurrido a nada ni quería admitir reconciliación con la España aun después de la pérdida de Landau y Friburg y los tratados de Rastad y Bada, que eran los que tanto deseaba Luis XIV y los hizo proponer al conde de Gros y al príncipe Eugenio, enviando particularmente para eso al conde de Luch a Viena. Que el Rey Católico había escrito en 16 de mayo del año 13 a su abuelo que no podía durar la paz si no le reconocía rey de España el archiduque, y que en otra de 31 de enero del año de 14 escribía que había renunciado a Flandes, Nápoles y Milán a la Casa de Austria; Sicilia, al duque de Saboya; Gibraltar y Menorca, a los ingleses; que estaba pronto a ceder lo de Cerdeña al duque de Baviera, y que así debía el archiduque conocerle Soberano de lo que de la Monarquía le quedaba; que entonces era claro que el Rey Católico se contentaba de ella, así desmembrada, y que lo propio debiera ahora hacer; que la España había querido turbar su Estado con secretas conjuraciones; que para asegurarse de ellas, había sido precisado consentir a una alianza, no sólo perjudicial a la España, pero útil, porque se le presentaba un ajuste en que ganaba más de lo que podía esperar, y nada perdía de lo que creyó poseer.

Que para perfeccionar esto eran precisas las armas después de avisado del rigor de ellas el Rey Católico, y aún dándole a ver la utilidad de las proposiciones, siendo una de ellas que el Cristianísimo alcanzaría para el rey de España a Gibraltar; que todas habían sido despreciadas, creyendo que ir contra la neutralidad de Italia y Sicilia no era de cuenta de los aliados.

El Rey Católico mandó publicar otro manifiesto en 19 de febrero, dando los motivos por qué no había admitido el trato de la Cuádruple Alianza. Decía estar ya rescindido el contrato de la neutralidad de Italia, porque le había violado muchas veces el Emperador; que también lo estaba la cesión de Sicilia, porque nada había observado de sus pactos el duque de Saboya. Que se le había propuesto un tratado por unos príncipes que pretendían dar la ley a toda Europa por modos tan imperiosos como quitando la soberanía a quien Dios la había concedido.

Quejábase de la Inglaterra, después de haberla prometido tanto beneficio en el comercio, de la que llamaba traición de Binghs y mala fe; ponderaba la ambición de la Casa de Austria y la interesada amistad con el rey Jorge. En fin, con quien más se ensangrentaba era contra el Regente.

Estos papeles y otro que sirvió a Alberoni en su defensa, tirando una impropia línea de comparación entre él y el Regente, tocante al Ministerio, con palabras injuriosas y ofensivas contra el duque, exaltó su ira al grado más superior, y fundando una personal enemistad contra Alberoni, avivó las artes y la guerra. Determinó hacerla contra Cataluña y la Navarra, y se enderezaron tropas a la Guyenna, mientras bajaba el duque Berwick, que aunque estaba en París porque no se había resuelto la empresa, hubo sobre eso una Junta de guerra en que concurrieron los más experimentados, si no los más lisonjeros. La voluntad del duque de Berwick hizo confiar al de Orleáns, sin que le hiciese fuerza ser Berwick duque de Liria en España, grande de primera clase y tener a su hijo primogénito casado con la hermana del duque de Veraguas; cierto es que de mala gana tomó este encargo, y restituyó el Toisón al Rey Católico, que no le quiso; pero dependía enteramente de la Francia, a quien debía su ser, y aunque no fue de dictamen de atacar a

Fuenterrabía, ese fue el del duque de Orleáns, por más fácil, porque le abría el camino a la Vizcaya, cuyos puertos podía ocupar, y después hacer al Rey Católico la amenaza de entregarlos a los ingleses, que con esta intención ofrecieron concurrir a esta guerra, enviando una escuadra a los Pasajes.

El duque Regente, para ser árbitro de ella, no quiso que le ayudasen los ingleses; se quedó de acuerdo en que ellos atacarían otra parte de España. Alberoni, que nada dejaba de penetrar, viendo frustradas las esperanzas de la guerra del Norte en la Alemania con la muerte del rey de Suecia, y que los ofrecimientos de Ragotzi eran aéreos, aunque embarazado en la peligrosa y difícil guerra de Sicilia, discurrió introducirla en Escocia. No sabía por dónde empezar tan gran máquina, y se dio el caso que, o cansado el Pontífice de tener en sus Estados al rey Jacobo de Inglaterra, o interesándose por él, insinuó al Rey Católico, por medio del cardenal Aquaviva, y escribiendo al padre Daubanton que sería dar fuertes celos y alguna diversión a los ingleses el llamar a España a Jacobo; el cardenal Alberoni abrazó esta oportunidad; como era amigo de empresas ruidosas, quiso que antes de pasar este príncipe se le enviase un confidente suyo con quien tratar el modo como dar más celos al rey Jorge.

El rey Jacobo mandó al duque de Ormont, que estaba en Francia, que pasase a Madrid. Ejecutólo luego, lo que dio en rostro a los ingleses y holandeses, y aun éstos se quejaron con el rey Felipe, diciendo podía irritar más tan gran demostración al rey de la Gran Bretaña, y aun hacer tomar otras medidas a los Estados Generales. Alberoni desmentía con falsas expresiones su idea, asegurando que sólo huía Ormont de la Francia porque sabía lo quería prender el Regente, y que se había refugiado en España, pero no entrado en la corte; que las de Londres y París usaban del artificio de estas quejas para acumular mayores crímenes a los ministros del Rey Católico.

Mientras esto decía Alberoni a los ministros españoles que servían en las cortes extranjeras para que lo publicasen, provenía un formidable armamento en Cádiz y en los puertos de Galicia, deteniendo naves para transporte y pasando armas de Vizcaya y Barcelona. El pretexto era el mejor, porque se habían embarcado con cantidad de tropas alemanas en San Pedro de Arenas para Melazo, y como se mantenían atrincherados ambos ejércitos sin osar atacarse unos a otros, creía el mundo (y lo creían los aliados) que enviaba este socorro a los suyos el Rey Católico.

Algo empezaron a dudar cuando vieron que en 8 de febrero desapareció el rey jacobo de Roma. Envió algunos de los suyos con apariencia de su propia persona por Bolonia al Estado de Milán, para Francia; otros envió por el camino de Génova; pero el Rey, en una corbeta francesa, prevenida en Neptuno secretamente del cardenal Aquaviva, pasó a España y fue recibido del Rey Católico con las mayores demostraciones de amistad y atención, y magníficamente regalado. Esto hizo desvanecer la opinión de que estaba preso en Milán, porque en Voguera habían arrestado dos de aquellos criados suyos que de industria hablaban con misterio, con lo cual creyeron tener en las manos al Rey. Así lo participaron aquellos ministros a Viena y a París, y milord Stairs a Inglaterra; así lo había participado don Francisco Colmenero, gobernador del castillo de Milán, al enviado de Inglaterra, que residía en Génova, y éste a su corte; pero burló a todos la bella disposición de este viaje, sobre lo cual exclamó con palabras violentas el conde de Cadogan en El Haya, dando a conocer el artificioso engaño de los españoles, y que el Rey Católico,

cuando fingía querer la paz, encendía la guerra; mostró un género de manifiesto que salió en Escocia firmado del rey Felipe en 2 de febrero, en que decía emplearía todas sus fuerzas para restituir al Trono al rey Jacobo.

Este papel fue apócrifo; le inventaron los parciales de la Casa Stuarda para mover los pueblos y esperanzar los de su partido, previniéndolos a tomar las armas, porque no faltaba en Escocia quien sabía el secreto o, por lo menos, no ignoraba haber pasado el duque de Ormont a España, y al que espera, cada pequeño incendio le propone abultado su deseo.

El cardenal Alberoni, despreciando los riesgos que esta empresa tenía, hizo que Ormont partiese de Bilbao a La Coruña, donde se habían de unir las naves que salieron de Cádiz, que eran dos de guerra de sesenta cañones y una fragata de veinte, mandadas por don Baltasar de Guevara, que escoltaba los bastimentos de transporte en que había cinco mil hombres, cantidad grande de municiones y treinta mil fusiles. Iban en ellos cinco ingleses del partido jacobita, hombres de distinción, disfrazados, y estas veinticuatro velas salieron de Cádiz a 10 de marzo.

Prevenido de antemano el rey Jorge, sacó un tallón, diciendo que Jaime Budlet, duque de Ormont, se había embarcado en España para sublevar la Irlanda, y que ofrecía diez mil libras esterlinas al que lo cogiese vivo o muerto. Esto previno los ánimos de los traidores y los leales. Esta escuadra de España estaba en trozos, dirigida a varias partes. Mil hombres, los más irlandeses católicos, llegaron a Escocia, a Polelum, Garoloch y Kintail, con los milores mariscal Scafort y Tullibardina, desembarcando en aquella playa los días 16 y 17 de abril. Traían tres mil fusiles para armar paisanos, aderezos para quinientos caballos y municiones. Ocho días después pasó a Bracaam Scafort, de donde había escrito cartas circulares a sus amigos y vasallos para venir armados a asistirle, y a la ciudad de Imurnesa, para que fuese sin contradicción recibido. Estos hombres ocuparon unos castillos de poca entidad y algunos puestos; agregándoseles hasta dos mil paisanos, número infinitamente menor al que esperaban.

No se les declararon más del partido del rey Jacobo, no porque dejaba de haberlos, porque la nota que en Madrid presentaron de los que les aguardaban, llamándolos con solicitud, era más numerosa y de personas de distinción que no nombramos, porque tuvieron la fortuna de no ser descubiertos, y es fácil que se abultase este número para determinar el ánimo del Rey Católico a la empresa, hecha tumultuariamente y con poca refleja de Alberoni, porque eran pocas tropas las que envió para mantener una guerra civil contra un Rey bien armado, y a quien se dispusieron a socorrer luego sus aliados y la Holanda, de donde marcharon dos mil hombres, uniéndose en los puertos de Francia todas las naves de transporte posibles para embarcar cuatro a cinco mil hombres, porque marchaban hacia Ostende seis batallones del Emperador, y el duque de Orleáns hacía prevenir en Brest una escuadra de naves de guerra para unirse a la de Inglaterra, que mandaba el almirante Norris.

Estos socorros debían estar previstos de Alberoni, pues aunque sólo pretendiese turbar la quietud del rey Jorge y empeñar en nuevos gastos sus aliados, envió tan poca gente, que no podía mantener viva la rebelión; marcharon luego tropas inglesas para defender la

Escocia, navegando hacia Kaitnes, con ánimo de introducir la sedición en Sonter-Land después de ocupar el castillo de Dumrobin.

Los ministros reales, invigilando sobre aquel reino, encontraron en Korke, en un soterráneo de una casa, cantidad de fusiles y alfanjes, que debían servir a los sublevados. Pocos se agregaron al milord Tullibardina, acampado contra el fuerte Kingrail, que ocuparon y guarnecieron con sesenta hombres. Estaba en estas costas con dos navíos del Rey el capitán Voyle y, uniendo algunas naves mercantiles con gente, se acercó al castillo, que está a la orilla del mar, y como éste se defendía, acercó sus naves el inglés. Con el favor de la noche batió el castillo, echó en lanchas su gente a tierra y le atacó, y resistióse la guarnición con valor; pero estando dos millas lejos el campo de Tullibardina, no pudo ser socorrido, porque los rebeldes, en las tinieblas de la noche, no se atrevieron a moverse de la trinchera que habían levantado, creyendo que aquella guerra era fingida de tropas del Rey, para que desamparasen su campo. Al fin se rindió el castillo, donde tenían los sublevados cuatrocientos barriles de pólvora, municiones y harina de repuesto. Todo, y la fortaleza, quemaron los ingleses, y se volvieron a embarcar.

Los rebeldes, para moverse, aguardaban las noticias en que habían cometido con el duque de Ormont, de la sublevación de Inglaterra e Irlanda, porque en ambos reinos habían de hacer el desembarco los españoles, como si fuesen treinta mil. Esto mantenía en inacción a los escoceses del partido jacobita.

Un navío español, con otro patache de transporte, echó gente a tierra en la parte septentrional de la Escocia, a tomar lengua si sabían algo del duque de Ormont, y no pudiendo lograr noticia, volvieron a embarcarse. Salió el almirante Norris con diez naves, buscando la escuadra española, que en el cabo de Finisterre padeció tan furiosa borrasca por doce días, que se separó toda, echando los caballos al mar; muchas naves de transporte naufragaron; cuatro entraron en Lisboa; ocho, en Cádiz; dieciocho, en los puertos de Galicia, donde se salvaron, fracasados, tres navíos de guerra; de los de transporte, pocos pudieron servir.

El Rey Católico pagó las que no fueron capaces de aconche, y retiró sus tropas por tierras de Portugal, porque así lo permitió el rey don Juan, instándole el ministro de España, marqués de Capicelatro. Las naves de guerra de Galicia, con el duque de Ormont, salieron de Vigo y Pontevedra, intentaron sublevar la Bretaña, que sabían estaba descontenta del gobierno del duque de Orleáns, y el conde de Bonamaur, francés, se ofrecía, entre otros, por cabo de la sedición; pero no tuvo efecto, porque aunque la provincia creía estar ajada y oprimida, no tuvo valor a la rebelión, ni cabos que la alentasen, porque la mayor parte de la nobleza estuvo por el Regente. No se podían internar los rebeldes de Escocia a la parte meridional, porque no parecía el duque de Ormont, y todo el reino estaba quieto, por lo cual, sin hacer progreso alguno, atacados de pocas tropas del Rey, quedaron derrotados. Muchos se salvaron con los cabos principales; otros quedaron prisioneros y llevados en triunfo a Londres.

Este éxito tuvo esta expedición; así, pródigo del dinero y sangre de la España, Alberoni todo lo intentaba y nada le podía salir bien, porque quería contrastar el poder de tres príncipes grandes con solos los caudales de España que había agotado, consumiendo no sólo los del Rey, pero de particulares. Bien es verdad que el meter la guerra en casa a los

ingleses lo embarazó la desgracia del temporal, y por su causa no haberse podido introducir en Escocia más tropas españolas, que sostuviesen a los malcontentos, que el regimiento de León, que de repente hizo embarcar en los Pasajes el príncipe de Campo Florido.

Los descontentos de Francia con el gobierno del Regente y temores de que en su tutela enfermase de muerte el Rey niño, tampoco pudieron jugar las armas ni declararse del todo, porque don Blas de Loya, a cuyo cargo estaba salir de los puertos de Laredo y Santander con dos navíos cargados de armas y patentes para algunos caballeros de la Bretaña, nunca salió de los puertos, pretextando el mal temporal, que muchos llamaron miedo, por no tener el mayor crédito de valor en las tropas este oficial. Llegóse a esto el que, poniendo de mala fe con Alberoni al coronel Boisiniene, le fue mandado retirar como preso a Burgos.

Túvose por cierto que Boisiniene tenía la comisión y el secreto de ganar a muchos de los que venían en el ejército de Berwick para que se pasasen al rey Felipe y mantener la correspondencia con los principales franceses de la Bretaña, que estaban esperando armas, patentes y órdenes del Rey Católico para la sublevación; pero, cortada la comunicación, iban con el arresto de Boisiniene, y las esperanzas de los bretones con la detención y miedo de Loya, que nunca tuvo ánimo de embarcarse; muchos de ellos, descubiertos ya, se arrojaron al peligro del mar por huir el evidente de caer en las manos del Regente, y en una pequeña embarcación arribaron a Santander, y de aquí a Madrid, donde se quejaron agriamente de la mala conducta y poca resolución de don Blas de Loya. De este modo se mofaba con las desgracias y con la fatalidad de los subalternos el ardimiento del cardenal, y se desvanecían sus intentos. De estas malas resultas salió que se enviase preso al castillo de Alicante al duque de Veraguas, porque éste se correspondía con el de Berwick, y aún suponían que con el de Orleáns.

* * *

En Sicilia mantenía las trincheras de Melazo con gran penuria y escasez de víveres el general barón Zumiunghen, sin poder atacar a los españoles, que habían hecho unas líneas invencibles. En el ejército había encontrados pareceres, porque muchos oficiales generales eran de opinión que atacase el marqués de Lede a los enemigos antes que se reforzasen, porque el ministro de Génova había dado aviso que se prevenía en Vado un gran convoy de quince mil hombres, mandados por el general Merci y escoltados por las naves de guerra de la escuadra inglesa.

El marqués de Lede creyó insuperables las trincheras enemigas y no poder empeñarse en el sitio de Melazo, porque como no le podía quitar la comunicación del mar, este mismo socorro que esperaba la plaza hacía imposible su rendición, porque con las tropas que habían de llegar y las que estaban, tendrían los alemanes veinticuatro mil hombres, número superior al ejército español, de donde faltaban los que servían de presidio a Mecina, a Palermo y Término, y los que bloqueaban a Siracusa y Trapana. Y aunque los

ministros españoles que servían en Italia habían enviado cantidad de reclutas, y de la gente que despidió Venecia habían formado dos regimientos que se iban enviando a Sicilia con el de Lombardía, que se sacó de Longón, y las tropas que se pudieron sacar de Cerdeña, no bastaba esta gente a formarle al marqués de Lede un campo igual al que tenían los alemanes, porque este rumor de las tropas que se esperaban había puesto en consternación a Palermo, y escribían de Nápoles que era la intención hacer desembarco en aquella playa, y así fue precisado el marqués de Lede a hacer otro destacamento para asegurar aquella capital, que gobernaba el marqués Dubui, porque había sido llamado al campo el conde de Montemar, al cual había casi siempre destacado, teniendo el marqués de Lede lejos de sí, porque era uno de los que se oponían a la que llamaba flojedad del marqués, y aborrecía la inacción.

El marqués tenía órdenes de la corte de conservar el ejército, porque Alberoni, ya que no pudo tomar a Sicilia por sorpresa, quería dilatar aquella guerra para esperar el beneficio del tiempo, cansar a los aliados y hacerse necesario al Rey, porque en la forma que estaba entablada, sólo él podía seguir aquella empresa, ni otro más que su absoluto modo de obrar podía sacar dinero para tantas urgencias, porque ya habían entrado también los franceses a la Navarra, y había determinado el Rey Católico salir con las tropas que le quedaban a encontrarlos, más con la esperanza de traerlos a sí quede oponerse con las armas,

Partió, al fin, de Vado con las tropas el general Merci, y llegó a Nápoles a 24 de abril. No pudo luego pasar a Sicilia, porque se habían de juntar víveres y municiones y avisar al general Zumiunghen de las operaciones que debía hacer el desembarco. En 23 de mayo partió de Vaya, escoltado en ocho naves inglesas y en más de doscientas velas de transporte; traía consigo doce mil infantes, dos compañías de húsares, dos regimientos de corazas y uno de dragones.

Estas tropas, parte se embarcaron en la ribera de Génova, parte pasaron a Nápoles por el Trieste, y más de la caballería que salió de Milán fue por tierra. El día 26 de mayo, al anochecer, la flota de los alemanes dio vista a las costas, el rumbo hacia el faro y las proas a Estrómboli. Siguió esta navegación hasta el cabo de Orlando, de donde vino el bordo, y se puso a la capa el 27, en la altura de Patti. Allí llegó el general Zumiunghen y se hizo Consejo de guerra. De Mecina, viendo estas operaciones, se destacó caballería y granaderos por Sanagati y torre del Faro, para impedir el desembarco; para la armada se había acordonado en el golfo de Oliveire la noche del 27, y a 18 millas de Melazo, entre Pati y Oliveire.

Con esta noticia sola tuvieron los alemanes la gloria de que levantase el sitio el marqués de Lede, porque podía ser cogido en medio de las tropas que llegaban y de la guarnición de Melazo, y quería tener el resguardo de las montañas y la comunicación con el mar meridional. Esta noche entró de trinchera el dicho Montemar, y se empezaron a dejar las líneas desfilando con alguna precipitación, de género que se dejaron en el campo los enfermos, recomendados con una carta al conde de Merci; dos mil sacos de harina y otros víveres.

En el campo había ocho cañones; tres en el parque y cinco en las líneas, los cuales se enviaron a Mecina; la marcha se tomó por el camino de Barceloneta al largo del río;

después tomaron la vanguardia los cinco batallones de las trincheras, y en la retaguardia quedaron cinco compañías de granaderos, y los oficiales avisando las partidas avanzadas; todo se ejecutó sin que lo sintiesen los enemigos; pero una chica partida del regimiento de Castelar, que no oyó el aviso, quedó después prisionera.

Unido el ejército, prosiguió su marcha; llevaba en 1a retaguardia los granaderos mandados del marqués de Restes. Cubríalos por la siniestra la caballería, mandada por el marqués de San Vicente. Con esta orden, el ejército se retiró a Rodi y Casal de Castro, dejando parte de la caballería en Pozo de Gotto y Barceloneta, y lo grueso del ejército se acampó a lo largo del río Rodi. La mañana del día 28 salió la guarnición de Melazo y ocupó las trincheras de los españoles. Tomó el hospital con los enfermos y los víveres que se habían dejado. Con esto descansó la victoria y se hicieron salvas en la plaza, dando con ellas y con las concertadas señales aviso al conde de Merci de lo que había sucedido. Los alemanes, dejando su trincherón de Melazo, se acamparon fuera, bajo el tiro del cañón, corriendo sus partidas hasta Merci y fuego de los Arcos. La mañana del 28, el conde de Merci, en el seno vecino a Oliveire, cerrado de dos grandes promontorios llamados Santa María de Tindaro y el cabo de Caraba, hizo su desembarco; luego ocupó a Fati, ciudad abierta, y yéndose a unir con la guarnición de Melazo, todos aquellos lugares vecinos prestaron la obediencia.

La misma noche determinaron atacar a los españoles en Rodi por dos partes, pero el marqués de Lede, no pareciéndole estar en aquel campo seguro, hizo una marcha muy larga y se acampó en Francavilla, para cubrir, según decía, todo el país, acudir a cualquier parte que los enemigos se encaminasen, y tener la retirada en todo accidente a Palermo.

Viendo malogrado su designio Merci, acampó su ejército con el ala derecha al mar; la siniestra, a Homeri; luego mandó prevenir fajinas y gaviones para el sitio de Mecina, y el primer día de junio, valiéndose de los barcos que tenía allí de transporte, hizo un destacamento de tres mil hombres contra la isla de Lípari. Tenía su castillo quinientos españoles de guarnición, que se retiraron a él. Los habitadores retiraron las mujeres y niños al cabo de Orlando; después, al continente de Sicilia, y no pudiendo Lípari ser socorrida, se rindió con su castillo prisionera de guerra la guarnición. El marqués de Lede envió a llamar sus destacamentos para reformar el ejército. Se destacaron trescientos caballos con el coronel conde de Pezuela, a cargo del brigadier caballero de Aragón, para observar en la altura de San Pedro de Patti los alemanes, que habían destacado quinientos caballos a Saponara, y cogieron a su duque, que estaba enfermo. Algunos dijeron que era ficción para dejarse tomar de los alemanes, con quienes estaba de acuerdo.

El marqués de Lede, del campo de Francavilla fue solo a Mecina, donde hizo reparar el fortín de los capuchinos, y para mantener a la devoción del Rey Católico la ciudad, la quitó las gabelas por tres años, y ésta hizo un donativo para las presentes ocurrencias. Todo el reino de Sicilia se armó contra los alemanes, a cuyos piquetes mataban a traición. Publicó un edicto el conde de Merci, en que mantendría el Emperador los privilegios a aquel reino, y quitaba catorce años de las gabelas si le prestaba la obediencia. El día 2 de junio, el marqués de Lede reconoció los pasos de Ibiza, Saponara y Calvaruzo, donde dejó algunas veteranos con caballería del país. La brigada de Castilla, con dos regimientos de caballería, los puso en la Escaleta; la de Saboya, en Taurmina. Envió al marqués de San Vicente a Catanea; al conde de Montemar, a Palermo, para dar

disposición de víveres para Mecina; y el ejército, a esta ciudad. Se la entró bastimentos a lomo de mulos, porque estaba poseído de los enemigos el mar. Por esta parte era difícil traerlos a Palermo; por eso ocupó Montemar a Castel-Brolo, en la costa de Tramontana, por donde los enviaba por agua, y sólo tenían que andar por tierra a Francavilla ocho leguas.

El día 17 de junio se puso en marcha el general Merci con todo su ejército desde el río Rofolino en dos columnas, para ocupar las alturas de las tres fuentes. Una columna marchaba por lo largo del río, otra por el camino de Castro Real. Las partidas avanzadas de los españoles se iban retirando, que era el destacamento del conde de Pezuela, cuatro compañas de granaderos de las guardias y los cincuenta carabineros y la infantería que ocupaban a Fondaco. El día 19 se prosiguió su marcha, empezando a bajar por la montaña que domina el río de Francavilla, haciendo que tres columnas tomasen las opuestas alturas a esta ciudad. Observaba a los enemigos el capitán de carabineros don Juan de Ezpieta, con lo cual el marqués de Lede se puso en batalla en su campo de Francavilla, que había bien fortificado, aunque no habían a este tiempo llegado todos los destacamentos que llamó el día 20 al amanecer.

Prosiguieron los alemanes a bajar por cuatro distintas partes al río a la parte de los capuchinos, y una columna mandada del general Schendorf, como iba llegando a llano, tomó la marcha de la montaña que dominaba la siniestra de los españoles, ocupada por el brigadier don Pedro de Tancour con el regimiento de Ibernia y ocho piquetes. Con otros cinco piquetes ocuparon la mitad de la colonia el coronel don Sebastián de Eslava; éste hacía frente al grueso de los enemigos. El marqués de Lede reforzó a Tancour con el segundo batallón de Castilla, pero los alemanes le apretaron tanto que, perdiendo mucha gente, se retiraba. Viendo esto el marqués de Lede, hizo avanzar al abierto que está entre esta montaña y los capuchinos los batallones de Utrech y Borgoña, y ordenó a Eslava mantener cuanto pudiese aquel puesto, lo cual ejecutaba con la mayor bizarría, sostenido de dos compañas de granaderos de las guardias valonas, mandadas por el barón de Venelt y el señor de Bay, que mostraron el mayor valor; pero como los alemanes, con una intrepidez singular, los cargaban y hacían tanto fuego sobre el ala derecha española, se iba Eslava retirando.

Lede hizo guarnecer el sitio con el batallón de Ibernia, sostenido del de las guardias valonas, al mismo tiempo que los enemigos bajaban de la altura. A la una de la tarde, el grueso del ejército alemán, que estaba en el río, atacó con gran denuedo y resolución la derecha española; fue rechazado por tres veces de los piquetes y de las guardias españolas con un regimiento de dragones que estaba en aquel puesto; pero, avanzando los alemanes, que ya con muerte de muchos españoles y de Tancour, los habían echado de todas las alturas, se vieron obligados los que querían adelantados defender el ala siniestra, a retirarse al cubierto de la derecha de los capuchinos, siempre peleando, mandados por don Juan Caracholi, que recibió una herida mortal, y don Domingo Luqués.

Los piquetes, atacados por todas partes, se retiraron a su cuerpo, haciendo oposición en los capuchinos a diez batallones de los alemanes, que atacaron con vigor imponderable aquel puesto. Los batallones de Utrech y Borgoña, con las guardias valonas, ocuparon el puente; allí pusieron su mayor esfuerzo los alemanes, pero siempre con infelicidad. La columna que bajó cara a los capuchinos dio varios asaltos, pero fue siempre con gran

pérdida rechazada, de género que volvía la espalda. Enardecido Merci, acudió con los oficiales; no tuvo mejor fortuna, y quedó gravemente herido. La siniestra del alemán no atacó en forma a la derecha española, contentándose de sostener cuanto podía los que volvían rechazados del centro, donde estaba el más vivo fuego de la acción: el que de ellas se apartaba de los alemanes, venía combatido de los granaderos y dragones que había mandado el marqués de Lede salir de la línea con los regimientos de Flandes y Andalucía, y ocupar las márgenes bajas del río. No las atacaron los dragones y granaderos a caballo alemanes, porque éstos guardaban la falda del monte y el camino de la Mora, manteniéndose con gran valor al fuego de dos batallones, aunque algo desordenados.

Enfurecido Merci, echaba más tropas a la acción; pero como este puesto de los capuchinos estaba ocupado de las guardias españolas, mandadas por don José Armendáriz y el marqués de Villadarias, oficiales de mayor brio y honra, no era fácil romper esta línea, sostenida de las guardias valonas, los batallones de Utrech y Borgoña, que les tocó aquel puesto. Los generales Zumiunghen y Schendorf se empeñaron ambos valerosamente varias veces en este acontecimiento, siempre con infelicidad, sin reparar que era insuperable el campo español, porque el ala derecha estaba cubierta del río y de una línea presidiada, como hemos dicho, de tropas tan bravas; en medio había un convento de capuchinos fortificado y guarnecido de escogidos batallones; el ala siniestra estaba animada a Francavilla, cubierta de varias viñas y paredes, con que no podía ser por todas partes atacado el campo, ni pelear la caballería. En esto último tuvo Merci ventaja, porque si hubiera podido entrar a la acción la caballería española, no la tenían los alemanes para oponérsele. Por eso resolvió atacar el campo el alemán, fiándolo todo al valor de su infantería, que hizo maravillas; pero encontró otro no menos fuerte. La noche dio fin a la ira de Merci, que se retiró herido, pero no desengañado, donde mostró más valor que prudencia, porque si durara más el día, el Emperador, en una que no fue batalla, perdía todo su ejército, y fue felicidad no haber perdido más que cinco mil hombres, muchos oficiales, entre ellos el príncipe de Holstein y el general Rokor; los heridos pasaron de mil y quinientos. Los españoles perdieron dos mil hombres, al teniente general don Juan Caracholi, al señor de Tancour, don Francisco de Ayala y hasta cien oficiales; quedó herido el caballero de Lede en una espalda, y don Pedro Seatahufort, con no pocos oficiales de las guardias españolas y valonas.

Al otro día ocupó el general Merci las montañas que los españoles poseían, fortificando las gargantas de ellas, porque no pudiese ser atacado. Muchos oficiales generales decían que debía el marqués de Lede hacer seguir al enemigo aquella misma noche, porque, guiado de la caballería del país, podía ocupar los puestos, por donde le fuese difícil bajar al llano para Melazo, ni tomar el camino de Mecina o abrirse paso al mar; pero ni los alemanes se retiraron con el desorden que los españoles creían, ni dejó el conde de Merci de tener su ejército junto a la medianoche, aunque sin más provisiones que seis días de pan que llevaba el soldado en la mochila; pero tenían los oficiales su bagaje en paraje seguro, cubierto de dos regimientos de caballería y otros dos de infantería, y así pudo en los días 22 y 23 fortificarse e ir adelantando su vanguardia hacia el mar, habiendo su caballería ocupado el puesto que está entre los jardines y la torre que se hizo para recibir los víveres de Calabria, porque de Trapana se hacían continuas conductas de víveres y se retiraban los heridos.

Muchos culparon a Lede de que en esta ocasión pudo haber acabado con los alemanes si los hubiera seguido. Pasó a aquel reino el general Merci para curarse, y quedó Zumiunghen con el mando. El día 2 de julio, después de dos veces rechazados, tomaron los alemanes a Taurmina; los paisanos les facilitaron la entrada por una puerta, por no padecer los estragos de la guerra, o por inteligencia, como se creyó, de algunos clérigos del lugar. El castillo de Mola, que presidiaba con doscientos hombres el teniente general del regimiento de Saboya, Pastor, se defendió con un imponderable brío, aun batido con dos cañones de veinticuatro y sufrido muchas granadas reales incendiarias.

Llegaron al campo del marqués de Ledo los regimientos de caballería de Borbón y Milán, que venían de Palermo, y unidos al de Flandes y Barcelona, se destacaron para Mascari, observando al ejército enemigo, que se enderezaba a Mecina. Volvió de Palermo el conde de Montemar con el regimiento de Brabante y los batallones de Lombardía, Landini y uno de suizos, para reforzar el ejército.

También aumentaron el suyo los alemanes con la gente que volvió de Lípari y la que sacaron de Siracusa, introducida por Taurmina y Santa Tecla, donde tenían intención de poner su campo después de haber fortificado el paso de las Tres Fuentes, que facilitaba la comunicación con Melazo, de donde estrechaban el campo español e incomodaban las tropas; pero el conde de Pezuela, con trece compañas de granaderos que mandaba el coronel don Patricio Landini, y trescientos dragones de su regimiento, desalojó a los alemanes de las Tres Fuentes, después de un choque muy sangriento. Estos sólo tenían la intención de adelantarse, y así, desamparando a Taurmina, el bloqueo de Mola, y dejando a la Escaleta, marchando por la Forca bajaron por la ribera del río Agro y tomaron el camino de Mecina, acampándose ocho millas distante de la ciudad de San Esteban, sin que se lo embarazase el marqués de Lede, como podía, según aseguraban muchos oficiales.

Ya con esto estaba amenazada Mecina, siendo cierto que los enemigos, antes de bajar por el Agro, estaban en cuarteles casi no comunicables, y atacados por su retaguardia o flanco derecho, no podían ser socorridos sino a mucha costa, pues para eso habían de bajar cuestas bien difíciles; pero al marqués de Lede le parecía no moverse de su campo de Francavilla, y así hizo inútiles las ventajas que tuvo en él, pues, después de cantar la victoria los españoles, vencido el ejército enemigo, se halló éste capaz de marchar extendido por las montañas y en un mes abrirse varios pasos por la mar, ocupar a San Esteban y aun adelantarse hasta Dromo, tres millas de Mecina. Estas disposiciones daba desde Calabria el general Merci, que luego que mejoró sus heridas volvió al campo para emprender el sitio. Los españoles volvieron a ocupar a Taurmina, y don Lucas Espínola, gobernador de Mecina, se prevenía a la defensa. Estas noticias las pintó el genio y el afecto varias en la corte de España. Reconoció el cardenal la variedad de los dictámenes, y que el conde de Montemar, don Lucas Espínola, don Próspero Verboon y otros oficiales generales se oponían al marqués de Lede, cuya conducta era de su aprobación, y así determinó sacar a Verboon y a Montemar de Sicilia, y que por ellos fuesen las dos galeras del cargo de don Pedro Montemayor, con las cuales había de pasar de España a Italia el rey Jacobo de Inglaterra.

Quería el cardenal desembarazarse, porque veía era otro obstáculo a la paz; pues la primera condición sería sacarle de los dominios del Rey Católico. Esto instaban los

holandeses, que se mantenían neutrales, aunque habían ya ofrecido entrar en la Cuádruple Alianza, dando tres mil hombres para esta guerra si el en término de tres meses no hacía la paz el Rey Católico. Para esto enviaron a Madrid al barón de Eloster, que no fue recibido con aquella urbanidad que los holandeses esperaban, porque el cardenal creyó que traería modificados los artículos ya propuestos, y éste sólo le instaba que se admitiese el de Londres, al cual tenía Alberoni tanto horror, y con poco que de él se hubiese mudado, sin duda se convendría al ajuste, que hacía cada día más difícil, porque había explicado al marqués Anníbal Scotti, ministro extraordinario de Parma en París, el duque de Orleáns, que nunca dejaría las armas si no salía de los dominios de España Alberoni; por el rey Jacobo decía lo propio la Inglaterra; y así, se halló embarazado el rey Felipe en el pretexto de insinuarle volviese a Roma.

La fortuna abrió camino. Estaba, como dijimos, arrestada en Inspruck la princesa Clementina. Sobieski, mujer del rey Jacobo, y había el Emperador mandado pasase a la ciudad de Olao, en Silesia, donde estaba su padre. La princesa, que no había determinado más que seguir a su marido, dispuso huirse, lo que ejecutó en esta forma. A los 15 de abril partieron de Sclestad, en Alsacia, el señor de Miscet con su mujer, ambos irlandeses, acompañados del señor de Guidon, mayor del regimiento Dillon, y los señores Uhogan y Toole, todos irlandeses; llegaron incógnitos a Inspruck; Guidon tomó nombre de conde de Cernet, flamenco; los demás pasaban por sus camaradas y criados. El pretexto era bajar a ver la Italia. La princesa, avisada de que aquellos venían para patrocinar su fuga de orden de su padre, en término de un día halló modo de ejecutarla, porque saliendo de la casa en que estaba disfrazada en hábito plebeyo, y sola, con dos camisas debajo del brazo, burló el conocimiento de las guardias, y siguiendo a lo largo a uno que la guiaba al lugar donde la esperábanlos demás, marchó treinta y dos leguas sin parar, fingiéndose hija del supuesto conde de Cernet.

Esta fuga no supieron los ministros de Inspruck hasta después de dos días. Despacharon varios correos para seguirla, con órdenes de arrestarla, y uno dio con ella en aquella posada campestre; pero conocido de los de su comitiva, le convidaron a beber, y dándole vino compuesta de un fortísimo beleño, le emborracharon, y dejándole dormido, prosiguió la princesa su viaje hasta Boloña, donde la encontró la condesa Maar, y en Roma fue recibida con demostraciones de suma benignidad del Pontífice. El Emperador, por dar satisfacción al rey Jorge, sacó de sus Estados al príncipe Sobieski, que suponía autor de esta fuga. Este gustoso aviso, que con expreso se dio al rey Jacobo, le hizo salir de España, quitando al rey Felipe el sinsabor de insinuárselo.

Hizo de buena gana estos excesivos gastos Alberoni, porque se quitaba un gran embarazo, y más ocupado con la nueva guerra que hacía la Francia en Navarra la Baja. A 21 de abril, antes que bajase el duque de Berwick, pasó el Bidasoa el marqués de Silli con veinte mil hombres, cerca de Vera, en la provincia de Guipúzcoa; luego ocupó el castillo de Beovia, después la ermita, de San Marcelo, a Castelfolit, el fuerte de Santa Isabel y, lo que fue más dañoso, los Pasajes, donde tenía un buen arsenal y ricos almacenes de guerra el Rey Católico, muchos cañones y seis buques de guerra por acabar. Todo lo quemaron los franceses, aprovechándose muy poco de cuanto habían encontrado, aunque el daño que hicieron pasaba de dos millones.

A 2 de mayo, tomando un pequeño fuerte poco distante de Fuenterrabía, quedó embestida la plaza; las guarniciones de los fuertes que habían tomado quedaron prisioneras. Bajó el duque de Berwick al ejército, y halló esparcidos unos papeles impresos en Madrid en 7 de abril, cuyo título era: *Declaración de Su Majestad Católica sobre la resolución que ha tomado de ponerse a la cabeza de sus tropas para favorecer los intereses de Su Majestad Cristianísima y de la nación francesa*.

Todos eran partos del resentido entendimiento de Alberoni, como lo habían sido los demás papeles en este asunto escritos, que tanto irritaron al duque Regente, ni este último era el más templado, porque ponía su autoridad en duda y le llamaba no absolutamente Regente, sino que pretendía serlo, y esta prerrogativa le daba el Rey Católico, que llamaba a la deserción a las tropas francesas, no sólo ofreciéndolas premios, pero el agradecimiento del Rey Cristianísimo cuando saliendo de la menor edad llegase a reinar.

El duque de Berwick envió un ejemplar de estos papeles al Rey Cristianísimo; el duque de Orleáns le oyó con desprecio, y respondió, en nombre del Rey, que ya conocía el autor de él; que no había tomado las armas contra el Rey ni la España, que tanto a la Francia le costaban; sí, que sólo tenía por objeto un gobierno extranjero que oprimía a la nación y abusando de la confianza de su soberano quería renovar una guerra general; que estas armas no pretendían sino que, a despecho de su ministro, fuese el Rey Católico reconocido por tal de toda la Europa y confirmado en el Trono; que si el rey de España improperaba a la Francia de haberse unido con sus enemigos, éstos eran los que él había atacado, y le ofrecía una paz ventajosa; que a solo su ministro, enemigo de la paz, se debía imputar la resistencia del Rey, las conspiraciones contra la Francia y los escritos injuriosos a la Majestad del Cristianísimo en la persona de su tío el duque de Orleáns, que era el depositario de ella. Que estaban más los que parecían enemigos del Rey Católico en sus propios intereses que su ministro, que por satisfacer su particular ambición quería empeñarle en una guerra que le salía infausta. Que la ternura y amor que mostraba el Rey Católico a los franceses, era sólo de palabra, porque no podía haber mayor hostilidad que querer introducir en un reino la guerra civil, la convocación de los Estados, la deserción y la rebeldía; que por la renuncia se había hecho ya el Rey Católico príncipe extranjero para la Francia; que con actos solemnes había reconocido aquella Regencia, y la quería de nuevo reconocer si faltaba a sus aliados; que el Rey Católico hacía injuria a sus franceses, creyéndolos capaces de deserción, y que él sólo les mandaba combatiesen por la paz, esperando en la nobleza española para obtenerla y librar al Rey de un yugo extranjero perjudicial a su gloria y a sus intereses. Que sus enemigos estaban prontos a hacer la paz, sobre que la asegure, no la palabra de un ministro que desprecia la fe pública y que se ha explicado no conseguirían de él más que una paz fingida, sino la palabra real y la buena fe de una nación que, aun cuando no tuviese un Rey de la Casa de Francia, era digna de particular aprecio.

* * *

El rey Felipe salió de su corte acompañado de la Reina, aunque estaba preñada. Iba también el príncipe de Asturias y el cardenal, que dispuso se quedase en Madrid el ayo del príncipe, duque de Populi, a quien tenía aversión porque no era de su dictamen; la naturaleza, la ingenuidad y la prudencia del duque no podía ser de la aprobación de Alberoni, el cual, poco después, habiendo sabido que en una conversación había dicho el duque no haría el regente de Francia la paz si no sacaba el Rey de sus dominios al cardenal, éste, mal dueño de sí mismo, hizo que se le quitasen al duque de Populi sus empleos y que saliese desterrado de la corte. Por motivo igualmente leve hizo poner en un castillo a don Pedro de Zúñiga, duque de Nájera.

Estos engaños padecía el Rey, mal informado, porque, tiranizados sus oídos del cardenal, sólo a él escuchaba.

Nombróse capitán general del ejército que se enderezaba al socorro de Fuenterrabía, al príncipe Pío, haciéndole pasar de Barcelona. Se habían con dificultad juntado quince mil hombres que marchaban a Navarra, pero era ya tarde, porque desde los 27 de mayo tenía Berwick la trinchera abierta contra Fuenterrabía. Habían bajado otras tropas del Rosellón, y llegado al campo el príncipe de Conti para servir de aventurero en él. A 5 de junio ya se batía en brecha; hicieron los españoles una regular defensa mientras el Rey se iba acercando a la laza, pero cuando ya no estaba más que dos millas de ella tuvo noticia que se había rendido a 18 de junio, habiendo hecho la llamada el comandante don José Emparan, después de haber sido muerto de una bomba el gobernador. Pudo el Rey apresurar su viaje y la marcha de las tropas, pero no quería el cardenal ni el príncipe Pío exponer la persona del Rey a una empresa imposible, por ser tan inferiores en número los españoles. Con todo eso, el Rey, sin sabida del cardenal, mandó apresurar su ejército, pero como las montañas por donde había de pasar eran tan difíciles, no pudo llegar a tiempo de ponerse el Rey a vista de las tropas francesas, que era lo que deseaba, esperando que su presencia facilitase la deserción; y como miraba al cardenal como impedimento de su designio explicólo su indignación con palabras que podían significar haber caído de su gracia; pero la Reina le mantuvo en ella porque aún estaba persuadida que las disposiciones del cardenal eran las más acertadas, para el bien de la Monarquía.

Los franceses embarcaron en tres fragatas inglesas ochocientos hombres, mandados por el caballero de Guire, y llegando a 12 de junio a la playa de Santoña, cañonearon las baterías que los españoles habían hecho, guarnecidas de setecientos miqueletes catalanes. Por la noche desembarcaron a un cuarto de legua; los franceses ocuparon la vecina montaña de donde al amanecer bajaron a la villa, y huyendo las milicias urbanas que la defendían, prestando la obediencia, ocuparon los enemigos los fuertes y las baterías. Estaba entre ellos el coronel Stanop que había propuesto esta expedición a Berwick, porque ya sabía que había enviado el Rey Católico a Santoña a don Carlos Grillo, para dar calor a la construcción de unos navíos que estaban por acabar; tres quemaron los franceses, y los materiales para construir otros siete, llevando cincuenta piezas de cañón. Obraba en esta empresa con animosidad Stanop, a quien había enviado el Rey británico para observar si hacían de veras la guerra los franceses, de donde se colige, que por sus intereses particulares no hacía otra cosa que los mandados de Inglaterra el Regente.

Esto aumentaba las sospechas en el Rey Católico. El duque de Berwick mandó atacar a San Sebastián; la ciudad se rindió a 2 de agosto, la ciudadela a 17, mucho antes de lo que

los franceses lo esperaban. Esta guarnición, la de Fuenterrabía y la de la pequeña isla de Santa Clara, que también se habían rendido, pasaron a Pamplona, porque Berwick con los españoles era franco, galante y liberal, pues ni ellos ni estas plazas se defendieron hasta darle lugar a no serlo.

La provincia de Guipúzcoa presto obedeció a los franceses, pidiendo sólo, en los tratados de paz, la Francia y la Inglaterra pactasen la conservación de sus antiguos privilegios y libertad, prevención poco decorosa a aquel país y que le pareció mal a Berwick, quien le respondió que esta guerra no era más que para obligar al Rey a la paz, y no admitió tampoco contribuciones. Partió luego para el Rosellón; con esto creció el cuidado del Rey de España, creyendo le atacarían a Pamplona; por eso la presidió con diez mil hombres; pero viendo ya marchar las tropas francesas de la Navarra, se retiró a la corte y mandó que el príncipe Pío, con el restante del ejército, marchase a Cataluña, que estaba amenazada de los franceses; porque sobre acercarse tropas al Rosellón, se enviaba gran cantidad de víveres y municiones a Colibre, que llegaron muy pocas, porque en una furiosa tempestad naufragaron los más de los barcos de transporte.

Esto impidió el sitio de Rosas, de género que, ocupados los franceses en la toma de pequeños castillejos en la de Urget, ocupando también a Castel Ciudad, se acuartelaron; pues ya le parecía a la Francia que en aquella campaña podía desengañarse de sus falsas ideas Alberoni. Porque había perdido el Rey Católico en tres meses dos provincias con sus plazas, y padeciendo costosos daños de más de tres millones de pesos en los Pasajes y en Santoña, que era el principal designio de los ingleses, suspirando siempre porque España no tenga navíos para aprovecharse así de los tesoros de las Indias con los suyos.

Estos malos sucesos y el haber tenido el rey Felipe la noticia que estaban los alemanes en Sicilia sitiando a Mecina sin que hubiesen los españoles podido embarazarlo, le hizo entrar en la reflexión que le había puesto Alberoni en empeños de que no podía salir, y empezó a enajenar el ánimo de este ministro, que no dejando de conocer alguna mudanza en el Rey, apelaba al favor de la Reina, que también estaba cansada de sostener la despótica voluntad de aquel hombre, a quien, por su bajo origen, miraba interiormente con desprecio.

Alberoni, viendo todo el mundo conjurado contra él, haciendo rostro a las amenazas de la fortuna se esforzaba a mantenerla. Todo el arte era apartar del Rey a cuantos podían influir consideraciones que avivasen la reflexión, y tenerle falto de noticias. Por eso había mandado a los ministros que servían en las cortes extranjeras que ni a los secretarios del Despacho Universal las comunicasen, y sólo a él en derechura se escribiese, para que estrechado más el Rey a mendigar avisos de lo que pasaba, ni aún pudiesen los secretarios dárselos, porque éstos de oficio le presentan las cartas de los ministros, que no deja el Rey de leerlas, porque es difícil en materia de Estado minutarlas; por eso las quería Alberoni en su poder, porque dejando la formalidad de llevarlas al Rey, sólo le decía lo que no embarazaba a su idea, conociendo la oportunidad y la sazón.

Esto lo hizo también por quitar al marqués de Grimaldo la ocasión de hablar más frecuentemente con el Rey, temiendo que en la sinceridad de Grimaldo peligrase su gigante autoridad; por eso en las jornadas que el Rey hacía a Valsaín, Aranjuez o El Escorial, sólo se servía del secretario universal de Guerra, marqués de Tolosa, para dar

las órdenes de Guerra; que las de Estado sólo las fiaba a su pluma propia o a la de un secretario suyo particular.

Este era desorden nunca visto en una Monarquía, porque los ministros no tenían respuesta de oficio, y vivían con la desconfianza de que nada llegaba a oídos del Rey, y aún se hallaban embarazados en el obedecer a quien no era declarado primer ministro ni tenía oficio alguno por donde jurídicamente podía mandar.

En este riesgo vivían cuantos ejecutaban sus órdenes, y aunque lo revalidaba todo el tácito consentimiento del Rey, era trabajo creer que en algún tiempo, cayendo Alberoni de la gracia, fuese preciso, sufriendo algún cargo, reconvenir a su soberano con razones, porque las del súbdito no tienen más eficacia que la que les da la compasión o benignidad del príncipe.

Conocían los ministros que no debían obedecer sin réplica órdenes perjudiciales al bien de la Monarquía, pero la soberbia de Alberoni había degenerado en fiereza, y no sufría que le replicasen; porque nada contenido en la circunspección y moderación de ánimo precisa en el que gobierna, prorrumpía en palabras ofensivas, con modo tal, que muchos hombres dignos de la mayor atención, salían ajados de su presencia. El mismo peso de los negocios detenía o confundía los expedientes, ni era un hombre solo capaz de darle a cuanto ocurría en tan varias líneas, y así, ni respondía muchas veces a lo que se le consultaba, ni la respuesta, si la daba, era categórica y formal, y como no le bastaba el tiempo a evacuarlo todo, no tenía registro alguno al pie de la letra de lo que ordenaba, y así salían muchas órdenes encontradas y repugnantes.

Brilló entonces la constante fidelidad de los españoles; decían algunos que menores trabajos habían padecido en tan dilatada guerra, que en estas violencias de un extranjero. Conocía Alberoni que estos desórdenes estaban desaprobados del celo y la prudencia del confesor del Rey, el padre Guillermo Daubanton; no ignoraba, por conjeturas, que éste imponía al Rey en el conocimiento de la ruina de su Estado y la obligación de repararla, y así, determinó aplicar sus esfuerzos a sacarle de España, y llamó a ella otro jesuita español, que había treinta años que estaba en Italia, llamado Francisco de Castro, muy conocido de la Reina y que la había acompañado con el padre Veleti, jesuita también, su confesor, hasta Pamplona; éste pensaba introducir en la gracia del Rey, para echar a Daubanton.

Era el padre Castro de apreciables calidades, virtuoso y político; se le hacía injuria en creer sujetarla esclavo su dictamen al de Alberoni pero éste, para salir del día, sólo quería apartar a Daubanton y probar nueva fortuna.

A este tiempo, también turbó la cabeza del cardenal y puso en aprensión la España la invasión de los ingleses en Galicia. A 10 de octubre entró en la bahía de Vigo con una escuadra inglesa el vicealmirante Michelles; traía hasta cuatro mil hombres de desembarco, mandados por el vizconde Chacon; a tres leguas de la villa desembarcó los granaderos, y los puso en batalla. Los paisanos, desde las alturas, hacían bastante fuego, con poco efecto, porque era de lejos. Acabó de desembarcar toda la gente, y la guarnición que estaba en la ciudad, elevando las piezas y quemando las cureñas, se retiró a la ciudadela; intimóle la rendición a la ciudad el inglés, y por no padecer los estragos de la

guerra le envió las llaves; entró en ella el brigadier Homovod con dos regimientos, y presidió también el fuerte de San Sebastián, que habían los españoles abandonado.

Púsose una batería de bombas a la ciudadela, e hizo gran daño; después de cuatro días se desembarcó el cañón, y antes de batir se intimó al gobernador no se le daría cuartel si se le abría brecha. Rindióse a 21 de octubre; salió la guarnición libre, y los ingleses saquearon aquellos almacenes, que estaban llenos de los pertrechos que habían dejado las naves destinadas, como se ha dicho, al desembarco de Escocia, cuando la tempestad las volvió a las costas de España. Halláronse seis mil antiguos mosquetes y cantidad de pólvora; lleváronse las piezas de cañón que en la ciudad había, pocas de bronce; también llevaron dos navíos destinados al corso y otros cuatro mercantiles.

Esta noticia, recibida por la corte, dio más cuidado, porque se creyó que seguirían otras tropas de desembarco; y así, se mandaban pasar bajo la mano del marqués de Risbourgh las que estaban en Extremadura y Castilla. Acudieron las milicias del país a ocupar los puestos, porque no se internasen los ingleses en la provincia, pero aquéllos no habían venido más que para hacer hostilidades, y así se contentaron de saquear los lugares abiertos de la marina, y se volvieron a embarcar. Esta expedición nada tenía de heroico. Perdieron sin fruto los ingleses alguna gente, y se conoció más un espíritu de venganza por el desembarco de Escocia, que cumplir con lo ofrecido de atacar la España, de acuerdo con el duque de Orleáns.

Había ya formado su línea de contravalación el general Merci contra la ciudadela de Mecina, a la cual se había reducido en 19 de agosto don Lucas Spínola, cerrando a Terranova, después que la defendió cuanto pudo, porque ya estaban perdidos los castillos de Matagrifón y Castelazo, mal defendidos de sus comandantes, que en cortos días con igual defensa los entregaron, quedando la guarnición prisionera de guerra.

En la noche del día 19 tiraron los alemanes una paralela desde la cortina que del bastión de Don Blasco va a la ciudadela, hacia Santa Teresa, en el mimo paraje que los españoles construyeron la batería llamada de Mariani. Con esta noticia juntó nuevo Consejo de guerra el marqués de Lede; los dictámenes fueron varios; el conde de Montemar, que aún estaba en Sicilia, y en el campo, dio el mismo parecer que había dado en los antecedentes Consejos del día 22, 27 y 29 de julio, que se reducían a que se marchase a toda costa a socorrer a Mecina, y ahora a la ciudadela.

El marqués de Lede se resolvió marchar a dicho socorro, dando las providencias para que se pudiese subsistir la caballería, que estaba en mal estado por falta de forrajes, y se habían introducido en las tropas españolas muchas y peligrosas enfermedades, causadas de las mutaciones de aquel reino, que las padece crueles, aunque no muy dilatadas. Se envió a ocupar el campo de Rometa, y se mandaron encaminar las harinas a Castro Real y Barcelona. Daba el marqués de Lede algunas razones a su lentitud, y entre otras la falta de medios; cierto es que muchas veces la había, porque los caudales que el Rey Católico tenía en Italia no podían pasar a Sicilia con la prontitud que era menester, por falta de letras, porque nadie se quería cargar de meter en su barco un dinero que, si le cogían los enemigos, estaba hasta el bastimento perdido.

Había también habido algún desperdicio en Sicilia con la confusión de la guerra, y faltaba don José. Patiño, que desde el mes de abril había salido de Sicilia para España. Los banqueros de aquella isla, ni podían anticipar tantos caudales ni querían aventurar los que tenían, porque era claro que, perdida Mecina, no le quedaba al Rey de España plaza alguna, y no se podía mantener en el reino. Esto desalentaba a los paisanos, y toda la tierra que cubrían las plazas contribuía y estaba a devoción del Emperador, con que, ya en caso desesperado, no tenía el marqués de Lede otro partido que tomar que venir a las manos. Esto no era fácil, porque habían fortificado sus puestos los alemanes y proseguía el sitio con vigor; al fin, el marqués de Lede puso su campo en Rometa, reconoció el sitio y halló que no se podían atacar los enemigos sin una sangrienta y aventurada acción; repetíanse los Consejos de guerra, y persistían muchos oficiales y el conde de Montemar en el dictamen de atacar las líneas de Merci antes que llegasen ocho mil hombres que se habían últimamente embarcado en Vado, mandados por el general Bonneval, pues hallándose los enemigos en su derecha a San Miguel, y su izquierda a la mar, un pequeño campo entre Castel Gonzaga y baluarte del Secreto, fortificada 1a montaña de la Galera, y guarnecida con mil hombres, y lo propio Montesanto en la caída hacia el campo. Y que como desconfiaban de la ciudad de Mecina, tenían dentro seis mil infantes, discurría Montemar que no constando el ejército de los enemigos de más de dieciocho mil hombres, no podían tener en el campo más de diez mil, porque se hacía cargo de dónde estaban los demás, y teniendo el marqués de Lede catorce mil hombres, quería que las milicias con dos batallones, los menos fuertes, marchasen a las cercanías de la montaña de la Galera con un comandante capaz de ocuparla, si los enemigos la abandonasen, y bajar por ella a Montesanto, para entretener a los que estaban allí, y no abandonando la Galera mantenerse en observación para ocupar los enemigos en guardar aquel puesto, con el grueso de los infantes marchar a San Esteban o Landeria y entrar a atacar al enemigo por la frente a tiempo que la caballería, dragones y escogidas milicias del país atacasen por la parte de la marina con la mayor inmediación a la infantería, no debiéndose acometer por la derecha de los enemigos, porque estaba favorecida de la artillería de Castel Gonzaga y los puestos de la Galera y Montesanto; ni absolutamente por la izquierda porque estaba extendida hasta la orilla del mar y abrigada con los cañones de las galeras del rey de Nápoles. Que la ciudadela aún no había perdido la estrada encubierta, que tenía cuatro mil hombres de guarnición; y que avisado del día y la hora, don Lucas Spínola podía hacer una salida con dos mil quinientos hombres al mismo, tiempo, no dudando que, atacando por todas partes al campo alemán, se movería el pueblo de Mecina.

Este parecer dio Montemar en 9 de septiembre en el campo de la Metta, pero no le pareció al marqués de Lede seguirle, porque imaginó insuperables las líneas de los enemigos con tan poca infantería española, habiendo dejado en Francavilla tres mil hombres y teniendo un grueso destacamento en Palermo; firme en que si perdía aquella ocasión no tenía tropas con que mantenerse en el reino, y era su instrucción dilatar, como hemos dicho, cuanto pudiese la guerra. Muchos, entonces y después, culparon esta lentitud de Lede, inflamados los ánimos de los españoles, con la confianza de haber observado el miedo que les habían cobrado los alemanes, habiéndose puesto en precipitada fuga más de una vez grandes partidas de tudescos al descubrir una o dos compañas de caballería española. Por el tanto maliciaron algunos que estas detenciones

del marqués de Lede no tenían su principio en el natural ardimiento del rey Felipe y su ministro.

Con todo esto aguantó en Rometa hasta que se perdió la estrada encubierta de la ciudadela de Mecina, que fue los últimos de septiembre, defendida de los españoles con valor, que admiraron los propios enemigos, porque fueron muchas veces rechazados y les costó gran sangre el alojarse. Después de esta pérdida se retiró el marqués de Lede a Bronte.

El día 8 de octubre, estando asaltando los alemanes en revellín de la ciudadela, entró en el faro el convoy de Bonneval, que a 28 de septiembre había partido de Vado. Traía ocho mil seiscientos infantes, setecientos caballos, gran número de mulos para la artillería, cuarenta piezas de cañón de batir y treinta morteros, cuatro mil barriles de pólvora y mucha cantidad de otras municiones. También iba segundo comandante el general Lucini; con este socorro acaloró más los ataques a la ciudadela el conde de Merci, que andaban tibios, porque había perdido en este sitio más de tres mil hombres con tan vigorosas salidas y defensa que hacían los españoles, conducidos con acierto y vigilancia de don Lucas Spínola, don Luis de Aponte y otros oficiales de valor y experiencia.

Palmo a palmo defendían los sitiados, aunque habían perdido más de mil y quinientos hombres y estaba cansada la guarnición. Con todo, abierta la brecha al cuerpo de la plaza, sostuvieron nueve asaltos antes que hiciesen la llamada, que fue a 18 de octubre, después de tres meses de sitio. Se hubiera don Lucas Spínola mantenido un mes más, si esperara ser socorrido y hubiera tenido municiones, pues aunque los enemigos dijeron que habían hallado trescientos quintales de pólvora, no había cien, ni ellos pudieron negar la gloria de esclarecido defensor a don Lucas, a quien el día 19 se dieron las capitulaciones más honoríficas que se acostumbran en la guerra, extendidas en cuarenta artículos, y pasó la guarnición al campo español, la mayor parte por mar.

El marqués de Lede se volvió a retirar a su antiguo campo, bajo de Etna, en un fuerte, forrajeando cuanto había entre Mecina y Palermo, por si los alemanes intentaban pasar por tierra a aquella capital. Esta entera rendición de Mecina quitó gran parte de país a los españoles; y como había el Emperador nombrado virrey de aquel reino al duque de Monteleón, pasó éste luego a Mecina, de lo que se experimentaron no pocos inconvenientes, partido el mando político y militar donde lo encadenado de las dependencias mantenía en disensión los jefes.

En esta victoria parecía consistir todo el reino de Sicilia; voló la noticia a Viena y exaltó la esperanza del Emperador, no sólo a poseer aquel reino, pero a insinuar a sus aliados que costándole tanto dinero y sangre de sus tropas y no habiéndole voluntariamente entregado el rey Felipe, no estaba obligado a mantener lo que por él había ofrecido en el tratado de Londres. La Francia y la Inglaterra respondieron que estaba capitulado no alterarle por suceso alguno, fausto o infausto, de la guerra.

Éstas que parecían respuestas imperiosas y dar la ley, desagradaban sumamente al Emperador; pero pedía la necesidad contemplar a los que se habían declarado amigos con esperanza de que si poseía la Sicilia por fuerza de sus armas como se lo ofrecía el conde

de Merci, podía dilatar las condiciones favorables a la España, que consistían en la renuncia a aquel trono y el reconocimiento de sucesión a Toscana y Parma.

En la renuncia había determinado no dejar el título de Rey Católico, del cual no sólo usaba, pero cuando se ofrecía creaba grandes de España, porque le era pesado irse despojando de aquella prerrogativa o señal de acción a la Monarquía española, que tanta guerra y trabajo le costaba; ni veía de buena gana que todavía pusiese en sus dictados el duque de Saboya ser rey de Sicilia, porque también se intitulaba rey de Cerdeña; pero su ministro en Viena fingía no entender este desagrado del Emperador, y había muchos meses que instaba le ganasen a su amo la Cerdeña por fuerza de armas. Había ya determinado esta expedición la corte de Viena, con acuerdo de sus aliados. La Inglaterra no quería concurrir en más que en convoyar con la escuadra que tenía en el Mediterráneo, tropas. La Francia ofrecía sus galeras, y con efecto, creyendo se ejecutaría esta empresa, las hizo pasar a Génova mandadas por el bailío de la Platería. Tenía prevenidos el Emperador ocho mil hombres a cargo de Bonneval para eso, y todo tren de artillería; y hasta doce mil, con las provisiones y víveres, daba el duque de Saboya. A este efecto previno en Génova gran cantidad de granos.

Esta empresa no era tan llana como se la figuraban los alemanes, porque estaba Cerdeña guarnecida de más de cuatro mil hombres de buenas tropas. Era su gobernador general don Gonzalo Chacón, y de caballería lo era el vizconde del Puerto, hombre esforzado y vigilante, que puso aquel castillo en la mejor defensa. Envió el ministro, que residía en Génova, cantidad de municiones, y estaban las tres plaza de aquel reino prevenidas para una larga resistencia. Las cosas de Sicilia no pedían esta distracción de armas del Emperador, y clamaba incesantemente Merci se le enviasen las tropas destinadas a Cerdeña, contra la cual siempre había tiempo; y ganada la Sicilia no se podía mantener aquella isla, porque cargaría contra ella toda la guerra.

Estas justas consideraciones hicieron desvanecer la empresa, y pasó Bonneval a Mecina, como hemos dicho, porque el Emperador quería antes asegurar sus cosas que las ajenas; y veía que de necesidad había de alargar la Cerdeña el Rey Católico, acosado de tantos y tan poderosos enemigos y gobernada su Monarquía por un hombre aborrecido singularmente del rey de Inglaterra y el regente de la Francia, contra quienes no había perdido diligencia, ni la corte de Viena estaba lejos de creer, aunque vanamente, que Alberoni había conspirado contra la vida del Emperador; a los menos creyeron tenía inteligencia con monseñor Cini, consejero áulico, que a instancia del Emperador había sido preso en Turín y enviado al castillo de Milán.

A esta sazón también se fulminaba un riguroso proceso en Viena contra el conde Nimsech, cuñado del conde de Altam, que era muy favorecido del Emperador. Se había puesto a cuestión de tormento al abad Tedeschi, pero en todo eso no habían concurrido las maliciosas artes de Alberoni, porque después se averiguó ser el delito de Nimsech revelar al abad Tedeschi, y éste al ministro de Saboya, secretos de Estado que sabía por su oficio de consejero áulico, y otros que con arte podían penetrar de su cuñado. Cini tenía culpa semejante por la mala conducta que había observado en Venecia, y se desengañó la corte de Viena que hasta allá no habían podido llegar las artes de Alberoni. Verdaderamente no debía aborrecerle el Emperador, porque por la utilidad que le había resultado de su conducta, más parecía ministro cesáreo que del Rey Católico. Estaba,

empero, en suma en desgracia del regente y del duque de Parma, su soberano, a quien después que fue cardenal no tenía tan perfecta atención como era justo.

Conocía el Duque lo descabellado de aquel Gobierno, los progresos de las armas austríacas, el absoluto dominio que iban tomando en Italia con apariencias de ser cada día mayor, y persuadía a la corte de España la paz, pero se había ya empedernido el ánimo de Alberoni, y hacía vanidad de la ostentación. Hízose preciso a los que aborrecían la guerra y temían peligrar en ella, apartar este hombre de los oídos del Rey. Tomó esto a su cargo el duque de Orleáns, y por medio del marqués Anníbal Scotti, que era el que más temía y peligraba, hizo entrar en este dictamen al duque de Parma.

Hallóse acaso en París milord Peterbourgh, que por su gusto, como muchas veces acostumbraba, había de bajar a Italia. Era su genio ingerirse en todos los negocios, y bien conocido esto del Regente, le encargó que se viese con el duque de Parma y se determinase a la última disposición de echar de España a Alberoni, asegurándole que sin esta condición nunca vería la paz, tan deseada de todos y necesaria, no sin sospechas del Emperador que el duque de Parma fomentase la guerra. A Peterbourgh no le pareció conveniente ir a Plasencia, por no dar sospechas a los curiosos, y en Novi, lugar del Genovesado, tuvo de acuerdo una conferencia con un ministro de Parma; este secreto entonces le penetraron pocos. Al fin, armados de grandes papelones, que descubrían la vida y conducta de Alberoni, que le mandó dar el duque de Orleáns, pasó a Madrid el marqués Anníbal Scotti con carácter de enviado del duque de Parma a aquella corte. También éste le dio las instrucciones necesarias, y escribió cartas confidenciales de su puño al Rey Católico y a la Reina.

Todos los instrumentos se reducían a ponderar al Rey el reconocimiento de la ruina de su Monarquía, la necesidad de la paz y la imposibilidad de hacerla, teniendo mano en el gobierno Alberoni, no sólo por su conocida pertinacia, sino porque creían los enemigos que no serían sólidas y firmes las convenciones, estando a los oídos del Rey un ministro a quien creían de tan mala fe, y que no reputaba cosa abominable el faltar a la palabra.

* * *

No costó poco trabajo a Scotti tener una larga y secreta audiencia con los Reyes, porque Alberoni, que tan sospechoso y tan lleno de recelos vivía (lo que a todo ministro le sucede), aplicaba el mayor cuidado a que nadie hablase con el Rey; conocía estar perseguido de todos, y con especialidad de todas las potencias enemigas de España. Había visto declinar en parte la satisfacción que antes tenía el Rey de su conducta, y leía en el semblante de la Reina algún enfado de toda la autoridad que le había dado. Estaba entre sí imaginando el retirarse voluntariamente; retiróse, pero no tenía adónde, porque no era obispo de Málaga ni arzobispo de Sevilla.

El Rey, que ya había hecho sobre el presente estado de las cosas sería y repetida reflexión, ayudada de las que insinuaba el confesor, se acabó de determinar leyendo los papeles del duque de Orleáns y las cartas del de Parma; y viéndose casi precisado a no

proseguir la guerra empezada, saliendo con la Reina y el príncipe el día 5 de diciembre al Pardo, dejó un decreto en manos de don Miguel Durán, marqués de Tolosa, secretario del Despacho Universal, parte de Guerra y Marina, escrito de su propia mano, con orden se le notificase al cardenal; era su tenor que estando obligado a procurar a sus vasallos las ventajas de una Paz general, para la cual se buscaban los medios que la hiciesen sólida y duradera, y queriendo para eso quitar todos los obstáculos que pueden retardar una obra en que tanto interesa el bien público, como también por otros justos motivos, había resuelto apartar de los negocios en que tenía el manejo al cardenal Alberoni, y al mismo tiempo ordenarle salir de Madrid en término de ocho días, y de los reinos de España en tres semanas, con prohibición de no mezclarse más en cosa alguna del gobierno, ni parecer en la corte ni en otro lugar en que el Rey, la Reina u otro príncipe de la Casa Real se pudiesen encontrar.

Esto hirió altamente a la soberbia del cardenal, cuanto menos esperado; creía sería más honrada su caída, en caso de apartarle de los negocios, porque siendo uno de los prelados de España, era imaginable le mandasen retirar a Málaga, de donde le quedaban las bulas, aunque había renunciado; pero el Rey y la Reina entraron en el conocimiento del daño que les ocasionaba la desgraciada conducta de este hombre, que no salió como se pensaba. No faltó quien le suministrase al Rey tenía motivos para prenderle, y construido el proceso informativo, enviarle a Roma; pero no le pareció poner las manos en lo sagrado de la púrpura, fiando que lo haría Su Santidad cuando le tuviese más cerca, porque lo contrario era entrar en grandes empeños si se entregaba o no al Pontífice, en caso que los cargos no perteneciesen a materia espiritual. Pidió el cardenal se le permitiese una vez hablar al Rey o la Reina; negósele, y se le concedió escribir; creyeron muchos que el Rey no leyó esta carta, y le mandó responder que obedeciese. También se le ordenó que entregase los papeles que tenía, pertenecientes a los interiores manejos, los caudales que tenía el Rey y la cuenta de cómo se habían distribuido, y cuántos habían estado a su disposición. Todo lo obedeció, aunque sus émulos decían que no había entregado más papeles que los insubstanciales, reservando los mejores, ni cuenta de los caudales tan clara como era preciso, ni a la verdad era posible darla.

El Rey no quiso hacer examen más riguroso de papeles ni dinero, aunque lo deseaba el marqués Anníbal Scotti, que en nombre de su amo le pidió al cardenal los papeles de su pasado ministerio de Parma; también entregó los más inútiles, diciendo había ya enviado al Duque los demás. Toda esta represa la hizo de algunos papeles para tener armas (según después se conoció), no sólo para defenderse de los cargos que creía le podía el Papa hacer, sino aún para descubrir secretos de Estado cuando le importase a su crédito y a la buena opinión de su conducta pasada; empezaba desde entonces a estudiar y prevenir aquellas artes que reparasen la presente desgracia; pidió al Rey pasaporte y escolta por la seguridad de su persona, y aún expresó que sin él no podía pasar por la Francia, por los precedentes disgustos, ni embarcarse sin otro del rey de Inglaterra.

El Rey le dio el suyo y una escolta, y le insinuó iba seguro hasta Italia, por lo cual escribió al rey de Francia se le concediese. El cardenal luego trató de poner en salvo sus papeles, por varias partes y caminos extraviados. Nadie le vio antes de partir, más que ministros extranjeros. Muchos de los españoles creían no haber tenido día más feliz que aquel en que le vieron dejar la España, porque le habían concebido un fatal

aborrecimiento. Otros muchos fueron de tan contrario dictamen que juzgaron que en este sólo hombre había perdido mucho la Monarquía española, y el Rey ministro que no pensaba en otra cosa que en su real servicio, en la recuperación de lo perdido y crédito de sus armas, pareciéndoles que en esta ocasión no hubiera salido del Gobierno; y no se le puede negar la gloria de que los tres enemigos irreconciliables de España, que lo eran a la sazón el Emperador, el duque de Orleáns y la Inglaterra, se conspiraron en sacar a este hombre de España, diciendo por el tanto los españoles afectos al cardenal, que no lo harían esto por el bien de la nación, aunque el Regente, el inglés y el Emperador ponderaban que debía hacerse así por la conservación de la paz.

A 11 de diciembre salió el cardenal de la corte para Aragón; un oficial le alcanzó en Lérida, pidiéndole de orden del Rey algunos papeles que no se hallaban, y para eso las llaves de sus cofres, que entregó puntualmente. Halláronse algunas escrituras de las que el Rey buscaba, pero no las más esenciales. También se le halló una letra de cambio de 25.000 doblones, que hizo pedazos en presencia del oficial. Prosiguió su viaje, y antes de llegar a Girona fue atacado de unos miqueletes, y a no llevar tan buena escolta, le hubieran cogido y hecho pedazos, porque estaban muy mal con él los catalanes, porque durante su ministerio se había conquistado a Barcelona y sujetádose lo más de aquel país. En este encuentro le mataron un criado y dos soldados del Rey. El cardenal, saliendo de su calesa, llegó a pie a Girona disfrazado, entró en Francia con pasaporte del Cristianísimo, y un oficial del regimiento de la Corona le fue acompañando hasta Antibo. Dudóse si era quererle hacer este honor por hidalguía el Regente, o asegurarse de su persona para que con nadie comunicase, porque creían los príncipes y aún muchos ministros españoles que todo esto era fingido, que no había caído de la gracia del Rey, y que sólo se le apartaba de la gracia de España para hacer la paz, pero que volvería luego.

Esto mismo insinuaba con términos oscuros en sus cartas el cardenal a sus amigos, principalmente a los que tenía en Génova, donde pensaba hacer su mansión, y se le prevenía un cuarto en el convento de los padres claustrales. El Rey daba bastantes muestras para que creyesen había enteramente caído de su gracia, porque no sólo tomó el dinero que él había dejado en poder de la Casa de los Pittis, pero aún en otras partes, y en Génova se hizo recobrar el que el cardenal por letras había enviado; eran sin duda caudales del Rey enviados para la guerra, porque Alberoni no tenía rentas para acumular tanto dinero.

Sospechaban algunos que tenía gran cantidad en poder de un gentilhombre, llamado Francisco María Grimaldo, persona de quien podía fiar por su antigua amistad, y la experiencia que Alberoni tenía de la integridad del sujeto, y haberle hecho algún beneficio. Este punto es para nosotros oscuro, porque Grimaldo lo negaba acérrimamente; ni en los libros de los Bancos de San Jorge parecía; uno y otro era poca prueba para el desengaño, porque ni Francisco María Grimaldo había de confesarlo, ni poniendo en varias cabezas el dinero, y dándole varios giros, se podía probar su dueño; ni probándolo había medio como lo recobrase el Rey; porque la casa de San Jorge es una república aparte, donde están seguros los caudales de cualquiera por la buena fe que en esto se observa.

El Rey se explicó con todos sus ministros que servían en las cortes extranjeras de lo indignado que estaba contra Alberoni; y en prueba de que había hecho muchas como sin

su noticia, pidió las cartas originales que Alberoni les había escrito desde el año 16, y copias de las de los ministros a Alberoni, con cuenta de los caudales que de su orden habían administrado. Al ministro que residía en Génova se le ordenó invigilase en los pasos y operaciones del cardenal. Prohibiósele el verle, y del tenor de las órdenes se le dio a entender quedaba pendiente algún interés del Rey en las operaciones de este hombre. Se proveyó luego el arzobispado de Sevilla; se alzó el destierro al duque de Populi, y se le restituyeron sus empleos, y se puso en libertad a los duques de Veraguas y Nájera. Todo era haber desaprobado el Rey, mejor informado, lo que Alberoni había hecho. Este fue un nuevo ejemplar de los innumerables ministros de príncipes, que subieron y bajaron en todos tiempos, aunque éste quedaba en tal escalón con la púrpura, que nunca podía bajar mucho.

Habíanse retirado los franceses, donde sólo quedaban algunos regimientos acuartelados en tierras de España, y los presidios de los castillos que habían tomado; a su abrigo tomaron las armas contra el Rey más de dos mil catalanes que infestaban el país abierto; ocupaban los caminos y, siempre huyendo de las tropas del Rey, robaban y ejecutaban sus acostumbradas crueldades. Uno de los rebeldes que estaban en Italia, pasó con patente del Cristianísimo a ponerse a la cabeza de ellos. Las ciudades y las poblaciones no tuvieron parte en esta sublevación: todo era de gente baja y facinerosa, más pobre con la quietud, que por eso aborrecían. En ausencia del príncipe Pío mandaba el principado don Francisco Gastano de Aragón, teniente general; no habían aún vuelto de Navarra las tropas, y así duró este desorden hasta que se restituyó el príncipe Pío a Cataluña, que luego salió a campaña para recuperar la pérdida.

Iba por intendente de este ejército don José Patiño, al cual creían todos apeado de su autoridad, porque se la había dado demasiada Alberoni, y había sido el instrumento de sus principales operaciones; cargaban entonces sus enemigos contra Patiño, que los tenía muchos; acusábanle de la profusión de inmensos tesoros, y que, no habiendo despedido a tiempo la armada naval de Mecina, había sido la causa de haberse perdido; porque don Antonio Gastañeta, para disculparse, cargaba todo contra él, y se renovaban estas acusaciones ahora que le imaginaban caído. Nada de esto ignoraba el Rey, porque tenía cerca de sí quien se lo ponderaba; pero no quiso poner en juicio formal la materia hasta más indagación, y se mantenía con Patiño indiferente.

La ausencia del cardenal volvió a estrechar con el Rey al marqués de Grimaldo, por quien corrían los negocios de Estado, y otros los principales de la Monarquía. El Rey puso las dependencias regulares en los tribunales que tocaba, y dio más gratos oídos a la paz. Estaba todavía en Madrid el barón de Closter, y habían los Estados Generales de los Países Bajos obtenido de los aliados otro término de tres meses más, para que la España admitiese el tratado de Londres; y así, despacharon un extraordinario con una carta al rey Felipe, la más bien ponderada, para inclinarse a la paz. La respuesta, por no perder el método hasta aquí observado, toca al siguiente año, porque éste expiró sin que en el breve término que quedaba de él desde la salida del cardenal se pudiesen componer cosas tan grandes, aunque luego que éste dejó la España entraron los aliados en esperanza de que estaba concluida la guerra, porque contra ella fuertemente trabajaba en Madrid el duque de Parma, por medio de su ministro Anníbal Scotti; y el abad Dubois se entendía ya con el confesor del Rey Católico, para persuadirle la paz.

La quería el Rey ardientemente; pero no de aquella forma propuesta, y sin mejorar algún artículo, porque sentía mucho restituir la Cerdeña. Quería que al Emperador le costase la Sicilia dar un equivalente al duque de Saboya, y no sujetar feudatarios del Imperio los Estados de Toscana y Parma. Los aliados no querían mudar una letra de lo ya convenido entre ellos, y esto era lo que embarazaba al Rey Católico, combatido presentemente del dolor de haber muerto el infante don Felipe en 29 de noviembre, a los siete años cumplidos de su edad. De esto se tomaba pretexto para no admitir en España el padre Francisco de Castro, que ya se enderezaba a ella, porque era hechura de Alberoni y no quería el Rey mudar de confesor, como el cardenal alguna vez se lo había insinuado.

Castro llegó después a Alicante, pero no se le permitió pasar a Madrid, diciendo cesaba el motivo a que le llamaban, que era a ser maestro del infante don Felipe. Contra el cardenal tuvo el Rey nuevo y más grande motivo de indignación, porque, olvidado de sí mismo y de cuanto al Rey debía, escribió desde Francia una carta al duque Regente en que hablaba de él con poca veneración de aquel príncipe, usando de términos ofensivos a la Majestad, y para hacer más negra e indigna la operación quiso comprar la protección del Regente con ofrecer revelarle las personas que contra él se habían conjurado en Francia, y muchos secretos de la España importantes a su seguridad. El Regente despreció tan vil ofrecimiento, y todo llegó a noticia del Rey Católico: el modo se ignora.

Muchos creyeron había el Regente enviado copia de la carta al Rey; de esto no nos consta, pero sí de que al Rey daba esta razón más de indignación contra Alberoni, que negaba no haber tal carta escrito. No la hemos visto, pero sí alguna minuta de ella enviada de Francia, cuyo resumen también se vio en las cortes de París, Viena, Londres, y en muchas de Italia; y muchos fueron de parecer que esta carta fue mandada hacer y prohijada al cardenal, que siempre se ha mantenido con inclinación a los intereses de España.

Año de 1720

A la carta que los Estados Generales escribieron al Rey Católico, como dijimos, se dio la más urbana y benigna respuesta en 4 de enero, para obligarlos a que se empeñasen con los aliados a admitir el proyecto de paz, que se envió al marqués Berreti, para presentarle a aquel Gobierno; estos eran sus artículos:

Que se restituirían a la España las plazas tomadas en Europa y en América.

Que se evacuaría la Sicilia, y las tropas españolas serían transportadas a gastos de los aliados, con armas, artillería y municiones a España.

Que restituirían todos los navíos y buques tomados en esta guerra, principalmente en la acción de 11 de agosto del año de 18, en los mares de Siracusa, y el navío del señor de Martinitz, que se había retirado a Brest con dinero y efectos de la España.

Que la cesión de Sicilia al Emperador sería con el derecho de reversión, como se había dado al duque de Saboya.

Que se restituiría Puerto Mahón y Gibraltar al Rey.

Que quedaría a España la Cerdeña y se restituirían las plazas de Orbitelo y Puerto Hércules.

Que los Estados de Toscana y Parma no estuviesen sujetos al Imperio como feudos.

Que la sucesión se extendería a las hembras, y que pasaría desde luego el infante don Carlos a Toscana, donde, ni en Parma, no había de haber presidio alguno.

Que se debiese solicitar la restitución de los Estados de Castro y Roncillón, que posee el Papa en perjuicio de la Casa de Farnés, porque en la investidura de Pablo III, en la erección de aquel ducado, las mujeres venían nombradas a la sucesión, en falta de varones, y aun los hijos naturales de la dicha Casa.

Que la dominación y el comercio de las Indias occidentales se debían arreglar según el tratado de Utrech.

Que el Rey Católico se reservaba en el Congreso otros puntos pertenecientes a los vasallos, y que nombraría sus plenipotenciarios cuando se hubiesen concordado en el lugar.

Los Estados Generales enviaron copia de este proyecto a París, donde los ministros de los aliados, en 19 de enero, tuvieron sobre esto una junta, y declararon habían visto con dolor estos artículos que destruían el tratado de Londres y París, que servían de basa inmutable a la paz, sin los cuales no se podía ejecutar, y declararon proseguirían en la guerra si expiraba el término dado al Rey Católico.

Los holandeses despacharon luego un expreso a Madrid, para que su ministro esforzase sus oficios a que el rey Felipe se conviniese. El conde Stanop envió también a Madrid al secretario Schaub. No se descuidó el Regente con el padre Daubanton, ni el marqués Anníbal Scotti con la Reina: y con el marqués de Grimaldo. Al fin, tantas persuasiones vencieron el ánimo del rey Felipe, que hizo un decreto en que, dando por motivo el bien público y la quietud de sus vasallos, adhería y aceptaba el Tratado, firmado primero en Londres en 2 de agosto de 1718, y después ratificado en París.

Este decreto y los poderes de plenipotenciario para formar solemnemente esta adhesión se enviaron al duque de Orleáns, a quien encargó su confianza el Rey Católico para cumplirle la palabra de interponerse a la ejecución de la restitución de Gibraltar y Puerto Mahón, porque se le había insinuado que había ofrecido el rey Jorge restituir la primera, y que se trataría del modo de recibir un equivalente por la segunda.

En esta resistencia que mostró el Rey Católico a la paz, hizo ver que no obraba por sí solo Alberoni en los movimientos pasados, y que su amo no estaba poco acalorado en los mismos; pero desde su allanamiento depuso el Regente su ira, viose satisfecho con la expulsión de Alberoni y con la entera confianza del rey Felipe, y así se puso de acuerdo con la España, ofreciendo sus más eficaces oficios para lo que deseaba. El marqués Berreti, con poderes del Rey Católico, firmó esta adhesión al referido tratado en El Haya, a los 17 de febrero, con los ministros de los aliados que allí sé hallaban: por el

Emperador, el conde Leopoldo de Vium Disgratz; por la Francia, el señor Florián de Morville; por la Inglaterra, el conde de Cadogan. Estos artículos son los mismos que he le fueron propuestos; y referimos el año antecedente.

A esto se seguía la convocación del Congreso, pero se suscitaron muchas dificultades, y la mayor era la evacuación de la Sicilia y Cerdeña, porque los aliados querían por preliminares de la paz la ejecución del Tratado, y mientras esto se discurría nació otra mayor dificultad; que habiéndose hecho publicar la promesa de la Francia a la España sobre lo de Gibraltar, el Parlamento de Inglaterra no quería consentir a la restitución de esta plaza, aunque el rey Jorge se inclinaba a esto, o porque hubiese contraído alguna obligación con la palabra dada a la Francia, o porque conocía ser de poco útil y no de pequeño gasto aquella plaza a los ingleses, como ha mostrado la experiencia, contra las esperanzas que habían concebido cuando la ganaron.

El Cristianísimo, que tenía resuelto la demolición de las fortificaciones que habían ganado en Guipúzcoa y la Navarra baja, mandó suspenderla, aunque llegando con sus tropas el príncipe Pío a Cataluña a los primeros días de enero, iba avanzando para sacar a los franceses de la Gonza de Tremp, donde se hallaba con alguna gente el marqués de Voñas, y como éste era inferior en fuerzas se retiró a la Cerdeña, con más precipitación que era lícito a los que se gloriaban vencedores, y se incorporó con las tropas que mandaba el marqués de Firmancon, que se componían de once batallones, quinientos granaderos y dos mil quinientos veteranos, sacados de los presidios del Rosellón; añadíanse a éstos más de dos mil arcabuceros de campaña y miqueletes, los más rebeldes de su soberano, que, ya temiendo el rigor del príncipe Pío, se habían abrigado de las tropas de Francia.

Ocupaban éstos los caminos reales, pero los españoles pasaron, aunque trabajosamente por la mucha nieve, el que llaman coll de Queralt, y atacando los enemigos, los pusieron en confusión, retirándose hasta el cañón de Mont-Luis, y dejaron a los españoles toda la Cerdeña franca. Desde Puigcerdá se hizo un destacamento a cargo del teniente general don Tiberio Carrafa para atacar, dándose las manos con las tropas de Vich y Girona, los cuarteles que tenían los franceses en Ripoll, Camprodón y Aulot, que no aguardaron el combate y se retiraron a Francia. Luego el príncipe Pío pasó a Castel, ciudad ya de antemano bloqueada, y la noche del día 22 de enero abrió la trinchera contra la torre Blanca; dos días después capituló la guarnición, que era sólo de cincuenta hombres, y quedó prisionera de guerra. Quedaba el castillo, que a los 29 se rindió. Esto, aunque parece cosa de poca importancia, era de suma entidad para sosegar los rebeldes de Cataluña, a los cuales pudo después el príncipe Pío perseguir con mayor comodidad, bien que los cabos principales se pasaron a dominio del Rey Cristianísimo.

* * *

El cardenal Alberoni, desde Francia, tuvo forma para que en Génova sus amigos pidiesen una galera a la República que le trajese desde Antibo, de donde sin tocar en Génova pasó

a Sestri de Levante, lugar del Genovesado; halló aquí cartas del duque de Parma en que se le insinuaba no entrase en aquel Estado, y lo propio hizo el Pontífice, y más le hizo presentar por los ministros del cardenal Lorenzo Fiesco, arzobispo de Génova, una carta del cardenal Pauluci, en que le ordenaba el Pontífice no valerse del breve que le había concedido, para que le pudiese cualquier obispo consagrar. Esto tiraba a que no querían las dos cortes de Roma y España que fuese obispo de Málaga, y se estudiaba en aquélla el modo cómo quitarle el obispado, pero, no le había sin que precediese cargo formal y sentencia.

Todas estas demostraciones pusieron en aviso al cardenal, y en la inteligencia de que no sólo había él enteramente caído de la gracia del Rey, pero que le hacían algunos cargos; y ya se reservaba más en la casa en que vivía, y por medio de sus confidentes envió secretamente a Génova lo más precioso que tenía en su poder y algunos papeles, de los cuales entregó al canónigo Bertamín de Plasencia, su grande amigo. Había tomado pasaporte del gobernador de Milán, conde de Colloredo, para pasar por dominios del Emperador el Estado del Papa, pero ya con estas disposiciones, que significaban armársele no conocidos riesgos, resolvió quedarse en Sestri.

El Rey Católico, que no había querido poner las manos en la púrpura y detenerle en sus reinos, mejor informado de las operaciones del cardenal, creyó no debían quedar muchos excesos sin castigo, y con acuerdo del duque de Parma pidió al Pontífice se asegurase de la persona del cardenal, y le envió materiales para construir el proceso; porque ni aun el informativo había querido el Rey empezar. El Pontífice se valió del cardenal José Renato Imperial, genovés, para que escribiese al Senado de Génova se arrestase la persona del cardenal Alberoni, y escribió al dicho Imperial un papel en que le decía que por las relevantísimas razones que a su tiempo se sabrían, importaba sumamente a la Iglesia, a la Santa Sede, al Sacro Colegio, y que aún se podía decir con verdad, a la religión católica y a la cristiana república, que luego se asegurasen de la persona del cardenal Alberoni, para hacerle inmediatamente pasar al castillo de San Ángel, y proceder contra él con aquellas resoluciones que fuesen justas, y añadió que mandase al padre Maineri, religioso de la Congregación de los Ministros Agonizantes, pasase luego a Génova con esta comisión, y entregase un Breve de Su Santidad sobre el propio asunto.

Ejecutólo puntualmente el cardenal Imperial, dándole oportunidad favorable para esto el que el actual dux de Génova era de su propia casa y su amigo, llamado Ambrosio Imperial, a quien, y al Gobierno, escribió una carta bien expresiva enviando copia del papel que le había escrito el Pontífice para que fuese el cardenal Alberoni arrestado y tenido en esta custodia, hasta que el Papa enviase por él. Con estos despachos llegó el día 24 de febrero el padre Maineri a Génova, y entregando luego al Dux sus cartas, éste juntó los colegios, aunque era día de fiesta, donde hubo reñida disputa, porque no le faltaban a Alberoni entre aquellos senadores algunos amigos. Por pluralidad de votos, viendo asegurar al Pontífice que esta prisión importaba a la religión católica, se mandó arrestar en la propia casa en que vivía en Sestri, poniéndole por guarda una compañía de soldados, con el coronel Mogavi siempre a la vista.

Este arresto de pareció al Gobierno provisional, porque no determinó entregar la persona del cardenal si no le constase ser reo convencido en materia de religión; por eso, respondiendo el Gobierno en carta del secretario Juan Vicente Ventura al cardenal

Imperial, insinuó necesitaba saber individualmente los cargos que al cardenal se le hacían, para ver si era digno de ser entregado sin violar el derecho de la hospitalidad. El día 2 de marzo, el padre Maineri presentó al Dux copia del Breve pontificio, porque el original no le dio hasta el día 8, en que también llegó la respuesta del cardenal Imperial, que contenía lo mismo que el Breve. Se reducían los cargos a tres puntos:

Que había empleado el dinero de las bulas de la Santa Cruzada y otros subsidios eclesiásticos en guerra contra príncipes católicos. Que la había movido en tiempo que la tenía el Emperador contra el turco, causando tantos daños a la Europa y a la Italia; y que había, por particulares intereses, prohibido a los súbditos de España de tomar bulas de la Datería de Roma por los beneficios que confería el Pontífice.

Y estos cargos, examinados por el Gobierno de Génova en la Junta del que llaman Concellato, parecieron insubsistentes y que no llenaban la expectativa y la gran máquina de delitos que habían concebido por la primera aserción del Pontífice en el papel escrito al cardenal Imperial y en el breve que entregó el padre Maineri; y creyendo no bastaban a violar el derecho de las gentes y el de la hospitalidad, habiéndose Alberoni como refugiado al Estado de la República, le pusieron en libertad, y escribiendo una carta al Pontífice muy reverente y obsequiosa en que narraba los motivos de esta resolución por no haber hallado en los que el Papa había significado bastante material a la infracción de las leyes y a las del derecho de las gentes y de la pública libertad, a la cual tenía el cardenal Alberoni derecho, una vez acogido a la soberanía de esta República, que por su propio decoro le debía observar el de la hospitalidad, que se le había concedido aun en atención a su sagrada púrpura.

No sólo con esta respuesta indignaron los genoveses al Pontífice, pero aún al Rey Católico. El marqués de San Felipe, su ministro en Génova, había hecho fuertes representaciones para que no se sacase al cardenal del arresto, porque tenía en ello interés su Soberano, y que se le entregasen cuantos papeles tenía en su poder el cardenal, pertenecientes al pasado Ministerio que ejerció en España. No le hicieron fuerza al Gobierno de Génova estas instancias, ya tenaz en su sistema, y respondieron con más pompa de palabras y afectado obsequio al Rey Católico que con ejecuciones; porque se le quitaron al cardenal las guardias, y se le insinuó saliese del Genovesado, porque no querían empeños con príncipes que se iban poco a poco declarando, porque a las instancias del Rey Católico se unieron las del Cristianísimo y británico, por medio de sus ministros que residían en Génova.

También escribió al Gobierno el rey Felipe un despacho bien expresivo; pero ni llegó a tiempo, ni los genoveses -muchos del partido de Alberoni- quisieron mudar dictamen; y tan precipitados fueron en quitarle la libertad como en dársela. Dieron por excusa al rey Felipe que le habían recibido porque venía con su pasaporte y de otros príncipes. Que no habían usado con él más que con otro cualquiera que se refugiaba a sus tierras, y que después que habían sabido, ya muy tarde, que estaba en desgracia del Rey, le habían mandado salir de ellas.

Alberoni, viéndose perseguido de todos, imploró patrocinio del Emperador, que no se lo quiso otorgar, aun ofreciendo aquél descubrirle secretos que le importaban; pero le toleró, sin darse por entendido de que se había refugiado el cardenal a algunos feudos de

Lombardía, porque saliendo con gran secreto de Sestri, y enviando algunos criados suyos por otros parajes para engañar las conjeturas, pasó a uno de los feudos imperiales, abrigado de sus amigos y conocidos, que los tenía muchos en Lombardía; y de género se robó a los ojos y a la noticia del mundo, que raros sabían con certidumbre dónde se hallaba, y muchos creían que escondido en Génova.

El Rey Católico pidió a los genoveses satisfacción de esta que imaginaba ofensa o poca atención a una representación hecha en su nombre; y lo propio notaba el Pontífice, que se puso de acuerdo con el rey de España en vengarse de aquella República; ésta, para sincerarse, nombró enviado extraordinario a España a Francisco María Balbi, y se disponía de enviar otro gentilhombre sin carácter a Roma. Pero el cardenal Pauluci declaró, en nombre del Pontífice, que no sería admitido, como ni lo fue Balbi del Rey Católico, que mandó en sus fronteras y puertos de mar no se le permitiese entrar en sus reinos cuando ya estaba previniéndose a partir, y ordenó que su ministro en Génova esparciese esta noticia sin participarla de oficio, en lo que mostró el Rey benignidad, porque le quitó a Balbi el desdoro de retroceder.

El cardenal Alberoni, antes de salir de Sestri, escribió una carta al cardenal Pauluci en 20 de marzo, y al decano del Sacro Colegio, el cardenal Fulvio Atali, en que hablando con la mayor veneración del Sumo Pontífice, daba las disculpas a los cargos que no ignoraba se le hacían, creyendo que sólo eran los tres ya mencionados en el breve del Papa y carta del cardenal Imperial. Mostraba en el contexto de estas cartas, casi con evidencia, no haber sido autor de la guerra de Italia, antes haberla repugnado, y daba los motivos de todo lo que el Rey Católico había ordenado a sus súbditos contra la Dataría de Roma, excusándose de no haber tenido parte en esto y en cuanto se le acriminaba; y traía por testigos muchos ministros del rey de España, y a su confesor, el padre Daubanton.

También en estas cartas y otras que sacó después, sin poner el lugar en que estaba oculto, prevenía disculpas a los cargos que se le podían hacer, y revelaba muchos secretos de oficio, y los mandó imprimir; pero los crímenes que se le imputaban eran de más superior inspección, aunque no nos consta del fundamento que la acusación tenía o si todo era calumnias; cierto es que habiendo sido hecho inquisidor general de España el obispo de Barcelona, don Diego de Astorga, se le dio la comisión de formar el proceso informativo sobre Alberoni, cuyas culpas abultaba el vulgo de los españoles: más, la verdad, por odio que a su persona tenían.

El duque de Parma era el principal instrumento de todo lo que contra Alberoni se ejecutaba, y mantenía viva la indignación del rey Felipe, quien quisiera no haber contribuido a emplear tan mal la púrpura, como decía, o que le privasen ahora de ella. Esto mismo deseaba el Pontífice; pero el Sacro Colegio era casi abierto protector del cardenal, porque la hacía para semejantes casos causa propia; y así, en Roma no tenía verdadera persecución, como en España creían, ni había en quien emplearla, porque Alberoni se mantenía escondido sin que con certidumbre se penetrase dónde estaba, y cuando presumía que se podía transpirar, se mudaba a otro paraje, disfrazado en hábito de seglar, y con solo un criado, porque había entrado en la sospecha que le buscaba el rey Felipe para entregarle al Pontífice, y que el ministro de Génova hacía cuantas diligencias eran posibles para haberle a las manos.

En este suceso de Alberoni nos hemos ceñido a referir lo público, porque no nos es lícito revelar algo más secreto, ni son parte esencial de los COMENTARIOS los particulares acaecimientos de un mal individuo, aunque tanta figura haya hecho en España, porque de un hombre privado no se deben referir más operaciones ni mis lances que los que tienen relación e interés público o conexión con los príncipes.

* * *

Los alemanes, que estaban en Mecina resueltos a sacar del reino a los españoles, pasaron por mar a Trápana, y cuando el marqués de Lede con su ejército estaba en Alcamo, aquéllos se acamparon en Santa Ninfa. Todo era enderezarse a Palermo o a dar una batalla, porque Merci quería ganar la Sicilia antes que los españoles, en virtud del Tratado admitido por el Rey Católico, la dejasen; sin reparar que se le daba con certidumbre lo que buscaba con riesgo, y porque si perdía una acción general podían mudar las cosas de semblante, porque el Emperador tenía muchas cosas a que entender, y el rey de Inglaterra empezaba ya a estar impaciente que se le dilatase la investidura de Bremen y Werdem. Conocía que era arte de la corte de Viena para tenerle dependiente, y esto llevaba mal la soberbia de los ingleses. No estaba la Francia tampoco en estado de proseguir la guerra, porque un nuevo Banco Real, y el de la compañía de Mississipí, había recogido todo el dinero del reino con varios edictos, y por él daban Papeles de Banco que no tenían su curso, ni en él, para convertirlos en dinero, ni aún en el mercado y las tiendas.

Estos Arbitrios había inspirado al Regente un tal Lauus, inglés, que ha muchos años andaba por el mundo, porque no podía, por un homicidio, volver a su patria. Este era hombre de sublime ingenio y de la más profunda inteligencia en el negocio, pero de la voluntad más depravada, lleno de mala fe y de todo género de engaño. Los hombres más ricos se habían reducido a pobres en toda la Francia y, encadenados los inconvenientes uno con otro, eran imponderables la desolación, los lamentos y miserias de aquel reino. Esta narración ha menester más volúmenes que son estos COMENTARIOS, ni es de mi asunto escribir lo que en Francia pasaba si no tiene conexión con la España, y sólo lo hemos de paso tocado, para dar a ver la constitución del mundo y cuán vidrioso era dar aliento con una victoria al Rey Católico, para que dilatase evacuar a Sicilia.

Había dado al marqués de Lede facultad de hacer una suspensión de armas, por si ganando tiempo se pudiese abrir el Congreso de Paz antes que saliesen de aquel reino los españoles. El Emperador no quería tratar de ella si antes no evacuaban a Sicilia y Cerdeña, y no teniendo las órdenes generales de Lede y Merci, aunque se trató de ajuste y pasaron oficiales de una parte a otra, no quisieron los alemanes convenir en la suspensión de armas el día 7 de abril, y se movieron del campo de Santa Ninfa hacia Alcamo, donde estaban los españoles acampándose sólo tres leguas distantes. El marqués de Lede se mudó a Valguarnera, pero viendo que los enemigos por la derecha podían tomarle las espaldas y no era lugar de tener segura la subsistencia, marchó hasta Monreal.

Merci ocupó el campo de Alcamo, y cuando supo que los españoles entraban en Palermo, tomó su marcha, y el día 23 de abril bajó por la montaña vecina a la ciudad y se acampó en la llanura a tiro de cañón del ejército enemigo, con la izquierda a Monte Peregrino, que ocupó luego; a la derecha, la montaña llamada la Escala, de Carini. Los españoles tenían su derecha al fuerte del muelle de Palermo, y la izquierda, a boca de Falco, bien atrincherado el frente y ocupadas y fortificadas algunas casas. A este tiempo se hallaba con su escuadra el almirante Binghs, dada fondo al Escaro de Mondelo; tenía hasta cuarenta embarcaciones de transporte cargadas de artillería, municiones y víveres para el ejército alemán.

El día 26 destacó dos navíos de guerra y una balandra y cañones. Dos puestos que al pie de Monte Peregrino tenían con cien hombres ocupados los españoles a la marina, luego los desampararon con alguna pérdida. El día 29, al amanecer, los alemanes atacaron una casa al pie del monte, que ocupaban quinientos españoles muy avanzada de su línea. La noche antecedente había adelantado Merci seis batallones de dicho monte, y con el favor de las sombras pudieron ocupar las alturas de aquel puesto, desde las cuales, haciendo un gran fuego, se trabó una corta disputa; porque viendo los quinientos españoles que se movía el ejército contrario a sostener a los suyos, se retiraron hasta un reducto que había Lede mandado hacer, donde se formaron y mantuvieron batidos de cinco piezas de cañón de campaña.

Merci mandó atacarlos de los granaderos, sostenidos de otra infantería, y aquella aunque pequeña acción, fue bien ejecutada por una y otra parte; pero, al fin, fueron los alemanes rechazados con pérdida, porque no era fácil romper el reducto. Intentaba Merci apoderarse de los puestos que tenían ocupados los españoles enfrente de su línea, para tomar después el muelle, pero ganando el reducto mudó de idea y se volvió a acampar más cerca del enemigo.

El día 30 se empezaron a cañonear los ejércitos; trabóse alguna escaramuza, en que se retiraron escarmentados los coraceros de la guardia de Merci, y ya se movían las alas de las líneas para acometer, cuando en una faluca despachada de Génova llegó al marqués de Lede orden de su amo de cesar toda hostilidad y evacuar los reinos de Sicilia y Cerdeña. Diósele para esto poder amplio con su instrucción, y luego avisó al general Merci, que ya estaba puesto en batalla. Pareció un milagro de la Providencia evitar tanto estrago, porque hubiera sido una de las batallas más crueles de esta guerra, según las disposiciones de los ánimos, ya enconados, y ambiciosos de la mundana gloria. Eran las fuerzas iguales, y se peleaba a vista de la capital, creyendo cada uno que en aquel día se decidiría tan dilatada cuestión. Los palermitanos hacían desde las murallas plegarias y rogativas por los españoles, aguardando la batalla: cuando vieron retirarse las tropas y se publicó la causa, no hubo demostración de queja y dolor que no hiciesen.

Los generales se juntaron para tratar del modo de la evacuación de los reinos, y se concordó en veintiocho artículos. Era la suma de ellos una suspensión de armas por mar y tierra, hasta que llegasen tropas de España.

Que evacuarían a Palermo las tropas españolas dentro de cinco días, con todos sus fuertes, y que marcharían los españoles a Termini conservando aquella plaza hasta la entera evacuación, y el confín de ella, ocupando los lugares de Bautina, Veintimilla,

Giminia, Montemayor, Caltabuturo, Petralia, Vicari, Polici, la Rochela, Rocapelamo y Cacamo, y que a medida que se embarcarían las tropas se irían evacuando estas aldeas.

Que los enfermos y heridos, con sus médicos, cirujanos y asistentes, quedarían, hasta curarse, en los hospitales en que se hallaban, con una guardia de veinte hombres españoles, dándoles lo necesario por su dinero.

Que podían quedar en Palermo los ministros de la Intendencia, comisarios de Guerra, tesoreros y contadores, hasta ajustar sus cuentas y dar providencia al embarco.

Que cualquiera que sirviese en el ejército español pudiese sacar sus familias y bienes muebles de aquel reino.

Que sus almacenes de víveres quedasen por los españoles.

Que las tropas que estaban divididas por el reino tuviesen libre pasaje y alojamiento en la marcha para embarcarse.

Que evacuado Palermo, se retirarían las tropas de Girgenti.

Que lo propio harían las de Augusta con sus armas, pertrechos y municiones de guerra, las que bloqueaban a Siracusa y estaban en otras partes del reino.

Que las tropas españolas debían ser conducidas a las costas de España con sus armas, caballos y bagajes.

Que cualquiera que quisiese seguir el partido del Rey, pudiese salir del reino.

Que se le darían transportes bastantes para las tropas, pagándoles el Rey Católico, y escolta de navíos ingleses, según el número a que conviniese el general Binghs.

Que se embarcarían las tropas en dos o tres partidas, poniendo el número a proporción del bastimento.

Que los españoles se llevarían los cañones, morteros, armas y cuantos pertrechos de guerra habían traído, dejando los que en el reino habían hallado.

Que los navíos y galeras que del Rey Católico se hallasen en los puertos de aquel reino pudiesen libremente salir.

Que se restituirían de una parte a otra los prisioneros.

Que se daría seis meses de término a cualquiera que quisiese vender sus efectos para seguir el partido del Rey Católico.

Estos eran los principales puntos, más extendidos y con cláusulas que quitasen todas las dudas. Fueron firmados estos capítulos del general Merci, marqués de Lede y el almirante Binghs. Por el reino de Cerdeña se concordó en veinticuatro artículos la evacuación; casi eran del mismo tenor, y en artículo separado ofreció el plenipotenciario del Emperador dejaría a aquel reino, en común y en particular, todos sus privilegios; y aunque la cesión fue hecha al Emperador, se declaraba la condición de haberle de ceder al duque de

Saboya. Con efecto pasó a Cerdeña, para recibir el reino el comisario imperial don José de Médicis, príncipe de Otayano, a quien se entregó en virtud de estos capítulos y de la orden que tenía del Rey, don Gonzalo de Chacón; y aquél barón de S. Remi, que tomó posesión por el duque de Saboya y se quedó el virrey y capitán general. Las tropas españolas que allí estaban pasaron luego a España; lo propio hicieron las de Sicilia, que por todo agosto ya estaban en Barcelona. Salieron de este reino veinte mil hombres de buenas tropas; cuatro mil, de Cerdeña. Este fin tuvo tan costosa expedición.

* * *

Luego se trató, entre las potencias que habían de concurrir a la paz, de elegir el lugar del Congreso. Quedaron de acuerdo en que fuese Cambray; pero aún no se habían nombrado plenipotenciarios para él, porque querían los príncipes tenerlo todo ajustado, y aún permanecían las mayores dificultades; ni el Emperador, después de poseída la Sicilia, quería la paz, por no ceder con más solemnidad los derechos de la Monarquía de España, y por el recelo que los príncipes todos en el Congreso le limitasen el poder sobre la Italia, porque los soberanos de ella hacían secretas instancias sobre que se pusiese en esto remedio, pues de otra manera era dejarlos esclavos.

El rey Jorge quería deslindar algunas dependencias con el Emperador antes de entrar en el Congreso, para estar más libre, como decía, a hacer justicia. La corte de Viena las quería tener indecisas, para tener dependiente al rey de Inglaterra, y estas políticas dilataban la paz. La Francia no tenía interés en diferirla, pero no la apresuraba porque el Regente no podía perfeccionar sus ideas.

Sólo el rey de España instaba para la conclusión de la paz, porque, de su parte, había ejecutado cuanto había ofrecido; pero creían era todo afectación, porque estaban los españoles formando un grande armamento en Cádiz y las costas de Andalucía, adonde mandó el Rey Católico pasar las tropas que tenía en España, reemplazándolas de las que de Sicilia iban llegando.

Preveníanse naves bajo el mando del jefe de escuadra don Carlos Grillo, que había sido declarado teniente general, y galeras bajo el de don José de los Ríos, con otros muchos barcos de transporte, y se conducían a Cádiz cañones, armas, pertrechos y gran cantidad de víveres. Esto tuvo en nueva expectación a la Europa. Era digno de admiración que sin descansar un instante, no evacuado todavía el reino de Sicilia, entrase el rey Felipe en nuevas ideas que dieron recelo a la Francia, Inglaterra y Portugal. Y aquí se volvieron a desengañar otra vez de que el genio del Rey Católico, tan inclinado a la guerra, no tenía necesidad de quien se la aconsejase, si la juzgaba justa, y que no pararía hasta recuperar lo que era suyo.

Con estos recelos, determinaron los aliados no adelantar los pasos a la paz hasta que se viese el designio de los españoles, porque la fama abultaba el armamento, aún, al parecer, mayor que el que se hizo para Sicilia. Era entretenimiento oír delirar los mejores políticos, y pretexto de precaución adelantarse los temores a exceso indigno. Dudaban los ingleses de otra conspiración contra el reino, hecha en Roma a impulsos del Pontífice, y más estando ya próximo a tener sucesión el rey Jacobo Stuard, porque estaba la Reina en cinta. Y no carecía Londres de alguna confusión por las variedades de las acciones del

Banco de Mardelstr, que habiéndose aumentado a precio jamás visto, bajaron al más ínfimo, con notable perjuicio de infinitos que habían perdido allí sus caudales, engañados.

Había pasado el rey Jorge a Hannover, para componer privadas diferencias con los príncipes de Alemania y del Norte, y se creía dilataba con arte la vuelta de Londres, hasta que cesase aquella confusión, y esperaba ver el paradero de las armadas de España que estaban en movimiento. Despacharon varios correos a Gibraltar y Mahón; reforzáronse las guarniciones y se abastecieron las plazas. Esto lo dispuso la regencia de Londres, aún ausente el Rey, porque sus enemigos esparcieron con artificio que se entendía con el rey Felipe, y se dejaría perder a Gibraltar para salir con aire de la palabra dada al regente de Francia.

El rey de Portugal, aunque asegurado del ministro de España que no era contra sus Estados el nuevo armamento, insensiblemente abasteció de todo lo necesario sus plazas fronteras, y no ignoraba por menor el número de tropas, de las cuales poco antes había pasado reseña. El duque Regente, que contra sí tenía la Francia toda por lo aniquilado del comercio, el universal retiro del dinero a las reales arcas y Banco, también admitió la sospecha que pudiese la España otra vez intentar la sublevación de la Francia, viéndola turbada, sin medios y abatida; y aunque don Patricio Laules, que hacía los negocios del Rey Católico en París se esforzaba a sosegar los recelos del Gobierno, se fingían olvidados; pero permanecían en el corazón del duque que, ya empeñado en su despotismo, hacía las mayores demostraciones para que no le creyesen temeroso.

Desterró a todo el Parlamento de París a Pontuiso; quitó muchos empleos, y haciendo acercar tropas a la corte, se mantenía en su dictamen, más apoyado de las armas que de la razón, porque quería obligar al Parlamento a firmar un nuevo edicto que sobre la bula *Unigenitus* se había hecho, después de tantos rumores que costó aquella pontificia constitución, mal admitida de los franceses y rechazada de los más como vulnerativa de los privilegios de la Iglesia galicana, o porque vivía aquel disfrazado jansenismo que no pudo apagar el vigilante celo de Luis XIV.

Viendo estos recelos de la Europa el Rey Católico, que turbaban la paz general, estuvo precisado a declarar, con un papel del marqués de Grimaldo al ministro de Inglaterra que residía en Madrid, que no se movían aquellas armas contra su Soberano ni príncipe alguno de los de la Cuádruple Alianza. Ni esto quitó la aprensión, y no se adelantaba la paz ni se nombraban plenipotenciarios, aunque el Rey Católico había ya nombrado a don Francisco de Benavides, conde de San Esteban del Puerto, y al marqués Berreti.

Después nombró el Emperador al conde de Vium Disgratz y al barón de Penteriter; el Cristianísimo, al señor de S. Conster y al señor de Morville; la Inglaterra, a milord Certeced y milord Pobort, sin que ninguno de los plenipotenciarios de los demás príncipes se moviesen. Llegaron a las cercanías de Cambray los del Rey Católico, para desengañar al mundo cuán de buena fe trataba la paz, aunque veían prevenía sus armas para nueva expedición.

Haberse unido las cortes de Roma y España contra el cardenal Alberoni de ellas la buena inteligencia, a que cooperaba no poco el duque de Parma, que dando el Pontífice

esperanzas de mejor ajuste, se resolvió a enviar a España nuncio al arzobispo de Rodas, monseñor Aldrobandini, llamándole de la nunciatura de Venecia. Este era florentín, y muy afecto a la Casa de Parma, con la cual familia Aldrobandini, ilustre en Toscana, había tenido antigua inclusión. No se había la España olvidado del cardenal Alberoni ni de la desatención de que cargaban a los genoveses, contra los cuales clamaba a España el Pontífice de que había quedado desairado, por tomar el empeño del Rey contra Alberoni. El Gobierno de Génova creía haber cumplido con ambos príncipes con quererles enviar el ministro, que no admitieron, y aunque habían hecho muchas diligencias para que el rey Felipe dejase entrar en sus reinos a Francisco María Balbi, viendo la constante repugnancia del Rey se aquietaron, creyendo haber hecho cuanto cabía en lo posible, porque para componerse con la España se valieron del duque de Parma, enviando privadamente a Plasencia a Juan Bautista Morando, que, aunque no trató inmediatamente con el Duque, por medio del conde Ignacio Roca, muy favorecido del Duque, tuvo poco favorable respuesta, porque se excusó éste de entrar en interposiciones con el rey de España, justamente indignado contra el Gobierno con la dilación de siete meses.

Creyeron muchos ya apagada esta centella; pero el Rey Católico ordenó a su ministro de Génova hiciese, en los términos más fuertes, nueva instancia para que le diesen los genoveses satisfacción de la libertad concedida a Alberoni, y la diesen también al Sumo Pontífice, sin la cual no admitiría el Rey alguna. Esta instancia, para parecer más expresiva, la hizo el ministro por escrito, con términos muy aprovechados del Pontífice, y resultó que luego los genoveses hicieron pasar a Roma ministro extraordinario con carácter de enviado a Constantin Balbi, exponiéndose a que no fuese admitido. Esto vendieron por obsequio al Rey Católico, y que se le había dado carácter, porque el primero que quisieron enviar había de ir sin él. Al Rey respondieron con palabras de mayor veneración, pero sólo palabras porque nada resolvieron; repetían las ya muchas veces oídas excusas, y volvieron a pedir fuese admitido (para sincerarse) el nombrado ministro a la España.

Con esto, y con haber determinado tentar otra vez la interposición del duque de Parma, imaginaron no tener más que hacer. Alberoni, desde su retiro, nada ignoraba; volvió a escribir al cardenal Pauluci, sin declarar el lugar, quejándose le trataban como al más vil y facineroso reo, y que ni le era lícito publicar dónde estaba, porque se le insidiaba la vida, y que el duque de Parma hacía las más exactas diligencias para prenderle y entregarle, por lo cual suponía habían pasado a conferir con el duque algunos oficiales del rey Felipe desde Longón. Creía el cardenal que el confesor del Rey avivaba esta llama, y era aprensión, porque la modestia y rectitud del padre Daubanton no era capaz de venganza, aunque inspirase en el Rey las más justas reflexiones. Cierto es que se adelantó su autoridad de género que creían los españoles que tenían la mayor parte en el gobierno los jesuitas, y se atribuyó al confesor la resolución de enviar tropas a África.

* * *

Estaba Ceuta veintiséis años había sitiada de tropas del Rey de Marruecos, y aunque la impericia de los moros no nada había adelantado contra la plaza, habiendo ya pasado a servir a los infieles algunos franceses, hugonotes, ingenieros y oficiales, fortificaron de género las trincheras y los aproches, que estaba más apretada la plaza y más imposibilitada de hacer ventajosas surtidas. Su ejército se componía de más de veinte mil hombres, aguerridos con la escuela de sitio tan dilatado, aunque pocas funciones habían tenido en los veintiséis años, pues a fuerza de minas los hacían volar y apartar de los españoles.

Con la última conducta de tropas de Sicilia llegó el marqués de Lede a Barcelona, y llamándole luego a la corte, fue creado Grande de España de segunda clase. Se le aprobó con esto cuanto en Sicilia había hecho, y más con haberle nombrado capitán general para la expedición de África, para la cual se juntaban tropas en Málaga, Cádiz y Tarifa; pero ningún cuerpo de los que de Sicilia habían venido, para dejarlos descansar, y ejercitar los que en España habían quedado.

Muchos de los oficiales generales fueron nombrados también a esta empresa, porque eran de la satisfacción de Lede. Habíase justificado de algunas imposturas y calumnias don José Patiño, y llamado a la corte, se le reintegró en la Intendencia General de Marina, limitándole a este empleo la autoridad; y viendo lentas las prevenciones para la expedición, que ninguno la tenía mejor que Patiño, se le ordenó pasase a Cádiz. Con esto se pudo poner en varias conductas a la vela el ejército, embarcado en distintos parajes a últimos de octubre, y escoltado de la escuadra de naves que mandaba don Carlos Grillo, de las galeras del cargo de don José de los Ríos, y de otras tres naves de la religión de San Juan, a las cuales pidió el Rey le sirviesen en este paraje hasta el desembarco, como lo ejecutaron, dándoles el Rey provisiones por el tiempo que se podían entretener.

Estaba Ceuta sitiada desde el año de 1694 que la embistió el bajá Alí Beneb Dalat con cuarenta mil moros; este sitio le hacía el marrueco no sólo para quitarse el embarazo de aquella plaza, pero para entretener y entregar al peligro algunos moros mal afectos y parciales de su hijo, con quien había tenido guerras civiles. Aquel campo le destinaba más para suplicio que para teatro de gloria, porque nada adelantaron los sitiadores en veintiséis años, en cuyo espacio de tiempo habían muerto más de cien mil moros.

Como era la idea del rey de Marruecos no sólo militar, sino política, resolvió no dejar la empresa, y tanto se fortificaron en ella los sitiadores, que a las faldas del monte que llaman Bullones fabricaron casas para los principales jefes, a proporción de su grado, y plantando el campo tras de las trincheras, en una lengua de tierra bañada de una y otra parte de las aguas del mar, habían plantado huertas y sembraban en los vecinos campos cuanto cubría su cañón y su ejército, de forma que habían hecho una población acomodada para el sitio tan dilatado; las trincheras estaban con su foso y reductos, y fabricada parte de ellas de las ruinas de la antigua Ceuta, muy extendida en su izquierda al mar, y la derecha, al monte.

Ocupaban la lengua de tierra de mar a mar, donde habían tirado cuatro paralelas con comunicación de una a otra en lo más angosto, frente de la plaza, porque era la lengua el paso para tierra. Adentro tenían piezas de cañón, y más era una fortificación contra Ceuta para embarazar las salidas, que verdadero sitio, porque nunca habían batido en brecha.

Por el mar la entraban a la plaza continuos socorros de gente, municiones y víveres. Esto costaba mucho al Rey Católico, y determiné hacer levantar el sitio, observando después las disposiciones del país, para meditar los progresos que se debían hacer o retirar las tropas. A 14 de noviembre estaban ya todas desembarcadas en Ceuta, con algunos días de descanso; esta noche se mandó a don José de los Ríos hiciese fuego por la mañana sobre la siniestra de los moros y por sus espaldas, fingiendo con lanchas un desembarco para distraerlos.

Había mandado el marqués de Lede hacer algunas bocas en el camino encubierto para que por ellas y las puertas pudiese a un tiempo salir el ejército hasta los ataques del enemigo, dividiendo las tropas en varias partes. El día 15, al amanecer, salieron éstas en cuatro columnas de a seis y siete batallones cada una, uniéndose a los que estaban en la plaza, porque las que de España habían pasado nuevamente no excedían de dieciséis mil hombres; precedían los granaderos y muchos gastadores, para arruinar las trincheras, porque prontamente pudiese la infantería penetrar al campo enemigo, el cual estaba de sus mismas trincheras cubierto, sin que se pudiese por otra parte atacir, porque éstas ocupaban ambas orillas del mar; cada columna tenía un cuerpo de caballería por retaguardia a la derecha.

Con un tiro de cañón se dio la señal, y empezó a disparar don José de los Ríos, ejecutando con acierto lo que se le había mandado. Esto desordenó los moros, acometidos con tanto ímpetu de los españoles en sus atrincheramientos, que fueron puestos en la mayor confusión; defendiéronse poco, cargando sobre ellos tanta gente, y de paralela en paralela se retiraron hasta unirse a su campo, donde había hasta unos veinte mil hombres.

Vencidas y penetradas las trincheras, se puso de la otra parte en batalla el ejército español cuanto permitía la estrechez del lugar. También la frente del campo estaba fuerte con fosos y cortaduras; pero los españoles las fueron a poco venciendo, y de altura en altura hacían retroceder a los moros, que se resistían y peleaban con bravura, sostenidos de dos mil negros de la guardia del rey de Marruecos, que llevaron el peso de la batalla, y hacían frente mientras se retiraban los muertos y heridos; y por esta razón no se pudo saber a punto fijo su número.

Duró la acción cuatro horas, hasta que se pusieron los infieles en precipitada fuga, parte por el camino que va a Tetuán, y otros por el de Tánger, donde tenían otro pequeño campo de caballería, del cual se tomaron las tiendas. Lo escabroso del terreno no permitió cortar a los que huían, y así se quedó el ejército en aquel campo, donde halló veintinueve piezas de cañón, cuatro morteros, mucha cantidad de víveres y municiones y se tomaron cuatro estandartes y una bandera. Del ejército español quedaron muertos algunos oficiales y más de cien hombres; doble número hubo de heridos, entre los cuales, gravemente en la cara, el caballero de Lede, y en un lado, el mariscal don Carlos de Arizaga. Algunos oficiales y soldados moros quedaron prisioneros; los muertos que se hallaron en el campo no llegaban a quinientos; se demolieron luego sus fuertes y atrincheramientos, y se logró hacer levantar un sitio tan prolijo y molesto.

El Rey Católico presentó en persona tres estandartes a la Virgen de Atocha; uno envió con expreso al Pontífice, y le escribió una carta muy obsequiosa y reverente. Los ingleses empezaron luego a tener recelos por su comercio, si se apoderaba el Rey Católico de las

costas de África en el Estrecho, y ya discurrían el modo cómo atajar las ideas del rey Felipe, si acaso tenía otra más que libertar la plaza, no siendo ni habiendo sido en todos tiempos menos perjudiciales a las conquistas de la Iglesia los herejes que los gentiles y mahometanos.

En este año se encendió un ejecutivo y rigoroso contagio en la Provenza; empezó por Marsella, adonde trajo mercaderías infectas una nave francesa que venía de Esmirna y Alejandría; cogió aquella ciudad extenuada, sin víveres ni dinero, y la pobreza ayudó al estrago, porque murieron más de sesenta mil personas; se extendió después a Aix y otros lugares, hasta veinte y seis poblaciones. Enviáronse tropas a guardar el Ródano, y el duque de Saboya hizo lo propio en el Varo. Antes de fenecer este año pasaban los muertos de cien mil.

Año de 1721

Después de la accesión del Rey Católico a la Cuádruple Alianza y evacuación de Sicilia y Cerdeña, nada parece que faltaba a la paz, porque no había guerra; pero estaba aquélla muy lejos, pendientes aún muchas diferencias no sólo entre el Emperador y el Rey Católico, sino entre éste y la Inglaterra, y aun con la Francia, que dilataba entregar las plazas de Fuenterrabía y San Sebastián, de las cuales no se había hecho mención alguna en los últimos tratados, pretendiendo tres potencias grandes a porfía destruir la España, con máscara de la pública utilidad. Todos iban a perficionar sus ideas antes de la paz, y conociéndose necesarios para ella, y aun garantes, en cuanto recíprocamente se habían de ofrecer al Emperador y el rey Felipe, la Francia y la Inglaterra no querían soltar la usurpada tijera de la mano, porque sobre darles mayor autoridad, esperaban algún útil de la dilación.

El rey de Inglaterra no había aún conseguido las investiduras del ducado de Bremen y Werden en la forma que les deseaba, y el Emperador le hacía penar, para tenerle asido a su favor en las controversias que sabía se habían de suscitar cuando diese la Toscana al infante de Castilla don Carlos, según lo estipulado; con que deseando estos dos príncipes, el Emperador y el inglés, fenecer cada uno antes sus dependencias, ninguna se concluía, y con pelillos y reparos insustanciales se dilataban las recíprocas renuncias de Emperador a la España y del Rey Católico a lo que el Emperador poseía en la Italia y Flandes; porque este negocio se trataba en Londres con los ministros de las potencias interesadas, y había el rey de España a este efecto enviado a aquella corte, sin carácter, pero con credenciales, al teniente general don Jacinto Pozo Bueno, gobernador de Pamplona.

El duque de Orleáns regente de la Francia, que se gobernaba por los dictámenes del abad Dubois, generalmente adverso a la España, no perdiendo de vista sus antiguas ideas y expectativa a la Corona de Francia si muriese Luis XV, no quería descontentar al Emperador, y estaba tan de acuerdo con la Inglaterra, que se tenían mutuamente ofrecido dilatar el Congreso cuanto a cada uno de ellos conviniese; y más, que el duque, viendo tan favorable oportunidad de casar bien sus hijas, las princesas de Montpensier y Baujolais, había muy de lejos, por el padre Daubanton, confesor del rey de España, escudriñado si tendría buen éxito su proposición, queriendo dar una al príncipe de

Asturias y otra al infante don Carlos, y que, en trueque, tomaría para el rey de Francia la infanta de España.

Esta idea, muy a sus principios, fue con gran secreto comunicada al marqués de Grimaldo, secretario del Despacho Universal de Estado, y ministro de la mayor confianza del Rey. Hacía negocio, con el misterio de secreto, el duque de Orleáns; y queriendo exagerar conveniente el tratado para la España, fingía recelos que le turbarían la Inglaterra y el Emperador si lo penetraban; y mientras las respuestas no venían decisivas, ni entregaba las plazas que de la España tenía, ni enviaba sus plenipotenciarios al Congreso, aun habiendo más de seis meses llegado a las vecindades de Cambray el conde de San Esteban y el marqués Berreti, plenipotenciario del Rey Católico, que tenían sonrojo de estar en Cambray solos, debiendo acudir antes a recibirlos los de Francia, por celebrarse el Congreso en su reino; y aunque se disponía a partir el señor de S. Conster, nunca llegaba este caso, y estaban muy remotos del viaje los de Inglaterra y Alemania.

El pretexto de la dilación era que todavía no se habían recíprocamente entregado los actos de las mencionadas renuncias, que era el fundamento de la paz, y de usar en el Congreso los títulos y dictados que a cada uno de los príncipes pertenecían, porque el Emperador no quería soltar el de Católico, con pretexto que poseía parte de la Monarquía de España, y había ya reconocido Rey de ella al rey Felipe (que así le llamaban los imperiales por no decir Católico). Tenaces sutilezas del amor propio y de la soberanía, porque no creían los príncipes que los títulos y dictados dan derecho más del que pueden dar las armas, sino porque los lisonjea tan prolija pompa de voces que les abulta la majestad; común delirio de los mortales que, no satisfechos de ser mucho, quieren ser lo que no son.

No descuidaban en Inglaterra y París de imponer en lo que les importaba al duque de Parma, porque influyese en lo que proponían, y le ofrecieron firme patrocinio contra las violencias que usaba el Emperador en Italia, y el gobierno de Milán en los Estados del Duque sobre los límites del Po, y paso de tropas a la Lunegiana y Masa, que presidiaba el Emperador con gran cuidado. El duque de Parma, hombre prudentísimo, fingía, abstracción de la España y de su Gobierno, aunque influyese en la Reina lo que convenía para su quietud, y que el principal objeto había de ser sólo perficionar la obra de asegurar la Toscana para su hijo primogénito. A vueltas de esto, algo se quería introducir fuera de su oficio el marqués Anníbal Scotti; y aunque ya había en el Palacio muchos parmesanos, el Gobierno permaneció, después de echado Alberoni, sólo en el Rey.

Enviábanse algunas particulares consultas al presidente de Castilla, don Luis de Mirabal, y al comisario general de la Cruzada, don Francisco Antonio Ramírez de la Piscina; pero lo más esencial pasaba por el padre Guillermo Daubanton y el marqués de Grimaldo, y más después que había caído de la gracia y del empleo don Miguel Fernández Durán, marqués de Tolosa, el cual, por la inclusión que tenía con la casa de don Juan Prieto, con cuya hermana, viuda del marqués de Gallegos, había casado Tolosa, se juzgó interesado en el asiento de víveres para el ejército de África, donde, por ser de mala calidad, habían perecido más de cuatro mil soldados, y al retirarse las tropas se llenaron de enfermos todos los hospitales de Andalucía, de género que se temió alguna infección. Tomó el Rey rigurosa cuenta de los autores de esta desgracia, y las casas de Prieto y Gallegos padecieron una multa considerable; otros oficiales e intendentes pasaron por riguroso examen; se formó el proceso y se quitaron muchos empleos.

No era reo de esta maldad el marqués de Tolosa, pero se le probó entraba en el asiento como partícipe, cosa muy opuesta a su ministerio de secretario del Despacho Universal de Guerra y Marina, cuyos empleos confirieron: el de Guerra a don Baltasar Patiño, marqués de Castelar, hombre en esta materia inteligentísimo, y el de Marina a don Andrés Pez, presidente de Indias. Poco después murió Tolosa de pesadumbre, o de tósigo, como dijeron muchos.

El Rey había defendido mucho al marqués de Tolosa en tiempo de Alberoni, y esto le confirmó en una natural desconfianza, habiendo padecido tantos engaños. Retardaba, escrupulizando, el despacho, y manteniéndose casi siempre fuera de Madrid; no faltaban quejosos, ni en el aula celos del mundo, porque Grimaldo no dejó tomar pie en la gracia y entera confianza del Rey a Castelar, aun con el apoyo de la Reina, porque verdaderamente el ánimo del Rey era a Grimaldo, propenso por su blandura, sinceridad e indiferencia, estudiando no apoyar su dictamen en las consultas que subía al Despacho, sino muy instado del Rey, y aun mandado, diciendo que siempre el dictamen del Rey había visto ser el más acertado y prudente.

Este desinterés y demudez de afectos aprobaba el Rey, y por oírle de oficio y que diese su parecer, le creó consejero de Estado con retención de la secretaría que administraba. Esto explicó el favor sobre los demás secretarios, y cesó en parte la política guerra, no pareciéndoles a los envidiosos oportuna. El mantenerse en la aceptación del Rey el padre Daubanton y el marqués de Grimaldo ponían siempre de peor calidad la fortuna del cardenal Alberoni, que aún vivía como sepultado en unas casas de campo de los feudos imperiales puestos entre el Estado de Milán y el de Génova. No le faltaban ocultos protectores, y no ignoraba la corte de Viena dónde se hallaba, pero se daba por desentendida, sabiendo que el Rey Católico y el Papa deseaban mucho haberle a las manos, y esto le hacía recelar que les importaba, y así le toleró en aquellos feudos, aun no siendo Alberoni acepto al Emperador.

El pontífice Clemente XI conservaba tan tenazmente su indignación, que quería quitarle el capelo; pero los cargos que se le fulminaban en España no eran bastantes para tan ruidoso castigo; se le pretendía probar que había subrepticiamente y con engaño como arrancado el capelo de manos de Su Santidad; pero esta prueba era sumamente difícil, porque habían precedido empeños del Rey y la Reina, y es cierto que destinaba contra el turco las fuerzas que contra Cerdeña se emplearon, a no haber el Emperador, con la intempestiva prisión de don José Molines, provocado al rey Felipe a la guerra.

Querían hacerle cargo de que había enviado ministros a la Puerta Otomana, y suponían que el coronel Boisiniene, francés, a quien envió a Ragotzi; y habiendo éste a la vuelta pasado por Génova, el marqués de San Felipe, ministro de España, por haber sus papeles y su persona, con agasajo y dinero le persuadió que fuese a Madrid, e hizo que se le juntase por camarada un oficial del Rey para que no le perdiese de vista; pero los papeles de Boisiniene no contenían más que el despacho de enviado a Ragotzi y una instrucción muy regular ofreciendo a aquel príncipe dinero para ayudar a recobrar la Transilvania de manos del Emperador, y alentar los rebeldes de Hungría; lícitos ardides de la guerra, o los ha hecho lícitos el ser en todo comunes, porque todos los practican, aunque fuese indiscretamente a favor del turco; y por Alberoni se traía ejemplo de haber mandado Gregorio IX a los templarios, caballeros hierosolimitanos y prelados de Oriente no

obedeciesen al emperador Ferdinando III cuando pasó a la conquista de Jerusalén, porque estaba el Pontífice mal con el Emperador, le había excomulgado y movido guerra en la Pulla, mientras estaba empleado en la Suria contra Saladino, distrayéndole de obra tan santa aún después de haber recobrado el Santo Sepulcro.

Así tratan a veces los príncipes sus intereses de Estado, posponiendo a todo; con que ni el Rey Católico ni Alberoni faltaban a la religión, como querían suponer en Roma, por haber enviado un ministro al príncipe Ragotzi, católico, que es lo que se le respondió a un manifiesto que sacó el Emperador sobre este asunto. Y por lo que mira al Papa, oí asegurar a Boisiniene haber estado primero en Roma y dado noticia a Su Santidad de la comisión que llevaba al príncipe Ragotzi para divertir las armas del Emperador. De qué sentir fuese el Papa no lo podemos decir; lo cierto es que no querían al alemán en Italia, porque dicen de su caballo que se parece al del turco, que no nace hierba donde pisa. Ninguna de estas ideas produjo más efecto que formar aparente causa a Alberoni, que la juzgó insustancial la Junta de Cardenales deputada a este efecto; pero no se atrevían a absolverle porque estaban contra él empeñados el Rey y el Pontífice, y con mucho disimulo el duque de Orleáns, que nunca le perdonó el insolente trato que contra él había usado cuando mandaba la España.

* * *

Entre sus mayores persecuciones y desde sus ocultos retiros, volvió Alberoni a salir a la luz del mundo cuando menos lo esperaba, porque a 19 de marzo murió el Sumo Pontífice Clemente XI, habiendo gobernado la Silla Apostólica veinte años; varón ajustado y ajeno de intereses, como lo manifiestan las cortas riquezas que atesoró su casa, aún menores de las que se creían. Su carácter de flojo e inconstante se descubrió en los graves negocios que en su pontificado se le ofrecieron, combatido del poder de la Casa de Borbón y la de Austria, nunca resistido al último con quien hablaba, porque no lo persuadía tanto la razón ajena como la flojedad propia; pero esta dejación se dudó sí era natural o necesaria para mantenerse en tantas turbulencias con unos y con otros. Sentía muy de veras el no poder concordar entre sí las potencias católicas, y aún algunas veces le vieron explicar estos sentimientos con lágrimas; y, con la precisión de haber de ceder al que más podía, se vio algunas veces precisado también a faltar a lo que había ofrecido, por no poderlo cumplir. Por todo esto se le compuso aquel dístico:

Promittis, promissa negas, deflesque negata:
His tribus admissis, quis neget esse Petrum?

Era hombre elocuente y peritísimo en la lengua latina; tanto, que sus homilías y oraciones, que se dieron después a la luz pública en dos tomos, no son inferiores aún a las obras más elegantes y doctas que en semejantes asuntos escribieron los Santos Padres. Algunos creyeron que había dado muchas plumadas en su juventud a las elegantísimas y

públicas sátiras del Setano, autor incógnito, porque éste es nombre supuesto. Lo personal venía bien con la dignidad que representaba, y todas las demás prendas del ánimo con las inquietudes que padeció la Europa en todo su Pontificado.

Al fin, con esta muerte se le mudó a Alberoni todo el teatro; dudóse en el Sacro Colegio si se había de convocar al cardenal Noalles y al dicho Alberoni; a aquél le obstaba estar en desgracia de la Santa Sede, por no haber admitido la bula *Unigenitus*, contra la controversia de la prohibición de los libros de Prete Besnel; a éste, el estar procesado y fugitivo, y lo que es más, tan oculto que no se podía presentar personalmente a la convocatoria.

Con poco contraste se resolvió a favor de ambos. Los cardenales eran jueces y hacían causa propia, y prudentemente habían de hacer alguna nulidad que diese ocasión a la desgracia de un cisma. Convocóse a Noalles, y no acudió por su vejez, como otros; la convocatoria de Alberoni, pasándola por manos del cardenal Fiesco, arzobispo de Génova, se fijó en las puertas de la catedral, y un tal abad Vielato, gentilhombre genovés, amigo de Alberoni, le entregó la carta del Sacro Colegio, e indulto para que asistiera al cónclave que empezaría el día 30 de marzo; y duraría el indulto hasta diez días después de elegido el nuevo Pontífice. Semejante citatoria se envió al obispo de Briñano, para que se fijase en las puertas de la parroquia de Sestri, de Levante, lugar de donde había Alberoni desaparecido; pero habiendo recibido la que encaminó Vielato, el cardenal partió, según se dijo, que no nos consta, de Castillón de la Estriberia, en el Mantuano, y tomó para Roma caminos extraviados, porque creía que el duque de Parma le tenía puesto gente emboscada para prenderle. Esto le motivó ver que oficiales de Longón frecuentaban a Plasencia, y el mismo gobernador de la plaza, don Diego Manrique; siendo pública la voz que salió de ella, por ver si podía prender a Alberoni, y había estado en Génova para tomar lengua. En fin, su fortuna le dio salvo a Roma, y fue admitido en el cónclave, donde algunos cardenales no le trataban, y otros, con mucho desapego.

Había enviado embajador al Sacro Colegio el Emperador al conde Kinschi, porque el cardenal Miguel Federico Althan, que hacía los negocios del Imperio, estaba en el cónclave. Lo propio sucedía al cardenal Aquaviva, que hacía los de España; y así, mandó el Rey pasar de Florencia a fray Salvador Ascanio, dominico, para que, asistiendo en la secretaría del cardenal, cuidase de ello; pero como estaban a su cargo los de Toscana, y el Gran Duque estaba gravemente abatido de su edad y sus achaques, se mandó apresurar su viaje a Roma al agente de España don Félix Cornejo, para que fray Salvador pudiese restituirse a Florencia.

Los negociados del cónclave no son de nuestro asunto, aunque entraban a la parte de la guerra contra España, porque el Emperador, con sus parciales, quería se eligiese al cardenal Francisco Pinateli, napolitano; pero no adherían franceses y españoles, ni el escuadrón que llamaban de los celantes, que hacían número mayor, aunque de España no había llegado el cardenal Carlos de Borja, ni Luis de Belluga, por mucho que el Rey Católico les mandó apresurar su viaje y dio crecida ayuda de costa. De los franceses faltaron algunos, por embarazo de las cuarentenas, porque todavía perseveraba el contagio de Provenza, y se había extendido no sólo a Aix y Tolón, pero aún a algunos lugares del Lenguado.

Embarazada todavía la Europa en la indecisión de la paz, buscaban los celantes un neutral, y estaban ya los más en el primer escrutinio por el cardenal Fabricio Paulachi, al cual dio la exclusiva, en nombre del Emperador, su ministro el cardenal Althan, que sorprendió a todos por no esperada, ni el cardenal tenía de su Soberano esta orden ni lo hubiera hecho si viese que salía elegido por los de la facción austríaca.

Se despachó a Viena, y de allí se supo que aún al Emperador le cogió de nuevo, pero sostuvo lo hecho por su ministro, porque pintó con tales colores el hecho, que introduciendo ya desconfianza en el Emperador, confirmó la exclusiva; medios que tomó Dios, porque quería sustituir a la Silla de San Pedro al cardenal Miguel Ángel Conti, romano, que fue elegido sin que hubiese pensado en serlo, y se adoró Sumo Pontífice a 8 de mayo, concurriendo todas las facciones, porque pareció sumamente neutral y varón de conocida bondad, de una familia ilustrísima, y que cuenta en ella no sólo muchos capelos, pero tiaras.

Había sido nuncio en Portugal, de donde sacó la púrpura, y no había por dónde príncipe alguno desconfiase de su neutralidad, y más, conocido su genio apacible y ajustado, y lo que le impedía el trabajar, que eran sus grandes y habituales enfermedades, que era lo que más estimaban los cardenales, porque se mantenía la esperanza en los que aspiraban al Pontificado, y mandarían más absolutos los que serían elegidos a los primeros empleos.

El cardenal Alberoni mejoró su fortuna, porque el nuevo Pontífice le permitió viviese en Roma como retirado, pero no le dio capelo, porque los cargos estaban pendientes, y había llegado poco después a aquella corte el cardenal Belluga, que tenía orden del Rey Católico para que instase que se hiciese justicia sobre ellos, y no gracia. Belluga, hombre de vida austera y religioso, y sumamente celante, cargaba sobre las costumbres de Alberoni, fundado en lo que se le imputaba en ellas de poco conforme al sacerdocio y a la dignidad de la púrpura; pero los romanos no hacían cargo de esto. No me atrevo a decir que estas acusaciones fuesen verdaderas, pero como tales las tenía el rey de España y el cardenal Belluga, que de otra manera, con conciencias tan delicadas, no insistieran en su castigo, ni el despreciar estos cargos en Roma suena desprecio a las virtudes, sino no juzgarlos bastantes, aun siendo ciertos, a quitar un capelo.

También tuvo el venturoso accidente que fuese elegido secretario de Estado el cardenal Jorge Spínola, genovés, hombre sumamente político y avisado, no enemigo de Alberoni -porque los genoveses, menos el cardenal imperial, no lo eran-, y así se fue difiriendo el negocio hasta que se aplacase el ánimo del Rey Católico, que era lo que deseaba el Pontífice, y había para esto interpuesto los oficios del mismo cardenal Belluga, que no admitió, desde luego, el encargo, porque sabía cuánta indignación perseveraba en la corte de España contra Alberoni.

Los genoveses, que pretendían no deber dar ya más satisfacción al Pontífice por haber faltado el que se dio por ofendido, meditaban retirar a Constantin Balbi de Roma, que aún no había logrado audiencia del pasado ni del nuevo Pontífice; pero el ministro de España, que residía en Génova, instó que su amo quería se satisfaciese a Su Santidad, porque el Pontífice siempre era el mismo, aunque se mudasen sujetos. Con esto pretendía obligar al Pontífice a que contemplase al Rey en lo de Alberoni y que caminasen de acuerdo, y más no habiéndose admitido a audiencia alguna al enviado de la República, Francisco María

Balbi, que ya había pasado a España con permisión del Rey, insinuada por el marqués de San Felipe al gobernador. Las palabras eran oscuras, porque dijo significase al Gobierno podía enviar a Balbi a España, que sería admitido. Antes de saber esto nombraron a Hipólito Mari para que pasase a Plasencia a implorar el favor del duque de Parma, a efecto de ser Balbi admitido; después no le hubieran enviado, a no haber el marqués puesto por condición de ir su ministro a España, el ir Mari a Plasencia y permanecer Balbi en Roma, porque quería el Rey no sólo su satisfacción, pero la del Pontífice.

Esto mismo decía el cardenal Aquaviva en Roma, todo lo cual sirvió para entretener la causa de Alberoni; pero no para no dar audiencia a Constantin Balbi, como la corte de España quería, hasta que el Rey la diese al ministro de Génova.

El cardenal Spínola, secretario de Estado, como buen genovés dispuso que diese Su Santidad audiencia a Balbi, sin esperar consentimiento de la corte de Madrid, que no lo llevó bien, pero disimuló, porque aún estaba pendiente el negocio principal, que era el capelo de Alberoni. Hizo Balbi una oración a Su Santidad, llena de especiosas y sumisas palabras, pero nada más, porque los puntos que quedaron pendientes y dilatados no tuvieron más ajuste, menos el hacerse absolver el dux Ambrosio Imperial en secreto, y los senadores que habían entrado en el monasterio de San Felipe, que llaman el Nuevo. De lo de Bonin no se trató más, ni de lo que los romanos habían propuesto de pagar los réditos que tenían los genoveses en el Banco del Santo Espíritu, en trigo, para que tuviese éxito el del Estado pontificio.

Con todo esto, el Rey Católico no daba audiencia a Francisco María Balbi, pretendiendo de los genoveses positiva satisfacción, sin explicar cuál fuese. Estos habían enviado ya al duque de Parma a Hipólito de Mari, para que interpusiese aún oficios con el Rey para que fuese Balbi bien admitido; pero más exasperaron el ánimo del Duque que le inclinaron a favorecerles, porque no se detuvo Mari más que dos días en Plasencia, y parecía un mero cumplimiento, y sin necesidad, porque creían que Balbi sería luego admitido.

El Duque quedó casi ofendido de esta seca manera de pedir, y como por complacer el ministro de Génova, marqués de San Felipe; en fin, fuesen influjos del Duque o que Balbi no quería hablar al Rey en la forma satisfactoria que se le había prescrito por papel del marqués de Grimaldo, se dilataba la audiencia con gran sentimiento de los genoveses, que se creían engañados o del Rey o del marqués de San Felipe, porque decían no debía ser admitido en España si no lo había de ser a la audiencia del Rey.

Así pasó todo este año, sin que la consiguiese ni se atreviesen los genoveses a hacerle volver sin ella. Cuantos medios aplicaron fueron en vano; ni el duque de Orleáns se quiso meter en esto, ocupado en exigir de la España lo que más le convenía, y dilatando enviar sus plenipotenciarios al Congreso hasta que lo consiguiese. Mostraba empeño de que los ingleses restituyesen a Gibraltar, pero el Parlamento se oponía; ni el rey Jorge confesaba que había dado palabra de esto, porque la interna disensión de los partidos no estaba extinta, antes clamaban agriamente contra muchos del Gobierno, que habían dejado quebrar el Banco de las acciones de Indias, subiéndolas a inmoderada ganancia, de lo que resultó perderse los caudales, bajando de golpe a nada, en lo que culpaban a muchos que con la autoridad del mando se habían aprovechado.

El Rey inquirió contra ellos; huyó el tesorero del Banco a Flandes, y estaban con suma agitación los ánimos, y no dejaba de dar fomento al recelo de la corte haber en Roma la princesa Sobieski, mujer del rey Jacobo, parido un príncipe, y aún corría voz que le habían enviado gruesos donativos desde la Inglaterra los de su partido; pero esto no nos consta, ni del regalo hecho en esta acción por manos del cardenal Aquaviva a la Reina (que así la llamaban en Roma), de lo cual se dolían mucho los ministros ingleses en Italia, pero jamás supieron la verdad, aunque como tal trataba sus sospechas el señor de Abenante, ministro británico en Génova, hombre impetuoso y que daba a las materias mucho cuerpo, y como era generalmente austríaco, procuraba fomentar la discordia entre la España y la Inglaterra.

Estaba allá ésta compuesta, y se ratificó el asiento de los negros, y la Inglaterra mandó restituir a España cuantos navíos se apresaron en la función de Sicilia, en los mares de Siracusa. También restituyó la España los que tenía, de represalia, mercantiles, y en esto fue a perder mucho, porque los navíos españoles estaban ya todos podridos en Mahón, y el mejor y más nuevo, que era San Felipe, se había accidentalmente quemado en el mismo puerto. De otros habían vendido las jarcias y gúmenas, y hubo poco o nada que restituir, pero todo lo pasó el Rey Católico por ver el fin de este negocio de Toscana, que únicamente ocupaba la corte; y conociendo los demás príncipes, lo dilataban hasta componerse a su modo; con todo, se hicieron las renuncias entre el Emperador y el Rey Católico, y se ratificaron, cambiando las ratificaciones en Londres, siendo aquella corte más árbitra que medianera.

De esto dependía todo el mal de la España, porque no lo permitían los intereses del rey Jorge, como duque de Hannover, disminuirle del Emperador ni enconarle, y así por los suyos y las investiduras que pedía de Bremen y Werden, sacrificaba las que se habían de haber ya dado de la Toscana al infante don Carlos, según los tratados de la Cuádruple Alianza. El Emperador no las negaba, pero no las concedía; antes admitía con gusto las quejas de Cosme III, gran duque de Toscana, que se dispusiese de sus Estados sin su noticia, y las de la viuda palatina Ana María Luisa, que no se la dejaba el gobierno de ellos si sobreviviese al príncipe Juan Gastón, único hijo del Gran Duque, hombre más maltratado de sus desórdenes que de su edad.

Estimaba el Emperador cualquier repugnancia que mostrasen los toscanos de estas disposiciones de sucesión, y las fomentaba, porque, arrepentido de lo que ofreció, buscaba pretextos para no cumplirlo, y los ministros españoles que en su Consejo de Italia tenía, le aconsejaban esto, temiendo que el ver otra vez españoles en Italia fuese crisis fatal para el dominio del Emperador en ella.

Los consejeros alemanes insistían en que se cumpliese lo estipulado con sus debidas precauciones, y deseaban la paz para echar de Viena a los españoles, que, no ignorando esto, lo dilataban, porque necesitase el Emperador de ellos, con cuyo consejo regía los reinos que de la Monarquía de España había tomado, ni les faltaba a estos ministros, principalmente al arzobispo de Valencia y a los catalanes, animosidad contra el rey Felipe, porque los que una vez han sido rebeldes jamás deponen el rencor contra su Soberano, y adulaban verdaderamente al Emperador los que más acérrimamente votaban contra el rey de España, cuyo nombre le era odioso, porque le parecía que le quitaba una Corona que la tenían los austríacos por suya, y como parte de ella temía el Emperador en

Italia el nombre sólo de españoles; en Toscana le era ingrato, y hubiera estimado una declarada contradicción del Gran Duque y aun testamento contrario a la disposición de la Cuádruple Alianza; pero el gran duque Cosme era propenso a los españoles, y más heredando un infante de la familia de Borbón, que no carecía de derecho a sus Estados, por María de Médicis, mujer de Enrique IV. No pensaba en hacer testamento, pero quería que el rey de España desistiese de presidiar sus Estados, como acordado en el tratado de Londres, y aún no perfecto por no haberse cumplido lo de las investiduras.

Dio gran sobresalto a la España la grave y peligrosa enfermedad que padeció el Gran Duque, quedando heredero el príncipe Juan Gastón, adversísimo a los españoles, inclinado a los tudescos, aunque, con la flojedad de su negligente genio, sólo aplicado a la ociosidad y a la entera abstracción de negocios, y aun apartado de la sociedad civil.

Era naturalmente adverso al padre fray Salvador Ascanio, que hacía los negocios de España, aun por la misma razón que era acepto a su padre; y así, era menester, muriendo éste, que tratase aquellas dependencias uno que le fuese a lo menos indiferente. Por esto mandó el Rey Católico al marqués de San Felipe, su ministro en Génova, que luego pasase a Florencia si moría el Gran Duque, y se encargase de aquellos negocios, que eran los que merecían entonces toda la aplicación de la corte, porque la Reina quería a toda costa hacer soberano a su hijo primogénito.

No se dio el caso de pasar el marqués, porque mejoró el Gran Duque, y hubo tiempo de proseguir con quietud las negociaciones de las investiduras, de las cuales se trataba lentamente; no con tanta lentitud las suyas el duque de Orleáns, porque tenía ya ajustadas las bodas que meditó, restituidas las plazas de San Sebastián y Fuenterrabía a la España, y lo que había el marqués de Castel Rodrigo tomado en la Cerdeña a la Francia.

Se publicó a un tiempo la boda de Luis XV, rey de Francia, y María Ana de Borbón, infanta de España. Tenía el Rey once años, y la infanta cuatro, y pasó formalmente a pedirla a la corte de Madrid, en nombre del Rey Cristianísimo, el duque de San Simón. Fue convenido pasaría luego la infanta a París, para ser criada a aquella moda y educada de las señoras francesas, que bajarían a la raya de España a recibirla, hasta donde la acompañarían las españolas; y se dio este encargo de conducirla hasta Irún al marqués de Santa Cruz, donde se había de recibir la princesa de Montpensier, Luisa Isabela de Orleáns, hija del duque, de edad de doce años, ajustada ya de casar con Luis Fernando de Borbón, príncipe de Asturias, que tenía catorce, la cual ya había capitulado en París, habiendo por el príncipe y el Rey Católico firmado las capitulaciones el duque de Osuna, embajador que era extraordinario en París, y don Patricio Laules, teniente general de los ejércitos del Rey, que hacía allá los negocios de España, al cual, para este efecto, se le dio carácter de embajador. Luego partió para España el duque de Osuna y la princesa de Montpensier a 18 de noviembre. Los Reyes Católicos acompañaron a su hija hasta Burgos, y allá aguardaron la nuera, que venía servida de la familia que había de recibir la infanta en la raya.

Parecieron al mundo intempestivos estos matrimonios y hecho con ambiciosa arte del duque de Orleáns el del Rey, a quien se le daba una mujer que no podía serlo hasta que pansen por lo menos diez o doce años, y todo este tiempo, mantenía sus esperanzas a la Corona; lograba casar su hija con el heredero de España y fortificar relevante alianza en

todo caso; atribuyóse esta idea al abad Dubois, ya cardenal, pero se le hacía al duque injuria, cuyo sutilísimo ingenio no perdonaba diligencia a su interés. Creían muchos que aprendió el duque del cardenal, y era al contrario; sólo se servía de él como mecánico instrumento, apto y a propósito para sus ideas, porque para el fin no despreciaba medio alguno el cardenal, el cual era ya arzobispo de Cambray y primer ministro del Regente. Cierto es que por su mano se trataron estos casamientos, porque era él quien se correspondía con el padre Daubanton, que a poca persuasiva venció al Rey, amantísimo de su familia, y quiso la Reina colocar en solio tan alto a su hija.

Los españoles sintieron mal del casamiento del príncipe, tan anticipado a su edad, porque se enervaban las fuerzas que la naturaleza necesitaba para el incremento y robustez, siendo sumamente delicado de complexión. Por eso el Rey le tuvo separado de su mujer con cuanta vigilancia era posible, y más que era también la princesa delicada, y en tan tierna edad, incapaz de que se consumase el matrimonio. Los críticos añadían a la queja que Francisca María Borbón, madre de la princesa y mujer del duque de Orleáns, era hija ilegítima del rey Luis XIV, y aunque legitimada en el año de 1681, no quería en la Casa Real de España esta nota la delicadez de los políticos, no habiendo necesidad; pero juzgó el Rey Católico que la había, por atraer a sí con nuevos vínculos el feroz descariñado ánimo del duque de Orleáns, que le había sido no pocas veces enemigo, y tenía en su poder todo el de la Francia y todas sus riquezas, hasta ahora inútiles, porque no parecía nada de lo que en su interior meditaba.

No ignoraba el Rey el descontento de los españoles, que no habían tenido parte alguna en estos casamientos; por lo menos no se juntó Consejo de Estado para ellos, ni casi había consejeros que juntar, y para confundir las melancólicas ponderaciones con bullicios y mercedes, se hicieron grandes fiestas cuando entró la princesa de Asturias en Madrid, y se formó la casa del príncipe, eligiendo el Rey para mayordomo mayor al duque de Populi, que había sido su ayo; al conde de San Esteban del Puerto, por caballerizo mayor, y al conde de Altamira, sumiller de corps, y se le señalaron por gentilhombres de Cámara al duque de Gandía, al marqués de los Balbases y al marqués del Surco, que fue también su primer caballerizo. Mayordomos de semana fueron el conde de Sasateli y el conde de Arenales. A la princesa se dio por camarera a doña Luisa de Gante, viuda del duque de Montellano, y se la nombraron: mayordomo mayor, al marqués de Valero, aunque estaba virrey en Méjico; mayordomo de semana, al conde de Anguisola, placentino; caballerizo mayor, al marqués de Castel Rodrigo; primer caballerizo, al hijo del marqués de San Juan, que también fue mayordomo; damas, a la duquesa de Liria, a la marquesa de Moya y a la marquesa de Torrecusa. Señoras de honor, a doña N. Amézaga, a doña N. Quadra. Así, entre júbilos y festejos en las dos cortes de España y Francia, feneció este año.

Año de 1722

Pocos materiales para los COMENTARIOS dan los hechos de este año, muy conforme al pasado en la indecisión de las cosas tratadas lentamente con arte, menos del Rey Católico, por su realidad de ánimo y buena fe. Todas eran falsas apariencias de paz y guerra; aquélla nadie la promovía, porque no había dejado de dar recelos la complicación de los modos entre la misma Casa de Borbón con los referidos casamientos, y el que se

prevenía de la princesa de Baujalois, cuarta hija del duque de Orleáns, con el infante don Carlos, primer hijo del segundo tálamo del Rey Católico. Tenía aquélla poco más de seis años; el infante, siete, y parecía que tantos intempestivos matrimonios encerraban gran misterio o más estrecha alianza. De esto nació la voz de una liga entre Francia y España, admitidos a ella la Holanda y el rey de Cerdeña, que juzgaron irritados contra el Emperador; los holandeses, porque se había en Ostende formado una compañía de Comercio para las Indias Orientales, con gran perjuicio de la Holanda y contra la paz de Munster. Y el rey de Cerdeña porque, después de tan largas esperanzas, dilatadas con arte de los austríacos, se le negó para su hijo por esposa a la archiduquesa María Amelia, segunda hija del emperador José, y se dio al príncipe electoral de Baviera, Carlos Alberto, de lo que estaba sumamente picado el rey de Cerdeña, y así casó a su hijo Carlos Emmanuel, príncipe del Piamonte, con Ana Cristiana, hija del palatino de Salusbachi, y celebró grandes fiestas.

Mas ni esta voz de la liga tenía fundamento, ni el duque de Orleáns, cuyo único objeto era la Corona de Francia, quería emplear las fuerzas del reino, ni tanto atesorado dinero, por interés de un infante de España, aunque le estimase. para su yerno; porque su idea tenía más altos fines, para los cuales era menester tener amigos, no contrarios ni despechados, los que le podían ayudar, contra el derecho de la Casa de España, a coronarse rey de Francia si faltaba Luis XV, cuya delicada salud abultaba las esperanzas del duque, que poseía al Rey y al reino con despotismo mal tolerado de los franceses, aún amantes de las cenizas de Luis XIV; y como estaba vecino el Rey a salir de la menor edad, con pretexto de instruirle quería estar algunas horas solo con él, sin que asistiesen ni su ayo, el mariscal de Villarroy, ni su maestro, el obispo de Fréjus. Villarroy defendía su derecho exaltando su empleo más de lo que juzgaba conveniente el duque, y así se le mandó saliese luego de la corte a su gobierno de León.

Poco después, dejando un papel al Rey, se retiró el obispo; pero se le mandó volver y obedeció. Huían todos de oponerse al duque, y no querían intervenir con él a un Gobierno que le juzgaban infeliz para la Francia y aventurado para el Rey, porque del duque y de su elegido instrumento, el cardenal Dubois, no se tenía el concepto que era menester para que se aquietasen los leales.

Todo esto era indirectamente contra la España, porque el duque de Orleáns, embarazado de sus propios arcanos pensamientos, no atendía a los intereses de la España, aunque las palabras eran las más afectuosas, ni el rey de Cerdeña, tan gran político y observador de los tiempos, se dejaba llevar de su ira, antes mantenía siempre ministro en Viena y exponía esperar del Emperador se le rehiciese y recompensase el daño de haber perdido la Sicilia, de la cuál era corta compensación la Cerdeña; y que así se le diesen las Langas, feudos imperiales puestos entre el Genovesado y Saboya, que se adhirieron con el Final al Estado de Milán, y el feudo de Espino, que había el Emperador confiscado a los Imbreas de Génova, pero el Emperador no pensaba en estas recompensas, o sólo le dijeron le venderían el feudo de Espino, como después se ejecutó.

El Emperador tomaba por pretextos los recelos de esta soñada liga para las prevenciones de defensa que hacía en Italia, completando los regimientos que tenía en Milán y Mantua, y fortificando aquel castillo con obras exteriores, y aun fundiendo piezas de cañón y municiones de guerra, de género que quitaba todas las apariencias de la paz. Las

prevenciones que mandaba hacer en Nápoles y Sicilia tenían el especioso pretexto del armamento del turco, abultado mucho más allá de la verdad, que daba grandes recelos a la isla de Malta; tanto, que el gran maestre del Orden de San Juan llamó a su defensa un gran número de caballeros de todas naciones, y su embajador en Roma, el bailío Juan Bautista Spínola, pedía socorros de dinero al Pontífice, y porque los pidió aun a la España, incurrió en la indignación del Emperador, que por motivo alguno quería ver españoles en Italia, porque el Rey Católico liberalmente ofreció socorrer a la religión con ocho naves de línea y seis mil hombres de desembarco, como las naves tuviesen los puertos del Emperador por refugio en caso de necesidad.

Ni la Religión de Malta osaba aceptar este socorro sin licencia del Emperador, ni éste ofreció sus puertos sin muy dilatada respuesta y unas condiciones que dejaba conocer el desagrado de que armas españolas avistasen a los reinos de Italia; porque creía se valdrían de este motivo para poner pie en la Toscana y conservar la gente en la isla Elba. Y así, los ministros austríacos ofrecían tropas al Papa, cuidadoso de que los turcos acometiesen por la costa del Adriático; pero los romanos más temían a los alemanes que a los turcos, porque contra éstos hallarían muchos en su defensa, y para sacar después a los alemanes no habría quien socorriese al Pontífice, no habiendo príncipe en Italia que sacase contra el Emperador la cara, ni estaban sus erarios para esto. Faltaban unión y fuerzas, y así, abatidos, sufrían aún, sin alivio de la queja, la esclavitud no sólo de contribuciones, pero de un despotismo sin igual y mayor que tuvieron todos los emperadores de Occidente.

Como es consecuente a la felicidad de la lisonja el número de parciales, apenas le quedaban a la España y la Francia en Italia, y por dondequiera se encontraban emisarios del Emperador, muchos no encargados ni con comisión alguna, sino arbitrariamente, pareciéndoles ganaban autoridad y respeto declarándose por el Emperador aun hombres de tan baja e ínfima fortuna que no podían hacer mal ni bien, ni esperaban que llegase a oídos del Emperador su nombre.

Donde más esto se reconocía era en Toscana, llena de emisarios, espías y parciales de la Casa de Austria, que inspiraban en aquellos pueblos el amar la libertad, y que la conseguirían con ayuda del Emperador, si ellos se declaraban contra lo establecido en la Cuádruple Alianza, que no le convenía al Emperador romper de *proprio motu*, pero sí con el más leve pretexto, y que ninguno podía ser mayor que la declarada resistencia de los pueblos a la disposición de que recavese la sucesión en un infante de España. Los hombres leves y de ligera consideración adherían a este dictamen; pero los serios, experimentados y entendidos le veían impracticable de sostener ni con la protección del Emperador, la cual ya la conocían fraudulenta, y que era traerlos al lazo por sus propios pies, y así despreciaban estas sugestiones y esperaban otro género de libertad en que entrase en Italia a balancear en algo el poder de los austríacos un príncipe español, que siendo duque de Toscana y Parma, con la adherencia del Rey Católico se hiciese respetar mucho más que lo eran cada una de por sí la Casa de Médicis y Farnesio, porque insinuaba el Rey Católico que aplicaría todo su poder a engrandecer este príncipe no sólo con hacerle restituir al duque de Parma el condado de Castro y Ronziglioni, que le usurpaba el Papa, sino añadiéndole otros Estados.

Otra tuvieron los toscanos insustancial sugestión a favor del príncipe Ferdinando de Baviera, hijo segundo del duque Maximiliano Emmanuel, casado con María Ana Carolina de Neoburg, hija del príncipe palatino del Rhin, Guillelmo, ya difunto, de Ana María Francisca de Sajonia Lawembourg, que casó en segundas bodas con el príncipe don Juan Gastón, hijo único y heredero del gran duque Cosme, por donde la mujer del príncipe Ferdinando venía a ser entenada del príncipe Juan Gastón, y aunque éste estaba separado de su mujer, que no quiso bajar a Italia y no se había jamás correspondido con los príncipes de la Toscana, María Ana Carolina ahora escribió a su padrastro con ocasión de que bajaron a Italia el príncipe electoral de Baviera y su hermano Ferdinando, y pasaron a Florencia para ver a su tía, la princesa Violante, viuda del gran príncipe de Toscana, difunto, y a su hermano, el príncipe Teodoro de Baviera, obispo de Ratisbona, que estaba en los Estados de Siena.

La venida de estos príncipes la juzgaban muchos misteriosa, y no faltaba quien la aplicase a dirección del Emperador, ya unido con la Casa de Baviera; pero es constante que en esto no tuvo parte, aunque también lo es que el príncipe Ferdinando procuraba introducirse en el ánimo de los florentines con fiestas y bullicios, no sin algunas dádivas a personas con quienes tenía mayor conocimiento.

No había en Florencia quien no creyese que todo era arte para insinuarse en las voluntades, de lo que tomaron sombra el Gran Duque y aun su hijo, de los cuales no recibieron más que los inexcusables agasajos, no sin alguna queja de haber sido pocos, pues a los príncipes toscanos les era desagradable cuanto les turbaba la quietud, y más si comprendían que era aquello galantearles la sucesión del Estado.

La princesa María Ana Carolina, en la carta que escribió tratándole de padre al príncipe Juan Gastón, le recomendaba a su marido, con cláusulas de esperar que en cuanto dependiese de su parte adelantaría su fortuna, y más no teniendo persona más allegada. El Gran Duque mandó a su hijo no responder a esta carta; de lo que formaron queja los príncipes bávaros, y con pretexto de ver la Italia pasaron a Roma y Nápoles, a la vuelta para Alemania, sólo de paso a Florencia, habiéndolos su padre mandado restituirse a su casa, porque no ignoraba los recelos que esto había engendrado en España, estimulado el Rey fuertemente de los ministros que en Italia le servían, y más del duque de Parma, que había concebido sumas sospechas.

El Emperador, aunque no tenía parte en los designios de los príncipes bávaros, de todo cuanto era enajenar de la España los ánimos de los toscanos sacaba algún rayo de esperanza de no cumplir lo tratado, porque los españoles que en Viena le servían en el Consejo de Italia le aseguraban no equivalía la Sicilia al peligro que corrían los Estados de Milán y Nápoles, si los españoles, bajo de cualquier pretexto, ponían pie en Italia, y más poseyendo un infante de España la Toscana y el Estado del duque de Parma, cuyo soberano, Francisco Farnesio, aunque no tenía más de cuarenta y cuatro años, estaba casado con una mujer de cincuenta y dos.

Por eso aplicó la corte de Viena toda su arte, aun por medio de la de Roma, para que se casase el príncipe Antonio Farnés, hermano del Duque, y menor un año de edad, pero extremadamente grueso y, en concepto de muchos, inhábil a la generación, y consistía en los dos individuos toda la Casa; el Duque, aunque por algunos domésticos sinsabores no

corría bien con su hermano, no disintió jamás del casamiento; pero no quería alargar lo que éste le pedía, que era una porción de Estado, para vivir con decencia y saber cuál sería el patrimonio de sus hijos, si se daba el caso que el Duque los tuviese de otra mujer, sobreviviendo a ésta.

Tan encontradas ideas no dejaban efectuar el casamiento del príncipe, y era tan maligno el pensamiento de los ministros austríacos, que creían gustaba el Duque de que se extinguiese su familia porque heredase el infante don Carlos, hijo de la Reina; pensamiento inicuo e improbable en el bien ajustado ánimo del Duque, príncipe entendido, capaz y de bellas máximas, aunque en los príncipes no lucen porque el corto poder se opone a las bellas ideas de la especulativa.

El Congreso de Cambray, porque había de determinar el modo de esta sucesión del infante don Carlos, era el objeto de la universal expectación, y allí nada se hacía más que gastar en inútiles magnificencias, convites y celebridades, respectivamente, cada ministro, por los días del nombre y cumpleaños de sus Soberanos. La artificiosa dilación del Emperador nadie la dejaba de conocer, pero le contemplaban las cortes de Inglaterra y Francia, y en la de España no estaba el Gobierno tan puntual y aplicado como era justo en coyunturas tan críticas, porque el Rey adolecía de una flaqueza de espíritu en la cabeza que le inhabilitaba a grande aplicación, y aunque suplían mucho el padre Daubanton y el marqués de Grimaldo, únicos por los del Despacho, no podían dos hombres solos regir una Monarquía tan vasta, y faltaba el Consejo de Estado, del cual había muchos años que el Rey no se servía, ni había más que tres consejeros, que eran el duque de Arcos, don Miguel Francisco de Guerra y el marqués de Grimaldo; con los dos primeros nada se consultaba; faltaba, por la muerte del marqués de Bedmar, la presidencia de Órdenes, y el primer ministro de Guerra por la de don Andrés de Pez, la presidencia de Indias y el ministro de Marina; más a su quebrada salud que a su oficio atendía el presidente de Hacienda, marqués de Campo Florido, con que todo iba lento y sin despacho; retirado el Rey a la nueva Granja que mandó construir con grandes expensas en el sitio de Valsaín, donde se consagró una iglesia a San Ildefonso, que dio el nombre al nuevo palacio, adonde no se permitía fuese alguno sin especial licencia del Rey, y la obtenían pocos. Los ministros extranjeros iban cuando lo pedía la necesidad, y en el nuevo Sitio sólo se permitía estar de asiento el marqués Anníbal Scotti, enviado ordinario del duque de Parma, que no entraba en el manejo monárquico, pero algunas cosas pasaban por su interposición, las que no estaban ya prevenidas, por doña Laura Piscatori, ama de la Reina, la cual no se mezclaba en el gobierno, viendo que por la inaplicación del Rey se le atribuía todo, y no quería cargarse del odio de los españoles, mirando lo futuro y la conveniencia de sus hijos, contentándose, de promover la soberanía del infante don Carlos en los Estados de Toscana y Parma.

Las naciones, adelantando los hechos, interpretando mal algunos avisos de España, publicaban que el Rey estaba dementado, y referían casos en que lo sería indubitablemente si fuesen ciertos, ni se dejaba de creer en la misma España y en Madrid, porque le veían huir de la corte y estar siempre en El Escorial o en Valsaín, de género que ya el marqués de Grimaldo recelaba cargarse de todo, como el Rey quería, porque no se le atribuyese lo que a muchos no salía a gusto, siendo imposible satisfacer la ambición de todos; por eso aconsejó al Rey fuese llamado al Gabinete del Despacho el príncipe de

Asturias, lo cual se ejecutó algunas veces, con gran placer de los españoles, pero no duró este método, porque el Rey estaba casi siempre solo con la Reina, y sus hijos estaban en El Escorial cuando el Rey en Valsaín, Madrid o Aranjuez. Buscar tanto la soledad aumentaba la opinión del desconcierto de la cabeza del Rey, mas era atraso del Despacho, porque todo pasaba por manos de Grimaldo, quedándose en Madrid los demás secretarios, y era tanta la mole de los negocios que deseaban expediente, que Grimaldo, para ayudarle, hizo llamar al Escorial a don José Rodrigo, secretario del Universal Despacho por lo Eclesiástico, Gobierno y Justicia.

El duque de Orleáns, que nada de esto ignoraba, había hecho pasar a Madrid al señor de Chavigny, enviado de Génova, para informarle del estado de la corte con más exactitud que lo hacía el señor de Moulierer, a su parecer. Con gran arte, el duque proponía que el Rey dejase la mecánica del gobierno a su hijo el príncipe de Asturias, pareciéndole que siendo éste su yerno e inspirando en la princesa su mujer las máximas que al duque le conviniesen, mandaría más en España, de la cual nunca se aseguraba, midiendo con lo adverso de su ánimo el de los españoles, y dándoles siempre en el rostro la Ley Sálica, en caso que faltase Luis XV, que por el derecho claro a favor del Rey o de sus hijos si se había de conformar las disposiciones de aquella Ley, por eso adhería a que se renovasen siempre renuncias, no bastándole tantas celebradas en París, Madrid y Utrech.

El cardenal Dubois era el instrumento proporcionado a las ideas del duque, no el autor, como muchos creían, porque de vastas ideas monárquicas y sutilezas de corte sabía más, con grandes ventajas, el duque que el cardenal; pero, éste ejecutaba mejor las disposiciones de aquellos designios, porque era siempre arrojado sin escrúpulos para quien no había medio reputado por malo si conducía al fin, y en caso de dejar el rey de España el Gobierno, convidaba él mismo al duque de Orleáns para ir por embajador a España.

Gran parte ignoraba de esto el Rey, y la Reina, no bien avisada del conde de Landi, ministro de Parma en París, pareciéndola muy secreto favorecido del duque de Orleáns Chavigny, dispuso con el Rey que éste volviese a París y que se quedase Moulerier, de quien tenía poca confianza el duque, por parecerle no adhería ciegamente a sus dictámenes. No tenía el Rey repugnancia a dejar gran parte del gobierno, vistas las representaciones de los Consejos, que se quejaban alguna vez de la falta del Despacho con la mayor veneración y como indirectamente; pero la Reina lo resistía tenazmente, el padre Daubanton, que en esto no adhirió a alguna insinuación del duque de Orleáns, el cual no proponía más razones que las que publicaban con más evidencia la inhabilidad accidental del Rey al gobierno, porque con eso miraba a todo y a tener pretexto de salir de Francia o buscar en ella refugio, si la fortuna le volvía las espaldas, cuando el Rey Cristianísimo tomase la posesión del Trono, como lo hizo en este año por haber salido de la menor edad, según las leyes de aquel reino.

Ungido en Rems, como es costumbre, y tomadas en apariencias las riendas del gobierno, con él se quedó el duque de Orleáns e hizo declarar primer ministro al cardenal Dubois, el cual, para hacer cosa grata a la Francia y a la España, se aplicó a que se abriese el Congreso de la Paz, y que por fin diese la minuta de las investiduras de Toscana y Parma el Emperador, a favor del infante don Carlos, como lo hizo, pero muy diminutas y no en todo conformes al capítulo quinto de la Cuádruple Alianza; porque ni extendía

claramente la sucesión a todos los hijos de la Reina, ni absolvía al infantes de ir a Viena a prestar el juramento de fidelidad y tomar la investidura actual, cuando llegase el caso de heredar, y apretando las cláusulas de feudalidad en cuanto suelen ceñir a los príncipes feudatarios del Imperio, de menores calidades y circunstancias que un infante de España.

Enviadas por manos del duque de Orleáns estas investiduras a Madrid, el Rey las consultó con el presidente de Castilla, marqués de Mirabal, con facultad que las consultase con los ministros que más a propósito le pareciesen, y fueron reprobadas, declarando el Rey no las admitiría en aquella forma, y que retiraría sus plenipotenciarios de Cambray. Esto se escribió con algún calor a Londres y París, quienes para garantir el quinto capítulo del Tratado hicieron fuertes instancias, y respondió el Emperador no podía mudar cláusula alguna sin el asenso de la Dieta de Ratisbona, con lo cual tomaba más tiempo, y en el ínterin fortificaba mejor las plazas de Italia. Concibió alguna idea de formar armada marítima para el Mediterráneo, para mandar la cual eligió a milord Forbis, inglés, que estaba en Viena llamado a este efecto; pero todo fueron vanas ideas, no habiendo hallado los necesarios fondos para la armada ni el número de marineros necesarios en sus reinos.

No ignoraban esto los austríacos, pero querían dar a entender que el Emperador se armaba por mar y tierra, porque no creyesen podían conseguir cosa alguna de aquella corte con amenazas, aun cuando proseguía en estar armado al turco, porque habiéndose rebelado algunos pueblos del rey de Persia, entraba el moscovita a río revuelto a ocupar algunas plazas y puertos en el mar Caspio, y esto daba algún recelo al otomano; pero a un mismo tiempo su armamento le daba al Emperador y a los venecianos, aún no persuadidos de la buena fe con que el turco ofrecía guardar los últimos tratados de Passarovitz.

Importábale al Emperador aún abultar los recelos que tenía de la Puerta Otomana, porque a vueltas de esto prevenía contribuciones de los propios vasallos italianos, las plazas marítimas de Italia en el reino de Nápoles y Sicilia, y aún los presidios de Toscana que poseía, porque corrió en la Europa la falsa voz que pasaría a Italia el infante don Carlos con la princesa de Orleáns, madame de Baujalois, destinada a ser su esposa, la cual, acompañada del caballero de Orleáns, hijo natural del duque, su padre, bajó a España y se la señaló por camarera mayor la condesa de Lemos.

Esta venida del infante don Carlos a Italia, no tenía fundamento, ni lo habían pensado en España, estando aún lejos de componer los artículos de las investiduras, y no habiendo caudales prontos para tantas expensas, ni era razón, viviendo todavía los individuos de la Casa de Médicis y dos de la de Farnesio, plantarles en la cara un sucesor que podía, sin mucha dificultad, dejar de serlo. No faltaban italianos que persuadían esto al Rey, pero otros ministros, consultados en ello, lo resistían fuertemente, no sólo por las inútiles expensas, pero aún porque en pocas partes de Italia podía estar seguro de las armas del Emperador, y más viniendo a ella sin su consentimiento.

Año de 1723

Más abultadas que verdaderas turbulencias agitaron la Inglaterra en los fines del pasado año y principios de éste, porque se descubrió una conjura contra el rey Jorge, o la dieron nombre de tal. Prendióse al obispo de Rochester y al abogado Laire; pero, desterrado aquél y degollado éste, todo calmó. No es de mi asunto escribir lo particular de esta conjura, ni los fomentos de ella; lo cierto es que se le dio más cuerpo que tenía, y hubo mucha aceptación en los temores. Todo importaba para quedar armado el Rey y dominante el partido de la corte, que publicando tenían parte en la conspiración los católicos de Irlanda e Inglaterra, se les cargó un grueso tributo, no sólo por política, sino por ambición de empobrecerlos; verdaderamente no tuvieron parte en esta idea mal enredada los que allí llaman papistas, ni príncipe alguno, como querían persuadir a los ingleses los imperiales, para ponerlos mal con los españoles y franceses; pero se averiguó que ni el Rey Católico ni el Cristianísimo alcanzaron la conjura, que se gloriaba de haber descubierto, estando acaso en Roma, el señor de Havenat, ministro británico en Génova, en cuyo puerto hizo apresar un navío inglés que se destinaba al corso con bandera española, la cual no había todavía enarbolado, y por esto no hubo empeño alguno; porque el que podía haber con la República, los ingleses le quitaban sólo con amenazas, y aún más se les figuró que aquel navío se armaba para conducir a Inglaterra al rey Jacobo, que estaba verdaderamente ignorante de esta trama, mal concebida entre algunos descontentos de Londres. Todo esto, que no parece a nuestro asunto, lo hemos brevemente referido porque era otro embarazo a los intereses de España, y de todo se aprovechaba el Emperador para tomar tiempo.

Darle poco cuidado esta conspiración lo mostró el rey de Inglaterra en que, dejando a Londres, pasó a Hannover por particulares intereses y dar la última mano a las investiduras de Bremen y Werden, que le dilataba el Emperador. Dejaron correr los ministros imperiales la falsa voz de que había de tener conferencia con el rey Jorge, con ocasión que pasó el Emperador a Bohemia a coronarse y hacer jurar herederas sus dos hijas, en caso de no tener varón, e hizo pasar allí al primogénito del duque de Lorena, Francisco Esteban, que lo quedó por muerte de Leopoldo Clemente, su hermano mayor, destinado esposo a la archiduquesa María Teresa, primera hija del Emperador; y aunque este tratado no era público, nadie dudaba que las distinciones que el Emperador hacía al príncipe de Lorena fuesen dirigidas a este fin, y por eso no se pudo dar satisfacción a las quejas que de ellas formó el infante don Manuel de Portugal, que estaba en el servicio del Emperador lisonjeado con tan altas esperanzas, y se ausentó de Praga por no verse tratado con mucha desigualdad.

Era idea del Emperador hacer elegir Rey de Romanos al que fuese su yerno, pero todo lo hizo suspender la novedad de hallarse la Emperatriz encinta cuando menos se esperaba, circunstancia que también retardó el dar las investiduras que se pedían para el infante de España, porque había el Emperador concebido nuevas ideas, si tenía un sucesor.

Esta sospecha avigoraba el ánimo de la Francia y la Inglaterra para que luego deliberase sobre ellas; porque el verle con la próxima posibilidad de tener un hijo le quitaba muchos amigos, y más los que podían aspirar a la Corona imperial, que veían, con envidia, casi hereditaria en la Casa de Austria. Al efecto de que el rey Jorge apretase más la conclusión de este negocio, se envió por el Rey Cristianísimo, sin carácter, a Hannover, ministro extraordinario al señor de Chavigny, hechura del cardenal Dubois y su confidente, el cual

partió aprisa, antes que al cardenal se le agravase la peligrosa enfermedad de unas internas úlceras que le impedían la orina, no sin el embarazo de la piedra, por lo cual, buscando el remedio, encontró el día 6 de agosto con la muerte, que sobrevino a la operación de abrirle; y faltó con esto en la corte, si no el primer móvil, el mejor instrumento para él, porque al duque de Orleáns le importaba poco sacrificarle a las comunes iras, ni se embarazaba con ellas el cardenal mientras le duraba el poder.

Cierto es que celebró con fausto acaecimiento esta muerte la Francia toda, y mientras los ociosos políticos discurrían en el sucesor del primer ministro, ya le había tomado para sí el duque de Orleáns, y recogido exactamente los papeles del cardenal, que no quiso que otros los viesen, porque el secreto sólo en los dos consistía, ni hallaba persona a quien fiar el peso de los negocios y la precisa continua comunicación con el Rey, que, aunque muy a los principios de la mocedad, podían hacerle impresión las siniestras sugestiones contra el duque, que jamás fió tanto a su fortuna y su autoridad que no viviese con continuos recelos.

Para el despacho se sirvió de los mismos oficiales que tenía el cardenal, y perseveró el mismo sistema; pero para muchas cosas le hacía falta, porque ya todo se atribuía al duque, y se conservaban más vivos los odios. Importábale salir de este embarazo de la paz, y dispuso que se contentase el Rey Católico de un papel del rey de Inglaterra, en que le aseguraba aplicar cuantos medios fuesen posibles para que se le restituyese Gibraltar después de la paz, como no se hablase de Mahón.

Para esto se valió del marqués de Grimaldo, porque ya el padre Guillelmo Daubanton, confesor del Rey, había muerto el día 1 de agosto, con gran edificación, en el Noviciado de Madrid; porque luego que se sintió malo, se restituyó a él desde Valsaín, por morir en propia casa de San Ignacio, con tantas demostraciones de religiosa piedad, que se imprimió en muchos, y más con la carta en que daba aviso de su muerte, como es costumbre de su Religión, el padre Francisco Granados, rector del Noviciado, a los superiores de la provincia de Toledo, y en ella ponderó sus virtudes, tales que hacen gloriosa su memoria. Fue un religioso sabio y ajustado, de genio apacible y buen corazón para con todos. Nada pagado de los primeros empleos que tuvo en la Compaña, y de la primera aceptación en la corte, era siempre su trato llano y humilde. Mereció siempre una suma confianza del Rey desde su tierna edad, que le oía con veneración y afecto: por lo cual hicieron juicio los que lo observaban más adentro, que el Rey había perdido en este hombre un gran consuelo en su escrupulosa conciencia, y la Monarquía de España un ministro siempre aplicado a la mayor regularidad dentro y fuera del Palacio, y deseosísimo en todo del acierto.

* * *

Y volviendo adonde íbamos, quien verdaderamente consiguió que el Rey se contentase de las promesas del rey Jorge, fue el ministro inglés en Madrid, que tenía gran cabida con el marqués de Grimaldo. Y ya allanado este punto, si se concedían en la debida forma las

investiduras la paz estaba llana, porque ni los intereses de la Italia en común, ni los de príncipes de ella en particular la podían embarazar, ni otras privadas pretensiones de unos y otros vasallos por los perdidos bienes, porque de cualquier manera, o se determinasen restituir o no, era igual respecto a los príncipes, aunque no respecto a los súbditos, nada considerados cuando se trata del público interés.

Esta es la infeliz condición de los hombres privados, que se sacrifican con casi certidumbre de ser poco (alguna vez nada) atendidos; ni podían serlo todos en esta paz, porque era preciso para esto que el Emperador restituyese al duque de San Pedro el Estado de Savioneta; al marqués de Stepala, Ula, y otros feudos en Italia a los que habían seguido el partido de España; y esto no era de su satisfacción, porque o le servían a la extensión de su poder, o a mantener muchos españoles de su partido, que tenían gruesas pensiones sobre estos Estados: ni aun muchos soberanos se libraban de esta infelicidad, porque no quería el Emperador se le hablase de la restitución de Mirándula a Pico, que se había retirado a España, y vendido la Cámara Imperial este Estado al duque de Módena, ni de la restitución de Monferrato, que se había dado al duque de Saboya, ni la de Mantua, que pertenecía legítimamente al duque de Guastala, ni del de Comachio al Papa, y aunque con éste tenían siempre abiertos los tratados los ministros imperiales en Roma, y el nuncio Grimaldo en Viena, todos eran artes de los austríacos para entretener al Pontífice imponiendo intolerables condiciones, no sólo de mantener presidio imperial, pero aún de que se había de conceder la cruzada en todos los Estados que en la Italia poseía el Emperador, lo cual excedía en gran parte el útil que le daba Comachio y su lago.

Ya tenía el Emperador ajustado que la Inglaterra y la Francia no se metiesen en esto, y se dejase a su arbitrio, que haría justicia; pero los españoles lo llevaban mal, porque querían cercenar a Mantua entregándola a quien pertenecía, mas solos en el Congreso no serían admitidos, aunque se había el Rey Católico declarado de proteger al duque de Mirándula y al de San Pedro, y para esto se proponía se le diese el ducado de Masa pagando el Emperador su valor a la Casa Cibo, que le quería vender, porque el actual duque de Cibo no tenía hijos, y en él se extinguía su línea, y con esto, reparado el daño al duque de San Pedro, se podía el Emperador quedar con Savioneta.

En esta idea tenía el Rey Católico no sólo la intención de quitar de la vecindad de Toscana un soberano, todo subordinado a la Casa de Austria, y poner en un confidente suyo como era Francisco María Spínola, duque de San Pedro, pero aún imposibilitar que los genoveses comprasen a Masa, porque era conocido perjuicio al comercio de Florencia y Liorna, que por el camino que mandó abrir el gran duque Cosme III pasaba sus mercadurías a Lombardía y por el Po se distribuían a toda ella hasta Turín y Venecia; y como era preciso por esta nueva senda pasar por tierras de Masa, si los genoveses compraban el Estado se hacía inútil aquel camino, y necesitaban los toscanos enviar sus mercadurías por Génova, con gran perjuicio de sus intereses, y más que los genoveses no querían admitir ropas de Levante que hubiesen tocado en Liorna, ni ya, por nuevo edicto sacado este año, concedían puerto franco a cuantas mercadurías venían por Levante, desde Civita-Vechia por Poniente, desde el río Varon y Niza, porque querían obligar con esto a los comerciantes del Norte y Levante, que sin tocar en otra parte del mar Ligústico viniesen derechamente a Génova.

Para facilitar esto determinaron en el Gran Consejo hacer un lazareto en la Especie, y enviaron con algunos ingenieros a Francisco Mari para que, según la planta que se le daba, en el lugar destinado empezase a abrir las zanjas, cosa que al rey de España desagradaba mucho, pero no lo podía remediar, porque esto, que tiraba al comercio, tenia el especioso pretexto del bien público, apartando la cuarentena y el venteo de las ropas de Levante o sospechosas de la ciudad capital, y retirándolo a un seno de mar muy espacioso y verdaderamente cómodo para lazareto, que a vueltas de él se concedería a sus mercadurías el puerto franco, dando despachos de Génova, y con esto se brindaba a los negociantes extranjeros a acudir a la Especie, que es una bahía capaz y segura, y en mejor situación que Génova para exitar a todas partes sus mercadurías.

* * *

En éste estado de cosas, todas indecisas, adoleció gravemente en un profundo letargo y retención de orina el gran duque Cosme III, y no hubo ministro en Italia que no despachase correo extraordinario a su soberano, porque se creyó que su muerte ocasionaría grandes novedades, y los ministros de España recelaban que bajo pretexto de ofrecerle su protección al sucesor, moviese el Emperador sus armas al bloqueo de Florencia, pues las tenía prontas no sólo en el Estado de Milán, con marcha de pocos días, pero aún en la Lunegiana y Orbitelo, donde había numeroso presidio para este caso.

Fundábanse estos recelos en que se había dado orden en Milán a algunos regimientos de estar prontos a la marcha al primer aviso, y el conde Carlos Borromeo, como vicario imperial, había enviado, con pretexto de componer unas diferencias en Luca, al conde Stampa, a que pasando y deteniéndose en Florencia, viese el estado de la enfermedad del Gran Duque, y se le dieron cartas para los gobernadores de los presidios y para el virrey de Nápoles, para que enviasen las asistencias de gente y dinero que el conde Stampa pediría. No se sabían con certidumbre todas estas previsiones, pero se sospechaban aún mayores, y que el conde haría acercar tropas a Toscana, si aquel soberano falleciese.

Con esta aprensión fue en Florencia muy mal recibido; y más, que abultaba estas voces y estas sospechas el padre Salvador Ascanio, que hacía los negocios del Rey Católico en Florencia, diciendo a los ministros no permitiesen novedad alguna por parte del Emperador, que su amo no la haría.

En efecto, con esta invención avisó el padre Ascanio al marqués de San Felipe, ministro de España en Génova, para que no pasase a Florencia, aunque muriese el Gran Duque, como tenía la orden para este caso, porque importaba no hacer novedad, y más, sucesor tan medroso y desafecto a España. El marqués conoció ser esto lo que entonces convenía; y aunque el duque de Parma le insinuó que importaba pasase luego que se diese el caso de la muerte, determinó no ejecutarlo con el Rey, y avigoró el dictamen del padre Ascanio, de género que le ordenó por entonces no pasar, aunque muriese el Gran Duque; porque el Rey, ofreciendo por su parte no hacer novedad, instaba a las potencias garantes que interpolase al Emperador para que no la hiciese, y así, lo ejecutaron tan eficazmente que fue obligada la corte de Viena a desaprobar el viaje del conde Stampa a Florencia y mandar no se hiciese movimiento alguno de tropas ni otra operación que alterase el estado de las cosas; y más, que tenía el Gran Duque sucesor y no se daba el caso de extinción de línea.

Stampa fue mandado retirar, y el Emperador se contentó asegurar al príncipe Juan Gastón no permitiría se le hiciese violencia, si alguna meditaban los españoles. Con esto se sosegaron los ánimos de todos, bien que antes de retirarse Stampa dio en la Lunegiana algunas disposiciones que manifestaban querer los austríacos asegurar bien que no fuese sorprendida Liorna o Puerto Ferraio, cuyo gobernador se había, sin razón, quejado que el de Longón prevenía la artillería de su plaza y doblaba las centinelas, pues éste sólo podía mirar a la defensiva. Sinceróse el gobernador, y parecían sus temores inútiles, porque ni había en Longón gente para empresa alguna, ni había que emprender más que atajar cualquier movimiento de los alemanes, que estaban más vecinos y en mayor número, tanto que los tres batallones que en Longón había eran incapaces de operación alguna más que defensiva en su plaza.

Dio largo plazo la enfermedad del Gran Duque para tomar de una parte y otra las acertadas medidas a que la quietud de la Italia obligaba y, por resolución, fue fenecida su vida. Expiró, en fin, el día 31 de octubre por la noche: príncipe verdaderamente religioso, pío y sumamente ajustado, en quien jamás se pudo notar vicio alguno ni inmoderación de afectos. Rigió con gran quietud sus pueblos, y con notable amor; era su continua limosna tan gravosa a su erario, que fue preciso socorrerle con tributos, no necesarios en un príncipe que jamás tuvo guerra, sí sólo la de algunas contribuciones al Emperador.

No hizo solemnemente testamento en tan críticos tiempos, porque no quería verse obligado a elegir sucesor después de Juan Gastón y su hija, la viuda Palatina, a la cual había declarado heredera en un testamento antiguo; dejóla doce mil escudos romanos de alimentos en una disposición singular y privada, cuyo papel entregó al arzobispo de Pisa, e hizo otros legados píos que no cumplió el sucesor, no sin gran fundamento.

Halláronse unos pareceres sobre la sucesión, y declaró el marqués Ranucini que mandó guardar el que era favorable al infante de España; pero todo lo suprimió el nuevo gran duque Juan Gastón, desafecto naturalmente a España, y en lo de la sucesión a todos, por su genio austero y desapegado, por su vida insociable y desarreglada, aunque en vicios directamente más perjudiciales a su salud que a su alma, que le redujeron a estado que poco se podía esperar de su vida, con que los príncipes, atentos a esta sucesión, volvían a entrar en nuevos cuidados, no habiéndose todavía concluido el negocio de las investiduras.

No dejaba el Emperador, con artificio, de dar a la hermana del Gran Duque esperanzas que sería en todo caso gobernadora de aquel Estado, y ella se empezaba a mostrar más humana con el partido de España, porque no se la hiciese oposición, y trajo a su dictamen en la apariencia al Gran Duque, quien ya no se manifestaba tan contrario, sin más fin que dejarle vivir en paz. Por eso se le hizo por su hermana el proyecto de declarar heredero al infante de España, si en su menor edad, llegando a suceder, tuviese por gobernadora del Estado a dicha princesa. Esto lo promovía vivamente el duque de Orleáns; pero como caminan tan a ciegas los hombres, sin certidumbre en cuanto imaginan, y son tan caducas las ideas como la vida, la noche del día 2 de diciembre, precediendo un deliquio de breves instantes, murió de repente el duque de Orleáns, sin haber alguno tenido noticia de su accidente antes que de su muerte, más que un familiar suyo, que al verle caer de una silla fue por un vaso de agua y le halló difunto.

Sucedió esto en el palacio del Rey, en el cuarto del mismo duque de Orleáns, cuyo cadáver fue llevado a su casa; y apenas llegó al Rey la noticia, dada por don Luis Enrique, duque de Borbón, cuando luego le fue conferido por el Rey el primer Ministerio, sin más aprobación que la de su maestro el obispo de Frixus, que se halló presente y no pudo dejar de asentir a ello, porque era en presencia del mismo duque, que dijo al Rey debía elegir un príncipe de la sangre, no dudando recaería en su persona, que era el primero después del duque de Chatres, hijo del de Orleáns, que tenía pocos años. Mandó luego recoger el duque de Borbón los papeles del de Orleáns que se hallaron en el cuarto que tenía en palacio; los de su casa no se buscaron por respetos al sucesor, que tuvo con Borbón algunos sinsabores, aunque después sobresanados.

Era asentada opinión en Francia que el duque de Orleáns tenía muchos millones ganados en los arbitrios del Banco de Misissipí, pero no se hallaron, o su heredero los supo ocultar con gran maña, porque aunque estuviesen en las plazas extranjeras de Holanda, Inglaterra, Génova o Roma bajo otro nombre, era muy difícil sepultar una verdad que tantos la sabrían y debrían, y debía constar en los libros del duque y de los que en Francia dieron su nombre para el depósito de este dinero, que era suma desproporcionada a cualquier particular, según se creía; porque daban en decir los más entendidos en el comercio de la Francia, que faltaban trescientos millones de libras tornesas, y por muchas que hubiese robado Lauus y otros a quienes quiso enriquecer y para que le tolerasen, no era presumible que el duque dejase asolar la Francia sin interés propio, porque su alto entendimiento y sagacidad le hacía incapaz de ser engañado.

Creían los superficiales en esta muerte que había perdido el Rey Católico mucho, faltando quien promoviese sus intereses; pero los más entendidos creían que había perdido el Emperador un amigo a quien contemplaba con secreto tratado de que le ayudase en su casa a la sucesión de Francia, para excluir la Casa de España. Esta muerte del duque nada varió el sistema del mundo, y los plenipotenciarios franceses de Cambray tuvieron confirmación de sus instrucciones, porque aún era interés de la Francia la paz, por hallarse sin más ideas que su quietud, que la necesitaba, molestada de tanto dispendio en el quimérico Banco del Misissipí, y del contagio de la Provenza, que en este año se le restituyó el comercio enteramente por haber cesado ya desde el pasado toda sospecha, aunque en España todavía se daban a las ropas de Marsella algunos días de cuarentena, de lo que se quejaban agriamente los franceses, nación más pronta y de menor refleja en sus operaciones.

Este cuidado contra la Francia avivó el que se debía tener contra Portugal, por haberse encendido un mal epidémico en Lisboa, de lo que murieron más de cuarenta mil personas, pero de inferior calidad; creyóse peste, pero no fue más que una intemperie de sequedad, no purificando el aire de las lluvias, que había muchos meses faltaban, y de alguna mala calidad de víveres, que hizo precisamente comestibles la falta de granos, la cual duró poco, porque acudieron de todas partes naves cargadas de ellos, de Francia y Levante. En España hubo también alguna penuria, pero luego fue socorrida de la vigilante ambición de los mercaderes italianos, que no pierden ocasión a su logro. Nacióle en este año otro hijo al rey de Portugal, del cual fue padrino el rey de España y la Reina viuda de Carlos II, que todavía estaba en Bayona. Diéronse los poderes del rey de

España al marqués de Capicelatro, su embajador en Lisboa; y a pocos días murió el recién nacido infante.

Año de 1724

Con la más ruidosa y no esperada novedad empezó este año, habiendo hecho el rey Felipe, en el día 14 de enero, renuncia de todos sus reinos y señoríos en el príncipe de Asturias Luis I, su primogénito, retirándose a vivir con la Reina privadamente, y depuesta toda real pompa y aún las guardias, a la quinta de San Ildefonso, en Valsaín, donde había él mismo fabricado un palacio y mandado componer deliciosos jardines. Despidió toda su familia para que pasasen a servir al nuevo Rey, y se reservó para su mantenimiento seiscientos mil ducados y lo que fuese menester a concluir los jardines del palacio; edificó una suntuosa iglesia, y la doró y adornó realmente.

Detúvose para asistirle el marqués de Grimaldo, y por único mayordomo y caballerizo al señor de Valux, francés, que era su antiguo mayordomo de semana. Con la Reina quedaron dos damas, cuatro camaristas y dos señoras de honor. Toda la familia, incluyendo los de escalera abajo, se redujo a sesenta personas; y en la caballeriza quedaron pocos tiros de mulas y caballos de montar, porque ya el Rey hasta el gusto de la caza iba perdiendo, amando sólo la soledad y el retiro.

Con el instrumento de la renuncia pasó el marqués de Grimaldo al Escorial el día 14, donde estaba el príncipe, y se leyó ante toda su corte, no sin lágrimas, y aun del mismo príncipe, por las razones y cláusulas con que estaba concebida, dando por motivo que, habiendo el Rey considerado de algunos años a esta parte la nada de las cosas mundanas y los padecidos trabajos, queriéndose retirar a pensar sólo en su salvación, dejaba con absoluta entera renuncia sus reinos a su hijo primogénito, jurado príncipe de España, de cuyas bellas calidades y prudencia se prometía el desempeño de la obligación en que Dios le constituía nuevamente.

Prevenía en la misma renuncia que, muriendo el príncipe Luis sin hijos, pasase el reino a su hermano el infante don Fernando, y así por los demás hijos por sucesión, y en caso de menor edad de don Fernando u otro sucesor, viviendo el rey Felipe, formaba una regencia de los presidentes de los Consejos, del arzobispo de Toledo y del inquisidor general, y del consejero de Estado más antiguo, hasta que el Rey inmediato tuviese catorce años. Obligaba al rey Luis y sus sucesores a cumplir los testamentos que hiciese el rey Felipe y su mujer la reina Isabel, y a pagar las deudas de la Corona, que eran casi tres millones de pesos, y a contribuir cualquier cosa que viviendo pidiesen, bajo cuyas condiciones sólo fuese válida la renuncia, la cual hizo el Rey tan deliberado, que hizo voto de no ocupar más el trono ni reinar.

Era sumamente edificativo el papel de aviso que el Rey mandó pasar a los consejeros; más lo era una carta que de su puño escribió a su hijo, con documentos santos y píos que edificaron el mundo, la cual fue traducida en muchos idiomas; fuera prolijo ponerla aquí a la letra; sólo diré que el más penitente anacoreta no la podía escribir más expresiva y ajustada a los preceptos evangélicos; tanto, que los críticos desearon en ella se

entretejiesen documentos políticos entre los morales. Recomendaba a la Reina y a los infantes, y poniendo el ejemplo del santo rey Don Fernando y San Luis, rey de Francia, les exhortaba a la perfección; también expresaba en ella que la Reina se había resignado con gusto a esta resolución, y creyeron muchos estaba esta cláusula puesta para atajar la censura de que la hubiese tomado sin su conocimiento, porque no hay ejemplar en las historias de semejante voluntario retiro de un príncipe casado y de solos treinta y nueve años de edad, y la Reina de treinta y uno, con probabilidad de tener otros muchos hijos; y así, fue preciso incluir a la Reina en la determinación, sin cuyo consentimiento es cierto que no se tomó, mas no probaba esto haberle dado gustosa; pero siempre prueba un raro ejemplo de virtud y conyugal amor de convenirse al decreto del marido, tan arduo, que sola una superior vocación le puede hacer llevadero, descendiendo del Trono a vida privada, y de la soberanía a la dependencia, dejando gran parte que la cabía del mando en la voluntad del Rey, a un príncipe que no era su hijo, a quien entregaba los suyos sin concluirse el negocio de Toscana, que había sido el principal objeto de tantos años de negociaciones, con notable dispendio de la Monarquía.

Este reparo se venía a la cara contra el Rey y los políticos tenían el hecho por intempestivo en vísperas de un Congreso de paz no abierto todavía por las dilaciones que el Emperador interponía a dar las disputadas investiduras, aunque ya había dado palabra a los últimos del precedente año de darlas, y así lo dejó en París ajustado el barón de Penteriter, que pasó desde Cambray a este efecto; pero cuando el Rey hizo la renuncia, que fue el día 10 de enero, aún no se habían dado, porque éstas salieron de Viena el día 7, que no hubo tiempo de saberlo, ni se hubieran aquel día expedido si hubiese el Emperador previsto y penetrado esta gran resolución, la cual tuvieron en las cortes del Norte y en algunas de Italia por política y no espiritual, adelantándose a creer que era para habilitarse a la Corona de Francia en caso de la muerte de Luis XV; discurso tan improbable, cuanto lo es que un hombre de treinta y nueve años deje lo que posee, aspirando a suceder a un niño de catorce, porque esta era la edad del Rey Cristianísimo, sano y robusto, sin apariencias de fundar muy remotas esperanzas; que ni las debía tener el Rey Católico, aun cuando el de Francia fuese decrépito, no sólo en virtud de tantas renuncias, sino también de la manifiesta oposición de tantas potencias, volviendo a los principales motivos que suscitaron la sangrienta y pertinaz guerra que hemos escrito.

Ni conocían bien el genio del Rey los que esto discurrían, porque ni su delicada escrupulosa conciencia era capaz de faltar a lo prometido, ni su aversión a los negocios, ni la falta de sus fuerzas para grande aplicación le podían estimular a los inmensos trabajos de regir una para él nueva Monarquía de franceses, dividida precisamente en facciones en caso de faltar el actual dominante, pues aunque los parlamentos y los más ancianos padres de la patria estuviesen por la Ley Sálica, que favorecía al rey Felipe, los príncipes de la sangre y sus adheridos estarían por el inmediato al Trono entre ellos, que era el duque de Orleáns, mozo y soltero, por lo cual los que le seguían miraban más vecina la posibilidad del solio que si le ocupase el rey Felipe, que, a más del príncipe de Asturias, tenía otros tres varones, si no los que podían tener dos individuos conocidamente fecundos.

Estas razones, que convencían a los más reflexivos, avivaron el ingenio para discurrir otras que hubiesen dado impulso a tan grande hecho, porque raros se persuadían a que era

mera razón del espíritu, abstraído de cosas mundanas y todo entregado a la contemplación de lo eterno, ya porque pocos criados en las brillanteces del Trono conciben estas ideas austeras y melancólicas, ya porque no es incompatible la Corona con la santidad y perfección de costumbres, antes medio oportunísimo para servir mucho a Dios y ejercitar con superior heroísmo todas las virtudes, y más constituido el Rey en un estado en que estaba dividido de sí mismo por la contraída unión con su mujer, no siendo siempre seguras todas las ideas de elegirse un estado a su arbitrio, dejando aquel en que Dios le había constituido, porque los caminos para la perfección son muchos, y el estado que nos es más repugnante puede ser el mejor.

Estas razones tenían réplica, porque puede ser, según la condición del corazón humano, el acto mayor y sin igual dejarlo todo, y más una Monarquía como la de España; y así, los hombres píos y de dócil corazón lo atribuían a sólida virtud y temor de errar en el gobierno.

Los enemigos del Rey y algunos ministros que residían en aquella corte escribieron que estaba enteramente incapaz de gobernar, y que por hacérselo dejar con honra, habían fingido toda aquella renuncia y papeles que hicieron firmar del Rey sin saber lo que era. Esto tenía mucha improbabilidad, porque era por dar falsario al marqués de Grimaldo, que había extendido la renuncia, y a los testigos, y cargarse el marqués de ser suyas, y no del Rey, las mercedes que se publicaron y las disposiciones que se dieron en el mismo día de la renuncia; y esto no lo hubiera pasado la Reina, que era quien mejor sabía el estado de la salud del Rey, y tenía algún riesgo de mal atendida si se probaba que hubiese cooperado a hacer firmar al Rey lo que no entendía; porque se dieron en este mismo día por el Rey muchos toisones: al marqués de Grimaldo, al de Valux, al marqués de Anníbal Scotti, enviado del duque de Parma, y hasta a doce personajes, sin duda beneméritos, pues el Rey los juzgó capaces de esta honra.

Se dio la presidencia de Indias al marqués de Valero; la de Órdenes, al conde de Santisteban del Puerto, que estaba en Cambray, y se hicieron otras muchas provisiones militares de empleos vacantes, y la guardia de los alabarderos, al príncipe de Maserano; fue nombrado ayo del infante don Felipe el marqués del Surco, don Fernando de Figuera, y se señaló al príncipe, para el Gabinete, al marqués de Mirabal, gobernador de la presidencia de Castilla; al arzobispo de Toledo, don Diego de Astorga y Céspedes; al inquisidor general, obispo de Pamplona, don Juan de Camargo; al marqués de Valero, al marqués de Lede, al conde de Santisteban del Puerto y a don Miguel Francisco Guerra, todos sujetos de conocida bondad y experiencia en los negocios; y para dar providencia de todos, se pusieron hombres de todas facultades, y se le dio al marqués de Grimaldo por sucesor, en la Secretaría del Despacho Universal de Estado, a su primer oficial don Juan Bautista de Orendain, y en la de Indias y Marina, a don Antonio Sopeña; se dieron las futuras de los empleos en la Casa Real a los que las tenían en la del príncipe, porque todos los criados del Rey y la Reina pasaron a servir los nuevos amos en el propio empleo.

Es temeridad creer que todo esto se había ejecutado sin acuerdo y conocimiento del Rey, haciéndoselo firmar ignorante o incapaz de saber lo que hacía. Hemos procurado, aunque ausentes, indagar esto, como punto tan esencial para estos COMENTARIOS para la verdad del hecho; y hallamos, refiriéndonos al año 22 de ellos, que el Rey padecía, sobre

profundísimas melancolías, una debilidad de cabeza que le era imposible la grave y continua aplicación al gobierno de tan vasto Imperio; era naturalmente implicado y le atediaban los negocios, porque le obligaban a resolverlos, cosa pesadísima a su delicada conciencia, a su genio sospechoso y de todos desconfiado -y aun de sí mismo y de su propio dictamen-, y aunque le había dejado por sucesor el padre Daubanton al padre Gabriel Bermúdez, jesuita, de la provincia de Toledo, hombre docto y de virtud, éste se cargaba menos de lo que hacía el padre Daubanton, y así quedaba más cargado el Rey, porque el padre Bermúdez no quería atender más que a las cosas meramente de su oficio de confesor.

La mayor felicidad y expedición del padre Daubanton, desimpresionando al Rey de vanos e insubsistentes escrúpulos, le entretenían y aliviaban en parte; y así, viviendo, no permitió al Rey esta resolución, aun viniendo solicitada del duque de Orleáns, como dijimos; el padre Bermúdez le aliviaba menos de su natural estrechez de conciencia, y así luchaba el Rey más con sus propios temores de errar, no pudiéndose vencer a fiarse totalmente de uno ni de muchos, por lo cuál había considerable atraso en los negocios de mayor entidad; pudiera resolverlos el marqués de Grimaldo, pero tampoco quería hacerse cargo de todo sin clara y explícita deliberación del Rey, cuya melancolía crecía más al paso que se aumentaban sus temores e inacción, de lo que incurrió en desesperar de poder cumplir con su oficio sin peligro de error, ni de poderlo hacer todo; y como su radicada virtud y piedad no daba lugar a sufrir dudas en su salvación, con tedio de tan espinosa ocupación para su ánimo, ya ocupado de temores y sospechas, y para su cabeza, ya débil, lo dejó alegre e intrépidamente todo fiado en la bondad y prudencia del príncipe su hijo, que con el consejo de los que para el Gabinete le dejaba, regiría bien la Monarquía y tendrían los vasallos el alivio de más pronta expedición.

Conoció verdaderamente el Rey su espiritual y corporal enfermedad, y no hallando disuasión para esto en el padre Bermúdez, que era del propio dictamen, y en la Reina, que conocía la necesidad en que el mismo Rey se había puesto, se lo dejaron ejecutar, porque, verdaderamente, con acuerdo, reflexión y conocimiento pleno, lo ejecutó y quedó contento de ejecutarlo, sin haber conocido señal alguna de arrepentimiento, como publicaban los maldicientes, porque la virtud del Rey era más sólida que lo que muchos creían; pues aseguraban sus confesores no haberle jamás hallado pecado mortal, y el que tenía cuando partió de Francia, afirmaba que no había perdido la gracia bautismal. Muchas virtudes pudiéramos asegurar del Rey por aserción de hombres fidedignos que le trataban familiarmente o sirviendo a su persona o siendo sus confidentes ministros; pero la que más resplandecía en el Rey era la verdad y la castidad conyugal, aun combatida de lances no sólo fortuitos, pero con cuidado expuestos de quien le importaba ganar la voluntad del Rey aun por tan ilícitos medios.

Tenía la rectitud en balanza tan bien ponderada, que tardaba a ejecutar lo mismo que deseaba porque no le engañase su afecto; ni sin consulta de muchos teólogos ejecutó jamás cosa en que podía intervenir escrúpulo; y era en esto tan nimio, que tropezaba en menudencias, y repitiendo consultas, resolvía más tarde. Era su genio belicoso y fuerte, amante de los soldados, a quienes confirió los más grandiosos empleos, hasta darles los dos virreinatos de Indias y los mejores gobiernos, y aun todos los del continente de España, no sin gran razón, porque habían sido los que a costa de su sangre le habían

mantenido en las sienes la Corona; y tenía tan exacta noticia de todos los oficiales, que no proveyó empleo militar sin método muy regular y asentado mérito, aunque con el Rey le perdía el que no vivía ajustado, sin escándalo.

Tachábanle sus mal afectos que olvidaba tarde y no perdonaba las ofensas. En esto de perdonar se arreglaba por los ministros; y siendo infalible que no hay en las Historias Rey que haya experimentado más traidores públicos y ocultos, ni más rebeldes en número y calidad de personajes, no ha sacado gota de sangre en tantos reos de infidencia que han estado presos en las cárceles de España, ni ha querido se procediese contra ellos con la fórmula de juicio, y perdonó infinitos, luciendo más esta virtud de perdonar al enemigo en lo que por sus plenipotenciarios significó al Emperador en Cambray, dándole noticia de esta renuncia y asegurándole rogaría siempre a Dios por sus prosperidades y para que tuviese sucesión varonil, para ser propugnáculo de nuestra Santa Religión, contra tantos enemigos que la combaten. La Reina, por asentir al gusto de su marido, se sujetó a la vida privada y se vistió luego a la española, renunciando todo género de galas y tomando un vestido de saya.

Pasó luego el príncipe de Asturias a Madrid y fue proclamado Rey, aunque los más de los jurisperitos, y los mismos del Consejo Real, veían que no era válida la renuncia, no hecha con acuerdo de sus vasallos, que tenían acción a ser gobernados por aquel príncipe a quien juraron fidelidad, no habiendo impotencia legítima para dejar el gobierno ni decrépita edad que no pudiese tolerar el trabajo. Otras muchas razones daban los legistas, pero nadie replicó, pues al Consejo Real no se le preguntó sobre la validación de la renuncia, sino se le mandó que obedeciese el decreto, y muchos de los españoles, y la mayor parte de los magnates, le oyeron con gusto, porque ya tenían Rey español y sumamente amado por su afabilidad, liberalidad y benignísimo trato, y, sobre todo, amante con el mayor exceso de su nación española, casi con aversión a las demás comparativamente.

* * *

En fin, por el rey Luis I se alzó el pendón con la acostumbrada solemnidad el día 9 de febrero. Admitió toda la familia de su padre, y a la suya se dejó el sueldo y se dio futura de los empleos. Lo propio se ejecutó con la familia de la princesa, y no hubo más novedad en la Monarquía y en todo el sistema de ella, sino mudar en el Trono personas, sin que se advirtiese otra mutación, y más, que el nuevo dominante todo lo consultaba con su padre, de forma que todavía quedaba en Valsaín el oráculo no sólo para las cosas más principales, pero aún para las mercedes, de donde fue advertido al rey Luis se moderase en ellas, porque había hecho algunas que tocaban en algún exceso, dando pensiones y futuras; de género que aquéllas fue preciso moderarlas, sobre lo cual se ordenaba al gobernador del Consejo Real invigilase mucho, porque se quitaba el Rey, con vulgarizar los honores, el premio a que aspiraban sujetos de mayores servicios de los que a río revuelto habían pescado en esta coyuntura; bien que otras mercedes hizo dignamente empleadas.

El Real Erario era lo que más embarazo daba a los nuevos ministros, porque se halló la Tesorería agotada, y se divulgó que días antes de la renuncia había mandado pasar el rey Felipe cuatrocientos mil ducados que había en aquellas reales arcas. De esto no nos hemos podido certificar, porque don Fernando Verdes Montenegro, tesorero general de la Guerra, no contestaba en este punto, y tenía sus resguardos, con que hacía servicio del silencio, viendo que todavía se mantuvo en Valsaín, y que el marqués de Grimaldo tenía casi la misma autoridad, con menor riesgo, porque no parecía ya su firma, y el Rey -aunque con su dictamen- respondía inmediatamente a su hijo.

Viendo estas mudanzas don Juan del Río, marqués de Campo Florido, presidente de Hacienda y secretario del Despacho Universal de ella con la general superintendencia, y que era el papel más principal en el Gabinete el marqués de Mirabal, presidente de Castilla, hizo dejación de todos sus empleos, que no le fue en Valsaín admitida; antes le insinuó el rey Felipe se daría por servido en que continuase en ellos; hizo segunda dejación, y se le admitió.

Nombróse por presidente de Hacienda a don Juan Blasco Orozco, presidente de la Sala de Alcaldes, y por secretario del Despacho Universal de Hacienda y absoluto superintendente de ella a don Fernando Verdes Montenegro, y Tesorería General se dio a don Nicolás Hinojosa, que ya lo había sido.

Todas estas mutaciones en el gobierno de Hacienda y nuevos gastos de dos Casas Reales hacían escasear el dinero; y así, se discurrió en reforma de tropas, y más, creyéndose adelantada la paz; porque en estos mismos días habían llegado las investiduras para el infante don Carlos de los Estados de Toscana y Parma, con las cláusulas más amplias, no sólo de cuanto actualmente poseían ambos príncipes, pero alargada la sucesión a todos los hijos de la Reina por sucesión regular de varones, aunque fue preciso que antes saliesen garantes la Francia y la Inglaterra de que en su caso había de tomar las investiduras de la actual posesión dentro de un año el infante.

Hizo el Rey su hermano las mayores demostraciones de júbilo por este suceso, y fue en público a dar gracias a Atocha. El infante pasó luego a ver a sus padres a Valsaín, adonde fue, antes de ir a Madrid, el mariscal de Tessé, embajador extraordinario de Francia, que no pudo sacar del rey Felipe más que un benigno reconocimiento; en lo demás se remitió a la corte, donde le dieron, para tratar sus negocios, por ministro al marqués de Mirabal, presidente de Castilla, porque entre los del Gabinete se había dividido el oír y referir los negocios extranjeros, y tocaron al presidente los de Francia, entonces bien difíciles y secretos.

Publicóse que su mayor comisión era tomase el Rey a bien que, dando la infanta de España por mujer a José Luis, príncipe del Brasil, primogénito del rey de Portugal, tomase otra el Rey Cristianísimo, para acelerar la sucesión, si fuese posible, pues a la infanta la faltaban nueve o diez años para poderla tener, y que admitiéndola por esposa el príncipe del Brasil, tomaría el rey de Francia para suya a la infanta María Magdalena de Portugal, su hermana, que tenía trece años, y casi igual a la edad del Rey, y la infanta de España a la del príncipe, que sólo tenía diez años, tomando a su cargo la Francia todo el tratado y la conclusión de él. Estaba a este tiempo el marqués de Monteleón en Madrid, y

sus émulos publicaban que él era de este dictamen para malquistarle con el rey Luis, que tomaba muy mal estas voces.

Dudóse si se enviaría a Italia al infante don Carlos. No hubo ministro español que a ello asintiese, pero lo instaba Monteleón, cuyo voto venía con el apoyo de la reina Isabel, que lo deseaba mucho, por parecer adelantaba mucho en la materia; y como la dirección de lo más importante todavía estaba en San Ildefonso, determinándolo todo el rey Luis con parecer de su padre y del marqués de Grimaldo -que era lo propio que a gusto de la Reina-, tuvieron orden los ministros que residían en París y Londres de proponer a aquellos Soberanos la intención del Rey sobre el infante don Carlos.

Nada parecía más natural que declararle Gran Príncipe después de obtenidas las investiduras. Con todo, ni esto quisieron consentir, cuanto más a que viniese a Italia; porque, consultado el Emperador sobre esto, lo resistía todo, sin haber menester de las instancias que contra esto hacía en Viena el ministro de Toscana, porque nada sentía más el Gran Duque que ver se acercaba, no sólo a su Trono, pero aún a los confines de él, el infante de España, cuyo nombre aborrecía mortalmente, y más, que era contra lo que había ordenado de que se diese el título de Gran Princesa a su hermana, la viuda Palatina, a favor de la cual disponía su testamento.

Tampoco eran de dictamen de consentir en lo que el Rey Católico quería las cortes de París y Londres; ésta menos, por más allegada a los intereses del Emperador; la de Francia se hubiera inclinado, si salían bien sus negociaciones en Madrid a Tessé; pero éste adelantaba poco, porque se les había acabado a los españoles la subordinación a la Francia, y trataba con el gobernador del Consejo Real, marqués de Mirabal, genialmente adverso a las máximas de los franceses.

Ni esto lo quería el rey de España someter al Congreso de Cambray, porque le parecía que allí todo se retardaba más de lo que deseaba la Reina, siempre instada del marqués de Monteleón, que deseaba volver a Italia con el especioso título de plenipotenciario. Los reyes de Francia e Inglaterra, por templar en algo el ardor de esta negativa, dispusieron que se tratase en Cambray de dar la última mano al artículo sexto del tratado de Londres sobre la sucesión de Toscana y, principalmente, sobreponer en ella guarnición de esguízaros, como se había convenido.

El Emperador no pudo negar su consentimiento, porque no había por dónde dilatarlo más, y así lo dio a entender al Gran Duque por su ministro, ofreciéndole que procuraría no le fuesen estas guarniciones de molestia ni de gravamen a sus rentas. Esto era dorar la píldora, porque ya veía el Gran Duque que era desaire de su soberanía y una tácita esclavitud de sus pueblos, expuestos al arbitrio de gente de guerra, hambrienta de las riquezas y delicias de la Italia, tan desemejante a la Helvetia. Este artículo quedó en Cambray nuevamente concordado, y se pasó a las formales conferencias y reconocidos por mediadores los reyes Cristianísimo y británico.

Los primeros pasos fueron dar recíprocamente sus pretensiones el Emperador y el Rey Católico; aquéllas las quisieron directamente de Viena los mediadores, y las del rey de España fueron admitidas para enviarlas al Emperador, inútilmente, porque se oponían con las del César, que por preliminar declaraba que no se le hablase de Italia ni de la

restitución de Mantua y otros Estados que tenían en ella los que se pretendían dueños. Esto no se podía ventilar sino en Ratisbona y en el Consejo Áulico, que asentada la sucesión de Toscana, de todo lo demás no se trataba en cuanto a Italia en el tratado de Londres; ni el rey de España, en virtud de su renuncia, tenía derecho a entrometerse en la Italia, ni le pertenecían los intereses de sus príncipes ni los del duque de Parma, porque éste era punto de jurisdicción inseparable del Consejo Áulico; pues con Parma sólo había disputa de confines sobre las tierras que baña el Po.

Insistía, con todo, el Rey Católico en que se debía restituir la Italia a su primer estado, porque era interés del infante cuanto poseería la Toscana, y que así se habían de restituir a quien tocaban los Estados de Mantua, Mirándula, Monferrato, Sabioneta y otros feudos de menor nombre, y que se habían de prohibir las contribuciones y señalar por comisarios neutrales los límites del Estado de Milán y Parma, en las riberas del Po, y que no se consintiese a la venta del ducado de Masa sino bajo, la condición de no innovar cosa alguna el nuevo comprador, que se disponía fuesen los genoveses; cláusula que mira a perjudicar el comercio de Toscana.

Nada de todo esto quería oír el Emperador, y protestó que llamaría sus plenipotenciarios, porque era la Italia la niña de sus ojos y sus Indias inagotables, pues por ella lograba el dinero de España, que hacía un giro preciso hasta Germania; exprimiendo ésta a los italianos, no sólo con las abiertas contribuciones que a su arbitrio el Emperador pedía, pero con la dependencia de toda la Italia de aquella corte, adonde por mil modos venía a parar el dinero.

No quería el Emperador achicar su poder, restituyendo a Mantua, ni dar el dinero que le había costado al duque de Módena la Mirándula, ni podía quitar de manos del rey de Cerdeña el Monferrato sin una guerra formal, donde no tenía interés, ni éstos eran ejemplos conformes a lo que pretendían sacar de la Santa Sede por la restitución de Comachio, y más, cuando era menester hablar más moderadamente, por regir la Iglesia católica un Pontífice integérrimo y santo que se dejaría con gusto martirizar por la inmunidad eclesiástica y defensa de lo que a la Sede Apostólica pertenece.

Había muerto en 10 de marzo el Pontífice Inocencio XIII, y después de algunos debates en el cónclave -porque la facción de los Albanis, con gran número de creaturas del Pontífice Clemente XI, pretendía elevar una de ellas a la suprema Sede-, en fin, asistiendo el divino Espíritu, salió, sin que nadie lo esperase, elegido el día 29 de mayo para Sumo Pontífice el cardenal Vicente María Ursini, religioso dominico, y aunque ilustre por la antigüedad de su clarísima sangre, más le ilustraban sus profundas virtudes, que predicaba más con el ejemplo que con la voz. Era hombre de vida austera y religiosa, de quien no se podía esperar ni contemplación a príncipes ni cosa que no fuese, según dictamen, la más perfecta; era acérrimo defensor de la Iglesia, y aunque el Emperador había despreciado casi la temporal potestad del Pontífice, como verdadero católico tenía sumo respeto a lo espiritual, y mandó se tratase de lo de Comachio con más blandura y arte; por esto no quería abrir camino a otras restituciones, por si podía sacar del Pontífice la bula de la Santa Cruzada para sus reinos de Italia, como lo tenía ajustado con su antecesor; pero su muerte dejó el tratado imperfecto.

Estas reflexiones le mantenían, para no dar oídos con el Congreso de lo que podía moderar su despótica autoridad en Italia, de lo que se quejaban los españoles después de haber facilitado por su parte cumplir cuanto en el tratado de Londres quedó ajustado, y en primer capítulo de la accesión del Rey Católico a él; porque se obligaron sus plenipotenciarios al conde de Provana, que lo era del rey de Cerdeña, de restituir en tres meses, en especie o su equivalente en dinero, la artillería que los españoles sacaron de Cerdeña y hallaron en ella, cuando la ocuparon el año de 17; y aunque sobre dineros cobrados en Sicilia podía pretender el Rey Católico más que igual compensación, el modo de pagar esta artillería se cometió en Génova a los diputados del rey de España, que fueron el marqués de San Felipe y el marqués de Santa Cruz, vizconde del Puerto, que estaba aún en rehenes por ella en Turín; y por parte del rey de Cerdeña fueron diputados el conde de S. Nazar, gobernador de Alejandría, y el conde de Groz, ministro de dicho soberano en Génova.

Luego admitieron los piamonteses el precio (aunque bajo) que ofrecieron los españoles, porque temiendo Víctor Amadeo que se turbase el Congreso de Cambray, quiso sacar el dinero que pudo, y dio de mala gana, para la solución, tres meses de tiempo; lo tomaron con arte los diputados españoles, para que el Rey le tuviese de ver las disposiciones de Cambray y arreglar a ellas su deliberación, y aunque fuese en el corto interés de estos veinte mil doblones; porque sólo se reflexionaba, aunque tarde, que al Rey Católico todos le daban de prometido, pero le tomaban de contado.

No dejaba de entenderlo la sutileza y honra de los españoles; pero ya la corte había tomado empeño de hacer soberano al infante don Carlos, y todo se posponía a este, más que dictamen, anhelo; y aunque los ministros del rey Luis se quisiesen moderar, todavía el rey Felipe, valiéndose del marqués de Grimaldo y del padre Bermúdez, era el árbitro del Gobierno, y de éstos eran hechuras los consejeros del rey Luis; aunque todos de sana intención, no se atrevían a disgustar al rey Felipe, ni estaban a tiempo de mudar sistema, antes consintieron en que se volviese a enviar al marqués de Monteleón a las cortes de los príncipes garantes, para apretar al Emperador a que cumpliese todo el tratado, y se resolviese a dejar partir a Italia al infante don Carlos, puestas antes las guarniciones de suizos en las plazas, como quedaba convenido.

Para que Monteleón tuviese interés en lo que iba a solicitar, le dieron la plenipotencia para Italia, adonde había de residir después de ajustado todo, y ya sin dificultad reconocido el infante Gran Príncipe de Toscana; y con estas instrucciones partió de Madrid a 28 de julio. Había también de pasar al Haya, para ajustar la liga de las Provincias Unidas con la Francia y la España, en caso de mover guerra al Emperador, reconociéndolas con haber por ellas sacado la cara el Rey Católico con la Francia, para embarazar la compañía de Ostende, que era la espina que tenían hincada en el corazón los holandeses; y para sacarla no estaban lejos de una liga con España, pero no la habían determinado ni ofrecido; nada se ignoraba en Viena.

Con todo eso, se permanecía con arrogancia y altanería contra las proposiciones que dieron en el Congreso los plenipotenciarios de España. También en ella tuvieron entera repulsa las que dieron los del Emperador, y se pusieron ambos príncipes tan discordes, que ya la Europa desconfió de la paz, y en ambos reinos se hacían manifiestos preparativos para la guerra, porque el Rey Católico aumentó diez hombres por compañía

en todas sus tropas, que era un aumento de doce mil, y el Emperador mandó completar sus cuerpos, que era reclutar más de treinta mil hombres; previno para dilatada defensa las plazas de Italia, y se trabajó con calor en perficionar la de Pizigiton.

* * *

Muchos eran los capítulos en que se discordaba; lo principal que sentía el Emperador era querer la España que restituyese a quien pertenecían las plazas de los soberanos, que tenía en su poder. Estaba también picado de que se introdujese la España en quitar la compañía de Ostende para lisonjear los holandeses con el pretexto que iban por el mar del Sur a sus Indias y cometían perniciosos contrabandos. Añadíase a esto insistir nuevamente el Rey Católico que luego se fijasen los límites de los Estados del duque de Parma, con restitución de lo que se le había usurpado en el Po por la parte de Cremona, y también otro pedazo de tierra por la vía de Mantua, porque había de poseer el infante cuanto poseía el duque de Parma al tiempo que se estipuló el tratado de Londres.

Pedía también el Emperador los privilegios de Cataluña y Aragón, y quitar al Rey Católico la facultad de dar Toisones, porque ya no le quedaba cosa de la sucesión de los duques de Borgoña y condes de Flandes, instituidores de esta Orden. Fuera largo referir las pretensiones que cada día de parte a parte se forjaban, con la antigua máxima de pedir mucho para lograr algo; pero ya está el mundo muy sabio para engañar con ella, y mientras se disputan menudencias, se corrompe alguna vez la oportunidad de lograr lo más importante; si hay necesidad o prisa de hacer la paz, como la tenía el rey de España, por asegurar la sucesión de Toscana e introducir en ella de una vez guarnición antes que faltase el Gran Duque, amenazado claramente de hidropesía y asma.

Las potencias garantes sólo instaban se cumpliese el tratado de Londres; no negaban esto los dos Monarcas opuestos, pero la inteligencia y el modo era difícil de ajustar, porque el Emperador creía convenirle la dilación y no temía que el rey de Inglaterra hablase de veras con tanta dependencia del Imperio por sus Estados de Germania. También creía se rompería la buena inteligencia entre la España y la Francia, no sólo por la voz de que no llegaría a efectuarse el casamiento del Rey Cristianísimo con la infanta de España, pero porque sucedió un accidental disgusto entre el rey Luis y su mujer, que obligó a aquél -primer consejo de su padre, y con acuerdo de algunos ministros- a retirar la Reina desde el paseo al Palacio de Madrid, no dejándola de él salir, ni de las piezas en que dormía, ni hablar con más personas que la camarera mayor, condesa viuda de Altamira, y el mayordomo mayor, marqués de Valero; ninguna dama, y sólo pocas camaristas escogidas, y no de la mayor estimación de la Reina.

* * *

Este género de prisión o reclusión dio gran golpe en el mundo, sin mancillar el honor de la Reina, que tenía sólo quince años; y así, los más preciados adivinos políticos creían tener esta pública y descariñada resolución más arcanos motivos y razones de Estado, por no poder deshacerse de la Reina cuando de Francia se restituyese la infanta. Alentaba esta

sospecha el asegurar muchos palaciegos que no se había consumado este matrimonio, aunque el rey Luis se hubiese en un mismo tálamo unido con la Reina más había de ocho meses. Mas todo esto no tenía fundamento, ni las culpas de la Reina eran más que pueriles inadvertencias, y creer que era lícito romper la seriedad y gravedad de la etiqueta española, tan aborrecida de las otras naciones, acostumbradas a vivir no con tanta circunspección.

Estos desórdenes y vivezas de la Reina eran perjudiciales a su salud, y desairadas en la majestad con llaneza, aunque inocentes, extrañas en lo atento y serio de la nación. Fomentaban estas libertades algunas lisonjeras camaristas, poco dóciles a las órdenes de la camarera mayor, mujer de alta sangre y virtud, criada desde su mocedad con una modestia y circunspección que no daba lugar más que a admirarla y venerarla mucho.

Estas severas leyes del Palacio español han tolerado las reinas con gran resignación y ejemplo, y se tenía presente la modestia, gravedad y consumada virtud con que vivía la reina Isabel, mujer del rey Felipe; y todo daba más resalto a las vivezas, al parecer intolerables, de una Reina niña que no comprendía los inconvenientes de aflojar ni declinar de aquel alto decoro y sostenimiento que compete a la Majestad.

Habíase despedido de servirla, y vuelto a Valsaín, el mayordomo mayor, marqués de Santa Cruz, que previó estos desórdenes, y lo mismo pensaba hacer la condesa de Altamira, que informó secretamente de lo que pasaba, por cumplir con su obligación. No olvidando la suya el Rey, aunque tan joven, con suma fortaleza y superioridad de ánimo resolvió castigar a la Reina con esta pública demostración y desapego, quedándose en el palacio del Buen Retiro, y con papeles circulares dio cuenta de los motivos que para esto había tenido a los consejeros, a los ministros extranjeros y a los suyos que servían en otras cortes.

El embajador de Francia, mariscal de Tessé, sintió mucho este accidente y trabajó para componerlo, pero no pudo, hasta que llegó el plazo que había el Rey determinado interiormente, según estuviese informado de la resignación de la Reina, y qué mella la había hecho en el ánimo este castigo; mas como era tan tierna e inocente, detestó luego sus conocidos errores y labró más aquella publicidad que las precedentes amonestaciones. Sacó el Rey de Palacio trece camaristas, las más lisonjeras o menos dóciles a los avisos de la camarera mayor; algunas de ellas quedaron sin honores ni gajes ni entrada en el Palacio; era su delito alentar a la Reina a ser despótica en la etiqueta de su Palacio.

También se despidió una señora de honor, a quien se cargaba alguna omisión o nimia complacencia de dar lugar a las niñeces de la Reina, quizá porque la parecieron sustancialmente inculpables, y precisos efectos de tan tierna juventud. El día 4 de julio padeció la Reina este retiro; el día 10 la mandó el Rey sacar de él, y encontrándola en el que llaman Puente Verde, no permitiendo que la Reina le besase la mano, la abrazó, y puesta en su carroza, la llevó al palacio en que el Rey vivía, prosiguiendo en la interior y exterior unión, para que olvidase lo pasado, y aún, tratándola como niña, al otro día la regaló con un diamante de alto precio. Con esta pronta reconciliación se rearguyó de falsos a los políticos y adelantados juicios de los que presumen penetrarlo todo, y se dio a conocer lo leve de los motivos por lo corto de la pena.

Pero ni esto libró de la crítica a tan justa acción, porque se tenía la exterioridad del castigo por exorbitante, no siendo de entidad la culpa. Aún lo juzgaban así en Francia, pero el Rey Cristianísimo y la madre de la Reina aprobaron al rey Luis su resolución, y la duquesa viuda de Orleáns escribió a la Reina su hija una carta discretísima extraordinaria, y con moderación reprensiva, ladeada toda a favor del Rey y persuadida a que se arreglaría en adelante al gusto de su real esposo y suegro y a la formalidad de la etiqueta, que la hacía más respetable, y que, en fin, no había otro medio para ser feliz.

* * *

Viendo el Emperador que de esto no había nacido desunión entre las Coronas, declinó algo de su altiva idea, dio oídos a moderar las proposiciones, porque todos los príncipes oían con desagrado tanta arrogancia, y había sucedido en aquel Congreso un lance que probaba con evidencia la inmoderada altivez del Emperador, porque pretendía se le declarase preeminente y con indisputable preferencia a todos los príncipes de Europa. Penteriter manejaba esto con arte, y por empezar por lo más fácil, pidió al conde de Provana, ministro de Cambray del rey de Cerdeña, que se contentase de declararlo así por escrito

Este ministro, que carecía de amigos en el Congreso, y no podía rastrear cosa alguna, por captarse la voluntad de Penteriter, hizo una declaración, que ni su amo ni príncipe alguno podía disputar la preeminencia al Emperador. Queriendo el ministro austríaco valerse de este papel para tentar el ánimo de los demás, le propaló, de lo que todos formaron tal queja, que el Rey Cristianísimo y británico pasaron las suyas al duque de Saboya; y aunque algunos creían haber sido esto con su acuerdo, la verdad es que fue sin su participación, y mera acción del conde de Provana, al cual sacó su Soberano de Cambray, le desterró a una villa, y en su lugar envió al conde de Mafei, que era su ministro en París.

El Emperador no se dio por entendido, y dejó correr a Provana su adversa fortuna; antes mandó que aquel papel se rasgase en el Congreso, como se ejecutó, cediendo prudentemente a la común repugnancia y oposición; porque fue opinión de muchos que esta idea no fue del Emperador, sí sólo de Penteriter. No hemos podido saber sobre esto la verdad, porque no faltó quien dijese que había sido pensamiento del arzobispo de Valencia, que no le pudo adelantar porque falleció el día 21 de julio, en Viena, de hidropesía, y vacó la presidencia de Italia; circunstancia en algo favorable a la paz, a que tanto repugnaba el arzobispo por sus propios intereses y por odio implacable que tenía al rey de España, donde se aflojó mucho la persecución contra los que siguieron el partido austríaco, y se había dado licencia para que se restituyese a España la marquesa del Carpio, mujer del duque de Alba, con sus nietos, hijos del conde de Gálvez y de su hija única y heredera de todos los Estados, aunque el conde se quedó con su mujer en el partido del Emperador.

* * *

Entre tantas políticas turbulencias que agitaban la corte, la sorprendió y llenó de imponderable dolor la muerte del rey Luis, que de enfermedad de viruelas mal curadas o malignas, expiró la mañana del último día de agosto con demostraciones de una resignación más que vulgar en edad tan floreciente, dejando tan sublime Trono. Hizo

testamento, volviendo a su padre lo que le había renunciado, y encargándole mucho cuidase de la viuda Reina, que enfermó de dolor. Asistieron a esta disposición el presidente de Castilla, el inquisidor general y el arzobispo de Toledo, con exclusión de los demás consejeros del Gabinete.

Mucho se sintió la España de esta pérdida, por las adorables prendas del Rey, que sobre ser de gentil aspecto y bien detallado, tenía un trato amabilísimo, y como se había criado con los españoles, se empezaba a rozar y familiarizar con los grandes, a los cuales favorecía en el exterior mucho más que su padre. Era sumamente liberal, magnánimo e inclinado a complacer a todos; ni la libertad de Rey le había contaminado la voluntad, con sólo tener diecisiete años, pues no se le descubría vicio alguno; antes grande aplicación al despacho, y deseo de aprender y acertar. Comprendía muy bien, pero no tenía edad para resolver, y su más allegado era don Juan Bautista Orendain, secretario del Despacho Universal de Estado; estaba inclinado a la pintura, y designaba medianamente. Bailaba con el mayor primor, y era gentilísimo.

Díjose que, aunque con más recato, no había dejado de tener algunas travesuras inocentes propias de la edad, hasta salirse algunas noches de Palacio acompañado de sólo una o dos personas de su satisfacción, sin más motivos que los de la curiosidad pueril de ver y observar lo que en la crianza de Palacio, atareado siempre a las lecciones de varias facultades, no había podido hacer, dando este género de desahogo a aquella como opresión de ánimo en que los maestros y ayos le habían tenido; y aun se añadió también que el desreglamento en la fruta y otras golosinas de muchachos, le había hecho maliciosas y mortales las viruelas.

* * *

Había el rey Felipe, en la renuncia hecha a su hijo, en caso de la muerte del rey Luis en menor edad de sus hijos, o sin ellos, formado como una regencia y nombrado los sujetos o, por mejor decir, los que ocuparen las presidencias; pero el marqués de Mirabal, presidente de Castilla, no puso esto en ejecución, y quiso le escuchase el Rey: consultó ser todavía señor natural y propietario de la Corona y ponderó la obligación que de justicia y conciencia tenía de volver al gobierno.

Con esto, aunque repugnándolo, no sin la exhortación de la reina Isabel y del marqués de Grimaldo, y aun del mariscal de Tessé, que pasó luego a San Ildefonso, volvió el rey Felipe a Madrid. Repitió una consulta el Consejo Real, más explayada, pero del mismo tenor de la representación que había hecho el presidente, marqués de Mirabal; la mayor dificultad estaba en que el Rey, como dijimos, había hecho voto de no subir más al Trono, y así, formó una Junta de teólogos. Algunos votaron que el Rey no podía, en virtud del voto, gobernar más como propietario. Comunicó esto al Consejo, y éste, en 4 de septiembre, con más eficaces razones, se confirmó en lo consultado, dando por nula la renuncia y el voto; aquélla, porque no había quien la admitiera, por ser el nuevo príncipe de Asturias de edad de once años, y éste, porque no se podía cumplir en perjuicio de los

pueblos, que no dejan de estar sujetos a muchos inconvenientes en la menor edad, y que así no podía ser jamás tutor quien era propietario.

Apretaron mucho más al Rey, para volver al gobierno, el mariscal de Tessé, el ministro de Parma, el nuncio y el marqués de Grimaldo. En fin, de muy mala gana, en 6 de septiembre respondió el Rey al Consejo con un Decreto en que se convenía en volver a tomar las riendas del gobierno como señor natural y propietario de la Corona, sacrificándose al bien y utilidad de sus vasallos, y que se juntasen luego Cortes para jurar por príncipe de Asturias y sucesor de los reinos al infante don Fernando. Apresuróse esto por apagar la falsa voz de que la Reina había quedado preñada, la cual divulgaron los franceses, que sentían descendiese del solio esta princesa. Y aún proponía a media voz Tessé que se podía dar por esposa al nuevo príncipe de Asturias, pues sólo le ganaba cuatro años.

Esto, y la repugnancia de los castellanos, para esta nueva unión era intempestiva, y así trataban ya los que tenían más parte en el gobierno de apartar a la Reina viuda a una ciudad de España, y se pensaba en Toledo o Valladolid.

No dejaron de levantarse los acostumbrados celos en los más allegados, porque por orden del Rey no podían entrar en Palacio, hasta pasar cuarenta días, los que habían entrado en el Retiro, donde murió el rey Luis, porque ninguno de la Casa Real había tenido todavía viruelas, ni aun el rey Felipe, y el estar lejos ocasionaba algún temor en los que no eran de la íntima aceptación del marqués de Grimaldo, que gozaba plenamente del favor del Rey y de la Reina, que mostró con copiosas lágrimas sumo dolor de esta fatalidad, aunque la restituía al trono y acercaba más a él a sus hijos, pues del primer lecho sólo quedaba un individuo.

El marqués de Grimaldo volvió a cargarse de las secretarías del Universal Despacho de Indias y Estado, aunque se había puesto ya el Toisón, porque el Rey no se podía hallar sin él, y no despachaba con gusto con los demás, por su blandura y haber con larga experiencia aprendido el modo de obligar al Rey y llevarle su genio.

Los grandes, en general, no gustaron de esta resolución del rey Felipe de volver al gobierno en propiedad, porque los trataba con rigidez, siguiendo el sistema con que empezó a gobernar, y esto no lo ignoraban los Reyes, pero lo disimularon, porque ya no eran perjudiciales, y estuviesen o no contentos, por el ningún poder ni autoridad que les había quedado a los nobles de mayor esfera; y volver el Rey a remover sus desconfianzas parecía animosidad.

Volvieron los Reyes de Valsaín mientras duraron las viruelas, que padeció la Reina viuda, pero más benignas y de más feliz éxito que las de su esposo; mejoró apriesa, y, mal hallada con la severidad de la etiqueta española, deseó volverse a París, y lo insinuó con gran secreto a su madre, a quien dejó toda la acción porque no se indignase el Rey y le negase sus acostumbrados alimentos. La duquesa de Orleáns viuda pidió al Rey la dejase volver a Francia al convento en que se había criado; no disgustó esto a la corte, y el rey Felipe pidió por esto el beneplácito del Cristianísimo, que condescendió en ello. Hízose pública esta resolución, y así se desvaneció el temor de los españoles, que

llevaban muy mal casar con ella el príncipe de Asturias don Fernando, jurado y reconocido como tal el día 25 de noviembre, con la acostumbrada solemnidad.

* * *

Poco antes había alterado la quietud del Aula alguna interna disensión entre los principales ministros, porque el mariscal de Tessé era declarado enemigo del marqués de Grimaldo y no quería tratar con él, y aún de mala gana con el gobernador del Consejo Real, marqués de Mirabal, considerado de los franceses poco afecto a su nación, que aún pretendía una ciega resignación a sus ideas; ni la Reina se creía afecta y propicia a Mirabal, al cual quitó el Rey la presidencia; nombróle del Consejo de Estado con diez mil escudos de pensión. Salióse luego voluntariamente de la corte, y le sucedió en el empleo don Juan de Herrera, obispo de Sigüenza, que no mucho antes había venido de Roma, donde fue auditor de Rota por Castilla, hombre bueno, templado y de grande experiencia en los negocios.

Pocos supieron la verdadera causa de la caída de Mirabal, hombre acreditado en letras, celo e integridad. Creyeron algunos que había favorecido mucho y aprobado la conducta del superintendente de Hacienda y secretario del Despacho de ella, don Fernando Verdes y Montenegro, que a esa misma razón habían llevado preso a Ciudad Real y hecho aprehensión de sus papeles y bienes, porque había aplicado a pagar deudas menos privilegiadas unos gruesos caudales que su antecesor, el marqués de Campo Florido, dejó asignados a unos acreedores, y le imputaban a Montenegro haberse interesado en esta mudanza de destinación de efectos, y haberlo hecho sin orden, aunque se alargaba haberla recibido a boca del rey Luis, y que los secretarios del Despacio Universal no las reciben de otra manera.

Hízosele cargo formal y judicial, y su secretaría del Despacho Universal de Hacienda se dio a don Juan Bautista de Orendain, con retención de la futura, ausencias y enfermedades del marqués de Grimaldo, que, ya cansado de sus trabajos, achaques y edad, pensaba en retirarse, aunque lo resistía mucho el Rey. Volvió el marqués de Campo Florido a la presidencia de Hacienda, y a su antecesor se dio plaza en el Consejo de Castilla. Muchos creyeron que el verdadero motivo de apartar en esta ocasión a Mirabal y a otros, fue el que con mala lisonja habían intentado persuadir al rey Luis el que no se hiciese tan dependiente de su padre, ni consultase todas las cosas con él, queriendo ser ellos los absolutos en la voluntad del Rey joven. Pensamiento muy ajeno de la piedad cristiana y subordinación de hijo a padre con que se había criado este príncipe. Esto había empezado ya a ocasionar algunos disturbios entre los dos palacios, que llovieron al fin sobre los que los ocasionaron, mirando solamente al sol que nacía sin respeto alguno al que se acababa de poner por su propia voluntad, y volvía a renacer por la de Dios.

Año de 1725

Por artificio de mantener la dependencia, o por particulares intereses, o falta de fuerzas, no se atrevían Inglaterra y Francia a obligar al Emperador a la paz, viendo que el Rey Católico sólo quería se le mantuviese exactamente el tratado de Londres, pero sobre la inteligencia de las cláusulas vertía la disputa. Claramente veía la España no quería la Francia entrar en guerra, y que todo era engaño; mas no podía entrar sola en este empeño de deshacer el tratado de Londres, ni la religiosidad del rey Felipe le quería violar; y más, que la Reina creía asegurar para su hijo la Toscana, pasando por él. Bien que hacía el Gran Duque los posibles esfuerzos a que no tuviesen efecto las investiduras dadas al infante don Carlos.

El Emperador, entretenía las esperanzas de la Casa de Médicis y las que tenía de suceder al hermano la viuda Palatina, y todo era un laberinto de enredadas políticas, aunque jamás negaba el Emperador de querer cumplir lo que había ofrecido.

Con todo esto, los ministros austríacos estimulaban al príncipe Antonio Farnesio a casarse, por si, con tener sucesión, se apartaba de ella el infante de España. Por medio del secretario de Malanoc, que residía en el Estado de Milán, se trataba este negocio muy reservado del duque de Parma, porque creían los tudescos que éste no quería se casase su hermano, porque no le daba los medios que aquél pedía. Nada ignoraba el Rey Católico, pero era preciso disimularlo, esperando el beneficio del tiempo y tolerando las costosas dilaciones del Congreso de Cambray, que se ocupaba en fiestas y recíprocos banquetes.

Hallábase en Madrid Guillelmo, barón de Riperdá, holandés, que después de haber sido embajador de aquella República en España, y dado cuenta a sus soberanos de su embajada, volvió a la corte y abrazó la religión católica, quedándose en el servicio del Rey. Como era hombre sumamente inteligente se le dio la intendencia de la fábrica de los paños, y se casó en España. No ignoraba lo que impacientaban al Rey estas políticas dilaciones de las potencias garantes o mediadoras, y por medio de don Juan Bautista Orendain propuso al Rey que, si le permitía ir a Alemania, con pretexto de pasar a Holanda a buscar peritos tejedores de paños para la fábrica de Guadalajara, él traería por medio del príncipe Eugenio, su antiguo conocido, la paz directamente con el Emperador, dejando burlados los mediadores.

Vino el Rey en esto, y con el mayor secreto se despachó a Riperdá, a tiempo que el Pontífice, por medio de sus nuncios, exhortaba a ambos príncipes a la paz, a la que nunca negó el Emperador los oídos; pero quería condiciones tan ventajosas, que en muchos meses que estaba Riperdá incógnito en las cercanías de Viena, entrando de secreto alguna vez en ella, no había podido adelantar cosa alguna, porque persistía el Emperador en lo que siempre había dicho a los ingleses y franceses. Toda su mira era que quedase enteramente la Italia a su disposición, fundado en la cesión que de ella había hecho ya el rey Felipe, el cual, para seguridad de su hijo el infante don Carlos, quería que Mantua, Mirándula, Monferrato y Sabioneta se restituyesen a quienes tocaban, sin pasar por los prolijos juicios de la Dieta de Ratisbona, adonde el Emperador remitía todo lo litigioso; y lo que más resistía la esperanza era que pasasen por el mismo examen las razones del duque de Parma sobre lo que los ministros de Milán le habían usurpado en las riberas del Po.

Manteníase firme la corte de Viena, sin hacerle fuerza una Liga que se prevenía en el Norte contra Polonia, por una ejecución de justicia hecha en la cabeza de un protestante de Torgn que había fomentado una sedición contra los jesuitas, y pretendían los protestantes haberse violado el principal artículo de la paz de Oliva. Protegíalos el prusiano, y trayendo a su dictamen al de Suecia, al de Inglaterra y al czar de Moscovia, se juntaban ya tropas sin hacer caso de la mediación del Emperador para el ajuste, el cual no podía dejar de socorrer al rey de Polonia, su antiguo confederado, y suegro de su sobrina. Temía se empezase por aquí una cruel guerra de religión, y que tomase pretexto el Czar a bajar a Germania, que era lo que más deseaba, para extender por allí sus dominios. Había éste ajustado de casar su hija primogénita, Natalia, con el duque de Holstein, reconocido ya heredero de la Suecia, en caso de morir sin sucesión la actual Reina, y no le faltaban otros amigos en Alemania, adversos a la Casa de Austria, de la cual era generalmente enemigo el Czar, príncipe belicosísimo, artificioso, aplicado y amante de gloria, cuyo alto elevado espíritu no cabía ni en lo vasto de su Imperio, quizá porque era gente inculta.

Estos nublados se creía que hacían eco favorable a la paz de Cambray, doblando al Emperador; pero nada se innovó, de género que ya desesperaba la Europa de la paz, y más cuando entre los aparatos de la guerra que intentaba mover el de Prusia, adoleciendo gravemente el czar de Moscovia, murió. Dejó por heredera del reino a su segunda mujer, María Matuveyvuna, a quien amaba tiernamente, después que se separó de la primera Otokesa Federovuna, que aún vivía, pareciendo al mundo extraño que no hiciese mención de su nieto Pedro Alexowitz, hijo de su primogénito Alejo, que murió en la prisión, y de una princesa de Wolfembutel, que tenía ya diez años y le criaban fuera de la corte.

No le faltaba a este príncipe partido; pero venció el de la Czarina, que tomó posesión del Trono, y la obedecieron todos sin replicar, sabiendo ella por su coraje, industria y discreción hacerse obedecer. Con todo esto, ya hablan mudado las cosas del Norte de semblante, porque la Czarina no podía atender a empeños extranjeros, teniendo que cuidar mucho de los propios; porque todos los príncipes aliados por sangre -y uno de ellos el Emperador, por su mujer- a la Casa de Moscovia, llevaban mal ser excluido el verdadero sucesor, porque la Czarina, naturalmente, dispondría recayese el Trono en sus hijas.

La falta de este gran confederado mitigó en parte la ira del rey de Prusia y protestantes, de género que empezaban a dar gratos oídos al ajuste, con que se quitó no poca aprensión al Emperador, y se fortificó en sus ideas sobre el modo de hacer la paz con la España.

* * *

Con evidencia, la fortuna favorecía al austríaco príncipe, porque cuando podía recelar de alguna confederación contra él entre España y Francia, desunió las dos Coronas con la resolución del Cristianísimo de restituir a Madrid a su destinada esposa, la infanta de España, porque sólo tenía seis años, y buscar mujer en la cual pudiese tener más pronta sucesión, porque ya el Rey tenía quince, y no quedaba príncipe alguno de la línea de

Ludovico XIV en Francia, con que venía a recaer la Corona en Luis de Borbón, duque de Orleáns, primer príncipe de la sangre.

Gozaba del primer ministerio en Francia Luis Enrique, duque de Borbón, adverso a la Casa de Orleáns; por eso se atribuyó esta resolución enteramente a su envidia y temor de que pudiese heredar la Corona aquella Casa, legítimamente inmediata, después de la renuncia de los Borbones de España. También le adivinaban algunos quería hacer reina a una de sus hermanas, porque el Rey miraba con menos indiferencia que a otras a la princesa Teresa Alejandrina, última hermana del duque, llamada Madamasele de Sens, que aunque tenía cuatro años más que el Rey era la menos desproporcionada a su edad, y de muy atractiva belleza. No nos consta que el Rey pensase tomarla por esposa, ni que el duque lo pensase: sus émulos aseguraban que no perdía oportunidad para franquear de ocasiones, en que el Rey se inclinó más; pero el éxito mostró lo contrario, porque el Rey en tan tierna edad, y absoluto, no hubiera podido resistir a su pasión, si la tuviera.

Asegurar podemos que por sí lo imaginaba; sólo disuadieron al Rey muchos de sus más allegados, y secretamente su maestro, el obispo de Frexus. No perdonaba diligencia a esta disuasión el duque de Orleáns, el de Conti y los demás príncipes de la sangre, que llevaban mal la restitución de la infanta de España; pero estaba ya ésta publicada, y no hicieron poco don Patricio Laules, embajador del Rey Católico en París, y el marqués de Monteleón, de detener la ejecución hasta que estuviese avisado el Rey de ella en términos más precisos que las pasadas insinuaciones del mariscal de Tessé, que partía de España mal satisfecho y con la misma desgracia dejaba a los Reyes, que ocultando su desagrado, le regalaron con alguna particularidad más de lo acostumbrado.

Hirió íntimamente al Rey esta noticia, y a la Reina no menos, acriminando más el intempestivo decreto, la inurbanidad de él, porque la corte de Francia había señalado el día de la partida de la infanta; novedad que extrañaron las cortes, en vísperas de una paz de que era mediadora la Francia, y esto la turbaba enteramente, no sólo porque no podía el justo enojo del rey Felipe pasar ya más por esta mediación, cuanto porque, viendo el Emperador desunida la Casa de Borbón, se mantendría más tenaz en sus ideas, pues de la Inglaterra no tenía que temer, ya porque ésta gustaba de dilatar la paz, ya porque tenía Rey alemán, que por los Estados de Hannover y Bremen dependía no poco del Emperador.

El rey de España manifestó su enojo mandando al abad de Fleury, ministro de Francia, sucesor de Tessé, que saliese luego de la corte y de sus reinos. Sacó de ellos todos los cónsules franceses, aunque permitió el comercio; mandó salir de París al embajador Laules y al marqués de Monteleón, que viniesen sirviendo a la infanta, a la cual no quería acompañasen franceses; ordenó a los ministros que tenía en las cortes extranjeras no tratasen con los de Francia, y, por dar el ultimo desahogo a su enojo, anuló el matrimonio del infante don Carlos con la hermana del duque de Orleáns, y la restituyó a Francia con la Reina viuda del rey Luis, a quien dio a entender no se la pagarían sus alimentos si no vivía en España. Esta amenaza la alcanzó en Burgos, donde esperó a la hermana, y ambas pasaron a Francia, servidas de la familia real hasta la raya, por distinto camino del que tomó la infanta, por no encontrarse en él y evitar tratamientos.

El marqués de Santa Cruz fue a encontrar, como mayordomo mayor de la Reina, a la infanta a San Juan de Pie de Puerto, adonde no permitieron entrar guardias españolas, porque venía la infanta servida de familia real del Cristianísimo, y tratada como Reina hasta los confines.

Así se deshizo el solemne tratado que, conforme a sus malogradas ideas, hizo el pasado duque de Orleáns, que para dilatar sus esperanzas al Trono, dio al Rey por mujer una niña a quien faltaban, para tener sucesión, doce años. Esta era la general disculpa que daban los ministros franceses, protestando la mayor veneración y amor a la Casa de España, y sacaron como una especie de manifiesto en carta de *monsieur* de Morville, ministro de Estado, a los que tenía la Francia en las cortes extranjeras.

El Rey Cristianísimo escribió una carta muy reverente, dando la mayor satisfacción a su tío el rey de España, pero no fue admitida, y se le restituyó al mismo correo; envió segunda, y ni de manos del correo la quiso tomar, perseverando tan manifiesto el enojo del Rey, que se persuadió la Europa a que se encendería entre las dos Coronas una guerra cruel. Diéronse indicios de eso, acercándose por ambas partes tropas a los confines de Cataluña y Navarra, y pasando de toda España hasta treinta mil hombres a Cataluña. También en la Francia se mandaron hacer reclutas, pero ambos príncipes declararon en las cortes de los reyes y en Cambray, que aquello sólo era por modo de buen gobierno, y defensivo.

Por todas partes buscó la Francia mediadores para pacificar al Rey Católico, y éste sólo admitió la mediación del Pontífice Benedicto XIII, a quien tenía, por su conocida santidad, veneración suma; pero eran tan escabrosas las proposiciones del rey Felipe, y tan duras, que no venía la Francia en ellas, porque como todo el gobierno estaba en manos del duque de Borbón y España pedía fuese éste removido del primer Ministerio, no tenía tan moderado el ánimo el duque que decretase contra sí, y más cuando había contraído el odio común con el casamiento que trataba para el Rey Cristianísimo.

* * *

Había en esta era muchas princesas de proporcionada edad para dar sucesor al Trono, en Inglaterra, Lorena y príncipes de Germania; pero el duque halló reparo en todas, y aunque parecía conveniente y la más igual en sangre y religión una hija del duque de Lorena, no fue de la aprobación del duque de Borbón, porque era esta princesa hija de hermana del duque de Orleáns, con quien tenía declarada enemistad, no sin parte de la emulación en éste, por la suma autoridad de aquél; y aunque había tomado muy mal que le hubiesen vuelto a su hermana la princesa de Baujalois a Francia, aún tenía alguna secreta indirecta correspondencia con el rey Felipe.

No pudiendo el duque de Borbón casar una de sus hermanas con el Rey, eligióle por esposa a la princesa María Leziniski, hija del rey Estanislao de Polonia, el que, vencido del sajón, renunció a la Corona, que se le había caído de las sienes; éste se retiró a Alsacia a hacer una vida privada, y aunque era un palatino de los primeros de Polonia, no

se había todavía igualado su sangre a la de los principales soberanos, si no es que le daba ocasión para ello el haber algunos años ocupado el trono de Polonia.

Divulgóse esta idea del duque, y nadie la creía, no sólo por la desigualdad de la sangre, pero aún por la edad, pues que tenía la princesa siete años más que el Rey, y parecía empeñar a éste en reparar la declinada fortuna de Estanislao, dando con esta alianza celos al rey Augusto de Polonia y a sus aliados, y algún fomento de inquietud de aquel Rey, porque todavía Estanislao no carecía de parciales que disimulaban su afecto.

No nos atrevemos a escribir qué fin tuvo el duque de Borbón en este casamiento, porque le ignoramos. Adivinábanle muchos la intención, pero todo era arbitrario; no se podía hallar adecuada a la que pareció errada resolución, que no halló aprobador alguno ni en la turba de lisonjeros que habitan en los palacios. Al Rey le inclinó el duque, con describirla por una de las más singulares hermosuras, y le presentó el retrato parecido, pero no sin los falsos coloridos de la adulación. El Rey tenía el ánimo sin impresiones de amor; el juego y la caza eran sus geniales divertimientos, no tenía para discernir cuál era la más digna para elevada a tan gran solio, y se dejó llevar del duque, que decía se debía elegir reina desnuda de alianzas, para conservar una útil indiferencia en los principados de Europa, porque ya descaecida la fortuna de Estanislao, no empeñaba por irreparable; que el trono igualaba las sangres, y que ya esta Casa le había poseído, sin que hiciese al caso el accidente de pocos o muchos años de reinado.

Sacaba el ejemplar de la Casa de Sobieski, polaca, ya entroncada con los primeros soberanos de Europa, sin que en su origen, antes de coronarse, fuese mayor que la del palatino de Posnania, Estanislao, a quien no quitaba las impresiones que deja la diadema el haber sido infeliz; que estaba la elegida princesa adornada de las más altas virtudes de piedad, modestia y discreción, y en edad y física contextura de dar luego un sucesor a la Francia, que era sólo lo que había menester, porque la mano del Rey ennoblecía a la persona más humilde, cuanto más a ésta, a quien sólo la faltaba la dicha para igualarse a las más altas princesas; que los celos que podía dar a la Casa de Sajonia, que reinaba en Polonia, eran inútiles para moderarle, y que contemplase la Francia, la cual heredaría el Palatinado de Posnania, porque Estanislao no tenía otros hijos, y alguno del Rey o de su estirpe pudiera ir a Polonia a gozar de la herencia, y que sería el señor más autorizado con la sangre y la intimidad inseparable con la Francia, tanto que podía aspirar al Trono de Polonia con mucha serie de elegidos, como lo fue la Casa Jagallona, de la cual se eligieron reyes.

Estas razones, bien adornadas de la sofistería, no convencían los ánimos; pero era preciso obedecer. Mucho trabajó el duque de Orleáns para deshacer este tratado, pero no pudo; antes fue elegido, contra su voluntad, para ir con los poderes del Rey a celebrar la boda en Argentina, a donde de Witembour había pasado con sus padres la princesa, y en donde se descubrió un tabaco envenenado que se destinaba al rey Estanislao por su mercader alemán, que huyó y le dejó en una casa, no habiéndole podido recoger. De este hecho y su autor no estamos informados como es menester para escribirlo, ni es de nuestro asunto; por eso volvemos a España.

* * *

Dio cuenta el Rey Cristianísimo al Católico de su matrimonio en una carta que se envió a poder del nuncio Aldrobandi para que la entregase; pero no quiso el Rey recibirla, perseverando en su enojo, el cual prorrumpió en ajustar por medio del barón de Riperdá -que ya dijimos la estaba tratando- la paz con el Emperador, viniendo bien el Rey Católico, para librarse de subordinación a la Francia, a lo que antes repugnaba; porque aunque así veía que los mediadores le engañaban y le querían tener suspenso y dependiente, nunca creyó que la Francia entrase en guerra, y más ahora, con la nueva desunión. Con el mayor secreto se trataba este negocio en Viena con el príncipe Eugenio de Saboya, el conde Guido Staremberg y conde de Sincendorf, y como desaire a los mediadores se convino el rey de España en los artículos que después referiremos en resumen.

En Madrid se guardaba el mismo silencio, y aun se ignoraba de qué ministro se valió el Rey para consultar tan escabroso artículo. El secretario de esta dependencia fue sólo don Juan Bautista de Orendain, y hay bien fundadas sospechas que lo ignoraba el marqués de Grimaldo, de lo que argüían muchos haber en gran parte declinado el favor de que gozaba, pues lo apartaba el Rey del conocimiento de la mayor operación que tenía la España que hacer, porque en el discurso de veinte y cinco años de guerra había mucho que componer en una paz tan difícil y casi imposible parecía a la Europa, viendo los príncipes pretendientes de una misma cosa, cuya disputa costó ríos de sangre y de dinero. Mucho lo facilitaba el tratado de Londres, a que había el Rey Católico convenido, pero sobre sus artículos aún había tanto que ajustar, que el Congreso de Cambray no pudo adelantar ni un paso, ni en esta paz de Viena no tuvo la menor parte, ni aún noticia.

Mucho sintieron este particular ajuste la Inglaterra y la Francia, aunque lo disimulaban; más la Holanda, por quien el tratado de comercio que siguió a la paz se daba a la compañía de Ostende: viéndolas perjudiciales al comercio de los holandeses en el Oriente, unidos con los ingleses, se quejaron con tono muy alto en Madrid. Se les respondió que había aguardado dieciséis años, desde la paz de Utrech, a que obligasen al Emperador a una paz menos ventajosa; pero viéndose con tiranas políticas engañado, la había ajustado como había podido con un príncipe a cuyo engrandecimiento habían concurrido con lo restante de Europa, y que si de esta paz sentían perjuicio alguno, era todo efecto de sus armas y de su política; que estaba en ánimo de mantener religiosamente lo que había ofrecido, que tomasen las medidas que les pareciesen convenientes, que el Rey había tomado las que eran más útiles a sus vasallos, molestados de tan dilatada guerra.

Esta respuesta, y la estrecha alianza que publicaba el Emperador quería tener con la España, puso en grande agitación a los holandeses, que creían exterminar la compañía de Ostende; mas ya con estas nuevas ventajas se establecían mejor, y luego crecieron sus acciones.

El rey de Cerdeña disimulaba mucho el sentimiento que esta concordia le había causado, porque, tranquilas ya las cortes en que se fraguaba la guerra, no tenía a qué aspirar, y se

había precisamente de quedar con la Cerdeña, reino pobre, y no tablero capaz para las vastas ideas de Víctor Amadeo, que pensaba volver a pescar en mar turbio, ofreciéndose con estudiosa indiferencia a todos, aunque de más buena gana hubiera entrado con la Francia y la España en una guerra contra el Emperador, por si podía extenderse por el Estado de Milán, que era su principal objeto, y alargar la Cerdeña, que le servía de carga y no aumentaba su poder.

Las repúblicas de Italia y sus príncipes también ojearon esta paz con disgusto, porque, libre de los recelos que le daban al Emperador las armas de España, la oprimía a su arbitrio, y serían más esclavas.

A los soberanos del Norte, Suecia, Prusia, Moscovia y Dinamarca también les sirvió de disgusto; más al otomano, porque desembarazado el Emperador de los otros cuidados, era incomparablemente más poderoso. En fin, en la guerra y en la paz no hubo en muchos siglos príncipe más feliz, aunque todo lo contrapesaba la falta de sucesión varonil, que era el único consuelo de sus émulos y de los príncipes protestantes, que ya hablaban con menos orgullo.

El Rey Católico vino, esforzado de su propia ira, a la paz; su ánimo belicoso y sus razones estimulaban a la guerra; pero le faltaban aliados, y con ella ponían en duda la sucesión del infante don Carlos a la Toscana. Lo principal ya lo había concedido con admitir el tratado de Londres, que era la solemne renuncia a los reinos de Italia. Las demás circunstancias no merecían la costosa aventurada resolución de la guerra, ni podía hacerla solo, ni aun empezarla, aunque tenía en pie ochenta mil hombres de tropas bravas y veteranas. No faltaba quien juzgaba, culpando la paz, era más conveniente para la España ni paz ni guerra; pero esta es una teórica difícilmente practicable, y nos desviáramos mucho de nuestro asunto de COMENTARIOS si entrásemos en discurrir este gran problema, para el cual era menester explicar con la mayor individualidad el presente estado de los potentados de Europa; y como no podemos difusamente defender nuestra opinión, dejamos indeciso si en el presente estado le convenía más a la España la paz y la inacción, esperando el beneficio del tiempo.

Todos los príncipes mandaron retirar sus plenipotenciarios de Cambray; los ingleses salieron antes que todos, corridos con igualdad, porque no habían con. sumido cuatro años sino en banquetes y festines. El Rey Católico mandó que el marqués de Berreti esperase nuevas órdenes de Bruselas. Los demás partieron directamente a sus cortes, a los ministerios a que estaban destinados.

Memorias políticas y militares para servir de continuación a los «Comentarios» del marqués de San Felipe

José del Campo-Raso

Discurso preliminar y recopilación del año 1725

La paz, que por el tratado de Utrecht se había concluido entre la Francia, España, Inglaterra y Holanda, y posteriormente por el de Rastad o Baden, entre el César, el Imperio y la Francia, fue más bien efecto de la aniquilación en que la dilatada y

sangrienta guerra redujo a estas diferentes potencias, con motivo de la muerte del rey católico Carlos II, que una sincera reconciliación de amistad y buena inteligencia; y la tranquilidad que parecía deberse esperar, la turbaban con frecuencia nuevas disensiones que se suscitaban entre diversos potentados; a que no contribuía poco la multitud, de los tratados que se sucedieron unos a otros, bajo el aparente pretexto de conservar la quietud pública.

Establecían estos tratados tan opuestos sistemas de política que por el gran número de contradicciones vertidas en ellos era fácil de percibir se ocupaban más sus autores en llegar, por las alianzas que hacían, a su fin particular, que en prevenir con prudentes precauciones todo lo que podía excitar nuevas turbulencias.

Habíase formado un Congreso en Cambray para reglar las pretensiones de los unos, moderar los ocultos designios de los otros y al mismo tiempo examinar los derechos que los dos monarcas que se disputaban el dominio a la Corona de España sostenían igualmente tener a los diversos reinos de que estaban en posesión o apoderados; pero esta Junta se entretuvo en conferencias inútiles: varios príncipes que habían enviado sus ministros a ella, sólo pensaron en prolongarla sin concluir cosa alguna; y la muerte del regente de Francia, duque de Orleáns, cuyo genio superior podía darla alguna actividad, habiendo acaecido después de formada, hizo sus operaciones sumamente desmayadas.

Cansadas Sus Majestades Católicas de lentitud tan extraña, y sospechando que todo se reducía a entretenerlas, discurrieron terminar con más brevedad, por la vía de una secreta negociación, las diferencias que hasta entonces habían durado entre ellas y el César, y encontrar modo de formar con este príncipe una unión e inteligencia, de que podían sacar ventajas para el serenísimo infante don Carlos, más superiores a las que podían producir los buenos oficios de las potencias mediadoras en el Congreso de Cambray. Con esta agradable esperanza, y sin dar parte a la Francia ni a ningún otro monarca del proyecto formado de tratar directamente con la corte imperial, dispusieron, para mejor alucinar al público, enviar al barón de Ripperdá, a fin de que entablase una negociación relativa a los deseos de los Reyes Católicos. A la verdad, éste era autor de aquel proyecto: habíalo propuesto a don Juan Bautista Orendain, asegurándole que, como Sus Majestades quisiesen enviarle para tratar de su reconciliación con la corte de Viena, superaría los obstáculos que se oponían a la mutua y buena correspondencia; que siendo el príncipe Eugenio su antiguo conocido, esperaba vencer todas las dificultades que hasta ahora había encontrado el Congreso, lisonjeándose establecer una perfecta amistad entre los dos Soberanos. Nadie ignora que el barón de Ripperdá era holandés de nación, y había sido empleado en calidad de embajador de su República en la corte de España, cuya comisión evacuada, y dando cuenta de ella a sus amos, volvió a este reino, abrazó la religión católica apostólica romana y fijó su residencia en Madrid, haciendo suceder a sus ocupaciones políticas las de establecer manufacturas y cuidar de todo lo que podía contribuir a su progreso y perfección.

Habiendo recibido este nuevo ministro sus instrucciones, partió para Viena a fines de octubre del año 1724 con el supuesto nombre de barón de Paffemberg; y, no obstante el haber publicado antes de su partida que sus particulares negocios lo llamaban a Holanda por algún tiempo, se supo poco después que los que le determinaban a viajar eran mucho más importantes y que ocultaban algún misterio. Sabido, pues, el paraje de su arribo, el

público se confirmó en el juicio que había hecho de los verdaderos motivos de su comisión; y el señor Van der Meer, embajador de Holanda, ministro tan prudente como avisado, fue uno de los primeros que lo penetró, dando parte al mariscal de Tessé (entonces ministro de Francia) de lo que la exactitud de sus conjeturas le habían hecho descubrir. Fácil es adivinar los movimientos de aquél, cuando tuvo conocimiento de una negociación tan misteriosa, y no avivó poco la atención sobre sus consecuencias; en Francia no produjo menos efecto, y en las demás cortes de la Europa, cuando lo supieron.

El primer escollo en que dio la facilidad del barón de Ripperdá fue en Viena, donde su negociación encontraba embarazos no esperados; pero la resolución tomada en Francia de restituir a España la infanta, los allanaron; porque vivamente sentidas Sus Majestades Católicas de proceder tan irregular, enviaron orden a su ministro para firmar todas las condiciones que quisiese exigir el César, bien entendido fuese la alianza ofensiva y defensiva. Aquélla no nos consta, porque no se confió al papel, ni menos el casamiento de la archiduquesa con el infante; una y otra promesa fueron, al parecer, solamente verbales, aunque cierto autor afirma que hubo cartas positivas de Sus Majestades Imperiales a Sus Majestades Católicas acerca de este último artículo; pero el barón de Ripperdá las hizo probables, y como importaba no llegase a noticia de las potencias, se tuvo en secreto entretanto se proporcionase ocasión favorable para manifestarlas. Así, cuando menos pensaba este ministro, se libertó de la inquietud y trabajo que le causaba comisión tan ardua, pudiendo efectuarse con recíproca satisfacción del Emperador y de los Reyes Católicos los tratados de paz, alianza y comercio que se firmaron en el día 30 de abril y primero de mayo del año 1725.

Este inopinado suceso no sorprendió poco a toda la Europa en ver de repente unidos dos monarcas cuyos intereses habían hecho derramar tanta sangre, y no haberse podido reglar en los tratados que dieron lugar a la paz que los demás príncipes hicieron entre ellos; y éste, por sí solo, puso fin al Congreso de Cambray, cuyas operaciones todas, por espacio de cuatro años, sirvieron únicamente para formar un bello ceremonial y mantener el buen orden entre los domésticos de los plenipotenciarios.

Rompida ya toda correspondencia entre España y Francia, por el desacato recibido en este reino, sin haber precedido el más mínimo aviso, y manifestándose cada día el justo enojo de aquélla contra ésta, mandó a su ministro el abad de Livry, sucesor de Tessé, saliese de la corte en el término de veinte y cuatro horas; asimismo del reino a todos los cónsules de su nación, y órdenes estrechas a los gobernadores de las fronteras para no dejar pasar ni entrar a nadie; conjeturándose, no sin fundamento, por el movimiento de las tropas que pasaban a ellas, se meditaba alguna expedición ruidosa. La Francia, por su parte, no estaba en inacción: ya había nombrado al conde de Coigny para mandar las que se juntaban, no teniéndose entonces en la corte del Cristianísimo, otra intención sino de repeler la fuerza con la fuerza, en caso de llegar a las manos, y ser infructuosas las representaciones en que se sinceraba el duque de Borbón, justificando los poderosos motivos, por no diferirle al Rey una princesa que pudiese dar sucesor al Trono, pues a la infanta faltaban aún cuatro años antes de poderse consumar el matrimonio. Raro ejemplo dieron a la sazón los franceses de su celo por su patria, porque cuantos había en servicio de España, ninguno hubo, hasta los mismos prófugos y desterrados, que no se constituyese por ministro de aquella Corona, disputándose con viveza y acritud la

preeminencia sobre este artículo. Pero queriendo el conde de Marcillac exceder a todos en el empeño, y no asistiéndole aquella prudencia tan necesaria en el arte de manejar negocios arduos, recibió una carta del marqués de Castelar, ministro de la Guerra, para que se retirase a Aragón, en donde Su Majestad juzgaba conveniente emplearle, y verbalmente, que si su intención era declararse ministro de la corte de Francia, podía retirarse a ella; lo que ejecutó dicho conde, y de que no tardó a arrepentirse, empleando todos los medios posibles para volver, como en efecto lo consiguió, después de la reunión de ambas Coronas.

Milord Stanhope (después Harrinton), embajador de Inglaterra, encargado igualmente del Cristianísimo a fin de trabajar y emplear sus buenos oficios, sirviéndose de la mediación del Rey su amo para aquietar los justos agravios de España, se daba indecibles movimientos para reconciliar a estas dos potencias, ofreciendo este ministro a Sus Majestades Católicas toda la satisfacción que quisiesen exigir de la injuria recibida por el regreso de la serenísima infanta su hija; pero, inexorables sobre este artículo, no quisieron dar oídos a sus representaciones, ni menos admitir las cartas que había recibido del duque de Borbón el padre Bermúdez, confesor del Rey.

No obstante, previendo la corte de España que no se tardaría en disipar la nube, que era de su interés no llegase a descubrirse, había insinuado a milord Stanhope que no se apartaba totalmente de recibir la especie de satisfacción que la Francia ofrecía, mediante fuese este negocio puesto en manos de Su Majestad Británica, de quien, siendo amigo de los dos, esperaba esta señal de amistad, la cual había probado ya en otras muchas ocasiones. Mas, informado el Rey Católico de que su alianza con el Emperador estaba firmada en Viena, y excusándose no haberle dado parte de esta negociación, dio las mayores seguridades de vivir en buena unión y conservar siempre la más sincera inteligencia con este Monarca. Los ministros españoles afectaron también declarar -y esto hizo sospechar lo contrario- que dicho Tratado no era sino defensivo y enteramente conforme al de la Cuádruple Alianza; que no se había estipulado en él la más mínima cosa que fuese perjudicial a los empeños que España había tomado con Inglaterra, sea separadamente de la Francia o juntamente con ella; que Su Majestad Católica conservaría siempre la memoria de las reiteradas señales que el rey de la Gran Bretaña le había dado de su celo por sus intereses durante el Congreso de Cambray; en fin, que el motivo principal había sido el ver que Su Majestad Británica no había querido encargarse sola del oficio de mediadora, que se determinó a tratar directamente con el Emperador, lisonjeándose que la paz concluida con este príncipe no disminuiría la amistad del rey de Inglaterra, que España deseaba cultivar.

No queriendo darse el inglés por sentido del indecente personaje que pretendía se había intentado hacerle representar en el Congreso de Cambray, disimuló cuando formalmente se le notificó el tratado de Viena, pues respondió que veía gustoso a dos monarcas que, sin mediador, habían no sólo podido superar las dificultades que se oponían a su mutua reconciliación, mas también unirse con estrecha amistad; esperando, como se lo aseguraban, que los empeños contraídos jamás perjudicarían a la tranquilidad pública. Pero atendiendo este príncipe a la afectación con que se le participó esta novedad, y a las circunstancias de esta unión, sospechó haber algún tratado secreto. No ignoraba lo formidable de esta alianza, porque poseyendo el uno las riquezas de Indias y el otro la

facilidad de levantar numerosos ejércitos en sus Estados, se receló no se dirigiese a sostener la Compañía de Ostende y hacerle restituir a Gibraltar y Puerto Mahón, que España solicitaba con ardor. Entre tanto, para asegurarse de si sus conjeturas eran bien fundadas y tomar sus precauciones con tiempo, dio las más precisas órdenes a sus ministros en Viena y Madrid para invigilar sobre lo que pasase acerca de esto en ambas cortes.

El ministro de Inglaterra en Viena, el señor de San Saphorin, hombre activo y avisado, no perdía ocasión alguna para instruirse; y la atención de observar vigilante al barón de Ripperdá le puso en estado de informar al Rey su amo sobre lo que se decía en la corte imperial del partido que Su Majestad tomaría en la presente coyuntura.

El ministro español había dicho públicamente: *Si al rey Jorge sostiene la Francia, sabemos cómo colocar al pretendiente sobre el Trono. Alberoni era un grande hombre, pero cometió grandes yerros; uno de los mayores fue enviar la flota de España a Sicilia, en lugar de encaminarla a Inglaterra, para destronar al Rey; proyecto que se hubiera ejecutado sin trabajo, y que allanaba el camino a otras muchas empresas. El rey Jorge - decía también- debe pensar en lo que hace, porque tenemos en la mano con qué llevar con eficacia los intereses del pretendiente*.

Atento el de San Saphorin a cuanto se decía, supo igualmente que en una conversación había dicho el mismo ministro, hablando de Gibraltar: *Sabemos que esta fortaleza es inconquistable, mas contamos sobre las medidas que hemos tomado para obligar la Inglaterra a volvérnosla*. Y que cuando la ocasión se ofrecía, hablaba del matrimonio del serenísimo infante don Carlos con la primogénita archiduquesa, como de una cosa hecha; que parecía concurrir la corte de Viena en los proyectos de este ministro, y que uno de los principales señores de ella había respondido en una conversación a una persona, que decía dudaba quisiese el Rey británico ser garante de la sucesión austríaca: *Que viva precavido, porque estamos bien informados de que los ingleses están cansados de su Gobierno*. Y pareciendo visible que el barón de Ripperdá no pretendía ocultar los designios de ambas cortes, repetía a menudo: *Sé lo que digo, y lo digo para que se pueda divulgar*.

Descubriendo esta relación muchas cosas contrarias a las seguridades que la corte de Madrid había dado a la de Inglaterra, Su Majestad Británica se confirmó en la sospecha de que había un tratado secreto entre el César y el Rey Católico, y verisímilmente no muy favorable a sus intereses; así, para estar más a mano de lo que se tramaba, y formar en la presente coyuntura con las cortes de Alemania y del Norte alianzas que pudiesen contrapesar la que se acababa de concluir en Viena, resolvió el Rey británico pasar a sus Estados de Germania. Antes de ejecutarlo, y casi en el mismo tiempo que España le había participado su alianza con el Emperador, el ministro de éste cumplió con la propia ceremonia, y le presentó una copia del tratado de Viena, asegurando a Su Majestad que era enteramente conforme al de la Cuádruple Alianza, y aún confirmaba, todos los artículos; y, por consiguiente, el Emperador se lisonjeaba que Su Majestad Británica, accediendo a él, se haría garante de la sucesión de los Estados de este príncipe, según la Pragmática-Sanción que había hecho para reglar el orden de ella. El mismo ministro añadió que, después de firmado el mencionado tratado de Viena, había informado el barón de Ripperdá a Su Majestad Imperial que aún quedaban algunos artículos por

examinar entre el Rey su amo y el de Inglaterra; para cuyos reglamentos, Su Majestad Católica suplicaba al César interpusiese sus buenos oficios. Tantas circunstancias y avisos concurrieron para persuadir al rey Jorge, que el tratado que se le presentaba no era el único hecho en Viena; y mientras penetraba la verdad y ejecutaba los proyectos entablados con Francia, se contentó de responder al ministro imperial casi en los propios términos que al de España.

Llegado el Rey británico a sus Estados de Hannover, recibió del señor de San Saphorin otros avisos, en que este ministro le informaba que hacia el fin de julio el duque de Warthon, el cual había abrazado el partido del pretendiente, era llegado a Viena, en donde conferenciaba con los principales señores de la corte; que él, y cierto Graham, agente secreto del pretendiente, tenían grande correspondencia con el barón de Ripperdá y el ministro de Prusia; que, según lo que había podido descubrir de sus ocultas pláticas, el duque de Warthon, con remesas considerables recibidas de Ripperdá, volvería a Inglaterra para aumentar los parciales del pretendiente; pero que después -añadía- parecía haberse mudado este designio en el de enviarle a Roma, para ver y conferenciar con este príncipe, y de allí pasar a Madrid. Iguales avisos recibió de su embajador en la corte del Rey Católico, los que hicieron sobre el espíritu de este Monarca toda la impresión que merecía su importancia, discurriendo, con no poco fundamento, se tiraba a quitarle una Corona que no siempre es muy segura sobre la cabeza de los que la poseen, y para cuya conservación estaba bien resuelto a tomar las medidas más prudentes y eficaces Pareciéndole a este príncipe que nada era más capaz de sostenerle en el Trono como hacer alianzas, trabajó, luego que llegó a Hannover, para formar la que en adelante se concluyó entre él, los reyes de Francia y Prusia.

Éste, que en Alemania quería hacer el personaje de protector y jefe de los protestantes, no podía dejar de causar a la corte imperial alguna inquietud con las reiteradas representaciones sobre los agravios que pretendía habían recibido los de la comunión reformada en el Imperio y república de Polonia, con ocasión de las turbulencias acaecidas en la ciudad de Thorn el año antecedente. Nada le podía ser más ventajoso que encontrar en su unión con dos de los mayores príncipes de la Europa, el medio de manifestar todo el celo que parecía tener por los de su religión, sin temer el resentimiento de las cortes de Viena y de Polonia. Es así, pues, que las mismas ideas e intereses, aunque con diferentes motivos, concurrieron para formar entre la Francia, Inglaterra y Prusia una estrecha unión. El Rey británico dispuso él mismo con el de Prusia, que pasó a Hannover en los primeros días de agosto de 1725, el tratado de Alianza que lo determinó, y fue firmado el 3 de septiembre siguiente por el viceconde de Townshend, el conde de Broglio y el barón de Wallenroth.

Luego que el tratado de comercio, concluido entre el Emperador y el Rey Católico el día primero de mayo de 1725 fue hecho público, las ventajas considerables que en él se concedían a Su Majestad Imperial, y, por consiguiente, a la compañía de Ostende, habían excitado en Inglaterra y Holanda grandes quejas, mirándose como perjudiciales al comercio de estas dos potencias y contrario a los precedentes tratados hechos con la España. En su consecuencia, dieron órdenes a sus respectivos ministros en Viena y Madrid para hacer las representaciones convenientes en este asunto. Unos y otros ejecutando el mandato de sus soberanos, el señor dé San Saphorin presentó a fines de

agosto una memoria en que, después de haber expuesto los justos motivos de la nación inglesa contra este nuevo Tratado, que concedía a los vasallos de los Países Bajos austríacos comerciar en las Indias Orientales y Occidentales, suplicaba al César hiciese atención a él, observando fielmente sobre este artículo lo que los antiguos tratados habían reglado. Esta memoria no fue despreciada, porque no se tenía aún noticia de lo que se trataba en Hannover; y no queriendo el Emperador romper con la Inglaterra y Holanda, se respondió al señor de San Saphorin que Su Majestad Imperial nada deseaba tanto como mantener la amistad e inteligencia que reinaba entre las dos potencias; que concertaría gustosa con España los medios de dar a esta memoria toda la satisfacción posible, y hacer conocer a Su Majestad Británica cuán distante estaba de perjudicar los privilegios concedidos a sus vasallos en los antiguos tratados; en fin, que con este motivo enviaría el Emperador inmediatamente un ministro a Hannover, donde se hallaba entonces el rey de Inglaterra, para tratar sobre el asunto.

No sucedió lo mismo en la corte de España. Milord Stanhope, juntamente con el embajador de Holanda, habían presentado desde el mes de julio una memoria en todo conforme a la del señor de San Saphorin; pero después de concluido el tratado de Viena, el lenguaje lisonjero y lleno de confianza con que se había hablado a la Inglaterra hasta entonces perdiendo cada día algo de su dulzura, el marqués de Grimaldo tuvo orden de responder a este ministro, que la continuación de la alianza y comercio de la Gran Bretaña dependería en lo sucesivo de la restitución de Gibraltar. Así juzgó conveniente la corte de Madrid explicarse con el ministro inglés; y todas las conferencias que aún tuvo en adelante con los marqueses de Grimaldo y de la Paz, juntamente con el embajador de Holanda, no fueron más favorables; bien que el Emperador insinuó al Rey Católico no agriar demasiado a estas dos potencias sobre un artículo tan interesante para su comercio, no obstante estar él mismo poco dispuesto a minorar las ventajas que había obtenido de España a favor de sus súbditos. Y como no ignoraba cuanto pasó al tiempo de la concesión para el establecimiento de la compañía de Ostende, y que las potencias marítimas habían formado el proyecto para destruirla, ahora mejor que antes creía su honor demasiado interesado en sostenerla. Para conciliar, pues, en cuanto era posible el ánimo en que estaba de proteger dicha Compañía, con las atenciones que quería observar en las representaciones que de acuerdo le hacían para revocarla, el Emperador encargó al conde de Konigseg, que estaba de partida para España, el disponer Sus Majestades Católicas a ofrecer o dejar simplemente columbrar a la Inglaterra y Holanda algunas nuevas ventajas para su comercio que sirviesen para calmar el celo que les causaba el que se hacía en Ostende.

Todo esto se dirigía a desviar sus alti-potencias de acceder al tratado de Hannover, porque ya era público, y hacer más sólida la referida Compañía. En este sentido se habló al duque de Ripperdá en Viena, antes de dejar esta corte, exhortándole mucho a que representase al Rey su amo, que era de grande importancia no precipitar nada con la Holanda, a fin de evitar que la potencia formidable de los reyes aliados por el tratado de Hannover, llegando a aumentarse por su unión con los Estados Generales, no apartase varios príncipes de Alemania o del Norte de entrar en la Liga de Viena, y no hiciese infructuosas las providencias que se tomaban para determinarlos a tomar esta resolución. Añadióse también al duque, que el medio más eficaz y más fácil para el éxito de este proyecto era entretener la Holanda con la esperanza de obtener privilegios más amplios

para su comercio, y aún darla a entender querer favorecerla en todo con preferencia a Inglaterra, a la cual, desde el tratado de Hannover, no era natural que España debiese contemplar mucho; y, en fin, si no fuese posible adormecer con estas proposiciones a los Estados Generales, procurar sembrar entre ellos y los ingleses una desconfianza que disminuyese la unión en que parecían vivir, y, por consiguiente, contribuyese en fomentar y romper las medidas que tomaban los reyes coligados para atraerlos a su alianza.

En este estado de cosas estaban los negocios políticos de la Europa, cuando, bien instruido el duque de Ripperdá de la corte de Viena, eligiendo el día de la entrada del embajador de Francia, duque de Richelieu, para disponer su regreso a Madrid, salió el siguiente incógnito, con un ayuda de cámara, sin despedirse de los ministros imperiales, ni menos de los de las demás potencias, cuyo proceder dio ocasión a muchos discursos que no le eran ventajosos; pero la recepción bien diferente que le hicieron Sus Majestades Católicas, hizo ver cuán mal estaban fundados. Contando el duque sobre sus grandes servicios, cuya insubsistencia conocía mejor que nadie, se presentó a la corte en traje de correo, e introducido en el cuarto del Rey por el marqués de la Roche, sin hacer caso del de Grimaldo, que salía, dio cuenta a Sus Majestades de su escabrosa comisión, aplaudiéndose el haber podido terminar negocio tan arduo. La conferencia fue dilatada, y se dieron en ella grandes elogios al autor del tratado de Viena, confiriéndosele poco después la Secretaría de Estado, por lo tocante a los negocios extranjeros, que servía el marqués de Grimaldo, de cuyo afecto por la Inglaterra y de su estrecha amistad con el embajador de esta Corona, dio el duque de Ripperdá verosímilmente en esta conferencia malísima opinión a los Reyes. Los demás secretarios, y todos los Consejos, tuvieron orden de comunicar al nuevo ministro todos los papeles que juzgase a propósito pedirles. Colmado de honores y mercedes, le fue concedido la entrada en el cuarto del Rey a cualquier hora que quisiese, y una habitación en Palacio para él y su mujer. En fin, llegó a gozar toda la autoridad correspondiente al puesto de primer ministro.

Año de 1726

Ocupado el duque de Ripperdá de los grandes proyectos que había formado en Viena, y facilitándole la ejecución el eminente puesto que poseía, pretendió empezar el año con una reforma general en el Estado, castigando con rigor la mala administración cometida en el precedente Ministerio, y mudar enteramente de sistema en materias políticas. Caracterizaban todos sus discursos la vanidad y presunción, siempre inseparables de una fortuna rápida, sin embarazarse mucho en las consecuencias que podían acarrear, ni de los enemigos que le atraían; a que se acumulaba el poco respeto con que hablaba de aquellos cuyos despojos iba apropiándose. Nada, a su entender, le parecía difícil: todo lo allanaba su amor propio; pero su extrema imprudencia y ligereza desconcertaban sus medidas.

Embriagado de su autoridad, como regularmente sucede a los que con rapidez llegan a lo sumo de los honores, afectaba públicamente mostrar un soberano desprecio para todos aquellos que quisiesen oponérsele; confiado, decía, en seis amigos que no le podían faltar, y eran: *Dios*, la *Virgen*, el *Emperador*, la *Emperatriz* y *Sus Majestades Católicas*; palabras que dejaban a cada uno el juicio que el interés o la pasión le dictaba; y aunque

este primer ministro debía comprender que semejantes discursos daban de su capacidad la opinión más singular, sin embargo parecía estar muy satisfecho de su conducta, la cual era examinada con grande atención, mayormente después de una visita que le hizo el padre Bermúdez, confesor del Rey, en la que le dijo *se limitase en dar a su penitente, cuando se confesaba, la absolución de sus pecados, y no meterse en otra cosa*.

. No ignoraban los embajadores de Inglaterra y Holanda los discursos tenidos por el duque de Ripperdá en Viena y Madrid; el primero había llevado ya sus quejas a la corte antes del arribo de este ministro; pero en las conferencias que tuvieron con él, bien lejos de sostener con arrogancia lo que había afectado decir altamente, sin duda, temeroso de malograr ciertos proyectos de que entonces estaba ocupado, manifestó a estos dos ministros el deseo que tenía el Rey de conservar una perfecta inteligencia con sus amos, asegurándoles de su buena intención hacia ellos; y que la incapacidad de los que le habían precedido en el Ministerio, cuya lentitud era extrema en responder a sus memoriales, no padecería la misma dificultad; que luego después del arribo del conde de Konigseg, a quien se esperaba por instantes, se tomarían, de acuerdo con él, las medidas más prontas, para examinar los artículos del tratado de comercio firmado en Viena, que parecían contrarios a los antiguos privilegios concedidos por España a su favor.

No se sabía a qué atribuir mutación tan improvisa, ni menos cómo conciliar la inteligencia que aparecía entre el duque de Ripperdá y estos dos ministros, con la que reinaba entre el César y el Rey Católico. No sólo era por lo tocante al comercio, que este ministro buscaba, de acuerdo con la corte de Viena, a no agriar a las potencias marítimas y entablar con ellas una negociación que sirviese para ganar tiempo. Conocía mejor que nadie faltaba mucho para que se pensase en Viena con la misma viveza que en Madrid, así sobre lo que concernía al matrimonio de la archiduquesa con el infante don Carlos como sobre los medios de atacar a la Francia. Tampoco ignoraba que sobre las seguridades positivas que había dado a Sus Majestades Católicas de la favorable disposición en que se hallaba acerca de esto el Emperador, era establecido su favor y poder. Todas estas consideraciones le hacían temer que el arribo del conde de Konigseg le fuese fatal, dilatando la ejecución de los vastos y agradables proyectos con que había lisonjeado al rey y reina de España, y finalmente fuese la víctima de haberles engañado. Ocupado, pues, en prevenir suceso tan funesto, no prometiéndose ganar cosa alguna por parte de la corte imperial, tomó la resolución de tratar favorablemente a los embajadores de Inglaterra y Holanda.

No se supieron bien las ideas de este ministro hasta después de su desgracia, según las refirió el depositario de su confianza, el conde de Lambilly, diciendo que, lisonjeándose en vano la España de determinar al Emperador a casar la princesa su hija con el infante, y declarar juntamente con Su Majestad Católica la guerra a la Francia, había el duque de Ripperdá formado el proyecto de usar de toda su astucia para dividir los príncipes de la Liga de Hannover, a fin, si fuese Posible, de destruir esta alianza, teniendo primero en la mira de ganar a la Francia, luego emplear su poder, después de restablecida la buena inteligencia entre ella y la España, para hacer ejecutar al César cuanto había prometido al Rey Católico, especialmente el matrimonio del infante don Carlos con la archiduquesa, para lo cual no se opondría el Rey Cristianísimo, respecto de que con este establecimiento la mayor parte de la Europa sería sometida a la Casa de Borbón; pero al

mismo tiempo, para no incurrir en la desgracia de la Reina, a quien entonces todo lo que podía tener alguna conexión con la Francia era en extremo odioso, el duque quería conducirse de modo en la ejecución de sus designios, que la Francia no tuviese en el principio el menor conocimiento de ellos; y que el temor de verse abandonada de sus aliados, y expuesta a sostener sola la guerra contra las principales potencias de la Europa, la obligase, para evitar los proyectos de España contra ella, a disponer su reconciliación con la Corona, a las condiciones que Su Majestad Católica juzgase conveniente imponerla. Éstas habían de ser el acceder al tratado de Viena, y concurrir con el Rey su tío, para hacer ejecutar fielmente al Emperador sus promesas. Para facilitar el éxito de este proyecto, empezando por dar a la Francia alguna desconfianza de la fidelidad de sus aliados, habíase propuesto el duque de Ripperdá hacer diversas tentativas para romper su unión con la Inglaterra, mientras la corte imperial procuraba de su parte separar al rey de Prusia de la Liga de Hannover, persuadiéndose que, uno u otro príncipe ganado, caería enteramente el Tratado; que la Holanda, y algunas otras potencias de la Europa, inclinadas a juntarse con los reyes aliados, viéndolos divididos, no pensarían ya a entrar en su alianza. En fin, que se reduciría insensiblemente la Francia a lo que deseaba, con tanto arte cuanto la reina de España ni el Emperador podrían jamás sospechar que las ideas de este ministro se dirigiesen a reunir con más estrechez y utilidad que nunca ambas Coronas. Si este designio parecía encontrar grandes obstáculos, el duque de Ripperdá no dejaba de percibir igualmente varios medios para salir con su intento.

Tal era el proyecto, según afirmó el conde de Lambilly, que había formado el duque de Ripperdá, cuyo objeto principal era separar la Francia de sus aliados. Como esta idea era lo que la corte de España, y aun la de Viena, parecían desear con más ardor, bien que con diferentes fines, es de creer que este ministro hubiera afianzado por siempre su autoridad en el reino, a haber sabido conducir este negocio con la prudencia que exigía; pero esta no era su virtud dominante. No obstante, se pretende que, si hubiera conservado su puesto, consiguiera el fin de su proyecto; y que de haberse malogrado, se debe, atribuir únicamente a las sospechas que por último concibió la corte imperial de las intenciones de este ministro, y a las medidas que en consecuencia tomó para robarle la confianza de Sus Majestades Católicas.

Mientras estaba el duque de Ripperdá ocupado a encontrar los medios de destruir la Liga de Hannover, el conde de Konigseg, embajador del César, a quien se esperaba en la corte con una impaciencia proporcionada a las grandes esperanzas que se habían concebido en ella de las importantes negociaciones con que se le creía encargado, llegó, en fin, a Madrid con la condesa su mujer, habiéndose entes detenido algún tiempo en la quinta del conde de Aguilar -hoy del duque de Osuna, y distante una legua de Madrid-, por una indisposición de gota, a donde fue visitado de todas las personas de la primera distinción. Mejorado por fin, pasó el 16 de enero al Real Sitio del Pardo, donde estaban Sus Majestades, que le recibieron, del mismo modo que a la condesa su mujer, con todas las demostraciones posibles de amistad por el Emperador y distinción por sus personas. Aquel día se vistió la corte de gala, mandando la Reina a la princesa de Robec, flamenca como la condesa de Konigseg, hiciese los honores de obsequios a esta embajatriz, acompañándola a casa del duque de Ripperdá, a donde debía comer con su marido.

El arribo del conde de Konigseg, siendo la época a la cual se creía en Madrid estaba fijada la declaración del matrimonio del infante y la ejecución de los grandes proyectos que se discurría habían formado ambas cortes, no admiró poco al ver que mientras este ministro pretendía debían contentarse con las esperanzas que daba acerca de esto, avivaba la paga de los subsidios prometidos al Emperador, de la cual parecía hacer más caso, como un bien sólido y real. Este proceder, que debía servir de lección a la corte de España para proporcionar sus larguezas a los efectos de la buena voluntad del César, no disminuía en nada el agradable encanto que había producido el tratado de Viena; y el conde de Konigseg, cuyo genio superior era a propósito para entretener la ilusión, hallaba tantos medios para disipar las dudas de la Reina, convencerla de las sinceras intenciones de Su Majestad Imperial, y hacerla no sólo plausibles, mas aún necesarios los pretextos que empleaba este monarca para dilatar el cumplimiento de sus deseos, que las inmensas sumas de dinero que esta princesa hacía pasar a Viena, no le parecían sino endebles señales de su reconocimiento y confianza hacia este príncipe. Llevada ésta al extremo, no desatendía el conde de Konigseg la más mínima circunstancia de lo que podía contribuir a hacer mirar como infalibles las promesas de su corte, y entre tanto hacer ejecutar las de Sus Majestades Católicas. En las prolijas y frecuentes conferencias que tenía con estos príncipes, afectaba tanto celo por sus intereses, y sabía tan bien dar el propio carácter al del Emperador, por lo que concernía a sus personas, que no ocultaban a este embajador cosa alguna de cuanto pasase o se trataba en España; llegando a tomar tanto asenso y crédito, que el único medio de obtener mercedes era serle afecto.

El duque de Ripperdá, que no podía mirar sin celos el favor de este ministro, hubiera desahuciado a la Reina sobre el pretendido casamiento del infante, a no temer que lo que únicamente le había exaltado sería causa de su caída; pero lo que aún le avivaba más el sentimiento, era el dinero que Konigseg solicitaba pasase a Viena; pues preveía deberse consumir en pura pérdida, y esto en un tiempo en que la España, exhausta por una guerra, así general como particular, había sufrido tantos gastos hasta la conclusión del tratado de Viena; juzgaba advertidamente Ripperdá se podía emplear con más utilidad, en vista de la extrema estrechez en que se hallaba la Monarquía por el retardo de los galeones; y la prudencia exigía se conservasen los pocos recursos que quedaban en el reino.

Cuando una persona posee aquello a que aspiraba, y su ambición en algún modo satisfecha, regularmente tiene la de hacerse amar; la satisfacción que resulta del suceso de este designio, se aumentó con la seguridad y consideración que procura el aplauso del público, y que las quejas y gemidos de éste hacen perder. Siendo esta ventaja tan lisonjera como útil, ya comprendía Ripperdá cuánto le importaba adquirirla; pero la infeliz situación en que se hallaba de romper con el conde Konigseg, si le negaba las sumas que pedía, o si se las concedía hacerse odioso a la nación, acabando de aniquilarla, lo tenía en un embarazo grande; por otro lado, sabiendo que las representaciones sobre la miseria de los pueblos suelen los príncipes mirarlas, especialmente cuando no concuerdan con sus designios, como único efecto de la incapacidad del ministro que las hace, ésta era la opinión que no quería dar de su persona.

Combatido, pues, de varias ideas, se resolvió recurrir a los remedios ordinarios que ofrece la pobreza de los Estados; es a saber, aumentar las monedas, suponiendo, por el decreto que hizo publicar, eran inferiores a su intrínseco valor; reformar muchos oficiales en las

oficinas; quitar o disminuir las pensiones; suprimir la Secretaría de la Marina; finalmente, hacer dar cuenta a los administradores de Rentas Reales, y a los que habían poseído empleos en Indias, de la mala adquisición de sus caudales. Esta novedad hizo clamar a muchos; pareció al Consejo Supremo de Castilla deber hacer algunas representaciones, pero no fue atendido, antes, para sosegar los ánimos, mostrando su amor a la justicia, mandó publicar otro decreto, por el cual daba libertad a los particulares de exponer sus quejas contra los magistrados que se negasen a hacerles justicia, con una orden a todos los tribunales de remediar pronta y eficazmente semejante abuso; pero este tan prudente y necesario reglamento, en España quedó sin ejecución, con gran desconsuelo de los pueblos. En fin, todos los medios de que se servía el duque de Ripperdá para juntar dinero, solo sirvieron para arruinar gran número de particulares, sin ser de utilidad alguna al público; y para no hacerse más odioso, y moderar las importunas instancias del embajador cesáreo, no cesaba de representar a este ministro que el reino estaba agotado; las casas de Rey y Reina, sin sueldo un año había; las tropas y magistrados, tratados de la misma suerte; los vasallos, en extremo oprimidos por los impuestos; prometiéndole que, luego después del arribo de los galeones, que se esperaban, se pagarían los subsidios que su corte se había empeñado en dar a la de Viena. Mas, sabiendo el ministro imperial de qué importancia era para su amo sacar de España las sumas prometidas, antes que el tiempo o algún maligno encantador destruyese el hechizo a favor del cual la Reina hacía tantas larguezas, no admitía las razones, ni menos las esperanzas que le daba el duque de Ripperdá; y la miseria de los españoles le hacía poca impresión; antes la tenuidad de las sumas que se le ofrecían y la lentitud con que se las entregaban, hizo sospechar al conde de Konigseg quería Ripperdá ganar tiempo, a fin de dar lugar a la Reina para traslucir las vanas esperanzas de la corte de Viena.

Ya se ha dicho que su elevación provenía de las mismas; y el desengañar a Su Majestad sobre este asunto, era precisamente manifestar haber abusado de su confianza, y que con la mayor perfidia había concurrido en las secretas ideas de la corte de Viena para sus fines particulares. Viendo, pues, que no podía curar la ilusión en que continuamente entretenía Konigseg a la Reina sobre las ventajas que la resultaban del casamiento de don Carlos, tomó la resolución de disimular, y ejecutar las órdenes precisas de Su Majestad, que fueron seguidas de nuevas señales de su confianza, habiéndole conferido el departamento de la Marina, que se quitó a don Antonio de Sopeña; de esta suerte vino a reunir en sí Ripperdá casi toda la autoridad, antes dividida entre varios ministros.

Los embajadores de Inglaterra y Holanda le instaban a que respondiese a sus quejas sobre el nuevo tratado de comercio firmado en Viena, supuesto que lo había dilatado para el arribo del conde de Konigseg; pero éste estaba bien resuelto a no sufrir mutuación alguna, sino en la última extremidad, ni en el establecimiento de la compañía de Ostende, ni en las demás ventajas concedidas a los súbditos de su soberano. El duque de Ripperdá, que discurría le facilitarían las conferencias que tendría con ellos los medios de ejecutar sus grandes designios, tuvo orden de responder lo siguiente al de Holanda, en que entraba verisímilmente también el de Inglaterra:

Señor: Tengo la honra de participar a V. E. que entre otras pliegos que he recibido de Viena por un correo extraordinario, Su Majestad Imperial está resuelto de instruir a su embajador en la corte del Rey mi amo, para tratar y arreglar, bajo la mediación de Su

Majestad, las diferencias acaecidas entre el César y la República de Holanda; y este correo me ha traído la plenipotencia de este monarca, para entregarla al conde de Konigseg. Así, hallo por conveniente que V. E. escriba a sus amos, pidiéndoles nuevos poderes para tratar con el referido ministro relativamente al comercio de Ostende; y me parece tanto mejor tratar aquí, cuanto he recibido aviso de que las indisposiciones del marqués de San Felipe le obligarán a estar mucho tiempo en camino, no pudiéndose enviar al secretario de Su Majestad Católica, por causa de su carácter, instrucciones tan amplias como requiere un negocio de esta importancia. Quedo, etc.

Esta proposición no fue del gusto de los ministros, conociendo se quería ganar tiempo y sostener la Compañía de Ostende. Así se explicaron con el duque de Ripperdá; añadiendo el de Inglaterra, que el Rey su amo le había autorizado suficientemente para tratar dichos negocios con los ministros de Su Majestad Católica, por las repetidas órdenes que había recibido y comunicado, particularmente a él (duque de Ripperdá), desde su regreso a España, y que el Rey no se admiraría poco al ver que se le negaba la satisfacción prometida, dilatándola solo por contemplaciones a la corte de Viena, con el frívolo supuesto de no tener poder amplio, cuando le constaba lo contrario.

El embajador holandés no respondió con menos viveza, ni tampoco disimuló al duque que los Estados Generales, hallando en el modo con que se obraba con ellos, y tan diferentes las seguridades que daban los ministros del Emperador, y del Rey Católico en la Haya, una total contradicción, no podrían dejar de tomar, de acuerdo con la Inglaterra, las medidas que juzgasen necesarias para defender los intereses del comercio de sus súbditos; y al fin de hacer sus representaciones más eficaces, las acompañó de un memorial para el Rey, en que explicaba por menor las razones de sus amos, y cuán contrario era el tratado de comercio firmado en Viena a los precedentes hechos con sus alti-potencias.

Su Majestad, que no quería precipitar las cosas con la Holanda, mediante que varias provincias no habían aún accedido al tratado de Hannover, ni tampoco agriar la Inglaterra, en vista de la repugnancia que los dos ministros de estas potencias demostraban a enviar por nuevos poderes, hizo consentir al conde de Konigseg, para que el duque de Ripperdá entablase dicha negociación.

Libre éste de renovar con los embajadores las conferencias que el arribo del ministro imperial había interrumpido, no perdió la idea del proyecto que tanto le ocupaba; pues es verisímil que lo había concebido en Viena luego que fue firmado el Tratado, conociendo no podía subsistir; porque incontinente del regreso a España, intentó sondear las disposiciones de milord Stanhope acerca de esto, usando la misma circunspección con el señor Van der Meer; pero con tanta obscuridad, que no se podía sospechar le hubiese formado. Favorable la ocasión para explicarse con más claridad, se determinó con tanta más prontitud a ejecutarlo, cuanto -independientemente de la indignación que le causaba el crédito y autoridad del embajador alemán, que cada día iba en aumento-, temía no descubriese la Reina cuán poco pensaba la corte de Viena en, efectuar sus promesas antes de haber dispuesto las cosas de manera a no ser la víctima del resentimiento de esta princesa.

Sobre este plan comenzó a tratar de lo que concernía al comercio de Inglaterra y Holanda, dando a entender a ambos ministros estaban Sus Majestades enteramente dispuestas a hacer ejecutar con la mayor fidelidad todo lo que los tratados anteriores al de Viena habían reglado a favor de los vasallos de sus soberanos, y que el Emperador estaba en la misma intención. Esto parecía exponer el duque con tan buena fe y entrar en los expedientes que le proponían estos ministros para conciliar la supresión de la compañía de Ostende, con la delicadeza que mostraba Su Majestad Imperial sobre este artículo, que se hubieran dejado sorprender a no vivir precavidos, pues él mismo había producida el recelo. Después se quejaba (Ripperdá) de su parcialidad por la Francia, de que se admiraba, decía, no percibiesen las disposiciones en que estaba esta Corona acerca de ellos, protestando podía terminar la reconciliación con ella, pero que el Rey su amo no ignoraba sus prácticas para persuadir a toda la Europa que había formado, de acuerdo con el Emperador, designios contrarios a su tranquilidad, cuando éstos se dirigían a mantener la paz entre todos los potentados de ella.

En las conferencias que tenía con el señor Van der Meer, se dirigía a sembrar celos entre la Holanda e Inglaterra, diciéndole que esta Corona no estaba tan distante como se creía de entrar en alguna negociación con España para obtener nuevos privilegios a favor de su comercio en las Indias; que sobre esto podía descubrirle algún misterio que le convencería se dirigía la Inglaterra a sus fines particulares sin embarazarse mucho de su pretendida unión con Francia, ni de los intereses de la Holanda; que el empeño y el afecto que siempre conservaría por los Estados Generales, de quienes había nacido vasallo, y en otro tiempo honrado de su confianza, le obligaba aconsejarles a aprovecharse de la coyuntura en que se hallaban, y de la disposición favorable del Rey Católico.

Las razones de que se servía el duque de Ripperdá para conseguir el fin que se había propuesto de separar la Inglaterra y la Holanda de la alianza de Francia, eran aparentes; pero conociendo estos ministros su carácter artificioso e inconstante, igualmente el embarazo en que le tenía el tratado de Viena, sus correspondencias con los parciales del pretendiente y por consiguiente el ningún fundamento que se debía hacer sobre la verdad de cuanto decía de su pretendido celo, hacía que sus respuestas eran concertadas y medidas. Atentos a no separar de este objeto, se comunicaban fielmente uno a otro cuanto el duque exponía a cada uno en particular, y esta conducta les sirvió para descubrir los artificios de este primer ministro, prometiéndose bien de no dejarse sorprender.

Tanta circunspección y reserva no eran del gusto de Ripperdá. Sabía éste que el Emperador y la Reina Católica no tenían intención de mudar cosa alguna en el establecimiento de la compañía de Ostende, ni a lo que había reglado el tratado de comercio en Viena. Toleraba con impaciencia que los medios que había tomado para disponer a los dos ministros a mirar simplemente estos dos puntos como una continuación de otras negociaciones más importantes, produjesen tan mal efecto, y que sus conferencias se hiciesen inútiles.

Conociendo los dos precavidos embajadores que podían sacar alguna ventaja de sus conferencias, no cesaban de hacerle varias cuestiones para penetrar hasta dónde se extendían los secretos empeños que habían tomado las cortes de Viena y Madrid, insinuándose, al parecer, a las propuestas del duque de Ripperdá. Éste, discurriendo acaso hacerse un mérito de la confianza, y para vencer de una vez todas las, dificultades que

retardaban sus deseos, con la mayor imprudencia les dijo que había un segundo tratado entre el César y el Rey Católico, hasta entonces secreto, el cual se haría presto público; que dicho tratado consistía, a más de una alianza perpetua ofensiva y defensiva, en tres artículos, a saber:

I.- *Un empeño por parte de España para sostener la compañía de Ostende.*

II.- *Otro por la del Emperador, para procurar la restitución de Gibraltar, con buenos oficios, si fuese posible, y de lo contrario con la fuerza.*

III.- *El socorro que debían darse recíprocamente en caso de guerra; a saber, por parte de Su Majestad Imperial veinte mil hombres que haría pasar a España; y por la de Su Majestad Católica, sumas suficientes para pagar igual número de tropas, que serían empleadas a donde el Emperador lo juzgase conveniente. En fin, que este tratado se había concluido poco después del primero; pero que no se divulgaría hasta que fuese necesario.*

Es fácil de comprender el efecto que produjo semejante descubrimiento hecho a los ministros de Inglaterra y Holanda, y no menos juzgar qué opinión concibieron de la prudencia y discreción del duque de Ripperdá. Contentos de esta buena noticia, no tardaron a participarla a sus soberanos; sin embargo, guardaron estos embajadores el secreto en Madrid, y el público no fue informado de él hasta su desgracia. Quizá habría exigido esta deferencia en premio del aviso; y acaso también por un principio de generosidad no quisieron acelerar su perdición, publicando una indiscreción tan inexcusable. No obstante, prosiguiéronse aún las conferencias por algún tiempo, a la verdad con poca satisfacción para unos y otros, supuesto que ambos embajadores no obtenían respuesta alguna positiva a sus representaciones, ni Ripperdá en hacerles sospechosa la Francia. Con todo, la buena inteligencia se mantuvo hasta su caída, sin que pareciese desagradable a Sus Majestades Católicas, que aún le dieron el departamento de la Guerra, que tenía el marqués de Castelar, a quien, para indemnizarle, se confirió la embajada de Venecia.

Habiendo el rey de Inglaterra participado al Gran Señor la conclusión del tratado de Hannover, a tiempo que el Emperador y el Rey Católico trabajaban para hacer una alianza con la emperatriz de Rusia; y como los límites de los Estados de ésta con la Puerta no estaban aún reglados, bien que la paz entre estas dos potencias se había ya firmado desde el mes de julio de 1724, se temía en la corte de Viena que, con ocasión de esta discusión, el ministro inglés en Constantinopla no trabajase en el Diván a hacer sospechosa la unión de esta princesa con Su Majestad Imperial. Dióse orden al príncipe Eugenio de escribir y asegurar al gran visir que la alianza que se trataba entre el Emperador y la Czarina no contenía cosa alguna contraria a los empeños tomados entre los dos Imperios en el tratado de Passarowitz, esperando que Su Alteza no se prestaría a las insinuaciones de ciertas potencias que no tiraban sino a turbar la buena inteligencia que reinaba entre los alemanes y los turcos. Esta carta entregó el señor Dierling, residente del Emperador en Constantinopla, al gran visir; y satisfecho éste de las seguridades que contenía, de que dio aviso aquél, la corte de Viena nombró al conde de Rabutin su embajador para pasar a Petersbourg. En el mismo tiempo, el duque de Ripperdá destinó al

conde de Lambilly para que fuese también a la misma corte con una remesa de ochenta mil doblones.

Mientras el César se conducía con tanta moderación como prudencia, supo con el mayor sentimiento que el duque de Ripperdá le había comprometido del modo más indiscreto con las potencias marítimas en las confidencias hechas a sus embajadores. El señor de San Saphorin, en Viena, tuvo orden de su corte de pedir al Emperador una declaración precisa tocante a los artículos del pretendido tratado secreto, y el duque de Richelieu insistió sobre la misma de parte de la suya. En esta delicada situación, se procuró darles a entender que lo que este ministro había dicho podía mirarse como ciertas falsas confidencias que las personas caracterizadas solían hacer para penetrar lo interior de aquellos con quienes trataban alguna negociación, y, por consiguiente, no tenía fundamento alguno, siendo sólo efecto de la imprudencia del ministro español.

Esta respuesta no satisfizo a los embajadores, y las cosas se agriaron de tal modo entre las cortes de Viena y Londres, que se encaminaban a un rompimiento abierto: fruto de los inconsiderados discursos del duque de Ripperdá, que, arrepentido de su imprudencia, quiso tergiversar, procurando dar a entender a los expresados embajadores que esta liga entre el César y el Rey Católico de que le hablaban a menudo, era *algo más que defensiva*.

Sobre esto insistieron dichos ministros a que declarase resueltamente lo que significaba esta palabra, y si no era lo que ya les había dicho de que había una liga secreta ofensiva entre Sus Majestades Imperial y Católica. Fatigado Ripperdá de sus cuestiones, e incapaz por su carácter precipitado de disimular su enojo e impaciencia, respondió con viveza: *Es verdad, yo me he explicado como decís, y puesto que queréis que os repita lo mismo, lo que os he dicho es realmente verdadero*.

Una declaración tan extraordinaria, y, sin embargo, tan precisa, sobre una materia que interesaba en extremo a Sus Majestades, no tardó en ser sabida. Ella exasperó a los Reyes, y ofendió hasta lo sumo al embajador cesáreo, que ya no observó la más mínima atención con este primer ministro, el cual, no obstante su vacilante situación, no amainaba su arrogancia.

Malquistado con los suyos y ajenos, especialmente con la corte de Viena, que solicitaba su deposición, se unió aún con más estrechez que antes con los embajadores de Inglaterra y Holanda, y al tiempo que parecía contemplarlos, demostraba favorecer los intereses del pretendiente; resulta de las continuadas contradicciones que tenía en sí mismo, no dejándole su triste situación reflexionar las consecuencias. El duque de Warthon, quien de Viena había pasado a Roma, como ya se ha dicho, para conferenciar con este príncipe, había llegado a Madrid poco antes de la caída del de Ripperdá, con el disfrazado nombre de Philibert; pero después de algunos días volvió a tomar su verdadero nombre, y aún se presentó al público con las insignias del Orden de la Jarretiera, que le confirmó el rey Jacobo. Su residencia en la corte; lo que se sospechaba había empezado a negociar en la de Viena; sus frecuentes conferencias con el señor Conok, soto-ayo del infante don Felipe, con algunos católicos irlandeses y, en fin, con el duque de Ripperdá, avivaron en extremo la atención de milord Stanhope sobre lo que podía en todo esto interesar al servicio del Rey su amo.

Este ministro, que tenía el talento de unir la mayor actividad con el exterior menos vivo y aún más tranquilo, mantenía en Madrid una infinidad de espías que recompensaba abundantemente, extendiendo su generosidad hasta en los conventos, con especialidad a los limosneros, a quienes hacía copiosas larguezas, y a todos aquellos que le podían dar algunas luces. Mediante estas precauciones, estaba informado exactamente de cuanto pasaba, y de lo interior del Palacio; ni lo de las secretarías de Estado le era oculto. Servido por tantas personas diferentes, no tardó en saber lo que se tramaba entre los duques de Ripperdá y Warthon, y que aquél, sobre las quiméricas especulaciones de éste, parecía meditar alguna empresa contra la Inglaterra, haciendo verisímilmente juntar para esto, sobre las costas de Vizcaya y Galicia, un cuerpo de cerca de doce mil hombres, para cuyo embarco parecía destinar varios navíos españoles que estaban en Cádiz. Aseguróse también a milord Stanhope que en el mismo puerto había armas para transportar a las islas Británicas y armar cuatro mil hombres, y que cierto Pompili se hallaba en Madrid, donde trabajaba en secreto para alistar en servicio del pretendiente a los oficiales reformados o depuestos.

Bien pertrechado milord Stanhope de todas estas noticias, pasó a ver al duque de Ripperdá, quejándose de lo que sabía de cierto se tramaba contra los intereses del Rey británico, suplicándole se explicase sobre los designios que se le atribuían a favor del pretendiente y sobre las secretas medidas que parecía tomar para conseguir su intento. Admirado Ripperdá de que este ministro fuese tan bien instruido, le aseguró ser falsos y destituidos de fundamento todos los proyectos de que le hacían autor, y que Sus Majestades Católicas estaban muy distantes de querer emprender cosa alguna contra la Inglaterra. Después, para dar más peso a sus seguridades, añadió que no se habían enviado tropas a Vizcaya y Galicia, sino para la defensa de estas dos provincias, con el aviso que se había recibido de que el Rey británico debía enviar sobre estas costas una escuadra con tropas de desembarco, con ánimo de quemar los navíos españoles en sus puertos; que acerca de las armas que decía estaban en Cádiz, lo ignoraba enteramente. Pasando después al duque de Warthon, dijo al ministro inglés que no había podido dispensarse de la visita de una persona tan calificada, pero que estaba muy lejos de aprobar o simplemente favorecer las visiones con que este duque le había entretenido varias veces que le habló; y después, según su ímpetu regular, dijo, prometió y juró que si el duque de Warthon aventuraba hacerse agente del pretendiente, lo haría salir de Madrid en veinte y cuatro horas. Finalmente, por lo que concernía a este Pompili de quien le hablaba, no conocía tal sujeto, ni de dónde venía, ni lo que hacía en la corte; pero que se informaría de ello y que lo mandaría echar prontamente si su conducta diese lugar para sospechar hacía el manejo que le atribuía.

El mal suceso del duque de Ripperdá en todos sus proyectos, la facilidad con que se descubrían y la desconfianza que su variedad había sembrado contra él en todos los partidos, disgustaban cada día más a Sus Majestades para continuarle la administración de sus negocios, y pensaban seriamente a quitársela, nada sosteniéndole ya en el puesto que ocupaba, sino ciertas medidas que se juzgaban deber preceder a su caída. Reducido a este estado de incertidumbre, hacía Ripperdá cuanto podía para ocultarlo al público; pero todas sus precauciones eran inútiles. La mutación de Ministerio interesa a tantas personas diferentes en las cortes, que es imposible no sea percibida por los que la temen o desean

antes que suceda, porque son tantos los que cercan los Reyes, que una señal o una palabra se hace luego el objeto de las especulaciones de los cortesanos

Entre los muchos que vivían en la corte, cuyas luces y talentos podían causar celos al duque de Ripperdá, ninguno había como don José Patiño, hermano del marqués de Castelar, a quien el primer ministro había quitado el empleo para apropiárselo. Ambos hermanos, vivamente sentidos, veían con indecible alegría el estado vacilante de su enemigo. Éste, que no ignoraba su resentimiento, y que con la extinción de su autoridad temía las consecuencias de él, instaba al marqués a que fuese a su embajada de Venecia, igualmente que al hermano a Bruselas, para donde desde el mes de febrero estaba nombrado residente cerca de la archiduquesa gobernadora, a fin de liquidar las deudas de la Corona, conforme al tratado de Viena.

Un empleo de tan poca consideración, que sólo se dirigía para alejar a don José Patiño en una circunstancia que preveía poder ser conducente a su elevación, no le daba mucha prisa de pasar a los Países Bajos, y difería su partida cuanto podía. El marqués hacía lo mismo, y esto daba lugar de sospechar a que ambos hermanos estaban más ocupados en buscar los medios de quedarse en Madrid, que de pasar a las cortes de Venecia y Bruselas para ejercer sus funciones de ministros de España. La incomodidad de viajar en invierno, algunas enfermedades supuestas y ciertas disposiciones en sus negocios, habían servido de pretexto para mantenerse en la corte hasta el mes de abril, sin que el duque de Ripperdá pudiese desaprobarlo; pero siendo la estación favorable y no habiendo prudente motivo para eludir la orden, y sabiendo Ripperdá la causa secreta de su detención, le mandó que se dispusiese incontinente para ejecutar su comisión, y que tres o cuatro días eran suficientes para ponerle en estado de marchar.

Esta precipitada orden no embarazó poco a don José Patiño, quien buscó todos los medios posibles para hacerla revocar. Su sagacidad no le dejaba ocioso; recurrió a cuantos podían favorecerle en la triste coyuntura en que se hallaba de obedecer el preciso mandato del primer ministro. El arzobispo de Amida, don Domingo Guerra, confesor de la Reina, le ofreció sus buenos oficios y protegerle. Es así que para vencer los obstáculos, ponderó a esta princesa los superiores talentos de don José Patiño, y cuán necesario podían ser en las mutaciones que se meditaban: con que pudo éste obtener una orden secreta para diferir su partida, y se cree que el conde de Konigseg no cooperó poco a ella.

* * *

La elevación y autoridad a que el duque de Ripperdá había llegado con tanta rapidez, se fundaba únicamente sobre la unión formada por él entre las cortes de Viena y Madrid, y, por consiguiente, su solidez dependía de conservarla y conciliarse la protección del Emperador; pero apenas entró en el Ministerio, pareció mudar de sistema, apartándose de aquel que naturalmente debía mirar como el solo fundamento de su fortuna, y no contribuyó poco a confirmar el juicio nada ventajoso que se tuvo de sus negociaciones. El conde de Konigseg, quien, por su parte, observaba todas estas variedades, había exactamente penetrado el secreto principio. Una mutación tan opuesta a las ideas de la corte imperial ofendiéndole en extremo, no cesaba de quejarse a la Reina de la conducta de Ripperdá, representándola las peligrosas consecuencias de sus indiscretas conferencias a los ministros de las potencias marítimas.

Apoyadas estas representaciones del conde de Konigseg con las cartas que escribía el Emperador, Sus Majestades Católicas se determinaron a despedir este ministro, quitándole primero la presidencia de Hacienda, con el pretexto de aliviarle una parte del trabajo de que estaba oprimido. ¡Raro ejemplo de moderación y clemencia en estos magnánimos príncipes, que viéndose entregados a la suma imprudencia de este ministro, haciendo inútil el tratado de Viena, querían aún conservar ciertas medidas, para no perderle en la estimación pública! Pero éste, sin atender a su inconsiderado proceder, vivamente sentido de verse quitar una partícula tan preciosa de su autoridad, hizo dejación de todos sus empleos, que no fue admitida por descontado, mas no tardó en obtener esta gracia.

Al otro día, 14 de mayo, bajando a las once de la noche del cuarto de los Reyes, con quienes había trabajado hasta entonces, recibió un cuarto de hora después una carta del marqués de la Paz en que le hacía saber admitía Su Majestad la dejación, concediéndole, sin embargo, una pensión de tres mil doblones en consideración a sus servicios. Consternado Ripperdá de esta carta, salió inmediatamente de Palacio, donde vivía, pasando a su casa que tenía en Madrid, y por no creerse seguro en ella, el 15 por la tarde, a la del embajador de Inglaterra.

A la verdad, las casas de los embajadores son asilos sagrados; pero ninguno gusta de hacer valer semejante privilegio a favor de un hombre quien por su caída parece haber cometido algún delito contra el Estado, y expone al ministro que lo recibe a comprometer los derechos de su carácter. Bien instruido en esto milord Stanhope, preguntó luego al duque de Ripperdá si conservaba algún empleo, y si dependía en algo de Su Majestad sirviéndole aún; a que respondió le había exonerado enteramente de ellos. Prosiguió preguntándole si discurría estar en la total desgracia del Rey, o si temía verse perdido por algún delito cometido en su Ministerio, en cuyo caso no le podría recibir en su casa, ni menos concederle el asilo que había venido a buscar en ella.

Departiendo el duque a todas estas cuestiones, dijo que, bien lejos de estar desgraciado, y aún menos sospechado o en peligro de verse acusado de ningún delito, el Rey se había servido, admitiendo su dejación, concederle una pensión de tres mil doblones en recompensa a sus servicios, y le presentó la carta del marqués de la Paz, en que verdaderamente expresaba que a su solicitación el Rey había venido en admitir la dejación de todos sus empleos, asignándole dicha pensión, hasta que Su Majestad lo emplease del modo que juzgase más conveniente a su servicio. Con todo, no le pareció al ministro de Inglaterra deberle conceder el asilo que buscaba, mas sí solamente que durmiese aquella noche en su casa, entre tanto daba parte al Rey de cuanto pasaba, y saber en asunto a esto sus intenciones, para cuyo efecto le hizo pedir audiencia por el marqués de la Roche.

Concedida ésta, dio cuenta al Monarca de lo ocurrido entre el duque de Ripperdá y él, suplicando le dijese Su Majestad el modo con que se había de gobernar acerca de este ministro, que se conformaría en todo a su voluntad. Después de haberle escuchado, respondió el Rey que, aunque se admiraba de la conducta de Ripperdá en haberse retraído a la casa de un ministro extranjero, estaba, sin embargo, satisfecho de cómo milord Stanhope había procedido en esta ocasión, añadiendo que el expresado Ripperdá

solicitaba un pasaporte para retirarse a Holanda; pero que no se le concedería hasta haber entregado varios papeles de consecuencia.

En fin, Su Majestad exigió de este milord que el duque no se ausentaría de su casa, que mandaría hacer una lista de todos sus papeles y enviaría por ellos al otro día. Contento el embajador de que el Rey parecía aprobar su conducta, aseguró a Su Majestad que ejecutaría sus órdenes con la mayor exactitud, y vuelto Stanhope a su casa, declaró al duque de Ripperdá podía estar en ella todo el tiempo que sus negocios lo permitiesen, sin temer violencia alguna por parte de sus enemigos, bien entendido no emprendería evadirse, según había tenido la honra de convenir con el Rey.

Hay circunstancias imprevistas y extraordinarias en que es difícil prever luego los inconvenientes que pueden resultar de los discursos, y después las resoluciones que conviene tomar por no percibirse a veces sino sucesivamente, y cuasi imposible evitarlas. Considerando, pues, la corte de España con la mayor sensibilidad las consecuencias que se podían seguir de las conversaciones que este ministro desgraciado tendría en su enojo con milord Stanhope, juzgó, no obstante lo que el Rey dijo a este embajador, usar de la violencia en caso de rehusar el duque salir; y a fin de que éste no engañase la vigilancia de aquél (según se informó al mismo embajador), se apostaron, para mayor seguridad, algunos soldados en las cercanías de la casa de este ministro, no porque Su Majestad desconfiase de sus buenas intenciones, mas sí únicamente para prevenir *las locuras y desorden de Ripperdá*. Así se explicó él marqués de la Paz en su carta al señor Stanhope.

Estas precauciones no calmaban la inquietud, antes se aumentaba. El único expediente era sacarle por fuerza, haciéndole mirar como reo de ciertos delitos, que no permitían al embajador de Inglaterra darle asilo; pero el Rey había manifestado a éste estar satisfecho de su conducta, y de recurrir a la violencia, era faltar a su palabra. En esta perplejidad, y para paliar la determinación ya tomada en Palacio, se mandó juntar el Consejo de Castilla, para que examinase si se podía o no sacar al duque de Ripperdá sin violar el derecho de las gentes. Aunque no se imputaba en el decreto otro delito que el haberse retraído a casa de un ministro extranjero, el Consejo lo declaró, sin embargo, reo de lesa majestad, decidiendo podía el Rey sin el más mínimo agravio, ni contra la inmunidad concedida recíprocamente a los embajadores, *sacar a dicho duque por fuerza, fundándose en que si se autorizaba una costumbre tan contraria al derecho de las gentes, como el de permitir que un ministro desgraciado se amparase de la casa de un embajador, como seguro asilo, seguiríase de esto que lo que había sido reglado para mantener mejor correspondencia entre los Soberanos, se dirigiría, al contrario, a la ruina y destrucción de su autoridad, respecto de que extendiendo los privilegios concedidos a las casas de los embajadores* (que son únicamente a favor de los delitos comunes), *hasta los vasallos depositarios de la hacienda, fuerza y secretos de un Estado, cuando llegan a faltar a la obligación de su ministerio, era introducir sumo perjuicio a todas las potencias del orbe, que se verían obligadas, si esta máxima tuviese lugar, no sólo a consentir, sino también a sostener en sus cortes todos aquellos que maquinasen su perdición*.

El Rey no había mandado juntar el Consejo Supremo de Castilla con tanta ostentación, sino para justificar a los ojos del público la resolución que había tomado, y creyéndose bastantemente autorizado con su decisión, pensó en los medios de ejecutar su designio,

dando orden para este efecto al alcalde de corte don Luis de Cuéllar y al mariscal del campo don Francisco Valanza, ayudante general de las Guardias, que con un destacamento de sesenta hombres pasasen a casa del embajador de Inglaterra. El 25, por la mañana, al abrir las puertas se entraron dentro, mandando a un criado despertase a su amo; lo que ejecutado, entregaron a este ministro una carta del marqués de la Paz, en que le decía substancialmente *que el Rey veía con el mayor disgusto que todas las razones y esfuerzos de Su Excelencia en persuadir al duque de Ripperdá que se sometiese a la voluntad de Su Majestad, fuesen inútiles y sin efecto, por lo que había resuelto hacer prender a dicho duque para ser conducido al alcázar de Segovia, a fin de poder después judicialmente ordenar lo que su alta prudencia juzgase a propósito, relevándole de la palabra que le había dado de ser responsable de la persona del duque; que Su Majestad había encargado a los referidos oficiales usar de toda la urbanidad, atención y respeto correspondiente a su carácter, pero que en caso de resistencia entrarían con la gente armada para apoderarse de Ripperdá y de todos sus papeles*.

Admirado milord Stanhope del contenido de esta carta, y de que antes de emplear la fuerza para arrestar en su casa al duque, no se le hubiese hecho saber que el Consejo de Castilla le había declarado reo de lesa majestad; y, en fin, de que sin observar ninguna formalidad ni atenciones, oficiales de Justicia y Guerra entrasen armados en su casa para forzarla, quejóse amargamente de la injuria hecha a su carácter y al Derecho de las gentes, pidiendo se suspendiese la ejecución hasta responder al marqués de la Paz; pero las órdenes, precisas, no admitían dilación, y el ministro inglés, viendo que era preciso ceder en la circunstancia en que se hallaba, protestó solamente contra todo lo que pretendía se hacía en perjuicio de sus derechos y carácter. Entretanto, se había arrestado a Ripperdá, tomado sus papeles, y sin la menor violencia ni insultos a los criados del embajador, salieron de su casa con el prisionero, a quien hicieron tomar el camino de la ciudad de Segovia, donde fue encerrado en una torre del alcázar, con un solo criado, sin permitir a nadie, ni aún a su mujer, hablarle.

Ve aquí el término de la alta y brillante fortuna a que este ministro llegó, y de que gozó tan poco tiempo. No merecía, ciertamente, por su habilidad ni talentos el puesto que ocupaba, y no sirvió sino para hacer notar de más cerca lo endeble de sus luces. En lo demás, el duque de Ripperdá no pareció, después de su desgracia, tan culpado como desde luego le había juzgado el Consejo de Castilla, pues sus pretendidos delitos de lesa majestad se desvanecieron igualmente como su poder, mirándole en lo sucesivo como un hombre incapaz por su ligereza e imprudencia no sólo de gobernar un Estado, mas tampoco de tratar los negocios más leves.

Todo esto que acababa de ocurrir en la casa del embajador hizo gran ruido en la corte, y este ministro envió su secretario a casa de los demás para hacer este negocio causa común, y mientras venían las órdenes del Rey su amo, a quien iba a despachar un correo, se ausentó de Madrid. Interesada la corte de España en justificar su conducta, despachó varios expresos a Viena, Londres y La Haya; asimismo mandó al marqués de la Paz publicar una especie de relación que fue comunicada a todos los ministros extranjeros. Esta discusión dio lugar a muchas representaciones y cartas de parte de España y de Inglaterra; pero no produciendo alteración alguna, se sepultaron en profundo silencio. Todos los empleos fueron restituidos a aquellos a quienes este, ministro se los había

quitado. El marqués de Grimaldo volvió a su plaza de secretario de Estado, por lo tocante a los negocios extranjeros, a excepción de lo que concernía a la corte de Viena, que fue conferido al marqués de la Paz. El de Castelar fue restablecido en el Ministerio de la Guerra, y don Francisco de Arriaza, en el de Hacienda. Sólo don Antonio de Sopeña, que lo era de Marina e Indias, perdió su empleo, concediéndole Sus Majestades a don José Patiño.

Habrá quien diga acaso (y tendrá razón) me he extendido demasiado sobre esta materia; pero, además de que era necesario hacer evidentes las propiedades del duque de Ripperdá, el tratado de Viena, obra suya, fue la causa de todas las revoluciones que experimentó la Europa durante algunos años, y la continuación de esta obra conducirá a manifestar el fundamento de esta disgresión.

* * *

Aunque las principales potencias de la Europa, que ambos tratados de Viena y Hannover dividían, afectasen igualmente mostrarse inclinadas a conservar la tranquilidad pública, solicitaban, sin embargo, cada una por su lado, el fortificarse con nuevas alianzas, no oyéndose hablar en todas partes sino de negociaciones que se dirigían a este fin. Atento el marqués de San Felipe a cuanto pasaba en Holanda, donde residía en calidad de ministro plenipotenciario de España, dio aviso a este Monarca de la resolución que había tomado esta provincia de acceder al tratado de Hannover, y de las disposiciones de las demás de esta República, para seguir su ejemplo. Esta nueva no era en nada agradable, y se expidieron de la corte varios correos a este ministro, con orden de que hiciese todo lo posible, a fin de retardar la entera accesión de los Estados Generales a dicho Tratado.

Contábase mucho sobre la habilidad del marqués de San Felipe, pero la empresa no era fácil; bien lo percibía este grande hombre. No obstante, para ejecutar las órdenes, presentó una memoria a sus alti-potencias, que a la verdad fue recibida con urbanidad, mas sin diferir a ella, ni menos a las representaciones hechas ya sobre este asunto por los ministros imperiales. Juzgaron los Estados Generales conseguir más fácilmente derribar la compañía de Ostende accediendo al tratado de Hannover, que de admitir la mediación del rey de España, cuya buena intención parecía sospechosa.

Cansado el marqués de San Felipe de todas sus tentativas, no quiso renovarlas. Con efecto eran inútiles, supuesto que los Estados Generales hicieron comunicar a los ministros de los Reyes aliados la resolución que habían tomado de estar en todo conformes a los deseos de estos Monarcas. Y aunque las dos provincias de Utrecht y Groningue se resistían a seguir el ejemplo, los obstáculos que lo causaban fueron allanados, y la accesión se hizo pública. El marqués de San Felipe, que esperaba este suceso, y lo había anunciado a la corte de España como cierto, sin embargo no lo vio, habiendo muerto el 11 de junio de un accidente de apoplejía a su regreso de Amsterdam, donde había pasado para sacar del poder del conde de Lambilly los papeles y letras que le había entregado Ripperdá cuando le mandó pasar a la corte de Rusia.

Para indemnizarse del mal suceso de las negociaciones de Holanda, el Emperador y el Rey Católico trabajaban de acuerdo, con el fin de agregar a su alianza otras potencias, a cuyo efecto el primero envió ministros a varias cortes de Alemania, Italia y del Norte. El conde de Rabutin estaba de partida para la Rusia. El conde de Sintzendorf, gran canciller de la corte imperial, acompañado de todos los consejeros de la Cancillería y del de Kufstein, consejero áulico, partió de Viena para Munich con pretexto de cumplimentar a nuevo Elector sobre la muerte del príncipe, su padre; pero interiormente, para empeñarle, del mismo modo que el elector de Colonia, su hermano, a acceder al tratado de Viena; y mientras ejecutaba el conde de Harrach igual comisión en la corte de Turín, el Emperador mandó al de Daun, gobernador del Milanesado, entablase con el rey de Cerdeña alguna negociación relativa a este asunto. Contábase mucho en Viena y Madrid sobre las favorables disposiciones en que estaba la Rusia, prometiéndose que esta Soberana abrazaría los intereses de Sus Majestades Imperial y Católica, empleando a su favor sus fuerzas así de tierra como de mar.

La emperatriz Catalina, después de haber sucedido por singular acaso al Emperador Pedro I, llamado el Grande, su esposo, sostenía con dignidad la gloria que este príncipe había procurado a la nación rusiana, y reinaba con tanta autoridad como este Monarca. Las correspondencias que parecía tener con el César y, por consiguiente, con el Rey Católico, y el designio en que se creía estaba de hacer restituir al duque de Holstein, su yerno, la posesión del Ducado de Sleswick, de que el rey de Dinamarca se había apoderado, y aún hacerle declarar futuro sucesor al reino de Suecia, tenían en movimiento a todo el Norte, especialmente al rey de Dinamarca. Temeroso este príncipe de verse atacado el primero, aumentaba considerablemente sus fuerzas navales, haciendo otros preparativos de guerra; y a fin de que no causasen celos a la Suecia, donde mantenía muchos parciales el duque de Holstein, hizo saber a esta Corona que, informado de que este príncipe tenía designio de ejecutar, así por tierra como por mar, el proyecto de atacarle con la emperatriz de Rusia, se veía obligado a tomar las convenientes medidas para su defensa; que su intención no se dirigía a otro fin, no dudando que estuviese Su Majestad Sueca en las mismas disposiciones, y le diese nuevas pruebas de su amistad, y cuando no concurriese al mismo intento, esperaba no concedería socorro alguno en perjuicio de Su Majestad Danesa.

La respuesta fue en todo conforme a las representaciones, pero no satisfizo al rey de Dinamarca, y las voces que se esparcieron poco después de que reinaba entre la Suecia y Rusia una estrecha alianza, determinaron a este Monarca, para prevenir las consecuencias de ella, a solicitar vivamente al rey de Inglaterra, a fin de que enviase una escuadra al mar Báltico, a la cual uniría otra para conservar la tranquilidad en el Norte; que Su Majestad Británica adquiriría no sólo gloria en disipar la tempestad que amenazaba esa región, sino que también daría más autoridad a las negociaciones de su ministro, el señor Pointz, en Estocolmo. Estas instancias del dinamarqués dieron ocasión de mirar de más cerca los designios que se podían formar en el Norte, y determinar, si fuese posible, a la Corona de Suecia a acceder al tratado de Hannover, enviando la escuadra que se pedía; mayormente, habiéndose sabido por ciertas cartas interceptadas de un agente del presidiente en Moscovia, que los parciales de este príncipe habían encontrado medio de comprar allí tres navíos de guerra, que se hicieron a la vela para Cádiz, y servir a la ejecución de los secretos proyectos de las cortes de Viena, Madrid y Petersbourg.

Las más leves apariencias de un designio, que se dirige a quitar a un soberano la posesión de su Corona, hacen una viva impresión sobre él, y excitan tanto su atención como vigilancia. Ya prevenido el rey Jorge por el señor de San Saphorin y milord Stanhope de cuanto se sospechaba tramarse en Viena y Madrid a favor del pretendiente, en cuyos proyectos se discurría entraba la Czarina, dio orden a su ministro en esta corte se informase en qué puerto habían arribado los mencionados navíos moscovitas. Este lord, que tenía toda la actividad en descubrir lo que se quería tener más oculto, ejecutó puntualmente las órdenes de su amo, informando a Su Majestad que los susodichos navíos habían con efecto llegado a Cádiz, de allí pasado a Santander, donde cuatro naves españolas, con víveres para tres meses y medio, debían juntárseles, y servir verisímilmente para el cuerpo de tropas que estaba en las cercanías de este puerto.

Sea que el rey Jorge se persuadiese querían destronarle o que para facilitar la ejecución de sus designios le pareció necesario tener esta opinión, entre la resolución de armar y hacerse a la vela tres escuadras, no pasó más tiempo que el de equiparlas. El almirante Hozier con la una dirigió su rumbo a Indias, para bloquear en Portobelo el dinero que debía servir para los vastos proyectos de los aliados de Viena. El almirante Wager hizo lo mismo para el mar Báltico; después de haberse unido cerca de la isla de Nargin con la flota danesa, encerró la marina de la emperatriz de Rusia en los puertos de Revel y Cronslot, para todo el verano, conservando así con tanta prontitud como gloria la tranquilidad en el Norte, y la tercera fue a cruzar sobre las costas de España. En vista de esto, ya no se pensó en más embarcos en Galicia, ni a servirse de los navíos rusianos, si es cierto que hubiesen venido para esta expedición; pero lo más probable es que habían venido a este reino para comerciar y quitar a los ingleses las ganancias que tenían en Moscovia con las mercaderías que llevaban de España. En fin, la partida del almirante Hozier obligó a la corte enviar a América las naves armadas en Cádiz para un viaje bien diferente, y las de Rusia, en el supuesto de armas y tropas que debían transportar a Escocia, tomaron el camino de Petersbourg, cargadas de aceite y otras semejantes mercaderías.

Atribuíase al duque de Warthon, que ya se había adquirido mucha fama en Inglaterra, el haber puesto en movimiento todas estas potencias a favor del pretendiente. Los viajes de este señor a Alemania, Viena, Roma y España, habían hecho ruido, y se le miraba como un hombre capaz de formar y ejecutar los mayores proyectos; mas todos estos se redujeron a casarse en esta corte con una joven irlandesa, camarista de la Reina, llamada Auberne, y obtener una patente de coronel en servicio de esta Corona. Una fortuna de tal tamaño le hubiera indemnizado mal de lo que perdía en Inglaterra, si Dios no la hiciese servir para que abrazase la religión católica apostólica romana, en la cual tuvo la felicidad de morir cuatro o cinco años después en el convento de Poblete, cerca de Tarragona, en Cataluña.

Si la Inglaterra no se descuidaba en inutilizar los designios de las cortes de Viena y Madrid, la Francia no tomaba menos precauciones para llegar al mismo fin. Además del aumento de veinte y cinco mil hombres, el duque de Borbón, conforme a un proyecto que se le presentó entonces, ordenó se levantasen sesenta mil de milicias, que serían mandados por los reformados oficiales de las veteranas tropas; y este establecimiento, cuya utilidad se reconoció, subsiste aún; pero su autoridad sobrevivió poco a él, habiendo

acaecido a este primer ministro en Francia lo que un mes antes al duque de Ripperdá en España, a donde esta noticia no tardó a penetrar, y de que los Reyes se manifestaron muy satisfechos, por atribuírsele el regreso de la infanta. En el mismo día 11 de junio dio a luz la reina de España una princesa, que fue llamada María Teresa Antonia Rafaela; casó con el Delfín en 23 de febrero de 1745, y murió en Versailles a 22 de julio del año siguiente.

Sabida la deposición del duque de Borbón en todas las cortes de la Europa, y la elevación del cardenal de Fleury, todos pensaron debía producir infaliblemente la reunión de ambas Coronas; en esta inteligencia estaba la España. El Rey británico hizo sondear las intenciones de esta Eminencia, quien respondió a su ministro, el señor H. Walpole, conservaría constante el empeño tomado con los aliados de Hannover. La corte de Viena despachó un correo a la de Madrid con amplias instrucciones para el conde de Konigseg sobre el modo con que debía conducirse para impedir semejante suceso, o a lo menos hacerle depender de la mediación del Emperador. El rey de Prusia, a quien no sobraban sino inquietudes, manifestó al conde de Rottembourg, ministro de Francia, temer que bajo del ministerio de este cardenal -cuya conciencia tan delicada y escrupulosa le había obligado a renunciar su obispado de Frejus- no fuese de mucha duración la alianza del Rey Cristianísimo, y prefiriese la de Viena; pero a este príncipe, que parecía más asustado que los otros, se dieron mayores seguridades.

A este tiempo se recibieron avisos en España de que el almirante Jennings debía hacerse a la vela con una escuadra de veinte navíos de guerra, con todo lo necesario para un desembarco; y aunque no parecía verisímil quisiese la Inglaterra declarar la guerra a esta Corona, sin embargo, juzgaron Sus Majestades Católicas era conveniente tomar las medidas que la prudencia exigía en esta coyuntura; y no habiendo certeza del paraje adonde podía abordar, se dieron órdenes para invigilar y ponerse en defensa sobre las costas de Vizcaya y Galicia, sobre las de Málaga, Valencia y Cataluña, como asimismo en la isla de Mallorca; demás de esto, se enviaron ingenieros a las plazas de diversas provincias más expuestas, a fin de examinar las fortificaciones y repararlas; también se aumentó la guarnición de Cádiz, y se hicieron marchar algunos regimientos de caballería y dragones, para formar un campo en la isla de León.

Los designios de los ingleses no sólo se dirigían contra España en Europa, mas aún en Indias, a donde se temía se apoderase el almirante Hozier de los galeones y emprendiese un establecimiento en el golfo de Méjico, según había en otro tiempo propuesto el duque de Portland, gobernador de la Jamaica. Precaucionada la corte de España contra las tentativas de esta nación, despachó tres navíos de aviso para los gobernadores de La Habana, Cartagena y Veracruz, a fin de oponérsela y asegurar el tesoro de los galeones.

* * *

Las grandes atenciones de Sus Majestades Católicas para los negocios de fuera no las impedía a ocuparse en lo que podía ser útil a sus vasallos en el interior de la Monarquía. Habiéndoseles representado que la joven nobleza, muchas veces, por falta de medios, carecía de instrucción, y con esto se hacía inútil para el Estado, queriendo remediar este inconveniente, mandó el Rey se formase en el Colegio Imperial de Madrid, bajo la dirección de los jesuitas, una especie de academia, donde se recibirían cierto número de caballeros jóvenes, a fin de que se les enseñase no sólo el latín y demás ciencias

ordinarias, sino también los idiomas extranjeros y todo lo que podía conducir a formar hombres capaces de servir al Estado, conforme fuesen los talentos que se advirtiesen en ellos. Declaráronse Sus Majestades fundadores de este establecimiento, concediendo para sostenerle y mantenerle una renta perpetua de dos maravedises en cada libra de tabaco: renta que, al parecer poca, es considerable.

Las pruebas que cada día se tenían de la mala voluntad de los ingleses, y de su unión con la Francia, servían para estrechar más los nudos de la alianza con la corte imperial; y al conde de Konigseg, de esta disposición para hacer fluir hacia Viena los subsidios que el Rey Católico se había obligado a darla. La desgracia del duque de Ripperdá servía de ejemplo a los nuevos ministros para buscar con qué satisfacer al embajador cesáreo, cuya actividad y resentimiento eran de temer. Pidiéronse prestados cien mil doblones a los gremios de Madrid, y no pudiendo negarse a la demanda aprontaron sesenta mil, y los cuarenta mil restantes en letras, que se hicieron pasar a Viena; pero no siendo suficientes, se añadieron otros considerables socorros, que con los ya enviados subían a seiscientos mil doblones.

La condescendencia de esta corte por la de Viena no se limitó en esto: habíase estipulado en el artículo IX del tratado de Viena, que todos aquellos que habían seguido durante la guerra el partido del Emperador o del Rey Católico podrían no sólo volver a la posesión de sus bienes confiscados, sino también gozar las dignidades conferidas, y serían reconocidas de una y otra parte. Muchos de los españoles que se hallaban sirviendo al César, ya en sus ejércitos o en su corte, queriendo aprovecharse de esta convención, volvieron a España, y aquellos a quienes Su Majestad Imperial había honrado con la grandeza, a Madrid, para tomar posesión de los honores anexos a esta dignidad. Siendo preciso presentar, según costumbre, sus títulos al Consejo de Castilla, a fin de protocolizarlos -formalidad que se observa antes de cubrirse delante del Rey-, no se admiró poco este venerable cuerpo de magistrados, al ver en algunos que el Emperador los hacía grandes en recompensa a su celo por su servicio, y para indemnizarles de la pérdida de sus haciendas por la tiranía del duque de Anjou. Una expresión tan áspera, que se suelta en la circunstancia de una guerra viva y animada, pero que se quisiera, en tiempo diferente, no haber dicho, pareció tan diametralmente opuesta al privilegio que se concedía de cubrirse en calidad de grande ante el Monarca contra quien se dirigía, que el Consejo de la Cámara de Castilla no quiso proceder a la protocolización de semejantes títulos sin primero saber las intenciones de Su Majestad, y aún estuvo para romperlos. La delicadeza de este supremo tribunal estaba ciertamente bien fundada, y su celo por la gloria del Rey Católico, loable y digno de su fidelidad; pero Sus Majestades no juzgaron a propósito atender a estas escrupulosas representaciones, mandándose proceder en los mismos términos que si la hubiesen conseguido por sus méritos. Basta sobre este asunto, que no debe ocuparnos demasiado, y prosigamos el hilo de nuestra narración política.

Mientras daba la corte disposiciones para poner sus costas en situación de no temer la escuadra inglesa, el conde de Konigseg recibió un correo de Viena con la agradable noticia de haber accedido la Czarina a la alianza del Emperador y rey de España. Prometíase ésta, que los numerosos ejércitos de tierra y mar de aquella potencia no sólo eran capacísimos para contener la Alemania y el Norte, sino que disiparían los proyectos de los aliados de Hannover. Su Majestad Imperial no tuvo menos confianza en ella; pues

sobre el expediente propuesto a la corte británica de transferir la compañía de Ostende a Trieste y Fiume, en el mar Adriático, no tuvo ya lugar, porque manifestó después el César que lo hallaba por impracticable.

Ofendido en extremo el Rey Católico de los continuados insultos de los ingleses, y viendo el poco fondo que se podía hacer sobre las esperanzas de separar a la Francia de la Liga de Hannover, bajo el ministerio del cardenal de Fleury, determinó enviar nuevo embajador al Emperador para estrechar más, si fuese posible, su amistad y unión con este Monarca. Esta resolución parecía tanto más razonable cuanto no convenía ver al barón de Ripperdá, hijo del ministro desgraciado, encargado de los negocios de la Corona de España en Viena, a donde su padre le había dejado. Muchos grandes pretendieron esta comisión, pero como la mayor parte había manifestado su disgusto acerca del tratado de Viena, y su poca inclinación hacia este príncipe, el conde de Konigseg supo determinar a Sus Majestades a preferirles el duque de Bornonville, cuya parcialidad contra la Francia era bien conocida por los motivos que nadie ignora.

Entonces acaeció otra nueva revolución en el Ministerio de España. Los marqueses de Grimaldo y de la Paz vivían en continua disensión: éste había sido paje de aquél, y no podía sufrir la autoridad que afectaba sobre él en todas ocasiones, renovándole con frecuencia la memoria de la oscuridad de que le había sacado; y para libertarse de las importunas atenciones que debía a este ministro, trabajó secretamente para unir en su persona la autoridad que repartían entrambos. Sospechábase al de Grimaldo conservar un afecto grande por la Inglaterra. Tampoco se ignoraba sus correspondencias con milord Stanhope, embajador de esta Corona, y el mariscal de Tessé había notado en él grande parcialidad por la corte británica, de que se había quejado al Rey Católico, como siendo contrario a sus intereses; pero el marqués de Grimaldo, que vivía precavido, no dudando lo que el mariscal meditaba contra él, había prevenido a Su Majestad confesándole sus correspondencias con milord Stanhope y ciertos regalos recibidos del Rey, su amo. En fin, supo sincerarse tan bien, que cuando el embajador de Francia llegó a hacer una dilatada enumeración de lo que se le acumulaba, Su Majestad le respondió: «¿No sabéis más, señor mariscal?» «Yo creo haber dicho bastante -replicó éste-, para hacer impresión en la alta capacidad de Vuestra Majestad.» «Y bien -dijo el Rey-, aún sé más que vos», terminando con estas palabras la audiencia, sin querer mayor explicación.

Gozaba pacíficamente desde entonces el marqués de Grimaldo el favor del Rey. Es verdad que durante el Ministerio del duque de Ripperdá, pareció haberle perdido del todo, con su puesto; pero había durado poco el eclipse, y la caída de aquél le daba nuevo esplendor. La desgracia del referido marqués fue el no haber sabido conformarse a la mutación de sistema sobrevenida en España, de que se le había ocultado la mayor parte, ni disimular su afecto por la Inglaterra, de que el conde de Konigseg no tardó a ser instruido. Este ministro, cuyo celo en sostener los intereses de su amo comprendió fácilmente la importancia de no dejar cerca del Rey a un ministro como el marqués de Grimaldo, nada dispuesto a favor de la corte de Viena; por otra parte, acostumbrado a estudiar las inclinaciones y disposiciones de Su Majestad, no dejaría, según toda apariencia, de aprovecharse de las oportunas ocasiones para hacer conocer al Rey la poca solidez de las promesas del Emperador. Para prevenir, pues, con tiempo semejante inconveniente, el conde de Konigseg se sirvió de la facilidad que tenía de hablar a Sus

Majestades sobre todo lo que interesaba a su servicio, y de la confianza de la Reina, para hacer sospechoso al expresado marqués de una inteligencia inexcusable con la Inglaterra y apagar insensiblemente en el corazón del Rey un resto de benevolencia que le conservaba.

El marqués de la Paz no estaba ocioso, y aunque percibía todo el horror de vestirse con el despojo de su bienhechor, no andaba menos solícito diciendo al ministro imperial que su afecto y respetuosa sumisión por el Emperador, y su cuidado en fortificar de más en más la amistad e inteligencia que reinaba entre este Monarca y Sus Majestades Católicas, era el efecto de las continuas desazones que experimentaba con el de Grimaldo; cuyo sentimiento y pesar no daba lugar a más venganza. Fácil es de discurrir la impresión que semejantes confidencias harían en el conde de Konigseg, y cuánto avivaban sus esfuerzos para alejar del Ministerio a un hombre tan opuesto a los intereses de la corte de Viena.

El amor propio es casi natural en los hombres, mayormente cuando discurren tener alguna razón para ello. Había más de veinte años que el marqués de Grimaldo estaba en el Ministerio; y el Rey parecía haberle honrado siempre de su confianza, y aún defendido cuando se intentó algo contra él. Un favor tan señalado, lisonjeándole, le hacía esperar que la indiferencia de Su Majestad hacia él cesaría infaliblemente luego que se percibiesen las vanas esperanzas de la corte de Viena; y penetrando no podía estar lejos este suceso, contaba que, después de acaecido, su situación se haría tanto más brillante cuanto Sus Majestades no podrían entonces dejar de aplaudir la exactitud de su opinión. Así, su intención se dirigía a conservarse en el puesto que ocupaba hasta la revolución que, según él, debía afirmarle por siempre.

Esta circunspección e ideas no se ocultaban a la penetración del conde de Konigseg y del marqués de la Paz. Conocían uno y otro cuán fundada era su espera; mas no sirvió sino para acelerar la caída de este ministro. Haciendo ver aquéllos estaba éste enteramente entregado a la Inglaterra, Sus Majestades resolvieron quitarle la parte de los negocios extranjeros que estaba a su cuidado, uniéndola a la que ya poseía el marqués de la Paz. Así perdió el de Grimaldo segunda vez el empleo que había sabido mantener tanto tiempo en el Ministerio, conservando únicamente el sueldo con el vano título de Excelencia: ¡triste compensación de la pérdida de su crédito y del triunfo de su rival!

Don Francisco de Arriaza, presidente de Hacienda, no tardó en seguir al marqués de Grimaldo. A la verdad, no se le imputaba a este ministro, como al otro, correspondencias con la Inglaterra; pero su lentitud en hacer pasar dinero a Viena, juntamente con las frecuentes representaciones sobre la imposibilidad, no le acriminaban menos; a que se siguió el censurar libremente la autoridad que se dejaba tomar al embajador alemán. No era menester tanto a éste para trabajar a perder un hombre tan poco dócil a su solicitud. La idea que dio a Sus Majestades de la incapacidad de este ministro, que por su desgracia no carecía de fundamento, sirvió a enajenársele, y poco después a preferirle don José Patiño, quien reunió en sí el ministerio de la Marina, que ya poseía, con la presidencia de Hacienda. En cuanto a don Francisco de Arriaza, se le dio una plaza en el Consejo de Castilla.

Gozaba con no poca satisfacción el conde de Konigseg la gloria de haber apartado del Ministerio a todos los que le eran contrarios, y no viendo ya cerca de Sus Majestades sino

al padre Bermúdez, que podía contrapesar su crédito, buscó forma de hacerle sospechoso. No ignoraba este ministro las inclinaciones de este religioso para la reunión de ambas Coronas: sabía también no disimulaba éste que la alianza de España con la corte de Viena era tan perjudicial como favorable y útil la de Francia; pero era difícil hacerle perder la confianza del Rey, y todos los resortes que hacía jugar producían poco efecto. Verisímilmente la hubiera conservado, a pesar de los esfuerzos del conde de Konigseg, si el cardenal de Fleury no hubiese decidido de su suerte, escribiéndole una carta para que la pusiera en manos del Rey, supuesto que todos los medios de que se había servido hasta entonces eran inútiles; porque se sabía en la corte de España no quería mudar nada en el empeño tomado por el duque de Borbón con los príncipes de la Liga de Hannover, bien que daba a entender lo contrario. Atenta la Reina a todas las prácticas de este purpurado, sabía con cuán poco fundamento se podía contar sobre sus promesas; así, invigilaba esta princesa con la mayor exactitud a todo lo que podía venir de su parte.

El padre Bermúdez, que buscaba propicia ocasión para entregar a Su Majestad las cartas del cardenal de Fleury, hallándose solo con este monarca, no perdió el instante de dárselas. Apenas comenzaba este príncipe a leerlas, cuando, entrando la Reina en el gabinete, advirtió que el Rey estaba con un papel en la mano, y que el padre Bermúdez se inmutó; quiso esta princesa retirarse, manifestando a Su Majestad estar sentida de haber acaso interrumpido la conversación que tenía con su confesor. «En ningún modo -respondió el Rey-; al contrario, sírvase Vuestra Majestad de entrar; el padre Bermúdez me habla de una carta que le ha escrito el cardenal de Fleury, y me ha entregado ésta de su parte», alargándoselas ambas a la Reina para que las leyese.

Retirado el confesor, se puede discurrir cuál fue la justa indignación de esta princesa al ver que aquella Eminencia escribía al Rey moderase la confianza que tenía en su augusta esposa, y el caritativo celo del padre Bermúdez en favorecer semejante designio. El confesor recibió orden la misma tarde de retirarse al Colegio Imperial, y el padre Clark, irlandés de nación y rector del Colegio de los Escoceses en Madrid, reemplazó su puesto. Así se atrajo este religioso su desgracia, sin intervenir en ella el conde de Konigseg, y fue el único fruto que sacó el cardenal de Fleury del cristiano expediente que había imaginado para reunir las dos Coronas, sembrando la división entre el Rey y la Reina por el ministerio de un confesor.

Estas revoluciones, que se miraban como obra del conde de Konigseg, no sosegaban a los Reyes. Veían con gran sentimiento a las escuadras inglesas cruzar en Indias y en Europa para apoderarse de los galeones, y estos procederes se miraban como un insulto o acto de hostilidad, que los almirantes calificaban de paseo. Súpose poco después por un navío que llegó de Indias a Cádiz (el 14 de septiembre) cómo habiéndose presentado el almirante Hozier con su escuadra delante de Portobelo, el gobernador le había preguntado a qué fin era su venida sobre la costa; a que respondió, por orden de su amo para escoltar el navío despedido de los galeones; que el referido gobernador le había enviado incontinente la nave con la esperanza que después de haber obtenido lo que deseaba, se retiraría, dejando la entrada y salida del puerto libre; pero bien lejos de ejecutarlo, añadía la relación, este almirante tenía bloqueado con tanta estrechez a Portobelo, que ninguna embarcación, por chica que fuese, podía salir ni entrar sin ser visitada por su orden. Esta noticia exasperó en extremo a Sus Majestades, y hubieran desde luego rompido con la

Inglaterra si los medios proporcionados a la venganza correspondiesen, mas éstos estaban distantes, y se tomó a bien disimular, mayormente habiéndose sabido la precaución del gobernador de Portobelo, que aseguró el tesoro de los galeones, haciéndole transportar a la ciudad de las Cruces, diez leguas distante, y en caso de necesidad, hasta Panamá, como en efecto después sucedió. Súpose también que don Antonio Serrano, comandante de la flotilla, después de haberla felizmente conducido desde Veracruz a La Habana, había asegurado el dinero y las mercaderías que tenía a su bordo.

Esta ventaja era considerable, y la satisfacción grande, al ver que estas riquezas no podían ya caer en manos de los ingleses; mas no remediaba la suma necesidad de dinero que había en España, y tanto mayor cuanto se multiplicaban las representaciones de la corte de Viena, que acababa de concluir un tratado con el rey de Prusia; y aunque éste no inhabilitaba el antecedente, hecho con los príncipes de la Liga de Hannover, esperábase, mediante los subsidios que el Emperador le ofrecía, separarle totalmente de ella. Poco tiempo antes, el conde de Mardefeld, ministro de Su Majestad Prusiana, había firmado en Petersburg un tratado de alianza defensiva con la Czarina.

La corte de España, que no podía digerir el insulto de los ingleses, quiso dar una primera señal pública de su agravio. Con el pretexto de la peste que reinaba en Turquía, el marqués de la Paz tuvo orden de escribir una carta, en 3 de noviembre, a los ministros extranjeros, participándoles que, *habiendo sabido el Rey su amo se admitían en los puertos de diversos soberanos navíos procedentes de parajes sospechosos, Su Majestad informaba a la Francia, la Inglaterra y Holanda, de que si llegaba a su noticia recibiesen estas potencias en los suyos naves o efectos procedentes de Levante, les prohibiría todo comercio en los dominios y países que le pertenecían*.

A esto se siguió un decreto, que miraba a frustrar a la Francia e Inglaterra las ventajas que sacaban de comercio de paños y telas de seda que hacían pasar a España. Los Estados Generales no fueron tratados más favorablemente, esperándose ocasiones más oportunas para mortificarlos. Con motivo de enviar éstos contra Argel una escuadra para reprimir los corsarios de Berbería, se dio orden a todos los comandantes de las plazas marítimas, respecto de que su expedición se había reducido a firmar un tratado de paz con esta Regencia, de no admitirla en ninguno de los puertos de esta Monarquía. Habiendo entrado dos o tres naves de ella en el de Cádiz, el gobernador envió la carta siguiente al capitán Elías, su comandante:

Muy señor mío: Habiendo resuelto los Estados Generales de las Provincias Unidas, algunos años ha, enviar una escuadra contra los corsarios de Berbería, Su Majestad ordenó se recibiesen en sus puertos a los navíos de esta escuadra, con el permiso de comprar no sólo víveres, sino también lo necesario para contribuir a la ejecución de su empresa; pero terminada la guerra con esta Regencia, manda el Rey no permitir ya, bajo de cualquier pretexto que sea, a esta escuadra, u otros navíos armados en guerra, entren en ninguno de los puertos de su dominio. Os comunico estas órdenes, a fin de que haciendo atención a las circunstancias, y que no puedo dejaros más tiempo en esta bahía, os retiréis incontinente con lo restante de dicha escuadra. Quedo, etc. Cádiz, a 4 de noviembre. D. Antonio Álvarez Bohorques.

Vese por esta carta cómo el fin era de hacerles arrepentir por su accesión al tratado de Hannover, y no menos dar que sentir a la Francia de no querer separarse de la Inglaterra. Las negociaciones de que estaban encargados los nuncios en Viena, París y Madrid, adelantaban poco la reconciliación; porque el activo inglés no dejaba sentar pie en ninguna cosa, sacando cada día nuevas seguridades del cardenal de Fleury, de su inviolable empeño hacia el Rey su amo. Esto manifestó este purpurado en una carta que escribió al señor Walpole, embajador de Inglaterra en Francia, diciendo no se apartaría jamás Su Majestad Cristianísima de lo que había tratado con Su Majestad Británica, y que sus intereses serían en todo inseparables a los suyos; pero para dar una prueba más particular a este príncipe de la confianza de Su Majestad, le había mandado remitir a la corte de España una copia de la presente, que sería enviada por el nuncio Masei a monseñor Aldobrandini, a fin de que viese el Rey Católico cómo persistía en la satisfacción pedida por sus aliados, y que cualquiera cosa que sucediese la haría causa común, asistiendo y socorriéndoles con todas sus fuerzas.

No dudando la corte de España que las proposiciones hechas a la Francia por medio de ambos nuncios debiesen finalmente determinar al cardenal de Fleury a romper con la Inglaterra, quedó en extremo sorprendido, cuando monseñor Aldobrandini pasó al Escorial para dar cuenta de la carta que le había escrito el nuncio Masei. El resentimiento más vivo contra este purpurado sucedió a la idea ventajosa que se había dado a Sus Majestades de su celo por sus intereses, no disimulándose las indecentes expresiones de que se había servido en su carta. No necesitaron más los cortesanos para asegurar que este ministro, entregado a la Corona de Inglaterra, había llevado su gratitud hasta olvidar las atenciones y respetos debidos a Su Majestad Católica.

Es de advertir, para la inteligencia de esta negociación, que luego, rompida toda la correspondencia entre España y Francia, los nuncios, como imparciales en una y otra corte, procuraron reconciliarlas por especial encargo de Su Santidad. Conocía el Sumo Pontífice que el tratado de Viena no se dirigía a otro fin que al de tomar alta venganza de la injuria recibida por España en el regreso de la serenísima infanta, su hija. Tampoco ignoraba que los confederados de la Liga de Hannover no se habían unido con tanta estrechez sino para contrapesar el poder de Sus Majestades Imperial y Católica; pero temeroso al ver que cada día las cosas se agriaban, y de que resultaría infaliblemente una guerra cruel y sangrienta en toda la Europa, como Padre común de los cristianos, le pareció deber concurrir a su pacificación general, la cual sólo dependía de la reunión de ambas Coronas, a que trabajaban sin intermisión los nuncios en Viena, Madrid y París. El cardenal de Fleury debía en parte su elevación a la púrpura al Rey Católico, y este príncipe se prometía inclinaría al Monarca, su amo y pupilo, a preferir la alianza de Viena a la de Inglaterra. Su Majestad Católica la deseaba en términos proporcionados, y hasta entonces había prestado oídos gratos a las proposiciones de los nuncios; pero viendo desvanecidas tan saludables esperanzas, y de que el inglés proseguía con altivez sus amenazas, resolvió tratar nuevamente con el César, y entre tanto se expidieron órdenes a algunas tropas para moverse hacia Andalucía, con disposiciones que indicaban una próxima empresa.

La ejecución de atacar la Inglaterra no era fácil, por mostrar gran repugnancia la corte imperial en concurrir a ella. No obstante, prometíase la de España que, sacada la espada,

el Emperador no podría dispensarse de seguir el ejemplo y cumplir con las condiciones del Tratado; informado el conde de Konigseg por el marqués de la Paz de la resolución de los Reyes Católicos, se determinó a enviar su secretario a Viena pira recibir nuevas instrucciones, y aunque dio a entender serían sin duda favorables, Su Majestad juzgó a propósito escribir al César, expresando en su carta las justas razones que tenía en no sufrir por más tiempo pretendiesen los ingleses, así en Europa como en Indias, imponerle la ley; y mientras venía la determinación de aquel Monarca, se aceleraron los preparativos necesarios para la expedición meditada.

Interesado milord Stanhope en todos estos movimientos, observaba con su regular actividad las diferentes medidas que tomaba la corte de España, y no obstante el viaje del pretendiente por aquel tiempo a Bolonia, que sus parciales decían ser misterioso, no dudaba se dirigían contra Gibraltar, porque el incentivo de sus guineas, o doblones, le hacían penetrar en lo más interior de las Secretarías de Estado. Continuábase en la corte a ocultar cuanto era posible el designio verdadero de atacar a esta plaza, publicando que las tropas que se acercaban a Andalucía y cercanías de esta provincia eran únicamente para trabajar al restablecimiento del antiguo Gibraltar y construir un fuerte que hiciese inútil la rada a los ingleses. En esta opinión parecía estar el público, que no podía imaginar se quisiese emprender sin fuerzas navales el superar los obstáculos que la situación de esta fortaleza, por el lado de tierra, oponía a este designio; pero nada de esto impedía a la corte a seguir sus proyectos.

Con este motivo, no cesaba el embajador de Inglaterra de tener frecuentes conferencias con el marqués de la Paz sobre los preparativos de guerra que se hacían en el reino, representando a este ministro que el Emperador estaba muy distante a entrar en las ideas de Su Majestad, y menos declarar la guerra a Inglaterra; que parecía tener el Rey Católico puesta toda su confianza en este príncipe, el cual no le procuraría sin embargo las ventajas a que estaban dispuestos los aliados de Hannover, para la colocación del serenísimo infante don Carlos en Italia, asegurándole la sucesión a los Estados de Toscana y Parma.

Estas representaciones eran inútiles: el ataque de Gibraltar estaba resuelto, y se miraban los discursos de este ministro como un artificio de que se quería valer para que se suspendiesen los preparativos, a fin de dar tiempo a su corte de enviar tropas, y proveer a la seguridad de esta plaza, que carecía de un todo. Milord Stanhope, que no lo ignoraba, en vista del poco aprecio de lo que ofrecía, despachó un oficial al almirante Hopson, que cruzaba sobre las costas de España con cuatro o cinco navíos, para informarle de lo que pasaba y, en consecuencia, de acercarse a Gibraltar. Este oficial, que había venido de secreto a Madrid, partió del mismo modo para Málaga, en donde se embarcó a bordo de un navío de su nación, que incontinente se hizo a la vela. La aceleración con que salió del puerto hizo sospechar al gobernador algún designio, por lo que despachó en su alcance una embarcación con un destacamento de granaderos, que logró apresarle. El oficial arrestado fue conducido a la corte, pero sus papeles le precedieron. Este pequeño incidente descubrió ciertos misterios concernientes a los galeones, que no indispusieron poco a Sus Majestades Católicas, prometiéndose hacer arrepentir a la Inglaterra de haber abusado de la paciencia con que se había tolerado hasta entonces la injusticia de sus procederes.

El conde de Konigseg atizaba la llama, influyendo a los Reyes la conquista de Gibraltar, aunque no venía en ello Felipe V, ni la mayor parte de los generales, que más bien se inclinaban a la isla de Menorca; con todo, pudo más el dictamen del embajador cesáreo, el cual propuso y ofreció que el Emperador su amo haría una fuerte diversión en el electorado de Hannover; pretexto para sacar dinero de España y apartar del Ministerio a todos aquellos que le eran contrarios, y sustituir otros favorables a su intento.

El conde de las Torres, virrey de Navarra, tuvo orden de venir a la corte para concertar las medidas que se juzgasen necesarias para la conquista de esta plaza, la cual hizo muy fácil, y por lo mismo fue declarado general del ejército que se destinaba contra ella. No se puede negar fuese oficial de acreditado valor; su experiencia y conducta eran los más gloriosos testimonios de su capacidad, y se contaba mucho en la corte sobre ella; pero no siempre se proporcionan los efectos a la idea que se tiene de conseguir el designio que se emprende. La prudencia debe gobernar al hombre en sus empresas, y jamás resistir a la fortuna cuando se declara contraria, mayormente si los obstáculos embarazan el éxito, como se evidenciaba en la malograda jornada del sitio de Gibraltar.

* * *

Aunque la corte parecía enteramente ocupada en el recobro de esta importante plaza, el Rey Católico, cuyas vastas ideas no se limitaban sólo a ella, pensaba seriamente, en vista de la enfermedad del rey de Francia su sobrino, en caso de morir este príncipe, a ponerse en posesión del patrimonio de su glorioso abuelo Luis XIV, y para atender a sus derechos en aquel reino resolvió enviar al abad de Montgon con secretas instrucciones a este fin.

Antes de pasar adelante diremos quién era este abad y lo que hacía en Madrid. Con motivo de la renuncia de Felipe V y el haberse retirado a vivir apartado de las cosas del mundo, solicitó este eclesiástico por medio de una carta al confesor de este príncipe, servirle, estimulado únicamente, decía, al ver el heroico sacrificio de tantas Coronas, de ser testigo de las virtudes de Su Majestad, y conformarse a ellas con su ejemplo; que no anhelaba en manera alguna las dignidades eclesiásticas, ni aumentar la corta renta que se había reservado para subsistir: lisonjeándose que el Rey le concedería esta gracia, tanto mejor cuanto su padre había tenido la honra de servir bajo de sus órdenes en Italia en calidad de teniente general y director general de la caballería y dragones en servicio de Francia, y su madre, de dama de la señora Delfina.

El Rey, que conocía muy bien la familia de este eclesiástico, y que sentía interiormente un afecto grande para todas las personas separadas del mundo, mandó a su confesor, el padre Bermúdez, escribiese al de Su Majestad Cristianísima, para informarse si su vocación y los motivos de esta determinación eran bien fundados. Las respuestas fueron en todo conformes al deseo del abad de Montgon, quien recibió en respuesta de la que había escrito al confesor del Rey, que Su Majestad consentía gustoso pasase a San Ildefonso, donde se mantenía desde la renuncia; pero en el intervalo de los informes y respuestas, sobrevino la muerte de Luis I, y por consiguiente volvió Felipe V al trono. No

obstante, este eclesiástico, aunque había cesado la causa que le había movido, persistió en pasar a España, y habiendo obtenido los correspondientes pasaportes de una y otra Corona, el duque de Borbón, entonces primer ministro en Francia, le encargó que luego que llegase a la corte de Madrid trabajase en la reconciliación de ambas monarquías. La empresa no era fácil; mas se comportó de un modo que sus pasos no fueron desaprobados, antes se le solicitó pidiese el permiso a su corte para entrar en servicio de España. Conociendo, pues, el Rey sus talentos y capacidad, se sirvió de la ocasión que le ofrecía la enfermedad de Su Majestad Cristianísima para sondear en Francia los espíritus, en caso de morir este Monarca, deseando al abad de Montgon a fin de atender a sus intereses en aquel reino, dándole la instrucción siguiente, escrita de la propia mano de Su Majestad.

Instrucción para el abad de Montgon

«La experiencia que tengo de vuestra probidad y fidelidad por todo lo que mira a mi servicio, me hace confiaros el negocio más importante, cuyo feliz éxito pende del secreto. Si el Rey mi sobrino muriese (lo que Dios no quiera) sin heredero varón, siendo Yo el pariente más cercano y mis descendientes después, debo y quiero suceder a la Corona de mis antecesores, y a fin de que esto tenga el suceso que espero, habréis de comportaros del modo siguiente:

I.- Os mando paséis incontinenti a Francia, en donde, procurando conocer aquellos que me son afectos, los que lo son a la Casa de Orleáns igualmente, como los indiferentes, me deis parte de todo, haciendo lo posible para aumentar el número de los primeros, sin explicaros demasiado; porque muchos, con el pretexto de decir que me son afectos, podrían descubrir el misterio, y servirse de el para oponerse en llegando la ocasión, y aún perjudicar el estado presente de mis negocios; por cuanto no podréis vivir con demasiada circunspección.

II.- No comunicaréis cosa alguna de vuestra comisión ni al cardenal de Fleury ni al conde de Morville (ministro de la Guerra); a aquél, por su empeño a la Casa de Orleáns, y también porque desde algún tiempo a esta parte no tengo motivo para confiarme de él. Trataréisle en cosas particulares, pero no de negocios, a menos de recibir órdenes precisas de mi parte; procurando conocer las cosas más interiores de la corte, o por su conducto o por aquellos que juzgáreis más a propósito; no obstante, sin jamás comprometerme en la menor cosa ni dar a entender os he encargado ninguna comisión. Por lo que toca al conde de Morville, sé que está totalmente en la dependencia de los ingleses; por lo mismo debéis vivir con cautela, y sacar de él las noticias que fuese posible, y participármelas.

III.- Procuraréis sean dirigidas vuestras operaciones de modo a no dar el menor indicio a los ministros del Emperador; tratar con ellos como con los demás, y nunca hacerles conocer ni causar la más mínima sospecha de que os he encargado algo, ni en la hora ni en ningún tiempo, sin expresa orden mía.

IV.- Daréisme parte de todo, hasta de las más ínfimas bagatelas, procurando para introduciros cuanto sea posible, sin afectación.

V.- Vuestro tren en París ha de ser el de un mero particular de vuestra condición o estado, evitando cierto aire con que suelen revestirse los ministros, porque serán muchos los que os observarán.

VI.- No hablaréis, en manera alguna de reconciliación, en vista del estado en que se hallan las cosas.

VII.- Procuraréis en el mejor modo posible ganar al duque de Borbón, asegurándole que si quiere empeñarse por la justicia de mi causa, olvidaré los pasado, y podrá esperar de mí todo género de atención y amistad hacia su persona. Esto merece todo vuestro cuidado y sagacidad, por lo que mira al secreto impenetrable que se debe observar sobre esta materia.

VII.- Conviene no ignoréis que el marqués de Pompadour es y ha sido siempre amigo, y me tiene dado las mayores pruebas; especialmente lo que padeció por mí en la Bastilla (prisión de París) en tiempo de la regencia del duque de Orleáns, lo acredita. Para que no ignoréis tampoco cosa alguna, es menester deciros que estando el marqués de Magni en mi servicio, él era de quien se servía para instruirme de las cosas que le parecían necesarias a mis intereses, cuando, lo que Dios no quiera, esto sucediera. Precisado a despedir a Magni de mi servicio, no he sabido desde entonces nada sobre este asunto; bien que vino algún tiempo ha secretamente un expreso con carta suya, en la cual decía mucho sobre la misma materia, y deseaba venir aquí bajo de algún pretexto para informarme verbalmente ciertas cosas que no podía confiar al papel; y no conviniendo su presencia en España por varios motivos, entre otros por no hacerse sospechoso, podréis verle, diciendo que os he dado esta orden, y me lo haréis saber por alguna ocasión segura.

IX.- Os doy una carta credencial de mi mano para el Parlamento, a fin de que la presentéis luego, después de la muerte del Rey mi sobrino, en la cual ordeno que incontinenti esto suceda, se me proclame rey de Francia.

X.- Me informaréis en llegando a París, si debo escribir algunas cartas sobre esto a los diferentes órdenes del Estado, así eclesiásticos como seculares, y en caso de que sea menester, me lo haréis saber, a fin de poderlas enviar, y con qué títulos, porque lo ignoro enteramente.

XI.- Si es necesario nombrar un Consejo de Gabinete o algún otro, o un regente durante mi anuncia, me avisaréis nombrando las personas que juzgáseis aparentes para ello, como también si la Reina, sobreviviendo al Rey, necesita custodios que cuiden de su preñado, y de lo que pudiere acaecer.

XII.- Y luego que veáis al Rey mi sobrino acometido de algún síntoma peligroso, me despacharéis un correo, y si llegase a morir, otro con esta noticia, y de lo que habréis ejecutado según mis órdenes, o bien uno con el aviso del fallecimiento, y después otro dándome cuenta de lo que habréis hecho, en caso de que no pueda ser a un tiempo.

XIII.- En cuanto a la correspondencia que tendréis conmigo, será menester dirigir vuestras cartas a algún mercader u a otra persona segura, con el sobrescrito al arzobispo de Amida; y las que sean para mí, a *don Antonio Fernández de Ayala*; también será por el conducto de dicho arzobispo por el que os haré saber mis intenciones, a menos de ofrecerse cosas que yo deba escribir por mi mano.

XIV.- Será preciso conservar cerrada con una cubierta la carta que os entrego; y en caso de ser necesario otras, cuando las habréis recibido, juntarlas con la primera, hasta que el tiempo permita presentarlas; guardando el todo en paraje seguro, del mismo modo que esta instrucción, así durante vuestra mansión en París como el que sea menester, a fin de que nadie la pueda jamás encontrar. Madrid, 24 de diciembre de 1726. Firmado: *Felipe*.»

Es evidente que el monarca español no había tomado estas precauciones sino por las reiteradas seguridades de que el Rey su sobrino no podía vivir mucho tiempo, y de que los indicios eran demasiado fundados. Nadie ignora los atentados contra la vida de este príncipe; y si no se consiguió el fin, la habilidad sola de los médicos pudo suspender los perniciosos efectos, pero quedó la salud de este Monarca tan deteriorada, que no había humana esperanza de perfecto restablecimiento, si los ocultos recursos de la Naturaleza, prudente y sabia, no operase más que todos los medicamentos. En semejante coyuntura, el Rey Católico estaba obligado a invigilar sobre el derecho que tenía a esta Corona; y cuando su desapego a los bienes de la tierra no le diese estímulos para conservar lo legítimo, no podía frustrar a los príncipes sus hijos lo que la Naturaleza y el derecho de la sangre reclamaban a su favor, y de lo contrario hubiera obrado contra su conciencia. En fin, el abad de Montgon cumplió el encargo con exactitud desempeñando la real confianza, y, no obstante la discordia que reinaba entre las dos Coronas, reconoció estaba el cuerpo entero de la nación francesa inclinado a Su Majestad Católica.

La Reina quiso, igualmente, manifestar su amor a los franceses, olvidando la particular injuria que había recibido en el regreso de la infanta su hija, entregando al susodicho abad una memoria escrita de la propia mano de Su Majestad, en que le mandaba decir verbalmente al cardenal de Fleury que las voces, que corrían en Francia de que Sus Majestades no querían oír proposición alguna dirigida a su reconciliación con el Rey su sobrino, carecían de fundamento, supuesto que estaban prontas para renovar la amistad y buena inteligencia que hasta el regreso de la nominada infanta había subsistido entre las dos Coronas; que si el Rey, consultando sus verdaderos intereses quisiese preferir la alianza de Sus Majestades Imperial y Católica a la de las potencias protestantes, mandarían entregar los efectos que se hallaban sobre la flota y galeones pertenecientes a los franceses, por cuya nación conservaban particular benevolencia, esperando que Su Majestad Cristianísima, haciendo reflexión a las hostilidades que los ingleses continuaban contra España, así en Indias como en Europa, se abstendría de unir sus fuerzas con la Inglaterra, y no desaprobaría atendiesen Sus Majestades a sostener los derechos y el honor de su Corona, con los medios que la divina Providencia había puesto en sus manos.

Justificaba también la Reina el embargo hecho en Veracruz del navío nombrado el *Príncipe Federico*, perteneciente a la compañía del Sur, cuya carga subía a dos millones de libras esterlinas, por ser mayor de lo justo, contener mercaderías prohibidas, y, por

consiguiente, en el caso de ser confiscado; y, por otra parte, el Rey Católico estaba fundado en retenerlo, en compensación del bloqueo de los galeones en Portobelo.

Con la partida del abad de Montgon para Francia, se sosegó el ministro imperial, que lo miraba como a un agente secreto de aquella Corona, y había manifestado alguna inquietud acerca de su residencia en la corte. Este embajador, que aún no había hecho su entrada pública, eligió el penúltimo día del año para ella, y fue de las más suntuosas que se han visto. En la audiencia que tuvo de Sus Majestades, peroró al Rey en latín, a la Reina en italiano y al príncipe de Asturias en español, con una elocuencia que le hizo tanto más honor, cuanto la hacía evidente en tres lenguas diferentes, de que ninguna era suya natural.

Así feneció el de 1726, que había dado lugar a tantas negociaciones y tratados, así generales como particulares, en todas las cortes de Europa; cuyos príncipes hacían todo lo posible para evitar una guerra que, según apariencias, no debía terminarse sin la ruina de alguna potencia.

Año de 1727

Mudados de semblante los intereses de las principales potencias de Europa en el curso del año 1726 por los tratados de Viena y Hannover, cada uno esperaba ver en el principio de éste hacia dónde reventaba la tempestad que ambas alianzas trabajaban a formar. Inclinada la nación inglesa regularmente a la desconfianza por los que gobiernan, no podía tolerar la estrecha unión que reinaba con Francia, separándose de la que se había conservado hasta entonces con el Emperador. Vituperábase altamente este proceder, y esto dio lugar a muchos escritos contra el Ministerio. Siendo del interés de Su Majestad Británica el justificar en su Parlamento los motivos de esta mutación, y hacer evidente la justicia de ella, convocó a esta Junta para el 28 de enero.

Expúsose en ella el estado de la nación, del comercio y de los perniciosos designios de las cortes de Viena y Madrid, y la urgente necesidad de concurrir unánimes para la defensa del gobierno anglicano de la religión, y de la libertad de sus vasallos; mas esto no sosegó los ánimos, antes exasperó a muchos, tratando de quimeras la supuesta consternación de la corte, cuando el conde de Strafford, par de la Gran Bretaña, dijo que le parecía de la última importancia se examinasen el gran número de cartas, memoriales y papeles que se habían recibido del marqués de la Paz, del conde de Morville, milord Stanhope y del marqués de Pozo Bueno -éste acababa de retirarse de Londres por orden del Rey Católico, dejando una memoria en que insistía sobre la restitución de Gibraltar-. Leídas estas cartas, el lord Bathurst declaró primeramente que la alianza de Prusia era vacilante; que no se podía contar mucho sobre la de Francia; que los holandeses, siendo tan interesados, y en algún modo más que los ingleses, en el comercio de las Indias, y, por consiguiente, en la abolición de la compañía de Ostende, era preciso concurriesen a la garantía de Gibraltar, y obligarles a repartir el peso de la guerra.

Después, pasando a lo que concernía a España, expuso no se debía aventurar un rompimiento abierto con esta Corona sin fuertes razones; que si al duque de Ripperdá se

le habían soltado muchas expresiones indecentes, nadie ignoraba el ímpetu e indiscreción de este ministro; que los soberanos tenían derecho de negar o reprobar las imprudencias, como lo había ejecutado el Rey Católico, y que de lo contrario sería menester tener siempre las armas en la mano, por los temerarios discursos que a veces aventuran sus ministros; que podían hacer reflexión se había tratado al Emperador con poco decoro, y que el embajador de España acumulaba en su memoria al Ministerio inglés las turbaciones de que estaba amenazada la Europa; que se hablaba también en ella de una promesa positiva, hecha por el Rey, de volver Gibraltar a España; que no siendo verisímil se atreviese un ministro público a anticipar cosa semejante sin fundamento, era necesario saber si se había hecho tal promesa, o algo que la indicase, en el tratado de Madrid; y finalmente, que más valía una composición que precipitarse en una guerra cuyas consecuencias son siempre inciertas y podían ser fatales; y terminando su discurso, dijo que no era español ni francés, pero que mientras tuviese la honra de concurrir en la Cámara, siempre había de hablar con libertad por el bien de la patria, concluyendo con esta reflexión: *Si en la guerra que queremos emprender somos superiores, ¿qué ganaremos? Nada. Y si somos balidos, ¿qué aventuramos? Todo.*

Este discurso no quedó sin respuesta; milord Townshend, secretario de Estado, lo refutó; pero milord Bingley tomó la defensa de aquél, haciendo una dilatada enumeración de los daños que podían resultar. Mas otros pares, agregándose al partido de la corte, hicieron plausibles las razones de Townshend, y, por último, quedó superior; bien que no impidió a diez y ocho señores firmar y hacer protocolizar una protesta contra la aprobación de aquellos que iban a favor de la corte.

Las noticias que cada día se recibían de los grandes preparativos de guerra que en España se hacían, y de las tropas que se juntaban en Andalucía, había obligado al Gobierno anglicano a enviar una escuadra, bajo el mando del almirante Wager, a fin de transportar tres regimientos de infantería para reforzar la guarnición de Gibraltar; pero habiéndose sabido posteriormente, por algunos navíos venidos del puerto de esta ciudad, que se juntaban tropas en las cercanías de ella, dispuso se embarcasen otros tres regimientos y diez compañías de guardias inglesas, con gran número de embarcaciones cargadas de municiones y de todo lo necesario para la defensa de un dilatado sitio. En fin, por los repetidos avisos, la nación entera se interesó en la conservación de una plaza tan importante para su comercio. El clero y la mayor parte de las comunidades, con emulación presentaban memoriales, ofreciendo cuanto dependía de ellos. La ciudad de Londres se distinguió particularmente en esta ocasión; y el Rey, por un efecto de su benignidad, mandó se dispusiese una comida para regalar al corregidor, regidores y todos los individuos del Común Consejo, haciendo los honores de ella los ministros de Su Majestad y grandes oficiales de la Corona. Los gastos del banquete importaron mil y quinientas libras esterlinas, y la alegría de los convidados, celebrando esta fiesta, fue tan completa que se agotaron mil doscientas botellas de vino y se tiraron al aire hasta cincuenta docenas de vasos.

Mientras resonaba en Londres la alegría de los brindis, la corte pensaba seriamente, después de haber provisto a la seguridad de Gibraltar, a ponerse en estado de defensa, e impedía cualesquier desembarco en Escocia y demás parajes, donde se podía intentar alguna invasión en aquel reino; igualmente en repeler los satíricos escritos que se

esparcían contra el Gobierno. El *Graftsman*, que cada semana sale en Londres, apareció con una advertencia que anunciaba se vendían en el pósito de Westmunster, y en el oficio de las representaciones, las libertades del pueblo anglicano establecidas por el Gran Decreto. A éste se siguieron otros libelos contra la conducta y proyectos de la corte, en que se expresaban sus autores en los términos más agrios, y entre otros el *Escribano Ocasional*, que la voz pública atribuía al vizconde de Bollingbrok, en el que se atacaba especialmente al caballero Roberto Walpole. El diario del *Mist* se aplicó en criticar la averiguación de los motivos, etc., publicado por orden del Gobierno; y otro en que el autor, con el nombre de *Caleb de Amberes*, explicaba bajo una alegoría maligna todas las mutaciones y revoluciones que había experimentado el Gran Decreto concedido por el rey Juan, y se miraba como la base de los derechos y privilegios de la nación inglesa.

Estos escritos no quedaron sin respuestas. El caballero Walpole respondió al Escritor Ocasional en un estilo no menos satírico, justificándose de las variaciones en materias políticas que su adversario le imputaba, y se explica del tenor siguiente, en un paraje: «No es al Emperador ni a los reyes de Francia y España ni a cualesquier otro potentado por quienes debemos empeñarnos, ni a ninguno de ellos que debemos constantemente apoyar y socorrer. El poder está entre los príncipes de la Europa como el flujo y reflujo continuo; cuando lo vemos subir con demasiada rapidez hacia un paraje y que amenaza nuestros justos derechos y privilegios, es allí nuestro enemigo, y el verdadero objeto de nuestros pavores. No se debe inferir que, porque hemos socorrido y ayudado a levantar al emperador Carlos VI, estemos obligados a permitirle de elevarse tanto como quisiera, a costa y sobre las ruinas de nuestra nación. La misma política que nos sugirió hacer lo uno, nos enseña debernos impedir lo otro, y se puede creer que, como este monarca experimentó en un tiempo que nuestro socorro le fue útil, probará en una coyuntura contraria cuán temible es nuestra oposición a sus designios.»

En vista de estos libelos es fácil discurrir la agitación que reinaba en la nación -cuyas deudas subían a más de cincuenta millones de libras esterlinas-, atribuyendo al Rey que, con el pretexto aparente de una invasión quimérica, quería abrogarse un poder despótico y hacer servir a este designio la confianza y deferencia del Parlamento. Este monarca y sus ministros no ignoraban cosa alguna de cuanto se decía sobre este artículo; por lo mismo, sus operaciones eran mas circunspectas, y a fin de no fortificar semejantes sospechas, se buscaban los medios de minorar en el interior del reino las cargas del Estado, sostener el comercio y conservar a Gibraltar y Puerto Mahón, cuya importancia conocía la nación, y a que concurría gustosa; pero en cuanto al Emperador, cuya discordia con el rey de Inglaterra se aumentaba cada día por el supuesto proyecto formado de excitar de acuerdo con la Czarina una revolución en la Gran Bretaña, no tenía el mismo asenso, y se temía justamente las consecuencias de los discursos nada decentes de Su Majestad Británica para darla crédito.

Estos discursos no tardaron en penetrar a Viena, y el señor Palm, ministro de esta corte, los acompañó con la arenga que el rey Jorge hizo en la abertura de su Parlamento. Advirtiendo en ella al César la falta de verdad, juzgó de su interés desimpresionar a la nación inglesa de esto y del pretendido artículo secreto de su alianza con España. Para hacer evidente, pues, la ilusión, mandó se imprimiese el tratado de Viena, ordenando al mismo tiempo al conde de Sintzendorf expusiese los justos agravios de Su Majestad

Imperial en una memoria que fue presentada al Rey británico por el señor Palm, en la cual se negaba cuanto este príncipe había expuesto a su Parlamento. La sinceridad alemana fue mal recibida, y atrajo al ministro imperial la orden de retirarse de la corte. Despachóse incontinente al señor de San Saphorin un correo, haciéndole saber lo que acababa de ocurrir en Londres, con orden de declarar públicamente era inútil pretendiesen los ministros del Emperador ocultar hechos evidentes, y de que se tenían pruebas convincentes; pero sus razones no fueron mejor recibidas que las del señor Palm, y el secretario del gran mariscal de la corte le significó la de retirarse, igualmente que al barón de Huldenberg, enviado de Hannover, y al señor Harrison, residente de Inglaterra, en el término de dos días, y de los Estados hereditarios cuanto antes.

Las recíprocas y públicas denegaciones de ambas cortes de Viena y de Londres, anunciaban un próximo rompimiento, y es así que mutuamente se prepararon a la guerra. Ya había dado el César disposiciones en Flandes para la seguridad de estos países, con especialidad para la de Ostende; providenció del mismo modo a la defensa de los demás Estados, destinando varios cuerpos de tropas para el Rhin e Italia, debiendo mandar aquéllas el príncipe Eugenio, y éstas el conde Guido de Staremberg; y según la lista que entonces se publicó de las tropas de Su Majestad Imperial, constaban, así de caballería como de infantería, cerca de doscientos mil hombres.

La atención de este príncipe en lo concerniente a la guerra, no disminuía en nada el ardor de sus ministros en las negociaciones de que estaban encargados en el Imperio y en el Norte, procurando persuadir que los empeños del rey de Prusia tomados con su amo, estaban por efectuarse, y esto no inquietaba poco a los demás aliados de la liga de Hannover. Por otra parte, se resistían los electores eclesiásticos y algunos príncipes católicos a concurrir con la corte de Viena, por no concordar los intereses de la religión y quietud de Alemania con el aumento de poder que se meditaba conceder al rey de Prusia; bien que la situación vacilante de este príncipe daba a entender quería abrazar el partido más ventajoso. No obstante, ofrecieron los electores al César su contingente, el cual, unido con las tropas imperiales, podía formar un ejército formidable; pero estos príncipes necesitaban dinero, y las liberalidades de la corte de Madrid sobre que se contaba en Viena para pagar los subsidios, tardaban, cuando el duque de Bornonville llegó el día 22 de enero con mucho esplendor, muchos proyectos y promesas, entretanto que sucedía el arribo incierto de los galeones.

Los más bellos proyectos se eclipsan si no hay dinero con que poder ponerlos en ejecución. Esta situación crítica en que se hallaba la corte de Viena, no presentándola sino obstáculos al éxito de sus designios, parece debía manifestar alguna inclinación a las proposiciones de paz que, por medio del nuncio, ambos reyes de Francia e Inglaterra le hacían; pero no acostumbrada a minorar de su altivez, o acaso esperanzada en los fondos que prometía el duque de Bornonville, aumentaba sus instancias acerca de los Estados del Imperio, para determinarlos a declararse contra los aliados de Hannover, buscando al mismo tiempo los medios posibles de estorbar las negociaciones de éstos en el Norte; y para salir con el intento, no se descuidó en publicar que la Francia, después de haber sabido meter en sus intereses a los reyes de Inglaterra y Prusia, quería valerse de esta ocasión para encender una guerra en el interior de Alemania, dividiendo así los miembros de con el jefe, para debilitarlos y servir después a sus fines particulares.

Públicas estas voces en Ratisbona, el ministro de Francia, el señor de Chavigny, presentó, por orden de su corte, una declaración al directorio de Maguncia, según costumbre, a fin de que se comunicase a los tres colegios de la Dieta; pero el príncipe de Furstemberg, principal emisario del Emperador, se opuso a ella, pretendiendo ser instruido antes de las intenciones de Su Majestad Imperial. Esto no impidió al ministro francés insinuar en las conversaciones particulares que tenía con los de la Dieta la irregularidad de este proceder, y sugerir discursos que pasaban prontamente de Ratisbona a las diferentes cortes del Imperio, a donde se recibían sin disgusto y perjudicaban en extremo a los intereses del César, con especialidad en los círculos de Suabia, Alto y Bajo Rhin.

Entretanto recibió el príncipe de Furstemberg un decreto de Su Majestad Imperial, el cual, confirmando cuanto sus ministros habían declarado acerca de los perniciosos designios de los alíados de Hannover, sirvió al mismo tiempo para dar a conocer al Imperio los paternales cuidados de este monarca en prevenir sus consecuencias funestas. Después permitió el principal comisario se llevase a la dictadura pública la declaración de la Francia; y para sostener a la vista de todo el Imperio cuanto se había anticipado por esta Corona, hizo el expresado comisario público el referido decreto, la memoria que el rey Jorge presentó al señor Palm y la carta que sobre este asunto escribió el conde de Sintzendorf.

El señor Le-Heup, ministro británico en Ratisbona, y, por consiguiente, testigo de la animosidad que semejantes procederes ocasionaban, no se asustó mucho; como obraba de acuerdo con el de Francia, presentó al otro día que apareció el decreto imperial una declaración en todo conforme a la del señor de Chavigny, en que se expresaba en los términos más agrios. Ofendidos los ministros cesáreos de esta pieza, y mirándola como injuriosa al Emperador, obtuvieron de la Dieta no sólo que no se protocolizase, sino que el secretario de la legación de Maguncia se la volviese a dicho ministro. Esto se hubiera ejecutado luego a no haberse éste ausentado de Ratisbona; pero de regreso a esta ciudad, el secretario de la legación pasó a su casa para ejecutar la orden. Prevenido el señor Le-Heup en lo que debía suceder, para evitar el desaire envió a su secretario, a fin de que esperase en la escalera de su casa la legación de Maguncia. Apenas apareció ésta, cuando aquél le leyó en alta voz una esquela cuyo contenido era que, *informado su amo de la comisión, le quería excusar el trabajo de cumplir con ella y la mortificación de recibir del señor Le-Heup una respuesta que no sería agradable al Directorio de Maguncia*.

El secretario de la legación quiso pasar adelante, diciendo al de este ministro que *venía a ejecutar las órdenes del Imperio, y no en particular las del Directorio de Maguncia*. «No importa -respondió el otro-, es inútil paséis adelante; no hay otra cosa que comunicaros», volviéndole la espalda. Expuesto lo ocurrido en la Dieta, y hecho público por la Dictadura, se significó al ministro británico una orden del Emperador para que saliese de Ratisbona en dos días, y en quince de las tierras del Imperio. Esta determinación confirmó al público de que la guerra no podía estar lejos.

* * *

Mientras pasaban en Alemania todas estas disensiones, la reina de España, que tanto había trabajado para asegurar la sucesión de los Estados de Parma y Plasencia, igualmente que el gran ducado de Toscana, al serenísimo infante don Carlos su hijo, y no sin encontrar grandes obstáculos, ya por parte del César, que temía, con razón, las consecuencias a de es establecimiento, ya por la del Pontífice, el cual se creía en derecho de disponer de aquéllos como feudos de la Iglesia; en fin, ya por la del Gran Duque, que, no veía gustoso le designasen un sucesor durante su vida y quitarle la libertad de elegir aquel que le fuese más agradable; parecía, digo, a esta princesa deberse esperar tranquilamente la muerte de los dos soberanos que colocaban al infante en sus respectivos Estados por dueño de ellos; pero los arcanos de la divina Providencia no siempre se concilian con las medidas que la prudencia humana suele tomar. Habiendo muerto casi de repente, la noche del 25 al 26 de febrero, Francisco Farnesio, duque de Parma, tío y padrastro de la Reina Católica, Antonio Farnesio, hermano de este príncipe, que podía casarse y tener hijos, le heredó. Esta mutación de soberano en el pequeño Estado de Parma, la causaba grande en los proyectos de España para el establecimiento de don Carlos.

La corte de Viena, que miraba su unión con ésta como insubsistente, recibió secretamente gran gozo, porque el César había consentido con indecible repugnancia en tener vecino tan peligroso para sus Estados de Italia como a un infante de España, y le era grato que, sin dar a Su Majestad Católica ningún motivo de quejas, quedasen estos Estados en la Casa de Farnesio, de la cual no tenía que temer. No sucedía lo propio en los demás príncipes de Italia, los cuales se alegraban tener en medio de ellos una potencia capaz de contrapesar la de tan gran monarca como es el Emperador. No obstante, esperábase en España con algún fundamento, que si el príncipe Antonio se determinaba a casar, moriría, como su hermano, sin posteridad, y aunque ambas cortes de Viena y Madrid observasen las diferentes medidas que la muerte del duque de Parma les obligaba a tomar, con todo, reunían sus esfuerzos para empeñar a la Suecia de acuerdo con la Czarina; y a esto trabajaba el César con grande ardor.

España no estaba más sosegada: dos meses hacía que se trabajaba sin interrupción en los preparativos del sitio de Gibraltar, cuya trinchera se abrió finalmente la noche del 22 al 23 de febrero, y no sin haber precedido varias conferencias acerca de él. Muchos eran de opinión se dirigiesen los ataques contra esta ciudad por la punta de Europa, cuyas endebles fortificaciones prometían favorable suceso; lo cierto es que fue la primaria intención de la corte; pero el conde de las Torres, hombre cerrado en su dictamen, y a quien todo allanaba su valor y experiencia, jamas quiso diferir a tan prudente parecer, lisonjeándose que, dando principio al sitio de esta fortaleza por donde lo concluyó el mariscal de Tessé en 1704, le sería fácil conseguir la rendición de esta importante plaza. Si el efecto hubiese correspondido a la idea, no se puede dudar venciera prontamente todas las dificultades que se fueron multiplicando, lo que no tuvo arbitrio después de reconocido el engaño.

Reunido todo el ejército en las cercanías de San Roque, en número de quince a dieciséis mil hombres, mandó el conde de las Torres al teniente general conde de Montemar, juntamente con el mariscal de campo marqués de Castropiñano y el brigadier conde de

Mariani, pasasen a reconocer la plaza y sus inmediaciones, hasta llegar a la torre llamada de los genoveses, lo que ejecutaron en el día 30 de enero, sin el menor embarazo de los ingleses. El 13 de febrero se presentaron los españoles a tiro de cañón de la plaza, empezando este día a tirar una paralela hacia el mar y hacer otros preparativos para el sitio de Gibraltar, entretanto llegaba la artillería, municiones y todo género de instrumentos para mover tierra, en cuya expectativa el conde de las Torres dio las más acertadas disposiciones para abrir la trinchera sin ser inquietado por los ingleses.

El día antes, habiendo este general hecho comenzar después de otros muchos trabajos una batería a medio tiro de cañón de la ciudad, el coronel Clayton, teniente gobernador de esta fortaleza, le escribió que, *siendo este trabajo contrario a los tratados que subsistían entre las dos naciones, creía deberle avisar que, si no lo suspendía, tomaría las convenientes medidas para impedir sus atentados.* La respuesta del conde de las Torres no fue menos arrogante pues respondió que *habiendo trabajado hasta entonces sobre el territorio perteneciente a España, porque el de la ciudad no tenía otro distrito que el de sus fortificaciones, y apoderada ésta de las torres del Molino y del Diablo, que no eran de su jurisdicción, podía contar que si no las abandonaba inmediatamente tomaría otras providencias, supuesto que, para hacer el sitio de Gibraltar, no era necesario formar los ataques de tan lejos, como reconocería en la ocasión*.

Ambos comandantes sabían a qué atenerse, y cada uno pensó por su lado a la defensa y ataque. El coronel Clayton retiró luego las tropas empleadas en las referidas torres, mandando disparar un cañonazo con bala sobre nuestros trabajadores, y poco después una descarga de cañones, con lo que se empezaron las hostilidades de una y otra parte. Pronto todo para abrir la trinchera, se ejecutó, como ya se ha dicho, la noche del 22 al 23. Cinco batallones de infantería con sus banderas, una brigada de ingenieros con mil y quinientos trabajadores y lo demás concerniente, al mando del teniente general más antiguo, don Lucas Spínola, el mariscal de campo don Rodrigo Peralta y el brigadier marqués de Torre-Mayor, conducidos todos por el capitán general conde de las Torres, desde el campo hasta el pie del corte del peñasco del monte de Gibraltar, dieron principio a ella, según el plan proyectado, y no sin pérdida de gente. Al amanecer, empezando los enemigos a hacer fuego de su fusilería desde la cumbre del peñasco, arrojaron al mismo tiempo cantidad de piedras, bombas y granadas, y poco después, acercándose dos navíos de guerra con una balandra a la playa de Levante, y otros dos a la de Poniente, cañonearon y bombardearon nuestras tropas, de tal modo, que cruzaban sus fuegos con los del muelle viejo, sin contar los morteros, que duraron todo el día. La pérdida, aunque fuese grande, no correspondió, sin embargo, a tanto fuego; el marqués de Torre-Mayor salió herido.

Como no había precedido declaración de guerra contra la Inglaterra, cuyo embajador residía en Madrid con afectada aceptación de la corte, la tropa española acantonada de San Roque y lugares de sus cercanías, con la seguridad que inspira una profunda paz, no fue difícil a los oficiales distinguidos de ambas naciones española y anglicana obtener las respectivas licencias de sus generales para pasear el campo y la ciudad, con tal que su número no excediese de dos personas al salir o entrar en una y otro. Habiéndose presentado los marqueses de Castelar (don Lucas Patiño) y de Bay a la puerta de Gibraltar, advirtieron al entrar, no sin grande admiración, que la custodia de ella estaba

confiada a una tropa cuyos soldados, los más, eran desertores de sus regimientos. Informáronse de los motivos de su deserción, y cómo siendo desleales podían estar en un puesto de tanta importancia. *Ahí verán ustedes*, respondió uno de ellos, después de haberse sincerado -porque en semejante coyuntura todos tienen sobrada razón- *cómo los ingleses saben atender al mérito de la tropa: no obstante, conservamos un afecto grande para nuestros coroneles, y si a ustedes acompañase número suficiente, o volviesen mientras estemos aquí, con la necesaria gente, pudiéramos poneros en posesión de este puesto*. Fuese jactancia o jocosidad, no hay duda que a haberse puesto en estado de practicar el aviso, se hubieran superado las invencibles dificultades que ocurrieron en esta desgraciada empresa.

Serias reflexiones hicieron ambos marqueses sobre este inesperado encuentro: ambos valerosos, y con los impulsos que estimula el honor heredado, ninguno podía conducir la estratagema como ellos. Conferenciaron sobre el caso; pero ¿cómo poder hacerlo aprobar del conde de las Torres, hombre inflexible y entero en su resolución, de que nunca se apartaba? Sabíase que su idea era formar el sitio según las reglas del arte, y hubiera creído disminuir su gloria valiéndose del ardid y de la astucia; esta propicia ocasión se sepultó en el silencio, por saber con harto fundamento no la admitiría. Si se me objeta que dichos desertores no podían cumplir con lo ofrecido, o temerosos se retractasen, respondo que el único medio de apoderarse de esta fortaleza, no teniendo armada naval, era, despreciando el peligro, arrimar el petardo y a costa de tres o cuatro mil hombres entrar en la plaza, obligando a la guarnición a poner las armas en tierra, supuesto que la principal fuerza de ella consistía en la montaña y en el muelle; aquélla, para batir la campaña, y éste, el mar.

Esta anécdota me ha parecido de bastante consecuencia para no omitirla; porque siendo el general uno, y los pareceres muchos, aquel que se cree menos adaptable suele ser el más fácil de conseguir. ¿A cuántos la aspereza de genio fue funesta al Estado y a la tropa? Muchos ejemplos pudiera producir aquí, y entre otros el de la sorpresa de Veletri, que por desatender avisos importantes, puso en eminente peligro a la sacra persona del rey de las dos Sicilias y a todo el ejército; pero aún no ha llegado el caso de tratar esta materia, y no debemos anticipar hechos: volvamos a nuestra narración.

Poco después de haberse sabido en Madrid la abertura de la trinchera, milord Stanhope partió de la corte para volver a Inglaterra; pero, precaviendo antes de su partida las consecuencias de la resolución, que sin duda se tomaría en Madrid, de arrestar a todas las naves inglesas que se hallaban en los puertos de la Monarquía, dio este ministro aviso a sus comandantes para que sin dilación se pusiesen a la vela; orden que se ejecutó con tanta felicidad, que apenas se encontró una cuando llegó la de la corte; mas se procedió contra los efectos, mandando se embargasen en todos los dominios del Rey Católico.

* * *

La noticia del sitio de Gibraltar no tardó a divulgarse por toda la Europa. Las dificultades casi insuperables en la conquista de esta plaza, junto a los demás inconvenientes que resultaban de esta empresa, habían dejado al público en la opinión de que la corte de Madrid no pensaba en tal designio; pero, ya evidenciado, se hizo la conversación de todos los políticos. El capitán Hanock fue quien llevó esta nueva a Inglaterra, en donde llegó el 12 de marzo; súpose por él cómo habían arribado desde el día 3 de febrero a Gibraltar, igualmente que el coronel Clayton, las tropas que estaban a bordo de los navíos del contralmirante Hopson, y que la guarnición se asustaba poco de los esfuerzos del general de las Torres. No obstante, la conservación de esta fortaleza interesaba tanto a la nación inglesa, que el Gobierno se preparó a enviar nuevos socorros, que marcharon, sucesivamente, bajo la escolta de un navío de guerra que restituía a Marruecos un embajador de África, y en el cual se embarcó el conde de Portmore, su gobernador propietario, aunque de edad de setenta años, con gran número de voluntarios.

Las medidas que la corte de Londres tomaba para impedir a los españoles el éxito propuesto en esta empresa eran en algún modo superfluas, porque el conde de las Torres encontraba a cada instante nuevas dificultades por la situación del terreno, que no le dejaban sino un pequeñísimo espacio para conducir los jiquezaques de la trinchera, mientras los ingleses, que habían practicado varias cortaduras, o pequeñas plazas de armas en forma de anfiteatro sobre la montaña que dominaba los trabajos de los españoles, incomodaban a éstos tanto más, cuanto no podían evitar la carnicería que causaba en ellos el incesante fuego de la plaza. Sacrificadas las tropas sin humana esperanza de suceso, empezaron a murmurar contra su general, y de las seguridades que daba a Sus Majestades de poner dentro de poco tiempo esta plaza a su obediencia.

En esta inteligencia, y sobre la facilidad con que el conde de las Torres había demostrado infalible la conquista de Gibraltar, los Reyes se determinaron a esta expedición, no obstante de estar el Real Erario exhausto; pero habiendo llegado la flota -a pesar de los ingleses, que corseaban los mares para apresarla- al puerto de Cádiz el 5 de marzo, cuya circunstancia causó júbilo universal, se pensó en los medios de continuar el sitio con vigor. Este socorro no podía llegar más a proposito: despacháronse incontinente correos a varias cortes, y no avivó poco la buena voluntad de los príncipes del Norte, que no entraban en la Liga de Viena sino para aprovecharse del tesoro que traía la flota, valuada en dieciocho millones de pesos.

La Inglaterra, en extremo sentida de verse frustrada de sus efectos, y del secuestro que sus individuos tenían en España, usó de represalias, publicándote el 8 de abril una declaración acerca de esto. Después de esta resolución, la guerra pareció enteramente declarada entre las dos Monarquías, y como la acritud entre el Emperador y rey Jorge, desde la memoria presentada por el señor Palm, crecía cada día, se miraban ya las hostilidades comenzadas delante de Gibraltar como el preludio de una guerra general; no obstante de dar a entender la corte de Viena que desaprobaba la determinación de España en esta empresa. Lo cierto es que el misterio que sobre esto había entre ambas cortes, nunca se penetró hasta que lo refirió el duque de Ormond.

Este señor, tan ilustre por su nacimiento y empleos considerables, que obtuvo bajo el reinado de la reina Ana, como por sus desgracias desde la muerte de esta princesa, conservando muchos amigos en Inglaterra, había informado secretamente a la corte de

España -donde residía desde algunos años- que el disgusto contra el Gobierno británico era general; que cada día el partido del pretendiente se fortificaba, no buscando más que la ocasión propicia de causar una revolución que pudiese colocar a este príncipe en el trono de sus padres; en fin, que a poco que se produjesen a los jacobitas los medios necesarios para el éxito de semejante proyecto, era verisímil tendría el suceso deseado. De los expedientes más aptos que proponían los amigos del duque de Ormond para desacreditar al rey Jorge y a sus ministros y enajenarlos del público, ninguno había como apoderarse de Gibraltar, supuesto que toda la nación inglesa, mirando la conservación de esta fortaleza como de la última importancia, no dejaría de señalar su resentimiento contra todos aquellos a quienes se atribuiría su pérdida.

Para preparar, pues, los ánimos contra las máximas de política que observaban los ministros de Inglaterra, era conveniente hacerles perder la confianza que tenían puesta en la Francia, disponiendo ésta de manera que no tomase resolución alguna en hacer causa común por la empresa de este sitio, hasta estar rendida dicha plaza, para cuyo tiempo se prometían los parciales del pretendiente que todo sucedería a medida de su deseo; y es así que la nueva de este sitio había causado una fermentación tan grande en Londres, que llegó la osadía de este gran populacho hasta derribar la noche del 22 al 23 de marzo la estatua ecuestre del Rey, colocada en la plazuela de Grosvenor, cerca de Hyde-Park. Hallóse la pierna izquierda arrancada y puesta sobre el pedestal; la espada y bastón de comandante llevada, y el pescuezo tajado, como si se le hubiese querido cortar la cabeza; habíase fijado también un injurioso pasquín sobre el pedestal.

Todo esto acreditaba los secretos proyectos del duque de Ormond. Prometiósele asistir al pretendiente, y luego se informó a la corte imperial de cuanto pasaba, y de las medidas que la España se proponía tomar. Hallando aquélla alguna posibilidad, o a lo menos de ocupar bastante al Rey británico para no pensar a turbar la Alemania, adoptó no sólo el proyecto, sino que también apresuró la ejecución. El caballero de Sintzendorf fue encargado de este cuidado, y con el pretexto de ir a servir en calidad de voluntario en el ejército español delante de Gibraltar, pasó a España, pero para ocultar enteramente el paso que daba el Emperador y no desmentir la memoria que el señor Palm había expuesto, afectó no tener parte alguna en la resolución que tomaba España de atacar a Gibraltar, antes sí reprobarla públicamente.

No se puede dudar que el abad de Montgon, que había pasado a París a principio de este año, dirigiese su comisión con especialidad a retardar lo más que le fuese posible las reiteradas instancias de la Inglaterra, y en esta idea entretenía con incesante aplicación al cardenal de Fleury, en la seguridad que daba el conde de las Torres a los Reyes de que la plaza de Gibraltar se rendiría en breve, haciendo cargo a Su Eminencia que esta fortaleza importaba tanto a la España como Calés en otro tiempo a la Francia; que el rey católico Felipe II le había procurado en la paz de Chateau-Cambresi; que era del honor de la Majestad de Felipe V el ser dueño en sus Estados; que los ingleses jamás habían querido condescender a los equivalentes propuestos para la restitución de esta plaza, y que Sus Majestades Católicas esperaban esta señal de su afecto, que sería el principal móvil para la reunión de ambas Coronas.

La carta que en asunto a esto recibió el arzobispo de Amida, don Domingo Guerra, confesor de la Reina, confirmaba cuanto el abad de Montgon había anticipado al cardenal

de que no estorbase el sitio de Gibraltar; y como no podía menos de serle grata, se la comunicó. El prelado prometió no precipitar nada, aunque no podía dispensarse -dijo- a lo menos de dar a entender se disponía a cumplir fielmente los empeños tomados con la Inglaterra; mas no obstante, los Reyes Católicos podían contar en que llevaría las cosas con toda la lentitud posible; pero que el conde de las Torres hiciese igualmente sus esfuerzos para cumplir sus promesas, que dudaba tuviesen efecto.

De gran gozo fueron para la corte de España estas promesas del cardenal de Fleury, y lisonjeándose del suceso, en su consecuencia el marqués de la Paz, sirviéndose del ministerio del nuncio Aldobrandini, hizo saber en Francia que aunque el Rey Católico estaba en derecho de secuestrar los efectos de la flota pertenecientes a los franceses, sin embargo no lo ejecutaría, por mantenerse el real ánimo de Su Majestad siempre inclinado a la paz, y que esto no embarazaría las negociaciones de que el nuncio estaba encargado, con tal que quisiese el Cristianísimo entrar en ellas de buena fe, y que estos intereses nunca serían confundidos con los de los ingleses.

Con este motivo se repitieron nuevas órdenes al conde de las Torres para avivar el sitio de Gibraltar; pero a las seis semanas de principiado, estaba poco más adelantado que en los primeros días. El ejército padecía miserablemente, y se debilitaba en punto de hacer temer, con especialidad después del arribo del conde de Portmore con las tropas inglesas, que la guarnición fuese bastante numerosa para hacer levantar el sitio. Testigos los generales españoles de la inutilidad de los esfuerzos del conde de las Torres, creyeron deber dar cuenta al marqués de Castelar, entonces ministro de la Guerra, de la infeliz situación a que se hallaba reducida la tropa, y el marqués don Próspero Verboom, ingeniero general y oficial experimentado a quien la dirección del sitio había sido confiada, se vio precisado a dejar el ejército por haber reñido abiertamente con el conde de las Torres, representándole con viveza sacrificaba, sin remedio ni esperanza de conseguir su intento, las tropas que estaban a sus órdenes.

Con todo, la corte persistía en querer sostener una empresa tan difícil; y como el hombre se lisonjea salir con lo que desea, se daba más crédito a las quiméricas ideas y seguridades del suceso, con que el conde de las Torres llenaba sus relaciones, que a todo lo que los oficiales, generales y particulares escribían de lo contrario. Una prevención tan difícil de vencer obligó al marqués de Castelar a responder a estos últimos que no podía hacer conocer al Rey su dictamen, pero que si persistían en la misma idea, el único partido que les aconsejaba tomar era poner su sentir por escrito, firmarlo en común y después dirigírselo, que con esta condición consentiría en presentarlo a Sus Majestades.

Por más ocupada que fuese la corte en la conquista de Gibraltar, no dejaba de pensar a aprovecharse de su nueva alianza con la emperatriz de Rusia. Esperábase sacar grandes ventajas de ella, no solamente en las fuerzas considerables que esta princesa podía suministrar al Emperador de Romanos en caso de guerra, sino también por lo tocante al comercio, y la facilidad de extraer de la Moscovia los maderos propios para la construcción de los navíos, de que había suma falta en España. Queriéndose, pues, cultivar la amistad y unión que acababa de formarse entre esta Emperatriz y Sus Majestades, se nombró por embajador extraordinario y plenipotenciario en la corte de Petersbourg al duque de Liria, quien partió a principios de marzo para ir a residir en ella. Debiendo este ministro tomar su camino por Génova, los Reyes le encargaron observase

lo que pasaba en la corte de Viena y en la de los diversos príncipes de Italia desde la muerte del duque de Parma, haciendo por descubrir la intención de éstos sobre las consecuencias que podía acarrear y sobre el establecimiento que se proyectaba hacer al infante don Carlos.

* * *

Aunque la duplicada alianza que ambas Casas reales de España y Portugal habían resuelto hacer se hubiese concluido casi en el mismo tiempo que se efectuó el regreso de la infanta, no había habido, sin embargo, embajada solemne de una ni otra parte, observada en igual caso para hacer la demanda de las respectivas princesas. Sin duda había causado la tardanza de esta formalidad la poca edad de los futuros esposos, especialmente la de la infanta de España. Esta razón debía subsistir para esta princesa aun cerca de tres años; pero Sus Majestades Católica y Fidelísima no dejaron de nombrar a los marqueses de los Balbases y de Abrantes, el primero para pasar a Lisboa y hacer la demanda de la infanta de Portugal doña María Bárbara para el príncipe de Asturias, y el otro para venir a Madrid a ejecutar lo mismo con la infanta de Castilla doña María Ana Victoria para el príncipe del Brasil. Estos dos ministros pasaron luego a las expresadas cortes, en donde hicieron su entrada con tanta magnificencia como esplendor.

El júbilo que produjo el motivo de la embajada y arribo del marqués de Abrantes en la corte, se aumentó con la noticia que recibieron Sus Majestades, de que los moros habían enteramente levantado el sitio de Ceuta el 17 de abril, después de treinta y cuatro años de hostilidad contra esta plaza. El brigadier don Gaspar de Antona, teniente de Rey de esta ciudad, despachado por el conde de Charny, gobernador de ella, fue quien trajo esta nueva, y por la relación que presentó al Rey de lo que ocurrió en esta ocasión, se supo que la retirada de los infieles, aunque bastantemente precipitada, se había hecho, sin embargo, con tanta precaución de su parte, cuanto no se había encontrado en su campo sino cinco piezas de cañón y tres morteros.

Atribuyóse esta resolución de los bárbaros a la muerte de Muley Ismael, rey de Mequínez, y a las disensiones suscitadas entre los muchos hijos que dejó este príncipe. El día siguiente mandó el gobernador saliesen mil hombres a la orden del referido teniente de Rey para apoderarse de los reductos, destruir las trincheras, quemar las casas del alcaide y el serrallo: lo que se ejecutó en breve, con más de diez mil barracas.

La satisfacción que este suceso causó se acrecentó algunos días después por la que se recibió de haber llegado felizmente los tres restantes navíos de la Flota, que un recio temporal había separado, y se creía fuesen apresados por alguna escuadra inglesa; pero sabido que, a pesar de la actividad de esta nación, estaban asegurados en los puertos de Galicia, no quisieron los Reyes dejar sin recompensa la prudente conducta de los jefes, aumentando al teniente general don Antonio Castañeta mil ducados de sueldo, y una pensión de mil y quinientos a su hijo; el jefe de escuadra don Antonio Serrano fue promovido al grado de teniente general de sus armadas navales.

* * *

Los preparativos que a todas partes se hacían para entrar en campaña, no impedían las negociaciones de paz entre las cortes de Viena y Versailles, porque una y otra la deseaban en realidad. En cuanto a las potencias marítimas, aunque parecían resueltas a la guerra, no tenían interiormente designio que su alianza con la Francia favoreciese las ideas de esta Corona contra la Casa de Austria. Esto hubiera sido destruir en la Europa el equilibrio tan deseado, y, sin embargo, tan vacilante, que quieren conservar en ella. El único fin de estas potencias era hacer abolir una compañía perjudicial a sus vasallos, y asegurar al comercio de éstos las ventajas que se les habían concedido. Esto esperaban de su unión con Francia, y no aminorar la potencia austríaca.

La corte de Viena, a quien la conservación de esta compañía era preciosa, exasperada en ver que con toda su solicitud no podía vencer la inflexibilidad de la Inglaterra y Holanda sobre este artículo, buscó los medios de superarla por la intervención del cardenal de Fleury, dando a entender a este primer ministro se proporcionarían sus buenos oficios para procurar la reconciliación de Sus Majestades Católicas con el Rey su sobrino. En este concepto, los ministros imperiales habían empeñado al nuncio Grimaldi de hacer a los embajadores de Francia y Holanda en Viena ciertas aberturas para una buena composición entre el César y los aliados de Hannover, y aunque no se habían admitido, ambos partidos, que dividían la Europa, no dejaban de buscar nuevos medios convenientes a las presentes coyunturas para conservar la paz.

El cardenal, más diligente en esta parte que ninguno, mirándola como el apoyo principal para mantenerse en el puesto que ocupaba, se daba indecibles movimientos. Con este motivo tuvo varias conferencias con los ministros de las potencias marítimas, proponiendo diversos temperamentos; pero las que tuvo con el barón de Fonseca, embajador del César, fueron más frecuentes; unas veces para trocar los Estados que se destinaban al infante don Carlos en Italia, con otros equivalentes en Flandes; otras, para una tregua de algunos años, o a lo menos para una convención que suspendiese todo acto de hostilidad, durante cierto tiempo limitado, a fin de dar a los coligados de Viena y Hannover el de examinar sus diferentes pretensiones y arreglarlas amigablemente en un congreso. Hasta aquí no encontraba el cardenal grandes dificultades; pero la abolición de la compañía de Ostende, principal obstáculo que se debía vencer, parecía tan duro en Viena como incompatible con el decoro de la Majestad Imperial. Los nuncios, que con ardor trabajaban en este negocio, se lo participaron; y viendo esta Eminencia su solicitud infructuosa, se dirigió al duque de Lorena, Leopoldo I, cuyos buenos oficios le fueron de tanta utilidad que este príncipe pudo obtener del César, cuando no la abolición total de dicha Compañía, a lo menos una suspensión, dejando al cardenal el cuidado de atender en algún modo a sus intereses sobre este artículo.

* * *

El sitio de Gibraltar, que por su duración comenzaba a imitar al de Troya, continuaba siempre, no obstante la imposibilidad de apoderarse de esta plaza. Esparcíanse en toda la Europa cartas, que daban del conde de las Torres, y del ejército, donde la división y enfermedades reinaban, una idea nada ventajosa; y aunque este general se quejaba amargamente de la inejecución de las promesas que se le habían hecho así sobre el número de tropas como sobre los navíos de guerra que se le debían enviar, no dejaba de lisonjear a Sus Majestades la conquista de esta fortaleza. Habíase puesto en la cabeza el quimérico proyecto de alcanzar, por medio de una mina, a hacer saltar la montaña que sirve de defensa a Gibraltar, a fin de sepultar la ciudad bajo las ruinas de tantas peñas, o a lo menos facilitarse una entrada en esta plaza; lo que en ningún modo podía ser, porque de haber jugado la mina, resultaba en daño de los españoles y dejaba la montaña más escarpada. Por lo mismo, los ingleses, que conocían la imposibilidad de semejante designio, se lo dejaban seguir con tranquilidad, aplicándose únicamente a destruir el ejército español en la trinchera, cuya deserción no contribuía menos que su fuego a minorarle cada día; y la famosa mina, último recurso de la imaginación guerrera del conde de las Torres, no sirvió sino para renovarnos la memoria de la caverna de Montesinos.

Es extraño a esta obra una relación circunstanciada de este sitio; espero no la exigirá el lector, benigno e instruido; porque las acciones de valor no tuvieron lugar en esta empresa, pues todo se redujo a plantar baterías, repararlas, levantar trincheras para ponerse a cubierto del fuego de los enemigos, desaguar las líneas, perfeccionar la comunicación de unas a otras conforme se advertía el defecto; disparar muchos cañonazos, haciéndose con este motivo la más de la artillería inútil; en una palabra, todo se redujo, vuelvo a repetir, a componer el daño que el fuego de la plaza causaba en nuestros trabajos, sin experimentar la menor ventaja; y lo peor fue que una tropa tan valerosa como la que se empleó en esta infeliz expedición, se sacrificase inútilmente por satisfacer una vana e inepta presunción en detrimento de las armas del Rey.

Mientras subsistía el empeño delante de esta plaza, los ingleses hacían las más vivas instancias al cardenal de Fleury a fin de no malograr la propicia estación que ofrecía el tiempo para entrar en campaña. No pudiendo este purpurado resistir a tanta solicitación, para ostentar la fidelidad de sus promesas tuvo varias conferencias con los mariscales de Berwick y Villars sobre las operaciones de la guerra; pero todo esto era ficción en él: o ya fuese por atención a España o ya por no turbar el pacífico y respetable principio de su Ministerio, cuya dulzura alteraba con el ruido de las armas, no se puede dudar que en esta ocasión hizo un gran servicio a la Europa, porque a haber empezado las hostilidades contra España o contra los Estados del César, la guerra se hacía universal, y por su prudente conducta, dirigida en esta ocasión por los desvelos del abad de Montgon, logró disipar la tempestad. No obstante, para mejor entretener la ilusión, mandó juntar un ejército en la frontera de España; otro, en el Delfinado, para unirse con el del rey de Cerdeña, y un tercero, en Alsacia. La Inglaterra y Holanda obraban de buena fe, y su diligencia era extrema; decíase que el rey Jorge mandaría en persona el ejército que se juntaba en su electorado de Hannover, y se compondría de ochenta mil hombres.

Los armamentos por el lado de Rusia no eran menos considerables. El cuerpo de tropas que esta potencia debía dar al Emperador, compuesto de diez y seis regimientos de

infantería y diez de dragones, bajo las órdenes del general Lascy, debía juntarse todo en Breslau, en Silesia, y empezaba a ponerse en movimiento. La flota rusiana consistía en cincuenta y seis navíos de línea, veinte y tres fragatas y gran número de galeras. El Emperador, jefe de la Liga de Viena, no se olvidaba de poner sus vastos Estados al abrigo de cualesquiera invasiones. Sus tropas, buenas y numerosísimas (cerca de doscientos mil hombres), eran mandadas por hábiles generales, sea en Italia, en el Rhin o en Flandes. Diéronse órdenes de reparar y poner en estado de defensa las plazas de Ostende y Luxembourg, como las más expuestas, y las que con fundamento se discurría podrían ser el objeto de las primeras tentativas de los aliados.

No obstante la apariencia de una próxima guerra, las negociaciones no se interrumpían, así por parte del Emperador como por la de Francia; y entonces se verificó la máxima de si *vis pacem, para bellum*. El rey de Portugal ofreció su mediación para conciliar la España con la Inglaterra, pero esta última le agradeció los buenos oficios, sobre que se había entablado una negociación general en esta materia.. Habíase convenido en Francia entre el cardenal de Fleury, los embajadores de Inglaterra y Holanda, con el barón de Fonseca, ministro del César, y el nuncio de Su Santidad, en doce artículos que se remitirían a Viena para ser aprobados de este Monarca.

Túvose sobre este asunto una conferencia en su corte en casa del conde de Sintzendorf, a la cual asistieron el duque de Richelieu y el embajador de los Estados Generales, y por la tarde se juntaron otra vez en casa del príncipe Eugenio con el duque de Bornonville. Éste, por sus contradicciones sobre cada artículo, no decidía cosa alguna. Los ministros imperiales, por su parte, formaban en el examen de las proposiciones muchas dificultades sobre su contenido, representando era necesario dar ciertas explicaciones acerca de esto a la España y Rusia, y esperar la respuesta de estas potencias antes de poder determinarse. No obstante, después de muchas conferencias, y haberse moderado lo que parecía menos soportable, Su Majestad Imperial aceptó el 21 de mayo las proposiciones de los aliados de Hannover, y se firmaron el 31 del mismo en París, asignándose la ciudad de Cambray para el congreso, que después se mudó en la de Soissons.

* * *

La calma que subsiguió en todas partes a las turbulencias de que la Europa estaba amenazada, no reinaba en el Imperio de Rusia. El crédito a que había llegado el príncipe Menzikoff bajo el reinado de Pedro 1, y crecido desde que la emperatriz Catalina había subido al Trono, en punto que la hija de este ministro estaba destinada para casar con el joven príncipe Pedro, heredero de la Corona, había excitado contra él tantos enemigos como envidiosos.

El odio contra los validos procede tanto de la indignación de aquellos que de. sean el favor sin poderlo conseguir, cuan. to del abuso que suponen en los ministros. El príncipe Menzikoff, de oficial pastelero, había llegado a las mayores dignidades. Disponía a su arbitrio, bajo el reinado de la emperatriz Catalina, de todos los empleos y de la Real

Hacienda; el favor que poseía y sus riquezas le hicieron odioso. Murmurábase abiertamente contra esta princesa de haber puesto toda su confianza en un hombre que, a su parecer, la merecía tan poco. El desenfreno de los grandes del Imperio, movido del deseo de derribar una potencia para ellos odiosa, hizo llevar la audacia hasta intentar contra la vida de la misma Emperatriz, mudar el Gobierno y orden de la sucesión y dar al Imperio rusiano una nueva forma.

Advertida Su Majestad Imperial por Menzikoff de la conspiración, hizo arrestar a varios señores, y estableció una comisión para juzgar delito tan atroz. Los reos fueron sentenciados a diversos géneros de suplicio, el que se conmutó a los unos en la pena de destierro y privación de bienes y honores, ejecutándose la sentencia de muerte solamente en los jefes; pero no fue hasta el siguiente reinado, porque este descubrimiento precedió pocos días al fin de la vida de esta princesa. La quebrantada salud que experimentaba un año había, juntamente con el sentimiento que le causó la noticia de la conjura formada para destronarla y encerrarla en un convento, la condujo finalmente el sepulcro, habiendo muerto el 17 de mayo, de edad de treinta y ocho años, después de poco más de dos de reinado, desde el fallecimiento de Pedro el Grande, su esposo, acaecido el 29 de enero de 1725. De varios hijos que tuvo de este príncipe no quedaron sino dos princesas, de las cuales, la mayor, casada con el duque de Holstein, murió poco después de sobreparto; la segunda, llamada Elisabeta, es la que hoy reina en el Imperio Rusiano con tanta prudencia como gloria.

La hermosura, cuyo imperio es tan poderoso, había puesto en el Trono a Catalina Alexiwna: habiéndola visto casualmente el czar Pedro I en casa del príncipe Menzikoff, se enamoró y casó después con ella de secreto en 1707, pero su matrimonio no se declaró hasta el de 1711. La elevación de los pensamientos y cualidades del corazón igualaban con el esplendor de los encantos de esta princesa, y supo atraerse la estimación con el cariño de su augusto esposo. Manifestó bien cuán acreedora era a uno y otro, con la prudencia en los consejos que dio a este Monarca, en la funesta situación a que los turcos le habían reducido cerca del río Pruth el año de 1711; y los rusianos no tuvieron dificultad en publicar que su Soberano le era deudor de su libertad y de la del Imperio. También, para reconocer la constancia de su afecto, la hizo coronar en Moscow el primero de mayo de 1724 con toda la pompa y magnificencia posible; instituyó la Orden de Santa Catalina; y, en fin, para asegurar la posesión de sus Estados, después de su muerte a una esposa tan amada, hizo una ordenanza por la cual, reservándose el derecho de elegir su sucesor, preparaba de antemano los espíritus de sus vasallos a recibir y seguir el reglamento que meditaba hacer a su favor.

Cuando de un origen común se llega al cúmulo de las grandezas, se suele olvidar fácilmente aquellos que han contribuido a nuestra elevación: su presencia nos renueva la memoria del estado diferente en que nos han visto, porque hiere el amor propio y nos exaspera. La emperatriz de Rusia no tuvo esta flaqueza, y por una magnanimidad muy superior al nacimiento y dignidad, esta princesa llamó cerca de su persona a la familia del luterano Gluck, que había cuidado de su educación y subsistencia. Atendió igualmente a la fortuna de todos aquellos que la componían, y no cesó, durante la vida del emperador Pedro y la suya, de proteger al príncipe Menzikoff, a quien debía principalmente su exaltación. Aplicóse, después de fallecido su esposo, a formar del todo la Academia Real

de las Ciencias, que este príncipe había establecido sobre el modelo de la de París, a aumentar la marina y descubrir un camino por el norte de la Tartaria para ir a la China y facilitar a sus vasallos el comercio de las Indias Orientales y Occidentales. El capitán Beering fue a quien se empleó para este descubrimiento.

Al otro día de la muerte de esta princesa, habiéndose abierto su testamento y leídole el secretario de Estado Basili Stepanoff, el gran duque Pedro Alexiowitz, de edad, de once años y medio, hijo del desgraciado czarowitz y nieto de Pedro el Grande, fue declarado heredero y Emperador. Los prelados, el clero, el Senado, los príncipes de Menzikoff y Galitzin, los miembros del Consejo Privado y principales rusianos prestaron sus homenajes al joven monarca, jurándole y reconociéndole por su legítimo Soberano. Este príncipe comenzó su reinado en conceder muchas mercedes a varios particulares y declarar a Menzikoff generalísimo de las fuerzas de tierra y mar.

Esta mutuación de Gobierno, que se creyó minoraría el poder y autoridad de este príncipe, no sirvió sino para aumentarlo. El matrimonio proyectado del Czar con su hija, debía celebrarse luego que el joven Monarca tuviera la edad competente, y para asegurarlo se hizo la ceremonia de los desposorios el 6 de junio. Una alianza tan brillante; los servicios hechos a la corte de Viena en tiempo de la Emperatriz, de los que el conde de Rabutín había informado al Emperador de Romanos, su amo; en fin, el puesto distinguido que ocupaba en el Imperio de Rusia, determinaron a Carlos VI, para empeñarle más en sus intereses, a darle la ciudad y ducado de Cossel, en Silesia.

Esta nueva distinción y todas las que su Soberano le concedía, elevándole al cúmulo de los honores y dignidades, precedieron muy poco a su caída. Así la infinita sabiduría de Dios suele permitir en las cortes, para castigar la ambición de los unos y para servir de ejemplo a los otros, que no haya casi distancia alguna entre lo sumo de los honores a la de la humillación y penas.

No me parece disgustará al lector exponer aquí la relación que a esta corte envió el duque de Liria, embajador extraordinario a la de Rusia, donde llegó poco después de esta desgracia; pero primero haré preceder una breve narración histórica de la vida de este primer ministro, pues aunque sea trasponer hechos ajenos de esta obra, este género de relaciones entretiene al lector, y no siempre la ocupación de éste se fija en los negocios serios y reflexionados. Los episodios divertidos, cuando suceden a negociaciones arduas, estimulan más la aplicación; por otra parte, no es indiferente dar a conocer lo que ha sucedido en las cortes extranjeras, porque todas tienen tal conexión entre sí, que es difícil el mostrar cuál es la que no ha experimentado ciertas revoluciones inseparables de la emulación, de la envidia, de la razón de Estado, y, a veces, por el abuso que hacen ciertos ministros de su autoridad.

Compendio histórico de la vida del príncipe Menzikoff

La historia del príncipe Menzikoff no es más que la de su fortuna, y un ejemplo ilustre de la mayor elevación y de la caída más profunda; también será una pintura de moralidad para muchos, especialmente para los que reflexionan.

Puédese juzgar del nacimiento del príncipe de Menzikoff por su primer oficio: empezó pregonando pasteles por las calles de Moscow. Acompañábale voz y alegría, y cantando su mercadería, paseando la ciudad, sus canciones contribuían a hacérsela despachar. La casualidad quiso que al pasar un día cantando, según su costumbre, por debajo de las ventanas del palacio de Pedro el Grande, atendió éste a lo sonoro de su voz y agudeza de sus pregones; uno y otro hicieron en este príncipe un efecto cual no esperaba el pobre pastelero. Ya fuese impulso de comer pasteles o tener media hora de diversión con el muchacho pastelero, cuyos modales le habían hecho viva impresión, mandó el Czar le hiciesen subir. Menzikoff entró en Palacio como si toda su vida hubiera pisado alfombras, y presentándose sin el más mínimo embarazo con su tienda portátil, el príncipe le preguntó cuánto quería por todos sus pasteles, con el cajón en que estaban. «Yo puedo disponer de mis pasteles -dijo Menzikoff-, pero en cuanto al cajón, necesito permiso de mi amo. No obstante -prosiguió-, siendo todo de Vuestra Majestad, espero no tomará a mal le franquee lo que no le puede negar.» Satisfecho el Emperador de esta respuesta y del desenfado prudente a las demás preguntas que le hizo, mandó al conde de Golofkin, su primer ministro, le tuviese en su casa ínterin conocía sus talentos, para emplearle según lo juzgase más conveniente.

Despidiéndose Alejandro (éste era su nombre) de su padre el mismo día, mudó de traje y condición, haciendo de paje al conde de Golofkin. Mediante esta especie de empleo, hallábase a menudo delante del Czar, cuyo genio popular y prevenido de cierta benevolencia por este joven, en el que cada día descubría más espíritu, le tomó a su servicio, honrándole con su confianza. Menzikoff iba insensiblemente respirando el aire de la corte con el de la ambición, aunque ésta sólo se dirigía a servir a todos. Con este motivo se vio colmado de todo género de favores, tanto mejor merecidos cuanto no los solicitaba, y el título de valido del Monarca, tapando la oscuridad de su nacimiento y borrando la mancha de su condición, le atrajo las atenciones de toda la corte.

Aunque mi plan no sea sino dibujar al príncipe en su desgracia y no el escribir todas sus grandes acciones, sea en el mando de los ejércitos o en el puesto de primer ministro, no dejaré de interpolar algunas anécdotas que servirán para hacer conocer quién era, y de qué grado de grandeza fue precipitado.

Lo que contribuyó a la rapidez de su fortuna fue el descubrimiento que casualmente hizo de la conspiración del príncipe de Amilka. Estando en una hostería dos de los conjurados en un cuarto inmediato al suyo, inflamados con el vapor del vino, creyéndose bien seguros, se entretenían en su proyecto y ejecución, nombrando por descuido al príncipe Amilka como jefe de la conjuración, y algunos de los principales motores de esta empresa. Oído con atención por Menzikoff este horrible atentado, corrió a Palacio a dar cuenta al Emperador. Diéronse órdenes para arrestar incontinente a los dos borrachos, del mismo modo que al príncipe Amilka y demás cómplices nombrados, cuyo delito averiguado, recibieron inmediatamente el suplicio merecido, en número de setenta personas que habían tramado dicha conspiración.

Este privado jamás supo leer ni escribir; sólo sabía firmar su nombre; pero después de haber llegado al cúmulo de los honores, buscó modo de encubrir su ignorancia -porque hubiera manifestado la falta de educación, y, por consiguiente, la bajeza de su nacimiento-, sugiriéndole su vanidad la afectación de leer papeles en público,

especialmente en presencia de quien juzgaba no ser conocido. No obstante, vino tiempo, en que esta ignorancia le fue propicia. En una especie de Cámara de justicia, establecida por Pedro I, este valido, principal objeto de ella, fue convencido por órdenes firmadas de su mano, que se produjeron, de haberse apropiado sumas inmensas y cometido un sinnúmero de vejaciones. Sobre esto clamó contra la falsedad de los testimonios, diciendo que no sabiendo leer ni escribir, no era culpado ni responsable de lo que se le había hecho firmar.

Sincerado Menzikoff de lo que se le imputaba, volvió a la estimación de su amo, quien lo elevó a la dignidad de Kneez o príncipe de Rusia, primer senador, veld-mariscal y caballero de sus Ordenes; pero es tan difícil moderar los deseos en una prosperidad grande, que los de Menzikoff no tuvieron ya límites luego que se vio constituido regente de Rusia por el Czar, el cual, con pasión de instruirse, estaba de partida para pasear todos los Estados de la Europa. Preténdese que Menzikoff se valió de esta coyuntura para acumular riquezas, no obstante poseer tantos Estados en la Moscovia, pues comúnmente se decía que podía ir desde Riga, en la Livonia, hasta Derbent, en Persia, sin transitar por otros dominios que los suyos. En Rusia como en Polonia, los paisanos son como esclavos dependientes del territorio que cultivan. El Derecho romano los llama *servos addictos glebae*. No se juzga del poder de un señor sino por el número de los vasallos que tiene. Cualquiera se admirará de las prodigiosas riquezas del príncipe Menzikoff, cuando se diga tenia en su dominio ciento y cincuenta mil familias que le pertenecían. Con todo, su codicia y vanidad no parecían satisfechos de tantos bienes y honores de que estaba colmado en Rusia.

Todos los príncipes extranjeros, especialmente los de Alemania y del Norte, solicitaron su amistad. El Emperador Romano no fue de los últimos: hízole príncipe del Imperio, y le dio el ducado de Cossel, en Silesia, como queda dicho. Los reyes de Dinamarca, de Polonia y Prusia lo hicieron caballero de sus Órdenes y con el recelo de que recibiese este honor con indiferencia, por no producir nada, no se descuidaron en acompañarle con pensiones considerables, que fueron pagadas con exactitud. Aquí no hablaremos de los soberbios regalos que recibió, así en vajilla de oro y plata como en alhajas y pedrerías, de los diferentes soberanos, en circunstancias en que necesitaban de su favor cerca de su amo.

La insaciable sed de riquezas que le devoraba iba creciendo cada día, no haciendose escrúpulo para adquirirlas, de permitir las mayores vejaciones; pero su fortuna estuvo para abandonarle -en el año de 1720- al regreso del Czar a sus Estados. Los enemigos que Menzikoff se atrajo tuvieron modo de hacer conocer al Monarca la tiranía de su ministro, y entre otras, la de haber hecho perecer a un mercader de pedrerías, quien, volviendo del Mogol, le había presentado un rubí de un tamaño extraordinario, para comprar, y del que se apropió. Pedro I se contentó entonces con quitarle el rubí, y hoy es una de las alhajas de la Corona: la Czarina le lleva los días de gala. Esto no impidió a sus enemigos de indisponer al príncipe contra él en punto de inspirarle horror. Es verdad que Menzikoff había servido útilmente a su amo en el descubrimiento de varias conspiraciones y en disiparlas, con especialidad la del czarowitz, su hijo; pero insinuábase al Emperador que este celo no era sino un artificio para ocultar sus designios. Pedro I, atendiendo a estas acusaciones, tenía resuelta la perdición de este valido, y hubiera seguido con efecto a no

haber mediado el favor de la emperatriz Catalina para suspenderla; o, por mejor decir, el cielo no había aún dispuesto su caída: la muerte del Monarca debía precederla.

No obstante, la declaración del Czar para que le sucediese la Czarina su esposa, no hubiera tenido efecto a no haber trabajado con indecible ardor Menzikoff para asegurar la Corona a esta princesa, facilitándole el éxito, su calidad de veld-mariscal general de los ejércitos rusianos. Bajo de este reinado volvió, pues, a tomar toda la autoridad que antes gozaba, disponiendo un tratado con la corte de Viena, a fin de que sucediese al Trono de Moscovia el gran duque hijo del infeliz czarowitz y nieto por su madre de la Emperatriz de Romanos, mujer de Carlos VI. Las condiciones del Tratado fueron que inmediatamente después de la muerte de la czarina Catalina, el gran duque Pedro Alexiowitz le sucedería, y que casaría con la hija primogénita del príncipe Menzikoff. Esto destruye lo que se lee en la historia de Pedro el Grande, pues se dice en ella que por el testamento de la emperatriz Catalina, Pedro II debía casa con la hija de Menzikoff, y que esta disposición fue confirmada al otro día del fallecimiento de esta princesa en la proclamación del Czar, no sólo por él mismo, sino también por el Consejo de Regencia.

Colocado Pedro II en el Trono, no fue difícil a Menzikoff de apartar y desterrar a Siberia a todos los que podían declararse a favor de la duquesa de Holstein (madre del actual gran duque de Rusia, y hermana mayor de la Emperatriz reinante). Agradecido el joven Monarca a los servicios señalados de Menzikoff, le confirmó en el puesto de generalísimo de todos los ejércitos del Imperio Rusiano, y aún le nombró vicario general, lo que hizo murmurar a todos los grandes, y mucho más cuando supieron el proyecto de casar a su hija con su Soberano; pero este primer ministro supo quitarles todo medio de oponerse a sus designios, y los desposorios se celebraron con el mayor esplendor hasta que tuviese el Czar la edad competente para consumar el matrimonio.

Confiado el vicario general de Rusia en que nadie se atrevería a contrapesar su autoridad ni robarle ya su ascenso, y con el con el seguro de no encontrar quien le resistiese u opusiese, miraba con grande indiferencia a los príncipes Dolgorukis y al barón de Osterman, sus rivales, no obstante deberle este último casi toda su fortuna, y no poca aquéllos. Siendo, pues la ocasión crítica para manifestar su envidia, y acomodándose al tiempo, parecían aprobarle en un todo, mientras estaban ocupados en los medios de derribarle. Ve aquí lo que sucedió, según la relación del duque de Liria.

Estando el Emperador en Petershoff, el gremio de los albañiles hicieron a este príncipe (el 17 de septiembre) un regalo de algunos mil ducados, que envió con un gentilhombre a la princesa Natalia, su hermana. Pasando este caballero a ejecutar la orden de su Soberano, encontró al príncipe Menzikoff, quien, informándose de la comisión, le pidió el dinero que llevaba -un ministro absoluto es obedecido en todas partes, aunque sea contra el servicio del Monarca-. La princesa, que no sabía cosa alguna de lo ocurrido, habiéndose presentado al día siguiente delante del Czar, su hermano, que la recibió, según acostumbraba, con agrado, y poco después mudado el semblante en seriedad, procuró investigar la causa; pero su sorpresa fue grande cuando el Czar la dijo que sin duda el regalo no había sido de su gusto, puesto que no hablaba de él. Habiendo respondido esta princesa que ignoraba cuál fuese el regalo, el gentilhombre fue llamado, y preguntándole el joven Monarca -con enojo qué uso había hecho del dinero destinado para su hermana, refirió el encuentro de Menzikoff y cómo se lo había entregado. Irritado

el Emperador, mandó llamar al príncipe, a quien preguntó con emoción el motivo de este desacato. El ministro le expuso la urgencia del Estado y lo que pretendía hacer con esta suma; mas su representación fue mal recibida, diciendo el Czar con voz áspera y animada, que sin duda ignoraba fuese su amo, cuyas órdenes debía respetar. Para aquietarle respondió Menzikoff que estaba pronto a entregar a la Princesa el dinero y aún un millón, si Su Majestad lo ordenaba. El ofrecimiento no calmó al Monarca, antes bien le mandó saliese luego de su presencia.

Los príncipes Dolgorukis y el barón de Osterman -éste ayo del joven Monarca- esperaban esta circunstancia para dar fin con el poder del valido, y aprovechándose del enojo de este príncipe, solicitaron volviese a Petersbourg, donde la ejecución de sus designios era más fácil y más segura que en una casa de campo. El Czar siguió su dictamen, y Menzikoff, mirando lo ocurrido como efecto de la viveza de un joven, que no tendría consecuencia, le fue siguiendo. Avisado el Monarca, en lugar de ir al palacio del príncipe Menzikoff, adonde habitaba desde la muerte de la Emperatriz, pasó a otro, mandando el Consejo que se juntase incontinente. La resulta de éste fue determinar al Emperador se deshiciese de un ministro que abusaba de su confianza con tanta temeridad, dibujándole como un hombre entregado a una ambición y avaricia sin límites, el cual empleaba, para satisfacer estas dos pasiones, medios tan injustos como criminales. Las demás quejas contra él no parecían menos considerables, juzgándose eran de naturaleza de merecer un severo castigo. El Czar, a quien persuadieron los Dolgorukis y Osterman, importaba para su seguridad y el decoro de su autoridad que alejase de la corte a su valido, ordenó al salir del Consejo al teniente general Soltikoff anunciase al príncipe Menzikoff que lo privaba de todos sus bienes y honores y dignidades, asimismo mandando entregase el collar de sus Órdenes y quedase preso en su casa; todos sus bienes fueron inmediatamente confiscados.

Apenas le fue intimada la orden, cuando le dio un accidente, que luego se discurrió había muerto; pero ya restablecido, su mujer e hijos fueron a echarse a los pies del Emperador, pidiendo la gracia del infortunado ministro, cuya súplica no fue atendida, ni menos la protección que solicitaron de las princesas, hermana y tía del Czar. En fin, la princesa Menzikoff estuvo más de media hora a los pies del barón de Osterman, sin obtener por sumisión tan grande (y debía parecerla bien dura) la gracia que pedía.

Habiendo después trabajado el Senado en el proceso del valido, corrieron voces de que se habían hecho descubrimientos importantes, pero no parece fueron probados, y el público no pudo juzgar de los delitos que se imputaban a este príncipe sino por el rigor del trato, y sospechas a que las desgracias suelen dar lugar. Halláronse, por el inventario de los efectos que le pertenecían, en sus dos palacios y sus casas de campo, ochocientos mil rublos (o pesos gordos) en pedrerías y otras alhajas; noventa marcos de vajilla de oro; ciento y veinte de vajilla sobredorada; tres servicios de a veinte y cuatro docenas de platillos de plata cada uno; pinturas y muebles preciosos y dinero por más de tres millones de rublos, sin contar las considerables sumas que tenía en varios bancos extranjeros. Hasta aquí, la relación del duque de Liria.

No quedó al príncipe Menzikoff, de opulencia tan prodigiosa, sino la fama de haberla adquirido injustamente. Primero fue desterrado a su tierra de Oranjeboom, cien leguas más allá de Moscow, con toda su familia; pero después se le transfirió a la Siberia, en

cuyo camino murió la princesa su mujer, y él allá acabó sus días, como se dirá luego. A su hija se la obligó a volver un diamante del valor de veinte y ocho mil rublos, que el joven Monarca la había regalado el día de sus desposorios, y murió pocos días después de haber llegado al paraje de su destierro. A su hermana segunda, la fortuna le fue más favorable, pues en lo sucesivo casó con el hermano del duque de Biron, pero recayó también en la desgracia. La emperatriz Ana la concedió en dote los caudales que tenía su padre en los bancos extranjeros, los cuales no pudo Pedro II conseguir se le entregasen. El hijo del príncipe Menzikoff, obteniendo su libertad por la exaltación de la princesa Ana Ivanowna, fue restablecido en la vigésima parte de los bienes de su difunto padre, y se le confirió el empleo de capitán de Guardias; hoy se mantiene en la corte de Rusia con grande aceptación.

Concluyendo la historia del príncipe Menzikoff y duque de Inghermania, debemos decir que aún fue más grande en su destierro que no lo había sido a la frente de los ejércitos y negocios políticos del Imperio. Luego que llegó a Tobolskoi, capital de la Siberia, el gobernador le envió quinientos rublos, de orden de la corte, que fueron empleados en proveerse de lo que juzgó necesario para combatir contra la horrorosa miseria que le amenazaba el destierro adonde se le conducía, más bien para cuidar de su triste familia que de su propia persona. Con este dinero compró, pues, sierras y todo género de instrumentos para arar semilla de toda especie, redes para pescar y carnes saladas para subsistir entre tanto que fundase la habitación que meditaba para reparar sus incomodidades. Lo restante del dinero que le sobró, lo repartió entre pobres.

Después de cinco meses se marcha desde Tobolskoi hasta el paraje de su destino, pensó en los medios de practicarse una vivienda tolerable, a cuyo fin trabajó, asistido de los ocho criados que se lo habían concedido; y la que se desposó con Pedro II tuvo a su cuidado la cocina, y su hermana lavar la ropa y coserla. No se debe pasar en silencio que casi a su arribo a este desierto, le llegaron por caminos extraviados un toro y cuatro vacas preñadas; un macho, cuatro ovejas y varios géneros de aves, sin que Menzikoff pudiese adivinar, ni sus hijos hasta ahora lo han sabido, quién era el autor de esta caridad, nombre que se debe dar a esta buena obra; pero gozó poco tiempo de ella.

El cansancio de viaje tan dilatado, y la enfermedad que acometió a sus hijos (fueron viruelas), de que la una murió, como queda dicho, minaron tanto la salud de este desgraciado ministro, que en fin, postrado de sus aflicciones, rindió la vida en los brazos de su triste familia, haciéndola la deprecación siguiente, según refirió la condesa de Biron, su hija, en Petersbourg: «Hijos míos, ya llegó el último instante. La muerte no me asusta; ojalá no hubiera que dar cuenta al Soberano Juez sino del tiempo que he pasado en este destierro. La razón y la religión a que he atendido tan poco en mi prosperidad, y me han consolado en mi desgracia, me enseñaron que la misericordia de Dios no es menos infinita que su justicia. Yo saliera, pues, de este mundo con este consuelo, si no hubiese dado sino ejemplos de virtud. Hasta ahora vuestros corazones se han preservado de la corruptela, y vuestra inocencia se conservará mejor en estos desiertos que en la corte, pero si volvéis a ella no os acordéis más que de los ejemplos que os he dado aquí.»

Así murió, magnánimo, quien lo fue en todas sus empresas. Lució en el Gabinete a la frente de los ejércitos, y la Rusia le es en parte deudora de su grandeza. No siempre los talentos acompañan al nacimiento, y el príncipe Menzikoff, sensible ejemplo de esta

verdad, hizo ver que la plebe más ínfima suele producir sujetos de la mayor capacidad. Yo no pretendo disculpar a este primer ministro de todo lo que se le ha acumulado, pero se hará evidente en adelante, según lo requiera la serie de los hechos y conforme los participó el duque de Liria a esta corte, que entró por más la envidia y emulación que el delito en la causa sustanciada contra él.

* * *

Sería prolijidad y fastidiar al lector extenderse más sobre esta materia, la cual dará, sin embargo, ocasión de reflexionar sobre la inconstancia de la fortuna y cuán traidora es a los que sacrifican sus desvelos. Ahora continuaremos las negociaciones de la corte de Francia con la de Viena -que hemos venido interrumpiendo con motivo de este compendio histórico-, cuyos preliminares para la pacificación general, aceptados por ésta, se remitieron a París, como ya se ha dicho. Firmados en esta ciudad por todos los respectivos ministros, a excepción del de España, por no haberle entonces de parte de esta Corona, se despachó un correo con esta plausible noticia a Viena, donde llegó el 9 de junio, y entregó al duque de Richelieu, embajador de Francia, la carta siguiente del señor de Walpole, que lo era de Inglaterra, enteramente conforme a la del cardenal de Fleury, y otra del de Holanda:

París, 1.º de junio de 1727

Muy señor mío: para acelerar cuanto sea posible la entera conclusión del negocio que debe restablecer y afirmar la paz en la Cristiandad, haciendo cesar las divisiones entre las potencias y restaurando entre ellas una buena y perfecta armonía tan deseada, aquí se ha convenido el enviar a V. E. la copia de los actos firmados, a fin de que V. E. y el señor Bruyninx firmen iguales actos con el duque de Bornonville, respecto de que no hay por ahora en la corte del Rey Cristianísimo persona alguna autorizada por el Rey Católico, ni en Viena ministro alguno del Rey mi amo. Para suplir a esta falta de ministros, se ha dispuesto un instrumento que yo sólo he firmado, añadiendo a él una declaración por la cual prometo, en virtud de mi plenipotencia, que este instrumento así firmado por mí será obligatorio por Su Majestad Británica acerca del Rey Católico, del mismo modo que si se hubiese firmado juntamente con un ministro de Su Majestad Católica, y que conforme a esto, el Rey mi amo producirá la ratificación en tiempo señalado por los artículos preliminares: bien entendido que el duque de Bornonville, por su parte, firme y entregue a V. Exc.ª igual acto de parte del Rey Católico, y de la misma manera obligatorio por Su Majestad acerca del Rey mi amo, etcétera.

La que se dirigía para el señor Bruyninx, embajador de Holanda, contenía sustancialmente lo mismo.

Para poner, pues, la última mano a la grande obra de la paz, no era menester ya sino seguir en Viena el plan que se había enviado de París. El 13 de junio hubo una

conferencia en casa del príncipe Eugenio, adonde los ministros de España y Holanda concurrieron. Éste se pasó al principio con bastante viveza: pretendía absolutamente el duque de Bornonville que el acto obligatorio, y semejante al que el señor Walpo1e remitió para el expresado ministro de España, y contra el cual el suyo debía ser permutado, fuese formado en lengua española. Esta repugnancia costó vencer, del mismo modo que la del duque de Richelieu, tocante al dilatado preámbulo que se hallaba en el frontis de la plenipotencia del embajador de España, acerca de los diversos hechos que contenía, y de que los aliados de Hannover no podían convenir, pretendiéndose se suprimiese a lo menos la mitad de dicho preámbulo; pero esto dilataba la conclusión del importante negocio que se trataba, porque era preciso órdenes de España.

* * *

El rey de Inglaterra, a quien la Europa debía en parte la conservación de su quietud, no gozó mucho tiempo la satisfacción de oír las alabanzas que se le daban, habiendo muerto en Osnabrug el día 22 de junio, caminando a sus Estados de Alemania, en el mismo cuarto donde se pretende había nacido en el año de 1660, siendo entonces su padre obispo de esta ciudad. El 25 del mismo mes su hijo Jorge II, hoy reinante, fue proclamado en Londres rey de la Gran Bretaña.

Vencidos los obstáculos que retardaban la firma de los preliminares, el duque de Bornonville los remitió a su corte, lisonjeándose se ratificarían sin dificultad, pero lo contrario sucedió. Sus Majestades Católicas se manifestaron sorprendidas de este suceso, que les pareció incompatible con sus intereses y gloria. Tuviéronse sobre el asunto muchas conferencias en Palacio entre los ministros del Emperador de Holanda y el marqués de la Paz, en las cuales no se decidía cosa alguna, porque la enfermedad del Rey lo estorbaba, pero mejorado este príncipe y cediendo su interés a la paz, aceptó los preliminares, que se firmaron el 19 de junio, dando órdenes a fin de que se suspendiesen las hostilidades delante de Gibraltar. El mismo día se despachó un correo al conde de las Torres para hacerle saber esta resolución, y por él a milord Portmore, gobernador de la plaza.

Habiendo llegado el referido correo al campo el 23, y entregado al general el pliego, que le libertaba del embarazo en que se hallaba de cumplir con sus promesas, y dado cuenta al gobernador, convinieron recíprocamente en los artículos siguientes:

«I.- Se conviene en una recíproca suspensión de armas entre el ejército y la plaza de Gibraltar, ínterin vengan ratificados los tratados.

II.- Se mantendrá la guarnición dentro de la plaza, sin comunicar con las tropas del ejército, que se mantendrán igualmente en sus trincheras para su resguardo.

III.- El coronel de trinchera podrá entrar en la plaza para observar no se haga trabajo alguno en el circuito de ella; y lo mismo podrá practicar otro oficial de la guarnición de igual grado, saliendo de la plaza a reconocer los ataques.

IV.- Ninguna persona del ejército y de la guarnición podrá acercarse al Peujel, pues quedará expuesto a que se le haga fuego de la montaña y de la trinchera.

V.- Tampoco podrá acercarse persona alguna a la lengua de tierra, sin pasaporte del capitán general del ejército o del gobernador de la plaza, para entrar o salir, negándose enteramente al comercio por mar y tierra.

VI.- En consecuencia de esta convención, han cesado las hostilidades de una y otra parte.»

Así se terminó el famoso sitio de Gibraltar, que tanto ruido hizo en el mundo. La tropa padeció en extremo; la artillería, inútil para otra empresa, y los trabajos, después de cinco meses, poco más avanzados que en los primeros días; fruto de las inconsideradas reflexiones con que se procedió en el ataque.

No será fuera de propósito el exponer los motivos que dieron lugar a esta expedición, que aunque no tuvo éxito propuesto, no menos era justa; pero ante todas cosas, ascendamos a su conquista por los ingleses. Entrados éstos en la alianza del emperador Leopoldo I, se empeñaron en la defensa y garantía de los derechos de la Casa de Austria a la Corona de España. Habiendo enviado en el año de 1704 una flota para sostenerlos, se apoderaron de Gibraltar del mismo modo que de la isla de Menorca, que no conservaron en nombre del Rey británico o de la nación, supuesto que todos los progresos que hacían en España las potencias aliadas eran a favor de la Casa de Austria, conforme al Derecho de las gentes, y naturaleza de este género de alianzas: de donde se infiere que los ingleses, hasta el 1713, no pudieron poseer a Gibraltar ni a Puerto Mahón como pertenecientes a su propiedad; mas sí sólo mantener guarniciones en las mencionadas plazas para la seguridad de su comercio hasta fin de la guerra, o que se hubiese reglado éste con el sucesor de Carlos II.

Dejando los ingleses la alianza del Emperador en el año de 1712, concluyeron el siguiente una con España y Francia, reservándose la reina Ana de Inglaterra, por los artículos X y XI del tratado firmado en Utrecht el 13 de julio de 1714, la posesión de Gibraltar y Puerto Mahón. Las condiciones de esta cesión fueron que los naturales de dicha ciudad, como asimismo de la isla de Menorca, gozarían plena y entera libertad, así en las cosas eclesiásticas como en las civiles; que no se daría asilo ni a los moros ni a los judíos, bajo de ningún pretexto; que no sería lícito introducir en ellas el gobierno inglés; que no podrían apoderarse de las cercana tierras pertenecientes a España, a título de jurisdicción; en fin, que el comercio no se dirigiría en perjuicio de España contra las convenciones estipuladas sobre este asunto.

Con estas condiciones se quedaron los ingleses pacíficos poseedores de Gibraltar y Puerto Mahón, pero en lo sucesivo formaron el proyecto de anularlas e incorporar estas plazas a lo restante de sus Estados, inquietando a los católicos sobre el ejercicio de su religión, permitiendo a los moros su entrada en el puerto, contra una de las condiciones expresas de la cesión y aún contra las constituciones y leyes fundamentales del reino; permitiendo el transporte y comercio de las mercaderías prohibidas, recibiendo a los navíos de guerra enemigos y piratas, como asimismo a los ladrones y malhechores, y con esto expuesta España a sus incursiones. Siendo todo lo referido notorio, la corte, no obstante el haber accedido a la Cuádruple Alianza en 1720, pidió la restitución de

Gibraltar y Puerto Mahón, persuadida que los peligros a que se hallaba expuesta desde que estas dos plazas estaban en poder de los ingleses, se aumentarían cada día. Esta demanda no pareció desde luego tan injusta, puesto que el Rey británico, en las cartas que escribió a Su Majestad Católica en 1721, prometió la restitución de ellas.

Los ministros de España, entre otras pruebas, se apoyaron sobre esta carta: y el marqués de Pozo-Bueno, embajador en la corte de Inglaterra, la renovó en la declaración que dejó en Londres a su partida, poco antes de comenzar el sitio de Gibraltar. Hasta entonces había insistido el Rey Católico, y antes de emplear medios violentos y evitar toda queja, ofreció de nuevo un equivalente o una suma considerable en dinero, que fue despreciada altamente de los ingleses, respondiendo éstos que no lo necesitaban, mas sí seguridades para su comercio y navegación.

* * *

La enfermedad del Rey, como dijimos más arriba, había comenzado por una indigestión, y habiéndole sobrevenido calentura con inquietudes que le impedían dormir, este príncipe se dejaba arrebatar de la melancolía a que estaba sujeto; este estado le daba una gran repugnancia para el trabajo y cuidado del gobierno. Bien que la enfermedad no parecía peligrosa, juzgó sin embargo conveniente hacer su testamento. Don José Patiño, secretario de Estado, fue encargado de disponerlo; pero nada se supo de su contenido. Su Majestad firmó al mismo tiempo un decreto, por el cual declaró a la Reina por gobernadora del Reino durante su enfermedad, y con esta disposición, retirándose a su cuarto, no quiso ver a nadie, exceptuando al príncipe e infantes, que entraban para besarle la mano. El capitán de Guardias no le hablaba. La Reina trabajaba sola con los ministros, y después daba cuenta al Rey de los principales negocios.

El caballero del Blayron, que el duque de Bornonville había despachado de Viena para informar a Sus Majestades de todo lo ocurrido con los ministros imperiales, había vuelto a marchar con la aprobación de la conducta de este señor, pero sin la ratificación de los preliminares, porque se pretendían algunas explicaciones sobre el artículo II y V de los mismos. Sabido por el señor Van der Meer, embajador de Holanda, renovó sus instancias con el marqués de la Paz para obtenerla, porque a la verdad se esperaba con impaciencia en las cortes de los aliados, al paso que la de España multiplicaba las dificultades. Además de aquellas que ya había hecho sobre levantar enteramente el sitio de Gibraltar, y sobre la restitución a los ingleses del navío *El Príncipe Federico*, arrestado en la Veracruz, como justa represalia del bloqueo de los galeones en Portobelo, formábase también otras sobre la distribución de los efectos que estaban a bordo de la flota.

No obstante, para hacer ver que Su Majestad deseaba la paz, envió orden a los puertos de la Monarquía a fin de que se admitiesen amigablemente a los navíos ingleses, después de haberse sabido que el almirante Wager entraba en las mismas ideas pacíficas; pero esto no era suficiente para el embajador de Holanda, a quien solicitaban vivamente los aliados de Hannover a una respuesta final por parte de la Corona de España; y esto expuso en una

dilatada carta al marqués de la Paz. Como el ánimo no era de condescender ni desechar las proposiciones, pero sí sacar alguna ventaja, se despachó un correo a París, con las explicaciones que pedía la corte sobre los artículos referidos y las razones que ésta tenía para suspender la ratificación hasta después de haberlas obtenido; entre tanto se nombraron por plenipotenciarios al próximo Congreso al duque de Bornonville, al marqués de Santa Cruz de Marcenado y a don Joaquín de Barnachca, vizconde del Puerto y mayordomo de semana de la Reina.

Esta princesa, que continuaba felizmente en su preñado, dio a luz con toda felicidad un infante (don Luís), el día 25 de julio. Participóse esta novedad a varias partes, y el Rey Cristianísimo escribió una carta de enhorabuena al Rey Católico, su tío; la cual apenas leída por Su Majestad, declaró públicamente estar terminada la reconciliación con este Monarca, dando a besar su real mano a todos los señores y damas de la corte que se hallaban presentes.

Lo cierto es que nada deseaba tanto Su Majestad como el ver restablecida la buena correspondencia con el Rey su sobrino; pero al mismo tiempo le era muy sensible el ver su unión tan constante con la Inglaterra, de que ésta se prevalía para la restitución del navío *El Príncipe Federico*, y los efectos de la flota pertenecientes a los ingleses, cuando éstos le habían usurpado la isla de la Providencia, construido un fuerte sobre las costas de la Florida, e invadido una bahía en Campeche, cuya satisfacción se dilataba para el Congreso.

Terminada, pues, la reconciliación y el haber dado a luz la reina de Francia dos princesas de su primer parto y con ello manifestar su fecundidad, a que se seguía fortalecerse el Rey Cristianísimo en su salud, no siendo va necesaria la presencia del abad de Montgon en el Reino, recibió orden para restituirse a España; lo que ejecutó el año siguiente. Los grandes talentos que manifestó durante su residencia en París, los servicios hechos al Rey Católico, y en algún modo a toda la Cristiandad, impidiendo al cardenal de Fleury, con sus instancias y representaciones, a una resolución violenta de su parte, le merecieron los mayores elogios, haciéndose acreedor a cualquiera empleo, que hubiera conseguido de la gran justificación de los Reyes.

Estos Príncipes, que conocían la habilidad con que supo este abad manejar en Francia la comisión ardua de que se le encargó, pensaban a colocarle en el Ministerio, si los poderosos émulos que tenía en la corte no se le opusiesen, a que no cooperó poco el cardenal de Fleury. Éste tenía sobrados motivos para impedir su elevación, porque en las varias conferencias que tuvo con él en París penetró su sagacidad, y no se prometía sorprenderla si llegase al mando en España. Por tanto, de acuerdo con la duquesa de San Pedro, camarera mayor de la Reina, le dibujaron con los colores más negros de una ambición desmedida de gobernar. Ésta lo influyó con arte en los nuevos ministros, los cuales, bien actuados en la política de su país, aumentaron su partido con el confesor de la Reina.

Todos hicieron sus esfuerzos para alejar de la corte a un hombre cuyas ideas parecían las mismas que ellos temían; y como el cardenal de Fleury producía cebo para la llama, supieron con destreza apagar en los Reyes la estimación que justamente merecía. No se consiguió esto tan pronto; fue menester tiempo, porque cuantos más tropiezos encontraba

el expresado abad, tanto más se resistía: unas veces justificando la sinrazón de lo que esparcían sus adversarios; otras, sincerándose contra lo que se le acumulaba: y como gozaba de la protección del Rey, se persuadió que ella bastaba para imponer silencio a sus enemigos, en que no se engañaba si este Monarca hubiese permanecido con robusta salud. Esta confianza fue la perdición del abad de Montgon, el cual, después de haberse mantenido dos o tres años más en la corte a expensas de la generosidad del rey de Portugal, se vio obligado a dejarla con no poco triunfo de sus rivales.

Con motivo de haberle encargado el infante de Portugal don Manuel -que de regreso de la corte de Viena se mantenía en Madrid, porque aún subsistía la diferencia que tenía con el Rey su hermano- algunos negocios, contrajo amistad con el marqués de Abrantes, quien le facilitó varios socorros de dinero de Portugal, y aún se le solicitó entrase en servicio de esta Corona, a que se negó, por no atraerse más enemigos. Sucediendo al marqués de Abrantes el señor de Cabral, las cosas se mudaron, por haberse dejado preocupar éste contra el abad de Montgon, el cual, perdido todo recurso, se determinó a hacer una retirada honrosa y dejar el campo libre a sus émulos. La fortuna no le fue más propicia en Francia su patria, porque perseguido del cardenal de Fleury, el motor de todas sus desgracias, después de haber padecido mucho tiempo por los tiros de su venganza, se refugió a Roma, donde se mantiene al presente.

Ya habían llegado a Madrid los embajadores de Francia e Inglaterra (aquél el conde de Rottembourg, y éste el señor Keene); y juntos con el de Holanda tenían frecuentes conferencias con el marqués de la Paz, insistiendo siempre sobre la ratificación de los preliminares. El conde de Konigseg parecía mirar las cosas con indiferencia, y todo su conato era atender a las negociaciones que iban a entablarse: entre tanto observaba al conde de Rottembourg, el cual, encargado de vencer los obstáculos que retardaban la conclusión de la paz, firmó una convención que no tuvo efecto.

A este tiempo sucedió en Gibraltar una de aquellas chispas que suelen causar grandes incendios, y se temía justamente en la Europa sus consecuencias. El conde de Montemar, que mandaba las tropas delante de esta plaza, después de haber sido llamado a la corte el conde de las Torres, acababa de hacer reparar la batería llamada de Tessé, con pretexto de proveer a la seguridad de los navíos españoles, que se arrimaban a las Algeciras. Trabajó igualmente en una línea desde esta batería hasta el mar, hacia el Este, en todo lo ancho de la lengua de tierra, a fin -decía- de quitar toda la comunicación con la ciudad, e impedir el contrabando. Quejóse el gobernador, tratándole de infracción a los preliminares, y como el conde de Montemar no dejó de continuar el trabajo y seguir su proyecto, el conde de Portmore mandó disparar algunos cañonazos sobre las nuevas obras y sobre los que estaban empleados para perfeccionarlas Poco después, el almirante Wager se puso a la vela de la bahía de Gibraltar con una fuerte escuadra para cruzar en la altura de Cádiz, a fin de apoderarse, si fuese posible, según las voces corrieron entonces, de los galeones.

Semejantes procederes de parte de España e Inglaterra daban motivo para creer se pensaba en renovar las hostilidades; pero es verisímil se obraba de esta suerte sin noticia de una ni otra corte, porque eran directamente contrarios a los preliminares de paz, y seguro contra la mente del Rey Católico, quien no quería quebrantarlos. Por lo mismo, se proseguían en Madrid las conferencias entre el marqués de la Paz y el conde de Rottembourg, a la verdad con poca satisfacción de las potencias marítimas, que se

quejaban agriamente al cardenal de Fleury que las complacencias del embajador de Francia impedían la ratificación de los preliminares. Es cierto que se sospechaba de éste contemplar a la corte de España para dilatar su embajada y conseguir la grandeza; porque en este tiempo, ningún francés pasaba los Pirineos sin aspirar a tan alta dignidad, que no obtuvo, antes el cardenal le escribió resueltamente pusiese fin a su comisión, solicitando una respuesta decisiva. Resentida la corte de Madrid contra la de Inglaterra, no podía resolverse a lo que el cardenal exigía; sin embargo, se respondió al conde de Rottembourg se afanarían prontamente las dificultades que de tanto tiempo suspendían el entero cumplimiento de los preliminares. Lisonjeándose este ministro con tan buena esperanza, la participó luego a su corte. La noticia fue recibida con la alegría proporcionada a la impaciencia que se tenía de ver el instante de la abertura de un Congreso.

Diéronse grandes elogios a la diligencia con que el conde de Rottembourg había concluido su comisión. El Ministerio de Inglaterra aplaudió igualmente su habilidad, y mientras no se percibía mutación alguna en España, se esperaba en Versailles y Londres el arribo del correo con el tan deseado consentimiento de Sus Majestades Católicas; pero pasados dos meses, y viendo la poca apariencia de concluirse este negocio, los ministros de Inglaterra y de Holanda solicitaron vivamente al de Francia se uniese a ellos para obtenerle. Las cartas que éste recibió de su corte se dirigían a lo mismo, y aún se le motejó su demasiada credulidad, y andar omiso en su solicitud. La Inglaterra, que se mantenía armada, no podía sufrir por más tiempo esta dilación; todo era rumor en la Gran Bretaña; y sobre esto dio a entender sus últimas intenciones al conde de Broglio, embajador de Francia en Londres. La república de Holanda no mostraba menos inquietud; aunque la situación en que se hallaba no perjudicaba en cosa alguna al comercio de sus súbditos, pero solicitaba el fin de este negocio, porque debía asegurar la tranquilidad pública y sosegar sus temores acerca de la Compañía de Ostende.

Con este motivo repetía sus instancias al señor Van der Meer, su embajador en Madrid; y éste, de acuerdo con el de Inglaterra, al conde de Rottembourg, el cual, queriendo contentar a todos los partidos, adhirió a las proposiciones que le hizo la corte de España, de restituir el navío llamado *El Príncipe Federico*, mediante ciertas condiciones que explicó. El proyecto fue admitido, y enviándole a Francia, hizo entender a don José Patiño sería bien recibido; pero la esperanza fue vana, el Plan despreciado y las condiciones juzgadas tan poco admisibles, que volviéndolas al conde de Rottembourg, se le escribió que jamás las admitiría la Inglaterra. Diéronse al mismo tiempo las órdenes más precisas para que se uniese de nuevo con los ministros de las potencias marítimas, y declarase a la corte de España que, no pudiendo ya los aliados de Hannover quedarse en la certidumbre, querían absolutamente saber si se determinaba a la guerra o a la paz.

Instruidos los señores Van der Meer y Keene de lo que el cardenal había escrito últimamente al conde de Rottembourg, tomaron las medidas para disponer las cosas a una pronta conclusión. Así lo participaron a este ministro, después de lo cual convinieron en una conferencia, para el primero de diciembre, con el marqués de la Paz y el conde de Konigseg. Admitida la proposición por estos dos, convinieron todos en que se terminaría la discusión por escrito; que sobre este plan, el conde de Rottembourg escribiría una carta al marqués de la Paz, conteniendo las condiciones ofrecidas por el Rey británico al conde

de Broglio, y que la respuesta del marqués de la Paz encerraría una promesa de Su Majestad Católica para la aceptación de los preliminares y condiciones propuestas.

Siguióse exactamente este proyecto: el conde de Rottembourg escribió al marqués de la Paz que, según el extracto de la carta del de Broglio del 6 de noviembre, cuyo contenido le había comunicado, se podían allanar las dificultades sin esperar la vuelta del correo, puesto que el rey Jorge prometía:

I.- *Dar incontinente orden a los almirantes Hozier y Wager para retirarse de los mares de Indias y de España.*

II.- *Dejar para el Congreso el examen de si el navío «El Príncipe Federico» había cometido algún fraude en el comercio, en cuyo caso se daría satisfacción, según lo que fuese reglado en dicho Congreso, como también de todas las indemnizaciones y daños respectivamente causados, y asimismo las contravenciones a los tratados y empeños, así públicos como secretos, desde el año de 1725.*

El conde de Rottembourg ofreció en nombre del Rey Cristianísimo que la discusión de estos diferentes artículos se haría fielmente; que se procedería luego al canje de las ratificaciones, y que sin tardanza se abriría el Congreso, no obstante, con la condición de que el Rey Católico daría su real palabra:

I.- *De levantar sin dilación el bloqueo de Gibraltar, restableciendo las cosas en todo conforme se había reglado en el tratado de Utrecht.*

II.- *De enviar órdenes precisas para que se entregue el navío «El Príncipe Federico» a los agentes de la compañía del Sur, residentes en la Veracruz, a fin de que pudiese restituirse a Europa después de hecho el inventario de su carga, dejando también el comercio libre a los ingleses en las Indias, conforme a lo estipulado por el tratado del Asiento.*

III.- *Hacer entregar inmediatamente a los interesados los efectos de la flota.*

El marqués de la Paz aceptó el día 3 de diciembre, en nombre de Su Majestad, todas las condiciones especificadas, pero alteró en un todo el artículo II de las proposiciones del Rey británico, sustituyendo en su lugar otras cláusulas con consentimiento del conde de Rottembourg: lo que fue reprobado por los coligados, como en adelante se dirá.

* * *

Mientras se trabajaba en España para vencer tantas dificultades, que retardaban la ejecución de los preliminares, se abría nueva escena en Italia, que no causaba menos atención que inquietud. El duque de Parma había concluido su matrimonio con la princesa Enriqueta de Módena, y debía celebrarse en breve. Este establecimiento le hacía incierto para el serenísimo infante don Carlos en Italia, y en algún modo las negociaciones, proyectos y tratados a que había dado lugar, se inutilizaban con gran

satisfacción del Emperador; pues no obstante la buena inteligencia que parecía entre las cortes de Viena y Madrid, ella no impedía a ésta advertir que los ministros del César coadyuvaban mucho al deseo que era natural tuviese el duque de Parma de tener herederos. Tampoco era difícil el penetrar de dónde procedía el interés que tomaba la corte imperial en perpetuar la Casa Farnesio, y esto hacía vacilantes ya los cimientos de la confianza que reinaba entre ambas cortes, aunque la sutileza del conde de Konigseg, procurando disipar las dudas, no estaba ociosa sobre un punto de esta consecuencia, pero adelantaba poco en sus persuasiones, porque los influjos contrarios prevalecían. La superioridad de sus talentos le fueron más favorables para estorbar la comisión del conde de Rottembourg, la cual manejaba con gran destreza y sagacidad, al paso que parecía concurrir a lo que solicitaban los coligados. Es verdad que el marqués de la Paz difería algo demasiado a su dictamen, por serle deudor de una parte de su elevación, y también por conocer no se oponían sus ideas al real servicio de su amo, el cual defendía con viveza; y salvando la seguridad de Italia -de que el César preveía la ruina total con la de su dominio en aquel país- la buena inteligencia y armonía se hubiera mantenido largo tiempo.

Los potentados italianos, que no podían prever las consecuencias que tendría este matrimonio, procuraban no mostrar entre el Emperador y el Rey Católico parcialidad alguna; y el duque de Parma, a quien el Pontífice había prohibido el recibir del Emperador las investiduras de sus Estados, mientras este Monarca le defendió igualmente pedirlas a Su Santidad, no estaba poco embarazado para contentar a ambos partidos. El cardenal de Fleury tenía también sus inquietudes. La Inglaterra, que se hallaba, después de firmados los preliminares de la paz, obligada por las irresoluciones de España a mantenerse armada, y continuar los gastos como en una guerra declarada, lo atribuía a las atenciones de esta Eminencia por el rey de España, y murmuraba altamente; pero este negocio no estaba aún en los términos de poderse concluir: estaba reservado para el año siguiente.

Terminaremos el de 1727 con la celebración de los respectivos desposorios de los serenísimos príncipes de Asturias y del Brasil.

Parecía, después del inconveniente que en Francia había multado de la poca edad de la infanta de España doña María Ana Victoria, que la prudencia exigía o dictaba esperar hubiese la de casarse antes de unirla con el joven príncipe a quien estaba destinada. Sin embargo, Sus Majestades Católicas no juzgaron necesario atender a esta fundada precaución, y en virtud de la dispensa de edad concedida, se señaló el día 27 de diciembre para la ceremonia del desposorio de esta princesa con el príncipe del Brasil. Aunque se hubiese convenido con la corte de Portugal se efectuaría el mismo día en Lisboa el de la princesa doña María Bárbara con el príncipe de Asturias, no pudo ejecutarse hasta el 11 de enero siguiente.

Esta duplicada alianza causó indecible júbilo en los dos Reinos; y con este motivo, ambas Majestades, Católica y Fidelísima, hicieron varias mercedes, con especialidad el rey de Portugal, cuya magnanimidad se extendió hasta con los españoles presos en toda la extensión de sus dominios, mandando se les diese libertad, a excepción de los delitos cuya atrocidad fuese incompatible con esta gracia.

Año de 1728

No habían podido ver con indiferencia los embajadores de Inglaterra y Holanda la complacencia del de Francia; antes desaprobó abiertamente el primero la cláusula insertada por el marqués de la Paz, en lugar del artículo II de las Proposiciones de Su Majestad Británica, a quien despachó incontinente un correo, y el señor Van der Meer dio a entender pensaba lo mismo, diciendo que jamás se ratificaría. Al conde de Rottembourg daban poco cuidado sus discursos; pero reflexionando podía ser la víctima de ellos, comunicó sus pavores al marqués de la Paz. Éste, igualmente, para hacerse grato a la Francia y que no se le atribuyese la resistencia de España en concluir obra tan saludable como era la de la paz, dio a entender a la Reina -porque el Rey permanecía indispuesto y esta princesa era quien despachaba los negocios- era de temer que abandonase enteramente el cardenal de Fleury los intereses de Sus Majestades Católicas; que el inglés aumentaba sus armamentos navales; que había despachado al contraalmirante Hopson a Indias, para sustituir al difunto almirante Hozier, con intención sin duda de no dejar escapar a los galeones como lo hicieron con la flota; que sabios a costa de su descuido, era probable no incurriesen en el mismo yerro, mayormente sabiéndose de positivo que cruzaba el almirante Wager sobre la costa de España con la misma idea.

Penetradas Sus Majestades Católicas de estas razones, y para que no se dijese se oponían al restablecimiento de la quietud pública, consintieron se mudase el proyecto del 3 de diciembre, de que se dio cuenta al conde de Rottembourg, que lo participó al cardenal de Fleury, y éste a la corte británica. No habiendo ya cosa alguna que retardase la ejecución de los Preliminares, y vencidos los obstáculos, el rey de la Gran Bretaña, que había diferido la abertura del Parlamento hasta entonces, le convocó para el 25 de enero, dándole parte de esta negociación tan deseada.

Los ministros del Emperador, de Francia, de Inglaterra y de Holanda, tuvieron sobre este asunto varias conferencias en Madrid y en El Pardo, con el marqués de la Paz, en las cuales fue arreglado que se dispondría una nueva convención y que se procedería después al canje de las ratificaciones, luego que los señores Keene y Van der Meer hubiesen recibido las plenipotencias necesarias. Habiendo llegado éstas por un expreso el 28 de febrero, el día 6 de marzo se firmó en El Pardo el Acto siguiente:

I.- *Que se levantaría sin tardanza el bloqueo de Gibraltar, enviando de allí las tropas a sus cuarteles, haciendo retirar el cañón, arrasar las trincheras y demoler las demás obras hechas con ocasión de este sitio, volviéndolo a poner todo de una y otra parte conforme al tratado de Utrecht.*

II.- *Que se enviarían sin dilación órdenes claras y precisas para que se entregase luego el navío «El Príncipe Federico» y su carga a los agentes de la compañía del Sur, residentes en Veracruz, para hacerlo pasar a Europa como les pareciese, dejando también libre el comercio en las Indias a la nación inglesa, según lo estipulado por el tratado del Asiento, y convenido por los artículos II y III de los Preliminares.*

III.- *Que se entregaran inmediatamente los efectos de la flota a los interesados, y asimismo los de los galeones, cuando estén de regreso a Europa, como en tiempo libre y de paz, conforme al artículo V de los Preliminares.*

IV- *Que Su Majestad Católica se obliga, del mismo modo que se ha obligado Su Majestad Británica, a observar todo lo que será reglado y decidido (por lo concerniente a las presas hechas de la una a la otra Corona, igualmente que por el referido navío «El Príncipe Federico») en el futuro Congreso. Hecho en El Pardo, a 4 de marzo de 1728. - Firmado.- ROTTEMBOURG.*

Yo abajo firmado marqués de la Paz, declaro por orden expresa, en nombre del Rey Católico mi amo y en virtud de mi plenipotencia, cómo Su Majestad, por el deseo constante que siempre ha manifestado de facilitar las negociaciones para una pacificación general y permanente, ha resuelto aceptar, como efectivamente admite y acepta la proposición hecha en el último lugar por el conde de Rottembourg, ministro plenipotenciario del Rey Cristianísimo, según está inserta más arriba. En fe de lo cual he firmado la presente declaración y puesto en ella el sello de mis armas. En El Pardo, a 5 de marzo de 1728. Firmado.- EL MARQUÉS DE LA PAZ.

Los demás ministros extranjeros, en virtud de sus plenipotencias, y para dar fuerza y valor a la nominada declaración y aceptación, firmaron el día siguiente este Acto especial de consentimiento y confirmación en nombre y por orden de sus amos. Aunque el conde de Konigseg no tuviese particular plenipotencia para firmar, ofreció con Acto obligatorio separado, presentar su plenipotencia a los ministros contratantes en el término de tres meses.

Desde la firma de los Preliminares y reconciliación de las dos Coronas, el Emperador tiraba poco a poco a volver al antiguo sistema de su unión con las potencias marítimas, como el que convenía mejor a sus intereses. La situación de la corte imperial, desde este suceso, se hacía delicada, y no perdía de vista el proyecto de cerrar por siempre, si fuese posible, la entrada de Italia al serenísimo infante don Carlos; y como ninguna cosa era más conveniente para frustrar a este príncipe la sucesión a los ducados de Parma y Plasencia, como el efectuarse el matrimonio del nuevo duque Antonio Farnesio con la princesa de Módena, se instó a este soberano no dilatase la conclusión. Su interés y la conservación de su Casa conciliándose perfectamente con los consejos del Emperador, partió aquel príncipe el día 7 de febrero para ir a recibir a su futura esposa, que encontró en la orilla del río Ensa, frontera de ambos Estados, hasta donde había acompañado la corte de Módena a esta princesa. Después pasaron a Parma, donde la celebración de su matrimonio se hizo con ostentación y grandes fiestas.

La corte de España no miraba con indiferencia cuanto ocurría en Parma por los secretos influjos del César. No se había podido hacer aceptar el tratado de la Cuádruple Alianza a Su Majestad Católica, si no es con la promesa de asegurar al primogénito de la Reina la posesión de los Estados que se le destinaban en Italia, y el matrimonio del duque Antonio Farnesio aniquilaba en parte este proyecto. Lo concerniente a la Toscana no parecía mucho más asegurado. El Gran Duque veía con indecible disgusto se dispusiese de sus Estados durante su vida y se le privase el derecho de elegir su sucesor. Una ley tan áspera le movió a entablar varias negociaciones tan contrarias a España como favorables al

Emperador. La estrecha amistad que el tratado de Viena había formado entre este Monarca y el Rey Católico, se debilitaba conforme desaparecían las vanas esperanzas que le hicieron nacer. Cada día se percibía más cuán frívolas eran. Prometíase Felipe V, aunque algo tarde, no ser ya tan crédulo y aprovecharse de las mutaciones de sistema que produciría el próximo Congreso, para procurar a los proyectos en que se ocupaba la corte, un suceso que no dependía ya del puro agrado del Emperador.

Previendo este príncipe que su unión con España iba a expirar, se proponía sacar de la misma asamblea la ventaja de reunirse con sus antiguos aliados y hacerlos garantes de la orden que había establecido en la sucesión de su Casa. También contaba este Monarca en renovar su inquietud y pavor sobre el excesivo aumento de poder de la Casa de Borbón e inclinarlos a concertar con él los medios de estorbarlo. Las precauciones que se querían tomar en Viena y Madrid para preparar de antemano las mutaciones que cada uno deseaba, quedaban ocultas bajo de una profunda disimulación. La prudencia la dictaba, hasta que la coyuntura permitiese manifestar la desconfianza que había de una y otra parte. Ambas cortes se creían fundadas sobre justos motivos, que se multiplicaban a proporción de sus cuidados.

Para mejor descubrir las intenciones del Emperador sobre lo que entonces interesaba a España, Sus Majestades enviaron al marqués de Monteleón a Italia con el duplicado carácter de su embajador en Venecia y de su plenipotenciario cerca de los príncipes italianos. Este ministro, a quien se había ya empleado en varias cortes, era muy adecuado para cumplir con todo género de comisiones. Su carácter abierto y alegre hacía su sociedad apetecible. Este señor amaba todo lo que sirve para conocer bien a los hombres, así como son la mesa, conversación, libertad y despejo; en esto, bien diferente de otros ministros, que afectan siempre grande ocupación, y de la pedantesca representación de creerse obligados a mantenerse perpetuamente ocultos, haciéndose inaccesibles a todos.

El marqués de Monteleón, según sus instrucciones, debía indagar lo que pasaba entre el César y el gran duque de Toscana, tocante a la sucesión de los Estados de este Soberano y las secretas medidas que tomarían o habían ya tomado para frustrarla al infante don Carlos; también debía observar los pasos de la corte imperial, procurar ganar al rey de Cerdeña, hacerse propicio al duque de Parma, por lo que pudiese acontecer; igualmente a los potentados de Italia; pero como el Rey Católico no tenía más aliado que el Emperador, su interés le obligaba a valerse de la mayor circunspección hasta que el Congreso hubiese dado nuevo semblante a los negocios. Todo esto se ejecutó perfectamente por parte del marqués de Monteleón, quien, después de haber practicado las diligencias posibles para este fin, pasó a esperar el éxito en su embajada de Venecia, donde llegó el 28 de abril.

Aunque por el último acto que se había firmado, la corte de España hubiese finalmente consentido en la ejecución de los Preliminares y en la abertura del Congreso, quedaron todavía algunos obstáculos para allanar acerca de las órdenes que se debían enviar a la América, así por parte del Rey Católico como por la del de Inglaterra. No habiendo podido el marqués de la Paz y el señor Keene ajustarse sobre este artículo ni sobre algunos otros agravios concernientes al levantamiento del sitio de Gibraltar y al tiempo en que comenzaría la obligación de restituir las presas, convinieron recíprocamente en remitir la decisión de estas diferentes dificultades a los ministro de las potencias

contratantes, que se hallaban en París, la cual quedó efectuada en algunas conferencias que se tuvieron en casa del guardasellos, el señor Chauvelin. Dispúsose en ellas un proyecto para las órdenes que se debían expedir a los gobernadores españoles en Indias y al almirante Hopson, determinando que la España y la Inglaterra restituirían las presas hechas de la una a la otra desde el día señalado en los Preliminares, y que se arrasarían enteramente todos los trabajos y líneas delante de Gibraltar.

Habiendo aprobado Sus Majestades Católica y Británica este reglamento, se despacharon navíos de aviso a la América, a fin de que se ejecutase fielmente. Cegáronse luego incontinente las obras levantadas, y las tropas se retiraron a sus cuarteles, a excepción de tres o cuatro batallones mandados por el brigadier don Andrés Bonito, el cual debía quedarse delante de esta plaza para impedir el contrabando. El conde de Portmore volvió a Inglaterra.

A este tiempo recibió el arzobispo de Toledo, don Diego de Astorga y Céspedes, la birreta de cardenal, que la trajo el abad Bentivoglio, habiendo sido comprendido en la promoción que Su Santidad hizo el 26 de noviembre del año antecedente para las Coronas. No hallándose Su Majestad en disposición de ponérsela, el cardenal de Borja hizo esta ceremonia. El referido abad recibió del nuevo purpurado, además de la provisión de un canonicato en la santa iglesia de Toledo, un regalo cual no se había visto, así para él como para el cardenal Bentivoglio, su tío.

Poco antes de restituirse los Reyes de El Pardo a Madrid, el duque de Liria, a quien se había enviado a Rusia, como queda dicho, despachó un correo a esta corte. Su arribo, y algunas conferencias que tuvo después el príncipe Scherbutoff, ministro del joven Emperador rusiano Pedro II, con los de España, dio ocasión a discurrir que las dos Coronas pensaban en hacer un tratado de comercio. Acaso se pensó en este designio cuando el duque de Liria partió de Madrid, por la facilidad que hay de sacar de Rusia maderos propios para la construcción de navíos. La accesión de la emperatriz Catalina a la alianza de Viena, lo favorecía; pero como aquella liga era una continuación de ésta, mudándose las circunstancias, arrastraba la misma variación en el modo de pensar, y aunque la ocasión no se proporcionó en Moscovia para que el duque de Liria hiciese brillar sus talentos, esto no impidió se atrajese grande consideración en aquella corte. El joven Czar le confirió el Orden de San Andrés el 28 de marzo, cuando dio cuenta a Su Majestad Imperial de Rusia del duplicado matrimonio de los serenísimos príncipes y princesas de Castilla y Portugal. Su residencia en Moscow fue poco más de dos años, y en consecuencia de las órdenes de España pasó a Viena para sustituir al duque de Bornonville, a quien Su Majestad había nombrado su primer plenipotenciario en el Congreso de Soissons.

Todas las potencias de Europa parecían desear este Congreso, porque a su entender debía fijar su destino y restablecer en todas partes la justicia y la paz. Sin embargo, por más sincera que fuese su intención para concurrir al cumplimiento de obra tan saludable, la esperanza era más lisonjera que fácil, pues aunque se formase únicamente para arreglar las pretensiones de la España con las potencias marítimas y las de éstas con aquélla, la resolución del César en no condescender con las instancias de la Reina Católica hacía que no era posible concordar la variedad de intereses a que dicho Congreso daba lugar,

porque el punto principal era derogar el artículo V de la Cuádruple Alianza, y esto derribaba los cimientos de la tranquilidad pública sobre que se fundó.

La corte de Viena, a quien la de España, aún en tiempo de su mayor unión, había siempre ocultado su designio de introducir seis mil españoles -conforme a un artículo secreto del tratado concluido en Madrid el año de 1721, el cual mudaba enteramente dicho artículo V- en los ducados de Toscana y Parma, en lugar del mismo número de suizos, veía esta mutación con harto sentimiento, y se proponía hacer lo posible para apartar a las potencias marítimas de aprobarla, y, volviendo al sistema precedente, inclinarlas a oponerse más que nunca al engrandecimiento de la Casa de Borbón. Esperaba también el César se declarasen garantes de la Pragmática-Sanción que había establecido, y con esto conservar indemne, a su primogénita, la poderosa sucesión de la Casa de Austria.

Conforme se disipaban las vanas esperanzas con que la corte imperial había adormecido a la de España, la indiferencia y aun la desconfianza se introducían insensiblemente entre ellas. Tirábase en Madrid a indemnizarse en Italia de lo que con tanta inutilidad se había pensado obtener del Emperador; y en Viena estaban ocupados en inutilizar este proyecto. De esta disposición de ambas cortes nacían, aunque con fines particulares, atenciones para la Inglaterra y Holanda, pues mientras la una se hacía mérito con estas dos potencias, en sacrificar la compañía de Ostende, la otra suavizaba las quejas tantas veces renovadas contra el pretendido comercio ilícito y fraudulento de los ingleses en Indias. Ofrecíase a esto examinar sus agravios y hacerles justicia. Los ministros españoles tenían el mismo lenguaje con el señor Van der Meer, tocante a diferentes memoriales que había presentado en nombre de los Estados Generales, quejándose de ciertas infracciones hechas, según ellos, a varios artículos de los precedentes tratados de comercio.

Antes de la abertura del Congreso no parece será fuera de propósito el referir ciertas particularidades que le precedieron en España y contribuyeron a hacer las operaciones de esta Junta sumamente desmayadas, y, por último, infructuosas. Después de haber permanecido Sus Majestades cerca de tres semanas en Madrid, pasaron a Aranjuez para residir en aquel Real Sitio otro tanto tiempo. De regreso a esta capital, el príncipe de Asturias fue acometido de viruelas, y con este motivo pasaron los Reyes e infantes desde el Buen Retiro a Palacio. La enfermedad, que durante tres o cuatro días fue bastantemente peligrosa, causó general consternación en Madrid; pero habiendo arrojado felizmente, y en breve restablecido de su dolencia, se vistió este príncipe por la primera vez el día de San Fernando, recibiendo con esta ocasión los cumplimientos por su convalecencia y tan plausible día.

Algunos antes de pasar a Palacio, donde residían Sus Majestades desde esta enfermedad, tomó el Rey una resolución que verisímilmente hubiera acarreado grandes mutaciones en el reino, y fuera de él, si la hubiese ejecutado.

Aunque celoso este Monarca de su autoridad, no dejaba de conocer cuán molesto era usar de ella, y ya fuese por principio de devoción o escrúpulo de no poder cumplir todas las obligaciones que impone la dignidad real, el gusto que ya había manifestado a la vida particular y privada excitaba en este príncipe impulsos que podían fácilmente empeñarle a volver a ella, si la Reina, con razones igualmente prudentes e importantes, no se opusiese a este designio. La deferencia del Rey para esta princesa no podía ser más justa

ni más completa; sin embargo, no fue capaz de apartar, en la ocasión que voy a exponer, la resolución que Su Majestad formó, sin comunicarla a su augusta esposa, de abdicar segunda vez la Corona y retirarse otra a San Ildefonso, cuya residencia estimaba sobre cuanto hay en el mundo, y no había cesado de hermosear este delicioso Sitio, mirándole como paraje destinado a consagrar lo restante de sus días en el servicio de Dios.

Estando casi siempre juntas Sus Majestades Católicas, era difícil al Rey ocultar lo que meditaba tanto tiempo había; y para que ninguna de las representaciones de la Reina le estorbase la intención de su designio, se valió de un instante en que esta princesa se había retirado a su estancia para descansar, a fin de escribir de su puño un decreto por el cual notificaba al Tribunal del Consejo Supremo de Castilla que renunciaba nuevamente la Corona, mandando a este primer Tribunal de la Monarquía reconociese y jurase al príncipe don Fernando, su hijo, por Rey, y proclamarle en tal calidad en Madrid luego incontinente.

Este decreto fue confiado al señor Martinet, ayuda de cámara del Rey, encargándole Su Majestad le entregase, sin perder tiempo, de su parte al arzobispo de Valencia, gobernador del Consejo, a fin de que lo pusiese en ejecución. Poco después, habiendo vuelto la Reina al cuarto del Rey, y no dudando este príncipe, cuando la vio, fuesen ya ejecutadas sus órdenes, la descubrió la resolución que había tomado y lo hecho acerca de ella, añadiendo que esperaba lo tomaría a bien, respecto de que la divina Providencia lo había dispuesto así para su mayor gloria. Noticia tan inesperada sorprendió en gran manera a la Reina, reflexionando se aniquilaban con esta determinación enteramente los vastos proyectos que maquinaba y que en lo sucesivo se ejecutaron con tanta felicidad.

Siendo el tiempo de deliberar sobre un negocio tan delicado y de tan grande importancia, igualmente breve como precioso, mandó esta princesa al marqués de La Roche fuese incontinente adonde estaba el Consejo junto, y si no se hubiese aún divulgado, recogiese del arzobispo de Valencia el decreto del Rey, lo trajese y ordenase a este prelado, de parte de Su Majestad, de guardar e imponer a los demás individuos del Consejo el más profundo silencio sobre todo lo que acababa de ocurrir. El marqués de La Roche pasó con la mayor diligencia al referido tribunal, y felizmente para el éxito de las sabias precauciones de la Reina, el arzobispo, que dudaba tuviese esta princesa el menor conocimiento de la determinación del Rey -y como discurriese no sería aprobado, reflexionando lo intempestivo de esta resolución y cuán contraria era a los intereses de España en situación tan crítica-, como prudente y sabio había dilatado las deliberaciones sobre las formalidades que se debían observar, yendo al Buen Retiro a prestar el homenaje al príncipe de Asturias en calidad de Rey; pero, en fin, concluidas, y arreglado lo que concernía a la proclamación del nuevo Monarca, el Consejo estaba ya en términos de pasar en cuerpo y de ceremonia para reconocerle, cuando el marqués de La Roche llegó. Su arribo mudó en un instante el semblante de los negocios: el arzobispo entregó el decreto; el marqués lo llevó a la Reina y no se habló más de él. Sin duda, hizo en esta ocasión el expresado arzobispo un gran servicio a España.

La condescendencia del Rey en esta coyuntura se manifestó con otras varias circunstancias, inútiles de referir aquí, y en que no pudo menos de hacerse grande violencia a vista del anhelo que mostraba a vivir con quietud y sosiego; pero pudo más la razón, y sacrificó este Monarca uno y otro al bien del Estado, para lo cual nacieron los

reyes. Disipado el proyecto, Su Majestad se retiró a su cuarto, y el sentimiento de no haberse efectuado su abdicación le detuvo en él hasta el tiempo en que las viruelas que tuvo el Rey Cristianísimo le obligó a salir de esta soledad que se había formado en medio de su corte, la cual era inaccesible a todos menos a la Reina, a los ministros y médicos, en ciertas horas del día. En cuanto al señor Martinet, recibió orden de no parecer más en la corte, y ésta fue la recompensa que con razón mereció de los servicios que pretendió hacer a la Corona, ejecutando órdenes tan contrarias al bien público como al Rey, que se las había dado.

* * *

Llegados ya a Soissons los diversos plenipotenciarios de la Europa que concurrieron a esta Asamblea, y reglado todo lo concerniente a la abertura del Congreso, el cardenal de Fleury, que lo esperaba con viva impaciencia, llegó el día 13 de junio por la mañana a esta ciudad, y tomó su alojamiento en casa del obispo. Después de haber descansado un instante, participó su arribo a los ministros plenipotenciarios, que luego le visitaron, y por la tarde del mismo día les pagó la visita. El siguiente, a las once de la mañana, este primer ministro y los de las principales potencias de las alianzas de Viena y Hannover, pasaron con gran cortejo al palacio, que el Rey Cristianísimo había mandado preparar para las juntas. El conde de Sintzendorff y el barón de Pettenrieder, habiendo llegado los últimos, fueron recibidos al pie de la escalera por el intendente de Soissons, y arriba, por los plenipotenciarios de Francia.

Después de entrados en la pieza donde debían tener la primera conferencia, y sentados indiferentemente alrededor de una mesa -según se había convenido, para evitar cualquiera disputa sobre la precedencia-, el conde de Sintzendorff entabló la sesión con un discurso dirigido a la asamblea sobre las favorables intenciones de Su Majestad Imperial para el restablecimiento de la quietud pública, esperando coadyuvarían las demás potencias a un fin tan saludable. Tomando el cardenal de Fleury la palabra, comenzó por manifestar su gratitud a los señores embajadores plenipotenciarios de su condescendencia en pasar a Soissons para tener en dicha ciudad el Congreso, y sobre esto se extendió mucho, igualmente que sobre los intereses disputados, encargando se evitase todo lo que podía dirigirse a un rompimiento o división, ya que estaban congregados para atender a la universal tranquilidad, de que sacaba favorables presagios por las disposiciones que mostraban todos.

Esta primera junta se pasó en cumplimientos y discursos generales sobre los negocios de la presente coyuntura, sin entrar en ningún particular. Al salir de ella, el cardenal de Fleury dio un espléndido banquete a todos los plenipotenciarios. El día siguiente, el conde de Sintzendorff ejecutó lo mismo, y después de éste, el duque de Bornonville. En los primeros días no se habló de cosas políticas, más sí solamente de regalarse, y el conde de Sintzendorff trataba esta materia a fondo.

No obstante, para evitar que un Congreso anunciado de tanto tiempo no pareciese ocupado sólo en discurrir de manjares, se dispuso en el intervalo de la primera a la segunda conferencia un bello reglamento de policía, y es el único monumento que subsiste de una asamblea tan famosa. Después de cuatro sesiones tenidas en los días 17, 28, 29 y 30 de junio, se hizo tan insulsa que no se decidió cosa alguna en ella; y el oráculo -el cardenal de Fleury-, a quien esta junta consultaba, se veía tan embarazado para responder a las cuestiones y dificultades que se le proponían, que se resolvió finalmente a tratar las cosas más arduas en su gabinete, paseando siempre con este motivo a algunos de los plenipotenciarios desde el lugar del Congreso a la corte de Francia.

Este manejo, al cual una vana apariencia de misterio daba cierto realce, se sostuvo, sin embargo, durante algunos meses; pero, al fin, cada uno se preguntó al oído, y después más abiertamente, lo que resultaba de sus paseos y conferencias, particulares con el cardenal. Como entonces se advirtió que no habían servido sino de sembrar más oscuridad, embarazo e incertidumbre, los plenipotenciarios se fueron restituyendo poco a poco a sus respectivas cortes, sin haber tenido casi otra ocupación más que la de disponer banquetes y alquilar casas de campo para sus festejos. No obstante, para ostentar en algún modo el personaje de mediador, que deseaba el cardenal representar con tanto ardor, imaginó proponer una tregua que mantuviese a las potencias de la Europa, durante catorce años, en la situación pacífica en que las había puesto los Preliminares, y así remediar la imposibilidad que Su Eminencia encontraba para la conclusión de un tratado de Paz general; cuyo proyecto contenía diez artículos, pero encontró pocos aprobantes. La España pretendía era demasiado vasto o indeterminado, y se debían mudar varias cosas en los artículos II, VII y VIII, queriendo también hubiese uno particular, por el cual se concediese la introducción inmediata de las tropas españolas en las plazas de los Estados de Toscana y Parma.

Esta demanda no la admitían los plenipotenciarios imperiales alegando era directamente contraria al artículo V de la Cuádruple Alianza, la cual se debía mirar como un empeño sagrado por parte de las potencias contratantes, y que de contravenir a lo especificado en ella era derribar un tratado tan solemne y que no estaba en mano del Emperador el violarle. Los plenipotenciarios de España se apoyaban sobre el tratado firmado en Madrid en el año de 1721, mostrando por él cómo la Francia y la Inglaterra habían convenido por un artículo secreto de su alianza particular con esta Corona, en consentir a la sobredicha introducción de españoles, en lugar de suizos; pero no se había consultado al César sobre este asunto, y aún ignoraba el expresado artículo secreto, no pudiendo imaginarse este príncipe que las dos potencias arriba nombradas pretendiesen inutilizar el famoso tratado de la Cuádruple Alianza.

A vista de esto, el conde de Sintzendorff y el barón de Fonseca, solicitados vivamente por los ministros de Francia y de la Gran Bretaña de no obstinarse a negarlo, no se apartaban del todo de proponerlo a Su Majestad Imperial; pero al mismo tiempo daban poca esperanza de que su representación produjese efecto alguno, y este artículo era a veces el origen de muchas altercaciones, adiciones al proyecto y explicaciones que se debían pedir a Madrid y después hacer aprobar en Viena. La empresa encontraba dificultades casi insuperables, porque se percibía en la corte imperial toda la extensión de las ideas de la

Corona de España, y las consecuencias que podían tener en Italia. El César representaba debían estar contentos de la facilidad con que se inducía a todo lo que podía contribuir al bien de la paz, sin querer aún exigir consintiese a innovaciones que pretendía introducir la corte de España contra lo que había sido la basa del tratado de Londres; que esta conducta le admiraba tanto más cuanto el Rey Católico le había dado las gracias, por medio del duque de Bornonville, de las precauciones que Su Majestad Imperial tomó de acuerdo con este príncipe, para asegurar al infante don Carlos los Estados que se le destinaban en Italia; que esto remediaba todos los inconvenientes que se podían temer en España, y debía convencer a Su Majestad Católica de las sinceras intenciones de su parte.

Por más aparentes que fuesen las del César y las del cardenal de Richelieu para conciliar los espíritus, la corte de España no sobreseía en la máxima de introducir las tropas españolas en Toscana. Esta mutación -decía ésta-, a lo que el artículo V de la Cuádruple Alianza ha determinado, ¿hace más fácil o más difícil el empeño que ha tomado el Emperador? En el primer caso, este príncipe, si obra de buena fe, debe alegrarse de encontrar ocasión para dar nueva prueba de ella. Si, al contrario, ve con sentimiento establecerse en Italia una rama de la Casa de Borbón, ¿por qué reprueba una proposición que concuerda con sus secretas ideas?

Este artículo no era el único que tenía embarazado al cardenal. Las solicitaciones del conde de Sintzendorff para obtener del Rey Cristianísimo la garantía de la Pragmática-Sanción y las insinuaciones opuestas de las Casas de Sajonia y Baviera, no le causaban menos inquietud. Esta Eminencia procuraba eludir aquéllas, preparar de antemano el uso que se podría hacer de éstas y ocultar su designio al conde de Sintzendorff, a fin de no hacerse sospechoso al Emperador.

La corte de España, a quien se había solicitado con tan repetidas instancias para facilitar la abertura del Congreso, veía con gran displicencia la inutilidad de sus operaciones. Escribióse al cardenal, quejándose de semejante dilación, y para obtener alguna decisión conforme a los intereses de la Reina y a las promesas de este ministro, el cual no enviaba sino proyectos que se sucedían continuamente unos a otros; dióse el encargo al duque de Bornonville, para reducirlos a algo de efectivo; pero la comisión no podía ejecutarse por las encontradas oposiciones, mediante ser la empresa imposible. No obstante, a imitación del cardenal de Fleury, prometía el ministro español amplios medios de satisfacer a Sus Majestades Católicas y explicar en qué consistían. La impaciencia de apurarlos determinaron a los Reyes a mandarle viniese a desenredar él mismo estos misterios; y para facilitarle más pronto arribo, se vieron los caminos de Madrid a Pamplona con infinitas paradas de mulas; pero su diligencia y todo lo que debía producir sirvió solamente de volver a ejercer cerca del Rey su empleo de capitán de Guardias de Corps, después de haber dejado en todas partes grandes opiniones de su magnificencia.

Aunque todos los establecimientos que tocaban en el comercio consternasen entonces a las potencias marítimas, exigiendo con tesón la abolición de la Compañía de Ostende, y se opusiesen al mismo tiempo a la de Altena, el Rey Católico no dejó de conceder un privilegio para erigir una en Vizcaya, que debía enviar todos los años de los puertos de San Sebastián y los Pasajes cierto número de navíos a la ciudad de Caracas, de la cual tomó después la denominación. Apenas comenzada esta compañía a formarse cuando los ministros de Inglaterra y Holanda presentaron memoriales para destruirla, pidiendo a la

corte de España revocase el privilegio. El cardenal, solicitado por estas potencias, hizo varias instancias, pero inútiles; el Ministerio español respondió que el Rey Católico no se creía obligado a dar cuenta a nadie de los medios que tomaba para aumentar y proteger el comercio de sus vasallos.

* * *

Casi al mismo tiempo que esta Compañía había tomado principio, el duque de Ripperdá, que desde el día 26 de mayo se hallaba encerrado en el alcázar de Segovia, se escapó la noche del 30 de agosto. La criada del alcaide fue quien le facilitó su libertad. Esta mujer, que cuidaba de llevarle la comida por mañana y tarde, viendo que no se vigilaba con tanta atención sobre las acciones de este primer ministro, y testigo de la tristeza a que le veía entregado, compadeciéndose de su situación le ofreció contribuir a sacarle de este deplorable estado si quisiese confiarse de ella y recompensarla después de haberlo logrado.

La proposición no podía menos de ser bien recibida. Asegurado el duque de la buena fe de esta mujer, la prometió hacer su fortuna luego que estuviese en paraje seguro. Concertados los medios de escaparse con ella y un cabo de escuadra de la guardia del alcázar -ganado también al mismo fin, para pasar a Portugal, donde debía esperarlos-, los pusieron en ejecución, pues querían ser los compañeros de su fuga y fortuna. La resolución que estas dos personas tomaron de quedarse en el alcázar dos o tres días después de la huida del duque no dejaba de ser peligrosa; pero juzgaron esto necesario, no sólo para que nada se sospechase, sino que siendo viejo y gotoso tuviese la facilidad de salir de los Estados de la dominación española.

Todo fue ejecutado según sus deseos. La criada -llamada Josefa Ramos-, en quien el alcaide y su mujer tenían una entera confianza, condujo al duque de Ripperdá durante la noche fuera del alcázar, y llegado al sitio propuesto encontró una mula con un hombre para servirle de conductor. Entre tanto, el cabo de escuadra, mientras se ejecutaba la salida, no se descuidaba en apartar o dejar dormir con sosiego a aquellos que lo podían percibir. En fin, el ayuda de cámara, por una fidelidad no muy común a su amo, habiendo consentido en quedarse en la prisión, continuó regularmente a recibir la comida diaria que llevaba la criada, afectando decir a la puerta del cuarto del duque, delante de los que le podían oír, que su amo estaba en cama malo.

Con esta precaución se alejaba el fugitivo de su prisión; pero no pudiendo sufrir la fatiga de la caballería ni el conductor marchar a pie, tomó una calesa al pasar por una pequeña ciudad, dejando a éste montar en su mula. No obstante esta disposición, su diligencia fue tan corta que tardaron cinco días en llegar a la frontera de Portugal, donde en un lugar esperaron tres a la criada y al cabo. Juntos ya, pasaron a Miranda de Duero, primera ciudad de Portugal. El duque, que se decía mercader, y había tomado el nombre de don Manuel de Mendoza, riñó allí con el calesero, que no quiso absolutamente pasar adelante. El duque quería le condujese hasta el primer puerto de mar, donde se proponía embarcar;

con este motivo se trabaron de palabras, a que se siguieron las obras; lo que puso en tanta cólera al calesero, que se fue a quejar al alcalde, quien obligó al pretendido mercader le satisfaciese y dejase volver a Castilla.

Disipado el susto que causó a Ripperdá esta contienda, nuestros viandantes tomaron luego el camino de Porto, y siendo de su interés dejar cuanto antes el continente, apenas llegaron ofreció el duque ciento y cincuenta doblones a un capitán irlandés, nombrado Curling, para que inmediatamente se pusiese a la vela. Concluido en breve el ajuste, y embarcado Ripperdá con sus compañeros, llegó en pocos días a Cork, en Irlanda, de donde pasó a Londres, habiendo llegado a esta ciudad el 19 de octubre.

Reconocida por el alcaide del alcázar de Segovia la evasión de su prisionero, la ocultó durante dos o tres días, con la esperanza de cogerle; pero siendo inútiles todos sus cuidados, fue preciso informar al marqués de la Paz de este suceso. La corte recibió esta noticia con dolor, y comunicándola a los ministros extranjeros, les encargó escribiesen a sus soberanos, a fin de no dar asilo al ministro fugitivo, antes bien arrestarle y remitirle a España. No dudándose hubiese tomado el camino de Portugal, se solicitó al marqués de Abrantes para que despachase un correo al Rey su amo, a fin de que Su Majestad diese orden a los gobernadores de los puertos de su reino para impedir no se embarcase el duque de Ripperdá. El aviso vino tarde: el capitán Curling estaba ya lejos cuando llegó.

El alcaide fue la víctima de sus descuidos; perdió su empleo, condenándole a una prisión perpetua; se arrestó también a la duquesa de Ripperdá, y el infeliz ayuda de cámara de su marido, a quien la criada y el cabo de escuadra habían abandonado, fue puesto en un calabozo, amenazándole experimentaría mayor castigo a no descubrir todas las circunstancias de la huida de su amo. Habiendo obedecido, se supieron por él, como por el calesero que condujo al duque hasta Miranda de Duero, estas particularidades. Este calesero fue también preso, pero salió luego de su prisión, igualmente que el ayuda de cámara. La acción generosa de éste le valió, con justa razón, la libertad.

La corte de Londres miró con mucha indiferencia al fugitivo duque, limitándose solamente a concederle el refugio que pedía, y las voces que se esparcieron luego a su arribo se disiparon prontamente. Las pretendidas conferencias con el conde de Kinski, embajador del Emperador, fueron desmentidas públicamente por este ministro, quien obtuvo se pusiese preso al autor del *Port-Boy*, que lo había insertado en su *Gaceta*. En fin, este antiguo primer ministro de España volvió al olvido, de donde la única singularidad de la salida de su prisión le había sacado. Dichoso él, si hubiese empleado el regreso de su libertad en vivir de un modo sosegado y conforme a su edad y situación; pero este partido no fue el que tomó. Cansado, sin duda, del poco aprecio que hacían de él en Londres, no permaneció en esta ciudad sino hasta diciembre, después de cuyo tiempo pasó con el mismo cortejo a Holanda, en donde volvió a abrazar la religión que había abandonado en España. La ambición, junto a una vana esperanza de venganza, lo arrastró después a dejarla segunda vez, para hacerse mahometano -como se dirá en adelante- y entrar en el servicio del rey de Marruecos. Así puso el duque de Ripperdá el cúmulo a sus desgracias y al desprecio que tan extraña ceguedad le atrajo. Por último, murió católico romano -religión de sus padres-, en la ciudad de Tetuán, en África, el año de 1737.

* * *

No obstante lo infructuoso del Congreso de Soissons, casi desde su principio, algunos plenipotenciarios no dejaban de juntarse dos o tres veces cada semana, más bien por la formalidad o entretenerse en la caza y paseos, que servían a su diversión, que por los negocios generales. La España no quería ceder nada en sus pretensiones, y no se la podía determinar a aprobar el proyecto de tregua que se la había remitido. El plan de una pacificación general en que después se había transformado, y encerraba algunas nuevas ideas, no estaba más a su gusto. Hallábanse en Madrid ciertos artículos de uno y otro, capciosos u oscuros; y lo que aumentaba el embarazo era que Sus Majestades Católicas no se explicaban con total claridad sobre lo que deseaban se añadiese o quitase a las diversas proposiciones que se les hacían. Notábase solamente que exigían la absoluta introducción de las tropas españolas en los Estados destinados al serenísimo infante don Carlos, y siendo esta condición reprobada en Viena con igual tesón, parecía casi imposible conciliar dictámenes tan opuestos.

Estas dos cortes obraban cada una según sus fines particulares. La España no ignoraba que la situación incierta en que tenía a Inglaterra desde tanto tiempo la causaba tan grandes gastos como en una guerra declarada. Contaba que la lentitud de sus respuestas y explicaciones sin fin que pedía, aumentarían el ardor en Londres para obtener una decisión y determinar al Ministerio inglés a comprarla con el sacrificio de la secreta inclinación que se sospechaba tenía a la Casa de Austria, y que no pondría dificultad, en este caso, en solicitar del Emperador consintiese a la introducción de las tropas. españolas y toscanas; pero este Monarca, que la miraba, con razón, como la época de la destrucción de su poder en Italia, había resuelto impedirla en cuanto le fuese posible; y para ocultar su repugnancia en una coyuntura en que España podía llevar las cosas a extremos peligrosos, se comportaba con esta Corona y los aliados de Hannover con prudencia y sagacidad.

Con todo, parecía a los plenipotenciarios del Rey Católico obrar de acuerdo en Soissons con los del César; y aunque este príncipe no fingía los disgustos que le causaban las nuevas pretensiones de la reina de España, se explicaba, sin embargo, sobre este asunto, de un modo que no permitía vituperar en él mismo el querer eludir el cumplimiento de lo que el tratado de la Cuádruple Alianza había reglado a favor de don Carlos. Al contrario, citaba Su Majestad Imperial a los aliados de Hannover, por prueba de su fidelidad en observar lo prometido, su facilidad en conceder a España lo que nuevamente había deseado acerca de esto y las gracias que el duque de Bornonville le había dado en nombre del Rey Católico; y que la reina de España se persuadía sin razón dependiese únicamente del Emperador el sustituir a los seis mil suizos que debían tomar posesión de los Estados de Toscana y Parma, igual número de españoles, supuesto que, habiendo aprobado el Imperio se sirviesen de los primeros, era necesario obtener su consentimiento para que fuesen reemplazados por los otros.

Bien instruido el conde Sintzendorff de las intenciones del Emperador, no allanaba, como se puede creer, las dificultades que se encontraban en hacer aprobar al Cuerpo germánico semejante innovación. Lo prolijo de las formalidades que sería preciso observar, a fin de que la Dieta del Imperio la admitiese, multiplicaba aún, según él, sin necesidad alguna, los embarazos, que suspendían ya demasiado la actividad del Congreso; concluyendo que todas las potencias estaban igualmente interesadas a exigir que la España se desistiese de una pretensión que no añadía cosa alguna a las seguridades que ya se la habían dado de poner a don Carlos en posesión de los Estados de Toscana y Parma.

Esta era la piedra de toque y el objeto de la dificultad en que se fundaban las demás. A la Reina Católica no se ocultaban las máximas del Emperador, ni menos la resolución formada por este príncipe de cerrar la entrada en Italia a las tropas españolas, a cuyo, fin se mantenía armado y bien presidiados los parajes en donde se podía intentar algún desembarco. Tampoco lo ignoraba esta princesa, y esto era su sentimiento, al ver que sus desvelos, buena fe y liberalidades producían tan malos efectos. Prometíase no ser ya tan fácil, ni dar asenso a la retórica alemana del conde de Konigseg. Este ministro, tan sutil político como astuto militar, hacía mil representaciones a la Reina, para desterrar la preocupación en que los influjos de don José Patiño -cuya advertencia penetraba las recónditas máximas de la corte de Viena- tenían a esta princesa, de que nada menos pensaba el César que a satisfacerla sobre este punto; pero este proceder no adelantaba las negociaciones, y el cardenal de Fleury, queriendo contentar a todos los partidos, no concluía nada; su irresolución, con yo no sé qué apariencia de política, formaba, o más bien fomentaba, la discordia, queriendo apagarla.

Hasta entonces se había esperado en el Congreso que tendría feliz éxito la comisión del duque de Bornonville; pero, perdidas todas las esperanzas, el conde de Sintzendorff dispuso su regreso para Viena, pues ya no era posible lisonjearse de poder conciliar las ideas e intereses de su corte con los designios de la de España, y los diversos expedientes de que se había servido durante todo el verano para empeñar al cardenal a que fuese la Francia garante de la Pragmática-Sanción no habiendo conducido sino a continuas ilusiones por parte de esta Eminencia, quien, no obstante, solicitaba conservarse la benevolencia del Emperador, juzgó el ministro imperial que una residencia más dilatada en aquel reino era superflua. No anunciando esta resolución cosa alguna favorable para la continuación del Congreso, el cardenal le hizo grandes instancias a que se quedase en París, a lo menos hasta saber lo que habían producido algunas representaciones hechas a la corte de España. La complacencia del conde de Sintzendorff no fue absolutamente infructuosa, porque logró de secreto empeñar al cardenal a favor del César. Este sentir ha subsistido algún tiempo, como se ha reconocido en varias ocasiones, y Su Majestad Imperial dio a entender a su muerte que creía su afecto sincero, porque, a la verdad, hasta entonces no hubo motivo para sospechar lo contrario; pero la hija de este Monarca hizo triste experiencia del carácter doble de este primer ministro. A la sazón quería acaso éste hacer, con la unión de las dos Casas, de Austria y de Borbón, el fundamento de la tranquilidad de la Europa, mediante la tregua de catorce años propuesta a todas las Coronas. Sin duda, el proyecto era bueno; pero la experiencia de dos siglos a esta parte prueba su ejecución muy difícil, por no decir imposible.

Sabido en Versailles y Soissons que las adiciones y enmiendas hechas al expresado proyecto de tregua, tratado provisional o pacificación general -porque se calificaba con todos estos nombres- no habían producido más que retener al duque de Bornonville en España, los plenipotenciarios todos pensaron seriamente en retirarse a sus cortes. El conde de Sintzendorff dio el ejemplo, y partió de París el 29 de noviembre, con el barón de Fonseca, para Soissons, donde, despidiéndose de los demás ministros, dirigió su camino por la Lorena a Viena. Los de Inglaterra no tardaron en pasar a Londres, donde el Parlamento debía juntarse en breve; y así, todas las negociaciones quedaron suspensas o más bien fenecidas, supuesto que no tuvieron lugar en lo sucesivo, por no poder vencer la inflexibilidad del César, que se mantenía acérrimo observador del tratado de la Cuádruple Alianza.

Habíase recibido en Madrid a principios de noviembre, por un correo despachado por los plenipotenciarios de España, la noticia de que, habiendo sobrevenido un accidente al Rey Cristianísimo oyendo misa, se le llevó a su cuarto, y que al otro día habían amanecido sobre el cuerpo de Su Majestad señales que indicaban fuesen viruelas o sarampión; pero, como se tardaron ocho días sin recibir más noticias de la salud de aquel príncipe, los especulativos las esparcieron siniestras; lo que puso en no poco movimiento a la corte de España, que ya tomaba ciertas medidas que hubieran acarreado grandes consecuencias, si a este tiempo no hubiese llegado un correo con la nueva de estar enteramente restablecido. La enfermedad de aquel Monarca hizo tan viva impresión en el Rey Católico, su tío, que finalmente se determinó a salir de la soledad inaccesible en que se había mantenido cerca de seis meses en medio de su corte. El mismo día que este Monarca se dejó ver, fue de ceremonia, con la Reina y toda la Casa Real, a la iglesia de Nuestra Señora de Atocha a dar gracias a Dios de su salud y del restablecimiento de la del Rey Cristianísimo.

* * *

Desde la celebración de los respectivos matrimonios de los serenísimos príncipes de Asturias y del Brasil había pasado cerca de un año, sin que se percibiese en la corte de España la menor disposición para conducir a la infanta a la raya de Portugal. La tibieza que notaba el público en el ardor que habían manifestado Sus Majestades Católicas para la conclusión de esta duplicada alianza, dio motivo a las voces, que aunque bien inciertas no dejaron de esparcirse en Alemania y en el Norte, de que se pensaba en España casar la infanta doña María Ana Victoria con el joven emperador de Rusia Pedro II, cuya edad era casi la misma que la de esta princesa. La aceptación con que se mantenía en la corte de Moscow el duque de Liria, embajador de España; el collar del Orden de San Andrés, que había recibido de este Monarca, y la honra de haber dado de comer varias veces a este príncipe en su casa, como el haber tenido en la pila del bautismo a un niño con la princesa Natalia, hermana del Czar, hizo, sin duda, discurrir al público, en vista de tanto distintivo que cada día recibía, que se trataba esta alianza.

No se sabe si la corte de Portugal dio algún crédito a estas voces; pero lo cierto es que dio a entender su desplacencia en la dilación de terminar el canje de ha dos princesas, y aún se cree que, independientemente de sus solicitaciones, hizo intervenir las del Emperador. Las diversas enfermedades del Rey eran pretextos plausibles; pero desde que este Monarca parecía estar restablecido y gozar de perfecta salud, ya no era posible eludirlo. Sus Majestades Católicas, a quienes el marqués de Abrantes suplicó tomasen una resolución final, fijaron para el día 7 de enero de 1729 la partida de la infanta, declarando al mismo tiempo que acompañarían a esta princesa hasta el paraje a donde la entregarían en persona al rey y reina de Portugal, quienes, por su parte, habían convenido en venir a recibirla, y conducir hasta el propio sitio a la futura princesa de Asturias.

Para que la ceremonia y entrevista de ambos Reyes se hiciese con más pompa, los ministros extranjeros fueron convidados para asistir a ellas. También fue arreglado que los infantes don Carlos y don Felipe, todos los jefes de las Casas de Rey y Reina, las damas y otras personas de la corte tendrían el permiso de hacer este viaje, no debiendo quedar en Madrid sino aquellas que servían a la infanta doña María Teresa y al infante don Luis, no permitiendo su edad a Sus Majestades llevarlos consigo, mayormente habiendo determinado estos príncipes pasar después a Andalucía para visitar las principales ciudades de aquel reino, cuyo viaje debía ser de seis meses; pero lo delicioso del país, junto a otras circunstancias, los detuvo cerca de cuatro años y medio.

Pocos días después de haber salido el Rey en público, elevó a la dignidad de Grande de España de primera clase al conde de Salazar, bajo el título de duque de Granada y Ega; concedió también Su Majestad la misma gracia a los condes de las Torres y Fernán-Núñez. El crédito y protección del conde de Konigseg no fue inútil a estos dos últimos. Sus raros talentos le merecieron, mientras se mantuvo en la corte, el favor de los Reyes, no obstante notarse ya alguna alteración entre ésta y la Imperial. A este tiempo, el sobrino de este ministro, que estaba de enviado extraordinario del Emperador en La Haya, llegó a la corte de España para sustituirle; pero el conde de Konigseg no dejó de prolongar su residencia y acompañar a Sus Majestades a la raya de Portugal.

Así feneció el año, con las regias disposiciones de las próximas entregas de las dos respectivas princesas de Asturias y del Brasil, y sin haber conseguido el fin de tantas negociaciones, al cual concurrían, sin embargo, todos los potentados de la Europa, por medio de sus ministros; pues ninguno hubo que no los enviase al Congreso de Soissons. El motivo de haberse separado infructuosamente de esta Junta fue el no poder conciliar, como ya queda dicho, las cortes de Viena y Madrid. Ésta pedía, por basa de la paz, la inmediata introducción de los seis mil españoles, en lugar de igual número de suizos, en los Estados de Toscana y Parma, conforme al artículo secreto del tratado de alianza defensiva contraído con Francia e Inglaterra, y concluido en Madrid a 13 de junio de 1721. Aquélla insistía sobre el de la Cuádruple Alianza, conforme al artículo V, el cual prevenía fuesen suizos y no españoles. En esta contienda hizo gran papel el cardenal de Fleury: consultábasele como a un oráculo, y sus respuestas, obscuras y ambiguas, le sugirieron mil medios para evitar la guerra, dejando con sus ideas pacíficas a la Europa sepultada en un caos de enredos, tanto más peligroso cuanto reinaba una suma desconfianza entre todos los príncipes de ella.

Año de 1729

Cruel fue este invierno: el frío excesivo y la copiosa nieve que cayó en los primeros días de este año, hizo discurrir retardarían Sus Majestades Católicas la marcha; pero nada suspendió la ejecución de su proyecto; y a fin de que los innumerables bagajes que seguían a la comitiva no embarazasen el tránsito, se dio orden para que los ministros y demás personas, con sus equipajes, se anticipasen; y así se pudo efectuar el itinerario en diez jornadas, habiendo llegado la corte el 16 de enero a Badajoz. El mismo día llegaron Sus Majestades Fidelísimas y toda la familia real a Yelves.

Habíase fabricado para esta augusta ceremonia un puente sobre el río Caya -que divide los dos reinos de Castilla y Portugal-, y en medio una casa para las entregas. Todo ya prevenido para esta regia función, y declarada para el día siguiente por los Reyes Católicos, se enviaron esquelas a todos los ministros extranjeros, convidándolos para asistir a ella; pero habiendo venido la mañana de aquel día los marqueses de Alegrete y Cascaes a cumplimentar a Sus Majestades y presentar la joya a la serenísima princesa del Brasil, así como lo habían practicado ya el duque de Solferino y el conde de Montijo con la princesa de Asturias, y viendo aquéllos que todo estaba pronto por parte de España para las entregas, participaron al marqués de Abrantes que, no creyendo la corte de Portugal se acelerase tanto el canje de las princesas, no había aún concluido los preparativos para tan augusto acto: con cuyo motivo hiciese este ministro las debidas representaciones a Sus Majestades para dilatarlo hasta el subsiguiente día.

Luego incontinente pasó éste a Palacio, pidiendo con vivas instancias al Rey Católico se dignase deferir la función hasta el 19, respecto de no haberse dado las providencias necesarias para efectuarla antes; que si Su Majestad Fidelísima hubiese sido informada de esta resolución, se hubieran tomado las convenientes medidas a este fin; pero ya que el aparato del día no correspondía para la ostentación que exigía, suplicaba a Su Majestad Católica hiciese reflexión a ello. Entretanto que pasaba esto en Badajoz, el marqués de Capicelatro, embajador de España, insistía en Yelves a que fuese aquel mismo día 17. En fin, después de muchas idas y venidas, atendiendo el Rey Católico a las razones que le fueron representadas, consintió en lo que se pretendía, y no salió de Badajoz. El rey y reina de Portugal, que no esperaban vencer la inflexibilidad de este príncipe, pasaban ya al paraje destinado para las entregas; pero informados en el camino de esta novedad, se volvieron a Yelves.

Este incidente, por las circunstancias que le acompañaban, pensó introducir tanta tibieza y división, cuanto la entrevista debía causar amistad y unión. El singular empeño de la corte de España en querer absolutamente fuesen el 17 las recíprocas entregas de las dos princesas, ofendió en extremo al Rey Fidelísimo. Parecíale a este príncipe cosa extraña se le negase la dilación de dos días, y que mientras se hacía con semejante bagatela el objeto de una larga deliberación, se le obligase a poner en camino para pasar el puente, y después volverse sin que la otra corte hubiese tenido la menor atención para una condescendencia de esta naturaleza. El Rey Católico, por su parte, hablaba de marchar al otro día para volverse a Madrid; y aunque no se percibiese el motivo que podía tener para semejante resolución, todos estaban esperando en qué se terminaría. Pero, llegado el día 19, manifestaron ambos Reyes igual aceleración de verse, y apenas se acordaban de lo

acaecido la víspera. Los Soberanos gozaban la ventaja preciosa de pasar a veces de la indiferencia a la amistad, con una facilidad que no se puede bastantemente admirar.

Finalmente, llegada la hora de las entregas, pasaron los Reyes Católicos y Fidelísimos con sus cortes al puente, donde, entrando todos a un tiempo en el salón dispuesto para este efecto, ambas Casas Reales se cumplimentaron recíprocamente. La conversación duró cerca de tres cuartos de hora, después de la cual se sentaron y firmaron los contratos matrimoniales.

Concluida la ceremonia, ambos Reyes y príncipes se levantaron y volvieron a la conversación. El Rey Católico la tuvo dilatada con el infante de Portugal don Francisco, hermano del Rey. Las Reinas se manifestaron grande amistad, y los jóvenes esposos se miraban con suma atención sin decirse palabra alguna. Como la conversación no parecía molesta ni cansada, de una y otra parte, y el todo con bastante libertad, no muy común entre personas tan augustas, ya se encendían luces sin pensar a retirarse. Esta circunstancia dando lugar de advertir que era tiempo, las dos princesas se echaron a los pies de los Reyes y Reinas para despedirse de Sus Majestades, cuyo lance fue tan tierno que conmovió a todos. La princesa del Brasil volvía a cada instante el rostro bañado en lágrimas a besar las manos de Sus Majestades Católicas. La princesa de Asturias parecía no poder dejar las rodillas del Rey su padre y de la Reina su madre, y este Monarca, como asimismo el rey y reinas de España y Portugal, no pudiendo, no obstante la violencia que se hacían, detener sus lágrimas, y haciéndose la escena difícil de sostener, tomaron el partido de retirarse luego, después de terminadas las entregas; y saliendo ambos Reyes a un tiempo de la casa, entraron en sus coches, para volverse a Badajoz y Yelves.

El 23 y 26 volvieron Sus Majestades Católicas y Fidelísimas, con los príncipes y princesas, a la casa construida para las entregas, y se mantuvieron en ella hasta la noche, durante cuyo tiempo los músicos de ambos Monarcas formaron alternativamente varios conciertos de música. Últimamente, habiéndose separado esta augusta asamblea, al parecer con vivo dolor, se asegura intencionaron a la despedida de volverse a ver en el mismo paraje al regreso del viaje que los Reyes Católicos habían determinado hacer a la Andalucía. Estos dos Monarcas, con ambas Casas Reales, se dieron recíprocas señales de la más perfecta amistad, y sus cortes imitaron el ejemplo.

De Badajoz despidieron Sus Majestades gran parte de su comitiva, debiendo la una volverse a Madrid y la otra seguirlas a Sevilla, donde llegaron en pocos días; y después de algún descanso pasaron a la isla de León y Cádiz, determinándose a este viaje con la noticia del arribo de los galeones, para procurarse el deleite de verlos entrar en este puerto. La flota consistía en dieciséis navíos, comprendidos los de guerra, cuyo tesoro excedía de treinta millones de pesos; y hubiera sido más considerable si el que se esperaba de Lima se le hubiese unido; pero la incertidumbre en que se estaba del regreso de los galeones a Europa, hizo suspender su partida. Vieron también Sus Majestades echar al agua un navío de setenta cañones, llamado el *Hércules*, el primero que se había construido en el nuevo astillero de Puntales, cuya fábrica será perpetuamente gloriosa a la memoria de don José Patiño, quien echó los cimientos de ella. La ciudad de Cádiz se esmeró igualmente que la de Sevilla en la recepción de los Reyes; pero con la especial

circunstancia de cincuenta mil pesos que regaló a Su Majestad, veinte mil a la Reina, diez mil al príncipe de Asturias, e igual suma a la princesa.

Queriendo Sus Majestades hallarse en Sevilla para las fiestas de Pascua de Resurrección, salieron el día 31 de marzo de la isla de León, embarcándose en la puente de Suazo, que separa esta isla del continente, sobre las galeras que mandaba don José de los Ríos, quien las condujo hasta el Puerto de Santa María, de donde pasaron por tierra a San Lúcar de Barrameda, y de allí al Coto de Oñana, para tomar la diversión de la caza, no habiendo llegado a Sevilla hasta el 10 de abril.

Suspendidas las negociaciones con motivo del viaje de la corte, se renovaron durante su residencia en la isla de León y Sevilla. El cardenal de Fleury veía con gran sentimiento la inactividad del Congreso; no excusaba cosa alguna para darle vigor, y la Inglaterra lo apoyaba. La incertidumbre de la situación de ésta con la España se hacía pesada, y era preciso terminarla cuanto antes. Las instancias de esta Corona, en las cuales intervenían también los Estados Generales, se dirigían todas a este fin. En París, como en Sevilla, eran vivas. España, dilatando la decisión, concedía solamente esperanzas, y temerosa de no encontrar más solidez en las promesas de los aliados de Hannover que en las del César, conservaba aún, a lo menos en apariencia, su afecto con este príncipe, al cual las potencias marítimas atribuían, sin embargo, la resistencia de España. No ignoraba el Emperador esta sospecha y para disiparla ofreció sus buenos oficios, que no eran muy eficaces, y menos sinceros. No le pesaba a este Monarca el suspender la conclusión de un tratado definitivo, porque quería primero determinar las mismas potencias marítimas a ser garantes de la Pragmática-Sanción, y obligarlas a que no mirasen con tanta indiferencia los proyectos de España. Quería igualmente Su Majestad Imperial sacar los subsidios que esta corte se había obligado a pagarla, antes que algún pretexto no produjese bastante razón para negárselos.

* * *

Una multitud de intereses diferentes, que forzaban a ocultarlos, tenía, pues, a toda la Europa armada; y la imposibilidad de poder discernir entonces los verdaderos amigos de los falsos, impedía a las principales potencias recurrir a las armas. De esta manera no había entre ellas guerra, tregua ni paz.

La Inglaterra padecía con menos paciencia que las otras en su estado vacilante, porque la empeñaba en gastos tan considerables como hubiera podido hacer en un rompimiento abierto con la Corona de España. Las quejas de los negociantes, y por consiguiente de toda la nación británica, sobre las pretendidas violencias de los españoles en Indias, aún después de firmados los preliminares, se multiplicaban cada día. El partido opuesto a la corte se aprovechaba de esta ocasión, para vituperar al Ministerio; y éste no estaba poco embarazado en calmar la inquietud que estas voces ocasionaban, de que le resultaba el sentimiento de no poder desimpresionarlas. La España sola podía aquietarle, pero el

César se lo estorbaba, por no consentir a lo que ésta pedía; y esperaba con esta denegación hacerse favorables las potencias marítimas y lo consiguió.

Entre tanto se mantenían los Reyes Católicos en Sevilla, y por más agradable que fuese la residencia en esta ciudad, parece que ciertas razones inclinaban al Rey a volver a San Ildefonso; y esta secreta propensión se manifestó tan claramente, que se temió se efectuase. La consecuencia que de esto se seguía en la crítica circunstancia en que se hallaban los negocios generales, determinó a la Reina a buscar los medios para borrar del ánimo del Rey esta idea. Con pretexto de evitar los grandes calores que se experimentan en Sevilla, y para estar más a mano de ver el armamento de diez o doce navíos de guerra que se aprestaban en Cádiz, esta princesa empeñó al Rey a pasar el verano en el Puerto de Santa María. Antes de emprender éste viaje, hizo este Monarca la ceremonia en la iglesia catedral de recibir al príncipe de Asturias, al infante don Carlos, a los duques del Arco, de Osuna, de Jovenazo, y al de Sancti-Esteban, caballeros del Orden de Sancti-Spiritus. Poco después asistió también a la traslación y procesión del cuerpo del glorioso santo rey don Fernando, que se colocó en una magnífica urna de cristal, la cual costó seis mil pesos, que el Rey concedió al cabildo de esta catedral.

Algunos días antes de partir los Reyes de esta ciudad, se supo la muerte del duque de Lorena, Leopoldo I, acaecida en Luneville el día 17 de marzo, después de tres días de enfermedad. Este príncipe había sabido, en coyunturas muy delicadas, conservar su antiguo empeño por la Casa de Austria, sin exponerse, como sus predecesores, a dar motivo de quejas a la Francia; y esta prudente conducta le aseguró la pacífica posesión de sus Estados, durante la dilatada y sangrienta guerra que sobrevino, con ocasión de la sucesión de España, entre el emperador Leopoldo y el rey Luis XIV. Este soberano era sobrino de uno y otro, y antes de morir tuvo la bien fundada satisfacción de creer que el príncipe su hijo primogénito, que estaba en Viena, sería colocado, como hoy lo vemos, en el trono del primero.

Las negociaciones para mantener la paz se continuaron en Sevilla, y en el Puerto de Santa María, donde Sus Majestades llegaron el día 6 de junio, con los infantes don Luis y doña María Teresa, que desde el mes antecedente habían llegado de Madrid a Sevilla, con el mimo ardor que se había notado, renovándolas en la isla de León. No obstante, la corte de España, dilataba siempre el dar una respuesta final. La restitución de Gibraltar; el ofrecimiento de un equivalente; la supresión del asiento; la necesidad de remediar al comercio ilícito y fraudulento de los ingleses en Indias; el reglamento del indulto sobre los efectos de la gota y los galeones, eran pretextos aparentes para dilatar la decisión; pero el verdadero era que no se quería admitir cosa alguna antes de estar ciertos de la pronta introducción de las tropas españolas en Italia. Esto era menester obtenerlo del Emperador por vía de buena composición o por la de las armas.

La firmeza inalterable de la Reina en exigir esta condición, hacía abrir los ojos, en Londres como en Viena, sobre sus consecuencias. Temíanse éstas: se querían prevenir, y, no obstante, por la destrucción total del sistema que los dos tratados, de Viena y Hannover, habían ocasionado en la Europa, sucedía que, como se había visto al Rey Católico dar, contra su inclinación, para hacer la guerra a la Francia, subsidios al Emperador, que le había querido destronar, del mismo modo la Inglaterra favorecía con igual firmeza la ejecución de un designio visiblemente contrario a los intereses del César,

para los cuales esta Corona había vertido tanta sangre y agotado tantos tesoros. Tal es la instabilidad de los sucesos de este mundo, y la revolución que causa en los Estados y en la voluntad de los Soberanos.

Juntábase a la imposibilidad de no poder obtener cosa alguna de la Reina, a menos de condescender con lo que deseaba felizmente para los proyectos de esta princesa aquella en que estaba el rey de Inglaterra, de prolongar por más tiempo una negociación, la cual, por su duración e incertidumbre, causaba un daño irreparable al comercio de sus vasallos, excitando un disgusto general, era de necesidad absoluta, pues, concluir o comenzar la guerra; pero sabiendo Su Majestad Británica que la Francia y la Holanda mostraban gran repugnancia a este último partido, se determinó en fin, no obstante las ventajas que le proponía la corte de Viena, a consentir en lo que España pedía, y así sacrificar el interés de la Europa a sus súbditos. Se puede presumir que la precisión o urgencia sola de remediar al estado actual de las cosas, coadyuvó a la preferencia, haciendo mirar con menos atención al rey Jorge las consecuencias que en lo sucesivo se originaron de esta resolución.

Al paso que este Monarca se prestaba a los designios de la reina de España, se allanaban las dificultades. El marqués de la Paz tuvo muchas conferencias con los ministros extranjeros, especialmente con el señor Benjamín Keene, que lo era de Inglaterra, el cual, bien actuado en los intereses de su nación, supo, con gran satisfacción del comercio de ella, conducir el negocio con tanto sigilo como actividad a una pronta conclusión, ofreciendo concurrir en las ideas de la Reina. Luego que esta princesa se vio perfectamente asegurada de que el rey Jorge ejecutaría sus promesas, el marqués de la Paz recibió la orden de declarar al conde de Konigseg que, supuesto que el Emperador no quería consentir a la introducción de las tropas españolas en Italia, Sus Majestades Católicas se creían dispensadas de mantener los empeños que habían tomado con este príncipe. Ve ahí en qué paró el famoso tratado de Viena: la ambición y venganza lo habían firmado; las mismas pasiones le destruyeron.

Aunque el conde de Konigseg esperaba esta mutación, la prontitud con la cual sucedió no dejó, sin embargo, de sorprenderle, y, le determinó a enviar al caballero de Bevier, su secretario, a la corte de Viena, llevando al Emperador las últimas proposiciones hechas por los aliados de Hannover a la de España, la respuesta del Rey Católico y la declaración del marqués de la Paz.

La situación del César se hacía delicada, y parecía peligroso recurrir a las armas primero que de conceder lo que España pedía de acuerdo con la Francia, la Inglaterra y la Holanda. Tampoco fue este el partido que tomó; pero para desviar el nublado que se iba formando contra él, dispuso con tanta utilidad los celos que estas potencias tenían unas contra otras, que, a pesar de su alianza por el tratado de Sevilla, del que luego hablaremos, la España se quedó en la misma incertidumbre durante cerca de dos años, y se vio obligada, para terminarla, de acceder aun nuevo tratado, que reunía en fin más que nunca las potencias marítimas al Emperador.

Para conducir una negociación de esta naturaleza, se necesitaba de prudencia y sagacidad, pues aunque este príncipe pudo fomentar la discordia que había entre el rey Jorge y el de Prusia, sobre haberse aprisionado algunos oficiales y soldados en los respectivos Estados

de estos dos soberanos, con motivo de ciertas reclutas hechas por fuerza, no quiso el César valerse de la propicia ocasión que le ofrecía coyuntura tan favorable para desunir a los aliados de Sevilla -porque todo estaba ya en movimiento en los electorados de Brandembourg y Hannover, y las tropas prontas a dar principio a las hostilidades-; antes, buscando este príncipe la quietud de la Europa, no omitió diligencia alguna para desbaratar esta intempestiva querella, y logró con sus buenos oficios disiparla. Así se proponía el César vencer con su política lo que presumía se tramaba contra sus intereses en Sevilla.

Aunque el Rey británico no ignoraba los pacíficos influjos de Su Majestad Imperial en la corte de Berlín, no dejaba por esto de seguir con tesón las negociaciones con España, y para darlas más peso resolvió enviar a esta corte a milord Stanhope -primer plenipotenciario de Inglaterra en el Congreso de Soissons-, ministro en quien concurrían todas las circunstancias adecuadas para terminar con felicidad la suerte indecisa de los armamentos de la Gran Bretaña, onerosos en extremo a los súbditos de esta Corona. No obstante, habiendo don José Patiño asegurado a los comerciantes de esta nación, en Cádiz, que el Rey había firmado un decreto por el cual mandaba Su Majestad se les entregase los efectos que les pertenecían, así de los galeones como azogues últimamente llegados de Indias (noticia que puso el cúmulo a la esperanza de los ingleses), se aceleraron éstos a cargar mercaderías en las naves de la flota que estaban en el puerto de Cádiz, haciéndose con este motivo una de las más ricas que se hubiese visto de mucho tiempo a esta parte. Sus Majestades y toda la real familia la vieron puesta a la vela desde su balcón: componíase de diecisiete navíos mercantiles y tres de guerra, mandados por el marqués don Esteban Mari, teniente general de las armadas navales del Rey.

La residencia de la corte en el Puerto de Santa María fue de más de tres meses; y allí se recibió la noticia de haber dado a luz la Reina Cristianísima un príncipe, cuyo nacimiento causó universal júbilo en España, porque cimentaba la unión de ambas Monarquías, conservando su tranquilidad. Entonces reunieron Sus Majestades a la Corona la isla de León, y las ciudades del Puerto de Santa María y de San Lúcar de Barrameda; la primera, perteneciente al duque de Arcos; la segunda, al duque de Medinaceli, y la tercera, al de Medina-Sidonia. Sensible fue para estos señores la pérdida de estos ricos Estados; pero también es verisímil fuesen indemnizados de ella.

Pasados los calores del verano, pensaron Sus Majestades en restituirse a Sevilla, y embarcándose en San Lúcar de Barrameda sobre las galeras que allí las esperaban y subiendo por el río Guadalquivir, llegaron a esta ciudad el 27 de septiembre. Poco después, los ministros, con los de la Liga de Hannover, volvieron a las conferencias que habían empezado a tener entre ellos en el Puerto de Santa María, a fin de reducir a un tratado las disposiciones tomadas para prevenir la guerra, a que sin dificultad se dirigían sus pacíficas máximas. Habiéndose convenido en varios artículos para la conclusión del referido tratado, se esperó el arribo de milord Stanhope para consumar negociación tan importante. La elección que el rey Jorge había hecho de este señor, fue generalmente aplaudida; la estimación que se había adquirido en España siendo embajador de Inglaterra, no podía sino contribuir infinitamente al feliz suceso de este viaje.

Apenas llegó este ministro a Sevilla, que fue el día 25 de octubre, se trabajó con tanta aplicación y ardor en allanar todos los obstáculos que aún retardaban la ejecución de los

proyectos de la Reina, que ya estaban convenidos desde los primeros días de noviembre, así por parte de España como por la de los embajadores de la Liga de Hannover, en los principales artículos del tratado. Puestos en limpio, se juntaron los ministros de las potencias contratantes, que fueron el de Francia, el de Inglaterra y de Holanda, con los de España, en la Secretaría del marqués de la Paz, para examinarlos de nuevo. En fin, después de una dilatada conferencia que duró casi toda la noche del 8 al 9 de noviembre, quedó firmado este día. La íntima unión que había aparecido entre las cortes de Viena y Madrid, se apagó casi tan de repente como se había formado. No habiendo recibido el embajador de Holanda su plenipotencia, no pudo firmar cuando los demás ministros; pero la dilación no fue larga, y el acto de accesión de los Estados Generales al tratado que acababa de concluirse, fue firmado el 21 del mismo mes.

Aunque se procuraron ocultar con gran cuidado al Emperador las negociaciones que se tramaban, no por eso había dejado de penetrarlas y prever a qué se dirigían. Quejóse de ellas, así en Francia como en Inglaterra, según se adelantaban, del misterio que de ellas se le hacía, y de la irregularidad que usaban, tratando clandestinamente con España a inutilizar de este modo el Congreso. El cargo estaba fundado: procuraron estas potencias justificarse, diciendo desde luego que su intención no era otra que el empeñar al Rey Católico a explicarse y dar al susodicho Congreso la actividad que había perdido, y sin la cual no podía producir fruto alguno; pero maduro el negocio, e imposible negarlo por más tiempo, confesaron ser cierto se trabajaba en un tratado particular con España; mas con las seguridades de que no se estipularía en él cosa alguna que fuese contraria a los precedentes tratados, con especialidad al de la Cuádruple Alianza.

El conde de Konigseg, que atendía a todo con su acostumbrada perspicacia, informaba exactamente al Emperador su amo del progreso de los nuevos empeños de los aliados de Hannover, y este Monarca, a quien el año antecedente se había finalmente declarado el artículo secreto de la alianza del Rey Católico con Francia e Inglaterra en el de 1721, advirtiendo de más en más que todo concurría para ejecutarlo, ordenó a sus ministros en París de manifestar de su parte al cardenal de Fleury que le parecía tan imposible unir los proyectos que estaban sobre el tablero, con el deseo que Su Eminencia daba a conocer en todas ocasiones de procurar una pacificación general, y con las expresiones de que se había servido muchas veces tocante a las pretensiones de la Reina Católica, cuanto no había más que la sola confianza que Su Majestad Imperial tenía en la buena fe del cardenal, que pudiese sosegarla sobre la infracción de los tratados de que estaba amenazada.

Mientras se explicaban así los ministros imperiales en París, el conde de Konigseg no cesaba de representar a Sus Majestades Católicas las razones que impedían al César el consentir se introdujesen tropas españolas en Italia; y para deslumbrar las sospechas que esta dificultad podía dar de las secretas ideas que tenía el Emperador en estorbar, en cuanto le fuese posible, el establecimiento del serenísimo infante don Carlos, este ministro prometía de positivo que su amo estaba pronto de asegurar aún más a este príncipe la sucesión eventual que le era destinada, con tal que Sus Majestades Católicas quisiesen contentarse con los medios que serían conformes al artículo V de la Cuádruple Alianza, el cual, desde la resulta de la Dieta, debía ser mirado como una Ley Pragmática, de la cual ya no dependía del César su invalidación.

No obstante todo lo que proponía el conde de Konigseg verbalmente o por escrito, la corte de España no podía persuadirse que el único motivo de la resistencia del Emperador en cuanto a la mutación que proponía procediese de la sola delicadeza de este Monarca en no perjudicar los derechos del Imperio. Los escrúpulos que acerca de esto afectaba este príncipe, parecían nuevos y, por consiguiente, sospechosos; pero disimularon los Reyes Católicos, hasta que la Francia, la Inglaterra y Holanda hubieron tomado finalmente la resolución de concurrir unánimes al cumplimiento de los deseos de la Reina, después de la cual se habló diferentemente al ministro imperial. La última Memoria que éste presentó algunos días antes de la conclusión del tratado, fue recibida con grande indiferencia, y la respuesta que hizo a ella el marqués de la Paz denotaba bastantemente la opinión que tenían Sus Majestades Católicas de las atenciones afectadas del César por el Imperio.

Si se hubiese juzgado de los efectos que produciría el tratado de Sevilla por la extensión del poder de los soberanos que unía, se podía esperar de ver grandes mutaciones en la Europa; pero este mismo poderío fue precisamente el que le inutilizó. Los príncipes que le habían firmado, le temían mutuamente; su inteligencia no existía sino por escrito; su celo y confianza eran siempre las mismas. Esto se hizo evidente cuando se trató de cumplir con los empeños contraídos; entonces les fue imposible obrar de acuerdo, y la España no obtuvo por este famoso tratado sino esperanzas que se fueron eclipsando poco a poco.

Lo mismo sucedió en Inglaterra. Lisonjeóse en vano de haber procurado al comercio ventajas capaces de aquietar a los comerciantes, y remediado a los agravios, que de tanto tiempo hacían el objeto de sus quejas; apenas fueron suspendidas, y el tratado de Sevilla, desde su origen, se hizo la materia de la censura pública y principio de los disgustos del Gobierno que después se manifestaron, y en lo sucesivo arrastraron la caída de un ministro poderoso y aún la guerra entre las dos Coronas, como se verá en la continuación de esta obra.

Después de la firma de los preliminares, se estaba con tanta incertidumbre del término a que conducirían, que se recibió con indecible gozo en París, Londres y La Haya un tratado que parecía asegurar la ejecución de ellos; y bien que se percibiesen aún muchos obstáculos que superar por parte del Emperador, se contaba, sin embargo, vencerlos tanto más fácilmente cuanto no era muy verisímil emprendiese este Monarca oponerse a las fuerzas de una Liga contra la cual parecía imprudente luchar. Esta idea prevaleció especialmente en Sevilla, lisonjeándose en esta corte con tanta satisfacción, cuanto se miraba ya la introducción de las tropas españolas en Toscana como un negocio concluido; y aún se deseaba se opusiese a ella el Emperador, a fin de tener pretexto para apoderarse de sus Estados en Italia, mediante los numerosos ejércitos que la Francia y España sostenidas de las fuerzas navales de las potencias marítimas, podían transportar a aquel país.

Para manifestar cuán satisfechas estaban Sus Majestades Católicas de la conducta de sus ministros durante el curso de esta negociación, concedieron el marqués de la Paz una encomienda de tres mil pesos y una pensión de doce mil al año; y don José Patiño fue nombrado consejero de Estado. El rey de Inglaterra no juzgó a milord Stanhope menos digno de recompensa que los ministros españoles, y así por esta razón como para dar

quizá a la nación inglesa una idea ventajosa de la obra que acababa este ministro de consumar, Su Majestad Británica le nombró Par de la Gran Bretaña, bajo el título de barón de Harrington. En cuanto al marqués de Brancas, embajador de Francia, el cardenal de Fleury le dejó el cuidado de procurarse una recompensa más ventajosa que la que podía facilitarle, siendo ésta la que todos los franceses, en pasando los Pirineos, se persuadían de haber adquirido; esto es, el derecho de la grandeza de España, como queda dicho, y la obtuvo.

Parecía impropio que el Emperador ignorase por más tiempo, o más bien que fuese informado por las gacetas, del contenido del tratado de Sevilla. Tampoco se le hizo misterio de esta alianza, y los ministros de los nuevos coligados en París, pasando a casa del barón de Fonseca y del conde de Kinski, embajadores del César, les comunicaron a ambos los artículos de este tratado, que eran públicos. No tardaron éstos a recibir órdenes precisas de su amo, para quejarse de la injusticia y de la irregularidad con la cual se les había entregado copia del referido tratado. El cardenal de Fleury fue el objeto sobre quien recayeron los cargos del César; pero esta Eminencia, que no quería perder la confianza que Su Majestad Imperial tenía en él, aseguró no sólo verbalmente, sino también por escrito, a sus ministros, que en cuanto lo que acababa de ocurrir en España, podía contar este príncipe que no se pensaba en manera alguna a la guerra, y que persistía constante en la resolución de evitarla.

Tampoco tenía motivo el conde de Konigseg para estar satisfecho, pues conforme se adelantaban las negociaciones se le agravaba el disgusto, no por la resolución de España a tratar con otras potencias, mas sí por los indiscretos discursos que abiertamente se tenían en Sevilla de lo poco que se debía temer el resentimiento del Emperador. No obstante, por no manifestar sentimiento, afectó mirar con grande indiferencia la alianza que acababa de formarse, y con desprecio los desmedidos propósitos de algunos, juzgando tendrían la misma suerte que los del duque de Ripperdá y de sus parciales, a tiempo de la conclusión del tratado de Viena.

Este modo de comportarse el ministro imperial mortificaba a la corte de España, y aunque ésta discurriese fuese único efecto del arte que tenía el conde de Konigseg para disimular, sin embargo estaba en algún modo sentida de que viese con tanta insensibilidad el embarazo en que se lisonjeaba haber puesto al Emperador. El deseo de confirmar esta idea, impuso la obligación a varios cortesanos para penetrar el verdadero sentir de este ministro, con discursos que se dirigían al asunto; mas todas sus tentativas eran inútiles. Sea que el conde previese la poca inteligencia que reinaría entre los nuevos aliados, o juzgase de los efectos que producirían las representaciones y quejas del conde de Kinski sobre el tímido e irresoluto cardenal de Fleury, no resultaba de sus respuestas más que un gran sosiego sobre los futuros sucesos, y tanto más sensibles para los curiosos, cuanto no podían creer le faltasen luces para juzgar de los acontecimientos.

El conde de Kinski no dejó mucho tiempo al de Konigseg ignorar cuanto había tratado con el cardenal de Fleury, remitiéndole copia de la carta que esta Eminencia le había escrito. Muy contento el ministro imperial de tener con qué imponer silencio a los políticos españoles, y muy quieto sobre sus raciocinios, sin censurar ni ofenderse, parecía los miraba como puerilidades que no merecían la menor atención. Es así, pues, que en una de las muchas conversaciones que se tenían en su casa, donde, entreteniéndose sobre

los negocios del tiempo, uno de los concurrentes dijo su sentir acerca de las consecuencias que produciría el tratado de Sevilla, y como no se había podido penetrar lo que pensaba de él, todos sometieron a su trascendencia la decisión de su dictamen. Este ministro no mostró la más mínima repugnancia en satisfacerlos, y sacando la carta, que tenía en la faltriquera, les dejó libertad entera para leerla. Después elogió la gran moderación del cardenal y las medidas que siempre se proponía tomar para conservar la paz, la cual no podía verisímilmente menos de ser aprobada, decía, por las potencias marítimas.

Todo esto pasó sin afectación y sin que el conde de Konigseg mostrase otro designio que el de ratificar las ideas políticas de los asistentes. El uso que algunos hicieron del permiso de leer dicha carta, no sirvió sino para aumentar su sorpresa; pero las atenciones debidas al autor, el paraje en que se hallaban y la circunstancia del tiempo, no permitiéndoles explicarse libremente, se contentaron con alabar las disposiciones pacíficas del cardenal, y saliendo de casa del embajador alemán, no se descuidaron, como lo esperaba éste, de publicarla por todas partes. Esta noticia no tardó en llegar hasta Palacio, y no pudiéndose dudar de la certeza, la corte se ofendió en extremo, al ver que precisamente cuando se esperaba que los empeños tomados de acuerdo con tres de las mayores potencias de la Europa determinarían al Emperador en consentir a las proposiciones que se le hacían el cardenal de Fleury aquietase a este Monarca sobre las consecuencias que podía acarrear su resistencia, y explicase así las intenciones de los nuevos aliados de un modo tan opuesto a los intereses de la corte Católica.

Ocho días después de firmado el tratado de Sevilla, la Reina dio felizmente a luz una princesa, que fue bautizada el mismo día por el cardenal de Borja, y se la puso por nombre María Antonia Fernanda. El público la destinó luego para casar con el Delfín, cuyo príncipe había nacido dos meses antes; pero la divina Providencia lo dispuso de otro modo, uniéndola con Víctor Amadeo María, duque de Saboya. La ciudad de Sevilla, lisonjeada de poder contar en adelante, en el número de sus compatriotas a una infanta, quiso celebrar el nacimiento de esta princesa con fiestas, que fuesen señales públicas de su regocijo, y en ellas manifestó su esmero.

Las fiestas a que habían dado lugar el nacimiento del Delfín y de la infanta, no hacían perder de vista las ventajas que la corte de España esperaba sacar de su tratado con tan ínclitos potentados. Dióse orden para levantar marineros y reclutas, a fin de completar todos los regimientos para la próxima primavera, sobre el pie de setecientos hombres en cada batallón, y ciento y cincuenta por escuadrón, y poner los navíos en estado de transportar estas tropas a donde se juzgase conveniente. Aquellas que estaban acuarteladas en Aragón y en el interior del Reino, tuvieron igualmente orden de estar prontas para pasar a Cataluña.

Testigo de todos estos preparativos el conde de Konigseg, informó al Emperador, y aunque este príncipe hubiese recibido casi al mismo tiempo una carta del rey de Inglaterra llena de expresiones amigables y pacíficas y estuviese ya instruido de las buenas intenciones del cardenal de Fleury, que no lo eran menos, no dejó de nombrar un número considerable de regimientos de infantería, coraceros, dragones y húsares para pasar a Italia; y de dar orden al conde de Bratislaw, su embajador en Moscow, de solicitar

al joven Czar, para que aprontase en caso de necesidad, el socorro de tropas estipulado por el tratado de alianza que subsistía entre los dos Imperios.

No sólo se seguía en Viena la conducta que se tenía en Sevilla sobre lo concerniente a los preparativos de guerra, sino que también se la imitó en lo que tenía conexión con el gran duque de Toscana; y mientras el padre Ascanio, religioso dominico y ministro de España, trabajaba con ardor en hacer consentir a este príncipe a la introducción de las tropas españolas en las principales plazas de sus Estados, el conde Caymo, ministro del César, se servía por su lado de todos los medios. posibles para apartarle de esta resolución, y aún dio a entender a Su Alteza Real que el Emperador estorbaría que el infante don Carlos fuese su sucesor, resucitando las esperanzas de la Serenísima Electriz Palatina, su hermana. Lisonjeó a este príncipe de que si persistía en declararla por su heredera, Su Majestad Imperial la concedería la investidura de los feudos masculinos, que acostumbraba dar a sus predecesores; y puesto que la España se dispensaba de ejecutar el artículo V de la Cuádruple Alianza, el César dejaría también de pretender que tuviese efecto al rescripto dirigido a Su Alteza Electoral.

Aparente era la proposición y no podía menos de ser agradable a una princesa que no se vería sin impaciencia expuesta a obedecer en los Estados de sus ascendientes a un príncipe de nación extranjera. No hallaba el Gran Duque menos satisfacción a columbrar alguna verisimilitud en lo que le anunciaba el conde Caymo. Érale grato a este príncipe verse libre de la dura necesidad que se le imponía, no sólo de recibir a un sucesor. sino también ver las tropas que le debían seguir, apoderarse de todas las plazas de su Estado y no dejarlo más que una vana y humilde apariencia de soberanía. Parece que es fácil practicar lo que se desea con ardor, y para fortificar esta apariencia seductora, el Gran Duque no se apartaba de favorecer las ideas del Emperador, pero temeroso al mismo tiempo de dar algún paso que expusiese sus Estados a ser el teatro de la guerra, afecta, como príncipe prudente, grande imparcialidad entre España y el César, procurando con uno y otro por sus representaciones desvanecer cualesquiera violentas resoluciones.

Deseaba también el príncipe toscano, antes de tomar empeño alguno, trascender lo que resultaría de la nueva alianza de Sevilla, y si tendría más solidez que la que el público la atribuía. Sus respuestas al padre Ascanio se dirigían sobre este plan. El abad Franchini, su ministro en París, le siguió con gran cautela, por lo que miraba a los aliados de Sevilla, y esta prudente conducta se sostuvo mientras el Gran Duque permaneció secretamente apoyado por el Emperador; pero luego que este Monarca consintió, como se dirá en adelante, a la admisión de las tropas españolas en Toscana, y que, según anhelaba, las potencias marítimas se empeñaron (a favor de esta condescendencia) a ser garantes de la Pragmática-Sanción, el Gran Duque se vio prontamente obligado a ceder sus intereses a los de Su Majestad Imperial.

Así se terminaron los negocios políticos, con aprestos militares en España, al fenecer el año de 1729. Esperábase en esta corte produciría el tratado que se acababa de concluir grandes mutaciones a su favor, y que los aliados concurrirían a su ejecución con tanto más gusto cuanto no se les había dejado que desear cosa alguna acerca de las ventajas de sus súbditos. En esta idea estaba el Ministerio de España, pero bien diferentemente se pensaba en Inglaterra, adonde el referido tratado encontró gran número de censores, y aun protestaron en contra veinte y cuatro pares, diciendo que la incapacidad de los

ministros y sus Consejos sembraban en la Corona un laberinto de tratados y empeños en nada necesarios. La infalibilidad de los ministros no está aún recibida en Inglaterra, y no obstante el hacer todos los esfuerzos posibles para establecerla, como en las demás cortes de la Europa, hasta ahora sus tentativas han sido inútiles. El lord Bathurst representó con viveza que el objeto de introducir tropas españolas en los ducados de Toscana y Parma era una manifiesta violación del tratado de la Cuádruple Alianza, dirigiéndose ésta a encender una guerra cruel y onerosa a la nación anglicana, y capaz de derribar el equilibrio del poder en Europa. No quedó este parecer sin réplica, y la pluralidad de votos fue despreciada, y el tratado de Sevilla, plenamente elogiado.

* * *

Concluiremos el presente año con lo que sucedió en el Imperio de Rusia, pues aunque sea extraño, como ya se ha dicho, de esta obra, siendo una continuación de lo que el duque de Liria, embajador del Rey Católico, expuso en una relación particular, así por lo que mira al príncipe Menzikoff como al de Dolgorucki, principal motor de la desgracia de aquél, por atribuirle de lo que él mismo fue convencido, me parece deber individualizar dicha relación; ella servirá para dar a conocer cierta práctica no difícil de penetrar. La ambición es la que regularmente rige a los hombres, y el bien público, un pretexto para saciar su codicia. Esto experimentamos en todos los estados, y es condición de la sociedad humana; la política, con que se suelen paliar las acciones aún más criminales, encuentra en el mundo un asenso, que quien no la observa está seguro de vivir abandonado y desconocido a los hombres; pero también sus parciales son a veces la víctima de esta deidad, que no perdona ni aún a sus más rígidos observadores.

Habíase inspirado el joven czar Pedro II el designio de casarse. Pasó este príncipe a casa del de Dolgorucki, mayordomo mayor de su Casa, declarándole que lo quería efectuar con su hija primogénita. Afectando una sorpresa grande, abrazó las rodillas del Emperador, dándole las gracias por la honra con que colmaba a su familia; y habiéndole dicho el Czar que quería participar esta noticia a su hija, el príncipe Dolgorucki le condujo al cuarto de la princesa, a quien el Emperador anunció el designio que acababa de confiar al padre. La admiración que le causó esta nueva, más real que la que había manifestado el padre, la quitó el habla en punto de no poderse explicar de otro modo que el de echarse a sus pies. El Monarca la levantó incontinente, diciéndola que no era tanto su hermosura, cuanto su dulzura y modestia, lo que le había movido a hacerla su esposa.

Al otro día, el barón de Osterman comunicó, por orden del Monarca, a todos los miembros del Consejo la resolución de Su Majestad, y el barón de Habichtstal a todos los ministros extranjeros, que tuvieron la honra de cumplimentar a esta princesa sobre su futuro casamiento. El 12 de diciembre (estilo antiguo) se celebraron los desposorios con gran magnificencia. El esplendor que cercaba la Casa Dolgorucki, ya ilustre por sí misma, fue de poca duración, y lo que debía servir a llevarla al cúmulo de la elevación y favor, se hizo bajo del siguiente reinado el principio de las desgracias que experimentó.

La extrema juventud de este Monarca, que había entrado en los quince años de su edad desde el mes de octubre, obligó a suspender la consumación del matrimonio hasta febrero siguiente. Esta dilación parecía necesaria para concluir los preparativos que función tan regía exigía, aunque a la princesa (de edad de veinte años) era duro término tan largo; pero, para reducírsele a más breve, se le hicieron todos los honores que acompañan al augusto puesto que la era destinado. Ya no le quedaba más que un paso para ascender al Trono de tan vasto Imperio, y repartirle con un joven esposo, cuyos agrados (según dice el duque de Liria en su relación) daban nuevo brillante al soberano poder.

En una esperanza tan lisonjera y cuando todo parecía concurrir para hacer la princesa Dolgorucki feliz, vio desaparecer en un instante el esplendor de que estaba rodeada, y no sirvió sino para hacer su situación más cruel. El 29 de enero de 1730 murió de viruelas el Emperador, y en él acaba la línea masculina de la Casa Imperial de Rusia.

Para no volver a tratar del mismo asunto, por no venir al caso, y pertenecer al año siguiente, continuaré en desmenuzar las consecuencias que arrastró la desgracia del príncipe Menzikoff, pues todos los que cooperaron a ella, ninguno hubo que no experimentase la suerte de este infeliz primer ministro del Imperio Rusiano, al símil de Julio César, cuyos asesinos todos perecieron en menos de tres años, y algunos con la propia arma de que se sirvieron para privar a la República romana de este gran capitán y célebre primer ministro.

No habiendo designado sucesor alguno Pedro II, el Consejo se juntó inmediatamente. Viendo la rama masculina extinguida, y que la Corona debía, por consiguiente, pasar a las hembras, juzgó a propósito preferir las del czar Alexiowitz a las de Pedro I, su hermano menor (aquél se había excluido del Trono por sus enfermedades, así de espíritu como de cuerpo). Según esta resolución, parece tocaba la sucesión a la princesa Catalina, hija mayor de Juana, casada en 1716 con Leopoldo, duque de Mekelbourg, pero la conducta de este príncipe con su nobleza, dando tan mala opinión de su carácter como de su gobierno, de que reinaba alguna discordia entre este príncipe y el Emperador de Romanos, temieron los grandes de Rusia que si la princesa, su mujer, llegase a ser su soberana, los podía empeñar en una guerra con Carlos VI. Esta consideración valió mucho para determinarlos a favor de su hermana menor, llamada Ana, viuda de Federico Guillermo, duque de Curlandia; y porque no teniendo marido ni hijos, no tendría otros intereses que los del Imperio Rusiano. Reunidos, pues, todos los votos, el Senado y demás Órdenes del Estado concurrieron unánimes a hacerla proclamar Emperatriz. Mas pareciendo a algunos de los magnates se proporcionaba ocasión favorable para disminuir la autoridad despótica, con la cual hasta ahora habían sido gobernados, dispusieron una capitulación que la contenía en límites bastantemente estrechos. Los diputados tuvieron orden, al participar a esta princesa su elevación al Trono, de presentarla la dicha capitulación, a fin de que conociese con qué condiciones se sometían los rusianos a ella. La diputación se componía de los príncipes Dolgorucki, Gaffickzin y Trubetzkoy, los señores Leontio y Jerekin.

No sin gran sentimiento, el príncipe Basilio (hermano del padre de la que se había desposado con Pedro II) vino a presentar a la duquesa de Curlandia la Corona imperial, y no se resolvió a ello hasta después de haber intentado inútilmente el hacerla pasar a su sobrina. La aceleración que afectaba no se dirigía sino a ocultar mejor los proyectos bien

contrarios que había concebido con su familia, y conciliarse a lo menos con su nueva Soberana una parte del poder, que no podía procurar por entero a su sobrina. El Trono a que ésta debía ascender, y la alta consideración de que semejante esperanza aseguraba la posesión a la Casa Dolgorucki hacia el fin del reinado de Pedro II, tenía en esta confianza al príncipe Basilio; confianza a veces temeraria que produce una grande altanería y como ésta persuade fácilmente que se pueden aventurar sin riesgo ciertos pasos, dio a entender con demasiada ligereza a la princesa Ana, al tiempo de presentarla la capitulación, que era en algún modo por vía de elección por la que llegaba a ser Emperatriz, y que el uso que en adelante haría del soberano poder, debía reglarse sobre el tenor de esta pieza. El plan de gobierno que la misma formaba, dejando enteramente la dirección de los principales negocios al Consejo Supremo, el príncipe Basilio Dolgorucki y buen número de sus parciales, contaba en que la duquesa de Curlandia, contenta con llevar la Corona, le abandonaría sin trabajo, y a los suyos, la administración de su autoridad.

Esta opinión no estaba bien fundada, y la envidia, que influye a los cortesanos una admirable actividad, había hallado medio, a pesar de las precauciones del príncipe Basilio, de hacer sus designios, igualmente como los de toda su familia, muy sospechosos a la princesa Ana, la cual disimuló con gran prudencia los avisos que recibía. Los consejos que el Dolgorucki se apresuraba a darla, fueron en apariencia atendidos; sus proposiciones, admitidas, y la capitulación que presentó, firmada sin la menor dificultad. Algunos de los colegas de este jefe de la diputación dieron a entender a la duquesa de Curlandia, por medio del conde de Biron, su confidente, que debía mirar estas condiciones como único efecto de la ambición de los Dolgoruckis y de sus hechuras; pero que procurarían modo a Su Majestad para anularlas.

Seducido el príncipe Basilio con la apariencia del suceso de su viaje, se despachó para volver a Moscow, a fin, decía de acelerar los preparativos para la recepción de la nueva Soberana; pero verisímilmente para concertar con su hermano, parientes y amigos, los medios de afirmar el crédito que se lisonjeaba haber adquirido con Su Majestad, e impedir no extendiese su autoridad fuera de los límites en los cuales creía haberla estrechado. Esta princesa, a quien no cesaban de prevenir contra los proyectos de la Casa Dolgorucki, juzgó que el mejor medio para disiparlos y hacer inútiles las facciones, era pasar cuanto antes a Moscow. Según este plan, partió el 9 de febrero de la ciudad de Mittau, capital de Curlandia, tres días después de haber recibido la nueva de su exaltación al Trono, y deteniéndose algunos en el convento de Tzellewitza, para dejar concluir los preparativos de su entrada, la hizo en la capital de este Imperio el 30 de febrero de 1730.

Ana Ivanowna tenía treinta y seis años cuando subió al trono de Rusia, y aunque no poseyese ya todo aquel esplendor de la hermosura de la primera juventud, no dejaba de conservar todavía algo con un aspecto majestuoso, que sería de desear pudiese siempre acompañar la dignidad real. Si se hubiese de referir aquí cuanto el duque de Liria expresa de las prácticas de aquellos que querían se aprovechase de la coyuntura en que la Emperatriz estaba interesada a contemplar los diferentes órdenes del Estado, para destruir enteramente el despotismo, y, por otra parte, de ciertos cortesanos, quienes por sus fines particulares solicitaban afirmarle, esta relación nos condujera muy lejos. Baste decir que este ministro plenipotenciario de España presenta en ella un retrato singular de los movimientos que producía la mutación de gobierno; y el arribo de la Emperatriz en

Moscow hacía ver que la envidia, la ambición y venganza, ocultas por la mayor parte de los grandes de Rusia bajo un aparente celo por la patria o por los intereses personales de la Emperatriz, no se resentían de la torpeza que causa el frío en este clima rígido.

Aunque la Czarina estuviese resuelta, como lo dio a conocer poco después de su arribo, a gobernar con la misma autoridad que sus predecesores, no mostró señal alguna de esta intención; al contrario, la ocultó con gran cautela; y mientras el barón de Osterman y el príncipe Trubetzkoy trabajaban a que su proyecto tuviese feliz éxito, la Emperatriz parecía no pensar en él. El primero había contribuido mucho, en tiempo de la muerte de Pedro II, a impedir no se atendiese el artículo del testamento de la emperatriz Catalina, que llamaba al Trono a la princesa Elisabetha, su hija, en caso de morir este príncipe sin dejar sucesores. Este servicio, sostenido de los avisos que había dado a la duquesa de Curlandia, le mereció su confianza. El príncipe Trubetzkoy se había procurado la misma ventaja; por consiguiente, ambos miraban el restablecimiento del despotismo como la época de su elevación. Cuando se consideran bajo de este aspecto, los inconvenientes que acarrea son contados por nada, y las cortes están llenas de gentes que se hacen, con este motivo y no con otro, los parciales de él. Por lo mismo su número creció de tal suerte en Moscow, que durante el corto espacio de once días, el barón de Osterman, el príncipe Trubetzkoy, con el Knées Czerraski, llegaron a persuadir a más de cuatrocientos caballeros -de que la mayor parte poseían empleos militares o civiles- de solicitar se anulase la capitulación firmada por Su Majestad Czarina.

Esto se ejecutó con felicidad. Pasando este numeroso concurso a Palacio, pidió a esta princesa, en nombre de todos sus vasallos, se dignase aceptar la soberanía con la misma autoridad que la habían poseído sus gloriosos antecesores. Un ruego de esta naturaleza está siempre recibido de los príncipes con agrado, y aunque afectó grande moderación, según la etiqueta observada por otros en semejante coyuntura, habiendo hecho juntar su Consejo, respondió al veld-mariscal Trubetzkoy, que no dirigiéndose sus intenciones sino a hacer reinar con ella la paz y la justicia, no omitiría cosa alguna para merecer el venerado título de Madre de la Patria, y procurar la felicidad de sus vasallos; pero -añadió esta princesa- *sabéis que he firmado ciertos artículos que no pueden conciliarse con vuestra proposición, y, por consiguiente, quiero saber si el Supremo Consejo, que aquí he llamado, consiente en que yo admita las ofertas de mi pueblo*. Entonces, mirando a todos los individuos que le componían, dio a entender esta princesa que el mejor partido que podían tomar era conformarse con el sentir de los diputados.

Así se restableció el gobierno monárquico en la Rusia, que la ambición de algunos de sus magnates estuvo para aniquilarla. El veld-mariscal Trubetzkoy, principal instrumento de esta revolución con el príncipe su hermano, el conde Osterman y el príncipe Czerraski, que tanto trabajaron a darla buen éxito, fueron colocados en el Consejo de Regencia, establecido por la Emperatriz para el gobierno del Imperio.

Aunque había resuelto esta princesa la perdición de los Dolgoruckis, no dejó de conceder la misma gracia al veld-mariscal de este nombre y al príncipe Basilio. Se discurrió, sin duda, era necesario disimular con esta apariencia de favor la determinación que poco después se tomó contra toda esta familia.

El príncipe Alejo Dolgorucki, mayordomo mayor del difunto Czar, previó la tempestad que le amenazaba y se retiró con su hija a sus Estados, luego después del arribo de la Emperatriz a Moscow. Esta precaución para evitar los funestos tiros de la envidia fue inútil, y hacia el fin de abril las desgracias que esta Casa experimentó comenzaron por una declaración en la que, después de una dilatada exposición de los delitos que se imputaban a todos los que la componían, desterraba a los unos, privaba a los otros de las dignidades de que estaban condecorados, quitándoles los collares de las Órdenes que llevaban y reduciéndolos a la simple calidad de vaivodas o caballeros.

Los celos que concibieron los príncipes Dolgoruckis de la rápida elevación y vastos proyectos del príncipe Menzikoff, causaron la caída de éste. La suya fue el efecto del mismo designio que habían reprobado en este valido, atrayéndoles la indignación de la Emperatriz y casi su total destrucción. En fin, poco después, el conde de Osterman, principal autor de sus desgracias, cayó a su turno, bajo el peso de la que su ambición le atrajo, y fue como los Dolgoruckis sentenciado a perder la vida. Ejemplos tan manifiestos, que cada día se experimentan, de las crueles adversidades que suele arrastrar la pasión de dominar: prueba mejor que toda la elocuencia de los predicadores, la exactitud de lo que dice San Pedro Crisólogo, hablando del mundo: *Sic suis providet semper, sic suos elevat, ut de alto proecipitet validius in terram*. Serm. VIII.

Año de 1730

La muerte de Pedro II y exaltación de la princesa Ana Ivanowna al trono imperial de Rusia causaron alguna inquietud en Viena. Temíase que siendo esta princesa cuñada del duque de Mekelbourg emprendiese sostenerle y se apartase insensiblemente de la alianza que los dos Imperios habían hecho en 1727. Este recelo duró poco, y la nueva Czarina hizo declarar al conde de Bratislaw, embajador de Su Majestad Cesárea, que este Monarca podía contar con seguridad, en caso de guerra, sobre el socorro de su parte, estipulado en el tratado concluido entre la emperatriz Catalina y su amo. Diéronse incontinente las órdenes para que las tropas estuviesen prontas, y a fin de convencer mejor al Emperador de Romanos del aprecio particular que la Czarina hacía de su amistad, nombró al conde de Bratislaw caballero del Orden de San Andrés, dándole el collar que llevaba el difunto emperador Pedro II, estimado en veinte y cinco mil rublos. Sabidas por Carlos VI las favorables atenciones de esta princesa, y su unión con ella siendo entonces en extremo importante, mandó a su ministro no se descuidase en cosa alguna para conservarla.

Habiendo igualmente informado este embajador a Su Majestad Cesárea de que el conde de Biron y el príncipe Czerraski defendían en toda ocasión sus intereses, este Monarca, para recompensar su buena voluntad, elevó al primero a la dignidad de conde del Imperio y le envió su retrato guarnecido de diamantes; al segundo hizo el propio regalo, y a fin de que no faltase nada a este distintivo, el conde de Bratislaw presentó uno y otro a Su Majestad Czarina, suplicándola, en nombre del Emperador de Romanos, los remitiese a quienes eran destinados, y con esto darles nuevo valor.

La seguridad de ser poderosamente socorrido por la emperatriz de Rusia, no sirvió poco a fortificar la corte de Viena en la resolución de oponerse a la introducción de los españoles en Italia; y como se persuadía al mismo tiempo, que la España no desistiría del designio de ponerlo en ejecución, y que esta potencia podría empeñar sus nuevos aliados a sostenerla, se continuaron los preparativos para prevenirla. Hacia fin de mayo, los ducados de Milán y Mantua, y los reinos de Nápoles y Sicilia se llenaron de tropas; según la lista que entonces apareció subían éstas a ochenta mil hombres en estos diferentes Estados. Al conde de Mercy se nombró general del ejército de Lombardía, para cuyo efecto pasó a Milán. El conde de Walis, que debía mandar en Sicilia, había llegado ya. En fin, el de Harrach, virrey de Nápoles, atendía con gran cuidado a poner todas las plazas de este reino en buen estado de defensa, y apostar diversos cuerpos de tropas en los parajes donde se podía temer algún desembarco.

La extrema atención del Emperador para impedir la introducción de las tropas españolas en Italia, le determinó a sondear las intenciones del rey de Cerdeña, proponiéndole entrar en las medidas que tomaba para detener los peligrosos proyectos de la Corona de España. El conde de Dalin, gobernador de Milán, fue encargado de esta comisión. Los pasos y solicitud de este señor para ejecutar las órdenes de su amo tuvieron feliz éxito, pues convino con el mayor sigilo en un tratado secreto que fue firmado, al parecer, en Milán por el mes de junio entre los dos Monarcas. El rey de Cerdeña consintió en dar doce mil hombres al Emperador; los ocho mil de infantería y los cuatro mil restantes de caballería, con la condición de que sería gobernador perpetuo del Milanesado y que se le entregarían, desde luego, trescientos mil felipes, o pesos fuertes, a fin de poner más prontamente en estado el cuerpo de tropas, que debía juntarse con el ejército del conde de Mercy; obligándose, sin embargo, este príncipe a volver la misma suma, en caso de no ser necesario el socorro que concedía. El Emperador se allanó a todo lo que el rey de Cerdeña deseaba, mirando como una verdadera ventaja el haberse procurado un aliado tan útil.

Antes de la conclusión de este tratado, queriendo Su Majestad Imperial interesar al Cuerpo germánico, hizo comunicar a la Dieta de Ratisbona y llevar a la Dictadura pública un decreto por el cual este Monarca exponía la facilidad con que había concurrido a la ejecución de lo que el tratado de Londres reglaba tocante a la sucesión eventual de los ducados de Toscana y Parma a favor del infante don Carlos; añadiendo que, aunque no debiese esperar novedad alguna contraria a lo que un tratado tan solemne había determinado, sin embargo, las Coronas de España, Francia e Inglaterra habían concluido su alianza particular en Sevilla, de que ciertos artículos no podían menos de excitar la mayor indignación, supuesto que se dirigían a romper lazos más esenciales de la sociedad humana. Concluía el decreto diciendo que el César se lisonjeaba de que si, contra toda esperanza, llegase a turbarse la tranquilidad de Italia, o que por sus cuidados para proteger los derechos del Imperio negasen sus Estados hereditarios a ser atacados, el Cuerpo germánico defendería entonces a Su Majestad del modo más eficaz.

Luego que apareció este decreto, las potencias unidas por el tratado de Sevilla le miraron como una especie de manifiesto que la corte imperial hacía publicar para constituir odiosa su conducta; pero aunque fuesen todas igualmente interesadas a justificarse, el señor de Chavigny, ministro de Francia, fue el único que lo emprendió, distribuyendo a

todos los miembros de la Dieta un escrito en que refuta por menor todo el decreto, y esto originó una guerra de pluma, que por fin se sepultó en un profundo silencio. Esta indiferencia de una y otra parte, procedió, según toda apariencia, de la idea que, siendo tan opuestos los intereses de los potentados que la alianza de Sevilla unía, no les permitía obrar de acuerdo.

No se pensaba así en la corte de España; todo concurría al principio de este año, para creer, por las disposiciones que se daban en todo el reino, que no se pasaría sin guerra. A este fin se preparó un embarco considerable en Barcelona, con la seguridad de la resolución no equívoca del cardenal de Fleury, que el embajador de Francia, marqués de Brancas, dijo no depender ya sino de la estación favorable para marchar las tropas. En consecuencia, se nombró a don Lucas Spínola por generalísimo de las que debían embarcarse en Barcelona, cuyo intendente, el señor Sartine, tuvo orden de poner embargo a todas las naves que se hallasen en el puerto de esta ciudad, y don José Patiño recibió la de enviarle un millón de pesos para subvenir a los gastos diarios de este armamento, como asimismo atender a las municiones de boca, de que hacía abundante provisión.

Entretanto que llegaba este tan deseado tiempo, la corte, que había tomado gusto en viajar, se determinó al principio de marzo a pasar a Granada, para residir en ella durante la primavera. El día 6 partieron Sus Majestades. Hacíase cuenta, según las noticias que se recibirían de Francia e Inglaterra, de no permanecer en dicha ciudad sino el tiempo preciso, y que sería necesario para preparar el embarco de las tropas españolas, que debían transportarse a Toscana, y pasar después a Barcelona a tiempo de ponerse la armada a la vela. La Reina, a quien esta expedición ocupaba tanto, se lisonjeaba con razón que luego que se supiese en las cortes de los aliados que Su Majestad y el Rey se disponían a ser testigos de su ejecución, trabajarían con nuevo ardor en allanar los obstáculos que la podían retardar. Asimismo se persuadió esta princesa, que la diversión que por lo regular ofrecen los viajes juntamente con el placer de ver el premeditado embarco, apartaría al Rey de seguir la secreta inclinación que dejaba percibir de cuando en cuando, de querer volver a su retiro de San Ildefonso. Sin duda fue para distraer ideas tan opuestas al sistema presente, por lo que se pensó en proponer a la corte de Francia una entrevista con la de España en la frontera, después del arribo de Sus Majestades Católicas a Cataluña; pero no había apariencia de que la admitiese el cardenal de Fleury, por no exponerse a las instancias y cargos que le podía hacer la Reina Católica.

No obstante, para emplear una y otras, según lo exigiesen las circunstancias, pareció a Sus Majestades conveniente el enviar a Francia a don Lucas Spínola, a quien se había conferido, como queda dicho, el mando de las tropas que estaban para pasar a Italia; y habiendo este general partido a la ligera, llegó a París a principios de abril. Siendo hijastro de la duquesa de San Pedro, camarera mayor de la Reina, con quien se correspondía regularmente el cardenal de Fleury, se discurrió serían más eficaces sus representaciones que las de los plenipotenciarios de España, que aún se mantenían en aquella corte; pero no tuvieron mejor suceso.

Algunos días antes de la partida de los Reyes, ambos condes de Konigseg, tío y sobrino, con la condesa mujer del primero, partieron para volverse a Viena, dejando a su secretario de embajada para cuidar de los negocios del César en esta corte. Se ha visto en el curso de esta obra con qué destreza supo el conde, durante su ministerio atender a los

intereses del Emperador su amo, y servirse de las circunstancias del tiempo para procurarse en España tanto crédito y autoridad que asegurasen el objeto de su comisión. Nada, efectivamente, fue capaz de suspenderlo, pero al fin las ilusiones sobre que estaba establecido, no pudiendo ya subsistir, no tardó a experimentar tanta indiferencia cuanto afecto y benevolencia se le había manifestado antes: desgracias que semejantes encargos suelen atraer; pero se le remuneró en Viena, habiéndole conferido Su Majestad Imperial la vicepresidencia del Consejo de Guerra.

No tardó don Lucas Spínola en llegar a la corte de Francia, y en ella fue recibido con toda distinción. Las conferencias que tuvo con el cardenal de Fleury y con el guarda-sellos, en que concurrieron muchas veces los ministros de Inglaterra y Holanda, y algunas particulares con estos últimos, caminaron sobre las mismas materias, dándose a entender en todas del propio intento y buena voluntad. Nombrábanse públicamente en Francia los regimientos que pasarían a Italia, con los generales destinados para mandarlos. Lo mismo sucedía en Londres, y don Lucas Spínola, a quien lisonjeaban con estas esperanzas, no examinando bastantemente su intrínseco valor, las atribuyó con alguna facilidad un carácter de certidumbre que no tenían, y pasó con demasiada precipitación a hacerse mérito en la corte de España del pronto éxito de su solicitud. Lo que acerca de esto escribió, no obstante contradecirlo el marqués de Santa Cruz y don Joaquín de Barrenechea, fue recibido en Granada con indecible alegría, tratándose de celos, lo que estos últimos prevenían. La seguridad de ver luego el Mediterráneo cubierto de navíos españoles, ingleses, holandeses y franceses, motivó a que se hablase más que nunca de ejecutar el viaje a Cataluña, a fin de procurarse la satisfacción de hallarse presentes a un embarco tan famoso, y aún estuvieron los reyes para pasar a Almuñécar y ver navegando la escuadra española que se armaba en Cádiz y debía hacerse en breve a la vela para Barcelona, bajo de las órdenes de don Francisco Cornejo, su comandante.

No hubo menester mucho tiempo don Lucas Spínola para desengañarse: conoció bien presto cuán frívolas eran las promesas del cardenal de Fleury, y hasta entonces no se receló de las buenas intenciones de Su Eminencia. Mas viendo la estación propicia para apoyar los inmensos preparativos que se hacían en Barcelona y otros puertos del Reino, y que bien lejos de cumplir dicho ministro con sus empeños, antes parecía procuraba de acuerdo con los de las potencias marítimas a parar el golpe, se quejó altamente. No podía ignorar que su exceso de credulidad sería vituperado en Granada, y al paso que se le representaba, duplicaba sus instancias con el cardenal. Éste, con los ministros de los aliados, le dieron para sosegarle las mayores seguridades de ejecutar el tratado de Sevilla, con el presupuesto de que esperaban algunas explicaciones de sus cortes, para que, vencidos los obstáculos, pudiesen, sin perder tiempo, concurrir todos a un mismo fin; pero esto era dilatarlo en cuanto fuese posible. Bien lo percibía el general español, sin ocultar a los aliados que no debían esperar fuese esto aprobado en Granada, aunque ellos, persuadidos de la verdad, procuraban solamente disimular sus verdaderas intenciones.

Las conferencias eran frecuentes y cada partido afectaba manifestar el celo más sincero de concurrir a la ejecución de los proyectos de Su Majestad Católica. Las tropas en Francia y en Inglaterra que debían unirse con las españolas, podían -decíase- de un instante a otro estar en estado de marchar. Los navíos destinados para transportarlas estaban armados y equipados. Finalmente, todo se hallaba pronto, cuando no era

menester más que actividad. Si don Lucas pretendía usar de ella, oponíase luego incontinente a sus representaciones, que era preciso ante todas cosas entenderse sobre los más o menos navíos y tropas que cada aliado debía dar. Los correos iban y venían, y sus despachos dejaban siempre algo que desear. En una palabra, las temibles potencias que había unido el tratado de Sevilla, formaban un peso tan grande que no se le podía poner en movimiento.

Nada de esto se escapaba a la penetración de don Lucas, ni su interés le permitía tampoco ocultarlo a Sus Majestades Católicas, antes bien le importaba conociesen cuán poco debían contar sobre las promesas de sus aliados. Éstos, temerosos de los prontos efectos del resentimiento que semejante descubrimiento no podía dejar de producir, trabajaron cada uno según sus fines particulares, para persuadir a don Lucas que no era imposible vencer la repugnancia que la corte de Viena mostraba en consentir a la introducción de las tropas españolas en Toscana; al contrario, era verisímil-añadían- que el César, en vista de la resolución de los aliados, no perseveraría en una denegación que le podía ser tan perjudicial; que así, importaba primero explicar a este Monarca el verdadero sentir de los aliados de Sevilla y declararle al mismo tiempo que no debía esperar mudasen, en el supuesto de que se le daría a entender que la guerra o la paz dependía de una pronta decisión.

Aparente era este raciocinio, y por otra parte se apoyaba con las seguridades más positivas y más fuertes de no separarse de lo que anunciaba, y que de un modo u otro la deseada introducción de las tropas españolas se efectuaría. Esta simulada promesa determinó verisímilmente al general español a consentir a lo que anhelaban, y contentos los aliados de haber obtenido esta condescendencia, juzgaron a propósito, para mejor ocultar su ardid, concederle a su turno la de entablar desde luego con la corte imperial la negociación de que se trataba; y en esta idea dispusieron de acuerdo una declaración para ser presentada en su nombre al Emperador.

Ésta incluía ciertos temperamentos, que se suponían propios para satisfacer a este Monarca, como para determinarle a aprovecharse de ciertas aberturas que contenía; y puesto en limpio este escrito, se comunicó a don Lucas Spínola, bajo el título pomposo de *Ultimatum* de los aliados. Éste, pretendiendo que siete u ocho renglones eran suficientes para manifestar al César esta resolución, insistía a que no se dilatase más; pero este estilo lacónico no era el que convenía a las secretas ideas de los aliados, y se resistieron a admitirlo, diciendo: Que no había necesidad de exponer sus intenciones al Emperador con tanta sequedad, y que mediante algún colorido se conseguiría la ventaja no sólo de asegurar el suceso de los designios del Rey Católico, sino también la tranquilidad de las principales potencias de la Europa. Últimamente, que la corte de España debía estar satisfecha del paso que daban y de su celo por sus intereses. El general español, que no llevaba la misma opinión, disputó aún durante algunos días; pero, en fin, viendo que no ganaba cosa alguna en controvertir y que si el César persistía en la resistencia Sus Majestades Católicas podían esperar que encontrarían en todas partes obstáculos difíciles de superar, contentóse, cediendo a las solicitaciones de los aliados, con dar cuenta a los Reyes de sus observaciones sobre la complacencia forzada, que se había exigido de él.

Desde el 7 de abril que don Lucas Spínola había llegado a París, hasta fin del mismo mes, se le había festejado para entretenerle con banquetes y todo género de distinciones: el

siguiente se pasó en concertar varios planes quiméricos, de que por último resultó este *Ultimatum*, que se envió el 30 de mayo al Soto de Roma, junto a Granada, donde se mantenían Sus Majestades Católicas. No es decible cuán mal se recibió en la corte lo que contenía. Esperábase en ella, según el anuncio de don Lucas, que las medidas que tomaban los aliados para unir sus tropas y navíos a los de España serían seguidas de una pronta ejecución, con cuyo motivo se aceleraban en todas partes los preparativos de guerra, especialmente en Barcelona, en cuyo puerto toda la armada debía reunirse. Las tropas acantonadas en las cercanías de esta plaza y en el campo de Tarragona estaban prontas para embarcarse, y los navíos fletados un mes hacía, y provistos de víveres para tres.

Pero viéndose que esta esperanza no sólo se alejaba, sino que también se debilitaba cada día más, respecto de que los designios de Sus Majestades Católicas dependían ya de las resoluciones de una corte tan determinada a embarazarlos, se prorrumpió en un gran disgusto contra los aliados. El cardenal de Fleury era contra quien particularmente se dirigía, diciéndose que no había cesado desde la signatura del tratado de Sevilla de convertir la confianza que tenían en él los Reyes Católicos en medios de conciliarse la del Emperador, y entretener a don Lucas Spínola con promesas frívolas. Éste verdaderamente estaba sin disculpa de haberlas admitido con tanta facilidad, y aún más en consentir que las proposiciones susceptibles de objeciones, que contenía la relación enviada a Viena, fuesen confundidas con el sí o el no que importaba solamente obtener del César. Los avisos que este general dio de la importancia en que era a la sazón contemplar al rey de Cerdeña, a fin de hacerle propicio para el establecimiento del infante don Carlos en Italia, se miraron casi con irrisión. Arrepentíanse los Reyes de haberle enviado a Francia y estuvieron para llamarle y romper enteramente una negociación, la cual, transferida a Viena, se hacía otra especie de Congreso, cuya lentitud sería tan favorable a los designios de su Monarca, como contraria a los de España. Sin duda se hubiera efectuado, a no haberse temido algunas consecuencias adversas y que después de haber perdido la alianza del Emperador, se viese esta corte también privada de la que el tratado de Sevilla acababa de formar.

El motivo de los aliados en eludir sus empeños, como las instancias de España, no era difícil de percibir, pues querían evitar una guerra que no podía menos de serles onerosa, espéranzados de conseguir del César por vía de buena composición lo que quizá sus armas no hubieran obtenido sin notable dispendio. Esto no penetraba la corte de Sevilla; por la misma razón, pareciendo bien distante el embarco que Sus Majestades, al salir de Sevilla para Granada, se habían propuesto ver, no se trató más del viaje de Cataluña. No permitiendo a la corte los calores mantenerse el verano en el Soto de Roma, así por la estrecha habitación como por la incomodidad de la comitiva, resolvió pasar a Cazalla, donde residió algún tiempo.

Recibióse en Viena el *Ultimatum* muy diferentemente que en la corte de España. Conoció el César que era una señal no equívoca de las potencias marítimas, para evadirse de la ejecución en las promesas hechas a esta Corona por el tratado de Sevilla, a que se seguía ver restablecerse poco a poco el antiguo sistema. La satisfacción que de esto recibió el Emperador fue grande, y a fin de afirmar tan buen designio y hacerle servir igualmente para obtener de Inglaterra y Holanda la garantía tan deseada de la Pragmática-Sanción, se

propuso en la coyuntura presente tanta prudencia y sagacidad que sin manifestar ardor para reunirse con las potencias marítimas, por no causar sospecha al cardenal de Fleury, continuó en adormecer a esta Eminencia con elogios y confianzas, impidiéndole así de embarazar las medidas que se proponía tomar, para hacer al rey Jorge el único depositario de las negociaciones que ocurrirían con España.

Contaba, con razón, el César, que haciendo depender en algún modo su consentimiento para la introducción de las tropas españolas en Toscana de los buenos oficios del Rey británico, las ventajas que resultarían a su nación por un servicio de tal magnitud, hecho a Sus Majestades Católicas, avivarían su antiguo empeño por la Casa de Austria. Las ideas del Emperador querían ser conducidas con tanto sigilo como circunspección, y sus ministros se aplicaron en hacer de esto la regla de su conducta, y el suceso la justificó. Su firmeza en no apartarse de lo que se había establecido en el tratado de la Cuádruple Alianza, ni admitir mutación alguna acerca del artículo V, y comportarse sobre este asunto como si se esperase la guerra, condujo las potencias marítimas, que la querían huir, a prestarse insensiblemente a los deseos del César; y el cardenal, por su parte, cuyas intenciones no eran menos pacíficas, engañado con las apariencias y entretenido con la fingida confianza que afectaba en Viena por él, no conoció el progreso de la que se establecía entre Sus Majestades Imperial y Británica, sino por el tratado que fue el fruto de ella.

Este fue el suceso que preparó el famoso *Ultimatum*, el cual dio lugar a muchas conferencias, así en Viena como en París, que no se dirigían sino a ganar tiempo, de que cada uno quería a su modo sacar partido. El mes de junio se pasó en examinar y minutar en la corte imperial una respuesta que produjese este efecto, y cuando llegó a Francia la de los aliados que atrajo, dio también lugar, como se esperaba, a nuevos exámenes, que duraron hasta el mes de septiembre, para inutilizar la reiterada solicitud de España, porque entonces ya no era posible transportar las tropas a Italia, y con este pretexto fundar su razón, dilatando el negocio. El Emperador tenía en aquel país cerca de ochenta mil hombres, y los proyectos de España hubieran acarreado una guerra general en Europa, que los aliados de Sevilla querían evitar a toda costa, no obstante mostrarse apresurados en cumplir lo estipulado por el tratado.

Manifiesta estaba en España la conducta de los aliados; esperábase ya lo que sucedería, porque no se ocultó a la penetración de la corte; y vivamente sentida del modo con que sus aliados la habían entretenido, se determinó a llamar a don Lucas Spínola. El cardenal de Fleury, ostentando lealtad y su afecto por todo lo que concernía a los intereses del Rey Católico, se valió de toda su retórica para detener a don Lucas, dándole a entender que se preparaba de veras a concurrir a los empeños contraídos, disculpándose no pendía en él sólo el efectuarlos antes, y que estaba pronto para secundar el embarco de Barcelona, haciendo con este motivo las mayores instancias, a fin de que don Lucas suspendiese su regreso, pero inútilmente: las órdenes precisas de este general no le dejaban lugar de escucharle, y sabía muy bien que sus discursos eran más persuasivos que efectivos. En esta misma opinión estaba la corte católica, la cual jamás encontró mucha aprobación y menos complacencia por parte de esta Eminencia.

El Emperador deseaba tanto la garantía del Imperio por el Decreto que había establecido para reglar la sucesión de su Casa, cuanto la de las potencias marítimas. Según este

proyecto, hizo comunicar a la Dieta de Ratisbona el *Ultimatum* de los aliados de Sevilla, su respuesta y la de los príncipes. Contaba en que estas diferentes piezas, manifestando su firmeza en sostener los derechos del Cuerpo germánico, aún en peligro de verse atacar por estas potencias, habían de preparar los ánimos a consentir en la proposición que meditaba hacerles. El designio fue traslucido, y no tuvo la aprobación general que se esperaba, porque se le oponían ciertas Casas soberanas, las cuales también, por su parte, tornaron diferentes medidas para impedir el suceso, que se hubiera conseguido sin este estorbo.

Diligentes andaban las Casas de Sajonia y de Baviera; sus influjos en la mayor parte de las cortes del Imperio perjudicaban en extremo a las pretensiones del César, mientras los ministros de estos príncipes trabajaban de secreto con el cardenal de Fleury, para que esta potencia no difiriese a las solicitudes del Emperador, cuya afectada confianza, que al parecer tenía puesta en Su Eminencia, no se dirigía a otro fin que a interesarle en la Pragmática-Sanción, pero oponiéndose a ella la negociación que los expresados ministros entablaron, por entonces no tuvo lugar; estaba reservado para el año de 1736, con la cesión de la Lorena.

Entre tanto se había retirado de la corte Cristianísima don Lucas Spínola, sin esperar la resulta del *Ultimatum* por cuanto todos discurrieron que la introducción de los seis mil españoles en Toscana estaba bien lejos de su ejecución. No obstante, continuábase con ardor en todo lo concerniente al embarco proyectado, y los oficiales generales y particulares que se hallaban en la corte, destinados a mandar las tropas, se despidieron de Sus Majestades y pasaron a Barcelona. Don Lucas Spínola, que iba continuando su viaje, dilatándolo sobradamente, llegó en fin a Sevilla, a donde se habían transferido los Reyes Católicos el 23 de agosto; y la relación que expuso a estos príncipes de todo lo ocurrido en la corte de Francia durante su residencia, no teniendo con qué satisfacer la curiosidad, se le agradeció su celo; pero no menos se le imputó el haber andado omiso. Por tanto, no lisonjeándose ya del mando de la premeditada expedición que se le había prometido, pasó a Zaragoza para ejercer las funciones de capitán general de Aragón que precedentemente se le confirió.

No sin disgusto veían los Reyes Católicos retardar la ejecución del embarco hasta el año siguiente. Don José Patiño, encargado de cuanto le concernía, había perfectamente cumplido con lo que se esperaba de su celo por el real servicio y acreditado en muchas ocasiones. Los preparativos de armamento tan considerable se hacían en Barcelona, Alicante y Málaga, y no faltaba cosa alguna. Las embarcaciones de transporte, las provisiones y municiones, tiendas de campaña e instrumentos para mover tierra, como los pontones; en fin, todo lo necesario para semejante empresa, estaba pronto. El marqués de Castelar, su hermano, no había tomado medidas menos justas y eficaces para poner en buen estado las tropas que debían transportarse; en una palabra, el embarco podía ejecutarse a la primera orden de la corte.

Reiteraba ésta sin intermisión sus instancias con repetidos correos a los aliados de Sevilla, quejándose de la inobservancia del Tratado, pero inútilmente; todas sus respuestas eran representaciones sobre la imposibilidad que encontraban para formar, en la estación ya avanzada, una empresa tan importante, y aun precisamente en tiempo que el César mantenía en Italia un ejército formidable, el cual, en algún modo era imposible

superar. Estas objeciones, por bien fundadas que fuesen, ofendían a España, mayormente cuando se podía atribuir a su lentitud la facilidad con que el Emperador había podido prevenir el golpe, y esto daba ocasión a no poder perdonar a la Francia y a la Inglaterra el alegar, por disculpa, el yerro que ellas mismas habían cometido.

Es verdad que el César estaba prevenido para cualquier acontecimiento, y no obstante las pacíficas disposiciones de las potencias marítimas, de las que vivía asegurado, no dejó de poner los diversos Estados que poseía en Italia fuera de insulto, temeroso de que España emprendiese sola una invasión. Siendo verisímil que ésta intentaría penetrar en Lombardía, el conde de Mercy, que mandaba en ella en calidad de generalísimo, dio todas las disposiciones que le parecieron más propias para enderezar la tropa con prontitud hacia donde los españoles acometiesen el desembarco. Formóse con este motivo una línea que empezaba en Ostiglia; su centro estaba en Cremona, donde tenían los alemanes sus principales almacenes, y se extendía hasta Pavía. Mediante esta línea y la ciudad de Mantua, que tenía a espaldas, se había asegurado la comunicación con Alemania. Asimismo mandó construir varios puentes sobre el Po, a fin de que, según la urgencia, se pudiese entrar en el Parmesano, Toscana y Estado de Génova. Las fortificaciones de las plazas de Novara, Mortara y Tortona se pusieron en buen estado de defensa. Ya se ha dicho más arriba las medidas que el Emperador había tomado para impedir a los españoles el desembarco en los reinos de Nápoles y Sicilia. El veld-mariscal Carraffa debía mandar un cuerpo de doce mil hombres entre Capua y Gaeta, y a lo largo de las costas se habían apostado varios destacamentos de caballería para rondar.

Los condes de Sástago y Walis, aquél virrey y éste general de las tropas, no atendían con menos atención a la seguridad de la Sicilia. Las plazas de Mesina, Palermo, Catanea, Melazo, Siracusa, Trápani, etc., se hallaban provistas con buenas guarniciones y todo género de municiones para una larga defensa, y a fin de tener libre la comunicación con la Calabria, este general hizo también construir un fuerte enfrente de Reggio, y le quedaba un cuerpo bastante numeroso para oponerse al desembarco de los españoles en caso de intentarlo.

El gran duque de Toscana, por quien manifestaba entonces la corte imperial tener sus intereses muy a pecho, veía con secreta satisfacción alejarse, con las disposiciones referidas, un suceso que no le dejaba más que una vana sombra de soberanía, y aunque prudentemente evitase irritar a la corte de España con una parcialidad demasiado señalada por el César, no obstante, afectando ceder al tiempo, no habiendo arbitrio para otras cosas, consintió este príncipe en nombrar comisarios, para convenir con el barón de Molk, coronel en servicio del Emperador (que el conde de Mercy le había enviado) en el camino que las tropas imperiales deberían llevar y los cuarteles de invierno que tomarían en sus Estados, en caso de querer los españoles establecerse en ellos por la fuerza.

Informadas Sus Majestades Católicas de cuanto pasaba en Italia y de las medidas que cada día tomaba el Emperador para cerrar la entrada en ella a sus tropas, juzgaron a propósito enviar a Francia un ministro, de cuya vigilancia y firmeza pudiesen contar, para cuyo fin nombraron al marqués de Castelar su embajador extraordinario en aquel reino, quedándose por ausencia la real confianza depositada en don José Patiño, su hermano, el cual reunió en sí el Ministerio de la Guerra, y por este empleo, como por los demás que ya poseía, constituido primer ministro. En consecuencia de esta resolución, se dio orden

al expresado marqués, que se mantenía en Madrid, para que pasase a Sevilla, donde llegó el día 23 de agosto con don Marcos Montoto, oficial mayor de la covachuela de Guerra. Esta elección parecía tanto más necesaria en la coyuntura presente, cuanto independientemente de sus raros talentos, el título de ministro de la Guerra que llevaría a Francia, con el embajador plenipotenciario, darían a sus palabras más peso para el éxito de los negocios y determinaría con más eficacia a los ministros de las potencias aliadas, reconviniéndoles con nuevas expresiones. No obstante, dícese que la ambición del hermano, cuya ansia era gobernarlo todo, no contribuyó poco en hacerle dar esta comisión, porque no reinaba el mejor acuerdo entre los dos. Por más que sea, reuniendo su empleo a los que ya tenía don José Patiño, se vencían los inconvenientes que podían retardar la ejecución de la empresa, y con este motivo providenciar a todo lo que concernía al embarco, sin que el celo de algún otro ministro lo estorbase. ¡Cuántas empresas, aún las más bien concertadas, suelen malograrse por la división de los ministros, o ya por odio, o por su interés particular! ¡Cuántos ejemplos tenemos de esta verdad, y algunos bien manifiestos, que se harán evidentes en la continuación de esta obra!

Cuando el marqués de Castelar apareció en Sevilla ya no se hablaba del embarco, por haberle hecho imposible la conducta de los aliados; pero tratando de hacerles tomar una enteramente opuesta, se dirigieron sobre este plan las instrucciones que debía seguir. Una de las principales fue trabajar para apartar al cardenal de Fleury del Ministerio, y en el ínterin precaverse de sus insinuaciones, como de sus promesas. Bien informado el de Castelar del modo que había de obrar, según sus órdenes, tomó el camino de París a principios de septiembre, habiéndose escrito, al mismo tiempo a los plenipotenciarios marqués de Santa Cruz y don Joaquín de Barrenechea, que aún permanecían en Francia, y no muy de acuerdo, que se viniesen cuando hubiese llegado.

Ya no disimularon más Sus Majestades Católicas su displicencia contra el cardenal de Fleury; y éste, instruido de lo que se pensaba de él en España, procuró justificarse a costa del marqués de Brancas, embajador de Francia en la corte del Rey Católico, diciendo que este ministro, para hacerse grato a Su Majestad, por sus particulares fines, había excedido de sus instrucciones tocante a la expedición de Italia, y en prueba se remitió a España parte de las cartas que Su Eminencia le había escrito. Lo cierto es que el maestro y el discípulo no tenían el mayor asenso en Sevilla. Éste buscaba la grandeza, y la consiguió; aquél, que nunca estuvo bien intencionado por España, como ya queda dicho, anhelaba por conservarse el afecto del Emperador. La última comisión del marqués de Brancas en la corte fue el dar parte a Sus Majestades del nacimiento de un segundo príncipe de Francia, llamado el duque de Anjou; inmediatamente después tuvo su audiencia de despedida, y volvió a su país. El mismo día partieron los Reyes con los príncipes e infantes para el Puerto de Santa María, adonde permanecieron hasta el 18 de octubre. El día primero de este mes, habiéndose dejado ver dos galeotas corsarias a la entrada de la bahía de Cádiz, se despacharon contra ellas un bergantín y dos barcos armados, que pudieron alcanzarlas en la costa de la Punta de Oñana y, apresadas, tuvieron los Reyes y toda la real familia la satisfacción de verlas pasar bajo de los balcones de Palacio la misma tarde, con los moros que componían el equipaje de estos dos bajeles.

Poco después del arribo de la corte al Puerto de Santa María, el marqués de Arvillars, embajador de Cerdeña, tuvo una audiencia particular del Rey y de la Reina, en la cual este ministro les dio parte de la abdicación o renuncia que el rey Víctor Amadeo había hecho de su corona al príncipe del Piamonte, Carlos Manuel, su hijo, presentando al mismo tiempo una carta de este Monarca y otra del nuevo Rey. El propio día de la renuncia salió este príncipe de su corte para Rívoli, y al siguiente tomó el camino de Chambery, cuya ciudad había elegido para su residencia, y adonde llegó el 7 de septiembre. Queriendo Su Majestad Sarda vivir en adelante como mero particular, no conservó sino un pequeño número de criados para servirle, reservándose solamente una pensión de cincuenta mil pesos al año. Luego, después de su arribo a Saboya, declaró este príncipe el matrimonio secreto que había contraído el día 12 de agosto precedente con la condesa de San Sebastián, a quien llamó a Chambery, sin permitirla, no obstante, tomase el título de Reina. Habíala regalado cien mil pesos, que fueron empleados para comprar el marquesado de Spigno.

Esta señora, de edad de cincuenta años, hija del difunto marqués de Santo Tomás, Primer ministro de Víctor Amadeo, había sido en su juventud dama de la madre de este príncipe, y el Monarca mantuvo siempre suma inclinación por ella, y tanto, que quiso casase con el conde de San Sebastián, su caballerizo mayor. Habiendo muerto éste, y siendo el Rey viudo, el cariño que continuó a tenerla, la dio lugar a formar varios proyectos. Buscó, pues, todos los medios posibles para empeñar al Rey a que se casase con ella a motivo de conciencia, y no habiéndolo podido conseguir, se valió del confesor de este príncipe y del doctor Boggio, a quien Víctor Amadeo tenía especial afecto y honraba con su confianza. El celo que uno y otro le mostraron no parece fue infructuoso, respecto de que el Rey casó con ella antes de la renuncia de la Corona, queriendo en fin fuese compañera en su retiro

Incluíase, según algunos políticos, en la abdicación del rey de Cerdeña tanta política como amor a la quietud y vida privada. Dícese, por cierto, que poco después de la conclusión del tratado, que había firmado el conde de Daun entre el Emperador y el rey Víctor, considerando la corte de España mejor sus intereses, conoció que le era casi imposible llegar al fin a que se dirigía, de formar un establecimiento al infante don Carlos, sin empeñar al rey de Cerdeña. Con este motivo envió de secreto a Turín al ministro que tenía en Génova -don Bernardo de Espeleta- para esta negociación. Éste, después de varias conferencias particulares con este Monarca, pudo determinarle a unirse con España, para asegurar la posesión de los Estados de Toscana, Parma y Plasencia a don Carlos y favorecer la introducción de las tropas españolas en Italia si el César proseguía en oponerse a ella. El Rey Católico ofreció de su parte al de Cerdeña hacer que le cediesen las ciudades de Pavía y Novara, con todo lo que está al otro lado del Tesino.

A pesar de las precauciones de Víctor Amadeo para tener secreta esta nueva alianza, se pretende que el Emperador tuvo alguna noticia de ella, y que el conde de Daun recibió orden para quejarse a este príncipe, sin disimularle las amenazas; y aunque siempre negase el hecho, el temor que tuvo de si el César consentía en la pretensión de los aliados de Sevilla se hiciesen entonces estos príncipes una confianza recíproca de lo tratado con él, y fuese la víctima del resentimiento de ambos partidos, le causó una inquietud tan viva, que no le pareció poder libertarse sino renunciando la Corona; a lo menos hasta que

las cosas mudasen de semblante, y se viese, volviéndola a tomar, enteramente al abrigo de las desagradables consecuencias que podían atraer los empeños contraídos con ambas potencias a un tiempo.

Los pasos que dio el año siguiente Víctor Amadeo producen una especie de verisimilitud, como se expondrá al fin de este tomo; digo especie de verisimilitud porque aunque eran evidentes y que todo su anhelo se dirigía a volver al mando, sin embargo se cree que un género de misterios políticos tuvo más parte que la ambición de reinar.

El tratado de Sevilla, la separación del Congreso de Soissons, el grande armamento de España y su inutilidad por la mala inteligencia que había entre los aliados de esta Corona, fueron durante todo el verano el objeto de los discursos políticos; pero el arribo del marqués de Castelar a París los hizo mudar. Al otro día de su llegada a esta ciudad, que fue el 23 de octubre, pasó a verse con el cardenal de Fleury. Después de los primeros cumplimientos, sazonados con los exteriores de una confianza recíproca, disculpándose esta Eminencia, acumuló a Inglaterra y Holanda cuanto había ocurrido en el curso del año, impidiendo la ejecución del tratado de Sevilla, con decir que la imposibilidad de vencer los obstáculos que formaban estas potencias le había determinado a ver si podía hacerse propicia la corte imperial, mediante una negociación, que calmase sus recelos acerca de la introducción de las tropas españolas en Italia; pero ya que no había producido cosa alguna, convenía en que era tiempo de tomar medidas eficaces para superar la tenacidad del Emperador; ofreció concurrir a todas las que el Rey Católico juzgase a propósito tomar, sostener y apoyar con viveza los pasos que el marqués de Castelar daría acerca de esto con las potencias marítimas; y bien seguro de que en cinco o seis meses no se podía emprender la menor cosa, mostraba con este motivo una resolución capaz de engañar al embajador de España, si éste no fuese bien instruido del caso que debía hacer de sus discursos, y no juzgar de ellos sino por los efectos que produjesen.

Poco después de haber obtenido su primera audiencia del Rey Cristianísimo, el marqués de Castelar, queriendo poner a prueba la buena intención del cardenal, presentó una Memoria, en la cual expuso a los aliados de España los justos motivos que tenía el Rey su amo para quejarse de la poca actividad que mostraban cerca de un año había en cumplir con los empeños que habían tomado por el último tratado concluido en Sevilla. Después les hizo las mayores instancias en nombre de los Reyes Católicos para que pusiesen remedio, sin más dilación, a una lentitud tan perjudicial a sus intereses y tan manifiestamente contraria a sus promesas.

. Por más ejecutiva que fuese esta Memoria, y determinado quien la presentó para obtener una decisión, el cardenal, que se lisonjeaba de que su sagacidad en persuadir a todos los partidos le haría siempre el árbitro de sus intereses, no se demostró sorprendido, ni tampoco manifestó displicencia alguna de las quejas e instancias del marqués de Castelar; al contrario, pareció aprobar las primeras como propias -decía a este ministro- para dar más peso a las otras; y a fin de desterrar o desvanecer cualquiera sospecha contra su sinceridad, dispuso algunos planes de operación que incontinente se comunicaron al embajador de España, quien los remitió luego a Sus Majestades Católicas.

Las intenciones del cardenal a nada menos se dirigían que a romper con el Emperador. Con estos quiméricos proyectos de guerra, proponíase solamente entretener a España y a su ministro, haciendo creer que las potencias marítimas producían los obstáculos. Éstas, a quienes el cardenal, para mejor alucinar al embajador del Rey Católico hizo solicitar públicamente con memoriales, para obligar en fin a la corte de Viena a consentir a lo que había sido reglado en Sevilla, conociendo no corrían peligro en contradecir los belicosos designios del cardenal, dieron a los memoriales que se presentaron -por el conde de Broglio y el marqués de Fenelon, aquél ministro de Francia en Inglaterra y éste en Holanda- una respuesta negativa. Formaban entonces estas dos potencias un plan bien diferente. Mientras dejaban al cardenal el cuidado de entretener a España, trabajaban con gran secreto para renovar su antigua buena correspondencia con el César. Este Monarca lo percibía con grande satisfacción, y teniendo de su parte la misma intención, las imitó con gran cautela, sin manifestar, no obstante, mucho ardor de que pudiesen prevalecerse, ni indiferencia que desmayase la buena voluntad que descubrían y era tan útil a sus intereses.

Puesto el cardenal en medio de estas negociaciones y creyendo dirigirlas todas, se lisonjeaba de sosegar al Emperador con el temor de las consecuencias que podía arrastrar en su perjuicio la colocación de un nuevo Soberano en Italia, estrechamente unido a la España y Francia, ofreciendo a este Monarca, de acuerdo con la Inglaterra y Holanda, la garantía de los Estados que poseía en ella; y no menos asegurado, se creía, mediante esto, eludir no sólo las vivas instancias del César acerca de la Pragmática-Sanción, sino que también la introducción de las tropas españolas en los ducados de Toscana y Parma se haría pacíficamente.

Ocultando Su Eminencia en cuanto le era posible a la corte de España y aun a las potencias marítimas lo que trataba sobre estos diversos artículos con los condes de Konigseg y Kinski, se daba la enhorabuena de entretener sin riesgo alguno las ideas de conquista, de que parecía tan ocupada la corte de Sevilla, y de atraerse de una vez la confianza del Emperador y la de los Reyes Católicos, y con esto tener a las potencias marítimas en una total dependencia. Lo restante de este año se pasó sin que nadie turbase la satisfacción que tenía el cardenal en considerarse el árbitro de todos; al contrario, cada partido, necesitando para llegar al fin propuesto que la ilusión se prolongase, la sostenía con los mayores elogios a la extensión de las luces de este primer ministro; pero mientras recibía este incienso, los otros se explicaban entre sí, dando a entenderse y preparándose, como luego se dirá, a dejarle burlado.

Por esta exposición se ve que la situación de los negocios de Europa al fin de este año continuaba a ser incierta, no sabiéndose aún cómo disipar la tempestad que amenazaba su quietud. Los cuidados hasta entonces para evitarla habían sido inútiles. Los preliminares de paz fírmados en París el año de 1727, por los cuales se pretendió satisfacer a todos, o a lo menos conciliar los ánimos, se hicieron casi el principio de una guerra general; y el supuesto Congreso de Soissons, para precaver suceso tan funesto, acababa de separarse mediante el accidental tratado de paz fabricado en Sevilla, el cual, lejos de asegurar fin tan saludable, no se dirigió, al contrario, sino a poner en arma las principales potencias unas contra otras. Esta complicación de yerros e intereses tan mal comprendidos como

mal dispuestos, hizo nacer en todas las cortes una infinidad de secretas negociaciones, que servían más bien para perpetuar la desconfianza que para apagarla.

El Emperador, cuya resistencia miraba únicamente a obtener la garantía de su Pragmática-Sanción, se prestaba a las proposiciones de las potencias marítimas con este fin. En Berlín multiplicaban sus promesas, y avivaba al elector de Maguncia, que le era afecto, para sostener con eficacia en la Dieta de Ratisbona las medidas que los ministros imperiales debían tomar en ella para determinar al Imperio a la misma condescendencia; si las secretas uniones de las Casas de Sajonia y Baviera entre ellas y con la Francia, que se observaban en Viena con atención, causaban alguna inquietud al César, no dejaba este príncipe de lisonjearse a lo menos de hacer las de la última inútiles, continuando en tenerse propicio al cardenal de Fleury. El tratado de paz concluido en Viena el año de 1736 entre Francia y Su Majestad Imperial, prueba la exactitud de esta opinión, obligándose por él a la garantía de la Pragmática-Sanción, que se observó, como nadie ignora, según la buena fe de aquel primer ministro.

Los cuidados que se tomaban en Viena, para asegurar el orden de sucesión que el César había establecido en su Casa, no impedían que se trabajase también en conservar una estrecha unión con la Emperatriz de Rusia. El conde de Bratislaw, embajador del Emperador de Romanos en Moscovia, cumplía tan exactamente con las órdenes que acerca de esto recibía, que esta Soberana correspondió en todo a los designios y confianza que su amo la manifestaba, y para exhibir una nueva prueba de su buena voluntad mandó decir a este ministro que si los treinta mil hombres que debía dar, en caso de guerra, no fuesen suficientes, ofrecía añadir los que Su Majestad Cesárea juzgase por convenientes, no parándose en cosa alguna cuando se trataba de cumplir con un aliado tan fiel en sus promesas como era el Emperador. La singular revolución acaecida en el mes de septiembre en el Imperio Otomano, contribuyó aún a cimentar la unión que reinaba entre estas dos potencias, por la conexión de sus respectivos intereses.

La corte de España, que en tiempo de su alianza con la de Viena veía gustosa los empeños mutuos que habían tomado los dos Imperios de Alemania y Rusia, porque entonces no eran inútiles a sus designios, pero por el tratado de Sevilla siéndolo, no la pareció deber dejar más tiempo al duque de Liria en Moscow. Habiendo este ministro tenido orden de retirarse el día 11 de noviembre, se despidió de la Emperatriz, que le regaló una sortija de diamantes del valor de ocho mil rublos. Manifestándole esta princesa cuán satisfecha estaba de la conducta que había tenido en su corte, le rogó asegurase al Rey Católico de su atención en cultivar su amistad y favorecer el comercio de los súbditos de este Monarca con los suyos. El 30 del propio mes partió el duque de Liria para restituirse a España, pero en el camino recibió orden de pasar a Viena a residir en calidad de embajador, porque las potencias marítimas habían entablado ciertas negociaciones con el César que miraban a efectuar sus promesas para la introducción de las tropas españolas en Italia, y era preciso hubiese un ministro de esta nación para trabajar de acuerdo, aunque no tomó este carácter hasta después de firmado el tratado.

Concluiremos este año con un hecho notable, y es que los primeros frutos de la imprenta, que se había establecido en Constantinopla, salieron al público en un diccionario árabe, que cierto Ovanculi tradujo en lengua turca. Esta obra consistía en dos tomos, y en el prólogo se hacían grandes elogios a los cuidados del gran visir para el éxito de

establecimiento tan útil. También se insertó en él el privilegio concedido a Zaid, hijo de Mehemet Effendi -antes embajador del Gran Señor cerca del Rey Cristianísimo-, a fin de poder imprimir todo género de libros, a excepción de los que tratan de la religión mahometana, sin expreso permiso del Muftí. Igualmente había un tratado de las ventajas que han de resultar a los turcos por el uso de la imprenta. Hay apariencia que se convencieron de su utilidad, supuesto que se han impreso varias obras en idioma turco.

Año de 1731

Ya se ha dicho cómo la corte de Viena procuraba aprovecharse del secreto estímulo que dejaban percibir las potencias marítimas para reunirse con ella, y de qué modo los condes de Konigseg y Kinski contemplaban al mismo tiempo al cardenal de Fleury. Los progresos que insensiblemente iba haciéndose la inteligencia que se formaba entre el César y el rey Jorge II, no impidiendo, sin embargo, a aquél de conocer que sería, en fin, preciso conceder a la España lo que deseaba con tanto ardor, quiso que su complacencia acerca de esto la fuese útil. Por lo mismo la proporcionaba a la que encontraba por parte del rey de Inglaterra en concluir un tratado particular que destruyese la alianza de Sevilla y fuese garante de la Pragmática-Sanción. Esta negociación fue encargada al señor Robinson, ministro británico en Viena, la cual, después de muchas dificultades, pareciendo anunciar feliz suceso, se trató de empeñar la corte de España a tomar parte en ella, sin comunicar cosa alguna al cardenal de Fleury.

Delicada era esta tentativa, y por no aventurarla con ligereza, la corte de Londres puso especial cuidado en hacerla preceder con diversas reflexiones, propias para persuadir a la Reina Católica, la cual, negándose absolutamente a entablar cosa alguna con el Emperador, sino de acuerdo con la Francia, que se resistía constante a la garantía de la Pragmática-Sanción, la representó el señor Keene, ministro británico, que no debía esperar vencer la extrema repugnancia de este príncipe a la introducción de las tropas españolas en Italia; en lugar que dejando esto al cuidado del rey Jorge su amo, que no oponía a los proyectos del César los mismos obstáculos que el Cristianísimo, se podía prometer casi con seguridad de obtener que Su Majestad Imperial consentiría a su turno a los de la Reina. Esta esperanza no podía menos de agradar a esta princesa, y como estaba persuadida que el cardenal de Fleury no pensaba más que en dilatar el cumplimiento de sus empeños con infinidad de proposiciones inútiles, la que la Inglaterra la hacía fue favorablemente oída. Luego que en Sevilla se juzgó poder contar sobre la buena voluntad de esta Corona, se tomó incontinente la resolución de aprovecharse de ella.

Este designio y su ejecución no pidiendo menos secretos que el que se observaba en Viena y en Londres sobre lo que ocurría entre las dos cortes, se procuró con gran cautela ocultarlo al cardenal de Fleury y salvar las apariencias con él. El medio que los ministros españoles e ingleses juzgaron, sin duda, más propio para producir este efecto y librarse de las atenciones que se debían tener por la Francia, fue prescribir al marqués de Castelar el dar a los aliados de España una *Declaración que dejase a Sus Majestades Católicas una entera libertad para tomar en adelante el partido que juzgasen más conveniente al estado presente de sus negocios*, supuesto que el tratado de Sevilla había quedado infructuoso por su inejecución.

Dispuesta esta pieza en Sevilla revista y enmendada en San-James, habiendo sido aprobada en una y otra corte, no restó más que presentarla, y esto lo ejecutó el embajador de España en París el 28 de enero, entregándola de parte del Rey Católico al cardenal y a los embajadores de Inglaterra y de Holanda, diciendo *que estando Su Majestad firme en su real y última resolución de no permitir mayores dilaciones, en su consecuencia tenía orden absoluta de mantenerse en aquella corte para esperar solamente la respuesta definitiva*.

El cardenal de Fleury, que no tenía el menor indicio del concierto que reinaba entre las cortes de Sevilla y Londres, se quedó tan sorprendido como picado de esta declaración, y no dudando fuese a él principalmente a quien España atribuía el sin ningún efecto del tratado de Sevilla, se quejó al marqués de Castelar de la sinrazón o poca justicia que se hacía a su buena fe, y de que al tiempo en que Sus Majestades Católicas no podían ignorar las instancias hechas por el conde de Broglio y por el marqués de Fenelon a la Inglaterra y a los Estados Generales para obligar al Emperador, juntamente con la Francia, a consentir a la introducción de las tropas españolas en Italia, se confundiesen, sin embargo, las buenas intenciones de Su Majestad Cristianísima con la indiferencia, que habían manifestado las potencias marítimas. Éstas, por su parte, para mejor mantener la ilusión, afectando la misma admiración que el cardenal en la declaración del Rey Católico, y para mostrar que no había razón de imputarles el haber siempre eludido el cumplimiento de sus empeños con la España, hacían ver que sus escuadras combinadas esperaron inútilmente casi todo el verano a que la Francia se resolviese a algo y terminase la vacilante situación que manifestó en cuanto propuso.

Sabiendo ya el marqués de Castelar a lo que debía atenerse sobre las verdaderas intenciones de los Reyes, afectaba escuchar con indiferencia estas explicaciones de los aliados y encontrar solamente en los cargos que se hacían unos a otros la entera justificación del partido que su corte había tomado en dispensarse de observar sola un Tratado que las demás potencias que lo habían firmado interpretaban por más de un año a su fantasía. Por otra parte, este ministro, que invigilaba con el mayor cuidado en ocultar al cardenal de Fleury la negociación entablada, entre los reyes Católico y Británico, no dejaba asomo de parcialidad alguna a favor de las potencias marítimas, y no parecía darlas más esperanza que al cardenal, de que la reina de España mudase de dictamen, mientras se dilatase la ejecución de lo que habían prometido solemnemente. En una coyuntura diferente, negarse a admitir temperamento alguno y la especie de ley que la España pretendía imponer a sus aliados, le hubiera sido acaso más perjudicial que útil; pero como se esperaba en Londres esta declaración que acababa de hacer el marqués de Castelar, su modo de explicarse sobre este artículo no causó sorpresa alguna ni ocasionó la más mínima alteración en los fondos públicos.

Indiferencia tan grande de parte del Ministerio y de la nación británica acerca de la resolución de España, debía, al parecer, causar alguna sospecha al cardenal de Fleury, despertando su sobrada confianza sobre lo que se tramaba entre las cortes de Viena, Sevilla y Londres; pero no fue así. Prevenido este primer ministro de su habilidad, y de que no se podía llegar a concluir cosa alguna, a menos de interponer sus buenos oficios, y que la España no estaba con menos disgusto de la Inglaterra que de él, se persuadió que el paso del marqués de Castelar no conduciría, por su precipitación, al Rey Católico, sino a

solicitar le sacase del embarazo en que su impaciencia le había metido. Esta opinión de Su Eminencia, conviniendo admirablemente con las ideas de los ministros del Emperador y de las potencias marítimas, ellos la fortificaron con sus discursos lisonjeros, manteniéndose la falsa apariencia hasta el instante en que el tratado entre el César y el rey Jorge la disipó, haciendo saber al cardenal que había sido engañado de sí mismo.

Mientras se tenían diarias consultas en la corte de Sevilla sobre el estado presente de los negocios, se recibió a principios de febrero la noticia de haber fallecido el duque de Parma -en 20 de enero-, Antonio Farnesio, tío de la reina de España: lo que puso a esta corte en bastante agitación, y mucho más con el aviso de algunos correos posteriores, de que la Duquesa viuda quedaba en cinta; como asimismo de haber tomado posesión de los ducados de Parma y Plasencia las tropas imperiales. Al propio tiempo se esparcieron voces, no sólo en España sino también en Italia, de haber muerto el gran duque de Toscana, las que salieron inciertas, y sólo las produjo una enfermedad bastantemente grave, de la que convaleció luego.

Habíase declarado por el famoso tratado de la Cuádruple Alianza los Estados de aquel príncipe feudos del Imperio, y en virtud de esta declaración, el conde Borromeo, plenipotenciario del César en Italia, envió al conde de Stampa para atender a la conservación de los derechos de Su Majestad Imperial. Habiendo notificado este general -al otro día de la muerte del duque de Parma- a la Duquesa viuda que tenía orden del Emperador de ofrecerla los socorros que juzgase necesarios para mantener la tranquilidad en sus Estados, hizo entrar -no obstante haberle respondido esta princesa que agradecía los cuidados de Su Majestad Imperial, pero que no tenía enemigo alguno-, el 25 de enero, en Parma, dos mil infantes alemanes, con quinientos caballos, que incontinente se apoderaron de las puertas de la ciudad, del castillo y demás puestos principales; pusiéronse también mil quinientos hombres de las mismas tropas de guarnición en Plasencia.

Dando aviso el general Stampa del arribo de estas tropas a la Regencia que el difunto Duque había establecido por su testamento, este general prometió no estarían a cargo del país, y que ni él ni otro ministro alguno del César se mezclaría en los negocios civiles o políticos, cuya dirección quedaría enteramente a la Regencia.

Conviene decir, antes de pasar adelante, cómo el Pontífice se había anticipado ya a las tropas imperiales, pretendiendo Su Santidad ser dependientes aquellos Estados inmediatamente de la Santa Sede, como feudos de la Iglesia; pero el general alemán hizo entender a monseñor Oddi, comisario apostólico y residente en Parma, que sus órdenes eran de tomar posesión de este ducado para el serenísimo infante don Carlos, a cuya declaración se retiró, y entrando el conde Stampa en ambos ducados, mandó enarbolar las armas del Emperador, bajo las cuales se leía en gruesos caracteres: *Sub auspiciis nostris nomine principis Caroli Heredis, dummodo non armatus, sed pacificus veniant, salvo jure ventris proegnantis vixit masculus.*

Informado el Papa de lo ocurrido en Parma, hizo llamar a pública audiencia al cardenal Cienfuegos, ministro del Emperador, declarándole *que, como Padre común, había resuelto tomar provisionalmente la regencia y protección de los ducados de Parma y Plasencia, hasta tanto que se ajustasen amigablemente las diferencias entre Sus*

Majestades Imperial y Católica, para volverlos después al que le perteneciesen, añadiendo que le manifestaba esta su intención como a ministro del César. No obstante, por si fuese o no admitida su declaración, escribió Su Santidad al Rey Cristianísimo, rogándole que, como hijo primogénito de la Iglesia, sostuviese los derechos de la Santa Sede tocante a aquellos ducados; y entretanto que se determinase este príncipe, celebró el día 20 de marzo un consistorio secreto, en el cual protestó solemnemente contra todo lo que se había estipulado, ya fuese en Sevilla o en Viena, o en cualquiera otra parte, perteneciente a los Estados de Parma y Plasencia, que pretendía reversibles a la Santa Sede, en caso de que la Duquesa viuda no tuviese sucesión masculina. Esto no embarazó al cardenal Bentivoglio, en la misma ciudad de Roma, de poner en secuestro, en nombre del infante don Carlos, todos los efectos y bienes alodiales que la Casa de Farnesio -extinguida en el difunto Duque- tenía en aquella capital.

Sabido por el Emperador lo sucedido en Roma, se sospechó que las ideas del Santo Padre se enderezaban a hacer recaer en algún modo los ducados de Parma y Plasencia en la Casa Corsini, como por otro Pontífice los había logrado la Casa Farnesio. Irritado el ánimo del César con este motivo, despachó inmediatamente al cardenal Cienfuegos una orden para que declarase el Papa *que Su Majestad Imperial le rogaba no se cansase en adelante en los negocios generales, una vez que sus paternales deseos no habían producido efecto alguno; antes bien, su mediación, en lugar de haber efectuado el ajuste entre las cortes de Viena y Madrid, le había más aprisa retardado*. Sobre esto, habiendo pedido el nuncio Grimaldi audiencia al César para comunicarle un breve de Su Santidad, Su Majestad Imperial se negó a admitirlo, diciendo *que no tenía qué añadir a la declaración hecha por el cardenal Cienfuegos a Su Beatitud*, conque fue preciso al nuncio volver intacto a Roma el expresado breve.

La corte de España no pareció en modo alguno alterada de la oficiosa diligencia de la de Viena en sostener los derechos del infante don Carlos. Sospechóse del Emperador que se servía de este pretexto para apoderarse de los Estados de Parma, y que lo que se publicaba del preñado de la Duquesa viuda no se dirigía sino a favorecer este designio. Poco tiempo era menester para disipar las dudas sobre este artículo; pero, bien se percibía en Sevilla que para obligar al César a que retirase sus tropas de las plazas que ocupaban, en una coyuntura en que tenía un ejército tan considerable en Italia, ya no podía ser sino el fruto de una negociación, y los buenos oficios del Rey británico. Por la misma razón se procuró hacerlos eficaces, y este Monarca, que ya los había ofrecido, se determinó con tanto más gusto a abrazar los intereses de Sus Majestades Católicas, cuanto con la ejecución del proyecto que se había formado acerca de esto, llegaba de una vez a prevenir una estrecha unión entre la Francia y España; a obtener de ésta nuevas ventajas para el comercio de sus súbditos, y a renovar con el Emperador su antigua inteligencia, que les era igualmente necesaria; en una palabra, adquirir la gloria de fijar el estado incierto en que estaba la Europa desde la signatura de los preliminares.

No pudiendo semejante designio dejar de excitar celos luego que se advirtiese, para evitar se malograse, el rey Jorge tuvo la advertencia en la arenga que hizo en la apertura de su Parlamento el 7 de febrero de no decir cosa alguna que tuviese conexión con él; al contrario, no expuso a esta Junta sino la obligación en que verisímilmente se vería presto de concertar con sus aliados las medidas que sería preciso tomar para cumplir con los

empeños estipulados por el tratado de Sevilla, fundado en la confianza que en este caso las dos Cámaras le darían nuevas señales de su celo y afecto.

Con lo que se tramaba en Viena y Sevilla, no pareciendo, mediante precaución tan prudente, sino la continuación de las tentativas que se hacían más de un año había, para conciliar los intereses de ambas cortes, se logró con menos trabajo superar las dificultades que estorbaban la nueva negociación, que debía producir este feliz efecto. En fin, después de varias conferencias entre el señor Robinson y los ministros del César, se terminó por un tratado que se firmó en Viena a 16 de marzo entre Sus Majestades Imperial y Británica, en el que se comprendieron también los Estados Generales como parte principal contratante. Para empeñarlos a tomar esta cualidad, los dos Monarcas tuvieron la atención de reglar lo que concernía a su disputa con el César, tocante al negocio de Oostfrisia, que el inútil Congreso de Soissons no había hecho más que enredar.

Fácil es discurrir el disgusto que interiormente sentiría el cardenal de Fleury en haberse ejecutado este Tratado sin ser partícipe, mientras pretendía no poderse terminar cosa alguna sin su concurrencia. Esta opinión de sí mismo, en el caso presente no era lisonjera; pero siendo ya esta mortificación inevitable, tomó el prudente partido de disimular y no mostrarse sensible sino en lo que interesaba al bien público. Cuando se le comunicó el expresado Tratado, respondió *que no habiendo jamás tenido otra intención que la de conservar la paz de que gozaba Europa, y procurar una satisfacción conveniente a los aliados de la Francia, veía gustoso un suceso que se dirigía a este fin; y luego que los aliados fuesen contentos, lo estaría también por su parte; añadiendo que si antes hubiese sido informado de la negociación que se acababa de concluir, hubiera contribuido a ella con todo su poder*.

No obstante la indiferencia con que afectaba el cardenal mirar al tratado de Viena, se le acumuló haber hecho componer y esparcir en el público varios papeles para desacreditarle, motejar a la Inglaterra de mala fe e inspirar a los Estados Generales desconfianza contra esta Corona, a fin de que no tomasen parte en dicho tratado. Este modo indirecto de exponer a la censura una obra de que no se atrevía a mostrarse ofendido, no sirvió sino para dar cebo a las conversaciones de los políticos, mirándose los referidos papeles como producciones de algunos franceses.

* * *

Mientras se servía el cardenal de todas las salidas que su genio fértil en expedientes le sugería, para estorbar las solicitaciones del conde de Sintzendorff, ministro del César en Holanda, donde mantenía gran número de parciales, se recibió en Sevilla a principios de abril, por un correo despachado por el marqués de Castelar, la noticia de haberse firmado el tratado de Viena. La conclusión de una negociación tan importante para Sus Majestades Católicas, les sirvió de gran gusto; y la introducción de las tropas españolas en Italia, que hasta entonces había encontrado por parte del César obstáculos que no se

esperaban vencer, hallándose reglada con satisfacción del rey y reina de España, atrajo grandes elogios al de Inglaterra, sobre su fidelidad en ejecutar lo que había prometido acerca de este tan deseado suceso.

El cardenal, que preveía el crédito que semejante servicio daría en España a este Monarca, puso todo su cuidado para impedirlo; pero ya no era tiempo. Acabábase de experimentar la utilidad de los buenos oficios del rey Jorge, y no se tenía cosa igual del cardenal. El conde de Rottembourg, a quien Su Eminencia había encargado el modo de descubrir y estorbar las misteriosas relaciones de la corte de España con Inglaterra y había llegado de segunda embajada a Sevilla el 13 de enero con orden de emprender con proposiciones, representaciones e instancias el apartar a los Reyes Católicos de prestarse a las medidas tomadas por Su Majestad británica, hacía muy pocos progresos en su solicitud, pues se ocuparon únicamente en conducir y acelerar la ejecución de ellas. En consecuencia de esta resolución, el Rey y la Reina mandaron al duque de Liria, que -como ya se ha dicho- volviendo de la corte de Rusia se hallaba entonces en Viena, se quedase allí con el carácter de ministro plenipotenciario y trabajase de acuerdo con el señor Robinson, que lo era de Inglaterra, para poner la última mano a la obra, que ya estaba tan adelantada.

No pudiendo este designio tener lugar, sin revocar ante todas cosas la declaración dada el 28 de enero por el marqués de Castelar, se dispuso una nueva que restablecía lo que la primera había anulado; sin embargo, con la condición expresa que en el término de cinco meses, a más tardar, el rey de Inglaterra pondría al infante don Carlos en la posesión actual de los Estados que le eran destinados en Italia. Esta precaución pareció necesaria para remediar eficazmente a todas las variaciones y dilaciones que se habían experimentado hasta entonces sobre este artículo, y que se estaba en la firme resolución de no tolerar más. Habiéndose comunicado y entregado esta segunda declaración al señor Keene para que la enviase a su corte, fue aprobada, y en los primeros días de junio este ministro recibió orden de firmarla, juntamente con los ministros del Rey Católico. Esto ejecutaron el 6 del mismo mes.

Entre tanto que se trabajaba con el mayor sigilo para conducir las cosas a este fin, en Parma pasaba por cierto el preñado de la duquesa Enriqueta viuda; por la misma razón pretendía el Consejo de Regencia que nada se innovase hasta que el éxito demostrase si la sucesión era masculina o no; pero como no faltaban sujetos que lo dudaban, se hicieron venir cinco comadres de varios países para registrar a Su Alteza, lo que se ejecutó el día 29 de mayo con las acostumbradas formalidades, en presencia de los médicos de la corte, del doctor Forti, de Módena, y del cirujano Cusardi. Las mujeres, de común acuerdo, testificaron con juramento que Su Alteza Serenísima estaba en cinta y muy próxima al parto.

A la vista de esta declaración, se dio inmediatamente cuenta al general Stampa y a los ministros de España, que estaban en la antecámara del Palacio ducal; de todo esto se hizo instrumento por mano de escribano, para remitir a las cortes interesadas; pero la de Sevilla no creyó cosa alguna, diciendo que el dicho preñado era quimérico, inventado y sostenido únicamente de los enemigos de España, en perjuicio del infante don Carlos. Fundamento había para creerlo, supuesto que la opinión salió cierta; pero es de admirar que la duquesa Dorotea, primera viuda de Parma, madre de la Reina Católica, y en cuya

presencia se hizo el examen, se dejase ella misma sorprender y diese más crédito a las comadres que a los médicos, llevada, sin duda, de la experiencia y práctica de aquéllas, cuya ignorancia no tardó en manifestarse. En fin, todo esto influía muy poco en los negocios de que se trataba en Viena, adonde encontraron una aceptación cual no se esperaba.

Con este motivo, aumentándose cada día la unión y confianza entre las dos Cortes de Sevilla y Londres, importaba también establecerlas entre aquella y la imperial. Es verdad que el consentimiento del César para la introducción de las tropas españolas en las plazas de Toscana y Parma superaba el principal obstáculo que se oponía a este designio; pero como quedaba, no obstante esto, alguna tibieza, pudiéndose decir no estaban aún Sus Majestades Imperial y Católica perfectamente reconciliadas, el rey de Inglaterra se interpuso para reunirlas y hacer que reinase una buena inteligencia entre los dos Monarcas. Las disposiciones en que se estaba de una y otra parte contribuyendo al suceso de este proyecto, el duque de Liria y el señor Robinson trabajaron de acuerdo con los ministros del Emperador en un nuevo tratado, que fue firmado en Viena a 22 de junio, y en el cual intervino también España. Esta obra selló la conclusión a las disposiciones u orden que se había inútilmente tomado antes por el tratado de la Cuádruple Alianza y después por el de Sevilla, para asegurar al serenísimo infante don Carlos la posesión de los Estados que se le destinaban, renovando con este motivo entre el César y el Rey Católico la inteligencia y buena armonía que el tratado de Sevilla había totalmente apagado; aunque estuvo para turbarse poco después, por haberse practicado una convención de familia, que la corte de España juzgó a propósito de acordar con el gran duque de Toscana, para mejor asegurar el cumplimiento de sus designios.

No ignoraban los Reyes Católicos la extrema repugnancia que el Gran Duque tenía en admitir un heredero, y despojarse del derecho propio a todos los hombres de disponer de todo lo que les pertenece. Sabían, igualmente, lo que había pasado acerca de esto, desde el tratado de Sevilla, entre el César y este príncipe, y las esperanzas dadas por aquél a éste para conservarle la libertad de elegirse un sucesor; pero no era tiempo de combatirlas, mientras los aliados de Sevilla no se ocupaban sino en los medios de eludir la ejecución de sus empeños, y que el César mantenía un poderoso ejército en Italia, porque entonces las amenazas hubieran producido tan pocos efectos como las promesas sobre el ánimo del Gran Duque. Habiendo el nuevo tratado de Viena mudado las cosas de semblante, privando a este príncipe de la protección que le había prometido el Emperador, y, por consiguiente, no teniendo Su Alteza Real ningún otro partido que el de someterse a la ley que se le quería imponer, los Reyes Católicos juzgaron deber aprovecharse de esta coyuntura y dar aún nuevo grado de fuerza y solidez a las medidas que habían tomado para asegurar mejor la posesión de los Estados de Toscana al infante don Carlos, determinando al Gran Duque y a la Electriz, su hermana, a consentir en un tratado que acabase también de separar los intereses de este príncipe de los del Emperador.

El padre Salvador Ascanio, ministro de España en Florencia, fue encargado de dirigir esta negociación; y, conforme a las órdenes que recibió, ofreció al Gran Duque y a la princesa su hermana, condiciones; las cuales, en atención a la triste situación a que estaban reducidos, parecían bastantemente ventajosas y debían estimularlos a su aceptación. El

objeto de la corte de España en este tratado no podía verisímilmente ser agradable a Sus Altezas Real y Electoral, respecto de que no se dirigía sino a dejarles una simple apariencia de soberanía; pero concurriendo ya las principales potencias de la Europa al cumplimiento de los designios de Sus Majestades Católicas, hubiera sido tan imprudente como inútil el procurar estorbarlos. El Gran Duque consintió, pues, a todo lo que el padre Ascanio le propuso; y sus ministros dispusieron y firmaron con este religioso una convención entre Su Alteza Real y el rey de España, la cual acababa de poner a este príncipe en la dependencia del sucesor, que por dicho acto se le hacía decir había elegido.

Esta convención o tratado, que lo fue de familia, se componía de tres artículos, que insertaremos aquí compendiosamente, por no conducir su asunto a los demás generales que se colocarán al final de esta obra.

I. Que deseando la Real Casa de Médicis una perpetua amistad con la Real Familia de la Monarquía de España, el Gran Duque y su serenísima hermana, Electriz Palatina, convienen que, en falta de sucesión varonil, sea el real infante de España don Carlos sucesor suyo, y en falta de éste y sus sucesores, sean sus hermanos, hijos de la Reina Católica.

II. Sus Altezas Reales quieren que por el reglamento de la sucesión de la soberanía y Estados, se comunique esta convención al Senado.

III. Que Su Majestad Católica ofrece, en nombre del real infante, que se mantendrán todos los fondos y derechos públicos como al presente se hallan.

IV. Promete igualmente el Rey Católico que se mantendrá lo establecido por el gobierno económico de la ciudad de Florencia y demás villas y lugares, confiriendo solamente a los naturales los empleos civiles y políticos, los obispados y beneficios eclesiásticos.

V. Gozarán los súbditos de la Toscana del comercio con España en la misma conformidad que se practicará con la nación más amiga.

VI. Que mientras viviere el Gran Duque se mantendrá Su Alteza con el mismo poder y soberanía, y que el Rey Católico tratará en su corte a sus ministros del mismo modo que antes y como se practicaba con los del duque de Saboya antes que fuese reconocido por rey de Cerdeña.

VII. Que todos los bienes, muebles y raíces, y los patronatos de la Casa del Gran Duque, quedarán por el infante y sus sucesores.

VIII. Que todos los bienes, muebles y raíces, de cualquier precio y valor, que pertenecieren a Su Alteza Real, y asimismo por la herencia de las duquesas de Toscana, Victoria de Urbino y Margarita de Francia, su madre y abuela, sean para el infante después de la muerte del Gran Duque.

IX. Éste se obliga a ceder, como cede todo lo que posee y pueda poseer, expresado y no expresado, a favor del infante y sus sucesores.

X. Que el Rey Católico promete por el referido infante y sus sucesores, que la serenísima Electriz, todo el tiempo que sobreviviere al Gran Duque, goce el título de gran duquesa de Toscana.

XI. Que en faltando el Gran Duque, y estando ausente el infante, la serenísima Electriz deba y pueda tomar el título de Regente en nombre del infante, entonces Gran Duque, y que tendrá la administración y gobierno con el título de Regente, Tutora o Gobernadora, hasta que este príncipe cumpla la edad de dieciocho años.

XII. Que siendo el serenísimo infante Gran Duque en su mayor edad, deba admitir a la señora Electriz en los Consejos de Estado, Gracia y Justicia, conferencias de empleos y dignidades, quedándose con la superintendencia de las Leyes de la Academia de Pisa.

XIII. Que por parte de los serenísimos contratantes se convidará al César, a los reyes Cristianísimo y Británico, igualmente que a los Estados Generales, para que sean garantes de este Tratado, el cual se deberá ratificar en el término de tres meses.

Habiendo pasado todo esto a tiempo que se trabajaba en Viena para el segundo Tratado, en el cual debía entrar el Rey Católico, sucedió que la convención entre este Monarca y el Gran Duque fue firmada tres días después del Tratado y sin la menor noticia del Emperador; pero informado de este suceso por el conde Caymo, su ministro en Florencia, se dio por muy sentido; y no pareciéndole al César, en manera alguna, semejante tratado combinable con el que venía de concluirse, sus ministros se quejaron al duque de Liria y al señor Robinson, acompañando sus quejas con ciertas notas por escrito, que servían a probar la justicia de ellas. El Rey Católico, cuya mente no había sido perjudicar a los derechos del Emperador, ni menos alterar la buena armonía que se iba estableciendo entre las dos cortes, no tuvo pena de satisfacer al César, disponiendo una declaración conforme a lo que quería, y con ella se sosegó este príncipe.

En cuanto al Gran Duque, los ministros imperiales se explicaron sobre este asunto de un modo fuerte con el marqués Bartolomé, su enviado en Viena, remitiéndole copia de las notas que se habían entregado al duque de Liria, y manifestó cuán sentido y sorprendido estaba el Emperador que Su Alteza Real hubiese dispuesto de sus Estados, como de su patrimonio, sin hacer mención alguna de su feudo y dependencia del Imperio; añadiendo también que el César no podía mirar semejante acto sino como nulo, por cuanto se esperaba lo retractaría el Gran Duque. En la sensible circunstancia que este príncipe se hallaba de verse obligado a contemplar igualmente al Emperador como al rey de España, siguió el ejemplo de ésta, y accediendo al tratado de Viena, concluido con esta Corona, declaró, como ella, en su acto de accesión, que por la convención hecha en Florencia no había tenido designio de perjudicar a los derechos de ningún príncipe, y el Emperador se dio por satisfecho de esta explicación.

Restablecida ya la buena inteligencia entre estos dos príncipes, asegurada la introducción de las tropas españolas en Italia y consintiendo el Gran Duque a reconocer y declarar al serenísimo infante don Carlos su sucesor, como ya lo había ejecutado por la convención arriba expresada, no era menester más que nombrar tutores a este príncipe. Habiendo el tratado de la Cuádruple Alianza arreglado que el Rey su padre no podía serlo -porque no se derogó a este Tratado en cosa alguna, a excepción del artículo V-, en caso de que el

infante tomase posesión -antes que fuese mayor- de los Estados que le eran destinados; como importaba, pues, elegirlos, y había de ser de común acuerdo, el Emperador, a quien este derecho pertenecía, para dar al rey y reina de España una nueva señal de la sincera intención en que estaba de cultivar su amistad y vivir en adelante con estos príncipes en la mejor correspondencia, quiso consultarlos sobre esta elección; y con aprobación suya se nombraron por tutores del infante su hijo al gran duque de Toscana y a la duquesa Dorotea, primera viuda de Parma, madre de la Reina Católica y abuela de don Carlos.

Después de todo lo referido, parecía que nada en lo sucesivo podía alterar la buena correspondencia que acababa de renovarse entre la corte imperial y la católica, según daban a entender una y otra; pero los límites que aquélla creía deber oponer a los vastos proyectos de ésta, conforme se fue reconociendo poco a poco, dejaron subsistir entre ellas demasiada desconfianza para que su unión fuese permanente. Por tanto, se percibió en el año siguiente que ésta se iba disminuyendo y debilitando cada día, y las quejas que se acumulaban de ambas partes formaban una tempestad que, por último, reventó como se esperaba en un rompimiento abierto, el cual colocó al serenísimo infante en los reinos de Nápoles y Sicilia, como se dirá en su lugar.

Cuando el conde Caymo participó al Gran Duque que el César le había nombrado por tutor del infante don Carlos, este ministro ponderó mucho la atención de Su Majestad Imperial en conservar los derechos de la soberanía del Gran Duque, pero este príncipe, a quien se acababa de vituperar el uso que había creído poder hacer de ella, y que se acordaba muy bien que el mismo conde Caymo le había dicho poco antes que en ningún tiempo sería el infante de España su sucesor, y que siempre se le dejaría la libertad de elegir aquél que fuese más de su agrado, respondió con tono algo irónico a este ministro: *Benissimo, benissimo, signor conte, Sua Maestá Cesarea m'hà dato un pupilo, sotto il giogo del quale ella m'hà messo.*

* * *

Terminadas ya con entera satisfacción de España las diferencias que retardaban la introducción del serenísimo infante en Italia, los ingleses aprontaron inmediatamente para el Mediterráneo una escuadra de dieciséis bajeles, bajo el mando del caballero Carlos Wager, el cual llegó a Cádiz el 23 de agosto, para unirse con la española, compuesta de veinticinco navíos de guerra, siete galeras y gran número de embarcaciones de transporte. Desde Cádiz pasó dicho almirante inglés a Sevilla, donde estableció con los ministros de la corte cuanto pertenecía a la futura expedición. Vuelto a su escuadra, se hizo a la vela, dirigiendo el rumbo a Barcelona, en cuya bahía -llegó el 14 de septiembre- esperó algún tiempo para que se le juntase la armada española, que ya había salido de los diversos puertos de la Monarquía, mandada por el marqués don Esteban Mari, y las galeras de don Miguel Regio.

Entonces ya se había desvanecido el quimérico preñado de la duquesa Enriqueta de Este, viuda del último duque de Parma. Habiéndose juntado todos los ministros extranjeros en el Palacio ducal el día 13 de septiembre, el gran chanciller les comunicó el proceso verbal de la nulidad del referido preñado, según lo atestado por los médicos y comadres, que los diputados de ambos ducados quisieron se examinase exactamente. El día siguiente, el conde Stampa, general de las tropas cesáreas, tomó posesión de ellos en nombre del

serenísimo infante don Carlos, con las ceremonias y etiquetas que suelen acostumbrarse en semejantes ocasiones, confirmando en sus empleos a todos los ministros y haciendo jurasen fidelidad al mismo infante, debiendo recibirle como Soberano a su arribo. La duquesa Enriqueta, que hasta entonces había sido el objeto de los discursos políticos en toda la Europa, salió de Parma para retirarse a Módena, su Casa paternal.

Monseñor Oddi, que siempre se mantenía en Parma con secretas instrucciones de la corte romana, la cual no había desamparado sus pretensiones, mandó fijar en todos los parajes públicos una nueva protesta, declarando en nombre de Su Santidad: *Que habiéndose extinguido la Casa Farnesio en la muerte del duque Antonio, aquel feudo era reversible a la Santa Sede, y, por consiguiente, debía hacerle el juramento de fidelidad y pagarla las públicas contribuciones*.

El conde Stampa, que igualmente había recibido sus instrucciones del Ministerio de Viena y de Sevilla, porque estas dos cortes presumían lo que había de suceder y no ignoraban las diligencias hechas por el Papa para empeñar al Rey Cristianísimo a serle favorable en esta pretensión; el conde Stampa, pues, hizo insinuar al prelado desistiese luego de semejantes pasos, porque de otra suerte daría orden para que, en nombre del serenísimo infante, se tomase posesión de los Estados de Castro y Ronciglione.

Bien conocía el Pontífice que el Emperador no había de sobreseer en el empeño; por tanto, había solicitado nuevamente al Rey Cristianísimo, a fin de que, imitando el glorioso celo de sus ilustres predecesores, protegiese a la Santa Sede en este negocio que tanto le daba que sentir; pero se respondió resueltamente al nuncio de Su Santidad *que, como el directo dominio de aquellos Estados pertenecía al César, no podía en ningún caso la corte romana darse por perjudicada de cuanto en este asunto había determinado la de Viena*. No habiendo, pues, más recurso, ni a quién apelar, se aquietó por entonces el Santo Padre, juzgando prudentemente era preciso ceder al tiempo, y, por tanto, mandó suspender las protestas; porque supo que el Rey Católico había elegido por caballerizo mayor del real infante Duque al príncipe Corsini, uno de los sobrinos de Su Beatitud. Este tan acertado paso de Su Majestad dulcificó el ánimo del Papa, quien resolvió desde luego reconocer al infante por legítimo duque de Parma y Plasencia, y aún mandó se estableciese en una congregación de cardenales el ceremonial que se debía observar con Su Alteza Real. El de Bentivoglio tomó inmediatamente la actual posesión de todos los bienes alodiales de la Casa Farnesio, existentes en Roma, que algunos meses antes habían sido puestos en secuestro.

Sabido en España cuanto había ocurrido en Parma y Plasencia a favor del infante, se resolvieron Sus Majestades a nombrar los que debían formar la corte de este príncipe. El de Corsini, como queda dicho más arriba, fue declarado caballerizo mayor; al conde de Sancti-Esteban del Puerto, hoy duque, ayo de Su Alteza, como también plenipotenciario de los Reyes Católicos en Italia; al duque de Tursis, sumiller de corps; a don Lelio Carraffa, capitán de las guardias de corps; al duque de Arión, gentilhombre de cámara, y a don José Miranda (hermano del marqués de Valdecarzana), hoy duque de su apellido, sin contar otros muchos, que sería prolijo referir. Debiendo el infante hacer su viaje por tierra hasta Antibo, en donde había de embarcarse a bordo de las galeras que allí esperaban a Su Alteza, y pasar por mar a Liorna, el embajador de España en Francia (el marqués de Castelar) recibió la orden de pedir al Rey Cristianísimo el paso para el

expresado infante por las provincias del Rosellón, Lenguadoc y Provenza. Este Monarca no sólo concedió cuanto se pedía en este asunto, sino que también dio órdenes expresas a todos los gobernadores y regidores de las ciudades por donde transitara este príncipe para que se le hiciesen los mismos honores que al Delfín, y entretanto se nombró al caballero de Orleáns, gran prior y general de las galeras de Francia, para que fuese a recibir a Su Alteza y cumplimentarle de su parte, luego que se entrase en el reino, entregándole una espada de oro guarnecida de diamantes.

Desde el día 16 de septiembre ya había escrito el Rey Católico al César una carta en que le decía, entre otras cosas, *que Su Majestad enviaba a Italia al infante su hijo, abandonándole a su cuidado y poniéndole enteramente a la custodia imperial, contentándose con que Su Majestad Cesárea le diese la tutela que juzgase más a propósito*. Esta carta fue de gran gusto para el Emperador, y se protocolizó inmediatamente en los Archivos del Imperio, cuyos miembros, con el jefe, dispusieron un reglamento por el cual se constituía, como ya se ha expresado, por tutora del infante Duque a la duquesa viuda Dorotea, y por tutor se le adjudicó al gran duque Juan Gastón, de Toscana

No salió el serenísimo infante de Sevilla hasta el día 20 de octubre. Todos los grandes y ministros extranjeros fueron la mañana de este día a desearle feliz viaje. Al tiempo de la despedida, la Reina, su madre, le regaló una sortija con un diamante de excesivo grandor. También le regalaron los príncipes de Asturias y el infante don Felipe, sus hermanos, quienes le acompañaron hasta tres leguas de Sevilla, y muchos señores quisieron tener la honra de acompañar a Su Alteza hasta Carmona. El Rey le dio una compañía de cien guardias de corps, mandada por su capitán don Lelio Carraffa.

El 17 del mismo ya había salido de Barcelona la flota combinada de España e Inglaterra para Liorna, llevando a su bordo siete mil cuatrocientos y ochenta y tres hombres de desembarco, así de infantería como de caballería, a las órdenes del conde de Charny, general de estas tropas; y en diez días de navegación se halló delante de este puerto. La escuadra inglesa venía mandada, como queda referido, por el caballero Carlos Wager, y la española por el marqués don Esteban Mari. A su arribo, en lugar de saludarlos la ciudad con once cañonazos a cada uno, según se practica con los almirantes de las Coronas, lo fueron con veintidós de una vez, por no ocasionar disensiones sobre la precedencia, según antes se había convenido. Los respectivos comandantes correspondieron al saludo, disparando once tiros cada uno, pero ambos a un tiempo; y en aquel mismo día pusieron el pie en tierra los tres generales: Mari, Wager y Charny. Ejecutada esta diligencia, luego al punto pasaron estos oficiales al castillo, donde juntamente con el padre Ascanio y el señor Colman, ministros plenipotenciarios, aquél de España y éste de Inglaterra, a quienes se juntó el marqués Rinuccini, ministro del Gran Duque, concertaron el modo de la repartición de los seis mil españoles en las plazas del Gran Ducado, conviniendo en el reglamento siguiente, el cual contenía seis artículos, que decían en sustancia:

I. Que las tropas españolas, que se introducirían en las plazas de Toscana, serían pagadas y mantenidas en un todo por Su Majestad Católica.

II. Que dos batallones y trescientos dragones entrarían en Pisa, dos en Puerto Ferrayo y los demás, con sesenta o setenta dragones, en Liorna, y en los lugares señalados por ahora, hasta nueva disposición.

III. Que el conde de Charny tendría el mando superior en lo militar; que las tropas españolas con las del Gran Duque, harían el servicio con los respectivos oficiales de una y otra parte, de igual grado, y que la guarnición sería las dos terceras partes de españoles y la otra de toscanos, cuidando el conde de Charny de distribuirlos en los puestos, sin que pueda meterse en el gobierno civil ni económico, reservándose éste al gobernador de Liorna, a quien se deberá dar la asistencia y tropa que necesitare, y los oficiales tomarán sus órdenes.

IV. Que las galeras del Gran Duque queden en todo y por todo bajo el mando inmediato de Su Alteza Real, del mismo modo que las tropas toscanas, a excepción de aquellas de la guarnición de Liorna, que nunca podrán exceder de una tercera parte.

V. Que las salvas serán según el estilo de la plaza, y que habiéndose de hacer alguna, sea de acuerdo con el conde de Charny y el gobernador, continuando éste en tener la guardia de tropas toscanas.

VI. Que sobre el mismo pie se regulen los oficiales y el gobernador de Puerto Ferrayo, en donde se hará puntualmente inventario de la artillería y demás pertrechos, pertenecientes tanto al Gran Duque como a los españoles, que habrán de tener doblados; que Su Alteza Real podrá sacar cualesquiera municiones suyas de dichas plazas, y que sus ministros tendrán las llaves, y que siempre que les faltaren a los españoles, puedan éstos tomarlos de los mismos almacenes a un precio razonable.

Aprobado este reglamento por el Gran Duque, el conde de Charny pasó inmediatamente a Florencia, para abocarse con Su Alteza Real; y en consecuencia de las órdenes del Rey despachadas por don José Patiño, el día primero de noviembre prestó juramento de fidelidad a este príncipe, como general de las tropas españolas, en los términos siguientes:

Yo, Manuel de Orleáns, conde de Charny, juro, prometo y me obligo por mí y por los oficiales y soldados de Su Majestad Católica, que observaré inviolablemente y con la más religiosa fidelidad y obediencia las órdenes del serenísimo señor Juan Gastón, gran duque de Toscana; que cada uno de nosotros, entrando en el servicio de Su Alteza Real, se empleará en defender su persona y soberanía, sus Estados, bienes, súbditos y todo lo que pueda pertenecerle, como no se origine cosa alguna en contrario a la inmediata sucesión del serenísimo príncipe infante don Carlos, a quienes debemos defender y sostener de común acuerdo con las fuerzas de Toscana. Prometemos no pueda hacerse cosa alguna que impida ni retarde la ejecución de los gobernadores y ministros de Su Alteza, conforme a lo reglado en este asunto; declarando a más de esto, que siempre estaremos prontos a darles la asistencia necesaria en cualesquiera ocasión que la pidan.

Establecido así todo, se empezó luego a desembarcar la tropa, que por entonces se colocó en estrechos cuarteles, y poco acomodados. Desembarcáronse asimismo sesenta y dos cajones llenos de moneda de plata y oro, para la paga de dicha tropa; y después de la

revista general que se hizo el 13 de noviembre, los soldados fueron distribuidos en los lugares que se les habían señalado; con lo que la flota combinada, después de haber ejecutado con felicidad su comisión, hizo vela el día 15 del propio mes para restituirse a Barcelona, desde donde la escuadra inglesa prosiguió su rumbo para Inglaterra, habiendo llegado felizmente a este reino a últimos diciembre.

Noticioso el Rey de la pronta introducción de las tropas en Toscana, entregó su retrato, guarnecido de diamantes brillantes, de valor de veinticinco mil pesos, al señor Keene, ministro de Su Majestad Británica en la corte de España, para que lo regalase en su nombre al almirante Wager, en consideración a los servicios que había hecho en la expedición de Italia al serenísimo infante. Así se concluyó esta ruidosa empresa, fruto de tantos Consejos y motivo de tan repetidos tratados, a satisfacción del Emperador y ventaja de la España, aunque con notable dispendio de esta Monarquía. Las tropas imperiales se pusieron en movimiento en toda la extensión de Italia para restituirse a Germania, las unas por el Tirol y las otras por el mar Adriático, pasando éstas a desembarcar en Trieste y Fiume.

La duquesa viuda Dorotea, que ya había recibido el diploma con que el Emperador la habilitaba para tomar posesión de los ducados de Parma y Plasencia en nombre del infante don Carlos, como abuela y tutora del mismo, dio las disposiciones necesarias para que se efectuara cuanto antes esta augusta ceremonia, a cuyo fin el César envió al cardenal Stampa, que quedó por ministro plenipotenciario de Su Majestad Imperial, orden de que sin dilación alguna hiciese salir las tropas cesáreas que estaban acuarteladas en los Estados de Parma, donde se empezó incontinente a hacer moneda con el cuño del infante Duque, para lo cual se remitieron desde Sevilla varios cajones llenos de oro y plata.

Entretanto proseguía el príncipe don Carlos su viaje, recibiendo en todas partes grandes demostraciones de júbilo, así en España como en Francia. Valencia y Barcelona se esmeraron particularmente en las fiestas que se celebraron por su arribo, expresando a Su Alteza la felicidad que veneraban en sí y la que deseaban a su Real persona en el viaje. Luego que pisó las tierras de Francia, el marqués de Caylus, comandante del Rosellón, y el intendente fueron a recibirle, y le acompañaron con los debidos obsequios hasta los términos de la provincia de su jurisdicción, practicando lo mismo los demás gobernadores hasta que llegó a Antibo, que fue el 22 de diciembre. Componíase la comitiva de este príncipe de más de quinientas personas. Dispuesto todo para el embarco, lo ejecutó Su Alteza el día siguiente en la capitana de las galeras de España, que le estaban esperando, juntamente con las del gran duque de Toscana y de la república de Génova. Habiéndose movido una furiosa borrasca en el mar, dividió la escuadra y obligó a cada uno de los pilotos a que tomase tierra en donde la violencia del viento se la ofrecía y lo permitía, pero ninguna de las galeras pereció, y al fin pudo llegar felizmente el infante Duque a Liorna el día 27 del dicho mes.

Desembarcando al anochecer, fue recibido con los honores debidos por el marqués Rinuccini, el conde de Charny y el marqués Caponi, éste gobernador de Liorna, como de otros muchos caballeros distinguidos, que al esplendor de infinitas hachas, le condujeron a la catedral, en donde le recibió el arzobispo de Pisa, que entonó el *Te Deum*, en acción de gracias por la pasada tormenta y por su feliz deseado arribo. Después de lo cual, pasó

a los cuartos que se le habían preparado en el Palacio ducal por diferentes arcos triunfales que los habitadores de esta ciudad habían formado, y entre otros, uno que los comerciantes ingleses habían dispuesto a sus expensas; detúvose Su Alteza allí hasta el fin de diciembre, con ánimo de pasar a Florencia a principios de enero, para verse con el Gran Duque; pero acometido de una fiebre ardiente, de que le resultaron viruelas, bien que benignas, no pudo efectuarlo hasta mucho después, como se dirá en su lugar.

Ya había llegado el infante a Liorna, cuando en su nombre se estaba haciendo en Parma la función de tomar posesión de aquellos ducados. Habiendo pasado la princesa Dorotea el día 29 de diciembre a la gran sala del Palacio ducal y, sentada bajo de un magnífico dosel, teniendo a su derecha al general Stampa, como plenipotenciario del Emperador, y a su izquierda al señor Zambeccari, asimismo plenipotenciario del Gran Duque, colgados bajo del dosel los retratos del César y del serenísimo infante Duque, un secretario imperial leyó inmediatamente el decreto del Emperador, y, concluida esta ceremonia, prestaron los diputados de ambos ducados el juramento de fidelidad sobre los Evangelios, teniendo entonces la princesa Dorotea un sable desnudo en la mano. Después, saliendo fuera de la ciudad, el general Stampa entregó a Su Alteza las llaves de ella, e hizo su entrada pública al estruendo del cañón y de la fusilería de la guarnición, que estaba sobre las armas. Las tropas imperiales cedieron sus puestos a las de la Casa Farnesio y se pusieron en marcha para Milán. Entonces regaló la princesa Dorotea al general Stampa el retrato del infante Duque guarnecido de diamantes.

La corte romana, que parecía haberse aquietado enteramente, renunciando sus derechos a estos Estados, los renovó en la declaración que monseñor Oddi publicó al otro día de haberse tomado posesión de ellos, y protestó en su Tribunal eclesiástico contra cuanto se había ejecutado en el antecedente en el Palacio ducal, declarándolo por no legítimo, abusivo y de ningún valor, en la forma siguiente:

PROTESTA DE MONSEÑOR ODDI,

COMISARIO APOSTÓLICO

Ha llegado a nuestros oídos que sobre una cierta investidura imperial moderna, tutores o procuradores del infante don Carlos -según ellos se llaman- han tomado posesión o más bien se han hecho dueños con usurpación el día 29 de este mes de los ducados de Parma y Plasencia, antiguos e incontrastables feudos de la Santa Sede; y aunque, como es notorio, nuestro Santo Padre Clemente XII haya declarado ya con sus letras en forma de Breve, como también por un Decreto del Consistorio secreto, que habiéndose extinguido la línea masculina de la Casa Farnesio, deben ser los referidos ducados por título de reversión plenamente devueltos a la Santa Sede, en virtud de la investidura dada a la misma Casa por sus predecesores, que quisieron fuese reservado a la Santa Sede el derecho de establecer, en semejante ocasión, lo que el consenso de los cardenales juzgase a propósito, por lo que mira a los intereses de la Iglesia y de los mismos ducados; de que habiendo yo sido plenamente informado, protesté en toda forma contra la proclamación del infante don Carlos como duque de Parma y de Plasencia, hecha por el ministro del Emperador, declarando miraba como nulo cuanto podía haberse

efectuado en perjuicio de la Santa Sede. A este efecto, y temiendo que mi persona en el país, en cualidad de comisario apostólico, no haga persuadir al mundo por mi silencio, que Su Santidad y la Santa Sede consienten a cuanto se ha ejecutado, como asimismo para cumplir exactamente con el deber de mi empleo y obedecer las precisas órdenes de Su Santidad y a las de los cardenales Jerónimo Grimaldi y Jorge Spínola, legados de Bolonia, y atendiendo principalmente a la declaración hecha por el Papa de que los expresados Estados son reversibles a la Santa Sede, protesto en nombre de la misma y de Clemente XII en la mejor forma que se pueda, contra la posesión tomada de los ducados de Parma y Plasencia en favor del infante don Carlos, por los que se dicen sus tutores o procuradores, en virtud y bajo del pretexto de una investidura eventual, dimanada del Emperador; declarando en este propósito todos los actos anteriores y subsiguientes a esta posesión o usurpación nulos, inválidos e injustos, destituidos de fuerza, sin derecho y abusivos, impugnándolos en esta ocasión como los impugno con las presentes, declarando a más de esto que todos aquellos, de cualesquier grado y cualidad que sean, que en virtud del acto de la investidura del Emperador gozaren los susodichos ducados y que en ellos ejercitaren en nombre del infante don Carlos alguna jurisdicción, que en virtud de tal título, querrán poseer, detener o presentar alguna cosa, sean juzgados no tener fundamento alguno, siendo todo nulo y abusivo, como yo lo declaro al presente, a fin de que nadie pueda alegar ignorancia. Dado en Parma el día 30 de diciembre de 1731.- Firmado, Jacobus Oddi.

Esta protesta del comisario apostólico, monseñor Oddi, no dejó de hacer alguna impresión en el pueblo, que siempre se para en la superficie de las cosas; pero como ella no estaba sostenida de las armas, no atrajo más consecuencia que la satisfacción de haberla hecho, creyéndose que con eso se mantenía en pie la pretensión para hacerla valer siempre que el caso se ofreciese. No habiendo, pues, producido efecto alguno, así feneció el año, con admiración de todos los políticos y aún de los mismos potentados de la Europa. Sin duda, el Rey británico hizo un gran servicio a la Cristiandad en conciliar las cortes de Viena y Sevilla, pues por él se consiguió el fin de tantas negociaciones sin efusión de sangre.

Año de 1732

Pacificada ya la Europa con la colocación del serenísimo infante don Carlos, parece que nada era capaz de alterar su quietud, cuando se recibió al principio de este año la impensada y extraña novedad de haber llegado el duque de Ripperdá a la Mauritania. Desde su huida del alcázar de Segovia se mantenía viviendo retirado en sus Estados en Holanda; su corta mansión en Inglaterra acredita la poca aceptación que encontró en aquel reino, y por libertarse de los continuos desaires que recibía en él, resolvió pasar a su país, donde se proponía mejor acogimiento. Saliéndole siniestra la esperanza, solicitó pasar a Francia; pero la estrecha unión de esta Corona con la de España siendo un obstáculo invencible, pensó en la de Rusia, cuya pretensión no tuvo mejor éxito. En fin, abandonado y reducido únicamente puede decirse al trato familiar de los queridos y fieles compañeros de su fuga, no tardó en formar proyectos de venganza, que le sugirió la altivez de su genio.

Residía a la sazón en La Haya un embajador del rey de Mequínez, con quien tomó el duque de Ripperdá conocimiento, y dejándose seducir con los halagos de la fortuna que le propuso el moro, lisonjeado sin duda el espíritu ambulativo de este infeliz ministro de poder ejecutar ciertos designios que meditaba, se determinó a pasar a África, y allí, arrastrado de su desesperación, abrazar el mahometismo. Habiéndose presentado al rey de Marruecos, le expuso los motivos que le habían inducido para abandonar el servicio de España, declarándole la resolución en que estaba de vivir en adelante, bajo la protección de tan digno Monarca. Este príncipe, que por fama conocía a Ripperdá, le recibió con señales de la mayor estimación, y poco después le estableció por uno de sus primeros ministros. Llegando estas noticias a la corte de Sevilla al principiar el año, no dieron poco en que entender a los Reyes Católicos, mayormente con la esparcida voz de que el duque, después de haber abrazado el mahometismo, para más bien cautivarse la benevolencia del príncipe moro, le había aconsejado despachase de improviso un cuerpo considerable de tropas a Ceuta, haciendo ver con diversas razones la facilidad con que se haría dueño de esta plaza, en la cual pretendía Ripperdá tener muchos adherentes.

De estas voces, que se publicaron, no se aprovechó la corte de España para disimular ciertos designios recónditos que la obligaban a hacer fuertes preparativos, así de navíos como de tropas, con el pretexto de que el rey de Marruecos quería seguir los perniciosos consejos del renegado Ripperdá, meditando la sorpresa de Ceuta. La flota española, que de regreso de Italia se mantenía aún armada en los puertos de la Monarquía, tuvo orden de proveerse de todo lo necesario para un viaje de cuatro meses, sin poderse penetrar a qué parte se dirigía; y aunque los ministros de las potencias extranjeras residentes en Sevilla, se dieron indecibles movimientos para indagarlo, solicitando saber para qué empresa estaba destinado el expresado armamento, jamás lo pudieron conseguir.

Entretanto que llegaba la estación propicia, para manifestar al mundo la pureza de las intenciones del Rey Católico, y hacer evidente la justicia con que procedía en todas sus acciones, mandó que sin dilación se pusiese en práctica lo acordado con la Inglaterra en el tratado de Sevilla. Habiéndose convenido en que se ventilarían y decidirían los puntos que en el artículo IV del tratado de Sevilla quedaron reservados, nombrándose para este efecto comisarios autorizados de una y otra parte, Su Majestad Católica nombró a don Francisco Manuel de Herrera, del Consejo de Guerra e Indias, a don Mateo Pablo Díaz, después marqués de Torre-Nueva, y a don José de la Quintana, ambos de este Consejo. El Rey británico, que al parecer se resistía, por prever las consecuencias de esta junta, se resolvió finalmente a ejecutar lo mismo (pero no fue hasta que hubo de saber cómo España había enviado cantidad de armas a Indias, cuya novedad le causó algún recelo), nombrando al señor Benjamín Keene, su ministro en esta corte, y a los señores Juan Godar y Arthur Stor, ambos miembros del Parlamento. Determinado el lugar de la Lonja de Sevilla, se abrió el Congreso el día 30 de abril, y hecha la permuta de sus respectivos poderes, se dio principio a las conferencias, señalando dos días en cada semana, uno para tratar las pretensiones de España, y otro para las de Inglaterra.

El punto que desde luego se puso en el tablero fue el Asiento de Negros, o la compañía del Mar del Sur, cuyas cuentas no se habían aún reglado desde el año de 1713, en que comenzó. Después de bien examinadas y liquidadas todas sus circunstancias, tanto por el navío del Permiso cuanto sobre los sellos que deben llevar los fardos de mercaderías que

pasan a Indias, se encontró que se propasaban mucho en ello los ingleses. En visa de esto, los comisarios españoles fundaron con la mayor solidez sus pretensiones sobre que una y otra parte observase a la letra el espíritu del Tratado, a lo que los ingleses habían faltado. Esto dio motivo a varias alteraciones y debates; pero a las eficaces razones de los españoles no pudieron oponerlas sino muy endebles, por lo que hubieron de ceder, como en efecto se acordaron varios puntos a favor de España, quedando firmados en el libro de acuerdos.

Pasando de este punto a otros, los comisarios ingleses hacían los mayores esfuerzos para conseguir sus pretensiones; mas éstas siempre rebatidas por los españoles, hicieron ver el abuso e irregularidad con que los súbditos de la Gran Bretaña proceden en su comercio en las Indias, de manera que los comisarios ingleses desesperaron de poder obtener cosa alguna favorable a su intento: y es así, que después de haberse continuado las conferencias por algún tiempo, quedaron suspensas, y aún el Rey británico, con el regreso del Católico a Madrid, no se atrevió a insinuar a este príncipe se prosiguiese lo empezado, por conocer patentemente que toda esta negociación redundaba en ventaja de los españoles, y no siendo de su interés renovarla, se estancó hasta el año de 1739, como se dirá en su lugar, de la cual resultó la guerra entre las dos naciones.

* * *

Dijimos más arriba que por más diligencias que hicieron los ministros extranjeros, residentes en Sevilla, para saber contra quien se enderezaba este formidable armamento, no lo pudieron alcanzar; sin embargo ninguna potencia se asustó más que la república de Génova, mayormente cuando vio comparecer delante de su puerto seis navíos de guerra españoles, cuyo comandante solicitó luego se le hiciese un saludo mayor que el acostumbrado, sin explicar el motivo; y no obstante el haberse pedido este honor con altanería, no se concedió hasta después de un gran consejo que a este fin se tuvo en la regencia. El comandante pidió después se le consignasen los dos millones de pesos que tenía la corte de España en el Banco de San Jorge, y que al presente debían servir para el serenísimo infante don Carlos: también condescendió el Gobierno de Génova en ello, mandando se llevasen a bordo de los navíos.

Las grandes sospechas que habían concebido la corte imperial de los armamentos españoles, se desvanecieron con los repetidos correos, que llegaron a Viena desde Sevilla y Londres con despachos que aseguraban no se dirigía esta flota contra ninguna de las potencias aliadas de Su Majestad Católica; y el duque de Liria tuvo especial orden del rey Felipe para certificar a los ministros del César que dicho armamento estaba destinado contra las costas de Berbería, a fin de sosegar a este príncipe sobre las consecuencias que podía acarrear; pues ya había dado disposiciones para el resguardo de los reinos de Nápoles y Sicilia, nombrando generales y tropas que estaban para pasar a aquellos reinos. No se tuvo a bien en la corte de Sevilla comunicar a nadie que estaba la expresada flota destinada contra Orán, dependiendo del secreto el feliz éxito de la empresa: no quiso el Rey Católico exponerla por no tener suerte de infinidad de otras que se malograron por la demasiada confianza; y es así que tuvo el fin propuesto con esta acertada conducta.

Del dinero que se extrajo del Banco de Génova, hizo enviar Felipe V al infante don Carlos medio millón, y lo restante se despachó a Alicante, donde debían reunirse las

naves y tropas para esta misteriosa expedición. Por abril ya habían llegado a la playa de esta ciudad los navíos de guerra y la mayor parte del ejército de tierra con sus oficiales, y desde el antecedente mes se había puesto embargo a todas las embarcaciones extranjeras, que se encontraron en los puertos de la Monarquía; de manera que, reunidas con las de esta Corona, pasaban de seiscientas; y se puede decir, sin hipérbole, que nunca se vio el mar Mediterráneo cubierto de tanta variedad de banderas juntas, cuyo aspecto encantaba la vista a los expugnadores, cuando después a los moros infundió una general consternación, creyendo, al ver pasar esta flota por delante de Orán, que se había unido toda la Cristiandad contra ellos.

Fabricáronse en Barcelona dos puentes volantes, con los cuales se podía cómodamente transportar dentro y fuera de los navíos la artillería sin embarazo de otras embarcaciones. Nombróse por capitán general del ejército al conde de Montemar, a quien se le destinó un cuerpo de veintiséis mil cuatrocientos hombres, sin contar una compañía de escopeteros de Tarifa, otra compañía de guías, compuesta de treinta hombres, todos naturales de Orán, con su capitán, don Cristóbal Galiano, y su teniente don José del Pino con una más de voluntarios de reino de Murcia, compuesta de cincuenta hombres y gran número de aventureros, entre los cuales se contaron más de treinta titulados y oficiales de distinción. Todo el aparato de este armamento se ejecutó con tanta presteza, que en brevísimo tiempo se vio pronto para hacerse a la vela. La artillería destinada para esta expedición fueron ciento y diez cañones de varios calibres; sesenta morteros, con gran cantidad de pertrechos de guerra; víveres, municiones, y, en fin, todo lo necesario para esta empresa, no habiéndose escaseado cosa alguna.

Luego que llegó a África la fama del formidable armamento de España, se receló se dirigiesen contra su costa y no sin fundamento, porque no les dejaban duda sus continuadas piraterías. La regencia de Argel se preparó inmediatamente a la defensa, solicitando para su república socorros del Gran Señor, bajo cuya protección está; y del rey de Marruecos para Orán, cuya plaza, aunque entonces gobernada por un rey particular, sin embargo, la amparaba este príncipe, y también aquella regencia, por estar en los confines de uno y otro Estado. Ésta reforzó con un grueso destacamento su guarnición, y aquél ejecutó lo mismo en sus ciudades marítimas, con especialidad Tetuán y Salé, ordenando a la mayor parte de su caballería recorriese la costa para impedir cualesquier desembarco.

En España se divulgó por cosa cierta, que el mismo rey de Marruecos había resuelto de ir personalmente al sitio de Ceuta, para prevenir las ideas de los españoles, según el consejo que le sugirió Ripperdá. No podemos negar fuese importante en esta ocasión, y el único que podía seguir este príncipe; pues a haberle practicado, se les hubiera frustado a los españoles su designio sobre la plaza de Orán; pero sea que desconfiase el moro de las promesas del renegado, como sucede regularmente, o que conociese la imposibilidad de conseguir el intento de esta empresa, la dilató hasta ver hacia donde se dirigían las armas católicas. A este tiempo llegó a la corte de Sevilla la noticia de que una galera mandada por don Miguel Regio había apresado, después de un reñido combate, a un navío argelino, que corseaba entre las costas del Rosellón y Cataluña, llevando a su bordo dieciséis cañones y diez pedreros. Hiciéronse esclavos ciento diez y seis hombres de la tripulación; pero el capitán y ocho oficiales con tres renegados se salvaron en la lancha.

Esta pequeña ventaja no dejó de estimular y avivar el embarco, y estando ya las escuadras prontas para hacerse a la vela, declaró el Rey Católico sus intenciones en un edicto, que se remitió de Sevilla al Consejo Real de Castilla, a fin de que se publicase; lo que se ejecutó en Madrid a mediados de junio, precisamente cuando la armada se hizo a la vela.

De Alicante salió ésta el día 15 del propio mes, bajo las órdenes del teniente general don Francisco Cornejo, y la custodia de doce navíos de guerra, siete galeras, dos bombardas para echar bombas, y gran número de jabeques o galeotas armadas, observando la orden siguiente: la vanguardia se componía de cuatro navíos, el *San Felipe*, como capitana, a cuyo bordo estaba el referido don Francisco Cornejo, el *San Diego*, la *Galicia* y *Santiago*. En el centro iba el grueso de la armada, según el orden señalado a cada embarcación, y los navíos el *Hércules* y el *Júpiter* cerraban la retaguardia, marchando con estos las siete galeras a fin de recoger cualquiera nave que llegara a extraviarse; pero aunque el viento se mostrase favorable al salir del puerto, después se mudó contrario, por lo que fue preciso volverse a la costa de España, manteniéndose toda la armada por espacio de cinco días en el cabo de Palos. De allí despachó el conde do Montemar una galeota con un ingeniero y una compañía de granaderos para reconocer la posición de los moros, y el paraje donde se debía efectuar el desembarco; cuya averiguación hecha, y reconocido en sumo silencio, volvió a dar cuenta de todo al general, quien dispuso aprovecharse luego de la propicia ocasión que le ofrecía el descuido de los bárbaros.

Serenados ya los temporales, prosiguió la flota su rumbo para Orán, cuya plaza avistó en breve; y como importaba disfrazar la idea, el general comandante de la armada hizo señal a los navíos de guerra el *Conquistador* y la *Andalucía* para que con las naves de transporte que escoltaban diesen fondo en la cala de Arcés, distante de Orán siete leguas hacia Levante. Ejecutada así esta disposición y advertida por los moros, creyeron éstos se dirigía el desembarco por aquella parte, mientras el resto de la armada continuaba la derrota en el orden ya referido, costeando aquella ría a tiro de cañón pasando delante de Orán y sus castillos, teniendo cada nave desplegado el pabellón de su nación. Advirtiéronse hasta tres cuerpos de tropa, que podían constar de diez o doce mil hombres, y habiendo sobrevenido una nueva borrasca se hizo el desembarco imposible hasta el 29 de junio. Sosegada ya la mañana de este día, el general conde de Montemar dio orden para que se ejecutase en el paraje llamado de las Aguadas (favorecido del fuego de los navíos y galeras) distante legua y media hacia el Poniente del castillo de Mazarquivir. Dispusiéronse quinientas lanchas en línea defendidas por los navíos de guerra y galeras, que se pusieron a los costados, bajo el mando de los capitanes de alto bordo don Juan Navarro, el conde de Bena y don Francisco Liaño. El desembarco de las tropas fue encomendado a los tenientes generales marqueses de Villadarias y Santa Cruz, los condes de Marcillac y Suveguen, con los mariscales de campo condes de Maceda y Cecil, marqués de la Mina y don Alejandro de La Motte. Habiendo reconocido el general conde de Montemar que en la playa no había moros que pudiesen impedir el desembarco, aunque se dejaron ver algunos pelotones de ellos, pero de poca consideración para el caso, mandó que sin detención alguna se efectuase el total desembarco.

Tres mil hombres, la mayor parte granaderos, le dieron principio, formándose sobre una línea, y cubiertos por delante y los costados con los caballos de frisa. Consecutivamente fue desembarcando lo restante de la tropa, y conforme lo ejecutaba se iba extendiendo y

avanzando la línea, con cuyo motivo dispuso el general un cuadrilongo, en que quedaban reparadas las alas como el frente con los caballos de frisa, y se adelantaron como unos ciento y cincuenta pasos. Entonces se presentaron algunas partidas de moros, y aunque de lejos, con el continuo fuego no dejaron de molestar a los cristianos; para contener, pues, a los infieles se destacaron del frente de los batallones algunos piquetes de a quince hombres con sargentos, que lograron ahuyentarlos, pero poco después, habiendo bajado a llanura como dos mil moros a caballo y algunos a pie, se pusieron a tiro de fusil de los piquetes avanzados sobre una pequeña elevación a la derecha del ejército; mas jugando oportunamente su artillería el navío *La Castilla*, como asimismo las galeras, se retiraron a mayor distancia, a que no contribuyó poco el haberse llevado una bala su estandarte principal, de cuyo movimiento se aprovechó el conde de Montemar para concluir el desembarco y marchar tierra adentro, no obstante el no haber descansado la tropa, guiada ésta por el teniente general marqués de Gracia-Real.

Viendo la morisma inútil su esfuerzo para impedir a los españoles el tomar tierra en África, solicitó con la mayor parte de su tropa hacerse fuerte junto a una fuente de agua dulce, la única que había en aquellos parajes; y de haber conseguido el intento, sin duda hubiera logrado la victoria más completa, y borrara la omisión en que anduvo de no embarazar el desembarco, que le era tan fácil con la gente que tenía; mas advirtiendo el capitán general la idea bien fundada de los bárbaros, destacó luego dieciséis compañías de granaderos y cuatrocientos caballos, aquéllas a la orden del mariscal de campo don Lucas Patiño, y éstos a la del marqués de la Mina, para cortarles la retirada, y ocupar al mismo tiempo un puesto elevado y ventajoso que cubría la derecha del ejército; y aunque la casualidad de hallarse cerca una tropa del regimiento del príncipe, que acababa de desembarcar, no permitió fuesen cortados los moros, porque los cargó, los dos referidos destacamentos avanzaron con tal intrepidez hacia la fuente, no obstante el peligro que había de acercarse a ella, por lo escabroso del terreno, que lograron hacer retirar con precipitación a los infieles.

Habiendo mandado el conde de Montemar se formase un reducto entre las márgenes del mar y la falda de la montaña llamada del Santo, a fin de asegurar la comunicación con la flota y cubrir el desembarco de los víveres y pertrechos, esperó a los enemigos, que se dejaron ver en gran número, coronando todas las montañas circunvecinas. Mientras esto se ejecutaba, los escopeteros trabaron una escaramuza con algunos moros, los cuales, reforzándose, cargaron a los cristianos y los obligaron a retirar por falta de munición. El conde de Marcillac, que cubría con tropa aquella obra, advirtiendo lo que sucedía destacó al capitán don Manuel Aparicio con cincuenta dragones para detener a los bárbaros, pero tuvo la desgracia de perder la vida. Esta impensada acción se encendió de tal suerte, que considerando el conde de Montemar que cuando se vuelve la espalda a los moros cobran mayor brío, se vio obligado a sostener la pelea, a cuyo fin dio orden para que todo el ejército se pusiera en movimiento. El terreno era impracticable para cualquiera acción; sin embargo, dispuso el general que se atacara a los infieles por la izquierda, y que al mismo tiempo el centro y la derecha subiesen por el frente, que era una cuesta suave, y por donde bajaban los moros. El ejército de éstos pasaba de veinte mil hombres, sin contar dos mil turcos de la guarnición de Mazarquivir, que no pudieron volver a entrar en esta fortaleza, por haber ocupado los cristianos la montaña del Santo, a pesar del continuo fuego e ímpetu de los enemigos, al subir la escabrosa cuesta, y en donde el conde de

Marcillac hizo prodigios de valor. No pudiendo este general subir la montaña a caballo, ni permitirle tampoco lo recio de su cuerpo ni sus achaques subirla a pie, hizo que le llevasen cuatro granaderos walones en hombros, y distribuyendo dinero a los de este cuerpo, que estaban bajo de su mando, para animarlos, contribuyó infinitamente al éxito de aquel día, manteniendo la pelea con tesón por espacio de tres horas.

Siguiendo los granaderos el empeño mandados por el referido conde, y sostenidos de cuatro batallones de guardias walonas, a cargo del marqués de Villadarias, con otra tropa que iba de resguardo, fueron desalojando a los moros hasta echarlos de la alto del barranco, y de allí de montaña en montaña, mientras don Alejandro de La Motte, con otro cuerpo de granaderos ocupó la del Santo, que domina el castillo de Mazarquivir. Todo esto sucedió con la mayor felicidad, no obstante la gran resistencia de los bárbaros y la ventaja del puesto que ocupaban a modo de anfiteatro. El resto del ejército, sumamente fatigado por la falta de víveres y agua, no pudo seguir a los enemigos y se mantuvo en el paraje llamado de los Galápagos, que había ganado.

Esta gloriosa función costó poco a los españoles, pues se asegura no pasaron de treinta los muertos, y de ciento y cincuenta los heridos. La pérdida de los infieles no se pudo saber, por su regular costumbre de llevarse los muertos, cuya superstición suele ser funesta, porque a veces sucede que pierden la vida por salvar los cadáveres. Don Alejandro de La Motte se mantenía en la montaña del Santo, dominante a Mazarquivir, y viéndose noventa turcos que le presidiaban sin esperanza de socorro, le entregaron por capitulación y pasaron a Mostagán, cuyo feliz suceso hizo juzgar lograrían los cristianos la misma victoria con los demás castillos de Orán.

Esta opinión no estaba mal fundada, pues aunque había tropas suficientes para defenderlos, la consternación general que se apoderó de sus ánimos, al ver pasar tan grande armamento delante de los muros de Orán, como ya queda referido, con cada nave tremolando su pabellón, hizo creer que toda la Cristiandad se había congregado para su perdición; con cuyo motivo, sin aguardar a los españoles, cada uno de los habitadores pensó en libertar sus efectos. La noche que precedió a la rendición de Mazarquivir hubo un falso alarma, movido de algunos soldados que, disparando sus fusiles, mataron a un oficial, y quedaron algunos soldados heridos. A la mañana siguiente, habiéndose reconocido no haber vestigio de moros y sabido por un doméstico del cónsul de Francia en Orán, que todas las tropas infieles, con el Bey a su frente, se habían retirado la noche antecedente con lo más precioso de sus alhajas, abandonando la ciudad y sus fortines, destacó el general conde de Montemar una partida de soldados, para informarse de la veracidad del aviso, mientras se dispuso la tropa para seguirla.

Puesta en marcha, se encaminó hacia aquella plaza, que encontró desierta, como también el palacio del Bey, donde se halló gran parte de sus muebles que su precipitada fuga no le permitió llevarse. Los almacenes de la ciudad estaban llenos de víveres y municiones; encontráronse en ella y sus castillos ciento treinta y ocho piezas de artillería, las ochenta y siete de bronce y las demás de hierro; siete morteros; provisiones y municiones en abundancia; bajo el fuerte de San Felipe, seis piezas de campaña, y en el puerto una gruesa galeota, con cinco bergantines. Después de esta conquista, toda la armada española vino a dar fondo en el golfo de Orán y en el puerto de Mazarquivir.

Así volvió a recuperar la Corona de España esta importante plaza, circundada de buenos muros, y defendida de cinco fortines o castillos, situados sobre las inmediatas eminencias, entre los cuales se considera por inexpugnable el de Santa Cruz, por estar situado sobre peña viva, la cual no permite batirle ni minarle. Con la ventaja de esta conquista, se añadía la de poner un freno a la desvergüenza de los africanos, cuyas frecuentes correrías infestaban los mares y playas de las costa de España, en sumo perjuicio de su comercio y habitadores.

Muchas reflexiones nos produce la consternación en que estaba esta canalla, la cual, sin atender a la defensa de sus castillos, cuando retirándose parte a ellos, y haciendo transportar sus provisiones y pertrechos, podía haber dado lugar a que la regencia de Argel los hubiese socorrido poderosamente; pero sólo ocupada en el cuidado de ponerse en salvo con sus familias y efectos, dejaron a los españoles con la posesión de su dominio, no poco admirados de no haber encontrado más resistencia. Hubo quien dijo entonces, que si estos, embarcándose prontamente, después de bien presidiados los castillos, hubiesen intentado la conquista de Argel por tierra, que era indubitable, así por la falta de tropas como por el descuido; porque cuando se supo en dicha ciudad que la expedición de los cristianos se enderezaba contra Orán, por temor de que ésta no cayese en sus manos, estimuló a la regencia

a poner la mayor atención en defenderla, enviando toda la gente que pudo juntar para su conservación, dejando la suya desamparada.

Confieso que la empresa era algo temeraria; pero también es verisímil se hubiera conseguido, a tener alguna tropa de repuesto en Alicante, para incontinente reemplazar la que hubiese pasado a esta expedición; y cuando no se lograra el intento, a lo menos sí el de cegar o inutilizar su puerto, e incendiar la ciudad. La ocasión no podía ser más propicia; todo concurría para el éxito de la empresa: los tiempos favorables; buen armamento, cual no se había visto otro sobre el mar; víveres y municiones en abundancia, y, sobre todo, el ánimo y valor de la tropa, que era toda veterana y escogida. Las armas católicas estaban respetadas treinta leguas al contorno de su conquista; porque temerosos sus habitadores de la esclavitud, llevaban a Orán todo género de comestibles, sometiéndose al Monarca español; otros se retiraban con sus ganados a los desiertos. Los más opulentos mercaderes de la ciudad de Argel pensaban seriamente a retirarse con sus caudales, y en esa capital reinaba una general confusión, según lo participaban los cónsules europeos a sus cortes; pero no debía convenir por entonces, pues así Dios lo dispuso. Si a Carlos V hubiera asistido coyuntura tan oportuna cuando emprendió reprimir su orgullo en el año de 1541, quizá no llegaría el caso de que sus piraterías se ejercitasen con tanto descoco, atreviéndose hasta los navíos de guerra, bien que siempre con escarmiento de su altivez; pero la estación que infelizmente eligió este gran Monarca, fue la más tempestuosa del año, y sus operaciones se redujeron a pelear contra los elementos. Si los príncipes cristianos, interesados todos en extinguir tan infame república, no concurren unánimes a su ejecución, es de temer se haga con el tiempo una segunda Cartago, cuyos robos exaltándola, puso a la potencia romana en el mayor conflicto.

En fin, dueños los españoles de la plaza y fortalezas, el primer cuidado del general Montemar fue hacer consagrar diferentes mezquitas, para que en ellas se celebrasen diariamente las misas y demás oficios divinos. Cumplida esta obligación cristiana, se

despachó al mariscal de campo marqués de la Mina con la nueva de suceso tan próspero, el cual, habiendo llegado a Sevilla el día 8 de julio, la participó a Sus Majestades. Las públicas rogativas que en todas las iglesias de la Monarquía se hacían, se convirtieron luego en acciones de gracias por el feliz éxito de la mencionada expedición.

Arrepentidos ya los moros del vergonzoso abandono de la plaza de Orán, no omitieron tentativa para recuperarla; animáronse recíprocamente, y volviendo a las cercanías de la fortaleza, inquietaron los puestos avanzados de los españoles, arrojándose con ferocidad sobre los destacamentos que iban a cubrir el forraje. Entonces practicaron una estratagema que no dejó de salirles bien, acercándose una partida de quinientos hombres, que se echaron con un furor bárbaro sobre nuestros forrajeadores. Avisado el conde de Montemar de esta novedad, quiso remediarla enviando un fuerte destacamento, para que los sostuviese; pero el duque de San Blas, que se hallaba allí como mariscal de logia, a fin de hacer mudar las grandes guardias, con su pequeño destacamento se echó sobre los moros, que huyeron con precipitación; y pareciendo al referido duque fuese en ellos cobardía, los siguió con tesón, y por su desgracia fue a dar en una emboscada de dos mil bárbaros, que le hicieron retroceder hasta meterle en el campo; costóle la vida su sobrada osadía, y con él murieron también el brigadier Van der Cruysen, tres coroneles, quince oficiales subalternos, y algunos cien hombres, y muchos quedaron esclavos.

Sentido de este adverso suceso, resolvió el duque de Montemar hacer una generosa venganza, atacando a los moros en cualesquiera parte que los encontrase. El día 21 de julio mandó este general saliesen tres destacamentos a la orden del mariscal del campo conde de Cecile y del brigadier don Felipe Ramírez, compuestos de mil infantes e igual número de caballos. Habiendo reconocido ambos oficiales una tropa fuerte de infieles sobre una colina la acometieron, pero volviendo éstos las espaldas, no fue posible alcanzarlos, y se ocuparon las circunvecinas alturas, reduciéndose todo el hecho de aquel día a ligeras escaramuzas, sin que hubiese más heridos por parte de los cristianos que el barón de Santygnon, capitán de guardias walonas.

Dos días después destacó el capitán general cuatro mil infantes y mil caballos, a las órdenes del marqués de Villadarias, el paraje llamado los *Pozos de Pedro Pérez*; mandó igualmente que las galeras fuesen hacia Mostagán, con intención de echar de esta ciudad al bey de Orán, que con buen número de negros se mantenía en ella enviando continuadamente desde allí partidas, para inquietar al ejército español. Llamábase este bey Mustafá (algunos dicen Hacén), tenía ochenta años, y era el mismo que había tomado a los españoles la plaza de Orán en el año de 1708. Llamábanle los cristianos *Bigotillos*, porque tenía grandes bigotes.

El proyecto del duque de Montemar, bien concertado y era muy del caso, pero no pudo efectuarse por no haber llegado la escuadra que debía contribuir al logro de la empresa, a motivo de los vientos contrarios, que duraron por espacio de algunos días; y el marqués de Villadarias se vio obligado a volver al campo; a este mismo tiempo llegó a la corte la orden para que el ejército se restituyese a España. Obedeciendo el mandato, providenció inmediatamente el general a la custodia de Orán, sus fortalezas, y Mazarquivir, dejando en ellas de presidio dieciséis batallones, que formaban un cuerpo de ocho mil hombres, y un regimiento de caballería.

El día primero de agosto se hizo a la vela toda la flota con viento favorable, y en poco tiempo llegó a la costa de España, desembarcándose la tropa en los diferentes puertos de la Monarquía, según su destino. El conde de Montemar llegó el 13 del propio mes a Sevilla, donde la recepción fue correspondiente al tamaño del servicio que acababa de hacer a la Patria, y para manifestarle públicamente cuan satisfechas estaban Sus Majestades Católicas de su conducta, le honraron con el collar del Toisón, igualmente que a don José Patiño, como promotor de esta empresa. Nombróse por gobernador de Orán y sus dependencias al marqués de Santa Cruz, hombre de relevantes prendas y circunstancias, bien conocidas, así en lo militar y político como en las letras.

Poco antes que partiese la flota de Orán, llegó a Ceuta, huyendo de los moros, un cierto Jacobo Vandenbos familiar del duque de Ripperdá, y teniéndole el gobernador por espía, le mandó arrestar; después de haberle examinado, dio cuenta a la corte y en respuesta tuvo la orden para que lo remitiese con una buena escolta a Sevilla, donde llegó el 29 de julio. Allí declaró más de lo que se quería saber (pero esto no impidió se quedase mucho tiempo preso), diciendo *que el duque de Ripperdá estaba para marchar con treinta y seis mil hombres y un tren considerable de artillería para formar el sitio de Ceuta, prometiendo al rey de Marruecos o Mequínez, ponerle en posesión de ella dentro de seis meses, y si no que perdería la cabeza*. Luego, sin perder tiempo se dieron órdenes al gobernador de Ceuta, para que invigilase más que nunca a la defensa de la plaza, y se declaró a Ripperdá por traidor, despojándole de sus dignidades y título.

Animados los infieles con el regreso de la flota a España, resolvieron tentar alguna vigorosa empresa contra sus enemigos, y a fines de agosto el bey Mustafá (o *Bigotillos*), el cual, no obstante su edad avanzada, conservaba el mayor vigor, compareció a la frente de doce mil hombres, con intención de sorprender el castillo de San Andrés, persuadido que esta conquista podía facilitarle la recuperación de Orán. En efecto, embistió con gran furia al mencionado castillo, pero su gobernador hizo un fuego tan a tiempo y tan cruel con su artillería, y la guarnición con su fusilería, que obligó al Bey a tomar la fuga con sus bárbaros, dejándose más de dos mil muertos. No pudiendo los moros llevarse los cadáveres ni enterrarlos por el horror y confusión de la huida, hicieron alto a cierta distancia, y levantando bandera blanca, enviaron a un arráez, rogando a los españoles diesen sepultura a sus muertos: lo que ya estaba prevenido por el recelo de que se inficionase el aire.

Cuanto confesó el referido Jacobo Vandenbos en Sevilla, se halló verdadero; pues con efecto, ansioso el rey de Marruecos de la conquista de Ceuta, juntó un ejército de treinta mil hombres, la mayor parte negros, y dio el mando a cierto Alí Den, bajá, su confidente (renegado y apóstata de cierta religión que excusamos nombrar), recomendando la dirección del sitio a Ripperdá, el cual ardía en el deseo de señalar el principio de su valimiento con alguna acción ruidosa. Sabido por el gobernador de Ceuta don Antonio Manso que el ejército enemigo venía acercándose, pensó seriamente a su defensa, y teniendo noticias ciertas por los moros de paz, que la vanguardia de los infieles estaba muy distante del grueso de su tropa, y que no pasaba su número de cinco a seis mil hombres, inclusos setecientos caballos, juntó a la hora misma un Consejo de guerra, en el cual expuso cuanto había sabido de los bárbaros, y que el mejor expediente, a su parecer,

era hacer una vigorosa salida para sorprender aquel destacamento, antes que se reforzase con el remanente de su ejército.

Aprobada la proposición del gobernador, se resolvió ejecutar el proyecto al alba del día siguiente, que fue el 17 de octubre, y arreglado el orden del ataque, se estableció en que había de hacerse con cuatro columnas, cada una por su lado, compuestas de doce compañías de granaderos, y de seis piquetes, el todo mandado respectivamente por los coroneles conde de Mahoni, don José Masones, don Juan Pingarrón y don Basilio de Gante, bajo la conducta del brigadier don José Aramburu. El cuerpo que debía formar y ejecutar esta expedición constaba de cinco mil hombres, sin contar quinientos presidiarios, a los cuales el gobernador concedió un perdón general, para animarlos a la empresa. Dispuesto así, salieron los referidos destacamentos al amanecer, y llegaron con tal celeridad al campo enemigo, que los infieles se vieron a un tiempo atacados y batidos, y en tanta confusión que no supieron lo que se hacían. Sin embargo, volviendo sobre sí, y cobrando ánimo en aquel extremo, intentaron defender sus trincheras con la mayor desesperación, perdiendo la vida todos los que no quisieron abandonarlas; porque conforme crecía la resistencia en los moros, se esforzaban los cristianos a conseguir una señalada victoria.

Animados, pues, éstos de tan noble ardor, juzgaron los jefes no se debía contener en los límites del terreno señalado; y mandando siguiesen la derrota, llegaron hasta el Serrallo, paraje distante una legua de Ceuta. El general Alí-Den, que allí se hallaba acampado, salió en camisa de su cama para entregarse a la fuga, y uniéndose con la confusión en que estaba ya su infantería, ésta quedó enteramente deshecha, tomando la una parte el camino de Tetuán, y la otra el de Tánger. Esta gente, toda bisoña y levantada de prisa, sólo pensó, viéndose acometida con tanto valor, en huir, y los menos ágiles, apoderados del terror, se dejaban sacrificar sin defenderse y aun sin moverse. A la verdad, la caballería hizo mayor defensa, pero la pagó con horrenda mortandad, que ejecutó en ella el incesante fuego de la fusilería de los cristianos; y por último siguió a los demás fugitivos, abandonando el campo de batalla. La artillería, que los infieles dejaron, consistía únicamente en dos piezas de bronce de grueso calibre, y de un mortero. Careciéndose de lo necesario para conducirlos a Ceuta, se clavaron, echándolos en un barranco; su campo fue saqueado, sus trincheras quemadas, y se restituyeron los españoles a la plaza, llevándose cuatro banderas, y entre ellas la del bajá. Condujéronse igualmente gran número de esclavos, ricos vestidos, muchas armas, caballos, hermosos arneses y dinero. Según el cálculo que después se hizo, quedaron más de tres mil moros muertos en esta acción, y de los cristianos sólo cuatro oficiales subalternos y catorce soldados, pero fue mayor el número de los heridos, que llegó hasta ciento cincuenta.

Algunos navíos armados protegieron oportunamente el ataque; pues por la parte de la marina, el fuego que hicieron contribuyó mucho a la confusión de los bárbaros. Un coronel dinamarqués, llamado el conde de Wedel, cuya curiosidad llevó a Ceuta, manifestó en aquel día con admiración de todos su espíritu, valor y conducta, y entre los aventureros, el conde de Aranda, a quien el Rey Católico remuneró su valor, confiriéndole el regimiento de Mallorca. Reparóse en una carta de un mercader inglés, establecido en Tetuán (la que se halló en los papeles del bajá Alí Den, que se tomaron), que éste pedía se pagasen las municiones de guerra, suministradas a los moros por sus

correspondientes de Inglaterra. ¿Quién puede mirar sin horror una conducta tan reprensible? ¿Cómo, sin atender a que éstos son enemigos comunes de los cristianos, ni a la alianza, que por el tratado de Sevilla concedía tan grandes ventajas a los súbditos de la Gran Bretaña, prestasen éstos fuerzas contra un monarca que acababa de hacerles tantas mercedes? ¿Cuál es el gobierno en el mundo que no reprimiría semejante abuso? Fatalidad, que no sucede sino en los países democráticos, cuyos vasallos, en desprecio de la autoridad soberana, no buscan más que su interés personal.

Casi al mismo tiempo que las tropas del rey de Marruecos habían intentado la sorpresa de Ceuta, las de la regencia de Argel emprendieron la de Orán, pero con éxito igualmente infeliz. El día 11 del propio mes de octubre una partida de argelinos pretendió apoderarse por asalto del castillo de Santa Cruz, adonde había sólo cien hombres de guarnición; un sargento con algunos soldados en un puesto avanzado, quedaron sacrificados a sus manos; pero advertido en Orán el suceso, tendió con oportunidad un cuerpo de quinientos voluntarios, el cual, echándose sobre los infieles, favorecidos del fuego de la artillería de los circunvecinos castillos, logró derrotarlos, con pérdida considerable de su parte. Para precaverse en adelante de semejante sorpresa, mandó el marqués de Santa Cruz, su gobernador, se construyese un trincherón entre este castillo y el de San Gregorio, para conservarla comunicación y que las tropas hiciesen frecuentes salidas sobre los enemigos, con lo que no escarmentados éstos, se consiguió destruir gran número de ellos.

Pocos días antes de esta acción, acaeció otra con motivo de atacar los moros el referido castillo. El caso fue introducir un socorro dentro, bajo el comando del caballero Wogan, que lo logró con valor, pero al retirarse fue herido y le sucedió en el mando el teniente coronel marqués de Turbilli, que no se portó menos, pues aunque se vio acometido de los enemigos con un furor bárbaro y que por una orden mal entendida se puso la tropa en confusión, retirándose parte de ella bajo la artillería del castillo, y la otra al fortín llamado Alberton, sin embargo, el capitán Wiltz, del regimiento de dragones de Belgia, conteniendo a los moros con solos treinta hombres, aunque la mayor parte quedó sacrificada, pudo hacer su retirada en buena orden, finalizando gloriosa la desgracia.

No obstante la resistencia que en todas ocasiones encontraban, parece que su empeño para restaurar esta plaza crecía con la dificultad, y en el gobernador marqués de Santa Cruz motivos para solicitar de Su Majestad nuevos socorros, que se aprontaron con celeridad en Barcelona y otros puertos. Presentáronse el día 3 de noviembre delante de Orán nueve navíos argelinos, uno de setenta cañones, cuatro de cuarenta, hasta cincuenta, y los restantes de treinta hasta treinta y seis. Favorecidos del viento, después de haber bordeado algunos días, entraron todos en el puerto de Orán, no obstante el continuo fuego de las fortalezas; pero con el aviso de que un convoy preparado en Barcelona estaba poco distante, resolvieron hacerse al mar. Con efecto, bien instruidos los moros, o por los ingleses, o por sus piratas, el expresado convoy salió el día 10 de noviembre de las costas de España, y consistía en seis navíos de guerra a cargo del conde de Bene, con diferentes embarcaciones de transporte, al que se unieron dos naves maltesas. La tropa que llevaban era cuatro batallones y ochocientos granaderos, el regimiento de infantería de Aragón, y nueve compañas del de Ultonia. Con viento favorable, en dos días de navegación llegaron con felicidad a Orán, con cuyo arribo quedó reforzada la guarnición de otra tanta gente como la que tenía.

Entretanto que llegaba este tan deseado socorro, los moros estrechaban fuertemente los castillos de Santa Cruz y de San Felipe, a los cuales dieron varios asaltos, pero siempre fueron rechazados, y nunca escarmentados, conociendo que al fin sería preciso rendirlos. El gobernador, que comprendía muy bien el peligro y la bien fundada esperanza de los bárbaros que con un ejército formidable tenían casi cercada la plaza por todos lados, resolvió en fuerza de la urgencia y de las órdenes, que no concedían espera, hacer una salida para castigar su orgullo, a cuyo fin tuvo un gran Consejo de guerra, en el cual propuso ejecutarla inmediatamente, señalándose el día 21 de noviembre.

Después de bien presidiados los castillos y ordenando todo lo necesario para cualquier acontecimiento, dispuso el marqués de Santa Cruz fuese la salida de ocho mil hombres, y que se formase la tropa entre el castillo de San Felipe y el de San Andrés. Antes de ejecutar el ataque, se mandó al brigadier marqués de Valdecañas, que con un destacamento acometiese a los enemigos por la derecha, y al marqués de Tay con otro por la izquierda, con el fin de divertir sus fuerzas. Lo restante de la tropa formó un cuadro, compuesto de seis batallones, dejando otro en medio con cuatro cañones de campaña para acudir donde la necesidad lo pidiera. En esta disposición se marchó al enemigo, el cual empezó a hacer fuego por su derecha; pero viéndose también acometido por la izquierda, desamparó sus trincheras, retirándose hasta tiro de fusil, en cuyo sitio mantuvo algún tiempo el empeño. Los españoles combatieron allí con indecible valor, y también con suerte indecisa, por muchas horas; pero al fin, batidos los mahometanos, abandonaron su puesto, poniéndose en fuga; los cristianos fueron marchando en su alcance tres cuartos de legua, formados en cuadro, haciendo horrorosa carnicería en ellos, y allí se apoderaron de cuatro piezas de cañón.

Habiéndose retirado los moros a una pequeña elevación, teniendo por delante un barranco, destacaron de este sitio su caballería, para contener y cargar a los españoles, mientras su infantería rehecha se disponía a lo mismo, y ambas acometiendo a un tiempo con ímpetu a los cristianos que se hallaban desordenados, con motivo de la precipitada huida del enemigo, se introdujo confusión en ellos, volviendo la espalda sin formación alguna; de cuyo movimiento irregular se prevalieron los infieles, arrojándose con furor sobre los españoles, los cuales hubieran sin duda perecido todos a no haber acudido el gobernador marqués de Santa Cruz, con lo restante de la guarnición (que se mantenía en armas) para desembarazarlos del peligro, como en efecto lo logró; pero fue con el doloroso precio de perder su vida en lo fuerte de la acción, por el honor de las armas católicas y satisfacer la ambición de sus émulos; asimismo pereció en ella el coronel don José Pinel, perdiendo la libertad el marqués de Valdecañas, con otros muchos oficiales de distinción.

Al tiempo de esta batalla aún no estaba desembarcada toda la gente que de España iba de refuerzo, por la contrariedad de los vientos que habían sobrevenido, y haciéndolo en la misma mañana, don Guillermo de Lascy, con cuatrocientos hombres del regimiento de Ultonia, y el primer batallón del de Aragón, con su coronel don Manuel de Sada, teniendo noticia de lo que pasaba en el campo, determinaron pasar al socorro; y desde la orilla del mar, dejando los soldados sus mochilas, se encaminaron al campo de batalla.

Después de legua y media de marcha, y apenas formados, se encontraron con mil y quinientos caballos de los moros, los cuales, queriendo cortar la retirada al ejército

cristiano, los cargaron antes que pudiesen juntarse con los suyos, cuya idea, si la hubiesen podido conseguir los infieles, se tenía por sin remedio la perdición de Orán; pero estas tropas nuevamente desembarcadas, inflamadas de un celo verdaderamente heroico, hicieron tres descargas tan a propósito y tan consecutivas, que lograron derrotar al frente de aquel escuadrón, y después, unidos con otros cuerpos, pudieron no sólo detener el ímpetu de los demás bárbaros, sino que los ahuyentaron; rehechos los españoles en este paraje y a poca distancia de donde sucedió el desorden, se volvieron a formar, e hicieron una retirada ordenada, para ocupar las trincheras que los moros habían construido y abandonado contra el castillo de San Felipe. No podemos dar una relación muy circunstanciada de esta batalla, porque nadie ignora el modo de pelear del moro, siempre en continuo movimiento; nunca combate a pie firme ni con orden; sábese que carga con extraordinaria aceleración a su enemigo, que huye de la propia manera y se rehace sin trabajo, con que no se puede juzgar de la ventaja que se tiene sobre ellos, si no por su inacción.

Dos días después del ataque se presentaron otra vez intrépidos delante de Orán, nada al parecer amedrentados de la pérdida que habían padecido en la precedente acción, pero una segunda salida los deshizo enteramente. Intentaron los infieles este nuevo ataque persuadidos a que la muerte del gobernador hubiese disminuido el ánimo de la guarnición de manera que no se atreviese a oponerse a su esfuerzo; mas quedaron aturdidos al verse atacados con tanto valor y no menos furia que antes por el destacamento que salió de la plaza, bajo el mando del coronel conde de Berheaven, el que los puso en la más consternada fuga, y persiguiéndolos hizo una horrenda matanza. A esto se siguió el entrar en su campo, destruyendo sus trabajos, quemando sus barracas y clavando su artillería, que se echó en un barranco delante del castillo de Santa Cruz.

Lograda así la destrucción de esta canalla, la tropa española se retiró triunfante a la plaza.

Es cierto que el Rey Católico consiguió en estas dos salidas infinita gloria, pero fue con la sensible pérdida de muchos valerosos oficiales, y en particular de su general, sin contar ochocientos hombres muertos en el campo de batalla y mayor número de heridos y prisioneros. Perdieron los bárbaros sin comparación mucha más gente, pues se asegura que el número de sus muertos pasase de diez mil, perdiendo a más de esto su artillería y gran parte de sus municiones. Túvose por cierta la voz que se esparció de que el bey Mustafá con dos parientes suyos habían quedado heridos mortalmente; pero la verdad es que desde aquel día abandonaron los moros el sitio de Orán, retirándose detrás de sus montañas, de forma que los españoles pudieron atender con seguridad a reparar las brechas hechas por los infieles en el fuerte de Santa Cruz. Apenas supieron las tropas del rey de Marruecos la victoria que habían conseguido los españoles en Orán, cuando abandonaron también sus tentativas sobre Ceuta, retirándose de las cercanías de ella.

En atención a tantas ventajas como las tropas católicas obtuvieron en África, ordenó el Rey se ejecutase en todas las iglesias de España acciones de gracia, y para significar lo mucho que estimaba al marqués de Santa Cruz, quiso piadosamente remunerar su mérito con beneficios a su Casa. Corrieron voces de que el expresado marqués había quedado esclavo, y Su Majestad mandó inmediatamente se rescatase a costa de su Real Erario; pero habiéndose sabido que su muerte era cierta, la marquesa su mujer, que estaba preñada, salió luego de Orán para Sevilla, en donde logró de la clemencia real una

pensión de tres mil escudos, una encomienda para su primogénito, una compañía de caballos para el segundo y otra de infantería para el tercero, con seguridades de que se les tendría presentes en adelante, según fuesen creciendo en edad. Nombróse al teniente general marqués de Villadarias para sustituir al difunto en el gobierno de la plaza de Orán (cuyo empleo había ejercido hasta entonces don Bartolomé Ladrón, como mariscal de campo más antiguo), adonde se enviaron nuevos refuerzos para la conservación de esta conquista.

* * *

La común opinión de los políticos publica que la verdadera y primaria intención de la corte de España en juntar los referidos armamentos de tropas y navíos fuese dirigida contra los reinos de Nápoles y Sicilia, en caso de que no hubiese el Emperador querido condescender a la actual posesión de los ducados de Parma y Plasencia, y a la sucesión eventual del Gran Ducado de Toscana por el infante don Carlos, y que para no dejar inutilizados los gastos de flota tan grande, y en inacción tan competente tropa, se había resuelto enviarla a la conquista de Orán. En fin, sea lo que fuere, para no interrumpir la serie de los sucesos de esta expedición, hemos dejado al real infante, don Carlos en la ciudad de Liorna, de donde se preparaba a principios de este año para pasar a Florencia, pero habiéndole sobrevenido una fiebre ardiente (como ya se ha dicho) el 13 de enero, fue preciso suspender el viaje.

Creíase en Roma que el infante Duque hubiese de ir a esta capital para tomar de mano del Pontífice la investidura de los Estados de Parma y Plasencia; por tanto, queriendo sostener los supuestos derechos a estos Ducados, concertó en una congregación el ceremonial que debía observarse con este príncipe, en caso de que fuese a Roma en calidad de duque de Parma, o bien que le despachase a Su Santidad un embajador, porque siempre se presumía aquella corte de que la protesta de monseñor Oddi haría su efecto y que un príncipe tan católico como el serenísimo infante, había de preferir los intereses de la Santa Sede a los derechos del Imperio; y entre tanto se resolvió enviar a Su Alteza Real una patente en forma de pasaporte, para que libremente pudiese ir a recibir dicha investidura; pero bien instruido el infante de la corte, no usó en manera alguna de tal pasaporte, antes resolviendo pasar a Florencia para verse con el Gran Duque, dirigió su camino por Pisa a dicha ciudad, adonde llegó el día 5 de marzo. Allí fue recibido como el heredero presuntivo del Gran Duque y reconocido y jurado gran príncipe de Toscana por el Senado de Florencia, que manifestó imponderable gozo por el arribo de este príncipe.

Poco después se despachó a la corte imperial el conde de Salviati con título de enviado extraordinario y plenipotenciario del serenísimo infante, para pedir la dispensación de edad al Emperador (pues no tenía la prefijada por las Leyes del Imperio para los Ducados de Parma y Plasencia), revelándose de la tutela, y tomar por sí la administración de estos Estados, como asimismo la investidura en virtud de los empeños contraídos entre Sus Majestades Cesárea y Católica.

Extraordinaria pareció esta demanda, y dio lugar a varias consultas sobre lo que pretendía el conde Salviati. Después de una madura deliberación, el Consejo Imperial respondió al ministro del infante Duque en los términos siguientes: *Que Su Alteza Real no podía obtener los diplomas de la dispensa e investiduras sin primero entregar las sumas*

establecidas por las Leyes del Imperio, debiendo entretanto abstenerse de tomar el título de gran príncipe de Toscana. Con esta resolución del Consejo Áulico, escribió el César una carta a la duquesa Dorotea, viuda de Parma y tutora del infante, prohibiéndola de reconocer a este príncipe en esta cualidad, y poco después otra al Senado de Florencia, mandándole destruir cuanto se había efectuado el 24 de junio, cuando los Estados de Toscana prestaron juramento de fidelidad al expresado infante, reconociéndole por futuro heredero del Gran Duque. La duquesa Dorotea respondió al César en términos generales, diciendo no se apartaría de su obligación siempre que se tratase de obedecer las órdenes de Su Majestad Imperial, pero el Senado de Florencia, para eximirse de cualquier mal suceso, encontró modo de excusarse.

A la vista de este proceder de la corte imperial, y creyendo la de España fuese pretexto para no expedir la dispensación de edad, el desembolso de las cantidades establecidas para semejantes casos, dio orden al referido infante de que sin dilación alguna pasase a Parma a tomar posesión de aquellos Ducados, sin más esperar el diploma imperial: lo que ejecutó Su Alteza Real, saliendo de Florencia para Parma, adonde llegó el 12 de octubre. Después de haber tomado posesión de este Ducado con las acostumbradas formalidades, pasó al de Plasencia, y ejecutó lo mismo en 22 del propio mes.

Resintióse en extremo la corte imperial con el aviso de cuanto había ejecutado el infante en calidad de duque de Parma y Plasencia, en desprecio de los estatutos y decretos imperiales, mirándose como una falta de respeto al Jefe supremo del Imperio, por no haber precedido la dispensación de edad, ni el diploma para la actual investidura. Despacháronse incontinente nuevas órdenes a los Estados de aquellos Ducados, como feudos imperiales, y al Senado de Florencia, prohibiendo absolutamente que al infante no se le diese el título de gran príncipe de Toscana. Este proceder de los imperiales daba a conocer bastantemente que el César no podía disimular los armamentos de España, y que su temor, fundado o no (es lo que no podemos asegurar), era que no se hicieron sólo contra la África, para la conquista de Orán y defensa de Ceuta, sino también contra los Estados de Su Majestad Cesárea en Italia, por lo mismo se había dilatado responder a la petición del conde de Salviati, hasta saber de positivo hacia dónde se dirigían los armamentos de España. A la verdad, este príncipe no estaba entonces desprevenido, y mano a mano con esta Corona, podía en la ocasión presente frustrarla su empeño, cuya resulta no hubiera sido favorable para el serenísimo infante don Carlos, mayormente no teniendo que temer del turco, con quien acababa de renovar el tratado de Passarowitz por otros veinte años

Resuelto, pues, el César a vengarse del ultraje que pretendía se había hecho a su dignidad, mandó reclutar sus tropas, y que antes de febrero del año siguiente todos los regimientos de infantería fuesen compuestos de dos mil quinientos hombres, dio igualmente otras disposiciones que indicaban un próximo rompimiento, aunque no era verisímil llevase las cosas a extremo, por no atraerse contra sí a las principales potencias de la Europa, siendo agresor, mas sí sólo se revocase lo ejecutado en Toscana y Parma con el infante, y a esto se dirigía todo su enojo.

El duque de Liria, embajador de España, y el señor Robinson, ministro de Inglaterra, hicieron con este motivo fuertes representaciones al Emperador, a fin de que condescendiese con las instancias de aquella corte, y aprobase la posesión tomada de los

Estados de Parma y Plasencia por el infante duque. En las conferencias que tuvo el ministro inglés con los de la corte imperial, propuso varios medios para componer estas diferencias y obviar los disturbios que podían seguirse de la resolución del César, pero no había apariencia de que mudase este príncipe de dictamen, si la muerte improvisa de Augusto Segundo, rey de Polonia, acaecida en los principios del año de 1733, como se dirá en su lugar, no le hubiera obligado a ello; por tanto, mandó se suspendiese la marcha de diez mil hombres, que debían pasar a Italia. El Rey británico interpuso sus buenos oficios, y por ellos se consiguió la dispensa y diploma de la investidura, porque los negocios de Polonia llamaban a mayor atención y se tuvo a bien de sacrificar lo menos para conservar lo más, aunque no se logró el fin; pues la sobrada tardanza en satisfacer al Rey Católico, dio motivo para que este príncipe uniese sus fuerzas con las de los enemigos del Emperador y vengase a su turno la mala fe que se atribuía al César, quitándole una preciosa parte de sus vastos dominios, como se dirá en adelante.

Antes de terminar este tomo, no debemos pasar en silencio la muerte del rey Víctor Amadeo, acaecida por noviembre de este año. Después de haber este príncipe contrarrestado el poder del Emperador y de la Francia, y engrandecido sus Estados a costa de uno y otro, y hecho reconocerse Rey en toda la Europa, acabó sus días en una prisión. Ya se expuso en la página 463 y siguientes el modo y el motivo por qué renunció la Corona de Cerdeña a favor de su hijo Carlos Manuel; pero apenas pasado un mes, después de su abdicación, cuando arrepentido -dícese- se manifestó inquieto, pensativo, y en una continua agitación, que nada era capaz de distraerle. Bien conocía la condesa de San Sebastián, su mujer, la causa de esta mutación; y la inquietud de su esposo, lisonjeando su ambición con la esperanza de subir al Trono, que había cedido al príncipe del Piamonte su hijo, se proponía inclinarle a volver a él, cuando Víctor Amadeo la previno sobre el asunto. Sabido por este príncipe que ya convenidos el Emperador y la España por los buenos oficios de la Gran Bretaña, tocante al litigio de las sucesiones y de la introducción del infante don Carlos en Italia, no tenía que temer del resentimiento de estas dos potencias, si hubiese permanecido en el Trono, tomó la firme resolución de volver a empuñar el cetro, y se lo participó a la condesa, tomando de acuerdo ciertas medidas para no malograr el intento, pero siendo éstas infructuosas, se valió de otro ardid.

Fiada esta ambiciosa mujer del crédito en que estaba su familia en la corte del rey Carlos Manuel, a quien Víctor Amadeo la había recomendado, participó a toda ella, con el mayor sigilo, los designios de su real esposo, sin disimular las ventajas que la resultarían si volviese a la Corona. Algunos prestaron gratos oídos, prometiendo servirla; pero otros, prefiriendo su obligación a sus promesas, entregaron las cartas al soberano. Víctor Amadeo, igualmente, hacía cuenta de tener muchos parciales, a cuyo fin escribió a diversos grandes de la corte para sondear sus intenciones, mas tuvo el sentimiento de no encontrar sino a fieles vasallos. No perdiendo ánimo, puso toda su confianza en la tropa; sabía que estaba estimado de ella y que los principales oficiales le debían su fortuna, y, por consiguiente, concurrirían tanto mejor a sus designios. Sus tentativas fueron también inútiles, y las cartas presentadas al rey Carlos Manuel.

Sentido este Monarca del estado en que veía a su padre y que el dolor de haber renunciado una Corona (a que nadie le había obligado) le inclinase así a perturbar todo el

Estado, se resolvió, para calmar el espíritu de este príncipe, a tener una entrevista con él, para la cual partió con la Reina su esposa para Chambery; pero en lugar de sosegar el ánimo de este príncipe, no experimentó de su parte sino asperezas, y fue insensible a todas las respetuosas sumisiones de su hijo, a quien habló siempre como Rey. En fin, no pudiendo este Monarca conseguir cosa alguna con el Rey su padre, le dejó para pasar al cuarto de la condesa de San Sebastián, con la cual tuvo una dilatada conversación. Exhortó a esta señora a que disipase la inquietud de su padre, persuadiéndole no se metiese ya en los negocios de Estado, ofreciéndola por este servicio grandes ventajas, así para ella como para su hijo (habido en su primer matrimonio), y aun para sus hermanos; después, saliendo de su cuarto, la dijo: *Mi padre me hizo Rey; por tanto, quiero reinar; todo lo podéis sobre su espíritu; haced que se sosiegue; si no está gustoso en esta ciudad, puede escoger el paraje que gustare en mis Estados.*

Preténdese que esta señora prometió al rey Carlos Manuel cuanto la pidió, pero no mantuvo su palabra. Lisonjeada con el halago de una corona, puso todo su conato para conseguirla, aumentando el sentimiento e inquietud de Víctor Manuel. Apenas había salido el rey Carlos de Chambery, cuando dijo a los que se hallaban presentes: *Quiero reinar, y en breve se me verá con la diadema en la cabeza.* Para estar más a mano de efectuar su proyecto, le pareció deber acercarse a Turín, y con pretexto de que el aire de Chambery era nocivo a su salud, escribió a su hijo, suplicándole tuviese a bien fuese a vivir en Montcallier, palacio poco distante de la corte.

No bien había llegado el rey Carlos a Turín, cuando recibió la carta de su padre, y estando para responderle, supo que este príncipe, con la condesa de San Sebastián, habían arribado ya a Montcallier. Conocidas las disposiciones del padre por el hijo, éste juzgó era muy conveniente se mantuviese en las cercanías de su capital, porque con esto le era fácil hacerle observar; pero las ideas de Víctor Amadeo eran bien diferentes. Lisonjeábase que la proximidad de Turín le facilitaría los medios de hacerse propicia la guarnición de esta capital y conciliarse al gobernador mediante las prácticas que meditaba. Haciendo los mayores esfuerzos para salir con su intento, no disimulaba ya querer absolutamente quitar la Corona a su hijo, el cual, bien informado de esta verdad, mandó se juntasen todos los consejeros de Estado y los grandes del Reino, y consultados sobre la urgencia del peligro, concluyeron unánimes se debía arrestar, como también a la condesa su esposa.

Lo cierto es que ya era tiempo de tomar esta resolución. El rey Víctor Amadeo había mandado al marqués del Borgo viniese a Montcallier, donde le pidió su acto de abdicación, dándole doce horas de término para traérselo, y entre tanto se presentó delante de la ciudadela de Turín, para entrar en ella y animar a la guarnición, a fin de que le ayudase en su empresa. Por otra parte, temíase llamase en su socorro a los extranjeros, en cuyo caso se hubiera originado una guerra civil en el Reino.

No obstante todo lo expuesto, el rey Carlos no podía determinarse a seguir el dictamen de su Consejo, y no sin hacerse la mayor violencia, firmó trémulo el decreto para su arresto. En consecuencia, dióse orden al teniente general conde de la Perusa, que con un destacamento de tres mil hombres pasase a Montcallier y prendiese a este príncipe y lo condujese a Rívoli, y a la condesa su esposa a la fortaleza de Cevi, de donde después de la muerte de este príncipe fue transferida a un convento.

¿Quién reconocerá en este corto dibujo al rey Víctor, príncipe cuya política superó tantos trabajos a que la variedad de sus tratados le precipitaron, unas veces haciendo la guerra al Emperador y otras a sus propios hijos? A la verdad, su abdicación no estaba sin ejemplo. Muchos emperadores romanos han renunciado el Imperio, y sin retroceder tanto, se ha visto a Carlos V cederle a su hermano Fernando, y la Monarquía española a Felipe Segundo su hijo, aunque no tardó a arrepentirse. Uno de los cortesanos habiéndole dado la enhorabuena al año de haber abdicado sus Coronas y deseándole larga vida, le respondió *que positivamente un año había que se arrepentía de ello*, llevado sin duda del celo que le asistía, previendo la guerra de su hijo contra la Santa Sede, en el pontificado de Paulo IV, y es así que el mismo día que renunció la Corona, después de un bien estudiado discurso dirigido a la asamblea que concurrió para reconocer y besar la mano al nuevo rey Felipe, se retiró a su estancia, seguido de algunos de sus validos: pero éstos, deseando ver tan ostentosa función, le dejaron en su cuarto, volviéndose al de Felipe, y este gran Monarca, arrimándose a la chimenea y con el pie atizando la lumbre, rodó un leño que estaba en el fuego, y mandando ponerlo en su lugar, se admiró de no encontrar a nadie y verse tan de repente abandonado de todos; incidente que le dio motivo para muchas reflexiones.

En nuestros días hemos visto a Felipe V ceder la misma Monarquía a don Luis su hijo, pero no se ha visto que estos príncipes obrasen con iguales motivos que se atribuyen al rey Víctor Amadeo. De cualquier lado que se mire su conducta, parece no supo servirse de su política y haberse apartado de las reglas de la prudencia. ¿No podía casarse de secreto con la condesa de San Sebastián? Entonces evitaba el baldón de una alianza desproporcionada, de que podía, sin embargo, hallar bastantes ejemplos en la historia, y hubiera conciliado la virtud de la condesa, su propia conveniencia y la honra de la dignidad real.

En cuanto a sus lilas, primero con el César y después con España, ¿por qué no dejó obrar al tiempo? No era la primera vez que se vio en el embarazo de un duplicado empeño y salir con ventaja; el suceso hizo ver que aún podía lisonjearse de igual felicidad, por el modo con que se dirigieron los negocios. ¿Adónde estaba aquella firmeza que siempre manifestó en los mayores peligros? Viósele muy sosegado en las cercanías del Real Sitio de la Veneria, mientras los franceses, en el año de 1706, dueños de todos sus Estados, sitiaban a su capital. Entonces estaba expuesto al resentimiento de Luis XIV, que quería vengarse de su mala fe. ¿El Emperador y la España eran tanto de temer que no hubiese podido preservarse de su venganza? Por otra parte, conservándose en uno u otro partido, aquel a cuyo favor se hubiera declarado le habría sin duda sostenido. No obstante su precipitación, no hubo quien no se lastimase de este príncipe, y su sentimiento era muy natural.

Todos no piensan como Felipe V. Este príncipe, a motivo de piedad y devoción, había abandonado su Trono para vivir retirado del mundo, prefiriendo la tranquilidad al fausto y bullicio de la corte. Débese también añadir que no volvió a él sino por la muerte del rey don Luis, y lo dio a conocer bastantemente con el deseo que conservó algunos años de renunciar segunda vez.

No sería justo abusar por más tiempo de la paciencia del lector con tantas reflexiones sobre un hecho que no tiene conexión con lo que me he propuesto en esta obra, pero son

materias que, aunque extrañas a ella, arrebatan tan naturalmente la pluma a un escritor que, cuando llega a engolfarse en ellas, no le queda acción para suspender la anatomía sin desmenuzarla, una vez principiada. Espero me perdone esta digresión.

Año de 1733

Aunque gozaba la Europa de una paz general desde la de Utrecht, si se exceptúan algunas disensiones sobrevenidas con España, motivadas de su unión con el César y de la colocación del serenísimo infante don Carlos en Italia; sin embargo, la corte de Viena, por las disposiciones que daba en toda la extensión de los Estados hereditarios de la Casa de Austria, manifestó al principio de este año estar en vísperas de una guerra universal. Recelábase Su Majestad Imperial de la estrecha amistad de los electores de Sajonia, Baviera y Palatino, que se habían resistido, constantes, a concurrir en los designios de la archiducal Casa, haciéndose garantes de la Pragmática-Sanción, y no menos de los grandes preparativos de guerra del primero, cuyas ideas no era posible penetrar; pero nadie parece concibió más celos que la república de Polonia, la cual esperaba en Varsovia el arribo de su Rey para celebrar una Dieta extraordinaria, y temerosos muchos de sus magnates de ser vulnerados algunos de sus privilegios a instancia suya, y aun del mismo primado, mandó el Emperador formar un campo de observación en la Silesia, y aun se descubrió a formar otro en el Rhin, con ocasión de los aprestos militares de la Francia, bien que no había por donde juzgar intentase esta Corona cosa alguna contra el Imperio; a lomenos no se había penetrado la causa, y lo que se tuvo por accidental se halló cautela.

Vigilante y activo el Ministerio francés más que ninguno otro de la Europa en todo lo que a su patria puede resultar ventaja, y cavilando con incesante aplicación sobre las vicisitudes del mundo, había sabido por el célebre cirujano *monsieur* Petit, a quien el rey de Polonia había llamado el año antecedente para curarle de una enfermedad peligrosa (que cada día iba empeorando), de que este príncipe no podía vivir mucho tiempo, pues aunque quedó restablecido de su dolencia, le había propuesto el cirujano un régimen de vida harto penoso, por lo que sus preceptos fueron desatendidos, y el Monarca recayó en el accidente que le privó de la vida. Así acertó el famoso discípulo de Esculapio con el vaticinio. El aviso que dio éste al Ministerio acerca de la salud de Augusto XI no fue despreciado, y proporcionándole coyuntura favorable para hacer revivir las pretensiones del rey Estanislao, se dirigieron sobre este plan las medidas que se tomaron en Francia para no malograrlas. En consecuencia, el marqués de Monti, embajador de esta potencia, tuvo orden de cautivarse la benevolencia de los principales magnates del reino de Polonia (entre tanto que sucedía la feliz revolución que debía colocar sobre el Trono al suegro del Rey Cristianísimo) y cultivar la amistad del primado sin escasear las promesas, y otras cosas, para lograr el fin. Diéronse, asimismo, órdenes para formar varios acampamentos en Flandes, Mosela y Alsacia, con el presupuesto de ejercitar la tropa; pero, interiormente, para que estuviese pronta a cualquiera ocurrencia.

Tratóse igualmente de renovar las antiguas alianzas con las potencias extranjeras, y la buena armonía que reinaba con la España desde el tratado de Sevilla iba echando cada día más profundas raíces; pero ¿quién hubiera discurrido que todo esto se dirigía a la elección de Polonia, que toda la prudencia humana no podía prever? Sólo la Francia, atenta a los

futuros acontecimientos, pudo prevenir a sus enemigos, así como Luis XIV, en la paz de Riswick (el año de 1697) los alucinó con el tratado de repartición de la monarquía española, a fin de conservarla indemne para su nieto Felipe V; nadie ignora que la expresada paz desarmó a todas las potencias de la Europa, cuando la Francia, al contrario, por sus ideas particulares, mantuvo íntegras las considerables fuerzas que tenía en pie. Lo propio sucedió por la paz de Viena, en el de 1731; ella no alteró en manera alguna las sabias medidas del duque de Borbón el año de 1726, para mantener siempre pronto un cuerpo formidable de milicias, antes bien se aumentó, con que de esta prudente circunspección se puede decir que el golpe fatal que nos hizo pasar tan de repente de la calma más tranquila que gozaba la Europa a una guerra que parecía desolarla, se debe únicamente a las recónditas máximas de la política francesa.

Estas daban bastante inquietud al César, y mucho más la toma de posesión del serenísimo infante don Carlos de los Estados de Parma y Plasencia, como también de que el Senado de Florencia le hubiese reconocido por gran príncipe de Toscana y jurado en esta cualidad, el día de San Juan Bautista del año antecedente, sin haber precedido el diploma imperial para este efecto. No podía aquel Monarca persuadirse sino que todo esto se dirigía a turbar la quietud de Italia, mas las formidables fuerzas de España, que acababan de sujetar a su dominio la importante plaza de Orán, le obligaron a disimular, hasta verse en estado de reprimir la injuria que pretendía haber recibido.

No ignoraba este príncipe las justas pretensiones del Rey Católico a los reinos de Nápoles y Sicilia, y que no se había podido conseguir renunciase sus derechos a ellos sin manifestar una indecible repugnancia; temía, pues, que las intenciones de la corte de España fuesen para quitárselos, buscando pretextos para hacerle la guerra. Es verdad que el Emperador contaba sobre la garantía de aquellos reinos por el Rey británico estipulada en el tratado de Viena del año de 1731, pero ella no impidió a que Su Majestad Cesárea diese órdenes positivas para aumentar sus tropas, completar las que estaban de guarnición en Italia y nombrar diez mil hombres a fin de que sin dilación pasasen a este país, amenazando al infante de echarle de sus Estados, y castigar al Senado de Florencia por su condescendencia a este príncipe, que se abrogaba un título que no podía tomar sin el consentimiento del Imperio.

Igualmente garante el rey de la Gran Bretaña de los Estados de Parma y Plasencia, por su alianza y unión con España en el tratado de Sevilla, y recelándose de que el Emperador pasase de las amenazas a la ejecución, y con este motivo lo empeñase en una nueva guerra, trabajó con calor para aplacar el enojo de la corte cesárea, ya que las instancias del señor Keene, ministro británico en la de Sevilla, no habían producido efecto sobre el ánimo de Sus Majestades Católicas acerca de los rescriptos imperiales al Senado de Florencia, que decía este príncipe ser injuriosos a la dignidad del serenísimo infante su hijo.

Dispuso, pues, el rey Jorge un nuevo proyecto de ajuste, que su ministro en Viena, el señor Robinson, presentó al César el 18 de enero en una Memoria, y decía que el expediente propuesto por Su Majestad Británica era que la España hubiese de consentir a que el infante duque de Parma pidiese al Emperador el título de gran príncipe de Toscana, pareciéndole que este paso sería suficiente para hacer cesar la división que con este motivo reinaba entre los dos monarcas. Que Su Majestad Británica no dudaba estuviese el

César en la misma disposición que ella de conservar en cuanto fuese posible la pública tranquilidad y prevenir los funestos efectos de la guerra; que, en consecuencia, el Rey su amo había instruido ya a su ministro en la corte de Sevilla de representarla del modo más eficaz la necesidad que había en que Sus Majestades Católicas permitiesen al señor infante su hijo se dirigiese al Emperador para obtener este título.

El objeto de la dificultad estribaba en este punto, y no podía menos de serle grato al César el expediente que proponía el Rey británico con tal que la requisición se hiciese en la forma debida y no se perjudicasen los derechos supremos de Su Majestad Imperial y del Imperio; pero exigía este Monarca el que la corte de España hubiese de arreglarse a lo que se había estipulado solemnemente y tantas veces en los tratados y otros actos auténticos; es, a saber, que como en las notas hechas por lo tocante a la Convención de Florencia (año de 31, y comunicadas al duque de Liria), ya se había dado a conocer que el título de Grande Duquesa podía concederse a la Electriz viuda palatina, hermana de Gran Duque, mediante el diploma imperial, y se requiriese debidamente al César; pero que esta princesa no podía obtenerle por otra vía alguna, del propio modo no repugna Su Majestad imperial en admitir igual expediente acerca del infante don Carlos; antes bien, está pronto en concederle dicho título luego que se haga la debida requisición, y para facilitar o allanar cualesquier obstáculos que pudieran originarse, se juntó a la respuesta de la Memoria presentada por el ministro británico un formulario de la requisición que deberá presentarse, y en la cual se ha procurado, decía la corte imperial, atender en cuanto era posible a la delicadeza de la España, sin derogar a la autoridad cesárea, ni a la cualidad de vasallo de que el señor infante no puede despojarse sin perder todo derecho sobre los Estados que unánimemente se ha convenido de mirar en adelante *pro indubitatis Sacri Romani Imperii foeudis masculinis*.

Concluía el Emperador en esta misma respuesta al Rey británico, que reposaba sobre la fidelidad de este príncipe en cumplir con imparcialidad sus empeños acerca de cada uno de sus aliados; que esperaba tendrían las garantías, tantas veces reiteradas en su nombre, pleno y entero efecto, y que sobre todo se lisonjeaba emplearía, de acuerdo con Su Majestad Imperial, los medios más eficaces para que el negocio de la investidura no se dilatase más.

Mientras se trabajaba con tanta atención en terminar todas estas diferencias, sobrevinieron nuevos motivos de quejas, que el embajador de España, conde de Montijo, tuvo orden de participar al rey de la Gran Bretaña en una Memoria, cuyo contenido era la ofensa hecha a la soberanía del Gran Duque, por el modo con que se pretendía obligar al Senado de Florencia a recibir los rescriptos dimanados de poco tiempo a esta parte de la corte de Viena; el procedimiento de esta misma corte, en que apropiaba al Estado de Milán ciertos derechos y territorios en las orillas del Po, de que gozaba el difunto duque Francisco de Parma, al tiempo de la Cuádruple Alianza, como también el haberse prohibido por el gobierno de Milán el juramento de fidelidad al serenísimo infante, que le debían todos aquellos que poseían feudos en sus Estados; finalmente, la declaración hecha con instrumentos públicos, de que la isla de Ponza pertenece y es de la soberanía y dominio de Su Majestad Imperial, no obstante los derechos expuestos por los tutores del serenísimo infante don Carlos, y la posesión que había gozado el difunto duque Francisco

de esta isla. Concluyó esta Memoria el conde de Montijo reclamando la garantía de Su Majestad Británica.

Admirado este príncipe de los nuevos estorbos que hacían infructuosas sus solicitudes desde tanto tiempo, mandó al duque de Newcastle, secretario de Estado, asegurase al ministro de España de su resolución invariable en satisfacer con la mayor fidelidad a sus empeños contraídos con Sus Majestades Católicas; pero que hubiera deseado que los diversos hechos, títulos y pretensiones de que hacía mención en su Memoria, fuesen más circunstanciados, para poder juzgar hasta qué grado estaban perjudicados los tratados en virtud de los cuales reclama la garantía del Rey británico, a fin de que Su Majestad pudiese obrar en consecuencia; que en cuanto al modo con que se pretendió recibiese el Senado de Florencia los rescriptos de la corte de Viena, el Rey no estaba en manera alguna informado de las circunstancias que ocurrieron entonces; pero Su Majestad se persuade que los derechos del señor infante, que con tanta claridad están expresados en los tratados, no padecerán el menor perjuicio por este incidente. «Advierte también Su Majestad, le dijo el duque de Newcastle al conde de Montijo, que aunque las quejas que Vuestra Excelencia da del proceder de la corte de Viena acerca del Gran Duque, se dirigen principalmente a este príncipe; sin embargo Su Alteza no ha recurrido aún en este negocio al Rey, y Su Majestad ignora que el Gran Duque haga instancia alguna en la corte imperial sobre este asunto, lo que al parecer sería preciso en un caso en que dicho príncipe podría alegar se han violado sus derechos y soberanía. No obstante, prosiguió el duque de Newcastle, deseando siempre el Rey manifestar su atención particular en todo lo que puede interesar a Sus Majestades Católicas y a su Real Familia, expedirá inmediatamente órdenes a su ministro en Viena, a fin de que sepa con individualidad cada una de las circunstancias que pueden tener conexión con ellas, y si se halla algo en contrario de los tratados de que Su Majestad es garante, hará sus instancias del modo más eficaz, para que todo quede reglado según los tratados, de tal suerte que Sus Majestades Católicas queden satisfechas.»

«Por lo que toca a los derechos y territorios en la orilla del Po, como a la soberanía de la isla de Ponza, Vuestra Excelencia convendrá sin dificultad que hasta que el Rey esté más ampliamente instruido no puede dar otra respuesta por ahora, sino que Su Majestad se hará informar también en la corte de Viena de lo que se ha hecho sobre estos artículos, qué fundamento se tiene, e igualmente si se contravino a los tratados. Entonces el ministro del Rey empleará todos sus cuidados para que nada se haga tampoco en perjuicio de los derechos adquiridos al serenísimo infante por la Cuádruple Alianza.»

El rey de la Gran Bretaña no perdió el instante de solicitar las instrucciones necesarias de la corte de Viena sobre todo lo referido, para satisfacer a la de España, a fin de cortar con el tiempo el enlace de negociaciones que preveía este príncipe había de acarrear la lentitud con que el Ministerio imperial procede por lo regular en sus deliberaciones, y de que resultaría infaliblemente un rompimiento abierto; pero la réplica de Su Majestad Imperial, respondiendo con una refutación en forma a los cargos que se la hacían, en lugar de moderar las quejas de los Reyes Católicos los exasperaron más, pues pretendió aquel Monarca que el rey de España no tenía fundamento alguno para atribuirle la inejecución de los tratados, sobre los cuales reclamaba la garantía de Su Majestad Británica, y esto expuso en una Memoria que se entregó al señor Robinson, para remitirla

a la corte de Londres. Lo importante de esta pieza nos obliga a comunicarla a nuestros lectores, porque fue el objeto de las dificultades que no se pudieron vencer y, finalmente, causó la guerra entre las dos Coronas.

Decíase en ella que no era menester entrar en un preámbulo muy dilatado acerca de los bienes que antes pertenecían a la Casa Farnesio en el reino de Nápoles, porque, por parte del Emperador ni de sus ministros, no había habido contravención ni denegación de justicia, supuesto que no se trata por lo respectivo al reino de Nápoles de ejecutar el tratado de la Cuádruple Alianza en lo que mira al feudo imperial, pero sí en lo que toca a la sucesión del infante don Carlos a los bienes de la Casa Farnesio.

El susodicho tratado y, por consiguiente, las investiduras eventuales expedidas por las chancillerías del Imperio, no hacen mención más que de los ducados de Parma y Plasencia, no habiéndose estipulado cosa alguna acerca del feudo de los bienes situados en el reino de Nápoles, que no se podían mudar de naturaleza contra las leyes fundamentales del reino, y que la Casa Farnesio jamás poseyó sino sobre el pie reglado por dichas leyes y no en cualidad de feudos o bienes relevantes del Sacro Imperio, sí sólo de la Corona de Nápoles. No teniendo el Imperio jurisdicción ni derecho de soberanía sobre los bienes y feudos de la Casa Farnesio situados en el expresado reino, no podía pensar en conceder la investidura de ella al infante Duque, y, por consiguiente, es constante y evidente que las palabras de la investidura mencionadas por el conde de Montijo: *eundem principem Carolum de praedictis Hetruriae, Parmae Plasentiaeque Ducatibus seu Statibus, omnibusque ipsis competentibus juribus et pertinentiis ab horum Ducatuum dominiis tempore praefati foederis Londini subscripti realiter possesis investimus* no conciernen sino a los ducados de Parma, Plasencia y Toscana y los feudos imperiales a ellos pertenecientes. Con que es contra toda razón el pretender que bajo la generalidad de las palabras submencionadas de la investidura imperial, deban ser comprendidos en ellas los feudos del reino de Nápoles.

Por lo que toca a la isla de Ponza, en este reino, y hacer evidente el hecho, se ha de saber que dicha isla, antes del año de 1587 estaba despoblada, y que la Casa Farnesio (Alejandro Farnesio), que la poseía, como tierra dependiente al reino de Nápoles, solicitó al rey Felipe II, por medio del virrey de Nápoles y de su ministro en Roma, se concediese la erección en condado a la referida Casa Farnesio de dicha isla de Ponza, con facultad de poder poblarla y gozar de las demás prerrogativas acostumbradas acerca de los feudos del reino de Nápoles, súplica que fue atendida por el expresado rey católico Felipe II, con despacho de 15 de septiembre de 1588, bajo de las condiciones de los otros feudos napolitanos. Es de advertir también que por causa de su situación, como en consideración a la pobreza de los habitantes de la isla, el Gobierno de Nápoles no exigió las contribuciones con mucha regularidad; pero no por esto consintió fuesen exentos de ellas por ningún título. La misma razón obligó varias veces al propio Gobierno de presidiarla, con motivo de la guerra o de los piratas, no obstante la incomodidad que en ella padecían las tropas; y acaso por tanta complacencia y por el modo con que se percibieron los impuestos, discurrió la Casa Farnesio pretender a la soberanía imaginaria de la mencionada isla, y empeñar a la Francia, al tiempo de la conclusión del tratado de Riswick, solicitase del rey católico Carlos II hiciese retirar sus tropas de ella. La condescendencia de España en esta ocasión por el Cristianísimo hace todo el fundamento

del derecho en la Memoria del duque de Liria, expresado en la del conde de Montijo, sin hacer reflexión que el artículo XXXII de la paz de Riswick, alegado por este ministro, denota claramente la complacencia del monarca de España por los buenos oficios de Su Majestad Cristianísima a favor del duque de Parma, quien no adquiría por esto derecho alguno, no habiéndose obligado la corte Católica a no presidiarla cuando fuese menester.

Con efecto se han enviado desde entonces tropas a la isla de Ponza, según lo requirió la urgencia, y el Gobierno de Nápoles ejerció siempre, por parte de Su Majestad, los actos de alta jurisdicción y soberanía como lo ha ejecutado en todos tiempos, antes y después de la erección de la isla en feudo y condado, que se tomó por época, lo que prueba el incontrastable derecho de soberanía del rey de Nápoles, sin que sea necesario producir una multitud de otros hechos antes y después de dicha concesión, concluyendo todos sobre la soberanía jamás abdicada ni interrumpida de los reyes de Nápoles.

Síguese de todo lo referido, que las quejas del conde de Montijo están destituidas de fundamento, y que las investiduras eventuales concedidas al infante don Carlos no tocan en manera alguna a los bienes de la Casa Farnesio, dependientes del reino de Nápoles, ya sean feudos, rentas, bienes alodiales o cualquiera otra cosa que pueda ser, debiendo recibir la posesión de manos del Rey o de su Gobierno, según las leyes fundamentales y costumbres del reino. Añadiendo que el señor infante no puede pretender dicha posesión, sin primero y ante todas cosas, la formal cesión de la Reina Católica, su madre, heredera de los bienes mencionados.

En cuanto al derecho disputado en la orilla del Po, el duque de Parma y el marqués Rangoni, su súbdito, ocupan al otro lado de este río algunas tierras y territorios de la dependencia de Cremona. Sobre la ribera opuesta pensó este príncipe en establecer el año de 1722 un impuesto que llaman derecho del *Palo*, y la parte en que se pretendió establecer dicho derecho es, sin contradicción alguna, de la jurisdicción de Cremona, y, por consiguiente, del Estado de Milán, y aun cuando la adquisición por el Duque y por el marqués Rangoni fuese legítima -de que hay sobrados motivos para dudarlo, según los informes hechos en el propio paraje-, nadie puede disputar que el dominio y soberanía perteneciendo a Su Majestad, como una tierra o suelo que hace parte del Estado de Milán, que es una manifiesta usurpación el pretendido establecimiento del susodicho impuesto, al cual se quiso sujetar las embarcaciones de los vasallos del Emperador. No obstante, este Monarca no omitió cosa alguna valiéndose de la vía de dulzura, para inclinar al difunto Duque a que desistiese de semejante empresa, que dio ocasión a algunos desórdenes, por los cuales se le ofreció nombrar de una y otra parte comisarios para tratar y decidir esta contienda; pero el Duque se excusó pretextando el tratado de Londres de 1718, como si este tratado podía autorizarle a una posesión injusta o variar el título de ella, estableciendo nuevos derechos en los Estados de Su Majestad Imperial.

Finalmente, por lo que mira al Gobierno de Milán, del cual se pretende había prohibido a los súbditos de este Estado que tienen feudos en los de Parma y Plasencia hiciesen juramento de fidelidad al serenísimo infante, el César ignora que esta prohibición por parte del gobernador de Milán exista ni haya existido, supuesto que, según informe del mismo gobernador, ya se había hecho este juramento, y que si algunos no lo habían aún ejecutado, daría Su Majestad Imperial órdenes convenientes para que se hiciese sin dilación. Bien entendido que el formulario del juramento fuese el mismo que el que se

acostumbraba hacer a los predecesores del serenísimo infante duque de Parma y Plasencia, debiéndose notar que dicho juramento no lo es de fidelidad, más sí sólo de vasallaje.

El rey de la Gran Bretaña no se cansó de tantas dificultades que a cada paso se presentaban, y encargó a sus ministros de buscar todos los medios posibles para evitar un rompimiento entre el Emperador y la España, que había lugar de temer, cuando acaeció la muerte de Augusto II, rey de Polonia y elector de Sajonia. Este fatal e improviso suceso hizo aumentar los cuidados del Rey británico a fin de prevenir las turbulencias de que la Europa estaba amenazada. Conocía muy bien este juicioso príncipe que las solicitudes de la Francia no influirían poco en los negocios de Polonia a favor del rey Estanislao, su suegro. Tampoco ignoraba que el Emperador jamás consentiría en tener por vecino a un príncipe tan estrechamente unido con el Rey Cristianísimo; por tanto renovó sus desvelos, que fueron inútiles, pues aunque se prolongó la negociación entablada con el César hasta el mes de setiembre, el ánimo de Su Majestad Católica estaba demasiado resentido para dejar de tomar plena satisfacción de los ultrajes que había recibido el príncipe su hijo; y propicia la ocasión, se rompió toda negociación con la corte imperial, como se verá en su lugar.

* * *

Apenas murió el rey Augusto (en 20 de enero), cuando se vio arder la Polonia en batidos, que vaticinaban adversas consecuencias por esta República, pues el espíritu de parcialidad se hizo luego notar en los principales de sus magnates. El regente o primado, aunque venerable por su edad y prendas particulares, la manifestó algo demasiado viva por el rey Estanislao. Es verdad que ella era muy natural en él, respecto de que ya había probado la dulzura de su gobierno, y que siendo de una de las primeras familias de Polonia, esperaba no tendría otros intereses que los de la República. El nuevo elector de Sajonia, hijo del difunto Rey, no dejó también de tener sus parciales, pero muy limitado su poder para hacer valer su pretensión.

Entre tanto se fomentaba la desunión para después dar el mayor estallido, se dispusieron algunos reglamentos, que a haberlos observado los polacos y ser más firmes en sus empeños, no hubiera llegado el caso de tanta discordia entre ellos; pero mientras se tenían las Dietinas, toda la Europa sabe las considerables remesas que se hicieron en oro de Amsterdam a Dantzik. El marqués Monti, embajador de Francia, se dio indecibles movimientos para aumentar el partido del suegro del Rey su amo, en que no le ayudó poco el primado, quien había conservado siempre una verdadera estimación por el rey Estanislao, príncipe de un mérito distinguido y de una virtud que raras veces se encuentra en el Trono.

Las inmediatas potencias a la Polonia no se mantuvieron, como se puede creer, quietas, y cada una examinó cuál era el Rey que mejor le convenía. Las cortes de Viena y de Petersbourg se unieron de interés en esta ocasión, y con razón, si es cierto que sus

alianzas se hacían en algún modo inútiles si la Polonia, que se halla entre los dos Imperios, eligiese un Rey que no quisiese concurrir o se opusiese a sus fines particulares. El rey de Prusia tuvo parte en sus deliberaciones, y se concluyó un tratado secreto entre las tres potencias, por el cual convinieron en excluir del trono de Polonia a Estanislao Leszozynski y al nuevo elector de Sajonia. La emperatriz de Rusia tenía sobrados motivos para dar la exclusión al primero, porque nadie ignora que el rey Estanislao era hechura del difunto rey de Suecia Carlos XII y, por consiguiente, enemigo declarado de la Rusia. El Emperador creía, según toda apariencia, que el nuevo Elector seguiría el sistema de su difunto padre, que se había coligado con otros dos electores para oponerse en la Dieta del Imperio a la garantía de la Pragmática-Sanción, y por lo mismo no era del interés de Su Majestad Imperial verle más poderoso; finalmente, el rey de Prusia tenía el propio interés de oponerse a su elección, porque no ignoraba las medidas tomadas por los ministros del Rey su padre para hacer revivir las pretensiones de la Casa de Sajonia a la sucesión de los ducados de Berg y de Juliers.

Con que cada una de las tres potencias aliadas tenía su interés particular para dar la exclusión al rey Estanislao y el nuevo elector de Sajonia, sin convenir aún el sujeto a cuyo favor habían de reunirse para ponerle en la mano la diadema de Polonia; y esto alteró tanto más a la República cuanto los afectos al elector formaron un partido, y los de Estanislao, otro. La emperatriz de Rusia hizo marchar hacia las fronteras de Polonia y del ducado de Lituania tres cuerpos de tropas a ruego de los señores del primero; y el César, que había formado un campo en la Silesia a la requisición del primado y otros grandes del reino, como ya queda dicho, le aumentó, haciéndole marchar hacia Groot-GIogaw. En este intermedio envió el elector de Sajonia embajadores a la corte de Viena, para hacer conocer a los ministros de Su Majestad Imperial que sus ideas no eran las mismas que las del Rey su padre; al contrario, pues, deseaba concurrir en las medidas que se habían establecido para la sucesión austríaca, haciéndose garante de la Pragmática-Sanción, de manera que no sólo se reconciliaron las cortes de Viena y Dresde, sino que también firmaron tratado de alianza, en el cual entró la emperatriz de Rusia; y desde entonces los negocios mudaron de semblante por lo tocante a la elección.

Los ministros moscovitas, así en Petersburg como en toda la Europa, se declararon altamente contra Estanislao. Y este proceder siendo contrario a la libertad de los polacos y al derecho que siempre han tenido de elegir a sus reyes, el primado les hizo en Varsovia varias representaciones que no tuvieron efecto, por lo que este prelado escribió una carta a Su Majestad Cristianísima suplicándole protegiese y defendiese la libertad de los votos de la nación. El paso era superfluo: la Francia estaba empeñada en ello, pero era preciso salvar las apariencias y aguardar la ocasión.

Aunque el Rey Cristianísimo había dado a entender, desde la muerte de Augusto II, no querer tomar partido, o al menos directo, en los negocios de Polonia, con motivo de la carta del primado, se mostró públicamente interesado en la próxima Dieta de elección, y no perdió el instante de formar una declaración, que sus ministros tuvieron orden de comunicar a varias Cortes, diciendo que Su Majestad hubiera suspendido el juicio sobre la marcha de un cuerpo considerable de tropas que el Emperador hacía marchar a las fronteras de Polonia, si las declaraciones hechas por la mayor parte de los ministros imperiales podían permitir dudar del deseo y aún del designio de hacerla forzosa a los

polacos; que a vista de semejante proyecto, Su Majestad no podía disimular su sentimiento; que además del común interés que tienen todos los príncipes en mantener la libertad de Polonia, la dignidad y grado que tiene entre los potentados de la Europa le obligaban a tomar parte en los negocios que podían turbar la tranquilidad general; que el Rey había asegurado ya a los polacos que mantendría en cuanto dependiese de él la entera libertad de los sufragios, y que no podría mirar las empresas formadas para hacerles la forzosa, sino como un designio real de intentar contra la quietud de la Europa, y, en consecuencia, obrar con el celo y firmeza que la importancia de la materia requería.

Veíase la corte imperial de Viena en el mayor apogeo de su grandeza desde la paz de Passarowitz, en la cual dio la ley al Imperio de Oriente; desde entonces ella no había disminuido en nada de su altivez, y creyéndose ofendida de una declaración tan contraria a su honor e interés, no tardó en responder a esta especie de manifiesto; pero contaba hablar con la Francia, y no con los aliados de esta potencia. La contradeclaración que se opuso fue que el Emperador no había juzgado dignas de su atención las insinuaciones mal fundadas que se empleaban en Polonia para apartar a los buenos patricios de poner su confianza en un príncipe amigo, vecino y aliado, y que, a imitación de sus augustos predecesores, bien lejos de permitir se causase el más mínimo estorbo a la libertad de la república de Polonia y a su Constitución sería siempre de ellas el más firme apoyo; que, garante de esta misma libertad, el cuidado de mantenerla contra las empresas de quien se fuese, le tocaba a él principalmente, y que, distantes sus ministros de haber imitado a aquellos que pretendían limitar los votos de una nación libre a un solo sujeto, habían declarado desde el principio del interregno, así de viva voz como por escrito, que el César no sufriría se emplease ninguno de los medios contrarios al derecho de una elección libre, aun cuando los polacos quisiesen valerse de uno de ellos para colocar sobre el Trono a un candidato que les fuese agradable; que, por consiguiente, el Emperador no podía menos de admirarse de que por una declaración concebida en términos desmedidos y esparcidos con indecente afectación, se pretendiese acumularle un cargo que mejor convenía a aquellos que obraban con principios opuestos; que el Soberano en sus Estados no tenía que dar cuenta a nadie de la marcha de sus tropas a la Silesia, las cuales acampaban en esta provincia antes de la muerte del rey Augusto, y que la justicia que gobierna y regla todas sus acciones, no dejaba duda alguna sobre el fin que se propuso, y manifestará en esta ocasión como en cualquier otra tanta rectitud por lo que concierne a los derechos ajenos, cuanta firmeza en defender los suyos y el de sus aliados.

Luego, después de la declaración de la Francia, el marqués de Monti no se receló trabajar abiertamente por el rey Estanislao, y se mandó preparar una escuadra en aquel reino para mejor ocultar el camino que debía tomar este príncipe, publicando que había de embarcarse a su bordo, ejecutándolo el marqués de Thiange en su lugar, bajo el nombre del rey Estanislao, y recibió, en consecuencia, los honores correspondientes a tal personaje. Tampoco el primado ocultó ya el celo que le animaba por este príncipe, lo que le atrajeron infinitas representaciones y cartas del César, con las declaraciones que públicamente le hicieron los ministros de este príncipe y los de la Rusia, a fin de que desistiese de su empeño y no se hiciese violencia a los vocales de la elección.

* * *

Conforme iba creciendo la discordia entre las cortes de Viena y de Versailles, crecía la buena unión entre ésta y la de España, la cual aún se mantenía en Sevilla con las agradables noticias que cada día recibía de la felicidad de sus armas en África. Había detenido el invierno a los infieles para no causar mayor molestia a los españoles, aunque varias veces inquietados en sus puestos avanzados; y según las derrotas del precedente año, parecían haberse aquietado sobre la pérdida de su dominio. Mas no fue así; reforzada aquella canalla con algún socorro del Gran Señor, volvió en la primavera a dejarse ver delante de los muros de Orán, con ánimo de hacer los últimos esfuerzos para apoderarse de esta plaza.

Prevenidos de municiones y artillería, se presentaron el día 19 de abril hasta diez mil infantes y dos mil caballos para embestir los fuertes de San Felipe y de San Fernando, que acababa de hacer construir el marqués de Villadarias, su gobernador. Descubierto el intento de los infieles por dos compañías de granaderos que se hallaban apostadas sobre el barranco situado junto a la montaña de la Maceta, para cubrir los trabajadores, hicieron su descarga y después se retiraron por la muchedumbre que cargó sobre ellos. Avisada la guarnición de su peligro, mandó el marqués de Villadarias saliesen dieciocho compañías de granaderos y dirigiesen su marcha hacia los referidos castillos de San Felipe y de San Fernando, en donde encontraron los infieles que ya se habían apoderado de los puestos avanzados de estas fortalezas y plantadas sus banderas en ellos. Allí se trabó una escaramuza bastantemente viva, en que los moros fueron echados y precisados a repasar el barranco.

La celeridad con que abandonaron éstos sus puestos y el desorden en que parecían estar, infundió ánimo en los cristianos para perseguirlos; pero admirados los bárbaros de la desigualdad de fuerzas, dispusieron hacer un movimiento estudiado, haciendo desfilar su gente por derecha e izquierda desde el centro, a fin de girar a su enemigo, al cual atacó por los flancos y por el frente con tal ímpetu, que no pudiendo los cristianos sostener su esfuerzo, se retiraron a guarecerse de los castillos.

Hallábase el gobernador en el puesto avanzado del de San Fernando con siete compañas de granaderos, para observar lo que pasaba y acudir a donde la urgencia lo pidiese. Habiendo conocido el intento de los moros, ordenó que las siete compañías se reuniesen con las diez que se retiraban y juntas, atacasen a los bárbaros, a fin de desconcertar sus medidas, mientras disponía otras favorables a su idea. Con efecto, detenido el ardor de los infieles con este improviso ataque y solicitando romper aquel cuerpo, se fortificó en este paraje con el remanente de su tropa esparcida para combatir de nuevo a los españoles.

Conocía muy bien el marqués de Villadarias que sus fuerzas no le permitían el pelear en campo raso; se sirvió, pues, de la astucia de que había experimentado ya su beneficio, y fue ésta mandar a las diecisiete compañías retrocediesen con buena orden hasta meterse debajo del cañón de los fuertes de San Felipe y de San Fernando, lo que ejecutaron con felicidad, no obstante el continuo fuego de los enemigos.

Viendo los moros que los españoles por su retirada no podían competir con su número, dieron en el lazo, pues avanzándose con intrepidez llegaron a plantar sus banderas en las obras exteriores de los referidos castillos, sin que la tropa cristiana hiciese ademán de oponerse a sus tentativas por haber recibido orden de no disparar. Dispuesto todo para asaltar a uno de los fuertes, que aún no estaba en estado de defensa, se pusieron los infieles en movimiento con su acostumbrada algazara para ejecutar su proyecto, pero bien provista la artillería de ambos castillos y cargada de metralla, fueron recibidos de un modo no esperado, a que correspondió la fusilería, que hizo en ellos increíble, destrozo. Escarmentados los bárbaros, abandonaron el empeño, dejando más de mil y quinientos muertos y mayor número de heridos. Pareciéndole al comandante general lograr más completa victoria si en la confusión de su retirada los atacase, dio orden para que un cuerpo de caballería que estaba apostado cerca del castillo de San Andrés los acometiese con ánimo de empeñar nueva acción, pero los moros, cuyo brío había cedido al de los españoles, no pensaron más que en retirarse a su campo, con lo que viendo el marqués de Villadarias frustrada su idea, se volvió a la plaza, sin haber excedido la pérdida de los cristianos, entre muertos y heridos, de doscientos.

Había mandado el Rey Católico, a instancias del referido marqués, fuese una escuadra de seis navíos de línea, bajo el mando del teniente general don Blas de Lesso, para que corseasen los de Berbería hasta Malta, donde reforzó su escuadra con dos naves de la religión de San Juan. Allí se tuvo noticia cierta de que en breve debía llegar a Argel la flota de los infieles, compuesta de siete navíos de esta Regencia y dos sultanas que el gran señor la había concedido, con un socorro de seis mil turcos. Unidas las escuadras de España y Malta, ambos jefes resolvieron hacerse a la vela hacia Levante en busca de los bárbaros, pues ya habían salido de los Dardanelos, pero su solicitud fue infructuosa, habiendo sabido que cuatro de los navíos argelinos habían naufragado cerca de Mosionisi en una furiosa tempestad que los sorprendió el día 30 de marzo debajo del cañón de la fortaleza de Methelino, y que una sultana del porte de setenta y cinco cañones había perecido igualmente al salir del puerto de Foglieri; con que de esta escuadra en que fundaban los argelinos grandes esperanzas no quedaron sino cuatro naves, y éstas tan destruidas de la borrasca, que era preciso se volviesen a construir casi de nuevo para hacerse al mar. No obstante, las escuadras española y maltesa prosiguieron su curso los dos meses de abril y mayo.

Viendo los argelinos que en lugar de aminorarse aumentaban los armamentos españoles, sospecharon que aquellas fuerzas y otros preparativos que ya a la sazón se hacían en los puertos de España, se destinasen contra su república, lo que les obligó a renovar sus instancias al Gran Señor, que les concedió otro socorro de tropas y municiones. El capitán Pachá Giasum Goggia tuvo orden con doce sultanas y la que escapó del naufragio, juntamente con siete galeras turcas, de convoyar este refuerzo; el que llegó a Argel por el mes de julio; después de lo cual se restituyó a Constantinopla. Aunque el bailío veneciano tuviese seguridades de parte del gran visir de que la Puerta no hacía aquella expedición con idea de molestar en manera alguna a los vasallos de la República, sin embargo, las islas sujetas a los venecianos, especialmente la del Zanta, concibieron gran temor al ver pasar semejante armamento; pero aún fue mayor la sospecha del gran maestre de Malta, quien desde luego se persuadió se dirigía este armamento de los turcos contra su isla, cuyo recelo le obligó a despachar embajadas a diversos príncipes,

pidiéndoles socorro; mas éste fue inútil, por haber vuelto el capitán Pachá a Constantinopla sin hacer la menor tentativa en su tránsito.

Mientras navegaba el almirante turco hacia Argel, sucedió otro choque entre los españoles y moros en Orán. No habían cesado éstos, desde el 19 de abril, de hacer frecuentes correrías en el territorio de la plaza, apresando al ganado que pastaba en los contornos de las fortalezas y echándose sobre las partidas avanzadas en que siempre quedaban algunos sacrificados a su furor. El día 10 de junio se juntaron en mayor número que de costumbre con el designio de hacer los últimos esfuerzos para apoderarse de la plaza de Orán, a cuyas inmediaciones se acercaron. Reconociendo, vigilante, la intención de los bárbaros, el comandante general destacó diez compañías de granaderos, con buen número de voluntarios, para que fuesen a oponerse a su empresa y aun el atacarlos si la ocasión se ofrecía propicia. Mandó igualmente que otro destacamento de granaderos y dragones ejecutase lo mismo por otro lado. Lo demás de la infantería española tomó al propio tiempo las armas, pero sin llevar banderas, y se formó en dos líneas, cuya derecha apoyaba al fuerte de San Fernando.

Tomadas todas las medidas que parecieron conducentes a los designios del marqués de Villadarias y presentándose favorable el ataque, se dio la señal para acometer, que fue el disparo de un cañonazo del castillo de San Felipe. Los granaderos y voluntarios que se hallaban los más cercanos a los bárbaros dieron principio a la acción con una descarga cerrada y no infructuosa, pues retrocedieron los moros hasta una pequeña elevación que tenían a espaldas. En este paraje fueron atacados de nuevo por toda la tropa española, cogiéndolos de frente y costados, a cuyo esfuerzo cedieron otra vez, huyendo hasta la montaña de la Meceta. Los cristianos, siempre en su alcance, se apoderaron de diversas alturas, de donde hacían un fuego continuo, lo que obligó a los infieles a estrecharse, y allí reunidos, con indecible presteza hicieron cara a los españoles, echándose con un furor bárbaro sobre ellos. Esta inopinada resistencia, aunque les costó muchas vidas, motivó a que los granaderos y dragones abandonasen varias colinas de que se habían apoderado, para retirarse hacia el fuerte de San Fernando después de haber mantenido con tesón y disputado el terreno por tiempo considerable.

Bien ordenados los infieles contra su regular costumbre y cerradas sus filas, marcharon en derechura al referido fuerte, lisonjeándose de que se apoderarían de él tanto más fácilmente, cuanto discurrían haber causado destrozo grande en los cristianos. La cautela del comandante general en no dejar a la tropa llevar sus banderas, no pudo ser sino para alucinar a los moros, los cuales no juzgan de la fuerza de sus enemigos más que por el número de ellos. En esta persuasión se avanzaron intrépidos delante del mencionado castillo, cuya artillería, cargada de metralla, y la fusilería de una parte de la tropa que se había retirado a él, causó tanto estrago en ellos cuanto su proximidad y sus filas cerradas dieron lugar a que ningún tiro disparase en vano. Escarmentada la inutilidad de sus esfuerzos, volvieron la espalda con una aceleración difícil de expresar, y la confusión aumentó el horror de la carnicería, excusando a los españoles de ir en su alcance. Su pérdida en esta empresa, según se supo después, llegó a más de tres mil hombres, y la de los cristianos cerca de mil entre muertos y heridos, no obstante el haber sabido los infieles manejar en aquella ocasión con bastante destreza su artillería y fusilería.

De esta acción de los españoles con los moros pudo decirse fue la última que causó alguna inquietud a la plaza de Orán, pues aunque volvieron varias veces delante de ella, sus hazañas se redujeron a piraterías y a robos, así de hombres como de ganados, dejando en lo demás construir pacíficamente los castillos y otros pequeños fuertes, cansados del tiránico gobierno de su país, se pusieron bajo de la protección del Rey Católico y pasaron a avecindarse en esa ciudad con sus familias y ganados. Se consintió en que tuviesen el libre ejercicio de su religión, y se ha reconocido en muchas ocasiones que Su Majestad no tenía mejores súbdito; por tanto, se han formado algunas compañías bajo de la denominación de moros de paz, con sus oficiales, que sirven útilmente y con la mayor fidelidad de exploradores a los españoles, manteniendo a la ciudad de Orán abundantemente provista de carnes que van a buscar tierra adentro.

* * *

Esta continuada próspera ventaja de las armas católicas en África no penetró hasta el palacio de los Reyes en Sevilla, donde Sus Majestades y su real familia se habían mantenido desde que acompañaron a la serenísima infanta de España, princesa del Brasil, a Badajoz, si se exceptúa la ausencia de algunos cortos viajes, como fueron al Puerto de Santa María, Granada y Cazalla -como queda dicho en el tomo antecedente-; pero siempre restituyéndose a Sevilla, como centro entonces de la corte, no obstante el mantenerse existentes los tribunales en Madrid. La muerte del rey Augusto de Polonia, las prácticas de la Francia, los disgustos de España en ver que la corte imperial difería en satisfacerla, la ocasión propicia que se ofrecía en la guerra que se meditaba contra el César para el recobro de los reinos de Nápoles y de Sicilia; en fin, la propensa inclinación del rey de Cerdeña para abrazar siempre el partido más ventajoso a sus intereses, hicieron juzgar a Sus Majestades Católicas ser preciso, en la presente coyuntura, remover su corte de Sevilla a Madrid, así para estar más a mano en la ocurrencia de los negocios, como para facilitar el despacho de ellos.

Más de un año había que el Rey Católico se mantenía encerrado en su palacio del alcázar de Sevilla, haciendo de la noche día, y día de la noche, pareciendo haber abandonado totalmente las cosas del mundo; pues a excepción de un corto número de sus familiares, y del embajador de Francia, era inaccesible a los demás. Vivía este gran príncipe en este retiro con el mayor desaliño, entregado a la virtud que siempre profesó con no vulgar ejemplar. La Reina, que le acompañaba, era quien despachaba todos los negocios, cuya cuenta le daba don José Patiño, entonces primero y único ministro; el infatigable celo de este grande hombre por todo lo que concernía a los intereses de Sus Majestades Católicas, juntamente con ciertas representaciones lisonjeras, hicieron tanta impresión en el ánimo del Rey, que, finalmente, este Príncipe se determinó a salir de aquel letargo en que le tenía su desapego, sacrificando el género de vida que había abrazado y gozaba con tanta dulzura, para restablecer el alivio que su ausencia había en algún modo desterrado de la capital del reino.

Resuelto el viaje cuatro o cinco días antes de ejecutarse, se efectuó el 16 de. mayo para el Real Sitio de Aranjuez, adonde llegaron Sus Majestades el 12 del siguiente mes. Allí se renovaron las conferencias que dicho viaje había interrumpido. Los correos de Alemania, Francia e Inglaterra fueron frecuentes en la corte; pero sus despachos no tenían con qué satisfacerla. Los primeros dejaban mucho que desear. La Inglaterra, como mediadora, o a lo menos la que parecía interesarse más en la pacificación de la Europa, encontraba invencibles dificultades en conciliar las ideas opuestas que la muerte repentina del rey de Polonia había ocasionado. La Reina Católica hubiera deseado hacer recayese esta Corona en las sienes del serenísimo infante don Carlos su hijo; y aun envió poderes al padre Araceli, teatino, con amplias instrucciones para este fin; pero la viveza con que procedía en el mismo empeño el Cristianísimo para el rey Estanislao, su suegro, hizo entender a esta princesa don José Patiño, el que desistiese de aquella pretensión, respecto de las oposiciones que hallaría, no sólo por parte del francés, sino también por la del Emperador, quien no consistiendo a la elección del rey Estanislao por su estrecho parentesco con el Cristianísimo, según lo había declarado ya públicamente, menos consentiría en la del señor infante don Carlos; que en la coyuntura presente se podía aprovechar de dicha elección para el recobro de los reinos de Nápoles y Sicilia, uniendo las fuerzas de España a las de Francia; que esta potencia lo solicitaba con ardor, y que se podía casi asegurar tendrían feliz suceso las armas del Rey, y sin mucho estipendio, prolongando el ajuste con la corte imperial de Viena, hasta que la Francia diese principio a las hostilidades en el Rhin, para mejor sorprender a los Estados de Italia, donde no había tropas, ni pensaba el César en enviarlas, con motivo de la aparente seguridad en que vivía con la corte de Turín.

Este dictamen de don José Patiño conciliándose perfectamente con las ideas de la Reina, y aun del rey Felipe, que querían de todos modos la colocación del infante sin dependencia alguna, además de su natural inclinación y afecto inseparable con la Francia, fue tan bien admitido que ya no se trató más que en la ejecución del proyecto del ministro. Tuvo éste varias conferencias sobre el asunto con el embajador de Francia, conde de Rottembourg, cuyos influjos no alimentaban poco las favorables esperanzas que se habían concebido en la corte de España; de manera que con las proposiciones y ventajas que ofrecía el cardenal de Fleury, no le fue difícil al purpurado el inclinar a esta Corona a tomar venganza de los ultrajes que creía haber padecido, haciendo causa en los que la Francia pretendía igualmente recibir con las disposiciones y declaraciones del César para excluir del trono de Polonia al suegro de Su Majestad Cristianísima.

Lo cierto es que todo concurría para el feliz éxito de los designios de don José Patiño: guardaban las principales plazas de Toscana españoles naturales, que facilitaban la entrada a Italia segura y sin estorbo. Los repetidos asaltos de los infieles a la plaza de Orán tenía puesto a la corte de España en la obligación de mantenerse armada, y aun a aumentar sus fuerzas, sin que diese prudente motivo de celos a la Casa de Austria, que proseguía con sobrada lentitud en las negociaciones con esta Corona. En esta confianza estaba el Emperador; a lo menos no mostró inquietud acerca de los preparativos de guerra que se hacían en España, no creyendo aquel Monarca que ésta emprendiese algo contra la quietud de Italia, mayormente cuando a su parecer vivía en la mejor unión con el rey de Cerdeña, a quien acababa de conceder la extracción de todo género de granos del Estado de Milán, con el pretexto de que el Piamonte carecía de ellos.

Tratando- el duque de Ripperdá con la corte imperial de la paz que concluyó con España, había creído el César que en corroborando el artículo V de la Cuádruple Alianza, se aseguraba un dominio pacífico en Italia, como también considerables ventajas al comercio de sus súbditos; pero este ministro, engañándose a sí mismo y abusando de la confianza de los Reyes Católicos, alucinó sin pensarlo a la corte de Viena. La unión tan estrecha que formó no podía ser permanente, y no se tardó en percibir las vanas esperanzas que dieron lugar a ella; por lo mismo, se fue disminuyendo poco a poco, hasta que restablecida la buena correspondencia con Francia e Inglaterra, acabó la España de separarse totalmente del Emperador por el tratado que se firmó con aquellas dos potencias en Sevilla el año de 1729.

Derogando en éste al artículo V de la Cuádruple Alianza, como ya se había derogado por el tratado de Madrid, hecho con las referidas potencias en el año de 1721, permutando las guarniciones suizas que debían presidiar las plazas de Toscana, Parma y Plasencia, en tropas españolas quedó establecido la inmediata introducción de éstas en las referidas plazas, como asimismo las del serenísimo infante en sus Estados, haciéndose garantes las partes contratantes de su ejecución. Este fue el efecto que produjo el tratado de Viena. Asegurada la entrada a la Italia, siempre quedaba aquella puerta abierta a los proyectos de España, que se hubieran inutilizado en esta coyuntura, si los suizos (tropas neutrales), o por decirlo mejor, si dicho tratado de Viena no hubiese dado lugar al de Sevilla, sembrando la desconfianza entre los dos monarcas. El César bien lo percibía, y por más que levantó el grito contra la infracción del tratado de Cuádruple Alianza e interesar al Imperio contra esta mutación, que no anunciaba cosa buena para lo futuro; sin embargo, como se veía este príncipe sin más aliados, su objeto siendo el reconciliarse con las potencias marítimas, hizo depender su consentimiento en esta accesión, que solicitaban estos potentados, de la garantía de la Pragmática-Sanción, como también de los demás Estados que Su Majestad Imperial poseía en Italia, a que concurrieron gustosas las expresadas potencias marítimas, poniendo fin de una vez a tanta negociación como había originado la colocación del señor infante don Carlos, y fijando el estado incierto de la Europa desde tanto tiempo.

Pero en vano se lisonjea el hombre de establecer cosa alguna permanente, porque siendo todo sujeto a las vicisitudes, por más que le parezca haber alcanzado el fin de sus desvelos, la Divina Providencia suele permitir por sus ocultos juicios se desvanezcan. Esta pequeña digresión hemos hecho para que se vea que no se deben imputar las turbulencias actuales, sino al tratado de Viena (obra del duque de Ripperdá), el cual después dio lugar al de Sevilla; esto es por lo que mira a la España. En cuanto a la Francia, sin duda era de su honor el que el rey Estanislao volviese al trono de Polonia, y el ministro estaba prevenido de antemano para conseguir el intento.

Unida de interés esta potencia con las de España y Cerdeña, se trató en el modo de hacer la guerra al Emperador. El marqués de Castelar, ministro extraordinario en Francia, estuvo encargado de arreglar y fortificar el plan de las próximas operaciones, y se convino con el Ministerio de Francia en que dando principio las armas de España por la conquista de los reinos de Nápoles y de Sicilia, después de efectuada, uniría esta Corona sus fuerzas con las de Francia y Cerdeña en Lombardía, a fin de que obrando de común acuerdo, pudiesen echar de Italia a los alemanes, mientras los franceses llamarían toda su

atención en el Rhin; que Su Majestad Cristianísima no pretendía conservar cosa alguna de sus conquistas; que los reinos de Nápoles y Sicilia quedarían incorporados por siempre a España, y el Estado de Milán al rey de Cerdeña. Ve ahí los preliminares de esta grande alianza, consistentes en tres artículos. Este príncipe, que acababa de coligarse estrechamente con la Francia para desvanecer cualquier sospecha en Viena, mandó a su ministro en aquella corte pidiese formalmente la investidura de los feudos que Su Majestad Sarda posee en Italia, ya vencidas las dificultades que le habían retardado hasta entonces; pero habiendo sobrevenido un incidente en el ceremonial que se debía observar con el marqués de Solari, su embajador, no obstante haberle dado los ministros imperiales satisfacción plena del pretendido desacato, le mandó este príncipe se restituyese a Turín, sin despedirse del Emperador ni menos de sus ministros.

Las potencias marítimas que no tenían interés alguno en la elección de un rey de Polonia, no miraron, sin embargo, con indiferencia lo que iba tramándose, porque preveían las consecuencias que podían resultar de la contrariedad de intenciones de ambas cortes de Viena y Versalles. Temerosas, pues, de que la guerra se introdujese en los países que podían interesarlas y, por consiguiente, las empeñasen en ella, como también de que corriese riesgo el importante y sobradamente cacareado equilibrio del poder en Europa, concertaron entre ellas las medidas para apartar la guerra de los Países Bajos, y aun para prevenirla si fuese posible.

El César ya había requerido a una y otra potencia a fin de que aprontasen los socorros estipulados en el tratado de la Cuádruple Alianza, y posteriormente en el de Viena. La Inglaterra dio, desde luego, buenas esperanzas, mandando armar sus escuadras; pero los Estados Generales hallaron modo de eximirse diciendo al conde de Sintzendorff, ministro del Emperador en La Haya, que no habiéndoles Su Majestad Imperial comunicado los empeños que había contraído de poco tiempo a esta parte con otras potencias interesadas en la elección de un rey de Polonia y no teniendo sus altipotencias derecho ni obligación de injerirse en ella, el partido que podían tomar en la presente coyuntura era el de una exacta neutralidad; que sin embargo, Su Majestad Imperial podía estar seguro de que los Estados Generales examinarían las alianzas que subsistían con este príncipe y que, en consecuencia, tomarían de acuerdo con el rey de Inglaterra las medidas más eficaces para probar al Emperador la fidelidad con que obraban en sus empeños.

Esta respuesta de los Estados Generales a las instancias de la corte de Viena fue como el preludio de la convención o acto de neutralidad que firmaron con la Francia el día 24 de noviembre, en que se estipuló que los Países Bajos austríacos, que sirven de barrera a la república de Holanda, no serían molestados ni atacados con motivo de la guerra que aparentemente ocasionarían los negocios de Polonia, bien entendido que sus altipotencias no tomarían parte alguna en ellos, ni en las resultas que podían sobrevenir, con tal, sin embargo, de que no fuese en perjuicio de las alianzas que tenían con el Emperador, como asimismo con la Francia, y a las cuales no pretendían derogar.

Esta convención con el Rey Cristianísimo, en la cual intervino la gobernadora de los Países Bajos, con consentimiento del Emperador su hermano, ya que este príncipe no pudo impedir tuviese efecto, aseguró la preciosa barrera de sus altipotencias, pero no por esto dejaron de trabajar con calor de acuerdo con Su Majestad Británica por los intereses

de la corte de Viena, estableciendo en La Haya el pósito de las conferencias para una mediación que diese lugar a un Congreso general, como se verá en adelante.

* * *

Mientras las potencias marítimas se conducían con tanta moderación, los polacos procedían con bastante inquietud en las deliberaciones de sus juntas, y para cortar la animosidad que reinaba entre los principales de sus magnates, el primado publicó los universales para la convocación de la Dieta de elección, cuya pieza enérgica no se dirigía menos que a desarraigar el espíritu de parcialidad, pero en vano; la proximidad de los moscovitas a la Polonia alteró los ánimos de tal modo, que muchos palatinos, separándose de sus colegas, se retiraron del campo de elección a la otra parte de la Vístula, protestando contra la violencia que pretendían se les hacía de la libertad de sus votos.

Las cosas se hallaban en este estado cuando el general Lascy, comandante en jefe de las tropas moscovitas, publicó un manifiesto en que decía sustancialmente que el ejército rusiano entrado en Polonia por orden de la Czarina su ama, no era para otro fin sino el mantener la libertad de los derechos y constituciones de la República, las cuales se habían derribado enteramente en la última Dieta de convocación con inauditas violencias y amenazas; que garante Su Majestad Czarina de mantener la República en sus derechos y libertades en conformidad de los tratados solemnes que subsistían entre la Rusia y la Polonia, y confirmados por todos los Estados de la nación, enviaba un ejército a instancias de la mayor parte de los fieles patricios, para proteger la libertad de los votos en la próxima elección; que las tropas moscovitas no estarían a cargo de los vasallos de la República, y que bien lejos de cometer el menor desorden, pagarían de contado cuanto se les suministrase.

La resulta de las deliberaciones de la Dieta sobre una declaración tan improvisa por parte de la corte de Petersburgo fue el publicar en Varsovia una especie de protesta en forma de manifiesto, que cada uno de los electores aprobó con juramento, contra todos aquellos que habían llamado a estas tropas extranjeras en la patria, decretándose que sus bienes y los de sus sucesores serían confiscados, sus casas arrasadas en señal perpetua de su traición, que no les concedería armisticio y que jamás podrían ser rehabilitados en sus dignidades, y que sus mujeres quedarían también privadas de sus bienes propios y prerrogativas, añadiéndose que si sucediese que un obispo fuese del número como aparecía por el manifiesto del general moscovita, sería igualmente privado de su dignidad, autoridad y actividad en las juntas públicas y sus rentas secuestradas hasta una decisión definitiva acerca de esto; que esta protesta sería firmada en todos sus puntos y cláusulas, y que si alguno de los obispos, senadores, ministros o miembros de la nobleza de ambas naciones polaca e irlandesa se negase en firmarla, sería tenido igualmente, *ipso facto*, por enemigo de la patria.

El mismo día 4 de septiembre, que se publicó dicha protesta, el embajador de Francia presentó al primado y Senado una declaración de parte del Rey su amo, diciendo en ella que, habiendo Su Majestad Cristianísima hecho ver en todos tiempos por sus cuidados y socorros, que nada deseaba tanto como procurar a la serenísima república de Polonia el gozo entero de su plena libertad, independiente e ilimitada; declaró que no sólo prometía mantener eficazmente esta libertad en el punto esencial de la elección de un rey, sino que no había omitido paso ni medida alguna, ya fuese empleando sus huertos oficios o haciendo armamentos considerables para impedir que la serenísima República sea turbada por quien fuese en su libertad; pero que si la noble nación polaca, ahora congregada, convenía unánime en colocar sobre el trono de Polonia al serenísimo rey Estanislao, así en consideración de sus virtudes eminentes como porque este príncipe es suegro del Rey Cristianísimo, entonces Su Majestad prometía mantenerle, no sólo con todas las fuerzas que Dios le había confiado, sino también, en caso de que las inmediatas potencias de la República hiciesen atacarla con motivo de esta elección, todo el dinero que sería menester para aumentar las tropas de la República, pero que si después de la elección del serenísimo rey Estanislao las circunvecinas naciones dejaban en paz a la República, así como lo requería la justicia, y como siendo dueña de sus derechos, con todo, en testimonio de su sincero afecto y amistad, el Rey Cristianísimo ofrecía al estado de la nobleza pagar puntualmente durante dos años, que empezarían a correr desde el mes de marzo de 1734, las contribuciones regladas en la confederación de 1717, para la paga del ejército de la Corona, llamado *capacitación* en el reino de Polonia y *fumalia* (las chimeneas) en el gran ducado de Lituania; esta declaración puso el cúmulo a los afectos al rey Estanislao, pero exasperó a los indiferentes, que no eran susceptibles del oro extranjero.

No habiendo determinado las leyes tiempo fijo para el día de la elección, el primada juzgó por conveniente con los de su partido terminarla lo más pronto que pudiese y antes que las tropas moscovitas se acercasen demasiado del campo de elección; por lo mismo, habiéndose recogido los votos el 11 y 12 de septiembre con las acostumbradas formalidades, y pareciéndole al primado la unanimidad de los sufragios comprobados a favor del rey Estanislao, envió una diputación a algunos palatinos, los cuales, como queda dicho, se habían retirado del campo de elección al otro lado del Vístula (en el de Praag), para empeñarlos, del mismo modo que al príncipe Wiesnowieski, a volver al campo entre Varsovia y Wola, y reunirse a los demás de la República; pero antes del regreso de estos diputados, instado el primado de los palatinos de su parcialidad, y de la mayor parte de los senadores, proclamó el 12, a las cuatro de la tarde, por rey de Polonia y gran duque de Lituania, a Estanislao Leszozinski.

Al otro día de esta elección, el obispo de Cracovia, algunos palatinos, castellanos, senadores y otros magnates que habían parecido indiferentes acerca de la elección, sentidos de la precipitación del primado salieron del campo electoral y pasaron a Praag en el de los contrarios, los cuales todos al día siguiente en campo raso tuvieron Consejo, en el que aprobaron y firmaron en número de tres mil caballeros un manifiesto contra la elección y proclamación del rey Estanislao, protestando contra cuanto se había hecho en ella.

Desde el 9 de septiembre ya se hallaba este príncipe en Varsovia de oculto en casa del embajador de Francia, el marqués de Monti, adonde pasaron el primado, muchos senadores y nuncios para cumplimentarle, recelándose en Francia de que los ingleses, que a la sazón daban muestras de hacer grandes armamentos, no se opusiesen al paso de la escuadra de Brest, que debía conducir al rey Estanislao a Polonia. De resulta de una grande conferencia mandó Su Majestad Cristianísima que el comendador de Tiange, de la misma edad que aquel príncipe, muy parecido, con sus insignias y aun sus mismos vestidos se embarcase a bordo de la referida escuadra, observándose con él los propios honores como si fuese el verdadero Estanislao; de manera que a excepción del marqués de la Lucerne y el caballero de Luynes, que eran del secreto, nadie dudó estuviese este príncipe a bordo de la flota. Mientras figuraba el señor de Tiange recibiendo en todas partes los debidos honores a la dignidad real, se dispuso que el rey Estanislao emprendiese el camino a Polonia por tierra, llevando en su compañía al caballero Dandelot, quien sabía la lengua polaca y otras diversas con perfección. Disfrazados y con nombres fingidos de comerciantes, haciendo el Rey de factor al caballero Dandelot, dirigieron su camino por la Lorena a Estrasburgo, de allí a Francfort y Berlín, habiendo llegado en 9 a Varsovia, precisamente al tiempo en que su presencia era más necesaria y tres días antes de su elección.

No entraremos aquí en la relación de lo que ocurrió entre los dos partidos opuestos, ni tampoco referiremos, porque no es de nuestro asunto, la fuga de los contrarios al rey Estanislao, perseguidos por las tropas de la Corona, ni el sitio del palacio de Sajonia en Varsovia, ni la ridícula capitulación que se hizo en él, ni las quejas de los ministros de Rusia y Sajonia por lo que mira al derecho de las gentes violado en esta ocasión. Basta decir que los contrarios, apoyados por los moscovitas, fingieron al principio de octubre tomar el camino del campo de elección cerca de Wola, pero habiéndose detenido en Kanzinowska, formaron allí un campo cerrado en el propio paraje donde se eligió por rey de Polonia a Enrique de Valois en 1573. El conde de Lipski, obispo de Cracovia y vicechanciller de la Corona, fue encargado de hacer las funciones de primado, y el día 5 de octubre, víspera del día fijado por los universales para terminar la Dieta de elección, habiendo el obispo viceprimado recogido los votos que se hallaron unánimes, proclamó a Federico Augusto III rey de Polonia y gran duque de Lituania.

De esta duplicada elección nacieron todo género de desgracias que arruinaron la Polonia y parte del gran ducado de Lituania. Haciéndose el teatro de una guerra civil, entraron ejércitos moscovitas y sajones para sostener el partido opuesto al rey Estanislao. Este príncipe se vio obligado, con el primado y los principales de sus afectos, a abandonar a Varsovia y retirarse a Dantzig, y entretanto se mostrase la fortuna más propicia, ordenó una convocación general para que todos y cada uno tomase las armas en defensa de la patria, para echar de ella al enemigo y destruirle, señalando el paraje donde se debía juntar.

El elector de Sajonia no se mantuvo, como se puede creer, en la inacción, antes bien opuso universales a los de su competidor, publicando una amistad general para todos aquellos que habían seguido el partido contrario. Requirió igualmente a los pueblos proveyesen a la subsistencia del ejército que se veía precisado a hacer entrar en Polonia para proteger al inocente y defender al oprimido, que todo lo que se le suministrase sería

pagado a un precio razonable, y que bien lejos de ser a cargo de la República, luego que ella fuese pacificada mandaría retirar sus tropas del reino.

La estación ya adelantada no permitió a este príncipe el pasar a Polonia para hacerse coronar, ni tampoco a las tropas moscovitas obrar hostilmente. Contentáronse éstas de apoderarte de Varsovia, dar cuarteles de acantonamiento a sus tropas y arreglar las contribuciones. En Dantzig se dieron las más acertadas providencias para poner a esta plaza en buen estado de defensa; se levantaron varios regimientos, a uno de los cuales dio su nombre el embajador de Francia, marqués de Monti, y los condes de Potoki y Tarlo recorrieron el país quemando y talando todo con el pretexto de quitar las subsistencias a sus enemigos; así feneció el año en Polonia.

Sabida en Francia la elección del elector de Sajonia, que se esperaba para dar principio a las operaciones de la campaña, mandó el Cristianísimo al duque de Berwick pasase el Rhin sin dilación y la abriese por el sitio del fuerte de Keel.

En consecuencia, se construyó un puente de barcas enfrente de la ciudadela de Strasbourg y se dio orden al teniente general marqués de Dreux y oficiales correspondientes para que, con veinte compañas de granaderos y dos mil fusileros, pasasen este río en barcas, mientras todo el ejército se dispuso a seguir este destacamento, que lo efectuó el día 13 de octubre sobre el puente que ya se había concluido. El mariscal de Berwick lo pasó el siguiente día al amanecer con los príncipes de Conti, Dombes, conde de Eu y varios generales, y el fuerte Keel quedó embestido aquella misma tarde.

Mandaba en esta plaza el general Pfuhl, uno de los mayores oficiales del Imperio; mucho tiempo entes que se pensase en atacarle había hecho este general las más fuertes representaciones a la Dieta de Ratisbona, a fin de que diesen las disposiciones correspondientes para reparar esta fortaleza, que las aguas del Rhin minaban cada día; pero ya sea porque no se le diese crédito o reposase el Cuerpo germánico sobre el pacífico genio del cardenal de Fleury, sus representaciones fueron desatendidas, y la plaza, casi indefensa, se vio acometida por un ejército de cuarenta mil hombres. No obstante, duró el sitio ocho días, y hubiera durado mucho más a no haberse cometido un yerro que merecía el mayor castigo. Este fue trocar un gran número de balas destinadas para el calibre del cañón de Brisach con las que debían servir para el del fuerte de Keel, adonde se trajeron y no pudieron servir.

La bella defensa del general Pfuhl fue alabada de todos y mereció los mayores elogios de sus enemigos; en consideración a ella, el mariscal duque de Berwick le regaló dos piezas de cañón además de las dos concedidas en la capitulación, que fue de las más honrosas. Salió la guarnición con sus armas, bagajes y doce tiros para cada soldado, y fue escoltada hasta Ettlingen, desde donde dirigió su camino a Ulma.

Los franceses no dejaron de perder bastante gente en este sitio, y según la regulación que se hizo pasaron de tres mil hombres. Después de esta primera expedición, que aseguraba a la Francia una puerta en la Alemania, el ejército se separó, volviendo la una parte a repasar el Rhin, habiendo antes restablecido las líneas de Stolhoffen, y tirado otra guarnecida con reductos desde Keel hasta el fuerte Luis, para mantener la comunicación, y reparado el puente de esta fortaleza como también el de Hunningue, a fin de facilitarse

el paso del río en varios parajes en caso de necesidad. Así puso fin la Francia a sus operaciones en el Rhin, que podían haber sido más gloriosas, no obstante lo adelantado a la estación; pero como Su Majestad atacando al Emperador no pretendía romper con el Imperio, le pareció usar de moderación acerca de este cuerpo y no causarle celos.

Por lo mismo, hizo declarar a los electores y príncipes que su intención no era retroceder sus fronteras y que si se había apoderado del fuerte de Keel no había sido sino para asegurarse el paso del Rhin, a fin de tomar venganza de los agravios que había recibido del César en la persona del rey Estanislao.

Esta declaración era plausible y produjo buenos efectos, especialmente en la corte de los electores de Colonia, Baviera y Palatino; pero los ministros imperiales la hicieron inútil en la Dieta de Ratisbona, manifestando las ideas de la Francia y las peligrosas consecuencias que podían seguirse del atentado cometido contra el Imperio en la infracción del tratado de Baden, y no menos de las instancias del embajador de Francia en Constantinopla; de manera que el Cuerpo germánico dispuso hacer causa común con el jefe en esta guerra, mas no tomó esta determinación hasta el año siguiente, como se verá en su lugar.

Entretanto proseguía otro ejército francés, en número de cuarenta mil hombres, su camino por el Delfinado hacia los Alpes, para juntarse con el del rey de Cerdeña, cuya unión se hizo entre Turín y Verceli. Las tropas de este príncipe llegaban a dieciocho o veinte mil hombres, y Su Majestad debía mandar en jefe las tropas de ambas Coronas, mediante un subsidio de cien mil doblones, que la España se obligó a pagarle.

El tratado que concluyó en consecuencia con el Cristianísimo fue tan secreto que ninguno de los ministros extranjeros, ni aun el del César, que tanto interés tenía en descubrir la trama, fueron sabidores de cosa alguna hasta que la corte de Turín se lo notificó.

Todos los correos que recibía el embajador de Francia, conde de Vaulgrenant, se detenían a tres y cuatro postas distantes de Turín, y con sus despachos entraban disfrazados de paisanos en esa ciudad. El de Alemania, conde Filipi, trataba regularmente con los ministros sardos acerca de las investiduras que el rey Carlos Manuel debía recibir del Emperador, y se mantenía con afectada aceptación en la corte de Turín, mientras el conde de Vaulgrenant a deshoras de la noche tenía se cretas conferencias con Su Majestad, sin intervenir en ellas ni aun sus mismos ministros, para más bien deslumbrar al del Emperador, a quien la voz pública atribuía las negociaciones, en que se ocupaba el de Francia, que vivía retirado de palacio, según aparentaba su circunspección.

Preténdese que el conde de Daun, gobernador general del Milanés y en otro tiempo glorioso defensor de Turín (en 1704), sospechó de lo que se tramaba en aquella corte contra los intereses del Emperador su amo, por lo que llamó al caballero Castelli, ministro del rey de Cerdeña, a quien hizo cargo de su fundada opinión; pero protestando éste no estar informado de cosa alguna, el gobernador despachó al conde Peralongo a Turín para saber de Su Majestad Sarda si dejaba de vivir en buena amistad con el Emperador, y aunque este caballero no pudo penetrar del todo la verdad, sin embargo, los avisos que dio no dejaron duda de los designios de la corte de Turín contra los Estados de Su Majestad Imperial.

En consecuencia, el conde de Daun expidió un correo a Viena solicitando prontos socorros, y entretanto proveyó a la defensa de su gobierno, especialmente a la de la ciudadela de Milán. Las plazas de Novara, Pizighiton y Tortona fueron abastecidas de todo lo necesario. Se aumentó la guarnición de Mantua con las tropas que estaban en el ducado de la Mirándula y se resolvió a abandonar todas las plazas que no podían hacer una larga resistencia, para emplear cerca de doce mil hombres (únicas fuerzas que tenía) a la defensa de las principales hasta el arribo del socorro que esperaba incesantemente de Alemania, bajo las órdenes del conde de Mercy, que debía mandar el ejército imperial en este país.

Tomadas todas estas medidas con bastante precipitación, se retiró el conde de Daun a Mantua, desde donde pocos días después fue llamado a Viena, dejando el mando de las tropas al príncipe de Wirtemberg y al general Vactendonk. Habiendo llegado el Rey delante de Vigevano (el 24 de octubre), que ya se hallaba embestido, esta plaza se entregó por capitulación, y de allí se encaminó Su Majestad a Milán, cuyas llaves llevaron los diputados a este príncipe luego que supieron había pasado el Ticino, en conformidad de un privilegio antiguo de entregarse al primer ejército que pasa este río. Ya había tomado posesión de la ciudad de Pavía, y los generales de Peruza y Corail, habían pasado con tropas para embestir las de Novara y Tortona.

El objeto de Su Majestad Sarda pasando el Ticino era el apoderarse de la ciudadela de Milán y aprovecharse de la consternación de los alemanes. En consecuencia, dio orden al señor Coigny, teniente general francés, para que con diez mil hombres de galisardos, formase el bloqueo de esta fortaleza. El marqués de Visconti, que mandaba en ella, y estaba provisto de todo lo necesario para sostener un dilatado sitio, pareció despuesto a defenderse bien, pues luego que vio asomar a los enemigos mandó disparar sobre el arrabal de los hortelanos con designio de arruinarle e impedir a las tropas aliadas plantar en él sus baterías. Avisado el Rey por el señor de Coigny, envió un trompeta a notificar al marqués Visconti a que hubiese de hacer cesar el fuego de su artillería, con amenaza de no dar cuartel a la guarnición si mandaba disparar más sobre ningún paraje que perteneciese a la ciudad.

Mientras se daban las disposiciones necesarias para hacer el sitio de esta fortaleza, destacó el Rey al duque de Harcourt con un grueso destacamento de infantería y caballería para que fuese a tomar posesión de las ciudades de Lodi y Cremona que los alemanes habían abandonado, a excepción del castillo de esta última, que quedó presidiado, pero sin esperanza de socorro, a lo menos de mucho tiempo, después de un dilatado bloqueo fue tomado por asalto.

Favorable la fortuna, pasó el Rey a Pizighiton con ánimo de hacer el sitio de esta plaza, a la cual se mira como al baluarte del Milanesado, y creyendo que su presencia le facilitaría más pronta su rendición, llegando delante de ella envió un trompeta al comandante de la Gerra d'Adda, que sirve de ciudadela a esta plaza, diciéndole que si quería ganar de Su Majestad la benevolencia, había de entregar la plaza antes de que llegase la artillería, supuesto que se vería obligado a rendirla por fuerza. El oficial comandante, llamado Lurngston, irlandés de nación, irritado de semejante mensaje, dio por respuesta al trompeta que merecía la horca en premio de su osadía, por haberse encargado de esa

comisión, y que dijese al Rey su amo podía venir con la artillería cuando gustase, que él no faltaría a su obligación.

Entonces llegó de París en posta al ejército el mariscal duque de Villars, cargado de años, pero con el valor y ánimo que siempre le acompañó. De resulta de un Consejo que se tuvo en su presencia, fue resuelto el sitio de la Gerra d'Adda, cuyo comandante se defendió valerosamente, mas sin esperanza de socorro se vio, con efecto, obligado a rendirla después de diez días de trinchera abierta.

Quedaba Pizighiton aún ilesa; su gobernador, el príncipe Lobkovitz, convino en una suspensión de dos días con los generales galisardos, para poder consultar el de Wirtemberg, que se hallaba en Mantua, porque no era prudencia aventurar la tropa que tenía sin estar seguro de un pronto socorro. Pero sabiéndose que éste era imposible, se le concedieron ocho días de término, durante los cuales cesaron los actos de hostilidad, estipulándose que si en este intermedio no fuese socorrido, entregaría la plaza, de la cual saldría con todos los honores militares para ser conducido a Mantua. Mientras llegaba el plazo fue destacado el conde de Broglio con cuatro batallones y quince escuadrones para tomar posesión de Sabioneta y Bozzolo, ambas plazas fortificadas, y la primera con ciudadela, pero abandonadas de los imperiales.

Sometida Pizighiton a las armas de los aliados, dispuso el rey de Cerdeña con el mariscal de Villars apoderarse del castillo de Milán antes de fenecer el año, fijado en que esta fortaleza llenaría su objeto y le colmaría de triunfos. Prevenido todo para dar principio al sitio, se efectuó la noche del 15 al 16 de diciembre. Se emplearon en él treinta y cuatro batallones y catorce escuadrones. El fuego de los sitiados no fue nada violento aquella noche; pero al amanecer del día, favorecidos de una niebla que se levantó, lo doblaron, haciendo una horrorosa carnicería en sus enemigos, los cuales, sin embargo, adelantaron mucho sus aproches, alentados de la presencia del Rey, que se mantuvo por tiempo de cuatro horas en la trinchera.

Queriendo Su Majestad conservar la ciudad, mirándola como propia, en virtud de la cesión por su tratado con Francia, formó el designio de atacarla por el campo, mandando construir una batería de cuarenta cañones y otra de doce morteros, cuyo fuego excesivo incomodó en extremo a la guarnición. El marqués Visconti, gobernador, nada omitió de cuanto podía contribuir a hacer la más vigorosa defensa, pero no le asistía su guarnición, las centinelas se desertaban y se vio obligado a hacerlas encadenar en sus puestos, mandando ahorcar a los que se cogían en el delito. En fin, si los pocos fieles se defendían con valor, no eran atacados con menos ardor por los sitiadores, que avanzaron tanto sus trabajos que el día 24 se hallaron alojados en la estacada del camino cubierto. El día 27 batieron en brecha y arruinaron enteramente una media luna, y el 28 ejecutaron lo mismo con los dos baluartes colaterales, haciendo la cuenta de llevarse por asalto el castillo en el término de tres días, lo que probablemente hubiera sucedido a no haber el gobernador tocado la llamada el 29, a las dos de la tarde.

Arreglada y firmada la capitulación el día siguiente, la guarnición, en número de dos mil hombres, salió con todos los honores de la guerra y fue escoltada por un destacamento de los aliados hasta Mantua, cuya plaza se llenaba de tropas con las tristes reliquias de las que habían presidiado el poderoso Estado de Milán, fruto del descuido o sobrada

confianza del Ministerio de Viena, el cual, por atender a los negocios ajenos, abandonó los propios. Las musas, en Francia como en Turín, hicieron resonar bien alto su lira acerca de tan gloriosa campaña; y los historiadores de ambas naciones no tuvieron poco en qué ejercitar su pluma. Lo cierto es que la historia de los pasados siglos no produce ejemplo de que con tanta rapidez se hayan hecho semejantes conquistas en el corto espacio de dos meses; pero si se atiende a las circunstancias y al total abandono de aquel país, el más apasionado reconocerá que nada era extraordinario y que el triunfo pierde mucho de su valor, y es así, pues ¿qué oposición encontraron los aliados en sus empresas? Ninguna. Destituido de víveres el Estado de Milán por haberle agotado el rey de Cerdeña en la extracción de trecientos mil sacos de granos, presidiando las principales plazas, guarniciones endebles, sin esperanza de pronto socorro y atacadas por un ejército de más de sesenta mil hombres, mandado por un Monarca guerrero y un general hábil, ¿qué defensa podía hacer una tropa casi desamparada sino aquella más justa a su honor y para no perderse, dilatando tal cual la defensa, hasta que la fortuna, más propicia, restableciese la calma en la corte imperial, que la súbita invasión del milanés había alterado no poco?

Afligidísimo el ánimo de Su Majestad Cesárea en verse asaltado con tanta furia y cuando menos lo pensaba, se aplicó en recoger con la mayor brevedad toda la gente y dinero que le fue posible para oponerse a sus enemigos. Aunque tenía este príncipe suficientes indicios por los grandes armamentos que se hacían en España desde principios de este año, no creía, sin embargo, que llegase el caso de que esta corte tomase parte en la guerra que le hacían ambos reyes de Francia y Cerdeña, mayormente cuando a la sazón el duque de Liria, embajador de España en Viena, en consecuencia de sus órdenes estaba tratando de una nueva negociación relativa a las quejas de la corte de Madrid por mediación de la Inglaterra, y estaba en términos de finalizarse; pero el duque de Liria, fingiendo negocios, la suspendió y se retiró a Italia, dejando a su secretario Carpinter en Viena con el presupuesto de atender a la conservación de los Estados del señor infante, que se hallaban rodeados de galisardos.

* * *

El velo con que pretendía este ministro encubrir el misterio duró poco, y no se tardó en saber la orden que había recibido el conde de Montijo de notificar a la corte de Londres el tratado de alianza concluido en El Escorial a 25 de octubre entre el Rey su amo y el de Francia, presentándola un manifiesto en que se especificaban las razones que el rey Felipe tenía para hacer la guerra al Emperador. Dio, asimismo, el embajador gracias al Rey británico en nombre de su Soberano por sus cuidados, de que sus desvelos no hubiesen producido el efecto deseado, pero que Su Majestad debía sentir no menos que los Reyes Católicos el poco aprecio que habían hecho los ministros imperiales de la honra de su mediación, y de la injuria hecha a príncipes cuya soberanía no reconoce superior, persuadiéndose Sus Majestades Católicas de que, satisfecho el Rey británico del reconocimiento que tenían a sus laudables intenciones y buenos oficios, procuraría mantener más que nunca una buena e inalterable correspondencia con Su Majestad

Católica, a fin de que ambas naciones continuasen en experimentar las ventajas más útiles de un comercio fiel y no interrumpido, gozando recíprocamente de los efectos más favorables de la unión perfecta y sólida de los dos monarcas. Efectuado este paso preciso se pensó seriamente en la corte de Madrid a no dilatar el embarco de las tropas, y todos los oficiales generales tuvieron orden de pasar a Barcelona.

Habiéndose nombrado al duque de Montemar por capitán general de la expedición de Italia, el Rey quiso, antes de su partida, hacer la ceremonia de ponerle, como también a don José Patiño, el collar del Toisón de Oro de que les había hecho merced el año antecedente con motivo de la conquista de Orán; poco después, despidiéndose aquél de los Reyes, pasó a Barcelona para dar las ulteriores disposiciones al embarco de las tropas, que se hallaban acantonadas en Cataluña, ya provistas de cuanto era necesario para la empresa, no habiéndose escaseado cosa alguna.

El conde de Clavijo, con dieciséis navíos de línea y varias fragatas, mandaba la armada, que se hizo a la vela a mediado de noviembre para Liorna, donde se debía juntar toda. El duque de Montemar tomó su camino por tierra, atravesando la Francia hasta Antibo, en cuyo puerto se embarcó en una faluca para Génova. Veinticinco escuadrones de caballería siguieron el mismo rumbo, habiéndose destinado la ciudad de Siena, en Toscana, para la junta general del ejército, a fin de dirigir desde allí sus operaciones contra el reino de Nápoles.

En el ínterin se efectuaba la unión de las tropas, el Rey Católico nombró al serenísimo señor infante generalísimo de su ejército en Italia, permitiéndole disponer de todos los empleos que vacarían en él, desde el más inferior hasta el de mariscal de campo. Como ya había entrado Su Alteza Real en los dieciocho años de su edad, escribió con ocasión de esto una carta a los ministros de la regencia de sus Estados, declarándoles que estando fuera de tutela, había tomado la resolución de gobernar por sí mismo, y aún estableció una ordenanza por la cual mandó que sus sucesores en los ducados de Parma y Plasencia serían tenidos por mayores en la edad de catorce años. Así se trató al César y al Imperio con esta emancipación, en desprecio de las leyes y estatutos del Cuerpo germánico. La duquesa viuda Dorotea recibió también un acto de los Reyes Católicos, que la constituía regenta de estos Estados durante la ausencia del señor infante, con plena facultad de ejercer los derechos de soberanía en ellos.

Ya había llegado la vanguardia de la armada española en Liorna, compuesta de nueve navíos de guerra, bajo el mando de don Manuel de Alderete. Los duques de Montemar y de Liria, que desde el mes antecedente se hallaban en Parma, concertaron los medios de abrir la campaña y aprovecharse de la confusión que reinaba en Viena. En consecuencia, se destacó un cuerpo de tropas para que se apoderase de la Mirándula, mientras otro cuerpo de las de Toscana se hizo dueño del principado de Piombino. Por otra parte, el duque de Castropiñano, que acababa de desembarcar en el puerto Especie, se apoderó de los fuertes de Aula y Lavenza, haciendo consentir a la duquesa viuda de Massa recibiese guarnición española en el castillo de la ciudad de este nombre.

Esta guerra, ya encendida en tantas partes contra el Emperador, no dejó de poner en grandes embarazos a la corte de Inglaterra. La de Viena no cesaba de solicitarla para que concurriese con fuerzas poderosas en su socorro, en virtud de los tratados y garantías

tantas veces estipuladas a su favor. El ministro de Francia, el señor de Chavigny, no omitía medio alguno para persuadir a Su Majestad Británica la neutralidad. El conde de Montijo, en Londres, esforzaba las plausibles razones de los Reyes Católicos en la determinación tomada contra el César, y esto dejaba al Ministerio británico en la mayor perplejidad, porque quería interesar a los Estados Generales en esta guerra; pero habiendo sus altipotencias firmado ya la neutralidad por lo concerniente a los Países Bajos, fue preciso disimular para no perder las ventajas que la respectiva buena unión y correspondencia con España prometió a los vasallos de aquella Corona, cuyo goce no debía, al parecer, interrumpirse por muchos años.

No obstante, conociendo Su Majestad Británica que la nación entera se inclinaba en favor del Emperador, le pareció de la última importancia convocar a ambas Cámaras en una coyuntura tan delicada y participarla con cuánto ardor habían emprendido la guerra contra Su Majestad Imperial las Coronas de España, Francia y Cerdeña. «Esta guerra, dijo, se hace hoy la atención de la Europa, y aunque no me he empeñado, ni tengo parte en ella hasta ahora, con todo, no puedo mirar con indiferencia las consecuencias que dimanarán de semejante empresa, sostenida de tan poderosa alianza»; que era preciso considerar seriamente lo que con justicia se podía exigir por el honor de su Corona, la reputación de sus reinos y el verdadero interés de sus pueblos; que así esperaba concurrirían ambas Cámaras en mantener el decoro de ella, mayormente en tiempo en que se veía en armas a toda la Europa, dándole nuevas pruebas de su celo.

Lo cierto es que a vista del semblante que tomaban los negocios generales, la prudencia dictaba prevenir con poderosas flotas los futuros acontecimientos; por tanto, el rey Jorge, con los extraordinarios subsidios que le concedió su Parlamento, se dedicó a aumentar la marina de Inglaterra y armar a toda priesa, sin dejar, no obstante, salir sus escuadras al mar, en que hizo dos beneficios a la Casa de Austria: el primero, porque la Francia, recelándose de tan grandes armamentos, no se atrevió por esta razón a enviar socorro a Polonia, por lo que la guerra se concluyó en breve en aquel reino con la rendición de Dantzig; el segundo, para hacer respetable y dar más peso a su mediación en caso de que los negocios se hiciesen más críticos para el Emperador.

Fundado en este principio dejó correr las cosas mirándolas de lejos, mientras el César procuraba justificar la sinrazón de la guerra que los aliados le hacían. La categórica respuesta que hizo a los motivos que la Francia publicó para hacérsela, no era lisonjera; y a pesar de la protesta de los electores de Colonia, Baviera y Palatino, que se resistían a tomar parte en esta querella, el Cuerpo germánico tomó la resolución de concurrir en las ideas de su jefe, declarando no se concedería a ningún príncipe o Estado del Imperio neutralidad bajo de cualquier pretexto que fuese.

La España no estuvo mejor tratada que la Francia en el manifiesto que mandó publicar el César contra esta potencia, refutando la memoria que el conde de Montijo presentó a la corte de Londres, en que se contenían las razones que el Rey su amo había tenido para unir sus fuerzas a las de los aliados contra la Casa de Austria, justa satisfacción que se debe a los potentados con los cuales se quiere tener buena correspondencia y aún a los pueblos, para estimularlos a que cooperen con su esfuerzo al fin de sus soberanos. Es así que el Imperio, resentido de la invasión de su territorio y de sus feudos en Italia, tomó

las más acertadas providencias para repeler la fuerza con la fuerza y restaurar las conquistas que la buena fe y el descuido arrancaron de su poder.

El rey de Cerdeña publicó también los motivos de su determinación contra el César en un dilatado manifiesto en que se epilogaban los agravios que la serenísima Casa de Saboya había recibido de la corte de Viena desde el principio de este siglo, tomando por época la inejecución de las cesiones estipuladas en el tratado de 1703, los considerables gastos hechos en aquellos tiempos para la manutención de las tropas imperiales en el Piamonte, de los cuales aún no se había podido obtener satisfacción, la cesión forzada del reino de Sicilia por el de Cerdeña y otros muchos cargos a que se agregaba el principal de todos, que era su estrecho parentesco con Francia y la república de Polonia oprimida; pero la realidad de su empeño se dirigía a extender los límites de sus Estados, y la ocasión no podía ser más propicia, habiendo conseguido el fin de su alianza con Francia en poco más de dos meses, sujetándose el poderoso ducado de Milán. El Emperador no juzgó digno de su atención este manifiesto, por considerar al rey de Cerdeña su vasallo y del Imperio; por tanto, no respondió a él.

Así se terminó el año con estas ruidosas expediciones. Prometíanse los coligados mayores progresos el siguiente en Italia, y la Francia se lisonjeaba de que los reyes de Suecia y Dinamarca coadyuvarían no poco en sostener y defender la elección del rey Estanislao; pero estas potencias, aunque les paga anualmente el Cristianísimo grandes subsidios para conservarlas en su alianza, nunca se ha visto uniesen sus fuerzas con las de este príncipe, ni aun en los mayores aprietos en que se ha hallado, por lo que se infiere que la Corona de Francia, para no aumentar el número de sus enemigos, cuida de pagarles su amistad, sin que la resulte otra ventaja más que la de su neutralidad.

Año de 1734

Con no menos estrépito empezó el año que el que acababa de concluirse. En Polonia todo estaba en armas y la confusión había llegado a lo sumo; talaban y saqueaban los afectos a Estanislao las casas y haciendas de los del partido contrario, y éstos no cometían menores excesos en venganza de los estragos que padecían, de manera que el reino ardía en guerra sin hacerla, concurriendo así sus naturales como los extraños a su total destrucción.

El Imperio no estaba más sosegado, aunque con diverso fin. Reunidos todos los miembros del Cuerpo germánico para su común defensa, hicieron extraordinarios esfuerzos a fin de prevenir a sus enemigos sobre el Rhin, o a lo menos impedir sus progresos; cada uno de los príncipes y Estados juntaba su contingente, debiendo unirse en cuerpo de ejército todo en Hailbron, ciudad situada nueve leguas distante del Rhin, en el ducado de Wirtemberg. En Italia pensaban los aliados en aprovecharse de sus precedentes conquistas para poner fin al poder alemán en aquel país. Tres ejércitos debían operar en consecuencia: la España, sujetar primero los reinos de Nápoles y Sicilia, como queda dicho, mientras los galisardos, oponiéndose a la entrada de los imperiales en Lombardía, favorecían este designio, para después, con la unión de los españoles, echarse sobre Mantua y allí consumar la grande obra. El Pontífice no miraba con desagrado este proyecto; ya había reconocido por rey de Polonia a Estanislao y consentido en que las

tropas españolas transitasen por el Estado eclesiástico, nombrando Su Santidad comisarios para que no les faltase cosa alguna en su camino.

Aunque los venecianos se hallaban cercados de tantos ejércitos, sin embargo, no mostraron mucha inquietud; su cuidado fue presidiar las plazas fronteras sin dar que sospechar a nadie; y observando una exacta neutralidad, pusieron sus Estados a cubierto de todo insulto: es así que por su profunda política supieron conservarse la amistad de los coligados sin dar prudente motivo de quejas al Emperador. No sucedió lo propio con el duque de Módena; la situación de su país no permitiéndole mantenerse neutral, y no habiendo querido tomar partido alguno en este litigio en que se mostró favorable a los imperiales el mariscal duque de Villars, le obligó a que recibiese en su capital y en la fortaleza de ella guarnición francesa, no pudiendo eludir la instancia; pero por no padecer el desdoro de verse en sus Estados sometido a una nación extranjera, este príncipe se determinó a salir de ellos, retirándose a vivir en Venecia. La duquesa su mujer pasó a Francia, y sus hijos a Bolonia, donde se mantuvieron durante la guerra.

Impaciente el rey de Cerdeña de sojuzgar lo restante de Lombardía antes que la próxima primavera le inutilizase quizá sus proyectos, dispuso, no obstante lo riguroso de la estación, hacer el sitio de Novara, cuya trinchera se abrió el 3 de enero. Esta plaza, fuerte por su situación, podía hacer alguna resistencia; pero informada su guarnición de que todo el Milanés estaba ya sometido y que no tenía que esperar socorro tan pronto, tomó el partido de entregarse a los aliados, temerosa de quedar prisionera de guerra.

El teniente general de Coigny, que mandaba el sitio, después de cuatro días de trinchera abierta la concedió una capitulación honrosa y se retiró a Mantua. Las fortalezas de Lecco, Tezzo y Fuentes tuvieron la misma suerte, con algunas otras de menos importancia, pero la guarnición de esta última fue hecha prisionera de guerra por haberse defendido más de lo justo.

Aún quedaba Tortona y Mantua: antes de hacer el sitio de ésta se resolvió el de aquélla, que se hallaba bloqueada desde el principio de la precedente campaña, así para no dejar atrás una plaza de esta consecuencia, como por estar dudoso el suceso de la otra. El marqués de Maillebois estuvo encargado de esta empresa, y mudando el bloqueo en sitio hizo trabajar con tanto ardor a la tropa, que desesperanzado el gobernador de poder hacer mayor resistencia, tocó la llamada. El marqués de Maillebois no admitió la capitulación que éste pedía, a menos de entregarse también el gobernador de la ciudadela; pero resistiéndose éste, la guarnición de la plaza se retiró al fuerte. El día 8 de febrero se abrió la trinchera delante de él y después de haber sostenido siete días de fuego continuo, se entregó a los aliados, saliendo los enemigos con los honores de la guerra, para ser conducidos a Mantua en virtud de su capitulación.

El mismo día que se rindió Tortona salió el serenísimo infante don Carlos de Parma para Florencia, en donde después de haberse mantenido algún tiempo, pasó a Siena y de allí a Arezzo, para revistar las tropas españolas, que se componían entonces de veinticinco mil hombres. Tomadas todas las medidas conducentes a la conquista del reino de Nápoles, se encaminó el ejército por el Estado eclesiástico hacia aquel reino, que se hallaba en la mayor consternación. El cardenal Belluga se dio indecibles movimientos para prevenir las consecuencias que podía acarrear el arribo improviso de estas tropas. Esta Eminencia

pasó a Pontemole con el aviso de que había llegado la primera columna de ellas, encargando mucho a los oficiales de atender a que el soldado no cometiese el menor insulto a los vasallos de la Iglesia; pero es tan difícil reprimir una tropa que marcha con la seguridad de no encontrar obstáculos en sus designios, que sus precauciones fueron inútiles. El gobierno de Roma dio quejas a los cardenales Aquaviva y Belluga, y éste salió por fiador de todo lo que pudiese acaecer.

Dándose por satisfecho el Santo Padre, y para que saliesen los españoles cuanto antes de los Estados de la Iglesia, se mandaron construir diversos puentes sobre el Tiber, pero la marcha de estas tropas se hacía lenta, porque se sabía que el marqués Visconti, virrey de Nápoles, daba indicio de defender la entrada a este reino, haciendo varios destacamentos, no sólo para inquietarlas, sino también para atacarlas, y había mandado fortificar a San Germán, llave del reino de Nápoles, y construir unas líneas en sus cercanías, a fin de apostar detrás la más gente que pudiese, y dar batalla al enemigo, si intentase forzarlas. Con efecto, algunas tropas imperiales entraron en el territorio de la Iglesia, y se llevaron las provisiones que se juntaban para los españoles. El gobernador de Cipriano fue acusado de inteligencia con los alemanes, y la Sagrada Consulta mandó arrestarle. Los soldados españoles, que la proximidad de Roma estimulaba a la deserción, eran presos y conducidos a sus regimientos, estipulando su perdón; a los enfermos se llevaban a los hospitales de esta grande ciudad, y los comisarios arreglaron con Su Santidad lo que se había de pagar por cada uno. Tanta condescendencia hizo gritar a los afectos al Emperador, que no podían mirar con indiferencia esta aparente parcialidad; y el cardenal Cienfuegos manifestó varias veces su displicencia a la corte de Roma; pero el Papa le respondió, para disculparse con el César su amo, que estaba pronto en hacer por los imperiales lo que había hecho hasta entonces por los españoles.

Esperábase en Roma al señor infante; todo estaba ya prevenido para su recepción, pero como hubo alguna dificultad acerca del ceremonial que se había de observar con Su Alteza, este príncipe se quedó en Monte Rotondo, tres leguas distante de esta capital, entre tanto llegaba otro refuerzo de tropas, que venía de España, debiendo desembarcar en las costas del reino de Nápoles, para después acometerle con todas las fuerzas reunidas. El duque de Liria, que tenía, a su mando ocho o diez mil hombres, y había de entraren el reino por el Abruzo para hacer una diversión al enemigo, recibió orden de incorporarse al ejército, quien con este cuerpo y el que se esperaba por instantes de España, debía ascender a cuarenta mil hombres efectivos, la mitad más de lo que era necesario para subvertir al dominio alemán.

Bien lo preveía el marqués Visconti, virrey; por tanto, pensó prudentemente ante todas cosas poner en salvo los archivos y muebles más preciosos, que envió por mar a Civitavechia; procuró asimismo asegurar el donativo gracioso que debía aprontar la ciudad de Nápoles en virtud de las órdenes del Emperador; pero ésta, ya contaminada a favor del real infante, buscó los medios de eludir las instancias que se la hacían. Sin embargo, esto no impidió al virrey tomar las más acertadas medidas para defender la entrada del reino a los españoles, mandando se adelantasen dos regimientos de caballería e infantería hacia San Germán, que se habían sacado de Capua y Gaeta, creyendo que con tres mil hombres que acababan de llegar a Trieste, y dos mil que hacía venir de Sicilia, juntar un cuerpo suficiente para detener los progresos de los españoles, a lo menos hasta

recibir mayores socorros, que se le prometían de Alemania. El general Traun se puso al frente de estas tropas, pero vacilante la fidelidad de los napolitanos, los cuales son siempre codiciosos de mudar de dominio, hizo inútiles todas las medidas del virrey, a que no contribuyó poco la escuadra del conde de Clavijo, quien con el desembarco efectuado de las tropas que traía de segundo transporte, se dejó ver en las costas de Nápoles, después de haberse sometido las islas de Procida, Ischia y Pozuelo, y con esto asegurada la entrada en el puerto de Nápoles.

No pudiendo Visconti contener el alborozo del pueblo napolitano a vista de la escuadra española, y mucho menos contrarrestar un ejército de cuarenta mil hombres, tomó el prudente partido de retirarse hacia la provincia de Bari, para aguardar en ella de los puertos de Istria los socorros que se le hacían esperar; antes de tomar esta determinación abasteció los castillos de Nápoles de todo lo necesario para una dilatada resistencia, como asimismo las ciudades de Gaeta, Capua, Pescara y algunas otras de menos importancia.

Mientras tomaba el virrey las medidas más oportunas para la conservación de las principales fortalezas del reino, el señor infante salió con el ejército reunido de Monte Rotondo, habiendo llegado el 25 de marzo a Frosinone, último lugar del Estado eclesiástico, en donde encontró los diputados de varias ciudades y lugares del reino de Nápoles que venían a prestarle obediencia, vaticinio seguro del anhelo con que deseaban los nuevos vasallos (que iba a conquistar sin armas) la presencia de su dueño; pues aún no había pisado Su Alteza la raya, cuando se le mostraron afectos y sumisos. Por tanto, mandó este príncipe publicar un decreto en nombre del Rey Católico, su padre, en que después de evidenciados sus incontrastables derechos al reino, que las circunstancias fatales de una guerra civil habían arrancado de su legítimo dominio, se concedió una amnistía y perdón general y particular, comprendiéndose en ello todo género de delitos, sin excepción alguna, confirmando todos los privilegios del reino y anulando todos los impuestos y cargas que el Gobierno alemán había introducido: no obstante, aprobando y ratificando las gracias que el mismo Gobierno había concedido.

Este acertado peso acabó de someter a los más ásperos al dominio de España. El duque de Monteleón, que había levantado en sus Estados un regimiento para el servicio de los alemanes, y cierto don N. Caraffa otro, con que pretendían resistir a las ventajas que les hacía el señor infante, no fueron de los últimos a deponer las armas; pero no por esto se dejó de hacerles cargo, citándolos en la corte Católica para dar cuenta de su conducta, como se dirá en su lugar.

Propicio todo el reino para la recepción, de Su Alteza, este príncipe dispuso inmediatamente satisfacer su deseo, poniéndose en camino para este fin. El día 27 del referido mes llegó a Monte-Casino, donde el abad de esta célebre abadía le cumplimentó y ofreció guías para acompañarle, haciendo mil demostraciones de júbilo por el arribo de Su Alteza, quien prosiguió sin oposición su camino con el ejército hasta Aversa, tres leguas distante de Nápoles, en donde descansó. El duque de Montemar ya había dado las disposiciones convenientes para forzar las líneas Mignano junto a San Germán, mandando que dos mil granaderos y mil caballos pasasen por Benafre a tomarles la retaguardia, mientras el ejército los atacaría por su frente; pero informado el general español de que el conde de Traun, por falta de fuerzas suficientes, las había abandonado, prosiguió su camino sin obstáculos. Halláronse en el campo de los alemanes doce piezas

de artillería clavadas, con muchas municiones de guerra, que se habían ocultado debajo de tierra, habiéndose retirado el general Traun entre Gaeta y Capua, para echarse en una u otra de estas plazas, según apareciese de urgencia.

Noticiosa la ciudad de Nápoles de haber llegado el señor infante a Aversa, el Ayuntamiento y los diputados de todos los tribunales vinieron a cumplimentar a Su Alteza, llevándole las llaves de la ciudad y prestarle juramento de fidelidad. Representaban estos diputados el electo de pueblo duque de Madalona, quien con este motivo hizo una elegantísima arenga a este príncipe, el cual por primera gracia concedió a la ciudad el título de grandeza de primera clase, mandando al electo del pueblo y a los diputados de cubrirse en esta cualidad.

Algunos días después, que fue el 13 de abril, el duque de Montemar entró en Nápoles con seis mil hombres, y ocupó inmediatamente los puestos que habían abandonado los imperiales, haciendo requerir a los comandantes de los cinco castillos llamados del Uovo, Nuovo, San Telmo, la Torre de San Vincencio y el toncón de Carmelitanos se entregasen, y que se les concederían los honores militares; pero habiéndolo rehusado, se dispuso el sitio de todos ellos a un tiempo, bajo la conducta del conde de Charny. Sin esperanza de socorro, era preciso que se rindiesen, pues aunque la defensa fue buena y justa, como de hombres que saben su obligación, no les quedaba otro recurso. El castillo de San Telmo se entregó el 27 de abril, quedando su guarnición, que constaba de cuatrocientos hombres, prisioneros de guerra. Lo mismo sucedió el 30 del propio a la torre de San Vincencio y toncón de Carmelitanos, con trescientos hombres. El del Uovo en 5 de mayo con ciento cincuenta; y el último, que era Castil Nuovo, en 17 de mayo, con cuatrocientos. Parte de estas tropas sentó plaza en el ejército español, y otra se embarcó a bordo de la escuadra para ser transportada a España. Sojuzgada la capital, fue nombrado por virrey del reino el conde de Charny.

Todos estos progresos no colmaban aún la idea del marqués Visconti; se mantenía siempre en el reino, y era preciso echarle o destruirle para sellar esta grande obra, mayormente habiéndose sabido que con cuatro mil hombres se había retirado hacia la costa del mar para esperar los socorros que le venían. Con efecto, le llegaron a Taranto los dos mil hombres que el conde de Sástago, virrey de Nápoles, debía enviarle, y poco después cuatro mil que bajaron de Trieste por el Adriático, y desembarcaron en la costa de Manfredonia, en cuyo refuerzo juntó un ejército de cerca de nueve mil hombres.

Antes de haber recibido el marqués Visconti este refuerzo, se habían destacado del ejército de Aversa dos mil granaderos e igual número de caballos bajo el mando de los tenientes generales, marqués de la Mina y duque de Castropiniano, y de los mariscales de campo marqueses de Castelar y de Bay, para ir en su seguimiento; pero sabido el socorro que habían recibido los enemigos, el duque de Castropiniano pasó en posta a Nápoles, a dar cuenta al serenísimo infante de esta novedad. El duque de Montemar recibió orden de Su Alteza Real, que con la mayor diligencia partiese a unirse con el marqués de la Mina, y se llevase algunos batallones hasta formar un cuerpo de doce mil hombres, y procurase alcanzar a los enemigos y darles batalla, lo que ejecutó después de haber dejado bloqueado Gaeta y Capua.

Mientras se daban disposiciones para lograr el intento, el serenísimo infante hizo su entrada en Nápoles (en 10 de mayo), y en consecuencia de la declaración del Rey Católico de quedar este reino en propiedad a Su Alteza, quien lo había conquistado con las armas de España, fue aclamado por Rey, reconociéndole inmediatamente por tal los ministros de las potencias coligadas. Luego después, sin perder tiempo, se dio orden para que cuatro navíos de guerra, a cargo de don Gabriel de Alderete, que se hallaban en el puerto de Nápoles, pasasen al Adriático, a fin de interceptar los navíos alemanes; el gran prior de Francia, el caballero de Orleáns, pasó con el mismo designio con sus galeras. El teniente general conde de Marcillac había sido destacado poco antes con seis batallones para atacar el castillo de Baya, que se entregó el 23 de abril con su guarnición prisionera de guerra.

Informado el conde Visconti de que el mismo duque de Montemar venía en su seguimiento, levantó su campo de Taranto y pasó a Bari, desde donde se transfirió después a Bitonto, y se atrincheró en un paraje sumamente ventajoso, y tanto que parecía impracticable. Una infinidad de murallas de piedra y tierra de alto de cuatro a cinco pies, en la distancia de más de un cuarto de legua, cercaban su campo, de manera que no se podía ir a él sin gastadores.

El teniente general marqués de Pozo Blanco y el mariscal de campo marqués de Castelar, que se habían adelantado con gran parte de la caballería española para acometer a la enemiga, viendo que ésta se había reforzado con la infantería debajo de Bitonto, lo participaron al duque de Montemar, cuya idea era alejarlos del mar, a fin de que no pudiesen retirarse del reino, según lo habían proyectado. Reglando el general español sus movimientos sobre los de los enemigos, determinó ir a ellos formado en seis columnas, y eligió el paraje más accesible para el ataque.

Resuelto éste, el día 25 de mayo las seis columnas avanzaron con intrepidez, llevando los gastadores por delante para derribar las murallas y hacer practicable el camino, cuya aspereza no podía franquear la caballería; por tanto, se hizo pasar la de la derecha a la izquierda, porque el terreno era algo mejor, y porque se tomaba en flanco la línea de los imperiales, que tenía menos extensión por aquella parte.

Sin aprovecharse los enemigos de su situación y ventaja del terreno, esperaron a que los atacasen, pero abandonada su infantería de la caballería desde el principio de la acción, y aunque hizo aquélla una vigorosa defensa, viéndose acometida en el centro por la columna que mandaba el conde de Maceda, empezó a flaquear, lo que conocido por el duque de Montemar, mandó hacer un ataque general por todas las tropas, las cuales, trepando por las cercas y murallas, vencieron con indecible presteza el embarazo que parecía oponer la naturaleza y el arte de las trincheras de los enemigos, que huyeron con precipitación. No es creíble el ardor que la tropa española manifestó aquel día, pareciendo haber influido el mismo en los caballos, que, franqueando las murallas medio derribadas, corrían como si nada se pusiese a su ímpetu. De esta suerte se hicieron dueños los españoles del campo de los alemanes y de diversos puestos que había dejado guarnecido con tropas el conde Visconti. Ahuyentada la caballería enemiga y dispersa por el campo, el duque de Montemar destacó varios cuerpos en su seguimiento, los que alcanzaron cogerlos cuasi toda sin más capitulación que salva la vida.

El general Radoschi, que mandaba la infantería, se retiró a la ciudad de Bitonto, con lo que pudo escapar de la derrota; y aunque ésta tiene un recinto de muralla y un castillo de bastante defensa, discurrió que la serviría de capitular honrosamente, pero decaído de su intento, mandó hacer un fuego continuo hasta la noche, que viéndose sin esperanza de mejorar fortuna, se entregó con harto sentimiento prisionero de guerra. La demás caballería, que había logrado mejor suerte, se dividió por diversos caminos tomando todos el de Bari; pero la española en su alcance no usó de picar su retaguardia hasta encerrar el todo en esta ciudad. El duque de Montemar pasó a ella luego que tuvo el aviso, y su presencia fue bastante para desarmarlo, habiéndose entregado el marqués de San Vicente (Pignatelli), su general, con las propias condiciones que los demás.

El número de los enemigos, según la lista que se encontró a uno de los ayudantes del general, pasaba de ocho mil hombres, de los cuales ninguno pudo evitar la muerte o la prisión, quedando todos por triunfo de la gloria de las armas de España. Los dos generales, los oficiales, las banderas, los soldados y caballos de los alemanes, como asimismo sus provisiones y municiones, quedaron en poder de los vencedores, a los cuales una victoria tan señalada no costó más de ochocientos hombres entre muertos y heridos. Las guardias walonas fueron las que más padecieron, y los capitanes de este cuerpo, condes de Brias y Buenamour quedaron en el campo de batalla, y herido peligrosamente don Luis Porter, porque esta columna fue la que decidió el suceso de esta jornada. El virrey Visconti tuvo la fortuna de salvarse, y se retiró a la ciudad de Pescara, pero habiendo sabido que el duque de Castropiniano se había puesto en marcha con seis batallones y un tren de artillería suficiente para reducir esta plaza, salió de ella el día 10 de julio para Ancona, donde llegó el siguiente con cuatro falucas y seis barcas armadas cargadas de su equipaje.

Esta memorable batalla por sus circunstancias adquirió infinita gloria al duque de Montemar, pues si se hubiera detenido en los sitios de Gaeta y Capua, según se inclinaban los más de los generales, habría dado lugar a que los alemanes se reforzasen con varios cuerpos de tropas que estaban en marcha para unirse al conde de Visconti, con especialidad seis mil croatos, que debían embarcarse en Trieste, lo que quizá hubiera mudado de semblante el glorioso principio de esta campaña. Hay instantes preciosos en la guerra que si se desatienden no vuelven a presentarse, y el general avisado debe poner todo su conato en aprovecharse de las ocasiones oportunas que se ofrecen, como que de ellas pende la suerte de las armas. Esto no se ocultó a la penetración y experiencia del duque de Montemar, quien pasó a Nápoles a dar cuenta al rey don Carlos de este suceso.

Agradecido este príncipe al servicio que acababa de hacerle este general, le creó duque, nombrándole gobernador perpetuo de Castel Nuovo, con catorce mil ducados de pensión al año, y seis mil para sus sucesores. El Rey Católico le manifestó también cuán grata le era su conducta, y le hizo grande de España de primera clase para él y sus herederos.

* * *

Mientras todo sucedía a medida del deseo en el reino de Nápoles, en Lombardía los aliados no estaban sin recelo; aplicáronse en fortificar y reparar sus conquistas del año precedente. Los imperiales, que no habían conservado más que Mantua, se reforzaban cada día con los nuevos socorros que venían de Alemania. El general conde de Mercy ya había llegado al Mantuano en los principios de febrero, y daba indicio de restaurar lo perdido mediante las medidas que tomaba; pero habiéndole acaecido un accidente de apoplejía a que estaba sujeto, todas las operaciones que había premeditado quedaron suspensas, y los galisardos no se aprovecharon poco de ella, para estrechar más y más a los imperiales en sus cuarteles. Restablecido el general austríaco de su indisposición, formó el designio, después de haber juntado sus tropas detrás del Po y del Oglio, de pasar estos dos ríos y obrar hostilmente contra los aliados.

Estos, para impedir de todos modos su proyecto, se extendieron a lo largo de ellos dividido su ejército en cuatro cuerpos, que ascendía al número de setenta mil hombres. El primero, compuesto de veinte mil, se apostó en Colorno (en el ducado de Parma), con el mariscal de Villars; el segundo, bajo la conducta del marqués de Coigny, y ocupaba la derecha desde Bozzolo hasta el Ferrarés; el tercero a la izquierda, a la orden del conde de Broglio, y ocupaba diversos puestos desde Soncino hasta el paraje donde el río Oglio desagua en el Po; formaban el cuarto los piamonteses, en un cuerpo separado hacia Pizighiton, para defender el paso del Adda, pero apostadas todas estas tropas de manera que podían en breve reunirse.

Tomadas todas estas medidas según la prudencia dictó, sin embargo ellas no impidieron al general Mercy pasar el Po en virtud de las órdenes expresas de la corte de Viena. La noche del día 1 al 2 de mayo mandó echar dos puentes sobre aquel río entre Borgoforte y san Benedetto, obligando a los regimientos piamonteses a retirarse, bien que sin pérdida, hacia Guastala. Lo propio sucedió al marqués de Coigny, quien habiendo reconocido la posición de los enemigos, no se atrevió a atacarlos y se retiró hacia esta plaza, a excepción de algunos batallones que se quedaron por la parte de Revere y la Mirándula. Avisado el mariscal de Villars de esta novedad y de haber pasado los alemanes el Po, dispuso acudir prontamente desde su campo de Colorno a Bozzolo, donde juntando la más tropa que pudo la hizo pasar en tres columnas el Oglio, y se encaminó hacia Serraglio para atacar la testa del puente de los austríacos.

La primera columna se enderezó a Curatone, donde había un puesto de doscientos imperiales que el brigadier Ratzki logró derrotar enteramente; la segunda columna, a cuyo frente estaba el rey de Cerdeña y el mariscal de Villars, se acercó al lugar de Martinara, pero habiéndose separado Su Majestad y el mariscal de su infantería y no teniendo consigo más que un destacamento de ochenta granaderos, y las guardias de Corps de este príncipe encontraron una partida de doscientos hombres que hicieron fuego sobre ellos, cuyo lance apretado les hizo tomar la resolución de hacerse lugar con espada en mano, echándose sobre los imperiales con tal ímpetu que los ahuyentaron, con pérdida de treinta hombres muertos y algunos prisioneros; la tercera columna, que se componía solamente de caballería, atacó Borgoforte; que defendían los coraceros imperiales, los que se vieron precisados a abandonarle. En este paraje se reunieron las tres columnas de los aliados.

De resulta de un Consejo de guerra que se tuvo en presencia del rey de Cerdeña, se destacó al mariscal de campo marqués de Lisle, con buen número de granaderos, para que fuere a atacar los puentes construidos por los imperiales; pero llegando dicho mariscal de campo al paraje en que creía estaban, halló que los alemanes los habían hecho bajar enfrente de San Benedetto, con lo cual, viendo el mariscal de Villars que el ejército austríaco había pasado el Po, menos un cuerpo que mandaba el conde de la Torre en el Mantuano, hizo hacer alto a la tropa y la puso en marcha para Gazzolo, habiendo forzado algunos puestos que el príncipe Luis de Wirtemberg había dejado para cubrir la marcha de su ejército.

La idea de los galisardos en su marcha forzada desde Colorno a Borgoforte era de atacar a los imperiales antes que hubiesen acabado de pasar el Po, pero inútilmente, pues llegaron después de efectuado.

No se puede negar que el príncipe de Wirtemberg hizo una acción digna de alabanza en pasar tan oportunamente aquel río, pues por este medio quitó a sus enemigos la ventaja de tener a su ejército encerrado en el Mantuano, en donde ya carecía de víveres y forrajes.

Después de haber pasado el Po el general Mercy, se adelantó hacia Luzzara, manifestando quería penetrar por el Modenés al Parmesano; pero dejándose caer hacia San Benedetto, tomó allí su puesto, campando sobre dos líneas, dejando algo más atrás un cuerpo de reserva, y no llegaba el todo a cincuenta mil hombres. La plaza de Mantua, mandada por el landgrave Darmstad, estaba abastecida de todo lo necesario para una vigorosa defensa, y su guarnición se componía de siete u ocho mil hombres, sin contar cinco a la orden del conde de la Taxis, que acampaban en sus cercanías.

Vencido el obstáculo de pasar un río tan caudaloso como es el Po, y en presencia de un ejército muy superior al de los alemanes, y las órdenes de Viena precisas para acometer a los enemigos, los austríacos se movieron en las orillas de este río hacia Torizila, y de allí continuaron su marcha formados en tres columnas, pasando los ríos Lenza y Parma, con lo que se hallaron a corta distancia de Colorno.

La opinión del mariscal de Villars era que se presentase batalla a los imperiales, mientras las fuerzas de éstos no podían, al parecer, competir con las de los aliados, para después hacer el sitio de Mantua. El consejo del rey de Cerdeña no fue de este dictamen, lo que originó alguna discordia entre los galisardos; pero habiendo llegado cartas de París al mariscal, se le dio a entender que teniendo por este medio distraídas las fuerzas imperiales, era consiguiente que, vencida la Italia y expulsas éstas de ella, se uniesen todas al Rhin, impidiendo los progresos de los franceses en aquella parte. La prudencia exige atender a su casa primero que a la ajena, y con esta sabia máxima se conformó el mariscal de Villars, quien consultó con Su Majestad Sarda varias disposiciones que juzgaba ventajosas a los aliados, después de lo cual emprendió su regreso para Francia, que había solicitado con motivo de su crecida edad y achaques, dejando el mando de las tropas francesas al marqués de Coigny, teniente general más antiguo, según las órdenes que tenía, entre tanto el Rey Cristianísimo lo dispusiese de otro modo; el suceso demostró que esta mutación de general no había sido perjudicial a las tropas aliadas.

Cuando todo estaba ya prevenido para una acción decisiva, si se juzga del ardor con que los imperiales deseaban llegar a las manos con los galisardos, no podía menos de ser sangrienta la batalla que el general Mercy había resuelto, a no haberle acometido otra vez el accidente apoplético, que le obligó a retirarse a Mantua, dejando el mando del ejército al príncipe Luis de Wirtemberg.

Queriendo este general señalarse, destacó doscientos dragones para que se apoderasen del sitio de Colorno (casa magnífica de los duques de Parma), Y también porque le pareció a propósito este palacio para fortificarse y tener a los enemigos siempre en movimiento, y con esto debilitarlos ínterin se restablecía el conde de Mercy de su indisposición. La idea era aparente, pero prevenidos por los aliados se trabó una escaramuza bastante viva. No queriendo los imperiales abandonar el empeño, cargaron de gente hasta que finalmente se apoderaron de Colorno. Los galisardos hicieron sus esfuerzos para recobrarlo. El día 28 de mayo pasaron el Po y camparon entre Sacca y Colorno; el 3 de junio el rey de Cerdeña y el conde de Coigny dieron orden al marqués de Maillebois que con veinte compañías de granaderos e igual número de piquetes acometiese por diferentes partes el burgo de Colorno, y procurase apoderarse de él penetrando de casa en casa hasta llegar al castillo, a fin de que por este medio quedasen frustrados los imperiales de su proyecto sobre el Parmesano, a cuyo fin se dirigía su anhelo.

Resueltos éstos a defenderse bien, hicieron traer de su ejército la artillería y reforzaron a Colorno con doce compañías de granaderos y mil hombres de piquetes bajo las órdenes del mayor general conde de Sins, al aspecto del mutuo empeño de las dos naciones contra una bicoca que no merecía se sacrificase tanta gente; el ejército galisardo se adelantó formando en cuatro columnas; el de los austríacos se puso en orden de batalla más acá del río Parma para recibir a sus enemigos. A las ocho de la mañana de aquel día, el marqués de Maillebois atacó con gran furia el puente de piedra que está sobre el río Orno, pero después de tres horas de fuego infructuoso se retiró a las casinas inmediatas, de donde no cesó de disparar lo restante del día, a que correspondieron los imperiales, con no poco destrozo en los aliados. Éstos trabajaron toda la noche en construir baterías para batirle en brecha, mientras su ejército dio la vuelta pasando el río Orno sobre dos puentes que tenían, para dirigirse a Parma, lo que hizo sospechar a los alemanes intentasen los enemigos alguna empresa sobre Regio, donde tenían sus principales almacenes. Resolviéronse, pues, al alba del día 5 a hacer desfilar su artillería con los pontones y equipajes, abandonando Colorno, y se retiraron a su campo de Sorbolo, sin que en su retirada, tuviesen el menor estorbo. Igualmente los aliados entraron en Colorno sin oposición alguna, y el rey de Cerdeña con el conde de Coigny asimismo aquella noche.

La toma y expugnación de Colorno no dejó de costar caro a uno y otro ejército; la pérdida fue casi igual y apenas reconocieron los aliados este bello sitio cuando entraron en él, no habiendo contribuido menos que los imperiales a su total destrucción. El conde de Mercy, que se restituyó mal convalecido de su enfermedad al campo dos días después de esta última acción, desaprobó que se hubiesen sacrificado tantos hombres por un puesto de tan poca consecuencia, y mucho más de que se hubiese abandonado, porque podía servir para las operaciones que meditaba.

Habiendo llegado al campo el 9 de julio cuatro o cinco mil hombres, conferenciado el conde de Mercy con los generales de su ejército y reconocido la posición de los enemigos

como también el paraje en que el río Parma desagua en el Po, dispuso echar tres puentes de comunicación sobre el río Lenza; después destacó ochocientos hombres para reforzar Regio, donde tenía sus almacenes, como queda dicho. Concluidos los puentes, el día 13 pasó con todo el ejército el río Lenza y se acampó entre San Próspero y las montañas del Parmesano. La misma noche destacó al mayor general de Furstembusch con mil y quinientos infantes, seis compañías de granaderos y novecientos caballos, para ocupar el castillo de Monte-Chiarugolo, que guardaban cien hombres de milicias parmesanas, y aunque esta plaza era de bastante resistencia y con mucha munición, ninguna hizo la guarnición, entregándose a la primera intimación del general alemán. Presentaba el ejército imperial dos cabezas: la una hacia Monte-Chiarugolo y la otra a Colorno, formando su retaguardia una especie de ángulo agudo que terminaba a los puentes sobre el río Lenza.

El ejército galisardo se dispuso también a recibir a sus enemigos después de haber dejado en su campo de Sacca dos mil y seiscientos hombres para guardar las líneas de él; vino a ponerse en orden de batalla a Cerbara, en las cercanías de la abadía de San Martín, para observar desde más cerca el ejército imperial, de manera que distaba sólo milla y media uno de otro. El día 20 llegaron dos expresos al campo aliado, el uno de París con la noticia de haber promovido el Rey a mariscales de Francia al conde de Coigny y al marqués de Broglio; el otro de Turín a Su Majestad Sarda, con la triste nueva de estar la Reina enferma de peligro, con lo que el Rey tomó la posta para su corte.

La ausencia del Rey no causó mutación alguna en el ejército aliado, que se mantuvo en la misma posición en que Su Majestad le había dejado, hasta el 29, que los imperiales resolvieron atacarle, acercándose para este efecto hasta casi debajo de las murallas de la ciudad de Parma, en donde los galisardos habían dejado reforzada la guarnición de ésta por lo que pudiese acontecer.

Queriendo el conde de Mercy ocultar su marcha a los enemigos y atacarlos antes que estuviesen formados, dejó en las cercanías de Parma suficiente tropa y subió el río que pasa junto a esta ciudad. Después de haberle pasado, se acampó entre éste y el riachuelo Baganza. Informado el mariscal de Coigny de la marcha de los imperiales, discurrió que su intento era atacarle, por lo que habiéndolos reconocido con el de Broglio, se preparó a la batalla.

Avanzándose a un tiempo ambos ejétcitos, se encontraron en presencia uno de otro, separándolos solamente una calzada que va de Parma a Plasencia, bordada por ambos lados de un foso bastantemente profundo y ancho. La acción empezó a las nueve de la mañana. Todas las brigadas de los dos ejércitos se sucedían unas a otras con pruebas de extraordinario valor. Siendo el terreno en que se dio la batalla angosto, y de un frente menos que moderado, no se pudo emplear la artillería, ni tampoco la infantería pudo usar de la bayoneta; pero el fuego de la fusilería fue tan continuado y ardiente, que apenas se podrá encontrar ejemplo en las historias de otro semejante La caballería tampoco pudo obrar, por estar el terreno cortado y con muchas casinas, en las que tenían los galisardos varios destacamentos que causaron bastante daño en los imperiales. El furor con que se peleó hasta la noche, sin poder éstos llegar a las manos con sus enemigos, no puede atribuirse sino a la muerte del general Mercy, que sucedió a principio de la acción animando a la tropa con su ejemplo, pues es de creer que en breves horas hubiera hecho

aquel general la jornada más gloriosa o más desgraciada, según la idea que se tenía de su modo de guerrear.

El príncipe Luis de Wirtemberg, como teniente general más antiguo, tomó luego el mando, y aunque dio muestras de perfeccionar la victoria que se le había declarado al principio, las heridas que este príncipe recibió, y los caballos que le mataron sucesivamente entre las piernas, no le dieron lugar de obrar con aquella agilidad y presencia de espíritu que requiere un enemigo activo y vigilante como es el francés; por lo mismo, se aprovechó éste de la mutación que había introducido la muerte del general alemán, manteniendo con tesón el ataque, hasta que los imperiales lo suspendieron, retirándose a su campo de Chiarugolo.

Hay quien dice que el príncípe de Wirtemberg, después de la muerte del general Mercy, desatendió en sostener a los suyos -que ya se habían apoderado de una casina con seis piezas de cañón y apuntaron contra los enemigos-, dejándose arrancar de las manos una victoria infalible, cuya resulta le hacía dueño de Lombardía. No hay duda que de haberse conseguido, el rey de Cerdeña se hubiera visto bien apretado y mucho más los franceses, pero no es creíble que el príncipe de Wirtemberg, cuya grandeza soberana no sirve al jefe del Imperio más que por dilatar sus dominios y hacerle más respetable en el orbe acreditando el valor germánico, pretendiese disminuir los laureles con que cubría sus sienes, por una emulación que no cabe sino en ánimos de bajos pensamientos; por tanto, nadie le puede disputar el haber cumplido con su obligación.

Fenecida esta memorable batalla a una hora de noche, se retiró el ejército imperial a su campo, que ocupó el día precedente, dejándose entre muertos y heridos cerca de seis mil hombres, aunque recogió los más de éstos en su campo. Los franceses hicieron subir la pérdida de sus enemigos a mucho más, disminuyendo la suya (como es regular a cada partido), pero en realidad la que tuvieron no fue inferior, si no excedió, pues el luto en Francia fue casi general, por haber perecido infinita nobleza; de los oficiales generales fueron los mariscales de campo marqueses de Lisle, de Mizón, de Valence y de la Chartre. De los alemanes, además del general Mercy, el príncipe de Culmbach, y el mayor general barón de Vins, sin contar muchos heridos de una y otra parte. Los más distinguidos de esto fueron el mariscal de Coigny, los tenientes generales de Guerchois, de Savines, Cadrieux y Louvigny, los mariscales de campo y brigadieres conde de Boissieux, príncipe de Montauban, Cadeville, duques de Biron y de la Tremouille, Contades, duque de Crussol, marqués de Fimarcon, los condes de Hautefort y de Maillebois, y el marqués de Suza, hermano del rey de Cerdeña, sin contar setenta oficiales de todos grados, en servicio de este príncipe muertos o heridos. De los alemanes, el príncipe de Wirtemberg, los tenientes generales conde de Diesbach y marqués de Este, los mayores generales de la Tour, Taxis y Palfi y tres coroneles.

El rey de Cerdeña, que como hemos dicho se había ausentado del ejército con motivo de la enfermedad de la Reina, su mujer, volvió al día siguiente a esta batalla con no poco sentimiento de no haberse hallado en ella; y queriendo aprovecharse de la muerte del general alemán, al otro día hizo marchar el ejército, con ánimo de cortar a los imperiales la retirada hacia San Benedetto, donde tenían sus puentes; pero esta empresa no tuvo el efecto que Su Majestad se había lisonjeado. Habiéndole faltado los víveres, después de haber pasado el Crostolo hizo alto en Guastala, donde tenían los alemanes un cuerpo de

mil doscientos hombres, que hizo prisioneros de guerra, porque éstos ignoraban aún la noticia de la batalla de Parma.

El mariscal de Broglio, con un cuerpo de tropas, tomó hacia la derecha para observar y perseguir al príncipe de Wirtemberg, quien sin perder tiempo hizo conducir hacia la Mirándula y Revere (donde tenía un puente de comunicación con el Mantuano) el bagaje grueso y la mayor parte de las provisiones que tenía en Regio. Los aliados, que proseguían su camino con bastante lentitud, creyendo apoderarse de la Mirándula con tanta facilidad como de Guastala, se acercaron a la Secchia, pero allí supieron que el príncipe de Wirtemberg les había prevenido, haciendo fortificar sus puentes en Revere y tirar una línea desde esta plaza hasta la Mirándula, con lo cual Su Majestad Sarda estableció su cuartel en San Benedetto, haciendo acampar el ejército de los aliados cerca de la Secchia, junto a Bondanello. El mariscal de Coigny mandó echar un puente sobre aquel río enfrente de Zuistello, donde tomó puesto.

* * *

Mientras los galisardos acampados enfrente de sus enemigos más de dos meses en una total inacción, pareciendo haber dado fin a la campaña, los franceses en el Rhin no la empezaron hasta principios de abril. La primera expedición fue apoderarse de la ciudad de Tréveris, y de todo aquel electorado. El conde de Belle Isle, que la mandaba, se hizo dueño también de Traerbach, después de un corto sitio. El mariscal de Berwick, que había juntado todo el ejército junto a Spira, dispuso pasase el Rhin, lo que se efectuó el 5 de mayo por los puentes de los fuertes Luis y Keel, después de lo cual destacó al duque de Noailles para forzar las líneas de Ettlingen, donde había hasta diez o doce mil imperiales, que las abandonaron al acercarse los enemigos.

La construcción de estas líneas había costado mucho trabajo y mucho dinero, y a fin de que los austríacos no se prevaleciesen de ellas para oponerse a los proyectos que meditaba el duque de Berwick, mandó que los habitantes de las cercanías las demoliesen. El príncipe Eugenio, que no había llegado al campo imperial hasta fines de abril, se acercó hacia Muhlberg, pero sabido que las líneas estaban forzadas, se determinó hacer marchar parte determinó hacer marchar parte de sus tropas hacia Phortsheim, y la otra a Hailbron.

Creíase que después de haberse apoderado los franceses de las líneas de Ettlingen buscarían a sus enemigos para darles batalla, mayormente cuando éstos no pasaban de veinticinco mil a treinta mil hombres, y cuya destrucción no era difícil a un ejército de ocho mil hombres de que se componía el de los franceses, pero ya las negociaciones y solicitaciones de las potencias marítimas no influían poco en la corte de Francia.

Temían éstas, con razón, que, disipadas las tropas imperiales, quedase el Imperio abierto por todos lados; por tanto, no se descuidaron en conjurar la tempestad que amenazaba al Cuerpo germánico, cuya variedad de intereses le impedía obrar con aquella unión tan necesaria a su conservación.

No obstante, para romper todas las medidas de los franceses por si éstos querían penetrar en el Imperio, el príncipe Eugenio se mantuvo en su puesto de Hailbron en el ínterin llegaban los socorros que el Imperio había prometido, y debían ascender a cuarenta mil hombres, que verdaderamente se aumentaron mucho algún tiempo después; pero la lentitud con que ejecutó sus promesas obligó al príncipe Eugenio a mantenerse en la inacción, no atreviéndose a medir sus fuerzas, que no pasaban entonces de cincuenta mil hombres, con las del enemigo, que llegaban, con la unión del conde de Belle Isle, a cien mil combatientes, y así se vio obligado este príncipe a ser simple espectador de las talas y saqueos que cometían los enemigos en el Imperio, cuyos excesos, llegando a los oídos del Rey Cristianísimo, escribió al duque de Berwick remediase pronto y eficazmente semejantes desórdenes, castigando con rigor a todos los que se cogiesen en contravención de los bandos, orden que fue tan bien ejecutada que no tuvieron poco ejercicio los verdugos.

Desvanecidos los designios del mariscal de Berwick por la habilidad del príncipe Eugenio, y para no mantenerse aquél el la inacción, emprendió, por orden de su corte, el sitio de Philisbourg, cuyo memorable sitio hizo demasiado ruido en el mundo para dejar de apuntar sus principales circunstancias.

Esta fortaleza, situada a cuatrocientas toesas del Rhin por el lado de Alemania, la circundan siete bastiones regulares con sus flancos derechos y fosos de veinte toesas de ancho. Tiene por delante de cada cortina una media luna, y tenazas en el foso, con un camino cubierto precedido de otro y reductas bastionadas.

La situación de esta plaza es un pantano, hace el ataque casi imposible en la mayor parte de su circunferencia. El frente que hace cara al Rhin está cubierto de una obra coronada, compuesta de un bastión y de dos medios, con orejones y flancos curvos; y esta otra está rodeada de un foso de quince toesas de ancho, de un camino cubierto y de un foso delante. La distancia de esta obra al Rhin la ocupa una obra coronada con una media luna delante de su cortina, un foso de quince toesas, un camino cubierto, plazas de armas, travesías y reductos avanzados. Philisbourg tiene sobre el Rhin un puente de barcas, defendido por esta parte del río de una obra en forma de cuernos, con una media luna delante de la cortina, un camino cubierto y un foso. Todas estas obras, que forman la fortificación más perfecta y más regular, hacen a esta plaza una de las más fuertes de Alemania.

Prevenido todo lo necesario en Strasbourg para el sitio de esta plaza, el marqués de Asfeld se presentó el 23 de mayo delante, haciendo construir desde luego dos puentes, el uno sobre el alto Rhin y el otro sobre el bajo, donde tenía su cuartel. Después hizo trazar líneas de circunvalación de gran extensión y defendidas de distancia en distancia con bastiones y reductos. Se hicieron venir de Strasbourg cien piezas de cañón, cuarenta morteros y muchos pedreros; y todas las tropas se fueron acercando, habiendo dejado su campo el mariscal de Berwick para abrir la trinchera, que se efectuó la noche del 1 al 2 de junio, después de haber hecho entrar la mayor parte de la infantería en las líneas. En los primeros días el fuego de los sitiados no fue muy vivo, y los franceses se aprovecharon de él para trazar las primeras paralelas y alojarse sobre el ángulo del camino cubierto, que les costó muy poca gente y les fue de gran utilidad para establecer en él las baterías de cañón y morteros.

Habiendo establecido el duque de Berwick su cuartel en Rhinhausen, tomó la dirección del sitio, que hasta entonces había tenido el marqués de Asfeld, y llevó los ataques con tanto vigor y suceso, que se apoderó de un reducto, en donde se alojó. Conforme adelantaban los franceses sus trabajos, el fuego se hacía más vivo, y el 9 se vieron obligados a pedir una suspensión de armas para enterrar sus muertos. El 12 de junio, a las siete de la mañana, visitando este mariscal los trabajos de la trinchera, fue muerto por una bala de cañón que disparó la plaza; pero esta pérdida no interrumpió la prosecución del sitio, cuyo mando tomó el marqués de Asfeld, como teniente general más antiguo.

Dícese que esta muerte le fue pronosticada por el padre guardián de los capuchinos de Philisbourg, el cual, habiéndose retirado la víspera antes de amanecer de esta ciudad, por estar destruido su convento por las bombas y no haber seguridad en la plaza, había sido preso en la trinchera con un compañero que las sombras de la noche había separado. Este fue conducido al duque de Berwick, quien mandó le ahorcasen por espía, y aunque procuró disculparse de lo que se le acumulaba, sus representaciones no fueron atendidas y se le llevaba al suplicio cuando, sabido por el padre guardián, acudió prontamente al cuartel del general, haciendo las más vivas instancias para que se suspendiese un juicio tan indecoroso, y, por consiguiente, la ejecución, ofreciendo dar todas las seguridades del contrario mediante los informes de los motivos que le habían obligado a salir de la plaza y quedar preso mientras venían. Las lágrimas, instancias y protestaciones del padre guardián no pudieron ablandar el endurecido corazón del general, y resignado en la voluntad divina, no le quedó otro arbitrio que el de exhortar a su compañero a bien morir, ofreciendo esta víctima al cielo. Después de esta injusta ejecución levantó los ojos a Dios, pidiendo manifestase al mundo su poderoso brazo y no permitiese se quedara sin castigo tal inhumanidad, diciendo con espíritu profético sería la última que ejercería.

No se puede negar que el duque de Berwick era algo áspero en sus órdenes, y esta aspereza degeneró con la edad en crueldad; pero los que saben la necesidad indispensable de la rigidez en los ejércitos dispensarán, sin duda, a este general, mayormente sabiéndose la poca subordinación de los franceses a sus oficiales, cuyo libertinaje en campaña es con exceso, y se necesita del rigor para reprimirle.

No fue muy sentida la muerte del duque de Berwick del soldado, y aunque le sucedió en el mando otro por cuya orden no habían derramado menos sangre los verdugos en el reino de Valencia y Cataluña, sin embargo, parece que cobraron nuevo brío en el ataque de Philisbourg, cuyas crecientes de las aguas del Rhin inundaron sus trincheras, haciendo imposible el pasar de unas a otras sino en barcas, y las aguas del cielo destruían sus trabajos conforme los adelantaban.

La proximidad del ejército imperial, que después de haberse reforzado se había acercado a las trincheras con designios de acometerlas, no los inquietaba menos, y era menester todo el valor posible para resistir tantos cuidados. Con fundamento creían todos los políticos que el príncipe Eugenio haría levantar el sitio. Para este efecto había dispuesto su ejército de tal modo que formaba un medio círculo que por una parte encerraba el de los sitiadores. Mandó también este príncipe hacer algunos atrincheramientos para ponerse a cubierto de las bombas, y su campo lo defendían dos baterías de cañones de catorce piezas cada una, que, abrigándose de ellas los trabajadores, tiraban sin intermisión contra las líneas de los franceses, impidiendo en algún modo la comunicación de las dos alas.

Para desvanecer todos los proyectos del príncipe Eugenio, el marqués de Asfeld, a quien el Rey había nombrado mariscal, dividió en tres cuerpos las tropas de su mando. Treinta mil hombres se quedaron delante de la plaza para proseguir y concluir el sitio. Cuarenta y cinco mil, bajo de las órdenes de los duques de Noailles, de Richelieu, príncipe de Tingri y del conde Mauricio de Sajonia, guardaron la testa de las trincheras, mientras un tercero grupo de caballería, en número de treinta y seis mil hombres, ocupaba las orillas del Rhin, a fin de impedir el paso a los imperiales; este cuerpo le mandaba el duque de Duras y el conde de Belle Isle. Con estas disposiciones, el mariscal de Asfeld se preparó a cualesquiera sucesos, habiendo enviado al otro lado del Rhin los equipajes y bagajes para mejor oponerse al enemigo en caso de llegar a las manos.

Habiendo resuelto el mariscal atacar la obra coronada, el 4 de julio ordenó que doce compañías de granaderos, de aumento a la regular que montaba la trinchera, dieran principio al ataque. Los sitiados, que tenían hasta trescientos hombres en esta obra, hicieron avanzar cuarenta y cinco sobre cada una de las brechas, distribuyendo lo restante sobre las cortinas de la obra coronada. Los granaderos montaron sobre las brechas con bayoneta calada, atacaron los destacamentos y después de haberlos obligado a retroceder hasta el puente que comunicaba con la ciudad, los más quedaron muertos y muchos ahogados, por haberse rompido los puentes. Hicieron en esta ocasión los franceses ochenta prisioneros; después de esta acción establecieron éstos una batería, adonde se condujeron con la mayor brevedad los cañones de la obra coronada. El fuego de los sitiados fue horroroso aquel día y el siguiente; una bala de cañón derribó y echó a fondo una barca en la cual había doce criados del príncipe de Conti con un servicio entero para una gran comida que debía dar este príncipe a más de cien personas, sin que se escapase más que un hombre.

No obstante, a pesar del gran fuego de los sitiados, los trabajos se adelantaron con tanta diligencia y suceso, que el 16 ya estaban los franceses al pie de la contra-escarpa. Entonces, viendo el harán de Wutgenau (gobernador) que había una brecha suficiente al cuerpo de la plaza y que su cañón no podía casi causar daño a los sitiadores por su proximidad, pidió capitulación. El 18 se enviaron los rehenes de una y otra parte, y se firmó la capitulación a las seis de la tarde del mismo día. El 21 salió la guarnición con todos los honores militares para ser conducida a Maguncia, habiéndosela negado pasar al campo del príncipe Eugenio. Al salir el barón de Wutgenau de la plaza, los mariscales de Asfeld y Noailles hicieron grandes elogios por su bella defensa, y para manifestar o dar un testimonio auténtico de su valor, el primero, como general en jefe, le obligó a que recibiese de regalo uno de los más bellos cañones que hubiera en la plaza, además de aquél que se le concedió en la capitulación, en consideración a su mérito, y de los seis a la guarnición.

Es así que los franceses saben reconocer en sus enemigos la virtud; verdad es que el comandante de Philisbourg no se entregó hasta el extremo, y después de haberse defendido cuanto podía permitir el uso de la guerra.

La guarnición, que se hallaba al principio del sitio en número de cuatro mil quinientos hombres, se componía cuando salió de la plaza de dos mil ochocientos. La toma de Philisbourg no dejó de costar caro a los franceses: además del mariscal de Berwick, el príncipe de Leixin, de la Casa de Lorena, y tío carnal de la duquesa de Béjar, fue muerto

en el sitio, pero no de un tiro de falconete, como se publicó. En un banquete tuvo este príncipe algunas palabras sobre negocio de familia con el duque de Richelieu, a quien dijo se había limpiado con haberse casado con una princesa de su sangre; esta expresión tan mal concebida como desmedida, en presencia de los más distinguidos del ejército, que arrancó funesto el vapor de la mesa, fue motivo para que saliesen en desafío, y aunque en el primer ímpetu de la cólera fueron heridos ambos, no quiso el príncipe sobreseer en el empeño hasta quitar la vida al duque; pero sucedió lo contrario, habiendo fenecido así un príncipe que merecía, ciertamente, por sus prendas mejor suerte.

Se procuró ocultar este duelo al Cristianísimo hasta que informado de su circunstancia pronunciase el juicio; lo cierto es que, sabido lo que ocurrió, y aunque transgresor el duque de Richelieu a la ley que establecieron varios reyes de Francia, y, por último, Luis XIV, con el mayor rigor a los contraventores, se dejó penetrar Su Majestad de las razones que insistían sobre el perdón del matador, y aún, a instancias del Rey, todos los príncipes de la Casa de Lorena en servicio de Francia se calmaron sobre un techo de tanta sensibilidad para ellos, conociendo la sinrazón del príncipe de Leixin, y se quedó en perfecto silencio. También murieron el marqués de Sully y un sobrino del mariscal DuBourg.

Mientras duró el sitio de Luxemburgo, el ejército imperial se mantuvo en el campo de Weisenthal, en donde el príncipe Eugenio hizo cuanto se podía esperar de su grande habilidad para socorrer a esta plaza. Confesó ingenuamente que esto era impracticable, y que de haber emprendido el forzar los atrincheramientos de los franceses, habría de sacrificar la mitad de su ejército. Con efecto, la línea de circunvalación de estas trincheras estaba hecha con tanto arte y defendida con tantos reductos y artillería que jamás se había visto otra igual. Todo el Imperio descansaba sobre la fortuna y talentos del príncipe Eugenio; pero el mundo nunca reconoció mejor la gran prudencia con que este príncipe acompañaba todas sus acciones, y aunque su ejército constaba de cerca de cien mil hombres, no le pareció deber aventurar tantos valerosos que le componían, sin contar más de cincuenta príncipes del Imperio que se hallaban en él, y entre otros el rey de Prusia con el príncipe su hijo, hoy Rey, a quien sucedió un caso de los más singulares, que produjo el hervor de la juventud, ardiendo en el deseo de pasear las cortes de Europa.

Inmediatamente después de la rendición de Philisbourg, el príncipe Eugenio se puso en marcha para ir a ocupar su antiguo campo de Brucksal. Libertados los franceses de la proximidad del ejército imperial, el mariscal de Asfeld hizo repasar el Rhin a la mayor parte del ejército, de manera que con la toma de esta plaza feneció la campaña en aquellos parajes, no atreviéndose unos ni otros a llegar a las manos, pues lo restante del año se pasó en observarse recíprocamente sin emprender la menor cosa.

* * *

En Polonia sucedió casi lo propio; habiéndose retirado el rey Estanislao a Dantzig con todos los de su partido, el general Lascy se dirigió hacia esta ciudad por ver si mediante

alguna negociación con los magistrados de ella podía inclinarlos a que reconociesen al rey Augusto e hiciesen salir a Estanislao, negándole aquel asilo; pero no teniendo sus tentativas efecto, de que dio cuenta a la Czarina su ama, ésta dio orden al conde de Munich para que sin dilación pasase al campo a tomar el mando del ejército. Apenas llegó este general delante de Dantzig cuando hizo otra requisición al magistrado, dándole veinticuatro horas para responder; pero en lugar de amedrentarle sus amenazas, crecía su afecto por Estanislao, lo que determinó al ruso a obrar hostilmente contra la plaza.

A fines de marzo se formó el sitio de ella; pero por falta de gruesa artillería, los ataques fueron lentos hasta últimos de abril, que habiéndole recibido comenzó a bombardear la ciudad; desde entonces los ataques se fueron multiplicando, señalándose en ellos los sitiados, pues disputaban el terreno paso a paso; y los sitiadores, cuyo número se disminuía cada día, se vieron obligados a hacer bajar por el río Vístula la tropa que tenían en Varsovia, a la cual se juntaron hasta quinientos sajones.

Por este tiempo llegó a la rada de Dantzig el socorro que tanto se esperaba de Francia, y consistía en tres batallones, compuesto de dos mil y cuatrocientos hombres; pero no habiendo podido entrar en la plaza, se quedó en el fuerte de Wechselmunde. Asimismo llegó al campo ruso el duque de Sajonia Veissenfelts, general de las tropas sajonas, con ocho batallones y veintidós escuadrones, y este refuerzo era tanto más necesario cuanto sin él era de temer hubiesen levantado el sitio los rusos. Los franceses intentaron echarse en la ciudad y forzar las trincheras de los sitiadores, para cuyo fin se presentaron divididos en tres columnas, de acuerdo con la guarnición, que había de hacer una salida para favorecer este designio; pero sea que empezasen el ataque antes de tiempo o conociesen la imposibilidad de forzarlas, tocaron la retirada, dejándose muerto al conde de Plelo, embajador de Francia en Dinamarca, que se había embarcado a bordo de la flota y mandaba la primera columna en el ataque.

Poco después, la escuadra rusa, compuesta de dieciséis navíos, llegó con intención de atacar la francesa; pero no siendo las fuerzas de ésta más que seis navíos para competir contra aquélla, levantó el áncora y se retiró a Copenhague, y la tropa que había desembarcado en Wechselmunde formó un campo bajo del cañón de esta fortaleza. A su regreso a Dinamarca, la escuadra francesa se apoderó de una fragata y tres embarcaciones rusas, cuyos efectos y mercaderías se apropiaron, después de lo cual enviaron la fragata y tripulaciones a Francia.

El 11 de junio fue cuando la flota llegó a la rada de Dantzig; de resulta de un Consejo de guerra que tuvieron los generales Munich y Sajonia-Veissenfelts a bordo del *Almirante Gordon*, sobre los medios de reducir la ciudad y obligarla a que reconociese al rey Augusto; dos bombardas venidas con la flota se acercaron al fuerte de Wechselmunde para bombardearle, como también al campo de los franceses, que padecieron en extremo, y uno de los almacenes de pólvora saltó; al otro día sucedió el mismo accidente a la ciudad vieja.

No se puede ponderar la triste situación a que estaba reducida aquella poca tropa, sin seguridad en parte ninguna, sin pan ni ropa, careciendo de un todo y durmiendo en el suelo desde más de un mes que había llegado. Con todo, insistía el marqués de Monti a que se defendiese; pero siendo humanamente imposible de resistir a tanta calamidad, el

señor de la Peyrouse, su comandante, tomó el prudente partido de capitular, no creyendo que fuese del servicio del Rey dejar sacrificar una tropa que había dado muestra de tanto valor y paciencia; así, salió con todos los honores militares, estipulándose que el fuerte de Lagsmunde se entregaría cuarenta y ocho horas después. La guarnición del fuerte de Wechselmunde, viéndose sin el apoyo de los franceses, pidió también capitulación, saliendo con todos los honores militares, a fin de que con toda libertad pudiesen en plena campaña prestar juramento de fidelidad al rey Augusto.

Habiéndose sabido en el campo ruso que la escuadra francesa se había apoderado, al tiempo de retirarse de Copenhague, de cuatro navíos rusos, se vio obligado el conde de Munich a quebrantar la capitulación hecha con los franceses, reteniéndolos y haciéndolos conducir a uno de los puertos de Rusia (Cronstad) hasta dar satisfacción de la presa de estos cuatro navíos que se habían cogido contra toda regla de justicia, no habiendo guerra entre la Rusia y la Francia, antes bien comerciando con toda libertad los vasallos de esta Corona en los dominios de aquélla.

En consecuencia, sobre esta detención se quejó altamente el señor de la Peyrouse a la corte de Rusia; pero obtuvo de Su Majestad Czarina el permiso de enviar a uno de sus oficiales a Francia con la declaración de esta princesa, en que decía que se veía obligada a retener estas tropas por derecho de represalias hasta que se restituyesen dichos cuatro navíos con sus oficiales, soldados, marineros, efectos y mercaderías, el cañón y municiones; en fin, todo en el mismo estado en que se hallaba cuando fueron apresados, sin excepción ni detención alguna, restituyéndolos en uno de los puertos de Rusia.

Entre tanto esto pasaba, los moscovitas estrechaban cada día más a Dantzig, cuyo magistrado, viéndose en fin sin esperanza de socorro, después de dos salidas que aún hicieron, sin duda para favorecer la fuga del rey Estanislao, y temerosos del asalto, pidieron treguas para capitular, enviando diputados al campo. El conde de Munich recibió esta proposición con altivez, no queriendo conceder al magistrado más de ocho horas; sin embargo, convino después en una de ocho días, mediante que se le entregase al rey Estanislao, el primado, el conde Pontowski y el marqués Monti, embajador que fue de Francia; pero habiéndosele respondido que el rey Estanislao había salido secretamente dos días antes sin ser sabedores de cosa ninguna, el general moscovita entró en furor y estuvo para no dar oídos a proposición alguna; volvió a empezar el bombardeo con más viveza que nunca, y según el ímpetu de su cólera parecía quería reducir esta ciudad a cenizas; pero dejándose mover de la sinceridad con que se disculpó y no haber tenido noticia de la evasión del rey, recibió al otro día los mismos diputados, con facultad de tratar en nombre del magistrado (que se sometía a reconocer y jurar a Augusto por su soberano) de las condiciones para la rendición.

Algunos días antes de firmarse la capitulación, los señores polacos que se hallaban en Dantzig, cautelosos, signaron un acto por el cual reconocían al elector de Sajonia por su legítimo Rey; esto ejecutóse el 29 de junio.

El marqués de Monti, que se vio preso y puesto a la custodia de una guardia de ciento y cincuenta hombres, reclamó altamente el derecho de las gentes, protestando de la violencia que se hacía a su carácter de embajador de Francia, pero inútilmente; bien instruido el general ruso, no le soltó por eso, y aunque todas las potencias de la Europa

parecieron tomar parte en un hecho que tanto los interesaba, la refutación de los escritos del marqués de Monti hablaban a favor del mismo derecho que éste reclamaba, concluyendo que no debía ser mirado sino como una persona particular, supuesto que su carácter había fenecido con la muerte del rey Augusto II, cerca de quien residía en calidad de ministro.

Lo cierto es que no había recibido nuevas letras de creencia para con la República (trono vacante), y cuando las hubiera recibido, un ministro público no debe tomar parte en las turbulencias de un Estado, y mucho menos levantar tropas, formar regimiento con su nombre, mandarle y encerrarse en una plaza sitiada para cometer hostilidades, como lo prueban sus órdenes para la defensa de ella. Cualquier embajador, dice Wicquefort (libro I, sect. 29, p. 429) que abraza partido, pierde el privilegio de su carácter, como asimismo el eclesiástico a quien se coge con las armas en la mano. Grocio es del mismo dictamen (lib. II, cap. II, párr. 4, número 7):*Quod si vim armatam intentet legatus, sane occidi poterit*. El conde de Plelo, revestido de un carácter más real que el que se apropiaba, pagó con su vida la temeridad de su afecto por el rey Estanislao en el ataque de las trincheras de los moscovitas. En fin, de todos los afectos al rey Estanislao sólo quedó el primado, quien no quiso reconocer a Augusto; por tanto, fue conducido prisionero a Thorn, del mismo modo que el marqués de Monti, a quien guardó prisionero la Czarina hasta la pacificación general de Polonia, temerosa no fomentase dicho marqués la discordia.

Sin embargo, ella no dejó de continuar; y aunque los más de los magnates de Polonia habían reconocido y jurado a Augusto, los halagos y promesas de la Francia hacían que cada día algunos de estos señores, perjurándose, se retirasen a Konigsberg, donde se mantenía el rey Estanislao desde su huida de Dantzig, de manera que aumentándose su partido, causaba siempre celos con las correrías que hacía, hasta que finalmente se llegó a saber que las potencias marítimas habían entablado y propuesto a los Reyes aliados, como también al Emperador, ciertos preliminares para poner fin a la guerra.

Mientras los dos partidos opuestos se la hacían de un modo bien singular, porque el arte no la regía, reduciéndose por parte de los polacos a acometer cuando encontraban propicia ocasión, y huir cuando no, respecto de que toda su fuerza consiste en caballería y muy poca infantería; porque, como esta nación blasona de nobleza más que ninguna otra de la Europa, tiene a desdoro servir a pie, y así se ve que cuando hay una convocación general para tomar las armas, todos los nobles salen a caballo con sus criados, y en poquísimo tiempo suelen formar ejércitos de veinte mil, treinta mil y hasta cincuenta mil caballos, de manera que cargan al enemigo y se retiran del mismo modo, al símil de los moros; de suerte que no es fácil conseguir en su país una total destrucción en ellos.

Lo restante de la campaña se pasó en estas hostilidades que aniquilaban al reino, sin decidir cosa alguna a favor de Estanislao; antes los verdaderos patrienses clamaban por su quietud, que sólo las fuerzas moscovitas y sajonas podían restituir, y a esto se dirigían sus operaciones, tratando con suavidad a los que se sometían. El nuevo rey Augusto, por su agrado y munificencia, no procuraba menos el atraerse su obediencia; pero no se consiguió hasta el siguiente año, y después de exhaustos de todos medios sus contrarios.

* * *

Tantas desgracias como puede discurrir el lector que se seguían de la animosidad que reinaba en Polonia, cuyas consecuencias se extendieron en el Rhin y en la Italia, y funestas hacia el famoso sitio de Philisbourg como en la batalla de Parma a los franceses, sardos y alemanes, parece que la divina Providencia quería, manifestando visiblemente los derechos del Rey Católico, atender a la conservación de los vasallos de este piadoso Monarca en la conquista de los reinos de Nápoles y Sicilia.

Ya se ha visto al principio de esta campaña con qué felicidad se apoderaron de aquel reino, haciendo prisioneros cuantos lo guardaban, si se exceptúan las plazas de Gaeta y Capua, con algunas otras de menos importancia. El rey don Carlos no quiso perder el gran objeto de su pacífica posesión, resolviendo antes de concluir el año dar fin con el poder austríaco en aquellos dos reinos.

Con varios refuerzos y remesas considerables que habían venido de España, porque este príncipe no quería ser a cargo de sus nuevos vasallos, pues el yugo que pretendía imponerles era el alivio, dispuso sin perder tiempo hacer el sitio de Gaeta, mientras la ciudad de Capua quedaba bloqueada desde el principio de la campaña, esperándose reducirla por hambre. A este fin, el tercer convoy que vino a mediados de julio de Barcelona, tuvo orden de desembarcar parte de la tropa y la numerosa artillería y municiones que llevaba delante de Gaeta, adonde el duque de Liria era llegado, y empezado con la tropa que tenía a mover tierra para las trincheras y baterías.

Poco después el duque de Montemar pasó al mismo campo, a fin de tomar la dirección de la empresa, y por un proyecto que dio aquél a éste de formar un caballete en el mar, mediante algunas barcas que se echaron a pique, se estableció una batería para batir la puerta del mar de la misma plaza. Todo estaba ya pronto para atacarla, cuando se supo que el rey don Carlos había resuelto asistir en persona al sitio, por lo que se suspendieron las hostilidades contra ella hasta 30 de julio, habiendo llegado Su Majestad la víspera al campo, a bordo de la galera capitana de España. El conde de Charny ejerció su empleo de virrey en ausencia de Su Majestad.

Apenas puso pie en tierra este Monarca, pasó a visitar los trabajos y reconocer las trincheras; dio asimismo orden al duque de Liria para que requiriese a la guarnición imperial de rendirse, ofreciéndola partido ventajoso, y que de lo contrario no se la concedería capitulación ninguna. Este paso se dirigía a conservar la tropa española, pues preveía que la plaza, la mejor fortificada del reino y con una numerosa artillería, había de costar mucha sangre; pero el comandante respondió, como es regular en semejantes ocasiones, que estaba dispuesto a defenderse hasta el extremo. Esta respuesta fue como la señal para el disparo de sesenta piezas de cañón y veinticuatro morteros que hicieron aquel día un fuego cual no podía ser mayor y causó mucho daño en la plaza. La batería construida en el mar no hizo menos, y para animar a los soldados que estaban de trinchera mandó el Rey que les distribuyesen doscientos doblones.

El incesante fuego de los sitiadores puso en aprensión al gobernador, el cual, después de siete días de trinchera abierta enarboló bandera blanca pidiendo capitulación. Creía que entregándose algunos días antes podría obtener el pasar con su guarnición al ejército imperial de Lombardía, pero los españoles, que no querían que los alemanes aumentasen las fuerzas del conde de Konigseg, no atendieron a su demanda; y se estipuló en la

capitulación que, saliendo la guarnición con todos los honores militares, entregarían las armas en el paraje donde se hizo la primera abertura de la trinchera, y quedaría prisionera de guerra. El conde de Tuttembach, gobernador de la plaza, a quien se concedió, y a la mayor parte de los oficiales, el permiso de pasar a Roma por algún tiempo, sobre su palabra de honor, padeció algo en su estimación, rindiendo una plaza tan fuerte y en tan breves días. Verdad es que estaba sin disculpa; pero una resistencia más dilatada no hubiera salvado la plaza ni la guarnición. En fin, ella salió en número de dos mil y quinientos hombres. Halláronse en Gaeta ochenta piezas de artillería y muchas municiones, pero pocos víveres. El hijo primogénito del pretendiente se halló en el sitio bajo el nombre de caballero de San Jorge; acompañó al rey don Carlos hasta Nápoles después de la toma de aquella plaza, y volvió a Albano con el nuevo duque de Berwick y de Liria, su primo.

Las ciudades de Pescara, Gallipoli, Brindisi y Aquila se rindieron casi al mismo tiempo a los destacamentos españoles que el duque de Montemar había enviado para ocuparlas. La primera se entregó al duque Castropiniano, después de una defensa más que mediana, quedando su guarnición prisionera de guerra, del mismo modo que de las otras tres. La guarnición de Cortona, después de haber clavado el cañón de la plaza, se retiró a Trieste, a bordo de una embarcación genovesa, no obstante la diligencia del gran prior de Francia, que cruzaba en aquellos mares con ocho galeras.

Sólo restaba Capua en el reino de Nápoles. El conde de Traun, que mandaba en ella, y bloqueado desde tanto tiempo, dispuso hacer una vigorosa salida para procurarse con qué subsistir, pues carecía de un todo, habiendo resuelto hacerla con dos mil y quinientos hombres divididos en tres partes; dos atacaron cada una por su lado los puestos españoles, para facilitar a la otra el medio de salir al campo y traerse todos los víveres que encontrase.

La idea tuvo buen éxito, pues condujo a la ciudad hasta mil carneros, cien vacas y otras muchas provisiones que encontraron sobre las tierras del príncipe Corsini. Los otros no tuvieron la misma suerte, habiendo corrido riesgo de que ninguno volviese a la plaza, porque, como toda la fuerza se hallaba por aquellas partes, la resistencia fue tal que, cediendo al valor de los españoles, éstos los siguieron con espada en mano hasta la entrada de la ciudad, donde se disponían a dar el asalto cuando los imperiales se retiraron al castillo; entonces los habitantes abrieron las puertas, sucediendo lo propio a Villacampina, donde los españoles entraron a fines de agosto, después de haberse retirado los alemanes a la fortaleza y roto los puentes de comunicación.

Siendo de la mayor importancia reducir por la fuerza esta plaza, se resolvió en un Consejo que se tuvo en presencia del Rey poner fin a las correrías de aquella guarnición, pues los habitadores de las cercanías representaban cada día a los españoles que no había seguridad para ellos ni en el campo ni en sus casas, y que, a pesar del bloqueo, hallaban los enemigos medio de salir de la plaza y forrajear hasta tres y cuatro millas distante de ella.

Por este tiempo, un grueso destacamento se atrevió el 20 de octubre a pasar hasta la abadía del Monte Casino y sacarla setenta mil ducados, muchos granos y otras provisiones, en venganza del afecto de su abad por los españoles, a quienes hizo grandes

recepciones cuando el señor infante pasó por allí. En otra ocasión, habiendo sabido el conde de Traun que el río Volturno había salido de madre y se había llevado los puentes que mantenían la comunicación entre los diferentes cuerpos españoles que le bloqueaban, mandó al general Goeldi que saliese con tres mil hombres y al unos carros cubiertos, haciendo ademán de que toda la guarnición, aprovechándose de esta coyuntura, quería retirarse hacia el Estado Eclesiástico. Con efecto, percibido por los españoles al parecer el intento, destacaron dos mil caballos con alguna infantería para impedir o retardar la retirada; pero el general Goeldi hizo parar su gente y descubrir sus carros, los cuales, de repente convertidos en cañones cargados de metralla, hicieron desde luego un daño considerable en la infantería española.

La caballería de esta nación se extendió con designio de cercar los imperiales, pero el general Goeldi, previniéndola, envió un destacamento que tomó a esta caballería por el flanco y por detrás; hizo trescientos prisioneros y obligó a los demás a huir. Además de estos prisioneros, los imperiales les mataron gente, se llevaron mil puercos, dos mil sacos de harina, muchos granos, bagajes y algunos cañones. Entre los prisioneros se encontró un general y un coronel.

Este golpe, juntamente con algunos otros, hizo se tomase la resolución de no diferir más el sitiar esta fortaleza en toda forma. El conde de Charny, los duques de Liria y Castropiniano fueron encargados del sitio; habíanse propuesto al conde de Traun varias condiciones para que entregara su plaza; pero no viéndose obligado por la necesidad, nunca había dado oídos a ningún ajuste, mayormente cuando su valor le había hecho encontrar recursos durante más de cuatro meses que estaba bloqueado para mantenerse; pero al fin, viendo que se arrimaba la tropa española a la fortaleza y se construían baterías en oportunos sitios para batirla y bombardearla, después de haber aguantado por algunos días el fuego de los sitiadores y correspondido con lo mismo, conociendo por último sería preciso imitar a las demás guarniciones del reino, resolvió capitular y obtuvo el salir con todos los honores militares, con la condición de que él ni su tropa pudieran tomar las armas durante un año; así fenecieron los progresos de las armas católicas en el reino de Nápoles con la rendición de esta plaza, la cual sellaba la posesión absoluta del serenísimo infante don Carlos.

Como el puerto de Nápoles se hallaba lleno de los navíos españoles que habían convoyado en varias ocasiones tropas, municiones y dinero, y siendo ya la mayor parte de ellos inútil después de haber descargado el último transporte millón y medio de pesos, que se destinaban para el recobro de Sicilia, mandó el rey don Carlos se restituyesen a España, con cuya ocasión envió al Católico, su padre, hasta dos mil prisioneros alemanes, habiendo tomado los restantes partido en las tropas españolas.

Presumíase con fundada razón que el reino de Sicilia no había de costar más que el de Nápoles. Ansiosos sus habitadores del dominio español, habían enviado desde el mes de junio sus diputados al real infante, suplicándole no dilatase el recobro de su país, que la propicia coyuntura le ofrecía sin estorbo.

En Barcelona se prevenía para este fin todo lo necesario para esa empresa, y no habiendo ya enemigos que combatir en Nápoles (si se exceptúa la plaza de Capua, que estaba bloqueada), se efectuó el 21 de agosto, en el puerto de este reino, el embarco para esta

nueva expedición. Constaba el ejército de dieciocho mil infantes y dos mil caballos. Los generales nombrados fueron el duque de Montemar, general en jefe, a quien el serenísimo infante declaró virrey de Sicilia al tiempo de embarcarse. Los tenientes generales eran los condes de Marcillac y Mauda, el marqués de la Mina y los duques de Castropiniano y Gracia Real.

Puesta la armada a la vela, parte de ella, al mando del conde de Marcillac, tornó sobre la izquierda, dirigiendo el rumbo al faro de Mesina, mientras el duque de Montemar dirigió el suyo hacia Palermo, habiendo dado fondo en Solanto. Allí vino el príncipe de Paligonia con casi todo el Senado a reconocer y prestar juramento de fidelidad al serenísimo infante en manos del duque, quienes le acompañaron a Palermo, donde hizo su entrada el día primero de septiembre.

Los alemanes, que se habían retirado de aquella capital, dejaron cuatrocientos hombres de guarnición en el fuerte de Castellamare, situado junto a la ciudad, con orden de hacer la más vigorosa defensa; entretanto se desembarcaba la artillería para atacarle, el general español, después de haber ocupado terreno, destacó algunas tropas para bloquear a Trápani y Siracusa.

Mientras daba disposiciones el duque para someter en breve la isla, el conde de Marcillac había desembarcado en la torre del faro. Luego que el comandante de ella descubrió a los españoles, se retiró con la guarnición a Mesina, después de haber clavado los pocos cañones que tenía y puesto fuego a la pólvora, de cuyo efecto saltó la mayor parte de la torre. Después se adelantó Marcillac hacia Mesina, donde encontró los diputados del magistrado, que le aseguraron el deseo que tenían de recibirle y abrir las puertas de la ciudad, luego que se obligase al príncipe de Lobkowitz a retirarse a la ciudadela.

A vista de la revolución general que había en los ánimos a favor de los españoles, la mayor parte de las guarniciones de los castillos y fortines intentaron retirarse a Mesina, Trápani o Siracusa, pero en vano; las más fueron cortadas, destruidas u obligadas a volver a sus plazas, de manera que en pocos días se rindieron casi todos a los españoles, quedando prisioneros de guerra.

Estas rápidas conquistas, hechas en menos tiempo que el que sería necesario para recorrer la isla, y a las cuales no coadyuvaron poco sus moradores, determinaron al duque de Montemar pasar a Siracusa, que hizo inmediatamente embestir al conde de Sástago, virrey de Sicilia, que desde Palermo se había retirado a ella; salió pocos días antes con su familia y efectos para Malta, después de haber exhortado a la guarnición a hacer su deber.

De toda la Sicilia no quedaban a los imperiales a fines de noviembre más que la ciudadela de Mesina, las plazas de Trápani y Siracusa, situadas a los extremos de la isla, que estaban estrechamente bloqueadas, no habiéndose juzgado a propósito formar el sitio de ellas, porque se hallaban en estado de hacer una larga resistencia y hacer perecer mucha gente; y el duque de Montemar, cuya máxima era conservar la tropa, discurrió con fundamento que viéndose sin esperanza de socorro se entregarían, como en efecto sucedió; y no siendo ya necesaria su persona en aquel país, en virtud de las órdenes de España, se restituyó a Nápoles, donde se concertaron las medidas para la próxima

campaña de Lombardía; debiendo pasar a ella con un ejército de veinticinco mil hombres, unirse a los galisardos y obrar de acuerdo con ellos.

* * *

No había sido tan propicia la actual para los aliados en Lombardía, como la que acababan de terminar los españoles en los reinos de Nápoles y Sicilia; pues nada había aumentado a sus conquistas de la precedente. Desde la batalla de Parma se habían mantenido ambos ejércitos en una total inacción, y el arribo del conde de Konigseg a mediados de julio no los había hecho mudar de posición. Este astuto general, después de revistar sus tropas y hecho transportar a Mantua las municiones y artillería, de que no necesitaba, se aplicó en dar más extensión a su ejército, para lo cual, cinco días después de haber llegado, se puso en marcha para Quingentolo, sin que los aliados hiciesen el menor movimiento para inquietarles, no obstante ser superiores en fuerza, aunque su caballería no era tanto, con mucho, como la de los imperiales.

Separaba ambos ejércitos el río Secchia, y como el conde de Konigseg desde su arribo buscaba todos los medios de sorprender a sus enemigos, dispuso una estratagema, que de haberle salido bien hubiera mudado de semblante la situación de los negocios del Emperador en Italia. Informado por sus espías, a quienes recompensaba largamente, y mantenía no pocos, de que el rey de Cerdeña se hallaba frecuentemente en su cuartel de San Benedetto sin más custodia que la de su guardia ordinaria, discurrió le sería fácil sorprenderla y hacer a este príncipe prisionero. Para este efecto, el día 9 de agosto formó un destacamento de gente escogida y dio al comandante las instrucciones oportunas para la ejecución de una empresa tan importante.

Favorecido de la noche, el destacamento se adelantó sigilosamente hacia el cuartel real; pero sucedió, por fortuna de Su Majestad, que en aquel mismo día habían concurrido los dos generales del ejército aliado a un gran banquete, llevando cada uno cincuenta hombres de escolta, de manera que el destacamento imperial, que lo ignoraba, habiendo reconocido por su inmediación que había más tropa que la regular, resolvió volver la espalda y retirarse. Los galisardos, que advirtieron el intento, tomaron las armas y corrieron sobre los alemanes, a quienes no fue posible alcanzar; sin embargo, se consiguió hacer dos prisioneros, los cuales, llevados a la presencia del rey de Cerdeña, confesaron la idea de su expedición; esto motivó a que los aliados hubieron de ceñir más su campo, para que la persona del Rey no estuviese en adelante expuesta a semejantes riesgos.

Lo restante de este mes hasta el día 14 del siguiente, ambos ejércitos quedaron en sus respectivos campos bien atrincherados, de forma que el uno no podía intentar un ataque contra el otro sin evidente peligro. Con todo, cansado de estar tanto tiempo en inacción, fraguó el conde de Konigseg el proyecto de atacar a los aliados y sorprenderlos, para cuyo fin juntó en su cuartel todos los generales del ejército y les dijo que tenía noticias ciertas de que los enemigos campaban sobre una línea, que su caballería, o la mayor parte de ella, tenía sus cuarteles en el Modenés, y que, pudiéndose vadear la Secchia en algunas partes, le parecía muy fácil el pasarla y por este medio lograr una memorable sorpresa.

Aprobada la proposición del conde de Konigseg, quedó acordado que cada general fuese a su puesto y estuviese pronto a marchar al paraje que se le indicase. Separóse el ejército en dos columnas, la una mandada por el conde de Welseg, que con el mayor silencio debía encaminarse a la Secchia, dar el alerta desde Quistelo hasta donde desagua este río en el Po y servir para defender el paso de la tropa que quedaba a la retaguardia. La otra columna, mandada por el príncipe Luis de Wirtemberg, debía ejecutar el verdadero ataque, y para mejor desconcertar o deslumbrar a los aliados, se había mandado al conde de Galles hacia Borgoforte con dos mil croatos, y al barón de Bestichingen con tres regimientos de coraceros sobre el Oglio.

Dispuestas así todas estas tropas, marcharon secretamente hacia el lugar de Gabiana, donde se dividieron en seis columnas, tres de infantería y otras tantas de caballería. La primera consistía en dos batallones y doce compañas de granaderos, haciendo de vanguardia bajo las órdenes del príncipe Hilburgshausen; seguían a éste el marqués de Valparaíso y el barón de Wachtendonck, con siete batallones; la segunda marchaba a distancia de doscientos pasos, compuesta de dos batallones e igual número de granaderos, mandada por el señor de Lindesheim y sostenido por los condes de Neuperg y Colmenero, con siete batallones. Entre esas dos columnas y algunas otras seguía la tercera, compuesta de seis batallones, mandada por el barón de Sukuw, para acudir a una y a otra, según lo requiriese la urgencia.

De las tres columnas de caballería, la una a la orden del conde de Waldeck, marchaba inmediatamente después de la tercera de la infantería, y se componía de dos regimientos; el conde de Hohenembsy, el príncipe de Saxe-Gotha con la otra, que se componía también de dos regimientos, marchaba a la distancia de una milla de la Secchia, y los barones de Zungenberg y de Cavanack, con la tercera, asimismo de dos regimientos, marchaban a la distancia de una milla más arriba con todos los húsares a su frente.

Todas estas columnas marcharon con tanto silencio y orden, que una hora antes del día 15 se hallaron en las orillar de la Secchia en frente del puerto, por donde se debía principiar el ataque, sin que los aliados hubiesen percibido la menor cosa. Al amanecer, que era la señal para acometer a los enemigos, el príncipe de Wirtemberg lo ejecutó por la derecha y el conde de Konigseg por la izquierda, porque de allí podía dar mejor sus órdenes a la caballería y porque este ataque era fingido y sólo para poner en agitación a los enemigos y dar tiempo a las columnas de la izquierda para pasar la Secchia, lo que se ejecutó tan felizmente, que a un mismo tiempo la infantería y caballería imperial penetraron el ejército aliado, y aunque la primera columna al paso del río llevaba agua hasta la cintura y tuviese por delante una casa fortificada que servía de cuartel al mariscal de Broglio, fue tomado con tal ímpetu que apenas aquel general pudo escaparse en camisa con algunos de su familia por las accesorias de su casa y se fue a poner al frente de la brigada de Campagne, que era el cuerpo de tropas que tenía más inmediato.

El remanente de su gente, su guardia, compuesta de cincuenta hombres con una bandera, diferentes oficiales, y entre éstos su hijo menor, brigadier de los ejércitos, fueron hechos prisioneros. Todo su equipaje, hasta el mismo cordón de *Sancti-Spiritus*, sus papeles, la caja o arquilla en que tenía una suma considerable en dinero, fue presa del vencedor, calculándose que la pérdida de este general ascendiese a más de ciento treinta mil dudados venecianos

Luego que los imperiales hubieron pasado la Secchia, se echaron sobre la brigada llamada del Delfín, haciendo al mismo tiempo adelantar hacia Bondanelo un destacamento de infantería, para impedir fuese socorrida, con lo que no pudiendo resistir por su debilidad, se entregó a la fuga, dejándose muchos muertos y heridos. Avisados el rey de Cerdeña y mariscal de Coigny de los movimientos del ejército imperial, acudieron con indecible presteza a ponerse a la frente de la línea donde hallaron al de Broglio, que había formado en batalla las brigadas de Champagne y Chivergne, y uniéndose otras dos se adelantaron todas cuatro hacia un canal seco; pero los imperiales, que con tesón proseguían la victoria que se les había declarado, habiendo llegado con fuerzas superiores, los desalojaron de sus puestos, retirándose los franceses detrás de otro canal paralelo al primero y abandonando sus trincheras de Quistelo. El conde de Waldeck, retirándose para reconocer este movimiento de los franceses, fue muerto de un cañonazo.

Habiendo llegado el ejército imperial al mediodía a Quistelo, observó que los enemigos juntaban sus fuerzas detrás del canal o foso donde se habían retirado, teniendo a su retaguardia la Secchia y a su izquierda y frente muchos reparos y casinas guarnecidas de artillería, por lo que el conde de Konigseg resolvió hacer alto, porque la tropa estaba sumamente cansada, pues había quince horas que estaba en movimiento. Esta sorpresa costó a los franceses más de cuatrocientos muertos y mil prisioneros. En este puesto mandó el conde de Konigseg a los generales Welseg y Lantieri viniesen a juntarse con las demás tropas por el puente que los aliados tenían en Quistelo, donde descansaron aquel día, distante una milla de los enemigos. Éstos pasaron de noche detrás de su canal y fueron reforzados antes del amanecer con siete regimientos, siete escuadrones de caballería francesa e igual número de saboyardos.

Habiendo reconocido el día 16 a la punta del día el rey de Cerdeña con el mariscal de Coigny que el ejército imperial, después de haber dejado delante de Quistelo un destacamento de infantería, se adelantaba por la parte de Gonsaga para oponerse al proyecto que los imperiales parecían haber formado de hacerse dueños de aquella plaza y quitar a los aliados la comunicación con sus puentes. El ejército aliado levantó el campo para marchar a Guastala y cortar las ideas del general alemán; el marqués de Maillebois mandó la retaguardia en esta marcha, que se hizo con buen orden, no obstante el fuego continuo de algunos destacamentos de caballería y de todos los húsares que se habían juntado para inquietarla. Sin embargo, no dejaron de perder los aliados en esta ocasión más de cuatrocientos hombres muertos, trayéndoles los imperiales al campo tres batallones de tropas piamontesas prisioneras con sus oficiales y banderas y un destacamento de quinientos franceses, de forma que los imperiales hicieron aquel día casi tres mil prisioneros, sin contar la mayor parte de los equipajes que los enemigos perdieron.

El ejército imperial campó aquella noche en San Benedetto, así para reposarse como para a aguardar las barcas que traían el pan y la cebada. El de los aliados llegó el 17 a Guastala y campó con su derecha al confluente de los ríos Botta y Crostola, y la izquierda, al Po, cerca de las trincheras de los puentes.

El conde de Konigseg, siguiendo su marcha, se adelantó hasta Monteggiana al puesto de Borgoforte, donde hizo juntar el puente que había servido en Quingentolo.

Al amanecer del día 18 volvió a ponerse en marcha y llegó al mediodía a Luzara, resuelto a atacar a los enemigos el siguiente. A este fin destacó el general Zungenberg con dos regimientos de caballería y cuatro compañías de granaderos, que se apostaron a la vista de los enemigos para observarles, y por la mañana del día 19 todo el ejército se avanzó sobre el dique del Po, marchando la caballería en la llanura. Tenían riales a su derecha el Po, cuyo río antes de llegar a Guastala hace un giro que deja delante de aquella plaza un verdadero y formal triángulo, y de que la orilla está llena de árboles, jara y broza, formando en medio un bello prado. En este triángulo estaban apostados los aliados, teniendo su infantería hacia el dique y entre los árboles, de forma que los imperiales no podían juzgar exactamente de su número. La caballería se había apostado en la llanura.

No obstante esta ventajosa situación que ocupaban los aliados, el conde de Konigseg no sobreseyó en el empeño de atacarlos y mandó al coronel Lindesheim se pusiese al frente de doce compañías de granaderos para echar a los enemigos de una punta de donde podían incomodar a su tropa. Siguieron inmediatamente los generales Valparaíso y Wachtendonck con siete batallones para sostenerle, y aunque hicieron los mayores esfuerzos no pudieron penetrar, porque los aliados sostenían aquel cuerpo continuamente con nuevas tropas, de manera que se vio Konigseg precisado a enviar al príncipe de Hilburghausen con diecisiete compañías de granaderos y seis batallones, bajo las órdenes del general Sichau, para sostener la derecha, que empezaba a flaquear.

Los condes de Neuperg y Colmenero siguieron también a éste con otros siete batallones, con lo que toda la infantería imperial se halló empeñada en un ataque formal que empezó a las diez de la mañana y duró hasta las cuatro de la tarde, ataque de los más sangrientos y obstinados que se han visto. Detrás de esta infantería se apostaron diversos escuadrones de caballería para sostenerla, mientras la restante, mandada por los generales Lantieri, Zungenberg, Saxe-Gotha, Balayra y Cavanack, peleaban con la de los aliados, haciendo los mayores esfuerzos para quitar a éstos la comunicación de sus puentes sobre el Po, donde apoyaban su izquierda.

El mariscal de Broglio la mandaba, y mientras daba sus órdenes para que la infantería hiciese los más convenientes movimientos, a fin de sostener el ataque, los carabineros reales, que no estaban distantes, pusieron pie a tierra y sostuvieron con indecible ardor el primer ataque de los alemanes. Los coraceros de esta nación se avanzaron para sostener a su infantería, y entonces los carabineros, que habían dejado sus caballos, volvieron a tomarlos para resistir al ímpetu de los imperiales, cuyo fuego no fue menos vehemente. La infantería de uno y otro campo combatió con extraordinario valor, habiendo mostrado ambos ejércitos la mayor intrepidez y observado una orden inexplicable. Todas las tropas hicieron maravillas, y la batalla tuvo tales y tantas alternativas en sus ventajas, que casi no se pudo fijar la victoria, pues ambos ejércitos previnieron todos los ardides de su enemigo.

La conducta del marqués de Coigny fue muy celebrada, pues la derecha de su ejército no siendo atacada, mandó tan a propósito desfilar diferentes cuerpos de ella para sostener la izquierda en los parajes donde más se necesitaba, que con esta maniobra impidió que la izquierda no se aculase en el estrecho del triángulo, donde se hallaba embarazada de los continuos asaltos de los imperiales, que hubieran logrado una victoria completa si lo hubiesen conseguido, y a esto se reducían sus esfuerzos; pero aunque avanzaron con

intrepidez y con ventaja al principio de la acción, nunca pudieron romper la caballería de los aliados, por lo espeso de los árboles, casinas y profundos fosos donde se habían éstos apostado, siendo tan seguido su fuego, que al principio de la acción quedaron heridos el marqués de Valparaíso y Wachtendonck, como también la mayor parte de los oficiales del Estado Mayor.

Siguióse a esta desgracia la de perder al príncipe de Wirtemberg en medio de la acción y cuando su presencia era más necesaria para conducir la infantería. El general Colmenero quedó asimismo muerto al fin de la batalla, de manera que tantas desgracias obligaron al conde de Konigseg, después de siete horas de combate, a hacer cesar el fuego y retirarse a su precedente campo de Luzara, adonde llegó a las siete de la tarde, dejando muchas piezas de cañón, muchas banderas y algunos timbales.

Se hace la cuenta que quedaron en aquella sangrienta acción doce mil hombres, entre muertos y heridos, a saber siete mil imperiales y cinco mil de los aliados. El príncipe de Wirtemberg se distinguió infinitamente y recibió varias heridas sin querer retirarse y, por fin, de un fusilazo en la frente quedó muerto en el campo. Los generales Valparaíso y Wachtendonck murieron también de sus heridas. Igualmente los generales Lantieri, Zungenberg y Hennin, gran número de coroneles, tenientes coroneles y otros oficiales; en fin, no hubo generales a quienes no se matase algún caballo entre las piernas, y al conde de Neuperg muchos, lo que produjo alguna confusión.

Los aliados perdieron un teniente general, un brigadier y cinco coroneles; cuatro tenientes generales quedaron heridos; cuatro mariscales de campo, tres brigadieres y diez coroneles, de que murieron algunos.

Son infinitas las alabanzas que se deben a los mariscales de Coigny y Broglio, que manifestaron en esta batalla su gran experiencia en el arte militar. El rey de Cerdeña, con su conducta, dio a conocer la capacidad del general más consumado por su presencia de espíritu e intrepidez en exponerse a los mayores peligros y prudencia en dar las órdenes más oportunas. Las tropas piamontesas, a la vista de su príncipe, no se distinguieron menos que las francesas; antes bien, se asegura que uno de sus cuerpos, que vino a sostener la izquierda a la mitad de la batalla, tuvo la fortuna y la gloria de resolver los enemigos a retirarse. Ambos ejércitos se atribuyeron la victoria, y en París como en Viena fue celebrada.

Sin duda, uno y otro tuvieron motivo para contarla. Los imperiales, por la sorpresa de la Secchia, y de los dos días siguientes en que hicieron un botín inmenso, muchos muertos y gran número de prisioneros, estaban fundados. Los aliados no lo fueron menos por lo que mira a la batalla, aunque nada ganaron; pero quedaron dueños del campo y los enemigos precisados a retirarse. Sin embargo, si se juzga por las consecuencias que ella tuvo, no se puede decir a punto fijo quién de los dos quedó victorioso. Aunque el conde de Konigseg se retiró el subsiguiente día a esta acción al campo de Monteggiana para comunicarse con el Serraglio, la falta de víveres y forrajes le hizo resolver a ello, y aunque los aliados destacaron alguna tropa para observarle, no se atrevieron a aventurar segunda acción; es verdad que estaba acampado en una situación ventajosa de difícil acceso y casi imposible de forzar. No obstante la ventaja de este puesto, no encontrándose forrajes en el país circunvecino, determinó pasar el Po; habiendo hecho venir los barcos de Quingentolo,

formó un puente sobre el que hizo desfilar el día 24 la mayor parte del bagaje y alguna caballería, y el siguiente lo ejecutó el ejército con la artillería sin embarazo alguno; rompió el puente, enviando las barcas al Mincio, y se acampó en Borgoforte, donde llegó un refuerzo de dos mil croatos y algunos reclutas.

Temerosos los aliados de verse quitar su puesto hacia el Oglio, pasaron también el Po el 27, y se extendieron a lo largo del río Oglio con su derecha a Estrada y la izquierda a Bozzolo. Una parte de su ejército quedó acampada cerca de Guastala, bajo las órdenes del rey de Cerdeña, que se aplicó a fortificar mejor aquella ciudad; de allí destacó al marqués de Maillebois para que fuese a sitiar la Mirándula. Anque este príncipe no estaba de parecer que se hiciese esta empresa, por estar casi a la vista el enemigo, no obstante se resolvió a ella por haberle dado a entender los generales franceses que con la toma de esta plaza se coronaba la victoria y quitaban a los alemanes este recurso de la parte de acá del Po.

El conde de Konigseg, después de varios movimientos y haber dispuesto su caballería en varios parajes, por la comodidad de recibir sus forrajes, dio orden para que se condujese a Mantua el grueso bagaje del ejército, y a fin de dar a entender a los aliados que meditaba alguna nueva empresa, mandó distribuir a la tropa pan por algunos días. Avisados los generales franceses, vivían con no poca inquietud, no obstante ser superiores en fuerzas, y temerosos de una segunda sorpresa, descansaban de día y vigilaban de noche, habiendo dispuesto su tropa de modo que en poquísimo tiempo podía reunirse. El rey de Cerdeña dejó también los contornos de Guastala y tomó su cuartel en Sabioneta.

Mientras procuraba el astuto Konigseg deslumbrar a los aliados en las varias marchas y disposiciones que daba en su escrito, el marqués de Maillebois se presentó delante de la Mirándula con seis mil hombres, y sin perder tiempo intimó al comandante que se rindiese para evitar a su guarnición, que se componía de cuatrocientos hombres, los trabajos de un sitio y los daños de un asalto.

El comandante respondió con alguna más urbanidad, de que irritado Maillebois mandó bombardear la plaza entre tanto disponía lo necesario para formar el sitio de ella. El conde de Konigseg, que no cesaba de buscar arbitrios en los ardides de su imaginación, despachó un correo al gobernador de la Mirándula, con carta fingida, en que le decía estaba en marcha con diez mil hombres para socorrerle. Habiéndose preso el correo, siguiendo en esto sus instrucciones, el marqués de Maillebois no dudó de la realidad del aviso, que confirmaban varios oficiales franceses destacados del ejército para observar los movimientos de los enemigos, con que levantó el campo de las cercanías de la Mirándula y fue a reunirse con el mariscal de Coigny; lo mismo ejecutaron diversas partidas que estaban hacia Rovera. Esta retirada hizo más plausible las razones del rey de Cerdeña, manifestando no era a propósito ni oportuno el emprender este sitio mientras los dos ejércitos estaban poco distantes uno de otro, y que los imperiales se habían reforzado con muchas reclutas y seis mil hombres de tropa reglada. Esto ocasionó alguna disensión y dio prisa a censurar la conducta de los generales que lo habían aconsejado; pero habiéndose reconocido el engaño, el marqués de Maillebois tuvo orden de retroceder con un tren de artillería más numeroso, para formar el sitio en toda forma.

Reflexionando el conde de Konigseg que sus fuerzas no le permitían aventurar una acción general para salvar a la Mirándula, usó de su sagacidad para inquietar a los aliados con sus movimientos hacia el Oglio; a este fin dio orden a todos los oficiales de estar prontos a marchar, y la misma noche del 7 de octubre levantó su campo, con cuyo motivo discurrieron los aliados que Konigseg tenía intención de atacarlos, por lo que hicieron tocar la generala y poner sus tropas en batalla.

Mientras esto pasaba había destacado de su ejército hasta cinco mil hombres a las órdenes del conde de Neuperg, y los príncipes de Anhalt y Hilburghausen, para que, alucinando a los aliados, hiciesen un gran rodeo y se juntasen con un destacamento de caballería que estaba en Governolo y Ostiglia. Los generales galisardos, atentos al ejército enemigo, para cuya observación habían destacado una brigada de cada nación para avisar de sus movimientos, desatendieron al principal objeto de los enemigos, que era socorrer a la Mirándula. Con efecto, habiendo juntado éstos barcas suficientes para formar un puente sobre el Po, ellos lo pasaron el 12 de octubre, y cuando el marqués de Moucouseil acudió con su destacamento halló que la mayor parte había ya pasado, con lo que no pudiendo impedir, se retiró hacia la Mirándula, en donde no juzgó conveniente esperarlos el marqués de Maillebois, y aunque se hubiese este general establecido ya sobre el camino cubierto de la plaza y tuviese hecho brecha a ella, y dadas las disposiciones para bajar al foso, sin embargo tomó el partido de retirarse el día 13, pero con tanta precipitación, que abandonó ocho piezas de artillería gruesa, dos morteros y todas sus municiones y provisiones.

El conde de Neuperg llegó con su destacamento delante de la Mirándula un cuarto de hora después de haberse retirado Maillebois. La plaza, que se hallaba en el estado más triste, fue abundantemente provista de todo género de municiones que habían dejado los galisardos, y se reforzó la guarnición. Lo cierto es que el socorro no podía llegar más a tiempo; el comandante hizo más de lo que moralmente se podía esperar. Arruinada la ciudad de las bombas, y sólo con cuatrocientos hombres, resistió a los esfuerzos de los aliados, que perdieron más de mil hombres en este sitio.

Bien reparada y abastecida la plaza y deshechos los trabajos de los sitiadores, el conde de Neuperg volvió a repasar el Po después de haber dejado una fuerte guarnición en Rovera, y se juntó al grueso de su ejército, dejando una memorable idea de la capacidad y grandes talentos del conde de Konigseg en la guerra. Lo restante de esta campaña no le merecieron menos elogios de toda la Europa, y aunque se le frustró su designio en atacar a los aliados en Guastala, no se le pudo negar las acertadas medidas que había tomado para lograr el fin. Si al principio de la acción no hubiese perdido los mejores generales de su ejército, hay apariencia que hubiera conseguido la más completa victoria, porque estrechando a los aliados en el ángulo donde estaban acampados, no les quedaba otro recurso que arrojarse al Po para salvarse, no pudiendo el puente que tenían sobre este río contener todo un ejercito que huye delante de su enemigo, en la suposición, digo, de acularlos en la punta del triángulo que formaba su campamento.

Malograda la empresa de la Mirándula, los aliados no pensaron más que en precaverse de las emboscadas del astuto Konigseg, disponiendo su ejército de forma que cubría el campo del rey de Cerdeña en Sabioneta; y en esta situación hubiera fenecido la campaña si las copiosas lluvias que continuaron hasta el día 7 de noviembre e hicieron salir

de madre los ríos Po, Oglio y Mincio, no precisasen a los generales de ambos ejércitos a buscar campos más acomodados.

El conde de Konigseg se retiró al Serraglio. El rey de Cerdeña, que había ido a dar una vuelta a Turín, habiéndose restituido al campo, de resulta de un Consejo de guerra, a vista de la posición de los imperiales, determinó abandonar las orillas del Oglio, donde carecía de muchas cosas necesarias, y retirarse a campar debajo de Cremona; y aunque, algunos generales eran de parecer contrario, sin embargo, se siguió el dictamen del Rey, que mandó retirar los pontones, quemar los demás puentes que tenía en el Oglio, echar a pique las barcas, y cegar las líneas y otras obras, con lo que se puso el ejército en marcha hacia su destino.

El conde de Konigseg, que había recibido varios refuerzos, sabiendo la resolución de los aliados, quiso concluir la campaña con una acción ruidosa. Para este fin se acercó a Oglio e hizo hacer varios movimientos a su ejército, siempre con la expectativa de ocultar sus verdaderos designios. Fue ocupando todos los puestos que habían dejado los aliados; éstos, después de dejar presidiados a los Estados de Milán y Parma, recogieron todas sus tropas hacia Cremona para cubrirlos, y abandonaron los Estados de Módena, sacando los pertrechos que había en ellos; establecieron sus hospitales en Parma, y para poner esta ciudad al abrigo de los insultos de los imperiales, destruyeron el famoso arco de Alejandro Farnesio y muchos edificios contiguos para formar una explanada, temerosos que las ideas de este general fuesen contra esta plaza; en fin, los aliados tomaron todas las precauciones que la prudencia dictó, esperando que lo rígido de la estación, las nieves y los caminos impracticables, le impedirían ejecutar sus proyectos, mayormente cuando sus tropas necesitaban de reposo.

Sin embargo, todas estas consideraciones no impidieron a Konigseg intentar la conquista de Guastala o penetrar en el ducado de Parma. Para este efecto, el día primero de diciembre se puso a la frente de quince a dieciséis mil hombres hacia el Po, que pasó el día 8; la infantería se avanzó a Luzara y la caballería a Novellara y Carpi. Hizo al mismo tiempo remontar el Po con cantidad de barcas cargadas de cañones, morteros y municiones que había hecho bajar de Mantua por el Mincio, mientras el príncipe de Saxe-Hilburghausen, con un destacamento de mil y doscientos hombres, con cuatrocientos húsares, pasó el Po en Viadana sobre un puente volante, y fue a ocupar el puesto de Versello, con intención de quitar la comunicación de Parma a Guastala, habiéndose puesto otro cuerpo en Sabioneta a la orden del general Wallis para socorrerle en caso de necesidad.

Avisados los aliados de estos movimientos, el mariscal de Broglio acudió a Guastala, donde el gobernador había tomado ya las medidas necesarias para su defensa, inundando las cercanías de esta ciudad. Después de haber visitado el mariscal sus fortificaciones y reforzado su guarnición, se puso en marcha para observar de más cerca a los imperiales. Habiendo llegado a Versello, halló que el príncipe de Hilburghausen acababa de abandonarle, repasando el Po, con que pudo disipar los proyectos del conde de Konigseg, cuya intención era construir un puente entre Viadana y Versello, unir después allí sus tropas y emprender el sitio de Guastala; pero sabido lo sucedido a Hilburghausen, llamó las tropas que estaban en Carpi y Luzara, y volvió a repasar el Po, tomando la una parte el camino de Sabiocello y la otra Buonporto y Final.

En este estado fenecieron en Lombardía las operaciones de la campaña. Después de haber dado este general pruebas de su ánimo, actividad y experiencia consumada, entregó el mando del ejército al conde de Wallis, y partió para Viena. El rey de Cerdeña volvió a Turín, donde estaba la Reina en los últimos períodos de su vida, y murió pocos días después del arribo de este príncipe.

El mariscal de Coigny tomó la posta para París, quedando el de Broglio sólo encargado del mando del ejército. Esta segunda campaña hacia Italia, como en el Rhin y en Polonia, era memorable por las dos sangrientas batallas de Parma y Guastala y por los famosos sitios de Philisbourg y Dantzig. Aquéllas no decidieron nada, y la pérdida fue casi igual. No sucedió lo propio en Philisbourg, pues parece que la toma de esta fortaleza estancó las operaciones, no atreviéndose unos ni otros llegar a las manos, contentándose con observarse recíprocamente.

El sitio de Dantzig fue el que quitó la corona a Estanislao, haciéndola pasar a las sienes del elector de Sajonia, habiéndose reducido con este motivo a su obediencia la mayor parte de los grandes de Polonia, que le reconocieron por su Rey legítimo.

Año de 1735

Con gran disgusto de las potencias marítimas, que no habían tomado parte en esta guerra, la continuaban los aliados contra el Emperador. Los recelos de que este príncipe perdiese enteramente la Italia las tenía en continuo movimiento y buscaban todos los medios posibles de conciliar el honor de Francia, ultrajada en la persona del rey Estanislao, con los intereses del César. Ya habían entablado desde el año antecedente algunas negociaciones para procurar la pacificación general, temerosas de verse obligadas a empeñarse en esta revolución, que, no atajándose con tiempo, sus consecuencias podían derribar el cimiento con que habían establecido su seguridad en el tratado de Utrech.

El Emperador no cesaba de reclamar los socorros a que estaban obligados por el mismo tratado respecto de su contravención por parte de la Francia, y aunque había pretexto plausible para eludir las instancias de Su Majestad Imperial, sin embargo conocían las potencias marítimas que les era indispensable el mantenerse quietas, a menos de consentir tácitamente en la destrucción del equilibrio en la Europa, y esto era obrar contra una máxima por la cual habían sido tan celosos defensores; dependiendo, pues, la cesación de hostilidades de su conservación, insinuaron a la Francia ciertos preliminares que no podía menos de serle gratos. La archiduquesa gobernadora de Flandes consultó al Emperador, y por ella pasaron a Francia, de donde se traslucieron algunos de sus artículos que pusieron en bastante aprieto a los aliados de esta potencia, buscando cada uno sacar el mejor partido que pudiese. Las secretas conferencias que se tuvieron en Madrid, París y Turín fueron frecuentes. La primera quiso prevenir la Francia haciendo algunas proposiciones en Viena; el Cristianísimo no desechó las que se le hacían por parte de las potencias marítimas, que no le disimularon las amenazas; sólo el rey de Cerdeña, embarazado con sus ideas, no se atrevió a explicarse, fiando al tiempo su suerte, de manera que entre tres aliados unidos con los vínculos de la más estrecha amistad reinaba una suma desconfianza.

Entre tanto se hacía visible el fundamento de ella, la España no sobreseía en los continuos preparativos para proseguir la guerra. No quedaban de los reinos de Nápoles y Sicilia más que las plazas de Mesina, Siracusa y Trápani en este último, y era preciso reducirlas por la fuerza antes que algún contratiempo dilatase su conquista. A este efecto mandó Felipe V al rey don Carlos pasase incontinenti a Sicilia, no sólo para que le reconociesen y jurasen sus nuevos vasallos, sino también para acelerar la rendición de dichas fortalezas. El día 3 de enero salió este Soberano de Nápoles, emprendiendo su viaje por tierra hasta Reggio, donde se embarcó para Mesina. El mismo día se puso el duque de Montemar al frente de la tercera columna de las tropas que marchaban a Lombardía, y el subsiguiente tomó solemnemente el conde de Charny la posesión de su dignidad de virrey de Nápoles, para ejercerla en ausencia de Su Majestad de las dos Sicilias.

Cuando este Monarca llegó a Sicilia estaba ya la ciudadela de Mesina en punto de rendirse. El príncipe de Lobkowitz, que mandaba en ella, se había comportado durante el sitio no sólo como soldado valeroso, sino también como capitán experimentado y príncipe generoso; la falta de víveres le obligó, por fin, a capitular después de cinco meses de sitio. Cuando el conde de Marcillac le puso cerco no tenían para seis semanas de provisiones, y para subsistir avisó y mandó se cortasen por trozos varios cañones que no podían servir, vendiéndolos a los patronos o capitanes que pasaban el faro, y a quienes obligaba a abordar mediante algunos cañonazos que se les disparaban. Con este motivo sacaba Lobkowitz algún dinero de sus provisiones superfluas; pero, en fin, viéndose sin esperanza de socorro, pidió el 23 de febrero capitulación, que se le concedió con los honores militares. Salió de la plaza con número de ochocientos hombres, para ser conducido a Trieste.

Después de esta conquista se pensó en sitiar formalmente a Siracusa, que hasta entonces estaba bloqueada, y, sin embargo de la dificultad de transportar la artillería y municiones, el marqués de Gracia Real halló medio de colocarla en oportuna situación, con lo cual intimó al general Roma a que se entregase; éste, que mandaba en la ciudad, pidió licencia de despachar un oficial a Malta, donde se hallaba el virrey de Sicilia (conde de Sástago), para informarle de su situación y saber cuál era su resolución a vista del total abandono de la Sicilia.

La respuesta fue una orden expresa del gobernador de defenderse hasta el extremo, orden disparatada y que no podía tener efecto a menos de privar a su Soberano de la gente que tenía y poder servir en otra parte con más suceso: bien lo conocía el general Roma; sin embargo, al riesgo de lo que le podía suceder, se defendió hasta el día 2 de junio que capituló salir con los honores de la guerra. Sin pérdida de tiempo pasó el mismo marqués de Gracia Real a Trápani, y habiendo requerido a su comandante, el señor Caneras, se entregó con las mismas condiciones que Siracusa. Esta última conquista de Sicilia sometió el reino al rey de Nápoles, que pasó inmediatamente a Palermo a coronarse, lo que se efectuó el día 3 de julio con la mayor pompa y magnificencia.

* * *

Las operaciones de la precedente campaña en Lombardía no habiendo aumentado nada a las anteriores conquistas, se dispuso al principio de este año en París fuese superior el ejército de los coligados al de los imperiales, para poder obrar con más acierto y acabar de echarlos de la Italia. A este fin el duque de Montemar recibió repetidas órdenes para que después de arreglado todo lo concerniente a la seguridad de los reinos de Nápoles y Sicilia se pusiese en marcha, sacando la más tropa que fuese posible y pasase con ella a tomar cuarteles de invierno a la Toscana.

El duque las dividió en tres columnas y se puso al frente de la última, como queda dicho, y se encaminó por el estado de la Iglesia. Su Santidad mandó construir en las cercanías de Roma tres puentes sobre el Tiber, a fin de facilitar con prontitud el tránsito de estas tropas, para evitar por este medio su detención; pero las providencias del Papa no impidieron se cometiesen varios desórdenes. Con motivo de algunos desertores, los oficiales españoles tomaban como en rehenes el duplicado de habitantes de los lugares de donde habían desertado los soldados, aunque después de algunos días los soltaban, y esto no remediando el que la deserción continuase, se atrajeron los españoles el odio de los pueblos por donde transitaban, el que se comunicó a todo el Estado Eclesiástico.

Por otra parte, gran número de oficiales, los más italianos, pero en servicio del Rey Católico, esparciéndose por el país abusaban abiertamente de los privilegios de la hospitalidad, usurpaban las regalías del Soberano, cometiendo otros excesos que excusamos referir, y en desprecio de las leyes y Bulas Apostólicas, alistaban de un modo irregular y artificiosamente no sólo los peregrinos, sino también los habitantes de las ciudades y del campo: proceder que irritó de tal modo los espíritus, que al año siguiente prorrumpieron en una sedición que pudo haber atraído fatales consecuencias si no se hubiese atajado con tiempo, como se dirá en su lugar.

En fin, con bastante inquietud de los pueblos atravesó el ejército de España el Estado Eclesiástico y pasó a Toscana a tomar cuarteles de invierno. La artillería y municiones se transportaron por mar desde Nápoles a Liorna, donde llegó también un nuevo refuerzo de tropas de España, de manera que el duque de Montemar se halló con veinticinco mil hombres a sus órdenes para la empresa de Lombardía. Habíase formado el plan de la campaña en la corte Cristianísima en la forma siguiente: el rey de Cerdeña, generalísimo de los tres ejércitos de los coligados; el duque de Montemar, con el suyo, debía obrar separadamente por la parte del Parmesano y del Modenés, y los galisardos, juntos, cuyas fuerzas ascendían a ochenta mil hombres, debían dividirse en dos cuerpos: el uno, de cincuenta mil, atacar a los austríacos a la parte del Oglio alto, y el otro, de treinta mil, por la del Oglio bajo. El número de tropas imperiales era muy inferior, pues no pasaban de veintiocho mil hombres, pero cada día se iba aumentando con muchas reclutas que venían de Alemania.

Para precaver la discordia que regularmente suele haber entre los generales sobre la precedencia en el mando tocante a la antigüedad, había la corte de Francia prudentemente dispuesto que el mariscal de Coigny pasase a mandar en el Rhin en lugar del de Asfeld, a quien se concedió la licencia de retirarse, así por su crecida edad como por sus achaques, y que el de Noailles pasase a Lombardía, quitando por este medio todo género de disensión, pues desde la guerra de Cataluña el Rey Católico había nombrado al expresado

duque de Noailles capitán general de sus ejércitos, con cuyo título no había embarazo en que mandase al de Montemar, respecto de ser menos antiguo.

Antes de juntarse este general con los aliados pasó a principios de marzo a reconocer las plazas de los presidios de Toscana, Orbitelo, Puerto Hércules y Monte Felipe, en que había guarnición imperial.

Se destacó para el sitio de estas fortalezas al marqués de la Mina, con mucha artillería y un buen cuerpo de tropas, el que se presentó delante a principios de abril. El castillo de San Felipe se embistió inmediatamente, y la casualidad de haber caído una bomba sobre el almacén de pólvora hizo que los sitiados se entregasen prisioneros de guerra, después de haber resistido más de lo que se creía. El de Puerto Hércules no tardó en seguir el ejemplo, porque dominado de aquél era preciso se rindiese también, no obstante el haberse defendido bastante, y vendido caro la fortaleza a los españoles. Orbitelo fue la que se mantuvo con más tesón; pero, sin esperanza de socorro, después de haberse resistido su gobernador más de dos meses y defendido valerosamente, se entregó, capitulando salir con los honores militares para ser conducido a los puertos de Istria, en el mar Adriático, estipulándose no serviría su guarnición contra los aliados en el término de un año. Estos sitios no hicieron mucho honor al marqués de la Mina, y perdió bastante gente en esta expedición. En llegando delante de Monte Felipe puso su campo en posición tan contraria a las reglas del arte, que el cañón del enemigo lo barría por todas partes y ni aun en su cuartel estaba seguro de las balas. Habiendo caído algunas en su tienda, le obligó a mudar de situación y alojarse algo más distante, y la casualidad de haber caído una bomba en el almacén de la pólvora del castillo, como queda dicho, le aseguró el éxito de la empresa, que sin este accidente hubiera encontrado obstáculos grandes a sus designios.

Mientras estaba ocupado en el sitio de estas plazas, el duque de Montemar, que se había restituido a Florencia, a fin de dar las disposiciones convenientes para la marcha del ejército, se despidió del gran duque Juan Gastón y pasó a Prato, desde donde la tropa fue desfilando sobre una columna hacia Lombardía (a principios de mayo). En las orillas de la Secchia se juntaron los españoles con los aliados, quedando éstos a la otra parte del río y aquéllos en Bendanelo. El rey de Cerdeña estaba en Guastala, a donde pasaron los duques de Noailles y Montemar con algunos generales para conferenciar sobre las operaciones de la campaña, a fin de echar enteramente a los alemanes de Italia y hacer el sitio de Mantua.

El conde de Konigseg, que desde el principio de la campaña había procurado mantenerse sobre la defensiva, por no permitirle sus fuerzas emprender cosa alguna contra los aliados, los tuvo, sin embargo, en continuo movimiento. Luego que llegó al ejército imperial, que fue el día 16 de marzo, su primer objeto fue mandar se fortificasen la plaza de Mirándula con los puestos de Borgoforte, Revere y algunos otros a lo largo del Oglio, y se abandonasen y demoliesen las fortificaciones de algunas plazas que no le parecía poder conservar con las endebles fuerzas que tenía.

La corte de Viena no había juzgado a propósito aumentar el ejército de Lombardía; sólo sí hacer respetable el del Rhin, impidiendo al de Francia pudiese emprender ninguna cosa de importancia entre tanto se trataba del interés de algunas potencias en la corte imperial

por medio del señor de la Beacune, que había pasado a ella disfrazado para deslumbrar y aun prevenir las ideas de la Reina Católica, que buscaba modo de componerse separadamente con Su Majestad Imperial. Este príncipe había ya recibido de las potencias marítimas los preliminares para la paz, y admitidos con alguna mutación. La Francia, que igualmente los había recibido, daba muestras de condescender a las instancias de las referidas potencias; pero no podía resolverse a abandonar al rey Estanislao, su suegro, objeto único del motivo de esta guerra. Buscáronse diversos temperamentos que pudiesen conciliar la honra de la Francia en este empeño, y por esto se trabajó con indecible calor, sin que los aliados de esta potencia sospechasen la menor cosa.

Por lo mismo, el rey de Cerdeña, deseoso de concluir la guerra de Italia, buscó todos los arbitrios posibles para lograr el fin. Para este efecto, luego que llegó al ejército, que fue el 11 de mayo, mandó reunir en un cuerpo los varios destacamentos que estaban esparcidos en el Parmesano y Modenés, y pasó el Po el 17 del mismo, entre Viadana y Vercelo, y se avanzó hacia Guastala. En un gran Consejo de guerra se decidió hacer los mayores esfuerzos para obligar a los alemanes a repasar el Po y si no presentarles batalla; hacer después el sitio de la Mirándula con una parte de las tropas aliadas, mientras que lo restante del ejército penetrase en el Mantuano.

El conde de Konigseg, que transpiró los designios de sus enemigos, hizo reforzar su campo de San Benedetto y varias obras en las avenidas. Tenía sobre el Po dos puentes para la comunicación del Mantuano, y otros tres sobre la Secchia, y en esta situación ventajosa esperó a los aliados, cuando el arribo de las tropas españolas le hicieron mudar de posición.

Bien conoció el general alemán que la intención de los coligados era unirse a la ribera opuesta de la Secchia y llevar después todas sus fuerzas sobre el Po para echar más al ejército imperial, y para evitar esta idea de sus contrarios tomó el partido de levantar su campo y repasar el Po, lo que se efectuó sin pérdida, y sin que los galisardos tuviesen la menor sospecha de esta resolución, no obstante tener diversos destacamentos a media legua de distancia, y cuando quisieron cargar sobre los imperiales hallaron que éstos habían ya recogido sus puentes y dirigido hacia el Serraglio para cubrir el Mantuano.

Sin embargo, conociendo que esta retirada era demasiado precipitada y que no le haría honor en el mundo, no obstante tener un ejército tan inferior al de sus enemigos, dispuso retroceder y venir a acampar bajo de Ostiglia y volver a establecer sus puentes sobre el Po, enfrente de Revere. Habiendo sabido que un cuerpo de galisardos había tomado el camino de San Benedetto, mientras los españoles se iban extendiendo a lo largo de la Secchia hasta Quistelo, tramó el proyecto de sorprender a éstos y reconocer las obras que se hacían en Revere, por si podían hacer alguna resistencia y establecer en ellas una guarnición capaz de defenderlas, y practicarse con este motivo la comunicación con la Mirándula.

Para este efecto pasó aquel río con una escolta de quinientos infantes, cuatrocientos caballos y trescientos húsares, dejando dispuesto lo más de su ejército para que lo siguiese; pero los húsares, haciendo más de lo que se les mandaba, marcharon hacia Quingentolo, donde estaba una gran guardia de españoles mandados por el teniente coronel Morón. Éste, sin atender a su obligación, mandó al cura del lugar, por ser día de

fiesta, que, al amanecer dijese misa, tiempo oportuno para los húsares, que se echaron sobre la gran guardia y se la llevaron prisionera de guerra con su comandante y demás oficiales que estaban oyendo misa. El alarma se introdujo luego inmediatamente en el campo por dos soldados que pudieron escapar, y habiendo mandado el duque de Montemar tocar la generala, tomaron las armas todos los granaderos del ejército, y con toda la caballería se encaminó el duque para reconocer a los enemigos, que se retiraron a Revere, mientras el marqués de Bay, teniente general de día, dio las disposiciones necesarias en el campo para recibirle en caso de ataque (pues se creía viniese Konigseg a este fin), derribando un sinnúmero de árboles, cuyo país está lleno, y sirviéndose de sus troncos y ramas para atrincherar el ejército, haciendo trabajar con un foso profundísimo y ancho que cubría su frente; pero todas estas precauciones fueron inútiles. El duque de Montemar, que había ido al encuentro de los alemanes, como queda dicho, halló que se retiraban hacia Revere, con lo cual se volvió el duque a su campo.

Conocida la intención del conde de Konigseg, al otro día los dos ejércitos, español y francés, se pusieron en marcha para forzar este puesto y obligar a los imperiales a repasar el Po. Los duques de Noailles y Montemar, a la frente de los granaderos, sin pérdida de tiempo hicieron atacar sus puestos avanzados, que, aunque endebles, no dejaron de resistir hasta la noche, en que había resuelto el conde de Konigseg evacuar a Revere y retirar sus puentes, como en efecto se ejecutó; de manera que al amanecer del día siguiente, 7 de junio, cuando el teniente general conde de Maceda se presentó delante de la plaza con los granaderos españoles, halló que los enemigos habían pasado el río y se fortificaban a la ribera opuesta para defender el paso en caso de intentarse, y como tenían también algunas galeotas armadas que podían causar no pequeño perjuicio así en el establecimiento de puentes sobre aquel río como para facilitar el tránsito de él a sus tropas ligeras, el duque de Montemar resolvió echarlas a pique.

Estableciόse una batería de dieciocho piezas de cañón en la orilla para este fin; pero como los alemanes tenían otra igual al otro lado, se cañonearon con este motivo los dos campos, bien que se logró la idea de echar a pique las referidas galeotas. Los franceses, que servían la artillería española por estar los artilleros de esta nación ocupados en los sitios de Orbitelo y Puerto Hércules, perdieron dos ofíciales y algunos soldados. El rey de Cerdeña, que estaba en San Benedetto con su ejército, dispuso levantar el campo para pasar a Bozzolo, después de haber dejado doce batallones, ocho escuadrones y un destacamento de húsares a las órdenes del marqués de Maillebois, para unirse en caso necesario con los españoles y atender a lo que pasaba sobre el Po.

Destacó también Su Majestad al marqués de Bonas con igual número de batallones y algunas compañías de dragones para observar a los enemigos, mientras otro cuerpo considerable de tropas se avanzó hacia el Oglio para asegurar los puentes que tenía en este río, por los cuales había pasado Bonack, disposición que se dirigía a cortar la retirada al conde de Konigseg si hubiese permanecido más tiempo en Ostiglia; por tanto, se retiró este general a Governolo y de allí a las cercanías de Mantua.

No siéndole posible contrarrestar a un tiempo tres ejércitos, de que el menor era superior al suyo, antes bien, viéndose estrechado por los galisardos que intentaban cortarle la retirada, usó de su sagacidad para burlar su vigilancia, unas veces, haciendo ademán de

presentarles batalla, otras con varios movimientos deslumbrar sus verdaderas intenciones, hasta que pudo llegar con su ejército bajo del cañón de Mantua, que fue el día 14.

Apenas se retiraron los alemanes de Ostiglia, cuando dispuso el duque de Montemar pasase el Po el ejército sobre un pontón, que causó bastante admiración a los enemigos, que creían no podría efectuarse el paso de aquel río en algunos días por falta de puentes. De Ostiglia se destacó al marqués de Castelar, que acababa de llegar de Madrid, con los granaderos del ejército y algunas compañías de carabineros; el conde de Cecile tuvo orden de seguirle con tres regimientos de caballería y don José Aramburu con alguna infantería para sostenerlos, en caso de alcanzar a los imperiales, que, sin embargo, se retiraban en buen orden. El día siguiente el general español se puso en marcha con todo el ejército para Governolo, donde acampó.

El teniente coronel Morón, que había sido canjeado con su gran guardia en Revere con otro igual número de imperiales fue destacado con una partida de cien caballos para dar sobre la retaguardia de los enemigos y vengarse de la sorpresa de Quingentolo; pero a pesar de su diligencia, con todo que llegó cerca de Mantua, no pudo dar con ellos, porque el conde de Konigseg, después de haber provisto de todo lo necesario a la plaza de Mantua y reforzado su guarnición, se fue retirando hacia el Trentino, adonde habían ya llegado los enfermos y equipajes, y habiendo pasado el Adige el día 22 de junio, opuso un obstáculo a sus enemigos de perseguirle.

Con esta retirada, hallándose los aliados dueños de todo el país, menos Mantua, recogieron gran cantidad de granos que los imperiales habían abandonado, y no cupo poca parte a los españoles, que prosiguieron su marcha hasta Castelaro, donde se acuartelaron por el rigor de la estación, mientras se tomaban las convenientes medidas para el sitio de Mantua. A este campo se restituyó el segundo destacamento, que se hizo bajo las órdenes del coronel don Fernando de la Torre y del mismo Morón, para acometer la retaguardia de los enemigos, que alcanzaron. Trabóse una pelea bastante reñida, y no pudiendo superar los esfuerzos de los españoles, aunque no tenían más que trescientos caballos, dos húsares, corazas y dragones en número de mil y quinientos, se vieron éstos obligados a poner pie en tierra para contenerlos e impedir ocupasen los desfiladeros, con lo cual hubieran quedado cortados con el grueso de su ejército, y aunque los imperiales fueron atacados varias veces con vigor, pudieron mantenerse en su puesto, pero no sin pérdida de gente, pues pasaron de ciento y cincuenta entre muertos y heridos. Los españoles perdieron varios oficiales, entre ellos cinco capitanes y un hijo de don Fernando de la Torre, y hasta cuarenta hombres entre muertos y heridos. Esta acción se tuvo por gloriosa, a vista de la superioridad de los enemigos.

Retirados los imperiales al Tirol, tuvieron los generales español y francés un gran Consejo de guerra con el rey de Cerdeña, en que fue resuelto que en el ínterin llegase la artillería para formar el sitio de Mantua, hiciesen los españoles el de la Mirándula y quedase estrechamente bloqueada la ciudad de Mantua, acampando los tres ejércitos aliados de manera que no pudiese entrar ni salir nadie. En conformidad de esta resolución, el conde de Maceda fue nombrado para mandar el sitio, se le dio un tren considerable de artillería y con los piquees que se sacaron del ejército se le formó un cuerpo de ocho mil hombres.

El duque de Montemar pasó a la Concordia para estar más inmediato a dar las disposiciones más eficaces a esta empresa, desde donde requirió al comandante a que entregase la plaza, que se hallaba bloqueada desde que los españoles llegaron a las inmediaciones del Po; pero su comandante, el barón de Stentez, respondió que tenía orden de su Soberano de defenderse hasta el extremo, con lo que se trató de rendirle por la fuerza.

Mientras se daban las disposiciones convenientes para el sitio de la Mirándula, el general Vutguenau, comandante de Mantua, tomaba las más precisas medidas para su defensa. La primera diligencia que hizo fue desarmar a los habitantes, por lo que pudiese acontecer, ofreciendo restituirles sus armas (que se depositaron en el Arsenal), después del éxito del sitio. El marqués de Maillebois, que mandaba los galisardos, se acercó a las puertas de Mantua por la parte del Serraglio, y con unas cuantas galeotas que tenía sobre el lago que rodea a Mantua impidió que nada pudiese entrar en esa ciudad, habiendo también prohibido a los paisanos de los lugares circunvecinos, pena de la vida, transportar cosa ninguna a ella; pero las enfermedades que se introdujeron en su campo, con motivo de las exhalaciones fétidas del lago y demás pantanos, le obligaron a alejarse, dividiendo sus tropas en cuerpos de mil y quinientos hombres cada uno.

Atento el general alemán a los movimientos de los aliados, se aprovechó de su distancia para recoger gran número de provisiones, que hizo entrar en su ciudad, con todo que tenía las necesarias para más de un año; y queriendo indagar las de los particulares, registró sus casas y todos los conventos; mas habiendo encontrado en éstos más de doce mil sacos de granos sobrantes para su subsistencia, mandó distribuirlos al pueblo, con la obligación de entregar el valor a los propietarios. Las solicitudes y desvelos con que se portaba en todo lo que podía contribuir a la conservación de Mantua le sirvieron para descubrir una peligrosa conspiración que había tramado cierto Bigheliri. Este malvado había trazado un plan de los parajes más endebles de la plaza y comunicado a los generales de los aliados (por medio de su padre, que residía en Verona), a quienes también avisaba de cuanto pasaba en la plaza.

Año de 1741

Inmediatamente que sucedió la muerte del emperador Carlos VI se principió en los Estados de la Monarquía española y en los del rey de las dos Sicilias a reclutar gente, prevenir tropas, aprontar escuadras de navíos, fundir cañones y morteros y preparar todo género de víveres y municiones de guerra.

El Rey Católico nombró luego por generalísimo de todo este armamento al duque de Montemar, sujeto bien conocido por la fortuna que siempre le acompañó, dio asimismo este príncipe orden, a sus ministros para que examinasen los escritos que se conservaban en los archivos, y habiéndose ejecutado, decidieron tocaba a Su Majestad Católica la herencia de los Estados de la Casa de Austria en Italia, y aun a la sucesión universal de ellos, en virtud del testamento de Carlos V, quien llama a la línea austríaca, de España, en falta de varón en la de Alemania. No tardó esta corte en manifestar sus pretensiones: a mediado de enero don José Carpintero, secretario de Embajada, que había quedado en

Viena después de la partida del conde de Fuenclara, embajador de los Reyes Católicos, protestó en la forma acostumbrada contra la posesión tomada por la reina de Hungría de los Estados del Emperador su padre, entregando al gran canciller, conde de Sintzendorff`, el escrito, cuya protesta incluía varios títulos y señaladamente el del orden del Toisón de Oro, después de lo cual partió improvisadamente de Viena sin despedirse de nadie, para restituirse a España.

El conde de la Peyrouse, ministro de Baviera, había ejecutado lo mismo pocos días antes, en virtud del testamento del emperador Ferdinando I, porque se sentía apoyado de la Francia, que a toda costa quería aniquilar esta formidable potencia y hacer pasar la diadema imperial a otra casa. El rey de Prusia, mas sagaz que ninguno de los pretendientes, deslumbrándolos, ofreció a la reina de Hungría que, como uno de los garantes de la Pragmática Sanción, estaba resuelto a defender sus Estados, para cuyo fin tenía un ejército de veinte mil hombres, y no obstante el rigor de la estación, se fue internando en la Silesia con tal ardid, que ya se había apoderado de ella cuando apenas podía creerse en Viena obrase de mala fe; pero corridos los bastidores, el engaño se manifestó, y quedó hecha la Silesia teatro de la guerra.

Las hostilidades que la guarnición española de Orbitelo empezó a cometer contra los súbditos de Toscana persuadía a los austríacos que la corte de Madrid no diferiría tampoco mucho tiempo el poner en ejecución sus designios. Varios destacamentos de la guarnición de esta plaza hicieron diferentes correrías, quitando a los habitadores del campo granos y ganados. Los húsares de Groseto salieron para contener estos robos, y con este motivo hubo entre ambas tropas en los meses de enero y febrero algunas escaramuzas. Noticioso el general Wachtendonck de este desorden, dio quejas al gobernador de Orbitelo, quien protestó ignoraba cuanto le decía, pero que se haría informar de la verdad y de lo que hubiesen quitado sus tropas, y que entretanto estaba pronto a pagar los daños cometidos por ellas.

Esta centella pudo antes de tiempo encender la guerra en aquel país si el cardenal de Fleury no se hubiese mostrado más indulgente con el gran duque de Toscana que con la gran duquesa, su mujer.

Como las prevenciones militares que se hacían en España se dirigían a la Italia, y que las tropas desembarcarían sin duda -según había ideado el duque de Montemar- en las costas de Génova para desde allí empezar las operaciones en la Toscana o en el Parmesano; temerosos los genoveses de que se dijese habían concedido lo que no podían impedir, es a saber: el paso por sus Estados, el Senado envió orden a su ministro en París de fondear sobre ese propósito al cardenal de Fleury.

El ministro de España hacía fuertes instancias a este purpurado para que Su Majestad Cristianísima permitiese el paso por la Francia a las tropas españolas, y las mismas instancias se hicieron en la corte de Turín para obtener el de Saboya, pero este príncipe manifestó claramente su intención, excusándose con el Rey Católico, pretextando de que siendo la reina de Hungría y el gran duque de Toscana sus cuñados, no quería darles prudente motivo de quejas.

Las intenciones de la Francia eran más recónditas, aunque no se tardó en percibir el verdadero interés que la movía, y para ocultarlas mejor declaró que quería mantener los empeños contratados en la garantía de la Pragmática Sanción, especialmente en la parte que tocaba al gran duque de Toscana. En este sentido respondió al Pontífice, conjurándole Su Santidad apartase la guerra que amenazaba a la Italia, y aunque esta carta no era en nada menos que categórica, el cardenal de Fleury le aseguró positivamente en otra posterior que el Rey su amo estaba resuelto a no conceder a las tropas españolas el tránsito por la Francia.

Satisfecho el Santo Padre de las seguridades que le daba el cardenal de Fleury, exhortó también al Rey Católico a que no fuese autor de nuevas turbulencias en Italia, rogándole se sirviese emplear las fuerzas que Dios le había dado contra los ingleses, enemigos de la Iglesia; que le resultaría a Su Majestad en esta guerra mucha gloria y ventajas; que Dios le colmaría de felicidades.

A vista del anhelo que el Padre común de los cristianos mostraba de la quietud pública, la corte de España buscó modo de aplacar el ánimo de Su Beatitud, insinuándole se había descubierto tenían resuelto los ingleses apoderarse del puerto de la Especie bajo el pretexto de asegurar su navegación en el Mediterráneo, añadiendo también solicitaban del Gran Duque el que vendiese o hipotecase al rey de la Gran Bretaña la ciudad y puerto de Liorna por la suma de seis millones de florines, y que consiguientemente parecía fuese más útil a la Santa Sede que se asegurase de aquellos parajes una potencia católica.

Ya sea que el Santo Padre se aquietase por creer no tendrían efecto estas ideas o se confiase en las promesas del cardenal de Fleury, lo cierto es que no insistió más, y aquel purpurado le juró palabra, a lo menos por este año, negando constante el paso a la España, y aun la persuadió con razones y promesas se mantuviese quieta, en que condescendió con harto daño suyo.

* * *

Mientras duraban estas diferencias continuaban las hostilidades entre la España y la Inglaterra, pero no con tanta fuerza en Europa como en América. No hubo forma de que se pudiese conciliar la paz entre estas dos potencias, porque ni una ni otra se emplearon seriamente al logro de ella. La Francia, que parecía hacer el oficio de mediadora, no obstante el empeño que ya la ocupaba en la premeditada guerra de Alemania, tenía sobrados motivos de quejarse de la altivez de los ingleses, que no respetaban su pabellón, habiendo atacado diversos de sus navíos con pretexto de que creían ser españoles, y aunque este proceder agrió la corte de Francia y dio quejas a la de Londres, esta orgullosa nación no hizo caso.

Es verdad que ésta le acumulaba el no haber teñido sus empresas el éxito que esperaban, por haber unido sus escuadras en la América a la española, mandada por don Rodrigo de Torres; pero en fin, restituidas a Europa, dispuso ir sobre Cartagena el almirante Vernon con una armada tan bien provista cual no había visto aún aquel continente.

Ansioso, pues, de cumplir con los deseos de la nación británica y con el seguro de no encontrar obstáculo en su empresa, salió de la bahía irlandesa con una fuerte escuadra de navíos de línea y hasta ciento y cuarenta bastimentos de transporte. El día 4 de marzo se presentó delante del fuerte de Chamba, uno de los de la plaza de Cartagena, y, aunque éste disparó algunos cañonazos, la poca gente que había dentro se retiró, luego que vio a los enemigos aproximarse para atacarla.

Entre este fuerte y los de Santiago y San Felipe habían los españoles construido con faginas una batería, pero no tuvieron tiempo de poderla guarnecer de artillería, lo que facilitó a que tres navíos de guerra estrechasen tanto a estos fuertes que aunque fue recíproco el fuego y quedasen estos navíos maltratados, sin embargo se vieron los españoles obligados a abandonarlos, sin duda por orden del general don Sebastián de Eslava, quien conservaba la tropa para la defensa de la ciudad.

Desembarcando los enemigos aquella misma noche los granaderos, dieron disposición para apoderarse de estos castillos, y avanzándose hacia ellos lograron entrar sin la menor resistencia, porque no había quien los defendiese, habiéndose retirado a la plaza. En los días subsiguientes desembarcaron los ingleses el todo de sus tropas, que llegaban a nueve mil hombres, con sus tiendas, cañones, morteros y municiones, quedando efectuado el día 15, y como dos baterías de los españoles atormentaban un grueso de tropas que mandaba el brigadier Ventvorz, destacó el almirante algunos botes con suficiente número de soldados, que desembarcados atacaron las baterías y se apoderaron de ellas.

Este principio de suceso animando a los ingleses, el expresado Ventvorz hizo trabajar por la parte opuesta de esta batería, y habiendo construido una de morteros, empezó el día 22 a batir el castillo de Bocachica, lo que ejecutaron el día siguiente también cuatro navíos de guerra que a este fin había enviado el almirante. La guarnición del castillo correspondió con un fuego tremendo, y habiendo el viento arrimado dichos navíos más de lo que era menester, recibieron mucho daño en los buques; pero cuanto más resistencia encontraban, tanto más se esforzaban en el empeño, con lo que doblando su fuego en los dos días siguientes, lograron hacer en el fuerte una gran brecha, y atacándole con valor se hicieron los ingleses dueños de él.

A este tiempo, temiendo los españoles que algunos de sus navíos quedasen presa de los ingleses, pegaron fuego en ellas. Pareciéndoles a éstos que los españoles estaban consternados de tantas ventajas como hasta entonces habían conseguido, dieron asalto al fuerte de San José, donde no encontraron más que tres soldados dormidos, habiendo huido los demás.

Lisonjeándose los enemigos de que ya Cartagena estaba en su posesión, como si el capitán general don Sebastián de Eslava no pensara en hacerlos arrepentir de su temeridad, emprendieron romper la cadena que cerraba el puerto y abordaron el navío del teniente general don Blas de Laso, nombrado la *Galicia*, donde hicieron prisioneros dos capitanes de marina y sesenta marineros, que no pudieron escaparse en los botes. El día 26 el almirante inglés hizo fuerza de velas para penetrar en el puerto, pero sobre la mucha dificultad que encontró, advirtió habían echado a pique los españoles dos navíos gruesos en medio del canal y pegado fuego a otro que aún ardía por la parte de la costa, paso preciso para entrar.

Cuatro horas de trabajo indecible le costó a Vernon para superar los embarazos del canal y entrar en el puerto. Los navíos *Gurford* y *Oxford* siguieron al almirante aquella noche, y el 27 se pusieron todos enfrente del castillo grande o de Santa Cruz para quitarle todo género de comunicación con el agua. El mismo día se encargó al navío el *Vorcester* se acercase al muelle, donde hay una fuente de agua dulce y era gran recurso para el servicio de las escuadras. Hacia el mediodía entraron otros dos navíos y se hicieron dueños de cuantos bastimentos habían quedado y también de una batería de dieciséis cañones.

Con tan rápidos sucesos y hasta entonces con muy poca pérdida, juzgaron los enemigos que los españoles habían perdido ánimo, y más cuando vieron al día 28 que habían echado a pique todos sus navíos, dejando solamente dos de guerra y uno con bandera francesa. Aún cobraron más brío cuando el 30 el caballero Ogle se adelantó con su navío; hizo una descarga sobre el castillo por ver si respondía con su fuego, pero viendo que se observaba sumo silencio, hicieron señal a sus barcas armadas para que fuesen a tierra y acometiesen al castillo, de que se apoderaron sin la menor resistencia.

El almirante nombró por gobernador de él al capitán Knowles y dio orden a sus bombardas para que se acercasen a la ciudad y la bombardeasen. Antes de ejecutarse esta determinación, el almirante convocó a los oficiales a Consejo de guerra, y después de haberles hecho un elegante discurso sobre las ventajas que conseguía la nación británica en la conquista de esta plaza y la honra que por ella les resultaba, los exhortó a cumplir con su obligación, estando él resuelto, dijo, a morir delante de Cartagena o tomarla.

No hubo quien no aplaudiese el discurso del almirante Vernon, asegurándole todos verterían hasta la última gota de su sangre para no dejarle desairado en esta empresa. Dispuso, pues, sin perder tiempo, arrimar los navíos cuanto fuese posible a la ciudad para quitarla toda comunicación con la tierra firme y participar su futura conquista a Londres.

El capitán Laws fue a quien despachó con las noticias de las ventajas que había logrado y del infalible suceso de la rendición de la plaza. También llevó dicho oficial la bandera del navío la *Galicia*, que los españoles arrojaron al mar y recuperó un marinero inglés a nado. Esta bandera se condujo al palacio de San James, para que la viese la familia real y todo el pueblo. No es ponderable decir las fiestas y regocijos que se hicieron tanto en Londres cuanto en las demás ciudades del reino, a vista de tan grande trofeo; pero estas alegrías se trocaron presto en sentimiento por las noticias que trajo poco después el capitán Wimbleton, despachado por el héroe de la América, el almirante Vernon, pidiendo nuevos refuerzos con que reparar los excesivos daños que habían padecido en la prosecución del expresado sitio de Cartagena.

Habiéndose acercado dos bombardas a la ciudad el día 13 de abril, empezaron a tirar sobre ella. La noche del 15, el general Ventvorz, que mandaba las tropas de tierra, se adelantó con una columna de mil y quinientos hombres, y se apoderó de un terreno bastantemente acomodado para formar el campo a una milla distante del castillo de San Lázaro. En el día siguiente se le juntaron los demás regimientos y dos batallones americanos, de modo que formaron un campo de seis mil hombres.

Esta tropa se vio obligada a estar tres noches sobre las armas, por no haber podido desembarcar las tiendas ni los instrumentos de gastadores para atrincherarse, por lo que enfermaron muchos, así por lo que padecieron como por la humedad del terreno.

Habiendo resuelto el Consejo de guerra se atacase sin más tardanza el castillo de San Lázaro, el brigadier Guise se acercó con mil y doscientos hombres antes del día y le atacó por dos partes. Los granaderos más avanzados penetraron luego en las obras del castillo, pero no pudieron mantenerse. El general español, que había reservado su esfuerzo y conservado su tropa para la defensa de la ciudad, y no de los castillos, cuyo empeño la hubiera debilitado siendo de poca monta su pérdida, mandó hacer una vigorosa salida al tiempo que la guarnición de dicho castillo rechazó a los enemigos y juntándose el fuego de la artillería con el de la fusilería fueron atacados con tal ímpetu que quedaron derrotados.

El general Ventvorz, que vio este desorden en los suyos sin casi poder remediarlo, porque no esperaba tal actividad en los españoles, procuró en el mejor modo posible hacer una buena retirada. A este fin hizo avanzar quinientos hombres que tenía de reserva para cubrirla, pero no tuvieron mejor suerte; habiéndose echado sobre ellos los sitiados perfeccionaron la victoria con su total destrucción.

Perdieron los ingleses en esta pelea más de mil y quinientos hombres, sin contar los heridos. Las enfermedades que padecieron en su campo, en el que ninguno de los heridos o muy pocos curaron, contribuyó aún más que el fuego de los enemigos a aminorar su ejército, con lo cual, viendo el almirante la imposibilidad de poderse mantener delante de una plaza a cuyos defensores miraba poco antes con desprecio tratando de pusilanimidad lo que la astucia encubría, juntó Consejo de guerra y se resolvió en él abandonar la empresa y restituirse a la Jamaica.

La noche del día 27 volvió a embarcarse la poca gente que había quedado, y no sin una nueva gran pérdida, de lo que enfurecido el almirante, mandó conducir al navío la *Galicia*, hasta debajo del castillo de Santa Cruz y fabricar en él una batería para batir los muros, pero su proyecto no tuvo efecto, porque los bancos de arena impidieron pudiese acercarse cuanto era necesario.

Sin embargo, prosiguió en disparar por espacio de seis horas contra la plaza, sufriendo al mismo tiempo todo el fuego de los baluartes una media luna y una obra coronada; mas viendo el almirante que la suma distancia no le permitía hacer brecha en los muros por estar construidos de piedra viva, ordenó al capitán Hore, que mandaba aquel navío de batería, que cortase los cables y se dejase caer por la corriente hacia tierra. El viento lo echó luego sobre la arena, donde habiendo recibido algunos cañonazos a flor de agua, se fue a pique.

Así dio fin la famosa expedición de Cartagena, que costó sumas inmensas a la Inglaterra, y de cuyo suceso estaba tan segura que no se receló de publicarla ocho meses antes de que se ejecutase, lo que no dejó de contribuir en parte al malogro de ella; pues con este motivo tuvo tiempo la corte de España de prevenir su esfuerzo y enviar a su defensa a don Sebastián de Eslava, que desempeñó la confianza que se tenía en su prudencia y en su pericia en el arte militar.

El daño que recibió la plaza de las bombas que echaron los ingleses no fue nada en comparación del que recibieron en sus navíos, de los cuales once quedaron tan mal tratados, que costó mucho tiempo el ponerlos en estado de navegar, pero seis quedaron enteramente deshechos. Los españoles hallaron en el campo abandonado de los ingleses gran número de barriles de pólvora, instrumentos para mover tierra, municiones y cantidad de víveres.

Antes de retirarse, el almirante Vernon mandó a los marineros que recuperasen los árboles de los navíos españoles que se habían echado a pique, las áncoras y de más pertrechos que se pudiese, a fin de componer, lo menos mal que fuese posible, la destruida flota; dio asimismo orden de que se demoliesen los fuertes que habían ocupado los ingleses y clavasen los cañones, después de lo cual se retiraron a la Jamaica cubiertos de vergüenza.

* * *

No es decible la consternación que causó en los ánimos de la nación británica esta infausta noticia, murmurando y desaprobando la conducta del almirante Vernon, como si el suceso hubiese pendido de él, cuando la misma nación tenía la culpa en el celo indiscreto que manifestó al tiempo de este armamento.

La circunspección en las empresas puede a veces tanto como la fuerza, pero esta virtud no domina en Inglaterra, porque son tantos aquellos a quienes se deben consultar para cualquiera operación, que es difícil observar el siglo depositado entre tantos individuos y cuyos intereses no son siempre los mismos. No obstante, la Regencia, que tenía tan a pecho algunos establecimientos en la América, sobre las representaciones y proyectos del almirante Vernon, dispuso enviarle un poderoso refuerzo.

Divulgóse entonces por todas partes de que don Rodrigo de Torres se hallaba en el mar con doce navíos, trayéndose a Europa hasta quince millones de pesos en oro, plata y otros efectos. Esta buena nueva alentó al Ministerio británico, que pensó resarcirse de los gastos de su malograda expedición con la presa de este tesoro. Para conseguirlo se despachó a principios de julio al caballero Juan Norris con una escuadra de veintiséis navíos de guerra para sorprender al general español; pero a pesar de toda su diligencia no pudo dar con él, de manera que después de haber paseado los mares del Océano, vino a juntarse con el almirante Haddock, que tenía bloqueado a Cádiz.

Hallábase en el puerto de esta ciudad don Juan Navarro con diez navíos de línea y trataron los dos ingleses, Norris y Haddock, de quemarla; pero su proyecto no tuvo efecto, habiendo sido llamado aquél a Londres para que pasase al mar Báltico en socorro de los moscovitas, a quienes habían declarado entonces la guerra los suecos, y como éstos esperaban una fuerte escuadra de Francia, los ingleses, tan interesados en su comercio con la Rusia, con la cual viven en buena armonía y alianza, quisieron oponerla otra, aunque tampoco tuvo efecto, por llamar más atención la guerra de Alemania, que ya se había encendido contra la heredera de la Casa de Austria.

Por este tiempo se restituyó Jorge, rey de la Gran Bretaña, de su electorado de Hannover a Londres, con el sentimiento de haberle hecho la forzosa el francés con cuarenta mil hombres que arrimó a sus Estados, obligándole a dar su voto para la próxima elección al duque de Baviera, y hacerle firmar un tratado de neutralidad por término de un año.

Fue tal la rabia que concibieron los ingleses, de este paso tan indecoroso a Su Majestad y a toda la nación, que prorrumpieron en amargas quejas; pero enterados de las razones que les expuso, se sosegaron, no pensando en más que en tomar venganza del desaire que había padecido su Monarca. Cuando entró este príncipe en su corte encontró despachos del almirante Vernon, en que manifestaban el estado de sus escuadras y la serie de sus ocupaciones desde el principio de julio que volvió a salir de la Jamaica hasta el mes de septiembre, informándole:

Que habiéndose detenido los meses de mayo y junio en Puerto Real para restablecer sus navíos, aumentar sus tripulaciones y reclutar soldados, había hecho vela con veinte navíos de guerra y cuarenta de transporte para la isla de Cuba, con intento de hacer su conquista; que en llegando a un paraje llamado Guantánamo, había dado fondo por haber observado era el mejor puerto de las Indias occidentales, y podía contener cualquier número de navíos con toda seguridad, y que en obsequio del hijo segundo de Su Majestad le había nombrado Cumberland; que había desembarcado la mayor parte de sus tropas en los primeros días de agosto, y que el general Ventvorz salió con varios destacamentos a reconocer el país y correr la campaña; que a diferentes guardias avanzadas de los españoles había atacado y puesto en fuga, habiéndose restituido después al campo cargado de cantidad de provisiones.

Este campo distaba veinte leguas de la capital de la isla, llamada Santiago, y mientras el almirante atendía al saqueo de sus míseros habitadores, sus navíos hicieron lo mismo en el mar. El navío *Vorcester* condujo a fines de agosto al nuevo puerto de Cumberland una fragata española de veinticuatro cañones y más de doscientos hombres de tripulación El comandante de ésta llevaba despachos de la corte de Madrid para el virrey de Méjico, pero viéndose en peligro de que lo apresasen, echó los pliegos al mar. Hostigado el gobernador de Santiago de las piraterías de los enemigos, buscó forma de echarlos de su isla, ya que le había costado tan poco al almirante el penetrar en ella.

A este fin, a últimas de septiembre hizo un grueso destacamento de caballería, el cual sigilosamente llegó hasta su campo, que habían bautizado de Valtenam, y sorprendiéndolos se arrojaron con tal ímpetu sobre ellos, que fue lo mismo atacarlos que derrotarlos, con lo cual, viendo Vernon el mal suceso de sus empresas, se embarcó lo mejor que pudo y volvió a la Jamaica con bastante pérdida, acumulando al Almirantazgo el mal éxito de todas sus operaciones y solicitando del Rey británico restituirse a Europa, en que condescendió Su Majestad, nombrando para sucederle al caballero Chaloner Ogle.

* * *

El furor con que hacía la guerra el inglés a la España no daba lugar a que las flotas y galeones viniesen de Indias. El Real Erario estaba exhausto y se necesitaba de grandes fondos para emprender la expedición de Italia, que las atenciones de la Francia había retardado. No obstante, el magnánimo corazón de Felipe V superó los obstáculos invencibles que se le oponían y empezó a dar las disposiciones más acertadas para el logro de su intención.

Llamó al duque de Montemar, general conocido por sus relevantes prendas y por la fortuna que siempre le acompañó en los servicios que hizo a la Corona. Expúsole el Rey la resolución en que estaba de recuperar la Italia y que, en consecuencia, formase su proyecto. Ejecutado éste, lo presentó a Su Majestad, quien lo aprobó en todas sus circunstancias, y quedó nombrado generalísimo del ejército que debía pasar a aquel país; concedióle igualmente este príncipe todas las preeminencias que corresponden a tal, como son el nombramiento de generales, elección de intendente, comisarios de guerra y todo lo que toca al Estado Mayor del ejército.

Los designios del duque de Montemar no podían menos de tener el éxito que se proponía si don José del Campillo, por su odio particular contra este general, no hubiese mudado enteramente el plan de las operaciones y negado cuanto debía contribuir para el logro de la empresa. Había proyectado éste que el desembarco de las tropas de esta expedición había de hacerse en la costa de Génova, esto es, en Sestri de Levante o en el puerto de la Especie, que sólo dista de tres a cuatro millas del Parmesano, donde se debía dar principio a las operaciones de la campaña, que estando desproveído de tropas por haberlas llamado la reina de Hungría a Alemania, era indubitable su conquista, que abría camino al del Estado de Milán; pero no fue de este parecer el secretario de la Guerra, haciendo ver con diversas razones al Rey Católico que efectuándose en Orbitelo se conseguía con brevedad la unión de las tropas napolitanas con las de Su Majestad.

Bien sabía el ministro, aunque nada menos entendía que la guerra, que en mucho tiempo no había de poder el duque emprender cosa alguna en Lombardía, porque sobre haber más de cien leguas de diferencia desde Orbitelo al paraje que había señalado el general para las operaciones, la navegación más dilatada y lo riguroso del invierno no le permitirían obrar con aquella presteza que era necesaria para acreditar las armas y tener un principio de campaña glorioso; y aunque pudo conocer que su sistema era directamente contrario al real servicio, sin embargo, prefirió su rencor a su obligación, como en adelante se verá.

En fin, de acuerdo, al parecer, en lo demás que había solicitado, salió el duque de Montemar el 19 de octubre de la corte y llegó a Barcelona el 28 del mismo. Apenas hubo vuelto la espalda cuando se alteraron todas las disposiciones en que se había convenido. No se siguió el orden de los generales que había pedido, y se le dieron algunos de quienes se sabía positivamente le eran opuestos y que no perderían ocasión de motejar sus acciones, avisando de ellas al ministro.

Tampoco se le dio el intendente que deseaba, y se le nombró uno que no conocía, ejecutándose lo mismo con el mayor general y sucesivamente con todos aquellos que deben ser de la mayor confianza y en quienes debe fundar sus aciertos un general. Esta mala voluntad del ministro pudiera, desde luego, haber persuadido al duque de una

siniestra resulta y asimismo conocer los lazos que le preparaba, en descrédito del honor que una larga experiencia y continuados servicios le habían merecido de un Monarca que sabía recompensar la virtud.

Nada de esto obstó para hacerle mudar de resolución al duque de Montemar, contentándose con hacer una representación al ministro para que la pusiese en manos de Su Majestad Católica, insistiendo siempre sobre el desembarco de la tropa en la costa de Génova, supuesto que la distancia siendo muy corta al Estado de Parma, ella entraría, desde luego, en operación, único medio del feliz éxito de la empresa; que ésta se ponía dentro de la jurisdicción de la fortuna por los accidentes del tiempo y de los mares, que en haciéndolo en Orbitelo se dificultaba también el transporte de la artillería y municiones, debiendo atravesar toda la Romania y el ducado de Módena para pasar a Parma; que el tiempo era preciso, y que de malograrse la propicia ocasión que se ofrecía, quizá no volvería a presentarse; que la infantería del rey de Nápoles hubiese de dirigir igualmente hacia la misma costa, y que la caballería del propio Soberano tomase su camino por tierra, avisando al comandante de su marcha, para que el general del ejército, que se hallaba en Parma, pudiese mandar con anticipación que se le saliese a recibir con alguna tropa en los parajes que se juzgase más importantes.

Esta representación no tuvo efecto, ni menos se participó al Rey; antes bien, se le repitió la orden precisa de apresurar el embarco; la primera diligencia del duque en llegando a Barcelona fue reconocer las disposiciones que había. Nadie se persuadirá que pudiese faltar cosa ninguna, respecto de haber cerca de un año que se meditaba esta expedición; pues lo contrario sucedió, no habiendo encontrado el duque más que una horrenda confusión; la tropa, pronta, pero falta de un todo; las embarcaciones para su embarco no eran suficientes; sin víveres y sin dinero, ¿cómo ejecutar las repetidas órdenes de la corte? Sin embargo, ello era preciso; con el arribo de tres navíos de guerra, mandados por don Julián de Iturriaga, se tomaron las providencias que cabían para su pronta ejecución, la que motivó a que muchos oficiales se embarcasen sin provisiones, ni dejar providencia en sus casas, ni tomar las precisas medidas, de cuyo rebato se culpó al duque de Montemar, sin hacerse cargo de que las malas disposiciones del ministro lo causaban, y que aquél se ceñía meramente a las estrechas órdenes que tenía y no concedían espera, porque de retardar más el embarco era también exponer la flota a un evidente riesgo por los vientos que podían sobrevenir y estar la rada de Barcelona peligrosa.

Habiéndose embarcado las tropas en número de diez y nueve batallones, la brigada de carabineros reales y el regimiento de Sagunto, el día 3 de noviembre y el siguiente se puso la armada a la vela y en el mismo se perdió de vista, de que se dio cuenta incontinente al ministro. Creyóse en la corte que con esta pronta y precipitada ejecución se había adelantado mucho la idea y seguido el proyecto, cuando el principal pensamiento de este ministro era dar a entender a los Reyes que se había dado principio a la expedición; con este motivo divulgó la salida del convoy, pero no sus circunstancias, reservando y ocultando tres representaciones que hizo el general desde Barcelona, en que manifestaba la falta de todo lo referido y lo inútil que era el ir a Orbitelo con diez y nueve batallones, sin caballería puede decirse, sin artillería ni municiones y sin más dinero que cuarenta mil pesos, que sin orden de la corte pudo sacar de la Tesorería; en fin,

careciendo de cuanto se necesitaba para que aquella tropa pudiese ser útil ni emprender cosa alguna.

No obstante, con el desconsuelo que era natural tuviese el duque de Montemar, se determinó a salir de Barcelona por tierra el día 5 de noviembre, después de haber encargado al marqués de Castelar acelerase el embarco del segundo convoy, y prosiguiendo su viaje llegó el 11 de diciembre a Orbitelo, donde encontró algunas embarcaciones que milagrosamente habían arribado al abrigo de los tres navíos de guerra mencionados, quedando las demás dispersas por lo cruel del tiempo en las costas de Francia y Génova y algunas en el puerto Especie, que en conserva de las galeras y a la orden del mariscal de campo don Fernando de la Torre (en número de tres mil hombres) se mantuvieron siempre a bordo sin poderse apartar de aquel puerto por lo contrario de los vientos y sin poner pie a tierra por falta de víveres.

Habiendo elegido don José del Campillo a Orbitelo para la unión de los ejércitos de España y Nápoles, allí solamente se había provisto a la manutención de las tropas como si se hubiese podido mandar a los elementos dirigiesen a este puerto las embarcaciones, cuando en casos semejantes la prudencia dicta tener provisiones en todos los parajes donde pueden arribar, y esta era la idea del duque de Montemar, que ya no pudiendo vencer la inflexibilidad del ministro, le dijo que a lo menos se estableciesen almacenes en la costa de Génova para prevenir los acontecimientos dudosos en el mar.

Con efecto, por falta de esta providencia padeció en extremo la caballería, que había aportado en Génova bajo la dirección del mariscal de campo don Jaime de Silva. Este señor tuvo que buscar dinero sobre su palabra con que mantenerla, y lo que más le agravaba el disgusto era que por haber padecido tanto los caballos en las embarcaciones, con motivo de los recios temporales, se vio en la imposibilidad de embarcarla para seguir su destino, y aún menos marchar por tierra, porque necesitaba de un largo descanso.

El duque de Montemar no estaba con más sosiego en Orbitelo (con siete mil hombres y veintidós carabineros de los doce mil que debían componer el convoy). Alojada esta gente en estrechos cuarteles y húmedos, se llenó de enfermedades, y no teniendo con qué socorrerla, perecía miserablemente; a que se agregaba una fuerte deserción en la tropa extranjera, temerosa de experimentar la misma calamidad que sus compañeros. Todo esto produjo la falta de dirección y los mal premeditados proyectos del ministro.

Tampoco pareció por mucho tiempo don Juan Domínguez, a quien el duque había encargado los cuarenta mil pesos referidos, porque en lugar de embarcarse en uno de los navíos de guerra, lo había efectuado en una de las embarcaciones de transporte que lo llevó a Mónaco, con que de este infeliz socorro sobre que fundaba el general alguna esperanza para el alivio de su tropa, se vio frustrado, no habiendo sabido de dicho Domínguez, comisario ordenador, hasta después de mucha solicitud.

Así se malograron los principios de una campaña que podía haber producido felices sucesos a haberlos dirigido un hombre de buena intención. Es desgracia suma de los príncipes cuando sus ministros abusan de su autoridad para satisfacer su rencor particular; semejante conducta es capaz de trastornar un Estado. Pero ¿quién no sabe lo que puede la

venganza? Se han visto tantos rasgos de ella, que excusamos referir sus funestas consecuencias.

No contribuyó menos el cardenal de Fleury a disipar los designios de España en Italia, y si dio muestra de concurrir a los últimos de este año en ellos con el auxilio de algunos batallones de las tropas francesas (aunque no lo ejecutó hasta que la fuerza le obligó), su intención no era más que para hacer retroceder las tropas austríacas que pasaban a Alemania en socorro de su Soberano, procurando por este medio apartar el daño que podía causar este refuerzo a las tropas de Francia, siendo preciso que redundase en perjuicio de las de España, pues es constante que esta potencia nunca ha buscado en todos sus empeños más que su propio interés, importándola muy poco el de sus aliados, especialmente en el ministerio del cardenal de Fleury, quien ha manifestado siempre la mayor oposición a esta Corona, como lo testifican multitud de hechos bien recientes.

* * *

El papel que quería representar este primer ministro estaba bien ideado. Pretendía, por medio de sus auxilios al duque de Baviera, colocar en sus sienes la Corona imperial, arrancándola violentamente de una Casa que por trescientos años casi sin intermisión la había poseído, y la ocasión no podía ser más propicia: aniquilar esta misma Casa (la única en Europa que puede causar celos a la Francia) con los enemigos que se proponía suscitarla. Para esto importaba no causar celos al rey de Cerdeña, concediendo el paso por Francia a las tropas de España para la invasión de Italia, que esta potencia pretendía en virtud de sus derechos, a que, sin duda, se opondría aquel príncipe por su propio interés, porque fortificándose la Casa de Borbón a sus puertas, era consecuente el daño que en lo sucesivo le podía resultar, dejándose meter en medio de Monarcas tan poderosos. Con que los designios de este purpurado a nada menos se dirigían que a precipitar a este príncipe a formar alianza con la reina de Hungría e Inglaterra, cuya nación lo solicitaba con ardor, y que la lentitud de las operaciones de los españoles en Italia determinó.

Si el cardenal ministro, en lugar de adormecer a esta Corona con sus promesas y fingidos proyectos hubiese concedido el tránsito a España con tiempo, ¿quién duda hubiera logrado sus designios?, porque desprevenido el rey de Cerdeña, los Estados de Parma y de Milán sin tropas, con alguna celeridad en la expedición, los españoles se hacían dueños de Lombardía con sólo presentarse, si así se puede hablar; y no habría quedado otro arbitrio al rey de Cerdeña más que el de abrazar una exacta neutralidad o el declararse a favor de los Reyes Católicos, que ya habían entablado, al parecer, alguna negociación con este príncipe; pero prescindiendo de todo esto, ¿quién impedía al cardenal ministro conceder este tan deseado paso, o, a lo menos, por su manifiesto engaño retardar esta expedición? En lo primero la Francia no se perjudicaba en cosa alguna en su honor, aun cuando hubiera concurrido con todas veras en los empeños a que el artículo X del tratado de Viena le obligaba, por haberse expresado en él la cláusula de

sine perjudicio tertii, la cual parecía nominadamente señalar al rey de España, o hubiese querido conservar la más exacta neutralidad.

En este caso podía haber imitado el memorable ejemplo del gran duque de Toscana. No obstante estar este príncipe tan interesado en asegurar la posesión de Lombardía a la archiduquesa su mujer, concedió el paso a los españoles para sus Estados, con que no se puede discurrir con fundamento cuál fuese el pretexto de esta Eminencia para negarse a lo que la más escrupulosa atención exigía, aun cuando no midiese la especial circunstancia de aliado, sino que se quiera creer pretendiese este ministro salvar la apariencia de su invulnerable fidelidad para con la reina de Hungría cuando nada le podía excusar en la infracción del tratado arriba mencionado por los cuarenta mil hombres que envió a Alemania a título de auxilio del bávaro, cuyas tropas no llegaban a la mitad, siendo esta la primera vez que se vio ser el accesorio mayor que su principal.

En fin, se colige de todo lo referido que la intención de esta Eminencia era estorbar los progresos a España por sus disimuladas y afectadas confianzas y promesas, y se malograron las más acertadas medidas que se habían tomado para la conquista del Estado de Milán. Nada podría entonces impedir tuviese efecto; las tropas que con motivo de la guerra contra los ingleses estaban en Galicia y en Andalucía, se pusieron en movimiento desde el principio de este año, acercándose a Cataluña, y a la primera orden podían transportarse a donde se juzgase por conveniente.

El rey de Cerdeña, vacilante sobre el partido que debía tomar, no era capaz de embarazar la idea; sólo la lentitud conque obraron los españoles pudo determinarle a favor de la reina de Hungría, estimulado a ello por los subsidios con que le contribuyeron los ingleses. El duque de Módena estaba inclinado a los españoles, pero las irresoluciones de éstos dilatando la empresa, hicieron mudar de dictamen a este Soberano, que quiso vender su alianza algo más de lo justo, por lo que no llegó a efectuarse, habiendo sido la víctima de su ambición, como se dirá en su lugar.

* * *

Colgada de un hilo la Corona austríaca por la pérdida de las Silesias, Bohemia, parte de la Moravia y toda la Austria superior, se vio la reina de Hungría en la precisa obligación de abandonar su capital, amenazada de un sitio, para retirarse a Presbourg. Sus enemigos eran poderosos y no había apariencia de que suspendiesen el rápido curso de sus conquistas; pero por si podía ablandar el endurecido corazón del cardenal, ya que sus ruegos no pudieron vencer la inflexibilidad de el del rey de Prusia, escribió a este purpurado la mirase compasiva en el estado deplorable en que se hallaba, pues en nada le había ofendido.

El desprecio con que este ministro recibió esta carta fue la fortuna de la Reina, quien no teniendo ya más que a sus húngaros, en cuya deslealtad fiaban también los enemigos de esta princesa sus aciertos, encontró en sus nobles corazones el acogimiento que buscaba, sacrificando estos pueblos su odio natural a la Casa de Austria, a la confianza que ponía

en ellos su Soberana, la cual, para más moverlos, se entregó en sus manos con el archiduque su hijo, vestido al uso de esta nación.

La arenga que les hizo en la abertura de la Dieta general del reino que había convocado en Presbourg para implorar el único auxilio que la quedaba, fue tan eficaz que, tumultuariamente, se congregaron para la defensa de esta siempre augusta princesa, ofreciendo vidas y haciendas. Entonces vio el mundo cuánto puede el ánimo generoso de una nación. Las mujeres solicitaban a sus maridos y a sus hijos que tomasen las armas, y en menos de dos meses se vieron más de cincuenta mil hombres con ellas, ardiendo en el deseo de tomar plena venganza de la multitud de enemigos que habían invadido los Estados de su Reina (así llamaban a esta princesa).

Formáronse inmediatamente varios cuerpos de ejército a que se juntaron algunos de tropas veteranas, y aprovechándose la corte del ardor que mostraba de llegar a las manos con los invasores, no obstante lo cruel de la estación, el conde de Kewenhuler con quince mil hombres pasó a restaurar el Austria superior, lo que ejecutó en breves días, haciendo retirar precipitadamente a los franceses que la ocupaban, hasta encerrarlos en la plaza de Lintz con su general, el conde de Segur, donde los sitió y rindió, capitulando no tomarían las armas por el espacio de un año más de diez mil hombres que estaban al mando de este general. Así feneció el año con esta expedición, restableciendo la calma en la consternada corte de Viena, adonde se restituyó la reina de Hungría y más de cuarenta mil almas que la proximidad y amenaza del enemigo habían hecho salir de ella.

Año de 1742

Tomadas las más acertadas providencias para salir de Orbitelo, cuya tropa padecía en extremo con el rigor de la estación, la dificultad para las operaciones de la campaña era siempre la misma. La falta de hospitales, de dinero, de caballería y tren para la artillería no dejaban seguir al duque de Montemar sus proyectos, ni podía tampoco mantenerse en aquel presidio entretanto llegaba el segundo convoy que esperaba de Barcelona. En tal crisis, tomó el prudente partido de escribir al cardenal Aquaviva para que con toda diligencia le buscase algún dinero con que poder ponerse en marcha.

Esta Eminencia, encargado de los negocios de España en Roma, pudo, con bastante trabajo, encontrar hasta diecisiete mil pesos que le remitió, con los cuales emprendió el general español la marcha por el Estado Eclesiástico, a guardar en mejor posición que se le juntase todo el ejército, para que, unido, pudiese ir a buscar al enemigo, que ya retrocediendo del Tirol daba disposiciones para su defensa. Habiendo elegido la ciudad de Pesaro para su cuartel general y acantonado las tropas, así españolas como napolitanas, que allí se le unieron, en las de Fano, Sinigaglia y otros lugares del Estado del Papa, confió al tiempo su esperanza en el arribo de las demás tropas de España y de los ministros de Hacienda con los caudales, pues de nada tenía noticia si se exceptúa a don Juan Domínguez, que llegó poco después con los cuarenta mil pesos que había mandado se le entregasen en Barcelona.

Habiendo llegado a la rada de esta ciudad el día 8 de enero don José Navarro con la escuadra de su mando, compuesta de dieciocho navíos de guerra, sus tropas se fueron acercando para embarcarse, y como no había suficientes embarcaciones para el transporte de ellas, don José Navarro rehusó, desde luego, recibirlas a su bordo. Es verdad que carecía de muchas cosas, no habiendo tenido lugar en Cádiz de proveerse de lo necesario para su navegación por la precipitada orden de ponerse a la vela, aunque se le dio a entender que en Barcelona se proveería de cuanto hubiese de menester, lo que salió incierto por no haberse dado providencia antes.

Sin embargo, no pudiendo mantenerse la escuadra en la rada de este puerto por si entraba algún viento fresco y le obligaba a hacerse a la vela sin el convoy o dar contra las peñas de Monjuí si se mantenía en ella; después de muchas alteraciones se embarcaron los generales y dieciséis batallones con los regimientos de la Reina, caballería y dragones en los días 11 y 12 de este mes; pero con tal confusión, que apenas tenían lo suficiente para la manutención de las tropas.

Aunque el intendente Sartini, a cuyo cargo corría el abastecer las tropas, hubiese recibido las órdenes más positivas del Ministerio para su avío, fueron tan económicas que no se atrevió a buscar los víveres por cualquier precio que los hallase, de manera que con los motivos referidos, las reiteradas órdenes de la corte, que venían precipitadas de Versalles, y la noticia cierta de que los ingleses se disponían a pasar al Mediterráneo en conserva de catorce navíos de guerra franceses, mandados por el señor de Court; don José Navarro salió de la rada de Barcelona el día 13 de enero con bastante inquietud, porque le faltaban masteleros de respeto, velas, áncoras y otras muchas cosas, no teniendo tampoco la suficiente pipería.

Puesta la armada a la vela, a pocos días experimentó una violenta borrasca que le esparció las más de las embarcaciones en que venía parte de la tropa, y los dos generales, español y francés, pudieron abrigarse en las islas de Hieres; porque el navío *La Real*, de ciento y catorce cañones, amenazaba irse a pique por la mucha agua que hacía. Pasados ocho días prosiguieron las escuadras su viaje, habiéndose antes sacado de *La Real* un batallón que tenía, haciéndole pasar a bordo de los navíos del capitán don Julián de Iturriaga, que de vuelta de Orbitelo se había incorporado en las islas de Hieres con el segundo convoy; y, sin embargo de los vientos contrarios, pudo la armada abordar a Puerto Especie, donde dio fondo el 30 del mismo mes.

El marqués de Castelar, comandante de esta tropa, despachó luego desde este puerto al coronel don Tomás Pick al duque de Montemar para informarle del arribo de las escuadras y de las instancias que le hacían los jefes para el desembarco de ellas, fundándose en dos razones, aunque había protestado contra semejante determinación. La primera, que la escuadra inglesa se había reforzado en Mahón con diez navíos de línea, y la segunda, que, según el informe de don Julián de Iturriaga, no era posible que navíos de tanto porte como eran los de las escuadras pudiesen dar fondo en Orbitelo.

Entre tanto venía la respuesta, el marqués mandó desembarcasen los tres mil hombres del cargo de don Fernando de la Torre, mariscal de campo, que escoltaban las galeras y eran del primer convoy. Esta tropa se mantuvo con el bizcocho que se sacó del bordo en que estaban, pero no permitió desembarcase la que pertenecía al segundo hasta recibir orden

positiva del duque de Montemar y pudiese proveerla de víveres que la escasez del país no producía, para lo cual fue preciso despachar gente a Génova y Liorna por provisiones.

Asimismo tomó el referido marqués la precaución de despachar un pingue para avisar a las embarcaciones dispersas, a fin de que aportasen en Puerto Especie y no en Orbitelo, según la orden que tenían, y aunque tardaron en efectuarlo, fue providencia acertada y sin la cual se multiplicaban los embarazos de la subsistencia, pues como las más estaban cargadas de trigo, harina y cebada, con su arribo se pudo mantener la tropa y socorrer en este último género al mariscal de campo, don Jaime de Silva, que se hallaba, como queda dicho, con la brigada de carabineros y el regimiento de dragones de Sagunto, en San Pedro de Arenas, falto de un todo.

Siendo las razones de los generales de mar plausibles, y haciéndose cargo de ellas el marqués, dispuso incontinente se efectuase el total desembarco, poniendo en el lugar de Lerichi la poca artillería que había llegado con sus municiones, donde formó un parque. A su infantería colocó lo mejor que le fue posible, extendiendo el acantonamiento de las tropas hasta Sarzana y sus contornos, cuatro batallones en Massa y dos en Carrara, con poco gusto de aquella duquesa. Ejecutado el desembarco, quedaron libres las escuadras y pudieron hacerse a la vela para Tolón dos días después.

En este estado se mantuvieron las tropas cerca de un mes, recobrando cada día embarcaciones de soldados, municiones y pertrechos, en cuyo intermedio había llegado el duque de Montemar a Pesaro, adonde se le juntó el de Castropiniano con el ejército del rey de Nápoles; pero haciendo suma falta la reunión del todo para ponerse en campaña, dio el general español orden al marqués de Castelar para que sin perder tiempo se pusiesen en marcha por Yego, en la Toscana, y acelerase su unión. Mas ésta siendo imposible por faltar aún muchas de las embarcaciones, como asimismo por no poderlo ejecutar don Jaime de Silva con la caballería que estaba a sus órdenes en Génova, y no bien restablecida de lo que padeció, no hubo otro arbitrio que el de encomendarse a la paciencia hasta que pudiese marchar el todo unido y libre de las malas consecuencias que podía originar la separación.

Mientras los generales españoles se daban grandes movimientos en Italia para juntar en cuerpo sus fuerzas divididas, en la corte de Madrid se apresuraba el viaje del señor infante don Felipe a aquellos países, habiendo resuelto Sus Majestades Católicas pasase este príncipe a los Estados que se le destinaban, a fin de que se le aficionasen sus nuevos vasallos. Con este motivo, los preparativos fueron grandes. Nombráronse los jefes de su Casa, que fueron los condes de Montesanto y Perelada, y por ministro al marqués de la Ensenada, y se le dio a Su Alteza un cuerpo de ciento y cincuenta guardias de corps, su capitán el marqués de Priego, para acompañarle. Los adversos sucesos de las armas francesas en la Austria y en la Baviera, dieron ocasión a esta precipitada marcha, que lo mismo fue resolverla que ponerla en ejecución, si se exceptúa el corto tiempo del sobreparto de la señora infanta, que dio a luz el último día del año antecedente una princesa.

* * *

Confuso el cardenal de Fleury en sus ideas e indeciso sobre el modo con que había de dirigir el gran negocio de la sucesión austríaca, había creído que por los sucesos del año antecedente hubiese abonado el camino a sus designios; pues ensoberbecido en ellos dejó a la reina de Hungría sin esperanza de mejorar de fortuna, a los holandeses que la Francia miraría con indiferencia sus resoluciones, y a la Inglaterra habló en términos amenazadores, de modo que pretendiendo ser el árbitro de las pretensiones ajenas, no permitió al rey de Cerdeña tomase posesión del Milanés, cuya licencia le había pedido este Soberano, ni menos a España moverse sin sus órdenes, porque esta potencia, esperando grandes auxilios de la Francia, le pareció de ver contemplar al primer ministro cuando los proyectos de éste eran directamente contrarios al interés de los Reyes Católicos.

La experiencia lo tenía comprobado bastantes veces; pero era preciso disimular, respecto de estar ya a este tiempo el Mediterráneo poblado de navíos ingleses y no haber por donde encaminar las tropas españolas sino por la Francia, a fin de penetrar por la ribera de Génova a Italia, apoderándose de Niza, Villafranca, y Onella, o bien haciendo una diversión en Saboya para llamar la atención del rey de Cerdeña.

Confuso, repito, el cardenal de los grandes preparativos de las potencias marítimas, que a toda costa querían garantir la Pragmática-Sanción, a cuyo empeño habían atraído al rey de Cerdeña, y no menos confuso de los progresos de las armas austríacas en la Alta Austria y Baviera, cuyo ducado se había casi sometido con su capital, derrotados por dos veces los bávaros y amenazados los franceses en Bohemia de los ejércitos de la reina de Hungría, que parecía haber brotado de la tierra, pues no podían dar paso los enemigos de esta princesa sin verse asaltados por los húngaros y otras naciones de las riberas del Tivisco, que en menos de dos meses inundaron los países ocupados por los aliados en el mayor rigor del invierno, matando cuantos encontraban, robando los equipajes y cortando los convoyes; siniestros vaticinios de los futuros sucesos de los franceses en Génova. Todo esto hacía presumir al cardenal que la crítica situación en que se hallaban los negocios exigían prudencia y circunspección.

Previendo, pues, la necesidad de aumentar el ejército de Bohemia, mandó pasase luego el que estaba en la Westfalia a la orden del mariscal conde de Broglio, para que, unidos, pudiesen no sólo contener los esfuerzos de los austríacos, sino también hacer el sitio de Viena. Aceleró la partida del señor infante, ofreciendo veinte batallones de tropas francesas que se juntarían a este príncipe para expurgar a los austri-sardos de la Lombardía. Aunque la corte de España se aseguraba del pronto efecto de las promesas del cardenal, por ser tan interesado a una poderosa diversión en Italia que facilitase en parte el éxito de su proyecto en Alemania, el Rey Católico se vio frustrado de su esperanza por mucho tiempo, pues habiendo llegado el infante su hijo a Antibo con el ejército español, que mandaba, bajo de sus órdenes, el conde de Glimes, no sólo no se le juntaron las tropas prometidas, mas tampoco permitió favoreciese el transporte de este príncipe con la tropa para Italia la escuadra francesa, que estaba en Tolón con la española, las cuales, unidas, podían contrarrestar la inglesa, que estaba a la vista del puerto de esta ciudad; y así se perdió la ocasión que favorecía el intento, para cuyo fin se había puesto en marcha el señor infante.

Mientras este príncipe atravesaba la Francia, el marqués de Castelar se dispuso a ejecutar la orden del duque de Montemar, que lo aguardaba con viva impaciencia. Habiéndose convenido aquél con el barón de Veluti, comisario de la regencia de Toscana, en el precio de las etapas en todo el Estado, envió el referido marqués un proveedor y un comisario de guerra con caudales para prevenir la subsistencia de la tropa; pero estas precauciones fueron inútiles, respecto de haber recibido contraorden del duque, que le mandó emprendiese su camino por el Estado de la Iglesia, con que las providencias ya tomadas fueron superfluas, y esto dilató aún la unión del ejército.

No faltó quien vituperase esta improvisa mutación en la marcha de las tropas; pero como el duque había recibido varios expresos de don Manuel de Sada y del príncipe Maserano, ministros de España en Turín, de que efectuada la alianza de esta corte con la de Viena, los alemanes que el conde de Traun había sacado de Toscana debían ocupar el Yogo (paso preciso por donde los españoles habían de pasar, por ser el más breve, y en virtud de las órdenes del duque de Montemar) y cuyo puesto defendido es inaccesible, a que añadían que el rey de Cerdeña pensaba, con su ejército, sostener a Traun, con intención de atacar el cuerpo del marqués de Castelar e impedir su unión con el de la Romania: golpe que, de haber sucedido, destruía totalmente el ejército español.

Esta noticia, aunque no tenía fundamento y no se podía despreciar por haberla participado sujetos caracterizados, obligó al marqués a tomar el camino desde Puerto Especie a Florencia. Las tropas que estaban a sus órdenes se componían de catorce batallones y tres mil infantes, éstos pertenecientes al primer convoy, y formó cuatro divisiones, poniendo a su frente un teniente general, un mariscal de campo y un brigadier. La caballería, que consistía en la brigada de carabineros, el regimiento de dragones de Sagunto, parte de caballería de la Reina y parte del de dragones del mismo nombre, los separó en dos, con sus oficiales generales, poniendo los fusileros de montaña en diversas partidas para que embarazasen la deserción.

Arreglado todo en esta forma, tornó su marcha por Florencia, como queda dicho, y la continuó dieciséis días consecutivos, sin hacer alto, por el recelo que tuvo el marqués de Castelar de que los enemigos viniesen a atacarle en el Estado de Toscana, según informaban los mencionados ministros de la corte de Turín; pero habiendo llegado a Pasiñano, primer lugar del Estado Eclesiástico, sin estorbo alguno, allí descansó la tropa, recobrándose del peligro imaginario que el celo de dichos ministros habían concebido, y aunque se tomaron las precauciones posibles para evitar la deserción, ella llegó a más dedos mil hombres cuando arribó la tropa a Pesaro.

El duque de Montemar, en su tránsito desde Orbitelo, no la experimentó menor, a que se seguía gran número de enfermos, así por el rigor de la estación como por haber carecido de un todo en su asistencia. Recibió en Pesaro el duque el tratado hecho con el duque de Módena, ratificado de Su Majestad; pero aquel príncipe se resistió a ratificarlo hasta que le concediesen algunos aumentos que pretendía.

Reunidas todas las tropas el 18 de abril en Pesaro, dispuso el duque se moviesen y pasasen a acampar en Rímini, donde se mantuvieron hasta el 13 de mayo esperando la artillería y pertrechos, que no llegaron hasta fines de abril. No obstante estar el ejército aliado de España y Nápoles disminuido de una cuarta parte por la escandalosa deserción

que se introdujo en la tropa, el duque de Montemar trató de arrimarse hacia los enemigos, en virtud de las reiteradas órdenes de la corte, habiéndole prometido don José del Campillo haría una fuerte diversión el señor infante para favorecer sus designios en Lombardía, o ya fuese pasando por la ribera de Génova para incorporársela o atacando los Estados del reino de Cerdeña.

Con esta esperanza dirigió el duque su camino a Bolonia, y para hacerle más cómodo se dividió el ejército en varias columnas, y habiendo llegado a las puertas de esta ciudad, sobrevino una tempestad tan cruel que, no obstante el cuidado de los oficiales generales y particulares, hubo una tremenda deserción, pues se asegura que pasó de tres mil hombres, sin que las más exactas diligencias para buscarlos tuviesen efecto, porque los boloñeses, no como quiera desafectos, sino enemigos irreconciliables de nombre español, ocultaban en sus casas y caserías a los desertores.

Esta suma desgracia, acompañada del mal estado que había dejado a los soldados el campamento que ocupaban lleno de agua y que no permitía plantar las tiendas, los obligó a mantenerse tres días en él. No bien reparada esta tropa, en un Consejo de guerra que se tuvo el día 19 de mayo quedó determinado marchar el siguiente a la Samoggia, para desde allí encaminarse al Panaro. Campado en este puesto ventajoso, con el río de este nombre por delante, dando disposiciones para pasar el Panaro y atacar a los enemigos, se supo por dos espías que vinieron el 30 al campo que éstos tenían dos puentes sobre aquel río, capaces de contener cuarenta hombres de frente, y que se aseguraba habían resuelto atacar a los españoles.

Esta novedad no dejó de causar algún recelo, y aunque no se dio entero crédito, se llamó a Consejo y se determinó en él que respecto de haberse señalado un campo ventajoso sobre el Panaro, entre Castelfranco y el Fuerte Urbano, era conveniente ocuparlo cuanto antes, pero con las precauciones necesarias. Con efecto, la misma tarde se nombró al marqués de Castelar, con el mariscal de campo don Jaime de Silva, para que todas las compañías de granaderos españoles, ciento y cincuenta carabineros y otros tantos caballos de la misma nación, se adelantasen por el camino real y lo cubriesen mientras lo ocupaba todo el ejército; y como había otro camino que se dirigía al propio paraje, tuvo orden el mariscal de campo don Eduardo Bourg que con las quince compañas de granaderos del ejército napolitano y doscientos caballos marchase por él y fuese a juntarse con el marqués de Castelar.

Esto se ejecutó puntualmente, sin que los enemigos se opusiesen; antes bien, varias partidas de corazas, húsares y croatos que estaban de la parte de acá del río, retrocedieron, con que se pudo acampar con el mayor sosiego.

No obstante, para huir cualquiera sorpresa por parte de los húsares, se apostaron cuatro compañas de granaderos en frente del campo en un puesto sobre una acequia, y varias partidas de fusileros de montaña, así para ocurrir a cualquiera novedad como para contener la numerosa deserción que sin encontrar remedio había experimentado el ejército en las dos marchas antecedentes, que sobrepujaba a la referida de Bolonia. Estos puestos no eran más que provisionales, y sólo, sí, para la seguridad de aquella noche. Al otro día se reconoció el terreno y la situación del enemigo para tomarlos más a propósito. Avanzóse sobre el camino de Módena, donde hay una pequeña ermita llamada la

Medona, y en ella se estableció un puesto de fusileros de montaña, formándoles una especie de tambor con el cual estaban defendidos y aseguraban el campamento de las inquietudes que los húsares con sus correrías podían ocasionar.

Establecido así el ejército, sacaba los víveres diarios de la ciudad de Bolonia, cuyos convoyes escoltaban tropas de caballería y fusileros de montaña, las cuales una iba y la otra venía, no sólo para asegurar dichos convoyes, sino también a los habilitados de las cuerpos y demás oficiales que tenían que hacer en dicha ciudad, respecto de que algunas partidas de húsares por la derecha de su campo ocupaban algunas caserías para robar a los que con poca prudencia caminaban, como en efecto lo consiguieron, sin que bastasen todas las providencias que se habían tomado para impedirlo. La deserción en este campo fue excesiva y llegó a tal punto que el ejército combinado de España y Nápoles se redujo a veinticinco mil hombres cuando debía exceder de cuarenta mil, habiéndose perdido más de quince mil, cosa inaudita hasta entonces en la tropa española. Es verdad que no se ha visto desidia igual a la que reinaba en los oficiales, sin que bastase para corregirla ni las severas reprensiones del general ni sus amenazas.

Este grave mal, acompañado de la poca o ninguna disciplina de las tropas napolitanas, se comunicó de un ejército a otro, de tal suerte que los soldados, en desprecio de los severos castigos, talaban los campos, saqueando cuanto encontraban, y cuanto mayor era el rigor, tanto más se aumentaba la deserción; pero no por esto pusieron mejor cuidado los oficiales, reduciéndose por su culpa un ejército florido al más diminuto estado y, por consiguiente, en la imposibilidad de obrar ni emprender el paso del Panaro con aquella seguridad que otras veces, se lograban las acciones más arriesgadas.

En este campo se mantuvo el duque de Montemar cerca de un mes, esperando a que el conde de Glimes diese principio a las operaciones de la campaña sobre el Var, atacando Niza y Villafranca, para abrirse paso por la costa de Génova, a fin de llamar la atención del rey de Cerdeña, que se hallaba con el general Traun sobre el Panaro, o que el duque de Módena se resolviese sobre el partido que había tomado de unir sus fuerzas a las de España, según el tratado firmado en Aranjuez el 30 de abril con este príncipe; pero pretendiendo éste varios aumentos y pareciéndole al Rey Católico ser exorbitantes, aunque el duque de Montemar insinuó a Su Majestad ser de la última consecuencia el dejarle gustoso, insensiblemente el tiempo se fue pasando, hasta que, penetrado por los austri-sardos lo que este Soberano trataba a favor de los españoles, ellos le hicieron la forzosa de declararse, y no habiendo podido conseguirlo, pusieron sitio a la Mirándula y le invadieron lo restante de sus Estados.

Sentido el duque de Montemar de malograrse esta alianza, pues sobre ella había fundado sus aciertos, porque este príncipe debía servir a España con siete mil hombres, artillería, pertrechos y una de las plazas fuertes de sus Estados a la elección del general español para establecer en ella sus almacenes y hacerla plaza de armas, conocía bien que sin este auxilio era imposible contrarrestar a los enemigos. Por tanto, envió a saber del gobernador de la Mirándula qué orden tenía de su Soberano, y si quería recibir guarnición española, por estar amenazado de los enemigo, que no tardarían en embestir la plaza.

El gobernador respondió que no tenía otra orden de su Soberano sino defenderla contra quien se fuese hasta el extremo, no obstante haberle dicho al duque los ministros de

Módena que se enviaría orden al gobernador de la Mirándula para que recibiese en dicha plaza guarnición española; pero le abandonó bien presto su arrogancia, puesto que la entregó a los enemigos el último día de estar sitiada.

Desvanecido el tratado del duque de Módena por no haberlo querido ratificar este príncipe sin los aumentos que pedía y las órdenes de la corte expresas para atacar a los austri-sardos, hizo reconocer el de Montemar su posición, y habiendo sabido de cierto sus fuerzas, convocó el Consejo de guerra, en que asistieron todos los oficiales, diciéndoles que el rey de Cerdeña ocupaba con su tropa, consistente en treinta batallones y dos mil caballos, la derecha del ejército que tenía apoyada en el lugar de Espelimberto, situado al pie de la montaña, y corría su línea ocupando los puestos de Viñola, el paso de San Ambrosio y Bomporte, donde se encontraba con las del conde de Traun, que seguían la orilla del Panaro hasta casi final de Módena, y constaba de dieciocho batallones y dos mil y quinientos caballos. Tenían ambos ejércitos tres puentes sobre el río, fortificadas las cabezas de ellos con algunas baterías, y que los enemigos excedían a lo menos en fuerza de cinco a seis mil hombres a los españoles; que por consiguiente, les pedía su dictamen por escrito para resolverse, a que todos convinieron unánimes que no era posible atacar al enemigo sin evidente riesgo de perderse y sólo sí servir de triunfo a los enemigos.

El día siguiente a esta determinación llegó un expreso de la corte con carta de don José del Campillo, en que se mandaba al duque que sin dilación atacase y batiese al enemigo, expresión que hizo reír a los unos y murmurar a los otros. El atacar a los enemigos era cosa fácil, pero batirlos, ¿quién podía asegurarlo? Sin embargo, se controvertió este punto con cuidado, y después de varias alteraciones, los más de los oficiales generales juzgaron que emprender con fuerzas inferiores dos accidentes tan contingentes como era el de forzar el paso de un río fortificado y después de logrado dar la batalla, era caso de madura reflexión, porque si uno de los dos se malograba, el ejército se perdía infaliblemente y no contribuiría menos el país a aniquílarle que los enemigos, a que se seguía también la pérdida del reino de Nápoles, que ya amenazaba el inglés con sus escuadras. De manera que no sólo los generales no hallaron conveniente obedecer la orden, sino que propusieron de hacer una representación al Rey, manifestando las razones por qué no se daba cumplimiento a la orden, y se encargó a los tenientes generales duque de Atrisco y conde de Mahoni la escribiesen.

Esta pieza merece participarse al público, así porque se hacen evidentes los verdaderos motivos que hubo para no deferir a las sugestiones del ministro, que quería precipitar al duque de Montemar, acusándole de lento y tímido en sus operaciones, como para demostrar que negándose a obedecerlas hizo el mayor servicio a España. Esta representación, de que se encargaron los dos mencionados generales, estaba concebida en los términos siguientes:

«Habiéndonos convocado el capitán general de este ejército hoy día de la fecha en Consejo de guerra, y propuesto en él si convenía o no atacar a los enemigos en la situación que ocupan, resolvió la pluralidad de votos no convenir, por las razones siguientes:

Es la fuerza de nuestro ejército de veinticuatro a veinticinco mil hombres, porque la desgracia de haber perdido quince mil lo ha reducido a este número, como se justifica por los estados que últimamente se nos han manifestado.

Tiene el rey de Cerdeña treinta batallones y dos mil caballos de una tropa que desempeñó su obligación en la guerra pasada a vista de su príncipe, y si su ejemplo fue estímulo de aquellos esfuerzos, podrá la experiencia en iguales circunstancias ser gobierno a nuestras precauciones.

El de los austríacos consta de dieciocho batallones y dos mil y quinientos caballos (sin la infantería de los croatos), toda tropa veterana, la cual, unida a la de aquel príncipe, considerando el menoscabo que habrá podido tener, compondrá por lo menos pasados de treinta mil hombres.

Es consecuencia infalible que de esta cuenta resulta el exceso de cinco a seis mil hombres, y que los dos actos distintos de pasar un río a vista de un ejército superior que tiene tomados y fortificados los principales puestos que lo defienden, y el de dar una batalla con la probabilidad de ganarla, no sólo es dudoso el éxito, pero sí arriesgado por la claridad de las ventajas, cuyas razones nos obligan a proponer modo menos contingente para que las armas del Rey consigan aquellas glorias que nuestro amor desea, y se huya del funesto suceso que acaecería de la adversidad enlazada con infinitas consecuencias.

Este ejército está tan deseoso de la acción, que no se encuentra en él quien no la anhele, y sólo tardará su práctica lo que tarde en presentarse una favorable coyuntura. Esta debe dimanar últimamente de las operaciones del que tenemos en Provenza, porque en llegando a obras las que son amenazas, se convertirá en atenciones lo que ahora se mira desprecios, siendo el cuidado causa de movimientos que aprovechará el ardor, superando con las facilidades del paso las probabilidades de un vencimiento.

No parece regular dar principio por lo dificultoso, cuando el suspender para obrar asegura el acierto, ni que se arriesgue tanto por la brevedad de pocos días que apresurados anticiparán los momentos de la dicha, ni que un cuerpo de generales a vista de un inconveniente deje de representar en su oficio las reflexiones que más se anudan al verdadero acierto del servicio. Si este universal dictamen, mereciendo aprobación en el real ánimo de Su Majestad, fuese digno de atención, será consuelo de los que aspiramos con el sacrificio de nuestras vidas al logro de sus victorias, haciendo ante todo presente la ciega obediencia, que no desluce las proposiciones del celo, ni tiene otra consideración que la de no resultar culpable por falta de explicaciones.- *Campo de Fuerte Urbano, 9 de junio de 1742.*»

Firmaron esta representación los generales de ambos ejércitos, español y napolitano, en esta forma, según su antigüedad. Duque de Castropiniano, marqués de Castelar, don Juan de Gages, don Melchor de Abarca, don Domingo de Sangro, don José Grimau y Corvera, don Plácido de Sangro, el príncipe de Yachi, don Reynaldo Macdonel, el conde de Mariani, el conde de Seve, el conde de Beauford, el duque de Atrisco, el conde de Mahoni, don Raymundo Burck, don Carlos Blon, el marqués de Valdecañas, el duque Rebuton, don José Antonio Jachoude, el marqués de Croix, don Jaime de Silva, don

Guillermo Lacy, don José Horcasitas, don Marcelo Heron, don Nicolás de Mayorga, el conde de Jauche, el conde de Valhermoso, el marqués de Crevecoeur de Mazerano, el marqués de Torrecuso, don Juan de Pingarrón, el marqués de Gravina, el marqués Duché, don Nicolás de Carvajal, el marqués de Villadarias, don Diego Felipe de la Vega.

Y aunque no tiene duda que una resolución tan bien fundada parecía la más acertada, sin embargo, los tenientes generales marqués de Castelar, don Reynaldo Macdonel, el conde de Mahoni y algunos mariscales de campo fueron de dictamen contrario. El primero ofreció atacar al enemigo mediante se le diesen todos los granaderos de ambos ejércitos, y con ellos por un pequeño camino en la montaña, situado a la izquierda de los españoles que caía sobre el lugar de Espelimberto, derecha de los enemigos, atacaría por esta parte en el flanco con vigor, mientras los duques de Montemar y Castropiniano hiciesen dos ataques falsos por el frente; que logrando introducirse los granaderos por aquella parte, pasasen ambos generales, lo que facilitaría la confusión de los enemigos, y con esto se obedecía la orden del Rey, que de otro modo no era factible, y obligaba al duque de Módena a declararse por España, y en caso de no poder penetrar los granaderos (cosa que parecía imposible de no tener efecto), el ejército coligado tenía siempre libre la retirada por la misma montaña, sin que los austri-sardos pudiesen impedirlo, respecto de ser el fuego de los españoles, siempre dominante; que la empresa podía costar doscientos o trescientos hombres, corta pérdida supuesto que cada día faltaba mayor número por la deserción.

Controvertióse este punto con viveza, y aunque el duque de Montemar abrazó esta proposición (porque el ataque había de hacerse por la derecha del enemigo y se podía pasar el Panaro hacia Viñola y Espelimberto sin necesidad de puente), los demás generales no quisieron deferir a ella, por más que les representó que si el suceso fuese favorable lograba que el duque de Módena se declarase a favor de España y obligaba a los enemigos a pasar la Secchia y abandonar los Estados de este príncipe, que aún no estaban invadidos, ni su tratado descubierto, pero nunca pudo el de Montemar vencer la repugnancia del cuerpo de los generales, que insistieron siempre sobre la referida representación al Rey que últimamente firmó el duque, y aun los del parecer contrario, para no incurrir en la nota de temerarios, o por su resistencia sembrar discordia entre los demás generales.

No tratándose ya de atacar a los enemigos, resolvió el Consejo de guerra marchar a Bondeno, en que también convino el duque. Tomadas las disposiciones para esta marcha, se enviaron los enfermos que estaban en Bolonia, en número de tres mil, o Ferrara, y se dio orden a los generales de aligerarse de equipaje, y lo grueso bajo de la escolta de trescientos dragones se condujo a Faenza. Hechas estas diligencias precisas, se nombró al mariscal de campo conde de Jauche, con treinta compañías de granaderos, el brigadier y coronel de piquete, con las guardias viejas de caballería, para mandar la retaguardia, que no debía dar indicio de marcha hasta después de haberlo ejecutado el ejército.

Dióse igualmente la orden de que el cañonazo de la retreta sirviese de generala, y que una hora después levantase la tropa el campo y se pusiese en marcha; pero la desidia o la ignorancia del mayor general, a quien toca dar las providencias para que se ejecute, las retardó de tal suerte, que la testa del ejército no pudo ponerse en marcha hasta media hora antes de día. Por lo que toca al equipaje, también padeció gran confusión respecto de no

haberse nombrado preboste para dirigirlos y arreglarlos, único descuido que se puede atribuir al duque de Montemar en esta campaña, si es cierto que no consultase a la corte, pues antes de principiarla debía haber provisto aquel empleo y acaso no hubiera habido tanta deserción. Porque la ocupación del preboste y su compañía es recoger los soldados que por pereza u otros motivos le queden detrás del ejército en una marcha, cuidar que no se aparten de sus cuerpos, y con este motivo impedir la deserción, y dirigir los equipajes a fin de que sin confusión al paso de un barranco o estrechos caminos la caída de una carga no impida el todo de avanzar y llegar con tiempo al campo.

En fin, eran cerca de las doce del día cuando la retaguardia se movió de Castelfranco, bien que había dos horas que la cabeza del ejército había entrado en el campo de San Juan. La sobredicha confusión y retardo dio lugar a los enemigos para juntar un grueso de coraceros, húsares y croatos para dar sobre la columna del equipaje, los cuales fueron bien recibidos por el conde de Jauche y sus treinta compañas de granaderos, y habiendo sobrevenido el conde de Mahoni, teniente general de día, con alguna caballería, fueron rechazados con pérdida de treinta o cuarenta hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Los españoles perdieron solamente tal cual, con algunas cargas de equipajes, por la embriaguez de sus conductores.

Habiendo llegado el ejército al campo de Chento el día 20 de junio, supo el duque de Montemar que seiscientas corazas e igual número de croatos a pie ocupaban a Final de Módena, con cuya noticia trató de apoderarse de esta plaza. De acuerdo con los generales se nombró al teniente general don Juan de Gages, quien conocía este paraje por haber mandado en esta plaza la campaña pasada; diéronsele cuarenta compañías de granaderos, cuarenta piquetes, quinientos caballos, ocho piezas de artillería de campaña, artilleros suficientes para su uso y una brigada de ingenieros, a fin de sorprender este puesto o tomarle por asalto.

Todo ya prevenido para el intento y nombrada la tropa, parece que recibió el expresado don Juan de Gages una noticia particular, que manifestó al duque de Montemar, disuadiendo este ataque, la que salió incierta, y aunque otros generales solicitaron el encargo de esta expedición, no lo consintió el duque, por haber mudado de dictamen los demás generales, temerosos de una acción general, y que dicho puesto no merecía se expusiese la tropa a una batalla campal cuando se debía evitar por los motivos referidos en la representación.

No habiendo tenido efecto esta idea y haber marcado un campo en el Bondeno, fue destacado el propio don Juan de Gages con el mismo destacamento para adelantarse y hacer construir un puente sobre el Panaro, y pareciéndole más seguro este proyecto que el antecedente, convino en ello.

Cuando el ejército llegó al campo de Bondeno ya estaba construido el puente, pero en tan mal paraje y tan mal fortificado que se hubo de encargar al abad de Vimercati hiciese otro cien pasos distante del primero que había construido el referido don Juan en la parte más ancha del río con una especie de revellín, que para defenderle se necesitaba una considerable guarnición.

Asegurado el ejército en este campo sin atreverse los enemigos a inquietarle, se nombró al mariscal de campo, marqués Duché con quince piquetes para defender el expresado revellín, el cual se continuó en fortificar por muchos días, aunque inútilmente; pero no se pueden tomar demasiadas precauciones en la guerra. Fortificáronse asimismo las avenidas del campo con infantería para sostener la caballería, y como el ejército napolitano ocupaba la izquierda, fue tanta la deserción que el sargento que iba a mudar las centinelas se marchaba con ellas, llegando a incluirse en este desorden los cadetes y aun los subalternos, de manera que quedaron los regimientos de caballería y dragones precisados a poner los tres estandartes en un solo escuadrón, porque no había para más.

Esto fue la causa principal de que no se pudo hacer destacamentos, y ser la caballería española muy inferior a la del enemigo. Si el ministro de España hubiese concedido los cinco mil caballos que el duque de Montemar le había pedido y le ofreció, sin duda los húsares se hubieran contenido en sus correrías y cuando no hubieran resultado varias funciones favorables: vaticinio siempre seguro de las empresas.

Mantúvose el ejército veintinueve días en este campo, siempre con la expectativa de lo que obrase el de Provenza. Había solicitado varias veces el duque de Montemar de que éste penetrase por la ribera de Génova, sitiando a Villafranca y demás plazas del rey de Cerdeña, para poder franquearse el paso a Italia. Hay apariencia de que ésta era la idea, pero no habiendo la artillería correspondiente envió el infante don Felipe las galeras que estaban en Antibo para traerla de Tolón, a fin de evitar los gastos que acarrearía su conducción por tierra, y aunque este designio era arriesgado por la multitud de naves inglesas que corseaban aquellos mares, prometíase el comandante de las galeras que costean la ribera no podrían los enemigos acercarse bastante a tierra, y que así podría efectuarse la orden sin peligro.

La experiencia manifestó lo contrario, pues habiéndolas encontrado algunos navíos de guerra ingleses, les dieron caza hasta que las obligaron a refugiarse en el puerto de San Tropé, entre Tolón y Antibo. Creíase seguro en aquel puerto el comandante de las galeras, y lo cierto es que cualquiera se lo hubiera persuadido; pero los ingleses no se habían olvidado de las afrentas que recibió su Monarca en los Estados de Hannover, ni menos de las amenazas del cardenal de Fleury en Londres; con que no buscando más que la ocasión de lo recíproco, se valieron del ardid de asegurar al gobernador del castillo del puerto que entraban en paz, y a su vista quemar las galeras de España, mientras tenía bloqueadas las escuadras del teniente general don Juan Navarro y de Francia en Tolón.

* * *

La moderación del primer ministro en Francia no pudo llegar a más. Toleraba que los ingleses registrasen a los navíos franceses y persiguiesen a los españoles hasta en los puertos de Francia, y en desprecio de su neutralidad quemasen las galeras de esta nación, sin dar la menor queja, antes bien, proveyendo a los ingleses de todo género de bastimentos cuando éstos lo pedían. ¿Quién podrá comprender semejante política?

¿Cómo conciliar este modo de obrar con lo que pocos meses antes había insinuado al Rey británico de que si los ingleses pasaban el mar lo miraría como rompimiento, cuando no ignoraba entonces los inmensos preparativos en Inglaterra para efectuarlo?

No quería, sin duda, ser el agresor en esta guerra contra los ingleses, persuadiéndose que ellos arrastrarían a los holandeses, como tan unidos de intereses. Tampoco parece que quiso dar motivo de queja al rey de Cerdeña, pues habiendo consentido el tránsito de las tropas españolas por Francia y prometido uniría a ellas algunos batallones franceses, y daría artillería, no sólo no cumplió su palabra, sino que de acuerdo con el ministro de España estorbó la idea del duque de Montemar, disuadiendo el ataque de Villafranca con el pretexto de la imposibilidad de vencer.

Este camino era el único que podía asegurar los designios del Rey Católico en Italia con la unión del señor infante: bien se percibió después, cuando no hubo remedio; pero la fatalidad de haberse de guiar por el dictamen del cardenal, no dejó otro arbitrio que el de abandonar la costa de Génova e internarse por el Delfinado para pasar a Saboya, cuya empresa hasta allí era muy fácil.

En continua contradicción interior, no le dejaba lugar al tímido cardenal reflexionar sobre las consecuencias que producía su ánimo irresoluto. Creía manejar el caos de intereses que la multitud de pretendientes había despertado con motivo de la muerte de Carlos VI, del mismo modo que los negocios políticos de su corte, en que no podemos negar estaba versado en grado superior. Cuarenta años de estudio en ellos le habían merecido la aprobación y contemplación de toda la Europa, pero la decadencia de sus esfuerzos en Alemania para subvertir el trono austríaco, denotó, con gran perjuicio de la opinión que se tenía de él, que no es todo uno gobernar el timón de una nave o gobernar una armada.

La repentina invasión de la Baviera y su conquista por los austríacos a tiempo que el Soberano de ella se coronaba Emperador, y poco después la derrota de los bávaros mandados por su general Toring, no le daba poco en que pensar. Discurrió el cardenal remediar estos fatales principios de campaña con reforzar el ejército del mariscal Broglio; el de Belle Isle había dejado el mando a éste, siendo encargado de su corte recorrer las de Alemania, y nombrado embajador en la próxima elección con el que estaba a la orden del de Maillebois en la Westfalia, mientras todo el reino estaba en movimiento para formar un tercero ejército de observación. El rey de Prusia, que por la batalla de Molvitz había sometido las Silesias, y de acuerdo con Francia atraído a su partido al elector de Sajonia, corría como un rayo la Bohemia sin encontrar quien le resistiese, y pareciéndole no encontrar más oposición en la Moravia, se encaminó con los sajones a esta provincia, que se sometió en breve, a excepción del castillo del Brin. Colmado de tantos triunfos, se presentó este príncipe victorioso en las cercanías de Viena, amenazando sitiar esta capital, pero la divina Providencia detuvo allí sus progresos.

La reina de Hungría, que no se había asustado de sus amagos, dio orden al príncipe Carlos de Lorena (que mantenía la comunicación de las Austrias con la Bohemia y dejó en su lugar al de Lobkowitz para hacer frente a los mariscales de Francia que ya se habían unido) de marchar a la Moravia con ánimo de cortar la retirada al rey de Prusia, lo que hubiera sucedido a no haberlo penetrado este príncipe, que con aceleración se retiró, abandonando almacenes y artillería.

Malograda la idea en parte, aunque se consiguió echarle con desdoro de esta provincia, intentó el príncipe Carlos recuperar a Praga; pero queriendo embarazarlo el rey de Prusia, atrincherado en Ozaslaw, se trabó el 17 de mayo una sangrienta batalla, cuya victoria arrancó violenta la codicia de los húsares austríacos de las manos del príncipe Carlos. No obstante, aunque éste perdiese el campo, el ejército prusiano quedó enteramente arruinado, con especialidad su caballería, por lo que admitió este príncipe gustoso la proposición que entonces le hizo el ministro británico de la cesión de las Silesias y del condado de Glatz en Bohemia. Habiéndose convenido la reina de Hungría en ello, por la necesidad de quitar este formidable enemigo de delante, se concluyó un tratado en Breslau el 11 del siguiente mes, al cual accedió el elector de Sajonia, retirándose igualmente a sus Estados.

Ocho días después de la batalla de Ozaslaw, el príncipe de Lobkowitz tuvo otra acción en Sahay con los franceses, mandados por el mariscal de Broglio, y aunque no fue muy ruidosa, no dejó de ser favorable a los austríacos, que pudieron ocupar el puesto ventajoso del Budveis, no obstante haber dicho mariscal hecho levantar el sitio de Frabemberg, que sitiaba Lobkowitz. Esta acción y la de Ozaslaw publicaron los enemigos de la reina de Hungría que las había perdido, sin duda para que no descaeciese el ánimo de sus aliados; pero sabido otra vez por el príncipe Carlos de Lorena, determinó dar sobre los franceses cuando menos podían esperarlo.

Después de algunas marchas forzadas, llegó el 4 de junio a su presencia y se formó en batalla. Al otro día se avanzó hacia Tein, donde había un cuerpo de franceses que lo abandonaron luego, y por los puentes que tenían en el Moldau pasaron este río, formándose en batalla a la otra parte. El príncipe Carlos hizo venir la artillería para batirlos, mientras atravesaban el Moldau los generales Esterhazy, Nadastr, Baronus, con el príncipe de Birkenfeld y el coronel Desossy, con toda la caballería y granaderos.

No bien se había empezado el ataque, cuando los franceses se retiraron a los bosques que tenían a la espalda, donde fueron seguidos de la tropa ligera, que no se detuvo en el pillaje sino manejar sus armas, reparando en esta ocasión la falta cometida en Ozaslaw.

El rey de Prusia, que buscaba modo de deslumbrar al mariscal de Belle Isle, que estaba en su campo, a fin de que no penetrase éste lo que trataba en perjuicio de su alianza, había hecho varios movimientos a lo largo del Elba, con el que pensó Belle Isle que era con intento de socorrer al mariscal de Broglio, que acababa de pasar el Moldau y con fuerzas superiores al príncipe de Lorena, por lo que no se había atrevido a esperarle; pero habiendo sabido Su Majestad que su tratado estaba firmado y ratificado por él mismo el día 13, lo participó al mariscal de Belle Isle, que no tuvo otro partido que tomar más que el de retirarse de su campo y juntarse con el de Broglio.

Unido el príncipe Carlos con el de Lobkowitz y no teniendo ya otros enemigos en Alemania más que los franceses y bávaros para impedir cualquier socorro que viniese de Francia, el príncipe Carlos marchó a ocupar el Círculo de Pilsen, lo que conseguido volvió a juntarse con Lobkowitz, resuelto a dar batalla a los franceses y destruirlos enteramente o hacerlos prisioneros; pero éstos, que procuraban excusarla, pudieron lograr ponerse debajo del cañón de Praga, disminuidos en más de una tercera parte.

Sabida esta gran novedad en la corte de Viena, la reina de Hungría no esperaba menos a que se le rendirían prisioneros de guerra, y para que el gran duque tuviese el honor de este triunfo, le suplicó pasase a mandar el campo, que se había aumentado con el arribo del general Festetiz con quince mil hombres.

En breves días estrechamente bloqueados los franceses, el Gran Duque mandó traer de Viena, de Brin y del Budveis la gruesa artillería, para hacer el sitio de Praga en toda forma. Advertidos los mariscales de esta disposición, el conde de Belle Isle, que conocía la imposibilidad de recibir socorro tan presto y no teniendo con qué subsistir entretanto en esta gran ciudad, pidió una conferencia al gran duque, el cual nombró al conde de Konigseg para ella. Habiéndose destinado un convento a media, legua de la plaza, se transfirió a él el mariscal el día 2 de julio. Éste propuso entregar la ciudad con tal que se le permitiese salir las tropas con sus armas, bagajes y honores militares. El conde respondió que tenía orden de su Soberana para tomar la plaza y la tropa prisionera de guerra.

Esta conferencia y su resulta la participó el mariscal de Belle Isle a Francia, lo que dejó al cardenal ministro en la mayor perplejidad; se volvió a despachar el correo, con orden de que insistiese en lo pretendido, y ofreciese la evacuación entera de la Bohemia entregando la plaza de Egra y el fuerte castillo de Frabemberg. A estas ofertas acompañó una carta para el conde de Konigseg, que antes había sido su amigo, quejándose de que en Viena se le tuviese por autor de las turbaciones que agitaban la Alemania, poniéndole en la consideración de que no había tenido libertad para haber puesto en práctica las proposiciones que seis meses antes le había hecho el señor Wasner, ministro de la Reina; pero añadía:

«No ignora Vuestra Excelencia que estamos por nuestra desgracia ligados; sin embargo, no mudo de sistema y creo siempre que no hay cosa más esencial para la tranquilidad de la Europa que una perfecta unión entre nuestras dos cortes.»

No produjo esta carta el efecto que el cardenal creía; pues bien al contrario, sin dar respuesta a ella, el conde de Konigseg la envió a Holanda, para que se imprimiese y viesen los aliados de la Francia la fidelidad con que obraba esta potencia en todos sus empeños. El mariscal de Maillebois, que estaba en marcha para socorrer a Praga, se juntó en la Franconia con un cuerpo de tropas que mandaba el conde Mauricio de Sajonia, con el cual se formó un ejército de sesenta mil hombres.

Noticiado el gran duque de Toscana de la proximidad del mariscal, levantó el campo de Praga, dejando el sitio de esta ciudad reducido en bloqueo por el general Festetiz; partió con el príncipe Carlos su hermano, y el conde de Kevenhuller con el ejército para impedir pasasen adelante los franceses. Propúsose otra vez al Gran Duque la evacuación de la Bohemia, y que el mariscal retrocedería si la Reina se conviniese en poner en posesión de la parte de la Baviera que ocupaba; pero no tuvo más efecto esta propuesta que las dos antecedentes, y así, debiendo a toda costa socorrer a los sitiados de Praga, prosiguió el mariscal de Maillebois su camino. Habiendo llegado éste a las cercanías de Egra, no pudo penetrar adelante, por haber cogido los desfiladeros los austríacos, y aunque el mariscal de Broglio estaba apercibido para la unión, no pudo efectuarse.

La estación adelantada, el frío insoportable, la lluvia continua y falto de víveres, el mariscal de Broglio, porque los húsares y panduros les cortaban los convoyes y los tenían en continuo movimiento, dispuso el mariscal retirarse hacia la Baviera, disminuido su ejército casi en la mitad. El de los austriacos salió igualmente de la Bohemia y fue en su alcance hasta la misma Baviera. Con motivo de oponerse a la entrada de los franceses en Bohemia se había sacado la mayor parte de la tropa que formaba el sitio de Praga, y frustrados de su incorporación, el gran duque destacó al príncipe de Lobkowitz con treinta mil hombres para reforzar el cuerpo de Festetiz, con que le fue preciso al mariscal de Broglio recogerse con su tropa a la plaza sin esperanza de socorro, pues ya había pasado al círculo de Listmeritz, creyendo se efectuaría la unión con Maillebois.

La conducta de éste fue vituperada altamente en Francia por las sugestiones del conde Mauricio de Sajonia, y para que el servicio del Rey no se perjudicase en la disensión que reinaba entre estos dos generales, se llamó al mariscal de Broglio, que estaba en Praga, para reemplazar al de Maillebois, que se restituyó a Francia. Entre tanto Praga quedaba cada día más estrechada, y careciendo las tropas de un todo, que ya comía carne de caballo, recibió orden el mariscal de Belle Isle de franquearse el paso espada en mano, pues de otro modo era preciso se rindiese prisionero de guerra.

El 18 de diciembre dispuso efectuar la salida, haciendo antes correr la voz de que se prevenía para atacar los puestos de los enemigos, y acudiéndose a la parte por donde les parecía intentarlo, el mariscal salió de Praga y ganó dos jornadas, por lo que no pudo alcanzarle el príncipe de Lobkowitz; pero los húsares y panduros, que fueron en su seguimiento, le atacaron varias veces por el frente, costado y retaguardia, haciendo un daño terrible, a que contribuyó menos el frío, pues perdieron más de tres mil hombres, la mayor parte de la artillería, municiones y casi todos los equipajes, con lo cual pudo el mariscal llegar a Egra, donde descansó.

Vuelto el príncipe Lobkowitz delante de Praga, intimó a la guarnición a que se rindiese, en que condescendió el señor de Chebert, mariscal de campo, que mandaba en ella, capitulando saldría con los honores de la guerra. De tres mil hombres que tenía la guarnición salieron el 26 del mismo mil soldados sanos, habiendo quedado los demás enfermos, y aquéllos fueron conducidos a Egra; de manera que de un ejército de más de cincuenta mil hombres que entraron en Bohemia no salieron apenas ocho mil, encontrándose en Praga trescientos cañones y un grueso almacén de municiones. Así feneció la campaña en Alemania, habiendo tomado los ejércitos cuarteles de invierno, y restituídose a Viena el gran duque y su hermano. Kevenhuller quedó mandando el ejército austríaco y el mariscal de Broglio los franceses.

Mientras descansaban ya las tropas austríacas y francesas después de una campaña tan trabajosa como la que tuvieron en Alemania, los austri-sardos y españoles en Italia no estuvieron con más quietud, aunque no se redujo a más que a observarse recíprocamente, sin haber experimentado más daño que la de una deserción increíble, especialmente los últimos. El duque de Módena, que por su ambición había perdido sus Estados, se había retirado a Venecia con su familia y dejado su patrimonio a los enemigos, quienes no teniendo ya qué temer, dispusieron después de la rendición de Módena y Mirándula pasar el Panaro, apoderarse del puesto de Rímini y cortar la retirada al duque de Montemar. Conocido por éste el intento, levantó su campo de Bondeno para anticiparse a sus

enemigos, y caminando ambos ejércitos sobre una línea paralela, llegó primero el duque de Montemar a Rímini, habiéndose quedado el rey de Cerdeña en Cesena, veinte millas distante de esta ciudad.

Publicaron los enemigos del general español que esta marcha fuese retirada, no siendo cierta, pues fue para mejorar de puesto y con esto cortar todas las ideas del rey de Cerdeña, quien lo confesó públicamente diciendo: que aunque siempre había considerado al duque de Montemar por un general que sabía su oficio, nunca en ninguna ocasión lo acreditó mejor como en esta marcha, respecto de que le había conocido su proyecto y roto sus medidas. Lo cierto es que el intento de Su Majestad era cortarle los víveres que sacaba del reino de Nápoles, penetrar en él y suscitar alguna revolución, que no es difícil de conseguir en sus naturales, mientras los ingleses por mar coadyuvaban a lo mismo, y otro cuerpo de tropas austríacas que de los puertos de Istria debía desembarcar en las costas de la Pulla; pero supongamos que fuese retirada, no permitía un ejército tan endeble y tan contaminado de la deserción atacar a otro, superior con mucho, y mandado por un héroe cuya presencia valía otro ejército; sin duda era menos inconveniente huir una batalla que el exponerse al evidente riesgo de perderla.

No pudiendo ya al ejército español faltarle la subsistencia que le venía del reino de Nápoles, y bien asegurado el campo de Rímini, mandó el duque de Montemar al mariscal de campo don Fernando de la Torre, y al brigadier conde de Murillo, se retirasen con el destacamento con que habían observado a los enemigos durante la marcha desde el campo de Bondeno hasta Rímini, y en las cercanías de esta última ciudad por algunos días, lo que no hubiera sucedido a no haber dado cuenta el comandante de que en cinco días después del arribo del ejército había perdido setenta y cinco caballos por la deserción, pidiendo se le mudase el destacamento con otro igual número de gente, o se le mandase incorporar, por no fiarse de la que tenía; y no encontrándose otro medio, se le dijo lo ejecutase luego, habiendo antes logrado una acción de bastante honor contra los enemigos, y en la cual les hizo dos capitanes prisioneros con algunos soldados.

En este campo supo el duque de Montemar, por algunas noticias de Roma y aun de Venecia, que la voz era pública de que bajaba de Germania a Italia un cuerpo de diez a doce mil hombres. Como por la paz hecha con el rey de Prusia y elector de Polonia esta voz podía ser cierta, para certificarse en ella escribió al marqués Mari, a fin de que despachase personas de su satisfacción a Trieste, para indagar la verdad, por las que supo había llegado ya la primera columna, consistente en mil hombres del regimiento de Varcit, y que se ponía embargo a todas las embarcaciones de la costa para el transporte de estas tropas, que debían incorporarse con los enemigos o inquietar el reino de Nápoles por la Pulla. También el cardenal Aquaviva participó al duque de que había pasado a la altura de Civitta-Vechia una escuadra inglesa con cuatro mil hombres de desembarco encaminándose hacia Nápoles. Todos estos avisos y los recelos bien fundados de una próxima invasión, y la inquietud general que se reconocía en los napolitanos, obligaron al Rey a llamar algunos batallones y escuadrones de su ejército, como asimismo teniente general don Raimundo Burck.

Temeroso el duque por este reino, que estaba desamparado de tropas, resolvió levantar su campo de Rímini y pasar a Foligno, después de haber mantenido nueve días en este campo aguardando a los enemigos en orden de batalla, sin que los austri-sardos se

aventurasen en darla; el día 8 de agosto juntó el Consejo de guerra, manifestando a los generales la situación de las cosas y lo que había sabido, y que era preciso cubrir el reino de Nápoles como también ponerse en posesión de recibir al infante don Felipe por si penetraba por el Estado de Génova, como se lo aseguraban el conde de Glimes y el ministro de Su Alteza el marqués de la Ensenada.

Como ninguno era más práctico en aquel país como el duque, y que todos rehusaron dar su dictamen antes que él propusiese el suyo, dijo el duque que Foligno era el único que podría ser conveniente, porque su situación le facilitaba la entrada del reino de Nápoles por Espoleto, que lograba en dos marchas, y en otras dos iba a Perugia, de donde, desde luego, entraba en Toscana para recibir al infante, porque nunca se persuadió que este príncipe tomase otro camino. Habiéndose convenido todo, se levantó el campo, y el 22 de agosto llegó el ejército a Foligno. En este campo recibió el duque de Castropiniano la orden del rey de Nápoles de separar el ejército de su mando del de España, y se retirase a este reino en virtud de un acto de neutralidad que aquel Soberano había firmado con los ingleses, que amenazaban de una irrupción.

Entre tanto se mantenía en Foligno el duque de Montemar, los enemigos, que no habían pasado de Sesena, se retiraron a los Estados de Módena, Parma, Plasencia, Mirándula y Mantua para acantonarse en ellos, cuya noticia habiendo llegado a la corte de España, se mandó al general español que estaba en Foligno reclutando su ejército, para que retrocediese, con el fin de contener al rey de Cerdeña, que sin duda había de acudir a la defensa de la Saboya, que iba a invadir el señor infante con el ejército que hasta el 20 de agosto se había mantenido en Provenza, en una total inacción.

Esta novedad extrañó mucho el general, quien convocó al Consejo de guerra para resolver sobre la importancia de la Orden, y aunque estaba diametralmente opuesta al servicio de Su Majestad, por saberse de cierto que los enemigos, con el aviso del retrógrado del ejército español, se habían de mantener en sus precedentes puestos sobre el Panaro, y con este motivo inutilizar los proyectos: sin embargo, prevaleciendo el dictamen de los generales sobre la multitud de inconvenientes que se ofrecían, se determinó el duque de Montemar a ejecutarla.

Reunido en cuerpo el ejército que estaba acantonado en varios lugares del Estado Eclesiástico, se señaló el día 9 de septiembre para la marcha; pero en el mismo recibió el duque un expreso con la orden de restituirse a España, con el pretexto de sus achaques, restablecer su salud; del mismo modo, el marqués de Castelar de acompañarle, entregando aquél el mando del ejército a don Juan de Gages, teniente general más antiguo, por ausencia del marqués de Castelar; sensible fue para el duque de Montemar esta orden, mayormente a vista del pretexto con que se servían sus émulos para exonerarle del mando del ejército, cuando jamás había tenido mejor salud ni nunca estuvo más solícito en hacerse merecedor de la continuada confianza de Sus Majestades.

En fin, no quedándole otro arbitrio más que el de obedecer, solicitó del príncipe de Craon, regente de Toscana, el permiso de pasar por estos Estados, y habiéndole obtenido, se puso en marcha el 11 de septiembre para España, acompañado del marqués de Castelar. El mismo día escribió a don José del Campillo para que supiese de Su Majestad si le permitía pedir al rey de Cerdeña un pasaporte para poder caminar por sus Estados,

pues de otro modo le era difícil efectuar la orden por estar los ingleses en el puerto de Villafranca y extendidas sus naves por toda la costa; pero el ministro de España, o ya fuese desprecio hacia el duque de Montemar o impedir el regreso pronto de este general a la corte, recelándose de los cargos que se le podían hacer, o queriendo exponerle a ser prisionero de los ingleses para tener más motivos de vituperar su conducta, no sólo no le concedió lo que pedía, mas tampoco responder a su carta.

Después de haberse mantenido el duque mucho tiempo en Génova, siempre con la expectativa de la respuesta del ministro, viéndose decaído de su esperanza, resolvió desde Final, embarcarse en una faluca con el marqués de Castelar, con los hijos de uno y otro, eligiendo el tiempo más borrascoso para burlar la vigilancia del gobernador de Niza y del almirante Matheus, los cuales, teniendo noticia deber pasar estos generales, habían tenido orden de cogerlos prisioneros; pero la divina Providencia no permitió cayesen en el lazo que se les tenía preparado, ni menos pereciesen en el mar, no obstante el haberse visto varias veces a las puertas de la muerte con sus familias; desgracia que hubiera extinguido ambas casas, por no haber más sucesión que sus hijos que los acompañaban.

El gobernador de Niza (el señor Carbon) se persuadía tanto de la imposibilidad de su tránsito que sobre la noticia que tuvo de haber llegado a Antibo despechó una persona de confianza para informarse de la verdad, pues no lo podía creer, de que habiendo dado cuenta a su corte, se le acumuló a descuido y fue privado de su gobierno.

Ya seguros los generales españoles y reparados de sus fatigas, salieron de Antibo para Barcelona, donde encontró el duque una orden para que se retirase a su encomienda y no saliese de ella sin real permiso, y al marqués a Zaragoza en los propios términos. Bien conocía el ministro que si el duque de Montemar llegaba a la corte no se descuidaría en manifestar al Rey los motivos que no sólo hicieron infructuosas las operaciones de la campaña negándole la caballería que había pedido, sino cuanto necesitaba para el éxito de la empresa, habiéndose dejado pasar el tiempo preciso para anticiparse a los enemigos; conoció bien, digo, el ministro que su odio al general había sido la causa total del mal éxito de esta campaña, y temeroso de que informado Su Majestad de las causas y de la inocencia del duque provocase contra sí mismo la justicia del Monarca y ser la víctima de sus enredos, supo indisponer este príncipe de tal forma contra el duque de Montemar, que éste no tuvo más arbitrio que recogerse en sí mismo, obedecer la orden entretanto se proporcionaba ocasiones de publicar la integridad de sus intenciones, desaciertos y desbarros de su enemigo, como en efecto lo ejecutó; y sincerado de cuanto se le acumuló, volvió a la gracia del Soberano, mas esto no fue hasta después de la muerte de su émulo, que a poco tiempo sucedió.

En cuanto al marqués de Castelar, como no se le podía hacer otro cargo sino el de su estrecha amistad con el duque de Montemar, obtuvo venir a la corte, donde no pudo dejar de abocarse con don José del Campillo, quien sonriéndole maliciosamente, al verle le dijo: «Y bien, V. E., por no haberme creído, se halla a pie.» «Nunca esperé menos de V. S. I.», respondió el marqués.

FIN